A.M.PRESMANES

Obras Completas 2006-2018

Nací en Ávila, España, Europa, La Tierra, en 1987.
Desde mis dieciocho hasta mis treinta años,
escribí estas palabras que aquí recopilo.
Lo hice atrapado en mi Yo.
No pudo ser de otra forma.

Ahora son tuyas.

El autor.

© 2019 Bubok Publishing S.L.
Título: Obras Completas 2006-2018
Autor: Adrián Medina Presmanes
Idioma: Castellano
1ª edición.
Obra registrada mediante SafeCreative.
Código: 1903290460730
Depósito Legal: DL AV 37-2019
Todos los derechos reservados.
Contacto autor: a.medinapresmanes@gmail.com
Impreso en España por Bubok.

CROST

Si has dado con esto, no me busques a mí,
pues sólo soy agua.
Búscate a ti, encuéntrate,
y haz que merezca la pena.

Prólogo del asceta

Todo el mundo se pone en pie.
La música cesa de golpe.
El bullicio que reinaba en la taberna desaparece.
Y no me extraña.

Comprendo que al llegar yo, un tipo que no conoces de nada, diciendo cosas que nunca se han dicho, o que nunca se han dicho así, te resulte insultante. Lo más sencillo es pensar que algo anda mal en mí, que todos los presentes reconocen como lejanas a su realidad mis palabras, y claro, debo estar equivocado.

Lo comprendo. No me parece raro que me digas que no tengo razón. Tampoco que soy cerrado de mente, que sólo hablo desde mi punto de vista, pues tú haces lo mismo. Todos lo hacemos.

Al final no quieres escucharme. Me dices que me calle. Que te cansa. Que no comprendes qué pretendo. Por último, con furia, me amenazas; mis palabras no te representan. Tú no eres así. Es cosa mía. Tengo un problema.
¡Y yo que te comprendo!
Pero ahora te pregunto para que con tu acertada opinión, la que acaso todos compartís, me juzgues y me ayudes:
¿Qué gano yo con esto?
¿En qué punto me beneficia reconocer mis fallas?
¿Por qué asumir mi imperfección, y tratar de que hagas tú lo propio te asusta?

¿No puedes mirarte al espejo y aceptar tu maldad?
¿Tanto necesitas protegerte de ti mismo?
¿Que gano yo?
¿Qué?

Escucho tu respuesta que no es otra que que soy un ignorante, un idiota. Que me deje de tonterías. El resto lo comparte.

Ya no me queda nadie con quien hablar.

Me disculpo por hacerlo contigo, con vosotros.
Por asaltaros con mis palabras tan afiladas.
Por pediros una autocrítica que no queréis.
Lo siento de veras.

No quiero aprender a hablar de las nubes.
No quiero aceptar lo que veo y siento que está mal.
Será pues mejor que me calle.
Por vosotros.

Dejo atrás el último pueblo de la comarca en la que nace el Crost. Ante mí, ya sólo quedan las imponentes montañas.
Será pues mejor que me aleje y me pierda en la roca, el hielo y el Sol.
Por vuestra incoherencia, la que tanto necesitáis.

Adiós.

(Queda olvidado un libro sobre la tabla)

1. El poeta de la sudadera gris

"Porque no son más que aquellas acciones temerosas, las que te persiguen y atormentan, cuando con voz temblorosa, y un fugado escalofrío, golpeas tus manos contra el duro hormigón, y en tu cuarto, tu único reino, piensas en todo aquello que no hiciste con mano diestra. Te preguntas cómo no pudiste verlo.

Porque es lo que tus ojos no han visto.
Ante ti se presentan como realidades inventadas, y nuevos contextos, y fotogramas y diálogos perdidos, que hacen un todo de un instante que puede que nunca existiera para ti.
Construyes un pequeño rompecabezas de sentimientos y opiniones ajenas, y lloras, te torturas, y lamentas... Con gran satisfacción.

Porque es la casa del muñeco de trapo viejo y olvidado al que pretendes abrazarte de nuevo.
La puerta que no cerraste a través de la que aun crees vislumbrar retratos y juegos de antaño.
Imágenes que furtivas y disfrazadas se presentan ante ti, y son aceptadas, sabiendo y conociendo la trampa que resulta más agradable quizá.

Porque son las horas muertas en el trono del rey aburrido.
Los delirios del maquinista del tren sin carbón, del capitán del navío encallado.

Porque son tuyos y te pertenecen.

Porque tú eres su único dueño."

Camina a mi lado recitando los versos del poeta.
Puedo sentir la energía que desprende, el pulso acelerado y la ilusión de quien se encamina hacia algo tanto tiempo esperado. Vibra. Arde por dentro. El vaho que emana de su boca me calienta al tocarme.
También siento ese dulce perfume, escapando de su cuerpo. Dejando una estela invisible tras de sí.

Su vestido, concienzudamente elegido para la ocasión, agitándose al son de la brisa.
Esa brisa que es mi aliento.

Llega al Hotel.
Sube por la cálida escalinata ricamente ornamentada hacia el hall de los ascensores.
Siente aún los versos del poeta recorriendo su mente con la misma violencia que el espasmo recorre su cuerpo.

Un gemido involuntario.

El chirrido de la puerta metálica abriéndose y un botones uniformado.

"Séptima planta" dice.

Empieza la subida hacía el cielo. El cielo de sus sueños. El lugar donde ha de conocer al gran creador.

"El poeta me espera" piensa.

Aun desde fuera de los recios muros del imponente hotel, siento su nerviosismo. Puedo ver todo lo que pasa a gran velocidad por su cabeza.

Una señora emperifollada apestando a alcanfor entra en la cabina del elevador. Pero no, este no es su destino.

Se agarra con fuerza a la baranda, y repasa su gesto casi pálido en el espejo de la pared interior.
No se percata del fino hilo musical.

El cofre pesado se desliza por el cable.
El botones canturrea.

Y no puede evitar la reflexión de nuevo.
Esos versos... Su miedo al fracaso.

Sabe que el trabajo le viene grande, y aun así… Aun así está aquí.

Esos versos…

"Séptima planta" dice el joven de pulcra chaquetilla blanca.

Llega el momento.

Pone un pie en la moqueta y, el chirrido deja tras de sí sólo el silencio.

A derecha e izquierda puertas gemelas.
Largo el pasillo. Largo el laberinto.

Última oportunidad de echarse atrás. De desaparecer. Buscar una excusa para descender y encontrar el calor protector de lo que no requiere sacrificio. Para comprender el fracaso en la empresa aceptada. Para dar la misión por terminada.

Pero no.

"Porque no son más que aquellas acciones temerosas, las que te persiguen y atormentan, cuando con voz temblorosa, y…"

Recita mientras sus pies van al encuentro de unas manos.
Y yo a fuera espero helado.

Mira la carpeta de cuero rojo buscando el destino.

"Habitación 777" reza.

Y así, la puerta.

Una melodía al otro lado delata una presencia en la estancia. Vida. Contenido. Humanidad.
Un calor irradia en medio del frío de sus dudas que han convertido todo el hotel en poco más que la jaula de una bestia salvaje a la que desea pero tanto teme acariciar.

Siente las vibraciones a través de la madera.

La toca con suavidad pero la respuesta se hace esperar.

Golpea con más fuerza y sólo la moqueta y el cartel con tres sietes sobre su cabeza.

El blanco del papel en las paredes.
La luz tenue.
Los candelabros dorados.

Nadie.

De nuevo su imaginación proyecta todo tipo de ilusiones acerca del poeta que tanto venera, aquel que ha marcado su vida adulta, el que le ha dado un sentido a todo.

Carga el brazo para un último intento de admisión en la alcoba, y siente más que nunca la desesperada necesidad de entrar. Encontrarle. Unirse a él.

Pero antes de llegar a llamar, la duda.

Se pregunta si es acaso una señal, una advertencia de que esto no ha de continuar.

Siente las piernas temblando, pero no de miedo como el día anterior ante La Dirección cuando se le comunicó el encargo.

-*Nos consta que de nuestra plantilla es usted quien más sabe del poeta. Ha leído todas sus obras. Siente auténtica devoción por él. ¡Es toda una eminencia en cuanto a su literatura respecta!* –decían.

-*La única eminencia es el poeta mismo*. –respondía.

Pero no, sabe que ahora no es el mismo temblor, ahora es de rabia, de terrible incertidumbre.
De querer entrar pero no entender qué se lo impide.

"¿Seré yo? ¿Quizá el destino? ¿Acaso el poeta distraído?"

La madera cruje.
Se separa.

Y por fin…

Su cara.

Un momento de silencio.
Incluso aquí fuera todo se detiene.

Al ver al poeta siente el impacto de su mundano aspecto. Algo inesperado tras leer sus versos. Una imagen bien formada de un ser elevado, que se disipa tras un rostro algo infantil y una sudadera gris.

Los ojos se le emborronan por los nervios.
Sonríe torpemente.

La imagen se desvanece, más no la idea del engaño que sin duda se está perpetrando.

"¿Será quizá una broma pesada de mis compañeras del despacho? ¿Habrán querido acaso con este trabajo reírse de mí?"

Quiere preguntarle si es realmente él.
Sin embargo la pequeña forma del cuerpo del supuesto poeta sigue ahí plantada, y parece que ha extendido el brazo en su dirección, sin mediar aun palabra alguna.

Tiene que aceptar el miedo repentino ante el inminente saludo.
No son nervios, no, es puro terror.

-*Hola.* –se atreve a pronunciar.

Acierta a apretar su mano. Esa que tanto ha escrito.
La que tanto le ha enseñado. Su compañera en las noches solitarias y húmedas en la ribera del Crost. También mi compañera al fin y al cabo.
Pero no, yo no recuerdo ni uno de sus versos.

Él devuelve el apretón, firme pero suave. Sonríe. Su rostro cambia de nuevo ante una dentadura desordenada y un tabique nasal torcido.

Se muestra delicado invitándola a sentarse.

Ella lo hace y, no dice nada.
Trata de observarle mientras se sienta y cruza las piernas, pero sus ojos cada vez más cristalinos, su corazón a punto de estallar, la respiración inexistente… Sólo es una sombra grisácea.

Mira rápido al suelo y siente que ya el cuello no podrá levantar la cabeza y alejarla de la visión de la suave lana que cubre el piso de la suite.

Largo silencio, y la sangre recorriendo su rostro. Calentándolo. Un sudor frío. Y todo en un instante.

Saca la libreta. Las manos temblorosas. Y la primera pregunta con la que ha de iniciar la entrevista, borrosa sobre el denso papel.

Se frota los ojos con fuerza.
Respira hondo.

-*En primer lugar, bienvenido a nuestro país. Es un placer para mí poder estar hoy…*

Las palabras se atascan en su mente al recordar que debe ser profesional y no dejarse llevar por su histerismo fanático.

Además, todavía no termina de creerse del todo la situación.
Es como un globo que se desinfla, y se pregunta si quizá la duda sea infundada por el miedo, el shock de finalmente tenerlo ante sí, o por la verdadera decepción ante esa imagen que tan lejos se encuentra de lo que ella había dibujado en su mente.
El carraspeo de su garganta suena demasiado estridente.

Él, estático en el asiento de enfrente, mueve la cabeza de arriba abajo en un gesto cordial para relajar la situación ante el silencio.

Ella siente una punzada en la espalda.
Rigidez.
De pronto adrenalina.
Acción.

-*Bien, si le parece comenzaremos con las preguntas.*

Escupe las palabras.

Le invade la necesidad de acabar pronto.

Definitivamente comprende que ha de conservar la mágica e idealizada idea del poeta sin contaminarla al conocerle realmente.

Quiere cerrar los ojos, apuntar sus respuestas y pasar el trámite sin tener que creer o no creer más que sus palabras.

-*Bien… Sí… Crostia. ¿Qué puede decirme de ella? ¿Es su primera visita a nuestra tierra verdad?*

El poeta, aun en sin pronunciar palabra alguna, se limita a asentir.

Ella de nuevo carraspea, pero esta vez la melodía de guitarra y violín amortiguan el ruido. Esa melodía que lleva todo el rato ahí. Esa ignorada hasta ahora. Esa que de pronto se muestra insoportable. Culpable de la extraña situación. De la tensión. Enemiga de la labor en desarrollo.

-*Disculpe, pero, ¿qué es eso que suena?*

-*¡Django Reinhardt!* -pronuncia finalmente el poeta mientras se incorpora con el brazo extendido señalando un tocadiscos en el que gira lentamente un vinilo desde la esquina de la elegante suite – *Sonaba ya cuando yo llegué. No quise quitarlo pues no conozco las tendencias musicales del país. Sin embargo he de decir que personalmente prefiero sonidos más modernos. Algo que no haya salido de un cofre polvoriento.*

-*A decir verdad, no estoy al tanto de lo que se escucha en Crostia. No voy a cafés ni conciertos. Tengo un trabajo de oficina lo que se dice bastante aburrido, ¿sabe?*

Él ríe.
Sus dientes caóticos y manchados le recuerdan a ella que está ante un extranjero.

Pensar en esos lugares donde el perfeccionamiento estético y sanitario no se ha alcanzado le resulta aterrador.

Pero él empieza a hablar.

-*Tiene que excusar mi terrible manejo de su idioma. Mis estudios son pobres, y apenas si conozco mi propio país. Verdaderamente todo lo que he escrito ha sido inspirado por la desazón y la angustia de mi pequeño mundo en Lavria, soñando con viajar y conocer otros lugares. ¡Conocer El Gran Continente! ¡Comprender el mundo entero!*

Ante sus cercanas palabras la tensión se relaja.
El corazón vuelve a su ritmo normal. El sudor y el temblor van desapareciendo.

Ahora puede ver más claramente los detalles que muestran a un personaje desaliñado. Juvenil.

Siente finalmente el engaño. Una cruel broma del amor siempre profesado por la literatura.

"¿Quién es el poeta? ¿Dónde está el sabio venerado?"

Él continúa con su monologo.

-*...Yo siempre digo que escribo cuando estoy dolido, pues cuando estoy feliz, simplemente vivo.*

No toma nota ni presta atención ya, pues sabe que esto no va a terminar bien. No puede hacerlo.

"¿Quién eres? ¿Quién te envía? ¿Por qué jugar así con mis sentimientos?".

Pero se equivoca. El poeta es real. Ojalá pudiera entrar ahí y decírselo. Pero no puedo. Y tengo que soportar el sentir como sufre, como se altera su energía ante tanta duda. Tanta decepción.

Y mientras, el reloj de cuco suena bajo la música de jazz manouche.

-*¡Parece ser que es la hora del té!* –prosigue el poeta- *¿Es también aquí costumbre? ¿Quiere un té verde? ¿Quizá unas pastas de mantequilla? Yo sinceramente prefiero la pizza. Podría pasarme el día comiéndola, pero a base de tanto ceder a la tradición me he acostumbrado a esas estúpidas hierbas.*

No hay respuesta. No quiere hablar. Sólo irse de allí.

El poeta hace una indicación a alguien que sale de improviso de una de las esquinas de la suite.

Ella ni siquiera lo había visto.

Lleva un traje elegante, casi un uniforme.

"Algo propio de la embajada" deduce.

Al acercarse con la bandeja para servir la humeante bebida, puede ver claramente en la solapa de la chaqueta del fornido empleado, la chapita metálica con el emblema de Los Osos Blancos del Crost.

"Sin duda es un oficial del gobierno."

El hombre se retira andando de espaldas y desaparece de nuevo en su esquina.

"Hacerse con una de esas medallas sin autorización debe ser tarea casi imposible, a la vez que un delito flagrante".

Entonces comprende que igual no sea todo una broma.

La suite es posiblemente la más lujosa que jamás haya visto.

Donde ahora se encuentran es tan sólo el recibidor.

Dos silloncitos tapizados y una mesa de mármol bajo una cálida lámpara dorada, con la puerta y un gran ventanal como fondo, y el blanco, el blanco más brillante del mundo por todas las paredes.
Se levanta y observa la estancia.

Hay tres puertas: La de entrada, una que parece ser un cuarto de baño, y otra auxiliar o de servicio.
Al fondo a la izquierda un pasillo.

Camina por la sala y asoma la cabeza por el pasillo, lo único accesible a la vista. Al final de este, otro habitación en la que se deja ver los pies de una enorme cama.
Y más blanco.
También lo que parece un brazo, medio torso y una pierna de un uniformado.

Ahora con la mente despejada de golpe, comprende su estupidez. Siente ridículo.

"Por todos los Grandes Osos, soy más paleta que las terribles gentes de las tierras profundas de Muridae. Nadie se tomaría tantas molestias en tramar un engaño de oficina así. ¡Qué vergüenza!"

Finalmente, con las mejillas sonrojadas, vuelve la vista hacia el poeta.
El tiempo parece detenerse de nuevo.

"Es él entonces. Es realmente él."

Comprende también de pronto la importancia del trabajo.

"Una suite así es sólo reservada a personas de gran relevancia para la nación."

Su infantil adoración al poeta le ha nublado el juicio terriblemente, más, por fin todo parece cobrar sentido. Ya puede relajarse y hacer aquello para lo que vino.

Y yo puedo calmarme también.

Un barco lleno de soldados de la guarnición meridional se desliza sobre mis aguas haciendo sonar la bocina dos veces mientras cae a babor y abandona la bahía por la parte izquierda. La nube de humo gris que deja al alejarse de Thalarctos sirve de preámbulo al Sol de medianoche.

-*Yo prefiero el invierno, ¿sabe?* –dice el poeta con un ojo puesto en los pulcros cristales.– *Sé del amor que sienten aquí por el Sol, El Gran Sol, pero a mí me gusta la oscuridad. Me resulta muy larga la primavera. Luminosa a todas horas. Demasiado movimiento. La gente está más tranquila en lo oscuro.*

-*Sí.* –acierta a contestar. - *¿Le… le importaría que volviéramos a la entrevista?*

-*Por supuesto, lo estoy deseando. Hace tiempo que no tengo una buena charla. Ha sido un viaje duro hasta llegar aquí.*

-*Bien. Para finalizar con la primera pregunta: ¿Qué…? ¿Qué conoce o puede decirme sobre Crostia?*

El poeta nuevamente sentado y con la taza de té ya fría entre sus manos, se toma su tiempo mirando hacia arriba, quizá al infinito.

A la fuerza de esperar, le imita.

La decoración es exquisita.
El ornamentado estuco del techo muestra a base de láminas de oro de las montañas de Oriente, el escudo de la nación: Los dos grandes Osos Blancos sujetando la corona de laurel de la victoria sobre las aguas cristalinas por donde navega el pueblo de los elegidos. Y sobre las montañas el Sol, siempre el Sol. El que nace donde nace el Crost. Y nunca al revés.

Esta última es la descripción oficial, pero yo nunca estuve de acuerdo con tanta palabra tonta. Demasiado pretencioso para un simple río.

Por su parte el poeta reacciona.

-En verdad no puede hacerse a la idea de lo que supone para mí contestar este tipo de preguntas. Disfruto de un acalorado debate tanto como de una amistosa y banal conversación, pero en materia de entrevistas me veo superado. Siempre he sido de la creencia de que un escritor debe escribir lo que tiene que decir, y no decirlo, pero haré un esfuerzo para que mi voz haga lo que suelen hacer mis manos.

Tras una pequeña pausa y duda, prosigue.

-Conozco pues, como ciudadano de Lavria, lo que seguramente sean sólo los ecos de las historias y leyendas de esta vuestra tierra, pero que sin duda es la que posee las páginas más gloriosas de las latitudes conocidas. Fueron no en vano vuestro antepasados, a los que bien acertaron al llamar Osos Blancos o Los Primeros, aquellos que descendieron del hielo atravesando las montañas del Oriente, desde una tierra ignota aun hoy, aquella que llaman… ¿Ille?

-Tile.

-Sí, exacto, Tile. Pues bien, venidos de esas tierras heladas poblaron Los Osos la llanura de El Gran Continente, en el que por entonces también se hallaban Los Hombres de Metal y Pinchos, como así creo que los llaman aquí, conocidos en nuestra tierra como Himsain.

-Todo correcto.

-Los Himsain vivían en poblados de madera cerca del Crost, desde su nacimiento en las Montañas del Oriente hasta su desembocadura en el Mar Oscuro. Los vuestros permanecían en enormes cuevas repletas de innumerables túneles desde los cuales sus ritos hacían. Los Himsain también eran temerosos más allá de sus propios ombligos pero bajo el caluroso Sol se entregaron a los placeres del alcohol y de la lujuria, corrompiéndose y luchando entre ellos constantemente. Sin embargo, un día, fijaron su odio contra otros: Los Osos de las cuevas, a los cuales siempre habían respetado, pero ahora querían tenerlo todo para ellos. Se vistieron con sus trajes de metal y pinchos, afilaron sus armas y prendieron sus antorchas. Fueron a los agujeros donde en silencio Los Osos dormían, y así se libró una gran batalla durante largo tiempo, algo de lo que apenas sé nada.

-Para ser un extranjero sabéis mucho más que algunos de los nuestros.

Ríen al unísono.
Yo me tranquilizo sintiendo como ellos se relajan.

Pero algo pasa.

Ella se inquieta de nuevo, de repente, tras las risas.

Él sofocado seguramente por la charla, se ha remangado la sudadera mostrando el tatuaje de su brazo.

-*Senex*. –dice ella.

El poeta revisa su brazo y sonríe.

-*Sí.*

Durante unos instantes sólo se observan.

-*Tengo otro*. -añade él.

-*¿Qué es?*

-*Una carita sonriente, aquí, sobre el corazón.* –dice poniendo un dedo sobre su pecho.

Por primera vez, no en el día, si no en su vida, ella lo imagina desnudo. Al instante una incómoda sensación, fruto de su educación devota a los valores de la gran nación de Los Osos, le invade por completo.
Intenta desviar la atención de este pensamiento.
No es difícil pues ella siente, como cualquier persona de bien, una irremediable aversión por los tatuajes, propios de barbaros incivilizados.

Eso le recuerda de nuevo que se encuentra ante un extranjero.

"Lastima de esa recta y elegante figura, enfundada en un frac y con sombrero de copa, bigote recortado y copa de licor en mano, que subiendo un pie a una silla e inclinándose delicado hacía mí, me recitaba poemas profundos a la luz de los farolillos nocturnos de Thalarctos. Todo arruinado."

Pone su atención disgustada en el pelo de él, toscamente cortado. Rapado mas bien.

"Parece un delincuente más que un poeta".

Él prosigue.

-*Y bueno, pues fue así que muchos Osos murieron, pero la persecución se invirtió. Los Hombres de Metal y Pinchos al internarse en los laberintos de piedra, se perdían con facilidad para no regresar jamás de las entrañas de la tierra. Entonces Los Osos salieron al exterior y arrasaron los pueblos de los Himsain. Los expulsaron hacía la costa, a un pequeño territorio entre las montañas del Oriente y las de Meridión, y allí permanecen hasta ahora, en ese infecto lugar llamado Himsa.*

Por primera vez la sonrisa desaparece de su cara y ella puede ver algo terriblemente oscuro en él.

-*Nosotros, en la parte más occidental de esa orilla del Mar Oscuro, en Lavria, recibimos a los nuevos vecinos con afecto. A decir verdad los Lavrienses siempre estuvimos allí sin molestar ni ser molestados. Dedicándonos a nuestros cuadros, pergaminos, y músicas.*

Ella se limita a apuntar en su cuaderno que el poeta conoce bien la historia local con una sencilla marca afirmativa al lado de la pregunta.
Ya tiene suficiente.

Pero algo le pasa ahora a él.

"Recordar su tierra quizá le haya tocado una fibra sensible."

Cree ver en los ojos del poeta una lágrima que pronto se evapora.

Permanecen sin decir nada.

Aquí en la calle, una señora discute con un cochero. Al parecer ha salpicado a la dama al cruzar un charco a toda prisa. O quizá sea por algo de su perrito que ladra como un loco.
No importa.

En la suite, ella decide darle ritmo a la entrevista. El olor de las cenas de los exquisitos restaurantes de Thalarctos empiezan a inundarlo todo.

-*Bien, pasemos a la segunda cuestión: ¿Conoce la capital? ¿Puede decirme algo de ella? ¿Ha visitado alguno de los imponentes monumentos de Thalarctos?*

-*No, por desgracia no he tenido tiempo de contemplar bien la ciudad. Vine directamente al hotel. Sin embargo nada me gustaría más que hacerlo.*

-*Debería.*

Ambos sonríen.

-*Y dígame* -prosigue ella- *¿Sabe por qué somos tan afamados los Crostios en todo el continente?*

-*Sin duda por tener a la mujeres más bellas.* -el ritmo de las preguntas ha relajado mucho el ambiente.

-*No sea bromista.*

-*La pesca del salmón, claro.* –corrige él.

Ella apunta sin perder detalle.
Decide saltarse algunas preguntas aburridas y entrar en materia.

-*Hablemos de sus libros. En su última obra, "Invectiva contra la catarsis atávica", aborda usted el tema del Apocalipsis. ¿Qué puede decirme de esto?*

-*Verá, la gente suele pensar que la humanidad acabará en medio de un gran holocausto que bañará la tierra con su sangre, y es a esto a lo que temen, mas, es aquí donde subyace su error, pues, su final no será una muerte horrible, si no una vida horrible. Esa es la verdadera tragedia del hombre.*

Por un momento miles de fragmentos de sus textos, leídos y repasados tantas veces, recorren su mente buscando una continuación a lo dicho. Sólo puede quedarse con la idea de lo paradójico que

resulta siempre el poeta. Sus palabras llenas de amor y respeto suelen acabar con la destrucción de todo.
Eso le da que pensar.

-*Muchos han hablado de que usted posee una doble personalidad.*

El poeta ríe.

-*¡Ojalá fuera bipolar como usted dice!*

-*¿Por qué ojalá?*

-*Porque yo con dos personalidades no llego ni a la hora del almuerzo.*

-*¿Y no le preocupa? ¿No le parece peligroso?*

-*Lo que me preocupa y me parece peligroso es aquel que no sabe que no posee un "Yo" fijo y único. Aquel que no conoce sus otros "Yo" me aterra profundamente.*

Tras esta frase, por primera vez, siente que está realmente ante al menos una fracción del poeta.

-*Y...* -dice tratando de hilar- *¿Qué me dice de los otros? No de sus otros "Yo", si no, de los otros escritores. De los intelectuales.*

-*¡Ya no quedan intelectuales, sólo hombres fosilizados!*

Él pone una mirada picara y ella se la sostiene sin decir nada.

-*Si de verdad hubiera intelectuales estarían intentando cambiar el mundo en estos instantes, y yo, lo que veo, dista mucho de eso.*- sentencia el poeta.

Se pregunta cómo es capaz de decir algo así. Sería como despreciarse a sí mismo.

Decide pasar por alto la reflexión y proseguir, buscando así otra dosis de él.

-*¿Y qué piensa de la vida? ¿Qué es para usted? ¿Cómo la definiría?*

-*Excelente. Estas son el tipo de preguntas que me gustan* -pronuncia sacando un poco la lengua- *Veamos… Yo creo que la vida, en definitiva, es un túnel de viento. Al principio, la sensación dentro del túnel es la de que tras nosotros, un gran ventilador nos empuja con fuerza, soplando un viento que, queramos o no, nos desliza suavemente sobre el camino. Esto es lo que llamamos Tiempo. Pero esta percepción cambia a medida en que hemos recorrido mas y mas baldosas, y nuestros cuerpos empiezan a estar viejos y cansados. Observamos pues, que realmente, no es un gran ventilador al principio del camino, muy a nuestras espaldas, lo que provoca esa fuerza que parece impedir que nos detengamos en seco, si no, un aspirador potente, que se halla al final del camino, que nos sorbe hacia él. Por eso cuanto más cerca de este nos encontramos, con más fuerza nos deslizamos y el Tiempo nos parece que pasa mucho más deprisa.*

Ella apunta frenéticamente todo lo dicho. Un cosquilleo le recorre la espalda. Su piel se eriza. Es casi sexual.
El poeta se ha manifestado.

Pero ahora en silencio vuelve a tener ante sí sólo un despojo.

Toma la determinación de intentar no mirarle más. No enfocar su imagen. Sólo captar sus palabras. Centra su atención en la gran ventana que está entreabierta. Al otro lado se ven pequeñas lucecitas y cada poco tiempo el haz intermitente del faro girando sobre sí mismo desde un islote.

-*Bien… bien.* –quiere arrancar pero está extasiada y desea más de esa profundidad que él guarda- *Veamos…* -las preguntas que tiene apuntadas sobre cuestiones superficiales le parecen insuficientes para lo que ahora mismo le pide cada átomo de su cuerpo- *¿Podría hablarme del Amor?* –improvisa.

-*¿Del Amor?* –pregunta el poeta sorprendido.

-*Sí.*

-*Vaya, es algo que no me esperaba tan de golpe. Como sabe, yo no suelo escribir sobre el Amor. Es un tema que se me escapa por completo, pues tengo la firme convicción de que el Amor no existe. El Amor no existe como tal. El Amor no es una entidad que flota en el ambiente. No es una entidad que espera que hagamos uso de ella. No existe un Amor universal. El Amor es una invención de la dependencia. La búsqueda del Amor es una búsqueda de necios. Es como el que busca su corazón, sin darse cuenta de que este está bajo su pecho. El Amor nos pertenece a cada uno de nosotros. El Amor va con cada uno de nosotros, pues somos cada uno de nosotros quien puede crear Amor y repartirlo a nuestro gusto. Pero nos pertenece. Somos padres, dueños y custodios del Amor. Del Amor que hemos engendrado. Misterioso y desconocido. Propio. Nadie debiera hablar de amor más allá del suyo propio. El afán de muchos por amar el Amor es una locura que profetizamos día a día.*

-*Vaya…* -pronuncia hipnotizada.

-*¡Propongo que eso que llaman Amor, arda en una eterna hoguera, dando vida así, a un mundo sin Amor donde la gente se ama!*

De pronto todo es perfecto.

Observa su propio reflejo en el cristal. Su vestido es hermoso. Su peinado, corto y liso la hace más hermosa que nunca. De fondo la ciudad. Y yo.
De espaldas, el poeta. Como una sombra de él mismo. Perfecto.

Le cuesta no apartar la vista de la ventana. Piensa en si él se dará cuenta de que evita mirarle. Pero no le importa.

Con ansia busca otra pregunta.

Sabe que no puede inventarse la entrevista. Las preguntas han sido preparadas, y en el despacho esperan lo que esperan. Además el poeta es una gran figura y no puede andarse con juegos.

Quizá deba preguntarle por algo más serio y apropiado.

-*¿Qué es para usted la sociedad perfecta?* –mientras lo dice, un pequeño bajón recorre su cuerpo.

-*La sociedad perfecta es aquella cuyos miembros están dispuestos a sacrificarlo todo por dicha sociedad, pero no por una idea abstracta y dada de la misma, si no por el verdadero e interno*

sentimiento de darlo todo por el bienestar de los demás. De nada sirven los héroes que marchan en pos de un adoctrinamiento ciego bajo una bandera o ideal que les es impuesto. Sólo aquellos cuya necesidad de cumplimiento con el resto, salga de ellos mismos sin ningún himno ni presión externa, podrán huir del Egoísmo propio o de la mediocridad del ignorante que defiende el Egoísmo de otros.

Y terror.
Esto suena horriblemente peligroso.

No quiere apuntarlo, pero debe hacerlo.

"¿Acaso no sabe que este tipo de cosas no pueden ser dichas en Crostia? Es más, ¿qué significa todo eso del Egoísmo? ¿A qué viene algo así en una entrevista? Podría meterse en serios problemas."

De nuevo decide no molestarse en la construcción de una respuesta, y de nuevo, la ilusión deja paso a una realidad indeseable.

"Esa estúpida y fea sudadera gris…"

Pero ha de continuar.

-Y dígame, ¿cómo fue su educación? ¿Quién fue su maestro?

-¿Mi maestro? Sencillo. Todos los que alguna vez se han cruzado conmigo, y los que no lo han hecho, no mostrándome su parte de la realidad, todos son mis maestros. Gracias a ellos pienso lo que pienso, veo lo que veo, siento lo que siento.

-¿Dice que aprende de todos? ¿Incluso de los que no conoce y no le enseñan nada?

-Nada directamente. Exacto.

-Pero para eso le han de hablar, y explicar, y debe aprender sus palabras.

El poeta se estira para atrás en el asiento y suelta una corta carcajada.

-Aprender es de tontos.

-¿Qué? ¿Cómo dice eso?

-No debe aprender, si no asimilar y crear. Aprender es de tontos, es una cuestión de fe ciega. Usted debe comprender en su interior, filtrar y quedarse con lo que comprenda y encuentre un sentido. Darle forma. Inventar sus verdades, y por ende, sus realidades. Luego compartirlas sin imposición, y así otros podrán ver si hay algo de su mundo también en el suyo.

-Entonces... Entonces creo que todos somos tontos. Para eso están las escuelas, para aprender, ¿no? Para eso los libros.

-Sí. Pero no me refiero a esa clase de tontos. Esa inercia. Esa espiral de datos que nos empantanan y anulan nuestra visión creativa, nos vuelve definitivamente dóciles. Dóciles e ignorantes. En cierto modo inocentes de caer en esa trampa que a su vez es natural, pues aquel que cree que sabe, pronto intenta enseñar. Desde la verdad. Su verdad.

Ella asiente pero sin comprender.

El poeta hesita.

-No he debido de utilizar esa palabra: Tonto. He pensado mucho en tontos, la facilidad con la que la gente dice tonto. Tonto tú. Tonto yo. Tonto aquí. Tonto allá. Y visto lo visto ahora sé más de tontos. Si existe algún tonto no es entre nosotros. Quizá Tonto esté perdido, escondido en silencio, pues entre nosotros, tontos todos o tonto ninguno. Pues, he pensado mucho en tontos. He oído que hasta el más tonto por tonto tiene a otro tonto, por tanto, entre tanto tonto no distingo tonto de no-tonto. Si así fuera sería un auténtico tonto. ¿No cree?

Ella asiente de nuevo muy seria.

El poeta ríe.

-Sólo digo que yo no quiero que me den un título alabando mis méritos por aprender lo que otros descubrieron por sí mismos. Quiero construir desde mí mismo. Y usted ha de hacer lo propio siguiendo únicamente sus pasos. Tomando ideas y haciéndolas suyas. No aprendiendo. No siendo epígono ni siguiendo a nadie. No colgándose medallas ni vistiendo uniformes. No enarbolando estandartes que no ha pintado. No cantando himnos que no ha compuesto y amado.

Sabe que lo que dice es completamente contrario al espíritu crostio. Quiere en cierto modo levantarse y abofetearle. Denunciarle. Hacerle castigar.

Quiere gritarle, pero… Respira.

-De acuerdo, ¿entonces lo que está diciendo es que no hay que creer en nada?

-No, al contrario.

-Eso es lo que parece. Ningún orden. Ninguna estructura…

-Ninguna imposición.

-Pero eso es imposible. ¿Qué me dice de la cultura? Todos al nacer estamos sumidos en unas costumbres, unos modos de ver el mundo. Es imposible permanecer ajeno a eso. Tenemos que recibir unos valores.

-Sí, pero unos valores de creación propia. Unos valores de inquietud por saber y por obtener conclusiones basadas en uno mismo. Valores de respeto a ultranza, por la visión diferente del prójimo. No valores considerados por la costumbre social como deseables y verdaderos.

-Es imposible. Una Utopía. Un absurdo.

Ella niega con la cabeza. Cierra los ojos y aprieta los puños.
Quiere explicarle el gran error que comete pronunciando tan erradas palabras, pero no sabe cómo.

-Claro que es posible. En Lavria lo hacemos así. Desde la primera edad los jóvenes son educados en valores de convivencia basados en una máxima: No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan. Con una estructura firme y necesaria para que todo se realice sin engaño, y un orden total proveniente no de una ley u obligación, si no de la voluntad de respeto por la libertad de los otros.

Temo que lo que aquí entienden por libertad, no es tal cosa sino libertinaje, interiorizado y practicado con impunidad.

-*¡Cómo se atreve! ¡Nosotros somos la nación más pura y virtuosa!*

-*La nación que más controla su vicio, su Mal, su Egoísmo, instruido, fomentado y luego reprimido por ellos mismos a través de poderosas figuras de ancestros con forma de Oso.*

Intenta evitar la contracción de los músculos, el salto repentino y el brazo cargando y abofeteando su cara. Todo en vano.

Su mano produce un sonido seco al chocar con la mejilla de él.

El hombre uniformado de la esquina da unos pasos alarmado.

-*Todo está bien.* –tranquiliza el poeta.

Tras un cruce de miradas tensas y la sonrisa forzada del poeta, los tres vuelven a sus posiciones anteriores.

Sentados de nuevo, ella se muestra incómoda y no encuentra su posición en el cojín, cuando, lo último que tiene que ver aquí es el pobre cojín.

-*No hay necesidad de hacer un drama*. –habla él con voz profunda y masculina. Más serio y duro de lo que lo ha hecho hasta ahora.

Ella le mira con miedo.
Esa repentina nueva voz le paraliza.

-*Pidamos algo de cenar, ¿le parece? Ardo en deseos de probar la afamada cocina de Thalarctos.*

El hombre de la embajada hace un ademan afirmativo y abandona la habitación.

El disco de vinilo se detiene coincidiendo con su marcha.

Silencio.
Es todo lo que queda.

Repentinamente la situación se vuelve tremendamente violenta.

Sus respiraciones.
El oleaje.
Algunas risas en las calles.

Ella no sabe a dónde mirar. Tiembla.

Levanta la vista lentamente para fijarse en si él sigue allí.
Al hacerlo ve sus ojos con más claridad que nunca.
Son de un color grisáceo y muestran una especie de gélido horror.
Parece carente de alma. Pero no está ausente.
Al contrario. Quizá demasiado sumido en la realidad.
Empapado de esta hasta haber conocido sus entrañas, que lejos de arder, son frías e iracundas.

La visión de donde habita todo lo que ya no es, y nunca será, puede que le haya sido revelada.

Verse ante un monstruo que transporta en sus palabras todo lo pretérito para herir o quizá salvar a los vivos…

Y él mantiene la cara sonriente observando desde el asiento de enfrente. Estático. Como un siniestro muñeco de cera.

"¡Qué mala idea ha sido todo esto!"

Decide hablar. Al fin y al cabo ha perdido la compostura ante el poeta, ese que fue todo para ella, mas, al pegarle se ha sentido pegando a un niño que no sabe lo que dice.

-*Lo… Lo siento de verás.*

-*¿Por qué ha de sentirlo?*

-*Por la bofetada. Ha sido muy inapropiado.*

-*¿Inapropiado? ¿Usted cree? Yo no lo veo así. Era lo que sentía que debía hacer, ¿no?*

-*Bueno…*-hesita.

-*Por eso lo ha hecho. No ha podido controlarse. Era lo que le pedía el cuerpo. Es más, el alma.*

-*Sí, pero eso no me excusa. Debí mantener el tipo. La educación.*

-*De nuevo se equivoca. Eso no es educación. Eso que llama educación es lo que apuntala precisamente una mala educación. El problema no es que no se haya podido refrenar y evitar pegarme, el problema es que haya sentido la necesidad de pegarme.*

El hombre del traje entra en la habitación con un camarero del hotel. Les sirven la cena sobre la mesita de mármol.

Dos botellas de hidromiel.
El poeta tapa con una mano su copa rechazando el licor.

-*Soy abstemio, me temo.*

Ella se percata de que el muchacho que les sirve lleva corbata y no pajarita, por lo que sin duda debe ser jefe de camareros, y de nuevo se sorprende ante las atenciones brindadas al poeta.

Cuando se retira el servicio, levantan las tapas de plata que cubren los platos.

Una pequeña nube de calor escapa veloz, descubriendo un bien dispuesto hojaldre, que relleno de salmón, queso, tomate, cebolla caramelizada, aceitunas y pimiento rojo, resulta una de las especialidades del gran hotel.

Ellos se frotan las manos y salivan.

Yo recuerdo con cariño a esos salmones.

A menudo lo hago cuando cocinan todos aquellos pasteles que hacen las delicias de tantos. Pienso en que ellos estarán felices sabiendo el porqué de su pesca. Que sirven para que otros vivan. Pero ya nadie se acuerda de rendirles respeto por su sacrificio. Hace tiempo que se olvidaron de reconocer la deuda que con ellos tienen. Dejaron de ser adorados y se convirtieron en simple mercancía.

A estos en concreto los conocía bien. Nacieron en mis aguas para luego bajar al Mar Oscuro. Aun así siempre volvían. Remontaban la corriente guiándose por su fino olfato hasta su zona natal y allí criaban más salmones.

Nadie lo sabe pero siempre iban sonrientes.

-*El problema es que se ha sentido superior a mí. Ha creído que no tenía ninguna razón. Que usted sabía la verdad y yo nada. Que estaba diciendo tonterías. No sabía cómo hacerme comprender mi estúpida postura, y ahí el segundo error, por desgracia tan normal, ha sido el impulso de anularme. Normalmente atendemos a este segundo error como causa a evitar, y no es sino el primero el más grave de todos. Creo que ni siquiera hay un nombre para ello, pues todos lo sufrimos. Es un mal crónico.* –el poeta hace una pausa mientras pincha un trozo del hojaldre y lo saborea- *Sólo hay una cosa que hace a un hombre peor que otro hombre, y es creerse superior a su prójimo. El que así lo cree no sólo no es superior, si no que puede tener la certeza de que es inferior, y no sólo inferior a con quien se compara, si no a todos y cada uno de sus iguales que no pretenden ser más que otro.*

Ella no dice nada. No podría aunque quisiera.

El sonido de los cubiertos contra la rica porcelana la pone terriblemente nerviosa.
Él no para de limpiarse la boca con la servilleta.

-*¿Por qué no bebe?*

-*Me gusta mantener siempre el control. En la medida de lo posible, claro.*

A ella le resulta gracioso el comentario viniendo de un ciudadano de segunda del Gran Continente.

"El control, dice; como si tuviera algún tipo de control sobre su vida".

Sin embargo ella sí lo tiene. O al menos así lo cree. Porque al fin y al cabo ella es ciudadana de pleno derecho de Crostia, la gran nación de Los Osos Blancos.

-*¿En qué piensa?* –dice el poeta.

-*Pensaba en eso que ha dicho del control.*

-*Cuénteme.*

-*Creía que era yo quien estaba haciendo la entrevista aquí.*

Él ríe cordial.

-*Por supuesto, pero, tengo curiosidad.*

Ella levanta la copa y bebe un largo sorbo del caldo, regocijándose unos instantes en su pensamiento y adoptando un gesto pícaro y acido, que, ciertamente, le es impropio.

-*¿No se ha dado cuenta de que ustedes, los lavrienses, viven imitando nuestro estilo de vida, tan influidos por nosotros, tan controlados por nuestro poder productivo y económico, que no tienen ninguna soberanía sobre su tierra?*

-*Veo que el enfado le ha hecho por fin bajar las defensas y hablar con total sinceridad. Ha sacado un buen ataque, pero no por rabia, no por el calor del momento, si no, desde la total convicción y creencia en lo que se dice. Así lo siente. Y, me temo que tiene razón. ¿Alguna vez lo había dicho en alto?*

-*¿El qué?*

-*Lo que acaba de decir.*

-*No, supongo.*

-*Pero lo había pensado. Seguramente muchas veces.*

Ahora la duda es la que invade su rostro. El ceño fruncido.

-*Eso creo.*

-*¿Y cómo le hace sentir esa verdad, saberse superior a otro ser humano?*

Sus dientes rechinan.

-*Bien… Creo. Sí… Muy bien. No he hecho nada malo para no sentirme así.*

-*Tampoco ha hecho nada bueno.*

Ella se levanta de golpe. El elegante sillón cae de espaldas.

-*¡Ya basta!* –grita ella- *¡No estamos aquí para esto! Volvamos a la entrevista por favor. Quiero terminar mi trabajo y marcharme.*

El poeta la mira sin cambiar de posición. Ella permanece de pie ante él. Temblando. Con la respiración acelerada. Él cruza los dedos de sus manos y las pone sobre su regazo. Está serio pero relajado. Cualquiera diría que van a besarse. Pero no. No es una de esas historias que tanto gustan a tropas y muchachas.

-*Debe disculparme. Es cierto todo lo que dice sobre Lavria. Vivimos a su sombra. Todos lo hacemos. Hasta los himsain lo hacen. Ustedes son la única potencia que existe, y pueden decidir sobre si viviremos o no un día más. Pero aun así hay algo que olvida: Nosotros tenemos nuestro arte, las gentes de Himsa su cultura pagana, pero ustedes no tienen más que símbolos. Símbolos y un camino marcado desde que nacen del que no pueden escapar. Por eso no piensan. No les hace falta pensar. Ya todo está escrito para ustedes.*

Una lágrima resbala por el suave rostro de ella.

"Nunca había oído a nadie hablar así."

Sumida en sí misma, con la mirada perdida, se acerca a la puerta despacio.
Él se yergue ceremonial.

-*Supongo que he metido la pata…*

Ella le ignora.

El hombre de la embajada corre hasta el pomo y lo agarra.

-*¿Se marcha ya?*

No dice nada.

Está en shock. Puedo sentirlo.

Abandona la estancia casi flotando, y recorre el pasillo vacío e impoluto. Sólo el timbre del ascensor ante ella le devuelve al momento.
La rejilla se abre a un palmo de su cara.

-*¿Planta?* –pregunta el chico de la chaquetilla blanca.

-*No… No*. –acierta a contestar.

El botones extrañado hace desaparecer el elevador sin hacer apenas ruido alguno.

Queda ahí plantada. Sintiéndose absurda. Dolida. Incapaz.

"Ni siquiera he podido acabar el trabajo. Pero es que… ¡Ese idiota procaz! ¿No sabe que voy a escribirlo todo? ¿No podía haber sido más delicado, menos estúpidamente ciego?"

A su lado, en el pequeño hall de los ascensores de la planta séptima, hay unos asientos. Lucen mullidos y no quiere seguir de pie paralizada como una tonta.
Se sienta.

El tiempo pasa y aquí abajo la gente sale elegantemente ataviada de los bistrots de moda. Muchos ya borrachos, cantando, abrazados, se dirigen a alguna sala de baile en la otra orilla.
No hay obreros por la calle. Los nuevos ricos les robaron sus tascas. Sus calles. Su música.

A decir verdad, ya no hay clase obrera. Todos son nuevos ricos en Thalarctos. Sólo en el campo, y por supuesto en los invernaderos, se conservan algunas artes manuales. El poder procurarse la vida con las propias manos se ha perdido. Todo pasa por un administrador.
Todo requiere papeles y licencias. Dinero. Y todos lo tienen aquí. Y no sé por qué, pero quieren más. Siempre quieren más.
Yo no veo diferencia entre los que son esclavos de un señor y los que lo son del dinero.

Y aquí lo son todos.

Pero no tiene por qué ser así. No lo es en Lavria, en Himsa, en las islas de Shuddhi y Dosha allá en los extremos del mundo conocido.

Mis aguas van al Mar Oscuro y llegan a sus costas. Allí les observo. Mi lluvia cae sobre ellos. Mi hielo delimita sus fronteras. Ellos me beben pues yo soy sus cuerpos. Allí les entiendo. Pero ellos no son agua. Ellos no saben nada de ellos mismos.

Ojalá pudieran verlo.

Pero en lugar de eso, veo a los muchachos con el cabello limpio y brillante que van ya al encuentro de las muchachas, las cuales les esperan en la plaza junto al gran parque a mi vera.
Se saludan y cogen taxis para seguir con la fiesta.

"Carpe diem" gritan. *"Carpe diem"* cantan.

Y ella sigue atrapada en sus pensamientos.

Esos versos… No puede recordarlos.

"¡Estúpido! ¡Estúpido poeta! Es sólo un mocoso. ¿Cómo pude darle importancia a alguna de sus palabras?"

Acaricia el cuero de la carpeta que lleva apretada contra su pecho. Revisa los papeles con calma.

"La entrevista está incompleta, pero ya tengo suficiente para escribir sobre él. Ya lo creo que sí. Se arrepentirá de su insolencia. ¿Por qué me ha dicho esas cosas? Con ello, ¿qué buscaba?"

Por fin, bien decidida, del sillón se levanta.
Toca el botón dorado. Se abre la puerta. Llega el joven de la chaquetilla blanca.

-Abajo, deduzco.

Ella asiente y se marchan.

En el gran recibidor del hotel hay jarana.
Mucha gente, aristócratas con cigarros puros, copas, sonrisas falsas…

Esos ambientes le asquean profundamente.

Se estira el vestido.
Revisa su rostro en un espejo que cubre por completo un muro de carga. Todavía está pálida.
Se pellizca las mejillas. Saca un pañuelito y corrige el maquillaje algo corrido de sus ojos.
Toma aire y va directa al gran pórtico.

Una melodía de piano de fondo. Y voces. Muchas voces.

Pero aunque de veras lo siento por los muchachos y sus trajes bien planchados, la lluvia hace su entrada.

Ella se para. A un palmo de la calle el chaparrón se desata.
Un botones corre hacia dentro sujetándose la gorra y maldiciendo.
No me lo tomo a mal. Es lo que siempre pasa.

Entonces, ahí, atrapada, bajo la cubierta de la entrada, rodeada de gente, de música y fiesta, se siente más sola que nunca.

-*¿Un pitillo?* –ofrece un aparcacoches.

-*No, gracias.*

Otro mozo llega junto al chico que fuma y lo acompaña.
El humo del tabaco le da a ella en la cara, pero lejos de molestarle, le agrada.
Siente una conexión con ellos, con esos desconocidos uniformados. Algo de calor. Algo que los une. Pasando del interior de sus cuerpos al de ella.

Los tres miran al frente, hacia mí, a la ribera ahora desierta. El paseo, los toldos de las terrazas calados, la densa cortina del chaparrón sobre el paisaje…

Escuchan sólo el sonido de las gotas tocando violentamente el suelo. Todo lo demás desaparece por un instante entre humo y agua.

-*He tenido un sueño terrible* –pronuncia el aparcacoches mientras da una larga calada- *Estaba en el campo, no sé dónde, una zona rural muy bonita pero muy pobre. Un lugar en el que nunca he estado. El caso es que había una joven y hermosa pareja: Un hombre-gato abrazado a una mujer-gata.*

-*¿Cómo es eso?* –pregunta el segundo.

-*Pues eran como hombres, pero con rasgos de gato. Ella tenía un cuerpo estupendo. Delgada, buena cintura y pechos, pero bigotes y orejas de gato. Cubierta de pelo. Un pelo suave de color crema. Él era gris con manchas blancas.*

-*Increíble.*

-*Sí. Estaban frente a mí, posando bien vestidos como lo hacen los estudiantes recién graduados para una fotografía. Luego de repente estábamos dentro de su casa. Una casa horrible. Sucia.* – fuma otra calada- *Parecía haber pasado algún tiempo. Él bebía hidromiel directamente de una botella. Era gordo, enorme y sonriente. No decía nada. El lugar estaba oscuro. Yo miraba hacia el fondo de la cabaña y desde la distancia veía a la mujer-gata tirada en una cama. El brazo le colgaba hasta el suelo. Estaba allí dejada, con la mirada perdida y vacía. Aún quedaba algo de belleza en su estampa, eso era lo peor. Y por encima de ella… Muchos gatitos. Gatitos pequeños maullando y tratando de amamantarse.*

-*¿Bebés-gato?*

-*No. Gatitos normales.*

En el pórtico sólo están ellos tres. Hay espacio de sobra pero están muy pegados. Ella lo escucha todo sin decir nada mientras mira al frente.

-*Esos maullidos, compañero… Esos maullidos y esa tremenda mujer-gata ahí tirada. Abatida. Echada a perder… Es una imagen que no me quito de la cabeza. ¿Qué pasaría después de eso?*

El sonido de la lluvia.

La puerta de cristal tras ellos se abre y salen tres hombres bigotudos. Comentan algo sobre el clima y vuelven a dentro frotándose las manos.

El aparcacoches aplasta la colilla contra el tiesto de una planta.

-*¿Por qué gatos?* –habla el otro.

El primero niega con la cabeza muy serio.

-*Yo también tengo sueños extraños que se repiten a menudo.*

-*Cuéntame.*

Ella sigue pensando en la extraña historia de los gatos.

"¿Cómo podemos estar tan llenos de cosas oscuras que ni nosotros mismos entendemos?".

Por eso nunca piensa en los sueños. A ella sólo le interesa lo que considera "el mundo real". Su trabajo. Las cosas que ven sus ojos y puede tocar.

Por un instante recuerda al poeta y la apremiante necesidad de alejarse lo más posible de allí.

-*…y miro al cielo. Algo ruge. Algo grande de metal que vuela* -continúa el mozo que aun fuma.- *Una especie de cruz brillante con motores. Tiene ventanitas por las que veo gente sentada dentro. Como un tranvía volador.*

-*Detente compañero. Eso de lo que hablas es muy serio.*

-*Lo sé.*

-*Es eso que llaman Vimana.*

-*Lo sé.* –responde el uniformado joven.

Entonces los dos callan. Se giran y la miran. Ella siente de repente que está de más.
Su primer impulso es disimular y alejarse, pero la curiosidad, o una fuerza que se le escapa, retiene sus piernas. La deja clavada.

No se mueve ni gesticula.

Ellos siguen en silencio con cierta desconfianza pero tras tantear la zona retoman la conversación.

-*¿Alguna vez has visto uno? Aparte de en tus sueños claro. ¿Acaso es que has trabajado para ellos?*

-*En absoluto. Empecé en el hotel hace dos años, cuando salí de la escuela.*

-*¿Entonces cómo…?*

-*No lo sé. Sólo sé que es muy claro; el aparato hace un ruido raro y siento que va a caer sobre la tierra. Siento que se viene sobre mí y corro hacia un edificio de cristal, con paredes, puertas y todo transparentes. Trato de abrir, y entonces tras de mí, choca y estalla en pedazos. Le sigue una gran bola de fuego que se hincha y me alcanza por momentos. Abro la puerta y veo como el fuego llega. Hay más puertas y sigo entrando mientras el fuego las traspasa una por una y yo lo veo todo a*

través del cristal. Fuera hay gente quemándose y yo simplemente corro por la caja mientras el espeso naranja y negro de las llamas me persigue.

Los tres quedan en silencio.

Ella tiene miedo.
Sabe que otros también han tenido sueños en los que aparecen esos Vimana. Eran historias típicas de sus días de universidad, donde la gente era más descuidada.
Ahora sólo puede pensar en el atrevimiento de esos mozos, propio solamente de una clase baja de la sociedad. La inconsciencia de hablar de algo así en público… Y a la vez, siente cómo recuerdos incómodos se le desbloquean.
Sabe que el morbo suele ponerle situaciones como esta, escuchando turbias historias u observando cuando algo desagradable sucede y que sería mejor no ver.
Sin embargo es experta en no escucharse.
Los culpa a ellos y a sus sueños de tontos.

"He oído que hasta el más tonto por tonto tiene a otro tonto, por tanto, entre tanto tonto no distingo tonto de no-tonto. Si así fuera sería un auténtico tonto."

De nuevo el poeta ataca desde dentro.

Y no sabe porque no se va de allí.

"¿Qué me retiene? ¿La lluvia? ¿La conversación prohibida de los jóvenes empleados del hotel? ¿O es quizá la imagen del poeta en esa habitación esperándome para terminar lo empezado?"

No lo sabe pero sólo quiere gritar.

Los mozos siguen divagando. Una señora muy engalanada atraviesa la dorada puerta del Hotel Gran Sol de Oriente, moviendo sus prietas carnes hasta colocarse a su lado.

-*¡Oh, querida, que tiempo tan horrible!* –pronuncia con un tono repipi.

-*Sí* –responde ella con displicencia.

Más personas elegantes salen del hall a la entrada techada.
Aun con botellas y copas burbujeantes en la mano, encienden sus pitillos.

La oronda mujer abre una delicada pitillera y prende un tabaco con olor a vainilla.

-*Y qué mirada tan triste. ¡Una mujer hermosa como tú no debería tener una mirada así de triste! ¿Quién es él, querida?*

Ella tarda en procesar las palabras de la señora. Conocedora de la aburrida charla de la aristocracia casposa, también es especialista en ignorar sus palabras.

Podría decirse que en cierto modo es una especie de sorda intelectual. Y eso que es la persona más leída y culta del despacho.
Será porque aquí no les hace falta. Es más, lo contrario sólo puede acarrearles un sufrimiento interno muy grande.

-*No… No es nadie.* –pronuncia sin apartar la mirada de la noche aun algo soleada.

-*Venga, venga, a mí no puedes engañarme. Conozco bien esa expresión. Aquí donde me ves yo he sido una gran dama. ¿Cuántas veces me habré visto a mí misma sin saber si huir o volver a sus brazos? Pero querida, lo más importante es no ser un fulana. Tienes que encontrar tú lugar y acomodarlo a tu gusto con elegancia.*

La señora se atusa el pelo. Lleva un peinado de tres cuartos.
Ella la observa de reojo.

-*Me gusta su corte a lo Bob.*

-*Gracias, querida. Siempre lo he llevado así. Hubo una época en que fui Lady. Todos los señoritos estirados se ponían de los nervios al verme. "¡Qué descaro!" decían. Y yo cómo me reía. Todo por un peinado. Me juzgaban de antemano y no podían creerse que fuera realmente Lady. No sabes cómo me reía. Simplemente no podían procesarlo.*

Ella piensa en el poeta.

-*A veces tenemos una imagen de algo y al verlo de otra forma no podemos reconocerlo como tal. Qué absurdo, ¿verdad?* -sentencia la señora.

Ahora piensa en ella pensando en el poeta.

-*¡Brett, venga a bailar!* –gritan desde dentro unos hombres calvos.

Todos desaparecen de la entradilla.

Ella se queda sola y yo le digo a la lluvia que cese.
Quiero que elija por sí misma. Es el momento de hacerlo.

Gira su cuerpo casi flotando de nuevo.

Atraviesa la fiesta del gran recibidor. Hay gente celebrando por todos lados. En los salones laterales tampoco cesa la marcha. Una marcha continua que dura todos los días. Todas las semanas.

Sube al ascensor. El botones ya no pregunta nada.
Llegan a la séptima planta.

Sus pies se deslizan hasta el 777.

Hace unas horas, ante la misma puerta, estaba llena de temor, un temor enérgico y explosivo que podría haberla hecho correr hasta los confines del hielo. Ahora sin embargo está vacía. Abatida ante todas las dolorosas punzadas recibidas en forma de respuestas del poeta.

Se abre la puerta, mas, el cuarto está desierto.

Sólo el hombre trajeado de la embajada.

-*¿Dónde está él?* –pregunta.

-*Se está aseando.* –responde el hombre- *Si me disculpa voy con mi compañero.*

-*Claro.*

La puerta de la habitación de servicio se cierra tras el miembro de Los Osos Blancos del Crost.

Todo luce diferente.

"¿Será porque ahora falta su presencia, sus palabras, su energía inquebrantable?"

Pasea por la salita.
Mira con disimulo por el pasillo que da al dormitorio. Sólo ve algo de ropa sobre el alargado pie de cama.
Tras una de las puertas detecta el inconfundible sonido del agua de la ducha. En la de enfrente, por donde desapareció el hombre de la embajada, voces de un programa de radio. También los comentarios difusos de los dos funcionarios.
Un tenedor cayendo sobre un plato. El sorbo de un refresco en un hondo vaso.

Se acerca a la aún entreabierta ventana.
Y yo con mi brisa refresco su cara.

Aferrada a su portafolios rojo y con los ojos cerrados, es más que nunca un ser frágil, un ser necesitado. Pero tiene en sus manos un poder que ni ella misma ha calculado. Si lo hiciera, temblaría ante una asignación que deshumaniza lo humano.

Arrima un sillón y se sienta acurrucada.
Y yo con mis olas le canto una nana.

Recuerdo las noches, tantas y tantas noches que hemos pasado así, sin que nadie nos molestara.
Pero una puerta se abre.
Ella se percata.

El poeta aparece por fin.
Por fin aparece el poeta.

El auténtico.
El que siempre debió ser.

Vestido con un frac. Su rostro despejado y limpio. Un sobrero de copa sobre sus ojos serenos.

-*Que bien que esté aquí. Tenía algo para darle y hubiera lamentado no volver a verla.*

Recorre la sala a cámara lenta. Ella autómata se incorpora.

-*¿Le importa si me acerco un asiento?* –dice él.

-*Ni… Ni mucho menos. Por favor… Insisto.*

Él habla con profundidad. Ella como una niñata.

"¿Será todo un sueño? ¿Es este dulce aliento del Crost que me engaña?".

Pero sentado a su lado, el poeta tiende hacia ella algo envuelto en papel de periódico.

-Disculpe la tosquedad de mi…

Un gritito escapa de la garganta de ella.

Es un libro: “Invectiva contra la catarsis atávica”.

Está dedicado.
Entregado de su propia mano.

-Esto es mucho… Mucho más que un regalo.

-Esto no es ni mucho menos el regalo.

Entonces él le entrega lo que le tenía reservado.
Su fantasía cumplida, en la noche de Thalarctos.

Con la pierna apoyada sobre el sillón tapizado, reclinado sobre ella le está recitando.

Se cogen de la mano mientras el Sol que nunca del todo se ha marchado, por detrás de las montañas asciende ya rápido.

Ella acaricia las venas hinchadas de su mano sin importarle nada más. Sus dedos son cortos pero su palma muy ancha. Y sus venas palpitan. Palpitan. Palpitan como toda ella.
Es el poeta, su poeta quien la agarra.

-Siento de veras si antes te hice sufrir con mis palabras.

-No digas eso, pues ahora sé que todo fue para dar lugar a este momento. No podía ser gratis que hasta aquí llegara.

Pero se equivoca. Sigue estando tan errada…
El coste no se paga en el trayecto si no en la llegada.

Y ella ha llegado, pero el viaje no ha servido de nada.
El poeta lo sabe, y no se calla.

-¿Crees que eres libre de elegir por dónde andas?

-¿Por qué no iba serlo? Sé cómo funciona el mundo. A mí nadie me engaña.

-Piensa en tu infancia… En tu escuela... En la tranquilidad al fin y al cabo; el no saber nada. Y no impórtate. Más o menos como ahora. Aunque dices haber madurado. Dices ser sabia. Una autentica ciudadana. La que ha probado todo, lo legal y lo prohibido, y se ha quedado con lo que mejor le ha parecido. La que ahora se da cuenta de que no ha elegido, más lo que ante sus ojos han tendido.

Ella guarda silencio, pero lejos de sentirse de nuevo atacada, por fin sus palabras abren la llaga. Y penetran profundo. Y tocan su alma.

No es nueva la duda que ahora la inunda, pero sí es la primera vez que a sí misma se escucha.

Una lágrima.

-*Dilo.* –le susurra él.

Sus manos se aprietan con fuerza.

-*Yo… Creo que… Creo que nunca he elegido realmente nada.*

-*Sólo los puros pueden hacerlo. Los que se han liberado del ego que a nosotros atrapa*. –se miran- *¿Cómo preferirías que te tratara el Estado, cómo un adulto al que deja hacer todo pero que responsabiliza de sus actos y por tanto con todas sus consecuencias, o como un niño al que protege privándole de ciertas libertades por su bien, haciéndose el propio Estado responsable de ti y de todo lo que puedes o no puedes hacer?*

Ella lanza con desprecio la carpeta roja a una esquina de la suite. Los papeles de la entrevista se esparcen por el aire.
Como atraídos por un imán, sus cuerpos se levantan apoyados uno contra otro. Abrazándose.

-*¡Hagámoslo! ¡Liberémonos juntos!* –exclama ella.

-*¿Y cómo hacerlo?*

-*¿Tú no lo sabes?*

-*Yo sólo sé lo que yo puedo hacer.*

El dolor intenso y horripilante ante el encargo de la responsabilidad más alta. Indeseada. Odiada. Evitada.

Y entonces una voz que no es una voz, es un estallido, una explosión.

-*¿Qué hace con eso? ¡Sabe que no está autorizado!* –exclama visiblemente molesto el hombre de embajada.

-*Disculpe mi atrevimiento, pero lo vi en el armario y no…*

-*Vaya a cambiarse, por favor.*

-*De inmediato.*

El poeta trata de soltarla pero ella se aferra a sus manos entrelazadas.
Sabe que esto se acaba.

De nuevo la sudadera gris.

-*Recuerdo la primera vez que hice longboard. ¿Sabe usted lo que es?*

-*No* –responde seca y cortante.

-*Es un deporte basado en una tabla con ruedas. Parecido a eso que se practica sobre las olas de los acantilados helados frente a la costa de Dosha, pero en tierra. Una técnica contenida en los mismísimos cofres de sabiduría.*

-*Ajam* –masculla sin ningún interés.

-*Cuando supe que montado sobre mi tabla, a toda velocidad sobre la calzada, no tenía ningún control, iba donde ella quería, me detenía cuando a ella y al terreno así les parecía, en ese momento comprendí mucho sobre la inercia. ¿Puede creer que por un momento, en los primeros instantes había pensado que la dominaba? Pero si no me había caído y rasgado mi cuerpo con el ardiente suelo, no era por mí, pues no sabía moverme sobre ella, ni tan siquiera frenar. Fui todo ese tiempo conducido sin control, aun en una dirección correcta y de una forma aparentemente segura.*

-*¿Qué me quiere decir con esto?*

-*La forma en que afrontamos la vida muchas veces es como esa tabla. Como mi inconsciente acto de subirme a ella sin saber nada. Y así, por inercia, llegamos a lugares con más o menos acierto, pero otras veces, si caemos, no comprendemos por qué y buscamos mil y una razones: En el terreno, el tiempo, los otros que nos rodean… Y no es más que nosotros mismos llevados por la inercia. Sin pensar. Sin conocer. Ignorantes de que es la inercia la que nos arrastra.*

Ella no responde. Camina hacia una de las esquinas de la salita. Sigilosa. Como queriendo no ser vista.

Recoge la carpeta con cuidado.

"El poeta ya se ha ido. Sólo queda este niñato".

Puedo sentir su cansancio mientras despacio van andando hacia la puerta del cuarto.

"Deportes de tablas…"

Casi se ríe de pensarlo.

-*Adiós* –pronuncia- *Respecto a la entrevista… Me temo que no puedo aprobar su entrada en nuestro país.*

-*Creo que desde el principio supe que sería así.*

-*No me guarde rencor. Es sólo mi trabajo.*

-*¿Cómo hacerlo? Más ahora lo único que realmente lamento, es que nunca me pondré de nuevo ese frac. Ni el hermoso sombrero. En el campo de concentrados nos dan estas feas sudaderas y nos rapan el pelo. Me hubiera gustado sentirme una persona de nuevo.*

Un nudo en el estómago de ella, pero, no es la primera ni la última vez que ha de sentirlo.

-*Escuche, no puedo evaluarle positivamente. Créame que he intentado hacerlo. Pero es usted peligroso, tiene ideas que dan miedo. Crostia es una nación civilizada, de orden y valores auténticos.*

Él por primera vez no dice nada.

Ella siente que ojalá se hubiera ido sin decir nada.

Habría enviado esa tarde el informe al despacho. Estos a La Dirección, y estos a su vez a los rudos hombres de la embajada que custodiaban al poeta en la suite, el cual habría comprendido el rechazo de su solicitud de asilo al ser enviado de nuevo a la frontera de Lavria.

-*¿Ha terminado ya la entrevista?* –pregunta uno de los guardias.

-*Así es.* –responde ella mientras por un instante ve su reflejo en la chapita de Los Osos Blancos del Crost sobre la pulcra solapa.

Abre la puerta.
Abandona la estancia.
Y por última vez cruzan sus miradas.

Él sabe que ha de regresar a su tierra, arrasada por la guerra contra el ejército de Himsa y sus despiadados soldados.
Ella sabe que no habrá más libros del poeta una vez amado, pues a su propio fin le ha entregado.

El pasillo sin ventanas en forma de ele sigue del mismo blanco brillante, pero ahora en la mañana luce deprimentemente artificial.

El mozo del ascensor no dice ni una palabra.
Llega al hall y reina la calma.

Todos los arrugados aristócratas que anoche festejaban, ahora van ligeros con la prensa en la mano hacía los comedores para el desayuno.

El sonido del piano y las ebrias carcajadas, han dejado paso al de la cubertería rechinando y al de los cascos de los caballos fuera, sobre el empedrado.

Unos hombres bigotudos con el pelo recién peinado comentan algo sobre la situación internacional.

-*Muy lamentable la invasión de Himsa a esos pobres lavrienses.*

-*No saben nada más que de su arte. Nadie se lo esperaba.*

-*Muy lamentable.*

-*Mucho.*

Se acarician los bigotes con calma. Ella corre hacía la entrada.

Al pasar por la puerta, un pequeño puesto ha sido instalado. Una mesa con tres señoras bien emperifolladas, y sobre ellas una pancarta:

"¡Salvemos a nuestros hermanos de Lavria!"

-*¡Querida, querida! No corra que va a resbalar.* –dice una de las señoras que allí están sentadas.

Ella, al leer el cartel, se para.

-Acérquese y done algo para ayudar a esos pobres que se han quedado sin casa. Hay muchos niños que no tienen nada. Ni comida. Ni agua. Es nuestro deber ayudarles, ¿no cree?

Es justo lo que ella necesitaba.
Deja caer unas monedas en la lata.
Su sonido solidario le reconforta el alma.

Esta noche dormirá bien sabiendo que ha salvado a su patria de un peligroso pensador y además ha enviado dinero para acabar con el hambre y la guerra.

Ojalá hubiera más personas como ella, como las señoras preocupadas que el mundo salvan, y como Los Osos Blancos y su gloria bien ganada.

2. Ése podría ser yo

-¿Estáis enterados? Lavria ya no existe. ¡Arrasada por completo!

Todos se jactan.
Todos menos Ion.

Tras unas horas en aquella diminuta aula de la Escuela Regional de Bellas Artes de Muridae, los fuertes vapores desprendidos por las pinturas narcotizan hasta al más bravo de los alumnos. Y es esta una idea bien aceptada, por lo que las bromas y el ambiente jocoso son una constante.
A pesar de todo, la disciplina aquí, como en todas las instituciones de Crostia, es férrea, mas, el estirado profesor está fuera tomándose un té.

-¿Entonces esos bastardos de Metal y Pinchos ahora son dueños de toda la costa del Meridión? –pregunta Ens.

-Claro, pero, ¿qué puede importarnos? –responde Norvegicus con su acostumbrada arrogancia- *Ya los vencimos una vez. No volverán por aquí. ¿Acaso no somos Los Osos Blancos del Crost?*

Todos celebran golpeando la madera de las mesas y haciendo sonidos guturales.

-No. No lo somos.

La celebración se detiene.

Desde el fondo de la sala, la voz apagada de Ion surge inesperada.

Las miradas de sus compañeros son afiladas.

-¿Por qué dices eso Ion?

-¡Sí! ¿A qué vienen esas palabras?

-¿Es que acaso olvidáis que sólo somos ratas? -sentencia Ion.

La masa gruñe ofendida, deseosa de apartar los caballetes y abrirse paso hasta Ion para hacerle callar y darle su merecido. Sin embargo nadie hace nada.

Toca la campana y todos marchan a casa.

Pasan junto a mí caminando.
Norvegicus e Ion se detienen a hablar, mientras juegan a tirar piedras planas y hacerlas saltar sobre mis aguas.
No son amigos, más bien compañeros, pero se profesan un gran respeto mutuo. Algo casi ceremonial.

Comentan sobre lo ocurrido en clase mientras el profesor estaba ausente. Ion se disculpa por las maneras, pero mantiene su postura ante lo dicho. Norvegicus dice comprenderle.

Se regocijan en mi lecho con el sonido del viento frío silbando, y durante un buen rato todo son buenas palabras. Ambos se sinceran; se sienten oriundos de una tierra ajena.

Es finales de otoño y la oscuridad perpetua cubre con su manto el día y la noche, y aquí en las faldas de la gran montaña, donde se juntan mis aguas, donde la nieve es regente, aquí los adolescentes como ellos dedican su tiempo al campo o a las tabernas.

Norvegicus siempre gusta de un alarde juvenil entre jarras de hidromiel. Ion por su parte es más de largos paseos por las sendas heladas.
A habida cuenta de esto, a mitad de camino entre sus casas se dan la mano y se separan.

La mayoría de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes viven en el centro de Muridae, en los elegantes pisos de la zona más acomodada.
Muchos son vecinos y amigos de la infancia.
Pero Norvegicus reside a las afueras, en un viejo caserón que por muchos años estuvo abandonado, y es en parte por esto que siempre ha estado solo. Nunca ha pertenecido realmente a ningún grupo o pandilla. Nunca ha tenido verdaderos amigos.

Pero limitarse a ese hecho para explicar su estigma social sería quedarse muy cortos.

Ya desde su más tierna infancia siempre estuvo rodeado de figuras ancianas, vecinos que a menudo le visitaban y mimaban, cubriéndole de atenciones y reconocimientos llenos de exageración.
Pronto se le empujó al campo artístico. Sin él saber por qué, recibía oleos y lienzos de regalo.
Cualquier cosa que pintara era alabada en su casa.

Como único infante del extrarradio, se acostumbró a jugar sin más compañía que sí mismo y la naturaleza.
Su estrecha relación con los elementos, la fauna y la flora, no le hizo volverse más humilde ante la inmensidad de estas, si no que nacieron en él unos aires de grandeza que no podía de manera alguna satisfacer.
A menudo caminaba con un palo golpeando los arbustos. Siempre con la cabeza bien alta.

Fue así como el arte, algo tan impropio de Muridae, acabó siendo su único refugio y consuelo.
Ávido trabajador, estudió sin descanso.
Examinó y luego copió todas las grandes obras clásicas que pudo.
Pronto llegó a ser un buen copista, y cuando hubo alcanzado la adolescencia era ya considerado en su casa un gran artista.

Los viejos de la zona todavía le regalaban los oídos y él trataba de venderles sus copias a precio de originales.
Por presión o vergüenza, muchos se las compraban, y así llegó a la Escuela de Bellas Artes convencido de su superior destreza.

Pero a pesar de su creciente autoestima, siempre se sintió más feo de lo normal.

Siempre lo fue.

Acabó por obrar de una forma inesperada para alguien de Muridae, por lo general gentes humildes aunque mediocres: Inventó una nueva personalidad para sí mismo. Creó a Norvegicus, el elegante caballero. Culto. Honorable. Dotado de una sensibilidad única…
Todo palabrería compensatoria.

La vergüenza le hizo olvidar su nombre de nacimiento, Malpolon, y prohibió a todo conocido que lo usara para referirse a él.
Luego, en muy poco tiempo ya no hubo más Malpolon y sólo Norvegicus quedaba.

En ningún momento fue consciente de este proceso para enterrar su verdadera historia, sus verdaderas taras.

Pero ahora mismo nada de eso le importa, pues nada lo hace cuando te crees investido de un don divino.

Y él se ve único.
Inalcanzable.
El más grande.

Es realmente firme su convicción de esto al observar sus propias obras, pero ignora que su opinión de sí mismo no es más que el resultado todo lo anterior.

Esta noche luce clara y seca, asique termina rápido la cena para llegar pronto a la taberna.

Va ante el gran espejo que tiene en su cuarto, rodeado de bocetos y retratos únicamente de su cara, y con gran calma se arregla el bigote y la perilla, recortando los rubios cabellos para darse un aire de conquistador antiguo.
Pone sobre su cabeza la anacrónica boina que le caracteriza, observando su reflejo con el mentón elevado.
Su piel es muy clara y lleva el pelo cortado pues cuando aún era Malpolon acostumbraba a dejarse melena larga y muchos se reían de él y le tenían por sucio y descuidado.
Ahora remata el personaje con un chaquetón negro y convencido de su belleza sale caminando con presteza.

Avanza con paso decidido por las calles saludando aquí y allá y moviendo mucho los hombros de un lado a otro.
Va pensando en la pinta de hidromiel que pedirá y cuantas monedas le costará; quizá pueda sacarle a alguien una invitación y ahorrárselas.

Le gusta dárselas de entendido en cuanto a licores se refiere, a pesar de que a menudo sus incursiones etílicas son lamentables. En verdad no puede decirse que sepa beber.

Y sin embargo aquí está, entrando de nuevo en la posada con su actitud altiva y esperando ser otra noche más el centro de atención.

Se toma la primera pinta.
Observa que la sala tiene público suficiente para empezar su pequeña farsa.
Sube un pie a la silla y otro a la mesa y comienza a recitar versos de poetas extranjeros. Palabras que no entiende pero que suenan interesantes para las muchachas.

Charla con una rubia de cuerpo menudo. Tras la insistencia de este, ella se resiste a bailar agarrados pero le promete otro encuentro.

La joven se despide lanzándole desde la puerta un beso.

-No entiendo cómo te funciona, Norvegicus.

-*¿Por qué no? Muchas chicas han caído en mis redes. Cuando tienes la magia ellas lo saben.*

-*Pues eso, que no lo entiendo.* –Ens ríe mientras incita a los otros parroquianos a hacer lo propio.

Norvegicus acepta los envites de Ens dibujando como puede una sonrisa en su cara, pero cada vez que surge la oportunidad de devolvérselos lo hace con multiplicada inquina.
Pronto aprendió que apuñalar por la espalda es la mejor opción en la batalla.

Toman una segunda ronda.
Luego una tercera.
Pero Norvegicus no pide nada. No le gusta rascarse el bolsillo.

Algunos de los alumnos de arte comentan los cuadros de la taberna, la mayoría paisajes de las imponentes montañas de Oriente.
Es el principal tema de Muridae. La nieve. Las rocas.
El Sol que nace donde nace el Crost.
Son oleos aburridos y predecibles. Institucionales si cabe. Y aun así se venden bien en la capital.
"Es el espíritu de Crostia representado" dicen algunos en Thalarctos.
Y sin embargo luego, a los múridos tienen por estúpidos y cobardes. Sólo la idea mítica de la roca, la montaña sagrada. Eso es lo único que les importa.

Llegan a la cuarta ronda y Ens se retira a dormir. Su casa está al otro lado de la plaza.
Norvegicus suele quedarse hasta el final, aprovechando si puede para liar a algún beodo que le acompañe lo más posible en el trayecto hacia su caserón en las afueras de la urbe.

-*Oye, ¿sabes que esa chica rubia con la que tratabas de ligar antes, fue novia de Ens?*

-*¿Qué dices? ¿Sí?* –a Norvegicus se le ilumina la cara ante la declaración de uno de los parroquianos de la taberna.

-*Claro. ¿Nunca les viste juntos?*

-*No.*

En realidad sí lo hizo. De hecho Ens los presentó en una ocasión.
Pero no es sino la noticia de que su compañero y la chica fueron pareja lo que le colma de ilusión.
Ilusión malintencionada.
Ahora más que nunca siente el deseo de conquistar las atenciones de la muchacha para restregárselo a Ens.

La taberna cierra.
Norvegicus no encuentra a nadie para hacerse acompañar por los solitarios caminos hacia su apartada finca.

La zona está colmada de turbias leyendas. Durante largo tiempo ningún paisano se atrevió a vivir allí. Sólo algunos pobres cazadores que todavía quedaban, y los suyos, venidos de nadie sabe bien donde, poco antes de nacer él, le dieron otra vez vida al arrabal.

Para espantar los malos pensamientos de su mente, trata de imaginar cómo será el día de su graduación en Bellas Artes.

Yo dejo pasar el otoño y el invierno.

Y otro otoño y otro invierno más.

Mis aguas lucen como siempre.
El hielo y la nieve siguen exactamente igual.
Lo cuadros de montañas y grandes soles siguen siendo el producto a exportar.
Y así llega el día de la fiesta en la que Norvegicus, Ion y Ens se van a graduar.

-*No quiero ser una rata muchachos.* –dice Ens apoyado entre los otros dos que le sujetan en su borrachera.- *Me niego.*

-*Calla, vas a acabar disgustándote tú sólo*. –tranquiliza Ion.

-*¡No somos ratas! ¿Cuándo va a entrarte en la cabeza?*

Norvegicus se enfurece.
Ion ve como Ens se entristece con los gritos de Norvegicus.

-*Estoy muy arto de toda esa historia. ¡Aquí hemos tenido grandes héroes a la altura de Los Osos Blancos del Crost!*

-*Di… Dime uno.* –desafía Ens.

-*Pues…*

Norvegicus sabe de un héroe local.
Su nombre era Norvegicus.

Ahora, lejos ya de la infancia y siendo prácticamente adultos, el recuerdo de cómo suplantó el personaje le parece casi una ensoñación.

Se esfuerza en recordar como la pesada carga de Malpolon, un nombre en exceso vulgar para un ser elevado como él, le llevó a obsesionarse con Norvegicus, el olvidado caballero de eras pasadas que yacía en la derruida iglesia de las afueras de la ciudad.
Solía ir allí todas las tardes, y levantando los arbustos con los que había cubierto la lápida, leía una y otra vez en la piedra las hazañas que de él se narraban.
Era sin duda un héroe desconocido. Alguien a quien imitar. Alguien a quien robar la identidad.

-*No tengo por qué explicarle nada a un borracho como tú* –dice finalmente. – *Además, ya me marcho.*

-*Espera Norvegicus, la fiesta de graduación todavía no ha acabado. Tomemos algo juntos.* – interviene Ion.

-*Yo ya tengo mi diploma. Nada más me importa ahora.*

Vuelve a su finca.
Abre una botella de hidromiel y la disfruta él solo mientras no quita ojo del título recién enmarcado en la pared de su dormitorio.

Pasa un día.

Una semana.

Un mes.

Ion llama a la puerta de Villa Monspessulanus.
Norvegicus sale lleno de pintura a la reja de la entrada.

-*¿Qué te trae por aquí, pequeño?*

-*Vengo a decirte que mañana inauguran la exposición de Ens y los otros en la galería del ayuntamiento. Vente. Iremos juntos.*

-*No sabía nada.*

-*Sí, es una gran oportunidad. Han formado un grupo y parece que les va bien.*

-*Creo que no podré. Tengo mucho lio*. – dice sin ningún interés.

-*Vaya, es una lástima.*

-*Dime una cosa Ion, ¿cómo han conseguido que les dejen exponer en el ayuntamiento?*

-*Supongo que con el grupo. Como digo, están dando de qué hablar.*

Norvegicus ríe. Le parece patético que tengan que juntarse varios supuestos artistas. Piensa que los grandes no necesitan de nadie para brillar.
Pero no dice nada.

-*¿Y cómo avanza tu obra, Norvegicus?*

-*Bien. Ya sabes que yo siempre estoy al pie del cañón.*

-*Claro. Un día podrías enseñarme que novedades hay en tu estudio.*

Ion siempre ha apoyado a Norvegicus con sus cuadros, mostrando interés y respeto por sus creaciones, que lejos de ser de su estilo, son todo lo contrario a las suyas.
Mientras el segundo es experto en la reproducción de obras clásicas con gran preciosismo y delicadeza, Ion es sin embargo un creador, tosco en las líneas y las formas, pero dotando sus lienzos de una nueva visión del arte que en cierto modo le aleja de los estándares comerciales.

Y aun así podría decirse que Ion es, a excepción de los ancianos del arrabal, su último fan.

-*Como te digo tengo muchas cosas entre manos, pero creo que podría tener una buena pintura para ti.* –dice Norvegicus desde detrás de la reja.

No pregunta nada sobre el trabajo de su amigo.

Ion sonríe y se aleja por el camino empedrado.

Han de seguir pasando los días, pues, Norvegicus vive en su propio mundo ensimismado.

La nieve se congela y se vuelve a deshelar, y los salmones remontan ya la corriente para poderse aparear.
Mis aguas lucen claras por el Sol.
Hace un día excelente para el amor.

-*Os quiero, ¿sabéis? Sois muy importantes para mí.*

La gente se enternece por una frase que contiene dos "Yo" como principal beneficiario.

Aun así le adoran.

Norvegicus y sus jóvenes discípulos, como él los llama, pasean por Muridae. Entre las calles un día de mercado, con el bullicio de las gentes yendo y viniendo, sus charlas se vuelven más importantes. El gran pintor local se deja ver. Se gusta. Se adora.

Muchos le saludan al pasar.

-*¡Norvegicus, eres grande!*

Sus pupilos cruzan miradas de complicidad y orgullo ante los vítores a su maestro.

Con apenas veinticuatro años cumplidos, es toda una celebridad en la ciudad.

La comitiva artística se detiene ante el almacén de caza. De fondo, colgados de ganchos, zorros y renos, la materia prima de la región sobre charcos de sangre.

Él les habla de la antigua escuela de Bellas Artes, ahora ya desaparecida por falta de alumnos y de interés económico.
Parece que fue hace siglos.
El edificio se usa ahora para almacenar pieles.

Pasean hasta el crepúsculo y ya en la taberna se deleita viendo sus cuadros en todas las paredes.

-*Tengo nuevas obras*. –le dice al camarero.

-*Calma Norvegicus, calma. No vendo suficiente hidromiel para todas comprarlas.*

E igual que aquí, en las otras tabernas, y en el ayuntamiento, y en la mayoría de las salas de estar de los hogares de Muridae, pueden verse sus lienzos. Correctos. Bien definidos. De gusto clásico y tranquilo. Paisajes de comedor en definitiva.

Tras casi diez años de aventuras nocturnas, sigue gustando de ser el centro de atención del lugar, más ya no se sube a banquetas ni a sillas a recitar, ahora desde su mesa, con media sonrisa y gran solemnidad, agita su guante dejando acercarse o mandando a paseo a seguidores y curiosos paletos.

Y es que ciertamente es el mejor pintor de Muridae pues,
es
el
único
que
queda.

Sus compañeros marcharon todos a la capital tras triunfar.

Tras mucho esfuerzo exponiendo en las provincias como un colectivo de creadores, fueron finalmente reconocidos en Thalarctos por sus significativos progresos en el arte plástico.

Cuando se fueron se llevaron consigo sus estudios y sus cuadros, y dejaron vía libre a Norvegicus que aún seguía encerrado en su Villa, para exponer en todos los espacios vacíos que estos habían dejado.

Montañas, montañas y más montañas. Ese es él.

Por la mañana sus sequito de púberes le espera en el camino del arrabal. Algunos traen lienzos envueltos en trapos.
Él sabe lo que significa.

-*Maestro, ¿puede ver mi obra?*

Por supuesto son rocas. Nieve. Soles. Más rocas.

No sabe cómo se atreven a disputarle su gloria.

-*Me temo que os falta mucha sensibilidad. Debéis vivir más el paisaje. Captar su verdadera esencia.*

Palabras vacías de un ser vacío.

Y es que para Norvegicus el arte no es vocación, como lo es para sus antiguos compañeros del "Grupo de Muridae", si no necesidad, obligación, pues no conoce otra forma de manifestar sus supuesta grandeza.

Por eso de ninguna forma va a permitir que nadie le arrebate la corona, la posición privilegiada que ostenta en la ciudad provinciana.
Por eso frena el progreso y mina las ilusiones de los jóvenes que le siguen y veneran, deslumbrados por una imagen impostada.
Por eso critica a todos los pintores que ahora son celebrados en la capital.

Envidia. Miedo. Egoísmo. Ego. Ego. Ego.

A eso se reduce todo.

Pero ni siquiera por las noches, cuando el silencio y la voz de la conciencia se imponen, ni siquiera entonces se percata del porqué de sus actos. No sabe realmente que sólo es un niño asustado. Que su genialidad no es más que el escudo autoimpuesto para protegerse de su vileza. Que no es una rata, no, es algo mucho peor.
Y todavía no lo sabe.

-*Amiguismo. Eso es todo. ¿Cómo pensáis si no que todos esos pintorzuelos acaban siempre en los mismos sitios, en las mismas galerías? Eso no tiene ningún mérito.*

Habla con grandilocuencia al corro.

Nunca fue a ninguna exposición que no fuera la suya. Nunca se interesó más que de sus obras.

Nunca entendió porqué se creaban tertulias, porqué se hacían cenas y viajes sin él, ni porqué todos aquellos colegas de profesión iban y venían de un lado a otro de la ciudad visitándose mutuamente. Nunca se esforzó por conocer ni reconocer nada más que a Norvegicus.
Y eso es lo único que tiene.

-*¡Norvegicus! Todos me conocen aquí, bien lo sabéis. Y, ¿por qué creéis que es? Sencillo, porque yo soy un verdadero artista. ¿Y ellos? ¿Qué son ellos en esa gris ciudad? Yo os lo diré: ¡Nada! Sólo la escoria de las montañas. Los que tuvieron que irse de aquí pues no valían nada.*

-*¡Viva el maestro!*

Henchido de orgullo pone un dedo sobre sus labios pidiendo a sus seguidores que se tranquilicen, aunque con la suficiente laxitud como para que no lo hagan y sigan alabándole un poco más.

Pero ese poco más es literalmente sólo un poco más.
Pasa el verano claro de Muridae.

Los desfiles por la ciudad de Norvegicus y sus seguidores sólo se ven interrumpidos por el hallazgo de los cuerpos congelados de varios soldados de Himsa en un risco cercano.

Una expedición por la cordillera de tropas de los indeseables Hombres de Metal y Pinchos alarma a la población local, pero al llegar los informes a Thalarctos, La Dirección le resta importancia.

Los uniformes de los accidentados son expuestos en el museo de Muridae.

Y llega la oscuridad perpetua.
Con ella los jóvenes alumnos de la Escuela Elemental se gradúan y la mayoría ingresa en empleos relacionados con la caza.

Norvegicus pierde a su sequito.

En su veinticinco cumpleaños se encuentra solo.
Solo ante las ascuas crepitantes de una fogata en el jardín de su finca.
Se ha bebido varias botellas de hidromiel y está vomitando.
Sobre su cabeza, las estrellas. Las mira y se compara con ellas. Se siente más cercano a los astros que a la mísera tierra.

Arrastrándose con la boina y el chaquetón a cuestas, entra en la posada de la plaza.
Es tarde y apenas quedan dentro los borrachos más avezados.

-*¡Mis queridos paisanos, Norvegicus os saluda!* –grita haciendo una torpe reverencia y descubriéndose la sesera.

El entusiasmo es mínimo.
Le han olvidado en una sola estación.

Agarrado a la barra y afinando la vista, observa que en las paredes hay cuadros de otros artistas. Viejos lienzos que en la despensa habían encerrado, pero que ahora se han revalorizado.

"Ion Thoi. Ens Valin… ¡Incluso alguno de esos mocosos que me seguían!"

Los dientes le rechinan. Las venas del cuello se le hinchan.

-¿Por qué tenéis colgadas estas porquerías? ¿Qué son esas manchas? ¿Dónde está la virtuosa línea?

-Calla, viejo, calla. Sé de buena tinta que estos valen fortunas allá en la capital. Ahora esos chicos son pintores de verdad.

Norvegicus jamás llorará. En su lugar, coge una banqueta de madera y la lanza contra una pared. Entre todos los presentes logran agarrarlo y echarlo al suelo helado de la plaza.

La frente le sangra. Un hilo caliente recorre su cara.
Un haz de luz es escupido por la puerta abierta de la posada.
Se cubre los ojos con la mano mientras, todavía sentado en el suelo empedrado, ve avanzar hacia él una silueta oscura.

-¿Qué…? ¿Quién…?

-Norvegicus, yo te recuerdo.

La puerta se cierra y desaparece el contraluz dejando ver a una joven atractiva.

-Yo… Yo también. Tú… Tú…

-Yo soy el deseo, Norvegicus. El deseo.

-¿Qué significa…?

-Somos todo deseo, Norvegicus. Sólo deseo. Todo lo que hacemos es motivado por deseo. No somos libres de nuestros deseos. Hasta el hombre más sometido, el esclavo más torturado, movido es sólo por sus deseos. Más fuerte que las armas y el yugo, los deseos son. En el caso más extremo, el esclavo es esclavo por su deseo de vivir, y trabaja obligado por este y no por la fuerza del látigo o la espada. Si mueren los deseos mueren las almas. Sin deseo, autómatas somos. Obedientes, sin siquiera deseo de satisfacer a nuestros amos, muertos somos. La vida es deseo. Somos todo deseo. Sólo deseo. ¿Me deseas Norvegicus?

-Sí, pero…

Se besan.

Él abre los ojos en un perfumado lecho.
Ella sentada en el borde de la cama, tiene heridas y moratones en la cara. Arañazos por todo el cuerpo.

Trata en vano de recordar algo.

-¿Quién eres? –pronuncia finalmente.

-Soy lo único que te queda, Norvegicus. El deseo.

Él se viste.
Se dispone a salir de la alcoba.

-*Pronto nos veremos de nuevo, Malpolon Monspessulanus.*

Ese nombre.
Esas heridas.
Ese cuerpo iluminado por el Sol de Oriente.

Ha caído en sus garras. Al deseo se ha entregado.

Mientras camina errante por el arrabal, un rostro sonriente atraviesa el polvo seco que el viento levanta.

-*¡Norvegicus, viejo amigo!*

Es la voz de Ion.
Su rostro inocente, ya casi olvidado en el tiempo, le transporta a otra época, y de pronto se encuentra perdido.

-*¿Ion?*

-*¿Quién sino? ¡Un abrazo, caballero!*

Se abrazan y Norvegicus le estrecha con fuerza tratando de comprobar si es real.

-*He regresado para tomarme unas vacaciones de la gran ciudad. Ahora, con todo este oscuro, se me hacen insoportables las jornadas entre tanta gente triste. No hay nada como la luz de las estrellas en el campo, ¿verdad?*

Norvegicus mira al cielo y siente que sigue borracho junto a la hoguera celebrando su aniversario. No sabe si han pasado las horas o lo ha soñado.

-*Vayamos a la taberna como en los viejos tiempos.* –propone Ion.

-*No, no…* -acierta a responder.

-*Vamos, déjame que te invite a una copa. Tienes muchas cosas que contarme.*

Su instinto le impide rechazar la oferta de hacer algo sin tener que pagarlo.

-*De acuerdo en ese caso. Pero no vayamos a la plaza. Busquemos otro lugar.*

Cruzan a un pequeño islote sobre mis aguas. La madera antigua y mojada del puente cruje a su paso. En la reducida parcela barrosa, un molino de piedra oscura donde les sirven unas pintas de hidromiel.

-*Y dime, ¿cómo te ha ido por aquí?*

Norvegicus ya se ha recompuesto. El paseo hasta el molino le ha espabilado y devuelto al personaje.
Ahora habla y gesticula con soltura y altivez.

-*Ya estabas tardando en preguntármelo, pequeño* –dice con orgullo- *Lo cierto es que estoy acabando varias obras verdaderamente interesantes. Pero, ¿sabes? estoy sometido a mucha*

presión pues todos quieren más y más de Norvegicus. Por aquí he sido muy aclamado, más de lo que un hombre puede soportar.

-¿De veras? ¿Te han molestado mucho estos paletos?

-No lo sabes tú bien.

-¿Has expuesto mucho?

-Mucho.

-¿Y por qué no te vienes con El Grupo a la capital? Podría conseguirte contactos. Iríamos a ver los trabajos de otros artistas. Hablaríamos con ellos y les presentaríamos tu obra y, quién sabe, igual en poco tiempo los mecenas de Thalarctos caerían rendidos a tus pies y empezarían las muestras en grandes galerías y el reconocimiento. Suena bien, ¿verdad?

La tez de Norvegicus es rígida y casi agresiva.

-Incluso este verano llegaron desde aquí unos cuantos jovencitos nuevos. Algunos hablaron maravillas de ti. Maestro te llamaban.

Puedo sentir su rabia.
La mesa tiembla ligeramente.

Se aclara la voz con un fuerte carraspeo.

-¿Y dices que esos mocosos han sido bien vistos allá en la gran, gran, gran ciudad?

-Ya lo creo. Traían buenas cosas bajo el brazo, nada de paisajes, ni rocas, ni…

Norvegicus golpea con su boina en la mesa.
Se levanta y camina por la vacía sala del molino.

Ion se percata del delicado estado de su compañero.

-Escucha... Todo el arte es importante. Tú y yo tenemos visiones distintas pero nos admiramos.

-Te equivocas. ¡Cuánto de equivocas! –estruja la boina entre sus manos mientras pasea alrededor de la mesa muy concentrado- *¿Crees que me interesa lo que hagan los otros? ¿Todos esos mediocres? ¡No me hagas reír! ¿Crees que me interesa ese estúpido grupito de ratas y niñatos sin estudio ni formación? ¡No! Ya lo creo que no.*

-No digas eso. Sé que no lo piensas.

Pero sí que lo piensa.

-Ion, pequeño, yo soy un artista. Un creador que vivirá mil años. Un líder. –aprieta los dientes para disimular su respiración acelerada- *¡Yo no necesito a nadie!*

Se pone muy firme.
Sonríe complacido de sí mismo.

Golpea su mano con la boina. Se la pone en la cabeza y girando el cuerpo muy ceremonial sale del molino.

Tras un instante de incredulidad, Ion salta de la mesa tras él.
No puede terminar de creerse que lo haya dicho en voz alta. Siempre supo que Malpolon era un ser ególatra y que pensaba todas aquellas cosas. Al fin y al cabo siempre lo demostró con sus actos.
Pero como buena rata siempre lo ocultó. Y como buena rata debió morderse la lengua.
Pero sólo los que la tienen llena de veneno son incapaces de hacerlo.

-*¡Norvegicus, espera!*

Este se detiene sobre el puente.

-*También venía a anunciarte una cosa.*

-*¿Qué cosa?*

-*Por fin voy a exponer en el Gran Museo de Thalarctos. Es un honor reservado a muy pocos y… Quería invitarte a la inauguración.*

-*Me voy a casa, tengo mucho trabajo.*

Pasan las horas y el aspecto del exterior de Muridae es casi igual todo el tiempo.

Un grupo de ancianos rompe el hielo que cubre una orilla de mis aguas y en el pequeño orificio se bañan.
Sus pieles lucen por un momento tersas y blancas.

Vuelven jocosos por el camino que sube a la urbe, cubiertos con grandes pieles de reno y estalactitas en la barba.

Norvegicus se cruza con ellos al salir de su casa.

Va decidido al encuentro del viejo compañero.
Durante la noche ha trazado un plan que está a punto de poner en marcha.

Su capacidad de estudio es sin duda uno de sus fuertes, y con los datos nuevos de los que dispone ha dibujado en su mente el siguiente paso en su ascenso hacia la imaginada gloria.

-*Vamos, vente a dar un paseo Ion. Sé que te encanta.*

-*Sí, pero estoy muy perezoso hoy. Quiero descansar y disfrutar de no hacer nada*. –dice desde la ventana de su piso en la segunda planta de un recio edificio.

-*¿No te habrás enfadado por lo que dije ayer? ¡Estaba muy borracho!*

-*No, ni mucho menos. Espera que me visto y damos una vuelta.*

Pasean junto a las zarzas heladas mientras recuerdan la etapa de estudiantes con gran gozo, pero Norvegicus insiste en que no han de aferrarse al pasado.
Está especialmente encantador.

Sereno y amable va tendiendo su trampa.

En un claro se detienen a observar las pisadas de un zorro.

-*Ion, una de las mejores cosas que tiene la amistad es que siempre se perdona.*

El sorprendido Ion se limita a sonreír e interpreta las palabras de Malpolon como una muestra de arrepentimiento por su actitud del día anterior, ante lo que queda muy alegre por su amigo.

Continúan caminando.
El frío se hace insoportable incluso para ellos.
Van a la posada del antiguo molino de nuevo.

-*¿Por qué no quieres ir a la taberna de la plaza?*

-*No me trae buenos recuerdos. Me parece un lugar caduco.* –dice Norvegicus sorbiendo un trago de hidromiel- *Y, hablando de eso, creo que me gustaría acompañarte a Thalarctos.*

-*¿De veras? ¿Vendrás a la inauguración dentro de un mes?*

-*Iré contigo y aprenderemos muchas cosas juntos.*

-*¡Brindemos por ello, caballero!*

Toman unas jarras más mientras planean el viaje.
Ion decide interrumpir sus vacaciones para introducir en sociedad a Norvegicus. Este se muestra aparentemente tan entusiasmado que acuerdan partir al día siguiente.

Es bien entrada la noche y suben por el camino del molino. En la puerta de la Villa Monspessulanus se despiden.
Ion sigue hacia el casco viejo, pero Norvegicus no entra en su caserón.
Espera a que su compañero se aleje y con precaución de no ser visto ni oído por los vecinos se introduce en los matorrales espesos.

Pronto llega a una antigua iglesia derruida.
Observa el hueco vacío donde el héroe Norvegicus de Muridae yacía.
Guarda silencio y recuerda el día en que decidido a suplantarle, y con una gran maza destrozó la lápida para que nadie su historia jamás pudiera conocer.

Reflexiona unos instantes diciéndose a sí mismo que puede con todo y con todos.

Es algo que necesita oír.

Se aleja de las ruinas atravesando los murales que representan los animales que aquí eran adorados por dar sus vidas a los hombres.
Ahora ya sólo quedan templos a los Grandes Osos.

Templos como la imponente catedral de Thalarctos que se está dibujando ante ellos a través de la bruma.

El tren circular que recorre ambas márgenes del Crost, pasando por los cobertizos e invernaderos de la planicie septentrional donde se cultivan extrañas plantas, se producen bebidas y alimentos, y

se conservan animales, hasta las fronteras de Himsa y Lavria en la cordillera de Meridión cerca de la mítica fortaleza estrellada de Suidae, vibra violentamente sobre los raíles más antiguos de la línea a su entrada en la Estación Central de la capital.

El viaje en un coche eléctrico de esta magnitud siempre resulta excitante, y Norvegicus intenta mantener el semblante muy sereno, pero es su primera visita a la gran ciudad y el vagón va cargado de todas esas gentes diferentes que forman Crostia y rara vez suelen mezclarse entre sí. Está algo asustado.

Bajan al andén.
Ion guía la marcha e indica los pasos a seguir.

-Ahora cogeremos un coche de caballos. Son muy elegantes y cómodos, no como esos carros de Muridae. Iremos a mi apartamento cerca la zona intelectual.

-¿Hay una zona intelectual?

-Sí, aquí les encanta mantenerlo todo separado. El barrio bohemio, el de los estudiantes, el de las tropas, el del servicio y los marineros, los cabarets… Los oficiales del ejército, los funcionarios, la aristocracia y los templos están en la orilla fría, donde los grandes hoteles y los restaurantes. El lugar de la decencia, la rectitud y la fiesta perpetua. ¿Tiene gracia no?

-Interesante.

-Sí, yo soy del sector de los despreocupados y los advenedizos. En verdad casi todos son nuevos ricos aquí en comparación con nuestra tierra.

-¿Hasta los empleados?

-Ellos también viven bien. Muchas veces se quejan al compararse con la clase alta, pero no quieren renunciar a nada asique no cambian nada. Es mucho lo que tienen y muchos no lo saben.

-Me gustaría ver todas esas zonas.

-Pronto.

Suben al carro y bajo la capota se forma una oscuridad que oculta sus rostros de los que pasean por el exterior.
Norvegicus se siente un observador secreto, y con cierta picaresca infantil se deleita con su descarado escrutinio de la calle y sus gentes.

Ve en esta ciudad un nuevo lienzo viviente donde dibujar su obra.

Varios barquitos llenos de pescadores que regresan de faenar entran en la bahía. Pasan entre la isla del faro en el centro de la misma, y el paseo de la ribera meridional que ahora recorren.

Esos hombres rudos se deslizan sobre mí, exhaustos y sucios, pero Norvegicus no los ve.
Sus ojos están siguiendo con atención las cabezas de pescado que me arrojan desde tierra los vendedores mientras recogen ya los puestecillos.
Algunas señoras con el mentón alto y paso firme se alejan apretando contra sus sobacos paquetitos envueltos en grueso papel blanco para la cena.

Cruzan por el regio puente que les eleva sobre mis aguas.

La zona de los cafés es un ajetreo constante.

-*En este lado hay también demasiada gente por la calle para la época del año que es, ¿no?* –observa Norvegicus.

-*Sí, pero aquí todos sonríen más.*

Bajan en la puerta de un local de postín.
Un metre con levita les saluda con exagerado entusiasmo y les conduce por la sala llena de mesas de mármol blanco y sillones tapizados de terciopelo rojo.
La iluminación es fuerte y de fondo una banda toca un aburrido jazz.

-*Ahora vamos a ver a unos conocidos del mundillo del arte.*

-*¿Para qué?*

-*Te presentaremos y podrás cambiar con ellos impresiones sobre vuestras obras.*

Norvegicus gruñe por dentro.

Alrededor de una hilera de mesas unidas se reúne un nutrido grupo de barbudos descuidados, gentes con trajes desgastados, corbatas con nudos desaflojados, señoritas de pómulos sonrojados…

Ion introduce a Norvegicus y todos le saludan con cordialidad e interés.

-*Esta gente me pone los pelos de punta.*

Pero Ion no le escucha.

Un camarero pone ante él un vasito con un licor verde. Norvegicus lo huele extrañado y levanta la mano para pedir algo de hidromiel.

-*Pruébalo, te va a gustar.* –dice la joven que hay sentada a su derecha mientras le baja el brazo con delicadeza- *Enserio, hazme caso.*

-*¿Qué es?*

-*Una bebida de ajenjo, anís e hinojo.*

-*Nunca la he probado. Parece fuerte.*

-*Lo es.*

-*¿Es lo típico aquí en la capital?*

-*En realidad no. Sólo unos pocos la tomamos. La elaboran en los invernaderos, y es bastante exclusiva.*

Norvegicus acerca con decisión el vaso a sus labios pero la dama vuelve a agarrarle del brazo.

-*No, espera. No se hace así.*

Ella desliza sobre el mármol una extraña cucharita. Norvegicus se fija en los residuos de pigmentos de colores en la piel de las manos de la joven, que a pesar de haberlas lavado y perfumado desvelan la inevitable marca del pintor.

-*Debes ponerla encima del borde así, y sobre ella un azucarillo. ¿Ves?* –él sigue observando su blanca piel, el vestido delgado rosáceo, sus labios de color negro- *Y ahora le echamos agua fría para que el azúcar se deshaga sobre el licor.*

La bebida torna de un verde brillante a un color lechoso.

-*Ya está. Dale sorbitos pequeños.*

Norvegicus se lo bebe de un trago.
Siente como le arde por dentro en su descenso, pero merece la pena con tal de impresionar a la muchacha.

Sin embargo ella parece más bien ofendida.

-*No se hace así.* –dice cruzando los brazos y mirando hacia otro lado.

-*No te preocupes, se puede tomar como sea. ¡Al cuerno con esa reglas absurdas!* –exclama el hombre de su izquierda que ha estado siguiendo todo el proceso- *Nadie sabe quién inventó este mejunje y su estúpido ritual, pero aquí se lo toman muy enserio, ¿sabes? Como una especie de seña de identidad.*

Norvegicus asiente algo perdido.

-*Dicen que es una creación de La Dirección allá en los cobertizos de Septentrión, algo con lo que darnos felicidad liquida más allá del burdo aguamiel.*

"Lo que daría por una pinta…"

-*…pero no te lo vayas a creer compañero* –prosigue el histriónico señor mientras acaricia sus largas barbas grises- *Al fin y al cabo toda la historia es una sucia mentira. Dicen que los himsain navegaron más allá de Dosha. ¿Puedes creerlo? Sí, compañero, como lo oyes. Llegaron a un continente sin hielo y encontraron a sus hermanos de Metal y Pinchos. Increíble, ¿verdad?*

-*¿Qué tiene que ver eso con la bebida? Deja de turbar la mente del recién llegado.* –interviene el hombre de enfrente, un joven bien parecido de traje blanco.

-*Pues, lo creáis o no, allí les enseñaron muchas cosas que desconocemos, y cuando volvieron a Himsa las trajeron consigo y las guardaron para un día usarlas contra nosotros.*

-*¿Cómo este licor?* –dice el otro con cierta guasa.

-*¡Exacto! A nuestros enemigos les interesa que tengamos pensadores que cuestionen todas las creencias sobre las que se asienta Crostia y nos debilitemos por dentro. Sin embargo yo lo llamo: ¡La verdad!*

-*Eres un viejo loco.* –sentencia el hombre del traje blanco.

-*¿Es que acaso pensáis que somos la única civilización que ha existido? ¿De veras podéis creer que todo es obra de Los Grandes Osos Blancos que descendieron de las montañas e inventaron todo lo que hoy conocemos? ¿Cómo pensar que las islas de Suddhi y Dosha, y la montaña oscura de Agni y su fuego en medio del mar pueden marcar los límites del mundo?*

-*Cuando se pone así es realmente insoportable* –dice el hombre a Norvegicus con forzada entonación de tedio.

El alterado barbudo sigue hablando para sí mientras busca las miradas de los de alrededor.

-*¡Camarero, otra poción de la verdad por aquí!* –grita ebrio y verborreico.

Norvegicus se gira a su derecha en busca de esas hermosas manos, pero ya no hay nadie allí.

Mira alrededor y reconoce a algunos antiguos compañeros de Muridae al fondo del local, pero no se acerca a saludarlos.

El movimiento es constante. Todo parece moverse muy deprisa.
Las conversaciones.
Las risas.
El sonido de las cucharillas en las copas.

Una voz le pregunta por su obra.
Él no es capaz de explicar la grandeza de sus pinturas, y por primera vez se siente vulnerable en cuanto a su genialidad se refiere.

Más voces. Más bebidas lechosas.
Más preguntas.

"Mi obra es superior porque yo soy superior. Tengo un talento, una sensibilidad natural que me conecta con lo más profundo de la naturaleza y las emociones humanas."

Pero sólo son cuadros de montañas.

El frío aliento de Thalarctos golpea su cara al salir y él no ha preguntado ni se ha interesado por nada ni nadie.
Sólo ha sentido la desnudez de la inesperada inferioridad.

"Tengo que resolver esto."

Vuelven a la orilla meridional y entran en un cabaret.
El espectáculo incluye desnudos. Inmoralidad.

Vuelve a ver a la chica de las manos bonitas.
Sólo es un fotograma en su mente.

Amanece.

En la terraza del apartamento de Ion se sirve un almuerzo para muchos invitados, entre ellos los artistas de la noche anterior.

-*Norvegicus, háblanos de ti.* –pregunta una nueva voz.

-*Yo sólo soy una persona normal.* –responde con ensayada entonación y sonrisa encantadora.

Los invitados aplauden y alaban su falsa humildad.

Todo ha sido tramado en su cabeza durante la noche para subsanar los errores de la imprevista e incómoda situación de saberse superior pero no poder expresarlo.
Tras observar las dinámicas del colectivo artístico opta por fingir un perfil bajo.

Almuerzan, y Norvegicus se muestra muy cortés y encantador haciendo bromas con todos pero no se interesa lo más mínimo por sus trabajos.
Ese es un detalle que cuesta más forzar.

Repiten la rutina: Local elegante de jazz, cabaret de espectáculo subido de tono, bebidas de ajenjo…

Pasa una semana.
Norvegicus cree haber enamorado a todo el círculo intelectual.

El grupo de Muridae expone hoy pero Norvegicus no quiere que le relacionen con ellos. Sabe que en Thalarctos son llamados ratas y se les considera cobardes.
Incluso dentro del ambiente bohemio, el clasismo provincial está presente.

Rompe la invitación y sale a pasear.

En las plazas de la zona administrativa, rodeadas por templos de Los Osos Blancos del Crost, palacios, y ministerios, se siente una especie de incómoda agitación.
Él también la percibe, pero su condición de turista no le permite identificarla como algo inusual.

Se toma una jarra de hidromiel mientras ve pasar uniformados a muchos de los señores que ha ido viendo desmelenados estos días en el local del jazz o incluso en los antros del otro margen.

"Por el día salvan el mundo con su ética y su moral, pero por las noches también tienen derecho a no pensar."

La reflexión le tranquiliza pues justifica la laxitud de sus propios valores, y el constante uso que hace del "nadie es perfecto", cuando el que no es perfecto es él y no los demás.

Y es que en su caso, para él la perfección sí existe y es él mismo.

Ion llega a la terraza del café donde Norvegicus alarga la consumición.

-*Otra exposición que te pierdes.* –dice con tono severo- *¿Te das cuenta de que no has ido a ver las obras de nadie?*

"No me interesan, gracias" es su primer impulso.

Pero ha de mantener su impostado papel de caballero encantador.

-*Me temo que estoy muy ocupado conociendo la ciudad y sus maravillosas gentes.*

-*No me vengas con esas. Así no te abres puertas.*

-*¡Pero si todos me adoran!* –exclama riendo con altivez.

-*Nadie te aguanta, Malpolon.*

Su cambia cara.

-*¿Por qué dices eso?*

-*Sólo te dedicas a hacer comentarios pretenciosos sobre la vida y el universo, a alabar a las mujeres y el alcohol, a gastar bromas y chistes pesados. Te traje aquí para que pudieras mostrar tus cuadros, pero para ello tienes que mostrar también interés por los demás. Nadie va a venir a ti suplicando por un poco de tu arte.*

Un viento lejano que revuelve mis aguas, entra en la plaza y forma un violento remolino. Papelillos y colillas aplastadas se levantan y bailan. Las velas de las mesas y las bombillas de las farolas vibran y hacen cambiar las formas.

Las sombras del rostro de Norvegicus se distorsionan hasta volverlo terrorífico.

Se levanta y se aleja ofendido

-*Yo te apoyo y te ayudo cuanto puedo para dar a conocer lo que haces, pero, ¿qué haces tú por los demás?* –le grita Ion.

Aunque sólo es media tarde, en el barrio intelectual hay algunos cabarets abiertos.

Se emborracha durante horas con la bebida lechosa de los artistas.

Va al baño esquivando torpemente las mesas bajas.
Choca con un muchacho delgado y de tez pelada. El contenido pegajoso de la copita de licor de ajenjo cae sobre su clásica gabardina negra.
Forzando la vista para enfocarlo bien, ve en el rostro del chico la inconfundible mirada cansada de los trabajadores de la meseta septentrional.

-*¡Escoria, esta gabardina vale más que tú!*

Golpea con todas sus fuerzas al joven en la mandíbula.
Todo se vuelve a cámara lenta.

El cuello del chico girando y marcando los tendones al hacerlo. Su cabello sucio y graso agitándose suavemente como arrastrado por las olas que forman mis aguas en el mar. Un hilo de saliva escapando de su boca desencajada. El tronco retorcido y las piernas separándose del suelo ejecutando un paso de danza flotante.
De fondo algunas caras sorprendidas y cuerpos empujándose hacia atrás para evitar el violento encuentro. Una silla sobre dos patas. Unos vasos escupiendo su contenido hacia arriba.

Y de pronto, su cara. La cara de Norvegicus ante los ojos de Norvegicus.

Su rostro beodo, iracundo, despreciable, y su puño pasando ante sus ojos y esa que es su cara pero que ahora está enfrente suyo.

Un dolor indescriptible. Primero un pinchazo en el cerebro, efecto de verse a sí mismo fuera del propio cuerpo. Luego un crujido y un desgarro en la mandíbula mientras el tiempo vuelve a su velocidad normal y de súbito una pirueta y el suelo.

Desde debajo de una mesita medio volcada trata de saber que ha pasado.
Levanta la vista y ve la imagen tantas veces observada y adorada ante el espejo: El hombre de pálida piel, rubia perilla de antiguo estilo caballeresco, mirada altiva bajo una boina negra y con gabardina. Todo un héroe. Ante él… Él mismo.

Otros jóvenes de rostros ajados por la luz artificial de los invernaderos le ayudan a levantarse. Sus piernas y brazos son flacos y están débiles. Alguien grita algo relacionado con echar a la rata. Entre las lágrimas que envuelven sus ojos ve como sacan a Norvegicus del local. Unos mozos lo arrastran y este se deja arrastrar completamente vacío.

De pronto oscuridad.
Oscuridad y silencio.
Y luego mi brisa.
El sonido de mis aguas al chocar con el muro del paseo.
Una campana en la cubierta de un barco que se agita en el puerto.
Unas gaviotas en la distancia.
Los cascos de un caballo por el empedrado, casi al lado de su cabeza.

Una voz.

-*¿Estás bien? ¿Te has caído?*

Abre los ojos.

Una joven muchacha de uniforme.

Norvegicus no acierta a decir nada.

-*Vaya… Estás borracho.*

-*Sí.*

-*¿Vienes del cabaret?*

-*Sí.*

-*No pareces un borracho.*

-*¿No?*

-*Pareces más bien un artista. ¿Trabajas en el mundo del espectáculo?*

-*Podría decirse, sí.*

-*¿Y a qué te dedicas? ¿Haces malabares? ¿Cantas?*

-*Hago que los demás se sientan vivos.*

Ella saca un pequeño pañuelo mientras se pone de cuclillas junto a él.
Su pelo largo y liso, de color castaño y perfectamente limpio, refleja las luces del faro y las del cartel luminoso del cabaret.

Moja el pañuelo con sus labios negros y le limpia la frente manchada de barro seco.

Norvegicus mira esos labios color azabache brillando en la fría noche de Thalarctos y sólo quiere devorarlos.

-*¿Cómo te llamas?* –pregunta ella.

-*Mal… Norvegicus.* –responde apretándose la cabeza y sintiendo una terrible presión.

-*Yo soy Deseo.*

La noche pasa.
El día oscuro empieza e Ion busca a Norvegicus por los cafés de la orilla fría sin ningún éxito.

El olor salado de la playa. Las algas. Y la arena.
Norvegicus abre los ojos completamente desnudo.
El escaso Sol apenas calienta su cuerpo, pero es suficiente para indicarle que el día comienza.
También el ruido de las calles que vuelven a bullir de actividad.

Pero él sólo recuerda su propio rostro ante él, golpeándole.

A su lado, acurrucada dándole la espalda, Deseo. Parece que solloza.

Pero ya no le interesa nada de ella.

Se levanta y trata de purificarse en mí.

Vuelve junto a ella. Se viste y en silencio se aleja de sus lágrimas.
Deseo queda tendida, echa una bola en la solitaria y fría playa.
El crujido de la gruesa arena tras cada pisada le hace más fácil olvidar lo que no le importa nada.

Camina mojado aun entre el olor de la bollería y el pan de la mañana.
Decide ir al estudio de Ion, pues está más cerca de este que del apartamento.

La puerta de la entrada se abre sin problema.

"Debe estar ya trabajando"

En la primera sala, el mostrador y los cuadros expuestos están en total calma. Nadie los guarda.

-*¿Hola? ¿Ion?*

-*¿Malpolon eres tú?*

Ion sale de la trastienda a toda prisa. Se limpia las manos manchadas de pintura en un trapo de un color indeterminado.

-*Te estuve buscando. ¿Qué ha sido de ti?*

-*Fui a darme un baño en el Mar Oscuro.*

-*Sigues mojado. Pasa al estudio y caliéntate un poco.*

La recepcionista de Ion entra por la puerta.
Es una mujer de aspecto rudo pero cordial. Les dice que vayan a lo suyo y que enseguida les llevará un chocolate caliente como es costumbre en Suidae.

-*¿Por qué no una hermosa muchacha de Thalarctos, Ion?*

-*Lo creas o no, los suidos son la gente más firme que he conocido. No en vano fueron ellos los que expulsaron a los himsain del Gran Continente.*

-*Así se han quedado de feos y amargados.*

-*¡Calla que me buscas la ruina!*

Ríen mientras la rubenesca mujer les sirve el desayuno.
Ion ofrece a Norvegicus un lienzo y este comienza a pintar a pecho descubierto y con un gesto que delata lo que se gusta a sí mismo.
Se deja admirar e Ion así lo hace sin perder detalle.

Pasan dos horas y charlan sobre el cuadro.
Ion lo alaba pues así lo siente.

Ahora es el turno de Ion, pero Norvegicus apenas presta atención un par de minutos. Sentado tras el compañero que se afana en su obra, Norvegicus se cruza de brazos y mira por la ventana.
A través del tragaluz ve pasar pies por la calle, a la altura de su cabeza.
Se da cuenta de que Ion tiene un buen apartamento, un estudio con sótano y tienda, e incluso una empleada para él sólo.
Y cree que eso no puede ser. Él, Norvegicus, merece mucho más, y tiene mucho menos.

"Pero pronto todo ha de cambiar."

A los quince minutos Norvegicus no puede aguantar más y decide marcharse.

-*Me voy.* –dice de improviso.

-*Espera. He quedado para almorzar con gente importante del Gran Museo en el café de la Plaza de La Garra. ¿Quieres venir y así puedo presentarte y hablarles de tu trabajo?*

Norvegicus piensa con cuidado la respuesta.

-*No creo que pueda, tengo compromisos con una dama.*

Abandona la tienda a toda prisa hacia la Plaza de La Garra.

Puedo sentir la envidia que emana de ese ser ruin y calculador.
Pero no, envidia es una palabra muy fea.

El bistrot está vacío cuando Ion llega a la hora de comer.
El metre le entrega una nota con un mensaje:

"Reunión pospuesta por motivos de La Dirección".

Ion vuelve al apartamento algo preocupado. Sabe que cuando se trata de asuntos de La Dirección no se puede preguntar.

Al cruzar el puente una voz con acento familiar le llama.
Ion se gira.

-*¡Ens Valin, tenías que ser tú!*

-*Ion, viejo amigo.* –dice Ens mientras se acerca apresuradamente hacia él desde la orilla de los cafés.

-*¿A qué vienen esas prisas? ¡Compórtate que no estamos en el campo!*

-*Escucha, contigo quería yo hablar. Te digo esto por el aprecio que te tengo.*

Ens respira agitadamente mientras se mete la camisa en el pantalón y sacude el sombrero aplastado.

-*¿Qué quieres decirme, Ens? ¡No me tengas en ascuas!*

-*Sé que tú le respetas mucho pero… Ese… Ese Norvegicus no es buen tipo. Nunca lo fue. Todos lo sabemos. Si le aguantábamos en la escuela y en las reuniones es porque sabía algunos buenos chistes pero… Créeme, no te conviene mantener el contacto con él.*

-*¿Por qué me dices esto, Ens? ¿A qué viene ahora?*

-*Sé que le has acogido en tu casa y que tratas de introducirle en el circuito artístico pero…*

-*¿Pero…?*

-*Ion sabes que te aprecio.*

Ens se pone el sombrero de nuevo.

-*Tengo que volver a La Garra. He quedado con algunas personas. Últimamente me paso los días enteros allí y… Escucha, sé que expones en tres semanas y tendrás mucho lio asique lo mejor sería que te quitaras de encima a ese Norvegicus. Sabes que para él sólo existe él mismo.*

Ion se queda callado. Sabe que Ens tiene razón, pero no quiere tirar la toalla con Norvegicus como otros tantos lo hicieron.

"Es ridículo que tenga que advertirme de esto."

Me evaporo y subo sobre ellos formando nubes oscuras.

Caigo sobre el rostro de Ion mientras se apresura al apartamento.
Quiero que despierte.

O quizá no.

El mundo necesita gente como él. Su dolor se transformará en pintura, y su pintura en dolor cuando otros lo vean. Y ese dolor dejará de ser malo, y pasará a ser tan bueno como los buenos sentimientos rotos que lo generaron.

Al menos así lo siento mientras resbalo sobre su ropa y caigo al suelo.

En el charco que he formado se reflejan los edificios de piedra blanca que ahora lucen más grises que nunca debido a los cirros y a la lluvia con la que toco cada rincón de la ciudad.

Todos corren a resguardarse, pues, los crostios bien soportan el frío, pero a mí me temen.
Saben que contra el frío tienen fuego, contra el fuego mi agua, pero contra mí… Contra mí no tienen nada.

Y en la costa de Himsa, nuevos barcos recién fletados surcan el Mar Oscuro por primera vez.

Pasa una semana.

Ion recibe muchas confirmaciones de asistencia a la inauguración de su exposición en el Gran Museo.
En las calles hay carteles con su nombre, un dibujo de su rostro de perfil y una de sus más famosas pinturas de fondo.
Algunas personas le reconocen y saludan por la calle, e incluso le entrevistan en la radio nacional de Crostia:

-*Dicen los entendidos que es usted un revolucionario con su pintura únicamente en blanco y negro. ¿Por qué lo hace teniendo oleos de todos los colores? ¿No cree que sea un poco pretencioso?*

-*Me gusta más el blanco y negro en el arte.* –responde Ion.

-*Pero la vida real es color.*

-*Cierto. Es una decisión estética. Igual que la música o la literatura que le gusta a la gente es pura farsa, en blanco y negro, las canciones o libros de color son los que por reflejar verdaderamente la realidad, no gustan. Yo no soy músico ni escritor, pero sí pintor, y como tal elijo la opción estética, pues la gente no puede soportar el color como no puede soportar la realidad.*

Norvegicus vaga de café en café en la orilla fría donde los funcionarios y la gente importante traman todo tipo de asuntos al salir de los ministerios y palacios.

No tiene apenas dinero, y el que tiene, enviado desde Villa Monspessulanus en Muridae, lo guarda celosamente, haciéndose invitar por los recién conocidos que caen engañados ante sus embaucadoras maneras de caballero y galán sobreactuado.

Como siempre ha hecho, se da gran importancia. Habla de sus obras y de su talento sobrehumano y, muchos de los aristócratas, desconocedores de nada mas allá de sus fiestas y sus despachos llenos de planes para conseguir tener más y más, le toman por lo que dice ser. Hace muchos amigos.
Al menos eso piensa él.

Sus amigos de verdad no le aguantan.

-*¡Me niego en rotundo, Ion! Sí, es múrido como nosotros pero no le queremos cerca.*

El resto de los presentes en la gran mesa del local de los sillones de terciopelo rojo, todos miembros del Grupo de Muridae, parecen estar de acuerdo con lo dicho por su portavoz.

-*Venga, dadle una oportunidad. Tenemos que apoyarnos. Luego no nos sorprendamos cuando nos llamen ratas…* -Ion se da cuenta de que ha metido la pata mencionando un tema tan delicado.

Nadie dice nada mientras sirven los entrantes.

En la mesa, la decena de comensales, incluido Ens Valin, parecen muy molestos.

Norvegicus llega a la puerta del bistrot donde sabe que se encuentra reunido el grupo.
Se detiene para afilarse el bigote ante el espejo de la entrada.

A su lado hay dos hombres corpulentos: Un oficial del ejército con su traje impolutamente blanco y galones con tres fauces de Oso sobre manga y hombros, y un rico señor con puro y calva reluciente.
Hablan a gritos.

-*Escuche coronel, un hombre que no tiene enemigos es un hombre que no ha luchado por nada.*

-*Se equivoca. Un hombre que no tiene enemigos es un hombre que ha ganado todas sus batallas.*

-*Pero bueno, sea razonable coronel…*

La situación política anda algo agitada.
En los últimos días, inquietantes informes llegan desde las fronteras de Meridión.
Y Norvegicus lo sabe. Gracias a sus confidencias de licorería, el filtrado de información le está colocando en una posición privilegiada.
Pero para la gente corriente todo sigue igual.

Entra en el bistrot. Se dirige a la mesa ignorando al metre.

El recuerdo de hace apenas dos semanas, llegando por primera a este mismo lugar, le parece extremadamente lejano.

Saluda con una reverencia y una sonrisa.
Su máquina de encanto empieza a funcionar.

Sigue sin aguantar a toda esa gente. Esa gente sigue sin aguantarlo a él.
Sin embargo aquí están todos sonrientes levantando copas con un líquido de color lechoso.

-*Bueno Norvegicus, si nadie lo dice lo haré yo.*

Ion mira muy tenso a Ens Valin temiéndose lo que pueda decir a continuación.

-*Hemos estado hablando y…* -al escucharle el resto calla- *…bueno en definitiva queremos que te unas a nosotros en la muestra que preparamos para la aristocracia en el Hotel del Gran Sol de Oriente a finales de esta semana. Somos un colectivo y todos debemos apoyarnos y estar unidos.*

Ion mira a Ens, alegre al escuchar su proposición.

Norvegicus permanece en silencio sonriente.

-*Bueno, ¿qué dices? ¿Te sumarás a la muestra?* –añade Ens con fingida simpatía.

El rostro de Norvegicus es también el paradigma de la falsa cortesía.

La banda de jazz se sube al escenario que hasta ahora permanecía apagado y vacío.
Suenan los bordones metálicos bajo la caja de la batería al dejar el músico las baquetas sobre esta.
También algunas notas de contrabajo mientras afinan.

Todos miran a Norvegicus que no dice nada.

Se encienden las luces del pequeño escenario.

-*No. Declino la invitación. Tengo cosas mejores que hacer.*

Comienza estridente la melodía.

Todos respiran secretamente aliviados.

Alguien cuenta un chiste para romper la tensión y cada uno vuelve a sus conversaciones sobre los sofás de terciopelo rojo.

Ion se acerca a Norvegicus y le agarra de un brazo.

-*¿Por qué lo rechazas? ¿No sabes lo buena que es esta oportunidad? Toda la clase alta estará allí.*

-*Ion no lo entiendes. Yo soy Norvegicus. Mi nombre debe ser conocido por toda clase sin distinción. Aquí en la capital todos tienen dinero para gastar. Camareros y pescadores. Funcionarios y aristócratas. Todos querrán un Norvegicus original. No me limitaré. No privaré a nadie de mi talento.*

Se siente un héroe del pueblo pronunciando esas palabras, cuando lo único que habla es su desmesurado ego.

La música frenética de la banda acompaña los pasos de Norvegicus hacia la salida. Sobre las mesas de mármol blanco, más licor de ajenjo. Más jazz. Más risas. Más decepción.

Pasa otra semana.

Pero a Ion le da igual.
La ilusión de su gran exposición se ha disipado ante la tristeza de no poder ayudar a Malpolon.

Hace seis días que no le ve.

"¿Qué habrá sido de él? ¿Estará vagando por las calles viviendo de la limosna? ¡No! Seguro que ha seducido a alguna dama rica y vive de mantenido. ¿Vendrá a mi inauguración finalmente? ¿Volverá por aquí?".

-*Queda una semana, señorito Ion Thoi.*

-*Lo sé, gracias*. –responde a su recepcionista mientras esta pone sobre sus manos una taza humeante de chocolate.

Ion sopla absorto en sus reflexiones.

El estudio está irreconocible.
Casi todos los cuadros han sido ya embalados con protección para transportarlos al Gran Museo.

Sólo queda un cuadro fuera.
Un extraño cuadro amarillo que no casa con el resto de la colección en blancos y negros.

Ion lo observa cautivado repentinamente por su propio lienzo.
Ése amarillo…

Intuye de pronto un significado hasta ahora desconocido en él. Algo no premeditado. Algo que se le escapa.

-*¿Señorito Ion?*

-*Sí, sí, ahora termino de numerarlos. No hay por qué agobiarse, ya lo tenemos casi todo listo asique…*

Su voz se quiebra al ver a la corpulenta recepcionista de Suidae flanqueada por dos Osos Blancos del Crost bien uniformados.

Sabe lo que eso significa.

"Cuando Los Osos aparecen, les acompañas sin decir nada. Sin preguntar nada."

Los hombres hacen un gesto indicando la salida del estudio. Ion los acompaña.

Justo antes de salir de la tienda, se gira.
Mira directamente hacia el cuadro que permanece solitario entre los cartones y cajas del resto ya embalados.

Ahora entiende el significado oculto en él.

"Ése amarillo… El color de la traición."

Norvegicus está en el Café de La Garra.

Un funcionario le explica las dificultades de organizar la intendencia de un ejército desplazado lejos de las zonas de acuartelamiento.

Ens Valin entra por la puerta agitado. Mira a Norvegicus de reojo y se dirige a una mesa baja donde hay algunos bohemios. Hablan y con gran conmoción se levantan y salen del local.

Malpolon sonríe. Sonríe más que
nunca. Sabe lo que eso significa.
Sabe que su plan se ha ejecutado correctamente.

"Soy invencible. Soy Norvegicus".

Pasa la noche en el apartamento vacío de Ion.

Mira por la ventana contemplando con orgullo la ciudad que está a punto de conquistar.

Abajo, en la calle, los carteles que anuncian la exposición de Ion Thoi tienen rotulado en letras mayúsculas y de rojo intenso un enorme "Cancelado".

"Todo se mueve con rapidez en la capital".

Llega el nuevo día y con él la siguiente fase de lo que ha de suceder.
El mensajero no se hace esperar.

Norvegicus abre la puerta ataviado con el batín de Ion.

-*Notificación urgente de La Dirección, señor*. –dice el imberbe mensajero.

Cierra la puerta con el sobre en la mano. Es lo más sagrado que ha tenido en ellas nunca.
Se gira despacio.
Su figura aparece reflejada en el espejo que hay enfrente de la entrada.

Se toma un momento para poder sentirlo todo con la intensidad que se merece.

Observa su rosto. Su pelo rubio pulcramente cortado. Su bigote y perilla de héroe. Las imperfecciones que tanto le dolieron en el pasado han desaparecido.

"Es la cara de un superhombre."

Se pregunta si todas las charlas para embaucar a los peces gordos del Gran Museo y evitar que se reunieran con Ion, los licores y confidencias con los altos oficiales del ejército y los apoderados, toda la trama de las últimas semanas, finalmente habrá surtido efecto.

"¿Qué si no, podría ser esta carta de La Dirección?".

Es uno de esos momentos en los que sería justo arrojarme contra él en forma de ola gigante. Pero la justicia es sólo cosa de los hombres.

Lee la carta.

Está pletórico.

Se viste con su negro chaquetón y boina. Salta a la calle a toda velocidad.

Mientras llama a un cochero que le lleve con presteza al Gran Museo, ve los muros donde ayer estaban los carteles de Ion recién cancelados; sólo quedan algunas tiras de papel pegadas. Antes del alba todos han sido retirados.

-*Al Gran Museo lo más rápido que pueda.* –dice mientras sube apresuradamente al coche.

El conductor emprende la marcha agitando los estribos con fuerza.

-*¿Trabaja en el museo? ¿Ha oído lo del espía?*

Norvegicus no responde nada. Se limita a sonreír satisfecho mientras ve su reflejo triunfante en el charol negro del sombrero de copa del cochero.

Llega al museo y todo es revuelo.
Operarios retirando carteles y llevando octavillas a grandes contenedores.

-*¡Qué ruina, por Los Osos Blancos! ¡Qué ruina!* –pronuncia una funcionaria de la galería mientras va de un lado a otro.

-*Soy Norvegicus, he sido citado por el Regidor en su despacho.*

El guardia de seguridad lo acompaña hasta el ascensor privado de la zona administrativa.

Parece que ni un centímetro de pared queda al descubierto en el despacho del Regidor, que alberga un número excesivo de obras de arte.
Al fondo, en una ridículamente pequeña mesa para una estancia así de recargada, el hombre con el que ha compartido cafés e hidromieles los últimos días.

-*¡Espionaje nada menos! ¿Puede creerlo?* –Exclama mientras agita las manos en el aire- *Al parecer surgieron rumores de forma extraoficial en ciertas tertulias, chismes de patio, ya sabe, el caso es que ayer alguien decidió meter las narices e investigar y… ¡Por El Sol de Oriente y los sagrados Osos! ¡Ciudadano de Lavria!* –dice mientras abre una carpeta de cuero rojo con informes- *Residente en Crostia de forma ilegal prácticamente desde la infancia. ¡Es descabellado pensar que algo así pueda pasar!*

-*Dicen que es un espía de los himsain. ¿No es así?*

-*Sin duda, sin duda. Pues Muridae, usted lo sabrá mejor que nadie, es un lugar remoto perfecto para ocultar un espía durante años. Cercano a las montañas para entrar y salir de Crostia y pasar informes y, claro, ahora con una guerra en ciernes…* -el Regidor calla abruptamente y gesticula mordiéndose la lengua- *Bueno, me consta que es usted inteligente y tiene buenos amigos cercanos a La Dirección, asique sabrá comprender la situación.*

"Sí usted supiera de lo que soy capaz..."

-*En resumen: Necesitamos su ayuda.*

Norvegicus respira despacio a fin de ralentizar el tiempo y disfrutar de cada palabra del Regidor.

-*No me agrada pedirle esto con tan poca antelación pero, tenemos una exposición sin artista y a la elite ávida de eso que llaman el nuevo arte múrido.* –dice el pequeño hombrecillo tras su pequeña mesa- *Mire Norvegicus, sé que es un importante pintor y como tal querrá tener una promoción digna de su talento, pero le doy mi palabra que a pesar de contar con apenas cinco días, toda la ciudad sabrá que usted, un verdadero y leal crostio, será el que expondrá en la gran muestra del museo.*

Norvegicus toma asiento frente al excitado hombrecillo que permanece de pie con la carpeta roja en las manos.

Un momento de silencio y arrogancia.

-*De acuerdo. Lo haré por usted, Regidor.*

-*¡Gracias de verás!* –dice mientras se abalanza hacia el otro lado de la mesa y agita los hombros de Norvegicus con grandes aspavientos.

-*Tendrán que traer de inmediato mis obras de Muridae.*

-*Por supuesto señor Norvegicus. ¡Todo lo que necesite!*

Mozos uniformados salen a la carrera del museo en dirección a la estación del tren circular.
Los cartelistas de la imprenta ponen todo en marcha para sacar miles de copias del nuevo diseño.
Las secretarias envían una rectificación en las invitaciones y hojas de prensa para radio y periódicos.

Es la hora del almuerzo y todo el mundo en Crostia sabe ya que Norvegicus de Muridae sustituirá al espía Ion Thoi en la gran exposición.

-*Estoy tranquilo* –dice Norvegicus mientras le entrevistan en la radio nacional- *A pesar de que le conocía desde que fuimos juntos a la escuela de Bellas Artes, nunca sospeché nada.*

-*Claro, nadie podría esperarse algo así de un múrido.*

-*¿Qué quiere decir con eso?*

-*No, nada. No me malinterprete.* –dice el locutor algo incómodo por su propio comentario.

En el bistrot de sofás de terciopelo rojo, el Grupo de Muridae está reunido en torno al aparato radiofónico.

-*¿Nos acaba de llamar ratas cobardes?*

-*¡Vaya si lo ha hecho!* –confirma Ens Valin.

Escuchan la entrevista con una mezcla de preocupación por Ion, asqueo por Norvegicus, y miedo por sí mismos.

-*¿Cómo lo ha hecho para que le pongan a él de sustituto de Ion?*

Ninguno sabe aún como les han dejado fuera de juego.

En menos de tres semanas, Norvegicus, con ninguna exposición importante a sus espaldas, ni nada en absoluto que le abale más que sus palabras, se ha convertido en el artista más reputado de Crostia.
Por suerte para él, los crostios viven más interesados en rendir culto a Los Osos Blancos y pensar en la guerra que en saber algo de la vida de los artistas.
Y es que el supuesto amor por el arte es una extravagancia exótica exportada de la desaparecida Lavria.

-*Debemos ir. Debemos apoyarle.*

-*¡No! ¡No es trigo limpio!*

Las opiniones son enfrentadas. Todos coinciden en que no les gusta Norvegicus pero todos temen lo que les pueda pasar si no le apoyan. Al fin y al cabo son ratas.

Norvegicus sale a celebrar su victoria y conoce a otra muchacha llamada Deseo.
La seduce con sus maneras refinadas de caballero atento, y enseñándole carteles con su cara para que vea que es un hombre importante.
Se alojan en el mejor hotel de la ciudad. Encargan la cena pero antes de que esta llegue a la suite, Deseo sale del hotel cubierta de arrepentimiento. Norvegicus pasa la noche contemplándose a sí mismo en el espejo frente a la cama.

Amanece un nuevo día e Ion es conducido desde su celda al estrado del Palacio de Justicia de Crostia.

Justo enfrente del Palacio, el Café de La Garra.
En su terraza, sobre una de las sillas de mimbre, Malpolon temblando de emoción.

"Ha llegado el momento de la siguiente fase; han de condenarlo y mi triunfo se habrá completado".

Sabe que si algo sale mal, Ion irá a por él.

Recuerda aquel día en la clase de la Escuela de Bellas Artes de Muridae cuando Ion dijo que sólo eran ratas y todos habían discutido, y como luego fueron a mi orilla a hacer ranas con las piedras. Recuerda perfectamente como él le decía a Ion que no se sentía crostio, que debía ser de un lugar lejano mucho mejor, el lugar de los seres superiores. Recuerda también con claridad las palabras de Ion confesándole que él tampoco se sentía crostio pues, él realmente no lo era. Su familia había emigrado de Lavria cuando Ion nació y desde entonces lo habían mantenido en secreto haciéndose pasar por legítimos ciudadanos de Crostia.
Sabe que esa confesión hizo que Ion se sintiera mucho más unido a él, y para él siempre había sido algo sin importancia hasta el día que la gloria se le puso a tiro.

Tiene que declarar ante el tribunal.
Está nervioso.
Nervioso por decir algo inadecuado y sembrar la duda ante la sentencia de culpabilidad que espera para su amigo.

Con una jarra de hidromiel pagada de su bolsillo en las manos, ve como las grandes puertas de la mejor madera de la meseta septentrional se abren, y una pequeña masa de letrados y curiosos penetran en el refinado edificio.

Por dentro la decoración es cálida y sacramental. Telares con grandes soles y poderosos Osos Blancos se extienden por todas partes. Se respiran un aroma a incienso.

La justicia es aplicada por Los Osos Blancos del Crost siguiendo escrupulosamente todos los preceptos y rituales de la orden.

El maestre sale al estrado.

-Estos siete hombres que vamos a juzgar, están acusados del mayor delito que puede cometerse: Traición.

Esa palabra resuena en la cabeza de Malpolon como un hierro rebotando contra las paredes de una campana.
Sus ojos y los de Ion se encuentran en ese instante.

"Traición. Traición. Traición…"

-Ahora pasaran a declarar los testigos, y se aportaran las pruebas pertinentes. ¡Que el Gran Sol de Oriente juzgue a estos hombres como merezcan ser juzgados!

Pero no es el Sol quién los va a juzgar.
Son ellos los que lo van a hacer.

Malpolon tirita en su asiento. Norvegicus sube al escenario y representa su farsa.

Pasa una hora.

La sentencia es firme.

-Sea pues la voluntad del Gran Sol de Oriente. Mueran estos traidores en la horca.

En la calle la brisa heladora golpea con violencia los ventanales que se agitan y hacen vibrar los endebles cristales.

Se oye un murmullo y algunos lamentos. También alguna palmada.

El grupo de detenidos es llevado por Osos Blancos a una esquina de la sala. Allí les hacen firmar un papel.

Norvegicus abandona la sala casi flotando.
Fuera la gente comenta.
Algunos periodistas hablan de que la situación indica el miedo que empieza a intuirse en las instituciones de Crostia ante un posible ataque himsain.

Con una dignidad exagerada, Norvegicus se abrocha los botones superiores del chaquetón y se dispone a abandonar el palacio para evitar cruzarse con los condenados.

Antes de terminar de dar el primer paso, la fila de presos pasa ante él.

Mira rápidamente hacia otro lado pero sus ojos no pueden evitar buscar a Ion para tener una última imagen de su humillante derrota.

Sus miradas se encuentran de nuevo, esta vez a un palmo de su cara.

-¡Malpolon, eres sólo una sucia rata! Aun peor, ¡no eres más que una serpiente cobarde y traicionera disfrazada de rata!

La voz poderosa de Ion provoca un silencio helador.

-¡Tú mismo te has infectado y no tienes salvación! ¡Que el Gran Sol se apiade de Norvegicus, de Malpolon, de la criatura vil y mezquina que sabes que eres, y que libre a otros de tener que sufrirte!

Ion es arrastrado por los guardias y sus palabras se van atenuando en la distancia de los pasillos de madera del palacio de justicia.
Las cabezas disecadas de viejos osos blancos observan la escena desde sus marcos en las paredes.

Malpolon guarda silencio por un instante, sintiendo un calor que le recorre el cuerpo. Desde su frente, pasando por su pecho y sus brazos, llegando a sus puños inesperadamente apretados, sus pulmones contenidos, y explotando todo en su estómago haciéndole arder.
Siente el dolor de la verdad.
La verdad de su vileza.

Pero Norvegicus es ducho en el arte del autoengaño.
Enseguida se convence, de forma automática e inconsciente, de que eso que siente es el desprecio por el ser inferior que piensa que es su amigo.

"*Se lo tiene merecido*."

Una media sonrisa de orgullo se dibuja en su rostro.

Sale del edifico pletórico, mas, ese calor del remordimiento seguirá con él, quizá por siempre, como una nube oscura en lo más profundo de su ser.
Pues eso es lo que es.
Siempre lo ha sabido, y siempre lo sabrá.
Por eso necesita tan desesperadamente reafirmarse, sentirse mejor que los demás. Mejor que ese humo negro.

Tiene que ser una criatura suprema.
El elegido.

"He vuelto a ganar. Nadie puede con Norvegicus. Nadie está a mi nivel."

Las noticias del juicio cruzan la ciudad.

Los intelectuales y artistas, la pequeña comunidad de refugiados admitidos de Lavria, parte de los universitarios… Todos quedan en un trance de incredulidad y miedo. No se oyen nada más que chascarrillos en voz baja relativos al asunto. Nadie dice nada.

Los cuadros de Norvegicus han llegado.
La falta de buenas calzadas que conecten las colonias de Crostia provoca que todo pase por la línea del tren circular que cada vez se encuentra en peor estado.
Algunos marcos se han estropeado en el viaje.

Norvegicus está furioso.
Quedan tres días para la exposición y eso es lo único que hay en su mente.

Está en el antiguo estudio de Ion.

La corpulenta recepcionista de Suidae entra como cada mañana.

-*¡Llega tarde! ¿Dónde se supone que estaba? Tengo mucho que organizar aquí.*

La mujer se quita la chaqueta sin responder y lanzándole una mirada penetrante de odio como solamente un suido puede hacerlo.

-*Señor Norvegicus, este es mi último día aquí. Renuncio al empleo.*

-*¿Qué dice? No puede hacerme eso.*

-*Mire, al principio pensé que era usted amigo del señorito Ion. Quise creer que estaba aquí guardando por sus intereses. Incluso me alegré de que fuera usted el que le sustituyera en la muestra.* –la mujer se acerca despacio pero firme hacia Norvegicus- *Sin embargo no es usted más que un aprovechado. Le tengo calado y no voy a soportarlo ni un día más. Dé gracias de que no estemos en mi tierra de Suidae, pues, allí estaría usted ya donde yo me sé.*

Los dientes de la recepcionista rechinan. Su respiración es tan fuerte que Norvegicus puede sentir su aliento golpeándole el pecho.

Pero para él, lo dicho, lejos de llevarle a una reflexión sobre su persona, le lleva a una crítica feroz hacia esa suida y de paso hacia todos los suidos en general.

"Estúpida gente. Siempre tan despiadados y radicalmente leales. Pero, ¿a quién, eh? ¿A un espía? ¿A un cadáver?"

-*Está bien.* –dice con sobreactuada cortesía- *Puede irse si lo desea. De hecho, váyase hoy mismo. No la necesito.*

Sonríe y hace una media reverencia.

Entra en la trastienda.

Permanece absorto en su propia ira, de pie, con la mirada perdida.
Un mozo entra por la puerta de atrás con un nuevo paquete recién llegado de la estación.

Norvegicus lo coge autómata. Lo abre.
El chico permanece de pie esperando la propina.

-*Este marco está dañado.* –dice Norvegicus mirándole de forma intimidante.

-*Se… Señor, yo…*

-*Este marco está dañado como otros tantos. ¿Es que no saben hacer su estúpido trabajo?*

-*Yo sólo lo traigo desde la estación, señor.*

-*¿Y a mí qué? ¿Sabes quién soy yo? ¿Lo sabes?*

El chico retrocede asustado.

-*¡Soy Norvegicus, joder! ¡Norvegicus! ¡A mí nadie puede tratarme así!*

La pierna de Norvegicus se flexiona levantada a la altura de su pecho, y en un rápido movimiento se lanza contra la cara del muchacho.

La rabia que estalla en Norvegicus se convierte en temor ante la suela de una bota que se dirige hacia su cara.
De pronto, un destello.
Una sensación de descarga eléctrica en la nariz que se parte y el equilibrio que desaparece. Luego una fuerza invisible que lanza su ahora pequeño cuerpo hacia atrás.

Tirado sobre un montón de cajas y cuadros rotos se ve a él mismo, Norvegicus el poderoso, mirándole.
Debajo de este, el cuerpo del muchacho que ahora ocupa él.

-*¡Detente! ¡Soy yo! ¡Soy Malpolon!*

Pero su antiguo cuerpo no atiende a razones.
Le pega puñetazos y la sangre salta sobre paredes y lienzos.

Desde ahí debajo, entre la sangre y los golpes, se observa a sí mismo y no se reconoce.
Su perilla de héroe, su mirada encantadora, esas poses ensayadas ante el espejo, todo ha desaparecido tras unos ojos vacíos y perturbados, la mandíbula desencajada y la barba empapada en espuma.

"¿Quién es este monstruo?"

Por fin consigue mover como puede las piernas cortas del mozo y sale de la trastienda al callejón.
La delicada nariz sangra profusamente llenándole la boca de un sabor metálico.

Norvegicus sale del estudio dispuesto a seguir golpeándole. Malpolon, pasajero en el cuerpo del chico, sucumbe al terror y al desconcierto.
Comienza a correr.

Pasa entre las gentes bien vestidas de Thalarctos dejando un reguero de gotitas de sangre a su paso.

-*¿Qué te ocurre muchacho? ¿Quién te persigue?*

Algunos viandantes tratan de sujetarlo pero no puede parar.

Al pasar por el puerto sus ojos empiezan a oscurecerse. Una sombra se forma frente a él. Siente desvanecerse.

En el callejón tras el antiguo estudio de Ion, Norvegicus recobra el control de su cuerpo.
No se ha movido.

Entra dentro. Cierra las puertas.

Se acurruca en una esquina y mira sus nudillos llenos de sangre seca. Muchas de sus obras manchadas y rotas.

Un grito de rabia desgarrador.

Pero en el bistrot donde se reúne el Grupo de Muridae no hay ni un solo ruido. Todos andan escondidos.

En una antigua celda bajo la plaza en la que se encuentra el Café de La Garra, Ion y otro preso toman uno de sus últimos almuerzos.

Dentro de dos días, la jornada precedente a lo que iba a ser su gran exposición, ellos y otros cinco serán ejecutados.

-*No entiendo porque nos hacen esto. Yo he vivido toda mi vida en Crostia.*

-*Eso no importa. Eres extranjero y ellos eso no lo perdonan.*

-*¿Qué importancia tiene donde haya nacido?*

-*Mucha. Puede que no seas como ellos, que seas diferente.*

-*¿Por qué iba a serlo? Todos somos personas.*

-*Qué inocente eres pequeño Ion. ¿Conoces la historia del Médico de Lavria?*

-*No.*

-*Es una historia importante de nuestro pueblo.*

-*No sé apenas nada de Lavria.*

-*El Médico fue el hombre que fundó el reino de Lavria. Los Osos de la tribu Thalarctos acababan de vencer a Los hombres de Metal y Pinchos como ellos los llamaban por los trajes que usaban en combate. Tras la batalla, en Suidae, tuvieron la oportunidad de reconciliarse y vivir como iguales, pero los suidos eligieron arrojarlos tras los montes de Meridión y así quedó formado Himsa. Nosotros, descendientes de los antiguos himsain, habíamos rechazado tiempo atrás la persecución de Los Osos y la guerra, por lo que nos establecimos en la parte occidental de la cordillera junto al mar. Todavía vivíamos como los hombres. Con su miseria y Egoísmo, separados en clanes y pretendiendo ser más que los demás. Pero entonces una terrible enfermedad cayó sobre nosotros. El Médico era un hombre de principios, humilde y entregado, que trabajaba para uno de los clanes. Durante largo tiempo permaneció solo en las heladas montañas buscando una cura en las plantas. Cuando lo logró, su clan sanó y tuvieron la oportunidad de dominar a los demás. Para entonces El Médico era ya el líder del clan Lavria. Todos los afectados de los otros clanes acudieron a él. El Medico los atendió y dio vida de nuevo. En agradecimiento le ofrecieron sus riquezas pero él dijo que se había hecho médico para salvar vidas, no para ser rico. Entonces todos comprendieron que ese hombre que merecía más que los otros por sus esfuerzos, lo rechazaba y con su ejemplo establecía así que todos eran igual de importantes y debían tener lo mismo independientemente de en qué clan nacieran o la labor que hicieran. Acabaron con el dinero y todos obraban produciendo y dando sin recibir nada, y recibiendo sin pagar. Todos tenían lo mismo. Todos eran un sólo clan: Lavria.*

-*Vaya... No sabía nada de esto. Nunca me lo enseñaron en la escuela.*

-*Claro que no. Por eso estamos hoy aquí. Porque somos peligrosos para ellos.*

Ion reflexiona.

-Sin embargo había un gran problema. Los himsain, derrotados y sometidos pero sobreviviendo astutamente y entregados al paganismo y al hedonismo, no comprendían las enseñanzas del Médico de Lavria.

-Era cuestión de tiempo que decidieran acabar con nosotros.

-Exacto.

Ion sigue reflexionando.

-Oye, ¿tú eres realmente un espía?

-¿Tras escuchar esta historia crees que alguien de Lavria podría ser un espía himsain? Sólo los crostios podrían pensar algo así.

Ion agacha la cabeza.

-Va a ser verdad que eres crostio. -dice guasonamente el otro preso- *¡Guardias, suelten a este hombre, está claro que no es de los nuestros!*

Ambos ríen.

Y llega la noche.

Yo cubro la ciudad con el triste sonido del agua de lluvia cayendo lenta y pesada por las rendijas de las alcantarillas y el retumbar lejano de los truenos sobre el mar.

En la soledad y la quietud bajo las mantas, cuando con más fuerza resuena la voz de la conciencia, muchos son los que se revuelven y lamentan hasta al fin poder rendirse a los sueños.

Norvegicus amanece cansado en la casa de Ion.
Parece que le hayan dado una paliza durante la noche.

Arrastra su cuerpo hasta la cocina.
Lo único que queda allí son algunas botellas de hidromiel.

Abre una y se sienta en un butacón frente a la ventana.

El día es gris.

Al otro lado de la calle, sólo ventanas y el cartel de un cabaret.

Con el dedo pulgar rasca la etiqueta del botellín de cristal mientras da algunos tragos absorto en sí mismo.

Los trocitos de papel desprendidos manchan el brazo de pelo marrón del asiento. Los sopla.

Se fija en la etiqueta.
Una flor blanca de ocho pétalos bajo la palabra “Hidromiel”.
Sin más.

"*No tiene marca*" piensa.

La vida competitiva de la ciudad le ha hecho plantearse nuevas cuestiones hasta ahora insignificantes para él.
Sabe que los diferentes productores de alimentos, ropa o muebles compiten en los invernaderos y plantas de ensamblaje de Septentrión para vender más.

Se dice a sí mismo que él es el mejor y que los demás no deberían ni existir.

"De eso se trata, de eliminar a la competencia."

Y es que esa es su visión del mundo.

Decidido a venderse aún más, sale directo hacia La Garra para darse promoción.

Es la hora del aperitivo y numerosos Osos Blancos de embajadas y ministerios, mas algún que otro aristócrata resacoso que trata de desperezarse, se hayan arremolinados entre cafés, hidromieles, charlas insustanciales sobre resultados deportivos de la competición de remo, y una densa nube de humo de tabaco y vapor de cafetera que lo cubre todo.

Norvegicus representa su papel altanero.

Va de un lado a otro. Habla de su gran muestra.
Todos le dan la réplica con atención y modales, fruto de una refinada educación, aunque en el fondo no les importe nada de lo que Norvegicus está diciendo.

-*Vendrá a la exposición, ¿verdad, Almirante?*

-*Por supuesto joven, por supuesto.*

-*¿Y usted Sacerdote? Para usted tengo reservadas mis mejores obras.*

Está pletórico.

Aunque nadie se acerca a él, él se acerca a todos. Este es un detalle del que parece no darse cuenta, cayendo en una trampa tendida a sí mismo para sentirse el centro de una atención e interés inexistente.

Se siente como un pez en el agua entre la gente más importante.

"Soy uno de los suyos."

Alguien pide silencio a gritos.

Se miran unos a otros con preocupación.

Una masa de cuerpos sosteniendo las consumiciones se vuelca hacia la barra, en el extremo de la sala.

"¿Será una pelea? ¿Un desmayo?"

Es la radio.

El camarero regula la emisora con la oreja muy pegada a receptor y gran concentración. A su lado, el dueño del local, un hombre de la nueva clase adinerada, con sus bigotes y ropas de imitación aristocrática, retuerce un paño con ansiedad entre sus manos.

Hay un murmullo que cesa de golpe.

-*Como decimos, en la madrugada de hoy, tropas himsain han asaltado un cuartel de montaña en las inmediaciones de Suidae.* –la voz del locutor parece afectada- *Algunos testigos han indicado que vestían el metal y los pinchos.*

Una horrible exclamación de preocupación suena al unísono en todo el café.

Norvegicus mira a unos y a otros tratando de entender la gravedad de la situación.
Es como un niño pequeño que sabe que algo pasa pero no entiende el qué.

Muchos de los presentes están cruzados de brazos con la mirada perdida y la cabeza elevada, sumidos en oscuros pensamientos.
Otros acarician sus bigotes y asienten como sabiendo lo que sucederá a continuación.

-*Iban armados con espadas y hachas. Entraron cuando todos dormían, y mataron a muchos buenos patriotas. Cuando el cuartel reaccionó ya habían llegado a la armería y desaparecido en la oscuridad con fusiles y algunos explosivos.*

Las palabras emitidas por la radio nacional llegan a todos los rincones de Crostia.

-*Esto es malo. Muy malo.* –susurra un hombre con uniforme al oído de Norvegicus.

Y es que no sólo es el ataque lo que preocupa a Los Osos Blancos, si no el mismo hecho de que toda la población sepa de él.

Pero algo así habría sido difícil de ocultar. Muchos vecinos. Muchos testigos.
Y es que Suidae es una ciudad fortaleza muy singular.

La parte urbana está delimitada por una muralla octogonal, con calles rectas que llevan todas a una gran plaza central donde está el Templo de Los Osos y las capitanías de los regimientos fronterizos.
Una segunda muralla, y una tercera, con puertas, torres y zanjas, e incluso estanques entremedias, confieren la forma exterior de estrella de dieciséis puntas.
Alrededor de la urbe una gran planicie cenagosa y sólo las montañas bajas de Meridión a la vista.
Todo es visible desde sus miradores. Y el humo negro, y las tropas moviéndose en el cuartel de la montaña no podían escapar a nadie.

-*¡Se están armando esos bastardos!* –dice con voz fuerte un general mientras golpea la palma de su mano con el puño cerrado.

Norvegicus aprovecha para coger una jarra de hidromiel abandonada sobre una mesa.

La radio sigue dando datos de menor importancia y la masa congregada se va difuminando en pequeños grupos que debaten con gran seriedad.
Muchos salen apresuradamente hacia los ministerios.

-*¿Por qué es tan grave este asalto, Almirante? Es algo que ha sucedido otras veces, ¿no es así?* –pregunta Norvegicus dándose cuenta de que probablemente sea, con los camareros, el único ciudadano de a pie del local.

-*Muchacho esto es muy diferente. Los himsain han atacado ocasionalmente las fronteras en pequeñas razias de aprovisionamiento de telas, muebles o alimentos que nosotros producimos en los invernaderos pero que ellos no pueden conseguir. Es lógico que quieran tener un poco de las maravillas que los grandes Osos nos legaron. Pero las armas… Lo de las armas es terrible.*

-*Siempre han luchado con sus hachas, pues no conocen la fórmula del polvo explosivo.* –interviene otro militar.

-*Exactamente. Eso es lo terrible. Si quieren los fusiles no creo que sea para cazar renos. Al fin y al cabo invadieron Lavria con sus pinchos, algo que nadie se esperaba y aun así hicieron.* –el anciano almirante permanece dubitativo- *Puede que los hayamos subestimado.*

-*Venga Almirante, venga, ya ha dicho demasiado.*

El otro militar se lleva con recelo al viejo oficial cogido de un brazo.

-*Cierto. Crostia es el centro del mundo y así seguirá siendo. No puede ser de otra manera.* –dice el Almirante mientras se aleja.

Norvegicus sale a la calle no sin antes recordar a todos una vez más lo de su exposición.
No tiene medida.
No cree necesitarla.

Pasa el puente hacía la orilla meridional. En la zona bohemia, en el puerto, en las casas de vecinos, la alarma parece no haber saltado apenas.

-*¿Qué saben de la noticia?* –pregunta.

-*Otro ridículo saqueo.*

A nadie parece sorprenderle demasiado el robo de armamento, a pesar de que los crostios son muy supersticiosos en lo que respecta a la pólvora, de la que se dice está hecha a base de madera quemada, residuo de desechos y basuras regadas con orina, y polvo de Agni, la isla ardiente que delimita el mundo en Occidente.
Precisamente por el mineral de esta isla prohibida se considera la pólvora un invento sobrenatural. Su manejo y la destrucción que causa están reservados sólo a Los Osos Blancos del Crost. Los mejores hombres y verdaderos patriotas. Los que a nada le temen.
A ellos, y ahora para su desgracia también a sus enemigos, Los Hombres de Metal y Pinchos.

Pero a la gente normal no le importa.
Son confiados.
O quizá valientes.
Eso sólo ellos lo saben.

A Norvegicus le basta con saber que sabe cosas que la mayoría desconoce. Información privilegiada acerca de una guerra.

Le preocupan sus cuadros, pero piensa que reine quien reine, sus obras seguirán por siempre iluminando a los hombres.

Recuerda su cita en el museo después del almuerzo.

Aun con la tripa llena y el aliento denso por el alcohol de miel, llega al despacho del Regidor.

-*Señor Norvegicus, es de vital importancia que dejemos hoy establecida la colocación de las obras en la sala principal.*

-*De acuerdo.*

-*Debemos a su vez elegir una obra para la cabecera, en la entrada, justo arriba de la escalinata. Será el primer lienzo que se vea, y por ende, el de mayor importancia. ¿Tiene alguno en mente?*

Norvegicus reflexiona con la mirada fija en el asistente del Regidor que permanece rígido mientras le observa desde la oscuridad de la esquina del despacho.

-*Imperio de Algodón.* –sentencia.

-*¿Cómo dice?*

-*Imperio de Algodón. Así se llama.*

-*¡Traigan el cuadro!* –grita el asistente a alguien fuera de la habitación.

El Regidor y su ayudante se miran sin decir nada.

-*El cuadro, Regidor.* –dice una secretaria asomando medio cuerpo por la puerta con el lienzo en sus manos.

El anciano coge el marco con el pulso tembloroso.

-*¿Magnífico, verdad?*

-*¿Qué…? ¿Qué es?* –dice el Regidor achinando los ojos mientras lo observa con suma atención

-*Es una alegoría de los campos de algodón de Septentrión.*

-*Yo sólo veo una fila de árboles desnudos cubiertos de nieve.* –añade el ayudante.

-*¡Qué dice ignorante! –exclama* Norvegicus furioso, pero recuerda su propósito de no perder la imagen de elegante caballero. -*Efectivamente es un paisaje nevado* –añade con más calma- *pero la composición misma es una referencia a algo tan rico y exclusivo como las láminas de oro del Sol o las pieles de los osos blancos; nada menos que los mágicos campos de algodón.*

-*¿Ha estado usted en los invernaderos?* –pregunta con una sonrisa y gran entusiasmo la secretaria que permanece junto a la mesa.

-*No.*

-*Ni creo que quisiera estarlo.* –añade el Regidor.

Los hombres y la secretaria vuelven a mirar el cuadro con las cabezas ligeramente inclinadas.

-*Bueno, me parece bien. Al fin y al cabo el resto de los cuadros son también todo montañas y nieve.* –sentencia el ayudante.

Norvegicus revisa sus obras y sale a pasear por la ciudad buscando su cara en los carteles.
Se asegura de estar debidamente promocionado por todos los rincones de Thalarctos, hasta que sus pies no pueden mas y se retira al viejo apartamento de Ion a descansar.

El sonido de los pesqueros saliendo a faenar sobre mis aguas tranquilas le despierta.

Hoy soy una balsa.
Quietud y silencio por respeto al hombre que va a ser ejecutado.

Pero para Norvegicus, para el vil Malpolon, es un día de celebración.

Se viste con sus mejores galas.
Sus mejores galas que son las ropas del armario de Ion. Pero él no se da cuenta de lo terrible que es semejante ofensa. Para él es sólo parte de su victoria.

Por último coge su boina y la prensa del día. Se asegura de que el anuncio de su exposición esté delante en las páginas del diario, respecto a la del ajusticiamiento público de Ion.
Y así es, asique sale tranquilo.

Se dirige a la plaza donde han dispuesto el patíbulo.

Entre el Palacio de Justicia y el Café de La Garra, una estructura de madera con siete sogas colgado.

Le resulta inspirador. Quisiera pintarlo y guardar el lienzo en su dormitorio. Sobre su cama. Para verlo todas las noches y recordar que a Norvegicus nadie le gana.

Porque eso es para él la amistad. La vida: Una competición.

Con el olor y el vaho frío de la mañana, se abarrota pronto de gente la plaza. Da igual lo que se sepan unos y otros de lo que realmente pasa, les han dicho que esos son sus enemigos y eso les basta.

Algunos narran afrentas antiguas que ni sus abuelos vivieron. Historias que aunque sólo son ficciones y palabras en sus mentes, para ellos son realidades innegables.

Todos quieren ver como se materializa el orden del sistema que les hace sentir seguros. Si pueden ejecutar así a varios hombres, justificadamente, por el bien de todos, entonces es que hay un sentido para sus vidas.

Se abren las puertas del palacio. La gente se aparta trazando un camino directo hasta las cuerdas tendidas y anudadas.

Algunos guardias perezosos se colocan en el recorrido entre la gente y los condenados.
Nadie hace nada. Casi todo el mundo calla.

Norvegicus esperaba insultos y golpes, pero sólo hay frío, nubes de vaho, y mis gotas sobre sus caras, empapando sus cejas, deslizándose por sus mejillas como si fueran lágrimas.

Cubro la plaza con la fina llovizna gris y triste que la situación merece.
Quiero que todos sean conscientes de que no es un juego lo de administrar vida y muerte. Quiero que les quede marcado en lo más profundo de su mente que el que actúa por miedo sólo más miedo obtiene.

Norvegicus piensa por un momento en el inminente viaje a la otra vida de Ion.

"¿Irá a Shuddhi, la isla de los puros y bondadosos, o acabará en Dosha, el lugar los merecedores del castigo helado?"

En el fondo no le importa mientras su tiempo en este mundo termine ya y se complete su victoria.

Ponen a Ion la soga en el cuello.
No puede ver mucho, sólo las caras preocupadas y tristes de la gente, ahora que estos van siendo conscientes de la naturaleza de lo que sucede.

Norvegicus es una isla en ese mar de rostros oscuros.

Se quita la boina y su piel pálida y rubios cabellos resaltan como si alguien con un potente foco le apuntara.

Sus miradas se encuentran por fin.

Norvegicus sonríe para que Ion lo vea claramente.

"He vencido." Le dice.

Y aun todavía así lo cree.

La voz del verdugo anuncia la ejecución inminente, y ahora, la oscuridad, la vista de Malpolon envuelve.

Parpadea de prisa. Agacha la cabeza queriendo librarse de lo que sabe que viene.

Abre un ojo y entre la masa se ve a sí mismo reluciente.

Está en el cuerpo de Ion.

Le quedan unos segundos. Se revuelve. Grita algo pero la palanca que abre la portezuela bajo sus pies se acciona con violencia.

Mira hacia abajo y ve el vacío.

Se siente flotando unos instantes. Piensa en que este es su final.

"¿Donde debía morir Ion voy a morir yo?"

La gravedad le abraza fuerte.
Su cuerpo cae con violencia hacia el empedrado.

La soga frena su cuerpo en seco y un gran crujido en su cuello le da muerte.

En el último instante todo se vuelve de un brillante amarillo. Su propio cuerpo vacío le observa entre el gentío.

Adiós Malpolon. Adiós Norvegicus.

Tan cerca estuvo de la gran exposición y ahora todo ha perdido.

Pero
sus
ojos
se
abren
de
nuevo.

Nada queda en la plaza.
Ni patíbulo ni llovizna ni gente.
Está sentado en un banco en la zona más oscura, lejos de las terrazas y las farolas.
Se toca el cuello.
Se palpa el cuerpo.
Sabe que está vivo pero se siente dormido.

-*Entonces… Ha muerto Ion.* –se dice por fin más tranquilo.

Ya no lo siente como una victoria.
Ahora sólo piensa que al menos él sigue vivo.

Se aleja caminando despacio sobre papeles mojados con consignas patrióticas. Un gran peso sobre sí mismo le entumece por completo.

El día de su gran triunfo acaba.

Trata de dormir pero no puede.
Quizá ya nunca lo haga.

Se levanta a la hora del almuerzo y su Imperio de Algodón le espera.

Es el gran día.
Al entrar en el local de los sofás de terciopelo rojo todos pueden verlo en su cara.

Incluso parece otra persona.
Parece que se ha olvidado de Norvegicus por completo.

Es un niño pequeño el día de recibir regalos.

-*¡Invito a una ronda a todos los presentes para celebrar la increíble exposición que tendrá lugar esta noche en el Gran Museo! ¡Qué nadie falte!* –dice a gritos con una gran sonrisa y los brazos extendidos hacia al cielo, pero sin terminar de ser convincente.

Aun así, los del Grupo de Muridae no pueden ocultar su sorpresa ante el inesperado convite. Viniendo de Norvegicus es una auténtica rareza, pero sus motivos meramente interesados lo justifican.

-*Vendréis todos, ¿verdad, amigos?*

-*Por supuesto, por supuesto.* –responden complacientes tras aceptar la copa.

Se pasea entre las mesas y todos, como buenas ratas, le sonríen cobardemente.
Cuando Norvegicus se aleja le miran con asco y murmullan criticando.

-*¡Esas ropas que lleva eran del mismísimo Ion!*

-*¿Cómo se atreve?*

Pero ninguno de los múridos hace nada al respecto.

Alrededor de una mesa llena de artistas, se siente ya como el más veterano. No recuerda que es el último que ha llegado.

Da consejos a todos. Incluso alguno de los pupilos que de él renegaron le llama maestro de nuevo.

Recuerda su propósito de parecer mundano.

-*Soy uno de los vuestros. Sólo soy una persona normal.* –dice fingiendo humildad, la peor de las arrogancias.

A pesar de que él habla sólo de sí mismo, los del grupo comentan lo sucedido con Ion.

-*Norvegicus, dinos, con lo cercanos que erais Ion y tú, ¿nunca te mencionó nada de su verdadera nacionalidad?* –le preguntan con mala intención.

-*A veces los amigos pueden no decirse ciertas cosas por orgullo. Es normal.*

-*Si piensas que donde hay amistad puede haber orgullo, es que no sabes nada sobre la amistad.* –dice Ens desde el fondo con gran seriedad.

La banda de jazz deja de tocar.

Por un instante, la sonrisa estúpida de Norvegicus es lo único que hay en la sala. Sus labios temblorosos indican un inminente derrumbe.
También una gota de sudor recorriendo su frente.

El contrabajo inicia un tema y la melodía inunda de nuevo la sala.

El camarero trae otra ronda de copitas de ajenjo.
Uno de los pintores coge su segunda consumición.
Norvegicus se percata.

-*¿Qué crees que haces, sucia rata, abusando de mi generosidad?*

De un manotazo le arranca la bebida de la mano.

Algunos le sujetan.
Sus ojos se oscurecen. Sabe lo que eso implica.
Rápidamente se sienta y vuelve a la normalidad.
Se mira el cuerpo para cerciorarse de que todo sigue en su sitio.

Considera que ya ha hecho suficiente teatro, y compartido su alegría con alguien, que era lo que necesitaba al fin y al cabo.

Se despide como si nada hubiera pasado.
Los del grupo también exageran el afecto y le prometen que irán a la inauguración en un par de horas.

Sale del local en busca de una hermosa muchacha que le dé el broche de oro a la importante jornada.

Conoce en una plaza a una rubia de carnosos labios negros.
Van directos a un hotel de precio medio.

Él se muestra un caballero de modales exquisitos hasta tenerla entre sus brazos en la alcoba.
Luego…
Luego ella llora.

Y las sombras.

Anda desnuda sintiendo la moqueta de lana bajo sus suaves pies. No se lo puede creer.
Se mira en el espejo.
Ahora él es la mujer.

El cuerpo de Norvegicus está tendido en la cama.

Por primera vez, desde dentro de esa delicada chica, siente lo basto que es el cuerpo del hombre.

Sale a la terraza y contempla la ciudad.
Respira el aire fresco mientras el viento agita sus largos cabellos.

El tiempo pasa y no se preocupa lo más mínimo. Se siente tranquila. Con una fuerza interior hasta ahora desconocida.

Al abrir los ojos siendo de nuevo Norvegicus, la chica ya se ha ido.
Mira el reloj; llega tarde a la exposición.

Se apresura por las calles gritando que abran paso, como sólo un Oso Blanco del Crost podría exigirlo.

Llega al hall del Gran Museo.

Sus pisadas retumban por el imponente mármol.

No sabe si subir directamente a la gran sala o hacerse de rogar.

“Un buen artista tiene que saber cuándo dejarse ver, y más en su propia inauguración.”

Mientras recobra la respiración trata de captar el sonido del bullicio.
Pero sólo hay silencio.

Se acerca a la recepcionista.

-*¿Vino la gente?* –pregunta con el aliento entrecortado.

-*Sí, señor*.

Decide que es el momento de hacer su entrada.

Sube la escalinata, y ante él, en un gran marco dorado, su Imperio de Algodón.
Sobre el cuadro, grandes letras con su nombre.
Una entrada a derecha y otra a izquierda dan acceso a la sala.

Se prepara para una ovación pero dentro no hay absolutamente nadie.

Un escalofrío le recorre.

Mira el reloj.

"Algo falla."

Se pregunta si acaso seguirá soñando en aquella cama.

Pero no puede parar de recorrer la estancia con la mirada, tratando de entender que ocurre.

"¿Habrá estallado la guerra? ¿Qué si no ha podido ocurrir?"

Se lanza escaleras abajo.

-*¿Y mis invitados? ¿Dónde están todos? ¿No me dijo que ya habían llegado?*

-*Así es, señor*.

Dos hombres y una mujer con aire intelectual salen de la exposición permanente de grandes obras de Crostia de la planta baja.

Pasan junto a la recepción.

-*Ahí los tiene.*

-*¿Cómo dice? ¿Sólo han venido estos?*

-*No. Estos fueron los últimos. Vinieron algunos más.*

-*¿Cuántos? ¡Dígame cuantos!*

-*Oiga debería tranquilizarse.*

-*¡No me diga lo que debo hacer! ¿Cuántos han venido?*

-¿Quién lo pregunta? ¿Es usted de La Dirección?

-¡Soy Norvegicus! ¡Soy el artista!

La mujer le mira de arriba abajo mientras se recuesta en la silla.

-Ya entiendo. Pues vino el flujo normal de un día cualquiera. Unas diez personas. Expertos y estudiosos, ya sabe.

-¿Qué está diciendo? ¡Eso es imposible! ¡Hoy es la inauguración de mi exposición!

-¿De veras? Eso me había parecido leer en los carteles, pero pensé que debía estar equivocada. En ese caso… Cuanto lo siento.

"Cuanto lo siento."

"Cuanto lo siento"

"Cuanto lo siento."

Pierde la consciencia hasta estar delante de la prensa del día siguiente.

El chiquillo de los periódicos queda en suspenso de que Norvegicus le de la moneda correspondiente.

-*Señor…* -dice con la mano extendida.

Pero Norvegicus le ignora pasando con violencia las páginas hasta la crónica.

"Fue una exposición de virtuosos cuadros de sala de estar, obras que regalaría en una aburrida boda. Algo que los ricos no quieren y los pobres ya tienen."

La imagen del auténtico Norvegicus, el héroe antiguo de Muridae, rompiéndose en pedazos sobre la losa de piedra de la tumba golpeada por el mazo, recorre su mente dejando tras de sí la ira y la impotencia más absoluta.

Igual que él acabó con el verdadero Norvegicus, esas palabras acaban con el falso.

La oscuridad le invade.

Contempla su pequeño brazo extendido hacia la figura con boina negra que sostiene el periódico entre sus manos.

Y sin poder evitarlo, los golpes, la descarga salvaje de él mismo sobre el cuerpo del muchacho que ahora ocupa.

Siente romperse cada parte del cuerpo. El dolor indescriptible. Pero no termina. Aguanta y no termina.
Sigue atrapado.

Un pescador cruza la calle con una cesta de mimbre y un termo en su mano. Contempla la escena horrorizado: Ese hombre adulto pegando a un niño frágil y asustado.

Se acerca corriendo.

Al llegar junto a ellos, Malpolon sale del chiquillo.
Ahora es el pescador.

Se coge a sí mismo e intenta arrastrarse lejos de allí, pero su cuerpo no entiende la ayuda y golpea al pescador.

Ve que no puede hacerse entrar en razón a sí mismo. Alguna gente se acerca a intervenir asique decide marcharse. Se aleja corriendo, sintiéndose culpable.

Llega a un callejón tras un cabaret.
Se da cuenta de que él, el pescador, no ha hecho nada.

"¿Por qué me escondo? ¿Qué será de mi cuerpo abandonado?".

Vuelve al lugar y ya no hay rastro ni del chico de los periódicos ni de él mismo.
Sólo gotitas de sangre sobre los adoquines.

Se sienta en un banco en el parque de la ribera.
Ve desfilar a la gente por el paseo mientras espera a retornar a su cuerpo.
Sin embargo nada ocurre.
Pasan los minutos.
Una hora.
Se pone nervioso.

"¿Estaré atrapado para siempre en este hombre sucio y cansado?"

Pasa otra hora.

Le pesan los parpados.
Conserva el calor corporal sentado con las piernas estiradas y cruzadas, y las manos en los bolsillos del mono de faena. Muy quieto y rígido.

Sus ojos se cierran. Él trata de mantenerlos abiertos y los fotogramas de figuras por el parque junto a mis aguas se suceden.

Una mujer con un tocado recatado.
Una pareja comiendo un bollo glaseado.
Varios estudiantes fumando.

Las cabezadas dejan paso al sueño profundo. A las sombras.

Abre los ojos y sabe que ha abandonado el cuerpo del pescador.
Cree que ha vuelto a Norvegicus.
Pero no.

Ante él se tiene a sí mismo andando sin rumbo.

Es ahora una mujer corpulenta con uniforme de camarera de hotel.

Sigue a su cuerpo.
Quiere que esto acabe ya.
Se promete cambiar y portarse mejor con la gente. Pero eso no funciona.

Trata de detener a Norvegicus.

Aprieta con la gruesa mano de la mujer, el brazo de su cuerpo errante. Al contemplar de cerca sus propios ojos los ve completamente vacíos.

-*Escucha. Hazme caso. ¡Soy tú! Debemos arreglar esto.*

Pero Norvegicus no responde.

El cuerpo vaga sin rumbo ni razón.
Él se desespera.
Y encima todo le pesa. Norvegicus avanza ligero mientras él, atrapado en la horonda señora, cada vez se agota más.
Ve como se aleja su adorada figura. Allá va su gabardina y su boina.

"Por Los Osos Blancos y el Gran Sol de Oriente, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo comprender el significado de todo esto?"

Ahora es más Malpolon que nunca.

Y de pronto las sombras.
Y la luz.
Y otro cuerpo.

Es un cochero que ve pasar a Norvegicus junto a sus caballos.

No se molesta en moverse.
Sabe lo que viene.

Las sombras de nuevo.
Y ahora es un camarero del Café de La Garra.

Norvegicus se sienta autómata en un taburete alto.
Algunos conocidos de las altas esferas le saludan.
Ve como su descontrolado "Yo" no dice nada, sólo mira el mármol de la barra. Con los ojos fijos. La mandíbula descolgada. Incluso un hilillo de baba por su barbilla resbala. Los funcionarios se alejan escandalizados.

-*Pobre hombre.*

Malpolon se desespera.

"¿Qué estás haciendo, estúpido? ¡Vas a arruinar todos mis contactos!"

De nuevo las sombras.
Y silencio.

Largo silencio.

Sólo hay la nada, pero puede sentir pasar el tiempo.

Un espasmo le hace incorporarse de golpe en una cama.
Vuelve a ser Norvegicus.

Tarda en reconocer la estancia.
No sabe qué hora, ni qué día, ni qué estación es.

Por la ventana del apartamento de Ion entra la luz del Sol como sólo puedo hacerlo en verano.

Su cuerpo empapado de sudor.
Su cabello y sus barbas descuidadas.
Sus labios agrietados, secos y blancos.

Pone un pie en el suelo y siente como el tiempo se ralentiza mientras un trozo de cristal afilado y puntiagudo penetra despacio en la piel gruesa de su planta derecha. La carne se desgarra milímetro a milímetro. El cristal se abre camino hacia el interior a través de sus tendones. Continúa el descenso hasta tocar con todo el pie el suelo, quedando el cristal completamente dentro de él.

Una balsa de sangre surge debajo, empapando la alfombra ya de por si pegajosa.

El olor del licor de ajenjo, las botellas rotas, las jarras de hidromiel calientes a medio beber desperdigadas por toda la estancia.

Permanece sin moverse.

Un calor sube desde su pie. Luego un cosquilleo.

Lo sube a la cama y se duerme.

Cuando vuelve a abrir los ojos está bebiendo un gran vaso de agua fría en la cocina.
El trago fresco le devuelve a la vida.

Se asea y viste.
Cura su pie como puede.

Cojeando va hacia el espejo y ante él tiene a Norvegicus. Pero no se reconoce.

Cree ver a Ion. Cree ser un cadáver.
Y por primera vez llora.

"¿Por qué no has muerto, Ion? ¿Por qué aun me atormentas?"

Apoyado en un bastón sale del apartamento de su amigo, vestido con las ropas de su amigo, en dirección al estudio de su amigo.

Llega a la tienda.
El polvo lo cubre todo.
En la parte del estudio quedan aún cajas con viejas obras de Ion abandonadas.

Coge varias. Las firma, y con ellas bajo el brazo sale en dirección al Café de La Garra.

"Recuperaré mi merecida grandeza."

Va dispuesto a vender las obras haciéndolas pasar por suyas.
Y así lo hace.

Algunos funcionarios se apiadan de él.

-*Tranquilos, es sólo un pobre múrido que siempre viene contando historias inventadas.* –les explica un camarero a los clientes que le observan con lastima.

Sale del café y cruza la plaza cojeando lastimosamente.

No hay nada más siniestro que un himno sonando en la distancia.

Norvegicus se para.
A través de una calle lateral ve desfilar un gran regimiento de Osos Blancos.

Le vienen a la memoria aquellas confidencias que escuchaba comentar a los oficiales de los ministerios.
Toda esa agitación política; guerra.

Se agarra las monedas en el bolsillo y corre como puede hacia la orilla de la clase más baja.

Cruza sobre mí por el puente antiguo.

Apenas se acuerda de la herida de su pie que ahora, abierta, sangra y empapa el grueso calcetín.

Va mirando atrás como esperando ver estallar una batalla.

Y choca.

Un cuerpo robusto. Sucias pieles de reno que sólo un vagabundo llevaría en la gran capital. Sus manos saliendo de los bolsillos de golpe para amortiguar el impacto. Las monedas volando fuera de la gabardina. Su rostro desencajado. Y yo recibiendo la propina.
El sonido del dinero hundiéndose y desapareciendo en mis aguas.

Y un grito sordo.

Sus puños apretados.

El impulso de irse contra el indigente pero… Sabe lo que eso implicaría.
Se apoya en la baranda con la cabeza gacha.
Su reflejo sobre mí.

El hombre se le acerca y pone una mano sobre su hombro.
Tiende un billete ante su cara.

-*Tome camarada, no se disguste.*

Norvegicus levanta la vista sin terminar de creerlo.

"Entonces es verdad que en Thalarctos hasta los más pobres tienen dinero."

No piensa nada acerca de la generosidad.

-*Venga, tomemos un trago*. –prosigue el vagabundo- *Yo le invito. Bebamos juntos.*

Pronto comprende Norvegicus los motivos de la desgracia del hombre. Y es que los que se dan al vicio a menudo quieren que otros lo compartan, quizá para compartir también la carga.

Se sientan en un banco del parque frente a mis aguas.
Una botella de hidromiel surge de debajo de las voluminosas pieles que abrigan al hombre.

Le ofrece un trago y ambos beben sin decir nada.

El vagabundo sonríe alegremente. Le basta con tener compañía.

La botella se acaba.

Con el último trago, Norvegicus cambia de perspectiva.

"¿Pero qué hago yo aquí, el gran Norvegicus, sentado bebiendo con un miserable?"

Desde luego no sabe nada de miserables.

Se levanta y sin agradecer nada se dispone a marcharse.

-*¿No dirá nada?* –pregunta el hombre desde el banco.

Norvegicus se gira.

-*¿Qué quieres que diga? ¿Gracias?*

-*No. Eso que le aflige. Por una vez alguien le escucha. Es su oportunidad de hablar.*

-*¿Cómo que alguien me escucha? ¡Mucha gente me escucha!*

-*Mucha gente le oye. Oye sus palabras. Esas que sólo son egoístas. Y ya se han acostumbrado, asique no valen nada.*

-*¡Oye, cómo te atreves sucio…!*

Siente la sombra invadiéndole.
Respira profundo.

Se sienta apresuradamente junto al hombre y mete la cabeza entre las rodillas.

-*Tranquilo camarada, tranquilo. Sólo tome aire. Piense en positivo.*

-*No quiero… No quiero ser tú.*

-*Y no lo será, camarada.*

-*Pero es que podría… Podría ser yo.*

-*¿Quién?*

-*Cualquiera. Podría ser cualquiera.*

-*Entiendo. Eso es bueno camarada.*

-*¿Qué dices?* –exclama alzando la vista y atravesando con la mirada al vagabundo- *¿Cómo va a ser eso bueno?*

-*Es bueno que lo diga.*

-*¿Por qué?*

-*Porque es verdad. Ése podría ser usted. Ése podría ser yo.*

Silencio.

La gente ociosa por el paseo.

Barcos deslizándose sobre mí, remontando mi cauce hacía lo profundo del Gran Continente.

Y Norvegicus vuelve a levantarse.

Es triste pensar que a los hombres, grandes verdades les pueden ser reveladas, incluso salir de ellos estas mismas, y al instante olvidarlas.

También lo es que Norvegicus, en un trance provocado por entender lo que ha entendido, se arrastre hasta la casa de su amigo, ese al que traicionó y condenó a la muerte, y en el trayecto, sumido en la negación y el pánico, sólo se reafirme a sí mismo.

"El mundo es estúpido. Yo soy el único que funciona como es debido."

Su nuevo objetivo es ser más fuerte, más listo, más todo que todos los demás.
Entonces no tendrá que preocuparse por las sombras. No temerá perder su cuerpo, su más preciado tesoro.

Pero de nuevo se vuelve a equivocar.

Nunca llegará al refugio.

No.

Pues cada paso que da le acerca más al odio.

Y el odio no es acción, el odio es pensamiento.

Eso es lo que se le escapa.

Cree que sólo tendrá que fingir mejor ser bondadoso. Cree que simplemente tendrá que evitar agredir, evitar hacer el Mal. Pero el Mal está ya en él cuando lo piensa. Hacerlo o no hacerlo no le evita esa maldad que viaja con él y que en definitiva es él.

Dobla una esquina y pasa junto a un cabaret. En la puerta apoyadas, varias chicas llamadas Deseo mueven sus labios negros saludando a Norvegicus. Pero este las ignora. Nada le importan.

Enfila la larga calle del barrio bohemio, al fondo de la cual está su casa.

Siente un gran desprecio por todos los que caminan junto a él. Por todo Thalarctos. Es el mismo que sentía por todos en Muridae.

Ya no le queda ningún sitio a donde ir para sentirse bien. Nada que idealizar para luego acabar proyectando sus sombras en ello y odiarlo por no darse cuenta de que a quien odia es a sí mismo.

Y las sombras vuelven.

Vuelven y le envuelven.

"¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¡No he maltratado a nadie!"

Y de pronto está dentro de una señora que compra botones en la mercería del local número uno. Ve pasar el cuerpo de Norvegicus por delante del escaparate.
Se limita a observarse caminando sumido en las sombras.

Ahora, al pasar Norvegicus frente al número tres, es un peluquero.

Frente al número cinco, es un niño pequeño esperando un bollito tras un mostrador.
Por el cristal que da a la calle ve su cuerpo que sigue avanzando, pero está más sucio y ajado.

En el número siete es un hombre anciano probándose un traje elegante. Fuera nieva.

Una estación entera ha pasado.

Y su cuerpo sigue su trayecto solo.

Dentro del bistrot del número nueve, es una chica hermosa de la mano de un joven soldado. Al verse fuera, esta vez su corazón da un vuelco; ve ese cuerpo que tanto venera, descuidado y al borde del colapso. Las barbas y el pelo largos y grasos. Su boina y gabardina ya sin color. Su piel pálida ahora gris. Sus facciones chupadas. Sus labios morados.

Suelta la mano del muchacho y una idea invade su mente. Acabará con esto. Volverá a recuperar a Norvegicus cueste lo que cueste.

Arrebata el revólver de la pistolera al joven soldado. Apenas sabe cómo usarlo, mas, antes de poder llevar su idea a cabo, Norvegicus pasa frente al cabaret del número once, y Malpolon se encuentra ahora dentro de un hombre.

Es el guitarrista de una banda de jazz.

Al mirar por el escaparate ve a Norvegicus cubierto de hielo.

Sabe qué debe hacer.

Tira la guitarra y a la carrera se dirige al local contiguo.
Abre la puerta de la fonda y ve al soldado sosteniendo entre los brazos a su novia que llora.

-*¡Perdóname querido! No sé qué me ha pasado.*

Tan distraídos se hayan que no ven al guitarrista acercarse y coger la pistola de la mesa donde la ha dejado la aturdida muchacha.

Malpolon pone el cañón sobre su sien.
Todavía duda si tendrá balas o no, pues normalmente, los que tienen autorización para llevarlas, lo hacen con las cámaras descargadas.

Pero son tiempos convulsos. Tiempos de inminente batalla.

La detonación deja a todos perplejos y cubiertos de mermelada humana.

El cuerpo del músico queda tendido en el suelo pero Malpolon ya está lejos.
Desde la acera de enfrente, en el número doce, se da cuenta de que el plan para volver a su cuerpo no ha funcionado, pues ahora es un librero, un escuálido crostio de gafas gruesas y pulso tembloroso. Un intelectual algo anquilosado.

Ve como una masa de gente en la calle corre hacía el bistrot donde ha sonado el disparo.
Algo así nunca se ha visto y todos quieren saber qué ha pasado.

El tumulto arrastra al vacío Norvegicus calle abajo, en la dirección por la que venía.

Malpolon está en el local número diez, una farmacia.
Es una anciana encorvada.
Observa claramente a Norvegicus entre el gentío arremolinado en la puerta del bistrot del número nueve. Todos miran hacia dentro curiosos, pero él sigue andando vacío y helado.

"¿Será este el camino hacia Dosha?"

El terror recorre el cuerpo de la octogenaria mujer que es ahora.

Ahora, en el número ocho es un fornido obrero que realiza una reforma.

En el seis es una proxeneta de turgentes pechos alrededor de la cual revolotean unas jóvenes muchachas mientras se prueban ropas de encaje.

En el cuatro es sólo un borracho.

En el dos es un aburrido pescadero que a través del cristal, allá, frente al uno, ve doblar la esquina a mano derecha a todo lo que considera suyo.

Pero el juego no termina.
Ahora es una de esas chicas de cabaret de la avenida frente al paseo por donde yo los observo.

Norvegicus se arrastra dejando el puerto y el barrio bohemio a sus espaldas.

Y Malpolon de nuevo cambia de cuerpo.

Es un soldado que corre con una camilla.

Ahora un niño pequeño que juega a las chapas en el suelo de rodillas.

No puede evitar ser todos los que se encuentran cerca del Norvegicus a la deriva.
Él es el eje central, pero no lo puede controlar.

Camina en dirección contraria a mi corriente, quizá para encontrarse con los fantasmas de los antiguos que vinieron de Tile.

Llega a la intersección que a su izquierda da al puente. En la orilla de enfrente puede ver, desde el cuerpo de un cochero, la fachada del Hotel Gran Sol de Oriente, y las callejuelas que dan a la plaza del Palacio de Justicia y su café favorito, La Garra. También en mi desembocadura la inhóspita isla del faro.

Pero Norvegicus todo eso lo ha olvidado. Es sólo un trozo de carne que cruza entre los carros, dejando pisadas ensangrentadas en el pavimento.

Ahora es una cara conocida: Un pintor del Grupo de Muridae. Camina entre otros del grupo, siempre juntos cubriéndose las espaldas.
Ens Valin le aprieta el brazo y señala a Norvegicus.

-*Mira, ahí va ese desgraciado. ¿Sabes qué me han contado? Vende cuadros de Ion Thoi como si él los hubiera pintado.*

-*Deberíamos darle lo suyo.* –dice otro que va a su lado.

Pero ninguno hace nada. Siguen y pasan de largo.

Un nuevo cuerpo le recibe pero no puede soportar verse así de perdido. Sabe lo que tiene que hacer.

Se remanga la camisa blanca hasta el brazalete verde de colegial, para poder ver sus delicados brazos de chiquilla adolescente.

"Este cuerpo no me sirve."

Malpolon decide esperar.

Cambia mil veces de cuerpo.
Los días se suceden sin parar.

Escucha que hay una guerra.
Los jóvenes se van a luchar.
Entonces, sólo entonces, ve su oportunidad.

Norvegicus vaga por el parque de la ribera meridional, entre bancos, fuentes y mi canal.

Él ahora es un panadero, exento del ejército regular, pues sus manos son necesarias para alimentar a la ciudad.

Apoyado cerca suyo en la baranda y mirando a la otra orilla distraído, hay un viejo oficial, un Oso Blanco del Crost, de los que apenas quedan ya en Thalarctos.

"Seguro que es tan viejo que le han dejado en retaguardia. No será rival."

Sabe que tiene poco tiempo antes de volver a cambiar de cuerpo.

Lanza el cuerpo del panadero contra el del anciano oficial. Le arrebata la pistola, y con la culata le golpea en la cabeza con todas sus fuerzas, que resultan ser muchas.
Ahora lo levanta y lo lanza a mis aguas.

Busca a Norvegicus con la mirada.

Va corriendo hacia su cuerpo apuntándole con el arma.

De pronto es una anciana.

Quiere acabar ya con la vergüenza de verse así, despojado de su dignidad y grandeza, caminando como un desecho. Se lo debe a Norvegicus. Se lo debe a sí mismo.

Mueve los ojos arenosos de la señora. Busca, busca, busca la pistola.

Ve al panadero confuso y en los adoquines junto a él, el arma que ha de liberarlo de la humillación.

Se acerca renqueante y se arma.
Comprueba las balas.
Todo parece correcto para la liberación.

Se acerca a su cuerpo primigenio y desde atrás le grita:

-*¡Norvegicus, detente!*

Increíblemente este responde parándose y volviéndose hasta ponerse cara a cara.
Entonces se observa a sí mismo.
Observa la humanidad perdida.

Contempla en sus rasgos su historia. Su gloria.
Ve en Norvegicus la belleza, su propia belleza.

"Es un ser glorioso. Su historia no puede terminar así, disparado por una sucia vieja en un parque en mitad de la noche."

Las manos de Malpolon tiemblan. Hesita. Con un dedo sobre el gatillo esta es su oportunidad.

Pero no.

No puede hacerlo.
No puede acabar con su héroe que no es otro que él mismo.
Se quiere demasiado para ello.

Y lo comprende.

Comprende que está atrapado sin remedio.
Sin ser él mismo. Sin ser nadie.

Le invade la impotencia.
Se arroja contra Norvegicus y golpeándole torpemente, llora.

Norvegicus sin inmutarse comienza de nuevo a andar.

Malpolon trata de hacer que la anciana haga a Norvegicus reaccionar. Pero es todo inútil.

Lo abraza, y el condenado sigue caminando.

La anciana va resbalando por el cuerpo de Norvegicus tratando de sujetarlo, hasta acabar enganchada a sus tobillos.

Norvegicus da algunos pasos más, pero las manos de Malpolon casi le impiden levantar los pies.
Se engancha y cae.

Ruedan por una pendiente, una pequeña colina al fondo del parque.
Los ojos de la anciana se cierran y Malpolon queda inconsciente.

La noche pasa y un fuerte Sol, el más brillante en mucho tiempo, sale desde Oriente.

Sus manos.
Sus pies.
Se siente otra vez en su piel.

Se incorpora mientras los rayos del Sol le iluminan.

"¡Estoy en mi cuerpo! ¡Vuelvo a ser yo! Norvegicus el grande ha…"

Pero mientras lo celebra, sus piernas se mueven solas.

Comienza un avance que él no controla.

"Un momento. ¿Qué ocurre?"

Trata de mover un brazo. De pestañear. De respirar.
Todo es inútil.

Es un pasajero atrapado en su propio cuerpo.

Pero puede escuchar. Puede escuchar el susurro que hasta ahora no había sabido apreciar en los labios de Norvegicus.

-*Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo...*

Y desde dentro del cascarón, un grito desesperado, algo que nadie podrá escuchar, pues en su cuerpo está atrapado.

Triste final para aquel que ignora que era cierto lo que tanto había soñado: No es una rata si no una víbora que a sí misma se ha envenenado.

3. La Sociedad del Círculo

Mis olas mecen el barco donde Nix no puede dormir.
Su marido ronca.

Abre la portezuela del sollado y el aire fresco y salado choca contra su rostro cansado.

Hace tiempo que sus labios no pinta de negro. Hace tiempo que no pisa tierra firme. Hace tiempo que ni siquiera venden lo que pescan. Si lo siguen haciendo es para poder comer.
Depuran agua y esperan. Esperan mientras los destellos de las bombas en la noche iluminan la costa de Thalarctos.

Consideran que aquí están más seguros. Y puede que tengan razón.
Aquí sólo estamos ellos y yo.

La Dirección ordenó hace meses apagar las luces cuando anochece. Todas las viviendas, hoteles, restaurantes e incluso los barcos. No quieren ponérselo fácil a los artilleros de Himsa.

Parece mentira que al principio de la guerra esos Hombres de Metal y Pinchos no supieran nada acerca de la pólvora. Parecía que sólo eran capaces de manejar sus espadas y sus hachas.
Al menos así Los Osos Blancos del Crost lo pensaban.

Está claro que se equivocaban.

"Aprenden rápido esos paganos" le había escuchado alguna vez decir a su marido antes de decidir echarse a la mar sin fecha de regreso prevista.

Nix revisa la cubierta. Todos los equipos funcionan correctamente.
Se apoya en la botavara.
Respira aire fresco.
Nadie alrededor.

Sólo el sonido de la madera crujiendo con la marea y los ronquidos desde el camarote.

Abre un bidón de agua y se sirve en un vaso ancho de cristal.
Lo levanta e interpone entre sus ojos y la luna.
Me observa transparente. Fuente de vida. Me bebe disfrutando de cada trago. Sintiéndome al entrar en ella y deslizándome hasta lo más profundo de su ser.
Fundidos. Siendo uno. Lo mismo.

Pero Nix es Nix y se merece serlo.

Toda la vida trabajando con los peces, pero haciéndolo con el respeto que tantos otros han olvidado.

"Ellos dan su vida por nosotros y no lo debemos olvidar."

Pero en Crostia sólo queda sitio para Los Osos. Sólo ellos importan. Nada más.
Una elección quizá demasiado aleatoria.

Nix vuelve al camarote y de puntillas, sigilosa, coge la radio y la lleva a cubierta.
Ella es atenta y generosa. Se esfuerza aunque sepa que podría entrar saltando y dando gritos, que su marido no se inmutaría lo más mínimo.

Enciende un pequeño generador y luego el receptor que zumba suavemente.

Y ruido blanco.

"¿Emitirán algo?".

Hace días que lo intenta en vano.

No tiene noticias de lo que sucede en el frente, o de cómo andan las cosas por las ciudades.

"¿Habrán resistido los rudos guerreros de la ciudad amurallada de Suidae? ¿Seguirán produciendo alimentos suficientes para todos en los invernaderos, con el número de bajas que se deben de estar sufriendo en esta guerra que se alarga? ¿Qué será de los niños, estarán las escuelas cerradas?"

Nix posee un espíritu delicado que puede sentir lo ajeno. Se preocupa, demasiado quizá, por el resto.
Sabe apreciar la alegría y el éxito de los otros como si fueran propios. También el sufrimiento.

Coge un trapito y tapa la bombilla de iluminación del dial del aparato radiofónico, que en medio del Mar Oscuro es un lucero.

Trata de sintonizar algo. Pero nada.
Sólo la bruma.

Sentada en la cubierta de proa, en silencio, sin siquiera la compañía de una voz amiga que le explique qué sucede, que le aclare el porqué de su situación, apoya la cabeza en las rodillas y recuerda los días buenos en la ciudad, cuando todos eran nuevos ricos, cuando todos podían sentir que había un futuro. Pero eso ha terminado.

"Tal vez las batallas han sido tan duras que otros como nosotros han huido también pero en dirección contraria, hacia Oriente, a través de las montañas. Quizá las han atravesado y están ahora en Tile con Los Primeros."

Pero no. Sabe que nadie haría eso, igual que nadie se atrevería a ir a Shuddhi o a Dosha, las islas donde reposan los que ya no están entre los vivos, o a Agni, el fuego que marca el fin del mundo.

Y mientras, ellos navegan entre témpanos de hielo.

Piensa que feliz sería viviendo en uno de ellos. Teniendo su propia isla. Su propio reino.

De pronto, del ruido blanco de la radio surge una voz.

-Queridos oyentes, les traemos una historia inquietante, algo que seguro los mantendrá despiertos, si es que acaso piensan que de otra manera podrían dormir tranquilos. El nombre de este cuento es La Sociedad del Círculo. No pierdan detalle.

La narración es clara. La voz del locutor firme pero cálida. El idioma es el suyo, sin embargo no comprende que emisora puede ser. Sabe que la radio de Crostia hace semanas que no emite, y de hacerlo serían noticias, no historias de ficción.

Acerca la sillita de pesca hacia el cabrestante sobre el que reposa el receptor y se inclina sobre este con gran atención.

-La banda de jazz tocaba tan fuerte como podía. Su líder, Bodhi, era considerado el mejor músico del mundo, por lo que le permitían todas sus excentricidades, que eran muchas. Tenía una considerable colección de manías. Era perfeccionista y controlador. Sin embargo mostraba siempre gran cariño a los que con él se encontraban. Era atento y cortés, aunque según decían podía percibirse algo terrorífico en sus ojos. Determinación, lo llamaron algunos. En cualquier caso, vivía por todo lo grande como la estrella que era. A menudo decía que había vivido una vida de lujos increíble. Que había disfrutado de todos los placer posibles. Decía que ya había conocido la cara amable del mundo y que sólo así se podía estar dispuesto a conocer la otra. Muchos le daban la razón cuando hablaba tan profundo, pero pocos le entendían. El sonido sobre aquella gran pradera repleta de gente resultaba atronador. –durante unos instantes la narración cesa dejando paso a una melodía frenética de jazz- *El festival musical por los refugiados de una cruenta guerra había reunido a miles de buenos ciudadanos. Todos unidos por una causa justa. Allá había puestos con comida y bebida. Todo ello junto con la entrada, el transporte y el alojamiento, vaciaba sus bolsillos, pero llenaba sus conciencias. Entonces salió Bodhi al escenario. Una gran ovación estalló, y todos los presentes, muchos de ellos distraídos durante la introducción de la banda, dejaron todo para no perder detalle del magnético cantante. Ejecutó varias piezas musicales, sin adornos, directo a los corazones de todos los que lo escuchaban, y al final del tercer tema detuvo con un gesto seco la interpretación de sus compañeros. Pidió silencio. Todo el mundo allí congregado, incluso los locutores de las radios que retransmitían en directo el concierto, callaron. Bodhi, muy sereno, pronunció estas palabras: "Si antes del próximo festival benéfico que el hombre organice para arreglar los desastres del hombre, no ha sabido la humanidad abandonar por completo el Egoísmo, a todos os destruiré, pues todos contaminados estamos". Un largo silencio dejó paso a los aplausos y a las risas. Otra de sus locuras, dijeron. La banda siguió tocando como si nada hubiese pasado. Nadie se atrevió a preguntar a Bodhi por su extraña amenaza y se sucedieron muchos conciertos sin que nada recordara ya a aquel episodio. Sus letras sobre amores y amigos perdidos en el hielo, o cálidas islas imaginarias, se entremezclaban con algún que otro escándalo de faldas, cosas propias de un personaje inmaduro y revoltoso sin pretensión de reivindicar nada. Un buen día llegó a su suite en el más lujoso hotel de la ciudad, una elegante nota. Era una invitación.* –los efectos de sonido del programa dejan intuir el ruido del papel cortado por un abrecartas- *"Nos comunican que va a celebrarse una gran gala para luchar contra la hambruna mundial. Les gustaría contar con nuestra presencia, Bodhi" dijo el contrabajista. Bodhi estaba recostado en la mullida cama con dos bailarinas que apoyaban mimosas sus cabezas en cada uno de sus hombros. "¿Qué os parece chicas, deberíamos ir?" pronunció fanfarrón. Todos rieron. Pero de pronto Bodhi calló. Mandó salir a todos menos a sus músicos y muy serio pronunció: "Amigos, tenemos una misión." Los músicos asintieron sabiendo lo que eso significaba. Llegó así pues el día del concierto.* –de nuevo música y ruido ambiente.

Nix permanece inmóvil completamente absorbida por la historia.
Nunca en su vida había escuchado nada así.

"¿Qué es eso del Egoísmo?"

-Todo se desarrollaba con normalidad durante la actuación de Bodhi y su conjunto. –prosigue el narrador- *Era un día hermoso. Soleado. Mucha gente se encontraba reunida en el recinto donde el evento benéfico se celebraba. La mayoría sonreía con una satisfacción inapropiada. Entonces la*

banda dejó el escenario. Los comentaristas de las radios que retransmitían el concierto a nivel mundial, se preguntaron si el set de Bodhi había terminado. "Demasiado corto" decían. Algunos pitidos y abucheos desde el público sonaban. "¡Que salgan otra vez!" –varios actores interpretan las voces, algunas de las cuales desde el punto de vista de Nix, resultan ridículamente forzadas- *¡Otra, otra, otra! Y tras unos minutos regresaron. Ante toda la audiencia estaban Bodhi y los suyos, reconocibles por sus acostumbrados trajes y camisas negras con corbatas blancas, pero con una especie de máscaras que no eran si no escafandras metálicas que les cubrían la cabeza por completo. Detrás suyo se desplegó una bandera oscura con el pálido rostro de Bodhi. Permanecieron unos instantes quietos. Finalmente la gente rió ante lo que consideraron otra sublime extravagancia del cantante. Sólo uno de los periodistas allí reunidos sospechó al recordar la antigua amenaza. Pero ya era demasiado tarde. La banda sacó unas trompas doradas, y situados todos en formación hacia la grada, empezaron a interpretar una extraña melodía. Todos los presentes y los que la radio escuchaban, quedaron en silencio, con los ojos muy abiertos y las mandíbulas desencajadas. La pieza terminó y con ella la mayor parte de la humanidad se había convertido en poco más que simples peleles. Maniquíes rígidos en sus posiciones. Respiraban pero no sentían nada, pues nada quedaba en sus mentes que habían sido vaciadas.*

Un escalofrío recorre la columna de Nix ante unas palabras que le resultan aterradoras.

"¿Es ficción esto que escucho, o acaso una historia real?"

A pesar de ser una mujer valiente, un miedo hasta ahora desconocido la invade poco a poco. Duda de si apagar el receptor, pero, tras tantos días sin más compañía que los ronquidos y gruñidos de su marido, no puede hacer otra cosa que permanecer pegada a la caja sin perder detalle.

-Y a los pocos minutos, en cada ciudad del mundo, pequeños grupos uniformados se desplegaban. Era la secta de Bodhi terminando la primera fase de la misión iniciada. Corrían por las calles portando las banderas negras con el rostro de su líder, y al verlos algunos de los que quedaban conscientes tuvieron tiempo de empuñar sus armas pensando que comenzaba una guerra o una revolución. Nada pudieron hacer contra las trompas que llevaban consigo los de Bodhi, y con las cuales tocaron la melodía a todos los ciudadanos que no habían escuchado la retransmisión en directo, quedando así anulados. No hubo sangre alguna y al final del día Bodhi estaba muy contento. Felicitó a toda su organización por los canales abiertos de radio. Sólo ellos escuchaban, pues el resto de la humanidad permanecía en estado vegetativo, a la espera de que Bodhi de ellos dispusiera. Su plan era muy ambicioso y se había gestado en apenas unos meses de duro trabajo. Después de recurrir a las personas más bondadosas de las que Bodhi y sus amigos tuvieron noticia, lograron formar una amplia red con delegaciones en todas las ciudades. Ahora debían iniciar la segunda fase, la de reeducar a todos los hombres y mujeres para moldear La Sociedad del Círculo. Cada delegación de la secta debía ocuparse de enseñar los conceptos de la mentalidad no-egoísta a la nueva humanidad.

Una explosión en lo que parece ser un arsenal, allá en Thalarctos.
Es tan fuerte que una especie de presión golpea el pecho de Nix.

Por un momento queda iluminada toda la ciudad en naranja y negro. Las sombras se deforman y las ventanas de las casas parecen finas y alargadas.

Se levanta de la sillita y va a babor para ver mejor la silueta de las llamas sobre los edificios.

Piensa en que quizá ya no quedé nada de lo que fue su casa. Sólo escombros.

"¿Y qué será de nuestros vecinos y amigos?"

-*"Imaginad el mundo como un gran círculo de personas dadas de la mano"* –prosigue la narración- *"Ahora nos pondremos en grupos de diez" y así lo hicieron los obedientes ciudadanos. "Ahora nos damos todos la mano con los de al lado. Bien, pues a partir de ahora vuestra tarea consiste en hacer felices a la persona de vuestra derecha y a la persona de vuestra izquierda. Debéis proporcionarles todo lo que necesiten para vivir bien. Preguntadles y escuchadles. Haced todo por ellos. No debéis preocuparos por vosotros mismos, pues por vosotros ya se ocupan la persona de vuestra derecha y la de vuestra izquierda. Sólo pensad en ellos. Así de sencillo". Todos obedecieron. Con estos sencillos ejercicios Bodhi y los suyos observaron cómo era posible una convivencia que confiaba las necesidades del Yo a los otros, siendo conveniente para todos, pues la autoconservación quedaba asegurada en manos del Círculo, que sin una de sus partes quedaba desconectado y por lo tanto destruido. Todos eran igual de importantes. Cuando vieron que esto funcionaba, unieron todos los círculos, abriéndolos y formando un gran círculo alrededor de todo el mundo. Luego volvieron a observarlos por un tiempo. Todos vivían con respeto y eran felices pues ya no eran esclavos de sí mismos, y podían vivir satisfaciendo sus necesidades con sólo pedirlo a los otros, y satisfaciendo a otros, por lo que nadie hacía nada que supiera que podía ser malo para el resto del círculo.*

No puede creerse lo que oye.

"Algo así es imposible. Una gran estupidez. ¿Dónde quedan Los Osos Blancos del Crost, los elegidos? ¿O dónde Himsa y sus atroces costumbres?"

Pero no sabe que eso son sólo etiquetas.

"¿Cómo vamos a ser todos iguales? ¿Cómo no vamos a preocuparnos por nosotros mismos?"

Y el programa continúa como respondiendo a sus pensamientos.

-Bodhi sentía un poco de lastima por aquellas personas, pues les habían tenido que arrebatar todo lo que eran para depurarlas y darlas una nueva visión de lo que se puede y no se puede hacer. Cuando eran niños les habían educado de la única forma que parecía posible, y sin embargo ahora gracias a Bodhi eran individuos nuevos. No tenían pasado pues todo el pasado estaba contaminado. Sólo había futuro para La Sociedad del Círculo. Y en ese futuro no había lugar para Bodhi y los miembros de su secta, pues ellos aún conservaban la idea de Egoísmo. Por el bien de la nueva humanidad debían desaparecer. Debatieron mucho sobre qué debían hacer: ¿Suicidarse? ¿Tocar unos cuantos la melodía de trompas y reeducar a los otros, y luego estos primeros suicidarse o marchar a un lugar remoto? ¿Marchar todos? No sabían bien que sería lo más justo asique finalmente optaron por irse todos juntos para al menos vivir hasta el fin de sus días. Decidieron viajar a una isla desierta y al llegar hundieron el barco para no poder regresar. Acordaron bajo pena de muerte no tener descendencia ninguna, siendo el último de ellos, el último egoísta de la humanidad.

Nix ya no está en la sillita de pescar. Está acurrucada contra la pared exterior del puente de mando y bajo una manta, como tratando de no ser vista por nadie mientras escucha tan perturbadora narración.

Siente además una sensación muy molesta consigo misma.

Sabe más que nunca que no debería estar escuchando esa emisión, de la que también está ya segura que no es de Crostia.

Además no puede evitar comparar su situación en medio del Mar Oscuro, lejos del mundo que sigue su curso, con los exiliados de la secta de Bodhi.

-"Una vez allí, en la que debía ser su última morada, fundaron una pequeña aldea construyendo cabañas altas junto a una cascada. Era una isla hermosa y cálida, como en las letras de las canciones de Bodhi. Tenía agua fresca y alimentos en abundancia. Por un tiempo vivieron tranquilos y felices, pues no en vano habían sido de entre todos los antiguos humanos los que demostraron mayor humildad y generosidad, pero aun así no tardó en evidenciarse que estaban corrompidos. Algunos de ellos sucumbieron a las voces que dentro de sus cabezas les decían que volvieran al continente a comprobar si todo seguía como lo habían dejado. La curiosidad, el aburrimiento, e incluso ideas de gobierno y poder sobre los inocentes e ignorantes de todo Mal que conformaban La Sociedad del Círculo, acabó por empujar a estos desdichados a tramar un escape, pero antes de poder llevarlo a término, algunos leales a Bodhi le comunicaron el plan de fuga que se estaba urdiendo, y Bodhi con un pequeño grupo de sus más allegados, dieron muerte en secreto a los que habían tratado de romper el exilio voluntario y necesario. También hubo robos, peleas e incluso tuvo que separarse a hombres y mujeres con mucho celo para evitar encuentros sexuales. Había pasado apenas un año cuando tras varios días en cama por una fuerte fiebre, Bodhi parecía estar cerca de su final. Uno de sus más cercanos amigos que desde el principio estuvo junto a él, vio su oportunidad de imponerse como nuevo líder y reclamar la gloria que creía que merecía. "¿Por qué hemos de llevar la bandera con su rostro? Él ya ha cumplido con su parte y pronto nos dejará. Es el momento de empezar algo nuevo que nos lleve aun mas lejos." Hablaba con entusiasmo, pero Bodhi se levantó y haciendo acopio de las escasas fuerzas que le quedaban le respondió: "Esa que portamos no es mi cara si no la cara del Egoísmo, la que debe recordarnos aquello en lo que estamos atrapados y contra lo que debemos luchar." Todos callaron sorprendidos. Luego añadió: "Hemos librado al mundo de esa corrupción creando la Sociedad del Círculo, mas, nosotros siempre estaremos contaminados. No debemos empezar nada nuevo ni ir más allá, simplemente debemos desaparecer." Bodhi no murió. Pronto estuvo recuperado, pero algunos se habían marchado con el amigo que, avergonzado y herido en su ego, había dispuesto la construcción de un nuevo asentamiento cerca de la playa. Un lugar donde poder abolir las rígidas normas de Bodhi. Un lugar dónde plantear un futuro para ellos mismos. Entorno a la hoguera, los leales a Bodhi dudaron sobre qué hacer. Tras varios meses debatiendo en asamblea, el cantante comunicó su decisión: "Debemos acabar con ellos. No hay que hesitar. Su muerte es necesaria, pues si no los controlamos podrían tratar de salir de la isla como ya intentaron hacerlo otros, y contaminar así a los que fueron liberados." Muchos de los suyos, que tenían espíritus nobles y cariñosos, temblaron al ver la determinación de su líder, pero sabían que en el Egoísmo, las acciones así están justificadas.

Nix piensa que vive en el Egoísmo.
Ella creía que vivía en Crostia.

-Aquella noche en la playa hubo un baño de sangre. Bajo la luz de la luna, la cálida brisa secaba sobre el rostro de Bodhi aquello que había dado vida a sus antiguos compañeros. "Por esto merece la pena todo lo que hemos hecho". Pensó en coger su arma y acabar con todos de una vez. Pero no lo hizo. –suena un sonido de gaviotas y olas del mar- *Otro año pasó. Y otro hasta completar diez, y en la acogedora aldea, bajo el sonido del agua cayendo y chocando contra la suave roca, todos se encontraban viejos y cansados. No tenían ningún propósito más que esperar su final. Sus mentes y espíritus ya no se encontraban como al principio, cuando con toda la vida por delante habían dado todo lo que tenían para salvar a la humanidad de sí misma dotándola de una nueva mentalidad. Ahora ya nada era tan idílico. Estaban solos en aquella isla. Aquella isla que no era parte del mundo. Sólo un trozo de tierra en medio del mar. La ultima guarida del Mal.*

Las luces de las llamas que devoran Thalarctos se van apagando, y desde la distancia Nix siente terror, como si al dejar de ver el contorno de su ciudad iluminada por el fuego, la perdiera para siempre, y quedara a la deriva en la oscuridad, como Bodhi y los suyos.

Quiere levantarse, entrar al camarote y abrazar a su marido. Sentir su calor protector.
Ese que hace años que no siente.
Pero lo necesita.
Ahora más que nunca.

Sin embargo no se mueve.

La narración continúa.

-Finalmente Bodhi murió. En sus últimos momentos bajo el techo húmedo de su cabaña, observó el elegante traje negro y blanco de la banda de jazz que tantas veces había lucido ante miles de almas que le aclamaban como un héroe, mientras él se sabía un aprovechado y un farsante. Había vivido entre lujos a costa del sudor de aquellos que querían que les hicieran creer la ficción de que todo podía ser mejor pero sin que nadie hiciera nada para que eso sucediera. Cerró los ojos y apretó los puños avergonzado. Ni siquiera la idea de haber creado La Sociedad del Círculo le consolaba. -hay una pausa donde se escucha el sonido del viento- *Ya no tendría que ver ni cantar más al mundo. Ordenó en su última voluntad que al irse le cosieran los labios y los ojos, y desde el lecho, con una mano sobre el corazón dijo: "Acta est fabula".*

Los ojos de Nix se abren mucho.

"¿Qué son esas palabras? ¿Es lavriense? Suena a lavriense. ¿Será himsain? ¿Acaso es posible que esté escuchando una sucia narración de los Hombres de Metal y Pinchos? ¡Claro! ¡Es eso! Ahora lo entiendo todo. Por eso estoy tan confusa e incómoda. Por eso tengo miedo. Y rabia. Y asco de mí misma. Es todo una táctica. Una táctica de guerra. Guerra sucia para meternos ideas absurdas en la cabeza. Quieren contaminar a Los Osos. Saben que somos mejores que ellos. Que nuestras ideas y valores son auténticos. Basados en la verdad que nos legaron los Primeros que de Tile vinieron."

Yo me derrito.
Me derrito y subo y bajo sobre ellos.

Caigo sobre Nix. Quiero que se vaya a dormir. Que abrace a su marido y que no piense. Que no sufra más.

Hay gente sensible que no debe pensar. Hay gente tan frágil que sólo debe dar y recibir amor. Esa es su misión.

Pero ella no se va.

Cubre el receptor con una lona y ella misma se mete debajo formando una pequeña tienda de campaña.

-Su mejor amigo, el que fuera contrabajista de su banda, era ahora el líder de la aldea. Así lo había deseado Bodhi, pero a muchos no les importó ya. No querían más normas ni restricciones. Sólo disfrutar de sus últimos días. Creían que así lo merecían por tantos sacrificios. Una tarde oscura, una de esas que nunca se daban en la hermosa isla, mientras las nubes cubrían el cielo inundando todo de una lúgubre luz, llegó hasta ellos el llanto de un bebé en la distancia. Todos

corrieron alarmados y aterrados. Bajo unos matorrales descubrieron un recién nacido. El pacto más sagrado había sido roto. Otra generación de egoístas se había engendrado. No podía ser. El nuevo líder, uno de los pocos que conservaba intacto el sentido de la misión emprendida, supo al instante lo que debía hacer. Cuando el Sol volvió radiante la isla, ya no quedaba ningún alma con vida en ella. El cuerpo del heredero de Bodhi, el último egoísta, se encontraba estrellado contra unas rocas bajo un gran acantilado. La misión había por fin terminado.

Nix respira aliviada al saber que todo ha terminado. Esas palabras que la atrapan. Esa historia odiosa. Por fin puede apagar el receptor, y tratar de dormir. Pero sabe que tendrá pesadillas.
Ya es demasiado tarde para evitarlo.

Sin embargo la retransmisión no cesa.

-Lo que el nuevo líder nunca supo es que algunos de los que escaparon con el traidor a la aldea de la playa que fue luego arrasada, al ver llegar aquella aciaga noche el ataque de Bodhi, escondieron en una cueva a los pequeños hijos que allí habían tenido, con la esperanza de volver junto a ellos tras defender la colonia. No regresaron y los niños crecieron en soledad. Pero con ellos creció sin saberlo el Egoísmo que habían conocido cuando eran sólo bebés. Vieron la avaricia y la lucha. Vieron todo lo que Bodhi no había podido evitar. Eran todo lo que Bodhi no había podido evitar.

El pensar en recién nacidos, tiernos, delicados, suaves y con ese aroma a nuevo que tienen envueltos en sus mantitas, produce un gemido que escapa entre los labios de Nix.
Ella sabe que esos gemidos vienen de lo más profundo de su ser. Sabe que escapan a su control y que cuando su mente dibuja una idea que le atormenta aparecen.
Sabe que eso le acompañará siempre. Los gemidos delatores y el dolor por no poder tener hijos.

Está acurrucada.

Una lágrima golpea sobre su rodilla.
Su nariz entre las cicatrices de cuando era niña y jugaba en las calles de Thalarctos con los hijos de los otros pescadores, e incluso con algunos niños de la orilla fría, hijos de aristócratas que se manchaban y sangraban como ella al caer al suelo.

Ese bebé sonriente, haciendo burbujas de baba y apretando fuerte su diminuta mano sobre su pulgar, gigantesco en comparación. Ese bebé que nunca tendrá entre sus brazos.

Ese dolor. Ese gemido. Ese pequeño imaginario.

-Pronto fueron adultos y engendraron más hijos, y estos a su vez a otros, y así en pocos años la cueva se llenó y tuvieron que fundar otro asentamiento fuera. –se escucha el sonido de niños correteando y riendo- *Siempre temieron a la isla, a los animales salvajes, a un universo que no comprendían. Inventaron toda clase de explicaciones. Le dieron un sentido a todo eso que escapaba a su control y luego a ellos mismos. Buscando encontrarse, sólo encontraban el Egoísmo, pues era su esencia. Pero parecían no darse cuenta de esto y siempre había en sus labios nombres para figuras poderosas a quien acusar de sus males. Cuando se hubo llenado el nuevo pueblo, exploraron su mundo que no era si no aquella ínsula, y terminaron por encontrar las ruinas de la aldea de Bodhi. Vieron la tumba del responsable de que estuvieran allí, y también un libro enmohecido que explicaba todo, más, como no sabían leer no entendieron nada. También hallaron numerosos artilugios y tecnologías que la secta trajo consigo tiempo atrás. Al principio pensaban que se trataba de una colonia de visitantes del "más allá". Gentes sobrehumanas que los habían estado vigilando. No podían imaginar que ellos no eran los primeros humanos, la*

primera sociedad, la primera humanidad. Con el tiempo copiaron muchas de las cosas de la aldea de Bodhi. Desarrollaron una escritura y perfeccionaron sus herramientas usando como modelo lo que hace tanto ya había sido inventado. Finalmente se veían grandes y únicos. Dominaron la isla e incluso hablaban de protegerla de ellos mismos, como si su acción pudiera acabar con ella y no al revés. Decidieron navegar mar adentro y expandir su raza.

Ya no me dejo caer sobre la lona donde Nix ha hecho su pequeña guarida en la cubierta.

Quiero que escuche el sonido de la brisa profunda del mar y se meta más en la historia.
Pues es eso lo único que le queda. Meterse en la historia. Comprenderla. Comprenderla del todo y puede que así cambiar su vida por completo. Ya no puede escapar. Ahora o comprende o siempre sufrirá.

-Guiados por un hombre astuto llegaron pues al continente. "¡Qué isla tan grande!" exclamaron. Pasaron por los lugares por donde Bodhi y los suyos habían pasado en sentido contrario al dirigirse a su exilio. Vieron edificios que les recordaban a las ruinas del campamento de la secta, convertido hoy día en museo, y pronto advirtieron la presencia de otros seres que pululaban de un lado a otro sonrientes. Quedaron sorprendidos al ver que apenas tenían posesiones, ni se regían por ningún poder o mandato. Todos se ayudaban, pero a través de los ojos de los isleños, eran seres sin voluntad ni ambición. "Mirad, pobres desgraciados, han permanecido aislados del mundo, primitivos y salvajes, sin civilizar. No saben nada de la vida." Tras mucho hesitar se presentaron ante ellos. Los isleños empuñaban sus armas con recelo pero fueron bien recibidos. "Sed bienvenidos amigos. Contadnos todo sobre vosotros. ¿Queréis formar parte de nuestro circulo?" exclamó una imponente emisaria mientras hacía un gesto encajando los dedos de una mano con los de la otra, y con los brazos horizontales a la altura de sus hombros tiraba varias veces simulando la fuerza incapaz de separar las manos. Todos quedaron perplejos mirando los ondulados cabellos dorados de la mujer, que caían sobre su pecho hasta alcanzar sus caderas. Y su sonrisa, blanca y perfecta. Aceptaron la invitación y fueron llevados a un hermoso palacio de mármol. Allí se reunían todos: Campesinos, cazadores, pensadores, jóvenes, ancianos… Pues todos eran iguales, y todos actuaban para el bienestar de los demás. Les preguntaron de qué círculo eran. Los isleños no supieron que decir. Y es que los miembros de La Sociedad del Círculo estaban organizados de nuevo en pequeños círculos para el día a día, pero mantenían la concepción de un gran círculo al que todos pertenecían. No podían concebir algo fuera de ese Círculo, al igual que los isleños no podían concebir algo fuera del Egoísmo. Y era precisamente esto que los isleños tenían de mas respecto a sus anfitriones, lo que les llevo a darse cuenta enseguida de la oportunidad que se les presentaba. Siguiendo su afán de satisfacer al prójimo, los miembros de la Sociedad del Círculo se preocupaban constantemente por saber qué necesitaban los recién llegados. Les trataban a cuerpo de rey y estos quedaron abrumados. En ningún momento entendieron que ellos debían hacer lo mismo. Pensaron que eran gestos de sumisión debido a su propia grandeza, y cada vez creyeron con más fuerza que ellos eran mejores que esas gentes del continente. Un día, el hombre astuto que había dirigido la expedición, salió a la plaza central de la ciudad donde todos los ciudadanos se reunían y dijo así: "Esto es lo que haremos. Vosotros elaborareis una deliciosa tarta de tres alturas. Invertiréis todo vuestro esfuerzo y recursos en ella. Luego me la traeréis aquí." Los miembros de la Sociedad del Circulo nunca habían escuchado a nadie hablar en imperativo. Sorprendidos no supieron que responder y simplemente asintieron. El hombre astuto relajó los hombros y levanto el mentón mientras sonreía. Luego observó cómo trabajaban y se paseó entre ellos diciéndoles que eran buenos reposteros, que ese debía ser su cometido en la vida. Como era la primera vez que escuchaban a alguien imponiéndoles sus ideas, algunos pronto se sintieron reconfortados de no tener que preocuparse en que deseaban ser, hacer, o poseer. Ese hombre les dirigía y como eran puros de espíritu ellos se dejaban dirigir con alegría. Cuando hubieron terminado, el hombre astuto mandó que le acercaran la tarta al gran asiento que sobre una tarima a la vista de todos había instalado.

Deslizó despacio un dedo por la crema y lo acercó a su boca pero antes de poder saborearla se detuvo y mandó a todos, que en ese momento con atención le observaban, que se fueran a dormir. Su empleo había terminado por hoy. Mañana debían volver al salir el Sol y fabricar otra gran tarta hasta el ocaso. Todos obedecieron. Pasado un tiempo, no quedaba ninguno de los hombres de la isla sin su propia tarta. Una tarde el hombre astuto se encontraba en el hermoso jardín donde solía reunirse con los otros isleños para disfrutar de los servicios que sin ninguna queja les ofrecían los generosos miembros de La Sociedad del Circulo, cuando observó algo que le encolerizó profundamente: Uno de los suyos había cortado un diminuto trozo de tarta y se lo estaba dando a algunos de los que tan duro trabajaban elaborándola. "¿Qué crees que haces? ¡No puedes darles nada!" le gritó el astuto al compañero. "Pero si no me cuesta nada, son sólo migajas" respondió el que de su tarta había querido dar algo a los que la fabricaban. "¿Por qué lo has hecho?" preguntó el astuto. "Me sentía mal al ver nuestras barrigas llenas de tarta y las suyas rugiendo, vacías, sin nada". El resto de isleños al oír al compañero sintieron que debían seguir su ejemplo. Se levantaron y desprendieron unas migas de sus gigantescos pasteles. "¡Alto, deteneos! ¿Queréis darles algo? ¿Queréis acallar esas voces que ahora os hacen sentir mal por tener tanto y ellos tan poco? Bien. Dadles toda vuestra tarta". Entre ellos se miraron desconcertados. Negaron con la cabeza. "Ya imaginaba. ¿Acaso no comprendéis lo injusto que es que en pos de la bondad y la generosidad, deis a estos que se dejan la vida haciendo posible que estemos gordos y ociosos, una porción ridícula de la tarta, en vez de repartirla a partes iguales entre todos? ¿Creéis que con esa miseria que queréis darles, vivirán mejor y vosotros descansareis mas por las noches cuando vuestra coincidencia os hable? ¡No! Yo os diré qué es justo. Lo justo es que todos sin distinción trabajemos haciendo las tartas y luego todos comamos lo mismo. Si les damos migajas, es peor que no darles nada. Es engañarnos a nosotros mismos e insultarles a ellos. Además, lo que les deis hoy os lo pedirán mañana. Comprended que son inferiores pues no saben negar nuestra voluntad. Están en el mundo para satisfacernos y así lo harán." Los isleños entendieron las palabras del astuto, y limpiándose las manos de las migajas, aceptaron su condición superior sin sentir vergüenza ya.

Un hilo de bilis sube por la garganta de Nix.

Una arcada.

Salta súbitamente y asomando medio cuerpo por el costado de babor vomita todo su Egoísmo.

Se desprende de él. O al menos lo intenta.

Un frío profundo invade su cuerpo.
Su rostro se vuelve pálido y bajo sus ojos se dibuja un surco negro.

Sus labios amoratados, casi negros, como es costumbre y signo de elegancia en Crostia, pero esta vez de miedo a su propio ser. El peor de los miedos.

Aun puede oír las palabras que salen de la radio. Aprieta las palmas de sus manos contra sus oídos hasta sentir el dolor físico que apague el dolor espiritual que la consume.

Todo se nubla.

Su cuerpo cae inconsciente sobre la madera mojada de cubierta.

Al abrir los ojos ve a Bodhi. Es exactamente igual que como lo había imaginado. Lleva el traje negro con corbata blanca, y su piel es tersa y joven. El pelo peinado hacia atrás es brillante y abundante y le da un toque de elegancia y atractivo irresistible. Tiene esa media sonrisa del que

sabe algo que otros no saben. A sus pies, sentado en la sillita de pesca está su mejor amigo, el contrabajista de su banda, aquel que creyó que sería el último egoísta.

-*El mero hecho de la existencia de la humanidad demuestra su maldad.* –dice Bodhi que está sombreado, en escorzo mientras con chulería se apoya en el trinquete.

-*Explícame eso.* –responde su amigo mirándole desde abajo

-*Para hablar de maldad o bondad debemos definir el término Bien y el término Mal, ¿no es así?*

-*Correcto.*

-*Muchos dicen que es imposible.*

-*Así es, y así lo creo yo también.*

Nix permanece en silencio escuchando atónita.

-*Esa es la primera paradoja de la humanidad: Predica hacer bien las cosas, pero luego acepta la imposibilidad de la clara explicación del Bien y el Mal.*

-*Mucho se ha escrito sobre ello y cualquiera te dirá que no se puede.*

-*Pues verá, yo lo he hecho. Es sencillo.* –Bodhi se yergue a contra luz.- *Para mí, el Bien es pensar en todos los demás seres humanos antes que en ti mismo, el Mal es lo contrario. Es decir, el Mal se encarna en el Egoísmo.*

-*Continúa.*

-*Aquí llega la segunda paradoja, desde mi punto de vista, de la que somos víctimas: El Egoísmo es parte de la naturaleza humana, o así suele afirmarse por norma general. Es supervivencia. Es auto conservación.*

-*¿Y acaso no lo es?*

-*Por supuesto que lo es. Pero siendo así ya podemos afirmar, derivando de la definición inicial del Bien, que somos inexorablemente malvados. Por la necesidad de sobrevivir uno mismo por encima de los demás.*

-*¿Y cómo evitarlo entonces?*

-*Si tú haces todo pensando en el bienestar de los demás, nadie robará, nadie matará, nadie ofenderá ni faltará.*

-*Pero eso a escala global es imposible.*

-*No lo es, pues es una red, un círculo que se conecta. Es el respeto en su máxima potencia.*

Antes de caer el Sol, a Nix todo esto le hubiera resultado incomprensible, pero ahora, de repente, las palabras de Bodhi son sus palabras.

-*Pero Bodhi,* –prosigue su amigo- *entonces estarían vacíos, nadie podría hacer nada por miedo a molestar a otro.*

-*Eso es algo que aún no he resuelto.*

Desde popa se eleva una voz grave.

-*¡Prosigue traduciendo esclava!*

Al enfocarlo, Nix reconoce la cara del hombre astuto. Sabe que es él, pues es como lo había visto en su mente mientras el narrador hablaba por la radio.

Junto al líder de los isleños, sentada en una mesa de mármol, la mujer de largos cabellos dorados.

-*¿Qué dice ahora? ¡No pares!* –grita furioso el astuto.

-*Sí, mi señor.* –responde ella.

-*Simplificando, llevándolo al ejemplo de menor escala, podemos imaginar a dos individuos encerrados en una habitación, y ante ellos, un solo trozo de pan. Comer el pan entero es el único modo de sobrevivir. El otro morirá.* –Bodhi retoma la conversación desde proa- *El Egoísmo haría a ambos individuos luchar y disputarse el pan para ser él quien sobreviva. Es lícito. El que salga de la habitación podrá vanagloriarse de su fuerza y astucia, mas no de su bondad. Esa es la humanidad que vivimos. Sin embargo, y es algo que me turba, sin el Egoísmo, siendo fieles a la definición dada del Bien, ambos individuos morirían.*

-*No cabría esperar otro desenlace.* –dice su amigo asintiendo.

-*Es por esto, por el hecho de que la humanidad exista fuera de esa habitación, que puedo afirmar que la raza humana es malvada, y cualquier intento que haga de ser bondadosa será en vano, pues es algo que va con todos nosotros. De nada vale inventar filosofías que perpetúen una especie destructiva, pues este es nuestro sino.*

Nix analiza la escena sin sorprenderse demasiado. De hecho le parece hasta graciosa y agradable la compañía. A proa, junto al palo trinquete, ve a Bodhi y al contrabajista charlando despreocupadamente. A popa, en un decorado impropio de un barco, el hombre astuto y la emisaria de la Sociedad del Círculo, analizan con gran concentración las páginas de un libro de aspecto muy antiguo.

-*Bodhi, eso que dices es tremendamente negativo. Con pequeñas acciones podemos ser buenos con quien nos rodea. Es un principio, ¿no crees?*

-*Absolutamente no. Es un engaño. Seguirás siendo un ser malvado y egoísta, haciendo cosas positivas en un momento dado. Nada más. Algo puntual. Tu vida seguirá girando en torno a tu ombligo.*

-*Yo no creo que seamos malos, creo que somos buenos pero que muchas veces nos portamos mal.*

-*Mi buen amigo, yo opino igual que tú. Pienso que podemos ser bondadosos, siguiendo precisamente el Valor del Bien que hemos definido, desterrar el Egoísmo, crear un mundo nuevo. Una nueva raza humana. Al menos intentarlo.*

-*Pero has dicho que eso llevaría a nuestra desaparición.*

-*Probablemente.*

-*¿Entonces?*

-*Entonces,* –sentencia Bodhi- *quizá tengamos que elegir entre vivir una vida de maldad, suponiendo que en algún momento nos destruiremos los unos a los otros, o una de bondad, entregados a los demás, que puede que acabe antes, pero al menos será por amor y no por odio.*

Por un momento sólo el sonido de mis aguas contra el casco.

-*Pero Bodhi se equivocaba.* –dice de pronto el hombre astuto.

Nix mira hacia popa y cuando vuelve a hacerlo hacia proa, Bodhi y su mejor amigo ya no están.

-*Doy gracias por haber traído conmigo estos viejos manuscritos, las memorias del contrabajista, pues en ellos está nuestra historia. Ahora puedo comprender de dónde venimos. Comprendo también que Bodhi pensó que La Sociedad del Círculo seguramente fracasaría y terminaría pronto, pero no ha sido así. Estas gentes han podido vivir sin eso que llaman Egoísmo.*

Mientras observa al hombre astuto moviendo los labios con la vista perdida en el horizonte, sus figuras se desvanecen. Todo el barco lo hace.

Abre los ojos.

Está mojada.

Mojada y dolorida.

Desde el receptor radiofónico prosigue la narración.

-*El hombre astuto quedó paralizado al conocer la verdad sobre su naturaleza: Ellos, su raza, eran todo lo malo que debía ser eliminado. Mientras permanecía congelado en la estancia de mármol de la emisaria, desde la calle llegaban los sonidos del derrumbe.* –se escuchan efectos de vasijas rompiéndose, carreras, llamas flameantes y gritos lejanos- *La ciudad estaba siendo arrasada por los suyos. Tras aburrirse de abusar de los inocentes miembros de La Sociedad del Círculo, los isleños procedieron a su destrucción. Violaron, torturaron y mataron a todos. Por aburrimiento. Por sadismo. Por todo eso que los contaminaba y no podían evitar que los dominase. Habían tenido la oportunidad de intentar ser como sus bondadosos anfitriones, pero habían elegido ser lo que eran. El hombre astuto salió finalmente del palacio de mármol y caminó sobre las cenizas de La Sociedad del Círculo. Los isleños se le acercaron y abrazaron celebrando su victoria. Pero él estaba ausente. "Eran la sociedad perfecta y les hemos destruido" dijo incrédulo. "No" respondió uno de ellos "Sólo eran autómatas, nosotros podemos coger lo bueno que tenían y ser mejores." El hombre astuto le miró fijamente y dijo: "¿Lo haremos?"*

Nix sabe la respuesta.

Ya tiene suficiente.

Apaga la radio.

Entra en el camarote.

Se acuesta en la litera junto a su sudoroso marido.

Le abraza fuerte.

Ellos dos solos.

Y yo.

Y los rayos del alba elevándose desde el horizonte y entrando por la escotilla del sollado y calentando su suave rostro.

4. Inventar un color

¿Crees que puedes inventar un color?
¿No?
Si pensaras que sí ya lo habrías hecho.

El que seguro que ya no lo hará es el chico que yace tendido de bruces en una mesita de la terraza del Café de La Garra. Su cabeza está apoyada en el cristal y por toda la superficie del mismo, su sangre avanza lenta y espesa. Por las patas de mimbre descienden finos hilos rojos hasta el suelo empedrado. Al lado de su zapato, el revólver reglamentario del victorioso ejercito crostio aun humeante, y un vaso de agua roto.

La guerra ha acabado. Himsa ya es historia. Sólo existe Crostia. De costa a costa, sólo Crostia. Sin embargo, esta mañana, con las primeras luces del día, el sonido de lo que ha sido inventado sólo para hacer daño, retumba de nuevo en Thalarctos.

-*¡Qué desgracia, otro joven soldado que no encuentra su sitio en la sociedad!* –dice el camarero de La Garra mientras avanza hacia el muchacho con un barreño rebosante de espuma. Algunas burbujas saltan al aire de la velocidad que lleva el empleado.
Se apresura a limpiar la fachada del local.
En ella, con pintura roja hay una inscripción, obra sin duda del joven suicida.

"Apago los instrumentos del Vimana que nunca pilotaré.

Subo el tirante del vestido de la novia que nunca tendré.

Saco el dinero de la cuenta bancaria donde nunca ingresaré.

Me despido arropando a mis hijos, esos que nunca veré."

Los tristes versos ponen los pelos de punta.
Son las palabras de un joven sin futuro.

Muchos achacan estos pensamientos oscuros a la reciente guerra. Piensan que los soldados, trastornados por la batalla, no pueden reintegrarse en la vida civil.

En muchos casos es cierto, pero la ausencia de esperanza no es exclusiva de los veteranos de guerra.

-*Ni siquiera era un soldado. Sólo otro estudiante endeudado.* –dictamina el juez tras revisar los papeles del chico- *Incluso lleva aun en la cartera el recibo de la casa de empeños donde compró el arma. ¡Es una vergüenza que sigan sucediendo este tipo de cosas!* –concluye muy ceremonial e insensible.

Antes de la guerra adquirir un arma de fuego era prácticamente imposible. El número de estas era muy limitado y estaban estrictamente controladas. Sólo los miembros de Los Osos Blancos del Crost tenían acceso a una. Se pretendía evitar que los himsain, enemigos de la nación, conocieran la fórmula de la pólvora.

No lo consiguieron.

-*Todo esto es, en esencia, culpa nuestra.*

-*¿Pero cómo puede decir eso, almirante? ¡Calle, no le vayan a oír!*

-*No debimos ser tan confiados. Con todas aquellas razias en los cuarteles de montaña. Esos pobres de la Guardia suida soportando las primeras oleadas hasta quedar despedazados en las estrechas y oscuras calles de su ciudad fortaleza con forma de estrella. ¡Quién iba a imaginar semejante masacre!*

-*Nadie. Nadie pudo imaginarlo. Pero ya ve, almirante, al final Los Osos volvimos a vencer, pues no podía ser de otra manera. Somos los elegidos.*

-*Cierto. Los elegidos.*

El almirante revuelve su café con una pequeña cucharilla, absorto en sus lúgubres recuerdos.

Desde la barra donde están él y su asistente, puede verse a través de los cristales al mozo afanándose en limpiar la fachada. Al juez y a un grupo de oficiales moviendo los labios y gesticulando. Y unos cuantos soldados tapando con una manta el cuerpo ensangrentado del estudiante.

Algunos civiles madrugadores pasan por delante, y al contemplar la escena desvían rápidamente la mirada y aceleran la marcha.
Nadie en Thalarctos quiere ver más tragedia.
Cuando las tropas himsain arrasaron inesperadamente Suidae y se hicieron con todo su armamento, y antes de que nadie en la capital pudiera entender la gravedad del ataque, llegaron los primeros Hombres de Metal y Pinchos a mis aguas y tuvieron que tomar una decisión: Subir corriente arriba y cruzar sobre mí, atacando Muridae, o dirigirse hacia la costa y entrar directamente en Thalarctos. Pensaron que Muridae, y en general toda la parte oriental, no era más que hielo y cazadores malolientes.

-*También ellos nos subestimaron*. –dice el almirante de pronto rompiendo el silencio del local vacío a excepción de ellos y un beodo somnoliento– *No supieron entender la importancia estratégica de controlar los pasos sobre el Crost.*

-*Muy cierto.*

-*Pensaron que podrían entrar aquí como hicieron en Suidae, pero cuánto se equivocaban. Resistimos bien, ¿verdad muchacho?*

-*Ya lo creo, almirante.*

Miles de personas murieron en los bombardeos durante el asedio.
Los Osos Blancos dieron por perdida la parte meridional de la ciudad y sólo defendieron la orilla fría. La orilla de los palacios y cuarteles.

-*Querían llegar a los invernaderos y robarnos nuestros recursos, pero no pudieron, no, les dimos donde más les dolía.* –su gesto apagado y triste cambia y su cara se ilumina- *Estrategia muchacho, estrategia. ¡Cómo se sorprendieron cuando entramos por Oriente atravesando el paso de*

Muridae! Pude verlos replegarse aterrados, intentando ir a defender su querida e infecta nación. Pero fue en vano. ¡Cómo les dimos!

El almirante toma aire y su pecho se hincha de orgullo. Su asistente asiente moviendo la cabeza muy rápido y con una sonrisa igualmente forzada.

-*Oiga, estuvo… ¿Estuvo usted allí?* –interrumpe bruscamente el borracho que parecía dormido, mientras agarra de un hombro al anciano militar.

El asistente separa la mano del beodo, del impecable uniforme blanco que luce el almirante, el cual tiene de nuevo el gesto largo y frío.

-*Pues no. No estuve. ¿Cómo iba a estarlo? Me debía a mis labores aquí, defendiendo los ministerios.*

-*Y… ¿Conoce a alguien que estuviera?*

-*¿A qué se deben estas preguntas?* –espeta el asistente.

Por la forma de vestir del hombre ebrio, cualquiera podría darse cuenta de que es un aristócrata. Uno de esos que viven para el alcohol como medicina a una existencia patética y sin ningún objetivo.

-*Pues…* -dice el almirante tratando de responder con la cortesía que corresponde a un oficial que habla con alguien importante, aunque este sea un borracho- *Personalmente no. Pero bueno, sí conozco a muchos de los que entraron en Himsa tras romperse las líneas enemigas. También a muchos de los que acabaron con la bolsa de Suidae cuando, al replegarse hacía la fortaleza estrellada, los cerramos por ambos flancos. ¡Y por El Gran Sol de Oriente si no he presenciado con mis propios ojos los juicios a los líderes himsain! Incluso he estado un par de veces allí. ¿Qué está sugiriendo, que es mentira?*

-*No… No almirante… Ni mucho menos. Es sólo qué…* - los parpados del hombre parecen tan pesados que ni con todo su empeño puede levantarlos- *Es sólo que nadie conoce a nadie que estuviera en esa unidad. La que… La que rompió las líneas, ya sabe.*

-*¡Es usted un necio!* –exclama el asistente.

-*Tranquilícese muchacho, no le hable así a este elegante señor.*

-*Gracias, almirante.* –dice el borracho con la lengua pesada y un gesto inefectivo de dignidad. –*Yo sólo digo lo que oigo por aquí y por allá.*

-*¿Y qué oye?*

-*Pues… Verá…* -acerca su boca al oído del almirante que le mira de reojo reticente- *Dicen que fueron Los Primeros. Los Primeros lo hicieron.*

-*¡Pamplinas!* –exclama el asistente que apenas puede contenerse ante alguien que considera inferior por la falta de control sobre sí mismo.

-*¡Qué sí! Es muy cierto. Ellos… Los Primeros ganaron esta guerra. Atravesaron las montañas de Oriente desde Tile y vinieron a liberarnos de esos bastardos.*

-*Pobre hombre.* –dice el almirante en voz baja mirando a sus asistente y apartando la cara del aliento etílico que desprende.- *Será mejor que no le sirva mas.* –finaliza dirigiéndose al camarero que a un par de metros de ellos limpia unos vasos mientras presencia furtivo toda la escena desde el principio.

Un encargo del Ministerio de Información entra en el café y se dirige directo hacia los únicos clientes del mismo.

-*Empiezo a hartarme de estas cosas.* –dice resoplando mientras deja en la barra una carpeta de cuero rojo.- *¿Ustedes lo ven normal?*

Nadie responde nada.

-*Yo sé lo que deberíamos hacer con todos estos niñatos. Sí, ya lo creo.* –prosigue el funcionario con su monologo- *En mis tiempo no podías estar ahí haciendo el holgazán, sin trabajar ni aportar nada a la sociedad. ¡Parásitos, eso es lo que son! Y además unos blandos.*- sorbe un trago del café arrebatado al camarero antes de que este pueda posarlo en el mármol.- *Pegarse un tiro, ¿a quién se le ocurre?*

Todos permanecen en silencio evitando mirar directamente al hombre. Sólo el almirante, guiado por su inquebrantable moral militar, le sostiene la vista pero sin mover un musculo.

-*En fin señores… ¿Almirante?* –dice cortésmente.- *Tengan buen día.*

El hombre sale tan apresurado y solitario como entró.

Parece acostumbrado a hablar solo, a sentir el vacío de aquellos que no se atreven a pronunciar palabra alguna en su presencia por miedo de que pueda volverse en su contra, pues todo lo que llega a oídos de alguien del Ministerio de Información, se convierte de inmediato en oficial.

-*Imaginen el titular que escribirá para mañana.* –dice el camarero dirigiéndose con mirada cómplice a los tres hombres- "*Un parásito menos del que preocuparse."*

Y a grandes rasgos así es.

Pero Rupa lo lee y ni se inmuta.
No le importa.
No piensa en ello. Y eso que él es uno de esos supuestos parásitos.

Sentado en el sofá de su pequeño piso en el barrio del puerto, ese mismo sofá donde hace no tanto se sentaron las tropas de Himsa cuando entraron y acamparon en la ciudad sin apenas oposición, allí mismo, con las manchas de barro de las botas de esos hombres aun visibles en la piel de reno que lo cubre, Rupa piensa en el mundo como algo que escapa a su control. Y no le importa. No le importa en absoluto.

Para él la vida se reduce a ganar dinero, mas del que necesita para vivir, pues le han dicho que cuanto más se tenga, tanto mejor, por supuesto tener sexo, y apoyar a su equipo en las competiciones de remo, el deporte nacional.

Pasa con desprecio las páginas del diario hasta llegar a la sección con los resultados de las carreras.

Masculla algo mientras arruga las hojas.

La puerta de la austera casa se abre a trompicones. Las tablas rotas por los soldados himsain durante la ocupación, han sido torpemente reparadas. La ausencia de madera y de un empleo para conseguirla, ha provocado que gran parte de los barrios de esa orilla luzcan empobrecidos, lejos de las épocas de esplendor de la capital.

Mayavi entra con un paquetito envuelto en papel grueso en sus manos.

-*He traído un poco de salmón.*

-*Genial, preciosa.* –dice él sin mucho énfasis, todavía meditabundo al respecto de las marcas de remo.

Ella va a la pequeña cocina y desenvuelve lo que ha de ser su almuerzo.

-*Mayavi, pequeña, ¿puedes creerlo?* –pronuncia él desde el sofá.- *Esos estúpidos lavrienses han vuelto a ponerse los primeros de la competición. ¿Por qué les dejaríamos participar? Con lo bien que estaban en su rincón del mundo con sus poemas y sus…*

Los labios de Mayavi se posan sobre los de él que no puede terminar la frase.

-*Siempre estás con lo mismo.* –dice ella mientras le acaricia y huele el pelo- *Además, no sé de qué te extrañas. ¿Sabes que eran grandes navegantes?*

-*¿Cómo? Si no tenían barcos.*

-*¡Claro que tenían!*

-*Te digo que no. ¿De dónde iban a sacarlos?*

-*Tenían tablas y navegaban sobre ellas por las olas.*

Rupa suelta una amplia y ofensiva carcajada.

-*No me hagas reír. ¿Tablas?*

-*Sí. Algunos dicen que llegaron hasta Dosha.*

-*¿Hasta Dosha? ¡Qué tontería!Nadie sería tan estúpido de ir a Dosha. A Shuddi quizá. Pero a Dosha… ¿Quién querría conocer el lugar donde descansan las almas de los condenados?* –un escalofrío le agita- *Además, si nosotros no lo hemos hecho, nadie lo puede hacer.*

-*Yo sólo digo lo que he oído.* –sentencia ella separando su rostro de la cabeza de Rupa y dándole un gracioso golpecillo con el dedo en la nariz mientras regresa hacia el salmón moviendo exageradamente las caderas.

-*No tienes ni idea de deportes. No hay nadie mejor que Los Osos. ¡Nadie mejor que Los Osos Verdinegros!*

Rupa se levanta y coge la bufanda mitad verde mitad negra que Mayavi le tejió hace tiempo. Se la pone y agitándola en el aire hace un baile cómico para ella, que ríe en una mezcla de vergüenza ajena y excitación.

Algunas veces él convence a Mayavi para que se la ponga cuando se acuestan, logrando fusionar así sus mayores intereses en la vida.

Ella comienza a cocinar el salmón y él lo termina mientras se cambian puestos y la muchacha lee el periódico.

Mayavi gruñe enfurecida, pero en su caso no es por ningún equipo de remo, si no por la vida de un joven que se va.

Otro más.

-*¡Parásitos! ¡Eso es lo que somos para ellos!*

Rupa sirve la comida en un plato de barro desgastado sin decir nada.

-*No se dan cuenta de que si estamos así es por su culpa. ¡Este es el mundo que nos han legado! Era su responsabilidad mejorar las cosas… Que digo mejorar, simplemente mantener todo tal y como nuestros abuelos, sus padres, las habían dejado. No era tan difícil.* –las venas de su cuello están hinchadas y el sudor resbala por su frente- *Y ahora nosotros que dejamos de ser niños, nosotros que nos lo encontramos así… ¿Ahora somos nosotros los responsables de no tener un futuro?*

-*Mayavi, la mesa está servida, pequeña.*

Ella le mira desde el sofá.

-*Ni un presente.* –sentencia muy bajito para sí misma mientras deja el periódico sobre la piel de reno que tantas cosas ha visto.

-*¿Dónde has aprendido esas cosas, pequeña?*

-*¿Por qué lo dices? Yo siempre he sido muy comprometida.*

-*Últimamente dices cosas muy raras sobre responsabilidades e historias. Eso que acabas de decir seguro que se lo has oído a alguien.*

Mayavi come partiendo diminutos trozos del pequeño salmón compartido para alargar el almuerzo y dejar que Rupa coma más.

-*Estoy aprendiendo mucho en la facultad.* –dice muy seria.

Un nuevo día amanece y un nuevo titular en el diario nacional crostio: Se ofertan viviendas en las tierras conquistadas de Himsa, ante la necesidad de nuevos colonos.

Rupa lo lee, esta vez con más atención, debido a que no tiene otra cosa mejor que hacer mientras espera a que Mayavi salga de una conferencia en la universidad, y evita así tener que saludar o hablar con algún molesto estudiante o amigo de su novia.

De vez en cuando levanta la vista de las delgadas hojas de papel y observa a las jóvenes universitarias entrando y saliendo del regio edificio.

"¿Dónde están estas chicas tan guapas normalmente? ¿Por qué sólo las veo aquí? ¿Cómo es que no hay ninguna nunca por la calle o en los cafés? ¿Las tendrán guardadas con celo en sus casas? ¿Quizá en vitrinas en algún secreto sótano?"

Él hace tiempo que se licenció y el ambiente intelectual le resulta desagradable.

Siempre ha tenido desprecio por los que saben más que él. El mismo desprecio que sienten tantos otros cuando se saben inferiores.

Apoyado en el muro del edificio de tiendas frente a la facultad, puede ver bien la entrada con la gran puerta de metal abierta de par en par que da al amplio patio por el que de pronto es escupida una masa informe de cuerpos que se deslizan hacia él, transportando consigo un creciente estruendo.

Reconoce a Mayavi entre su sequito de amigas.

En su cabeza sólo está el deseo de verla despedirse de ellas y poder marcharse solos y tranquilos.

Pero eso no sucede.

-*¿Rupa, te acuerdas de mis compañeras?*

-*Sí, claro.* –dice él mirando para otro lado.

-*Hola Rupa. ¿Qué haces tú por aquí?* –pregunta una de las amigas de Mayavi.

Él sigue esquivo tratando de no establecer siquiera contacto visual.

-*Hemos hablado de ir a un café donde estará el chico que ha dado la conferencia. Podremos conocerle y hablar con él cara a cara.* –añade la chica.

Mayavi se da cuenta de que a su novio no le hace ninguna gracia el plan, pero insiste.

-*¡Tendrías que haber venido, ha sido increíble! Ese tal… Vlin… Eso, Vlin. Ese tal Vlin es una persona increíble. Nos ha motivado muchísimo a todos. Ha sido un gran mitin.*

La última palabra hace reaccionar a Rupa.

-*¿Mitin? Espera. ¿No me dijiste que era una conferencia?*

-*Sí. Conferencia... Mitin... ¿Qué más da?*

-*No es lo mismo. Mitin es política. Eso es peligroso Mayavi.*

Las amigas de ella se dan cuenta de que sobran.

-*Bueno, nosotras nos vamos al café.* –dicen- *Si te animas allí nos vemos.*

Mayavi hace un gesto de resignación a sus compañeras y se despide de ellas levantando la mano tristemente.
El grupito se aleja en dirección a las callejuelas del barrio meridional tras la Universidad, lo que antes fueran los suburbios más oscuros y exotéricos de Thalarctos, convertidos ahora en lugares de moda para reuniones y tertulias de los estudiantes más inquietos.

-*Eres idiota.* –pronuncia ella dándole la espalda pero sin moverse del sitio.

-*Venga, tonta, sabes que lo digo por nosotros. No quiero que te detengan. ¿Qué haría yo sin ti?*

-*Nada.* –dice una chica muy bajita y de labios muy gruesos y negros que ha aparecido junto al hombro de Rupa sin hacer ningún ruido.

-*¡Ey!* –exclama Mayavi mientras abraza a la chica efusivamente.

-*¿Interrumpo? ¿Qué es toda esa palabrería romanticona? ¡No te me habrás vuelto un blandengue, Rupa!* –dice dando saltitos y poniendo los puños en posición de lucha.

Él no sabe bien que decir y simplemente sonríe como un idiota.

-*Joder, siempre me disteis mucha envidia.*

-*¡No!* –dice Mayavi poniendo morritos- *¿Por qué dices eso?*

-*Siempre fuisteis la pareja perfecta, la obra perfecta.* –habla con una gran sonrisa y sus ojos se mueven deprisa desprendiendo un brillo de admiración intimidante- *Vuestros hijos serían los niños más guapos, listos y fuertes del Gran Continente. La envidia de los demás Osos.*

-*¡Calla no seas así!* –dice Mayavi dándole un golpecito en el hombro.

-*Lo digo enserio.*

Rupa sigue sonriendo sin saber que decir.

-*Te he estado observando antes.* –dice acercándose mucho a él con una mirada que pasa de la admiración a la fiereza del incontrolado deseo sexual.

-*¿Sí?* –dice con miedo él.

-*Sí. Estabas ahí disimulando con el periódico, pero yo te he visto todo el rato.*

Una idea horrible recorre la mente de Rupa.

"¿Irá a decirle a Mayavi que estaba mirando a otras chicas?"

Pero la amiga no dice nada.

Sin volver a mirar a Mayavi se aleja sonriente y antes de romper el contacto visual con él, le guiña un ojo.

-*Que… Que chica más rara. ¿No?*

-Está un poco loca. Sus antepasados fueron aristócratas según dicen. Algo horrible debieron hacer para dejar de serlo.

Él todavía con el susto en el cuerpo se limita a cogerla de la mano y arrastrarla en dirección al barrio del puerto.

-¿No quieres entonces que vayamos al café a conocer a ese Vlin? Te aseguro que es muy interesante. Os caeríais muy bien.

-Estoy cansado, vamos a casa. –dice él mientras piensa en lo absurdo del comentario de ella.

Cae la noche y tras demostrarse su amor de la manera en que el reembolso es inmediato, Rupa rememora una y otra vez las palabras de la amiga loca de Mayavi.

"La obra perfecta."

Piensa en los hijos. Piensa en vivir siempre juntos. Piensa en todas esas otras chicas con las que nunca yacerá. Todas las que no le acariciaran el pelo como ella lo hace. Todo lo que va a perderse. La mirada picara de la amiga loca indicándole que sabe que él sería capaz de darle algo que se supone que debería ser sólo para su Mayavi.

Quiere dormirse y al despertarse cuando salga el Sol, poder ir a trabajar, y volver a casa con dinero, y poder vivir normal. Con un horario. Un sentido.

Amanece y sigue en vela pero no le importa porque nada tiene que hacer hoy.

"Dormiré por la tarde."

Hace dos años que perdió su empleo en el mar.
Ella tampoco trabaja, pero pronto acabará sus estudios y podrá ingresar en el servicio de un hotel o de un ministerio.

"Eso sí que es una carrera. Debí haberme hecho mayordomo. Para servir a Los Osos siempre hay demanda."

Y es que en Thalarctos, todos los ciudadanos tienen un título universitario. La gente del servicio es educada concienzudamente para ser los perfectos camareros, cocineros, amas de llaves, metres o peluqueros. Todos son profesionales. Todos pertenecen a un gremio.

Las gentes de provincias tienen títulos menores, como los cazadores, taberneros o los guardias de mantenimiento de caminos y vías.

Los únicos sin estudios se encuentran en los invernaderos de Septentrión. Pero de esos poco se sabe, excepto cuando esporádicamente aparecen en los cabarets para emborracharse y volver a desaparecer.

Los aristócratas estudian en instituciones de La Dirección, donde aprenden mejor que nadie las liturgias de Los Osos Blancos del Crost, y luego algunos se vuelven oficiales, mientras que otros se dedican a la fiesta.

Hasta ahora siempre ha habido un perfecto control de qué rol desempeña cada uno en la sociedad y se han asegurado de que todos conozcan e interpreten bien su papel.

Incluso los vagabundos parecen haber sido puestos a propósito para dar vida a ciertos lugares.

Pero por lo que a él respecta, nada de eso importa. Estudió Náutica, y ya no hay barcos para tanto tripulante.

Sin embargo mis aguas están repletas de peces, pero Rupa y los suyos están atrapados en tierra, sin poder encontrarse los unos con los otros.

Y los peces están tristes.
Vivirán un día más, pero saben que no podrán dar vida a nadie.

-*Esos bastardos… ¿Quién iba a imaginar que tendrían una flota, pequeña, pero flota al fin y al cabo, y nos hundirían nuestros barcos? ¡Nuestros lugares de trabajo!*

-*Sí, pero nosotros hundimos todos los suyos.*

-*¡A mí lo único que me importa es que tenemos que esperar a que crezcan más árboles para volver a construir lo que perdimos! Ellos ya no están y nosotros seguimos aquí muriéndonos de hambre.*

La conversación en la taberna del puerto es tan densa y violenta como de costumbre.

-*¿De dónde sacaron ellos la madera? Dicen que Himsa es un páramo. Un trozo de hielo seco.*

Es habitual que en lugares sombríos como este, repletos de hombres que ven como el mundo en el creían se desvanece, se formulen preguntas complicadas que nadie sabe responder y que dan mucho en que pensar.
Por suerte los silencios incómodos se mitigan con canciones marineras.

Rupa levanta su jarra de hidromiel mientras canta una vieja tonada sobre la isla de Agni, la marca del fin del mundo.

En la mesa de al lado alguien golpea el puño contra la tabla de madera y hace saltar el líquido de las copas.
Dos lavrienses discuten con tres veteranos de guerra.

-*Vosotros, Los Osos Blancos, salvasteis al mundo de esos…*

-*¡Ni los nombres!* –corta tajante uno de los soldados.

-*No los nombro.* –continúa el refugiado de Lavria más joven, y en un estado de considerable ebriedad.- *Pero se lo tenían merecido. Siempre fueron ellos los que atacaron. Siempre los que quisieron ser los únicos y dominar al resto.*

-*Bien dices.* –reconoce orgulloso el veterano combatiente.

-*Sí, bien digo, pero dicho esto… ¿Qué pasa con nosotros? ¿Cuándo nos devolveréis nuestra tierra?*

El chico habla con un tono desafiante más propio de un crostio que de alguien natural de Lavria.

A juzgar por su aspecto, con ropas elegantes sin llegar a ostentosas, pero desde luego impropias de la humildad que caracteriza a su tierra, y los labios negros tradicionales de los que se consideran descendientes de Los Primeros, se puede deducir que el joven se crió a buen seguro en Thalarctos.

Rupa observa al acompañante del muchacho, apenas mayor que este, mas, en su rostro sereno y despejado se puede intuir una profunda sabiduría, esa que suele verse en los viejos y que rara vez es reconocida en los jóvenes.
Lleva media melena greñuda, una larga trenza formada con los pelos que brotan de su barbilla, y la camisa negra con gruesos pantalones grises típicos de los oriundos de Lavria.

Se pregunta como un montaraz como ese habrá conseguido asilo en Thalarctos.

"El muchacho es sin duda de buena familia. Seguramente hijo de un artista provechoso para La Dirección. Un arquitecto… Un médico quizá. ¿Pero el otro, sin embargo…?"

Sabe que en Lavria todos son considerados igual de importantes. No hay distinción pues cada uno cumple un papel necesario.
También sabe que aquí no.

Por ello permanece con el cuerpo medio girado en la silla, esforzándose por filtrar el ruido de la agitada taberna y enterarse de qué hace tan peculiar pareja aquí.

-*Mira, chico,* –dice uno de los veteranos con la lengua adormilada por el hidromiel- *nosotros hicimos nuestra parte. Eso es lo único que importa. Haber defendido lo vuestro.*

El joven lavriense se levanta de un salto y permanece ante ellos encabritado y con la respiración agitada.

La mano de su paisano de camisa negra se posa sobre su hombro y con suavidad lo empuja hacia abajo hasta sentarlo de nuevo.

-*¿Crees que os vamos a dar gratis lo que hace tiempo perdisteis vosotros solitos?* –interviene otro de los veteranos que hasta ahora no había dicho nada.

Los soldados se miran entre ellos y ríen tranquilos como sólo lo hacen los que no respetan al oponente dispuesto frente a ellos.

El muchacho aprieta los puños y su rostro se hincha y enrojece.

Rupa sostiene su jarra con fuerza y asienta bien los pies en el suelo para poder apartarse con soltura cuando estalle la inminente refriega en la mesa de al lado.

Pero la mano del paisano lavriense de nuevo.

-*Tranquilo, compañero, recuerda el dicho antiguo: Dentro de setecientos años el laurel de nuevo habrá florecido.*

Todos quedan en silencio.

Las palabras del hombre de la camisa negra desconciertan a los soldados, y tranquilizan a su exaltado compañero que, como reconfigurado por las mismas, cambia totalmente de actitud.

-*Sí, ciertamente.* –responde el joven con un tono y un gesto hasta ahora inimaginables en él.- *Permítanme señores que les invite a esta ronda por las molestias causadas. ¡Beban! ¡Beban a gusto! Pues bien lo necesitan.*

Los veteranos lo celebran mientras la pareja lavriense se marcha dejando una moneda tras de sí.

Rupa vuelve a sus asuntos un poco decepcionado por el pacifico desenlace.

La noche avanza deprisa y el local se va vaciando, pero él sabe que no podrá dormir aun.

Las últimas horas bajo la luna son siempre las peores, cuando por alguna extraña razón, las defensas están más bajas y se filtran los miedos y las preocupaciones.

-*¿Cómo hemos acabado así? ¿Qué ha sido de la poderosa civilización que éramos? Hemos ganado la guerra. Hemos aplastado a todos nuestros enemigos. Entonces, ¿cómo hemos acabado así? ¿Por qué éramos más poderosos cuando teníamos enemigos, que ahora que poseemos todo? ¿Cómo hemos acabado así?*

Se puede sentir la desesperación en las preguntas del curtido marinero de larga y canosa barba, que sigue lamentándose mientras Rupa paga sus drogas.

Mientras va hacia la puerta, acierta a escuchar las palabras que un taciturno parroquiano dirige al de la barba blanca.

-Amigo mío, cuando se nos acaban los enemigos fuera, empezamos a luchar con los de dentro. Así hasta que ya no queda nadie más que uno sólo. Y ése uno luego lucha consigo mismo hasta volverse loco.

Sin prestar atención abandona el agujero en dirección a la cama que Mayavi lleva horas calentando.

"¿En esto me he convertido, en un borracho, un desecho que no sirve para nada? Supongo que es lo que piensan todos los borrachos. Deben preguntarse si ellos están tan mal como los otros borrachos. Seguro que siempre se consuelan pensando en que otro está aún peor. Así somos los hombres."

Así son.

Pero pueden no serlo.

Aunque no lo saben.

O no lo quieren saber.

Mayavi se despierta cuando él se acuesta.
En el salón, junto al sofá que tanto ha visto, una pila de periódicos viejos. Todos están doblados por la sección donde se anuncian los resultados deportivos.

Remo. Alcohol. Remo. Malas caras. Gruñidos. Alcohol. Droga.

Ella está preocupada. Quiere motivarle. Quiere que vuelva a ser el mismo que era. El Rupa de antes de la guerra. El que pensaba que había un futuro para ellos. Un futuro para alguien como ellos.

Un futuro.

Cuando Rupa vuelve en sí es la hora del almuerzo y Mayavi no está. Tampoco hay nada que comer, asique pasa la tarde acurrucado en posición fetal en el sofá, cubriendo su cabeza con la bufanda verdinegra, y temblando de impotencia por no tener nada de provecho que hacer.

Los días no son nada para él. Sólo el intermedio entre taberna y taberna. Algo que se niega. Algo que todas las noches decide dejar atrás.

En vano.

Mayavi regresa y discuten sin decirse nada.

Sale a la calle y pasa por delante del amarre vacío donde antes atracaba su barco.

"Dos años sin nada". Piensa.

Dos años que parecen dos vidas.

Se deja caer sobre un banco del paseo marítimo.
Frente a él, el Sol se deshace en el horizonte.
Permanece vacío en esa posición, casi vegetativo.

Antes del alba, el sonido de los cubos de metal de los pescadores de caña posándose sobre la madera y los sedales cortando el viento en busca de las bocas desprevenidas de los sonrientes peces.
Abre un ojo.

"¿Me he quedado dormido?"

Así es. Y antes de responderse a sí mismo vuelve a hacerlo.

Hay algo en él que le mantiene pegado a ese banco.

Quizá el recuerdo de su antigua embarcación, ahora en algún profundo lugar bajo aquello que llaman Mar Oscuro.
Quizá la vergüenza de volver a casa sin nada.
Quizá otra cosa.

Ahora, con los rayos del Sol pegando directos sobre él, es el correteo y las risas de los niños pequeños lo que le devuelve al banco.

Se incorpora y aun aturdido observa un montón de cuerpecitos agitándose a su alrededor.

Un joven maestro explica algo sobre la importancia de mis aguas.
Los alumnos más atentos forman un círculo alrededor de su mentor y no pierden detalle. El resto sencillamente se divierte yendo de un lado a otro del paseo entre juegos y bromas.

Se pasa la mano por el rostro y siente como raspa la incipiente barba. Sus cabellos están revueltos y tiesos.
Piensa que está contaminado, que ha perdido la inocencia. La pureza.

Envidia a esos niños, pero no por su juventud, no por que tengan aun toda la vida por delante ni porque todavía no hayan cometido los errores que él ha cometido, no, los envidia porque ellos aún pueden ver las cosas de forma sencilla y humilde.

-*Hola, ¿puedo sentarme?* –dice una niña vestida con camisa blanca y brazalete verde.

-*Sí… Claro.*

Rupa observa a la chiquilla que muy solemne abre un librito y echándose la melena sobre los hombros con gran seriedad, comienza a leer.

Sorprendido por ver a una personita tan pequeña interesándose en la lectura, trata de recordar la última vez que él hizo lo propio, siendo incapaz de rememorarlo, y mucho menos de imaginarse a sí mismo a esa edad haciendo algo así.

Mira a los otros que corretean dando patadas al aire y sabe que él sería uno de esos. Pero esos no le resultan nada interesantes ahora.

-*¿Qué lees?* –pregunta.

Sus propias palabras le resultan ridículas y siente por un momento que es él el niño pequeño que pregunta al adulto.

-*¿Quieres que te lo lea?* –dice la niña con una mirada tan profunda que hace temblar a Rupa.- *Me lo sé de memoria, es mi favorito.*

-*Bueno…* -responde.

Pero en realidad está pensando qué narices hace ahí hablando con una niñita sobre cuentos en vez de ir a ganarse la vida para poder estar con Mayavi.

La joven alumna se aclara la voz, y sentada a su lado, moviendo las piernas en el aire, pasa las paginas hacia atrás hasta llegar a la primera.

-Le pusieron ante una gran cúpula de cristal llena de fina arena. Le dijeron que bajara por unas escalerillas hasta una entrada en el cristal. Así lo hizo. Luego le explicaron que debía meter su cuerpo dentro de la arena. Con los ojos cerrados y sin respirar, avanzaría por la arena en línea recta hasta el otro extremo de la cúpula. Allí le recibirían todos sus sueños. Todo lo que siempre había ansiado. "Camina recto y nunca lo hagas de lado, pues si chocas contra el cristal lo romperás y toda la cúpula y su contenido se derramará." La portezuela de salida era su única opción. Examinó un instante la entrada. Sus dimensiones y forma. Tendría que encontrarla a ciegas al final del camino. Asintió sabiendo lo que debía hacer pero en verdad sin saber nada. Al entrar en la arena sintió su suavidad casi liquida. Podía moverse despacio desplazándola con el esfuerzo de sus miembros. Poco a poco avanzaba, pero tan lento en comparación como cuando estaba fuera, y en tal soledad, que empezó a escuchar con más intensidad sus propias palabras. En la oscuridad de la arena pronto aprendió a escuchar el movimiento de cada grano cambiado de posición y envolviéndole todo el rato. Asumió la nueva dimensión como la única que ya conocía. La idea de la puerta de salida tornó en algo oscuro y terrorífico. "¿Seré capaz de andar fuera de la arena?" se decía. Entonces percibió algo extraño. Se detuvo y un cosquilleo recorrió todo su cuerpo. La arena se movía, pero no por su acción, si no por algo que escapaba a su control. Giró la cabeza para tratar de poner atención en lo que sucedía, pero al hacerlo el cosquilleo cesó. Todo quedó en calma. Después de largo tiempo así, trató de estirar un brazo al frente. Su extremidad

muy despacio iba dejando tras de sí un hueco en la arena que inmediatamente se rellenaba. Con el cuerpo rígido y el brazo ante este, alargó el dedo índice lentamente. De pronto un algo blando que no era arena pudo percibir tocando con su yema. Le recorrió un escalofrío y luego se retorció. Eso que tocaba también se agitó y todo a su alrededor se volvió un remolino. Sentía como los granos cambiaban de posiciones uno a uno, diminutos, pero tan rápido que toda la masa se desplazaba impidiendo algunos de sus movimientos y acelerando otros. Dudó de si darse la vuelta y huir por la entrada, pero pensó que estaría cerrada, y mientras lo hacía, empujado por la corriente de arena en movimiento, su cuerpo entero chocó con ese otro cuerpo que apenas había tocado con la punta del dedo. Enseguida comprendió: Era otra persona. Podía sentir su calor. Sin poder verse ni decirse nada, buscó con sus manos los brazos del otro cuerpo. Al hacerlo descendió buscando sus manos, pero la otra persona también se movía, y aunque ya habiéndose disipado el pánico, no lograban ponerse de acuerdo. Tras unos instantes en los que su corazón latió tan deprisa que tuvo la seguridad de que el otro ser lo oiría, sus dedos se encontraron y entrelazaron. Así, muy quietos, les invadió una cálida calma. Podría decirse que con ese sencillo gesto, en medio de la oscuridad de la arena, sus almas se unieron como si se conocieran. "Aquí estoy" se decían sin pronunciar palabra alguna. Pensó luego que lo mejor sería seguir juntos el camino, así podrían apoyarse aunque sólo fuera unidos de aquella manera. Comenzó a moverse de frente con la acostumbrada dificultad hacia la salida. La otra persona pareció entenderlo e hizo lo propio pero en la dirección opuesta. Sus brazos se fueron alejando hasta separarse de nuevo. Esas personas quisieron viajar juntas, pero lo que para uno era la entrada, para otro era la meta. Así sus lágrimas mojaron por primera vez la arena, formando un barro que le hacía mucho daño. Quedaron sus ojos rojos y arañados, pues por ellos entró el fango que formaba el mundo. Continuó su camino tratando de no perder el rumbo. Muchas veces pensó que todo daba igual, que era mentira que hubiera un final. Pero de nuevo sintió el calor que una vez sintiera; otro cuerpo como el suyo había en la arena. Esta vez no tuvo miedo, se lanzó abriendo los brazos, y al querer tocar su rostro con todo el amor en ello, se revolvió el otro cuerpo y le mordió los dedos. Luego sintió como se queda en soledad de nuevo. Quiso saber cuánto faltaría hasta llegar a sus sueños, y es que sentía que cada vez sobre sus hombros había más arena. "Avanzar. Avanzar. Avanzar. Avanzar." Eso era en lo único en que podía pensar. Más de una vez creyó tocar la puerta. Pero no era más que su mente traicionera. Entonces su cuerpo entero se cubrió de sudor. Un calor como nunca había sentido se le acercó. Quedó flotando en un lodo liberador. Ya no luchaba para levantar cada grano de arena, si no que nadaba derritiendo todo a su alrededor. Persiguió ese calor y cuando finalmente lo encontró, supo que emanaba del cuerpo de su otro yo.
Se besaron flotando y sin importar nada ya, ni la cúpula, ni la arena, ni los sueños del exterior. Se agarraron fuerte y fueron de lado, hasta tocar el extremo del cristal anunciado. Sujetando la mano de aquello con lo que siempre había soñado, lanzó fuerte su pierna hasta bien quebrarlo. Un enorme chasquido y luego la fuerza de la arena empujando tras sus cuerpos. Escapando de la cúpula. Vaciándola por completo. Cuando despertaron estaban sobre un gran montículo de tierra bajo la cúpula. Unidos ahora más fuerte que nunca, pudieron ver transparente aquello contra lo que habían luchado. Sólo arena y cristal. Eso era lo que les había atrapado.

Rupa queda en silencio.
La niña le mira, sonriente por vez primera.

-*¿Te ha gustado?*

No sabe que decir.

-*Si… Mucho.*

Se siente terriblemente estúpido.

La niña levanta los hombros e inclina la cabeza con los ojos cerrados y un gesto de satisfacción, y sin más, se aleja dando saltitos junto a sus compañeros.

Por un momento observa todos esos cuerpecitos y sólo puede ver una masa blanca con pequeñas y bailarinas líneas de un verde muy brillante.

"¿Habré sido tonto siempre? ¿Hubo algún momento en que mi inteligencia se detuvo, y mi cuerpo ha crecido por fuera pero no por dentro? ¿Soy un niño atrapado en el cuerpo de un hombre? Y, sin embargo, si es cierto que soy un niño, sólo tengo lo malo de los niños, porque lo bueno lo he perdido. El hombre ha corrompido al niño. Y lo que queda del niño hace un ignorante al hombre."

El maestro reúne a la clase y con rápidos movimientos e indicaciones con sus manos, los organiza en una fila que se aleja alegremente del puerto.

Puede oírles cantando una canción escolar mientras se queda sólo con el fantasma de la flota marítima que ya no está, del Rupa que ya no existe.

Llega a casa al medio día y Mayavi ha preparado sopas de ajo.

Mientras revuelve la cuchara entre el pan mojado y el huevo hecho en el propio caldo, Rupa se da cuenta de que no sabe qué decir. Es como si tuviera miles de cosas que sacar fuera, miles de sentimientos para ella, pero es más intenso el miedo de hacerlo. De hacerlo y estallar. De romperse del todo y nunca recuperarse.

Mayavi le observa desde el otro lado de la sencilla mesa. Lleva tiempo pensando en alejarlo de allí.

-*¡Vayámonos a Himsa!*

-*¿Qué?* –exclama él mientras las palabras de ella le arrancan súbitamente de las garras de la autoflagelación emocional.

-*Lo que oyes. Están buscando colonos. Dan créditos y facilidades para los que se vayan a vivir a allí.*

-*Pero…*

-*Aquí no hacemos nada, Rupa.*

Él baja la vista sobre el tazón humeante de su almuerzo, como el infante incomodo que trata de escapar de una situación fingiendo que no la ve.

-*Pronto no podremos ni pagar el alquiler de esta madriguera.* –prosigue ella.

-*Pero… ¿Y tú carrera? ¿Vas a renunciar a emplearte en uno de los grandes hoteles de la orilla fría?*

-*En la antigua Himsa también hay hoteles. Están construyendo muchas cosas.*

-*Pero no es lo mismo. Aquí está la gente poderosa.*

-*¿Y qué importa? ¿Acaso has conocido alguna vez a alguno de esos tan poderosos? Allí podemos ser alguien, Rupa.*

Él, al igual que otros tantos, siente sin saberlo un apego a esos mandamases, como si estando cerca de ellos fuera a pegársele parte de esa grandeza que lucen. Como si eso le acercara a un mundo del que reniega en la taberna y ansía en la cama.

Se acerca a la polvorienta ventana y mirando hacia la derecha ve parte de la fachada del hotel Gran Sol de Oriente. Imagina el lujo, las fiestas, las orgías, todo lo que ese edificio representa para él y que no conoce. Todo eso que posiblemente nunca conocerá.

Para alguien de Thalarctos emigrar a Muridae, Suidae, o a cualquier parte del gran continente, es perder categoría. A pesar del paro, el hambre, la incipiente sensación de degradación de los valores y la depresión generalizada, todos los capitalinos se reconfortan al pensar que son ciudadanos de primera clase en comparación con los de fuera.

"Y al fin y al cabo, fueron aquellos que salieron de Muridae los que nos salvaron en la guerra…"

-*¿Quién hubiera dicho que iban a ser esas ratas cobardes las que iban a romper las líneas enemigas de la forma que lo hicieron?* –dice Rupa al botones himsain que les guía por un horrible pasillo de paredes, suelos y techos rojos hasta su habitación.

El hombre es muy anciano para ser botones. Apenas gesticula, como si sus músculos se hubieran rendido ya, y le cuesta poner un pie delante de otro.

Rupa parece no darse cuenta de que "el enemigo" al que se refiere, es ese mismo botones y los suyos.

Y es que es la primera vez que sale de Thalarctos, al menos en lo que respecta a tierra adentro, y cualquiera podría calificarlo rápidamente como un pobre paleto.

-*Yo soy medio Cristino, ¿sabe?* –vuelve a decir el anciano como ya dijo hace un instante en el ascensor.- *Me gusta mucho Crostia. Tierra muy bonita. La mejor.*

Sus palabras pretenden alagar a los que ahora gobiernan sobre ellos, tratando de mostrar cierta fraternidad, pero su tono de voz no podría ser más falso y hastiado.

-*Merecían ganar la guerra, ya lo creo.* –repite palabra por palabra lo dicho mientras salían del ascensor.

Al parecer el hombre tiene una serie de frases preparadas y las repite secuencialmente sin pensar ni escuchar demasiado.

-*Si…* -dice Rupa mirando de reojo a Mayavi preguntándose si el hombre está medio sordo o medio loco, y hesitando sobre si repetir también su propia respuesta– *Esas ratas…*

-*¿Qué ratas? Aquí no hay ratas, señor. Esta es una casa muy decente.* –dice el hombre sorprendido y sin enterarse de nada.

-*No, no. Pretendía referirme a los habitantes de Muridae.*

-*¿Ratas?*

-*Así los llamamos.*

-*Curioso, señor.* –dice retomando su escandaloso desinterés.

-*Ellos nos salvaron.*

El anciano abre la puerta de la pintoresca alcoba.

-*Las ratas no les salvaron, señor, fueron las mujeres quienes lo hicieron. Por ellas están hoy aquí.*

-*¿Qué dice? ¿A qué se refiere?*

-*Disfrute de su estancia.* –dice dejando el equipaje sobre la cama.– *Y cuide de sus mujeres.*

De un portazo la habitación queda en un pesado y deprimente silencio. Es como si allí no hubiera atmosfera alguna. Sólo un vacío agobiante.

Las camas son viejas y feas. Las paredes rojas.

No hay cuadros. Ni sillas. Ni mesa. Ni armario.

Sólo las camas y un biombo.

Bajo sus pies algo que no habían visto nunca: Una alfombra de hilo.

Rupa se descalza y la recorre analizándola y sintiéndola bajo sus pies.

-*Sabes que ese viejo podría volver en cualquier momento en mitad de la noche y acuchillarnos, ¿no?*

-*¡Calla tonta! ¡No digas esas cosas!*

-*¿Por qué crees que habrá dicho todo eso de cuidar a las mujeres?*

-*Es un pobre tarado. No olvides que es un himsain.*

-*No me gusta tratar con ellos, aunque queden pocos y bien atados. Son gente muy rara. Si no fuera por La Dirección, dudo que existiera este hotel. Seguro que esto antes era otra cosa, no sé el qué, pero aquí no saben nada del buen servicio.*

Rupa percibe en Mayavi un desprecio hasta ahora desconocido en ella. Piensa que al tratarse de su sector laboral, encontrarse con algo desastroso como este hotelucho pueda afectarle de forma personal.
Eso le enorgullece.

"Mi chica es toda una profesional".

-*Hoy iremos a visitar la ciudad.* –dice ella mientras se desnuda.

-*Lo que queda de la ciudad, dirás.*

-*Deberían derruirlo todo y volver a construir cubriendo toda huella del pasado. Estas gentes son barbaros con un gusto atroz. ¡Mira que paredes! ¿Y eso que hay en el suelo…? ¡Horrible!*

Una carcajada escapa de lo más profundo de Rupa.
Tumbado en la cama, estirado y con los brazos tras la cabeza, la observa mientras sus parpados tratan de cerrarse e impedirle ver el hermoso cuerpo de ella, iluminado por los rayos del Sol de la tarde del lugar que tanto tiempo estuvo vetado para los hijos de Los Osos.

Se despierta cuando aún es de noche pero tan cerca del alba que puede sentir el frescor del nuevo día.

Ha dormido muchas horas.

Cayó rendido de cansancio tras el largo viaje en el lento convoy organizado bajo la escolta constante de Los Osos Blancos del Crost de la misión colonial.

Estira los músculos aun sobre el colchón de mullida lana hasta quedar retorcido en una posición que le hace parecer la rama de un árbol mas que un hombre.

Observa la estancia y no sabe bien donde está.

"Qué lugar tan feo."

Siente la atmosfera carente de ruido ambiente. Piensa que sus oídos deben estar taponados, pero no es así.

Inhala los restos de la vela consumida que en algún momento, mientras él dormía, debió iluminar la estancia.

A su lado Mayavi duerme dándole la espalda.

Se viste y cargado de energía matinal sale al pasillo.

Silencio.

No hay movimiento.

Va directo al cuarto de baño que se encuentra al fondo, junto al ascensor y las escaleras.

Abre la puerta con cuidado pero no hay nadie dentro.

Deja su neceser en una balda mientras vierte en la palangana de cerámica uno de los jarros de agua que hay dispuestos para tal empresa.

Se mira al espejo.

Sus labios están manchados de negro. El maquillaje está corrido y le confiere un aspecto decadente.

Por un momento piensa en algo que ya ha sucedido otras veces: Después de besarse durante horas con Mayavi, los labios pintados de esta acababan por transferir los pigmentos oscuros a los suyos. Pero, Mayavi rara vez se maquilla. A ella no le gustan esas formalidades. Sólo en ocasiones especiales lo ha hecho, y además, anoche no se besaron. Ni siquiera la vio después de tumbarse para reponerse del viaje.

Trata de sacar el negro de su boca, pero la pintura de labios es muy resistente.

Alguien toca a la puerta y Rupa sigue afanándose en recuperar un aspecto decente.

Sale del aseo blasfemando sobre el hecho de que en Himsa no tengan agua corriente y apenas conozcan la electricidad.

-*Lo primero que ha hecho La Dirección ha sido extender la red eléctrica por todo el territorio. ¿Puedes creer que estas bárbaras gentes vivían sin ella? Que absurdo. Menos mal que hemos llegado nosotros para traerles la civilización. De todas formas no te preocupes, las nuevas viviendas de la colonia están perfectamente equipadas.* –dice Mayavi mientras desayunan en el comedor del hotel.

Rupa no responde nada y se concentra en disfrutar de los huevos con queso de oveja que hay en su plato.

Está satisfecho tras haberse quejado largo rato en la habitación mientras despertaba a Mayavi enfurecido por no haber sido capaz de limpiarse bien la cara con el agua fría.
Pero ahora eso no le importa. Mañana volverá a preocuparse de nuevo al encontrarse de cruces con la misma situación.

Su novia sigue pensando en el disgusto de él y le habla tratando de hacerle olvidar lo que cree que todavía le preocupa.

-*Eso sí, tienen el mejor queso que jamás he probado*. –prosigue- *También sus ropas son buenas. ¡Mira que cueros! ¡Mira que sombreros de cálida lana!*

Rupa levanta la vista y observa a los otros comensales, la mayoría de ellos paisanos himsain, que a pesar de su aspecto de pastores, actúan y gesticulan como si fueran de la clase dominante del país.

-*Parecen ropas de pobres.* –dice.

-*Sí, parecen, pero no son las calidades que nosotros conocemos. Son buenos tejidos, te lo digo yo.*

-*No entiendo porqué su lana va a ser mejor que nuestra lana.*

-*Es por las ovejas, señor*.-interviene un camarero mientras le sirve un vaso de leche.

-*¿Cómo? ¿Las qué?*

Rupa, como otros tantos, conoce las cosas como si fuera experto en ellas, pero no sabe de dónde han salido realmente. Lo que ocurre en los invernaderos de Septentrión escapa al conocimiento de la mayoría.

-*Nuestras ovejas son mejores. De hecho, señor, los suyos nos compraban la lana a nosotros hasta que se acabó la piel de sus queridos osos y finalmente accedimos a venderles algunas ovejas para que las criaran allá, al otro lado del Crost. Obviamente les dimos las de raza inferior.* –dice con el orgullo del que todo ha perdido y se conforma con una pequeña victoria moral.

-*¿Estás diciendo que nuestro gobierno negociaba con el vuestro, que les comprábamos cosas a los Hombres de Metal y Pinchos?*

El camarero que mantenía una media sonrisa guasona, al escuchar esa manera de referirse a su pueblo, enfría su rostro hasta resultar intimidante, y se aleja con los tendones de su brazo apretando fuertemente la jarra.

-*Nosotros estamos acostumbrados al reno y a la lana como algo de pobres, pero aquí no tienen pieles de osos ni algodón. Aquí los ricos llevan ese cuero de oveja como si fuera un gran lujo.* –apunta Mayavi.

-*Hasta para eso son unos desgraciados.*

-*Me gustaría ir al mercado a ver algunas prendas.*

-*Mayavi, pequeña, no tenemos dinero para andarnos de compras.*

-*Aquí es todo baratísimo. No tienes de qué preocuparte. ¿No entiendes que aquí somos la clase pudiente?*

-*Deberíamos ver la colonia. Quiero saber cuanto antes si merece la pena seguir perdiendo el tiempo en este lugar, lejos de las carreras de remo y las gentes de bien.*

Pero no pasa del medio día y ya tiene una respuesta: El lugar le horroriza.

-*Sólo es hielo seco y edificios feos. Grises… Inútiles*… –dice poniéndose al resguardo del intenso Sol bajo el toldo de un puestecillo de carne de oveja.- *No merecen la pena los esfuerzos que están realizando para repoblarlo.*

-*Merecen una oportunidad.* –responde Mayavi fingiendo neutralidad.

-*A mí no me engañan con todas las obras apresuradas que están haciendo, ni con esos carteles de caras sonrientes mostrando modélicos crostios con "Una nueva Himsa es posible" sobre sus cabezas. ¡Menuda idiotez!*

Rupa se seca el sudor de la frente. Sopla una constante brisa desde la llanura congelada fuera de la ciudad, pero entre las apelotonadas construcciones se forman callejuelas estrechas de ambiente muy cargado.

El humo de la parrilla del vendedor de comida ambulante asciende hasta cubrir el rostro de Rupa, y hace dilatar sus fosas nasales, llenándolas de un aroma graso y delicioso, pero en exceso empalagoso.

-*¿Tiene algo que no sea oveja*? –pregunta al hombre que cocina bajo el toldillo, mientras se relame los labios invadido por la gula.

-*¡Pero si acabamos de comer! No puede ser que ya estés con hambre de nuevo.* –le espeta Mayavi.

El vendedor parece no haberle entendido y le ignora por completo.

-*Oiga, ¿es todo el mismo tipo de carne?*

Mientras envuelve las tiras de oveja asada en una fina torta y se la entrega a otro cliente, sin duda un oriundo de Himsa, el vendedor no puede dejar de sentirse acosado por la insistencia de Rupia, y frunce el ceño moviendo el bigote a derecha y a izquierda.

-*No es usted de aquí, ¿verdad señor?*

-*No, no lo soy.*

-*¿Y trabaja para La Dirección?*

-*En absoluto.* –responde Rupa extrañado por las preguntas, pero imaginando de pronto que quizá el hombre esté esquivo con él por miedo a meterse en algún lio con un funcionario de Crostia. –*Sólo soy un turista.* –añade para tranquilizarle.

Tras escuchar esto, el vendedor suelta una hosca carcajada. Luego, mirándole por primera vez a los ojos le dice:

-*Pues entonces para usted tengo algo especial.*

La tranquilidad, producto de una asumida superioridad respecto a los sometidos himsain, esa misma que les ha acompañado desde el principio del viaje, de pronto se desvanece ante la respuesta del hombrecillo.

Se da cuenta de que esos hombres son sus enemigos. Siempre lo han sido.

"¿Irá acaso a atacarnos con los utensilios de cocina? ¿Qué narices hago aquí en este frío paramo hablando con un hombre que me odia y al que yo odio, igual que se odiaron todas las generaciones que nos precedieron?"

-*Oso.*

La palabra sagrada saliendo de los labios finos bajo el espeso bigote del vendedor, le despeja la mente de golpe.

-*¿Ha dicho oso?*

-*Exacto. Tengo oso para usted, señor, si así lo desea.*

-*No me haga reír. Eso no es posible. Está estrictamente prohibido.*

-*No aquí. Bueno, ahora sí. Pero en Himsa siempre hemos matado muchos osos.* –dice riéndose de su propia broma privada de Hombre de Metal y Pinchos.

Rupa observa al hombre con la desconfianza del que trata de averiguar si la situación es una broma o una trampa, y la excitación del que sabe que quizá viva una experiencia única.

-*De acuerdo. Hagámoslo.*

-*Aquí mismo lo tengo.* –dice abriendo un cajón de la parte inferior del puestecillo.- *¿Quiere probar un poco para ver si soporta su sabor o…?*

-*¡Deme una torta entera! No soy ningún niñito.*

-*Como desee, señor.*

Las palabras serviciales del vendedor resultan evidentemente forzadas hasta el punto de ser sospechosas.
Sobre la plancha unas tiras de carne crepitan cocinándose en su propia grasa.

El vendedor las engancha con unas pinzas y ejecutando un rápido movimiento las mete en una torta y le tienda esta a Rupa.

-*Que lo disfrute, señor.*

Rupa sigue sospechando del tipo.

"¿Querrá envenenarme?"

Pero el olor es delicioso.

Mira al vendedor y este le hace gestos moviendo la mano hacia la boca y fingiendo que mastica.

Mayavi se acerca y de un manotazo arranca la torta de sus manos. Él observa la carne humeante desparramada por el suelo mientras saliva.

-*Una lástima, señor, se ha perdido usted una exquisitez.*

Rupa paga al hombre con desgana.

-*¿Sabe? El oso y el hombre se parecen mucho. Tienen el mismo cuerpo debajo de la piel. Especialmente el tórax. Cuando le despojas de la piel al oso, crees tener ante ti el tronco de un fornido hombre…*

-*¡Es usted un repugnante blasfemo!* –exclama Mayavi sumida en un odio y repentina devoción crostia hasta ahora desconocida para Rupa.

Regresan al hotel.

Mayavi tira de Rupa arrastrándole de la mano entre las gentes de cuero y lana.

-*Pequeña, ¿entonces a ti tampoco te gusta este país?*

-*Sí me gusta, sólo que ese hombre horrible me ha alterado. Creo que debemos dar a este lugar una oportunidad.*

Mayavi está al pie de la cama doblando su ropa mientras Rupa la observa recostado en la misma posición del día anterior.

-*Aquí podemos tener un futuro.* –prosigue Mayavi.

-*Estos días estoy viendo en ti una mujercita.*

-*¿Qué? ¿A qué te refieres?*

-Pues que empiezo a verte como alguien responsable.

-¿Es que acaso antes no lo era?

-¡Sí, claro! Pero ahora te siento más preocupada.

-Qué tontería.

-Enserio. Siempre pensé que eras una especie de revolucionaria.

-¿Por no maquillarme ni ser como las demás?

-No. Bueno… No sé.

-Escucha. Estas gentes no me gustan, pero ahora esta tierra es nuestra y somos sus amos. Aquí podemos ser alguien más que unos pobretones del barrio del puerto.

Cuando el sueño invade a Rupa por completo, las palabras de ella hablando de amos y conquistas le turban, y al amanecer es consciente de que no ha descansado nada.

Se incorpora y aun sentado al borde de la cama siente como le invade una sensación de terrible resaca.

Un gruñido suave pero constante escapa de su garganta sin siquiera darse él cuenta.

-¿Qué te pasa?

-Nada. Creo que he tenido pesadillas.

-¿Las recuerdas?

-Recuerdo una.

-Cuéntamela. –dice ella sacado medio cuerpo de dentro de las sabanas y abrazándole por la espalda.

-Tenía una pistola. Apretaba el gatillo y no era capaz de hacerlo percutir. Estaba muy duro. Luego sentía también que el arma era demasiado grande y mis manos no podían abarcarla bien. Mi dedo gordo no podía correr el seguro. Veía a los otros disparando sus armas junto a mí, y yo sólo ponía una estúpida sonrisa de niño pequeño.

-No está bien que sueñes con armas.

-Nunca he tocado ninguna.

-Ha sido la guerra y la violencia que se nos ha metido en el cuerpo.

-Sí, supongo.

-Hoy iremos a ver la parte oriental, junto a las montañas. He oído que hay un lago, e incluso un gran bosque.

-*¿Enserio lo dices?*

-*Sí. Ya verás cómo te empieza a gustar esta tierra.*

El lago está.

Yo estoy en él.

Yo soy él.

El bosque está.

También estoy en él.

Y también estoy en Rupa mientras recuerda las conversaciones de la taberna.

"Decían que en Himsa no tenían árboles. Qué gran mentira."

Es el primer bosque así que ve.

-*No es natural.* –dice el dueño de la posada de madera junto al lago donde beben una taza de leche caliente- *Es un proyecto muy serio. Como sus invernaderos. Lo mismo pero nuestro. Era para los barcos, los muebles y las casas como esta. Se necesita mucha madera, ¿saben? Todo está cada vez mas helado. Ya no es como en los viejos tiempos…*

-*Claro.* –responden los visitantes como sabiendo de lo que hablan.

-*Pero ahora ya no importa. Ahora somos Crostia asique tendremos la materia prima de Crostia. ¡Todos felices!* –dice el tabernero con una franca sonrisa.

Rupa piensa que es el primer himsain simpático que encuentran.

También piensa en el frío y en si es verdad que cada vez hay más. Él siempre lo ha sentido igual. Resuelve que por muchos años que viva, es algo que apenas va a notar. Y apenas le importa.

Pero algo está cambiando en Rupa.

Conocer otros lugares le está dando qué pensar.

"Quizá no todo sean carreras de remo."

Salen de la acogedora fonda y caminan por la estepa de nieve brillante, y sobre el lago, hacia la masa verdusca que se dibuja frente a ellos en la otra orilla.

Apenas a unos metros del primer árbol ven reflejado el Sol en una pantalla de cristal que cubre el imponente bosque.

Lo tocan con cuidado.

-*Es muy duro.* –observa Mayavi.

-*Ya me parecía extraño que no hubiera vigilancia. Imagina cuanto deben valer todos estos recursos.*

-*Está caliente.* –continua apuntando ella con la mano aun sobre la barrera transparente.

-*Tendrán calefacción dentro.*

-*Sí, es lo más probable.*

-*Me gustaría entrar.*

-*No sé cómo.* –añade Mayavi mientras camina absorta recorriendo con un dedo la superficie.

-*¡Busquemos una entrada!*

-*Hemos sido unos ilusos pensando que nos dejarían visitar este lugar.*

-*Pues es lo mejor que he visto en este absurdo país.*

-*Un trozo de vida encerrado en una cúpula de cristal. Este es nuestro mundo.* –dice ella mientras se aleja sumida en sus propias reflexiones.

Rupa no la oye.
Sigue quieto de pie donde la pantalla invisible les detuvo.

-*¡Vámonos, pequeña! Si no puedo entrar a verlo no me interesa.*

Mayavi no regresa asique Rupa rodea el conjunto forestal hasta encontrarla echa una bola, agachada sobre las rodillas.

Su corazón empieza a latir con fuerza.

-*¿Qué te ocurre? ¿Qué haces ahí tirada?* –grita.

-*¿Puedes creerlo?* –dice ella mientras sostiene un trozo de hielo entre sus manos con la mirada todavía perdida- *Todo esto es nuestro, Rupa. Todo. Estas mismas tierras que durante tantos años sólo vieron Hombres de Metal y Pinchos, y para la que nosotros no éramos más que aquellos con los que debían acabar, ahora… ¡Ahora todo es nuestro!* –exclama con gran emoción y regocijo- *¿Te das cuenta? Probablemente seamos los primeros Osos que pisan este suelo en… ¡Ni el Gran Sol de Oriente sabe cuánto!*

Mayavi aprieta la gruesa lámina de hielo hasta partirla en dos. Algunos trocitos saltan hasta su rostro y lo mojan.

-*¿Por qué dices eso, pequeña?*

Y es que Rupa no puede entender el fervor nacionalista que durante el viaje está apoderándose de ella.

-*Mira, ¿ves este hielo? Dentro de él está contenido el aire que respiraron hace miles de años Los Primeros. Sólo son diminutas partículas, pero están aquí dentro, entre mis manos. Si acerco la nariz puedo respirarlo. Puedo respirar lo que ellos respiraron. La historia. ¿No es magnífico?*

-*Sí, pequeña.* –dice con su habitual entonación de no haber entendido nada.

Caminan un rato mas por el singular paraje de penetrante blanco.
Entre las rocas, un riachuelo escapa del hielo y mis aguas serpentean alejándose de allí y manteniendo el flujo que nunca ha de detenerse.

Corretean tonteando y haciéndose cosquillas y Rupa tropieza con un gran madero medio enterrado.

-*¿Qué pone? Parece un cartel.* –dice ella.

-*No se lee bien.*

-*Debe ser muy antiguo.*

-*Svalb.*

-*¿Svalb?*

-*Sí, pone Svalb. Al menos eso es lo que puede verse.*

Rupa trata de desenterrar la inscripción moviendo la madera y tirando de ella, pero está congelada y más dura que el metal.

-*Vaya, aquí todo parece anclado en otro tiempo*. –sentencia Rupa viéndose incapaz de hacer nada mas con el cartel.

-*Es hermoso.*

-*¿Qué te parece si nos quedamos esta noche aquí, en la fonda del hombre simpático? Nos abrazaremos mientras cae la nieve y no tendremos que volver a esa horrible ciudad gris.*

-*Pero aún tenemos cosas que visitar en la ciudad.*

-*Pequeña, no me interesa la ciudad, no me interesa Himsa en absoluto. Sólo me interesas tú.*

-*¿Y qué haremos, regresar a Thalarctos a no tener nada? ¿Quedarnos en este lago silencioso para siempre?*

-*Por ahora regresemos al calor.*

Vuelven a la posada y piden una habitación. Se quitan los chaquetones y los sacuden antes de que la nieve se derrita sobre ellos. Se sientan junto a la chimenea mientras recuperan la temperatura, y Rupa ve sobre una mesita el diario de Crostia. Su primer impulso es cogerlo e ir directo a la sección de resultados deportivos, pero una voz en su interior le dice que no lo haga, que ahora es una persona de mundo, y que ha de demostrar otros intereses, como los bosques acristalados, los carteles y los aires antiguos o la calidad de la lana.

-*Oiga, ¿se encuentran muchas cosas enterradas por estas tierras?*

-*Si se refiere a cofres de sabiduría, me temo que no. Al menos si es así nadie se ha enterado*. – responde el afable anfitrión.- *Ustedes han tenido más suerte a ese respecto. Es bien sabido todo lo que los cofres les han revelado.*

-*¡Tonterías! Apenas discos y extraños libros antiguos que nadie comprende.*

Rupa habla con un aire intelectual pero con las fingidas y poco acertadas maneras de un actor aficionado.

Allí sentado en el butacón frente al fuego, con un botellín de hidromiel en sus manos, se siente importante. Y le gusta.
Empieza a comprender lo que Mayavi le dice de ser alguien.

-*¿Qué marca es esta? ¿Es hidromiel de Himsa?*

-*No, para nada señor.*

El hombre ríe como sorprendido por la pregunta.

-*Aquí antes de la guerra teníamos un horrible licor de patata. Una porquería comparado con esta delicia que hacen las abejas. Viene de su tierra, ¿ve?* –dice poniendo ante sus ojos el botellín con la etiqueta en la que se lee hidromiel sobre una flor blanca de ocho pétalos.

Difícil para un borracho de taberna como él, no reconocer ese símbolo.

Por un momento piensa en sí mismo de esa guisa, bebiendo hasta olvidarse de quien es, y le resulta un recuerdo lejano e irreal.

Siente que ha cambiado. Que verdaderamente es una persona más formada y seria.

-*Tráigame un vaso de leche. Me he cansado de esto.*

Además aquí su dinero vale más y puede permitirse el lujo de tratar a los empleados como solían tratarle a él.

Pero aun sin darse cuenta, unos versos se cuelan desde su inconsciente y durante esa cálida noche junto a su amada le atormentan.

"Pronto olvida el oprimido las penurias que vivió, y raudo pasa a disputarse el puesto del opresor."

Amanece empapado en sudor, incomodo consigo mismo, y resuelto a marcharse de allí para volver al lugar donde le corresponde y hacer lo que le corresponde.

Aunque aún no sepa qué es.

El agua caliente de la ducha en su viejo pisito del barrio del puerto de Thalarctos, cae sobre su cabeza reconfortándole y aclarándole las ideas.

-*¡De vuelta a la civilización!* –dice mientras sale del cuarto de baño con una toalla sujeta en la cadera.

-*¡De vuelta a la taberna! ¡De vuelta a no hacer nada!*

Rupa mira a Mayavi molesto por su comentario irónico y destructivo.
Ella también está molesta.

-*No vas a hundirme el ánimo.* –dice él muy serio.

-*No lo pretendo.*

-*A ver… ¿Qué haces tú hoy?*

-*Ir a la facultad. Como siempre.*

-*Bien, bien.*

Rupa reflexiona y recupera con entusiasmo el buen humor y la energía.

-*¡Ya lo tengo! ¡Luego podemos ir a un cabaret!* –exclama mientras chasquea los dedos. - *¿Hace cuánto no salimos a bailar?*

-*No digas sandeces. A ti no te gusta bailar.*

-*¿Y qué? He cambiado. Soy un hombre nuevo.*

-*No. ¡Qué pereza!*

-*¡Vamos! ¿Qué pasa contigo?*

-*Me pasa que hemos vuelto a aquí. Perdimos la oportunidad de aprovechar la conquista que tanto esfuerzo ha costado.*

-*Pero, pequeña, este es nuestro lugar. Aquí podemos hacer grandes cosas.*

-*¿Y crees que no lo sé? Yo estoy tratando de hacer grandes cosas. Tú…*

-*¿Yo qué?*

Mayavi trata de no ser melodramática. Odia estas escenas.

-*Después de clase iré a un mitin. Puedes venirte si quieres.* –dice abandonando el tono hostil.

-*¿Otro mitin? Pensé que lo habíamos hablado.*

-*No empieces. No me gustan estas conversaciones que no llevan a nada. O te vienes o no te vienes. Por mi puedes quedarte con tu hidromiel y tus carreras de remo.*

Rupa se quita la toalla y la lanza contra la cama mientras pone un gesto de enfado, frunciendo exageradamente el ceño y sacando morros y mandíbula, de forma pretendidamente cómica.

Mayavi trata de contener la risa pero ambos estallan en una carcajada.

-*¡Que idiota eres!* –dice ella lanzándole la bufanda verdinegra y sonriéndole como sólo se sonríen los enamorados.

Es mitad de verano y el Sol no se pone en ningún momento, asique al salir del salón de actos de la Universidad y dirigirse a uno de esas cafés de moda de la antigua parte marginal de la capital, los rayos inciden sobre la coronilla de Vlin, dotándole de un halo místico muy adecuado.

-*Creo… Creo que tengo una misión.* –dice Rupa tras varias horas de tertulia.

En la diminuta estancia sólo quedan él, Mayavi, Vlin, y tumbada al lado de este, dormitando, una de las seguidoras del líder estudiantil, que espera el momento de acompañarle al lecho.

Es un local lúgubre de mesas bajas y cojines en lugar de asientos. Un humo dulzón les envuelve.

-*¿Qué clase de misión?* –interroga Vlin.

-*No lo sé aun. Pero en Himsa lo comprendí: Debía volver y hacer algo.*

-*Interesante… Cuéntame más, compañero.*

La sensación de conocer a Vlin de toda la vida recorre la mente de Rupa que la acepta como un hecho.
Han bastado un par de horas en su presencia para pasar del desprecio, a la más profunda admiración y confianza.

"Nunca nadie me había escuchado así. Siento la conexión como pocas veces la he sentido."

Mayavi, al igual que la otra chica, está ahora recostada sobre uno de los mullidos almohadones con los ojos cerrados.

-*Es como si percibiera que… Como si supiera que el mundo está mal y… Quiero cambiarlo y que sea más justo, ¿sabes?*

-*Claro. Te comprendo. Por eso estamos aquí, compañero. Todos queremos eso. Bueno, todos no. Ya sabes…*

-*Sí.* –dice por decir.

-*Creo que tienes una importante misión entre manos, compañero. No la abandones.*

De vuelta a casa, Rupa no puede contener la emoción.

-*¡Tenías razón, pequeña, ese Vlin es una persona maravillosa!*

-*Ya he visto que habéis congeniado.*

-*¡Mas que eso! Las cosas que dice son alucinantes.*

Rupa trata de recordar alguna de las frases de Vlin pero no es capaz.
Sin embargo la esencia de la grandeza de lo dicho le ha impregnado hondamente.

-*¿Cuándo volverá a hablar o a reunirse?*

-No lo sé, pero pronto. Suelen hacerlo casi todas las semanas. ¿Por qué? ¿Quieres ir?

-Sí. Eso creo.

-¿De qué habéis hablado que te interesa tanto? ¿De remo? ¿Sois del mismo equipo?

-¡Calla! No me insultes.

-¿Insultarte por qué?

-¿Crees que solamente se hablar de remo?

Mayavi no responde.

-Le he contado muchas cosas que no le he dicho a nadie.

-¿Ni siquiera a mí?

-Ni siquiera a ti.

De nuevo Mayavi no dice nada.

-Eres un payaso, ¿sabes?

-¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué te pasa conmigo?

-No entiendo cómo no lo ves.

-¿No ver el qué?

-¿Crees que no me doy cuenta de que de repente piensas que eres algo más que un pescador?

Rupa se detiene en seco. Quiere enfadarse, pero sólo hay en él tristeza y una sensación de menosprecio que desde hacía tiempo únicamente él se mostraba a sí mismo. Viniendo de ella el dolor se multiplica por mil.

-¿Por qué me dices esto, pequeña?

-No quiero que sufras.

Vlin vuelve como cada semana al atrio del gran salón de actos azul, y allí, entre el público, incondicional desde que le conoció, Rupa, su mano derecha, su sombra.

Ha hallado en el líder estudiantil la respuesta que estaba buscando.

-¡Te has enamorado de él!

-Qué tontería.

-Es sólo un chico como otro cualquiera, ¿sabes? Un chico encantador, sí, pero nada más.

-*Tú no lo entiendes.*

-*Claro que lo entiendo. ¿Crees que a mí no me ha pasado?*

-*¿Con él?*

Mayavi no responde.

-*Cómete la sopa.* –dice finalmente.

-*¡Estoy harto de sopas y harto de ti! ¡Nunca me apoyas!*

-*No puedo apoyarte en esto. ¡Es absurdo!*

El pisito sigue igual de vacío y destartalado que siempre.

-*Rupa, mañana empiezo a trabajar en el Gran Sol de Oriente. ¿Sabes lo que eso significa?*

-*Claro que lo sé.*

-*No, no lo sabes.* –dice con un tono nuevo, propio del que asciende en una escala y se toma muy enserio sus nuevas responsabilidades y a sí mismo.

-*Debes ganar dinero y dejarte de cambiar el mundo.*

Rupa se levanta de la mesa, una gran ofensa según la costumbre crostia, y sale de la casa sin dirección determinada.

Antiguamente hubiera ido directo a la taberna, pero el nuevo Rupa no tiene interés en la droga.

Tiene una misión.

-*Imaginemos a alguien que nace en una época en la que es fácil que te den un trabajo estable, crédito para poseer una vivienda y comprar cosas con dinero que no se tiene, la estabilidad suficiente como para traer una nueva vida al mundo. Ahora imaginemos a esa nueva vida, esa joven criatura que crece y cuando llega a la edad adulta, al momento de conseguir un empleo y una casa, le es imposible pues ya no se dan ni lo uno ni lo otro. El acceso a estas es ahora limitado. Y el primero, a pesar de que sus acciones han dado lugar al mundo en el que vive el segundo, le dice a este que es un desgraciado. Un parasito. Pues bien, yo creo que efectivamente es un desgraciado. Desgraciado por haber nacido en un momento en el que el mundo que los predecesores de los primeros les habían legado a estos, estos mismos lo han destruido, y ahora le toca sufrirlo a ellos. Desgraciado por esto, pero sobretodo, por saberlo, saberlo y no hacer nada. Les queda pues una única alternativa, una esperanza, y no es otra que destruir los restos de ese mundo en ruinas y construir uno nuevo, siendo esto a costa de acabar con todo lo que los primeros conocen como orden o sistema, todo lo que tanto aman y a lo que se aferran. Puede que les llamen terroristas, revolucionarios, chiflados. ¿Agacharan la cabeza? No, pues de hacerlo serán sólo lo que bien les dijeron, unos desgraciados.*

Un torrente de aplausos hace temblar las paredes del bistrot.

Ahora los mítines de Vlin se celebran aquí, pues el aforo es mayor que en la facultad y, las quejas por parte del rectorado eran cada vez más frecuentes.

El movimiento estudiantil pone nerviosos a todos los que creen que el orden es no hacer nada.

Cuando las puertas se han cerrado, el núcleo duro del grupo de Vlin debate hasta caer rendidos por el ajenjo.

Algunos quedan inconscientes de la emoción y el alcohol tendidos sobre las mesas. Vlin se retira a un privado con dos chicas y una botella.

Los que quedan forman un círculo con las sillas.

Discuten sobre el cambio. Hablan de cómo fusilarán a todos los que se creyeron mejores diciéndose descendientes de una raza mítica de osos, aprovechándose así del trabajo y la miseria de otros.

Los ánimos se calientan al recordar las penosas situaciones que muchos han visto o vivido desde la guerra, algo que nadie había conocido hasta ahora.

Algo que creen que no ha sucedido hasta ahora.

Se habla de sangre.

Se habla de justicia.

Se habla de

culpables.

-*Vamos Rupa, di algo. Siempre estás callado. Seguro que tienes mucho que aportar.* –sugiere uno de los presentes.

A pesar de ser un incondicional del ideario de Vlin, de no separarse de él al punto de ser una especie de guardaespaldas, y estar presente en todos y cada uno de los actos del grupo, Rupa nunca habla. No se siente preparado para aportar nada. Está de acuerdo con todo. Eso es lo único que sabe.

"No soy un pensador, pero… Tengo una misión y no puedo defraudarles. He de decir algo."

Siente el sudor resbalando bajo sus axilas y descendiendo por su costado.

Todos le miran con atención en silencio.

-*¡No le molestéis, hablará cuando tenga que hablar!*

La voz de Vlin surge desde el balcón de la segunda planta que da al gran salón.

Apoyado en la barandilla bajo el arco que se abre al vacío, el líder estudiantil observa las lámparas de araña que penden del techo, y recorre con la vista las paredes blancas del local con capacidad para unas mil ochocientas personas, según les dijo el dueño en su día.

Lo imagina lleno. Rebosante de seguidores aclamándole.

-*El cometido del compañero no tiene por qué ser la palabra. Cada uno tiene una función que en su debido momento será revelada.* –dice volviendo la atención hacia el grupo reunido en círculo.

-*Cierto. Cierto.* –responden algunas voces.

Pero Rupa no se siente liberado de su deber de decir algo.

-*Yo… Yo pienso que… Hay unos versos que me vinieron en sueños.*

-*¡Delos, compañero!* –se oye desde la segunda hilera de sillas.

-*Bien.* –dice mientras se aclara la voz.- *Pronto… Pronto olvida el oprimido las penurias que vivió, y raudo pasa a disputarse el puesto del opresor.*

Por un instante todo queda en silencio.

Ahora vítores.

Al escucharlos Rupa se siente muy incómodo pues los entiende como el premio que se da por compasión a un impedido que ha tratado de hacer algo muy sencillo.

-*¿A qué te refieres*? –pregunta una chica de piel oscura que desprende ilusión y energía.

Rupa no ha terminado de arrepentirse de haber recitado esas palabras cuando asume que va a tener que contestar.

"Idiota. Idiota. ¿Por qué hablas si sólo eres un idiota?".

Siente como su rostro esta perlado por el sudor y se imagina a sí mismo muy rojo, pero sabe que cuanto antes diga algo, antes terminará.

-*Pues… Creo que significa… No lo sé bien, pero… Creo que significa que no debemos comportarnos como se ha hecho hasta ahora, las generaciones anteriores. Es decir, nosotros somos el futuro… Bueno, no lo sé pero… No debemos hablar de venganzas, ni de justicia por las armas… No… No debemos convertirnos en ellos. Si no nos gusta cómo nos han tratado, no debemos tratar así a los demás.*

Mira a su alrededor y puede ver en los rostros de los jóvenes que conforman el grupo, un gesto muy parecido al que todos ponen cuando escuchan hablar a Vlin.

Por primera vez siente que algo autentico ha sucedido. Siente que ha hecho algo bien.

-*¿Veis ahora cómo callaba con razón? ¡Aguardaba este momento!* -dice Vlin- *Ahora sabemos cuál era su labor entre nosotros: Recordarnos que no debemos ser como ellos. ¡No debemos ser como ellos! ¡Repetid conmigo compañeros!*

-*¡No debemos ser como ellos! ¡No debemos ser como ellos!* –cantan todos mientras se abrazan mientras y agitan las jarras al viento.

Rupa no bebe.
Sólo piensa en que por fin ha hecho algo que merece la pena.

Hace un momento estaba deseando salir de allí y encontrarse con los borrachos del puerto para hablar de remo, y sin embargo ahora, un instante después, rememora su pequeña intervención como un triunfo muy lejano en el tiempo.

Los de aquí también están borrachos, pero los de aquí tienen una causa más grande que lamentarse de sí mismos.
Los de aquí no están a gusto, pero los de aquí van a hacer algo para cambiarlo.

-*Yo de pequeño pensaba que los adultos eran todos sabios, maduros, como ellos dicen. Luego me di cuenta de que muchos son sólo chavales, ignorantes y aturdidos, atrapados en cuerpos arrugados. Comprendí entonces que el tiempo no te da nada, sólo te quita; ¡cada vez tenemos menos segundos para trabajar en dejar de ser unos putos gilipollas!*

Subirse al estrado a hablar y recibir el apoyo del público es adictivo.

Para Rupa ahora es mucho más que una incómoda rutina, es un placer al que no ya no sabría cómo renunciar.

Ahora habla con seguridad y contundencia.
El movimiento crece y él crece con él.

Hoy durante el mitin se ha conseguido llenar el gran salón. Casi tres mil personas apelotonadas. Muchos conocidos de Rupa del puerto. Mucha gente que hasta este momento no había tenido ningún interés más que en ellos mismos, de pronto ha despertado ante una realidad colectiva.

-*Has estado bien.* –dice Vlin dándole una palmadita en la empapada espalda- *Yo hubiera evitado eso de "putos gilipollas", pero no ha estado mal. Los viejos culos cansados de esos Osos perezosos deben de estar temblando en sus asientos ministeriales.*

-*Rupa, afuera está toda la juventud de Thalarctos.* –dice Suras, la chica de piel morena.

-*La gente quiere un cambio, compañero. Por fin empiezan a escucharnos.*

Rupa no dice nada mientras se cambia de camisa.

-*Odio esos focos. Me dan mucho calor.* –pronuncia finalmente.

Desde la salita lateral para el personal en el "bistrot del cambio", como ha sido rebautizado por el movimiento estudiantil, puede sentirse los golpes rítmicos de los pies contra el suelo de la sala principal y los cantos enardecidos repitiendo la consigna:

"¡No debemos ser como ellos! ¡No debemos ser...!"

Rupa, Vlin, Suras y los otros miembros del núcleo principal del movimiento, más algunos periodistas, están en el camerino.

-*Mañana presentaremos el programa.* –comenta Vlin encendiéndose un cigarro.

-*No deberías fumar.* –dice Suras.

-*Punto número uno: Echar a los viejos Osos Blancos del Crost que sólo representan una época caduca.*

Vlin ignora a Suras y recita para sí mismo pero en voz muy alta asegurándose de ser el centro de atención de la pequeña habitación.

-*Número dos: Establecer un gobierno justo y no repetir los abusos del pasado. Número tres…*

-*Pero oiga…* –interrumpe una voz.

Vlin otea sobre las cabezas que pululan por la habitación tratando de encontrar a su interlocutor.

-*Pero oiga…* –repite un hombre corpulento de grandes brazos y fino bigote que lleva un cuaderno en la mano- *¿A qué se refiere con establecer un gobierno justo? ¿No cree que debería concretar un poco?*

-*¿Quién es usted?*

-*Soy redactor del periódico de Suidae.*

-*¿Le han gustado los discursos?*

-*Sí, muy interesantes. Nunca oí a nadie decir semejantes cosas. Saben que pueden meterse en muchos líos por ello, ¿verdad?*

-*Lo sabemos y lo asumimos.*

-*Pero, dígame, ¿en qué se basa ese gobierno más justo?*

Vlin observa al hombre, a buen seguro educado en la estricta disciplina militar de la frontera. Piensa que jamás le podrá hacer entender que los valores, el mundo en el que le han hecho creer, pueda no ser lo único posible.

-*Verá, lo que nosotros pretendemos es acabar con el dominio de Los Osos Blancos sobre el resto de las personas.*

-*Pero señor Vlin, todos somos Osos.*

-*¿Que todos somos Osos? ¡No me haga reír!*

Los presentes se percatan de que la entrevista adquiere tintes de convertirse en una discusión.

"Alguien que interroga empezando sus preguntas con un "pero" no es alguien objetivo y neutral" piensa Rupa.

-*Todos somos descendientes de Los Primeros, somos los elegidos, señor, es algo muy grande que parece que ustedes los jóvenes no respetan ni valoran.*

Vlin intenta mantener los labios muy pegados pero no puede contenerse.

-*Dice que todos somos Osos, ¿no es así?*

-*Sí.*

-*¿Y es que acaso no sabe que es usted un Cerdo, señor mío?*

Todos saben que eso es exactamente lo que no debía decirse, pero de nuevo Vlin ha hecho lo que nadie se habría atrevido a hacer.

El reportero se abalanza sobre Vlin y trata de golpearle mientras los otros jóvenes le contienen. La pequeña sala repleta de gente, sumado a la gran envergadura del suido, impide que este pueda hacer movimientos holgados y alcanzar al líder estudiantil.

Consiguen echarle y el resto de periodistas se marchan también, escandalizados y a la vez contentos de tener un titular jugoso al respecto de los "alborotadores estudiantes que quieren destruir todo orden y verdad".

Vlin deja caer una miga de bollo recién hecho sobre mis aguas. Yo la transporto lentamente hacia el Mar Oscuro.

Rupa y él pueden verse reflejados en mí, y eso, lejos de darles tranquilidad, les llena de dudas.

-*Creo que algo de razón tenía en eso de un gobierno justo.* –dice Rupa algo temeroso- *No sabemos nada de política. No somos como Los Osos Blancos, educados en los palacios sobre asuntos de estado. Nosotros sólo somos…*

-*No lo digas, compañero. No lo digas. Ese ha sido siempre nuestro error. Ser sólo.*

Una carreta cargada de pescado pasa tras ellos dejando una fugaz estela de olores profundos, mezcla de sudor equino, madera vieja y sal.
Frente a ellos en la otra orilla, las luces de la fachada del hotel Gran Sol de Oriente contrastan con las calles oscuras y tristes del barrio intelectual y el puerto.
Ya ni siquiera los cabarets encienden sus rótulos.

-*Ahí es donde trabaja Mayavi* –dice Rupa cambiando de tema- *Os envía saludos.*

No sabe bien porque ha dicho esto último, pues es una enorme mentira.

Recuerda como cuando él se unió al grupo de Vlin de forma activa, ella no volvió a aparecer por ninguna reunión ni quiso saber nada más del movimiento estudiantil.

Sabía que ella había querido que Rupa encontrara una motivación, pero vio enseguida como se arrepentía de haberle presentado a Vlin.

-*Tú obsesión por él resulta repugnante* –le dijo en una ocasión.

Pero él la ignoró. Ignoró sus nuevas pretensiones económicas. Ignoró que cambiara y se convirtiera en todo lo que ella misma había odiado. Ignoró que él también había cambiado sin tenerla en cuenta, es más, alejándola deliberadamente.

Ignoró todo esto como siempre había hecho, cerrando una pequeña ventana para abrir otra aún más diminuta.

Mayavi se había unido a la sección femenina de Los Osos Blancos del Crost, y era tal la vergüenza que sentía, que hasta este momento había estado evitando su nombre o cualquier cosa relacionada con ella.

Piensa si se ha equivocado mencionándola, pero Vlin no hace ningún comentario al respecto, simplemente dejándolo pasar.

-Compañero, no entiendo por qué sólo nos siguen los jóvenes. ¿Qué pasa con todos esos adultos que se supone que son los que tienen la sabiduría y aun así no son capaces de ver que hay que hacer algo?

-Quizá tengan miedo, Vlin.

-¿Miedo de qué?

-De perder todo lo que tienen, el mundo que conocen.

-¿Pero no se dan cuenta del error, del mundo podrido que nos legan?

-Vlin, somos nosotros los jóvenes los que no tenemos nada que perder, los que podemos construir un futuro pues aún no tenemos nada. Por eso somos peligrosos, porque actuamos con pasión y una causa que engloba a todos.

-Ellos también son peligrosos, compañero.

-Sí… Pero ellos actúan por miedo. Miedo a perder su posición dominante, o a perder lo poco que tienen y tanto les ha costado ganar, pensando que algo mejor no es posible.

Vlin escucha a Rupa mientras las últimas migas de hojaldre caen desde el muro de la ribera al canal.

Permanecen en silencio.

Rupa siente un gran orgullo al verse a sí mismo en esa situación: Dándole consejos al mismísimo Vlin, algo que hace no tanto habría sido imposible imaginar.

-Vamos a hacer algo, compañero. Las palabras no significan nada sin acciones.

-¿A qué te refieres, Vlin?

-Pronto lo sabrás, compañero. Pronto.

Una delicada mano femenina se posa oportunamente en el hombro del líder estudiantil.

Vlin se gira y levanta súbitamente el cuerpo de una pequeña chica rubia, para recibirla entre su pecho con un largo beso.

Rupa se siente incómodo.

Se marcha sin decir nada, camino del pisito.

Pasa por delante de la taberna del puerto y se detiene frente a la puerta.

Desde dentro surgen los cantos alegres pero cargados de la más profunda melancolía de los que no tienen otra cosa para vivir más que olvidar pasado, presente y futuro.

La tentación de entrar es tan fugaz que mientras se aleja sonríe alegrándose por no ser parte ya de esa decadencia.

Amanece y Mayavi recibe instrucción militar en un palacete situado en la parte más septentrional de Thalarctos. Tras disiparse el humo de las de detonaciones, puede intuir más allá del campo de tiro, en el horizonte lejano, el brillo de las imponentes construcciones que son a la postre el motor de Crostia: Los invernaderos.

Un oficial de pulcro uniforme blanco les recomienda que se anden con ojo.

-*Las cosas están muy revueltas en la otra orilla. La escoria se está revolucionando y pronto habrá que pasar a la acción. Bastante les hemos permitido ya.*

-*¿A qué se refiere, mi sargento?*

-*Pronto lo sabrá, soldado. Pronto.*

Rupa se despierta y por un momento busca a su lado a Mayavi.

Lleva tres meses de retraso en el pago del alquiler y apenas come.
Sin embargo todos los días saca fuerzas para ir a la sede del movimiento estudiantil en el "bistrot del cambio".

El olor de los desayunos ajenos sólo fortalece su espíritu estoico.

-*Se están organizando patrullas juveniles dentro de la guardia de Los Osos Blancos*.

-*¿Qué dices, Suras? No es posible.*

-*Lo es.*

-*¿Dónde has oído eso, compañera?*

En las mesas del fondo del local, junto al estrado de los discursos ahora vacío, Vlin, Suras, Rupa y otros tres estudiantes más, comentan las estrategias a seguir.

-*Ni siquiera toda la juventud nos apoya.* –concluye Vlin cabizbajo mostrando su decepción ante las ultimas noticias.

-*Casi toda lo hace.*

-*¡No! ¡No toda!* –dice el líder levantándose abruptamente y haciendo caer la silla hacia atrás- *Si no somos capaces de algo tan sencillo…*

Los clientes miran hacia la mesa del grupo algo temerosos, pues los rumores y las noticias en la prensa acerca del movimiento, hablan de una gente peligrosa, capaz de todo por destruir el orden y las leyes de Los Primeros.

Agitadores de los himsain buscando desestabilizar el país, desequilibrados mentales por el consumo de la bebida de ajenjo, e incluso espíritus de condenados venidos de las entrañas de la mismísima Dosha les han llamado.

Pero la peor acusación está por venir.

-*¡Compañeros! Fundaremos hoy un colectivo y mañana marcharemos hacia el Palacio de Justicia. Iremos en una gran columna y les gritaremos a la cara nuestras consignas. Tendrán así que escucharnos. Si ellos son Osos, nosotros seremos Unicornios.*

-*Pero Vlin, los unicornios no existen.*

-*¡Pues inventémoslos!*

Nadie dice nada ante las palabras resueltas de Vlin.

-*Esta noche lo anunciaremos en un mitin aquí mismo. Haced que corra la voz. Reuniremos también a los más comprometidos para dar las instrucciones pertinentes del nuevo colectivo. ¡Debemos pasar a la acción!*

Y al caer el Sol, la gran sala se llena, pero no como hace un mes. Ahora que el movimiento está en boca de todos, incluidas las de los oficiales y funcionarios, la gente ha empezado a recelar. Algunos entusiastas de los inicios han reculado a posiciones de neutralidad o incluso contrarias al mismo.
La voz de los periodistas, o lo que es igual, la voz de La Dirección, es capaz de hacer querer y creer a la gente lo que se les antoje.

-*Te presento a "El Fideo".* –dice Suras a Rupa.

-*Encantado.* –responde él.

El Fideo aprieta con fuerza su mano.

Rupa ríe por dentro al pensar en la ironía del apodo, pues, El Fideo es un hombre de gran envergadura, con brazos y piernas redondas como jamones y una gran panza. La camisa le queda muy ajustada y da la impresión de que los botones van a saltar en cualquier momento debido a la presión de las carnes.
También se fija en el pecho peludo que puede intuirse debajo de la zona del cuello.

"Esto sí que es un verdadero Oso".

Pero a pesar de su gran cuerpo, El Fideo tiene un rostro inofensivo y cariñoso. Todo un bonachón.

-*Me han dicho que estamos aquí la cúpula al completo, ya sabes, la gente importante.* –dice El Fideo con tono confidente dirigiéndose a Rupa.

-*Sí, eso parece.* –contesta él, reflexionando por un momento sobre el hecho de que es la primera vez que ve al gran hombretón que se autoproclama importante dentro del grupo- *Oye Fideo, nunca te había visto por aquí. ¿Dónde te has metido todo este tiempo?*

El Fideo pone cara de haber estado esperando la pregunta con ansia de contestarla.

-*Verás, Upa amigo mío.*

-*Rupa.*

-Eso. Disculpa, amigo. Pues verás, yo es que soy un hombre tranquilo. Soy escritor, ¿sabes? No me gusta mucho la acción, pero hoy toca apoyar al Colectivo Unicornio y aquí estoy.

-Muy bien, pero, ¿cuál ha sido tu papel en el movimiento hasta ahora? –pregunta Rupa en un tono de sospecha rozando lo grosero.

-Pues, es gracioso, verás… Yo soy el que escribe los discursos de Vlin. Bueno… No todos pero, ya sabes, trabajamos juntos en ello.

Rupa siente un mazado al descubrir que algo así es posible.

"¿Es Vlin un farsante? Yo he tenido que aprender a escribir mis monólogos y mientras tanto él… Pero no. Al fin y al cabo eso es lo de menos. Vlin es la energía y la fuerza. Él cree en lo que dice y lo dice de corazón. Es normal que los grandes hombres como él tengan asistentes. Es más, eso sólo demuestra su gran importancia. ¡Quién pudiera!"

Y a pesar de convencerse de esto, Rupa siente una sensación de engaño que inconscientemente proyecta en el que ha portado hasta él dicha sensación, El Fideo.

-Suras –pregunta Rupa mientras todos se despiden hasta el día siguiente cuando han de marchar hacia el palacio- *¿Confías en este tipo, El Fideo?*

Suras clava su mirada oscura en él.

No dice nada.

La piel morena. El pelo negro. Los ojos pintados con carbón como sólo las antiguas exotéricas del barrio marginal solían hacerlo.

Sigue sin decir nada pero Rupa entiende todo.

"Esta mujer es magia pura. Ella me ha presentado a El Fideo y en ella debo confiar."

Llega la hora.

La columna avanza a través del puente.

Todos muy serios y decididos.

Su reflejo sobre mí los muestra como realmente están en este momento: Temblorosos. Confusos. Deformes.

Lo que van a hacer es una anomalía. Una desviación hasta ahora no vista por esta sociedad.

Continúan internándose en la orilla fría mientras dejan a su izquierda la fachada lateral del hotel Gran Sol de Oriente.

Rupa no puedo evitar mirar el regio edificio al pasar y percibe muchos rostros curiosos tras los ventanales que dan a los elegantes salones del té.

De pronto, la marea de estudiantes se parte por la mitad ante Rupa.

Unos se hacen a la izquierda, otros a la derecha.

Por el centro de la calle, dos jóvenes Osos Blancos del Crost caminan amenazantes hacia el grupo agitando al viento un cinturón con una gran hebilla metálica.

Nadie hace nada.

Los dos Osos pasan entre ellos con total impunidad.

Rupa tiene apenas unos segundos para ser consciente de lo que sucede ante él. Pero Suras no lo ve. Suras no ve nada más que las palabras del manifiesto que una y otra vez repasa. Y Rupa, sin tiempo ya para evitarlo, decide ponerse al lado de ella, que por el medio de la calle sigue caminando, para protegerla con su cuerpo y recibir él el golpe.
Contrae los músculos preparado para el impacto y abandonado a su suerte, pero por el rabillo del ojo ve a El Fideo que hace lo mismo poniéndose al otro lado de Suras.

Así, la escoltada muchacha pasa a un palmo de los Osos reaccionarios, y extrañamente nadie recibe golpe alguno.

Los violentos provocadores no han sido capaces de lanzar la hebilla contra los que con su gesto osado, cara les han plantado.

La columna se forma de nuevo y todos comentan indignados ante la despreciable acción. Se oyen voces que proclaman con entusiasmo que deberían haber atacado a los Osos y darles una buena lección.
Muchas palabras de exaltada violencia cuando ya todo pasó.

Doblan la esquina a la derecha entrando en la plaza de La Garra.

Junto a la terraza del café del mismo nombre descubre el por qué de la provocación: Unos treinta Osos Blancos de los recientemente creados grupos juveniles de acción les esperan.

Cadenas.

Palos de metal.

Empieza la batalla campal.

-*¡Compañeros! ¡Compañeros! ¡No debemos ser como ellos!* –se oye gritar a alguien con desesperación desde las filas del Colectivo Unicornio, tratando de evitar entrar en un juego callejero que les desacredite.

Nada puede hacerse más que abandonar el lugar.

-*Hemos fracasado de nuevo.* –dice Vlin mientras una de sus seguidoras le pone un trozo de hielo sobre el ojo hinchado.

Alguien toca un piano en el bistrot de blancas paredes e interminables sillas y mesas, mientras un nutrido grupo de seguidores consuela al abatido líder.

Rupa no está triste pues ha aprendido dos cosas: En primer lugar, que puede confiar en la lealtad y el aplomo de El Fideo, que sin necesidad de palabras ni afán de medallas, ha permanecido junto a

él poniéndose en riesgo por proteger a la desprevenida Suras. Y en segundo lugar, porque se ha confirmado que Los Osos les temen tanto que han tenido que armar una guerrilla urbana para mitigarlos.

Sabe que ahora han hecho ruido. Ruido de verdad.

Pero Vlin no piensa lo mismo.

Es noche cerrada, y Mayavi llora sobre las sabanas de su cama, recordando la cara asustada de Rupa entre golpes torpes, caídas y carreras desesperadas.

-*¡Joder! ¿Es eso una pistola, Vlin?*

-*¿Qué va a ser si no, compañero?*

-*Pero…*

-*No dudes. No dudes nunca.*

-*Vlin esto… Esto es demasiado.*

-*Es necesario, compañero.*

-*Pero no debemos ser como ellos. ¡No debemos!*

Rupa pensaba que tras el incidente en la plaza frente al Palacio de Justicia, una carta o un enviado de La Dirección llegaría para invitarles a una reunión y así establecer un dialogo en el que hacerles llegar sus críticas y un programa para el cambio.

-*Vlin, ya les hemos puesto nerviosos, no hace falta más violencia. Ahora nos escucharán.*

-*¿Por qué iban a hacerlo?*

-*Porque han visto que vamos enserio.*

-*Eso no es nada, compañero. Esto,* –dice levantando el arma- *esto es algo.*

La puerta de la salita de personal en la planta baja del bistrot que suele hacer las veces de camerino está cerrada por dentro.

En el gran salón, apenas tres personas almuerzan.

El dueño está furioso, pues la vinculación de su local con el Colectivo Unicornio le ha hecho perder toda la clientela, asustada tras que la prensa y el gobierno los declarara terroristas, y trata de evitar todo lo que se parezca a una idea diferente, cualquier cosa que se salga de las leyes de Los Primeros.

Yo fluyo. Subo. Bajo.

Las calles se mojan y se libera el aroma atrapado en suelo, en las fachadas, en la sangre reseca en las plazas.

-¿No te das cuenta? Que estemos como estamos ahora les beneficia. La gente ahora está asustada y más que nunca necesita saber que los soldados, el aparato funcionarial, los rituales de Los Osos Blancos velan por ellos. Más que nunca les dan su apoyo. Más que nunca se encierran en su cobardía. Cuando no estemos y todo siga igual, se volverán a quejar, para luego a los que vengan a ayudarles volver a dar la espalda.

Rupa escucha las palabras de Vlin y de nuevo, como otras tantas veces ha hecho, la idea de sí mismo como un pobre iluso se instala en su cabeza.

Él se pensaba que a través de ellos, todos verían lo malo, y al saberlo querrían cambiarlo. Jóvenes, ancianos, incluso Los Osos Blancos.

Pero no, ahora sabe que es una lucha de poderes.

-*Una lucha egoísta.* –dice Suras cuando Rupa logra encontrarla en la facultad tras salir a toda prisa del "bistrot del cambio".- *Aquellos que gobiernan, que no es otra cosa que administrar los esfuerzos de todos por un objetivo común, aquellos se supone que trabajan pensando en los demás, pensando en hacer el Bien para todos. No creas que no lo hacen, es algo que en verdad desean lograr, pero el problema es que empiezan por ellos mismos. El encontrarse en esa posición les permite asegurarse su bienestar, y cuando ven que para mantener ese bienestar otros tienen que sostenerlo dando sin recibir, entonces se crean estructuras de poder para no perder esos privilegios. Es el Egoísmo actuando en silencio. ¿Crees que ellos quieren que los que hacen posible ese privilegio, sufran? No. No te equivoques. No lo desean, pero lo que sí desean es no perder lo que tienen, e incluso tener más. Es un deseo tan fuerte que anula otras muchas cosas, entre ellas la capacidad de ver que actúan dominados por algo que escapa a su control.*

La explicación de Suras turba aún más a Rupa.

-Pero, ¿y por qué no hacer algo para que todos tengan esos privilegios, todos tengan ese bienestar?

-Porque no es posible. Para que unos puedan vivir del trabajo de otros, es esencial que los segundos den, pero no pueden recibir pues los primeros no tienen nada que dar. Nada más que órdenes y miedo. Miedo para mantener dóciles a los segundos y que sigan dando.

-¿Entonces no hay solución?

-Claro que la hay, querido Rupa, claro que la hay.

-¿Y cuál es?

-Vencer al Egoísmo. Que cada uno se venza a sí mismo y quiera dar sin pensar en recibir. Cuando todos den, todos recibirán.

-No puedo imaginarlo.

-Quizá no puedas. Quizá no pueda nadie. Y de ser así te diré entonces que no. No hay solución. Todo seguirá igual.

Suras y Rupa caminan por las calles mojadas hasta la puerta del bistrot.

Rupa va pensando en Lavria.

"¿Será Suras del país de los artistas, el que dicen que se fundó sobre la máxima de trabajar sin recibir nada a cambio más que… Más que todo lo necesario para tener una buena vida? ¿Y de qué les sirvió? De nada. Ahora son una provincia más de Crostia. Una tierra olvidada."

Piensa en preguntárselo pero no se atreve.

La sombra de sus ojos le impone.

-*Rupa, sé que no te ha gustado lo de la pistola de Vlin, pero debemos entrar, debemos enfrentar esta nueva situación.*

Si Suras lo dice, Rupa lo acata. Confía en ella. Confía en su magia.

Dentro están todos los miembros activos del Colectivo Unicornio.

-*Compañeros, somos apenas una veintena pero mas no hace falta. Debemos emprender esta etapa convencidos de que nuestra causa es la más justa y la sangre es necesaria. No dudéis, compañeros. ¡O ellos o nosotros!*

"¿O ellos o nosotros? ¿Qué pasó con la consigna? No debemos ser como ellos, gritábamos. ¿Y ahora nos iguala?"

Una arcada y una sensación terrible hace a Rupa salir de la sala.

En el cuarto de baño se moja la cara.

Ante el espejo se observa e intenta recobrar la calma. Tiene que aceptar lo inevitable, y mientras se tranquiliza y lo asume, el reflejo de su cara se desvanece poco a poco. De pronto es como si ya no tuviera alma.

-*Tú irás a esta casa de empeños y comprarás tu arma.* –dice Vlin tendiéndole un papelito a Rupa ya en la gran sala- *Es imprescindible que cada uno vayáis a una tienda distinta para no levantar sospechas.*

Rupa asiente.

Yo veo pasar las horas viajando en las nubes.

El metal está frío.

Y en el Café de La Garra dos hombres apuntan a un funcionario que lee la prensa de espaldas.

"Pronto olvida el oprimido las penurias que vivió, y raudo pasa a disputarse el puesto del opresor." Le decía Rupa a Vlin justo antes de entrar.

"Recuerda que prometimos no convertirnos en eso contra lo que combatimos." Insistía.

Pero Vlin no respondía nada.

Entonces Rupa se cubría el rostro con la bufanda verdinegra del equipo de remo y agarraba la pistola.

Ahora, aun con el hombre elegido por Vlin como primera víctima delante cañón de su arma, mantiene Rupa la esperanza de que su líder se eche atrás y le libere del acto atroz que están a punto de llevar a cabo.

Pero eso no sucede, y Vlin dispara.

Tal y como le han dicho que hiciera, él también dispara.

Huyen a toda prisa, pues han de atravesar una manzana en dirección a una barca que han dispuesto en la playa. Cubiertos por la oscuridad de las últimas horas del día, reman rápido hasta la isla del faro que se encuentra en medio la bahía.

Han decidido esconderse allí hasta el alba, cuando las patrullas puedan confundirlos con los transeúntes.

Arrastran la barca hasta unos matojos y se ponen a resguardo en el sótano húmedo de una casucha ruinosa que hay bajo el gran haz de luz que a tantos barcos ha guiado.

-*No me siento bien.*

-*Compañero, estate tranquilo, hemos hecho lo que debíamos. Nos llamaron terroristas, ¿no es así? Pues como tal nos hemos comportado. Ahora tienen razones para querer atraparnos.*

-*Esto no está bien, Vlin.*

-*Pronto, compañero, pronto conseguiremos nuestros objetivos y todo esto que ahora no entiendes, bien entenderás.*

Pero Vlin miente. Miente cuando habla de un colectivo. Miente cuando habla de un cambio. Miente cuando habla de interés por los otros. Porque Vlin… Vlin siempre habla de Vlin.

"¡Creo en la lucha como solución de cada uno de los males de nuestra nación!

¡Creo en la defensa de todo valor que a través de Los Primeros se nos legó!

¡Creo que son otras formas de opinión las que siempre traen desgracia, pues son un error!

¡Creo necesaria cualquier intervención para ayudar a otros a encontrar la salvación!

Todos estos credos que hacen nuestra unión, creo suficientes para darnos la razón.

¡Creo que Los Osos Blancos del Crost nacen donde nace el mismo Sol!"

Mayavi y los otros jóvenes Osos repiten el credo de la guardia.

Los ánimos están exaltados en el palacio donde se preparan las tropas para salir a la calle y tomar represalias por el atentado.

En mitad de la noche, antorchas.

Cristales rotos.

Llantos.

Disparos en la distancia.

Y Rupa tiembla en su escondrijo al abrigo de mis aguas. La cabeza y los ronquidos de Vlin sobre su hombro.

Sabe que la ciudad arde por su culpa.

Al alba, cenizas.

-*No puede ser que no lo vigilen.*

-*Es probable que hayan quedado satisfechos y exhaustos de su escarmiento callejero nocturno, compañero.*

-*Si realmente valen algo, lo estarán vigilando.*

Asomando apenas los ojos y la nariz tras un muro frente al "bistrot del cambio", la pareja de asesinos espera observando el acceso.

-*Demasiado tranquilo…*

-*Normal, compañero, la gente está encerrada en sus casas. Esto no ha hecho más que empezar*. – dice Vlin sin parar de mirar a un lado y otro de la calle y sin perder en ningún momento su media sonrisa encantadora- *Por eso es seguro que se habrán ido a reponer fuerzas. No tenemos que temer por ahora.*

Vlin se yergue y camina por el desierto empedrado hasta la puerta del bistrot.

La empuja y esta se abre.

Hace un gesto a Rupa indicándole que se acerque.

Rupa corre hasta la entrada con una mano metida en el bolsillo para no perder el contacto con el arma.

Dentro todo está en calma.

Rupa saca la pistola y con el brazo flexionado y el cañón hacia arriba avanza de puntillas.

La madera del suelo cruje.

-*Tranquilo, compañero, guarda el arma.* –dice Vlin bajando con su mano la de Rupa.

-*Mira las mesas y la barra. Todo está como estaba anoche. Nadie ha recogido. Ni siquiera han apagado las luces.*

Ideas oscuras recorren la mente de Rupa.

-*¿Vlin, habrán detenido al dueño?*

-*Es posible, compañero.*

Con cautela revisan las salitas laterales y la segunda planta.

-*Tal y como sospechaba… No hay nadie. Ahora estarán en sus cuarteles y ministerios tramando su siguiente movimiento.* –dice Vlin,

Ese movimiento que tanto tiempo ha esperado.

-*Iré a coger unas cosas que necesitaremos. Tú quédate aquí, compañero, y espera a los demás.*

-*¿Cómo sabes que vendrán?*

-*Vendrán. Los que valen la pena lo harán.*

El silencio, ese silencio tan impropio del normalmente agitado bistrot, ese y lo que lo causa, doblegan lo que queda del espíritu de Rupa.

Siente el final más cerca que nunca.

Imagina hombres uniformados entrando a por él y sacando lo que ya no es él.

Se sienta en el suelo del armario del camerino.

Recuerda la estancia llena de miembros del Colectivo Unicornio ilusionados tras los discursos pidiendo un cambio. Pidiendo un mundo nuevo y diferente. Un mundo más justo.

Y ahora… Ahora puede que estén todos muertos.

Unos pasos en el salón principal. La madera los delata.

Él se aprieta entre los abrigos y uniformes de camarero. Esconde su cara tras las rodillas dobladas.

"Si debo caer he de hacerlo con dignidad. ¡Coge la pistola y da la cara!"

Pero no lo hace.

-*¿Vlin? ¿Rupa? ¿Fideo? ¿Alguien?*

Es la voz de Suras.

La bufanda verdinegra queda olvidada en el armario tras lanzarse Rupa a los brazos de Suras en el centro de la sala.

Llora desconsolado.

-*¿Qué hemos hecho, Suras? ¡Qué hemos hecho!*

Suras como de costumbre le habla con la mirada.

Pronto el corazón y el ánimo de Rupa se recuperan.

Uno a uno van llegando los apenas quince miembros leales que quedan.

-*Sabía que vendríais, compañeros*. –pronuncia Vlin entrando por la puerta principal, esta vez sin la prudencia de hace un par de horas- *¿Lo sentís? ¿Podéis sentirlo?*

Nadie dice nada esperando las palabras de su líder.

-*Es el odio, compañeros. ¡El odio! Odio hacia nosotros por parte de ellos. Odio hacia ellos por nuestra parte. ¡Ahora sí que les hemos hecho enfadar para que sepan ver lo enfadados que estamos! ¡Ahora sí que nos van a escuchar!* –proclama con orgullo.

Todos miran a Vlin con ciega admiración. Todos menos Suras.

-*¡Qué deliciosa sensación estar enfadado con alguien! Poder odiar. Sí…. Un verdadero placer. Pues es en ese momento cuando con más fuerza, de forma más auténtica y justificada te crees mejor que alguien, en una mezcla de adrenalina, proyección, afirmación, y energía brutal que emanada de ti hacia el exterior, salvaguardando intacto tu interior que sin molestia alguna descansa en silencio en las sombras de lo que eres y que no conoces ni quieres conocer.*

Vlin observa a la muchacha de oscura mirada, sorprendido y ofendido por la osadía de esta al interrumpirle, e incrédulo ante sus afiladas palabras.

Decide mirar hacia otro lado y proseguir como si no hubiera pasado nada.

-*¡Odiemos juntos compañeros! ¡Odiemos juntos y démonos un sentido ahora que tenemos enemigos!*

A pesar de no ser momento de sermones, el fervor de los presentes se mantiene intacto.

-*¡Dinos, Vlin, qué debemos hacer!* –grita alguien.

-*¡Os lo diré! ¡Claro que os lo diré! Y esto es: Tomaremos el islote del faro, y en él, proclamaremos un nuevo estado soberano, El Reino del Unicornio, un reino inventado, un reino con un rey justo: ¡Yo!*

Antes de poder creerlo, Rupa está entrando en el faro.

-*¿Cómo sabes que no nos atacarán durante la noche y acabarán con todos nosotros?* –pregunta Rupa a Vlin.

-*Tranquilo, compañero, no lo harán, puedes creerme.*

Pero Vlin no lo sabe.

No puede saberlo.

Lo que sí sabe es que esta es su última carta. Ha apostado todo en esta jugada. Su vida. La vida de todos ellos.

Si ven el amanecer, sabrá que todo ha funcionado.

Las tropas de Crostia rodean la isla al percatarse de que en ella hondea una bandera blanca con la palabra "Unicornio".

-*Han inventado un reino.* –dice un periodista a otro.

-*¿Inventar un reino? ¡Eso es imposible!*

-*Ahora no son terroristas si no invasores extranjeros.*

Los quince jóvenes montan guardia en el interior del faro.

En la parte baja hay una pequeña vivienda. Algunos cocinan la que quizá sea su última cena.

-*Compañeros, necesito un par de voluntarios que vayan hasta la casucha que hay en la parte septentrional de la isla y vigilen desde ahí para prevenirnos si Los Osos desembarcan. Es una misión arriesgada, pues nos rodean desde la costa y tendrán muchos tiradores apostados.*

-*¡Yo lo haré! Conozco bien la casa de nuestra estancia en ella anoche.* –dice Rupa mientras se adueña de él una extraña y repentina valentía, o quizá la idea inconsciente de alejarse del grupo que sabe abocado al fracaso.

-*Yo le acompaño.* –añade El Fideo.

-*Bien, id con cuidado.*

Abren la portezuela del faro y corren hasta las ruinas de la precaria construcción abandonada.

No hay disparos.

Vlin decide apostar otro centinela en la parte alta del faro, junto a la lámpara de sebo que emite el haz de luz.
Recorre con la mirada a todos los presentes, que, en silencio, esperan órdenes.

-*Necesitamos también alguien arriba, compañeros*. –dice Vlin mientras mira fijamente a Suras.

-*Voy*. –responde ella dándose por aludida.

Cuando llega a arriba una bala penetra por el cristal directa a su cabeza, pero el impacto con el vidrio la hace desviarse y le alcanza en el hombro.

Cae de espaldas por la estrecha escalera de caracol.

-*Han debido pensar que íbamos a apagar la lámpara y se han puesto nerviosos.* –dice Vlin tratando de transmitir calma, mientras entre todos llevan a Suras a la cama del farero, al cual retienen maniatado y encerrado en un arcón.

La noche pasa y cada minuto es una victoria para Vlin.

Bajo el precario tejado de la casucha, Rupa y El Fideo permanecen alerta mientras sus piernas se mueven involuntariamente por los nervios y el frío.

-*Rupa, ¿tú qué harías si te encuentras con otro tú?*

-*¿Con una copia exacta de mí mismo?*

-*Sí.*

-*Seguramente querría echarlo, alejarlo de mí, de nosotros, pues Rupa sólo hay uno.* -responde con decisión- *¿Y tú?*

-*Yo respetaría a mi otro yo por sus valores, que son los míos, pero sabría qué algún momento tendríamos que batirnos en duelo a muerte.*

Se quedan en silencio imaginando la situación.

El Fideo, poco amante de los silencios, prosigue con sus juegos.

-*Si conociéramos otros Rupa y otro Fideo pero en cuerpos diferentes y con sus respectivas vidas pero que se comportaran como nosotros, ¿qué harías?*

-*Pues... Intentaría doblegar al otro tú, porque a ti no podría hacerte daño por la amistad que nos une, y al otro Rupa no sería capaz pues me sentiría muy reflejado, asique la presa más fácil sería el otro Fideo.*

-*¿Por qué tendrías que doblegar a ninguno?*

"Para tener el control" piensa Rupa pero no lo dice.

-*No sé.*

-*Yo me llevaría bien con los tres hasta el día de mi batalla con mi otro yo.*

Rupa reflexiona sobre la ficción.

Sabe que El Fideo es un tipo leal, con unos principios férreos que hacen de él alguien decidido y valiente, pues al único que tiene que demostrarle algo es a sí mismo.
Sabe que El Fideo sería amable y cariñoso con todos y llegado el momento se mataría sin dudarlo.

También sabe que él, Rupa, es muy dependiente de esa imagen que tiene de lo que es Rupa.

El juego le ha hecho verlo más claramente.

Trataría de mantener a raya a los Fideos y al otro Rupa para que no pudieran desestabilizar lo que tanto le ha constado conquistar: La idea del Rupa seguro de sí mismo. El Rupa capaz. El Rupa poderoso.

No quiere saber nada de ese Rupa débil y víctima de su propia miseria, que pasaba las horas en la taberna del puerto. Ese Rupa del que reniega como si nunca hubiera existido.

-*¡Alguien se acerca! ¡Alguien se acerca! ¡Alguien se acerca!*

Los gritos de El Fideo devuelven a Rupa al islote y despiertan a muchos que habían cedido ante el sueño en el faro.

Suenan las armas amartillándose.

Algunos saltan estirando los músculos y preparándose para la lucha. Otros se dan un último abrazo melancólico pero con el orgullo del que sabe que ha luchado por lo que cree.

Dos hombres ataviados con uniformes blancos de gala se acercan manteniendo un paso ceremonial hacia la entrada.

Vlin mira por una ventanita junto a la puerta.

Observa que uno de ellos lleva bajo el brazo una carpeta de cuero rojo.

Su cara se ilumina.

-*Tranquilos. Yo iré. Adiós, compañeros.*

Llantos.

Vlin se encuentra con ellos al alcance de todas las miradas; con los miembros del Colectivo Unicornio a su izquierda, Rupa y El Fideo a su derecha en la casa, y rodeando toda la costa, las tropas preparadas.

Hablan.

El Sol se eleva desde Oriente y Vlin piensa que resulta el marco perfecto para el desenlace.

Sigue hablando con los dos oficiales.

Ahora se estrechan la mano.

Los hombres vuelven a la barcaza.

Vlin lo hace hacia el faro.

Al acercarse, un rumor desde el interior.
Un cantico susurrado.
Un mantra.

"Vuestro mundo egoísta me convierte en terrorista. Vuestro mundo egoísta me convierte en terrorista. Vuestro mundo egoísta…"

Abre la puerta tranquilo. Todos callan y le miran como lo hace un cordero antes de ser degollado.

-*Suras, ¿puedes venir un momento?*

-*¿Qué ocurre, líder?* –preguntan desde dentro.

-*¿Se llevan a los heridos?* –añade otro.

Pero Vlin los ignora.

Agarra de la mano a Suras que siente un gran dolor mientras Vlin la arrastra del brazo donde aún tiene alojada una bala.

Llegan a la casucha en ruinas.

-*Compañeros, dejadnos solos.*

-*Pero…*

-*Todo ha acabado, compañeros. No tenéis nada que temer. Volved al faro.*

La chica de negros cabellos y ojos, es empujada hasta el sótano donde la noche anterior Vlin roncaba.

-*Suras, Suras, Suras…* -pronuncia con voz siniestra el líder del colectivo.

-*¿Necesitan un rehén? ¿Quieres entregarme?*

-*¿Un rehén dices? No Suras Surita. Te equivocas. Que decepción. Siempre creí que tenías un don especial. Fuiste mi más valiosa herramienta reclutando estudiantes en los comienzos. Estaba seguro de que si te tenía a mi lado me engrandecerías con tu magia. Pero ahora… Ahora veo que me equivocaba contigo. ¿Cómo no has podido antever que acabaríamos así? Realmente no lo digo por mí, sino por ellos, los que están ahí dentro.* –Vlin hace crujir los dedos de sus manos- *Una lástima, Suras. Una verdadera lástima.*

Ella entrecierra los ojos tratando de ver a través de los de él, pero es en vano.

-*No tienes ni idea de lo que va a pasar a continuación, ¿verdad? Yo te lo diré.*

Vlin descorre el precario vendaje que los miembros del colectivo le han procurado a Suras sobre la herida del hombro.

Muy despacio comienza a trazar círculos con la yema del dedo alrededor de la carne desgarrada.

Ella percibe las intenciones del líder y tiembla.
Él la mira fijamente y clava el dedo dentro.

Suras se retuerce y le fallan las piernas. Sus rodillas se doblan pero Vlin la levanta tirándola del pelo.

Ella respira tratando de reponerse y en un movimiento rápido intenta salir del sótano.

Vlin pone un brazo entre ella y la puerta impidiéndola moverse y acercándose tanto que ambos pueden sentir el calor del otro.

-*Tranquila, Surita, ya nada se puede hacer. Y ahora llega la mejor parte. La única que no tenía planeada. ¿Ves estos dedos?* –dice poniendo sus manos firmes y ensangrentadas ante su cara- *¿Sabes lo que puedo hacer con ellos? No. No lo sabes aun. Nunca podrías imaginarlo.*

Ella se revuelve pero Vlin cubre con la palma de la mano su delicada cara y la mantiene inmóvil presionándola contra el muro.

Pasa la otra mano por su cuello de suave piel morena.

-*Eres la única… La única persona que se ha atrevido a cuestionarme. ¿Crees que no me di cuenta ayer en el bistrot? ¿Piensas que puedes ridiculizarme con tus absurdas ideas místicas? Vivimos en este mundo y no lo podemos cambiar. Ahora vas a sentir ese mundo cerrarse sobre tu cuello. Disfruta de mis dedos, Suras*. –dice deslizando los dedos sobre su rostro hasta poner el índice derecho sobre sus labios- *Disfruta.*

Vlin baja sus manos hasta rodear la tráquea de Suras.

Ella se pone firme aceptando su destino.

Un segundo de silencio.

Rupa irrumpe en la estancia.

-*Algo va mal. Las tropas…* -acierta a decir.

El Fideo entra detrás.

Vlin suelta a Suras y recupera su gesto de líder carismático.

-*Bueno, compañeros, aquí estamos los cuatro.*

-*Vlin…* -dice Rupa.

-*Igual en el fondo sí que lo habías visualizado*. –pronuncia Vlin con la ojos fijos en la muchacha.- *¿Es ahora cuando me matan?*

Los recién llegados no entienden nada.

-*No. Lo dudo. No serían capaces de hacerlo.* –prosigue- *Sin embargo yo sí que podría. Por eso soy yo el que está ya de camino al palacio, para que el traje a medida le hagan. Soy yo el que trabajará para La Dirección y desde las sombras controlará todo lo que pasa. Soy yo el que vivirá sin más preocupaciones que evitar que mas Colectivos Unicornios haya.*

Ahora lo entienden.

Pero nadie hace nada.

-*Tal y como sospechaba.* –sentencia con una reverencia- *Adiós, compañeros.*

El sudor sobre la madera, el metal y la pólvora.

La hesitación.

La rabia.

-*¡Vlin!* –grita Rupa.

El líder permanece bajo el marco de la puerta de espaldas.

-¿Qué pasa con nuestra consigna, "no debemos ser como ellos"? ¿Fue todo un engaño?

Vlin se gira aliviado de recibir una pregunta tan fácil en vez de una bala.

Ríe.

-Compañero, ¿de veras pensaste en algún momento que podríamos ser como ellos, acercarnos siquiera al punto que hace tanto rebasaron? ¿Llegar, comprender y asumir lo que es tan complicado? ¿Creíste que podríamos inventar un color? Eres un iluso compañero.

Abandona el cuarto escaleras arriba dejando a los tres abatidos bajo las ruinas.

Los miembros del Colectivo Unicornio son arrestados y metidos en una gran embarcación.
Sin su líder.

La bandera del autoproclamado reino, quemada sobre la marcha.

Mayavi forma en la fila que escolta a los detenidos desde el desembarco en la playa hasta los calabozos del Palacio de Justicia.

Rupa la ve pero no la reconoce.

No hay juicio, sólo un largo convoy bajo el Sol.

El olor de los caballos.

Una tierra prohibida.

Septentrión.

Los que fueron llamados terroristas y luego invasores de otra nación, ahora son numerados como mano de obra en los invernaderos.

Trabajarán sin descanso para alimentar a aquellos por los que lucharon y a los que quisieron ayudar.

Se abren las puertas de la cubierta brillante que ocupa un tercio del suelo de Crostia.

Al entrar la atmosfera cambia.

Las fosas nasales de los recién llegados se expanden.

Un cosquilleo.

Es el aroma concentrado de las plantas respirando, creciendo, viviendo.

Calidez.

Frescura.

Todo al mismo tiempo.

-*Un mundo nuevo. ¿No era lo que queríamos? Pues aquí lo tenemos.*

Pero Rupa no tiene humor para bromas.

Llega el momento de la distribución de habitáculos en la estación de hacinamiento humano.

Suras le pide a Rupa que sea su compañero de litera. Este lo rechaza.

Hombres y mujeres duermen y conviven juntos en el universo verde bajo la cúpula blanca.
Una pastilla derivada de una secreta planta les esteriliza para evitar nacimientos indeseados.

No hay descendencia en los invernaderos.

Y aunque la tensión sexual no es problema para Rupa, Suras le impone un extraño respeto. Su mente le intimida.

Elige a El Fideo de compañero.

Yo me deslizo hasta ellos por los pequeños conductos de irrigación y goteo sobre sus manos mientras con unas pequeñas tenazas cortan las ramas de las plantas.

Trabajan desde que los potentes focos de luz artificial se encienden hasta que en su sector se apagan.

La estación de hacinamiento y descanso es poco más que una caja metálica en medio de su puesto de trabajo.

Su dieta son pastillas. Tres verdes y una negra.

-*He oído que la negra es para atrofiarnos las partes íntimas.* –dice El Fideo.

-*¿Para qué iban a querer hacer eso?*- responde Rupa mientras mira hacia el techo tumbado en la parte superior de la litera.

-*Para que no tengamos sexo.*

-*Será para que no tengamos hijos.*

-*No lo sé. Igual no quieren que disfrutemos de nada.* –prosigue el fornido hombretón- *Aunque yo hubiera vivido mejor sin probarlo.*

-*¿Qué dices?*

-*Sí, enserio. Desde que lo hice no he parado de buscarlo. Es algo que quieres tener una y otra vez y sin darte cuenta todo lo que haces gira alrededor de ello.*

Rupa piensa en Mayavi.

-Fideo, no creo que tengas razón. Yo he hecho muchas cosas que nada han tenido que ver con el sexo. Por ejemplo, sin ir más lejos, unirme a nuestra causa. Todo lo que he hecho por el Colectivo Unicornio ha sido por algo mayor que eso.

-¿Seguro?

Rupa piensa de nuevo en Mayavi.

-Seguro.

-Pues yo no. –dice El Fideo con mucha seguridad- *Siempre he estado enamorado de Suras. Supongo que es algo que ya imaginabas.*

"No lo imaginaba."

Pero ahora muchas cosas cobran sentido: Seguramente fue Suras la que convenció a El Fideo de salir de su mesa de escritura y participar activamente en las acciones del grupo. También entiende el porqué de cuando se quedó junto a ella en medio de la calle para protegerla con su cuerpo del ataque de los jóvenes Osos. Lo que Rupa vio como un acto de fidelidad a la causa y le hizo confiar en El Fideo, no había sido sino inspirado por la devoción hacia su enamorada. También comprende por qué no quiso acatar la orden de Vlin de volver al faro cuando bajó con Suras al sótano de la casita, y su nerviosismo por ir a ver qué pasaba.

Piensa que a menudo se confunde la lealtad hacia otros, con la lealtad hacia uno mismo.

-¿Crees que Vlin no lo hacía por las chicas, para tener todas esas seguidoras que le idolatraban? ¿Acaso no nos traicionó a todos para tener poder y con ello todas las mujeres que quisiera?– continúa El Fideo.

A Rupa la idea de Vlin le duele.

-No hables de él, por favor.

-Lo siento, Rupa. Tienes razón, será mejor olvidarle.

-Me ha defraudado tanto que…

-¿Defraudado? ¿Por qué dices eso?

-Porque es así, la gente siempre te defrauda.

Ahora piensa en el propio Fideo y su reciente confesión.

-No, amigo. Lo que te defrauda ere tú. Tus expectativas. Ellas lo hacen. La gente sólo es gente y tú no sabes que hay dentro de ellos. Sólo te puedes defraudar tú a ti mismo.

-Pero, ¿y qué hay de la confianza?

-La propia definición de confianza refleja lo inestable del término, ¿no crees? Debes esperar que algo suceda, pudiendo no ser. Es una apuesta. Un deseo. Debes creer. Tú. La confianza es tuya. Está en ti, no en los demás.

Rupa piensa que quizá hubiera sido mejor idea aceptar la invitación de Suras para compartir habitáculo.

El Fideo nunca se calla.

-*Seguramente Vlin lo planeó todo desde el principio*. -prosigue su ya inevitable camarada- *Estaba igual de mal que nosotros, sin un futuro, sin ninguna esperanza, pero él ideó la manera de ascender hasta un lugar al que casi ninguno pude hacerlo. Cuando le conocí yo sólo escribía pequeños textos con los resultados de las competiciones de remo. Él inventó la filosofía del cambio; El Colectivo Unicornio. Lo inventó y nos convenció. Nos hizo ver algo que antes ahí no estaba. Quizá fuera todo una mentira, pero nosotros la imaginamos. La dimos forma. Yo la hice palabras… Vlin ya no existe para nosotros, pero lo que creó es real, muy real, y mientras no renunciemos a ello habrá esperanza.*

Los ojos de Rupa se cierran.

Cuando los vuelve abrir sólo desea hablar con Suras.

Ella es la única que puede decirle si el plan que ha soñado es locura o la culminación de su causa.

-*Pastillas negras.*

-*Rupa no te entiendo.*

Ocultos tras la factoría de muebles, lejos de su zona de producción asignada, Rupa espera que nadie pueda oír lo que va a decirle a la morena muchacha.

-*¿Sabes que sólo nos las dan a los nuevos? Luego ya no hacen falta.*

-*Creo que sé por dónde vas y no me gusta.*

-*Suras, dime que no he perdido la razón.*

Sin maquillaje ninguno, los ojos de ella son aún más mágicos.

-*La humanidad está corrompida. Sólo una cosa puede impedir que sigan siendo malvados. Hablamos de un cambio y aún estamos a tiempo de hacer algo.* –dice Rupa esperando las palabras cómplices de su compañera revolucionaria.

Pero no las halla.

-*Matar es muy serio pues es quitarle la vida a alguien. Tener hijos es aún más serio, pues es dar vida a alguien que no existía. En cuanto a matar tenemos estrictas leyes, pero respecto a procrear, ninguna. Con un comienzo así de desastroso, no es de extrañar que todo lo sucesivo no funcione.*

Suras sigue en silencio manteniendo severa la mirada.

Rupa ya no sabe qué decir.

Se arrepiente de sus palabras.

Hesita.

No quiere defraudar a la única amiga que le queda en el mundo.

Pero ya no hay marcha atrás.

-*No te dejaré que lo hagas.* –sentencia ella.

Sus palabras son tajantes. Frías. Incisivas como una puñalada.

Pero no hay nada más parecido a una puñalada que una puñalada.

Suras se gira.
Regresa al lugar donde Rupa se sabe esclavo del absurdo del hombre.

Él levanta las tenacillas de trabajo sobre la espalda de ella y con todas sus fuerzas se las clava bajo el cuello.

Suras se desangra.

"Yo maté a aquél hombre en el café, un hombre que merecía ese destino no más que cualquier otro, pues todos somos igual de culpables. Nos han abandonado todos aquellos por los que luchamos. Nadie es mejor o peor que nadie. O todos o ninguno."

En la mente de Rupa ya no hay lugar para el miedo o la hesitación.

Sus manos tiran del gran carro del reparto de las raciones.

Miles de pastillas negras.

Robadas.

Un nuevo destino ha sido escrito para ellas: Irán al tanque potabilizador de agua. Me hará cómplice de su crimen atroz.

Luego volverá a la estación de alimentos donde yacen muertos por la mano de él los guardias, y otro carro lanzará sobre la trituradora de sales, otra sobre los aceites, mantecas, carnes, azucares…

El plan de esterilizar a toda la humanidad está en marcha.

"Será la última generación de maldad que haya."

Pero un disparo certero le detiene cuando ya siete carros llenos de pastillas hechas a base de oscuras plantas se han disuelto en la comida y bebida para el pueblo destinados.

Ante el oficial de guardia, Rupa por la pierna sangra.

En el pecho de la mujer que el invernadero manda, la flor blanca de ocho pétalos.

Por un momento puede sentirse frente a una cálida chimenea en un hotel cerca de un lago, sosteniendo entre sus manos una botella de hidromiel helada.

-*Nunca he hecho daño a nadie.* –dice El Fideo a la mujer oficial que les interroga.

Pero de poco sirve.

No hay juicio.

Ambos son trasladados de inmediato hacia un cuartel a las afuera de Thalarctos, encontrados culpables, Rupa por conspiración y El Fideo irremediablemente arrastrado como supuesto colaborador al ser su compañero de habitáculo.

Gracias a la acción del primero, toneladas de recursos han quedado inservibles. Durante las próximas semanas la población sufrirá un hambre terrible.

"Puede que entonces espabilen."

Mayavi los ve llegar desde la ventana del dormitorio femenino en la segunda planta del palacio donde están acuartelados los jóvenes Osos Blancos del Crost.

El sargento entra con ímpetu y manda cuadrarse a la tropa.

Deben formar pelotón para fusilar a los que tan grave delito han llevado a cabo.

-*¿Tiene papel y lápiz? Me gustaría poder escribir unos versos.* –pregunta Rupa.

-*Tendrá que ser en la otra vida, muchacho.* –le responde el sargento al mando.

Amanece y Rupa pide un último vaso de agua.
Una última comunión.

Es conducido al patio.

Bajo el palo del paredón, un gran charco de sangre fresca.

"Pobre Fideo. Quizá por fin esté con su Sura anhelada."

Un carguen.

Un apunten.

Un fuego.

Más sangre.
Y una carta.

"Me hallo desprovista de fuerzas para disparar al que fue mi amado.
Su alma y la mía, fundiéronse en una.
El tiempo y el orgullo han olvidado lo que fue de nosotros.
Pero hoy, preparado el pelotón, mi amado se encuentra atado ante mi fusil.
Pronto el sargento dará la orden y la pólvora estallará escupiendo una bala ardiente que ha de atravesar su corazón como lo hicieron una vez mis palabras.
Se acerca el momento.
Tiemblo.
Él levanta la vista.

Mis ojos se encuentran con su mirada, que es la que fue entonces.
El capitán da la orden.
En un segundo, los recuerdos del tiempo que pasamos abrazados desafiando al mundo recorren todo mi cuerpo.
Mi dedo resbala sobre el gatillo.
Él ha caído muerto.
Yo, de piedra.
En Pie.
Tiesa ante él.
Todos me señalan menos mi buena amiga.
"¡Sargento se le ha encasquillado el arma!"
No hace falta que mientas por mí, amiga.
Yo ya he muerto.
El capitán ha sido benévolo.
Sabía que no cumplir la orden acarrea la pena más severa, más, sólo he sido arrestada tres semanas.
Pero qué más da si esta noche, mi cuerpo seguirá a mi alma, y mañana, estaré de nuevo junto a él."

Cuando termina de escribir la carta Mayavi se desvanece. Su cuerpo se evapora.

Tierra fresca cayendo sobre el ataúd de un muchacho.

Un periodista se acerca a la única persona presente a excepción del enterrador.

-*¿Le conocía usted?*

-*Sí, fui su novia.*

-*¿Me puede decir su nombre?*

-*Mayavi*. –responde la mujer vestida con elegantes y carísimas prendas.

-*¿Podría decirme algo del chico?*

-*Vivimos juntos hasta hace dos años, cuando perdió su empleo de pescador. Justo en aquel entonces yo terminaba mis estudios y quedé embarazada. Todo coincidió, por desgracia. Sin sus ingresos y en mi estado, decidí abortar para poder emplearme en un hotel que acababan de abrir en Himsa. Él no quiso acompañarme. No lo aceptó. Yo me fui y hasta ahora no he vuelto a saber nada de él. Creo que perdió la razón.*

-*Créame que lo siento, señorita.*

-*Señora.*

El periodista asiente mientras sin descanso toma nota.

-*Una pregunta más, si me lo permite: ¿Sabe usted por qué eligió el Café de La Garra para quitarse la vida?*

5. El Pequeño Hesitante te habla

Congelado, me quiebro al paso de las barcas que se dirigen al comercio lejano.

Hasta aquí no llegan los recursos de los invernaderos. Las vías del tren rodean la vasta llanura cubierta de líquenes, evitando a estas gentes hace tanto tiempo olvidadas.
Nada, ni siquiera un nombre para la triste aldea.

Es un eco.
Sólo un eco.

Y, a pesar de todo, un eco puede ser más profundo y convincente que la viva voz.

Las resonancias de la agitación en la capital, la lucha que enfrenta a los omnipotentes Osos Blancos del Crost con una nueva clase de ciudadanos que pretenden bajarles de su dorado pedestal, el miedo a una guerra, la violencia consumada… Todo ello, aun tan lejano e irreal, da sentido a la vida de los que aquí habitan.

En sus mentes dibujan lo que nunca han visto, y se posicionan: Los viejos con lo viejo, en un lugar donde no hay nada nuevo.

Opinan y discuten como si algo supieran, pues grande es el poder del que cree que sus ideas emanan simplemente de él.

No saben que nunca irán a la gran ciudad si no son llamados, y de hacerlo lo harán portando armas en sus manos.

Pero no, nada de eso importa para los que no tienen oídos. Nada para los que en realidad no pueden escuchar más que sus propias palabras, y aun así… Aun así viven esforzándose en ignorarlas.

Al fin y al cabo, todas dicen lo mismo.

Yo las conozco bien.

Siempre ha sido igual.

Están atrapados en ellos mismos tanto como lo están entre los canales que he trazado delimitando sus calles.

Y mientras los mercaderes reman con tedio, el niño pasa sobre ellos por el puente de la plaza pequeña.

Corretea entre la hilera de edificios de colores.

Sus pasitos retumban por el tosco empedrado, resbaladizo por la fina capa de hielo que durante la noche he depositado por todos lados.

Cruza la última pasarela, la que une la orilla meridional del Gran Continente con los fragmentados islotes donde se asienta el poblado.

Deja atrás el asentamiento.

Frente a él, el musgo amarillo y la roca gris interminable.
Suidae, muy al fondo, escupe humo desde sus chimeneas, tan lejanas que no son más que una ficción.

Se introduce en la tierra pantanosa con paso ágil. Conoce bien cada piedra, cada charco, cada porción de turba.

Levanta una roca húmeda.

Bajo esta, una caja.

El niño la observa con regocijo. Espera un instante para abrir la oxidada tapa.

En su mente un único pensamiento.
Una única imagen.
Una única ilusión: Sus tesoros. Sus hallazgos.

Todo sigue intacto: Dos discos de vinilo que nunca ha escuchado, una pulsera de cuentas redondas con suásticas en levógiro, un estuche con talco, vendas, jeringuillas, pastillas… Un reloj de cuerda, un chupete de goma y un abrelatas oxidado.

Sabe que ha de ocultarlos bien para que no le suceda como con las semillas, las cuales al saberse que las tenía, le fueron rápidamente confiscadas.

"Pena capital" le dijeron. Pero al ser un niño no fueron severos.

También una vez encontró unas pequeñas capsulas de cristal con un líquido que olía a almendras.
Lo supo al caérsele una al suelo y derramarse su contenido.
Estuvo tentado de beberlas, pero supuso que de ellas sería de donde salían los almendros y tuvo miedo de que uno le creciera en la barriga.
No quería convertirse en un niño-árbol asique en esa ocasión las entregó voluntariamente al gobernador.

Cierto es que, es este un lugar donde no hay nada especial, donde nunca pasa nada. Sin productos, tradiciones o conocimientos dignos de mención.

Un lugar que simplemente está. Y sus habitantes igualmente sólo están.

Estar; ese es su mal.

A pesar de ello, el pantano alberga grandes sorpresas; muchos han sido los cofres de sabiduría que aquí se han localizado.

De hecho hace tiempo hasta se construyó un museo para albergar estos objetos, algo que por un momento puso este lugar en el mapa.
Tres hoteles le siguieron.

Luego Los Osos Blancos se llevaron todo a Thalarctos. Allí, excepto los libros, se encuentran ahora expuestos.

La curiosidad y la ilusión de estas gentes por arrancar sabiduría de la tierra se desvaneció.

Dicen que ya no queda nada mágico que encontrar.

Quizá por eso ya no lo buscan.

Quizá por eso hayan optado por ver el tiempo pasar.

Y de nuevo las barcas en los pequeños canales, yendo y viniendo a Muridae a por provisiones.

Las mismas gentes.

Las mismas canciones.

Pero hoy el niño viene a cambiar todo lo que su pueblo entiende por Mal.

Le llaman Hesitante, pues siempre se está preguntado el porqué de todas las cosas.
Puede que él sea el único que aún conserva el espíritu intrépido para querer conocer, y la fuerza para poder imaginar y cambiar el frío por calor.
Puede que sea por esto que la música le va a ser revelada.

La tormenta se desata.
Raudo guarda la caja.
Corre hacia la aldea pero el viento iracundo le golpean tan fuerte que sólo le queda una opción:
Guarecerse en el viejo cobertizo de caza.

Está acurrucado en una esquina tratando de calentarse.

Las maderas crujen agitadas por el temporal.

Por entre las tablas se cuela el aire que silba y de pronto agita el parche del tambor.

El pequeño Hesitante abre un ojo sorprendido.
Ante él, el instrumento.

Se levanta hipnotizado, olvidando la fuerza invisible que parece arrancar del suelo el pequeño refugio.

Nunca vio nada así.

Sabe que es un tesoro, pero…

"Quizá alguien lo encontró en la llanura y lo trajo a aquí. Quizá sea de algún cazador, aunque ya nadie se aventura a venir cazar a la ciénaga de Meridión."

El polvo cubre los utensilios de matanza y la pequeña estufa que permanece apagada.

También el bombo.

Pasa el dedo sobre la madera y observa su joven piel cubierta de gris.

"Debe llevar aquí mucho tiempo."

Sus ojos enfocan tras su yema sucia y en el suelo se dibuja una maza tirada.

Sabe lo que tiene que hacer. Su cuerpo se lo pide.

Bajo el sonido de los truenos, la suave lana percute contra el tenso cuero, provocando un grave estruendo.

Yo caigo de las nubes y me cuelo por la madera, goteando sobre el hombro del niño y vibrando con su ritmo frenético.

Cada vez le da más fuerte.

Cierra los ojos y su rabia se transforma en la música más tosca.

Y cuando cesa la tormenta, cesa su canción.

Vuelve hacia la aldea preguntándose si alguien le habrá oído tocando ese objeto mágico que es ahora el centro de toda su vida, de todos sus pensamientos y preocupaciones.

Pero los canales están tranquilos. Las gentes resguardadas.

El niño cruza el primer puente y llega a la plazuela pequeña. Todo aquí parece estar desperezándose del repentino temporal.

Algunas ventanas se abren y el sonido del cristal de las botellas de hidromiel recolocándose en las tascas, delatan que los tristes aldeanos vuelven a sus actividades acostumbradas.

La siguiente pasarela de piedra le introduce en las callejuelas contiguas al mercado y a la gran plaza.

Sobre mis aguas, el muelle, que es la boca que nutre la aldea, y hacia Occidente, el palacio del gobernador. Tras este, la casa del niño.

A mitad de la explana su mirada se posa en la otra orilla; una extraña figura le vigila.

Por un instante permanecen parados uno frente a otro en la distancia.
Yo entre medias sirvo de muralla.

De pronto sus pupilas se dilatan.

Los pies han iniciado la carrera y al respecto él no puede hacer nada.

"Sé lo que he visto al otro la del río. Sé que del tambor era ese el dueño legítimo."

Bajo la protección de la manta en su cálido lecho, el niño se esconde sabiendo que ha jugado con algo que no es suyo. Teme el castigo pero lo que aun teme más, es el hecho de saber que mañana al viejo cobertizo volverá.

Necesita de nuevo tocar.

Sueña con bombos y figuras que le acechan, pero pronto amanece y el olor del puchero le levanta de la cama.
Hoy será un niño bueno. Así se lo ha propuesto.

Ocupa su mente con los quehaceres típicos del infante; ayuda en la casa. Va a comprar al mercado. Vigila el fuego del hogar.

Después del almuerzo sale a jugar.

Los otros niños están poniendo sobre mis aguas, a la entrada del gran canal, barcos tallados en pequeños trozos de madera.
Juegan a las carreras sin saber que seré yo quien decida quien gane o pierda.
Al pasar bajo el quinto puente, el último antes de que el canal vuelva de nuevo a la corriente principal, recogen con una red los barquitos que descienden en inestable zozobra.
La meta queda justo bajo su ventana.

Le llaman.

Vuelve al hogar a merendar.

El Sol desciende y los hombres aparecen en dirección a donde han de encontrarse con sus hidromieles, mientras van despotricando sobre los acontecimientos de la capital que les son ajenos.
El vacío que les llena hace suyas todas esas tragedias.

Por las calles se escuchan las voces de exaltados manifestantes que defienden el orden y la tradición de Los Osos Blancos del Crost. No quieren ningún cambio. No lo comprenden y lo temen. Podrían perder lo poco que tienen.
Hablan de acabar con todos los que no piensen igual.

Por su parte el pequeño devora el duro pan mientras un tembleque ansioso le tiene preso.
Es su cuerpo convulso por el deseo acallado que así se manifiesta.

Piensa en el refugio de caza, silencioso, en mitad de la llanura helada.

Escucha de nuevo ese sonido en su interior.

Esa vibración golpeándole en el pecho.

Cede al instinto y abandona los juegos y las risas para ir en busca de algo que por primera vez en su vida siente como realmente importante.

Pasa junto a la piedra bajo la cual oculta sus tesoros, esos que hasta ahora eran todo para él, y que ya no son nada.
Ha olvidado que existen.

Se sienta sobre el musgo y observa la cabaña como solía hacerlo con su caja oxidada.
Se toma un momento para disfrutar de ello.

Lamiéndose los labios, entra dentro.

Todo está igual que ayer. El tambor y la maza le esperan. Le llaman.

Toca. Toca. Toca.

Sabe que no sabe nada de lo que sus manos hacen, asique ensaya.

Pasa una semana.

El niño es feliz.

Los animalillos del pantano se espantan.

Otra tarde más tocando toscos ritmos que sólo a él dicen algo.
En cualquier caso, sólo él los escucha, pues para él los ha creado.

Anochece y sale dejando todo con ritual orden: La maza donde estaba el primer día, el bombo sobre la marca de polvo en el suelo de la cabaña.

Cierra la puerta con cuidado.

Se gira.

Choca contra un cuerpo huesudo.

Cae hacia atrás.

Antes de siquiera levantar la vista, la identidad de quien ahora le acompaña comprende sin duda alguna.

-*Eres el dueño del bombo, ¿verdad?*

-*Amiguito, temo que te equivocas, pues sólo soy un fiel admirador de tu obra.*

El pequeño Hesitante observa la figura.

Sus ropas son impropias del perdido paraje.
El traje es elegante, aunque el negro del tejido está desteñido, y la corbata y bordados blancos, deshilachados y envejecidos.

El rostro de la figura no es un rostro si no un trapo, un trapo blanco con dos cruces negras por ojos y una línea por boca con los labios cosidos.

-*¿Querrías mostrármelo?* –pregunta la figura.

El pequeño Hesitante asiente.

Entran en el cobertizo y el tambor domina el lugar desde el centro del mismo.

-*¿De veras no te pertenece todo lo que hay aquí dentro?* –pregunta el niño.

-*Tuyo es, pues tú lo has hallado.*

Una inevitable sonrisa se dibuja en la cara del pequeño.

-*¿Te gusta tocarlo?* –pregunta la figura señalando al tambor.

-*Sí.*

-*¿Por qué?*

-*Porque me hace feliz.*

-*¿Cómo va a hacerte feliz algo sobre lo que no sabes nada, excepto golpearlo?*

-*Porque todo eso que no sabía expresar con palabras, por fin puedo expresarlo con estos golpes.*

-*Comprendo, pues a menudo el hombre con golpes se ha expresado por no saber con palabras lograrlo.*

El niño mira a la figura ofendido.

-*¡Oye, pensé que habías dicho que eras admirador mío!*

-*Y lo soy, amigo mío. Por eso para ti un regalo he traído.*

-*¿Un regalo?*

-*Así es.*

El pequeño Hesitante desconfía.
Nadie por aquí regala nada si no oculta un motivo.

-*Será mejor que lo traigamos dentro, antes de que se lo lleve el viento.*

Salen del refugio y sobre una de las paredes exteriores del mismo hay una guitarra reluciente.

-*¿Qué es?*

-*Obsérvala con atención, pues es la nueva herramienta que usarás en tu misión.*

-*¿Qué misión?*

-*La de contarle a todos los seres de la creación, la verdad necesaria que hay en tu interior.*

El niño no termina de entender.

-*Y... ¿Es también esta guitarra un tesoro de aquellos que en los cofres de sabiduría se hallan?*

-*Mi pequeño amigo, no todo en este mundo proviene de cajas que alguien puso ahí para nosotros encontrarlas. Pueden los hombres imaginar y crear. Todas las cosas se pueden cambiar.*

-*¿Todas?*

-*Todas.*

Un torpe acorde.

Las tersas cuerdas braman.

Sus pequeñas manos hesitan ante la grandeza desatada.

-*Pero…*

-*Tranquilo, yo te enseñaré a usarla. Haremos de ella tu mejor arma.*

Caminan de regreso al único orden que el niño conoce.
Las calles estrechas. La aldea olvidada.

Ante el puente de entrada, la figura se detiene.
Toca el pelo del pequeño con su mano helada.
Se gira para volver a la cabaña.

-*¡Espera!* –dice el niño- *Dijiste que mi misión era contar lo que tengo en mi interior, pero, ¿por qué eso iba a interesar a alguien?*

-*Porque en tu interior se conserva aún la inocencia y la auténtica bondad. Tú no puedes verlo pues son tu realidad, pero para las gentes de este mundo es lo único que les puede salvar.*

-*Entiendo* –responde deseando que al decirlo pueda ser así.

-*Te he visto sufrir cuando has tenido que escuchar discutir a otros, sin tú poderlo remediar. Sé que no quieres ver a los iguales luchar, sin ni siquiera ellos saber por qué lo hacen en verdad.*

La figura se aleja pero el niño no puede las dudas acallar.

-*Antes de irte, por favor, dime quién eres.*

-*Te diré quién soy con esta historia.* –responde la figura acercándose de nuevo y reclinándose cariñosamente sobre él- *Hace tiempo estaba muy solo, pues no conocía a ninguna persona con la que mereciera la pena compartir de mi vida una hora. Quería formar un grupo con la gente más buena y para encontrarla desarrollé el siguiente sistema: Al igual que tú has hecho conmigo, cuando me hallaba ante un desconocido, le preguntaba: "¿Quién eres, amigo?" Y siempre todos me daban su nombre y apellido. Pero entonces alguien rompió la regla y con humildad me dijo: "¿Qué importa quién sea? Conozcámonos y juzgarás con lo que veas." Fue así como encontré a mis amigos, los que estaban libres de sí mismos. Y así logramos ser nadie para en todo por el resto convertirnos. Desde entonces, pequeño mío, ya no hubo duda. Asique ante ti me presento: Yo soy Nadie. Entelequia pura.*

Se despiden con la promesa de verse cada tarde en el refugio de caza.

El niño duerme pensando en nuevas melodías, esta vez dulces y tranquilas.

Pasa una semana.

Un mes.

Ensayan. Ensayan. Ensayan.

Ningún ser más que ellos sabe el esfuerzo y el sudor vertido sobre esas notas.

La figura enseña al pequeño Hesitante, la canción más hermosa que jamás se compuso.

-*Creo, mi joven amigo, que hoy es el día en que por fin estás listo.*

-*¿Listo para qué?*

-*Para que tu mensaje de paz a la gente hagas llegar*.

-*¿De veras lo crees?*

-*Nunca nada mejor que esto escuché*.

El niño respira hondo y acepta su destino.

Tiembla, pero la mirada cosida en la cara de trapo blanco le tranquiliza.

Su amigo no sonríe, pero él así lo siente. Sabe que a su lado lo tiene.

Llegan al puente.

-*Mientras yo aquí te espero, tú avanza sin miedo.*

-*Pero…*

-*Cántales que sean buenos. Sólo tú puedes hacerlo.*

Sus pequeños piececitos le deslizan sobre el empedrado.
Ha olvidado ya las carreras de barcos.

Llega al mercado y coge una caja vieja.
La lleva hasta el centro de la gran plaza.

El gobernador, desde su despacho, ve al niño subido en ella con una guitarra en la mano.

Él ve el palacio, los edificios de colores y muy al fondo la puerta del hogar donde se ha criado.

Se aclara la voz con un torpe carraspeo.

Es la hora de regreso de los empleos. Los borrachos, aun sobrios, observan al pequeño Hesitante con desconcierto; muchos han sido los que han protestado, pero nunca nadie les ha cantado.

Comienza la interpretación.

Todo el pueblo acude al son de los acordes.

Sobre la preciosa melodía, las palabras del niño con el mensaje de paz.

En las caras de la gente, la fascinación.

Algunos lloran de emoción.

Hay abrazos y vítores para el niño al terminar. Alzado en hombros por la multitud, desfilan celebrando.

El pequeño Hesitante sumido en la alegría, únicamente piensa en regresar hasta la llanura vacía donde le espera paciente su guía.

-*¡Ha sido un éxito! ¡A todos ha gustado!*

-*Te equivocas, no ha funcionado.*

La piel del rostro del niño de pronto pesa toneladas.
Su mandíbula se descuelga.

-*¿Por qué…? ¿Por qué dices eso?*

-*Dime, ¿qué te han dicho para que hayas pensado que el objetivo ha sido logrado?*

-*Me han dicho que era una bella música. ¡Que yo era un gran artista!*

-*¿Y era eso lo que querías? ¿Has cambiado de algún modo sus vidas? ¿Crees que ya no actuarán más movidos por el miedo y la ira?*

El niño reflexiona.

-*He fracasado.*

La figura se agacha junto a él poniendo una rodilla en el suelo.

-*Tranquilo, mi pequeño amigo, este es sólo el principio.*

Pero esta noche sus sabanas no contienen el aroma del éxito.

De nuevo me quiebro en el embarcadero.

Las idas y venidas del comercio.
Las quejas, protestas, e insultos.

Piedras de afilar calientes.

Una idea surge en su mente, y se dispone a llevarla a cabo.

Es la misma hora que ayer en la plaza del mercado.
El niño está subido en la caja.
Un bombo esta vez le acompaña.

-*¡Mirad, es el pequeño gran músico! ¡Ha vuelto a deleitarnos con sus mágicas tonadas!*

Pero la percusión horrisonante espanta a todos.

Oídos tapados.
Gestos réprobos de decepción.

El que ayer era héroe, hoy es paria.

Manos sucias y arrugadas cogen hortalizas podridas de las cestas del mercado.
Caen sobre el niño.

Puré de vergüenza resbalando por su cara.

Lágrimas y mocos.

Corre hasta la cabaña de caza, a confesar que su misión de nuevo se ha visto truncada.

-¿Por qué fui tan necio de empuñar el tambor y la maza? ¿Cómo pude pensar que me escucharían sin la guitarra?

-Esta vez ha sido la música atroz la que ha impedido que se escuchara tu voz.

El niño sabe que es verdad.

Observa con desprecio el instrumento que fue toda su ilusión. Quiere romperlo, reducirlo a astillas. Arrojarlas luego sobre mí para no volver a verlas más.

Pues así lo han hecho tantos otros antes que él…

-Primero les distrajo lo hermoso, luego fue el ruido lo que les trajo enojo, ¿por qué no pruebas pues a recitarles sin adornos, las palabras que sabes que son Bien para todos?

-No sé si puedo. Tengo miedo.

-El miedo hace interesante la vida. La verdad es aburrida.

-¿Y cuál es esa verdad?

-Tú bien la sabes. Has querido ocultarla con música para hacerla más divertida, pero ha llegado el momento de que claramente la digas.

El viento se desliza rozando los líquenes y musgos de la interminable llanura húmeda y transporta su aroma hasta dentro del cobertizo.

Sólo ha conocido este pueblo, estos canales y estas gentes. El olor del viento lejano le recuerda que hay mucho mundo lejos de lo que sus ojos han visto. Mucho más de lo que le han contando.

Quizá, en algún lugar, todo lo que hay en él sea realidad.

"Si para mí, que soy uno de ellos, es posible ¿por qué no va a serlo para los demás? ¿Qué es eso que nos podría alejar? ¿El miedo o el aburrimiento ante lo que ha de ser verdad? Pero, ¿y si es lo contrario a lo que siento, todo aquello que debería profesar?"

El niño permanece ensimismado.

Cierra inconsciente sus pequeños puños.

"¡Pues en tal caso me negaría a actuar!"

La figura que ha entendido sus pensamientos le responde:

-No tienes miedo a quizá errar, pues bien sabes que en ti reside la verdad. Por eso has de hacer lo que no puede hacer nadie más.

Las dudas se disipan.

No le gusta la misión, pero sabe que es su misión.

Marcha.

En sus casas, las que antes que ellos allí estaban, con sus costumbres, lenguas, ideas y deseos, todas heredadas, allí los que se declaran poseedores de inteligencia y razón, aceptan su animal condición.

Se justifican así ante todo lo atroz. Sus actos son legítimos por supervivencia y amor.

Amor hacia sus Egos; el único que conocen.

Ojos furtivos, ocultos tras las ventanas, ven pasar al pequeño Hesitante con paso decidido.

Todos se dirigen tras él a la plaza.

El mercado se para.

El gobernador sale con su feo traje blanco de imitación, a representar el estamento que es orden y tradición.
Sobre su pecho, la chapita con el Oso Blanco, que tampoco es oficial, pues desde Thalarctos no tienen apenas constancia de este lugar.

Tiembla la escuálida caja que sostiene al niño en alto.

-*¡Atended, vecinos, que el joven cantor está de vuelta!* –exclama levantando la mano el caudillo y mirando al niño con gesto soberbio- *Esta vez vienes sin instrumento alguno. ¿Cómo piensas pues alegrarnos los oídos?*

Algunos ríen irónicamente.

El niño está muy serio.

Nadie dice nada. Silencio.
Sólo el rumor de mis aguas descendiendo hacia el Mar Oscuro.

Las palabras claras se elevan saliendo de su garganta.

Recita. Recita. Recita.

Los segundos pasan pero nadie se da cuenta de ello hasta que el pequeño pronuncia la última estrofa.

-*Pensad en los demás antes que en vosotros mismos, pues para llegar al Bien es el único camino.*

Así termina su canción.

Y así, cabezas gachas.
Ojos cristalinos.
Más silencio, pero está vez de vergüenza.

El niño penetra en lo más profundo de ellos como lo hice yo en la corteza de esta tierra descendiendo de los cielos cuando todo era fuego.

Y es que eso es lo que son: Fuego.

Pero ahora sus corazones se hallan helados por las palabras que por fin hasta ellos, el pequeño Hesitante ha llevado.

Se odian a sí mismos.

Pero no pueden odiarse.
No.

Han de odiarle a él por hacerles ver quiénes son.

Insoportable imagen.

Deben destruirla.

Proyección.

Violencia.

Golpes por palabras.

Sangre por verdad.

Ruido.

No hay bellas canciones para las bestias.
Sólo gruñidos de animales desesperados y perdidos tratando de sobrevivir. De sobrevivirse a sí mismos.

El pequeño Hesitante sonríe al ver que por fin su mensaje ha transmitido. Lo que no sabe todavía es lo que en sus oyentes ha producido.

-*¡Este niño no es un artista, es un agitador enviado por esos sucios revolucionarios de Thalarctos que pretenden acabar con todo lo sagrado!*

El grito que surge de la multitud hace estallar la rabia.

No hace falta demostrarlo.

Es una buena forma de cubrir el mensaje del niño, que sólo les muestra un enemigo. El más incómodo de todos. El que siempre les acompaña. El que es ellos sin ellos saberlo.

Han de cambiar sus palabras sinceras por la mentira que a todos conviene. Necesitan olvidarlas. Su salvación, su sueño y descanso dependen de ello.

El gobernador y sus secuaces Los Osos Blancos de pega, los pobres barqueros, aquellos que son y aquellos que quieren ser… Todos, en definitiva, claman por una retribución ante la ofensa.

La osadía del niño no tiene perdón.

Inventan sobre la marcha una acusación.

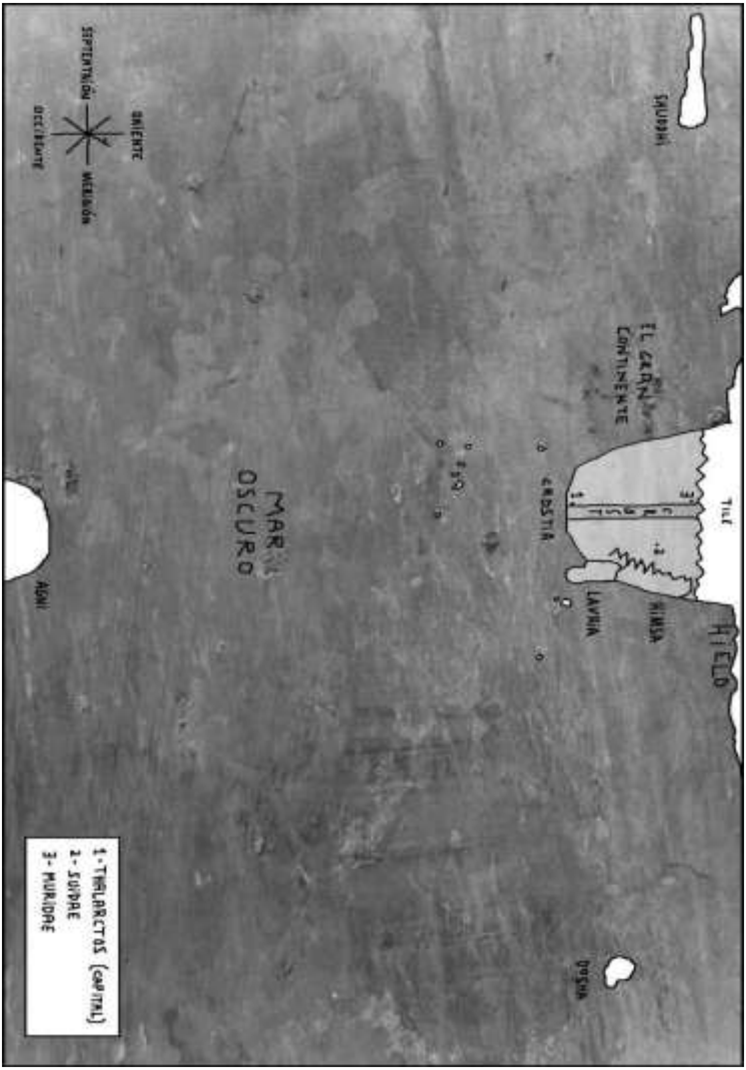
-Por lo visto, este pequeño instigador, pretende traernos la vil revolución. Nosotros que somos gente pacífica, nosotros que tenemos la conciencia tranquila, nosotros nos impondremos con mano decidida. ¡Viva nosotros!

Los que piensan que pueden hacer justicia como si fueran más que sus iguales, esos que creen que pueden ejercer el Bien sobre el Mal pero luego se niegan a creer que el mismo Bien pueda ser definido, esos que no saben ni quieren saber que viven en el absurdo y la contradicción en que les hace caer el Ego que les mantiene rehenes de ellos mismos, esos pobres que no me conocen y no saben que soy parte de ellos y de todas las cosas, y que todos son parte de mí, esos, hoy, en el mismo día y a la misma hora en la que se dio a luz a un hermoso niño, cuelgan de una soga a el pequeño Hesitante.

Muere la inocencia y muere Crostia, dividida en dos polos que son lo mismo: Egoísmo.

Siempre.

Egoísmo.


SEPTENTRIÓN
ORIENTE
MERIDIÓN
OCCIDENTE
MAR OSCURO
EL GRAN CONTINENTE
HIELO
TILE
AGNI
LAVNIA
1- THALARCTOS (CAPITAL)
3- MURIDAE

6. Oxímoron

Las hojas de los libros arden mientras flotan por el aire de la gran sala de lectura.

Todo tiembla de nuevo.

Estanterías que se vienen abajo.
Y humo.
Y polvo.
Y otro estruendo.

El silbido de los proyectiles rebeldes lanzados desde las afueras de Thalarctos, son el preludio de otra sacudida en el ministerio.

La parte antigua de la ciudad, bastión de los viejos Osos Blancos del Crost, es poco más que un cráter humeante cubierto de escombros.

Apenas queda nada de la gloria que adornaba los palacios. El gris de las partículas de todo lo que poco a poco se viene abajo y que cubre cada rincón, cada detalle dorado que lustraba estos muros hasta ahora intocables, demuestra que lo hermoso es sólo hermoso cuando es puro y fresco.

Y aquí las bocas están secas.
El aire es irrespirable.

La tos de un aristócrata con el traje rasgado retumba por los pasillos del vacío edificio.

Pero él no oye nada.
Sólo un pitido en su aturdida cabeza.

Las hileras de mesas de consulta le atrapan en un laberinto de astillas indescifrable.

Cristales que caen.
Cimientos que crujen.

Una piedra del tamaño de un puño cediendo a la gravedad sobre su cabeza.
Contusión.

Sangre en su ceja goteándole sobre el rosto.

Ojos nublados.

Y otra sacudida.

"No hay salida."

Entonces la mano de un viejo, arrugada pero fuerte. Cálida. Segura.

Salvación.

Atrás queda la biblioteca de techos altos.
Atrás los amarillos fogonazos de las explosiones entrando por sus grandes ventanales.
Atrás el asfixiante calor.

Una bocanada de humedad le golpea desde las escaleras que descienden a un sótano.

Pasadizo oscuro de tosca roca.

El anciano le arrastra, sosteniendo todo su peso sobre sus veteranos hombros.

-*¿A dónde vamos?* –acierta a pronunciar penosamente.

-*No se preocupe, aquí estaremos a salvo*. –responde el viejo.

En las paredes hay pintadas flechas con cal.

Llegan al fondo del frío almacén escavado en los cimientos de Crostia, que bien hace su función como refugio antibombas.

Se recuestan contra el muro.

–*Si permanecemos en silencio el bombardeo pronto cesará.*

A su alrededor las sombras inquietas proyectadas por las velas.
La caída constante de una fina capa de arenilla desde el techo.

Cajas.

Papeles.

Libros y más libros amontonados.

-*¿Qué hacía usted en el ministerio? ¿No le llegaron las órdenes? ¿No sabe que los rebeldes han ocupado ya toda la orilla meridional?*

El hombre no encuentra fuerzas para contestar a su rescatador. Además nunca ha aceptado que le cuestionen y no piensa empezar a hacerlo hoy.

-*Este edificio… El Palacio de Justicia… El Hotel Gran Sol de Oriente… Estamos todos demasiado cerca. En primera línea de fuego.* –añade el anciano.

Sus viejas manos se mueven con agilidad confeccionando un digno vendaje sobre la frente del aristócrata.

Este quiere hablar pero no puede.
Aun siente la ardiente aridez en la lengua y la garganta.
El miedo le impide fabricar saliva.

Cree desvanecerse.

Con grandes esfuerzos reclama mi presencia, como tantos otros lo hacen al sentirse ir.

Un joven muchacho surge desde detrás de una montaña de ajados manuscritos, y sin mediar palabra corre en dirección a un grifo que sobresale en la parte baja de una de las paredes y sobre un agujero de desagüe en el suelo. Acciona la manija, pero las cañerías vibran y lanzan un penoso quejido que retumba desde lo profundo del edificio.
Nada sale de ellas.

Me niego a aparecer.

Los ojos del chico mirándole desde el otro lado del sótano con gesto de culpabilidad y ternura no le alivian en absoluto.

-*Tranquilo, va a ponerse bien. No es nada. Sólo un golpe en la cabeza.* –consuela el provecto rescatador.

Alrededor de la vela permanecen en silencio, tal y como lo hacen los pescadores mientras esperan en el mar a los sonrientes peces.

Sobre ellos, los proyectiles incautados por las tropas civiles sublevadas devoran la orilla fría de la capital.

Es el sonido atronador de lo nuevo acabando con lo viejo.

Y de pronto la calma.

Desde la planta baja del ministerio aún pueden sentir el derrumbe de ventanas y muros que rezagados continúan cediendo al efecto voraz de lo que sólo el hombre ha podido idear.

-*Bien seguro estoy de que solamente hay un gozo comparable al de crear, y ese es el de destruir.*

Las palabras descaradas del anciano ponen los pelos de punta a los presentes. Ninguno dice nada.

Poco a poco la estancia soterrada es invadida por el relente, cuando afuera, finalmente, toda la destrucción se asienta. El aire se depura.

Invadido por el nuevo ambiente, el cuerpo del hombre del traje elegante se reactiva.

Una ilusión de mi presencia basta.

Respira y moja su lengua.

-*¿Quién eres, viejo?* –pronuncia con cierto desprecio.

-*Me alegra ver que se encuentra mejor.*

-*Algo.*

-*Me presento pues: Mi nombre es Oxímoron, archivero. Ante usted tiene mis feudos.*

-*¿Trabaja en la biblioteca del ministerio?*

-*Así es, señor.*

Una terrible presión en la sesera que le indica que su sistema está de nuevo en marcha y trata de hacer recuento de daños.
Se sobreviene la resaca de la pólvora.

-*Oiga, Oxímoron* –retoma- *Hace un rato, cuando me trajo usted aquí, creí entenderle que me recriminaba por permanecer en el edificio. ¿No es así?*

-*Exactamente, señor.*

-*¿Y cómo puede decirme tal cosa, si claramente ha incumplido las ordenes de retirada también?*

Como es tan natural en los hombres, el alivio del propio ego suele ir siempre delante del agradecimiento.

En algunos lo segundo no llega nunca.

-*Como ya le he dicho, soy custodio de estos libros. Esas son mis únicas órdenes.*

El hombre se levanta tratando de ser lo más ceremonial posible y demostrar autoridad.

Con rostro severo mira fijamente al anciano.

-*Mi nombre es Ayn.* –pronuncia mientras se estira la chaqueta desde la parte baja haciendo saltar el polvo de la misma- *Ostento un alto cargo entre Los Osos Blancos del Crost.* –hace el ademan de tocarse con el dedo índice sobre el pecho donde debería estar la chapita con la efigie del oso, pero rápidamente se percata de que sólo dos pequeños agujeros en la tela de la solapa quedan como testimonio de lo que durante el bombardeo debió desprenderse de él.- *Esas órdenes a las que alude… Sí, soy yo quien las distribuye.*

Ayn espera que el viejo se levante y reverencie como corresponde a un simple bibliotecario en presencia de un líder de tan alta alcurnia.

Pero Oxímoron no se mueve.
Permanece sentado en el suelo, clavando las vetustas carnes de su espalda en la roca y con la mirada profunda del que sabe mucho y por respeto dice poco.

Y es ese respeto lo que agita a Ayn.
Ese respeto silencioso.
Ese que no es capaz de entender.

Él necesita muestras de subordinación claras, basadas en normas y rituales establecidos por alguien que ni conoce, pero al fin y al cabo, las mismas que ha tenido que rendir él a otros.

No le basta con la mayor muestra de todas: Su vida, la que el viejo le ha devuelto sin pretender nada a cambio.

La idea de que le debe algo recorre su cabeza. Y no le gusta.

-*Oiga, sepa algo: Yo no le pedí ayuda. Nunca la pido ni la doy. Cada hombre ha de valerse por sí mismo. Es más, darla es rebajar al otro, degradarlo, como si acaso no pudiera cuidarse y necesitase de otro para hacerlo.* –el hombre suda y todo su cuerpo se agita- *Ahí arriba… Es*

decir… Yo lo tenía todo bajo control. A decir verdad, su intervención ha hecho más mal que bien; he perdido los papeles que vine a buscar.

-*De veras que lo lamento.* –responde Oxímoron sin cambiar su actitud.

-*¡No quiero su compasión!* –grita esputando.

El chico que había permanecido ignorado al otro lado de la vela, entre los libros, se levanta de golpe como un animal dispuesto a atacar.

Ayn mira al muchacho y se percata de la línea que ha cruzado.

El que antes se apresurara para darle de beber, ahora lo hace para defender al viejo con los puños cargados.

Ante los nuevos ánimos, decide recular.
Es lo que mejor se le da.

No en vano esa es su profesión: La que siempre busca ganar.

-*Bien, sé que puso su vida en riesgo al rescatarme, pero no debió hacerlo.* –pronuncia con tono conciliador.

Un temblor lejano, producto de una explosión, les devuelve a la guerra civil.
Esa que se libra fuera.
Esa que se libra dentro de ellos mismos.
Esa que siempre existe aunque no siempre se llame guerra.

El hombre mira al muchacho esgrimiendo una medio sonrisa forzada.

Oxímoron permanece sentado a los pies de Ayn.
La cabeza gacha entre sus rodillas y sus dedos frotándose laboriosamente unos contra otros como si el destino del mundo dependiese de ello.

La tensión incomoda al aristócrata que por primera vez busca la puerta del sótano.

Sabe que no puede irse sin más.

"El viejo no se equivocaba cuando decía que debemos permanecer en silencio y sin llamar la atención. Los ojeadores artilleros de las tropas civiles sublevadas son realmente buenos."

Mucho se había debatido al respecto en las reuniones del Estado Mayor y con los enlaces de La Dirección.

"*¿De dónde saca tan buenas tropas el enemigo? ¿Es que acaso quedan aún veteranos de la guerra contra Himsa, que pudieran estar en sus filas?"*

Exceptuando a alguno de sus aparentemente milenarios líderes de largas barbas blancas, casi ninguno de Los Osos Blancos del Crost había conocido la lucha hasta que el pueblo, antaño lo suficientemente importante como para que se les permitiera tener una vida digna, y ahora privados de la misma, finalmente se levantara en armas contra aquellos que decían ser el legado de los que vinieron de Tile y todo lo crearon.

Los Osos controlaban la producción, la tierra, lo que debían y no hacer, lo que podían o no comer o tener.

Nadie dijo nada hasta que dejaron de recibir.

El hombre decide hablar como si nada pasara mientras golpea con gracia un cigarrillo contra su pitillera.

-*¿Saben? Los pobres han entrado en los palacios, los han colectivizado y comen en ellos, sucios, servidos por impolutos camareros. Dicen orgullosos que ahora es el pueblo quien come en las ricas mansiones, y parecen no darse cuenta de que pretenden disfrutar de los lujos contra los que han luchado, y que sólo son recuerdos del enemigo con el que han acabado. Toda esa grandeza a la que pretenden tener acceso, no son si no los restos de todo lo que está abocado a desaparecer como lo hicieron sus dueños. Es una contradicción pensar en la buena vida cuando se es partidario del sudor compartido. Seguirán pues sucios. Sucios e iguales en su suciedad, pero sin nadie que les sirva con traje impoluto jamás. Viéndoles orgullosos queriendo ser señores, comprendo bien que su lucha no era por una causa igualitaria, si no por la búsqueda de revancha. No querían ser mejores que Los Osos, si no ellos mismos Los Osos ser.*

Acostumbrado a las charlas de palacio, sin medir sus palabras ni pensar en su actual audiencia, se sienta tranquilo sobre una pila de libros cruzando una pierna por encima de la otra, dejando así ver sus calcetines roídos, muestra de que ni la apariencia más trabajada puede ocultar el derrumbe.

El chico no sabe si las palabras del hombre le gustan o no.

Los observa. Cada uno parece estar en otro lugar.
Oxímoron reflexiona.
Ayn fuma.

-*Creo que tiene usted razón.* –dice por fin el anciano.

-*¿De veras?* –responde con cierta sorpresa Ayn.

-*Sí. Muchos no saben contra qué luchan.*

-*¿Y contra qué es, si puede decírmelo?*

-*Contra sí mismos.*

El silencio.

-*Puede hablarse de multiplicidad de ideologías, pero en realidad todas defienden la misma cosa: El Yo.*

Las palabras del Oxímoron desconciertan al hombre, acostumbrado a otro tipo de discurso.

Se recompone.

Traga saliva.

-*Claro… Pues… ¿Es que acaso hay algo más importante?*

-Si viviera sólo en el mundo, sin duda sería lo más importante. Y lo único de hecho. Pero si así fuera, no sería hombre, no habría en usted nada de lo que le hace humano. No habría aprendido a comunicarse ni a pensar. Sería un animal luchando contra otros animales. Pero, no vive sólo en esta tierra, ¿verdad? Hay otros como usted. Otros que le dan sentido, pues el hombre sólo es hombre cuando hay otros como él.

-Yo soy un Oso, descendiente de Osos, heredero…

-El hecho de convivir con otros, con sus iguales, –prosigue Oxímoron ignorando las palabras del aristócrata- *ese hecho que va más a allá de usted, además de darle sentido a su propio ser, también le da sentido a sus valores, los mismos que se crearon en usted, y en todos y cada uno de los hombres, en el momento mismo de existir como pluralidad.*

-No me haga reír, ¿es que acaso conoce usted cuales son mis valores, o los de cada persona del mundo?

-Claro.

-Oxímoron, me preocupa usted. Temo que tanto tiempo entre estos libros le haya hecho perder la cabeza. Cuando la guerra termine, le destinaré a una ocupación más sana que esta.

Pero ante la condescendencia del funcionario, el anciano continúa.

-Lo alarmante no es que yo esté diciendo que sin duda alguna conozca esos valores, lo alarmante es que usted, o cualquiera, no los conozca, o aun peor, no los quiera conocer.

Cae la última ceniza del cigarro de Ayn.
La chusta es aplastada bajo sus brillantes zapatos.

-Venga, viejo, dígame que valores son esos.

El tono ofensivo del hombre, lejos de molestar a Oxímoron, le alienta, sabiendo que sus palabras están causando una irritación en su interlocutor, irritación que no es otra cosa que la llave que ha de abrir la primera de sus puertas.

-Usted lo sabe sin necesidad de que yo se lo diga: El Bien y el Mal son sus nombres.

-¡No diga sandeces! Los valores son muchos y mucho más complejos que eso.

-Estos son los únicos, aquellos sobre lo que todo se asienta.

-¿Pero no ve que el Bien y el Mal no pueden ser definidos?

-Claro que pueden. Es lo primero que debería conocer todo hombre.

-Sin duda ha perdido usted la razón.

-De acuerdo –dice Oxímoron haciendo crujir su doblada espalda- *Explíqueme entonces como sabe que una acción o cosa es mala, por ejemplo.*

-Pues… Sencillo. Si me perjudica, o si no es perfecta, es mala.

-¿Puede definir la perfección?

Ayn abre la boca para responder pero de ella no salen palabras.
Permanece boquiabierto unos segundos.

-Todo el mundo sabe que la perfección no existe. –dice finalmente.

-¿Y aun así la usamos como medida de referencia?

Esta vez el hombre no mueve ni un musculo. Sus mandíbulas se ven más cuadradas pues está apretando los dientes con fuerza.

Oxímoron se levanta.

-Si definimos el Mal como todo aquello que no me beneficia, a mí, -dice el anciano mientras se da golpecitos en el pecho con el dedo índice- *tendremos que es imposible obtener una idea universal del Mal, pues lo que te beneficia o no, a ti, no tiene por qué beneficiarme o no, a mí, es decir, cada uno tendrá su propio Mal. Como lo que buscamos es esta definición absoluta, esto no nos vale, y paradójicamente, y así nos va, esta es la más aceptada explicación de lo que es el Mal y por ende el Bien. Un error imperdonable. Algo que sólo puedo comprender se haya dejado pasar por el miedo a no tener un apoyo en esa injusta y errada definición redentora.*

Miradas.

-Siento que me está tomando por tonto. –dice Ayn muy serio.

-Es usted el que ha dicho que no existe ni Mal, ni Bien, ni Perfección, y aun así los acepta y usa como referencia en todo lo que hace. En verdad, siento que es usted quien me toma el pelo a mí. Usted y todos los demás.

Ayn también se levanta.

Con gesto apurado y algo despistado, el chico les imita.

Entre ellos sólo la vela.
La vela y un mundo.
Uno para cada uno.

-Dígame, viejo, ¿quién es el muchacho?

-Lo encontré inconsciente en un despacho. Es un secretario.

El chico no dice nada.

-¿Cree que él es bueno, que merece más que yo?

-¿Por qué dice eso?

-Está claro que piensa que soy malvado.

-Sí, así lo pienso.

-¿Es porque soy un Oso Blanco? ¿Acaso es usted uno de esos sucios sublevados? ¿Me odia, Oxímoron? ¿Me odia?

-No le odio, señor, al contrario, si no, no estaríamos hablando.

El hombre parece tranquilizarse ante el último comentario.

-Ya… -dice con renovada calma- *Pero no piensa que sea bueno, ¿verdad?*

-No.

-¿Y por qué? ¿Me ha visto hacer algo malo?

-No, pero ser bueno no es no hacer cosas malas. Ser bueno es hacer cosas buenas. Mucha gente se cree buena porque no se ven a sí mismos haciendo nada malo a propósito. "Yo no hago mal a nadie, soy bueno" se dicen. Como si no matar, no robar, no aprovecharse, abusar u oprimir a otros, fuera digno de alabar. Y ese es precisamente nuestro problema. Considerar bueno el no hacer el Mal, como si hacerlo fuera tan natural, que reprimirlo fuera una virtud. Pues de ahí yo extraigo una cosa clarísima: Somos malos. Terriblemente malos. Asique para ser bueno tienes que hacer algo bueno. No. Algo no. Todo. Porque no hacer algo malo de forma consciente, no quita que lo estemos haciendo de forma inconsciente. Por eso es un trabajo tan duro. Es un trabajo absoluto. Radical. La bondad es radicalidad. Cuando se trata del Bien hay que ser radicalmente bueno. No se puede ser "un poco bueno", porque entonces también irremediablemente se es "un poco malo". En este caso, al relacionarse con los demás, habrá a algunos que les toque esa parte buena, pero, ¿y a los que les toque la parte mala?

-Pero "un poco malo" es mejor que "muy malo".

-Si el referente, la base, la materia de la que se parte, es el Mal, entonces sí.

Ayn vuelve a sentarse sobre la pila de manuscritos, tranquilo al saber que Oxímoron piensa que todos son malos y que no es nada personal.

Se siente liberado.

-Viejo, es usted valiente diciéndome estas cosas. Podría hacer que le arrestaran.

-Así es, pero ahora estamos en mis feudos.

-¿Llama feudos a este agujero?

-¿Cómo no hacerlo? Es sólo aquí donde puedo alejarme del caos de los hombres, siempre pensando en qué hacer y nunca en quienes son. Aquí puedo escucharme. Conocerme. Observarme y observar a los demás. Sólo en este lugar puedo permanecer al margen de la corriente del tiempo que con su velocidad distorsiona todo a nuestro alrededor y nos desorienta impidiéndonos ver tampoco en nuestro interior. Sólo aquí, lejos de todo lo superfluo, he podido comprender el Valor del Bien, aquel por el que ha de regirse nuestras vidas. Aquel que fuera de este espacio es sólo pura ficción. Negación. Locura. Y aunque mis reflexiones me han mantenido en una constante tensión, una especie de amargura y preocupación que ha ido desde lo más profundo de mí mismo, hasta lo universal de todas las personas, todo ello ha sucedido siendo yo feliz, y si no fuera porque no puedo decir muy feliz, pues feliz es absoluto, lo diría sin dudarlo. La felicidad es una elección

que hace tiempo hice y que te acompaña ya por siempre. Pero hoy, a pesar de mis pesares en lo relativo al conocimiento, hoy me he dado cuenta de que puedo estar tranquilo. Tranquilo porque ha donde he llegado en mi mente es un lugar justo. Un lugar que puede que nunca se materialice en el exterior, pero un mundo en el que puedo vivir decididamente. Y esta tranquilidad no es una superioridad moral, un calmante del ego, si no lo contrario, es la igualdad moral. Es como la entrada de un nuevo mundo donde espero a que los otros lleguen para empezar un reino maravilloso. Puedo estar definitivamente tranquilo por dentro, y debo intentar estarlo por fuera, pues ya nada más puedo hacer que esperar. Aquí. En mis feudos.

El aristócrata se levanta y pasea por la estancia tratando de evadir las palabras de Oxímoron.
Todo esto le incomoda.
Quiere huir de una conversación que considera estúpida, pero la estancia es muy pequeña y fuera…
Fuera sólo le espera la muerte.

Coge un libro.
Lo abre al azar y ojea por encima algunas frases.

Haciendo uso de una sola mano lo cierra de golpe.

Permanece posando en escorzo con el tomo sobre su palma extendida, mientras con la otra mano lo señala de forma teatral.

-*Nadie puede entender esto.* –dice- *Ni siquiera sé por qué conservamos semejantes antiguallas. Tesoros, los llaman. Sabiduría de los cofres. ¡Pamplinas, eso es lo que son!*

-*Puede que algún día comprendamos los secretos que albergan.*

-*¿Para qué los necesitamos? Los Osos tenemos las verdades que Los Primeros, venidos de Tile, nos legaron.*

Ayn lanza el libro con repulsa hacia una de las montañas de manuscritos.

Oxímoron y el chico siguen de pie y muy juntos en la esquina más alejada de la entrada.

El aristócrata ejerce ahora el control físico del lugar, delimitándolo con sus movimientos enérgicos por todo el espacio.

Toca aquí y allá.

Patea una taza de hojalata.
Hace caer un pequeño busto de piedra al suelo desde una balda.

Gira rápido sobre sí mismo mientras sonríe de forma siniestra.

Quiere quitarse tanto de la cabeza…

-*¿Está pensando usted en marcharse?* –dice el provecto archivero rompiendo con la actuación de Ayn.

-*No.* –responde deteniéndose en seco y mirando hacia la puerta que da a las escaleras de subida- *Desde luego que no. Disfruto mucho de esta charla y no quiero que termine. Estoy aprendiendo mucho de usted.*

Oxímoron sabe que no es verdad.

-Le respeto, viejo, pues Los Osos Blancos del Crost valoramos la experiencia como un grado. Sabemos que los años nos hacen más sabios, nos permiten comprender mejor la vida.

-Temo que eso sea un error.

-¿Cómo?

-Según creces vas sabiendo más de la muerte y menos de la vida.

Una vez más, el aristócrata, acostumbrado a tener una respuesta para todo, a dominar cada situación, queda en silencio.

-Lo que nos permite conocer mejor la vida es vivirla de forma consciente.

-Tiene gracia, parece que no hay manera de que estemos de acuerdo en nada, ¿verdad? –retoma Ayn con actitud cínica y perversa, propia de la posición que ocupa- *¿Saben qué hora es?*

El chico niega con la cabeza.
Oxímoron no dice nada.

El hombre les tiene acorralados contra la pared del fondo.

-¿Comprenden que podría ejecutarlos aquí mismo? Mi cargo me lo permite. Nadie diría nada. Serían enterrados en una fosa. O dejados simplemente pudriéndose entre sus estúpidos panfletos.

-No son panfletos. –dice el anciano.

El muchacho mira confuso a uno y a otro mientras una gota de sudor se desprende desde la punta de su nariz e impacta en su zapato de secretario de los recados.

-Todas esas ideas suyas son peligrosas. Esos libros son panfletos indeseables, lanzados a un sótano oscuro para que nadie los atienda ni escuche. Como usted, viejo.

Por primera vez, las ajadas facciones de Oxímoron dibujan una sonrisa para el aristócrata.

-¿Por qué se ríe? –dice Ayn.

-Porque está desesperado. No tiene ningún arma. Ni de fuego, ni de ningún tipo.

-¿Cómo sabe que no…?

-¿Recuerda que fui yo quien le rescató y trajo aquí?

-Claro.

-¿Cree que no le cacheé?

Más miradas.

Más gotitas de sudor.

Y de pronto un silbido lejano. Ese que tan bien conocen.

Instintivamente, el chico y el aristócrata se echan los brazos sobre la cabeza y se agachan.

Una explosión y un temblor.
Arenilla cayendo del techo sobre ellos.

-*¿Otro bombardeo?*

-*Así parece.* –responde Oxímoron impávido.

Ayn se recompone forzando un gesto de seguridad, y se sienta, resignado, sobre la pila que ya había antes usado.

El chico y el viejo recuperan sus puestos, tras los libros y en el suelo contra el muro respectivamente.

Saben que los proyectiles no caen directos sobre ellos.

-*…En la playa o contra la fachada occidental del Hotel Gran Sol de Oriente*.-trata de adivinar el funcionario- *¿Acaso habrán preparado esos sucios sublevados, un desembarco desde la isla donde se levanta el faro? ¿Vendrán ya a por nuestras cabezas?*

Los estruendos apagados prosiguen.

Un nuevo pitillo.
Manos temblorosas tratando de mantener la compostura.

-*Bueno, veo que estaremos aquí un rato más, y creo que no hemos empezado con buen pie.* –el recuerdo de la guerra y del enemigo avanzando furibundo sobre ellos, traslada la tensión del sótano a la batalla que se está librando y que pronto les habrá alcanzado- *Sé que deben pensar que soy una especie de monstruo sin sentimientos, por el mero hecho de ser miembro de Los Osos Blancos del Crost, pero no es así. ¿Piensa que es fácil hacer que todo funcione?*

-*Por supuesto que no.*

-*Es un duro trabajo el nuestro. Sacarlo todo adelante mientras el resto vive despreocupadamente.*

-*¿Pero es que acaso tienen otra opción esos otros? ¿No debería ser labor de todos hacer que las cosas funcionen?*

-*Sí, pero no es así. Somos sólo unos pocos los que lo llevamos a cabo. Sólo unos pocos que por nuestras extraordinarias cualidades podemos inventar, administrar, decidir lo que se ha de hacer y hacerlo sin hesitar. Es terriblemente duro y desagradecido.* –su tono torna afectado- *Dígame, Oxímoron, si viera a alguien sosteniendo sobre sus hombros todo el peso del mundo, ¿no le diría que se revelara?*

-*No. Le diría: Gracias, ¿puedo ayudarle?*

-*¡Pamplinas!*

-Y si de esta manera lo hicieran todos los que ante nosotros pasaran, al final el mundo no pesaría más que una pluma.

-¿Por qué iba a querer la gente ayudar a cargar con ese peso?

-¿Cree que ese es el problema? Respóndame usted a algo: ¿Por qué esa primera persona que tan importante se sabía cargando con todo, iba a querer dejar que la ayudaran? ¿Por qué perder eso que la hacía tan importante y necesaria?

Una lágrima cristalina resbala por el rostro del Oso que piensa que nadie, en realidad, sería capaz de ocupar su puesto. Nadie lo querría.

Ningún reconocimiento más que sus medallas y sus palacios.
Títulos y reverencias para acallar la soledad del poder.

-Me temo que no sabe la presión a la que estamos sometidos para guardar por el Bien de la sociedad.

-Vuelve a hablar del Bien.

-Sí. –responde el aristócrata.

-¿Cómo no va a hacerlo si es sobre lo que todo el resto se asienta?

-En ningún momento se lo he negado.

-No, señor, pero tampoco a una definición hemos llegado.

-De acuerdo, pues hagámoslo.

Aplasta la colilla con desprecio bajo su zapato.

De la pitillera recién abierta escapa de nuevo el aroma del tabaco.

Un fosforo y la cara de Ayn iluminada de color naranja con cada calada.

Prosigue en su empeño de llenar de humo el único lugar del que las bombas aún no se han ocupado.

-Vamos, no se calle ahora, cuénteme sobre ese Valor del Bien que tanto le gusta.

-No me gusta ni me disgusta. –responde Oxímoron- *Simplemente sé que es necesario.*

-¿Y en qué consiste? ¡Muéstreme su verdad!

-En pensar en los demás antes que en uno mismo.

-¡Pero qué disparate! Eso no sólo no es el Bien si no que es el Mal.

-Aún no se lo he explicado.

-Ni falta que hace. Lo tengo muy claro. –sentencia el aristócrata.- *Eso es esclavitud. Ningún hombre ha de someterse a la voluntad de otro, ni someter a otros a la suya. El hombre es un fin en sí mismo. Ha de buscar su felicidad, y por tanto, sacrificarse por los demás es absurdo.*

-¿Puede demostrarme eso?

-¡Claro! La razón, el único instrumento válido para conocer la realidad, así me lo indica. La vida de cada uno consiste en alcanzar eso que le hace feliz. Si no lo hiciera, estaría operando de forma incorrecta. ¿No cree, Oxímoron?

-Lo que dice tiene sentido si recorre su camino no queriendo ver. Presa del miedo. Víctima del Mal que sabe que lleva dentro y que los otros, como usted, también llevan consigo y pueden ejercer.

-¡Pero si fue usted, viejo, quien dijo que todos éramos malos! ¿Ahora me lo va a negar?

-Para nada, y precisamente por ello todos estos quebrantos.

Oxímoron comienza a jugar con sus dedos de nuevo, muy concentrado.

-Dice, señor, que hemos de vivir cada uno por y para sí mismo, pues la razón sólo puede demostrarnos la existencia como ente consciente del Yo.

-No podría decirlo mejor. –responde Ayn asintiendo con gran solemnidad.

-En tal caso, le contaré una historia, si a usted bien le parece.

-Adelante, viejo, las explosiones han cesado. Quizá de nosotros se han olvidado.

-Pues verá, hace tiempo dos hombres desarrollaron las formas más opuestas de ver la vida. El primero decía que sólo él existía. "El Yo Único" era el nombre de su teoría. El otro, en el extremo contrario, pensaba que no había un Yo, que todo lo que le definía no eran más que unos datos guardados en un contenedor. Sobre la portada del libro que nunca escribió, planeó que se leyera: "El Yo Compartido", sin nombre del autor.

-Interesante, prosiga.

-El primero de ellos era conocido como Solus Ipse, del que todos decían que era un buen amigo. Nunca a nadie una sonrisa negó, pues para él cualquiera podía darle la solución.

-¿La solución de qué?

-Del sentido de la vida.

-Poco pedía…

-Sí, pero en eso creía. Su mente, era lo único cuya existencia demostrar podía.

-Un hombre sabio.

-Sabio o no, el bueno de Solus, que como usted, pensaba que la razón su propio Yo le revelaba, no creyó nunca lo que esta no le demostró, y como nunca pudo entrar en la mente de nadie que no

fuera su propio Yo, para él, creer que los demás seres eran también autónomos, era algo imposible de saber.

-No veo qué diferencia hay con mi forma de pensar.

-La diferencia es que usted considera a los otros seres igual de reales que su Yo. Por eso los combate o los ama, pero siempre creyendo que existen por ellos mismos.

-Claro, pues, si yo tengo un Yo, una mente consciente, ¿por qué no van a tenerla ellos a su vez?

-Sí, pero dígame, ¿cómo sabe que usted es consciente?

-Mi razón me lo muestra, como ya hemos hablado.

-¿También le muestra acaso que los demás no son seres programados?

-¿Para qué iban a serlo?

-Para ayudarle a entender su papel en todo este tinglado.

-No puedo negarlo ni afirmarlo.

-Pues eso era lo que Solus opinaba, que el mundo que sus sentidos le mostraban, no era más que una ficción para él destinada.

-Entonces, como si de un juego se tratara, el tal Solus creería que disponía de las vidas de los que como peones a su servicio se empleaban.

-Posiblemente.

-Estaría entonces justificado que abusara de ellos, incluso que los matara, pues no eran más que piezas en su tablero.

-Creo que olvida una cosa: Solus no sabía aun para que existía un Yo en él. Cierto es que podía tratar a esos otros como le diera la gana, pero sabía que si no los trataba bien, si acaso los silenciaba, podían no darle las pistas que le llevaran a dicho conocimiento. Podría perder la clave de la solución que buscaba, la misma por la cual en este mundo se hallaba.

-¿Me está diciendo que aunque pensaba que sólo él existía, consideraba importantes a los demás por ser los que debían llevarle ante la verdad del sentido de la vida?

Una gran sonrisa se dibuja en el rostro, ahora tierno, de Oxímoron.

La cara iluminada del anciano desconcierta a Ayn que se siente repentinamente incómodo, pero incómodo de una nueva forma; es ese paternalismo que le rebaja, y que le convierte en poco más que un crio de baba.

-¿Qué ocurre?

-Nada. Simplemente me alegra ver que lo comprende.

-Lo comprendo, sí, pero no puedo creer en ello.

-No estamos aquí para eso. Solus Ipse era sólo un hombre que vivió hace mucho tiempo. No debemos establecer una creencia en torno a su persona o pensamiento. Creer es esclavitud. Comprender es liberarse.

-Viejo, que difícil es entender nada de lo que dice.

Oxímoron vuelve a dibujar una amplia sonrisa, esta vez más para él mismo que para su interlocutor.

-¿Quiere escuchar la historia del segundo hombre? –dice el archivero tras una corta pausa.

-Sí, ¿por qué no? En cualquier caso no creo que saquemos nada en claro.

Pero Oxímoron no dice nada.

-¿Qué pasa viejo, ha olvidado el cuento?

-Trato de recordar el nombre... Era algo como… Pan. ¡Eso es! Hen To Pan se llamaba. Tan poco lo utilizaba…

-Nombre de paleto.

-Eso es lo de menos, porque como ya os dije, este hombre creía que la idea del Yo no era más que las informaciones acumuladas en el registro mental de ese cuerpo, ese que sólo era un Yo vacío. La identidad, los conocimientos, recuerdos y experiencias, estaban archivadas en cada contenedor que la energía ocupaba para llevar a cabo sus intervenciones en el mundo físico.

-¿Cuándo decís energía os referís al alma?

-No exactamente.

-¿Es que acaso va a cuestionarme también que dentro de cada uno de nosotros hay un alma que, al morir nuestros cuerpos, y mediante el ritual sagrado de Los Osos, viaja con este a Shuddhi o Dosha para vivir eternamente de nuevo?

-Según Hen To Pan no era así.

-Su límite de blasfemias parece no tener fin.

-Es una historia.

-Sí, claro, una historia. –dice Ayn con desdén, sabiendo que no tiene otra opción que seguir escuchando al viejo.

Y desde luego una parte de él quiere hacerlo. Ver a donde le lleva todo esto.
Pero sabe que está demasiado cerca del frente de batalla, que debía haberse marchado a los invernaderos de Septentrión. Ahora quizá sea demasiado tarde.
Piensa que seguramente en pocas horas los tres morirán. Y si no, en cualquier caso, puede mandar fusilar al anciano. Incluso al chico.

"Aunque no haya dicho nada."

-Bueno, viejo, ¿y qué más?

-Para Pan, la energía no era individual, sino una gran energía que se podía dividir y ocupar los contenedores materiales, es decir, lo que nosotros llamamos alma sería una pequeña porción de la gran energía, sin personalidad, ni nombre, ni nada más únicamente que un objetivo, algo que desea cumplir y por ello hace uso de los cuerpos donde los Yo vacíos acumulan datos, lo que nosotros conocemos como personalidad, pero los cuales son dirigidos por distintas porciones de energía dependiendo de las necesidades de la misma.

-Es decir, ¿todo seríamos partes de la misma alma?

-Así es.

-¿Todos seríamos la misma cosa, por así decirlo, la misma entidad, pero repartida en cada cuerpo, los cuales no son sino simples instrumentos que guardan datos?

-Correcto. Por ello, Pan negaba que el cuerpo del propio Hen To Pan fuera solamente suyo. La energía que en aquel momento lo ocupaba, hablaba y dejaba esa experiencia en la mente del cuerpo de Pan, pero la energía cambiaba, y ese que aquel día había sido Pan, quizá al día siguiente fuera cualquier otro, incluso el mismo Solus Ipse de la historia anterior, o usted, o yo.

-¿La idea del Yo iba con el cuerpo, pero la energía, que era una solamente, viajaba de un Yo a otro?

-Así es. Así es, sí.

-¿Entonces por qué yo siento que he sido siempre yo si sólo soy energía que va de un lado a otro?

-Porque las informaciones que hay en la mente del contenedor que es su cuerpo, y que la energía maneja o conduce, le muestran sus experiencias y su historia. ¿Qué sentiría si le dijera que mañana puede despertarse y ser Oxímoron en vez de Ayn?

-Que está usted chalado. Pero eso ya lo sabía.

-El Yo es sólo información guardada en un contenedor material. Lo que nos hace ser ese Yo, es una porción de la gran energía que es lo que todos somos, sólo una, la misma, con el mismo objetivo, y por ello, todos y cada uno de los seres son importantes porque son las herramientas que podemos usar como gran energía en cualquier momento. Esto era lo que Pan pensaba.

-Increíble. De nuevo lo comprendo, pero no lo comparto. Es un disparate.

-Lo importante es la conclusión al juntar ambas historias.

-¿Y qué conclusión es esa?

-¿Estamos de acuerdo en que son dos teorías extremas, dos formas de ver la vida completamente contrarias?

-Veamos… El hombre que creía que sólo existía él, y el hombre que pensaba que no existía ninguno porque todos eran la misma cosa. Sí… Supongo que sí. No podían ser más extremas.

-*Pues bien, ambas coinciden en lo fundamental, lo que corrobora el Valor del Bien.*

-*Creo que tendrá que explicármelo porque nada se ha dicho de Bien o Mal en ninguna de las historias.*

-*No se ha dicho, pero en ambas, da igual desde que punto de vista se vea, al final lo importante son los demás. Los otros, y no el Yo individualista, resultan ser el único camino a la verdad, al objetivo último de la propia existencia, y por lo tanto protegerlos como a uno mismoes el Bien.*

Ayn reflexiona.

Algo su cabeza cruje y le hace temblar.

Mientras yo veo pasar sobre mí a un gran grupo de rabiosos milicianos, cuya única idea es acabar con aquellos que consideran diferentes, Ayn, el Oso Blanco del Crost, el que pronto será víctima del Egoísmo más atroz, no encuentra en sí mismo la manera de aceptar ese Mal y elegir rechazarlo. Prefiere aferrarse a la explicación más básica. La más fácil. La más injusta.

Una gran y forzada carcajada.

-*¿Cómo es que es usted tan listo, Oxímoron?* –pronuncia con ironía.

-*Cuando era muy joven solía pasar largas temporadas embarcado en un pesquero. No sabe cuántas voces transporta la brisa del mar.*

-*¡Vale, viejo!* –prosigue el aristócrata invadido por una risa nerviosa- *¿Pues qué me dices de la teoría de Ayn?*

-*¿Qué teoría es esa?*

-*La más real de todas: Los hombres son todos hombres. Todos tienen un Yo y quieren lo mejor para su Yo. Fin.*

Oxímoron no dice nada.

-*Por ello*, -prosigue el aristócrata- *lo inteligente, el camino de eso que se empeña en definir como el Bien, es cuidar ese Yo.*

Oxímoron sigue sin decir nada.

-*¿Sabes cómo lo sé, viejo?* –pronuncia Ayn con repentina sangre fría- *¡Voy a demostrártelo!*

De pronto, el trajeado funcionario salta de la pila de libros sobre la que permanecía sentado, la cual se derrumba ante el viejo y el chico, y completamente fuera de sí emprende una enérgica carrera hacia la salida.

Sube las escaleras.

El chico mira al viejo.

El viejo mira al chico.

Sus piernas no ceden ante la hesitación de si dejar ir al hombre al encuentro de su destino. Corren tras él.

-*¡Vamos, viejo, sube al mundo real y observa de cuanto sirven aquí tus estúpidas teorías!*

Los gritos de Ayn desde la parte alta de la entrada al sótano, alcanzada en pocos segundos, revela su buena forma física.

Oxímoron se agacha.

Coge algo del suelo.

El muchacho se detiene en seco y le mira. En sus ojos puede adivinarse el miedo, la incertidumbre y la lealtad hacia el anciano. No sabe que ha de hacer, pero no cabe duda de que lo hará. En él late aun la inocencia y el amor.

Ayuda a levantarse al viejo que tiene clavadas sus rodillas en la roca, y juntos ascienden al gran salón de lectura.

Oxímoron, que es un hombre fuerte para la edad que tiene, y el chico, delgaducho y no muy atlético, pues no en vano fue designado a labores administrativas, avanzan como pueden tras Ayn.

En la biblioteca sólo ceniza.
Ceniza y palabras quemadas.
Sabiduría bajo sus pies, que se desintegra con cada paso que dan.

Oxímoron prefiere ignorar todo lo que esos libros contenían y que pronto los hombres volverán a olvidar.

"Quizá debimos meterlos en cajas y lanzarlos al mar."

Pero los cristales, las astillas de madera, los muros derrumbados… Un laberinto por el que Ayn escapa ágil mientras a gritos los llama; debe concentrarse para no caer.

Lo sabe.

Pero cae.

Cae como un viejo cansado de esperar esa realidad soñada que nunca será.

Y así su pierna atrapada, hundida entre dos gruesos cascotes de una pared que ya no lo es.
No hay dolor, sino entumecimiento.

El chico trata de tirar de él y liberarlo.

-*Es inútil.* –sentencia el anciano.

Los ojos del joven se mueven muy rápido, mientras parecen buscar una respuesta en las arrugas del rostro del viejo. Le examina e interroga sin abrir la boca.

-*Escucha, muchacho, vete, vete lejos. Tú aun puedes cambiar el mundo, tienes contigo el espíritu de la juventud, y has de saber que el tiempo de la responsabilidad del hombre con el hombre es*

reducido, apenas son unos años de su vida, acaso esos en los que se alcanza el desarrollo suficiente para engendrar vida e ideas propias, justo ahí, donde cada uno debe formarse su sistema de valores, su forma de ver el universo, su propia realidad, es ese el momento de aprender adaptarse y desenvolverse y cambiar si es que hay algo que no nos gusta. Luego, joven amigo, ya hemos jugado demasiado al juego. Demasiado como para haber caído en sus redes, en sus vicios, en sus experiencias, y prisioneros de esto, ya es demasiado tarde para querer desmontar todo ese mundo que, nos guste o no, tenemos como real y único. Empleos, viviendas, muebles, hijos, palabras, muchas palabras dichas y pensadas sobre la marcha. No, sólo el espíritu de la juventud y la inocencia puede ver la luz. Sólo él puede hacerlo. Sólo él quiere hacerlo.

-*Pero, Oxímoron,* –responde el chico- *escucho tus palabras, y pareces poseer ese espíritu, sin embargo tú eres muy anciano.*

-*Yo ya sólo puedo esperar a que el resto de nuevo lo encuentre, y todos cambiemos juntos. No sabes cuánto he hecho y cuanto he dejado de hacer para poder estar diciéndote esto.*

-*Me sorprende cómo es posible que sabiendo todo lo que sabes, no seas más importante. Como ese hombre, el líder de Los Osos Blancos, Ayn.*

-*Muchacho, hablas de importancia cuando quieres decir poder. Ese hombre no es importante, sólo es poderoso. Tú eres importante, mucho más que él ahora mismo. Lo eres pues estas abriendo tu mente, dispuesto a cambiar. Él es sólo esclavo de sí mismo, de su deseo de poder, de su ego.*

-*Dicho así da lástima.*

-*Estoy seguro de que ese hombre, detrás de la piel del Oso, oculta el Valor del Bien, enterrado para satisfacer su Egoísmo.*

El chico llora sin producir lágrima alguna.

Los chillidos de Ayn retumban por los pasillos destruidos del ministerio y llegan hasta ellos.

-*¿Dónde está ese inconsciente?*

-*Por allí salió. Por allí se fue.* –dice el joven señalando por un boquete a través de la pared.

Un escalofrío recorre a Oxímoron; salir a la calle es firmar su destino.

-*¡A prisa, tira fuerte de mí!*

Sintiéndose el joven que un día fue, Oxímoron saca fuerzas de donde no las hay, y retira su pierna de la grieta formada entre dos trozos de piedra.
Cojeando avanza hacia la luz del Sol, que aunque es medianoche sigue sobre sus cabezas.

-*No salgas, muchacho, tú eres importante. Deja que el pasado se ocupe del pasado.*

El sonido de la felpa de las alpargatas rozando contra el polvo de la maltrecha calle.
El cogote canoso dirigiéndose al encuentro de la figura del aristócrata, que en medio de la calle, se encuentra girando como un loco sobre su sombra.

Gris en el cielo.

Y yo muy lejos.

-*¡Amigo mío! ¡Estúpido viejo!¡Demostremos aquí y ahora cuanto te equivocas!*

Ayn se desprende con violencia del vendaje con el que Oxímoron cubrió la herida de su cabeza.

El pelo aplastado y la sangre seca dejan intuir la profunda brecha.

-*¿Crees que alguien… alguno de esos que sin duda se ocultan en todas estas casas, tras todas estas ventanas… alguno… aunque sólo sea uno… vendrá a ayudar a un pobre herido? ¿Alguien dejará su refugio y se jugará la vida por un desconocido?*

El anciano no dice nada, pero sigue avanzando lenta y cautamente hacia el hombre.

-*¡Veámoslo!* –pronuncia el aristócrata, tras lo cual, lanza al aire gritos de socorro desesperados.

Su histeria teatral retumba por toda la calle; por entre los bloques humeantes; por toda la silenciosa ciudad.

Oxímoron mira en todas direcciones tratando de detectar algún movimiento amigo o enemigo, y finalmente se encuentra conmigo.

Mis aguas manchadas de sangre y vergüenza no tienen ninguna respuesta.

En la distancia, entre las figuras borrosas que configuran los edificios de la otra orilla, puede intuir los cañones cargando.

"Los ojeadores artilleros seguro que ya nos han detectado."

Sabe que no tiene mucho tiempo para remediarlo.

-Ayn, señor, entre al edificio, se lo pido por favor.

El aristócrata ríe de forma descontrolada.

-*¿Por qué iba a hacerlo, viejo? ¿No ves quien ha ganado? ¡La teoría de Ayn lo ha hecho! ¡En el fondo todos buscamos el beneficio propio! ¡Sólo hay esa certeza!*

-Entre de nuevo en el refugio, se lo ruego.

Pero Ayn hace tiempo que de este mundo se ha marchado.

-*¡No hay ningún Valor del Bien! ¡Todos, todos, todos malos!*

Oxímoron se aproxima sigiloso hacia el hombre.

-*Aunque… Un momento…* -Ayn hesita- *Eso ya lo dijiste tú, viejo. ¿Por qué entonces luego sugeriste que podíamos ser buenos, y me lo intentaste hacer creer?*

Pero ya es demasiado tarde.

El vetusto pero aun fornido brazo de Oxímoron, con ayuda de la gravedad, descarga un tremendo golpe en el cráneo del aristócrata.

El pequeño busco de piedra que con el que el viejo se había armado, da muerte instantánea al hombre que les ha delatado.

Las bombas caen.

La calle vibra.

La pierna de Oxímoron aun dormida.

Y no sabe cómo, pero consigue volver al agujero en el muro, ese que ha de devolver a sus feudos oscuros.

El chico le sostiene.

-*No lo he podido evitar.* –jadea el anciano.

-*¿Matarle?*

-*No. Que las bombas volvieran a descargar.*

-*¿Pero por qué, Oxímoron? ¿Por qué lo has hecho?*

-*Porque, muchacho, en este mundo hay dos clases de personas:*
Aquellas que temen a las demás y que todo lo que hacen es producto del miedo a ser menos, y aquellas que aman a los demás, pero que, al ser como son los primeros, sólo les espera la incomprensión. En cualquier caso todos se equivocan. Los unos deberían ver que el miedo que sienten es únicamente reflejo del Mal que ellos mismos provocan. Los otros, saber que el que acaricia a una bestia enjaulada, a buen seguro ha de llevarse un zarpazo.
La convivencia es imposible. Y sólo unos pueden acabar con los otros.

El chico llora.

Esta vez sí manan de él las lágrimas.

Resbalo.

Resbalo por su cara.

Limpio el polvo tras el cual la inocencia ya no se halla.

7. El cerdo que obligó a un pájaro a mirar al Sol

Las sábanas están frescas y con olor a lavanda.
Bajo ellas, su cuerpo desnudo calienta el colchón y la almohada.
Entra la brisa nocturna de Septentrión por la ventana; el sonido de la ciudad llega a la séptima planta.

No hay luz en la estancia, mas, desde el pasillo que da a la sala, llega un cálido haz hasta los pies de la cama.

Su asistente junto a la puerta da alguna cabezada.

Los guardaespaldas se afanan en mantener el sueño a raya.

-*¡Do, Fa, Sol sostenido, Sol sostenido, Sol, La sostenido, Sol, Sol sostenido, Sol, Fa, Mi, Fa, Fa!* –recita con voz apresurada mientras abre los ojos de golpe y salta del lecho- *¡Do, Fa, Sol sostenido, Sol sostenido, Sol, La sostenido, Sol, Sol sostenido, Sol, Fa, Mi, Fa, Fa!*

La gran masa muscular del Primer Ministro de Crostia, Sus Scrofa, se desplaza raudo por el enmoquetado pasillo de la elegante suite, en dirección a la salita de estar.

Su asistente brinca de la silla.

-*¿Qué ocurre, señor?* –pronuncia aturdido.

-*¡Ya tengo la estrofa!*

Los guardaespaldas, aun acostumbrados a las excentricidades de su líder, se miran con cara de sorpresa.

De un manotazo, Sus Scrofa aparta las tazas de chocolate caliente usadas de su mesita de reflexión y trabajo junto a la ventana de la sala.

Coge una pluma y escribe con ansia.

-*¡Sol sostenido, La sostenido, Do, Do, Do sostenido, La sostenido, Do, Do, Do, Do, Do! ¡Excelente! Sol sostenido, La sostenido, Do, Do, Do sostenido, La sostenido, Do. ¡Una pausa! Fa, Sol, Sol sostenido, La sostenido, Sol, Sol sostenido, Fa, Fa.*

Las tazas desperdigadas por la elegante moqueta han dejado finos chorretones de chocolate por todo el lugar.

Con un gesto casi imperceptible, el asistente del Primer Ministro ordena a los guardias que las recojan.

-*¿Señor, puedo ayudarle en algo?*

-*¡Silencio! Estoy terminando con el estribillo.*

Los ojos de Sus están desencajados, sumidos todavía en un profundo sueño.

-*Do sostenido, Do sostenido, Do, La sostenido. Do, Do, La sostenido, Sol sostenido. La sostenido, La sostenido, Sol sostenido, Sol, La sostenido, Sol sostenido, La sostenido, Do, Re sostenido. ¡Sí, esto es! ¡Esto es! Do sostenido, Do sostenido, Do, La sostenido. Do, Do, La sostenido, Sol sostenido. La sostenido, La sostenido, Sol sostenido, Sol, Mi, Fa.* –respira- *Y ahora, regreso a la estrofa un par de veces más. Do, Fa, Sol sostenido…*

Agotado, desliza la pluma sobre el papel, dejando una tosca línea de tinta.
Se desploma de espaldas sobre el sillón.

Las piernas estiradas. El cuerpo empapado de sudor y la respiración acelerada.

Otro gesto basta para que uno de los hombres trajeados se acerque, y sin delatar apenas su presencia, se lleve el documento para pasarlo a limpio.

En un instante la habitación queda despejada.

Sus Scrofa frente a la ventana. Desnudo. Satisfecho. Y su asistente al lado, junto a la mesita maltrecha.

-*Una letra me falta; sólo eso para completarla.*

El asistente no sabe de lo que Sus habla.

-*Seguro que pronto estará resuelto, señor.* –dice con la neutralidad que le caracteriza y convierte en tan buena mano derecha.

El gran suido, de larga melena, cuerpo musculoso y mandíbula cuadrada, me observa con sus ojos pequeños a través del cristal mientras llega la mañana.

Poco a poco su mente regresa a la suite del Hotel Gran Sol de Oriente.

Los barcos de pesca, la mayoría de ellos de reciente construcción, resultado del programa de rehabilitación de infraestructuras llevado a cabo por el nuevo Primer Ministro, se deslizan sobre mí a cámara lenta. Algunos pájaros les siguen, picoteando en sus cubiertas.

Sus Scrofa está contento.

-*¡Bien, bien!* –pronuncia levantándose- *Los sueños me traerán lo que ahora no puedo ver.*

-*¿A qué se refiere, señor?*

-*Al futuro himno de Crostia, si no, ¿qué va a ser?*

-*Por supuesto, señor.* –dice el asistente lamentando sus pocos reflejos.

"Es que no son horas" se excusa a sí mismo.

-*¿Tiene pensado regresar a la cama, señor?*

-*Probablemente así lo haré.*

-¿Quiere que disponga nuevas sabanas? ¿Más lavanda quizá?

-No será necesario. Pronto va a amanecer.

La obsesión de Sus por la lavanda no es comparable a la de su asistente, que aprovecha cada ocasión para olisquear las ramitas moradas, pues, desde que el suido subió al poder, es una planta que se produce única y exclusivamente para él.

Las pisadas fuertes del líder de largos y frondosos cabellos, resuenan por el pasillo y hasta la habitación de abajo llegan.

Los dos guardaespaldas salen del cuarto del servicio y retoman sus posiciones.

Pero Sus vuelve.

-¡He cambiado de parecer! ¡Que me traigan un chocolate caliente, como debe ser, y los Expedientes de Evacuación que tengo pendientes de ver! Este silencio para adelantar papeleo bien aprovecharé.

-¡Sí, señor! –responde servicial el asistente, mientras con otro gesto hace desaparecer a los guardias.

Vuelve a sentarse frente a la ventana, pero esta vez no me observa a mí sino a los edificios reconstruidos de la orilla meridional; los de los pescadores, los de los bohemios, los de los estudiantes y los más pobres.
Piensa en cómo sirvieron de refugio durante la guerra civil a artilleros y francotiradores sublevados, y aún conserva imágenes del tiempo en que él mismo vivió allí, algunos años antes de todo aquello.

En cierto modo se lamenta de no haber estado en Thalarctos cuando todo sucedió. Quisiera haberlo visto con sus propios ojos, pero sabe que gracias a su ausencia, es hoy lo que es.
Su falta hace que los recuerdos de lo que entre esas casas aconteció, no resulten sino más terroríficos al ser el producto de testimonios, siempre parciales, y de su retorcida imaginación.

Permanece unos instantes absorto.

Suena la puerta.

El aroma del cacao entrando por el quicio entreabierto, y la mirada curiosa de la joven camarera que por encima del hombro del guardaespaldas trata de adivinar la enorme figura de su líder, tendido desnudo sobre el sofá.

Una risita nerviosa.
La puerta cerrándose contra su cara.

-Aquí tiene, señor. –indica el asistente mientras posa la tacita humeante en la mesa de mármol.

-¿Y el agua?

-Temo que a propósito hayan vuelto a olvidarla.

-*No las culpes, son sólo traviesas púberes.*

-*No las daré el gusto de volver a asomarse por aquí, señor. Yo mismo iré abajo a por un vaso.*

-*Bien.* –dice moviendo la mano con cierto desprecio.

Suspira.

-*¡Debo tener el asistente más exageradamente diligente, de aquí, a donde nace el Sol en Oriente!* –añade con tono jocoso mientras se incorpora sobre el asiento y toma un sorbo de la taza.

Su rostro indica que ha dejado momentáneamente de lado todos los complicados pensamientos para obligarse a disfrutar del aquí y el ahora.

-*¡No olvides los expedientes!*

-*Faltaría más, señor.*

El chocolate se enfría mientras Sus vuelve a meterse de lleno en sus pensamientos.

Recuerda el día en que asqueado de las costumbres de su gente, la más noble pero tranquila de Crostia, la que dedica su vida simplemente a esperar allá en la fortaleza estrellada de Suidae, decidió no volver a tomar cacao nunca más. Incluso escribió unos versos de repulsa hacía todos sus paisanos, justo antes de coger el tren circular y marcharse en dirección a la capital.

"La vida con calma.
Los sueños de doce horas.
Los planes... Sin prisas.
Un chocolate caliente y un vaso de agua.

La hora siempre se pasa.
No hay problema si alguno se retrasa.
Si no, nos quedamos en casa.
Aunque no lo parezca, moverse lento cansa.

A todos con cariño os dedico esta comparsa.
Desde aquel que era amigo y saltó corriendo de la balsa.
El que estaba cansado porque le pesaba la barba.
Hasta aquel pobre tonto que se quiso creer la farsa.

Vayan a echarse la siesta hasta mojarse con la baba,
pues como ya mencionaba,
el atisbo de tal desgracia,
huele a chocolate caliente y vaso de agua."

Todavía puede recitar con fluidez la composición.

A menudo lo hace, desde que al subir al poder, volvió a darse el lujo de consumir cantidades ingentes de la bebida predilecta de los suidos.

También se aseguró de que sólo él pudiera disponer de ella.

Siente que así se venga del pueblo que le defraudó en el pasado, y además, ya no cree tener que avergonzarse de nada, pues se sabe el ser supremo de Crostia; sus gustos y costumbres no pueden ser errores si no moda.

-*El agua y los Expedientes de Evacuación, señor.*

La voz de su asistente le devuelve al presente mientras yo refresco su cuerpo en un instante.

-*¡Manos a la obra!* –exclama.

La carpeta de cuero rojo está llena de papeles que se deslizan sobre las yemas de los dedos de Sus a un ritmo frenético.

Los ojos del Primer Ministro se mueven al compás de sus dedos, captando apenas los rostros demacrados de las fotografías hechas a toda prisa.

Empieza a firmar.

Su muñeca rubrica con ejercitada precisión milimétrica.

En un montón se acumulan los expedientes de los ciudadanos que han de ser "liberados" o "evacuados", eufemismos ambos para referirse a los que han de marchar a Shuddhi o Dosha, allá donde residen los que ya no están vivos. En el otro montón…

No hay otro montón.

Sólo son caras para él.
Piensa en que es probable que un día la suya esté también entre ellas.
No le importa.

Pero de pronto, un chispazo en alguna parte de su cerebro, algo que rompe su autómata rutina administrativa.

Todo se detiene.

Sus Scrofa clavado ante un folio de papel.

-*¿Ocurre algo, señor?* –pregunta su asistente.

-*No.* –responde sin apenas mover ningún musculo- *Creo que me iré a dormir.*

-*Bien, señor.*

Pero no se mueve.
Permanece pensativo. Ausente.

-*¿Señor?*

Ninguna reacción.

El Primer Ministro agita su cabeza finalmente.

-*Sí, claro*. –pronuncia torpemente- *¡Que me traigan más lavanda de inmediato!*

-*Encantado, señor*. –responde el asistente con una sonrisa de oreja a oreja.

La cama le recibe y él duerme profundamente.

El Sol no tarda en ascender desde detrás de las montañas de Oriente.

Y entre las cálidas respiraciones de los que duermen, se alza de pronto un grito, una voz imponente.

-*¡Vraha! ¡Vraha! ¡Traédmelo! ¡Traédmelo!*

El asistente del gran líder de Crostia salta de su incomoda silla en el pasillo, al oír pronunciar su nombre.

Irrumpe en la habitación de Scrofa que le mira alterado desde la cama.

-*¿Me ha llamado, señor?*

-*¡Traédmelo!*

-*¿A quién?*

-*Al hombre del expediente.*

-*¿A cuál de ellos, señor?*

-*¡Al último que tuve entre mis manos, estúpido!*

-*Claro, señor*.

Vraha corre a la salita y busca entre los papeles que allí quedaron amontonados durante la noche.

Todos firmados y dispuestos para ser enviados.
Todos menos uno.

-*¿El recluso Passer?*

-*¡Presente!*

-*Salga de su celda.* –añade el carcelero del Palacio de Justicia.

El reo de delgada tez y aspecto cansado obedece con actitud displicente.

Desde la habitación de servicio en la suite del hotel Gran Sol de Oriente, Vraha puede ver la Plaza de la Garra, y en el extremo más alejado de esta, el reconstruido Palacio de Justicia.
Sabe que pronto por sus regias puertas de madera saldrá un hombre con destino directo a la séptima planta donde ellos se encuentran.

Pero Passer no sabe nada.

Es conducido por dos guardias a través de las galerías atestadas de peligrosos pensadores y agitadores.
En sus muros pueden leerse consignas pintadas:

"Pan.
Pan.
Que les den pan a los cerdos.
Que les den pan y los engorden.
Y luego,
mojemos en sus grasas
de la hogaza lo que sobre."

Passer deja atrás el único hogar que ha conocido desde que la guerra civil terminó.

Al pasar junto a los barrotes que retienen a sus antiguos camaradas, esos mismos que un día lucharon por una causa que creían justa, ahora convertidos la mayoría de ellos en bestias inmundas, puede ver sus caras en la penumbra y recuerda sus quejas y dudas.

"El reinado de Los Osos terminó pero el de Los Cerdos comenzó. ¿De qué sirvió entonces la revolución?"

"¿Ganamos realmente la guerra o fue peor que el problema la solución?"

"¡El Primer Ministro no es un libertador, es sólo otro sucio y detestable dictador!"

Una sonrisa en su cara.

Le cuesta entender como ninguno de ellos es capaz de ver el gran paso que han dado. Sabe que la mayoría tarde o temprano serán fusilados, pero que la siguiente generación recibirá su sacrificio como un gran regalo.

-Nadie sabía realmente quién había tras La Dirección, hasta que el Cerdo dio con ellos y acabó con Los Osos. El enemigo era una sombra. Ahora la situación es mucho mejor. Al menos con un dictador sabes a quien tirarle las piedras. –solía responderles.

Pero para su débil cuerpo, ahora mismo no es mejor.

Le desnudan.

Frente a una pared del sótano le alinean y disparan contra él un chorro de agua helada.

Pretenden que yo limpie lo que ellos han manchado.

Y en la suite, Sus Scrofa hace lo propio en su acostumbrado baño matinal. Necesita sumergirse en mí para disipar el calor que su gran masa irradia.

Como siempre, a su lado junto a la bañera, su asistente Vraha.

-Antes de las bombas oscureciendo el cielo. Antes de la sangre derramada por iguales. Antes del antes de lo que tantas veces sucediera sin remedio, sin principio ni final, antes de todo ello, hubo un joven subido a una caja entre el vulgo de este, nuestro reino. –pronuncia el líder de Crostia.

Yo me desprendo sobre él en forma de pequeñas gotitas escapando del grifo ahora apagado. Dibujo ondas en la quietud de la rebosante bañera.

-*¡Tengo la manía de imaginar absurdos, y la osadía de intentar darles forma! Esa fue la primera frase que de sus labios oí, y al instante a sus pies prendido caí.*

El sonido de su cuerpo sumergido rozando contra el mármol al cambiar de posición.

Una carpeta de cuero rojo algo mojada en sus manos.

-*Passer… ¿Cómo olvidar su nombre si tanto me cambió?*

Abre la carpeta, no con su acostumbrada parsimonia burocrática, no, esta vez es con nerviosismo y una ilusión casi infantil.

-*¿Has dado ya orden de que le traigan con primor?*

-*Sí, señor, tal y como usted solicitó.*

Observa el expediente.

-*Que rostro tan sucio. Es un verdadero horror. Sin embargo no cabe duda: Es el valiente orador.*

Se levanta.

Su musculoso cuerpo desnudo se desprende del traje de burbujas de jabón.

-*Aunque luce mugriento los achaques de prisión, parece que el paso del tiempo nunca le afectó. Está igual que aquel día en la improvisada reunión, que en la Plaza de La Garra llevó hasta mí su voz. ¿Lo recuerdas?*

-*Como si hubiera estado allí mismo, señor.* -responde su asistente tendiéndole una enorme toalla seca.

-*Cierto. Cierto. Te he hablado tantas veces de aquello... ¡Pero por primera vez puedes ver su rostro sin que yo intervenga en ello! ¡Mira!*

-*Espeluznante.* –responde Vraha fingiendo cierta sorpresa, pues ya se ha asegurado de observar bien la fotografía del propio expediente.

-*Sí, pero estará mejor cuando haya sido aseado y convenientemente adecentado.*

-*Claro, señor, hacerlo así lo he mandado.*

Sus Scrofa permanece como una estatua sonriente mientras rememora.

-*Conocerlo me cambió más que cualquier otra cosa.* -pronuncia- *Yo había decidido marcharme de Suidae para ser mejor persona, para aprender todo lo que un buen hombre ha de hacer con honra. Pero...*

El sonido de los cascos de los caballos pasando por la calle empedrada siete pisos por debajo.

-¿Qué ocurre, señor?

-Conmigo se ha cometido una terrible injusticia. –responde el Primer Ministro olvidando por un momento su tono grandilocuente.

-¿Por qué lo dice, señor?

-Yo solía ser un chico bastante travieso en lo que se refiere a con los otros tratar. Tuve suerte de conocer a buenas mujeres y gustaba de con ellas jugar, hacerlas reír pero sobretodo hacerlas llorar. A veces bebía hidromiel para perder un poco el control. Me gustaba en definitiva eso de "no tener corazón". Me gustaba hasta que alguien un día se atrevió, y en mi cara me lo dijo sin ninguna concesión. Una persona con la que apenas había conversado. Alguien que me conocía de oídas de mis amigos más cercanos. Ese era yo. El que no tenía corazón. Entonces, acostumbrado a ser un listillo y a escuchar que debía cambiar, hice lo que nadie podría esperar: Me esforcé en saber que era todo aquello que hacía mal, pues aunque duela, es este el único camino para poderlo remediar. –se frota la cabeza frenéticamente con la toalla para secar su frondosa cabellera- *Pero me temo que son de esas cosas que unos dicen a otros para la propia conciencia calmar, esa clase de consejos que al darlos sirven para a ti mismo tranquilizar y de alguna manera te dan una sensación de superioridad, pero que en el fondo nadie piensa ni quiere que lleguen a tener lugar. Y esa es la injusticia, pues yo acepté hacerlo. Pero ahora estoy en un lugar solitario e incomprensible para ellos. ¿No querían que cambiara y que fuera mejor? ¿Acaso no sabían lo que implica tener corazón? ¿Por qué me lo dijeron si ellos mismos para sí no quieren eso, si ahora no entienden el porqué de mis desvelos? ¿Lo hicieron para alejarme, o fue por ignorancia nada más? ¿Quizá no sabían lo que el esfuerzo en el conocimiento de uno mismo puede llegar a desembocar?* -respira una gran bocanada de aire- *Pero entonces llegó un momento en que ya no me decían que no tenía corazón, sino que no fuera tan inocente, que el mundo es crueldad y dolor. Y lo aceptaban, mas, sin embargo seguían sorprendiéndose ante los actos crueles y la maldad que esta aceptación entrañaba.*

Vraha trata de imaginarse cómo debió ser en el pasado el hombre que apenas hace un par de horas estaba firmado la sentencia de muerte de casi un centenar de ciudadanos sin que le temblara lo más mínimo el pulso.
Un hombre al que sus compañeros consideraban inocente. Algo difícil de imaginar hoy día.

Hesita, pero conoce bien su trabajo.

-Señor, no debe preocuparse ya por este tipo de cosas, usted es perfecto. Un ser superior.

El Primer Ministro refunfuña.

-No digas eso, la perfección me violenta. Si se me aplica la esquivo y sin embargo es mi meta. ¿Cómo puedo ansiar y evitar algo al mismo tiempo? ¿Cómo hacer arder lo que venero en el templo?-se desprende de la toalla tirándola al suelo con desdén- *Muchos dicen que no existe la esencia de lo perfecto, pero miden usando como referencia el concepto. Yo creo que sí existe, pero que en sí mismo es el final. Puede que por eso me avergüence, pues nos logra deshumanizar. La marca del hombre es la imperfección, la tara contra la que ha de luchar. Por eso de tan magna medida, no quiero oír ni hablar.*

Sale del cuarto de baño por la puerta que da al dormitorio.

Su asistente le sigue servicial.

-*Por un tiempo fui un auténtico ingenuo.* -dice Sus Scrofa mientras espera a que Vraha le vista- *Mucha razón tenían los que me decían que vivía en un sueño.*

-*¿Por qué diría alguien tal cosa, señor?*

El corpulento líder le lanza una mirada agresiva.

-*¿Acaso no escuchas?* -grita Scrofa.

-*Sí, señor, sólo que...*

-*Vamos Vraha, debes prestar atención si quieres llegar a donde he llegado yo.* -dice en tono más conciliador- *Espero que todo el trabajo que contigo estoy haciendo no resulte ser una pérdida de tiempo.*

El asistente agacha la cabeza.

Passer la levanta.

Ante su cansado cuerpo de convicto, la fachada del Hotel Gran Sol de Oriente.

Es el último sitio donde pensaba verse.
Bien convencido estaba de que su destino era el paredón.

Puede que por eso sienta un extraño miedo.

-*¿Por qué me traen aquí?* –pregunta a uno de los guardias.

Ninguno le responde, ignorándole como si no existiera.

Pero sus brazos si existen para ellos. Existen y los aprietan con fuerza.

En cierto modo casi se alegra de sentir todavía el contacto humano y no un frio palo en su espalda mientras espera las balas.

Avanzan hacia la entrada a un paso mucho más precavido que el que hasta aquí han llevado.
Sus custodios miran tensos en todas direcciones.
Al llegar a la gran puerta acristalada sedetienen.

Uno de ellos se introduce en el hall del hotel.
El otro ejerce aún más presión sobre su huesudo brazo mientras le aparta hacia un lateral del pórtico techado.

Junto a ellos, dos jóvenes aparcacoches fuman y charlan.

-*¡Eh, compañero!* –exclama uno de los mozos dirigiéndose al guardia- *¿Un pitillo?*

El muchacho extiende el brazo ofreciendo un cigarrillo al impasible funcionario.
Este le mira de reojo y muy serio niega con la cabeza.

-*¿Y tú, compañero?* –pronuncia ahora dirigiéndose a Passer sin cambiar su actitud amable.

-*Eres un loco. ¿No ves que está esposado?* –señala el otro mozo.

-*Puedo ponérselo entre los labios…*

Pero la situación no agrada al guardia.

-*¡Silencio! ¡No se dirijan al recluso!* –pronuncia mientras da un zarandeo innecesario al enjuto reo.

El mozo se encoge de hombros y vuelve a su conversación.

-*Como te iba diciendo, hoy he soñado que los seres humanos no somos seres de este mundo; venimos de fuera. Es cierto que hay vida inteligente más allá de lo que conocemos, y nosotros somos esa vida inteligente. Igual que los cerdos, los pájaros, las ratas, los osos o los gatos, tienen diferentes subespecies dentro de su especie, nosotros los humanos somos una clase de extraterrestres llegados aquí, aunque ignorantes, después de tanto tiempo en esta tierra, de todo lo que realmente importa de nuestro pasado.*

El uniformado funcionario se gira y analiza con la mirada a los jóvenes aparcacoches, como tratando de creerse lo que acaba de escuchar.

Ambos permanecen serios un instante. Luego le sonríen.

-*¿Compañero, has oído eso? ¿Es o no un tremendo chiflado?* –dice el otro mozo al guardia.

-*Deberían cerrar esas bocazas si no quieren tener problemas*. –responde mientras vuelve a mirar al frente hacia dentro del hotel.

Passer permanece en silencio.

El mismo mozo se pone la mano en la cara haciendo de pantalla para que el guardia no vea como se mueven sus labios, y se inclina hacia el oído de Passer para hablarle en voz baja.

-*Escucha, compañero,* -pronuncia con tono serio pero teatral- *este de aquí no es para nada un loco. Hazle mucho caso. Se dice que lleva de mozo en este mismo hotel, más tiempo del que nadie puede recordar.*

El otro joven, consciente de lo que su compañero ha contado al reo, hincha el pecho y pone una forzada pose de importancia.

Passer no mueve ni un musculo.

No sabe qué decir.
No tiene nada que decir.

La puerta de cristal del Hotel Gran Sol de Oriente se abre, y tras ella, el guardia que estaba dentro indica al otro funcionario que ya pueden entrar.

Passer es arrastrado sin ninguna delicadeza.
Aun aturdido por la reciente escena, mira a los mozos mientras se aleja; estos se echan a reír.

"¿Por esta gente he luchado?"

En el imponente hall de mármol blanco suena un piano.
Está casi desierto.

El lustre del pasado, perdido.

Ya no hay aristócratas en sus salones; danzando, bebiendo, riendo, besando.
Apenas una aburrida muchacha en la recepción frente a ellos.

Giran a la derecha y caminan junto a unos opulentos pero desgastados sofás de cuero.

Recorren la planta baja hacia los ascensores.

Una escalinata y el recuerdo de que una vez él estuvo aquí.
Fue durante la guerra civil, cuando parecía que todo estaba terminando y poco antes de que se supiera que un suido había encontrado y acabado con La Dirección.

Sin embargo en aquel momento era todo gris. Al menos, en su memoria, aquello fue así. Sin color. Sólo humo y hollín.

Y entonces, la quietud del lugar le hacer reaccionar; decide no perder detalle de nada para poder trazar un plan, y en caso de surgir, aprovechar cualquier oportunidad de escapar.

Sabe que si no hay apostada suficiente seguridad, tiene varias vías para intentarse fugar: Dos escaleras separadas, un pequeño montacargas, el ascensor y el hueco de la colada.
Incluso se plantea que un descenso por las columnatas de la fachada no sería una opción tan descabellada.

De pronto se siente confiado. Ya no le molesta la incertidumbre de no saber a dónde le llevan.

"Desapareceré antes de que puedan hacerme nada."

Los guardias le empujan hasta los ascensores, pero justo antes de llegar a estos, giran y penetran por una de las puertas que da a las escaleras laterales.

"No quieren que me cruce con ningún ciudadano decente."

Sabe que tanta precaución por ocultarle es una baza que ha de jugar para ponerles nerviosos.
Se pone en guardia.

El Passer miliciano sustituye con cada paso al Passer prisionero del gobierno de Los Cerdos.

Mientras ascienden, cuenta los peldaños.
Va concentrado.
Y justo en el último, una mano.

Es un dibujo tosco de tiza. Rudimentario. Apenas trazado.

Los guardias ni se han fijado.

"¿Cuál será su significado?"

Pero antes de que pueda analizar bien la primera planta, aquella que fue construida para la elite de Crostia, en una época donde no había aun ascensores y por lo tanto se reservaban las habitaciones más cercanas a la calle para así tener que sudar menos y llegar más rápido a dormir la mona, el siguiente tramo de escaleras aparece ante él y es empujado sin contemplaciones.

Los mismos escalones y otro dibujo marcando la llegada a la segunda planta.
Esta vez es una nariz de tiza blanca.

De nuevo tirones y el mismo espacio.

Pero ahora, en la tercera, es una boca lo que hay tímidamente plasmado.
En la cuarta planta es un ojo.
En la quinta, lo que parece ser una oreja.
En la sexta, un corazón.

Sube cada tramo con más ansia esperando ver el siguiente dibujo y olvida por completo su misión de observar con detalle los pasillos. Le resultan todos iguales. Aburridos. Sin ningún sentido.

Y entonces, la séptima planta.

El blanco deslumbrante le ciega por un instante.

En el último peldaño, sentada y con un vestido claro, una niña de cabellos rubios, azules ojos saltones, y mullidos mofletes, se afana en terminar algo.

Passer no puede ver lo que hace, pues la pequeña lo tapa con su cuerpo, pero al percatarse de la presencia de los guardias y el reo escoltado, la niña sale corriendo dejando la tiza y el dibujo abandonados.

"¿Es un circulo? ¿Un aro? ¿Es una cabeza? ¿O quizá sea un Sol? Incluso puede que fuera otro ojo si lo hubiera acabado. ¿Y quién es esa niña y porque los guardias la han ignorado? ¿Será la hija de alguno de esos cerdos que han sido colocados a dedo en el gobierno? Seguro. Si fuera de otra manera la habrían regañado."

En su mente la lucha nunca termina, y mientras piensa en ello, de los dibujos se olvida.

Traspasan la frontera que une las escaleras con la moqueta, y frente a los tres hombres, unos silloncitos. Tras los bajos muebles, el cuarto de limpieza donde sabe que ha de hallarse el montaplatos que cada planta con la cocina conecta.

"Es una posible salida."

De nuevo sólo importa la huida.

Observa el pasillo en forma de ele.
A su izquierda, las habitaciones se pierden en la galería que se aleja hasta el infinito.
A su derecha y al frente, el mismo paisaje. Números en carteles. Luz artificial. El brillo del lugar más pulcro que se pueda encontrar.

Avanzan en silencio.

Ni un alma.

Al fondo, justo al fondo, una puerta.

"777."

Uno de los guardias golpea la madera con delicadeza. Otro, de igual aspecto, les recibe sin hacer ningún gesto.

Entran al recibidor y Passer es transferido a este nuevo custodio, el cual desaparece por una de las tres puertas que hay dentro de la suite, quedando la de entrada abierta.

Por el pasillo ve alejarse a los guardias que le trajeron y se da cuenta de que ha de decidir: Quedarse en la salita o esperar unos instantes y huir.

"¿Qué clase de prueba es esta? ¿Quieren que me crea que la habitación es un regalo o algo así? ¿Es que nadie va a explicarme que estoy haciendo aquí?"

Hesita, pero convencido de que es una trampa, cierra la puerta de la 777 y deja el mundo que conoce a sus espaldas.

En la sala principal de la suite, únicamente una melodía solemne de trompas le acompaña.

Observa atentamente el tocadiscos que hace girar un vinilo y el cual permanece discreto en una esquina sobre un mueble bar. Una mesa de mármol y un sofá colocados en dirección a la ventana. Un reloj de cuco.
Blanco. Mucho blanco y dorado.

También se percata del escudo del techo, que sin duda ha sido recientemente borrado. Sólo queda el espacio dentro del blasón, a la espera de que el Primer Ministro decida los nuevos símbolos de la nación.

Nadie se muestra y Passer se siente tentado de abrir alguna de las tres puertas que dan a la salita. Empieza a creerse que quizá su presencia aquí sea una especie de compensación, de última voluntad.

"¿Me conceden una noche de lujo antes de matarme?"

Decide sentarse.

Sobre el silloncito siente algo que ya había olvidado: La comodidad.

Por unos instantes se deja llevar, pero su mirada aun en alerta, detecta algo bajo sus pies, alrededor de las patas de madera y bajo la mesa.

"¡Hormigas muertas!"

La nívea moqueta está salpicada de motitas negras. Pequeñas formas redondeadas que yacen sin energía alguna.

Con cierto asco decide tocarlas, y para su sorpresa, al tirar de una de ellas, descubre que son largos cabellos anudados tantas veces que el resultado son pequeños ovillos con forma de cuerpecitos diminutos.

Se pregunta quién se sentará allí, frente a la gran ventana, y el porqué de semejante ritual.

También descubre manchas secas de chocolate con la forma del contorno de las tazas, en la mesita de mármol.

"Aquí vive alguien. Esto no es para mí."

Pero ha pasado media hora y aun nadie le ha salido a recibir.

La música de trompas acaba.

Permanece en silencio, de pie, rígido como una tabla.

Y envuelto por la atmosfera extraña de la séptima planta, miles de ideas se apoderan de su mente.
Y el miedo es ahora más fuerte que nunca.
Sabe que una de las puertas ha de abrirse y algo suceder.

Y así es.

Con el mismo gesto frío e inexpresivo, el guardia que le abrió sale de la habitación del servicio con una bandeja llena de copas.

-*¿Quiere beber algo?* –le pregunta.

Sus ojos agiles de antiguo miliciano analizan rápidamente los recipientes y su contenido; cuenta siete copas con un líquido extraño.

-*No, gracias.* –responde mientras de pronto desea mi presencia más que nunca.

El funcionario se retira al cuartito auxiliar y todo queda de nuevo en calma.

Pero la calma le duele.

-*Dime raudo la palabra más triste que halle tu alma.*

La voz surgida de la nada le hace temblar.

-*¿Disculpe?* –pronuncia temeroso.

-*Dime raudo la palabra más triste que halle tu alma.* –repite la voz mientras del fondo de la habitación, por el pasillo que conecta la sala principal y el dormitorio, aparece el robusto cuerpo del Primer Ministro.

Passer no le reconoce.

A pesar de que desde que subió al poder, el suido se ha esforzado en llevar a cabo todo lo contrario a los métodos y ejemplos de discreción de La Dirección, dándose una masiva promoción personal e inundando las calles con imágenes de su rostro, Passer, condenado por el nuevo gobierno poco después del final de la guerra civil, calificado por este como "agitador", ha vivido aislado en su celda y al margen de tal propaganda

Piensa que ese hombre inmenso ha de ser un torturador.

No dice nada.

-*Dime raudo la palabra más triste que halle tu alma.* –repite por tercera vez el líder de Crostia, con un tono que en esta ocasión parece más una amenaza que una invitación a conversar.

Ahora está casi encima de él.

Puede sentir el calor de su cuerpo musculoso que parece arder. Su respiración profunda. Los cabellos de su larga melena casi rozándole. Y además, su pecho es duro como una roca, pues la coraza de una armadura ámbar le cubre.

Una energía que hasta ahora le era desconocida, emana del hombre que tiene ante él y le intimida.

Sabe que ha de responder.
Se esfuerza por buscar en su interior una respuesta sincera.

-*Restos.* –responde.

-*¿Es pues ese el concepto más triste que llevas dentro?*

-*Así es.* –corrobora con total convencimiento.

-*Perfecto.* –responde el suido con aparente satisfacción- *¿Quieres que te diga ahora cual es para mí el más horrible los términos?*

Passer reflexiona sobre qué responder, tenso en todo momento por no caer en ninguna trampa.

-*De acuerdo.* –dice.

-*Egoísmo.*

Y durante unos instantes sólo sus miradas atravesándose.

-*¿Por qué me dice esto?* –se atreve finalmente a pronunciar.

-*No me reconoces, ¿verdad?*

Y la duda. La tortura de un juego incómodo.

-*Es cierto que yo he envejecido más deprisa. Algunas canas en el cabello y la tez endurecida. Pero tú, sin embargo, te conservas joven como aquel día. Aquel en el que me mostraste una realidad que cambió mi vida.*

Las piernas de Passer comienzan a temblar, preguntándose quién ha de ser este hombre que le habla con palabras tan firmes.

-*Y… ¿Qué realidad…? ¿Qué fue eso que yo os mostré, si puede saberse?* –dice tratando de demostrar cierta confianza.

-*Egoísmo. Eso fue lo que me enseñaste.*

Pero Passer no entiende nada.

-*No entiendo nada.*

-*Sus Scrofa es mi nombre, no te lo voy a ocultar. Nos conocimos hace algunos años en una plaza de esta ciudad. Fue antes de la guerra, en aquellos tiempos de inestabilidad cuando los jóvenes nos organizamos contra los viejos Osos en la universidad. Tú eras un brillante orador y yo solamente un muchacho recién venido de una ciudad cerrada y anclada en un pasado perdido. Vine con ilusión buscando mejorarme a mí mismo, pero no encontré nada hasta el día en que te vi en una caja subido. ¿Recuerdas algo de esto que ahora te describo?*

Para Passer, las imágenes de él mismo en esa época, son un amargo recuerdo del que sin embargo siente un extraño orgullo.

-*Muchas veces estuve subido en cajas entre la multitud. También otros muchos lo hicieron como yo, y no pocos perdieron la vida por ello.* –dice recuperando su más que predilecto tono moralista.

No sabe si lo que Sus Scrofa pretende es alabarle o condenarle por aquello.
Guiado por la costumbre permanece a la defensiva.

El suido, para alivio de Passer, comienza a caminar por la habitación liberándole de la restricción física que sobre él estaba ejerciendo.

Scrofa parece disgustado.

Mientras el convicto aprovecha para observar bien las impolutas ropas blancas que Sus viste bajo la coraza ámbar, una nueva voz surge del pasillo del fondo.

-*¿Cómo se atreve a hablar así al Primer Ministro?*

El cuerpo del asistente Vraha se descubre tímidamente por la esquina del pasillo sin ninguna intención de protagonismo.

-*Limítese a responder a lo que…*

-*¡Silencio, Vraha!* –interrumpe Sus- *No intercedas tan presto, pues no necesito tus servicios en esto.*

Passer está helado.

"¿El Primer Ministro? No es posible."

Casi no puede respirar, pero sabe que ha comportarse y mantener el tipo.

-*Disculpa a mi asistente, pues aunque torpe, poco a poco aprende. Le preparo para una misión que hacerla sólo él puede* –dice Sus Scrofa retomando su posición invasiva sobre Passer- *Llegado el momento heredará el reino que controlo, pues un buen día sin duda ha de salvarnos a todos. Cuando los hombres se contagien y sus ojos se cubran de oro, él liberará a la tierra y la repondrá en su trono.*

A la cabeza de Passer sólo llegan palabras inconexas que determina prudente no tratar de pronunciar.

Asiente.

-*Escucha,* -prosigue Sus- *quiero hacerte mirar al Sol como tú lo hiciste conmigo. Mirarle directamente hasta que tus ojos se hayan derretido. Y entonces, sólo entonces, amigo, podrás ver realmente lo que hasta ahora no has podido.*

-*Pero yo no… Yo no le hice mirar al Sol.* –responde Passer confuso.

-*Claro que lo hiciste, mas, cuenta de ello no te diste. Gracias a ti, aunque no lo supiste, pude ver por fin la tierra, y créeme, fue muy triste.*

Vraha, que había entrado en la habitación auxiliar para el servicio, sale de la misma con una silla ricamente tapizada.

La pone junto a Passer.

Con paso discreto y tacto delicado, mueve el sillón del Primer Ministro de forma que ambos muebles quedan enfrentados.

El reflejo del Sol en mis aguas ilumina un lado de cada una de sus caras.

Se sientan sin decir nada.

-*No sé por dónde empezar…* –dice Sus Scrofa manteniendo una pose muy señorial pero con la mirada desubicada.- *¡Vraha! ¿Es que acaso no vas a ofrecer a nuestro invitado nada que tomar?*

-*Desde luego, señor.* –responde el asistente sobresaltado. -*¿Quiere usted algún refrigerio?* –dice dirigiéndose a Passer.

-*¡Yo tomaré un chocolate caliente!* –interrumpe Scrofa sin esperar la respuesta del reo.

Vraha asiente y vuelve a mirar a Passer con cierta impaciencia, como esperando que rechace la invitación.

-*Un… Un café, gracias.*

Sus Scrofa gruñe.

-*Verá, al señor Primer Ministro no le agrada el olor de esa infame bebida.* –indica Vraha.

-*¿Qué no me agrada? ¡Elegante manera de decir que me repugna más que nada! ¡Debería prohibirla, dejar de fabricarla!*

-*Señor, es una cuestión de demanda.*

-*Sí, ya sé que hay que mantener al pueblo distraído: Café para los señores, hidromiel para los que están dolidos, incluso bebida de ajenjo para acallar a los que piensan distinto. Pero, ¿qué importa eso ya? ¿De qué les sirvió a Los Osos todas esas medidas implantar si ni siquiera con ellas*

lograron nuestra docilidad? Puede que ellos las necesitasen para intentarnos controlar, pero nosotros no somos Osos, ¿es o no verdad?

-*Muy cierto, señor.* –responde el asistente deseando que la atención de la conversación recaiga sobre el invitado.

-*¿Eres tú un Oso, Vraha?*

-*No, señor.*

-*¿Y que eres, Vraha?*

-*Un cerdo, señor.*

-*¿Y los guardaespaldas que vaguean en ese cuarto en vez de vigilar la entrada? ¿Y todos mis Ministros y funcionarios que dormitan en sus despachos sin hacer nada?*

-*Todos cerdos.*

-*¿Y yo, Vraha?*

-*Usted…*

La trampa ha sido tendida y Vraha casi cae en ella.

-*Adelante, que es para hoy ¿Qué se supone que yo soy?*

-*Usted es el líder supremo de Crostia, señor. Nuestro guía. Un ser…*

-*¡De acuerdo, de acuerdo! Deja los falsos halagos para luego, y dilo en alto sin ningún miedo. ¡Yo, soy un cerdo!*

Un sudor frío recorre a Vraha.
Passer, aun en calidad de espectador, siente lo mismo.

-*Tranquilos, no debéis temer, pues estamos entre amigos y así debe ser.* –reanuda el suido- *No me avergüenzo de ser lo que soy, ni de así decirlo. Sin embargo, hubo un tiempo en que no quise asumirlo.*

Vraha aprovecha la reflexión de Scrofa para abandonar en silencio la suite e ir en busca de las bebidas.

-*Allá en Meridión, en mi ciudad natal, la que llaman Suidae con admiración ancestral, yo fui uno de esos jóvenes de arrogancia sin igual que encomiendan su vida a la frontera guardar. De esos a los que se les decía que el destino de Crostia de su valor dependía, pues sólo ellos, como elegidos podían, defender nuestro pueblo de Himsa y su ira. Y largo tiempo a la fortaleza estrellada, conservaron gloriosa, invicta e intacta. Hasta el aciago día en que llegó la descarga, el metal y el pincho dejo a la guardia humillada.* -Scrofa toma aire mientras sus ojos se mueven rápidamente tratando de vislumbrar imágenes del pasado- *Eso fue antes de que yo llegara al mundo, pero puesto que procedo de una larga tradición alejada del vulgo con la entrega a la guardia como fin único, serví en el cuerpo con deleite y orgullo. Incluso en aquellos días, un extraño respeto hacia la guardia aún se mantenía, algo que daba sentido a las vidas de los que en la ciudad*

permanecían, y aun así, todos bien sabían que ni enemigo ni frontera ya existían. Sólo quedaba vergüenza y un ideal de servicio absurdo como guía.

Vraha entra en la suite con una bandeja sobre la cual dos humeantes tazas desprenden el calor del chocolate.
Tras él, desde el pasillo, una joven camarera otea la estancia mientras el pie del asistente empuja la puerta para cerrarla.

-*Aquí tienen.* -dice Vraha dejando el desayuno sobre la mesita de mármol que hay entre ellos y retirándose discretamente hacia el pasillo que da al dormitorio.

Sus Scrofa ignora lo que ocurre en la sala, tratando de no perder la concentración.

-*Yo allí todo lo que podía pedir tenía; hacía lo que quería y nadie a cuestionarme se atrevía. Era cruel a propósito, pues aunque entonces no lo sabía, todo lo que hacía era para negar el sin sentido que era mi vida.*

Passer asiente mientras reflexiona sobre lo que entiende como una confesión de Scrofa.

"¿Por qué me cuenta esto? ¿Quiere que me solidarice con él, que le diga que le entiendo y le libre de la carga de sus culpas? ¿Qué hombre puede reconocer que es uno de esos que todo lo que tiene le ha sido dado, ante otro que ha dedicado su vida a combatir tal injusticia? ¿Pensará devolverme a la celda, con el objeto de que hable bien de él entre los presos?"

Con cierta desconfianza coge la taza de cacao y toma un sorbo.

-*Amigo, ¿te estoy importunando? ¿Por qué permaneces tan callado?*

-*Porque... Porque le estoy escuchando.*

-*Bien. Eso es de mi agrado.* -dice Scrofa mientras imita a Passer y coge la taza pero en vez de un pequeño sorbo se bebe todo el contenido de un trago.- *En aquella época escribía con furor inusitado. Quería ser poeta, el primer suido ilustrado. Con ir a Lavria soñaba, pues allí los grandes artistas se hallaban, mas, cuando finalmente pude visitarla, sólo encontré copistas y obreros de la palabra.*

Passer asiente de nuevo mientras sostiene con fuerza la taza sobre su regazo.
Se da cuenta de que a pesar de sus precauciones para no ser engañado o embaucado, el gran suido le ha anulado.
Ya no piensa en huir. Ni en morir dignamente. Ni siquiera la idea de poder atentar contra el Primer Ministro ha pasado por su cabeza.

"¿Cómo puede ser que esté aquí sentado, paralizado, totalmente a su merced? ¿Por qué no hago algo?"

-*¿Quieres escucharla?*

Las palabras de Sus Scrofa interrumpen bruscamente su reflexión.

-*¿Cómo dice?*

-*Que si quieres oír la pequeña composición que hice en esos días de incertidumbre y transición.*

-*Sí... Claro.* -responde aun perdido.

-*Veamos… Decía así.* -Scrofa se aclara la voz preparando el tono para recitar- *¿Cómo vivir con la vergüenza de saberse privilegiado, cuando comprendes que otros viven muy por debajo? ¿Cómo entender qué es lo que has hecho para habértelo ganado, si es obra del azar o es que acaso estaba planeado? El autoengaño es bueno para el profano, pues si quieres justicia y bien has medrado, no te creerás merecedor de lo dado, si no un servidor que ya ha cobrado, pues el privilegio es poder bien contemplarlo y estar dispuesto para empezar el cambio.*

Passer no sabe si debe aplaudir o quizá decir algo.
Su cabeza y la mirada expectante de Scrofa le indican que sí. Su corazón de antiguo miliciano revolucionario le dice que no haga nada y en la medida de lo posible ofenda al suido.

-*Excelente.* –pronuncian sus labios sin que una orden clara de hacerlo haya sido dada por su cabeza.

El Primer Ministro parece satisfecho.

-*Me alegro de haber podido recitarla para ti. Estoy seguro de que así comprenderás mejor el porqué un día, amigo Passer, me cansé de soportar mi propia mezquindad y acepté el reto de cambiar. Sabía sin embargo que todo lo que tenía, debía abandonar. Así pues cogí el tren circular en dirección a la capital. Quería ser mejor persona. Quería volar, ser libre como un pájaro, y por un momento lo creí lograr. Pero una vez aquí, poco tiempo pasó antes de que todos me recordaran cual era mi lugar, y que sólo era un cerdo, y que como un cerdo debía actuar.*

La idea de alguien llamando cerdo a la cara a este hombre fornido, incluso antes de ser el líder de Crostia, resulta difícil de imaginar para el intrépido aunque precavido, Passer.

-*Pensarás que eso me molestó, ¿verdad?* –pregunta retóricamente el suido- *Fue una pesada carga que largo tiempo llevé conmigo. Algo de lo que necesitaba deshacerme para poder ser uno más; un ciudadano capitalino. Quería simplemente ser un hombre bueno y sencillo. Pero muy a mi pesar seguí siendo un cerdo. Un cerdo resentido.*

Por un instante, Passer cree ver en los ojos de Sus Scrofa, que le mira ahora fijamente, una especie de admiración.
Empieza a entender que todo esto no es una confesión.

La idea de rivalidad u odio para con ese hombre, repentinamente le violenta, como si algo así fuera una traición a su anfitrión, ese que le está abriendo su corazón.

-*Pero todo eso acabó, amigo, el día que te vi a aquella caja subido. Recuerdo bien como tu discurso empezaste, ese con el que tan rápido me ganaste.* –Scrofa se pone en pie y extiende una mano al frente mientras mira al infinito- *¡Tengo la manía de imaginar absurdos, y la osadía de intentar darles forma!*

"Esas palabras…"

Y de pronto una ilusión casi infantil invade a Passer que salta de su asiento.

-*¡Sí! ¡Lo recuerdo!* –exclama con una gran sonrisa en su cara

Los imágenes y sensaciones de aquella fecha, la alegría de encontrarse con un compañero, un seguidor… Y ahora la vergüenza de su inesperada reacción. Todo se desbloquea.

-*No puedo creerlo.* –dice tratando de serenarse.

-*Veo que ya te va sonando.*

Por primera vez en mucho tiempo, Passer siente que quizá esté ante un amigo. Un amigo que le robó su revolución. Un amigo que le detuvo y encarceló. Un amigo del que no conoce cuál es su verdadera intención. Pero un amigo al fin y al cabo. O lo más parecido que ha conocido, desde los días en el frente, donde murieron los últimos valientes.

Quiere saber más de su amigo.

-*¿Cómo puede ser que recuerdes mis palabras?* –dice adoptando inconscientemente un tratamiento más cercano.

-*Ya te dije que para mí fueron muy importantes.*

-*Pero… ¿Por qué? ¿Qué fue exactamente…?*

-*¿De veras no lo sabes?*

-*No.*

-*Por eso estás aquí.*

-*¿Por qué?* –dice Passer con ansia.

-*Para que pueda devolverte lo que tú me diste a mí.*

-*¿Y qué fue?*

-*¿Recuerdas que te dije que cuando llegué a Thalarctos, en un sueño vivía, una utopía basada en la creencia de que podía cambiar y la bondad hacer mía?*

-*Sí.*

-*Pues en esos días confusos en los que hablé con todo el que se me cruzó, desde los abiertos universitarios entregados a la conspiración, los bohemios, los pescadores y los borrachos de profesión , aunque conmovidos en principio por mi noble intención, todos me advirtieron que era un ingenuo y que no sería posible llevar a cabo semejante misión.*

Sus Scrofa vuelve a sentarse, aparentemente algo abatido al rememorar tales hechos.

-*Pasé días muy tristes en esta ciudad. Si no podía ser bueno, ¿qué importaba lo demás? Pero la revolución de esperanza me llenó; quizá la maldad era de Los Osos y mía no. ¡Vencidos ellos podríamos alcanzar la bondad! Era algo por lo que estaba dispuesto a luchar.*

Passer sonríe.

-*¿Qué ocurrió después?*

-¿Después? Después llegó el día en que fui a la plaza donde hablaba el que decían, era el orador más audaz de cuantos había. En mi cabeza ya era fija la idea de servir bajo tu mando. Iba pues dispuesto a firmarlo.

-¿De veras? ¿Serviste en mi unidad? Eso es…

-Imposible. Sí… Es imposible, pues cuando finalmente estalló la guerra, yo ya estaba muy lejos de estas tierras.

-¿Por qué te fuiste? ¿Qué te hizo cambiar de idea?

-Tus palabras lo hicieron.

-¿Cómo? ¿Por qué? –Passer siente una repentina decepción.- *¿Acaso fui yo el culpable de que abandonaras tu camino hacia el Bien y te convirtieras en…?*

-¿En…? Puedes decirlo, estamos en confianza, amigo.

Passer teme la sonrisa imponente del suido.

-Si de verdad eres mi amigo, dime una cosa. –se atreve a pronunciar el demacrado reo.

-¿Qué quieres saber?

-Si creías en nuestra causa, ¿por qué has acabado convertido en un dictador?

Al escuchar esa palabra, Vraha se levanta de la silla desde la que permanece atento en el pasillo del fondo, y entra en la sala principal de la suite.

-Señor, es la hora del almuerzo. –dice lo más rápido que puede para cortar la conversación- *¿Quiere que sirvamos algo de comer?*

Sus Scrofa le mira como dispuesto a reprenderle por su interrupción. Sin embargo asiente tranquilo.

-La especialidad de este hotel solía ser el pastel de salmón. Comida de Osos, un auténtico horror. Tuve que prohibirlo. Te encantará el plato que he diseñado yo mismo. Está elaborado a base de berenjenas, de los invernaderos el nuevo producto estrella.

El tono de voz de Scrofa no puede ser más cordial.

-Sí… Lo que sea. –responde Passer impaciente.

A decir verdad, tras tanto tiempo en prisión, cualquier cosa que no sea insípido rancho, es una bendición para su paladar.
Pero lo único que le importa ahora es continuar con la conversación.

-¿Entonces…? –dice el reo.

-¿Recuerdas tu discurso, aquel con el que hiciste que por un momento fuéramos tuyos? –dice Sus cruzando las piernas sobre sus ropas holgadas y blancas.

-Aproximadamente.

-Yo te recordaré cuales fueron tus palabras, y corrígeme si acaso son erradas.

-De acuerdo.

-Dijiste que la representación del Mal en la tierra eran Los Osos, pues eran egoístas y para ellos querían todo. Dijiste que existía una opción sólo: Acabar con ellos, pues, en el fondo, el Egoísmo era parte de su naturaleza, de su esencia lo propio, y por tanto, librarse de ella, un imposible lógico.

-Sí, aun hoy día así lo pienso.

-Bien, eso fue todo. Con eso bastó. Comprendí que tenías toda la razón. Pero mientras la gente aplaudía a la lucha y la destrucción, a mí me sobrevino una reflexión: Si Los Osos fueran egoístas por su situación, podrían cambiarlo, cambiando su educación. Pero si fuera su naturaleza, no habría solución, mas, su naturaleza es la nuestra, y por tanto nuestra perdición.

Passer no sabe que decir.

-Si es verdad lo que dijiste, todos somos igual de malos. Hagamos lo que hagamos. Da igual Osos, Cerdos o Pájaros.

Una arcada.

Passer trata de levantarse pero toda la habitación gira.

Ahora un pitido en sus oídos.

Un rayo de luz cegadora.

Y el negro.

Un cuerpo cayendo contra la moqueta, pero no es un cuerpo, es una botella de hidromiel cayendo de una rama y golpeando las hojas secas del bosque helado.

-¡Pajarraco, Pajarraco!

-Decidme animalillos de la floresta.

-¿Estás borracho, Pajarraco?

-No. Estoy harto de cerdos.

-¿Por qué, Pajarraco?

-Porque se comen mi cosecha. Me joden la labranza. Se tiran a mi señora.

-Pero, Pajarraco, tú no tienes cosecha ni labranza.

-Eso es porque no tengo brazos.

-Entonces, ¿qué te molesta?

-Qué esos cerdos...

-¡Pajarraco, Pajarraco!

-¿Qué queréis ahora?

-¡Estás borracho, Pajarraco!

-Sí. He bebido para olvidar a esos cerdos.

-Pero, ¿cómo has bebido de la botella, Pajarraco, si no tienes brazos?

-Me han dado de beber.

-¿Quién te ayudó, Pajarraco?

-Esos malditos cerdos.

El olor de las berenjenas, el cordero con tomate, la patata y la bechamel, devuelven la consciencia al desmayado reo.

-Passer, ¿se encuentra bien? –dice Vraha mientras le abanica con la bandeja- *Está usted muy débil, debería comer.*

Trata de incorporarse y comprender dónde se encuentra.
Apenas puede ver. Enfoca con dificultad. Poco a poco las sombras se empiezan a aclarar.

-¡Vamos, amigo, no me esperaba que fueras tan impresionable como un frágil pajarillo! –grita Sus Scrofa mientras devora su almuerzo sin prestar atención al invitado desvanecido- *Es una dura revelación, lo sé, yo sentí lo mismo, incluso puede que peor, si se me permite decirlo. ¿Sabes que hice mientras tú seguías sobre esa caja? Vagué sin dirección tras marcharme de esa plaza. Al día siguiente, tras dormir a la intemperie cerca de la universidad, pasé ante un monumento donde algunos alumnos observaban su placa con curiosidad. "Aquí lucharon las valerosas tropas de Crostia para defender la libertad y acabar con un fanático y retorcido ideal." Esto era lo que en ella se leía, pero yo indignado les respondía:. "Ideal fanático y retorcido… Es lo más absurdo que nunca he oído". Al escucharme todos se giraron sorprendidos. "¿Por qué dices eso como si te hubiera ofendido?" me preguntaron desde el corrillo. "Porque todos los ideales son fanáticos y retorcidos." les respondí convencido. "No. Hay ideales buenos que protegen a la gente. Los fanáticos son los que van contra lo humano y decente." exclamo una muchacha con aspecto inteligente. "¿De qué gente habláis?" proseguí insistente. "Pues de nosotros, la gente " añadió otro finalmente. "Ese es el absurdo del tema pues, para los presentes, las ideas de Himsa son malas porque atentan contra nuestros intereses, pero para ellos eran igualdad, retribución por la humillación permanente." Tras mis palabras todos silencio guardaron. Pero yo seguí hablando. "Si pudiéramos juzgar de forma objetiva y neutral, no hablaríamos de justicia o injustica universal, no veríamos a psicópatas o héroes de la libertad, pues sólo somos personas tratando de nuestro beneficio lograr." Tras lo dicho sólo recibí caras de desagrado. Supe entonces que ese era mi final en Thalarctos.* -dice masticando y pasándose una servilleta rudamente por la boca- *Me resistí a marcharme mientras buscaba en mi interior indicios de locura o error de comprensión que desbarataran de algún modo mi nueva visión. Durante siete días el cielo de un extraño color*

se cubrió, un fuego que surgió desde Oriente y que no provenía del gran Sol. Estaba tan agobiado por la verdad que me había sido revelada, y rodeado por esa extraña atmosfera pesada, que con las últimas monedas que en mi bolsillo quedaban, decidí regresar a Suidae, mi verdadera casa.

Passer se levanta ayudado por el servicial Vraha.

Se sienta en la silla junto a la mesita de mármol que se tambalea ante las acometidas que Sus inflige a su plato.

-*¡Come, amigo tembloroso! ¡No probarás nunca algo tan delicioso!*

Pero Passer no tiene cuerpo para nada.

-*Hasta ahora tú te has conservado bien con un espíritu soñador pero irreal. Sin embargo yo me he estropeado por lo cruel de la realidad.* –prosigue el suido- *¿Puedes creerlo? Yo soy más joven que tú. Quién lo diría viéndonos… Si por algo he de disculparme contigo es por esto, ahora envejecerás rápido al tener que cargar con el nuevo peso.*

Sus Scrofa mira con sus pequeños ojos a Passer mientras le sonríe con su boca llena de comida a medio masticar.

Passer encuentra fuerzas para levantarse de golpe y dar un manotazo a su plato.

Verdura por toda la habitación.

-*¡Prefiero morir antes que aceptar eso que tú, cerdo, llamas revelación!*

Sus Scrofa deja con mucha calma los cubiertos sobre el plato, lo cual contrasta enormemente con la forma agresiva con la que estaba comiendo, y se pone en pie muy sereno.

-*Pues yo elijo vivir, amigo. Morir es lo fácil. Lo difícil es seguir vivo conociendo el Mal que todo hombre lleva consigo, y no hacer nada para cambiar su sino.*

De nuevo la bestia ha silenciado al orador que movió a las masas.

-*De todas formas, tranquilo, puede que pronto veas tu deseo cumplido.*

Se recoloca la armadura ámbar sobre las holgadas ropas blancas.

-*¡Vamos, Vraha, prepárame un baño de agua helada!*

El Primer Ministro y su asistente salen de la sala por la puerta que da al aseo.

Y el silencio.

Y la estancia vacía.

Y su estómago rugiendo al sentir que ha dejado pasar la oportunidad de llenarse con las viandas que ahora por el suelo de la suite se hayan esparcidas.

Y sus rodillas sobre la moqueta.

Como una un pajarillo herido, pica con los dedos los trozos de berenjena, carne y patata, que al caer sobre otros no han tocado directamente la lana. Se los lleva a la boca y en ella, una explosión.

Poco le basta para sentirse a reventar.

Recobra las fuerzas y las ganas de escapar.
Nada le ata.

"Tan rápido como lo gané, así perdí a mi amigo."

Todavía siente respeto por el hombre que le ha mostrado sus sentimientos y que un día su causa apoyó, pero la ofensa de hacerle pensar que él, Passer, el luchador inquebrantable por la justicia, el que siempre está dispuesto a darlo todo por devolver a unos lo que merecen y privar a otros de lo que no son dignos, que alguien tan entregado como él pueda portar consigo el mismo Mal que esos Osos que tanto daño han hecho… Eso no puede perdonárselo.

Va hacia la puerta que da al

exterior. La abre.

Nadie fuera.

Y en la suite, el sonido del mármol mientras lleno la bañera.

"Es el momento. He de volar."

Pero sus piernas no se atreven al pasillo saltar.

El 777 sobre su cabeza. Sabe que ya sólo hay una manera de volver a fuera.
Llora.

Bajo el marco de la puerta, Sus Scrofa le encuentra.

-*Sigues aquí…* –observa el suido.

-*Creo que soy un cobarde. Mi valor he perdido.*

-*Los valientes nacen muertos, pero son los únicos que realmente viven.*

-*¿Eso significa que he muerto?*

-*Tú antiguo yo lo ha hecho.*

-*¿Y quién soy ahora?*

-*¿Quién quieres ser?*

-*No lo sé.*

-*¿Alguna vez lo has llegado a saber?*

-*Sí. Siempre quise luchar por el Bien.* –dice Passer mientras otra lágrima resbala por su rostro.

-¿Y ahora?

-¿Y ahora qué?

-¿Comprendes ahora que no existe el Bien?

-Sí, sí que existe, pero no podemos llegar a él.

-Y sabiendo eso, ¿qué prefieres ser, peón o rey?

-Antes hubiera dicho peón, pero ahora no lo sé.

-Empiezas siendo un peón, más tienes que llegar a ser rey para aceptar que el peón es igual de necesario que el rey. De lo contrario no sabrás que pieza eres ni quieres ser.

-Entonces debo ser rey.

-¡Así se habla! Y yo puedo convertir eso en más que meras palabras.

-¿De veras?

-Te traje aquí para obligarte a mirar al Sol. Ahora que lo has hecho, reinemos esta tierra juntos los dos.

-¿Y qué pasa con Vraha, no era él tu heredero?

-Vraha es como el resto de mi inepto gobierno. Es sólo un pobre y servicial cerdo. No alcanza a ver el Sol, pues sus ojos son pequeños. Tú, sin embargo, puedes volar como un pájaro, como tantas otras veces has demostrado.

Passer siente que su amigo vuelve.

Quiere abrazarlo.

-*¡Acepto!* –exclama con gran ilusión.

Por fin cree entender cuál era el objeto de su presencia allí; Sus Scrofa lo tenía todo planeado.

-Ahora volarás sin que tus ojos te confundan. –dice el suido.

Entran en la suite y cierran la puerta.
Dentro, en una esquina, Vraha les espera.

El Primer Ministro mira a su asistente, y por un momento recuerda el destino de este.

"Vraha salvará a la tierra de los hombres envenenados."

Y teme por un momento que esos condenados, sean ellos mismos, los amigos recién encontrados.

Pero la idea se esfuma con un movimiento de mano.

Vraha asiente entendiendo el gesto, y por el pasillo del fondo desaparece.

-*Sentémonos, amigo, y organicemos nuestra jugada con tino.* –indica Sus.

-*Te ruego que antes me cuentes cómo te hiciste con el poder. Dónde encontraste a La Dirección y cómo acabaste con sus miembros.*

-*¿Prefieres empezar por ahí?*

-*Sí, por favor. Los planes pueden esperar.*

-*Bien. Como quieras.* -el Primer Ministro se desabrocha la armadura ámbar, se la quita y la deja al pie del sillón, poniéndose cómodo para una larga conversación- *Como te dije, tras siete días tortuosos vagando por la capital, a mi casa en Suidae decidí regresar. Allí me encontré abatido, en el cuarto de mi niñez recluido. La revelación me arrebató toda esperanza de mejor ser, y pronto, tras los atrasos de mis conocidos suidos volver a ver, salí una tarde por fuera de la ciudad para aire fresco coger. Esperaba que sus regios muros me dieran una respuesta y me indicaran qué debía hacer. Pero al anochecer, perdido entre sus fosos me hallaba. Estaba sólo en mitad las barreras que fueron diseñadas para que incluso el hombre más fuerte se desesperara, mas, con mis antiguos camaradas de la guardia desplegándose por la muralla, me bastaron como guía los sonidos de sus beodas risotadas, los gemidos de las muchachas seducidas en los oscuros puestos de vigilancia, y los ronquidos de los oficiales que de esta forma su gloria se ganan, para así poder encontrar una de las entradas y llegar a la plaza cuadrada que es el epicentro de la fortaleza estrellada. En mitad de la noche, en medio de lo único que me quedaba, comprendí que ya no había sitio para mí en ese mundo de naturaleza malvada.*

-*¿Y qué hiciste?*

-*De nuevo vagar. Ir a donde mis piernas me quisieron llevar. Y Meridión fue el destino que estas parecían haber elegido. Muchas cosas interesantes descubrí en el camino; cerca de la frontera, en la antigua tierra de nadie, se conservaban casi intactos los olvidados templos de culto a los animales.*

-*A Los Osos, dirás.*

-*No, esos fueron los que destruimos nosotros.*

-*Y tanto que sí.* –dice Passer consatisfacción.

-*Los que yo encontré, a pesar de ser ruinas, mostraban en sus murales la veneración a toda clase de vida.*

-*¿Por qué harían los antiguos algo así?*

-*Quizá por agradecimiento a los que les permitían existir.*

-*Esas tierras salvajes siempre estuvieron aisladas.*

-*Cierto, y no me extraña. Pronto lo comprendí cuando llegué a las montañas.* –Sus Scrofa se remanga- *¿No hace calor aquí?*

El sonido de la madera de la silla en el pasillo que da al dormitorio, delata que Vraha se ha levantado y raudo se apresura a la sala a abrir la ventana.

De pronto el aire fresco.

-*Esto está mejor.* –dice el Primer Ministro mientras su asistente vuelve a su invisible puesto- *El caso es que, a pesar de no ser las grandes montañas de Oriente, las de Meridión son casi igual de duras para el cuerpo y la mente. Yo, que siempre he gozado de un físico bien fuerte, sufrí mucho al encontrar el mismo paisaje detrás de cada pendiente. Apenas recuerdo el color de la roca interminable y la nieve. No sé cuánto tardé en cruzarlas, pero finalmente, ante mi tuve la antigua tierra de Himsa y aun entonces su visión resultaba imponente.*

Los barcos de pesca vuelven deslizándose sobre mí. Traen esperanza y cansancio.
Lo mismo que las luces del cabaret que ya se encienden anunciando el espectáculo.

-*¿Cómo era Himsa? ¿Es cierto lo que se decía de sus horribles edificios? ¿De veras incluso ponían metal y pinchos en ellos?*

-*Yo no diría que horribles.* –responde Scrofa riendo- *Es cierto que escuché que antaño sus construcciones eran muy primitivas, pero piensa que apenas tenían materias para construirlas. Por suerte para ellos perdieron la vieja guerra, y al convertirse en crostios, rápido adoptaron una nueva estética.*

-*¿Es un lugar hermoso?*

-*Cada vez más. Yo mismo he puesto en marcha, hace escasas semanas, un nuevo plan para acabar la remodelación necesaria*. –Sus hincha el pecho- *Y es curioso, pues, descubrí con gran sorpresa que sus gentes son las que más aman a nuestra patria; no quieren saber nada de Himsa, ni siquiera oír mentarla.*

-*Increíble. ¿Han perdido entonces su antigua identidad?*

-*Sin duda es algo que quieren olvidar, pues toda su historia se esfuerzan en ocultar. Comen, visten y hablan como crostios de manual. Sentí en esas gentes un gran complejo de inferioridad.*

-*¿Y qué hiciste allí?*

-*Vender mis versos para poder vivir, más, no hizo falta mucho tiempo hasta que descubrí, que el único arte que interesa en la antigua Himsa es el arte de fingir. Decidí mi camino seguir, y mientras viajaba por la costa, a mí mismo me vi, rumbo a Septentrión vestido de lana cual paisano himsain.*

-*Visitaste Lavria, ¿verdad?*

-*Lo que queda de ella, que apenas es nada.*

-*¿También reniegan de su pasado?*

-*Al contrario, pero explotan una ficción de lo que fue su legado para vender recuerdos y regalos.*

-*Es muy triste.*

-*Sí lo es.*

Ambos se miran muy serios.
Sus palabras y actitudes son las de dos aliados, pero sus ojos aún no han cambiado. En ellos arde la desconfianza, la certeza del final inevitable.

-*Los ideales antiguos de esas gentes se han perdido.* –prosigue el Primer Ministro- *Sus artistas se han prostituido.*

-*Pero tú llevabas tus poemas.*

-*De nada sirvió, pues mi búsqueda de un lugar que no estuviera contaminado, finalmente había fracasado. Acepté entonces que era mejor arder que ser parte de ese mundo malvado.*

-*¿Arder?*

-*Sí.* –dice Sus Scrofa- *Me hallaba en la punta mas occidental de todo el Gran Continente, en el cabo de Lavria con tan sólo el Mar Oscuro al frente. Entonces, uno de esos poetas decadentes vino a explicarme lo que sólo en la noche se hacía presente: La luz del faro de Thalarctos iluminaba desde Septentrión tímidamente, y cada muchos años, desde Occidente, podía verse en la distancia el fuego de la montaña ardiente.*

-*¿Agni?*

-*Así es. Y en aquella roca sobre las aguas lavrienses, supe que no volvería a la capital como combatiente; debía buscar un barco que me llevara a Agni directamente. Pregunté por un patrón que fuera bien valiente, pero me dijeron que nadie allí emprendería una misión tan inconsciente.*

-*¿Pero por qué querías ir a la montaña que marca el fin del mundo?*

-*Para descubrir su fuego prohibido.*

Y el Sol se ha marchado.

En la calle, el sonido del vidrio de las botellas de hidromiel, las risas de las alegres muchachas del cabaret, una señora vendiendo pequeños bollos en una canastilla, los caballos que aburridos en la puerta del hotel relinchan…

Los parpados de Passer pesados.

-*¡Vraha!* –exclama el suido- *Mi amigo está débil, pues antes no ha comido. ¡Que nos traigan de nuevo exactamente lo mismo!*

El asistente está vez no sale de la suite.
Una camarera se acerca a la puerta y tras las instrucciones de Vraha, se marcha apresuradamente a por la cena.

-*¿Quieres, amigo, irte ya a dormir o deseas que mi relato prosiga para ti?*

-*Aguantaré, aguantaré.* –dice Passer bostezando y agitando la cabeza para desperezarse.

-*De luchar hoy contra el sueño no hay necesidad. Tenemos por delante muchas jornadas para charlar.*

Sus Scrofa imita a su acompañante y se estira sobre el sofá. Su espalda, piernas y brazos, rígidos como una tabla. Y en el techo su mirada.

-*El nuevo escudo de Crostia he de diseñar.* –recuerda- *Dime que tienes, amigo, alguna idea que aportar.*

-*Me temo que no.*

-*Veamos…* -dice el suido poniendo gesto pensativo- *Esta es una opción que podría funcionar: Empezamos por en dos el blasón separar, azur en el campo derecho, sable en la otra mitad. Así el día y la noche hemos de representar, más, en el centro un Sol dorado que nos ha de iluminar.*

-*O cegar.* –replica Passer.

-*Cegar para ver lo que importa de verdad.*

-*Yo sólo veo el pasado.*

-*El pasado no existe. ¿Lo has olvidado?* –dice Scrofa.

-*No lo he hecho. Es el lema que cantábamos los jóvenes sublevados.*

-*Qué también son ya parte del pasado.*

-*Buenamente de ello te has ocupado.* –sentencia Passer con tono desafiante.

Se miran fijamente.

El Primer Ministro no quiere un enfrentamiento. Baja los ojos y se mira las manos. Cruza las piernas como si nada hubiera pasado.

-*Dime, ¿qué hay en la propuesta heráldica que te he comentado, que tanto y tan rápido te ha disgustado?* –retoma el suido con normalidad.

-*Pues que el Sol es un símbolo reaccionario. Los Osos lo usaban en sus ceremonias y constantemente lo veneraban. Es algo contra lo que luchado y no quiero que me represente.*

-*¿Pero sabes cuál es su significado?* –pregunta Scrofa muy serio.

De nuevo esas miradas.

-*¡La cena está servida!* –interrumpe Vraha portando una bandeja vacía y una gran sonrisa.

Sobre la mesita de mármol, los platos con el pastel de berenjena que inunda con su aroma toda la suite.

El sonido de la vajilla rascando contra el plato.
Un eructo de satisfacción.
Cruje la madera del sillón mientras el suido se despoja de su blanco camisón.

El calor de la digestión.

-*¿Te gustó?* –dice.

-*Mucho.* –responde el reo inundado de placer.

-*¿Un licor?*

-*No, gracias.*

-*Mejor*.

Scrofa, incomodo, recorre con la vista la habitación.

-*¿Crees que es el momento de que mande que te busquen aposento?*

Passer hesita apenas un segundo.

-*No. Sigamos hablando. Quiero saber cómo llegaste a hacerte con el poder.*

-*De acuerdo.*

Suena el reloj de cuco marcando la hora, y uno de los guardaespaldas sale del cuarto auxiliar con cara de aburrimiento. Sin decir nada, abre la puerta de entrada y ocupa su posición en el pasillo exterior de la habitación.

-*¿Por dónde iba?* –dice Scrofa- *Creo que en el cabo de Lavria buscando un barco para mi partida.*

-*Sí.*

-*Pero como decía, nadie hasta Agni llevarme quería. Unos pobres copistas que postales vendían, me dijeron que existía una alternativa: "Baja a la playa y dibuja en la arena, un símbolo de tres líneas que servirá de seña." Luego, la extraña marca me enseñaron. La tracé y esperé el barco de contrabando, mas, tras varias horas sin ningún resultado, volví al pueblo realmente agotado. Pero entonces vi algo flotando: Una nave anclada. Vacía. Esperando.*

El Primer Ministro se toma un instante para sentir sobre su piel la brisa fresca que entra por la ventana.

-*Vendí mis últimos versos, y en un hotelito de madera encalada como huésped pagué mi ingreso. Era el lugar más acogedor que recuerdo. El olor de los bollos dulces aun hace temblar hoy mi cuerpo. La calidez de sus gruesas mantas, y el rocío en la ventana, aquella misma que utilizaba para observar si alguien al barco anclado llegaba. Por las noches, sobre su casco podía verse ardiendo una vela, y aunque nadie subió a cambiarla, siempre estaba como nueva. Tres jornadas esperé, y a la tercera, me lancé al Mar Oscuro y nadé hasta su cubierta. Furtivo abordé la nave y en su interior no hallé ningún tripulante. Aun sin nociones de navegación, decidí arriesgarme, y "El Cisne", que era su nombre, zarpó directo al lugar donde no reina nadie.*

-*Vaya. ¿De veras te hiciste marino?*

-*Tanto como me lo permitió el destino.*

-¿Por qué lo dices? ¿Qué fue lo que ocurrió?

-Pues que el mar me hizo suyo y luego me escupió.

El suido se levanta y recorre la estancia.

-Sobre ese barco vi cosas que jamás creerías. Lenguas de fuego saliendo por cada mástil y esquina. La tormenta rodeándome y la montaña ardiente de guía, mas, cuanto más cerca estaba de ella, menos la veía. Y al final, la madera que se partía. Y los peces sonrientes que de mí se reían. – Sus Scrofa suspira- *Entonces, una isla.*

-¿Llegaste finalmente a Agni?

-No, pero cuando el cielo se despejó, mis ojos me mostraron lo que todo hombre ver alguna vez soñó: Shuddhi, el lugar reservado a los puros de corazón.

Passer se ríe de forma exagerada transmitiendo justo lo contrario a lo que debe ser la risa.

-¡Has ido demasiado lejos! ¿Pretendes que me crea eso?

-Yo sólo te lo cuento tal y como aconteció.

-¿Acaso estabas muerto?

-Por un momento creí estar en mi lugar de descanso eterno. Pero al abrir los ojos mucho me dolieron. Creí ver mi cara y mi torso cubriendo el Sol entero. Por un instante sentí que era un ser etéreo. Pero entonces el hambre y la sed volvieron. Comprendí que estaba vivo y me alegró saberlo.

-¿Y qué hiciste?

-Explorar el hielo, que resultó no ser más que un gélido desierto.

-¿Me dices que Shuddhi estaba vacía? ¿No te extrañó que así fuera?

-No, pues yo ya sabía que todos somos egoístas y por tanto vi normal que no hubiera nadie en la isla.

-¿Entonces estaban todos en Dosha? –dice Passer tratando de procesar lo escuchado.- *¿Todos… condenados?*

Se yergue e imita a Sus en su paseo en círculos por la salita.

Está sorprendido.
Incrédulo.

El Primer Ministro no dice nada y continúa caminando despacio paralelamente al reo desde el otro lado de la habitación, en lo que empieza a asemejarse a un baile sin música.

Desde el pasillo exterior, la voz sugerente del guardaespaldas y las risitas de la camarera.

-En aquel instante entendí aquello como la señal que confirmaba mi revelación y me empujaba a marchar. –retoma Scrofa- *No perdía nada por intentar volver al Gran Continente a nado. En el peor de los casos, regresaría allí si me había ahogado.*

-O a Dosha.

-No creo que fuera peor la cosa.

-¿Y por eso volviste?

-Si tras el final sólo me esperaba ese desolado lugar, merecía la pena volver al mundo y tratar de reinar. Controlar a los hombres con su Egoísmo, sus ganas de tener más; adictos a lo que puedan darles. Esclavos de lo que les quieran privar.

-*Vaya.* –dice Passer concentrado en poner un pie delante del otro.

-Sí. Asique salté al agua y estaba helada, aunque eso realmente me reconfortaba. Tuve que despojarme de mi traje de lana, pues esta, una vez mojada, no imaginas cuánto pesaba. Nadé con actitud esperanzada, creyendo ver tierra tras cada brazada, pero una vez fue alcanzada, mi orientación resultó engañada; cuando creí que Occidente enfilaba, era a Meridión hacia donde andaba. Cuando Thalarctos ver esperaba, me hallé a mí mismo tras las grandes montañas. ¿Sabes pues, amigo, dónde estaba?

Passer niega con la mirada.

-En Tile, allá donde Los Primeros tienen su morada.

-Me dejas sin palabras.

-Sí, pero no pienses que estar allí me agradaba, pues temeroso de permanecer en esa tierra sagrada, raudo por las rocas de Oriente emprendí la escalada. Y entonces la tormenta fue desatada. El viento hacia atrás de mí tiraba. Sobre la nieve caía y por ella rodaba. Diez pasos retrocedía por cada uno que avanzaba. La montaña parecía en verdad enfadada. Me atrapaba. Volver al Gran Continente no me dejaba. Mis rodillas dobladas. Mi cabeza gacha. Y perdida ya toda esperanza, una luz bajo tierra, en sus mismas entrañas.

-¿Una luz dices? ¿Qué era?

-Supuse que sería una mina abandonada, al encontrar oricalco en el suelo de la entrada.

Passer se detiene. Termina con su paseo circular por la sala.
Con gesto cansado se sienta en su silla con la espalda encorvada, los brazos tendidos sobre los muslos, y la barbilla tocándole el pecho.

-¿Sueño?

-Algo.

-Será mejor dejarlo.

-No, quiero oír el final.

-*¿Qué necesidad hay de forzar?*

-*Debo saber si todo esto es real.*

El Primer Ministro sonríe con gesto paternalista.

-*Tomemos un chocolate caliente, te contaré el final, y por hoy será suficiente.*

Vraha entra en escena sin esperar a ser llamado.

Abre la puerta para salir de la suite.

Ni rastro del guardaespaldas.

Vuelve a cerrarla.

-*Señor, haré una llamada.*

Sus Scrofa le despacha con la mano.
El asistente entra en el cuarto de servicio.

Desde el interior de la habitación auxiliar, un gruñido.
El sonido de las patas de una silla deslizándose bruscamente sobre el suelo de madera. Crujidos. El timbre de un teléfono al colgarse con violencia. Pasos apresurados.

El suido y su invitado observan como Vraha y el segundo guardaespaldas salen del cuartito del servicio y atraviesan la sala nerviosos.

-*Permanezcan aquí, señor.*

-*¿Qué está ocurriendo?* –pregunta Passer.

-*No tienen por qué alarmarse. Seguramente ese inconsciente se habrá ido con alguna camarera.* –responde el asistente mientras abandona la suite.

El Primer Ministro ni se inmuta.

-*A pesar de que de ellos renegué en su día, estos hombres que me protegen son de la vieja guardia suida. Aunque parecen holgazanes y de poca disciplina, no dudo ni un momento de que por mí darían su vida.*

Pero Passer reflexiona.

-*Si somos egoístas, es absurdo que una lealtad así exista.*

Las facciones del suido tornan cómplices pero siniestras.

-*Amigo mío, esa es la clave, ellos del Bien y el Mal nada saben.*

Entonces, desde el pasillo, un enorme griterío. El sonido inconfundible de la lucha.

Ambos se levantan de sus asientos.

-*¡Parece grave!* –exclama Passer, cuyo oído, tras tanto tiempo en presidio, sabe reconocer en la distancia la confrontación violenta según estalla.

-*Si se trata de un ataque, no me quedaré esperando a que me maten.* –responde Scrofa mientras sale decidido a enfrentarse.

Toda clase de ideas comienzan a recorrer la mente del reo a gran velocidad.

"¿Han venido a rescatarme?"

Quizá un haz de esperanza para Passer.

Pero no.
Quiere saber cómo termina la historia del suido. Necesita saber cómo se hizo con el poder.

En vez de liberación siente agobio ante la perspectiva de que Scrofa muera.
Imagina a sus antiguos camaradas con aquellos improvisados uniformes de los tiempos de la guerra, corriendo por los pasillos del hotel y acabando con el dictador que durante horas ha sido su anfitrión.

Su anfitrión y su amigo.

El único verdadero.
El que le ha confiado sus secretos.
El que ha compartido con él su reino.

Y en el pasillo mas gritos.

Y una idea aterradora.

"¿Cómo van a venir a por mí, si todos los sublevados están muertos o encarcelados? Es imposible, pues, en la calle no hay ningún comando activo. ¿Podría entonces tratarse de una nueva facción que quiera hacerse con el poder? En tal caso, al verme aquí en la suite del líder, sin duda me matarían junto a él."

Antes de que pueda reaccionar y esconderse, la puerta se abre de golpe.
Al otro lado, el rostro ensangrentado y aturdido de un hombre descamisado, musculoso, y de rostro rudo e inexpresivo como el de un guerrero. Como el de un asesino.

Por un instante le mira directo a los ojos sin moverse, como sólo lo hace la presa al ver al cazador apuntándole.

"Asique es cierto que hoy muero finalmente."

Cierra los ojos.

Un golpe.
Pero es la madera de la puerta al cerrarse.

Ante él, de nuevo Scrofa y Vraha.

El segundo guardaespaldas pone sobre los hombros del hombre manchado de sangre, la chaqueta de un uniforme idéntico al suyo. Entran cabizbajos en el cuarto auxiliar del servicio.

-*Me temo que no he tenido más remedio que golpearle, pues se enfrentó al otro guardia cuando de la muchacha trataron de separarle.* –explica el líder de Crostia.

-*Llegué a pensar que era un ataque.* –pronuncia Passer con alivio.

-*Lo que en principio parecía un problema de seguridad, era simplemente el deseo sin controlar. Triste, ¿verdad?*

-*Sí, supongo. ¿Cómo está la camarera?*

-*Imagino que contenta, pues finalmente consiguió ver al Primer Ministro de cerca.* –dice jocoso el suido.- *Vraha, con tanta revuelta, ¿has olvidado el chocolate caliente y el agua fresca?*

-*Faltaría más, señor. Lo tendrán aquí de inmediato.*

Los dos amigos vuelven a quedarse solos.

-*¿Cómo sigue la historia?* –pregunta impaciente el reo.

-*¿De veras aun tienes ganas?*

-*El incidente ha disipado en mi todo indicio de cansancio.*

-*Bien, pues como dije, en Tile me encontraba. Ante mí, en el agujero del suelo, una llama. El fuego de una gran hoguera que el interior iluminaba. Y una silueta que hacia mí se acercaba. Sólo vi en negro su forma, pues a contraluz estaba, pero fue cordial y me dijo que As se llamaba. Apenas me hizo falta escuchar sus palabras, para que con ellas mi cuerpo se calentara. Le expliqué que no podía atravesar las montañas, y que pronto moriría si al raso acampaba. Entonces me entregó mi pertenencia más preciada: Esa armadura brillante que ves ahí tirada.* –señala a la esquina cercana a la ventana, junto al tocadiscos a donde con el ajetreo ha ido a parar- *Me dijo que con ella no habría nada que no pudiera hacer si lo deseaba. Cubrí mi pecho desnudo con la coraza ámbar y regresé a Occidente para atravesar las montañas. Me gire para observar la mina mientras me alejaba, y vi, despidiéndome en la distancia, siluetas que armaduras gemelas llevaban. Llegué a la cordillera que en Tile me atrapaba, pero al verme esta vez la tormenta cesaba, y las rocas, para que ascendiera, un sendero trazaban. Estaba de nuevo en casa.*

Vraha hace su entrada con el chocolate y lo sirve discreto mientras clarea el alba.

Todo comienza de nuevo en la calle; cabellos mojados recién perfumados, Mozos con periódicos, Barcos que zarpan…

-*Desde la cima del lugar donde nace el Crost, donde los antiguos decían que se originaba el mismo Sol, tuve ante mí el Gran Continente en todo su esplendor, y pude comprobar cuál era mi posición; estaba frente a los invernaderos de Septentrión. Así pues, descendí hasta el lugar que abastece a la nación, aquel al que sólo se puede acceder con previa invitación. Como civil sabía que era inminente mi detención, pero justo lo contrario de eso ocurrió. Al verme los trabajadores de la plantación, avisaron a quien les daba toda instrucción. Resultó ser una joven muchacha de belleza sin parangón, que el símbolo de la flor blanca llevaba sobre su corazón. Al verme entró en éxtasis y ante mí se arrodilló. Llegaron mas como ella y me perdí en la confusión. Aunque apenas*

recuerdo lo que luego siguió, sé que me vi cenando en un enorme salón. Supe entonces que aquella era la gran recepción que tenían preparada para la llegada de un dios; al ver mi armadura ámbar y mi ruta de aproximación, creyeron las que allí estaban, que yo era un ser superior.

-¿Y quién era esa gente?

-Todas eran mujeres, y más que todos nosotros juntos, sabias. También, como mas tarde averigüé, eran puras y castas. La Guardia Anthophila a sí mismas se llamaban, y usaban como estandarte aquella flor blanca.

-Un momento, ¿de qué me suena ese símbolo?

-Piensa en el hidromiel, y como está etiquetado; no es casual, pues eran ellas quienes lo fabricaban.

-Interesante. Asique conociste a las funcionarias que se encargaban de la producción de nuestros recursos. Muy bien. –dice Passer con tono de poco interés.

-No eran sólo las encargadas de cuidar animales y cultivar plantas, ellas eran, amigo, las que Crostia gobernaban.

Passer se levanta de golpe y la taza de chocolate cae al suelo, manchando lo que ya no puede apenas ser manchado.

-¡No es posible! ¿Ellas eran La Dirección?

-Querías un final, pues aquí lo tienes: No eran los osos con sus músculos y garras los reyes, sino las pequeñas abejas que con su silencioso vuelo y sus mieles, expandían las semillas de la vida por el Gran Continente.

-Y… -pronuncia el reo temblando- *¿Las mataste?*

-A todas y cada una.

Passer tiene que agarrarse al respaldo de la silla.

-¿Cómo…?

-Pensaron que yo era uno de Los Primeros que regresaba de Tile para observar sus progresos. Me confesaron que ya desde el mismo comienzo, en que quedaron solas y les invadió el miedo, inventaron el culto al Oso, y bien se escondieron en su hermosa colmena tras los invernaderos. Encontraron los cofres y de ellos aprendieron. Con sus libros crearon todo lo que conocemos. Controlaban la natalidad y la guerra en secreto, y así desde la sombras el equilibrio mantuvieron. Sin ellas sólo existiría el hielo.

Formando una lágrima recorro el rostro de Passer.

-Y tú… Tú las mataste. ¿De veras lo hiciste?

-Sí, pues aunque eran las más fuertes guerreras, sólo albergaban amor en ellas.

-Eres un monstruo.

-Sí. Como todos.

-¡Calla!

-Mientras yo hacía esto, tú hacías la guerra. Matabas a otros hombres que iguales que tú eran.

Las rodillas de Passer ceden y cae al suelo apoyando su cuerpo contra la silla de madera.

-Los Osos nunca fueron más que una ficción. Todo contra lo que he luchado… Una mentira. Un engaño. El verdadero enemigo… ¡El verdadero enemigo era yo!

Sus Scrofa le mira desde su sillón con el ceño fruncido, confuso ante la reacción de su invitado.

-¿Por qué esto te extraña e irrita, si ya viste que el Mal en nosotros habita?

-Porque de nuevo creo que prefiero morir que formar parte de eso. Al menos así, aunque acabe en Dosha, puede que tenga una oportunidad de regresar y hacer mejor las cosas.

-Aun piensas que a Shuddhi o a Dosha irá tu cuerpo, pero desmentirte esto debo, pues yo vi con mis ojos lo que sucede luego: El estanque de las flores blancas nada menos.

-¿Cómo dices?

-Allá en la colmena me mostraron un lago cubierto, en él crecían las flores blancas de ocho pétalos, las cuales tenían numerosos puntitos en su mismo centro. Para ellas, el estanque era el tesoro sobre el que giraba su reino. Las abejas pululaban por las flores cogiendo el alimento con el que formar la miel que sería la droga del pueblo. Aquellas flores eran únicas pues según me dijeron, pertenecían a tres mundos: La tierra, el agua y el cielo.

-¿Y qué tiene que ver eso con mi destino al dejar esta vida?

-Pues que las flores en el fango sumergido iniciaban su crecimiento, y ese fango lo formaban los cuerpos de los que habían muerto.

Passer siente la habitación girar.

Una arcada.

El Sol en su cara.

-¿Es que acaso pensabas que los cuerpos flotaban desde donde Los Osos con sus rituales los consagraban, hasta una de las dos islas consideradas sagradas?

-¡Claro! ¿Cómo no hacerlo?

-Ahora sabes que al estanque en secretos los llevaban. El resto era una farsa que Los Osos interpretaban. Ignorantes ellos mismos. Ni siquiera sospechaban. Cuando maté a la Guardia Anthophila, acabé también con la comparsa; mandé ir a la colmena a Los Osos y a Koba, el Gran Patriarca, y una vez ante mí, los envié al fango sin falta.

Passer se desmaya.

-*¿Qué ha ocurrido?* –pregunta Vraha apareciendo desde el pasillo del fondo de la suite al oír el cuerpo del reo desplomarse sobre la moqueta.

-*La verdad soportar no ha podido. Y lo peor, me temo: Ya ha elegido su destino.*

Passer ve una columna de piedra. Sus pies caminando sobre la arena.
Está en un lugar seco y cálido. Un paisaje y un clima que nunca ha experimentado.
A su alrededor las ruinas de un palacio.
Se introduce en ellas y al llegar al último muro, sobre el arco de una puerta, un escudo tallado: A la derecha la cabeza de un cerdo y su brazo, el mismo con el que sostiene y aprieta el cuerpo de un pájaro, mientras le obliga a mirar directamente al Sol que hay en el margen superior izquierdo del blasón.

Sus ojos se abren despacio.

"Ha sido un sueño."

Está tumbado en una cama grande con olor a lavanda.

Se incorpora y sale del dormitorio del Primer Ministro.

En el pasillo, Vraha en una silla cual sonriente estatua.

Llega a la sala principal.

Sus Scrofa sentado en el sillón. Toca su pelo con calma y hace nudos en uno de ellos.
Parece ausente. Perdido en sus reflexiones.

-*Syr*. –pronuncia el suido finalmente.

-*¿Cómo dices?* –pregunta Passer sin atreverse a llegar hasta él.

-*La líder de la Guardia Anthophila. La mujer más noble que jamás hubo en Crostia. Era tuerta de un ojo, y aun así vio de sobra mi intención homicida, y rauda alcanzó la gloria: Me ofreció ser la más servil de las esposas, si dejaba marchar ilesas a las otras.*

-*¿Te casaste con ella?*

-*La maté la primera de todas.*

Passer permanece de pie frente a Scrofa. Rígido como en una audiencia. Con los puños apretados como en un juicio contra su persona.

-*Aun así me quedé con un trofeo: La primera chica que vi al llegar al invernadero.* –prosigue el Primer Ministro- *También encontré infinidad de inventos: Las Vimanas, máquinas que viajaban sobre el viento.*

-*Pensaba… Pensaba que eso eran leyendas.*

-Existían, créeme, pero tuve que desguazarlas. Ya no quedaba nadie que supiera manejarlas, sólo mi chica-trofeo, y temí perderla si trataba de usarlas. Nunca la vi feliz, pues a las otras añoraba. No comía ni bebía y pronto en el fango también estaba. Lamenté mucho su marcha.

-¿Murió de pena?

-Sí, no podía vivir sin el resto de su colmena.

-Entonces, ¿le importaban más las demás que ella misma? ¿Acaso no eran las abejas egoístas?

-Eso nunca lo sabremos.

Los puños cerrados de Passer frotándose los ojos, apretándolos como si quisiera hacer estallar su agotada cabeza.

Se sienta en la silla que durante horas ha sido su puesto en tan íntimo foro.

Abatido. Incluso arrepentido.

Mira a Sus Scrofa como no lo ha hecho hasta ahora.

-Escucha, cerdo, igual todo esto es un error. Puede que nuestra naturaleza no sea egoísta. Igual sólo tenemos que encontrar el modo de librarnos de ello.

-¿Crees que existe esa opción?

-No lo sé. Lo único que tengo claro es que no quiero vivir si es lo contrario.

-Es la tercera vez que haces esa petición, pero finalmente tus ojos, derretidos por el Sol, han comprendido la tierra en toda su dimensión.

De nuevo el reflejo del astro en mis aguas ilumina el lateral de sus caras.
Las olas hacen que los destellos entren en la habitación, que cobra vida. Movimiento dorado por el blanco de sus paredes ajadas.

Un hermoso escenario.

-¿Podríamos como reyes cambiarlo, hacer que el Egoísmo desaparezca del ser humano?

-Eso ningún ministro puede lograrlo, pues cada individuo ha de por sí mismo eliminarlo, sin imposición ni doctrina, pues ha de aceptarlo, como el único camino al Bien que es necesario.

-En ese caso, hemos de aceptar nuestro destino: Yo seré el bueno muerto y tú el rey malvado.

-Así sin duda lo creerán los que escuchen nuestro encuentro narrar.

-Entonces… ¿Es este el final?

-Siempre hay algo después del final. El día que no lo haya, nadie lo podrá nombrar.

Passer se levanta.

El suido se levanta.

Sus manos extendidas se aprietan con fuerza.

-*Quizá volvamos a vernos.* –dice Scrofa.

-*Entre el fango.*

-*Sí. Entre el fango.*

Vraha aparece caminando muy despacio desde el fondo de la habitación y con suma delicadeza, casi con profunda melancolía, abre la puerta del cuarto del servicio y hace salir a los guardias.

El brillo del Sol en movimiento sigue haciendo de la estancia un lugar casi irreal.

Passer observa a los hombres uniformados que han de llevárselo.

Se despide con una sutil reverencia de cabeza.

Escoltado de nuevo, atraviesa la puerta de la suite.
Pero Scrofa agarra del hombro al reo

-*Adiós, amigo.*

-*Adiós, Primer Ministro Sus Scrofa. Gracias por ofrecerme tus palabras sinceras, aunque hayan sido para hacerme ver que hemos perdido la partida.*

Passer se introduce en la luz blanca.

Deja atrás el 777.

El suido vuelve a su sillón y se desploma sobre este, haciendo crujir la madera de forma que parece que el mueble fuera a estallar en pedazos.

-*¿Se encuentra bien, señor?*

-*Estoy destrozado.*

-*Ha obrado usted bien, haciendo gala de la magnificencia que le caracteriza, al tratar de que su amigo…*

-*Sabes Vraha que lo que más me enfurece es el autoengaño, pues de la autocrítica es lo contrario*. -prosigue el suido mirándome a través de la ventana- *Soy un monstruo, pero yo ya lo he aceptado*. *Me gustaría, sin embargo, que ellos pudieran observar su reflejo en las aguas del Crost y verse como lo que realmente son. Aunque no les guste. Sólo así serán justos. Con ellos mismos. Con todo el mundo.*

-*Desde luego ese sería un principio, señor.*

Sus Scrofa permanece en silencio mirando a la calle llena de vida a través del cristal.

-*Vraha, haz oficial que he decidido que desde este instante mismo, se llame Scrofa al río que antes como Crost era conocido.*

-*Así se hará, señor.*

Y los pequeños ojos de suido detectan siete plantas por debajo a su amigo.

Passer camina a mi lado aceptando su destino.
Puedo sentir la energía que desprende, el pulso acelerado y la tristeza de quien se encamina hacia algo que tanto evitar ha tratado. Vibra. Arde por dentro. El vaho que emana de su boca me calienta al tocarme.
También siento su miedo escapando de su cuerpo. Dejando una estela invisible tras de sí.

Sus grises vestiduras de reo agitándose al son de la brisa.
Esa brisa que es mi aliento.

Un lamento.

-*Vraha, parece que vuelves a ser mi heredero.*

-*Señor, nunca dejé de serlo.*

Sus Scrofa mira a Vraha con una media sonrisa pícara por encima del hombro derecho.

-*Mi querido Vraha, para acabar con esto, ¿serías tan amable de recordarme aquellos versos?*

-*Por supuesto, señor, será un placer hacerlo.*

Vraha se pone junto a Sus Scrofa y mira por la ventana.

-*Mudita y Empatía eran dos alegres niñas, y el día que acabó el mundo por sus tierras ardientes corrían. Se encontraron con el último hombre que todavía vivía, y le dijeron que si con él las llevaba, por siempre le ayudarían. Entonces apareció Egoísmo, una bestia que imponía, y con sus grandes fauces prometió al hombre una mejor huida. No dudó este en qué era lo que más le convenía, y montado sobre la bestia se perdieron en la lejanía. Mudita se alegró por el hombre, pensando que se salvaría, y no le culpó de nada, la buena de Empatía. El hombre las abandonó y allí ardieron las dos niñas, y si este se salvó, su alma lleva vacía.*

Epílogo del viajero

-*¿Por qué está usted aquí?* -le pregunta el viajero al asceta.

-*Porque elegí ver la verdad, y una vez supe cuál era, no me negué a mí, ni la negué a ella.*

LA PIZZERÍA

Capítulo 1
La felicidad

-*Esto se acaba.*

-*¿De veras? No me digas eso. ¿Al final tenéis que cerrar?*

-*Sí. Por impago del alquiler y demasiadas deudas acumuladas con los proveedores. No he podido alargarlo más.* –siento un nudo en el estómago al exteriorizar lo que desde hace tanto tiempo se me presenta como inevitable, y apoyado en la barra, ante mi último cliente, dejo que me invadan los más oscuros pensamientos- *Este local era todo lo que siempre soñé. Y pensar que he tenido la felicidad tan cerca...*

El cliente me mira por encima del vaso mientras sorbe su bebida con excesiva parsimonia.

Su tez morena, los ojos cristalinos, el pelo de su pecho sobresaliendo por la parte alta de su impoluta camisa de vendedor de tarjetas de crédito, incluso su característico hoyuelo en la barbilla, toda la materia que le conforma permanece ante mí como si de una estatua de cera se tratase.

Posa el cristal vacío sobre la madera que reluce por la acción inconsciente de mi mano frotando en círculos su superficie con el trapo empapado en ginebra.

Respira profundo.

Adivino sus intenciones.

-*Felicidad... ¿Sabes cómo se consigue la felicidad?*

-*¿Cómo?* –contesto con la desgana que me da la experiencia tras varios años regentando esta coctelería, y que me previene de los personajes trasnochados que creen poseer la verdad absoluta en sus consejos beodos.

-*Eligiéndola.*

-*¡Qué tontería!*

-*Eligiendo ser feliz. Así de simple.*

En otra situación me habría esforzado en seguirle la corriente y darle la razón en todo, hasta que, desahogado y ausente en su ebriedad, se arrastrara a duras penas hasta su insoportable realidad, para regresar y repetir la misma rutina al día siguiente.

Pero ya no hay un día siguiente.

Ya todo da igual.

-*Me parece absurdo.* –sentencio tajante, tratando de dar el tema por finalizado.

Pero él no se calla.

-Mira, en el mundo hay dos tipos de personas: Las que eligen ser felices, y siempre lo serán, y las que eligen buscar la felicidad y no serlo nunca, pues no creen que sea así de fácil.

-Si es tan sencillo entonces tú siempre eres feliz, ¿no?

-Correcto.

-Eso es mentira. A mí me pareces un infeliz. Muchas veces te he visto triste, aquí mismo, en esta misma barra. Muchas veces he tenido que oír como te quejabas.

-¿Y qué?

-Que no eres feliz. Es obvio.

-Pues lo soy. Eso no quiere decir que no tenga momentos mejores y peores, donde vea las cosas con mayor o menor claridad.

-Es que la felicidad no es un absoluto; a veces se está feliz, otras no.

-Te equivocas, a veces se está animado, otras disgustado, pero la felicidad está por encima. Es una capa superior.

-¡Eso es una chorrada! –exclamo sin poder evitarlo.

Hoy no estoy para esto.
No puedo.
No lo necesito.

Quiero cerrar y marcharme a casa, a esa que igualmente pronto he de dejar, pues, tampoco sus paredes puedo pagar.

-Si eliges ser feliz, -prosigue- *pase lo que pase lo asumirás con felicidad. No de forma autómata, como un tonto sonriente que todo lo ve bien, eso sí que es una chorrada, pero sí de forma positiva, tanto en las cosas que te alegrarán como en las que te entristecerán, en todas habrá felicidad, pues así lo elegiste.*

-Eso no me sirve. –digo mientras dejo caer el viejo trapo sobre el grifo ya desconectado.

-Claro que no te sirve, pues tú no has elegido ser feliz.

-¿Qué dices? Todos queremos ser felices.

-No, algunos quieren ser felices, otros lo son.

Mi último cliente se marcha.

Un dedo sobre el interruptor de la luz y una última mirada a la decoración tropical de palmeras y flamencos rosas.

El vinilo de Django Reinhardt separado del tocadiscos. Por la calle, bajo mi brazo, gotitas de la incipiente lluvia resbalan por su descolorida portada de cartón.

Sobre la silla junto a mi cama, cae una última vez la camisa hawaiana.

Mi mujer ronca.

De los niños no sé nada.

Al rededor del bigote me crece la barba.

Y el camión de la mudanza.

Recuerdo las palabras de mi último cliente mientras nos recibe la nueva casera en el barrio más pobre de la ciudad.
Todo es gris y mohoso, y aun así... Aun así creo que voy a elegir eso de ser feliz.

¡Hoy es un gran día! Hoy, por fin, inauguro mi propia pizzería.

Capítulo 2
La gran vida en el centro

-¿Podemos pagarlo?

-Sí, abejita, aquí las rentas son muy bajas, y nos irá bien, pues, si de algo sé es de pizzas.

-Lo mismo dijiste de los cocteles.

Prefiero no responder.
No estoy preocupado.
Sé que ahora, verdaderamente, me encuentro en mi elemento.

-Me prometiste la gran vida en el centro. Estabas seguro de que regentarías el local más exitoso, el más de moda, y que todos tus conocidos del mundillo artístico vendrían...

-Y vinieron.

-Sí, ya lo creo que vinieron; vinieron y bebieron gratis, y cuando se les acabó el chollo del convite no volvieron.

Pienso en que ella tiene razón, y recuerdo los que nunca llegaron a hacerlo: Mis amigos.

-Abejita, no tergiverses la historia, durante un tiempo muchos de los mejores cómicos de la ciudad actuaron en el local, y obtuvimos bastante renombre. Además, ¿qué me dices de todas esas bandas de música garagera que tanto se llevaban y que solían reventar el aforo?

-Muertos de hambre.

-Gente guapa.

-¿Guapa, dices? A ti te parecían guapos porque llevaban esas estúpidas camisas con estampados de flores que tanto te gustan.

La imagen de la silla junto a la cama, allá donde antes siempre estaba la camisa hawaiana; ahora un delantal blanco con manchas de tomate.

Aparte de ese desagradable detalle estético, todo está bien.

-¡Todo está mal! ¡Está casa es un horror!

La voz de mi hija.
Estridente.
Como siempre.

-¿Por qué dices eso, peque? –pregunto.

Arrastra sus coletas desde las escaleras que conectan la planta superior donde se encuentra la vivienda, con la cocina y el comedor abierto al público que conforman la pizzería.

-*La madera está podrida. La moqueta pringosa...* –continúa con gesto asqueado.

Pero su actitud no me molesta. Es la edad. Supongo.
Trato de recordar cuan desagradable podía ser yo en la pre adolescencia.
No la culpo.

-*¿Has subido todas tus cosas?* –cambia de tercio mi querida esposa.

-*Sí, madre.*

-*Ve arriba y ayuda a tus hermanos a instalarse.*

Obedece. Las coletas se esfuman en dirección a las habitaciones.

Eso es respeto.

A ella la respetan.
A mí no.

-*¡Oye, espabila!*

Reacciono.

-*¿Qué pasa, abejita?*

-*Estás ahí ensimismado como un tonto, y queda mucho que hacer en esta cocina.* –grita mientras manosea todas las cajas- *Ponte a desembalar. Coloca la vajilla en los estantes y baja de las mesas de la sala esas viejas sillas. Luego pon a punto el horno. Esta noche cenaremos pizza; a ver si es verdad que sabes lo que estás haciendo o vas a volver a llevar esta familia a la ruina.*

Obedezco.

Manteles de cuadros rojos y blancos.
Fotogramas de la infancia.

Hollín.

Palas de madera.

Harina, aceite, levadura, agua, sal, orégano...
Olores de la juventud despreocupada.

Mosto frío.

En el tocadiscos, jazz manouche.
Melodías que siempre me acompañan.

-*¿Os gustan? Están ricas, ¿verdad?*

Los gemelos me miran sonrientes con la boca llena de pepperoni.
Chorretones de grasa resbalan por sus pequeñas barbillas preescolares.

Mi esposa y mi hija mordisquean su porción sin interés.

-*¿Para esto nos hemos mudado? ¿De verdad vamos a ser vendedores de pizza aceitosa?*

Pienso sobre si responder al monstruito de las coletas, tratando de explicarle la situación, y si serviría o no de algo hacerlo.

-*Nos hemos mudado porque no nos queda dinero.* –interviene mi esposa- *¿Entiendes eso? Se acabó la vida de lujos que llevábamos.*

-*¿Qué vida de lujos?* -dice mi hija replicando a su madre pero clavando fijamente sus molestos ojos sobre mí- *Antes vivíamos en el centro rodeados de gente podrida de pasta, ahora en este arrabal asqueroso, rodeados de gente podrida sin más. ¿Cuál es la diferencia? Aparte de este olor a puro colesterol que lo impregna todo, claro.*

Se huele el pelo.

-*Mamá, ¿somos pobres?* –pregunta uno de los gemelos.

El otro le mira aterrado.

-*Pues claro, idiota.* –responde mi hija.

-*¡No hables así a tu hermano!* –grita mi mujer.

Mi hija agacha la cabeza, y con un gruñido se despide.
Las escaleras crujen.
Un portazo.

-*Pareja, ¿a vosotros os ha gustado?* –insisto.

Los gemelos asienten y, sonrientes, aun con una bola de comida en sus bocas, siguen los pasos de su hermana mayor en dirección a los dormitorios del apartamento en la planta superior a la pizzería.

Ahora silencio.

Y ella.

Y yo.

Miradas esquivas.

Me pregunto dónde estará esa muchacha de piel suave de la que me enamoré tan locamente. Aquella que planeó conmigo quedarse embarazada nada más cumpliera los dieciocho años y escapar del hielo de la montaña conmigo para vivir juntos en la costa.

Que ilusos.

¿De verdad pensábamos que un pobre tonto de veinte años sin arte ni oficio, podría sacar adelante y con decencia a una familia?

Han pasado trece años de aquello, y aun así en nuestras miradas permanece el asombro, el desconcierto de no poder entender qué es exactamente lo que ha fallado.

Ella lo esperaba todo de mí, por eso me culpa de todo. Y es que ella siempre ha querido tenerlo todo.
Yo no me esperaba nada, ni de ella ni de nadie. Por eso seguramente no tengo nada. Ni siquiera a ella; pues aunque ella me tiene a mí, yo sólo estoy con ella. Es diferente. Muy diferente.

-*¿Donde habrá aprendido esa palabra?* –pronuncio finalmente, incapaz de aguantar la tensión de la incómoda atmosfera- *Arrabal... ¡Vaya con la peque!*

La silla chirría al correrse hacia atrás con mi mujer sentada aun encima. Se levanta y atravesándome con una mirada de profundo asco, sale del comedor dejando tras de sí la mesa llena de migas y bordes de pizza mordisqueados.

Recojo.

Limpio los cacharros.

Barro.

Friego.

Apago la luz de la sala, y en silencio, oculto en la quietud del interior de la pizzería, observo la sucia calle a través del cristal que conforma todo el frontal del local. Las viejas farolas, desprendiendo un deprimente y denso amarillo, provocan que la sombra del rótulo pintado sobre el escaparate se proyecte sobre mí y sobre el suelo, haciendo de nosotros un lienzo donde las letras, aún más oscuras, ampliadas y deformes, dejan ver el nombre que ha de ser mi presente y mi futuro: MOKSHA.

Capítulo 3
La Pizzería Moksha

Hablar del número 360 de la calle 50, es lo más parecido a hablar de la nada.

Despunta el alba y salgo a pasear por los confines de la ciudad.
No hay corredores matutinos haciendo sus sesiones de mantenimiento físico diario antes de ir a sus empleos de oficina.
No hay trabajadoras del hogar sacando perros ajenos, ni uniformados escolares esperando el autobús mientras exhalan vaho y risas.
Nada de eso.

Sólo gris.

Gris por todas partes.

Sonido de latas rodando sobre el asfalto y cristales rompiéndose.

Caras tristes y toses cargadas de flema.

En la acera de enfrente, un restaurante asiático que parece cerrado.

Me dirijo hacia la derecha hasta llegar al final de la calle, el cual es tan cercano a nuestro nuevo hogar, que desde donde ya es todo matojos y fango del deshielo, puedo ver la ventana del dormitorio en donde mi esposa duerme sobre la pizzería.

Frente a mis ojos, la interminable llanura cubierta de las malas hierbas de la ciénaga. Y la montaña. La sempiterna montaña. Esa de la que huimos, y que de nuevo nos atrapa aunque sea en la distancia.

La hermosa costa queda a mis espaldas, tan lejana como cincuenta calles repletas de mierda, una mierda tan cara que nos empuja hacia el lugar del que quizá nunca debimos salir.

Vuelvo sobre mis pasos y asciendo la calle hacia la parte central del barrio. Llevo las cartas con los menús bajo el brazo, y el bolsillo lleno de monedas con las que poder tomarme algo en los diferentes restaurantes que vaya encontrando.

Camino despacio.
Estudio a la competencia: Dos cafeterías, una de ellas con excelentes hamburguesas en su carta; un restaurante árabe que desprende aroma a salsa de yogur y humo dulzón de cachimba; otro indio con un excelente pollo al curry y arroz. En el cruce de la 50 con la Avenida Paralela, llamada así por discurrir junto a la autopista que parte la ciudad en dos mundos opuestos, un último local de comidas.

Entro.

La mujer que lo regenta es una anciana sonriente. Por un momento me siento por completo contagiado de la forzada polaridad impuesta por la pertenencia a uno u otro barrio, y pienso de forma despectiva que esa mujer y sus brillantes dientes blancos manchados de pintalabios rosa, no puede ser de la 50.

Nadie sonríe en la 50.

Recobro la cordura y examino la ajada pizarra donde unas letras en tiza de trazo tembloroso, me descubren que estoy ante un restaurante de comida casera. Pasteles de salmón. Pasteles de patata. Guisos y más guisos.
Una concesión a los bocadillos de salchicha y de carne.
Al final de la lista, con tímida caligrafía, la pizza.

Pido una porción; descubro un gran competidor.

Analizo con atención la base: Es gorda y esponjosa, al contrario que mi especialidad, que es la masa fina.

Le pregunto a la anciana si hay alguna otra pizzería a este lado de la autopista. Me dice que no pero que hace tiempo hubo un restaurante italiano, el cual tuvo que cerrar porque aquí la gente no come ese tipo de cosas.
Su gesto de desprecio al referirse al producto que me acaba de servir, resulta, cuanto menos, paradójico.

¿Pretende hacerme creer que todo son comidas caseras en este barrio?
¿Acaso los pobres sólo comprenden la tradición?

No, supongo que habrá detectado por mi interés en el asunto, que soy el dueño del nuevo local que acaba de abrirse justo en las antípodas del suyo al fondo de la 50.

Me marcho y ya no hay sonrisas.
Todo está en su sitio.

Parado en la esquina entre la larga avenida y la, en comparación, ridículamente corta calle 50, y ya sin más fondos para mi estudio de mercado, observo por un momento la autopista sobre mi cabeza, construida sobre un innecesario muro de hormigón, el cual solo cumple con una función:
Mantenernos separados de la parte rica la ciudad.
¿De verdad estoy aquí? ¿De verdad ya soy de aquí? O quizás siempre lo fui...

El tranvía se acerca descendiendo la Avenida Paralela desde la estación del mercado, el origen de la línea de los pobres junto al puerto. De hecho, la gran rotonda donde termina la autopista, allá junto al mar, es el único punto de entrada a un lado o al otro de la urbe. Al llegar a esta frontera natural, los obreros reconocen su lugar a la derecha, siguiendo el olor del pescado en los muelles, y bajan la Paralela pegados al gris y al hollín, mientras que los más pudientes, girando hacia la ajardinada entrada a la izquierda, y avanzando junto a la costa, llegan a la plaza del casino y el ayuntamiento, y los que más, a los chalets del fondo de la bahía, donde tienen sus propias playas privadas.
Recuerdo nuestra casa en el centro, apenas a un minuto del gran casino, y las noches que pasaba vagando por el paseo marítimo lamentándome de lo que tenía, y aunque sabiendo que esto, la parte pobre a la sombra de la autopista, existía, lo sentía como si de una ficción se tratase. Algo que a mí no podía pasarme.

El chirrido de los viejos railes me devuelve a la puerta del restaurante de comidas caseras.

Busco un buzón pero no hay manera de hallar uno.
Por unos instantes me pregunto si es que acaso no llegará hasta aquí el correo, cosa nada descabellada a juzgar por los escasos pasajeros que hasta tan lejos tienen la desgracia de descender.

-*Disculpe, ¿sería tan amable de indicarme dónde puedo echar estas cartas?*

Un dedo me señala la rotonda móvil de cambio de dirección del tranvía en el centro de la calle. El final de la línea en mitad de la 50. Vuelvo a penetrar en la última jaula de la ciudad, y mientras dos operarios giran el vagón verde y amarillo sobre sí mismo para irse por donde vino, veo una plaza.
Apartamentos de ventanas tapiadas. Los únicos edificios altos del barrio.
Ultramarinos. Mercería. Barbería. Incluso un hotel en la esquina.
Dos oscuros bares apestando a orina.

Percibo que este es el epicentro de toda actividad en la 50.

Camino entre los silentes edificios, y en el centro de la plaza, junto a un abandonado quiosco de prensa, por fin, una triste caja de metal fagocita a través de su oxidada boca, los sobres con las invitaciones para mis amigos.
Los menús de mi pizzería imitan los de aquella de nuestra infancia.

Con la misión cumplida, me invade la certeza de que esta vez vendrán.
No puede ser de otra manera.

Ahora comprendo que en verdad me equivoqué con la coctelería, pero, ¿quién iba a decir que tan pronto pasarían de los gintonics a las catas de vino?

Siempre por delante, para evitar que pueda alcanzarles.

Y de pronto unas coletas.

-*¿Papá, que haces aquí?* –dice con su habitual tono áspero mi hija.

-*¡Peque!* –exclamo mientras ella me mira levantando una ceja- *Creo que la pregunta es más bien qué haces tú aquí, ¿no?*

-*Salir del colegio, ¿qué voy a hacer?*

Caigo en el hecho de que ni siquiera sé dónde está el lugar donde mis hijos pasan ahora la mayor parte de su tiempo.

También comprendo que la mañana entera se me ha ido explorando el barrio.

-*Vamos, te acompaño. Tengo que ponerme con las comidas.*

Caminamos juntos en silencio mientras busco algo que decir, pero en realidad no sé nada de su vida más allá de las paredes entre las que trato de retenerla para que permanezca a salvo del mundo.

-*¿Cómo van las clases?*

-*No te esfuerces, papá.*

-*Venga, enserio. Dime, ¿tienes ya nuevos amigos?*

-*¿Qué clase de amigos crees que puedo tener en la calle 50?*

Su tono entre resignado y desafiante me estremece.
Miro a mi al rededor.
En verdad aún no he visto ni un sólo joven.

Observando a la personita más maravillosa del mundo caminando delante de mí con la evidente vergüenza de hacerlo en compañía de su viejo progenitor, tomo consciencia de que pronto dará pasos decisivos, hará grandes elecciones disfrazadas de pequeños actos, los cuales le formaran como persona y marcaran para siempre. ¿Quiero que lo haga aquí, por rebeldía contra mí, y sin ninguna esperanza?
No. Eso sólo puede conducir a una cosa.
Yo sé cuál es.
Todos lo sabemos.

Llegamos a nuestro nuevo hogar. Un aroma a queso fundido lo envuelve.

Un ronquido: Mi esposa aun duerme.

Capítulo 4
Las cartas de los amigos

Llevo diez días observando a esos asiáticos.

A través del cristal, con el comedor y el horno vacíos, no puedo evitar no perderme ni uno de sus movimientos.
Llegan de uno en uno, separados por apenas unos segundos del anterior y del siguiente. Un goteo constante de incontables hombres y mujeres orientales. Todos parecen ausentes. Se pierden tras la puerta de madera pintada de rojo y verde.
Sólo queda el dragón levantando sus garras sobre la 50.

Aún no he podido resolver si los que entran en el lúgubre local son trabajadores o clientes.

Ayer, dos de ellos salieron a media tarde, levantaron la tapa de la alcantarilla de la calle, y con gran esfuerzo vertieron en las cloacas el contenido de una enorme olla de metal.
Vi descender en cascada un caldo oscuro. Cuando este hubo casi desaparecido, quedó en el interior del recipiente una arrugada cabeza de cerdo.
O eso quiero pensar que era.
Agitaron la olla y el trozo de carne se perdió en la oscuridad del subsuelo.

Ahora la calle me huele a cerdo.

Sé que son sólo imaginaciones mías.
Pero es que el horno está tan vacío...

No hay ya grasa en el aire.
Sólo el penetrante incienso que mi esposa enciende en cada esquina.

Puedo oír el chasquido del mechero en la planta de arriba.
El correteo de los gemelos jugando en el saloncito.
La música desde la alcoba sellada de mi hija.

Estoy solo con estas mesas frías. Solo ante mi propio escaparate con las letras pintadas. Solo como este triste barrio y sus tristes gentes.

¿Habrán llegado ya las cartas?
¿Aceptarán mi invitación esta vez?

El mismo día deja paso a la misma noche.
Y así una y otra vez.

Puede que aquella vieja del restaurante de pasteles y guisos tuviera razón. Quizá a nadie de por aquí le interese la pizza. Quizá nadie de por aquí pueda pagarla.
Y sin su dinero el que no podrá pagar seré yo.
La casera nos echará del último agujero de la ciudad.
Sólo nos quedará la montaña.

Mi mujer lo sabe. De hecho estoy seguro de que lo desea.

Aunque caiga conmigo.
Todo con tal de demostrar que soy un incapaz, y por tanto, el culpable de todos sus pesares.

Y es que dos semanas han tenido que pasar para que la campanita que hay sobre la puerta anuncie la llegada de nuestro primer cliente.

-*Pero mira que estás feo, casi ni te reconozco. Eso sí, el mandil te favorece.*

Los ojos se me ponen como platos. ¡Esa cara!
Es mi viejo amigo Bo. Alguien a quien no esperaba.

Se sienta en un taburete junto a la barra.

-*¿Bueno qué, no vas a ponerme una porción?*

Apenas puedo pronunciar palabra alguna.

-*¿Eres tú?* –digo finalmente.

-*Eso espero.* –responde tocándose todo el cuerpo como queriendo asegurarse de tenerlo todo en su sitio.

-*¿Recibiste mi carta?*

Por un momento me recorre un escalofrío al no ser capaz de recordar si a este, de entre mis antiguas amistades, llegué a enviársela. De hecho hace tanto tiempo que ya le había olvidado...

Pero está aquí.
Es él.
Es un cliente.

-*Claro que la recibí, canalla. ¿Una pizzería? No podía faltar.*

Al oír esas palabras una sonrisa tonta se dibuja en mi cara.
Esa era exactamente mi intención con todo esto: Algo a lo que no podrán decir que no.

-*Incluso la has decorado igual.* –continúa mientras observa las paredes, manteles y cuadros viejos de la sala.

-*Sí, quería que fuera lo más parecida posible a la pizzería donde siempre nos juntábamos.*

-*Pues lo has conseguido.*

Me invade la ilusión. Siento que hay esperanza.
Puede que pronto todo vuelva a ser como antes.

-*Cuantos momentos pasamos allí, ¿verdad?* –prosigue él mientras examina de arriba a abajo el local- *Todos los domingos, todos los colegas. Fueron buenos tiempos allá en la montaña.*

-*Sí.*

-*¿Has montado todo esto para rememorarlo?*

Hesito. No me esperaba semejante pregunta de un personaje tan simple como Bo.

-*Sí, supongo que en cierta manera...*

-*¿Lo has hecho por nosotros?*

No puedo responder.

-*Recibí tu invitación hace unos años cuando inauguraste aquella coctelería.* –dice cambiando el tono cordial y animado por uno apesadumbrado.

-*¿De veras?* –respondo con la voz quebrada.

-*Ya sabes que nunca me gustaron las fiestas.* –sentencia tajante.

Su gesto delata que esa ha sido toda su aclaración sobre el asunto de no haber ido nunca a la vieja coctelería, y que con ello queda el tema zanjado.

-*Bueno, ¿cómo es que no estoy oliendo a bacon y pimiento rojo?*

De nuevo sonreímos.

Él se quita su grueso abrigo de plumas manchado de grasa.
Me pregunto de dónde saldrá.

Preparo la mejor pizza que he hecho nunca y la comemos juntos en el comedor sin más clientes.
Me dice que cumplió su sueño, que es cantante en una big band de la parte rica de la ciudad. Pero no me le creo.
Sus dedos están negros bajo las uñas. Su barba descuidada.
Imagino que en el mejor de los casos será mecánico en algún taller del barrio.

Por un momento recuerdo que Bo siempre fue un desgraciado.

Nos despedimos y siento que no puedo cobrarle la pizza.

Me lo agradece como sólo puedo hacerlo alguien que realmente necesita la invitación.

Le acompaño a la salida y el aire de la calle 50 me provoca nauseas.
De pronto una extraña sensación de desagrado impregna la situación, la cara sonriente de Bo.
Todo.

-*Oye, ¿entonces crees que vendrán?* –dice mi de pronto repulsivo amigo.

-*¿Quienes?* –respondo con tono ofendido, y sabiendo perfectamente a lo que se refiere.

-*El resto de la panda.*

-*No lo sé. ¿Lo sabes tú?* –el espíritu de la 50 se ha apoderado de mí.

Le veo alejarse calle arriba en dirección a la plazuela de los bares y los edificios altos.
Apuesto que ahora va a emborracharse.

Me tumbo en la cama junto a mi ausente esposa.
La imagen rechoncha de mi hasta ahora olvidado amigo, sucio, sonriente, y borracho, me persigue en sueños y hace que me invada una mezcla de envidia por su insustancial vida libre de cargas, y la decepción total.

Amanece y sólo hay en mí un pensamiento: Si mi único cliente, la única persona que ha querido acercarse a mí en tantos años, es un fracasado, ¿eso en qué lugar me deja? ¿En qué me convierte?

La palabra fracasado se me repite sin cesar mientras pongo el horno en marcha y me esfuerzo por no recordar a mis amigos tiempo atrás, cuando uno a uno decidieron dejar de ir los domingos a la vieja pizzería por considerarlo una actividad de críos.
Trato de borrar de mi cabeza la imagen de mí mismo viéndoles a través del cristal de caros restaurantes, pues para ellos aquello era lo que un adulto debía hacer.
Luego la coctelería, algo que iba con ellos. Pero no. Pronto eso de beber fuera de sus elegantes casas era cosa de alocados adolescentes.

¿De verdad creí que esta pizzería volvería a unirnos?

Por un momento pienso de nuevo en si las cartas les habrán llegado, y me siento un auténtico imbécil.
A Bo sí le ha llegado.

Siempre es igual: El bajón y luego un poco de esperanza.
Tan absurdo.
Tan cíclico.

Observo un día más a los asiáticos llegar como hormiguitas al restaurante de la acera de enfrente.
Parece que todos los días todo es igual.
Quizá el escaparate sea una pantalla de cine.

Ojalá lo fuera.

Entonces, por segunda vez en tan pocas horas, alguien a quien no esperaba volver a ver.

Bo entra sonriente. Viste la misma ropa que anoche.
Hubiera apostado que no volvería por aquí.
Ahora sé que nunca se irá.

-*¿Cómo va eso, canalla? ¿Alguna pizza especial para almorzar hoy?*

-*Las de siempre.*

-*Para qué más, ¿verdad?*

Amolda sus generosas posaderas en el estrecho taburete y con cierto disimulo desabrocha la hebilla de su cinturón para aliviar la presión de las carnes.

Verle ahí sentado ante mí, soportando su rostro que me recuerda que soy un completo fracasado y encima teniendo que hacerlo mientras visto este absurdo disfraz de pizzero, provoca que casi pierda la cabeza.
En vez de eso, un ligero temblor en mi parpado derecho.

Veo mi miseria reflejada en Bo.
O quizá sea al revés. No lo sé.

Pienso en echarle. Decirle que no le quiero volver a ver. Cualquier cosa para terminar con esta sensación que me hunde. Esta que tanto tiempo he logrado ignorar.
Pero de pronto la campanita suena.

Un segundo cliente.

Luego un tercero.

No puedo creerlo. La presencia de Bo ha estimulado la entrada de comensales, como las monedas que el vagabundo pone él mismo en su sombrero para que el verlas allí, facilite que los peatones hagan lo propio.

-Abejita, todo va a cambiar. Los clientes han empezado a llegar.

En la mesa a la hora de la cena, los ojos de los gemelos siempre en el plato, los de mi esposa y mi hija, con una ceja levantada diga lo que diga, ocurra lo que ocurra.

De nuevo las farolas amarillas iluminando.

De nuevo el sol negro girando.

De nuevo la campana sobre la puerta sonando.

Un nuevo día y Bo no aparece hasta última hora, pero sé que los dos sabemos que el uno al otro nos necesitamos.

Hoy han sido cinco clientes; todos llegan desde el lado izquierdo de la calle, pues en el otro sólo están las montañas.

Acaba el mes.

Abro la caja ante la atenta mirada de nuestra casera.
Aplaco su ansia: El alquiler del mugroso local está en sus manos.
Podremos vivir aquí un poco más.

Respiro aliviado viendo que la cosa empieza a marchar, pero ya no cabe duda de que mis amigos no vendrán.
Ahora sé que nunca les volveré a ver.

Capítulo 5
La butaca

-Aunque eres un jodido canalla, te portas muy bien conmigo; crees que no me doy cuenta, pero sé que siempre me estás invitando a pizza por aquí, refresco por allá...

-Claro Bo, pero es que eres mi mejor cliente. Almuerzas y cenas aquí casi todos los días. Tengo que cuidarte.

-Sé que no es por eso. Eres un buen amigo. Y yo también quiero hacer algo por ti: Puedes traerme tu coche y yo te lo pondré a punto gratis. Cuando quieras. Las veces que quieras.

Los gordos mofletes de Bo moviéndose rítmicamente mientras mastica, habla y sonríe a la vez, resultan tan hipnóticos que ni siquiera se esfuerza en disimular sus mentiras.
Afirma cosas y luego revela realidades muy distintas, pero, o bien no recuerda sus engañosas ilusiones, o no le importa lo más mínimo que estas se vengan abajo tan pronto como salen de su boca.
¿Qué fue de la big band?
Pero da igual, es Bo. Esa imagen fantástica de sí mismo y todo lo que le rodea es parte de su encanto.
Vive en un mundo imaginario que probablemente sea la fuente de su perpetua sonrisa y la visión amable y sencilla de la vida que le caracteriza.

-No tengo coche, Bo. -le respondo- *Lo vendí cuando tuvimos que mudarnos aquí, para poder pagar la fianza a la casera y los primeros pedidos a los proveedores.*

-Lastima. -sentencia sin darle mayor importancia al asunto, consciente de que eso ya no tiene solución.

No tiene solución.

No tiene solución.

Tan sencillo, pero tan aterrador.

El coche era lo único que tenía que podía hacerme libre, lo único que me unía al resto del mundo. Y ahora... Ahora estoy atrapado en este lado de la autopista, entre la montaña evitada y la costa soñada. Tierra de nadie.

El día pasa y la imagen del coche convertido en chatarra, oxidándose como yo entre el fango, no me abandona ni un instante.

Apago las luces del comedor, y me invade esa sensación que tan bien conozco, esa que me recuerda que necesito salir, estar al otro lado del cartel que proyecta las sombras de Moksha sobre mí. Hacer lo que solía hacer antaño: Encender el motor de mi viejo coche y simplemente vagar sintiendo el viento fresco en la cara.

Mi mujer siempre me culpó de no estar junto a ella por las noches.

Me acostumbré a cerrar la coctelería y no volver directo a casa. Necesitaba un respiro entre las quejas de mis borrachos y las quejas de mi esposa. A pesar de estar siempre solo, siempre necesitaba un momento para mí mismo. Creo que nunca lo encontré. Y ahora...
Ahora vivo en el trabajo. Siempre estoy aquí. Y aun así ella duerme dándome la espalda. Vive dándome la espalda.
Pero aunque me duela, eso ya no tiene solución.

No tiene solución.

No tiene solución.

Subo las escaleras hacia el apartamento, y trato de encontrar algo que sí tenga solución. Entonces recuerdo la vieja butaca.

La busco en el saloncito que hay entre las habitaciones y el baño.
Sé que no está en la casa.

Bajo a la pizzería y luego al sótano. Había olvidado que existiera un sótano.

Cajas. Cajas. Cajas por todos lados.
Polvo.
Basura. Chorradas.

Ahora recuerdo por qué de todo esto me había olvidado.

Y por fin, en una esquina, bajo una manta, lo único que queda en el mundo que me puede dar algo de paz.
Está rota. Las maderas y el cuero en mal estado.
Decido emprender su restauración como mi más grande misión.

Los días pasan sin ninguna novedad, excepto que finalmente la butaca parece estar como nueva. La subo al salón; allí me siento frente a la pequeña estufa, y me evado, me evado de todo.
O al menos lo intento.

Las voces.
Siempre voces. Las de los gemelos jugando. Las de mi hija cantando. Las de mi esposa regañando.

Así no hay manera.

Cargo escaleras abajo con mi último tesoro.
Volvemos al sótano huyendo del escándalo.

Este húmedo lugar se convierte en mi nuevo refugio tras el cierre.
Aquí pienso en todo lo que no he logrado. Aquí supero mi miedo, el único que he sentido verdaderamente en toda mi vida: No tener un lugar, un techo, una guarida, y por tanto convertirme en una bestia salvaje.

A la hora del almuerzo vuelvo arriba y tiemblo. Tiemblo al ver que mi miedo casi me alcanza, ahora, más que nunca.
Veo la pizzería, y a Bo, y a los viejos grises de la 50.

Una bestia.

No quiero ser una bestia.

Después de tantos años esforzándome en evitarlo, me pregunto si eso tiene o no todavía solución.

En la noche vuelvo a la butaca y me acurruco bajo el delantal blanco.

Me persigo a mí mismo en sueños, convertido en una animal salvaje. Cubierto de un hirsuto pelaje. Con colmillos. Y pezuñas.
De pronto, tropiezo.
Mi yo animal devora a mi yo pizzero. Y una última mirada a la tierra: Sólo puedo ver el hielo de las montañas.

Despierto alterado y cubierto de sudor.
Salto de la butaca rodeado por la oscuridad del sótano.

Me tambaleo con pasos torpes y, confundido, busco el interruptor de la luz. Necesito mirarme al espejo y ver quién soy.

Tanteo el camino apoyándome en las cajas, sin poder evitar chocar con tuberías y trastos. Y entonces mi pie se engancha y frena en seco, pero mi cuerpo no.
Caigo.
Como en mi sueño.
Mis manos al frente estiradas. Percibo la humedad de la pared con las palmas. Quedo apoyado en ella penosamente, tan inclinado que, poco a poco resbalo. Siento como me voy de morros contra el suelo.
Un crujido.
Y el silencio.

Me duele el cuerpo.
Palpo el suelo al mi alrededor y sólo percibo piedras. Ladrillos. Cascotes.
¿Que habrá pasado?

Me levanto y, lentamente, usando el tacto de la primera pared que encuentro como guía, avanzo. Es un espacio amplio, y no hay obstáculos.
Algo no cuadra: ¿Dónde está la basura que atesta el suelo del sótano?

Mis manos tocan algo frío que cuelga de la pared a la altura de mis hombros.
Es metal.
Metal y cristal.

Es una lámpara.

La enciendo.

Y de pronto, ante mí, un mundo nuevo.

Capítulo 6
El agujero

La roca horadada forma un túnel bajo la 50.
De pronto estoy envuelto por una extraña calidez que me protege del frío hostil de la ciudad.
Trato de comprender.

Sin duda en mi avance somnoliento, y por el posterior tropiezo, he hecho caer la pared del sótano, y ante mí se ha descubierto este pasaje rudimentario.
Más, la casera nada me dijo de este lugar tapiado. Quizá ni ella misma lo conozca, pues parece antiguo. Primitivo.
¿Será un túnel de trinchera de alguna olvidada guerra? ¿Quizá ha de tratarse de un acceso secreto para hacer contrabando?
Un escalofrío al pensarlo.

La luz del candil apenas ilumina un metro a mi al rededor. La oscuridad que inunda el agujero, o más bien el agujero mismo que ahora es sólo oscuridad, puede descubrir cualquier cosa. Mejor sería dar un paso atrás y volver al sótano. No sé qué me puedo encontrar ahí delante.
Sin embargo, sí sé lo que me he de encontrar detrás.
Mis pies avanzan sin hesitar.

Penetro despacio siguiendo el inequívoco camino trazado bajo el suelo del mundo que conocemos como real.

Quien quiera que fuera el que construyera esto, algo trató de ocultar. Tal vez un gran arsenal de armas, piedras preciosas, o una caja fuerte repleta de dinero negro. No puedo no llegar hasta el final.
Me relamo los labios.

Por fin una emoción fuerte en mi vida. Algo más allá de la tensión constante por saber si podré pagar.

Voy en línea recta. O de esta forma me parece. No hay perdida posible, y aun así... Aun así temo perderme.
Temo perderme sí, pero también temo perder el tesoro. En mis ojos hayoro.
Oro.
Oro.

Y de pronto, de entre el negro surge una mancha blanca.
Es una figura humana. Acurrucada. En posición fetal. Con mandil de cocina. Bigote. Gafas de pasta redondas. Pelo revuelto. Su rostro refleja un gran sufrimiento.
¡Soy yo!

Me acerco a la pared donde el fresco de mí mismo me hace saltar el corazón del pecho.
¿Por qué estoy dibujado en los muros de este túnel que sin duda en mucho tiempo nadie ha visitado?
De hecho, el retrato es un reflejo, un fotograma de lo que hace un instante estaba haciendo sobre la butaca del sótano. Es imposible que no esté alucinando.

¡Un golpe en la cabeza! Eso es seguro lo que me ha pasado. No puede ser otra cosa.
Retrocedo.
Olvido la adrenalina de la exploración o el auto prometido dinero.
Corro en busca de mi esposa. Ella sabrá abrirme los ojos, o cerrármelos de una vez por todas.

Mi regreso al sótano es frío. Helador.

Salto entre los trastos con inusitada precisión, y sin pensar si quiera en las horas que son, atrono subiendo las escaleras hasta el apartamento como un rayo. Todos saltan de sus camas.

-*¿Qué pasa, papá?* –grita la peque saliendo al pasillo a mi encuentro.

-*Han entrado a robarnos, ¿verdad?* –exclama mi mujer armada con un bate de madera.

Los gemelos se cuelgan de sus piernas.
Yo apenas puedo respirar.

-*Mira que lo sabía. Nos has traído al peor barrio de la ciudad para que un ratero nos termine por matar*. –añade mi esposa, logrando con sus alentadoras palabras hacer entrar en pánico a los niños.

-*Abejita...*

Pero me asfixio por la carrera y no lo puedo arreglar.
Gesticulo con las manos para tratar de calmarlos, pero a través de mis empañadas lentes sólo alcanzo a ver como todos se encierran en nuestro dormitorio.
¡Menuda he armado!

Respiro.
Pronuncio con gran cuidado.

-*Calma, calma. No es nada de eso. Nadie ha entrado en casa.*

La puerta permanece cerrada. Y yo fuera.

-*¿Hola?* –le digo a la madera- *¿Qué hacéis ahí dentro?*

Nadie me contesta. Los imagino haciendo tiempo en silencio esperando a ver si finalmente me apuñalan o la cosa queda en nada.

Me apoyo en la puerta y deslizo mi cuerpo por ella hasta quedar penosamente sentado, agotado, cabizbajo, pues soy yo el que les espera a ellos.
Pasa la agitación hasta que mis ojos se cierran, y sobre los parpados se me proyecta de nuevo la imagen imborrable del dibujo de mí mismo en el túnel.
Me estrujo los sesos tratando de encontrar una explicación, y de nuevo sólo se me ocurre que debe ser cosa de la locura o el sueño. De hecho, toda esta escena debe ser producto de una onírica fantasía. Me acurruco contra el marco del dormitorio donde mi mujer y mis hijos permanecen atrincherados, abandonándome a mi suerte, y tengo la certeza de que he de amanecer con las primeras luces del alba, en mi cama, abrazado a mi abejita, y con la peque y los gemelos trayéndome sonrientes el desayuno. Eso sí tiene sentido. Sólo eso. Nada más.

La noche.

Y una voz me despierta con violencia.

-*¡Oye! ¡Levanta!*

Le acompaña una incisiva patada.

Abro los ojos y veo sobre mí a un monstruo con rulos y grandes ojeras.
Comprendo que con la llegada del día han asumido que lo del robo era una tontería, y envalentonados por la luz de Sol salen a recriminármelo o a recoger mi cadáver.

Creo que un poco de ambas, porque hoy estoy un poco más muerto que ayer, al ver que ni de locura ni de sueño se trata, si no de mi vida. Esta. La que no puedo evitar.

-*¿Quieres explicarme a qué vino lo de anoche? ¿Sabes el susto que nos diste? Enserio, ¿a ti qué te pasa?*

Una bronca me aplasta mientras hago el desayuno a los niños.

Se van al colegio. Les veo alejarse subiendo la 50 en dirección a la plaza.
Dentro de casa aun caen cual bombas las palabras.

-*Escucha, abejita, tengo algo que enseñarte. Puede ser grave.* –consigo decir cuando parece que la ausencia de saliva atasca su garganta.

Bajamos al sótano y ahí está el butrón.
Ella camina sobre los escombros con un gesto en la cara que es preludio de otra furibunda descarga.

-*¡Pero qué has hecho, desgraciado!*

-*Lo descubrí por accidente. Un tropezón tonto y se vino abajo.*

-*¡Menudo agujero! ¡Se nos podía haber venido la casa encima!*

Siempre tan positiva... A mí ni se me había pasado por la cabeza semejante catastrofe.

-*No, no es un muro de carga.* –respondo.

-*¡Tú que sabrás!*

Mete su cabeza en la oscuridad, y al sacarla parece calmada.

-*Escucha, ¿has entrado? ¿Sabes si hay algo de valor dentro?*

Vuelve el recuerdo del fresco que alguien ahí dentro me ha pintado. Hesito. Si se lo cuento pensará que le miento. Y peor, no es la mejor historia para acompañar la decepción de decirle que tampoco hallé ningún tesoro.
Me lo guardo. ¿De qué iba a servir que fuera ella a comprobarlo? Seguramente lo habré imaginado. Y si el dibujo es real, sólo puede ser una broma o algo casual.

-*Es... Es sólo un agujero.*

-*¡Pues debemos cerrarlo! No quiero problemas con el ayuntamiento.*

En mi cara una sonrisa. Estoy de acuerdo. Cerrado, pronto lo habré olvidado.

-*¡Sí, abejita! Será lo mejor.*

-*Llamaré a un albañil.* –dice ya saliendo del sótano escaleras arriba- *Hasta que tengamos algo de dinero para la obra, tápalo con una sábana o una manta. No podemos tener eso abierto en nuestra casa.*

Obedezco.
Como siempre.

Capítulo 7
La 776

Sirvo pizza durante todo el día. Y así todos los días.
En la 50, los asiáticos desfilan.
Pero ya me he hartado de mirar a través de ese cristal.

Voy hasta el ventanuco de la cocina, el cual tiene cristales gruesos y opacos, y, quizá por este detalle, en ningún momento me he parado a observar a dónde da.
Sé que la casa tiene un jardín, pero nunca me interesaron las plantas, y cuando mi esposa me dijo que estaba descuidado y que más valía quemarlo que arreglarlo, no volví a pensar en él.

Con dificultad corro el cristal de lado. Una capa de grasa, acumulación de aceite de fritura de incontables años y dueños de este roñoso local, impide el correcto avance. Los grumos son duros y negros. Nada quiero saber de ellos.
Casi he desistido, y por apenas una ranura abierta que me permite la visión del exterior, descubro algo inesperado: Entre los matojos retorcidos que invaden la pequeña parcela, unas mesitas de madera.
¡Tengo un comedero en el jardín!

Algunas fantasías me invaden. Ideas de ampliación del negocio. Una nueva clientela más familiar. Fiestas de cumpleaños al aire libre. ¿Incluso conciertos?

Ya sin ningún otro pasatiempo más que ver comer al seboso Bo, restaurar esas mesas y adecentar el jardín se me antojan como el siguiente gran objetivo a cumplir.

Me recreo en la idea mientras cierro la ventana y apago las luces de la planta baja.

Bostezo.

Las escaleras me esperan.

¿Qué haré esta noche? ¿Iré abajo a acurrucarme en el sótano frente al frío aliento que exhala el agujero, o volveré a la cama junto al helador y sempiterno reproche?

Arriba y abajo lo mismo son. Si al menos tuviera el coche...

Estoy cansado.

Salgo a la calle y subo hacia plaza, buscando evadirme como lo hacía entonces.
Sólo hay silencio, toses y el rodar de las latas.

Llego al epicentro del barrio.
Contemplo la humilde tienda de ultramarinos y la mercería a la izquierda del buzón de correos. En el lado derecho, el hotel, la barbería y una pequeña taberna aún abierta.
Aprecio voces quejumbrosas, a buen seguro de los obreros que aun beben en el grisáceo bar, y al fondo en la distancia, música que de algún rincón emana.
Pero no iré a comprobarlo.
La plaza peatonal, vacía y sin soportales, me intimida. Creo que desde todos los lados alguien me mira.

Entro en el hotel.

Una columna de aire caliente y denso, propio del ambiente cargado de los que duermen, me golpea mientras atravieso el hall en dirección a la recepción en la que no hay nadie.
Todo reposa sumido en la oscuridad, a excepción de una pequeña lámpara de luz amarillenta que convierte el libro de registro de huéspedes en el punto hacia donde todo ha de converger.

Pienso si debo tocar un pequeño timbre o algo, como en las películas, pero al buscarlo no hallo nada parecido.
Qué situación más tonta. Ahora que lo pienso es la segunda vez en mi vida que entro en un hotel, y la primera fue hace tanto tiempo, y estaba tan extasiado apretando contra mi cuerpo a la chica más maravillosa del mundo, la cual ese día cumplía dieciocho años, y con la que me acaba de fugar del pueblucho de las montañas para venir a la ciudad, que no recuerdo nada de cuál fue el proceso exacto de pedir habitación, ni la estancia, ni tan siquiera el pago. Sólo sé que cuando salimos de aquella húmeda estancia junto al mar, la peque ya estaba en camino. Y nuestro objetivo cumplido.

Mientras espero sentado en un pequeño sofá junto a recepción, recuerdo que una vez que supimos que mi esposa estaba definitivamente en estado, y pudimos decirlo en el pueblo para que por vergüenza aceptaran nuestra marcha, e incluso nos empujaran a ella con las ayudas necesarias que antes nos negaron, me dirigí a todos los negocios del centro en busca de trabajo. Fueron buenos días porque eran días de absoluta ignorancia.
Nunca se me gastó la ilusión a pesar de que tantas veces me dijeron que sin haber ido a la universidad, poco podía hacer en ese lado de la ciudad, y que mi sitio estaba en alguna de las calles que escupe la Avenida Paralela. Ahora sé que mi nombre siempre estuvo escrito en la 50. Pero mi abejita siempre lo negó, porque ella nació reina.

-*Buenas, ¿espera a alguien?*

Una voz absolutamente dulce me devuelve al ornamentalmente anacrónico hotel de la plaza.
El recepcionista es un anciano de cabellos finos y plateados, mofletes sonrojados y que se limpia la babilla con un pequeño pañuelo. Apuesto a que estaba plácidamente dormido con una sonrisa en la boca, y si se ha levantado es únicamente por la necesidad propia de su edad de ir al baño con regularidad.

-*No. Lo cierto es que quiero una habitación. Si le quedan libres, claro…* –respondo.

-*¡Ah, joven, casi todas lo están! Puede elegir la que guste, pues ya nadie baja hasta el borde de la ciénaga.*

Por el comentario del hombre, y a la vista del casillero de las llaves, el cual revela que hay muchas más habitaciones de lo que pudiera parecer, me invade un duda, y una inesperada apetencia por indagar en el asunto.

-*Oiga, ¿pero es que antes venía gente por aquí?*

-*Es usted nuevo en el barrio, ¿verdad? Diría por su acento que de las montañas.*

-*Así es, pero llevo trece años en la ciudad.*

-*¿En el centro?*

-*Sí.*

-Entonces seguramente no habrá oído hablar de las minas de oro de la llanura. Es una historia de la que allí nada quieren saber.

El anciano, con paso delicado, se acerca a una de las paredes junto al mostrador, y me señala unas fotos en blanco y negro. En ellas hombres sucios en túneles rudimentarios.
Y de pronto una imagen familiar: ¡Es mi agujero!

-¡Cuénteme más! ¿Qué es todo eso de las minas?

-Verá, joven, todo se remonta a la fundación de la ciudad.

El tono del anciano, y la posición que adopta apoyando un codo en el mostrador y dejando descansar la cabeza sobre la palma de su mano, revelan que será una larga narración.
Pobre, debe estar tan aburrido aquí solo...

-Lo que ahora conocemos como el barrio de los obreros, –continúa- *era sin embargo en esos días la totalidad de la urbe. El asentamiento se había formado en torno a un río, siguiendo su margen, de ahí la curvatura respecto a la costa de las calles surgidas en torno a la Avenida Paralela, que fuera entonces la calle principal de la ciudad.*

-¿La Avenida Paralela se llama así por ser paralela a un río?

-Exactamente. Apuesto a que siempre pensó que era por ser paralela a la infame autopista.

-Sí. Supongo que es lo que todos creen.

-Pues no era por eso, ya que en aquellos días todo giraba en torno al río, y la autopista aun no existía.

-¿Y qué río era ese? ¿Dónde fue a parar?

-He ahí la tragedia, mi joven amigo.

El anciano carraspea tratando de aclararse la voz. Yo sonrío con gesto amable ante sus esfuerzos como narrador, pues es un papel que a buen seguro rara vez tiene la ocasión de ejercer.

-Un buen día, y no me pregunte cómo ni por qué, pues de esto nada sé, alguien apareció con oro en sus manos, y al instante todo el pueblo estaba abriendo en canal la tierra alrededor de la ribera del río. Desviaron su curso de mil maneras con tal de encontrar las mejores vetas. También cada minero para poder realizar sus procesados, hacía su propio desvío, y así, en no mucho tiempo, el agua fresca de las ocho montañas acabó desperdigándose por la agujereada llanura, surgiendo la ciénaga y dejando el cauce del río completamente seco

-¿Es eso posible?

-Allá, calle abajo, donde termina la 50, puede encontrar las huellas del lecho.

-¡En la puerta de mi casa!

-Terrible, ¿verdad?

-*Nunca lo habría imaginado.* –respondo cada vez más turbado por el relato del anciano.

-*La mayoría de la gente no se pregunta por estas cosas.*

-*Cierto. Tienen sus propios problemas.*

-*Se olvidan de la historia, pues la consideran aburrida, y no saben que sus problemas tienen relación directa con el pasado, que si se esforzaran por conocer, podrían tal vez combatir.*

-*¿A qué se refiere?*

-*Aunque lleve poco por aquí, joven, seguro que se ha fijado en que la gente de la Paralela son personas grises y apagadas. Sin esperanza. Y ni siquiera saben por qué están aquí, ni por qué están así.*

-*¿Cómo saberlo?*

-*Sencillo: ¿Qué cree que hicieron los mineros que consiguieron el oro? ¿Cree que siguen en este lado de la ciudad?*

-*Lo dudo.*

-*Bien hace en dudarlo, porque fueron ellos los que construyeron el otro lado, el de las grandes casas, el ayuntamiento frente al mar, los jardines y el casino. ¿Y sabe lo que hicieron luego?*

-*No podría decirle.* –respondo ya completamente perdido.

-*Yo se lo diré: Tan duro para ellos era recordar su condición de iguales antes de que el oro llegara, tanto les dolía ver cada día las casas en las que nacieron en el lado pobre de la ciudad, que decidieron construir un muro lo suficientemente alto como para no tener que volver a saber nada del pasado.*

-*¡La autopista!*

El anciano asiente satisfecho de su exposición mientras trata de calmar el sofoco que de él se ha ido apoderando.

-*¿Pero cómo les dejaron hacer semejante cosa?* –pregunto sin poder evitarlo.

-*La excusa de una carretera que fuera más allá de las ciénagas, e incluso bajo la propia montaña, como usted ya sabrá, fue suficiente para usar la Paralela como línea divisoria perfecta, y configurar así lo que incluso sin saberlo, en realidad somos.*

-*Me pegunto por qué nunca habré sabido de esto. Es más, siquiera nunca me lo había planteado. Solemos pensar que todo es y está así desde siempre. Como algo inamovible.*

-*El fantasma de ese oro es algo que todavía nos persigue. Y nadie lo sabe, mi joven amigo. Nadie lo sabe.*

Un largo silencio.
Miro a mi al rededor y tengo la impresión de estar en un sueño en sepia.
El anciano reacciona.

-*¡Bueno! Pero querrá usted dormir, ¿verdad, joven?*

-*Sí* –respondo obligado, pues después de todo esto ya no puedo marcharme, aunque siento que la historia me ha dejado realmente tocado.

-*¿Y qué habitación quiere? Todas están preparadas.*

-*La más alejada.*

-*¿Está seguro? Si escoge una en esta planta yo mismo iré a despertarle mañana.*

-*No, necesito la más aislada.* –digo retomando mi plan inicial.

El anciano, ante la perspectiva de un hotel de siete plantas completamente vacío, y su único huésped estando en la estancia más distante posible a la suya, le hace cuanto menos sospechar. Pero si me he marchado de casa en mitad de la noche es para lograr lo que lograba con mis paseos en coche, y luego con la butaca. Quiero evadirme. Más bien lo necesito. ¿Acaso seré el primero que lo siente?

Una llave con un llavero desproporcionado golpea sobre el mostrador.

-*La 776 es la última habitación.*

Asiento, firmo en el libro de registro, y armado con el hierro que me ha de abrir las puertas de la percepción, comienzo el ascenso por la escalinata del hall.

La cara del anciano es ahora amarillenta por la acción directa de la vieja lámpara.
Nos miramos fijamente como si fuera el preludio de algo realmente terrible.
Un instante antes de que el muro me impida seguir viendo la planta baja, veo al anciano girarse y volver al cuartito interior tras la recepción. Desde aquí tengo un ángulo elevado que me descubre una rubenesca figura femenina, de grandes muslos flácidos y arrugados, y que tumbada en un diván recibe al anciano separando sus carnes, ante lo cual, mi hasta ahora edulcorado e inocentón anfitrión, responde metiendo su cabeza entre las piernas de la mujer que con paciencia esperaba a que nuestra conversación finalizara.

Un escalofrío.

Recorro los pasillos silentes y misteriosos, que debo creer vacíos, pero que podrían ocultar cualquier cosa tras cada puerta.
Ningún miedo que pueda sentir supera la imagen hace un instante contemplada.

En la séptima planta, sudo.

Todo es viejo aquí, y la idea de que este imponente edificio, con certeza el más grande de toda la 50, pudiera haber estado un día lleno de esos nuevos ricos de las minas de oro, y sus fiestas, y toda esa locura que acompaña al que descubre que tiene un nuevo poder que desconocía, con sus inesperadas y tantas veces terribles consecuencias, me persigue con cada metro que avanzo, llenándome de especulaciones sobre las orgias o incluso asesinatos que estas paredes empapeladas, y esta moqueta ajada, hayan podido presenciar.

Todo esto en mi mente, y aun así... Aun así la cara del recepcionista perdiéndose en el eterno negro no me abandona.

Final del pasillo de la planta final.

Dos sietes y un seis sobre mi cabeza.
Nada significa.

Entro en la alcoba y todo es normal. Una cama normal. Un espejo normal. Un aburrido baño normal.
Por la ventana veo el otro lado de la plaza.
Justo enfrente, en el ultramarinos, un figura encorvada observa el escaparate, seguramente relamiéndose los labios ante el jamón tantas veces soñado.
En la esquina de la derecha, justo al fondo de la plaza, de allá de donde escuché un atisbo de música animada, tres jóvenes salen abrazados tambaleándose.
Es extraño, pues parecen alegres. Tienen pinta de estar disfrutando. En definitiva, parecen jóvenes.
Los primeros que veo en la 50.
Y eso que sólo son monigotes en la noche.

Corro las cortinas y me siento en la cama.

Trato de olvidarme de todo. De la pizza. De los gritos en casa. De las historias de partes ricas y pobres en la ciudad. Del anciano recepcionista y los pasillos que tras la puerta parecen cada vez más un ente vivo con sus propios ojos, oídos, e incluso con uñas de viento con las que rascan la madera. Llamándome. Queriéndome intimidar.

Pero no. No son los pasillos los que contra mi conspiran. ¡Es la antigua instalación eléctrica! Que zumba. En tensión constante. ¡Haciéndome enloquecer!

Lanzo los zapatos contra el interruptor. Fallo. Nunca fui un buen jugador.
Apago la luz de un puñetazo.
Estoy temblando.

Sólo quiero desconectar. ¡No puede ser tan difícil!
Antes se me daba bien. ¿Cómo voy a haber olvidado cómo se hace?

Quizá deba dormir y los sueños me revelen lo que tanto ansío hallar.
Pero todo huele a viejo.
Y las sabanas son ásperas. Me rozan, casi quemándome.

Doy mil vueltas por la cama hasta sentirme idiota habiendo probado todas las posiciones posibles.

Cuando amanece, mirando al techo descorchado por manchas de humedad, una certeza me alcanza: Esta noche mi cabeza ha ido a mil por hora. No he podido dejar de fijarme en cada detalle, en cada historia, en cada fantasía a la que he dado alas sin coacción alguna, todo para no poder relajarme.
¿Por qué me he hecho esto?

Pienso si realmente quiero no pensar en nada, o si, por primera vez, quiero realmente pensar.

Capítulo 8
El cambio de A.M. a P.M.

Regreso a casa arrastrando los pies.
La mañana trae gritos de los niños. Correteo. Un tocadiscos que repite una misma canción.
Resulta que para ellos es fin de semana.

La hora de comer pasa sin Bo.
Por la tarde me vence un pesado sopor. Se nota que anoche no descansé nada.
Mientras me lavo los dientes, y atontado me miro en el espejo, mi mujer y mi hija pasan con gran solemnidad ante la puerta del baño.
Aguardo a que hayan bajado las escaleras.
Parece que se van.

-*¡Adiós!* –grito un instante antes de oír el portazo.

Voy al dormitorio, y a través de la ventana las veo alejarse calle arriba en dirección a la plataforma de cambio de sentido del tranvía. La última estación de la ciudad. Para ellas ahora la primera.
Basta un vistazo a la caja registradora para comprender que se van de compras al centro, al otro lado de la autopista. Su territorio natural.

La pizzería vacía y en silencio. Yo en el reluciente mostrador, tambaleándome sumido en un narcótico sopor.
Droga natural.

Abro la puerta de atrás del comedor.
El jardín está igual de sucio y descuidado que ayer. Como el resto de la casa.
Unas mesitas de madera para comer al aire libre... Hoy me parecen de chiste.
Sabiendo que esta tierra yerma que ahora piso fue tiempo atrás una verde llanura que daba a un hermoso río, y que por la acción de hombres codiciosos es hoy el lugar pestilente que es, el pensar en hacer negocio de este terrucho me revuelve las tripas. Sin embargo, ¡qué bonito sería verlas llenas de clientes felices!
Sí. Voy a hacerlo. Las limpiaré, y de entre los arboles colgaré unas borlas que alegren la pequeña parcela. O mejor, dispondré una tira de lucecitas pasando de rama en rama, y por la noche parecerá una fiesta íntima.

Cojo un trapo y lleno un cubo de agua y jabón.
No más de dos minutos me hacen falta para darme cuenta de que por estas viejas mesas ya poco se puede hacer.

Antes de que el cerebro desconecte de mi cuerpo, consigo ordenar a mis pies que suban escaleras arriba hasta la fresca almohada, que por primera vez me recibe sin silencios violentos.
No sé si he cerrado la puerta de atrás, pero me da igual. Ahora mismo sólo pienso en por qué no habré hecho esto antes.
Toda la cama para mí. Esto sí que es vivir.

Duermo esta siesta que no es siesta si no sueño reglamentario.

Me despierta el chirrido del vagón girando frente a la plaza de la 50, seguido de nuevo por el ofensivo portazo. Se acabaron estas pequeñas vacaciones, el fugaz descanso de la humillación que me asola hasta en la vigilia.

Me pongo las gafas y con ellas la tormenta.

-*¿Durmiendo por la tarde? ¿Es que no piensan hacer nada con tu vida?*

Abejita, te diré lo que pienso hacer: Son las ocho de la tarde y acabo de despertar del mejor sueño que he echado en años. A partir de ahora esta será mi vida. A partir de ahora, las ocho de la tarde serán para mí las ocho de la mañana. Viviré de noche, solo, y dormiré por la tarde para que no me podáis molestar. Esto es lo que haré. ¡Entérate!

Así lo pienso. Pero no digo nada.

-*¡Baja a la cocina a ganar algo de dinero, joder!* –sentencia ella.

Las asas de las bolsas repletas de ropa resbalan de los huesudos dedos de mi esposa.

Esta vez soy yo quien pasa como un flashazo frente a la puerta del baño, y me llevo el fotograma de mi hija ante el espejo, sonriente, mirándose con un vestido nuevo.

Me alegro de la forma más amarga que es posible hacerlo. Pienso que quizá por un momento se olvide de dónde estamos y de todo eso de que somos pobres. Quizá por un momento, aunque solo sea un instante ante ese espejo, sea un poco feliz.
¿Pero qué sé yo de la peque?

-*¿Qué?* -pregunta Bo mientras le sirvo una porción de hawaiana.

-*¿Qué de qué?*

-*Ah, nada. Pensé que habías dicho algo de tu hija.*

-*No...*

-*Estarías hablando solo, canalla. A mí me pasa mucho. Demasiadas horas sin nadie bajo esos coches, y claro, al final ya no sabes si estás pensando en alto.*

-*¡Que va! Eso es de viejos, Bo.*

-*¿Y qué crees tú que es un viejo? No es cosa de la edad, es cosa del desgaste y de no cuidarse. Se puede ser viejo muy pronto. Sobre todo de la cabeza. Hazme caso...*

¿Cómo tomarme enserio a alguien que me habla mientras engulle cual cerdo?

-*¿Sabes que es lo más gracioso?* -prosigue mientras le observo como el que contempla un espectáculo atroz pero fascinante- *La mayoría de los viejos son encima unos niñatos, pues sólo alguien realmente inmaduro se deja volver un viejo. Los verdaderos sabios son niños por siempre.*

-*No sé, Bo* -respondo sin apenas haberle escuchado.

-*Te estoy hablando de la cabeza, ¿sabes? El cuerpo es otra historia. Ahí poco podemos hacer. Bueno una cosa sí: ¡Comer pizza! ¿Verdad? ¡A qué sí! ¿Eh?*

Su risa histriónica se me contagia pero en sentido contrario: La mía es risa de asco.

Llegan clientes y desconecto del show de Bo el grasiento.

Les invito a salir al jardín de atrás a cenar en las mesitas de madera.
Con desinterés y escasa educación declinan la oferta.

-*Hace demasiado frío ahí fuera.*

Quizá tengas razón, Bo. Pero hasta el cierre he de insistir a todo el que entre.

-*¡Venga, viejales, no te me vengas abajo!* –dice socarrón sacándome de mi ensimismamiento.

-*Tengo treinta y tres años. Tampoco soy un viejo.*

-*Te estoy diciendo que es una cuestión mental.*

-*¡No me puedo creer que vuelvas con este tema, Bo!*

Lo que no me puedo creer es que yo siga en esta conversación.
Pero pasan los días y su cara y sus palabras son las únicas que me acompañan, más allá de los "Buenas tardes" y los "¿Cuánto le debo?" de los clientes.

-*Es que es un tema importante...* –continúa mientras me mira con su cara de bobalicón.

Pero como cada día, rebaso mi tope de aguante y ya sólo asiento.

-*Oye, esto está a reventar de gente. No te puedes quejar, ¿eh, canalla?*

Parece que Bo por primera vez lo ha pillado. Su observación, aunque sencilla y predecible, me anima.

-*Sí, ¿verdad?* –me sorprendo contestando con una sonrisa.- *¿Qué ha cambiado?*

-*Era lo que querías, ¿no?*

-*Claro.*

-*Tú lo has pedido.*

-*Sí, ¿y qué?*

-*Disfrútalo. No lo abandones.*

-*Ya...*

-*¿Pero seguro que era lo que realmente querías?*

-*¿Cómo? Ahora soy pizzero. ¿Qué iba a querer si no?*

Es imposible comprender a este hombre. Siento lastima por él.

-*Has pedido clientes y tienes clientes. Imagínate si fueras a por cualquier otra cosa como has ido a por esta.*

¿Cómo he ido a por esta, dice? ¿Cómo? ¿Con desesperación? ¿Sin otra opción? Prefiero no contestar.

-*Fuiste a por todas, ¿no?* –insiste.

-*¡No podía hacer otra cosa, Bo!*

-*De acuerdo, ha sido de rebote, pero aprende de la situación.*

¿Estoy alucinando o es que pretende darme lecciones mientras el aceite de la pizza se mezcla bajo sus uñas con la grasa negruzca del taller y gotea sobre la barra en gotitas de un indescriptible verde pardusco?

Mientras veo sus labios moverse, sin escuchar ya nada de lo que pronuncia, ni siquiera, a decir verdad, el ruido ambiente, me doy cuenta de que algo de lo que Bo ha dicho es cierto: No lo estoy disfrutando.

Algo me hace estar más triste de lo normal. ¿Será este barrio?

No puedo decir que nos vaya tan mal. Hace un mes esto hubiera sido un sueño inalcanzable. ¡Llevo un negocio rentable!

Siempre he sabido aguantar, encontrar válvulas de escape para no desesperar. Nunca perdí la ilusión mientras trabajaba de camarero, teniendo siempre presente que algún día sería el dueño de mi propio local. Y al final lo conseguí con la coctelería.
Sí. Creo que soy una persona positiva. ¿Estaré perdiendo eso? Y si lo pierdo, ¿qué quedará realmente de mí?

Pero un momento, esto no es lo extraño del caso, lo extraño del caso es que me esté dando cuenta de esto.

-*Yo también tengo treinta y tres años. No es mucho ni poco. Pero si hasta aquí no te has conocido a ti mismo, puede que ya nunca os presenten.*

Las palabras de Bo van acompañadas de un par de servilletas arrugadas saltando desde sus manos al plato. Se levanta del taburete. El cojín que ha soportado sus posaderas durante la cena, se hincha al recuperar el aire que estas han desplazado.

Con su habitual sonrisa, y un guiño de ojo, coge un caramelito de la cesta que hay sobre el mostrador cerca de la entrada. Campanitas sonando sobre la puerta.

Veo su cara pasar, apareciendo y desapareciendo a cada paso entre las letras de Moksha.

¿En todo este mes he llegado a preguntarle algo acerca de su vida?
Es igual. Mañana volverá.

Me quedo solo con los clientes. Les observo charlando y todos hablan sin decir nada.
Esto parece un decorado.

¿Cuáles son las normas que rigen el teatro?

Vuelvo a mis reflexiones, y cuando las luces del comedor apago, un último vistazo al jardín, mi nuevo proyecto fracasado.

O puede que no tanto.

En la mesa hay un gato. Su pelaje blanco y negro, y su rostro elegante, brillan bajo la luz de la luna. Ambos se miran fijamente. Y yo acepto con gusto a mi nuevo cliente. Saco de la bolsa de basura los bordes mordisqueados de pizza que hoy han sobrado, y abriendo del todo la ventana de la cocina con cuidado de no asustarle, se los lanzo. El gato, con su gesto sublime, me mira pensándose bien si merezco el honor de servirle la cena, y finalmente, con parsimonia, los mordisquea. Apenas arranca el pepperoni y el queso, y luego, con gran soberbia vuelve a mirar a la luna mientras su cola cual serpiente se contonea.

Cierro la ventana enamorado de la majestuosidad del único ser que ha aceptado mi mesita de madera.

Capítulo 9
La caza

Mi plan de cambio horario parece funcionar.

Subí la butaca a la cocina. Aunque el constante olor a grasa me resulta insoportable, es mejor que el gélido aliento que exhala en túnel en el sótano, y además aquí hay pocas posibilidades de que alguien la descubra, pues mi mujer y mis hijos evitan venir tras la barra, rehuyendo toda oportunidad que pudiera surgir de ayudarme a lavar los cacharros o preparar ingredientes.
No contaba con ello, pero resulta que con una cierta presión, es posible ponerla en posición casi horizontal. Aunque ya no puedo hacerla regresar a su estado original, pues una de las maderas de su estructura cedió demasiado y no pienso por ahora ponerme de nuevo a arreglarla, ha quedado conformada casi como si de una cama se tratase.
Por las tardes, tras recoger el turno de comidas, duermo hasta la hora de las cenas, y tras el cierre, lanzo los restos al gato, y me escabullo a explorar la ciudad.

En estas semanas he tenido tiempo para recorrer la Avenida Paralela hasta arriba, alcanzando en mis paseos el mercado y las cocheras del tranvía.
Al puerto no me he atrevido a llegar.
He descendido también por las calles que surgen de la avenida, y que son prácticamente idénticas a la 50. En algunas de ellas hay plazas gemelas a la nuestra, y aunque no he vuelto a ver ningún otro hotel, siempre hay tabernas atestadas de viejos, viejos obreros arrugados y con gesto cansado, jóvenes obreros o desocupados, aún más cansados, con aspecto y ropas de viejos. Los jóvenes pasan de estar encerrados en sus casas, a ir a las tabernas para convertirse en viejos.
¿Qué será de mis hijos en este barrio?

Hoy camino hacia el único lugar en donde realmente alguna vez descubrí vida: El bar del fondo de nuestra plaza.

Mientras dejo atrás el siniestro hotel del que no quiero volver a saber nada, a mi izquierda, frente al escaparate de la tienda de comestibles, de nuevo la figura oscura e inmóvil observa el trozo de carne de cerdo muerto. Desde la cercanía distingo que se trata de un hombrecito arrugado. ¿Cuánto llevaran manteniendo estos encuentros nocturnos el anciano y el jamón?

Paso ante la taberna que exhala tristeza, y que sin embargo a mí me llena de determinación para llegar a la esquina de la plaza, ese oscuro rincón desde el que poco a poco, según me acerco, va descubriéndome melodías de vibrante jazz.
Mi corazón se pone a mil por hora.
Por la emoción de saber qué narices habrá ahí dentro, y el miedo de dirigirme a ello sin ninguna invitación.

Una puerta negra.
Sólo eso me separa de lo que me depara este lugar.

Observo que la puerta tiene un cristal, y las paredes y ventanas, como pudiera tenerlos un bar de obreros normal, pero todo está pintado de negro por dentro, quedando su actividad relegada al más completo misterio.

Alargo la mano hacia el pomo.

Por un momento recuerdo mi coctelería en el centro, y cómo sabía y disfrutaba animando el ambiente. También recuerdo a Bo hablándome del significado de envejecer. Quizá esto sea algo que me empieza a obsesionar.

¡No soy viejo! ¡No soy viejo! ¡No soy viejo!
Mantra de motivación.
Me digo con fuerza que no tengo por qué conformarme con mirar un vaso vacío mientras el mundo suena de fondo, o tirarle migas a un gato que ni siquiera es mío.

Entro.

A mi llegada le acompaña el final de la canción.
Todos los presentes se giran y me miran fijamente.
Hay un silencio total.

Antes siquiera de poder temblar, me giro y de un salto estoy dispuesto a marchar, pero alguien acaba de tocar un botón de la sinfonola, y escucho como un disco se coloca y empieza a sonar.
Conozco esta canción, es The Hunt de Dexter Gordon y Wardell Gray.
Me detengo con un pie ya en la plaza.
Cuando vuelvo a mirar dentro, todos están bailando. Nadie se fija ya en mí.
Esa es la mejor invitación.

Voy hacia la barra.

Estoy tan alterado que apenas puedo distinguir los detalles de la escena que atravieso.
Una vez anclado en la madera, habiéndome hecho con mi posición, empiezo a percibir los rostros, los cuales rebelan gente alegre, de corta edad, pero hay arrugas y cansancio en sus caras. Estos bailarines que sudan y agitan sus melenas no son despreocupados universitarios del centro. Son sin duda trabajadores de la 50.

Una especie de tranquilidad me invade. De pronto me siento cómodo en este lugar.

-*Póngame un bourbon* -le digo al camarero, un hombre bastante más mayor que el resto y con cara gris y ausente.

Con el primer sorbo rememoro el gusto del alcohol que hace años que no pruebo. Este tipo de whiskey siempre me sabe a plátano flameado.

Observo a los parroquianos.

Soy el único que está sentado. El resto baila como si no hubiera un mañana, configurando en la pista, que es en definitiva casi toda la extensión del local, una masa informe de brazos y piernas que se agitan al ritmo de los enérgicos saxofones.
Me pregunto qué cantidad de droga habrá sido necesaria para que estos chicos estén tan alegres perteneciendo a la 50.
Los jóvenes serían capaces de tomar cualquier cosa para dejar de ser ellos mismos.

Como antiguo hostelero trato también de analizar el lugar: No hay forma de hallar ningún glamour en él.
Por dentro es igual de negro que por fuera. Unas lámparas altas de luz tenue iluminan diferentes puntos equidistantes de la sala, cual antorchas, y al fondo, las bombillitas de colores de la vieja

máquina de discos, junto con una delgada línea que escupe haces rojos dentro de la barra, son las únicas referencias para hacerse una idea de lo que aquí pasa.
Mis viejos flamencos rosas lloran.

-*¿Cuánto le debo?* -pregunto al camarero tras diez minutos observando la danza dionisiaca.

-*Nada.*

-*¿Cómo?* -respondo no pudiendo evitar sorprenderme ante la invitación.

-*Aquí no cobramos, señor.*

-*¿Me está diciendo que no aceptan dinero?*

-*Veo que lo ha entendido.*

-*¿Por qué no?*

-*Porque es la herramienta del Egoísmo.* -interviene un joven muchacho de aspecto muy musculoso y sin un sólo cabello sobre su brillante cabeza.

El chico se apoya en la barra junto a mí, y con un simple gesto de mano indica al camarero que le sirva una copa, el cual al parecer, ya conoce sus preferencias.

-*Aquí lo compartimos todo* -añade el muchacho volviéndose de nuevo hacia mí.

Su rostro está completamente cubierto de sudor. Jadea ligeramente como resultado del intenso baile. Es un tipo de mandíbula cuadrada y aspecto extremadamente varonil. Sus ojos me observan esperando una respuesta. En ellos adivino una dureza y determinación intimidantes, pero su boca dibuja una franca sonrisa.

El camarero pone una copa sobre su mano, y sin apartar la vista de mí, la levanta invitándome a brindar.

Chocamos los cristales, pero en mi copa apenas hay dos gotas.

Ante este nuevo encuentro siento la necesidad de abortar mi salida y pedir otra consumición.

-*Creo que me quedaré.* -le digo al abúlico camarero mientras golpeo dos veces con los dedos sobre la barra.

Este comprende el gesto, y como si ya lo esperara, rellena mi copa.

-*Eres nuevo por aquí.* -dice el chico.

-*En realidad no. Llevo ya dos meses en el barrio.*

-*Un barrio no significa nada si sus gentes no tienen contacto entre sí. Me refería a este lugar, el bar.*

-*Ah, sí.*

-*¿Y tienes un nombre?*

De pronto, ante una pregunta que hace demasiado que nadie me formula, no sé qué contestar. ¿Canalla? ¿Inútil? ¿Papá?

-*Mi nombre es Brandán.* -acierto a decir finalmente.

-*Pues bienvenido seas, amigo Brandán.*

Amigo y Brandán juntos en una misma frase. Casi no puedo creerlo.

-*Vente a bailar con nosotros.* -añade dejando la copa y ya dispuesto a volver a la pista.

-*No, gracias. No es lo mío. Pero permíteme que te invite a este trago.* -digo con cierta deformación profesional de mi anterior empleo.

-*Aquí no se paga, señor.* -repite el barman.

-*Oiga, puedo hacerlo. Tengo dinero.*

-*No.*

La cosa empieza a ofenderme.

-*¿Se piensa que soy pobre y necesito tragos por caridad?* -continúo mientras mi indignación aumenta frente a la cara petrificada del hombre.

-*Tranquilo, Brandán. Aquí las cosas las hacemos así.* –media el fornido joven.

-*¿Y qué es este lugar? ¿Por qué no vale mi dinero aquí? No les he pedido ninguna invitación.*

-*Lo sabemos.* -responde el muchacho, que aun todavía sonriente, parece que como si sus ya de por sí hinchados músculos estuvieran creciendo aún más, inyectados en sangre, y preparándose para la batalla.

Sé que tengo que callarme y aceptar los tragos gratis, pero no puedo evitar pensar en cómo el negocio de las pizzas está despegando, y en que quiero gastarme lo que con tanto esfuerzo he ganado. ¿Por qué eso no va a significar nada?

-*No quiero que se equivoquen. Seguro que de vez en cuando aparece un viejo despistado como yo por aquí, pero no soy de esa clase de gente. Yo soy una persona que se ha hecho a sí misma.*

-*Igual por eso estás tan mal hecho.* -sentencia el muchacho.

Caen todas mis defensas. Nada puedo hacer contra eso. Ni responder ni luchar contra este joven pero físicamente imponente chico.

Me ajusto las gafas contra la cara nerviosamente.

-*Nosotros nos hacemos los unos a los otros.* –dice aun sonriente.

No sé si es una especie de síndrome de Estocolmo o qué, pero de pronto siento una necesidad de ganarme el aprecio del muchacho calvo.
Él, por su parte, saluda con la mano a alguien de los de la pista de baile.

-*Oye*, -pronuncio con voz, a mi pesar, muy temblorosa- *Tú... ¿Cómo te llamas?*

-*Ego Sum Qui Sum.* –responde.

No sé si es por el ruido de la música pero no he entendido nada.

-*Es la primera vez que lo oigo.* –digo- *¿Es extranjero?*

Pero antes de que pueda responderme, todos los jóvenes comienzan a gritar a coro la palabra Pontus.

-*Creo que quieren que hagas el truco del vaso* –señala el camarero al muchacho.

-*Eso parece.* –dice él cogiendo de nuevo el vaso de tubo de su copa vacía.- *Me aclaman, amigo Brandán. ¡Quédate con nosotros! No tires tan pronto la toalla.*

Al ver al joven acercarse con el vaso, el resto de los presentes aumentan los vítores, y el que ha de ser su nombre, Pontus, resuena en mi cabeza taladrándola.

Me dirijo a la salida mientras el chico saca su miembro y lo introduce en el tubo, quedando enganchado en este como si de una trucha de arroyo metida a presión en un cristal se tratase. Luego ejecuta una danza moviendo las caderas, con el consiguiente balanceo del vaso y el aún más enérgico estallido de júbilo de los asistentes.

La puerta se cierra tras de mí, coincidiendo con el final de la canción.
El aire gélido de la plaza me devuelve la consciencia.

Apenas veinte minutos han bastado.
Y la caza ha terminado.

La presa, hoy, he sido yo.

Capítulo 10
El pez atrapado en el tarro

Mi escapada ha sido corta.
No he esperado a encontrarme con el Sol.

Tumbado en la cocina junto a una olla gigante de tomate frito, rememoro una y otra vez mi breve estancia en el bar negro de la esquina, y la conversación con el chico hipermusculado.
Siento que algo ha cambiado.

¿Qué será?
¿Cómo es posible que esta experiencia haya dejado tan honda huella en mí, al punto de hacerme percibir que hoy estoy en un mundo completamente diferente a donde estaba ayer?
¿Por qué no puedo evitar sentir que ahora formo parte de una nueva comunidad?
Es como un regalo recién abierto. No puedo esperar a jugar con él, y mientras lo hago, mi imaginación me llena de ilusiones inventadas.

Pero tengo que ser realista.
Trato de desmentirme a mí mismo las erróneas sensaciones que he podido tener.
Aquellos jóvenes que apenas rozan la veintena de edad, ¿qué pueden querer de mí, más que reírse y criticarme como ya lo hicieran ayer?
Pero es esta crítica lo que me atrae: Les demostraré que se equivocan conmigo, a pesar de que la década que les saco me pese en la espalda como una losa.

La mañana pasa mientras trato de lograr ponerme al día con ejercicios de abdominales y series de flexiones de brazos.
De pronto un impulso me pide prestar atención a este campo que tan abandonado tenía.
Gotitas de sudor resbalan por mis gafas.

Durante la comida, Bo interrumpe sus tediosos chistes para llamarme la atención. Dice que hoy me nota ausente. Que la pizza sabe peor.

A mí me da igual, Bo.

Quiero cerrar. Dormir. Dar las cenas. Volver a cerrar. Mirar la luna con el gato mientras mordisquea las sobras, y cuando llegue la medianoche, abrir la caja del juguete para por fin poder jugar.

Alcanzada la tediosa tarde, me tumbo en la butaca que ahora es mi cama, y no hay manera de cumplir con el horario establecido. La intranquilidad me tiene completamente invadido.

Ante la perspectiva segura de no dormir, y el riesgo de desestabilizar mi delicado horario que desafía al orden natural de la noche y el día, decido ir sin demora a disipar todas mis dudas y fantasías al bar negro.

Mientras subo la 50 me convenzo de que evidentemente ha de estar cerrado, y que yo a las cuatro de la tarde, que para mí lo son de la madrugada, haciendo este viaje tonto e inservible, no soy más que un tonto inservible.

A la luz del día el bar sigue siendo la misma sombra en la pared de la plaza que anoche.

Entro y todo está igual, pues su interior nada sabe del Sol. Incluso hay música puesta en la sinfonola, pero a un volumen incomparablemente bajo.

El impasible camarero sigue en su posición y actitud de ayer, como si en vez de persona fuera maniquí. ¿Tendrá acaso vida fuera de aquí?

-*Buenas tardes.* -digo

-*No estamos abiertos.* -responde

-*No vengo a beber. Quería preguntarle sobre algo que vi anoche.*

-*Anoche no pudo ver demasiado.*

-*Vi lo suficiente. Pero no sé lo que vi.*

-*¿A qué se refiere?*

-*Al chico del truco del vaso.*

-*¿Pontus?*

-*Sí, Pontus... Me dijo cosas extrañas.*

-*¿Cómo lo del dinero, quizá?*

-*Exacto.*

-*Y quiere saber por qué.*

-*Así es.*

-*Va a resultar que es verdad que no es usted otro de esos despistados que pasan por aquí sin saber dónde se meten y no vuelven más.*

-*Aquí estoy.*

-*Pontus se alegrará.*

-*¿Por qué?*

-*Porque le gusta tener nuevos amigos. Todo esto funciona gracias a él. Yo antes era el dueño del local, que, como el de ahí enfrente junto a la barbería y el hotel, era otro bar de obreros más. Pero me arruiné y tuve que cerrar. Y un buen día llegó ese chico calvo en el vagón del tranvía. Me dijo que había decidido ir hasta la última parada de la línea, bajarse y establecerse en lo más profundo de la ciudad, pues él venía del mar.*

-*¿Del mar, dice?*

-Sí, él es pescador. Según sé, no tiene casa ni ninguna propiedad, más que su barca. Sale a faenar antes del alba y regresa siempre con grandes capturas, las cuales vende en el mercado o intercambia en el propio puerto con los marineros, consiguiendo así alcohol y discos de contrabando. Luego los trae aquí y todo lo ofrece gratis a los que quieren acompañarle.

-¿Me está diciendo que Pontus mantiene este negocio pescando peces?

-No es un negocio, pues aquí nadie gana nada.

-¿No le paga alquiler?

-No. A cambio de abrir el local y de estar sirviendo, Pontus me da todo lo que necesito. Comida todas las semanas, ropa, leña... Todo lo trae del puerto. Nunca usa ni acepta dinero.

-Increíble.

-Por él existimos. –pronuncia con una solemnidad que da escalofríos- *La mayoría de los muchachos que vienen aquí, trabajan en el barrio ganando apenas unas monedas, y Pontus nos mantiene a todos en cierto modo. Pero nadie pide nada, ¿entiende? Como usted la otra noche.*

-Ya. Ahora comprendo.

De pronto me siento tan fuera de lugar que la idea de marcharme y no volver jamás, conservando esta experiencia como una anécdota que poder contar, se me antoja absolutamente necesaria.

Pero, ¿a quién se la iba a contar? ¿A Bo? ¿Al gato?

-Entonces, ¿cualquiera puede venir?

-Sólo si viene a disfrutar y... A vivir.

El gesto impávido ante su propia afirmación me termina de poner los pelos de punta. Parece un autómata de feria hablándome de las virtudes de no ser un autómata de feria.

Vuelvo a casa con la cara del camarero grabada a fuego en mis retinas.

Como me pasara anoche, la escasamente grata experiencia, me ha dejado sin embargo un sabor de boca tan bueno, que podría decirse que siento un sincero aprecio por el pobre hombre gris.

Regreso a la butaca invadido por una tranquilidad inconmensurable, y caigo rendido sabiendo que mi regalo aún puede ser un juguete con el que disfrutar.

La cena pasa como preludio de lo que de verdad importa.

Llega la hora.

Ante mí, la negra puerta del rincón más profundo de la plaza.

Música en el interior.

Me paso la mano por el pelo engominado para asegurarme de que sigue aplastado. Las redondas lentes en su sitio. Mi bigote recortado. Camisa por dentro. Todo correcto.

Empujo la puerta. El jazz atrona. Mis pies se deslizan tímidamente hacia el centro del local, donde la masa de bailarines nocturnos que gira sin parar, me atrae a través de una inexplicable fuerza centrípeta. Veo mis zapatos relucientes ejecutando movimientos que jamás aprendí.

El cuello empieza a dolerme de mirar todo el rato hacia el suelo, pero este ritmo loco me impide parar. No tengo tiempo de procesar nada porque ya no estoy dentro de mi cuerpo, si no sobre él, entre la música y los demás que bailan. Sólo me sostienen unos pies que parecen puestos aquí por quien compuso la canción que suena.

Y de pronto salgo del remolino tal y como entré, de forma totalmente ajena a mi control.

La puerta se abre y Pontus entra con una caja de pescado llena de botellas de licor.

Todos le aclaman.

Los cuerpos se desplazan en su dirección, y durante un instante dudo de si es para tocarle a él, como el que toca a un dios, o para hacerse con la droga liquida y convertirla en parte de su sangre.

Al parecer es la primera opción.

En mi cara se dibuja sin yo saber cómo, una sonrisa tonta, y me dejo arrastrar por el grupo. Les imito, mirando al chico musculoso y sin pelo, como si fuera la novia más irracionalmente enamorada.

Tras unos instantes de saludos y sonrisas que no puedo bien entender, Pontus me da una palmada en la espalda.

-*¡Brandán, amigo! ¡Qué bien que hayas venido!*

Apenas puedo balbucear.
La imagen del pez atrapado en el tarro entre sus piernas.

Capítulo 11
El bar negro

Todo está borroso.
Creo que me he bebido media botella de bourbon con mis nuevos amigos, Ari, el chico encantador que trabaja en la depuradora de aguas fecales, y Nea, la muchacha de rubia melena que despacha comestibles en la tienda de ultramarinos.
Además he perdido las gafas.

Ari me sostiene tratando de que mi tambaleo etílico no provoque que escape de su protector abrazo. Los finos y rosados labios de Nea se mueven a un palmo de nuestras caras, narrándonos una apasionada anécdota que no puedo entender por el estruendo de la música y los latidos de mi corazón que retumban en mi interior creándome una gran presión en la cabeza.

Hacía años que no tenía esta sensación.
Por un momento creo estar de nuevo en las montañas, en una despreocupada fiesta de instituto dentro de una cabaña aislada del mundo por la nieve.
Busco con la mirada a mi abejita. A la abejita de diecisiete años.

Sólo veo a Nea y Ari besándose.

No sé cómo he acabado colgado de la sinfonola.
Aunque desde esta posición al fondo del local, con toda la gente bailando frente a mí, y la barra en el horizonte como una posición inalcanzable, me siento terriblemente aislado, no me atrevo a moverme por el riesgo de perder el perfecto equilibrio en el que Ari me ha dejado colocado.
Las bombillitas de colores de la máquina parpadean pegadas a mis ojos. Me sumerjo en los estallidos de color hasta literalmente volar atravesando olas de refrescantes tonos brillantes. Pero lejos de estar viajando por un cielo psicodélico, me encuentro pegado de morros contra el pegajoso suelo.

De pronto como si fuera succionado por un túnel de viento, soy elevado, permaneciendo unos instantes ingrávido, para luego ir flotando, como en mi colorida alucinación, en dirección a la barra.

¿Habré encontrado el tan ansiado paraíso en este bar negro?

Unas bofetadas.
Y la cara de Pontus.

-*¿Estás bien? Creo que has perdido esto.* –me dice mientras tiende hacia mí las redondas lentes.

-*Sí, sí. Demasiado plátano flameado.* –respondo no pudiendo evitar reírme de mi broma privada.- *Oye, Pontus, parecéis buenos chicos. ¿Sabes? Siempre había pensado que en este barrio sólo había gente mala.*

-*¿Gente mala?* –responde el musculoso pescador- *Dime, amigo Brandán, ¿qué crees que es El Mal?*

-*Pues... Supongo...* –la pregunta es demasiado complicada para mi estado de ebriedad, pero precisamente debido a esto no puedo encontrar ningún filtro que mida mis palabras- *Diría que hacer algo en beneficio propio por encima de los demás.*

Pontus asiente.

-*¿He acertado?* –pregunto sin poder evitar la sensación de estar en un concurso que me otorgue la confianza y simpatía de la persona sobre la que todo gira aquí.

-*¿Por qué piensas que es eso, Brandán?*

-*Por qué... Por qué hacer algo en beneficio propio por encima de los demás es lo que provoca todas las cosas que consideramos malas, como robar, estafar, matar, y en definitiva no preocuparnos por los otros.*

-*Esas cosas malas que dices, son algo que sucede constantemente en el mundo, ¿no?*

-*Así es.*

-*¿Y por qué crees que es?*

-*No sé... Por eso. Porque la gente es egoísta.*

-*¿Entonces crees que el Egoísmo es parte de la naturaleza humana?*

-*Sí.* –afirmo tajante deseando que Pontus deje de contestarme con preguntas y me diga que lo he hecho muy bien y que he pasado su prueba de conocimientos.

Pero la conversación continúa.
Y yo empiezo a sentirme realmente incomodo al tener que abordar cuestiones tan densas.

-*¿Y tú te consideras buena persona?*

-*Sí. ¿Por qué no iba a serlo?*

-*¿Te das cuenta de lo que acaba de suceder?*

Permanecemos largo tiempo en silencio.
Pienso en alguna excusa que darme a mí mismo y a Pontus para escapar de esta incoherencia que cortocircuita mi cerebro y revuelve mis entrañas. Pero no tengo a donde ir. Estoy clavado en esta barra, sin poder apenas caminar. Tengo la fiesta, la música, las sonrisas... Y ahora esta sensación de que he vivido todo este tiempo sin tener claro lo más básico. ¿He hecho todo lo que he hecho en la vida basándome en unos conceptos que ni siquiera me he atrevido ni molestado en definir?

Siento que no puedo. Esto me supera.
Pero si no puedo, ¿para qué quiero el cerebro? ¿Soy el animal que siempre temí llegar a ser? ¿Acaso siempre lo fui?

-*Pontus, yo...* –digo con miedo de que esta sea la última frase que nos dirijamos, y que mi fracaso en la conversación me prive de su amistad- *Yo no puedo hablar de esto.*

-*Brandán, amigo, si no puedes hablar del Bien y del Mal, no puedes hablar de nada. Todo lo que opinas está basado en una distinción que no conoces.*

Una lágrima de rabia y decepción recorre mi rostro: Me he fallado.

Pero cuando creo que todo ha terminado, los ojos inquisitivos de Pontus tornan tan misericordes, que de golpe entiendo que me admite a su lado, y me invita a estar con él en un largo viaje.
Su acción poniéndose en pie y ayudándome a hacer lo propio me lo confirma.

-*Amigo, ahora iremos a otro lugar. Es hora de cerrar el bar.* –pronuncia.

Como ejecutando una rutina bien conocida por todos, uno a uno van abandonando el local.
Nosotros, a la cabeza del circense grupo, avanzamos subiendo la 50 y la Avenida Paralela, y en apenas unos minutos estamos dentro de un pequeño ático.

-*¡Bienvenidos a mi humilde apartamento*! –exclama una chica de rostro angelical y melena corta por encima de los hombros.

Toda la fauna reunida en el salón se va desperdigando en pequeños grupos.
Yo no puedo apartar la mirada de los pendientes de sencillas perlas que adornan las pequeñas orejitas de nuestra anfitriona.

-*¿Quién es ella?* –pregunto al joven Ari con una pronunciación penosamente afectada por el bourbon.

-*Es Impi. ¿No te la presentaron en el bar?*

-*No. No me suena. ¿Estaba allí?*

-*Sí. Creo que hasta habéis bailado juntos un rato.*

Las facciones delicadas de Impi, a pesar de resultarme completamente desconocidas hasta ahora, sí me transmiten una calidez y confianza inusitada.

-*Quiero abrazarla.* –digo pensando en alto.

-*¡Pues venga, hazlo! No te cortes, Brandán.* –interviene Nea que llega hasta nosotros con una copa para Ari.

-*No la hagas caso.* –dice el muchacho- *Impi no es de esa clase de chicas. Ella es muy recatada. Pinta cuadros y a eso dedica toda su energía.*

-*Tú que sabrás* –contesta Nea.

-*Lo sé y punto.* –sentencia él.

El comentario parece haber ofendido a la joven de los largos cabellos dorados, pues con un despectivo giro de cuello y cadera, desaparece entre los asistentes.

-*Mujeres...* –dice con tono cómplice Ari.

Pero yo de mujeres no sé nada. Sólo sé de abejitas. De mi abejita más concretamente.

Y sin embargo cada gesto de Impi me persigue en la distancia de la habitación.
Ella enseña sus cuadros, y yo estoy rígido en el centro del salón.

No hay música.
Sólo un gran murmullo que es suma de todas las charlas que están teniendo lugar.
Pontus aparece a mi lado.

-*Oye, Pontus, ¿por qué no ponemos un disco para animar esto?*

-*Es para no molestar a los vecinos.* –responde con enorme dignidad, haciéndome sentir como un niñato por la desconsiderada propuesta- *¿Te aburres, amigo? Yo creo que esto está muy animado.*

Veo el cráneo reluciente del fornido muchacho alejarse en dirección a otra estancia.

Sin Pontus, Ari o Nea mí al rededor, mi atención retorna a Impi, a la cual busco entre el conglomerado de caras, pero sin ningún éxito.
Las conversaciones, hasta ahora ruido de fondo, de pronto se van descodificando.
Estoy impresionado: Estos jóvenes obreros trasnochadores hablan de pintura, de poesía, de arte. Algunos de ellos hablan de sus obras como lo hacen los personajes más celebrados de lo que llaman alta cultura, pero estos, a diferencia de aquellos, sudan cada moneda de su jornal, y sus creaciones permanecen relegadas a estos encuentros. Nada de lo que hacen busca ser intercambiado por oro. Algunos regalan a otros sus versos o lienzos, con el único objeto de iluminar sus vidas. No son artistas ni bohemios, sus trabajos son humildes y nunca fueron a la universidad, y sin embargo, por primera vez ante un grupo de jóvenes, escucho conversaciones profundas y realmente interesantes, más allá de planes de futuro sobre en dónde comprar o cómo decorar sus futuras casas, de cuanto serán sus sueldos, a qué colegio llevaran a sus hijos o cual será el destino de las próximas vacaciones, de los que cada noche escuchaba hablar a los universitarios del centro de la ciudad, cuando era dueño de la coctelería. Mientras aquellos siempre lo hacían del exterior, estos, los de la 50, los de la panda de Pontus, lo hacen del interior. Y yo les observo como el que contempla a otra raza.

De pronto, en un arranque de perfecta conjunción entre lo apolíneo y lo dionisiaco, Ari se sube a la mesa, y tembloroso por la bebida, comienza a declamar con gran maestría.

-*¡Aaaaiiii, la aristocracia perdida, la juventud platónica, el amor polvoriento y aburrido! Todo encerrado en una misma habitación de paredes empapeladas. Feas. Un bebé vestido con un traje tan grande que lo arrastra y se pierde en él. Un anciano en pañales. ¡Aaaaiiii, las flores dibujadas, la fruta de cerámica, tú rostro congelado en papel! Todo atrapado en un tiempo que algunos llaman pasado, pero que para ti es el único presente. Siempre. Un universo entero conformado sólo por lo que conoces. Un ojo deshaciéndose como cera sobre tu ombligo. ¡Aaaaiiii, aaaaiiii, aaaaiiii! Lamentos. Sí. El osito de peluche que has violado, ahora se ha ahorcado. Y tú no haces nada para de su soga bajarlo. ¡Aaaaiiii, aaaaiiii, aaaaiiii! Lamentos. Ahora sólo es un trapo. Y sí, para limpiar con él tu semilla puedes usarlo.*

Todos en la sala estallan en enérgicos aplausos, los cuales vienen acompañados de aullidos y coces en el suelo por parte de los más entusiastas.
No puedo evitar sonreír.

Pontus surge de nuevo de entre la gente, y haciendo un uso casi involuntario de sus desarrollados músculos, me levanta del enorme cojín donde había terminado desplomándome en mi reflexión.

-*Brandán, amigo, me ha parecido que necesitabas un poco de acción. ¡Vente!*

-*¿A dónde vamos?*

-*A la cocina. Tengo algo preparado para ti.*

En la pequeña mesa junto a los fogones nos espera sentada Impi.
El corazón me da un vuelco.

-*¡Esta es tu sorpresa!* –dice Pontus.

Mis ojos no se apartan de la inocente muchacha.

-*No sé... Esto es un poco violento. Es decir... Ella es preciosa pero...*

-*¡Venga, Brandán, déjate de tonterías!* –interrumpe Impi, revelándome que efectivamente, tal y como dijo Ari, hemos sido ya presentados con anterioridad.- *¿Es que no te atreves?*

-*No sé de qué hablas.* –respondo.

-*¿De qué va a ser?* –exclama ella mientras señala tres vasitos llenos de un licor verde, con tres cucharas y tres terroncitos de azúcar que están dispuestos en la tabla ante nosotros.

-*Te enseñaremos cómo se bebe esto, amigo.* –añade Pontus.

Capítulo 12
El hada verde

-Quiero ser más puta.

-¿Por qué dices eso?

-Porque es verdad. Tengo veinte años y llevo cinco sirviendo en ese hospital. Todo el personal es femenino, y yo no salgo de maternidad. Como ni siquiera soy enfermera me tienen todo el día de un lado para otro haciendo recados. ¿Con quién voy a hablar así? En el tranvía de vuelta a casa todos son grises y tristes parados. Luego me encierro aquí a pintar... Y este, aunque parezca un lugar confortable, es sólo un agujero más en una colmena de viejos. No recuerdo la última vez que charlé con un tío simpático.

-¿Y qué hay de los chicos del bar negro?

-No. Lo que nos une es algo más que eso. Con ellos no podría.

La puerta del cuarto de baño se abre y de su interior sale un muchacho.
La cola en la que Impi y yo esperamos avanza un puesto. Ya estamos cerca.

-Siento que estoy malgastando mi juventud. Quiero pasármelo bien. –continúa mientras yo observo como sus piernas temblequean, seguramente por la necesidad de evacuar todo lo que nos hemos bebido en la cocina con Pontus, y que ya no sabría decir hace cuánto tiempo fue- *Todas las chicas lo hacen y no pasa nada. ¿Acaso yo no puedo?*

Ella se contesta sola. Al menos me gusta escucharla.
La verdad es que de Impi me gusta todo.
Me pongo a su nivel y recupero la juventud. Es una sensación olvidada. Necesaria.

-Creo que...

Pero no soy capaz de continuar la frase. La bebida me ha afectado tanto que con cada parpadeo pierdo la continuidad de las imágenes, y las palabras llegan a mi cerebro con la demora suficiente como para no ser capaz de relacionar unas con otras.
Los ojos de Impi me miran desde un ángulo ligeramente bajo, y como si de un corderito indefenso se tratase, siento que en silencio me pide ayuda.

La beso.
Ella se aparta.

La puerta se abre ante mí, e Impi ha volado.
Entro en el servicio, y cuando salgo, completamente empapado por el agua de la ducha en la que durante un segundo me he metido para tratar de espabilarme con un chorro helado, apenas recuerdo dónde estoy. Sólo un largo pasillo a cada lado.
Sigo una dirección al azar, y donde espero encontrarme el salón, hallo un cuarto con la luz apagada. Es un dormitorio, y sobre la cama, ella.
Parado en el marco de la puerta la miro y niego con la cabeza.

Sé que no debo entrar, que lo del beso ha sido por la falta de palabras, pero ella espera, y ya no son imaginaciones mías. Ha debido de mentalizarse ante su propio deseo de ser más puta. Y parece que el elegido para la misión soy yo.
Quizá me vea experimentado por la edad. Y quizá no sepa que la experiencia no significa nada si no se para a reflexionar y a aprender de ella, y que la edad no da de por sí más sabiduría o virtud, si no más oportunidades de ganarla.
Pero las oportunidades a menudo pasan sin ser aprovechadas.

Mientras divago, los fotogramas alternos me ahorran el desplazamiento por la estancia, y me encuentro sentado a su lado.
Ella me coge una mano y la pone sobre su muslo. Permanecemos así un largo instante mirándonos en silencio.
No voy a hacer nada... Creo.
Ella se quita la blusa. Ahora el sostén.
Ante la visión de este cuerpo, sin duda esculpido en el mármol más blanco y más terso del mundo, toda la droga ingerida esta noche me baja de golpe, quedando mi cabeza despejada con carácter de emergencia, para poder registrar y archivar cada imagen de esta joya que ahora contemplo.
Tengo que huir. Es ahora o nunca. Un segundo más ante ella y no podré escapar.

-*¿No te gusto?* –la escucho decir tras de mí mientras me lanzo hacia la puerta.

Me detengo, pues si me he dejado arrastrar por el hada verde hasta aquí, lo mínimo que puedo hacer es ofrecer una explicación.

Vuelvo a sentarme en el mullido lecho. Ella se viste.
Al verla de nuevo con ropa siento un enorme vacío.
La cabeza se me vuelve a enturbiar.

-*Escucha, Impi, yo sólo he estado con una mujer: Mi esposa. Nos conocimos muy jóvenes; primero fuimos amigos, los mejores, y luego todo vino solo. Yo no he probado eso de ir de flor en flor y nunca lo he necesitado. Aunque quizá me haya hecho viejo demasiado pronto. Mira... Tú eres una obra de arte. Cuando te contemplo me llenas de vida y me alegras el corazón. Recupero ese espíritu que las obligaciones me han robado.*

-*Nadie te ha robado nada, Brandán. Tú has elegido todo.*

-*Ya, pero...*

-*¿Pero?*

-*Verás, es que mi esposa es mi musa. Ella es el ideal de mujer para mí. Todo lo comparo y lo mido con ella. No conozco otra cosa. Ni en la realidad y en mi mente hay otra.*

-*¿Y si estuvieras con otras no crees que eso cambiaría?*

-*Ese es el asunto. No puedo estar con otras. Ella inspira todo mi deseo. Toda mi vida. No es algo bello como tú, sino una diosa con poder sobre todo lo demás.*

-*Vaya, no lo sabía. Me dio la impresión de que con ella no eras feliz, pero se ve que es perfecta para ti.*

-No, para nada. No soy feliz. Y ella me odia y me desprecia. Usa su autoridad para generar un gran miedo que no permite a mis hijos no quererla, y me usa a mí como foco contra el que cargar y a quien culpar.

-¡Brandán, eso es horrible! ¿Pero entonces me estás diciendo que no puedes vivir libremente, tener y cumplir tus propios deseos porque idolatras a una mujer imaginaria?

¿Mujer imaginaria?
Las palabras de Impi abren en mi interior aún más puertas que antes estaban cerradas. ¿Acaso soy un idiota en todo momento auto engañado, y de hecho, agotado de su ardua labor para cegarse y convencerse a sí mismo de supuestas verdades que en nada se sostienen?

-No sé, Impi.

-Te das cuenta de que antes me has besado, ¿no? ¿Eso no ha significado nada? ¿No ves que te estás reprimiendo?

-No, eso ha sido porque no sabía qué decir.

La mirada deliberadamente amenazante de Impi no tiene cabida en su rostro angelical.
El reproche no es lo suyo.
Ella es todo pureza.

Sin poder evitar su mágica dulzura, coge mi mano como hiciera hace un momento, pero en vez de sobre su muslo, la pone sobre su cara, y restriega la mejilla con suavidad sobre mi palma.

-¿Sabes? Yo nunca he estado con un chico. Siempre he pensado que es como una picadura de serpiente que te infecta, y luego ya sólo vives para eso.

-Y sin embargo dices que quieres ser más puta.

-Puede que sienta que ya no tengo más que ofrecer, y simplemente quiera el placer por el placer.

-¡Tienes tus cuadros!

-No, los cuadros me tienen a mí.

-¿Y quieres abandonarlos?

Me suelta la mano.
Me besa en la frente.
Volvemos juntos al salón.

Todavía es de noche, pero ya nadie habla. Los pequeños grupitos de tertulianos han, o bien desaparecido del apartamento, o bien adquirido una posición de reposo sobre mantas o cojines en el suelo. Algunos dormitan. Otros leen o escriben en pequeñas libretas.
Manteniendo su puesto de líder del circo ambulante, Pontus preside sobre el resto desde el sofá. A cada uno de sus lados, abrazando su inabarcable torso, dos chicas en ropa interior. De hecho casi todos lo están.

Pontus sin embargo lleva toda su ropa.
¿Será que no quedaban vasos de tubo en la casa?

-*Oye* -digo a Impi señalando con la mirada de forma insinuante a Pontus y sus compañeras de reposo- *¿Crees que ellos han hecho lo que nosotros no hemos podido?*

-*¿Quien? ¿Pontus?* -pregunta ella con gesto de gran extrañeza- *No, imposible.* -añade riendo.

El joven pescador nos ve por el rabillo del ojo y estirándose con cuidado de no despertar a las chicas, se incorpora.

-*Os habíamos perdido la pista.* –dice acercándose hasta nosotros bajo el marco de la puerta que da acceso a la estancia.- *¿Cómo estáis?*

-*Bien*. –dice Impi.

-*Hambriento*. –añado.

Al oír mi referencia a la cuestión alimentaria, muchos de los presentes regresan de su estado meditabundo, y levantando las cabezas como perros de caza en busca de sus presas, comienzan a murmurar.

-*Creo que nos apuntamos a eso de comer algo*. –dice Nea finalmente, irguiéndose como portavoz de los que aún no han dado la noche por terminada.

Impi nos mira levantando los hombros y con cara compungida, en señal clara de que su nevera se encuentra desprovista de existencias que ofrecer.
Pero Pontus, a buen seguro bien consciente de este hecho, camina sin inmutarse hasta la silla sobre la que se asienta la montaña de prendas de abrigo dejadas al llegar, y coge su gruesa chaqueta de faena.

-*Vosotros descansad un rato. Yo regresaré antes del amanecer con algo para que podamos desayunar*.

Le observo abriendo la puerta del ático sin plantear mi rol más allá del de mero espectador pasivo, pero de pronto la imagen del joven muchacho recorriendo toda la Avenida Paralela hasta el puerto, para coger su pequeña barca en mitad de la oscuridad, introducirse en el mar y luchar contra los peces, los cuales luego ha de cambiar a peligrosos marineros, todo por darnos un plato caliente que llene nuestros buches desolados por el alcohol, me estremece, y de un salto le agarró del brazo e interrumpo su marcha.

-*¡Pontus, detente! ¡No puedo dejar que vayas!* –exclamo- *Estoy en deuda con vosotros por aceptarme en el grupo y tratarme tan bien. Quiero compensaros.*

Tras tomar consciencia de lo que acabo de hacer, observo los rostros de todos los jóvenes que a su vez me miran en silencio expectantes.

-*¿Os apetece una pizza?* –sentencio.

Un júbilo silencioso y contenido, apenas reflejado en sus rostros, me inflama e inunda del espíritu de aquel que quiere hacer sentir bien a sus invitados.

Mientras doblamos la esquina de la Paralela con la 50, y descendemos hacia la pizzería, apenas tengo presente que mi mujer y mis hijos duermen allí, ajenos a mi escapada nocturna y mis nuevas compañías.
Solo Impi me lo recuerda al preguntarme si la habitación con el hermoso ventanal sobre la puerta de entrada, es mi dormitorio.

Entramos en el comedor de puntillas.
Enciendo el horno con cuidado. Amaso. Extiendo tomate y queso. Con la larga pala meto y saco una pizza tras otra.
Los chicos de Pontus se portan y no arman escándalo. Con el olor a queso nada podemos hacer.
Cada treinta segundos miro a la puerta de las escaleras que suben al apartamento, temiendo ver aparecer por ella a mi esposa rugiendo como una fiera.

Mientras devoramos como locos las últimas porciones, observo las caras inflamadas de alegría de los miembros del grupo, y recupero por un momento a mis amigos de la juventud en las montañas.

Los primero rayos del Sol se asoman entre el rótulo de Moksha.

Nos abrazamos.
Ari y Nea se alejan cogidos de la mano.
Pontus, en dirección a la plaza, encabeza a los más rezagados.
Esperando a propósito para ser la última en despedirse, Impi me besa en la mejilla a cámara lenta.
Luego, mirándome intensamente a los ojos, y sin decir nada, se aleja.
Nunca una chica ha roto conmigo, pero creo que esto ha sido un adiós.

Cuando vuelvo a dentro comprendo la magnitud de lo que acaba de acontecer.
Cuñas de cartón, vasos, servilletas, bordes de pan y manchas de tomate por el suelo.
He de barrer y fregar con carácter de urgencia.

Lo hago tratando de mantener el protocolo silencioso, pero no puedo entender como me he librado.
¿Qué habrá sido del atento oído de mi abejita?

Cargado con dos grandes bolsas llenas de basura, una en cada mano, la tarea de abrir la puerta con el pie y evitar que las campanitas sobre esta suenen al hacerlo, resulta realmente complicada.
Una vez en la calle pienso lo fácil que hubiera sido sacarlas de una en una, pero quiero hacer esto del tirón y evitar que haya testigos que puedan dar constancia de mi pequeña fiestecita vespertina.
Sin embargo, en la acera de enfrente ya hay dos asiáticos fumando.

Me miran inexpresivos mientras con cierta torpeza, debida a las prisas, echo las bolsas en el contenedor oxidado.
Por un momento siento un gesto cómplice en sus rostros, como indicándome que saben que trato de ocultar algo, y que puedo confiar en su silencio.

Me vuelvo satisfecho.
Todo ha salido bien.
Pero entonces, al subir la vista hasta el ventanal, la figura fantasmagórica de mi esposa observándome entre las cortinas.
Puedo ver sus labios gritándome tras el cristal. Entiendo cada letra de la palabra Brandán.

La bronca que viene precedida por la utilización de mi nombre de pila es tan estruendosa, que me preparo para desconectar antes siquiera del primer contacto.

Aguanto sus reproches, los cuales versan sobre mi reciente dejadez.
Cree que ya no me aplico en mis labores como hostelero.
Habla de ratas en busca de suciedad.

Yo espero mirando al reloj y deseando que llegue la hora de las comidas para que voluntariamente se quite de en medio evitando tener que colaborar en el trabajo, o que se le antoje alguna compra en el centro para terminar de desfogarse.

Sé que tienes razón, abejita, pero, ¿qué más da? Si esta noche de nuevo con Pontus me volveré a escapar.

Capítulo 13
Los parias

Usaron el agua para llegar al oro, y el agua escapó.

Camino sin prisa. La ciénaga apesta bajo mis pies, pero ya no puedo volver a casa por las mañanas. Prefiero recorrer el lecho seco hasta el fango.
El horizonte de fango.
Esa llanura hermosa que fue el sueño de muchos, y que ahora sólo es podredumbre. Nadie quiere ni puede ya atravesarla. Ni navegarla. Y creo que ni tan siquiera mirarla.

Yo soy el único que baja hasta aquí.
Nunca veo ni hago nada interesante. Sólo perderme en el fango.
Con cada pisada pienso si me hundiré para siempre.

Vuelvo y mis jornadas terminan sirviendo las comidas.
Luego butaca. Y a esperar a que se marche el Sol.

Hoy he despertado antes de tiempo al oír pequeños pasitos bajando del apartamento a la cocina de la pizzería.
¿Los gemelos me espían?
Ha bastado un poco de ruido para espantarlos. Pero ya no me he vuelto a poder dormir.

Hago tiempo hasta las cenas, y me doy cuenta de cuanto he descuidado el local. ¿Pero para qué voy a limpiar? Bo y los de siempre vendrán igual.
El negocio se mantiene pero ya no va a aumentar.

Cierro.
Hoy el gato no quiere cenar.

Me pregunto que nos tiene preparado esta noche nuestro singular líder.

Pontus no ha accedido aun a llevarme a su barca. Le he contado mis visitas a la ciénaga, pero me dice que ni el fango ni el mar son donde he de estar.

De camino al bar negro paso frente a la tienda donde el viejo sigue observando, como cada noche, el escaparate. ¿Será este su lugar?

-*Un bourbon, ¿verdad?* -dice el apático camarero con su entusiasmo habitual.

-*No, gracias. Voy a esperar.*

-*Mejor.* -exclama Nea apareciendo a mi lado- *Hoy nos vamos de excursión.*

-*¿A dónde? ¿A casa de Impi? ¿No esperamos a cerrar?*

-*No. He oído que visitaremos a una de las amiguitas ricas de Pontus.*

-*¿Entonces iremos al centro?*

-*Eso parece.*

La perspectiva de semejante incursión con todo el circo de Pontus me llena de emoción.

Y yo no he vuelto a ese lado de la autopista desde que tuvimos que dejarlo todo y venir a la 50.

Nervios.

-*Creo que me tomaré ese bourbon.*

Nea encabeza hoy el grupo en dirección al mercado, allá donde la Paralela, la autopista y la avenida ajardinada del casino y el ayuntamiento se juntan en una gran rotonda.
Nos bajamos del tranvía de los pobres y allí nos están esperando Pontus y Ari con cajas llenas de licores y algunos suvenires exóticos, seguramente destinados a ser ofrendas para la adinerada señora cuya casa vamos a invadir.

De nuevo veo la costa. El sonido de las olas. La luna brillando sobre sus aguas heladas. De nuevo todo esto que amaba. Pero ya me da igual.

A decir verdad sólo echo de menos a Impi, que según Nea se ha quedado de nuevo en casa pintando.
Eso y otro trago.

-*Me gustaría ver como son las cloacas de esta gente.* -dice Ari mientras yo revuelvo en la caja donde van los licores- *Seguro que son pasillos relucientes y perfumados con ambientadores florales, iluminados como un museo, y con un elegante hilo musical.*

El semáforo se pone en verde y Ari vuelve a coger la caja, impidiéndome así continuar con mi traviesa exploración.

Cruzamos el paseo ajardinado frente al ayuntamiento.
Por un momento rememoro mi antigua vida dos calles por detrás de este lugar.

El conserje del casino nos mira con desprecio al pasar.
Yo recuerdo su cara y cómo me saludaba servicial cuando era un cliente pudiente, pero ahora, entre todos estos chicos pobres soy sólo escoria para él.
Como lo hubiera sido para mí.
Como lo somos para todos aquí.

Es curioso pensar que ninguno de los que nos miran son capaces de ver más que a un grupo de vagabundos, sin imaginarse si quiera que estos pobres son artistas y pensadores más talentosos que los que ellos han estudiado o conocido nunca. Esto me apena pero me tranquiliza. Mantengo la cabeza alta caminando entre ellos, pues me han aceptado, y yo, en el fondo, no valgo nada en comparación, no soy artista ni pensador, sino uno de esos vacuos ciudadanos que sólo sabe hablar en monedas.

Llegamos a la casa de la amiga de Pontus. Es uno de los grandes chalets del fondo de la bahía. Tiene su propio jardín, playa privada y piscina.

Encontramos la verja de entrada a la parcela, a varios metros de la casa, abierta. Igualmente lo está la puerta principal.

Pontus ingresa en la vivienda como el que ya conoce bien cada rincón del lugar.

El vestidor es amplio, y si no fuera por la multitud de elegantes lámparas que iluminan cada estancia, y el sonido de un disco reproduciéndose desde el salón, cualquiera diría que la casa permanece vacía, sin dueños ni servicio.

Pasan los minutos y nos vamos poniendo cómodos en la planta baja.
Algunos se aventuran a husmear por el resto de la casa.

Mientras yo por mi parte me acomodo en un silloncito del salón, y observo las paredes repletas de coloridos cuadros que retratan damas con tocados y vestidos muy refinados, lo del servicio se confirma: Aquí no hay nadie.

Sin embargo, Pontus aparece de pronto con una señora que luce ostentosas galas y cuyo rostro cuesta ser descifrado bajo una capa de varios centímetros de tosco maquillaje.
La mujer posiblemente tenga mi edad, pero la siento una anciana.

-*¿De dónde sale esta tipa?* -le pregunto a una de las chicas confundiéndola con Nea.

-*Es la amiguita de Pontus. Mira sus labios.*

El comentario de la muchacha me parece insólito.
Sin embargo, al hacerla caso y fijarme en la boca de la anfitriona, veo el carmín corrido, y en la de nuestro líder, una marca gemela de contacto.

Comprendiendo lo que acaba de pasar mientras nos instalábamos, las sonrisas en sus caras me parecen ridículamente forzadas.

¿De verdad esta estirada señora ha sido capaz de dar el día libre al servicio y abrir su casa de par en par para que un grupo de jóvenes desconocidos del lado pobre de la ciudad la ocupe trayendo intenciones claramente festivas, con el riesgo que ello conlleva para sus posesiones materiales, y todo por unos besos con un musculoso pescador?

Creo que conozco la respuesta, pero esto no ha hecho más que empezar.

Las copas se suceden, en un ambiente que es mezcla de la agitación del bar negro, y la conversación habitualmente posterior en el apartamento de Impi.

Pronto nos damos cuenta de que la fonoteca de la señora se compone exclusivamente de vinilos de Sibelius, asique el hallazgo fortuito entre unos libros, de un disco de villancicos infantiles, nos devuelve en cierto modo el ánimo.

Pero con este fondo musical no hay manera de bailar.

Y sin ritmo Pontus no puede hacer el truco del vaso, lo cual no le impide encontrarse enseguida paseando desnudo por el salón, para delicias de la mujer que le sigue como su sombra. Una sombra lujuriosa que se relame sin ninguna discreción.

Aunque en el fondo soy el único al que parece importarle, esta inadecuada ambientación sonora acaba por momentos con la velada. Me sale la vena pinchadiscos de mis tiempos en la coctelería.

Hurgo entre los muebles, y de pronto, mirándome desde la estantería, una cara conocida: Enmarcado en plata, el retrato de mi amigo de la infancia en las montañas, Nils, abrazado de la señora de la casa, en la puerta de una hermosa sauna.

O eso parece.

Nils se ve gordo y casi calvo, pero sin duda debe ser él.

Corro hacia la mujer, pero antes de abordarla, me detengo ante un espejo a juzgar mi nivel de ebriedad.
No quiero hacer el ridículo con esto. Por Pontus principalmente. No sé qué negocios se trae en esta casa, y no quiero ser yo quien se los arruine.

Encuentro mis ojos en su sitio. No rehúyo mi reflejo. Todo parece estar bien.
Me aclaro la voz y con paso muy digno me dirijo a la anfitriona que se encuentra colgada de una de las columnas de hormigón que Pontus tiene por brazos, mientras este charla con Nea, Ari, y algunos otros.

-*Disculpe.* –digo tocándola en el hombro desde detrás.

La mujer se gira y mirándome de arriba abajo, identificándome como alguien demasiado viejo para pertenecer a la panda de su objeto de deseo, me responde con una mirada soberbia como la que dan las personas arrogantes e inflamadas de ego a los que se acercan a ofrecerles un servicio.

-*Verá, no he podido evitar fijarme en esta fotografía y...*

-*¿Qué hace con eso?* –exclama arrancándome el marco de las manos y pasando de actitud insolente a insultante- *¡He dejado bien claro que no quiero que toquen mis cosas!*

Miro con miedo a Pontus, temiéndome que lo único que quería evitar, es decir, buscarle un problema, ya lo haya hecho sin tan siquiera empezar.
Pero el fornido pescador, siempre consciente de su poder sobre los demás, besa a la mujer en los labios apretándola contra su cuerpo, mientras a su vez arranca la instantánea de la mano aflojada de la señora y la tiende en mi dirección sin mirarme.
La cojo y observo sobre el papel fotográfico el rostro envejecido de mi antiguo compañero preguntándome si este mal trago merece la pena por alguien que tanto desprecio demostró hacia mí.

-*Brandán, amigo.* –dice Pontus dando por finalizado el beso- *¿Qué querías contarnos?*

La mujer parece tomar consciencia de que ahora debe prestarme atención por mandato de su potencial amante, y me mira con una actitud tranquila y casi amable.
Hesito.
¿Debería marcharme? ¿Dejarlo pasar?

-*¿Tiene alguna fijación por las saunas?* –interviene la señora con sarcasmo al ver mi momentáneo bloqueo.

-*No, es que... ¿Es este...?*

Las palabras no me salen. Si pregunto por su marido estaré dando por sentada la infidelidad de la que todos somos cómplices.

-*¿Mi esposo? Sí.* –sentencia ella por mí.

No parece importarle.
De hecho mientras reconoce lo obvio, desliza su mano por los abdominales de Pontus recreándose en cada pliegue del marcado musculo.

Nea y Ari presencian la escena con un gesto que, aunque puede que sea una impresión subjetiva provocada por la violenta situación, me resulta de una perversidad y lascivia sin parangón.

Me transformo en un niño pequeño abrumado por los juegos sucios de los que se dicen adultos por jugarlos.

La situación ha cambiado: Ahora me siento fuera de lugar, no por viejo, si no por lo contrario.
¿Por qué Impi no está aquí?

-*Dígame, ¿le gusta mi marido?* –dice la señora en una nueva arremetida.

-*No, es que...*

-*¿Acaso no le parece atractivo?*

-*Me temo que yo no podría decirle...*

-*Pues yo se lo diré: Es un saco de grasa al que sólo le preocupa su trabajo. ¿Y sabe por qué?*

Mientras la mujer calla esperando mi intento de respuesta para poder interrumpirme y proseguir con la humillación pública de su cónyuge, no puedo evitar ver proyectado sobre su rostro el de mi esposa. ¿Cuantas y cuantas veces habré sido yo ese ausente desdichado del que ahora nos reímos?
No pienso darla la satisfacción de añadir nada a su teatrillo.
Pero a ella le da igual.

-*Su importantísimo empleo en los astilleros... Ese es el único lugar donde se siente seguro. El único donde puede mandar y ser un hombre. O al menos lo poco hombre que puede llegar a ser alguien como él, que sólo vale lo que vale su caja del banco.*

Todos ríen.
De pronto comprendo que la repulsa que esta mujer siente por el dinero que la hace tan desgraciada por robarle la compañía de su marido, a la vez que en definitiva, y paradójicamente, la conforma en todos los sentidos, es lo que provocó que Pontus y ella se entendieran.
La idea de que el pescador planee sumarla al grupo como hizo conmigo, para transmitirle sus valores de una vida solidaria donde todos dan sin esperar recibir nada a cambio, por un lado me turba al no saber en qué posición me dejaría tal situación, y por otro me tranquiliza al saber que al menos todo esto no responde a un mero arreglo de carácter sexual.

-*Oiga* –acierto a decir justo cuando parece que el grupo se dispone a cambiar radicalmente de tema, no pudiendo dejar pasar la posible oportunidad de recuperar a mi compañero de la infancia- *¿Su marido se llama Nils?*

La mujer que ya no se esperaba volver a saber nada de mí, me mira con gran y evidentemente desagradable sorpresa.

-Sí... ¿Cómo lo sabe?

-¿Le habló alguna vez de las montañas?

-¿De las montañas? No. ¿Por qué iba a hacerlo? Dudo que haya estado nunca allí. Pero, ¿a qué viene esto? ¿Es que se conocen?

-No... No... –respondo mientras proceso la desilusión que me provoca que se confirme ante mis propias narices que Nils, al igual sin duda que el resto de mis antiguos amigos, reniegue de su pasado hasta semejante punto- *Debimos coincidir cuando yo vivía en esta parte de la ciudad.* –consigo improvisar.

-Apuesto que le debe dinero.

-Para nada. –digo tratando de buscar una excusa para terminar con esto- *Debo estar muy borracho y no sé ni lo que digo.*

Pero sí que lo sé. Lo sé perfectamente.
También recuerdo perfectamente cómo en aquella pizzería de nuestro pueblecito nevado, Nils y el resto de los colegas fantaseábamos con un día vivir en la ciudad junto al mar, y cómo todos ellos al cumplir los dieciocho años se fueron yendo a la universidad, consiguiendo así escapar de la fría roca. Recuerdo como yo me quedé allí tirado, con la única compañía de la chica pequeña de la pandilla, y cómo pasaron dos años sin tener ya más noticias de ellos, pues según decían los ancianos, habían pasado página, hasta que finalmente pudimos planificar nuestra huida y alcanzarlos, pero ni Nils ni ninguno de los otros quiso dejarse alcanzar, como si tuvieran un terrible miedo a que alguien de su pasado acabara con la imagen de personas cosmopolitas que se habían formado de ellos mismos. Recuerdo las inauguraciones que para ellos hice, y a las que nunca asistieron.

Cuando quiero darme cuenta, la gente se ha marchado del salón. Aunque queda un grupito de tres personas incómodamente dobladas bajo la luz de una lamparita para poder ojear lo que parecer ser un libro de ilustraciones de un tal Van Dongen, con tal ímpetu que incluso se deleitan oliendo las páginas como si nunca hubieran tenido entre sus manos un papel de tanta calidad, yo por mi parte decido buscar las invitaciones de la coctelería y la pizzería que en su día envié a Nils. Quiero recuperarlas por dos motivos: Para saber que las recibió y por lo tanto que mi aseveración acerca de su desinterés sobre mi persona es cierta y completa, y para destruirlas, en un intento por eliminar simbólicamente esos actos de excesiva, y ahora entiendo que ridícula, ilusión por mi parte en pos de recuperar esa infancia perdida.

Mientras escarbo en todos los cajones sin ningún éxito, las detonaciones de una escopeta suenan desde el jardín.
Me lanzo hacia la ventana con el corazón a mil por hora. No escucho un arma dispararse desde mis días en la montaña.
Apenas puedo distinguir nada en la parcela sumida en las sombras de la noche, excepto un montón de cabecitas mirando hacia arriba y trozos de cerámica naranja cayendo sobre la piscina.
Sonrío.
Al parecer Nils no ha perdido su gusto por la caza y practica en secreto el tiro al plato.
¿Pero qué saben estos chicos de esta práctica? Raro será que no lancen los platos en dirección a la casa.

Retomo mi búsqueda con la precaución de no acercarme demasiado a las ventanas, y de pronto un trozo de enorme goma flácida me golpea en la cara.

Caigo redondo al suelo.
¿Qué ha pasado?

Ante mí, la anfitriona de la extraña fiesta cubierta apenas por un fino camisón.

-*¡Largo de mi casa!* -grita señalando con el dedo en dirección contraria a la costa, como queriendo recordarnos cuál es nuestro lugar.

-*Disculpe, no es lo que parece...* -trato de excusarme.

Pero la mujer va hasta la puerta del jardín manteniendo sus furiosos improperios.
Un flujo de jóvenes se transvasa del jardín al salón, y sin detenerse, al camino que lleva al exterior de la finca. Yo me uno a la corriente buscando a Pontus entre ellos, pero sólo logro encontrar a Ari y Nea que parecen disfrutar con gran gozo su retirada.

-*Chicos, creo que ha sido mi culpa. La señora dijo que no tocáramos nada y me pilló revolviendo entre sus papeles.*

-*Tranquilo, Brandán* -dice Nea aumentando aún más su gesto guasón- *Esto ya ha pasado antes: Las amiguitas de Pontus a veces se enfadan al darse cuenta de que no van a disfrutar de la tarta.*

Ambos, e incluso algunos de los chicos que caminan a nuestro lado escuchándonos, ríen.

-*¿A qué te refieres? ¿Qué tarta?*

-*¿No lo sabes?* -dice Ari

-*¿El qué?* -respondo.

-*Pontus es impotente.* -aclara Nea- *Le resulta fácil encandilar a las mujeres, pero su fuerte son únicamente las palabras.*

Salimos de la finca y volvemos por el paseo marítimo en dirección a nuestra parte de la ciudad. Aunque a ellos parece no importarles el abrupto final de la velada, pues la han disfrutado aprovechando al máximo sin hacerse demasiadas preguntas, siento que nuestros pies se arrastran penosamente y el viaje se hace tan largo que nos alcanza el Sol.
El mar se vuelve plateado. Azul y naranja en el cielo.

Vemos a Pontus, el cual iba en la retaguardia de la caravana, alejarse en silencio en dirección al puerto.

-*No estés triste Brandán, ha sido una buena noche.* -dice Ari cuando dejamos atrás la costa y descendemos la Paralela- *No te has perdido nada con lo del tiro al plato. Lo único que hemos visto han sido chispas atravesando el vaho de nuestras bocas.*

Trato de sonreír pero la 50 no me deja.

-*Oye, Ari, ¿alguna vez has visto cabezas de cerdo en las cloacas?*

Capítulo 14
El anillo blanco

Bo se levanta. Se abrocha el cinturón. Abre la puerta y las campanitas cantan.

-¿*Entonces te largas*? -digo un segundo antes de que salga.

-*Nunca has querido escucharme, pero nunca me has mandado callar. Estaba esperando a que esto pasara porque tenía que pasar.*

-*¿Sabes qué? Me da igual. Te he mandado callar porque no te soporto. No te necesito. Tengo a Pontus y los chicos del bar negro. Tengo a mis clientes ya fieles. ¡Venga! ¡Vete!*

La última mirada que me dirige es de profunda pena.
No me rio en su cara de milagro. ¡Has perdido tu pizza, amigo!

Veo su gordo culo cruzar ante el frontal de Moksha y desaparecer calle arriba.
Por fin: Tranquilidad. Silencio.

Miro las mesas con las caras de los que vienen cada día a por su porción de grasa, la mayoría de ellos obreros, operarios de tranvía, algún policía, fontaneros y cobradores de facturas.

Con cada página del calendario que pasa, uno de mis clientes se marcha.
El silencio es cada vez más profundo. Y duele hasta el último de ellos que termina por marcharse para no regresar. Han seguido los pasos de Bo.
Y se acabó.

Hoy salgo y bailo jazz empapado en bourbon.
Cuando regreso al amanecer a la cocina sabiendo que ya nada en ella voy a cocinar, mi butaca se ha convertido en un montón de astillas y cuero rajado.
¿Habrá sido el gato por olvidarme anoche de darle unas sobras que no existieron porque no hubo nadie para generarlas?

Subo al dormitorio sabiendo quien ha sido, pero ante la puerta me detengo sin fuerzas para empezar la discusión. Pienso en correr hasta la ciénaga con la vista fija en las montañas y no detenerme hasta desaparecer. El fango me tragará o al llegar al pueblo de mi infancia volveré a empezar el camino que tan mal supe andar.

Pasan las horas y ya no me molesto ni en abrir para las comidas o las cenas.
Mi esposa me encuentra acurrucado en la bañera.

-*Te he oído venir esta mañana hasta la puerta de la habitación y no te has atrevido a entrar.*

Permanezco sin responder en posición fetal.

-*Llevas todo el día escondido aquí. Eso es lo único que sabes hacer: Huir.*
-prosigue- *Ya no te quedan lugares a donde ir, ¿verdad?* -añade con inquina.

Me levanto despacio convencido de que no haber ejecutado mi plan de ir a la ciénaga ha sido un error.

-*Has descuidado el negocio, tal y cómo sabía que harías. En cuanto vino tu amigo gordo y esos ponzoñosos que llamas clientes, te confiaste, dejaste de limpiar y de cocinar como es debido. No sé qué haces por las noches ni me importa, pero cada vez estás más ausente y así te va. ¿Qué creías que pasaría? ¿Qué todo saldría bien, como el resto de tus magníficos planes? ¿Creías que me ibas a arrastrar por enésima vez contigo?*

Mientras ella sigue escupiéndome, yo me visto, y sin siquiera mirarla, salgo a la 50. Durante algunos metros continúo oyendo sus gritos, pero mi mente está puesta en un sólo lugar: El apartamento de Impi.

Mi dedo penetra en el pequeño agujerito del timbre, y la espera ante su puerta, imaginando que probablemente me esté observando por la mirilla, y sabiendo que durante mucho tiempo me ha estado evitando, excusándose en supuestas pinturas que estaba realizando, me hace sudar y temblar nerviosamente.

Finalmente, tras un tiempo que me es imposible estimar por estar sumido en una turbación que se ha ido gestando en mi interior durante años y que ahora parece estar a punto de estallar, el cerrojo se abre y aparece ante mí el rostro divino, delicado e inocente de la chica en la que no puedo parar de pensar.
Sin tiempo para que podamos pronunciar palabra alguna, nos abalanzamos el uno sobre el otro, y devorándonos atravesamos el salón repleto de lienzos.
Llegamos a su cama habiendo dejado un reguero de prendas arrancadas.

-*Pensaba que esto sólo pasaba en las películas*. -consigo decir.

Ella parece de pronto hesitar, como si al romper la silente atmósfera de deseo carnal, envenenándola con palabras, fuera algo que deseaba a toda cosa evitar.

-*¿Por qué has venido, Brandán?*

No tenía que haber abierto la boca. Soy un completo idiota. No he aprendido nada de las películas.

-*Impi* -digo levantándome del inestable catre mientras busco mis pantalones- *Cuando cumplí veinte años me gasté todos mis ahorros en una alianza de oro blanco para mi abejita. Antes de entregársela pasé varias semanas fantaseando cada noche en cómo se la daría. Soñaba con el anillo blanco alrededor de su dedo.*

Su cara demuestra un desconcierto total. Se incorpora muy rígida.
Aunque trato de evitarlo me contagia la tensión.

Levanto mis pantalones arrugados del suelo y meto la mano en uno de los bolsillos.

-*Eso es lo que me ha movido todos estos años. Con esa imagen me bastaba para seguir. Pero entonces te conocí a ti.* –prosigo a sabiendas de que este discurso no le está gustando nada, pero es necesario- *Impi, desde aquel día en que te vi desnuda cómo ahora lo estás en esta misma cama, no he podido dejar de pensar en otro anillo blanco.* –digo señalando con un dedo el fino aro de piel clara alrededor de su pezón erecto.

Finalmente logro encontrar el preservativo dentro del bolsillo.
Me arrodillo frente a ella y le tiendo el enrollado aro de látex blanco.

-*Está claro que me equivoqué de anillo.* –sentencio mientras ella sonríe aliviada y me besa.

Capítulo 15
El talismán

Amanece sobre la piel de Impi.
Su blanco resplandece hasta hacerme llorar.

Por la ventana del ático, a la luz del día, aprecio claramente la autopista frente a nosotros. Los camiones que salen del puerto en dirección al túnel bajo las montañas, pasan casi a la altura de la cama.
Fuera todo es gris.

Quiero quedarme para siempre envuelto en el brillo puro que Impi desprende.
Las sabanas no la cubren con elegancia como suelen hacernos creer que sucede.
Y doy gracias.

Camino por la habitación tratando de entender cómo han podido hacer falta tantos años para saber de esta experiencia, y por qué cuando esto ocurrió con mi abejita me sentí tan mal después.

El vestidito de auxiliar del hospital de la caridad está sobre la silla, tal y como mi mandil de pizzero ha estado hasta ahora. Sin embargo en el mío, manchas rojas de tomate, pero en el suyo de sangre.

No quiero despertarla porque siento que nada podría decir.

¡Pero tengo que hacerlo! No puedo quedarme callado como hice con mi esposa y obligarme a adorarla como a una musa a la que sólo puedo reverenciar y servir.

Quiero ser adulto con esto y comentar la situación, pero simplemente me quedo mirándola dormir.

A veces pienso que tengo un problema con la excesiva apreciación del sentido estético de las cosas.
O quizá simplemente sea verdad que soy un cobarde.

Ella despierta.

-Dime qué he de hacer.

-Ya lo has hecho, Brandán.

-¿Y ahora?

-Ahora vuelve. Este no es el paraíso que buscas.

-Pero Impi... ¿A dónde he de volver?

-A donde sea que te perdiste.

El aire de la Avenida Paralela me rodea más pútrido que nunca.
No soporto el cambio de envoltorio, pero como dijo me abejita, ya no queda ningún lugar para mí.

Regreso a la 50.

En la intersección, la tienda de comidas caseras de la anciana ha cerrado. Lo único que han dejado dentro del local son dos sillas y la pizarrita con el menú de temblorosa caligrafía.
Mientras mi negocio iba bien olvidé por completo que algún otro existía.
¿Acaso es esto obra mía? ¿Fue por causa de mi pizzería que la viejecita se fuera a la ruina?

Pero no puedo compadecerla porque yo estoy igual.

Decido ir por la otra acera para evitar pasar por la plaza y encontrarme quizá con algún conocido trasnochador del bar negro, pero debido a este cambio de rutina, de pronto encuentro algo que siempre había estado a la vista.

Sobre la puerta abierta de un pequeño garaje veo un cartel que reza: Taller automovilístico de B. Friman.
Bajo un coche distingo claramente las rechonchas piernecillas de Bo.

Mientras le veo afanándose en ajustar tuercas grasientas bajo el hierro, comprendo que le echo de menos, pero no sé si por su compañía o por los clientes que parecían venir tras él.
Como de costumbre mi ensimismamiento me delata, y cuando vuelvo a fijar la vista en el taller, Bo está de pie junto a la máquina hidráulica, y mirándome sonriente me saluda con la mano.

¿Por qué lo hace?
¿Es qué no me guarda ningún rencor?
¡Si le eché de mi restaurante, joder! ¿O quizá se fue él?
¿Puede que todo el tiempo fingiera para que le invitara de vez en cuando a llenar la panza?

Su típica sonrisa de simplón me impide llevar a cabo otra acción que levantar la mano y devolverle desganado el saludo.

Continúo mi agónico camino pensando que por qué no va a reír si ha vencido. Su tienda sigue abierta y la mía no.

Me ha ganado el mayor perdedor.

Llego frente al rótulo de Moksha.
Si entro ya no tendré motivos para volver a salir.
Sobre mi cabeza en el ventanal del dormitorio hay quietud, pero yo siento el desprecio como si me observara también alegre ante mi hundimiento.
Entro. En la cocina ya no hay nada para mí, asique dejándome arrastrar caigo hasta el sótano.
De unas cajas saco las mantas viejas que solía llevar en el maletero del coche. Son ásperas y parece que el polvo forma ya parte de su composición material.
Con esas mismas cajas, y tras separar sus esquinas y extenderlas en toda su plenitud, me fabrico una cálida cama de cartón.

Tirado en la esquina del sótano duermo como nunca he dormido, pues cada segundo que estoy despierto no puedo evitar preguntarme una y otra vez a qué lugar he de ir. ¿Qué quiso decirme Impi con lo de perder el camino, y todo lo del paraíso que no soy capaz de encontrar?

Creo que es la hora de la cena cuando ya no puedo soportar más el frío aliento que escupe el agujero de la pared sobre mí.
El, en principio acogedor camastro, ha ido tornándose un lecho de heladora desolación.
Empecé a temblar de miedo cuando el sueño ya no quiso permitirme evadir la conciencia, y ya no he parado.

Vivo como un vagabundo en mi propia casa, y lo peor es que dos plantas por encima, los gemelos juegan, mi mujer y mi hija traman la adquisición de su siguiente modelito, y nadie se acuerda de mí.

Me levanto, y sin desembarazarme de las gruesas mantas, ajustándomelas como si de un poncho se tratase, penetro en el túnel que tanto tiempo lleva esperándome.

Enciendo la lamparita y camino sin prisa pues nada me espera fuera, y ya nada busco dentro.

Llego hasta el fresco de mí mismo que ya viera aquella vez. Prosigo sin detenerme. ¿Acaso me espera algo más?

De pronto, en mitad del pasillo, como habiendo salido a mi encuentro, el pequeño muñeco de mi infancia.
¡Mi talismán!

Las imágenes de mi niñez entre las empedradas calles del pueblecito montañés me nublan la vista. Ese muñeco fue mi mejor amigo, vino conmigo a todas partes y nunca me atreví a hacer nada sin él, pues sentía que él me daba toda la dicha que necesitaba.
¿Por qué nos separamos? ¿Acaso por olvidarle, todo me ha salido mal?

Cuando recobro la vista, el muñeco está en mis manos.
Le aprieto fuerte contra mi pecho, y en el instante en que creo que mis lágrimas van a brotar descontroladas, el poder de mi talismán me invade, y con una energía y determinación que jamás había sentido, me incorporo y salgo del túnel con paso decidido.
Voy al bar negro a contárselo a Pontus. A decirle que lo he entendido todo.
Junto a mi muñeco pienso recuperar las riendas de mi vida.
Nadie puede detenernos.

Capítulo 16
El nuevo paraíso perdido

Subo la 50 como si fuera la primera vez que lo hago. Ya no veo la miseria en ella, sino la oportunidad de hacerme más fuerte.

Llego a la plaza y mirando a mi izquierda contemplo el hotel. Un día de estos volveré aquí cargado de oro y demostraré que los buenos tiempos de fiestas y orgías en sus pasillos y habitaciones aún pueden ser.

A mi derecha veo al anciano harapiento que como siempre está frente al escaparate de la tienda de alimentos, y este asunto, sin embargo, no tengo que esperar a tener más para poder arreglarlo.

Regreso a la pizzería y de la caja saco todo el dinero que nos queda. Subo hasta el ultramarinos y allí encuentro aun despachando a Nea.

-*Dame el jamón del escaparate.* –digo sin hesitar.

-*¿Entero?* –pregunta Nea cambiado de lado la coleta con la que durante las horas de trabajo recoge su larga cabellera rubia.

-*Sí.*

-*Vaya, tu mujer y tus hijos van a estar comiendo cerdo hasta final de año.*

-*No es para ellos.* –respondo con una inusitada paz de espíritu- *Todo este tiempo he sabido que Pontus quería transmitirme una enseñanza, pero hasta ahora no he tenido la valentía para querer verlo: Sólo cuando tienes algo puedes elegir dejar de tenerlo. Siempre he tratado de conseguir dinero porque nunca lo he tenido. Estas son mis últimas monedas y decido regalárselas al desconocido de la plaza. Decido quedarme sin nada.*

Nea no parece comprender. Sin embargo va hasta el pequeño atrio donde se exhibe el jamón, lo coge y me lo envuelve en papel de periódico.

-*Gracias.* –digo satisfecho al entregarle mis últimos ahorros.

Salgo a la calle mientras Nea y la dueña recogen para echar el cierre.
La mirada del anciano parece perderse en la profundidad del cristal.
Un viento gélido sopla en la desolada plaza justo cuando toco el hombro del viejo.

-*Oiga, señor... He comprado esto para usted.*

-*¿Por qué?* –responde sin siquiera girarse, manteniendo su atención en el hueco del producto que Nea ha dejado sin reponer.

-*Desde hace semanas le veo cada noche ante este escaparate y he pensado que ya era hora de que pudiera tener el jamón que tanto ansía.*

-*No, gracias. No lo quiero.*

De nuevo una ráfaga de aire helado nos sacude. El papel de periódico que envuelve el pedazo de cerdo que sostengo como un tonto, se levanta y queda aplastado contra mi cara.
Con gran decepción y vergüenza retiro de mi rostro la pegajosa mascara.
El anciano de ajadas vestiduras permanece impasible ante el vidrio.

-*Pero entonces... ¿Qué mira?* –digo con cierta desesperación.

-*Miro mi reflejo.* –responde él en el mismo tono ausente- *¿Sabe? Yo nací en este barrio. Hubo un tiempo en que cada día de camino al colegio veía mi reflejo en este cristal: El reflejo de un niño que creía que haría grandes cosas en la vida. Pero lo único que he hecho ha sido comer jamón cada día para poder ver mi reflejo arrugarse una noche más.*

Las luces del interior de la tienda se apagan, y las farolas de la 50 hacen que nuestras figuras queden nítidamente definidas en el cristal.
Al ver mi reflejo, y junto a este al devastado anciano en que un día podría convertirme, aparto rápido la vista, aplastado por una certeza que no quiero creer.
¡Debo salir de aquí!

El jamón me pesa toneladas mientras me alejó del hombre que sé que ya nadie puede salvar.

Aún es pronto. Pontus todavía estará intercambiando cosas con los marineros allá en el puerto. Prefiero evitar encontrarme en el bar negro con la única presencia del apático camarero y el jamón, asique voy hasta el centro de la plaza y me siento, apoyando la espalda en el quiosco de prensa abandonado.
Empieza a nevar.

Los copos van pixelando el paisaje hasta convertirlo en una estampa en blanco y negro.
Algunas formas se van difuminando bajo el manto helado, como el anciano, o el jamón que descansa a mi lado. También lo hacen el buzón, las papeleras y bancos, incluso al cuajar sobre el firme, las líneas que separan los edificios del cielo.
Como apenas hay vecinos que se permitan un gasto de electricidad nocturno, las únicas luces provienen de las farolas, que también cubiertas ya de nieve resultan similares a luciérnagas estáticas que delimitan el espacio.

Poco a poco mi ropa se va calando, y desisto de limpiar mis gafas.
De mis muchos defectos, y a pesar de ser oriundo de las montañas, la intolerancia al frío es uno de los más destacados, por lo que acierto a asegurar que si he de permanecer mucho más aquí, pronto encontraré mi final.
Creo que ni mi muñeco de la buena dicha me puede de esta sacar, pues la idea de quedarme aquí, muy quieto y sin hacer nada por resguardarme, se ha instalado con tanta consistencia en mi cabeza, que sólo la consecución de mi plan original de ver hoy a Pontus me puede hacer reaccionar.

Agraciadamente no hay cabida para el drama clásico en la 50. Aquí las cosas nunca pasan de manera épica. Sólo llana vulgaridad.

Resuena pues el chasquido del último tranvía bajando desde la Paralela.
Ahora sí, despejo mis lentes y la panorámica bicolor es atravesada por una caja de madera de brillantes verdes y amarillos.
Los pasajeros descienden.

Permanezco inmóvil esperando el resultado del sorteo que me ha de salvar o condenar, mientras los dos operarios habituales accionan una larga palanca de metal con la que hacen girar la rotonda móvil, provocando así el cambio de sentido de avance de la línea.
La cabeza despejada de cabello de Pontus brilla al entrar en la plaza.
Por ahora viviré.

Pasa a mi lado sin verme. Le intercepto como un ente fantasmagórico surgido de la nada.

Al percibir de pronto mi presencia abalanzándose hacia él, el fornido pescador deja caer la caja llena de botellas de alcohol de contrabando y me lanza un gancho tan fuerte e inesperado que ni en mis mejores días hubiera podido evitar.
El sonido de su puño gigantesco partiendo consecutivamente la montura de mis gafas y el hueso del tabique de mi nariz, parece ir en total discordancia con las imágenes, pues aún permanece en mi cabeza cuando estoy tendido en el suelo viendo la nieve, o quizá sean las estrellas, cayendo sobre mí.

-*¡Brandán, amigo, no te había reconocido! ¡Oh, no sabes cuándo lo siento!*

La cara de Pontus refleja un sufrimiento claramente superior al mío.
El reguero de sangre que dejo desde el quiosco hasta la barra del bar negro es lo más varonil que me ha pasado nunca.

-*Tranquilo, estoy bien.* -digo tratando de parecer duro.

Pienso en por qué precisamente ahora, tras nuestro reencuentro, el muñeco no me ha protegido de esto. Pero es bien sabido que el primer paso para que un talismán funcione es creer en él. Y yo lo he negado entregándome a la nieve.

-*De verdad, no sabes cuánto lo lamento.*

-*Quizá te suene raro Pontus, pero creo que lo necesitaba.*

-*Toma, ponte más hielo para que pare la hemorragia.* -dice colocándome él mismo otro trapo lleno de cubitos que el camarero le acaba de pasar.

En la sinfonola no hay música. Sólo el ruido de las gotas de agua que escapan del grifo una a una para caer en un vaso ya lleno que hay en la pila tras la barra, desplazando a sus anteriores compañeras.
El camarero termina de devolverle la forma a mis gafas a través de una tosca envoltura de celofán. Mientras las empujo contra mi cara, los ojos de Pontus y el abúlico barman permanecen clavados sobre mí.
¿Tanta pena doy?

Escupo al suelo pues el sabor a hierro en mi boca empieza a ser desagradable, y el gesto me da aires de tipo duro. Me levanto del taburete para demostrar que a pesar del tremendo puñetazo que el chico que tengo sentado a mi lado me acaba de propinar, tengo la situación controlada. Pero una flojera me invade y hace flaquear.

-*Siéntate, amigo.* -dice Pontus volviendo a ponerme sobre el asiento que hace que mis piernas queden forzosamente flotando en el aire como las de un colegial- *Estás débil, y no sólo por el golpe. Dime, Brandán, ¿qué hacías ahí fuera bajo la tormenta?*

-*Te estaba esperando.*

-*¿Entonces recibiste mi mensaje?*

-*¿Qué mensaje?*

-*Hoy durante las comidas envié a Ari a la pizzería para que te avisara de que vinieras. Tengo algo importarte que decirte.*

Siento que el tiempo apremia y no estoy aprovechando mi oportunidad de cumplir la misión a la que he venido.

-*Escucha, Pontus, déjame primero que te cuente algo que me ha ocurrido. Es importante que lo sepas y tengo miedo de desmayarme de un momento a otro.*

-*¿Tiene que ver con el jamón?* -dice señalando el bulto envuelto por una capa pringosa de pasta de papel mojado, que reposa sobre el taburete de al lado.

-*Sí.* -respondo tratando de evitar mirarlo- *El caso es que un día descubrí por accidente que bajo la pizzería hay un túnel. Es oscuro y no se a dónde lleva. Pero he encontrado cosas extrañas en él, cosas como este muñeco que era el talismán de mi infancia. No entiendo cómo ha podido llegar allí.*

Los rostros de mis interlocutores permanecen impávidos.
Trago saliva.

-*Lo extraordinario es que el tener al muñeco otra vez conmigo me llenó de fuerza* -continúo- *y mientras venía a contártelo comprendí la lección que tratabas de enseñarme, lo de compartir con los demás, asique con mis últimas monedas compré ese jamón al viejo de la plaza.*

-*¿No se lo diste?*

-*No lo quiso.*

-*¿Y era todo el dinero que te quedaba?*

-*Sí.*

-*¿Qué pasa con la pizzería?*

-*En la ruina.* -digo sintiendo el mismo nudo en el estómago que tuve con mi último cliente en la coctelería- *Lo he intentado hacer bien, y no ha servido para nada. Por eso estaba ahí bajo la nieve.*

-*Ya...* -dice el pescador muy reflexivo- *Verás, Brandán, es muy bonito eso que has hecho, pero yo no soy un profeta, no quería enseñarte ninguna lección. Únicamente trataba de que lo pasaras bien. Por eso mantengo este local y traigo el alcohol para los chicos y para quien quiera unirse a nosotros.*

-*Sólo si viene a disfrutar y... A vivir.* –aclara el camarero.

Al sabor de la sangre en mi boca y la presión en el pecho y estómago, se une ahora un agudo pitido en mis oídos.
¿Qué me están contando?

-*¿Recuerdas lo que te dije el primer día?* -prosigue Pontus- *Si no puedes hablar del Bien y del Mal, no puedes hablar de nada. Por eso aquí sencillamente bailamos, pintamos y recitamos. Sin pensar. Sin juzgar.*

Igual al final es verdad que termino por desmayarme.
Aprieto el muñeco entre mis manos. Ahora necesito su poder más que nunca.

-*¿Qué te ocurre?* -dice el musculoso chico que me acaba de volar la mente en pedazos.

-*Nada.* -consigo mascullar entre dientes.

-*Perfecto porque aún tengo que contarte el asunto del cierre.*

¿Cierre? ¿A qué cierre se refiere?
De pronto me fijo en la hora, y en que cualquier otro día el bar negro ya estaría lleno de parroquianos bailando.
Y la máquina de discos apagada... ¡Pues claro! ¿Cómo he sido tan tonto de no darme cuenta antes?

-*¿Os vais?* -digo finalmente.

-*Sí, amigo.*

-*¿También es cosa de dinero?*

-*No, sabes que nosotros no lo usamos y por tanto no nos afecta.*

-*¿Entonces?*

-*Ha llegado el momento de que sigamos nuestros caminos. Nosotros* -dice señalando al gris camarero- *embarcaremos mañana para ir más allá de estas frías aguas; Nea, Ari y algunos de los otros que aman los versos, han fletado un autobús que les llevará bajo las ocho montañas, a la ciudad de las letras laureadas; a Impi la reclaman desde un gran museo extranjero para que exponga allí sus obras. Cómo sabía que hablaría contigo, no ha querido decirme cual, pero te desea lo mejor.*

La gran mano de Pontus, con los nudillos aun salpicados de pequeñas motitas de mi sangre, se posa cariñosamente sobre mi hombro como gesto de consolación.

Lo comprendo.
Se acabó.
Esta vez sí que sí.

-*Gracias.* -digo.

-*Ahora deja que tu talismán te indique el camino.*

Me levanto tan aturdido y físicamente maltrecho, que si logro salir de aquí será seña inequívoca de que debe existir alguna razón superior a mí, pues ya no sirvo de nada.

-*Brándán, amigo.* -oigo exclamar a Pontus a mis espaldas.- *¡Espera!*

Ya prácticamente en la puerta me detengo y giro hacia la barra, y desde allí se acerca hacia mí el que un día llamara nuestro líder, tendiéndome un trozo de carne cubierta de la sopa de letras más triste del mundo.

-Al menos aun tienes el jamón.

Capítulo 17
La nada

-¿Miau, miau miau miau? Miau miau miau miau miau miau, ¿miau? Miau. Miau miau.

El gato no responde.

-¡Miau miau miau!

Sólo mueve la cola.

Cierro la ventana de golpe para que sepa que me ha ofendido.
¿Quién se cree que es este felino arrogante para ignorarme así?
Vuelvo a sentarme sobre los fogones.
Deslizo despacio las palmas de mis manos sobre los hierros, imaginando como habría de derretirse mi piel si estuvieran encendidos.
Pero ya no hay gas.

Silbo una canción que no reconozco.
Me estrujo los sesos tratando de averiguar de dónde viene esa melodía.
Una voz me dice que no voy a poder encontrar el título de la canción, y que no le dé más vueltas, pero otra me lo impide. Si me olvido de qué se supone que es esto que canto, quizá mañana me olvide de cómo me llamo.
Quiero poder ir ante un amigo y juntos tararearla. Pero ya no me queda de eso.
Mi mujer y mis hijos se han atrincherado en planta de arriba, y hace dos días que de ellos no sé nada. Creo que de allí ya nunca saldrán.

-Nos vamos. -dice mi esposa dignándose a entrar en la destartalada y virtualmente inservible cocina- *Los niños no pueden vivir en una casa donde lo único que hay para comer es un jamón sucio de tinta de periódico.*

-Al menos la tinta no tiene sabor.

-Escucha, estaremos en un hotel en el centro. No nos busques. Puedes sacar tus cosas y volverte a la montaña o a donde te dé la gana. Lo tienes todo sobre la cama.

-¿Con qué dinero vais a pagar un hotel allí?

-Pues con el nuestro.

-¿Qué vuestro? Yo me gasté las últimas monedas que quedaban en la caja registradora para poder comprar el jamón. ¿De dónde lo habéis sacado?

-¡A ti qué te importa!

Siempre soporté sin rechistar que paliaran su disgusto por tener que vivir en un barrio pobre y comer siempre pizza, gastándose más de lo que podíamos permitirnos en ropa y otros objetos que no necesitábamos, pero convencido de que la cosa quedaba ahí.
¿Cómo iba a imaginar que también sacaban una parte de lo que yo ganaba para hacer un fondo con el que poder dejarme un día en la estacada?

-Mandaré un albañil y un pintor para que arreglen los desperfectos y la casera nos devuelva la fianza. -concluye.

Mi abejita ha clavado su último aguijón.

Levanta la maleta marrón del suelo pegajoso de la pizzería. Se coloca el bolso. Atraviesa el comedor mientras las sombras del rótulo de Moksha parecen esquivarla. Serpentean de forma imposible con tal de no tocarla. Abre la puerta, ya sin sus campanas, y se gira para echar una última mirada, asegurándose de no dejar nada que pueda tener algún valor monetario. Pero sólo hay basura.
Sus ojos sobre mí.
Basura.
No hay expresión en su cara.
Sólo ve basura.
La puerta se cierra ante ella como el que deja caer la tapa del cubo que contiene los residuos que espera y desea no volver a ver.

En la 50, la peque y los gemelos la esperan con sus mochilas.
No entran a despedirse, demostrando una vez más que a pesar de los hermosos ideales que nos gusta creer y predicar, siempre se termina respetando más el miedo y el odio que la humildad y el amor.

Definitivamente ya no me queda nada.
Ni mis hijos. Ni mi esposa. Ni mi pizzería. Ni mi coctelería. Ni mis amigos de la infancia. Ni Pontus. Ni Nea, Ari y el bar negro. Ni Impi y su virginal piel blanca. Ni mi coche. Ni mi butaca.
Aunque en realidad, cómo dijo el pescador, al menos aún tengo este jamón.
Le observo fijamente tratando de adivinar sus intenciones.
No he tardado mucho en aprender el idioma de los gatos, asique sé que pronto podré hablar en cerdo y conseguir una buena confesión.
Pero no hace falta, no, sólo con verle puedo adivinar sus intenciones: Estoy seguro de que el trozo de carne muerta en este momento desearía tener alas y dejarme completamente solo tras esta barra.
¿Pues sabes qué, estúpido jamón? ¡Prepárate a volar!
Con una mano lo levanto y con la otra ejecuto una ágil cachetada al cristal opaco del ventanuco que hay junto al horno, disparando el jamón al aire, para deleitarme viendo cómo impacta en la mesita de madera junto al gato, y se deshace en pedazos al dar con el canto de la misma.
Mi felino invitado salta tan rápido que mientras desaparece bajo la valla del jardín, estoy seguro de que todavía no ha tenido tiempo ni de preguntarse que acaba de ocurrir. Pura intuición.

Sé que yo debería hacer lo mismo. Dejar que mis pies me lleven a donde ellos consideren, pues de poco me ha servido usar la cabeza. Puede que sin aprender a hacerlo, sea un error tocar los botones y pensar que todo marcha, pues que se enciendan las luces no significa que la máquina esté funcionando.
Debo hacer algo y debo hacerlo ya.
El silencio duele y ni siquiera me queda jamón ni gato con quien pelear.

¡Pero un momento! ¡Que ciego he estado! Aún hay alguien a quien puedo recurrir, un amigo que regresó para ayudarme y en quien no quise confiar. Introduzco la mano en el bolsillo buscando el muñequito, pero ya no está.
¿Quizá debería hacer caso a Pontus y seguir el camino que me indica el talismán?

Mientras bajo al sótano, enciendo la lamparita y penetro en el túnel, ya no cabe duda: Estoy tan perdido que si entro aquí ya sólo me puedo encontrar.

Capítulo 18
El todo

La silueta del muñeco dejando un espacio carente de polvo en el suelo, como si de la escena de un crimen se tratara.
Este es el lugar, no cabe duda.
Sin embargo ya no está.

No sé por qué pensaba que lo encontraría aquí dentro de nuevo, porque al fin y al cabo yo mismo me lo llevé. Pero escapó de mi bolsillo. ¿A dónde habrá ido? ¿Me llegará pronto alguna postal desde una paradisiaca isla en la que se vea al muñeco vestido con un sombrero de paja y un collar de coloridas flores saludándome sonriente?
Has hecho bien amigo. Ve y busca tu destino sin mí.

Llevo un rato de cuclillas observando este polvoriento suelo, y mi espalda no me envía ninguna señal de dolor, no hay cansancio en mis piernas. Parece que cuanto más penetro en el túnel, más liviana es la gravedad.

Me incorporo y sorpresa: Junto a mi cara una porción de pizza en la pared.
Es un dibujo tan realista como aquel en el que salía yo acurrucado y triste, pero este resulta apetitoso. Los colores del queso son de un brillante amarillo y casi puedo oler el Bacon desprendiéndose del muro y llegando a mi nariz.
Se me hace la boca agua.
Pero un momento, ¿hace cuánto que esto no me pasa? Y menos por una de esas pizzas de las que he llegado a terminar tan harto.
Esto sólo puede deberse a una causa: ¡Es una porción de la vieja pizzería de las montañas!

El aroma se intensifica y me hace empezar a correr. Sigo una estela deliciosa por el pasillo cada vez iluminado por más lámparas, y de pronto, un murmullo; la luz del interior de un local sale por una puerta a unos metros de mí, en el lado izquierdo del túnel. En la otra pared se proyectan las sombras de un grupo de personas sentadas a una mesa. Ahora una figura se les acerca y les entrega una enorme bandeja redonda; ¡conozco esta escena!

Me lanzo a través de la puerta y es sin duda el viejo local.
¡He vuelto a las montañas!

Mis amigos de la infancia reunidos en torno al mantel de cuadros blancos y rojos. Todos ellos con un aspecto que desafía al tiempo, pues están igual que cuando tenían dieciocho años. Nils agita la mano para que me acerque.

-*Chicos... Cuánto tiempo... No habéis cambiado nada.* -digo temblando.

-*¡Qué tonterías dices, Bran! ¡Tú también estás genial!* -responde Nils.

-*Ojalá.* -pronuncio mientras dirijo un dedo sobre mi nariz para ajustarme las gafas como acostumbro a hacerlo cuando estoy nervioso.

Pero, ¿y las gafas?
Palpo mi cara y no hay ni rastro de ellas, sin embargo, veo perfectamente.

Al tocar bajo mi nariz, descubro que mi espeso bigote, durante más de dos lustros cultivado, también me ha dejado.
Corro en busca del único espejo que sé que hay en la vieja pizzería.
Mi reflejo me revela lo que me estaba temiendo: He perdido quince años de golpe. Voy envuelto en el cuerpo que tenía con aquellos dieciocho, cuando todo se comenzó a desintegrar.

Vuelvo a la mesa, presa por un lado del desconcierto total, pero por otro de una alegría inconmensurable al recuperar este mundo que para mí fue el mejor.
Los chicos siguen conversando con toda normalidad, sin querer indagar sobre mi regreso o el estado de agitación que me invade.

-*Si un loco dice que otro loco está loco, por haber sido tal cosa afirmada por un loco, ¿deja de ser loco el segundo loco?* -pronuncia uno de ellos.

Todos ríen.
Nils me pasa un trozo de pizza. Me siento a su lado.

-*No es gracioso. Es un tema muy serio*. -añade nuestro compañero tratando de hacernos reflexionar sobre su anterior pregunta.

-*¡Tetas!* -exclama otro, indicando la nula disposición del grupo en invertir un ápice de energía intelectual en la conversación.

Comemos y bromeamos hasta perder la cuenta de chistes, porciones y refrescos.
Nadie comenta nada relativo a planes de futuro. Simplemente el ahora.
Y el ahora es perfecto.

Miro el centro de la mesa y sobre la pila de bandejas metálica vacías, una montañita de servilletas usadas y pringosas dan testimonio del festín acontecido.
Viéndonos así, tratando de luchar por respirar tras el atracón, sudados por la digestión y con las barbillas aun aceitosas, recuerdo a Bo.
¿Qué habrá sido de él? ¿Seguirá siendo un mecánico obeso ahí arriba en la ciudad?

El viejo pizzero se quita el delantal, y a pesar de que hay una ventanita que comunica ambas salas, abre la puerta de la cocina a propósito para que desde el comedor tengamos una vista clara de su también anciana esposa ante la pila fregando. Nos guiña un ojo.

-*Querida, deja los cacharros que estos chicos se querrán ir a sus casas. Debemos ser considerados y no retenerlos más aquí.* -grita exagerada y teatralmente indicándonos con educación que nos echa, tal y como hace todas las semanas.

En las montañas no se puede estar en la calle en mitad de la noche. Demasiado frío, especialmente para mí, asique siempre apuramos al máximo aquí dentro, aun sabiendo que la pareja de ancianitos gusta de irse a dormir pronto.
Es un tira y afloja que ambas partes en cierta medida disfrutamos, por lo hogareño de la situación, y por saber que nos necesitamos los unos a los otros.

¡Qué gracia, ya pienso cómo si nunca me hubiera ido de aquí!
Todos los años que viví en la ciudad quizá hayan sido un sueño.

Pero no, sé que eso no es así.

-*Escuchad*. -digo mientras salimos de nuevo al túnel- *¿Qué se supone que pasa? Es decir, me encanta todo esto, pero no entiendo nada.*

Todos sonríen y cruzan miradas cómplices pero nadie pronuncia una sola palabra aclaratoria. Comienzan los apretones de mano preludio de la marcha.

Mientras el pizzero y su esposa echan el cierre, un segundo antes de que las luces del interior se apaguen, creo verlos como una pareja de adolescentes cogidos de la mano.
La imagen me recuerda mi propia incomprensible existencia.

-*¡Chicos, responded! ¿Por qué volvemos a ser jóvenes? ¿Y cómo es que está la vieja pizzería dentro de este agujero que hay bajo mi casa?* –insisto desesperado.

-*Bran, ¿a qué vienen tantas preguntas? Deja de agobiarte y disfruta.* -setencia Nils con una palmadita en mi espalda.

El grupo se desintegra en un instante.

Permanezco inmóvil frente a la puerta cerrada.
¿Por qué no puedo evitar formularme porqué tras porqué?
Si total, nunca un porqué ha llevado a una verdad universal.

Creo que debería volver sobre mis pasos.
Esta experiencia, quizá onírica, aunque ciertamente vívida, me ha servido como un insólito regalo, una oportunidad de rememorar momentos que me marcaron, pero que no puedo asumir más que como mera ilusión.

Comienzo a caminar hacia la salida, pero mis pasos son perezosos. Pienso en cómo me fui ya otras dos veces, y en que a buen seguro nada tardaré en regresar.
¿Para qué salir si aquí puedo ser feliz? Si siento esto con tanta intensidad como aquello, ¿por qué pensar que es menos real? Tengo la pizzería de la montaña y los viejos amigos. ¿Qué más puedo pedir?

Me lanzo en eufórica carrera hacia el interior del agujero, gritando por la emoción de saber que he elegido la ignorancia completa en este mundo bajo tierra, que la triste realidad que conozco en el exterior.

Pero de pronto la bruma.
Un gélido ambiente propio de la noche cubre el pasaje horadado en la roca.
No sé qué hora es exactamente, pero conozco esta sensación que invita a las criaturas a resguardarse he ir a dormir.

Tirito.
Avanzo sin despegarme de la pared, esperando encontrar algo.
¡Dicho y hecho! Una puerta cede al apoyarme en ella sin tiempo para siquiera reconocerla como tal. Caigo en su interior, recibiéndome suavemente una mullida moqueta de lana.

Me incorporo mientras descubro una estancia realmente acogedora. Es el dormitorio con el que fantaseo en los momentos de desvelo cuando quiero traer a mi mente un lugar que invite al sueño. La gran cama cubierta de mantas de pelo de cabra y almohadones frescos, frente a una chimenea que ilumina todo en serpenteante naranja, es envuelta en la madera más cálida imaginable.
Sólo el chisporroteo de la leñar ardiendo como fondo sonoro.

No hay ventana alguna, pero al fin y al cabo estoy dentro del túnel.

Voy hacia una puerta que sospecho es un armario, y junto a ella una silla en la que descasa una camisa hawaina.
No hay duda de que este es mi lugar.

Abro la puerta y descubro que estaba errado: No es un armario si no un cuarto de baño, y desde el interior, el sonido del agua de la ducha me golpea.
No me atrevo a entrar y vulnerar así la intimidad de quien sea.
¿Pero acaso será mi abejita? Y de serlo, ¿tendrá también mi pubescente edad?

El vapor caliente me impide si quiera intuir la figura que se asea.
Dejo la puerta ligeramente entornada y regreso a la cama.
Me siento en el borde del colchón, impaciente como un niño que espera a recibir sus regalos.

De pronto el grifo que detiene la purificadora cascada.

Un suave chapoteo de gráciles pasitos avanzando sobre las baldosas del suelo encharcado.
Se acerca.

Del marco, una nube, de la nube, en vez de la diosa que espero con impaciencia para poder desde la distancia reverenciar, sale Impi, perfecta en su imperfección, una chica normal, la criatura más humana que he conocido.
¡Se acabó la idolatría!
Corro a abrazarla. Cae la toalla al tiempo que lo hace la camisa de fuerza donde encerraba el deseo.

La cama da buena cuenta de nuestro encuentro, y confirma que este lugar fue diseñado para soportar nuestro amor. Amor sin ideología. Amor sin reproche ni arrepentimiento.

Amanece, más el Sol es ya tan sólo un número en el reloj.

Impi no está. ¿Se habrá ido? ¿Volverá a evitarme como lo hizo fuera?

La puerta que da al túnel se abre y mi inmaculada amante entra portando una bandeja en sus manos.

-*Te he traído el desayuno cómo en las películas.* –dice.

-*Si... Cómo en las películas...* –repito ausente.

Ella sabe el porqué de la coletilla, pero sin embargo la referencia fílmica me ha sacado de la idílica situación.
¿Es acaso esto tan ficticio como lo son aquellas?

-*Oye...* –consigo pronunciar tratando de despejarme la cabeza- *¿Entones viviremos aquí? ¿Qué será de mi esposa?*

-*¿Tú que crees?*

La pregunta es retórica, pues aunque trate de buscar una respuesta, esta se escribió ya hace años, justo cuando decidimos marcharnos juntos de las montañas.

Los labios de Impi se pierden en el sabor a zumo de manzana.

-*¿Qué te apetece hacer, Brandán?*

-*¿Que qué me apetece hacer?* –pregunto asombrado.

Ya no recuerdo cuando fue la última vez que alguien me planteó semejante cuestión. De hecho, creo que ni yo mismo, a pesar de todo, lo he hecho realmente en años.
¿Qué quiere Bradán?

-*No lo sé...* –respondo- *¿Quedarme aquí sin hacer nada?*

Ella asiente y con su sonrisa comprendo que siempre tendré su aprobación si realmente deseo algo de corazón. Ya no habrá más imposición. Por mi bien. Por el suyo. Por el de todos. Pues la imposición sólo trae el desequilibrio, y el desequilibrio el dolor. Y el dolor siempre se expande en todas direcciones. Nunca hay un ganador.

Por eso sé que con Impi nada puede fallar.
Tengo mucho que aprender.

-*¿Y tú que quieres hacer?* –pregunto consciente de que esta replica es necesaria para que el proceso de mutua entrega funcione.

-*Me gustaría terminar unos cuadros. ¿Te importa si voy al estudio un rato?*

-*¿Tienes un estudio?* –exclamo.

-*Sí. Justo al lado del museo.*

Sé que por compromiso debería decir de ir a ver sus obras, pero en realidad no me apetece, y ella lo sabe.
Se despide besándome en la frente.
Yo me hago el remolón.

Disfruto de no hacer nada. Siento como mi cuerpo me lanza un sentido “gracias”.

Dejo los platos y vasos del desayuno sobre las sabanas, sin preocuparme por si se manchan.
Paso bajo el agua bailando mi propia canción.
Me lavo los dientes mientras salto desnudo ante el espejo, enamorado de mi joven y atlético cuerpo.
Voy hasta la silla y me pongo la camisa hawaina. Me queda como un guante. Jamás he estado mejor.

Salgo al túnel y miro la habitación: La he dejado lo más desordenada que he podido. ¿Cómo me lo he permitido? Si hubiera hecho esto en mi vida de ahí arriba, mi esposa me hubiera destrozado.
Cierro la puerta. Veremos si esto con Impi supone una bronca.

Avanzo hacia el interior del agujero, y cada vez hay mejor ambientación: Las lamparitas ahora son farolas de energizante luz blanca.
Busco el estudio donde trabajan los pintores. Ahora que he vagueado a gusto ya puedo cumplir como novio.

Algunas personas caminan a mi alrededor. Son transeúntes que se dirigen ajetreados a algún sitio.
Por un instante me pregunto qué hacen en mi túnel, bajo mi propia casa, pero en realidad debo estar ya a kilómetros de distancia, asique este pasadizo es tan mío como suyo.
Sin darle importancia prosigo en mi búsqueda, pero sólo hay puertas cerradas y tiendas de mi infancia.
Me detengo a comprar un bollito dulce de moras del pantano. Cuando me dispongo a pagar me dicen que es cortesía del Rey, que aquí hay de todo para todos.
Esto me empieza a sonar.

-*Disculpe.* -le pregunto a una muchacha con aspecto de ama de casa, ataviada con los típicos rulos y una barra de pan bajo el ala- *¿Sabría decirme donde está el museo?*

-*Claro, siga recto.*

Pues claro, ¿qué iba a decir?

Tras un rato, ya camino distraído viendo sencillamente a la gente pasar.
Esperando encontrar un rostro conocido.
Pero todas parecen responder a un patrón estándar: Adolescentes con caras de gente hormiga, que caminan sin expresión en sus miradas mientras se dirigen autómatas a algún indeterminado lugar.
Y no sé por qué, ahora que tengo a Impi, la pizzería y mi antiguo cuerpo, verlos me reconforta.

Las manos en los bolsillos mientras avanzo con pequeños saltitos.
¡Hola señora! ¡Hola señor! No puedo evitar saludar alegremente ahora que ya por fin no soy un perdedor.

Caras. Caras. Caras. ¿El dibujo de una abeja coronada?

Sé que este fresco precede a una puerta, y en pocos segundos estoy ante esta.
La empujo. Es de madera maciza.
Y sin esperar a poder verme, una voz anuncia mi llegada.

-*¿El señor Brandán, decís?* -exclama mi esposa levantándose del trono.

-*Sí, su majestad.* -responde el mayordomo real.

-*Que se acerque sin demora.* -dice ella con una ilusión ante mi presencia totalmente inusitada.

Atravieso la gran sala de impoluto mármol negro, amarillas cortinas de terciopelo, y dorados muebles.

Estoy en la colmena.
Y ella es la reina.

-*¡Bran, querido!* -pronuncia mientras recogiéndose los bajos del amplio vestido, desciende de un salto desde el estrado del trono hacia mí.

Al verla de cerca puedo definitivamente afirmar, que ella también se conserva en mi misma edad.

Me abraza, pero es un abrazo de afecto, no de amor.
De todas formas es un abrazo, mucho más de lo que me ha dado en años.

-Abejita, ¿a qué viene esto?

-¿No te gusta verme feliz?

-Sí, pero... -se me atascan las palabras.

No tengo motivos para desconfiar o dudar.

-Te deseo lo mejor. -concluyo.

-Lo sé. Ya lo has hecho.

Parece ser que al menos en este túnel, a los dieciocho años hemos sabido elegir bien nuestros caminos.

-Me gustaría que pudiéramos quedar y hablar de nuestras cosas. Siempre fuiste un buen amigo que sabía escuchar. -dice mientras me acaricia el pelo.

Y tiene razón. ¿Por qué nos lo tuvimos que cargar?

-No estamos casados, ¿verdad?

-¿Qué locuras dices? ¿Cómo íbamos a estarlo, mi querido Bran?

-¿Entonces los niños...?

¿Mi nuevo mundo les habrá costado su existencia?

-¿Quieres verlos? -añade ella.

-¿Acaso puedo?

La Reina de las abejas levanta la mano y desde una puerta corre un lacayo.

-¿Dónde están mis hijos?

-Con el Rey en el jardín, su majestad. Deben estar a punto de regresar.

Y es generosa la pluma que escribe esta historia, pues coincidiendo con sus palabras la puerta se abre y entran la peque y los gemelos a la carrera.

-Pero bueno... -digo completamente impactado al ver que los tres tienen la misma edad que nosotros- *¡Que mayores estáis!*

Ellos me sonríen como no lo han hecho nunca, pero la impaciencia les puede y se dirigen alterados a su madre.

-¡Mira lo que he hecho! -dice mi hija tendiendo un refinado jersey de lana a la que fuera mi esposa- *Padre me ha enseñado a tejerlo. Podremos hacer cuantas prendas deseemos. Además esquilamos a las ovejas...*

-*¡Y las dimos de comer!* -gritan los gemelos.

-*Sí, ellos dos han estado jugando a amaestrar a las bestias salvajes*.

El sonido de un bastón contra el suelo.

-*¡El Rey!* –anuncia el mayordomo.

Pontus penetra en la sala del trono con su habitual paso firme pero alegre.
Viste un perfecto chaqué, compuesto por levita negra, chaleco amarillo, camisa, corbata y pantalones negros, y girando entre sus manos, un también negro sombrero de copa.
No queda evidencia alguna que pudiera atestiguar que este fuera algún día un rudo pescador.

-*¡Excelente jornada de campo! Y sin embargo estos granujas han querido volver a palacio. ¿Puedes creerlo mi amor?* –pronuncia sin percatarse de mi discreta presencia.

Sigue igual de musculoso, más su rostro refleja haber perdido efectivamente cinco años, pues es más dulce y algo menos anguloso. Pero la gran sorpresa es la mata de pelo oscuro que cubre su cabeza, eso sí, perfectamente engominado como marca el protocolo.

-*¡Brandán, amigo!* –exclama llegando ante mí- *¡Qué bien que hayas venido!*

Su mano se posa sobre mi hombro como otras tantas veces, pero siento que esta no es ya aquella dura y agresiva propia de un líder guerrero, si no cariñosa y protectora de un rey verdadero.

Todos los presentes nos observan en silencio.

-*Pero bueno, niños, ¿no pensáis darle un abrazo al mejor ciudadano del reino?* –dice por fin.

Los que fueran mis hijos corren a rodearme con sus brazos.
Y es que ya lo comprendo: Pontus es el padre que debían tener.
¿Pero será el amante dominante que necesita esta mujer?

-*Querida, voy a dar un paseo con mi amigo Brandán. Tenemos ciertas cosas que tratar.*

Cogido por el brazo del elegante monarca, mi camisa de flores abandona la estancia.

Caminamos por el interminable corredor. Todos los ciudadanos inclinan con respeto sus jóvenes cabezas ante nuestro paso.
Algunos besan los pies de Pontus.

-*¿Entonces eres tú el que manda aquí abajo?* –le digo sin poder contenerme ante las incontables muestras de cariño de las gentes del túnel.

-*¿Mandar? No. Yo soy su sirviente. Por eso tanto amor por mí sienten.* –responde- *Yo me encargo de que tengan todo lo que necesitan. Aquí hay de todo para todos y para que no falte de nada. Cada uno tiene su propia estancia soñada, y en ella hay jarrones llenos de fruta que me encargo de recoger del jardín. También podemos cazar en él, y celebrar banquetes de deliciosa carne.*

-*¿Un jardín en este pasaje subterráneo? ¿Es eso posible?*

-*¿Quieres verlo?*

-*¡Claro!*

-*Hacía allí vamos.*

Ante nosotros la puerta con el grabado de un gran árbol.
Pontus la empuja, y la luz del Sol calienta mi rostro como nunca.
Es el prado más verde y fresco que jamás he pisado.
¿Sera esta la llanura que se llevó por delante el oro?

-*¡Padre!* –exclaman unos muchachos de apariencia casi idéntica a la del Rey.

-*¿Dónde estabais? Vuestros hermanos estaban cansados y no hubo manera de hallaros.*

-*Fuimos hasta la planta más alta.* -se excusa uno de ellos avergonzado.

-*¡Vimos cosas maravillosas allí, padre!* -exclama otro.

-*Venga, regresad a casa. Vuestra madre os espera para cenar. Yo iré ahora.* -ordena Pontus, al cual apenas puedo reconocer de entre sus propios hijos.

Los nueve hermanos se van.

-*Amigo, debo marchar, pero ahora que somos uno, de mí todo lo obtendrás.*

Mientras regresa sonriente al pasillo, comprendo que aquí el rey que fuera pescador, ya no es impotente, sino un fértil benefactor.

Estoy en el umbral de la puerta del jardín, y miro al Sol interior.
¿Cómo es posible? ¿Hasta un astro alberga mi túnel?
Puedo ver la pradera inabarcable extenderse ante mí, y no sólo en uno, sino nada menos que en siete niveles de altura.
De pronto el Sol se vuelve negro y comprendo que aquí el día acaba.

Sé lo que tengo que hacer.

Regreso en dirección a la vieja pizzería. Mis amigos me esperan como ya lo han de hacer cada día. Antes de estar tan llenos como para poder movernos, me acerco a Nils.

-*Oye, ¿qué te parece si descansamos para estar despejados mañana y vamos a cazar como solíamos hacer en los viejos tiempos?*

-*Has estado en el jardín, ¿verdad?*

-*Sí, y deseo explorarlo.*

-*No hay prisa, Bran. Ninguna prisa.* -dice estirando el cuerpo- *Pero como sé que estás ansioso por hacerlo, mañana al alba iremos.*

La camisa hawaina cae sobre la silla.
El sostén de Impi no sé dónde acaba.

El sudor se condensa sobre la cama y forma nubes de tormenta eléctrica que se descargan sobre nosotros en el momento adecuado.

Mi regreso al jardín es incluso más impresionante que la primera vez.

En el armario encontré un traje de cazador y una escopeta como la que usábamos en las montañas. Le pregunté a Impi si quería venirse pero comprendió sin necesidad de que yo lo dijera, que era un momento para estar con un amigo, y me instó a que lo hiciera. Sé que fue sincera y no me siento mal por estar aquí sin ella, pues ella está en el estudio con los cuadros, también en su tiempo para sí misma. No hay cargo de conciencia como cuando me escapaba por las noches a vagar por la ciudad.

-*Bran, mira que hermoso lagarto gigante.*

Ante nosotros una criatura del tamaño de un vagón del tranvía, y con un cuello tan largo que a buen seguro podría cotillear por la ventana más alta del gran hotel de la plaza en la 50, come apacible las hojas de un árbol.
Jamás había visto nada igual.

-*¡No es posible, Nils!* -digo asombrado.

-*¿Acaso esperabas que aquí sólo habría las pocas cosas que ahí arriba conocías? Es un jardín muy grande, y así ha de serlo pues aquí todo cabe*.

El prado es fresco y no cuesta nada andar por él. Lo hacemos durante largo tiempo sin cansarnos, simplemente contemplando las bellas criaturas y plantas, hasta llegar a un cañaveral.

Las cañas son altas y nos introducimos con los brazos al cielo, elevando las escopetas sobre estos.
De pronto un río nos detiene.
¡Es una corriente de leche!

Mientras cruzamos al otro lado, bebemos de él usando nuestras manos como cazos.
Es dulce y deliciosa.

Pronto otro río de miel nos corta el paso.
En la orilla contraria vemos un cerdo peludo de enormes colmillos escarbando en la tierra.
¡Qué alivio ver que las cabezas de cerdo que tiran aquí abajo los del restaurante asiático, al final encuentran sus cuerpos y pueden también disfrutar!

Aún no hemos cazado nada, pero sabemos que no tenemos necesidad.

Dormimos la siesta bajo un árbol tan grande, que ya de regreso su sombra nos cubre tanto que podríamos estar un siglo andando bajo ella.
Sin embargo el Sol se apaga y regresamos a los pasillos.

-*Ha sido un bonito día de campo.* -dice Nils- *Voy a asearme y a descansar. Creo que hoy dormiré como nunca. ¡Mañana nos vemos, Bran!*

Asiento.
Nos separamos, y mientras rememoro la jornada me desoriento.
¿Dónde está mi habitación?

En el túnel todo parece igual, y tras caminar un buen rato sin ver puerta o persona alguna, de nuevo un dibujo en el muro me viene a guiar: ¡Son flamencos rosas!

Corro sabiendo lo que eso significa.
Ya puedo ver una puerta con unas llaves colgado de su cerradura. Las giro. La coctelería se ilumina. Yo me echo a llorar.
¡Esto era lo único que faltaba para el paraíso completar!

El vinilo de Django Reinhardt volviendo a girar sobre el tocadiscos me hace saltar de alegría.
Y al instante la gente empieza a entrar.
Ellos también saltan. Y bailan. Y beben las bebidas que les sirvo.

-*Oye, ¿qué lleva esto?* -dice Nea apareciendo por sorpresa.

-*Es sólo fruta, ¿verdad?* -añade Ari rodeándome por detrás junto con el resto de los chicos del bar negro.

Les abrazo a todos y confieso que las copas son solamente zumos que me acabo de inventar.

-*Tranquilo Brandán, no necesitamos ninguna droga pues todo es perfecto tal cual.*

Bailamos hasta empapar las paredes de sudor.
Impi llega a última hora para hacerme sudar más.

Veo sucederse los días entre paseos por el vergel, cenas en la vieja pizzería con los amigos de la infancia, y bailes interminables en la coctelería.
Impi siempre está ahí. Sencilla, humilde, y siempre positiva, contagiándome a mí.
No podría pedir más.

La Reina me visita a menudo para contarnos confidencias tal y como solíamos hacerlo cuando éramos mejores amigos en el pueblito de la montaña.
Observo su magnificencia y su fuerza, ahora carente de crueldad hacia mí, y puedo reverenciarla, no como a una musa, si no como a una figura poderosa que vela por mi bienestar.
Ahora sé que ahí arriba amé inconscientemente eso de ella, aunque ella nunca me lo dio.

Me duele la cara de tanto sonreír pues en todo momento hay un motivo para hacerlo, pero sin embargo, tras días, meses, o no sé bien si años, me empiezo a cansar.
Aquí no existe el tiempo. Siempre todos con la misma idílica edad.
¿Es que acaso no hay más?

Retomo mis escapadas nocturnas, pero ahora en vez de la ciudad exploro el túnel. Quiero saber si tiene un final.

Pregunto a la gente, pero todos me miran y ríen como queriéndomelo ocultar, asique ando entre la niebla nocturna del agujero, y avanzo, avanzo, avanzo sin nada encontrar.
Pero de pronto, tratando de abrirse paso por entre la bruma, unas luces de neón de un cartel parpadeante: Temet Nosce, club de jazz.

Las paredes de espejo hacen que yo mismo me escolte hasta la mesita de mármol bajo la imagen de Erato.
Me hundo en el cojín de terciopelo rojo.

Los clientes charlan distraídos mientras una melodía llega desde un rincón que escapa a mi vista. Sin poder evitarlo me dirijo hacia el escenario.

Una elegante big band interpreta un tema acerca de un encuentro en un paraíso lejano. Visten trajes y camisas de color negro, con finas corbatas blancas. Tras ellos una bandera negra con la cara de su cantante. Debe ser un conjunto bastante popular.
De hecho hay algo en ellos que me suena. Creo que ya los he visto antes en alguna parte.

Siento una extraña atracción que me impide dejar de observar el rostro del frontman de la banda. Analizo cada uno de sus gestos mientras canta.
¿Qué tiene esa piel tersa y joven que me atrapa? ¿Por qué ese pelo peinado hacia atrás, brillante y abundante, le otorga un atractivo irresistible? ¿Quién es este hombre y qué me empuja a quererle hablar?

El set termina y los músicos se retiran.
Mis ojos están secos de no parpadear.

Permanezco unos instantes plantado ante en el escenario vacío. Observo el bombo que siento fuera de lugar en tan refinado marco, pues está sucio y polvoriento, con la madera descorchada, como si hubiera estado en una ciénaga.

No puedo permanecer así.

Con determinación voy hasta los camerinos.
Entro como el que sabe que penetra en un lugar prohibido, y en el cual en todo momento estará fuera de lugar.
A través de la puerta se escucha un jolgorio monumental.
Toco la madera con una energía proporcional a mi repentino arrepentimiento.

-*¿Diga?* –responde un muchacho asomando media cara tras el marco sin concederme paso franco.

-*Me gustaría...* –digo con dificultad- *¿Podría hablar con su cantante?*

-*Un momento, voy a preguntarle.*

Pero antes de darse la vuelta, una voz surge desde el fondo de la habitación.

-*¡No seas canalla, déjale pasar!*

La puerta se abre y por fin contemplo de cerca al hombre que de alguna forma silente me llama. Está sudado, su rostro es en verdad más pálido delo que me esperaba, pero luce esa media sonrisa del que sabe algo que otros no saben.

-*Disculpa a nuestro contrabajista. Me cuida con demasiado celo.* –dice sentado en una banquetita mientras termina de secarse la frente con una toalla.- *¿Por qué has tardado tanto? Te estaba esperando.*

-*¿Cómo?* –exclamo.

-*Venga, ¿es que no vas a darle un abrazo a tu viejo amigo Bo?*

-*¿Eres tú?*

-*Eso espero.*

Pero es imposible. No puede ser él. Este hombre es esbelto, distinguido, su mera presencia inspira un gran respeto y admiración. ¿Cómo va a ser este aquel gordo bobalicón?

-*¿Qué te ocurre, canalla?* –interrumpe el cantante que sin duda trata de gastarme una broma pesada.

-*Nada. Estaba pensando.*

-*¿Pensando? ¿Y para qué? Es algo que nunca te ha servido de nada.*

-*Oye, ¿me está llamando tonto?*

-*Tonto serías si no lo pudieses hacer. Tú, amigo, aun tienes que aprender.*

Mientras dice esto se levanta, y el hecho de tener este caballero tan bien plantado ante mí, me hace flaquear.

-*Aprender a pensar es aprender a deshacer los nudos que hay en tu mente, para irla despejando, y así, simplificando, llegar a lo más básico sobre lo que todo se asienta y a lo que todo confiere sentido. Aprender a pensar no es aprender a hacer esos nudos más complejos y rimbombantes, pues aunque a menudo la gente se maravilla ante los nudos más trabajados, estos sólo sirven para divagar sin llegar a nada más que al aplauso de su perdido artesano. La mente más evolucionada es aquella que es capaz de reducir todo al mínimo, que en la vida del hombre, y a partir de lo que el resto parte y a lo que el resto llega, es el Bien y el Mal. Debes conocerlos, pero eso es fácil porque todos los hombres de todos los tiempos han sabido por instinto y en su foro interno qué es Bien y qué es Mal, qué es luz y qué oscuridad, pero además, y esto es lo realmente difícil, has de aceptarlos y vivir consciente de ellos. Sin adornos. Sin excusas. Sin elevados velos.*

El discurso no deja lugar a la duda: Es Bo.

Sin embargo sus palabras han calado mucho más hondo que nunca en mí.
¿Quizá por su apariencia las he tenido más en cuenta?
¿Puede que haberle juzgado por su cuerpo grasiento, sus uñas sucias y sus ropas descuidadas, me hicieran pensar que era un desgraciado, sin ver que en realidad sus consejos son sabios?
¿Es que caso sólo escuchamos a los ancianos de largas barbas blancas como únicos portadores legítimos de alguna verdad?

-*Estoy arrepentido.* –confieso.

-*¿Por qué dices eso?*

-*Tuve prejuicios. Fui muy superficial y mala persona.*

-*¿Con quién?*

-*Contigo.*

-*¿Sólo conmigo?*

Es una pregunta a la que no me puedo enfrentar. Temo deshacerme ante la respuesta.

-*Tranquilo, amigo.* –prosigue Bo.- *Has de saber que en realidad siempre tuviste buen corazón, pero aun así fuiste malo pues tu Egoísmo no supiste abandonar. Sólo perseguías tus objetivos: Con tu esposa porque la usaste para poder marcharte de las montañas que creías que te retenían, pero en realidad amabas, empujándola a una situación que ella tampoco deseaba, haciéndola perder su oportunidad de ir a la universidad y vivir una vida de lujos en la parte rica de la ciudad; con tus hijos porque en realidad sólo fueron producto de lo anterior, olvidando que si quitar una vida es un acto de grandísima responsabilidad, traerla lo es incluso más, pues matar es un acto que termina en el momento de materializarse, pero ser padre dura para siempre; con Pontus porque a través de él trataste de huir cada noche de tu casa, de una realidad de la que no querías hacerte cargo, y pensando que te llevaría hasta una revelación redentora que podría solucionarlo todo sin en verdad hacer nada; con Impi porque la convertiste en el objeto sexual de una venganza contra una situación que propiciabas con cada uno de tus actos, engañando no sólo a tu esposa, a la cual ya no le importaba, si no a ti mismo, haciéndote creer que eso te liberaba; conmigo, al utilizarme únicamente como gancho o talismán cuando viste que mi presencia atraía clientes a tu pizzería, pues nunca me soportaste ni me querías escuchar; aquí tienes lo que deseabas tener, Brandán, pero no te lo has ganado.*

Las lágrimas resbalan por mis mejillas. ¡Todo es verdad!

-*¿Y cómo me lo gano?* –pregunto entre llantos.

-*Ya lo sabes, amigo: Pensando en los demás antes que en ti mismo.*

El gran Bo me abraza.
Creo que nunca nos habíamos tocado, pero su simple contacto me abre los ojos. Conozco el camino. Voy corriendo hacia él.

Redacto unas invitaciones y a todos se las hago llegar: Esta noche en la coctelería me voy a disculpar.

Esta vez no falta nadie.
Me escuchan. Me perdonan sin reproche.
¿Cómo he podido tardar tanto en darme cuenta de que esto era todo?
Si sabía que el amor era la solución, ¿por qué siempre me lo guardé para mí mismo? ¿Tenía miedo de que se me acabara?

Con Impi de la mano regreso a la habitación.
Pero antes de entrar a la acogedora estancia, sé que aún tengo algo que hacer para completar esta misión: Darle las gracias a Bo, pues nunca me abandonó.

Beso la frente más delicada que mis labios han conocido.
Me introduzco en la niebla por la alegría conducido.

Tras muchos pasos pierdo toda noción.

¿Cuánto llevo caminando?
¿Dónde está el club de jazz?
Pasan días, horas, años. Casi olvido qué vengo a buscar.

Entonces, sin proponérmelo, encuentro el final.

La piedra que cierra el túnel ya no me deja avanzar.

Perderme en la bruma me ha servido para llegar hasta aquí, para saber que no hay más allá, y qué volver es volver a vivir.
Conozco todas las partes del túnel. Nada temo. Y sin miedo ya puedo ser feliz.

Una vez me dijeron que la felicidad se escoge, pues buscarla es no querer aceptarla.
¿Y qué es la felicidad sino el paraíso?
¿De verdad ya puedo ser feliz?

Pero antes de responderme mis ojos me indican que centre mi atención en el muro, pues en él empiezo a vislumbrar un extraño dibujo: Es un gran círculo, y su mismo centro otro más pequeño.
¿Qué podrá significar?

Estoy algo cansado, me voy a sentar, pero mis ojos del círculo no se quieren separar.
Mi mirada queda atrapada en ése agujero central, y va atrayendo mi cabeza hasta estar tan cerca que comienzo a ver por ése ojo pintado.

De pronto el rótulo de Moksha.
La pizzería está sucia. Ruinosa.
Yo estoy en la cocina, envuelto entre mantas.
Camino hacia la puerta, pero mis piernas van solas, yo no las dirijo.
En la 50 espera vestida con elegantes pieles mi esposa, la casera con un gesto si cabe más arisco de lo habitual, y un hombre que parece un albañil.
Mis manos abren la puerta. Ellos entran.
Hablamos pero no puedo escucharnos.
Empiezo a entender con horror que soy un pasajero de mí mismo. Viajo en mi cuerpo pero como mero espectador.
Bajamos al sótano.
Observamos el agujero que da acceso al túnel.
El albañil señala algo y luego hace cuentas en un cuadernito.
Los tres lo miramos.
Mi esposa niega con la cabeza.
La casera gruñe.
Con violencia mi esposa arrebata el cuaderno al albañil y escribe un número.
Ahora es el albañil el que duda.
Nos miramos.
Por fin el hombre asiente.
Tras ver el oro en las miradas satisfechas de todos, subimos de nuevo al comedor.
La casera y mi esposa se marchan.
El albañil va a la furgoneta y empieza a bajar herramientas al sótano.
Mis pies me llevan a la cocina. Mis manos encienden el grifo y sirven un vaso de agua amarillenta.
Veo mi cuerpo las escaleras bajar.
Le ofrezco el vaso al hombre que la bebe como si nunca hubiese conocido el verdadero color del agua.
Permanezco en el cascarón de huesos y piel, mientras el albañil hace la mezcla de cemento y empieza a poner ladrillos.
De pronto lo comprendo: El túnel van a cerrar. Pero... ¡Conmigo dentro!
Comienzo a gritar. Mi garganta no produce sonido alguno.
Tengo que regresar a mi cuerpo.

El círculo me escucha y concede la petición.

Estoy de nuevo ante el muro que marca el final de este mundo.
Sé que tengo poco tiempo, y me debo decidir: ¿Quedarme o volver ahí fuera?

Hesito.
Se me acaba el tiempo.

Sólo sé que algo es verdad: Aquí lo tengo todo, pero nunca tendré más.

Capítulo 19
La elección

Mientras me lanzo desesperadamente a través del largo pasillo dirigiéndome a la entrada, en mi mente sólo hay una frase: ¡Quiero poder ir más allá!

Al pasar ante los transeúntes del túnel, todos me saludan con gran simpatía.
También veo a mis viejos amigos, que sonrientes agitan sus manos sin saber que corro para quizá no volverles a ver.

Dejo atrás este mundo perfecto para ir a otro que todavía pueda explorar.

Por fin la oscuridad mitigada por las lamparitas se rompe en la distancia por una abertura de luz.
A través del agujero veo al albañil colocando ladrillos.
Mientras exprimo la capacidad de mis músculos, la luz va desapareciendo tras el nuevo muro, cada vez más alto.

Corro.
Corro.
Corro.

Ya apenas me faltan unos metros.

Aún queda un ladrillo por poner.

Y de pronto, con algo se atasca mi pie: ¡Es el muñeco!

Caigo al suelo y ruedo hasta perder el conocimiento.

Cuando recupero la vista espero que aun haya tiempo para mí.
Pero no es así.
La salida está cerrada.

Voy hasta ella y la toco para comprobar que es verdad.
¿Seguirá mi cuerpo vacío vagando ahí fuera?

Dentro, las luces están ahora apagadas.
Me muevo con torpeza y trato de introducirme en el pasillo para volver a mi mundo perfecto.

Pero aquí ya no hay nada.

Sólo oscuridad.

-Al final todo se reducía a una sola elección.

FIN

**LA NIÑA QUE SE ESCONDIÓ
DEBAJO DE UN TOMATE**

"Un héroe es aquel que no solo no hace daño a los demás, si no que tampoco permite que se lo hagan".

Capítulo 1. Clase.

Es la hora de la siesta.
Ella no quiere dormirse, pero la maestra pasea entre las filas que trazan los pequeños cuerpecitos acurrucados, mientras rastrea con un ojo guiñado sobre sus gafas que casi atisban la punta de su aguileña nariz, chistando a los revoltosos y amenazando con una azotaina a los que rompen el silencio.
Toses y moqueo. Y los tacones de la anciana.
Fuera llueve.
No están en su aula acostumbrada, y Ella quiere darle la mano a Él. Pero no sabe dónde está. No ve su manta.
Además han juntado varias clases y hay muchos niños.
Les han traído con prisa otras maestras que no son la suya. La escuela hoy es un caos, y Ella no sabe por qué.
Será por la lluvia.
Siempre se dan la mano a la hora de la siesta. Es lo que hacen los novios. Y Ella no va a dormirse sin darle la mano a su novio. Eso no es lo que hace una novia. No una buena al menos. Eso le han enseñado en casa.
En el patio se oyen voces de hombres que gritan. Muchos niños se despiertan. Un murmullo surge.
-¡*Silencio!*- la maestra amenaza con una regla.
El motor de una camioneta. Quizá un camión.
Se oyen gritos de otras profesoras. La mujer que les vigila se acerca a la ventana empañada.
"Es el momento". Ella se levanta y anda enrollada en varias capas de acogedora tela, tropezando con piernas y brazos de sus infantes compañeros. Vaga torpemente y si apenas ve, pero el revuelo es generalizado y muchos se han incorporado asique pronto le reconoce. Corre y se tumba a su lado. Aprietan sus pequeñas manos.
El aliento de Él huele a galletas. A pasta de galleta. Eso a Ella le encanta.
"Él es pobre. Bueno no, tampoco muy pobre. Pero yo soy rica. Y claro Él siempre va muy sucio y con la misma camisa. Pero a mí no me importa porque le quiero. Porque es el más fuerte. Y el más valiente. Y siempre me guarda un trozo de su galleta. Aunque yo tengo muchas."
El camión se va. La quietud del patio ahora vacío regresa.
Sólo las gotas de agua que bombardean la baldosa.
La maestra permanece rígida ante la pequeña isla que ha abierto en el vaho del cristal.
Ella la mira.
Todos lo hacen.
Y todo queda en silencio.
"Nos va a regañar".
Otra profesora entra y contempla la clase. Su mirada es fulminante.
Se hacen los dormidos.

Capítulo 2. Coche.

Suena la campana que marca el final del tiempo de descanso.
Ella ha sucumbido ante el ligero sueño de la tarde, y aunque normalmente se despierta rápidamente, el jaleo de hoy le ha trastocado. Se le pegan los ojos.
Todavía están de la mano mientras les ponen de fila para regresarles a su aula de siempre.
Él no va a su lado en la fila, de hecho Él es el último de la fila, asique le suelta la mano y ella todavía no se entera de nada. Su compañera en la fila, le da la mano y la lleva a su posición.
Ella lucha por levantar sus parpados y ve las trenzas pelirrojas de su sonriente amiga. Autómata pone un pie delante de otro mientras desfilan ya atravesando los fríos pasillos. A pesar de su corta edad conocen de memoria la rutina.
El eco de sus delicados pasos rebota por la inmensidad del mármol y la madera antigua del edificio.
Se paran en fila delante de la puerta con el letrero en que se lee: Aula AZUL.
Por parejas van al baño y se lavan la cara. La bedela del aseo les espeta que si dejan una sola legaña les pondrá el culo morado.
Frotan sus dientecillos con el dedo y se enjugan la boca.
Pero Ella está enfadada. Quiere volver a dormirse. Además es un día gris. Lluvioso.
Y ella odia los días así.
Le gusta que haga Sol para poder salir a jugar. Aunque tiene la sala de juegos. Y la Casita del Té.
"Porque soy rica".
La maestra les pone a hacer ejercicios con un ábaco. A Ella se le dan bien las sumas, pero hoy no.
-¿Por qué estás de morros, niña? Con lo guapa que tú eres no me puedes poner esas caras. Así no vas a gustar a ningún chico.
La maestra siempre le trata de manera preferente, brindándole muchas atenciones y dulces palabras.
-¡Yo tengo novio!
La ofensa incrementa su pelotera.
La lección termina y como a diario, todos cantan una canción mirando a la pizarra y a la foto de un señor.
Salen en fila.
En el inmenso hall, padres y criados, estos segundos ganando por superioridad aplastante, esperan a las profesoras que entregan a sus pupilos.
Estos corren sin mirar atrás.
El sonido de las risas y el júbilo libertario.
Ella y Él se encuentran.
Llegan al trote de la mano ante la dama de llaves de la casa de Ella.
Les da una manzana.
Como muchas tardes Él va a jugar a casa de Ella, y cuando ya casi ha oscurecido, la hermana de Él, que ya tiene quince años y trabajo, le pasa a recoger al terminar aquel.
Ella siempre teme que le suceda algo malo, porque por la noche no se ha de andar por las calles.
"Es peligroso. Pero Él es muy bravo y no teme a nada. Es el único niño que anda por las calles oscuras".
Llegan ante el vehículo de negro nacarado. El chófer es simpático. Siempre les hace reír.
La criada les regaña para que terminen la fruta.
Él disfruta del paseo como la mayor atracción del día.
Llegan ante la puerta de la gran casa familiar de Ella. El acceso al jardín está guardado por un arco de piedra sobre el que se encuentra el escudo de la campana y las flechas, escudo que también lustra otras zonas de la casa y en el cual ellos nunca reparan en sus carreras por la finca.
Pero hoy no habrá juegos de jardín.
La lluvia ha cesado pero ha empapado todo y la merienda a base de leche y galletas de mantequilla les espera en el cuarto de juegos.
Suben a la carrera la escalinata que lleva a las estancias.

La ama les grita que no corran.
Invaden el lujoso cuarto de juegos entre saltos y gritos.
La melodía que llega desde el despacho del padre de Ella les es de sobra conocida.
-Django Reinhardt hijita, el único músico que importa. -es la frase que seguida de un pellizco en el moflete, más se prodiga a inferir el hombre de grandes patillas que rara vez es visto lejos de su escritorio. Sólo cuando pasea por el campo. Y entonces algunas veces les lleva a ellos.
Pero hoy no habrá paseo. Por la lluvia, claro.
Devoran las galletas y apenas si tocan la leche.
Mientras tontean la leche se derrama a la moqueta. Ella se mancha el vestido.
Se miran y huyen a la carrera a la habitación de la niña.
Allí se encierran en la Casita del Té. Es una pequeña casa rosa de fina madera que hace las veces de domicilio de la joven pareja en sus fantasiosos juegos adultos. Desde las ventanitas visualizan la elegante cama con mosquitero, que no es sino a sus ojos una gran montaña donde acampar bajo las sabanas, y el baúl que vacío es un barco y un coche, y los peluches, ilustres invitados, y el caballito de madera, al cual siempre llevan galletas para que esté fuerte. Por otra ventana sólo ven la pared, pues la Casita del Té está en una esquina del cuarto.

Capítulo 3. Casita del Té.

Él hace de marido y Ella de mujer.
Incluso discuten imitando a los mayores.
Los roles son interpretados majestuosamente, y durante dos horas la habitación es su mundo propio.
Pero, ¿y cuándo no lo es?

Capítulo 4. Cocina.

La hermana de Él espera en la puerta. La ama avisa al pequeño de que ha de marchar.
Él deja caer el juguete que sostiene sobre el suelo de la, a pesar de todo, aun casi impoluta estancia.
Con cara de desagrado y la cabeza gacha sale arrastrando los pies.
No la mira mientras se aleja.
Ella le dice adiós.
Desde la Casita del Té, ahora desoladora por la falta del varón, Ella permanece quieta cual figurilla de cera y escucha la voz de la hermana adolescente que agradece y se despide del ama.
El portón se cierra.
Ella simplemente deja todo tal cual y sale buscando qué hacer. Es la hora de la cena y ya empiezan a adivinarse los olores de las especias.
Camina por el pasillo despacio.
La música estridente de guitarra y violín escapa por debajo de la puerta del despacho del cabeza de familia. También un haz de luz lo hace.
Las sombras permiten pensar que varios hombres caminan por el despacho.
Así lo imagina Ella, pues es una imagen típica. Es lo que está acostumbrada a ver allí.
"Mi padre es un señor importante. La gente viene para pedirle ayuda pues sabe muchas cosas".
Baja la escalinata hasta el recibidor de la casa.
Palacete mas bien.
Antigua casa noble.
Decoración elegante y refinada. Cabezas de animales en la sala de la chimenea.
Pero Ella nunca entra allí, pues le dan miedo todos esas bestias con las caras enfadadas y los ojos muy negros mirándola fijamente.
Aparte de los sonidos que provienen de la estancia paterna, la atmósfera es de profundo silencio.
Tan enorme lugar... No le gusta estar sola en tan enorme lugar.
Corre hacia la cocina, que se halla una planta por debajo de la del hall y el comedor principal, y con una fina y alargada ventana al nivel del suelo del jardín. Allí se está más fresco, y en verano le gusta ir. Aunque ahora no es verano.
Pero sabe que en la cocina encontrará a las dos criadas y al ama cocinando.
Y para su sorpresa también está su madre.
"¡Qué gran alegría!".
Salta a los brazos de la esbelta mujer. Se engancha a ella y la abraza mientras emite un sonido que se encuentra entre el grito de un animalillo y el chirrido del metal o el freno de un automóvil.
La madre le besa en la cabeza.
-Estás hecha unos zorros. ¡Ya te has manchado el vestido nuevo!
El ama automáticamente pone su atención en la niña.
-Mira que te lo tengo dicho... Eres una niña muy desobediente. –increpa la rechoncha y autoritaria ama de llaves. – *Señora, con su permiso voy al cuarto de juegos a ver cómo lo han puesto estos dos monstruos.*
-Sí. ¡Ve! ¡Ve y de paso avisa al señor de que pronto serviremos la cena!
La otra asiente y marcha presurosa escaleras arriba.
Ella sigue aferrada al tronco de su progenitora y casi desea caer en profundo sueño.
La siesta del carnero, ya se sabe.
Y el olor del cabello de su madre. El olor más acogedor y tierno del mundo.
Pero la labor gastronómica sigue su curso.
Sobre la mesa de piedra del centro de sala hay olivas, ensalada de lechuga, ensalada de tomate, quesos, y las cocineras, ambas bien jóvenes pero de sobrada experiencia, preparan un plato al que ya acostumbra la familia, pero apenas típico del lugar. Es pues una torta de pan, queso, tomate, y panceta, tostada al horno, y cabe decir que tampoco es normal que una casa tenga horno propio.

Pero esta consta incluso de un viejo molino, a orillas del riachuelo, y muchas veces se cocina el pan allí mismo.*"Tengo hambre".*
-*Mamá, quiero comer.*
-*Pronto nenita. Mira que bien lo hacen las chicas. ¿A que tú de mayor vas a preparar cosas tan ricas como las que ellas hacen?*
-*Sí.*
-*¿Quieres ver cómo va la tosta?*
-*Sí.*
Madre e hija se acercan al horno, y una de las criadas lo abre con soltura y saca el manjar con una pala de madera.
En pocos segundos el sudor agobia a la pequeña.
-*¿Has visto que rico?*
-*Sí, sí.* -La idea de permanecer con la cabeza en aquel lugar ya no le entusiasma nada de nada.
La cocinera vuelve a meter la tosta, y Ella aprovecha para salir pitando.
En la puerta es interceptada.
-*¿Qué te he dicho de ir corriendo a los sitios? Te vas a caer y te romperás un diente. Y ¿quién va a hacer caso a una niñita mellada? ¡Qué horror! ¡Qué cosa más fea!* -el ama le da un suave azote en el culo.
Ella se queja.
La rubenesca mujer toma su mano y la arrastra hasta el victoriano comedor.
-*¡Siéntate ahí y no te muevas mientras preparo la mesa!*
"¡Qué aburrimiento!".
Juega balanceando los pies que le cuelgan sentada en la tapizada silla mientras se pregunta por qué no tendrá un hermanito o hermanita como tiene Él, pues es un fastidio no tener a nadie para jugar.
Se sirve la comida.
La familia toma asiento en su lugar de siempre.
Dos señores bigotudos bajan con el padre.
Los dos saludan a la niña alborotándola el pelo con la mano, y esgrimiendo una gran sonrisa se deshacen en cumplidos.
-*¡Qué grande y qué guapa que está ya la señorita!* –regala sus oídos uno de ellos.
"Y tu que gordo y asqueroso".
Se come la torta.
Por encima está quemada. Por dentro es deliciosa.
Enseguida queda saciada. Pronto se harta de la tediosa conversación.
Pone malas caras y su madre la mira.
-*¡Compórtate!* –puede oírla diciendo mentalmente.
"Jó".

Capítulo 5. Cama.

-Perdimos la guerra, sí, y nos jodieron pero bien todos esos malnacidos que nos querían quitar lo que es nuestro. Pero eso ha cambiado, y eso no ha sido por nada, hay que ser agradecidos. Podemos volver a vivir en una tierra de bien, y poco a poco lo estamos consiguiendo.
-Sí, pero ¿a costa de quién? ¿A costa de qué? –interroga el padre de Ella.
-Te lo estoy diciendo. Es muy sencillo. Sólo hay que ser agradecidos. Hacer ver que estamos con ellos y les apoyamos, como ellos nos apoyan a nosotros. -continua el invitado larguirucho
-¿Dices que nos apoyan?
-Claro. Pues, ¿no se están quitando de en medio a toda esa chusma? ¿Acaso no nos están tratando bien a los que merecemos ser bien tratados?
Una pausa de silencio.
El señor mas entrado en carnes ha permanecido callado, recostado en la silla y frotándose la panza. Por fin se decide a intervenir.
-Ahora estamos bien, cierto, pero recuerda la guerra, recuerda la sublevación fallida, recuerda como toda esa gente furiosa se lanzó hacia nosotros. Esa gente eran nuestros amigos y vecinos, y nosotros no habíamos hecho nada. Piensa en tu hija. Sólo ha vivido la guerra. Sólo ha conocido la lucha constante. ¿No nos merecemos un poco de paz? ¿Qué culpa tenemos de nada?
-Ya, pero esa gente, como tu bien dices, son nuestros iguales... –el anfitrión se rasca las patillas mientras el malestar por los pensamientos presentes le recorren el cuerpo.
-Escucha, dejémosles hacer. Simplemente. Y si nos necesitan que sepan que somos sus amigos. "Bla,bla,bla,bla,bla,bla,bla,bla...".
Tener que aguantar la soporífera conversación es para Ella una verdadera tortura.
Espera a los cafés como marca el protocolo para dejar a los mayores a solas, pero para entonces Ella está ya tan cansada que el ama de llaves la sube en brazos a la cama.
Se pone el pijama con los ojos cerrados y libra una lucha constante por encontrar el frescor de las sabanas y su olor a lavanda.
No recuerda siquiera llegar a tocar la almohada y ya está dormida.
Lo siguiente en su memoria son los chasquidos de las balas.
El eco de las detonaciones de pólvora en las empedradas calles. A pesar de estar habituada al ruido de las armas de fuego, algo la sobresalta.
Y es precisamente ese casi prenatal conocimiento, el catálogo de sonidos, los diferentes calibres y el porqué de cada ráfaga, que hacen de lo que oye algo perturbador y siniestro. No es combate. Es ejecución.
Lo sabe bien.
Sabe que mañana pasará por delante de una pila de cuerpos y gentes que lloran y claman al cielo. Pero es algo tan normal que lo único que le preocupa es que nada de eso interfiera en su habitual rutina de colegial. Sin sentimientos. Sin emociones.

Capítulo 6. Lluvia.

Los pies desnudos sobre el suelo de la bañera.
El cuerpo entero le tirita.
El agua todavía no sale del todo caliente y Ella permanece rígida pero en escorzo, y le chasquean los dientes.
Una criada mete medio dedo en el chorro mientras mira fijamente un azulejo.
"Quiero salir corriendo y volver a la cama".
Pero no funcionaría. Nunca funciona. De pequeña lo hacía. Casi siendo un bebé. Solía escaparse y esconderse en lugares calentitos, como detrás del enorme sofá del despacho, y se quedaba dormida hasta que la encontraban.
"Igual por eso me tienen prohibido entrar allí".
Es una dormilona. Eso es así.
El agua caliente la espabila y templa.
La joven sirvienta la viste y da el desayuno.
El chófer la recibe con nuevos chistes y ocurrencias que la entretienen hasta llegar a la escuela.
Por el camino nada extraño.
Ya ha olvidado lo que la desveló a medianoche.
Sólo quiere encontrarse con Él en el patio antes de la primera lección. Y saltar a la comba un rato.
Además hoy es martes, y eso significa que hay para comer sopa con trozos de jamón cocido y huevo duro, su favorita.
"La tonta que odia la sopa siempre me da su plato. Me comería mil toneladas. Y más si es de estrellitas".
Pero luego come como un pajarillo.
Aunque eso no será problema hoy. Porque hoy no habrá clases.
Durante tres horas los niños juegan en el exterior. Se preguntan si serán llamados a las aulas de un momento a otro, pero de momento el recreo sigue y sigue y nadie parece atenderles.
"¡Qué buen día!".
Ella se entretiene con las niñas mientras Él patea un destartalado balón de cuero con los niños.
Las chicas comentan en corrillo acerca de sus novios, sus planes, y demás cosas con olor a flores secas.
Otras niñas dan vueltas solas, rechazadas del círculo del todavía incipiente proyecto de pequeñas mujercitas.
"Todos los niños quieren ser mis novios, pero yo voy a casarme con Él".
Comienza a chispear. Al instante la lluvia.
Es una descarga violenta y brutal.
Un chaparrón bajo el cual la chiquillada disfruta y recibe con la boca abierta hacia el cielo.
Pocos se resguardan bajo el tejado del viejo cobertizo.
Ella y Él se encuentran empapados en mitad de la explanada de juegos.
Se cogen de las manos y giran en círculos.
Giran rápido. Cada vez más rápido.
Tan rápido que Él la levanta del suelo.
Su cuerpo hace de eje.
Ella gira en el aire. Sólo ve la cara de Él. Borrosa. Sólo sus ojos fijos en Ella.
El cuero de las sandalias de Él chirría por la fricción del giro entre estas y las baldosas empapadas por la lluvia.
La falda del uniforme de Ella ondea alocadamente. Y ríen a carcajadas. Carcajadas de rebeldía. De diversión. De miedo.
"¡Es como volar!".
Las maestras se han percatado del repentino y furibundo temporal que cala a los desatendidos párvulos.

-*¡Niños! ¡Rápido entrad aquí! ¡Vamos, corred! ¡Corred!*
El ganado ha sido reunido.
Muchos tosen.
Les tratan de secar.
Les ponen junto a las estufas.
Al final tras unas horas, antes del almuerzo se suspenden las clases, son recogidos y llevados a casa.
"Qué día más raro".

Capítulo 7. Cama 2.

El coche llega a la casa avanzando despacio entre la lluvia.
Su figura de ébano alerta a la madre, que sale al encuentro. La tapa con una manta mientras la regaña y zarandea por haberse mojado.
La están desnudando.
"Creo que quiero un chocolate".
-...El director del colegio. Como lo oye señora. Anoche fue.
-Qué desgracia. ¿Y se sabe quién lo hizo?
-¿Quién va a ser si no los extranjeros? ¡Ay, patrona, qué va a ser de nosotras!
-Tranquila, querida, que vosotras no tenéis nada que temer. Nosotros respondemos de vuestra seguridad. Sois parte de esta familia.
-¡Mami, quiero chocolate caliente! -interrumpe Ella.
Las mujeres siguen hablando mientras una de las jóvenes criadas le pone el pijama a Ella.
"No me hacen ningún caso".
Ignorada por completo y arrastrando sus zapatillas de mullido pelo rosa, sale de habitación con su acostumbrado e involuntario sigilo.
Al fondo del pasillo, la piel de un león que hace las veces de alfombra en la sala de la chimenea, le saluda con la mano. Ella decide ponerse a llorar.
Se sienta en el suelo.
El león se acerca.
-¿Qué te pasa? ¿Por qué estás triste? ¿Es porque soy feo?
Ella le mira.
-Sí. Eres feo. Pero... Pero... Es que... ¡Yo quiero chocolate! –llora a moco tendido.
Al instante la más fiera de las criaturas le tiende una taza de humeante cacao.
Ella lo disfruta sorbo a sorbo, más, del león no vuelve a haber ni rastro.
La panza caliente.
El sueño la invade.
Con los morros aún cubiertos de chocolate, la meten en la cama. Pringa las sabanas.
Su madre la besa en la frente.
Ella abre un ojo.
"Parece preocupada".
Al día siguiente suda y está muy caliente. Se queda en la cama. Sin ir a clase.
Al siguiente igual.
Pero Ella quiere ver a su novio. Y no puede.
Pero al siguiente del siguiente sí puede. Y está feliz.

Capítulo 8. Clase 2.

La calle huele a humo.
Además el cielo está gris.
Los neumáticos del coche hacen ruidos raros. Crujidos. Y bota mucho.
Desde su casa en las afueras, hasta el centro de la urbe, hay varios minutos, pero esta vez el tiempo parece pasar más despacio.
Cuando se introducen entre los edificios de varias plantas del pueblo, se fija en que todas las ventanas de las casas están cerradas.
Bueno, eso no es raro. Pero es que se ven muy pero que muy bien cerradas. Incluso con maderas.
Aunque eso tampoco es raro.
Muchas casas permanecen vacías desde hace mucho tiempo.
Pero además hay un silencio...
Demasiado silencio.
Apenas el crujido de las ruedas al pasar.
Y el chófer no gasta bromas. Y la ama no dice nada. Sólo mira al frente.
Y en la calle no hay nadie. Sólo un señor. Sí, un señor. Pero parecía una estatua.
Llega al colegio y todo se siente muy tranquilo. Ni niños que gritan, ni ríen, ni pelean, ni siquiera otras pisadas más que las suyas. Sus zapatitos. La estela de su claqueteo alejándose del coche a toda prisa. Y una sonrisa en su cara mientras entra en el imponente edificio.
Las ganas de volver el redil de los juegos.
Hay figuras, figuras humanas, pequeñas y uniformadas. En los pasillos y en su clase. Y se mueven. Se mueven despacio. Sus cuerpos están grises y sus ojos fijos. Redondos y abiertos. Fijos pero hacia adentro. No hacia a fuera.
Y Ella va saltando. Y no se da cuenta de nada.
No le importa.
Sólo le importa una cosa.
Él.
Y ahí está.
Sentado y con las manos cruzadas sobre sus piernas. Mirando al frente.
Y Ella va corriendo hacia Él.
Pero entra la maestra. Parece que echa fuego por la nariz. Y sus dientes están afilados. Incluso tiene una cola con pinchos.
Y les grita que se sienten.
Y se sientan.
Y Ella se fastidia porque tiene que esperar para llegar hasta Él.
"Jó. ¡Que se calle ya esta pesada!"
-Niños, este es Iván. –la maestra extiende su brazo hacia la puerta que permanece abierta, esperando que el recién presentado se acerque. Pero nadie aparece. La anciana prosigue. *-Es un alumno nuevo. Viene de un lugar que...*
Entonces un apuesto muchacho de unos veinte años de edad, alto, rubio, ojos verdes, quizá azules, o quizá miel, con pantalones blancos de lino perfectamente planchados, jersey color salmón, y camisa y zapatos también blancos, de un blanco reluciente, irrumpe en el aula parvularia.
-¡Soy Iván! Preguntadme lo que queráis y con gusto os responderé.
Ninguno de los infantes pronuncia palabra alguna.
Iván sonríe afablemente y encogiendo los hombros abandona el estrado en dirección a una de las sillas de primera fila. El asiento le resulta ridículamente pequeño, pues sus rodillas quedan a la altura de su cara, y sus brazos tocan el suelo.
Aun así es la persona más hermosa, mejor vestida, más limpia y educada, e incluso más sonriente, que jamás hayan visto ninguno de los pequeños.
Pero nadie parece sorprenderse.

Porque todos siguen grises e impasibles.
Pero Ella no puede dejar de mirarlo con asombro. Sólo puede observar sus anchas espaldas. Sus hombros fornidos. El precioso rosa de la lana. Quizá piense que es como una pintura en un cuadro.
La maestra les ordena hacer parejas para salir en fila hacia el comedor y tomar la leche de la mañana. Leche en polvo. Y una galleta.
Y la pelirroja que aparece y le da la mano.
Ella se zafa bruscamente. Y ahora es Ella la que va hipnotizada.
Va directa hacia Iván.
Los brazos extendidos hacia a delante buscando tocarle. La boca medio abierta.
Un hilo de babilla no escapa de sus desencajadas fauces por puro azar.
Llega ante el elegante joven. Le mira desde abajo. Y el chico desde arriba le sonríe.
-*¿Quieres ser mi pareja? ¿Vamos juntos?* –pregunta Iván con gran cortesía.
Ella sólo puede farfullar y asentir con la cabeza.
Se dan la mano.
-*¿Cómo te llamas? Yo me llamo Iván.*
-*Sí... Sí... Iván...*
Y Ella se da cuenta de que su mano es igual de grande que la de Iván. Y que sus ojos se encuentran ahora a la misma altura. Y que sus piernas son largas y bonitas. Y sus pechos han crecido. Y su pelo es una melena larga y rubia. Y su vestido de siempre, aburrido y reglamentario, es un vestido de princesa. Blanco y reluciente.
Iván la mira fijamente luciendo su sonrisa estándar. La encantadora.
-*Estás preciosa.*
Ella no da mayor importancia al hecho de haberse convertido repentinamente en mujer. Pero un escalofrío por primera vez que recorre su cuerpo. Como una descarga que deja paso a una primitiva excitación.
Aprieta la mano de Iván. Lo ve claro. Han de huir.
Dejan atrás a la maestra que les lanza bolas incandescentes de lava. Y los cuerpos grises de polvo de sus compañeros.
Y el colegio.
Y llegan al campo.
Y cuando se paran, lo ve.
Ve que el campo es verde. Verde como nunca.
Y el cielo azul.

Capítulo 9. Nubes.

El cuerpo de veinteañera de Ella y la mágica empatía de Iván, llevan a lo inevitable.
Varias horas de risas tontas. Pensamientos propios de un narcotizado. Sus cuerpos tambaleantes golpeándose mientras caminan.
Pero por primera vez se han percatado de la belleza de las cosas.
Pasean.
Pasean y todo luce como nunca. Con luz propia.
-*Mira las ruinas de esa fábrica. Son hermosas. Quiero irme lejos y cuando vuelva quiero que estén aquí. Como ahora.*
Iván le está contando cosas de tierras lejanas. Del porqué de esto y aquello.
Ella le huele el cuello una y otra vez. Y camina a su lado cogiendo con sus dos manos el brazo de este.
Es tal la adoración que siente y el ensimismamiento tan grande, que apenas escucha una palabra de lo que está diciendo el joven.
Se paran bajo un árbol y Ella se sienta es su regazo.
-*Iván, ¿por qué hay tantos agujeros en los troncos de los árboles y en los muros de las lindes? ¿Los han hecho las abejas?*
Este le explica que son trozos de metal ardiendo que se lanzan los hombres los unos a los otros, y que allí donde van a parar causan gran daño. Le explica que hay tantos porque hubo una guerra. Una guerra absurda. Una guerra civil. Una guerra entre amigos. Y que muchos disparos se hicieron. Pero que por suerte fue corta. Pero luego antes de que los árboles pudieran olvidar lo sucedido, llegó otra guerra. Pero esta vez una guerra buena. Una guerra que vino de lejos para liberar a los hombres de su ignorancia. Y que como aquí eran muy ignorantes, volvió a haber disparos.
-*Pero todo se va a solucionar. Yo lo sé porque también vengo de lejos, y no soy un burro.*
Miran las nubes, que sólo son nubes.
Ella le acaricia la mano. Y las venas hinchadas y palpitantes. Las recorre con su dedo. Y las observa tan de cerca que termina tocándolas con la nariz.
Iván no para de hablar de unas cosas y otras. Para Ella es sólo un murmullo. Pero el murmullo más bello del mundo. De hecho ya no podría vivir sin ese murmullo.
-*Eres la persona más inteligente del planeta.*
-*Calla, tonta.*
Se pegan en broma y terminan desnudos en una charca.
El agua es cristalina. Ni fría, ni caliente.
Y Ella flota. Iván nada.
Y cuando se visten, Ella no puede quitarse esa imagen de la cabeza.
Descubrir las diferencias entre el cuerpo del hombre y el de la mujer. Le da risa de pensarlo.
Se pone roja y corretea.
Corretea y arranca unas flores. Y se las lanza.
Y el nuevo amigo la persigue.
Y entran entre los edificios. Y son de colores. Y ya no son feos.
Y aunque no hay nadie en las calles, el sonido de los pajarillos les acompaña. Incluso parece que el Sol emite un silbidillo alegre.
Llegan a casa de Ella. Pasan ante el escudo de la campana y las flechas. Abren en portón y entran sin parar de reír. Sin parar de ser uno sólo.
Y el vacío.
Sólo la acostumbrada melodía desde el despacho en la planta superior.
-*¡Oh, qué extraño gusto musical el de tu familia!*
Iván se abalanza escaleras arriba e irrumpe en el despacho.
Ella sabe que allí no pueden entrar.

Intenta detenerle.
-*¡Iván, no! No podemos estar aquí. Mi padre me lo tiene prohibido.*
Iván se ríe.
-*Escucha, pequeña, no estamos haciendo nada malo.*
Ella no ofrece resistencia.
El chico comienza a toquetear papeles, libros, y discos.
-*Tu padre ha de ser un gran melómano. Estos ejemplares de Stéphane Grappelli y el guitarrista gitano son difíciles de conseguir.*
-*Siempre escucha esa música. Desde que nací. No recuerdo haber pasado por delante de este cuarto y que no estuvieran sonando esas canciones.*
-*Pues son una porquería.*
Lanza las grabaciones por la ventana.
Luego tira los libros al suelo. Vuelca las estanterías y arranca las páginas arrasando con la biblioteca.
-*Porquería... Porquería... Más porquería.*
Ella le observa sin decir nada. A decir verdad no le importa nada. Sólo los musculosos brazos de Iván. Salen dejando tras de sí el lugar destrozado. Pero en la casa no hay nadie.
¿Es que alguna vez hubo alguien?
-*Te quiero*. –dice Ella.
-*Yo a ti más.* –añade Iván. -*Casémonos y vivamos aquí para siempre. Tengamos miles de perros. Y quizá algún gato.*
Se tumban en un gran sofá, en la sala de la chimenea, con sus bestias observando. Pero no les importa. Sólo son pieles.
Se quedan abrazados. Muy juntitos. Tanto que no saben qué brazo, o qué pierna es de cada uno.
Sudan y se duermen.
La chimenea está encendida. Y así permanece.
Pero Ella suda más. Cada vez más. Y cuando se despierta Iván no está.
Y Ella quiere ir a buscarlo. Pero no puede moverse.
Quiere gritarle. Pero no puede articular palabra.
Su cuerpo sigue dormido.
Ella sólo puede hablarse a sí misma. Y mirar el techo.
Enseguida las ideas que recorren su cabeza empiezan a ganar volumen. Pero le duele. Le duele escucharlas. Le duele escucharse.
El charco de sudor en que se encuentra, acaba evaporándose. Menos mal, pues Ella no sabe nadar.
Tic, tac. Tic, tac. Se levanta.
Sus piernas dicen: ¡Vámonos!
Recorre la casa y todo sigue en calma. Incluso las canciones se han ido.
-*¡Amor mio! ¿Dónde estás?*
Quiere llorar.
Entonces ve algo. Polvo en el mármol blanco del piso.
Pisadas de polvo.
Un rastro que sube hacia su dormitorio. Y lo sigue.
La moqueta impoluta ahora está manchada de pequeñas huellas grises.
"¿Qué animal salvaje me acecha?"
Coge un tren de madera del suelo. Lo empuña a modo de arma.
Las manchas le llevan a la Casita del Té.
El rastro se pierde tras la puertecilla.
Su primer impulso es entrar, pero se da cuenta de que su cuerpo adulto no cabe allí.
Asique se agacha. Se pone de rodillas y trata de observar por las diminutas ventanas.
-*Hola*. –se oye desde dentro.
-*¿Quién eres? ¿Qué quieres?*
-*Soy yo. Te he traído un trozo de mi galleta.*

Capítulo 10. Casita del Té 2.

Sus ojos redondos de niño pequeño le parecen dos esferas que giran salvajemente mientras la enfocan.
Son dos bombillas sobre un rostro oscuro entre las sombras.
Apenas distingue otra cosa dentro de la angosta construcción.
Por un momento piensa en irse de allí.
Levanta la cabeza y su habitación, empapelada toda ella en malva, y cargada de juguetes, le parece también diminuta. Diminuta y asfixiante.
"Éste no es mi mundo".
Busca la salida.
Sin embargo por el rabillo del ojo detecta los dos puntos de luz que desde dentro de la Casita del Té la observan.
"No puedes irte. Tienes que hacerlo. Tienes que razonar con Él. Es un sólo un crío, pero lo entenderá. Está muy claro".
Se pone de pie.
Levanta el techo de la casita sin apenas esfuerzo. Ha visto hacerlo muchas veces a la ama cuando no quieren salir para ir a lavarse las manos antes de la cena.
Todo queda iluminado.
La cocinita.
La mesa central con cuatro sillas bajas.
Algunos juguetes. Y Él.
El terror la invade.
Es terror y repugnancia. El peor de los ascos. Además injustificado.
"No lo entiendo. Es un ser atroz. Deforme. Horrible. ¿Qué ha sido de aquel chico con el que viviríamos felices y comeríamos perdices?"
Su diminuto cuerpo se ve cubierto con un manto de hollín que apenas deja distinguir siquiera el uniforme de escolar. Su piel, hecha jirones y oscura como la de una momia. Es un ser fosco. Sin encanto. Pero sus ojos brillan como dos faros. Y a la vez giran. Hipnotizantes. Como a punto de estallar y escupir finos cristales en todas direcciones.
Pero ella le observa desde arriba. Con el tejado de madera sobre sus manos aun.
Y está paralizada.
Su cuerpo de turgente jovencita sigue ahí. Palpitando. Su pronunciado busto late a un ritmo frenético, más su mente se aleja corriendo del lugar.
Baja las escaleras. Se cruza con las criadas y con muchos de sus familiares.
Celebran una fiesta. Parece una boda pues hay una tarta.
Pero la mente de Ella no se para.
Abre la puerta. Un caballero medieval de reluciente armadura blande una espada. Un corro de invitados bien vestidos le observan y aplauden su danza.
Ella sigue huyendo. Ya vislumbra la puerta de la casa.
Entonces tropieza. Y vuelve a caer mientras se levanta.
En el suelo ante sus pies hay una campana. Ella sólo quiere esquivarla.
Va despacio y con sigilo la flanquea. Mientras la deja atrás suenan campanadas.
Son diez pasos lo que faltan.
Suena música bien alta. Una fiesta de fantasmas.
Nueve. Ya son cinco. Y cuando un cuerpo de la salida la separa, una flecha en el pecho se la clava.
Una anciana ante ella con un arco es la última imagen que en su mente se graba, pues es devuelta a su cuerpo que ya ha retomado la calma.
-Tenemos que dejarlo. Ya no somos novios. Lo nuestro ha acabado. Lo comprendes, ¿no? Hemos cambiado. Yo he crecido. Y tú sigues siendo un niño. –las palabras salen de boca de Ella automáticamente. Es un mensaje claro y lo escupe directo.

Él no dice nada.
Sus ojos la observan desde abajo, como un cachorro herido. Y cada vez giran más despacio. Y cada vez iluminan menos. Y cada vez está más y más arrugado.
Por un momento Ella quiere abrazarlo y arrepentirse de todo. Y volver a ser niña.
Entonces él estalla.
Todo queda cubierto de polvo.

Capítulo 11. Muros.

La nube se disipa y en la silla donde Él se sentaba sujetando un trozo de galleta, sólo hay un corazón.
Un pequeño corazón.
Rojo como la mermelada de fresa más deliciosa del mundo.
Eso le recuerda que no ha desayunado.
"Tengo hambre. Estoy triste y lo único que quiero es comer. Nada más me importa."
Entonces oye la voz de Iván.
La alegría invade su mundo de nuevo. Todo vuelve a brillar.
Mira el interior de la Casita del Té, cubierta de cenizas y el corazoncito sobre la silla. Vuelve a poner el techo sellando la estancia como si de un singular sarcófago se tratara.
Sale del dormitorio pensando en no volver allí jamás.
Iván está abajo, en el recibidor.
Habla con alguien.
Su voz parece agitada.
Cuando ella llega, su joven príncipe se encuentra solo, con la puerta abierta, pero solo.
-*¿Quién era? ¿Con quién hablabas?*
-*Nadie. Nada. Tranquila pequeña. Comamos algo.*
-*Pero he oído unas voces. ¿Eran las criadas?*
Iván no responde.
-*¿Dónde están las criadas, Iván? ¿Y la gente? ¿Por qué no hay nadie?*
-*¿No tienes hambre? Porque yo desde luego sí.* -Iván simplemente sonríe.
Suficiente para ella.
Y lo cierto es que su apetito se dispara, asique cuando llegan a la cocina y la encuentran completamente vacía sus preocupaciones cambian.
-*¡Mierda!* -dice el varón.
"Eso no me tranquiliza nada".
-*Tendremos que ir a por algo.* -concluye.
-*¿A dónde?* -pregunta Ella.
-*A la tienda, ¿a dónde va a ser?*
-*Pero no tengo nada con que pagar. Nunca he usado el dinero. Nunca lo he necesitado y no sé de dónde sacarlo.*
-*Descuida, podemos cambiarlo por algo. Conozco gente.*
-*¿A qué gente, Iván? Si acabas de llegar a la ciudad.*
-*Cogeremos los marcos de las fotos, que son de plata.*
-*¿Qué dices? ¡No! ¿Y qué será de mis recuerdos sin las fotos?*
-*¿Pero es que no quieres comer? ¿Eh?*
Ella asiente.
Cuando abandonan la casa, las fotos están dobladas y tiradas por los suelos. La corriente del lugar deshabitado las hace revolotear.
Caminan rápido por las empedradas aceras.
Las casas ya no tienen el colorido del día anterior.
Quizá porque es sábado y mucha gente no trabaja. Todo está si cabe más tranquilo.
Y la ciudad, que aún conserva algo de su antigua gloria renacentista, parece bostezar.
Iván que tira de Ella a paso acelerado, la lleva a un lugar en el que nunca han estado. Al menos Ella.
-*Es un campamento*. -observa el joven mientras señala unas tiendas que ya se ven en el extrarradio, entre campos de siembra abandonados.
Pronto llegan y todos saludan al chico con cordialidad en un idioma extraño para Ella.
"¿Qué es esto?".

Incluso las personas son extrañas.
Todas altas y guapas.
Todas fuertes. Esbeltas.
Todas como Iván.
Todas son Iván.
Además, todos allí visten la misma ropa. Un uniforme negro elegante como ningún otro, y botas de cuero brillantes. Y todos están limpios. Y el negro contrasta con sus pieles pálidas.
Son muy simpáticos y educados.
"Pero parecen de mentira".
Y mientras Iván sigue arrastrándola a través del lugar. Y llegan a una cabaña. Y entran.
Iván cambia la plata por víveres y dos platos de comida caliente.
Ella no sabe qué decir. Ni qué pensar. Y el olorcillo del estofado y las alubias entra por su nariz, que se ensancha, y un cosquilleo sube por esta hasta llegar a la boca e inundarla de saliva.
Acto seguido se encuentra experimentando una sensación casi orgásmica mientras come judías pintas con una enorme cuchara de palo.
La comida más rica de su vida.
Y cuando quiere darse cuenta está sola.
"¿Cuánto tiempo he estado con los ojos en blanco?".
Sigue el murmullo de las extrañas e incomprensibles palabras de los asentados, que le llevan ante un enorme muro.
Se cuela entre el griterío de los uniformados.
Se percata de que además de vestir bien, huelen bien.
En el centro de los congregados hay un hombre. Un hombre moreno y con el pelo revuelto. Con bigote negro y camisa blanca abierta hasta el pecho.
-Es el rebelde Perdomo. -le dice Iván. O uno de sus clones. *-Era un miliciano que luchó y venció en la guerra civil. Luego le nombraron Coronel del ejército de la República Nacional, y ahora que no existe tal república, pues nosotros la hemos aplastado, es otra vez miliciano. Un agitador. Y ahora, como cabía esperar, le hemos atrapado. También nosotros. Te dije que esta era una guerra buena, ¿recuerdas? La gente salvaje es ajusticiada.*
-Pero, el otro bando, ¿no eran malos?
-No, no.
-¿Y por qué se sublevaron?
-Se sublevaron porque eran gente de bien que querían acabar con las atrocidades de una masa de descerebrados que estaban entregando tu tierra a un enemigo extranjero. Nuestro mayor enemigo, además. El mayor enemigo de toda la humanidad.
Iván se ha puesto muy serio y casi podría decirse que su mente está en otro sitio. A Ella no le gusta.
-¿Y por qué nos ayudáis vosotros? ¿Por qué habéis venido?
-Nosotros estamos restaurando el orden en el mundo. ¿Entiendes?
Ella no sabe de luchas.
Para Ella la paz nunca ha existido, y por lo tanto tampoco la guerra.
Y unos gritos.
Y unos soldados que forman.
Y Perdomo que es puesto solo frente al paredón, que no pared, paredón, pues es muro de muerte.
Y le apuntan.
Y el hombre grita mirando al cielo y con los ojos bien abiertos: *¡Que vienen los surrealistas!*
Las balas le atraviesan.
Y ella comprende los agujeros de los árboles. Y de los muros de las lindes.

Capítulo 12. Despacho.

-Cuando todo acabe, esta gente podrá mandar sobre su propia tierra. Siempre bajo nuestra tutela, claro. Pero ahora no puede ser así, pues estamos en plena invasión. Quedan muchos enemigos. Y muchos subseres que debemos esterilizar, y otros que irán a trabajar por el bien del...
-Me quiero ir de aquí. -dice Ella en voz baja al oído de Iván.
Este detiene la traducción simultánea que estaba haciendo también en voz baja.
El que habla y llena la carpa con potente y confiada voz e idioma lejano, es un gran general. Lleno de medallas.
El que escucha también es general. Y También lleva medallas. Y es el padre de Iván. Al menos eso dice el chico. Pero Ella no se lo cree porque no le ha dado ni un beso ni un abrazo.
Todos parecen simpáticos, menos los que llevan medallas.
La joven pareja permanece tumbada en un diván en la esquina de la tienda de mando. Entre mapas y figuras que fingen ser tropas. Entre las sombras y los tecnicismos bélicos.
Las voces le llegan, pero Ella además de no entenderlas ya no quiere escucharlas.
-Iván estoy harta. Vámonos.
Los ancianos guerreros tienen la cara de Iván pero treinta años más viejos.
Los ayudantes de cámara, las tropas de escolta, lo vigías, toda la soldadesca, incluso un perro que va con ellos, son la viva imagen de su amado.
Ella suplica:
-No quiero estar aquí. No lo soporto. Quiero empezar de nuevo donde sólo seamos tú y yo. Únicos. Sin pensar en nada. Toda esta gente me tiene cansada. –su voz entrecortada. Casi un gemido. Casi un llanto.
Después de unas horas allí, todo le parece feo y aburrido.
"Parece un decorado".
-Pero no podemos irnos. Las cosas hay que pensarlas. Debemos aprender. Debemos conocer nuestros errores. Asumir las culpas de lo que hicimos y lo que no hicimos. No podemos irnos sin pensar. No podemos huir.
-¿De qué hablas? Nosotros no hemos hecho nada malo.
-Claro que sí. ¿Si no que hacemos aquí?
-Eso digo.
-Y yo.
Un silencio.
-¿Es esto un castigo, Iván?

-¿El qué?
-Lo que le hace tu pueblo al mío.
-¿De qué hablas?
-Hablo de los campamentos a donde se llevan a la gente de aquí. ¿Qué pintan ellos en tu tierra?
Otro silencio.
-¿Y por qué siempre la gente pelea? ¿Por qué no hay más días como el día que te conocí? Los edificios eran de colores, y los prados verdes, y el cielo azul. Y ahora todo es horrible de nuevo.
El chico no responde. No sonríe.
-Estamos perdiendo el tiempo aquí. –sentencia Ella.
Iván se levanta. Sale de la tienda. Ella le sigue. El frío les rodea.
-¿Esto es lo que quieres? -señala al cielo y a su alrededor.- *Este es el mundo de la gente que no quiere pensar. Que no quiere ser libre. El mundo de la gente con miedo. La gente vaga. La gente que se deja llevar por la corriente que a todos arrastra. Un mundo gris y de lágrimas. Y luego, y luego ¿de qué te extrañas?*
-Me das miedo.
"No quiero escucharte".

Ella comienza a correr alejándose del campamento.
Pierde una sandalia.
Luego la otra.
Su traje de princesa está sucio.
El humo y las lágrimas.
Hace el largo camino hasta su casa sumida en el ruido constante de sus pensamientos. No ve nada por el camino. No recuerda nada hasta verse en su cama.
Sus pies sobresalen del lecho y su cabeza se hunde en almohadas.
Escucha la tan familiar tonada.
Del despacho salen las notas ágiles de los dos dedos de Django.
Por un momento la añoranza. Y ve a su amado Iván en la estancia.
Se miran fijamente.
Fuera una tormenta descarga su furia.
La casa está revuelta. Desordenada.
Y ellos dos son el centro del universo.
-*Entonces* -pronuncia Ella.- *¿Has venido a salvarme?*
-*Eso tendrás que comprobarlo por ti misma.* -sentencia el rubio varón.
Un silencio. Y la música. Y los truenos que truenan. Y las balas que callan.
Ella sabe que ha de hacer algo.
Y sabe qué es.
-*¡Ven!* –le ordena.
De pie.
Despacio.
Sus cuerpos se acercan.
No sabe cómo se hace, pero confía en su instinto.
Pone las manos en las mejillas de su amante y junta sus labios. El calor recorre su cuerpo.
Permanecen así unos segundos.
La magia parece desvanecerse poco a poco. Del calor al frío. Separa su cuerpo del de Iván.
Cuando alcanza a diferenciar su figura, tiene ante sí una estatua de hielo.
El cuerpo apolíneo de Iván esculpido en cristalino y gélido material.
El rostro del chico es de sorpresa. Miedo. Terror total.
Se ve reflejada en el hielo de sus ojos. Y por un momento se contempla diminuta. Ingrávida.
Mira hacia abajo.
Tres pisos de altura del suelo la separan.
Comienza el descenso. La caída libre. Su cuerpo girando en el aire sin control.
Paralelo a Ella la gran estatua.
Por suerte la mullida moqueta resulta ser providencial.
Amortigua su llegada.

Capítulo 13. Ventana.

Sobre su cabeza, como un gran ídolo pagano, la figura de Iván.
Ella tan pequeña que podría dormir en un zapato.
Y le observa.
"¿Dónde está mi hombre? ¿Cómo puedo liberarlo de su prisión pétrea?"
Grita.
Le golpea en la tibia.
Quiere llorar pero no le quedan lágrimas. O quizá estén también congeladas.
La rabia.
Sus dientes chirrían ante el enfado y la rabia.
Más rabia.
Y entre rabia y lamentos han pasado horas, quizá días.
Y sigue sin saber qué hacer.
Entonces unas voces. Voces en la calle.
Quiere mirar por la ventana, pero no alcanza hasta ella. Pronto lo resuelve.
Escala por la pata del caballito de madera. Luego corre por su lomo, sus rígidas crines, y corona la cima de su equina efigie. Como si de un trapecista se tratara, salta hasta la cortina y comienza a subir por ella.
El terciopelo de la tela es resbaladizo. Primera noticia para Ella de la existencia de dicha cortina.
Pronto vislumbra el exterior.
En la calle una larga fila de personas cabizbajas recorre la calle en lenta procesión. Llevan carros con paquetes y muebles.
Todos se ven muy tristes.
Una pareja de ancianos se ha parado bajo la ventana del caserón. Esas son las voces.
Pero apenas puede distinguirlas.
Entonces con un esfuerzo casi sobrenatural consigue captar sus palabras.
-...Nunca debimos confiar en sus promesas. Promesas tan lejanas... Promesas de gente que no sabe ni dónde estamos, y que tienen sus propios problemas. ¿De qué nos ha servido? ¿De qué nos sirvió ganar la guerra?
-¡No digas eso! ¡No quiero oírte decir eso!
-¡Pero es verdad! ¿Dónde están ahora? ¿Eh? ¿Qué va a ser de nosotros?
-Tienes que confiar. Ganaremos también esta guerra. Ellos lo harán. Lo harán por nosotros. Porque nosotros luchamos por lo que es justo. Y el enemigo sólo sabe de opresión. Eso es lo único que sabe hacer.
-Sí, y míranos. Nos reímos de sus negros uniformes y cantamos bien alto los lemas del partido. Pensamos que no podrían hacernos nada si luchábamos juntos. Les desafiamos a que vinieran. Y aquí están. Y nos llevan con ellos. ¿Nuestra ciudad entera va a ser arrasada como castigo por la desaparición del hijo de uno de sus generales? ¿A eso hemos llegado? Y nuestras familias ¿Dónde acabarán? ¿Dónde acabaron muchas otras, en campos de trabajo para que las suyas coman y vivan mejor? ¿Es esto lo que queríamos?
-¡Animo compañeros! -pronuncia un tercer hombre, también achacado por la edad que entra en escena.
Ella, que no procesa nada de lo dicho, pero se percata de que su oportunidad de pedir ayuda está apunto de esfumarse, aprieta con todas sus fuerzas la cortina con su mano derecha, mientras con la otra aporrea el cristal.
-¡Aquí! ¡Aquí! ¡Oigan ayúdennos! ¡Socorro! –grita desesperada.
Varios golpecitos mutuos en la espalda sirven para que en la calle el trío inicie de nuevo la marcha, uniéndose a la columna de vecinos.
Puñetazos en el vidrio hasta que los nudillos le palpitan con fuerza. Y además el peso de su cuerpo.
Su mano cede y resbala tela abajo.

Queda tendida en el suelo. Mirando al techo y preguntándose solo por qué. ¿Por qué ella?
"Siempre lo malo me pasa a mí".
Pero una risita.
Una risita guasona.
"¿Quién es? ¿Quién ríe?"
Los dientes puntiagudos y la mirada sibilina de una rata desde el otro rincón de la alcoba.
-*Que tonta eres. No te das cuenta. Eso es lo peor.* -La rata ataca sin piedad. - *Ni siquiera te has parado a pensar en cuál es tu parte de culpa en todo esto, ¿eh?*
Eso le recuerda a las extrañas palabras de Iván en el campamento.
Y no le gustan.
Asique va hasta el verborreico animal que continúa increpándola. A pesar de ser casi tan grande como ella, la muchacha no duda. Coge un lapicero de la caja de los juguetes.
El ojo del roedor atravesado por el lápiz afilado, chorrea un líquido pringoso. La rata huye hacia un pequeño agujero en el elegante rodapié bajo el armario, entre un tremendo grito de dolor.
"Así aprenderá a no..." pero sus pensamientos se interrumpen por una imagen vívida.
Un enorme tazón de chocolate.

Capítulo 14. Llamas.

Es como un espejismo. Pero el olor es tan real que olvida por un momento a su novio congelado.
Para Ella la taza es grande como una bañera.
Su primer impulso es saltar dentro, pero al llegar al borde del recipiente, los vapores calientes que expulsa la disuaden de tal idea.
Quiere bebérselo pero no puede.
"Quizá si derramo un poco se enfríe antes".
Dicho y hecho.
Chocolate por el platito bajo la taza. Por la moqueta. Por el pie de Iván.
El río de cacao hirviendo ha alcanzado al chico. El calor ha deshecho la gélida capa superior que lo cubre y Ella cree haber encontrado la solución.
"¡Derretir el hielo!".
Se olvida de su dulce preferido y hace memoria.
"Una vela. Pero, ¿dónde?".
La imagen del hermoso candelabro sobre la mesita del pasillo la propulsa a la carrera.
Las huellas de las patitas ensangrentadas de la rata manchan la moqueta.
"El ama se va a enfadar". El primer recuerdo en mucho tiempo de un adulto. Un escalofrío la recorre la espalda.
Se le eriza el pelo de la nuca, pero Ella sólo quiere hacer fuego.
La mesita tiene tres patas enclenques.
"Mejor que escalarla será tirarla".
Comienza a dar sacudidas violentas a una de las patas hasta que el dorado recipiente, una caja de fósforos, y un pequeño libro con la cara en la portada del señor al que cantan todas las tardes en el colegio, caen al suelo.
Frota las cerillas buscando la lumbre y rompe hasta cuatro de ellas. A la quinta logra la llama deseada. El calor es intenso. Le lloran los ojos.
Prende la mecha de una de las velas y comienza a arrastrarla con todas sus fuerzas y cierto equilibro hasta su habitación.
"No ha sido buena idea".
La cera derretida empieza a deslizarse por el cuerpo solido del alargado objeto, y amenaza con quemarle las manos.
Sus paso son atropellados.
La distancia hasta Iván no es mucha, pero puede ver que la distancia del material incandescente en descenso hasta sus bracitos tampoco es mucha. Es una carrera contra la cera. Por suerte su respiración la enfría en el cercano paso junto a su rostro.
El deshielo de su novio comienza.
Y parece que va a funcionar. Ya puede imaginarlo mojado y tiritando tras acabar con el frío que lo atrapa. Ya puede verlo besándola y agradeciéndola por salvarle.
Mientras espera, tanto imagina, tanto sueña, que acaba sucumbiendo al cansancio y se queda dormida echa un ovillo.
El calorcito, y el todavía olor del chocolate impregnando el lugar, la provocan una involuntaria sonrisita.
Ya nadie vigila el proceso.
Y entonces el sudor.
Vuelve el sudor que la paraliza.
Ese sudor que hace despertar su mente pero atrapa su cuerpo. Y quiere espabilarse. Y esquivarlo.
Pero al abrir los ojos todo es naranja.
Todo brilla.
Y huele raro.
No puede respirar.

Y el fuego le sonríe. Todo está en llamas. Y las llamas le sonríen.
Y bailan una danza.
Rojo y amarillo. Y el negro.
Mira a Iván. Pero Iván no está.
Recuerda a la rata, y su escondite. Es su mejor oportunidad. Corre, pero ya desde lejos ve asomarse al bigotudo ser. Se miran fijamente. Ella sabe lo que viene a continuación.
El animal cierra la portezuela de su madriguera.
"Estoy perdida. Se acabó."
Y la moqueta en combustión traza un circulo a su alrededor. Una isleta que cada vez se hace más estrecha.
Pero...
"Es solo fuego. Y ¿qué es el fuego? No acabará conmigo igual que nunca acababa con los trozos de panceta que se quedaban bajo los tomates en las tostas de la ama. La superficie se chamuscaba, pero bajo los tomates todo era delicioso. Esa es la clave. ¡No te tengo miedo, fuego!".
Ella no piensa que pueda quemarse. Y no lo hace.

Capítulo 15. Cocina 2.

Baja deslizándose como un sólido rodamiento hasta la sala de los fogones.
Coge un tomate. El más grande y gordo.
Lo parte por la mitad.
Se mete debajo.
El incendio todavía no ha hecho suya la cocina. Pero Ella no tiene miedo bajo su tomate.

Capítulo 16. Casita del Té 3.

Se ha dormido.
Acurrucada en su guarida roja, el jugo que desprende la hortaliza al calentarse su exterior, la hace despertarse empapada y fresca.
Fuera todo está calcinado.
La casa derrumbada. Apenas quedan indicios de lo que fueron las habitaciones.
Y Ella ha recuperado su tamaño normal. Su cuerpo de niña. Y con él la inocencia que tan decididamente había querido liquidar.
"Ha sido todo un sueño. Un horrible sueño."
Pero su vestidito, su pelo, toda ella, se encuentran cubiertos de tomate, chocolate, cera, sangre de rata...
Y entonces se acuerda de Él.
Y sólo quiere darle la mano.
Y oler su aliento a pasta de galleta.
Corre.
Busca la escalinata pero ya no está. Únicamente el cielo abierto ante sus ojos. El cielo gris.
Nubes de tormenta amenazan.
Entre los escombros busca hasta encontrar sus juguetes, sus sabanas. Y la Casita del Té. Aplastada.
Aparta unos tablones.
Escarba con la ilusión de encontrarlo allí.
"Él siempre ha sido un chico fuerte".
Y lo ve.
Su corazón.
Sobre la también destrozada sillita rosa.
El corazón de Él.
Y la lluvia.
Lluvia.
Lluvia.
Lluvia.
Lluvia.
Lo coge entre sus manitas.
Las gotas que escupe la cúpula celestial resbalan por su cara. Está sola. Sola en el pueblo. Sola en toda la tierra humeante.
Y tiene frío.

Capítulo 17. Corazón.

A su alrededor todo son restos. Lo que queda de lo que
fue. Y Ella que se desvanece.
Y el corazón de Él que lo nota. Y crece. Crece. Se hincha.
Cada vez más grande.
No cabe en las manos de Ella.
Y palpitante, los ojos de la muchacha encuentran por fin el refugio. El calor.
La paz.
El musculo de Él se presenta tan grande como una cabaña, y una arteria se abre invitándola a pasar.

Ella está ahora en el corazón de Él, y Él en toda Ella.

FIN

RAÍZ DE MENOS CUATRO

Sólo hay una pregunta.

PRIMERA PARTE.
RUIDO.

Capítulo 1.

El controlador se levanta de la cama. Pone una canción en el reproductor.

Los pies de Isaac no dan más de sí.
Sus roídas zapatillas de tela color rojo, llenas de agujeros y atadas con el nudo más enclenque del mundo, parece que van a quedarse tras él en la siguiente zancada.
Pero no importa.
Eso es lo de menos ahora mismo.
La gente se desploma a su alrededor.
Isaac no quiere mirarles. No quiere ver sus rostros de dolor. Rostros casi inhumanos.
No quiere y no comprende.
Pero eso no importa.
Sabe que sea lo que sea, necesita dejar de oírlo. Necesita sus cascos. Los cascos de pista de cuando trabajaba en el aeropuerto. Con eso, el dolor cesará.
Corre. Corre lo más rápido que puede. Nunca fue un gran atleta.

-*"De un momento a otro puede que me reviente la cabeza yo mismo"*- se dice para sí, mientras se aprieta con todas sus fuerzas las manos contra los oídos.
Los ojos se le van saliendo de las orbitas del dolor y la fatiga.

Su casa está cerca. Apenas a unos minutos del quiosco donde se encontraba hace un momento comprando la prensa del día.
Ha pasado quizá un minuto y medio.
A Isaac le parecen horas.

Sigue corriendo.

Apenas puede ya distinguir las figuras a su alrededor.
Conoce el camino de memoria y continua lo más rápido que puede.
Un bulto aparece ante él un instante antes de la siguiente zancada.
Demasiado tarde.
Cae al suelo.
De forma instintiva sus manos se han extendido para amortiguar el impacto.
El sonido penetra directamente en su cabeza.
El dolor es inexplicable.
Por un momento ve serpientes de colores que flotan en el aire. Luego explotan y todo se vuelve blanco.
Pero Isaac quiere vivir.
Visualiza los cascos metidos en su caja con las cosas viejas y los disfraces para carnavales.

Ahora está de pie.
Ahora corre de nuevo.

Sin apenas ser consciente, como si alguien le moviera las piernas.

La puerta del portal de su casa está abierta. Un cuerpo con espasmos de dolor impide que se cierre.
Pasa por encima. Sube las escaleras al primer piso.
Las llaves saltan de su bolsillo y abren la puerta.
Un último soplo le empuja hasta debajo de su cama.
Saca la caja. Revuelve. Revuelve. Revuelve.

-*"¿Dónde están los jodidos cascos?"*
-*¡Aquí estamos, Isaac!* –responden.

Se pone los cascos. Pero el dolor no cesa.
No cesa.
Es un pitido que le perfora por dentro.
Cierra los ojos y se desploma.

Vuelven las serpientes de colores que revolotean. Los disfraces que ha sacado de la caja están bailando alegremente a su alrededor.
Él se retuerce. Pero es porque un pollo desplumado y sin cabeza le hace cosquillas en los pies con una de sus plumas.
Todo gira.
Gira.
Se vuelve blanco.
-*"Al menos ya no oigo esa horrible canción".*

Capítulo 2:

El controlador acaricia a su perro. Mete una rebanada de pan blanco en la tostadora. Mientras se lava los dientes, se observa los ojos en el espejo del cuarto de baño. Piensa que está demasiado estresado. Que necesita unas vacaciones.

Tirado en el centro de la habitación entre una pila de ropa vieja de colorines y pelucas.
Un cubo de agua helada cae sobre él.
Se despierta al instante al son de un pequeño gemido.
-*"No estoy mojado".*
Y no lo está.
Es como si un cuerpo rígido de hielo se hubiera descongelado al instante.

-*"Creo que he dormido mil horas. He tenido un sueño realmente perturbador. ¿Bebí anoche? ¿Estoy colocado? Imposible. Hoy es martes. Sin embargo…"*

Se levanta despacio.
Algo le dice que no es tan fácil. Que esto no es una resaca normal.

Va a hacia la cocina. Necesita un trago enorme de agua que le espabile.
No escucha sus pisadas.
No hay ruido ambiente.
Pero la sensación le es familiar.

Hace unos años tocaba la guitarra en un grupo de Shoegaze.
Digamos que la moda duró poco, al igual que su carrera musical.
-*"De haber seguido en la banda, probablemente hoy estaría sordo del todo."* –comenta a menudo.

Es cierto que no oye demasiado bien. Y le jode. Tiene que acercarse mucho cuando le hablan, como si fuera un anciano.

A veces volvía de un concierto y el chasquido en los oídos le duraba tres o cuatro días.

Por eso no se extraña.

Se sirve un vaso de agua realmente fría, y se sienta en una vieja silla de mimbre. Todo está tranquilo.
Se mira la ropa.
-*"¿Qué coño hago vestido?"*
Va al salón.

-*"Maldito idiota, ya tienes una edad… No puedes cogértela gorda un lunes joder…"*

Mira por la ventana.

Ni un solo coche.

-*"Demasiado tranquilo…"*

Va hacia la tele. Pero la tele no se enciende.
Toca el interruptor.

-“Magnifico, han vuelto a cortarme la corriente”.

De repente una gran presión surge desde los oídos hacia dentro de su cabeza.
Las orejas le arden.
Se sienta.
Se toca las orejas.
Un grito de dolor.
Cree que ambas orejas se han caído al suelo.
Se mira las manos que supone empapadas en sangre.
No hay nada.
El sonido de alarmas de coches empieza a llegar, ascendiendo poco a poco del silencio.
Quiere asegurarse de que sus orejas siguen ahí, pero no se atreve a volver a tocarlas.
La presión se hace insoportable.
Se recuesta.
Ahora, nauseas.
Está realmente jodido.

Necesita reaccionar.

Lo sabe de sus grandes colocones.
Una ducha podría reanimarle.

Va a la ducha.
Aparta los montones de ropa sucia que se acumulan en el baño, como el resto de sus cosas por el piso de soltero.
Se desnuda. Va a meterse bajo el chorro, cuando al pasar ante el espejo ve que algo tiene en el cuello.
-*“¿Pero qué…?”*
Son los cascos.
-*“Joder, estoy fatal”.*

Tras una ducha rápida se pone un chándal de andar por casa.

Echa un vistazo a su habitación, aun con la duda de si va a encontrar a una muchacha tendida en su cama.
-*“Negativo”.*

A pesar de ser un tipo medianamente atractivo, desde que lo dejó con su última y única novia, azafata del aeropuerto y con la cual planearon vivir juntos y revueltos en el cuchitril que ahora tiene por casa, no puede decirse que le vaya muy bien con el sexo opuesto.
Es un tipo enamoradizo.
Es un tipo más bien sosete, todo sea dicho.

Vuelve al salón.
Ya está mucho mejor.
El típico pitido post-ruidismo persiste. Nada nuevo.
–“¿Qué coño me dio por escuchar ayer para estar tan puteado?”

Revuelve entre sus discos.

Capítulo 3:

El controlador está desayunando.

-*"Sé que tenía que hacer algo hoy…"*

Se aburre y decide ir a por la prensa del día.
-*"Un momento, ¿qué hora es? Las 9:05 AM. Perfecto."*

Cuando pasa por delante de la ventana del salón, la sorpresa.

-*"No hay coches circulando… Raro".*

Por el rabillo del ojo le llega nueva información.

-*"¿Ropa tirada en la calle? ¡Pero qué coño…!"*

Se fija bien.
-*"¿Mas ropa? ¡Joder…! ¿Ahí también? ¿Y ahí? ¿De qué va esto?"*

Ha cogido un abrigo.
Bueno es más bien una chaqueta negra de forro polar.

Se pone sus deportivas de tela roja.

Baja corriendo a la calle.

En la puerta del portal, una maraña de ropa la mantiene apenas abierta. Por el hueco que queda, entra silbando una ráfaga de aire frío.

Se agacha y coge la ropa. Es una chaqueta de lana gorda de rombos, una camisa desgastada, unos pantalones de pana, unos calzoncillos, unos calcetines viejos y unos zapatos de cuero marrón con agujeritos.
-*"Cualquiera diría que es la ropa del vecino de abajo. Ese viejo loco…"*

La deja sobre los buzones de correo.

Sale a la calle.

Las alarmas de los coches ya no suenan.
No suena nada.

Nada se mueve.
No hay nadie en toda la calle. Lo cual es extraño, pues es una avenida principal.

No anda mucho y ve otro montón de ropa.
Un vestido ancho. Zapatos de goma como de enfermera. Un bolso. Unas bragas. Un sujetador. Un collar de perlas horroroso. Una correa de perro.

-*"Debe ser una broma. Debo estar soñando. Esto no tiene ningún sentido".*

Avanza y los conjuntos se suceden.
Todos ellos unipersonales.
Ropa de personas sí, pero…
-*"¿Y las personas?"*

Un coche está parado en medio de la carretera.

Se acerca. En el asiento del piloto, otro montoncito de ropa.

Vislumbra humo al final de la calle, cerca de una rotonda.
La calle es cuesta abajo y allí se acumulan unos cuantos vehículos.
-*"Sí, parece que ha habido una colisión".*
Bastante desordenada por cierto.
Isaac se asoma.
No hay heridos. Sólo ropa.

-*"Vale me vuelvo a casa. Estoy flipando. No sé qué me habré metido".*

Un gemido le llega. Pero, ¿desde dónde?

Mira a un lado y a otro.
El gemido cesa.

Regresa dirección a su casa, lugar seguro, cuando… ¡Zas!
Un hombre grande, por no decir gordo, dejémoslo en una palabra que me encanta, rubenesco, le agarra del brazo.

-*¡Chico! ¡Chico reacciona!* –grita el hombre.
-*¿Qué…? ¿Quién eres?*
-*¿Qué narices está pasando? ¿Esto es una broma o algo? ¡Dime!* –parece algo alterado.

Isaac no dice nada.

-*Escucha, chico, no me jodas…*

Isaac se cansa.
-*Señor, no tengo ni puta idea de qué coño va todo esto. ¿Lo sabe usted?* –no acostumbra a utilizar palabras malsonantes, pero la situación lo requiere.

3,2,1,0. Comienza una canción.

Vuelve el intenso dolor.

El hombre sudoroso vestido de obrero y ya entrado en años, e Isaac, se miran. Isaac corre.
El hombre trata de llevar su corpulenta carga tras Isaac. Ante el amenazante hilo musical que retumba por todas partes, se ajusta sus cascos de operario de martillo percutor.

Isaac llega al portal y sube a su piso. Sabe que necesita los cascos, aquellos con los que trabajaba en la pista del aeropuerto.
Mientras corre le parece sentir un dejaví.

Va hacia la caja en su habitación. La caja está vacía. Todo esparcido por el suelo.

-*"¡Joder, claro! En el baño".*

Los oídos comienzan a sangrarle. Esta vez de verdad.
Las piernas ceden. Se arrastra por el pasillo. Llega gateando al baño.
Ahí, en el suelo, donde acaba todo en esta casa, los cascos.
Extiende la mano.
Se le nubla la vista.

Ve aparecer un pie. Un tobillo y una pierna del calibre de su torso.
Unas enormes manos cogen los cascos y se los pone.
El ruido cesa.
De fondo sigue intuyendo la canción. Pero ya no duele.

El hombre rubenesco le levanta bruscamente y le hace señales.

La canción termina.

El hombre se separa un auricular de la oreja y con suma atención tantea el ambiente. Dice algo.

Isaac no lo oye.

El hombre hace señas para que se quite los cascos.
Con las manos extendidas y una sobre la otra a la altura de su pecho, las mueve repetidas veces a derecha e izquierda juntándose de nuevo sobre su pecho.

-*"Supongo que todo ha acabado".*

Isaac se quita los cascos.

El hombre sonríe mientras observa el panorama.
-*Tranquilo, amiguito… Yo también soy un soltero guarrete.*

Capítulo 4:

El controlador ha puesto una canción. Mientras sonaba ha caminado por algunas calles de algunas ciudades. Ha visto gente con protecciones para los oídos y se las ha robado.

Isaac y el hombre corpulento están sentados en el salón de Isaac, tomando unas cervezas ofrecidas por este, como buen y agradecido anfitrión que es.
El muchacho intenta arrancar la conversación.

-*Gracias por ayudarme.*
-*No hay por qué darlas, chaval.*
-*¿Cómo te llamas? Yo soy Isaac.*
-*Víctor.*
-*Encant….*

Comienza de nuevo una canción.

Esta vez la reacción de Isaac y el sudoroso Víctor es más serena y automática.

Capítulo 5:

El controlador ha llegado a su reproductor y ha puesto otra canción. Pasea por las ciudades para asegurarse de que nadie se cubre los oídos. También lleva su flauta.

-*…Estaba trabajando con el martillo en un hoyo, y ví que mis compañeros empezaban a retorcerse de dolor. Quería saber qué pasaba y me quité los cascos para preguntar, pero sentí un pinchazo terrible en la sesera, así que me los volví a poner. Todos cayeron a mí alrededor. No he podido hacer nada.*
-*Ya…* -responde Isaac, sin mucho que aportar.
-*¿Y tú?*
-*¿Yo? Bueno, puede decirse que yo estoy medio sordo. Trabajé cerca de los motores de los aviones y estuve en un grupo que tocaba…* -duda- *…Muy alto.* – se le escapa una risita tonta al usar esta definición para su vieja banda de noise.

Ambos se miran y permanecen sin abrir la boca alrededor de un minuto.

-*Bueno entonces, ¿de qué coño va todo esto?* –arranca Isaac.
-*Si crees que sé algo es que estás loco.*

Por otro instante se mantiene el silencio y la tensión, pero es rápidamente interrumpida por Isaac.

-*Creo que seguir dudando el uno del otro no va a llevarnos a nada.*
-*¡Claro hombre! Yo no dudo de ti. Casi te veo morir hace un momento.*
-*Si, eso es cierto. Y… ¿Qué crees que debemos hacer?*
-*Bueno, mira, yo no soy muy listo, pero tengo la impresión de que si sabemos que aquí al menos hay dos tíos vivos, que se encontraban a una calle el uno del otro, por una regla de tres simple de esas, debe haber más gente viva por ahí, ¿no? Es tan sencillo como que vayamos y nos juntemos. Igual esto tiene una explicación razonable. No sé, quizá una bomba o un incendio en un….* –pero mientras Víctor trata de estrujarse el cerebro, es interrumpido por Isaac.
-*¿Vivos? Espera… Espera…. ¿Qué significa eso de vivos? Es decir… ¿Crees que el resto están muertos? Joder, no me jodas. Eso no puede ser.*

Víctor se limita a mirarle y a subir los hombros.

Permanecen en la estancia largo rato.
Es obvio que Isaac no quiere irse del lugar que considera seguro.
También es obvio que Isaac no quiere creerse nada de esto.
Prefiere pensar que le han pasado alguna mierda chunga en un garito. Que quizá el gordo que hay sentado a su lado sea un enorme puerta de algún país del Este llamado Miroslav.

Finalmente, ante la insistencia de Víctor, deciden comer algo, bajar a la calle y seguir su plan.

Isaac viste aun con el chándal gris que hace las veces de pijama, el forro negro, y las zapatillas deportivas rojas.
Víctor, con su mono de la obra y un abrigo que ha cogido de un montoncito que había tirado.
Llevan comida y bebida en una mochilita.
Mochilita porque es pequeña.

Ambos llevan cuchillos de cocina de la casa de Isaac, “por si las moscas”.

Después de tres horas no han visto a nadie.
Solo montones de ropa.

-¿Por qué no hay cadáveres? Es decir, ¿la gente estaba ahí, entre la ropa y ya no está?
-Isaac, ya te he dicho que no me gusta dármelas de listo, pero sí. Yo diría que la gente estaba ahí, ¿sabes? Pero ya no está. Eso es seguro. Eso es lo que me inquieta.
Isaac asiente no menos tranquilo. Pero Víctor prosigue.
-Eso, y lo de la música. Parece que tratan de matarnos con canciones que vienen de la nada. ¿Qué sentido tiene eso?

Como es una pregunta retórica y está cansado, Isaac sigue andando sin decir nada.

Pasan las horas.

Tras largo rato caminando sin nada que decirse, Víctor exclama emocionado.
-¡Ya lo tengo!
-¿Qué...? ¿¡Qué tienes!?
-Muy sencillo. Si la gente desaparece porque les estalla la cabeza o lo que sea con el ruido ese, la gente que no puede oír nada seguirá vivita y coleando, ¿no?
-Correcto.
-¡Coño, ahí lo tienes! ¡Los sordos!

Visto así parece bastante obvio. Pero Isaac duda. No conoce a ningún sordo.

-¿Conoces a algún sordo? –le pregunta a Víctor.
-Sí, por eso me he dado cuenta: Tengo una amiga, bueno una vecina, bueno, el caso es que es sorda, de esas que habla con las manos, ¿sabes?
-Perfecto. Vayamos a donde vive y veamos si está viva.

Van a casa de la amiga, es decir, la vecina de Víctor, y no hay nadie.
Lo saben porque tras derribar la puerta han visto que no hay nadie.
Víctor no coge nada de su casa.
Al rato se da cuenta de que "el club de los sordos", según sus propias palabras, se reúne a menudo a hablar en un parque cercano.
-*"¿Hablar? Qué cachondo*".- Isaac no sabe si reír o llorar.

Van al parque.
La luz es extraña. Es todo muy gris.

Llegan al parque.
De lejos ven un grupo de persona de pie.

-¡Son ellos! ¡Los sordos!

Se acercan. Ambos llevan una sonrisa bastante absurda para tratarse de dos tipos en una ciudad en la que todo el mundo ha desaparecido sin ninguna explicación, mientras se aproximan a un grupo de gente con el cual no son capaces de comunicarse fluidamente.

Algo sobresalta a Isaac.

-Un hombre raro vestido de blanco ha aparecido detrás suyo. ¿Lo ves?
-Qué va. Estarás medio sordo, pero tienes una vista cojonuda.

-Es muy extraño. No me da buen rollo.
-Será otro sordo. No te preocupes, chaval.

El hombre de blanco comienza a tocar la flauta.

La melodía es imperceptible para Víctor e Isaac. Sin embargo la misma sensación que cuando sonaron las canciones les recorre.

Instintivamente se ponen los cascos.

Se agachan y se cubren tras unos setos.

Sólo observan.

Observan y ven como los sordos empiezan a caer al suelo.
Víctor ve a su vecina. Con evidente gesto de impotencia se pone en pie y trata de ir a por ella. Isaac le detiene.

Isaac decide que lo mejor es alejarse de allí.

Arrastra a Víctor que con los ojos brillantes y los dientes apretados, no aparta la mirada del grupo que poco a poco desaparece.

Capítulo 6:

El controlador se está haciendo la cena. La mete en papel de plata. Coge un Zumo de piña y vuelve a pasear.

Son las 23:00 PM.

Víctor está sentado con la cabeza entre las rodillas lamentándose.

Isaac mira al cielo.
-*Oye, no anochece. Aun es de día.*

Víctor levanta la vista. Vuelve a bajarla con cara de pocos amigos.

-*El Sol sigue en el cielo* -prosigue- *pero es más pequeño… Pero es el Sol. Eso es seguro.*

Están detrás de un edificio alto de color blanco con las paredes agrietadas.

Isaac pasea. Da vueltas en círculos.
-*¡Debería anochecer!* –concluye.
-*¿Qué cojones importa eso, eh?*
-*Vale. Vale.* –Isaac decide no molestar a su fornido compañero durante un tiempo.
Se sienta.
Al rato se recuesta.
Al rato está dormido.

Capítulo 7:

El controlador está durmiendo.

-*¡Eh! ¡Muchacho! ¡Vamos, despierta!*

Isaac abre los ojos.
Una enorme figura a contraluz le incrimina.

-*"No puede ser que no sea un sueño".*-piensa.

Se levanta y toma conciencia de que Víctor es real. Lo de ayer fue real.

Ayer, por llamarlo de alguna forma.

Son las 04:28 AM.

El Sol luce igual que hace unas horas.
La luz sigue siendo gris.

-*Venga, no podemos quedarnos más aquí. Tenemos que seguir buscando.*-grita Víctor.

-*"Al menos parece que esta de mejor humor".*

Pero Isaac no tiene buendespertar.

-*Vale. ¿Qué pasa? ¿Qué hacemos?*
-*Toma, he ido a buscar algo de comer. He cogido unos bollitos en una tienda.*
-*Querrás decir que has robado unos bollitos.*
-*Chico, tú no te enteras de nada, ¿no?*
-*Además…*- pronuncia despacio entre bostezos- *…Soy celiaco. No puedo comer gluten.*
-*Son bollos. De los de toda la vida de la merienda.*
-*Ajam. Que tienen gluten.* –Isaac está acostumbrado y no le da mayor importancia. Por ahora.
-*Vale, chaval, si tú lo dices por mi bien. Al menos te gustará la mortadela, ¿no?*- saca un paquete de mortadela del bolsillo de atrás de su mono- *Pensaba guardarlo para media mañana, pero yo voy tirando con los dulces estos.*

Víctor le lanza el embutido al aun somnoliento Isaac, y comienza a andar dando fuertes pisotones mientras termina su desayuno.

Tras media hora de caminata han vuelto al barrio de Isaac. Por inercia.
Y precisamente ahí, encuentran lo que andaban buscando.

Un coche se mueve.

A pesar de la emoción inicial, permanecen cautos y analizan la situación mientras se acercan.

Parece un coche caro.
Un deportivo.
El vehículo está envistiendo a una pequeña furgoneta gris que tiene delante, y poco a poco esta se va desplazando.

-*¿Qué coño hace?* –Víctor no termina de entender lo que ve.
-*Creo que intenta apartar los otros coches que taponan la carretera.*
-*Pero si está toda igual de atascada.*
-*Ya…*

Se acercan un poco más.

Dentro hay un hombre de mediana edad, con grandes patillas recortadas, y engominado hacia atrás, de forma que su cabello brilla como si fuera de plástico.
Lleva una camisa algo abierta y un cigarrillo encendido en la boca.

Su cara es de absoluto disfrute.

Deciden abordarle.
La mano en los cuchillos de cocina.

-*¡Oiga, señor*! –grita Isaac. Pero el ruido del motor y la nube de goma y embrague quemado hacen imposible la comunicación.

-*¡Señor! ¿Me oye*? -insiste.

Víctor toca el cristal.

El tipo se sobresalta. Duda. Pero vuelve a sonreír y sale del coche extasiado.

-*¡Amigos! ¡Amigos míos! ¡Qué alegría! ¡Queeeee alegría!* –exclama.

Se saludan cordialmente.
Quizá demasiado.

-*Pensé que estaba solo en el mundo. Me alegro de que no sea así.*
-*Sí… Nosotros también nos alegramos*. –responde Isaac.

El tipo permanece mirándoles con una sonrisa tontorrona.
Finalmente arranca.
-*Mi nombre es Cilindros... Bueno todo el mundo me llama Cilindros, ¿sabéis?* –ríe solo-. *Soy taxista. Pretendía sacar esta preciosidad a correr un poco.*
-*Pues lo tienes difícil, porque todas las carreteras están igual de llenas de coches vacíos*. -añade el hombre del martillo neumático.
-*Vaya… Lastima*… -da una calada al consumido pitillo- *Y decidme, ¿cómo os llamáis?*
-*Víctor, amigo.*
-*Yo Isaac.*
-*¿Y a que os dedicáis? ¿Sois perforadores del Metro o algo así?*
-*¿Perforadores? ¿Por qué lo dices*? –pregunta Isaac incrédulo.
-*Por los cascos esos enormes que lleváis al cuello.*
-*Ahhhh… ¡Qué va! Esto es por el ruido, ya sabes. La extraña música que a…*

Son interrumpidos bruscamente por los gemidos de algo que parece un animal.

Pero no es un animal.

-*¡No me jodas!*
-*Es una chica, ¿no? Ese bulto de ahí es una chica levantando una mano, ¿verdad?*

El taxista permanece inmóvil sin decir nada.
Isaac corre hacia algo que se arrastra gimoteando metros más allá, en la misma calle.

-*¡Isaac, muchacho! ¡No te precipites! ¡No sabes que es esa cosa!*

Pero Isaac llega y efectivamente es una chica.

-*Hola. Tranquila. Tranquila. Vengo a ayudarte. ¿Qué te ocurre? ¿Estás herida?*
La chica sólo emite un extraño sonido.

-*¡Chaval! ¿Qué pasa?* –Víctor, que no ve tres en un burro, mira al taxista que sigue contemplando la escena casi impasible.- *¿Deberíamos ir?*
-*Ni guarra. Creo que es una zorrita. El chico la ha levantado y parece que está bien fresca.*

Víctor corre penosamente hasta ellos.

Llega y la chica que se ve muy alterada, hace rápidos aspavientos y señas de que la sigan.

Tiene heridas en los pies.

No lleva zapatos.

-*Es muy extraño. Parece que no puede hablar.*

Víctor se percata.
-*¡La hostia, como que es sorda!*

Isaac se sorprende de su estupidez incipiente.

-*Quiere que vayamos con ella a un edificio cercano.*
-*¿Cómo lo sabes, Víctor? ¿Entiendes el lenguaje de señas?*
-*Qué va. Solo presto atención.*

Cilindros se acerca con gran pachorra.
-*"Sí que esta buena la jodia*" –se dice.

Siguen a la chica, que medio cojeando inicia una ligera carrera.
Cruzan por delante del quiosco donde Isaac compra todas la mañana el diario.
No mucho después llegan a un edificio de oficinas.
Isaac y el taxista entran con ella. Víctor tarda un poco más en llegar.

La chica les lleva hasta uno de los grandes ascensores del hall.

Dentro de la cabina del mismo, hay un hombre de unos cuarenta años tendido.
Tiene la cabeza rodeada por diferentes telas.
Viste pantalones oscuros de traje, camisa blanca y corbata negra.
En el bolsillo de la camisa lleva enganchada una acreditación.
Pueden verse manchas de sangre en las telas de la cabeza y las paredes.

-*¿Está vivo?* -pregunta Isaac.

La chica afirma con la cabeza.

Isaac le retira el gurruño que le envuelve el rostro, que resultan ser dos chaquetas, una de finos encajes, presumiblemente de ella, y una de traje de varón.

Tras unas discretas gafas redondas, los ojos están cerrados.
Los oídos muestran evidencias de haber sangrado bastante. La sangre está oscura y seca alrededor de las orejas.

-*Tenemos que ayudar a este hombre.*

Capítulo 8:

El controlador se levanta. Mete una rebanada de pan blanco en la tostadora.
Lanza una galleta a su perro. Sonríe.

Isaac y el taxista hacen un viaje a la tienda de alimentación que Víctor había encontrado hacía unas horas, para traer comida y bebida a la chica y al hombre.

Al rato, este despierta.

-Ella me salvó la vida. La canción del hilo musical cambió y la cabeza parecía que me iba a estallar. Me tapé los oídos con fuerza, pero fue ella, que vio como sufría, que puso sus manos contra las mías y apretó sin cesar. Luego se quitó su chaqueta y me envolvió la cabeza con ella mientras seguía cubriéndome los oídos. Pensé que iba a morir. Me desmayé y cuando desperté ella seguía a mi lado protegiéndome. Ni siquiera sé cómo se llama.
-Ingrid. –dice ella con una voz más propia de un troll de cuento que de una joven y hermosa muchacha. Posiblemente su única palabra.
-Es sorda.
-Pero sabe leer los labios. –añade el hombre. *-Yo soy Francis.*
-Francis. –repite Víctor con cara de tonto mientras sus ojos no se separan de la chica.
-Sí. Trabajo aquí, soy ingeniero.
-Yo… - reacciona *-Yo soy Víctor*.
-No entiendo que me ha pasado, Víctor. Ha sido una bomba, ¿no? ¿Un ataque terrorista?
-No, no. Bueno, no sé.
-¿Entonces por qué no llamáis a un médico? Necesito ir a un hospital. ¿Estamos atrapados?
-No. Verás, es que no hay nadie. Nadie en ningún lado. ¿Sabes? Todo el mundo ha desaparecido. Se han desvanecido.
-¿Han muerto?
-¿Qué? Emmmm… No sé. Quizá… No lo sé.
-Escucha, Víctor, pareces un buen tío, necesito que me digas qué está pasando. Necesito saber… - pero las palabras en su cabeza se van descomponiendo. Puede ver las letras volando. Pasan de ser todas iguales y aburridas, a tener diferentes colores y texturas. Al rato explotan como burbujas, y unos robots las atraviesan con sus bayonetas mientras avanzan ceremonialmente como si de un desfile militar soviético se tratara.
Repentinamente los robots son aplastados y convertidos en cubos de chatarra por una trituradora de desguace.

-Robots… ¡Morid, hijos de perra! – pronuncia inconsciente, mientras Víctor e Ingrid tratan de reanimarle dándole palmadas la cara.

En su mente el desfile prosigue. Pero ahora es él, con sus gafas habituales, las mismas que había llevado toda la carrera, con las que se había licenciado en matrícula de honor, pero vestido todo de blanco, el que desfila sonriente por un prado verde.
Su cara con una siniestra sonrisa que parece dibujada, por un momento hace que el terror se apodere de su mente.
Sobresaltado abre los ojos.
La luz alógena le ciega.
Sigue en el ascensor.

A su lado, Isaac.

-Llevas inconsciente catorce horas. Pensábamos que tendríamos que dejarte aquí.

Capítulo 9:

(14 horas antes)

El controlador se levanta. Mete una rebanada de pan blanco en la tostadora. Lanza una galleta a su perro. Sonríe.

Isaac sabe que la chica y el hombre del ascensor necesitan comer algo y sobretodo beber agua, de inmediato.
No se fía lo suficiente de Cilindros para dejarle al cuidado de ellos.
Le dice a Víctor que se encargue. Este acepta.

Tras recibir instrucciones de cómo llegar, Isaac y el taxista emprenden la marcha.
Pasan de nuevo frente al deportivo.

-*Es una lástima ¿sabes?* –dice Cilindros, con su habitual tono chulesco.
-*Perdona, ¿qué?*
-*El buga, es una lástima. Tener que abandonarlo ahí porque la peña ha dejado todo enguarronado.*
-*Dices la gente que ha muerto, ¿no?*
-*Bueno eso está por ver. La gente hace de todo con tal de no ir a currar.*

Isaac pasa del tema. Pasa del tío.

Llegan a la tienda de alimentación.
Se disponen a entrar pero escuchan cristales rompiéndose y revuelo dentro.
Voces.

Se apartan.

-*¡Escondámonos!* –dice el conductor de taxi.

Agachados tras un coche ven salir de la tienda a tres hombres.

Isaac va a asomarse a iniciar su presentación amistosa.

Cilindros se lo impide.

-*Si quieres morir, es cosa tuya.*

Las palabras del taxista le perturban.

-*¿Morir?*

Antes de que una respuesta sea posible, aparecen otros tres tipos por la acera de enfrente.
Dos de ellos van sonrientes y gritan algo jocoso. El tercero sangra por diferentes partes de su cara, y lloriquea. Parece que suplica algo. Le tiran al suelo.
Los tres primeros cruzan la calle.
El chico, un adolescente de unos dieciocho años, rodeado de los cinco tipos, algo más mayores que él, y que parecen formar parte de una banda por su ropa similar, intenta negociar que le dejen en paz.

Es infructuoso.
Comienza a recibir patadas mientras trata de protegerse la cabeza desde el suelo.

Isaac no sabe qué hacer.
Se gira pero el taxista ya no está.

-*¿Cilindros?* -susurra.

El taxista sale de la tienda con provisiones.
Ha aprovechado el despiste.

-*¡Vámonos de aquí! ¡Corre!*
-*No podemos dejar a ese chico. Van a matarle.*

Antes de que Cilindros pueda impedírselo, Isaac se levanta de su escondite y les increpa.

Los cinco tipos se giran sorprendidos.

-*Mira tío, no sólo vamos a cargarnos a este pringado, si no que contigo vamos a pasarlo bien dándote por culo. Esta ciudad es ahora nuestra, gilipollas.*

Apenas diez segundos después, navajas y bates en mano, los pandilleros rodean el coche tras el que están Isaac y Cilindros.

-*Prepárate para disfrutar porque te vamos a abrir de arriba abajo mientras disfrutamos con tu…*

¡Bang! Sonido de detonación.

El supuesto cabecilla cae muerto de un disparo en la cabeza.
Cilindros todavía está agachado tras Isaac.
En una mano sostiene una pistola automática aun humeante.
En la otra, los víveres.

Los cuatro hombres restantes se dan a la fuga.

-*¡Pero qué coño…!*
-*Isaac, chaval, déjate de mamoneo, vámonos cagando hóstias. Esos cuatro pueden estar avisando a más de los suyos. ¡Corre!*

Isaac esta medio en shock.
Nunca había visto antes un arma de fuego real.
Y mucho menos un asesinato en directo.

Doblan dos esquinas y una voz llega tras ellos.

-*¡Esperadme, por favor!*

Es el chico de dieciocho años.

Tal ha sido el impacto de lo sucedido que Isaac lo había olvidado por completo.
-*¡Corre, ven con nosotros!*

Pero no se mueve.

Mira a Cilindros. Está tieso apuntando con la pistola al chico.

-*¡Baja el arma, joder! Es el chico al que estaban a punto de cargarse*.

El taxista duda.
Por un momento Isaac visualiza la muerte del chico.

Finalmente tras una evidente lucha interna, la pistola vuelve al pantalón.
-*¡Vamos, chavales!* –es el grito de aprobación.

Los tres llegan al edificio de oficinas.

Llevan el alimento y la bebida al ascensor.
El hombre herido, que resulta ser un ingeniero llamado Francis, tras haber despertado unos minutos, ahora sigue inconsciente.

El chico se presenta.
Se llama Benjamín.
-*…Pero mis amigos me llaman Ben.*

Toca la batería en un grupo Rap.
-Estaba ensayando, y siempre que toco llevo estos cascos to guapos. Los de mi grupo empezaron a fliparlo y se desvanecieron. Literalmente, tíos.

Isaac aprovecha mientras el chico cuenta su historia para preguntarle a Cilindros discretamente el motivo de que este lleve un arma encima.
Este, en vez de contestar, pronuncia en voz alta:
-¡El lugar no es seguro! ¡Debemos marcharnos de aquí!
-¿Por qué? ¿Qué narices ocurre ahora? –pregunta Víctor.
-Los pandilleros que atacaron al crío pueden encontrarnos aquí. Se nos ve demasiado en este recibidor acristalado.
-¿Qué pandilleros? ¿De qué hablas?
-Víctor, es una larga historia -dice Isaac.
-Si tío, me han salvado el culo de…
-Ben, te llamabas Ben, ¿verdad? ¡Cierra el pico bonito! ¡Nos largamos! – interrumpe con refinada educación el taxista.

-*"Lo peor de todo es que Cilindros tiene razón. Y además le debo la vida".*

Víctor, David y el joven Benjamín, recogen algunas cosas y salen del edificio en busca de un lugar más seguro donde refugiarse.

Isaac se queda en el ascensor cuidando de Francis mientras los otros tres hombres exploran.

Ingrid cae rendida de cansancio y duerme, también en el ascensor.

El ingeniero se despierta.
Son las 22:02 PM.

Capítulo 10:

El controlador lleva todo el día de acá para allá. Cena una bandeja de comida precongelada mientras ve en su televisor un programa de variedades de los años 50. Acaricia a su perro. No se va a dormir.

Han trasladado el "campamento" a un patio de un edificio grande. Una especie de fábrica.

Tienen una hoguera y alrededor cojines de los sofás del hall del edificio de oficinas a modo de camastros.

Se terminan la comida que habían conseguido de la tienda de alimentación.

-*Lo mejor será dormir un rato.* –dice Isaac.

A pesar de ser las 00:40 AM, no es de noche.
Aun así, todos asienten y quedan reposando en círculo con el hogar en el centro.
Se oyen ronquidos.

El taxista sin embargo no duerme.
Observa a Ingrid que está tumbada enfrente suyo.
Su mirada lasciva la desnuda y recorre su cuerpo una y otra vez.
Es una chica realmente bella.
Le calcula una edad de unos veintimuchos, más o menos como a Isaac.
Su pelo moreno ondulado cae graciosamente sobre el vestidito color rosa salmón con pequeñas flores verdes, que le estorba la vista.
Se tapa con una fina chaqueta manchada de sangre.

-*"Joder, la partía en dos aquí mismo. ¿Qué me lo impide? ¿Estos panolis?".*

Decide acercarse por detrás y se tumba encajando su pelvis con la de ella.

Ingrid se despierta, y con cara de susto esboza una inocente sonrisa.

Se aleja.
Él, insiste.

Ella se gira.

Están pegados, pero ella le separa con las manos delicadamente, casi rostro con rostro.
Él le lame la cara. Ha perdido el control.

-*Me da igual que seas un monstruito que no puede hablar ni escuchar. Mucho mejor.*

Ella trata de avisar a Isaac que duerme cerca de ella.
Él la tapa la boca y la rodea con su otro brazo.

La arrastra del pelo hacia atrás.

Ella se levanta y corre unos metros.
Él la alcanza y la tira al suelo.

Se han alejado de la hoguera. Lo tiene mucho más fácil. Se agarra el paquete.

Ella trata de huir arrastrándose a cuatro patas y gruñe.
Él levanta el vestido y la agarra del pelo.

-*Tú no te escapas, zorrita. Esto te va a encantar.* -le dice al oído.

Ella llora.
Él aparta a un lado sus bragas, pero como si de un castigo divino se tratase, una sombra le golpea en la cara y sale volando hacia atrás, desvaneciendo sus bajas pasiones.

Abre los ojos. Nota la sangre fluyendo desde su nariz.
Empapa su boca. Se desliza por la barbilla.
Su sabor salado inunda su boca.
Víctor, el obrero gordo y sudoroso, de bigote espeso y algo canoso, ayuda a levantarse a Ingrid.
-*"¿Está de espaldas y desprevenido ayudando a la cerda en vez de rematarme? No tiene gracia si me lo pone así de fácil".*

Se lanza sobre el obrero.

El taxista es ducho en el arte del reparto de guantazos a mano desnuda.

Víctor, a pesar de ser un hombre fornido, recibe varios golpes en la nuca y riñones y cae de rodillas.

Una patada en la cara le hace doblarse.

Cilindros disfruta del juego.

Isaac abre un ojo. Siente que algo no va bien.
Sólo ve a Ben a su lado, y a Francis el ingeniero enfrente.
Se incorpora, y asustado mira a su alrededor.

La luz es grisácea. Los colores han perdido intensidad.
Cuesta distinguir los objetos habituales que ahora parecen estar apagándose.

Tras una pieza de máquinaria oxidada en una zona descubierta del patio, ve una nube de polvo que se mueve.
Se acerca despacio.
La chica surge ante sus ojos en dirección contraria.
-*¿Qué pasa? ¿Qué…? ¿Qué ocurre? ¿Qué te han hecho?*

Ingrid hace gestos de pelea.
Le señala que vaya en ayuda de Víctor.

Isaac se bloquea al ver a esa chica llorosa, con el pelo revuelto y magullada.
Ella le empuja. Le arrastra de la mano.

Se acercan a la pelea.

Víctor se ha levantado y se propinan fuertes golpes entre ambos.

Isaac corre. Apenas faltan unos metros para alcanzarlos, cuando detrás de los contendientes, entre el humo del polvo levantado, distingue la figura de un hombre vestido completamente de blanco. Estático. Premonitorio.

Sabe lo que eso significa.

Víctor le propina un golpe descendente con el puño cerrado en la cabeza a Cilindros que cae de rodillas. Aprovecha para cogerle por detrás a modo de estrangulamiento.

El taxista trata de alcanzar la pistola automática que lleva en su pantalon, sujeta con el cinturón a su espalda.

Isaac no tiene tiempo para dudar. Sabe que la música va a empezar, sus cascos están en la hoguera, en su catre improvisado.

Comienza a correr en su busca.

La canción comienza y segundos después Isaac aterriza sobre sus cascos y se los pone.

Ben se despierta y hace lo propio.

El ingeniero comienza a gritar de dolor.

El joven Ben le tapa los oídos, cubriendo su cabeza con toda la ropa que tiene cerca.

Isaac regresa a la pelea con los cascos del obrero en la mano.
Pero este está tendido ya en el suelo retorciéndose.
El taxista la patea.
Ingrid llora sin saber qué hacer.
Isaac se acerca pero el taxista se gira y le repele de un empujón.
El taxista ríe a carcajadas jactándose de su propia mezquindad.

-*¡Eso! ¡Sufre! ¡Retuércete ante mi poder! ¡No sois nada para mí!*

Isaac trata de golpearle.
Podría decirse que es un tío más bien enclenque.

Cilindros vuelve su ira contra Isaac y su irrisorio ataque. Le derriba y rodeándole con las piernas ya en el suelo, le golpea el rostro con los puños sin parar.

Ingrid gime y le propina pequeños golpes en la cabeza lo cual hace que Cilindros se crezca más, riéndose de sus rivales.

La canción continúa.

El taxista sigue golpeando a Isaac y decide quitarle los cascos.

-*¡Tú y tus putos cascos! ¡Vaya panda de pringados!*

Los lanza a unos metros.

Isaac se encoge ante el ruido insoportable.

De repente, un destello.

La cara de Cilindros cambia. Cae al suelo escupiendo sangre.
Isaac recupera sus cascos.

La canción termina.

Ingrid está inmóvil con la pistola que le ha arrebatado del pantalón al taxista aun entre sus manos.
Isaac la mira.
Ella tras ser consciente de lo ocurrido, la deja caer.
Isaac la abraza.

Durante un instante el tiempo parece detenerse, pero Isaac recuerda a Víctor.

Se separa del cuerpo de la joven y mira allí donde cayó el rubenesco personaje.
Pero no está.
Sólo su ropa.

Una risa entrecortada.
-*Muy bien, putita… Muy pero que muy bien. Pensé que eras una zorrita tonta* – Cilindros tose mientras la sangre le fluye por la boca- *…Pero he de reconocer que eres lista. Sí… Una guarilla muy lista*.
Tose.

Isaac se lanza sobré él.
-*Jodido bastardo, ¡mira lo que has hecho! Mi amigo ha muerto por tu culpa*.
Cilindros ríe.
-*No me hables de morir. Tu putita me ha metido un buen tiro por la espalda, ¿no crees?*

Isaac no sabe si debe ayudarle, rematarle o dejarle ahí mismo desangrándose.
Entonces se da cuenta.
-*Un momento, durante la canción, tú no llevabas cascos. Ingrid es sorda, y puede soportarlo, pero tú no eres sordo. ¿Cómo coño lo has hecho para que la música no te afectara? ¿Y cómo sobreviviste las otras veces que sonó?*

El moribundo desconcertado responde:

-*Amigo no se de coño me estás hablando, yo nunca he escuchado ninguna música.*

SEGUNDA PARTE.
HUIDA.

Capítulo 1:

El controlador no está en casa. Toca la flauta. Juega al escondite.

El Sol es cada vez más pequeño.
No anochece y ya no hay colores.

Han pasado dos días y los cuatro han cambiado de lugar a razón de dos o tres nuevos escondites por día.
Ya no buscan más supervivientes. Porque saben que los hay.
Pero no quieren conocerlos.

Además, los "asaltantes", como ellos los llaman, son inmunes a la música.
Van por ahí sin importarles nada.
Sin medida.

La ciudad es un caos.

Tras el desconcierto inicial, las calles se han inundado de estas personas descontroladas, y ya no queda lugar que saquear, profanar o donde conseguir suministro.

Un nuevo orden ha surgido.

La sangre corre en riachuelos por las esquinas de las aceras, y se derrama en el alcantarillado.
No saben de dónde surge.
Los gritos de dolor y muerte llegan desde la distancia.

Sin embargo, Isaac no está triste. Quizá algo asustado. Pero no triste.
Lidera el grupo de ratonera en ratonera.
Ninguna es lo suficientemente buena.

Ingrid y Ben le siguen como sus polluelos.

Francis, que sobrevive ahora gracias a los cascos de Víctor, se ha recuperado.
Está débil.
Apenas puede iniciar una breve carrera. Y luego están las alucinaciones.
Le acechan.
Pierde el sentido sin previo aviso y le invaden. Son sólo unos segundos que parecen horas.
A veces son horas, que parecen segundos.

-*Estamos sin comida y apenas queda agua, tíos.* –sentencia Ben.
-*No hay problema, volveremos a un edificio grande de pisos* –están en un polideportivo con forma de pequeña fortaleza, a las afueras de la ciudad- *y cogeremos lo que necesitemos de las cocinas, como ya hemos hecho antes.*
Pero Francis discrepa:
-*Es demasiado peligroso.*

-Sí, tío, yo no quiero volver a la ciudad. Es una locura, un desfase.

Ingrid asiente señalando a Ben para darle su aprobación.

-Oid, enserio, no sé de qué os quejáis. No nos va tan mal, ¿no? –mira a los otros tres que no hacen ningún gesto. *- Es decir, tenemos este sitio, podríamos quedarnos, aquí es imposible que entren, además nadie querría venir aquí para nada. Solo tenemos que salir de vez en cuando y traer cosas de las casas.* –espera alguna reacción que no se produce. Prosigue. –*Puede que incluso aparezca más gente. Buena gente.*
-Isaac, creo que estás perdiendo la cordura.
-¡Francis, no me jodas! ¿Me dices eso tú? Somos nosotros los que te cuidan cuando tienes esas alucinaciones. –respira un momento. Lo suyo tampoco fue nunca dar grandes arengas, pero está descubriendo que no se le da del todo mal.*- Y vosotros dos, ¿qué os parece? ¿Tengo razón o no?*

La mirada implacable de Isaac les intimida.
La hermosa muchacha sordomuda y el inexperto adolescente, se entregan a las decisiones del nuevo líder.

El ingeniero sin embargo duda. Pero después de dos horribles días y de casi conseguir que maten al grupo el día anterior, no se atreve a decir nada.

Capítulo 2:

(Hace 19 horas.)

El controlador se está haciendo la cena. Mete los pies en una máquina de masajes.

-Pues esta es mi casa. Bueno… Esta… Era mi casa.
-Francis, ¿estás bien?
-Tranquilo, Isaac, soy consciente y me hago cargo.
- ¿Quieres que te dejemos solo?
-Enserio, no pasa nada. Esto ya lo sabía. Lo había visto. Y no tiene por qué ser necesariamente malo.
-¿Qué dices, tío? Tu mujer a palmado, ¿cómo no va ser malo?

Isaac mira directamente a Ben abriendo mucho los ojos, indicándole que se calle.

Francis no dice nada.
Se sienta.
Mira una foto.

Ingrid está en la cocina llenando una bolsa con comida.

Permanecen en silencio unos minutos.

-Eh… Oye, Isaac… Tío, escucha. Creo que deberíamos largarnos ya. –el adolescente se impacienta.

Ingrid, Ben e Isaac están de pie observando a Francis que sigue sin decir nada con la mirada perdida.

Isaac asiente.

Se acerca a Francis con delicadeza y apoyando su mano en el hombro del hombre, con voz baja pronuncia:
-Francis, amigo, debemos irnos. Es peligroso estar aquí.

Esa parte de la ciudad arde literalmente.

Francis está abstraído.

No se mueve.
No cambia la cara.
Pero pronuncia:
-La he visto. Está en un lugar mejor. Volveremos a encontrarnos. Volveremos a esta casa.

Ben se cansa.
-Sí, jefe, lo que tú digas, pero nos largamos a la de ya.
Consiguen arrancar a Francis del sofá de su salón.

Tras despertarse hace unas horas, y varios cambios de edificio después, comenzó a gritar:
-¡Mi casa! ¡Tengo que volver con mi mujer! ¡Mi casa! ¡Mi casa!

Así que aquí están.
Es una zona peligrosa.
Un barrio bien. Pero lleno de “asaltantes”.
Mucho más que en otras zonas más marginales de la ciudad.
¿Estaban ya aquí?
¿Han venido después?
Quién sabe.

Salen del duplex del ingeniero.

Se percibe el movimiento.
Cosas que se rompen.
Gritos.
Risas.

Se han agenciado un coche, pues hay una zona de carretera despejada dentro de la urbanización.

Salen a la calle y corren hacia el vehículo, deseando que siga donde lo dejaron.
Afirmativo.

Algunos “asaltantes” les ven correr. No parecen darle importancia. Están ocupados en sus cosas.
Aquí, no están tan organizados como las pandillas del centro de la ciudad.

Avanzan deprisa.
Isaac conduce.
Cada vez se siente más cómodo en su papel de líder.
Tras años de ser un cero a la izquierda, ahora tiene la voz cantante.

Francis va absorto en sus pensamientos. El frenazo le pilla por sorpresa y se golpea la cabeza con la guantera.
Detrás, Ben e Ingrid se quejan.

En el centro de la carretera, entre dos grandes y carísimos chalets, una orgia impide el paso.

Permanecen atónitos observando la escena como si de una película pornográfica se tratase.

Una pareja salida de la nada cae sobre el capó del coche mientras prosigue la perversa acción sin inmutarse.

-*¡Brutal*! –exclama Ben con una sonrisa de oreja a oreja.
Ingrid le da un capón.

-*Salgamos de aquí.*

Mientras lo dice trata de dar marcha atrás, pero alguien golpea la luna del lado derecho con un bate.
Los cristales se parten en mil pedacitos.

Francis sale de su letargo.

La cara de un hombre rechoncho con un polo de tenis se asoma.
-*¡Que! Pasándolo bien, ¿eh? ¿Por qué no os bajáis y os unís a la fiesta?*

La invitación no termina de parecer del todo cordial.

-*No, gracias, debemos irnos*.
-*¿A dónde vais? ¿Una excursión? ¿Sois una familia feliz? No lo creo. ¿Podemos ir con vosotros?* –el tono irónico del hombre les pone los pelos de punta. Le miran sin decir nada.- *¡Bajad del coche, joder!* –grita.

Otro tipo, alto, muy alto, un metro noventa, quizá dos, vestido con un esmoquin de alguna talla menor que la suya, abre la puerta izquierda de atrás y saca a Ingrid de los pelos.

Bajan a ayudarla.

-*¡Soltadla!*
-*Este es nuestro circo, es nuestro espectáculo, y ahora vais a estar en él.*

El hombre alto comienza a besar a Ingrid por el cuello.

La orgia parece haberles rodeado.

Ben está distraído con el entorno, cuando Francis golpea al hombre rechoncho.

El hombre rechoncho cae al suelo.
-*Esto me pone cachondo, ¿sabes?* –pronuncia desde abajo.

El alto se lo toma peor. Lanza a Ingrid y rodea con sus brazos a Francis.

El hombre rechoncho se incorpora y saca un pintalabios rojo-putón.
Embadurna los labios y cara de Francis mientras ríe.
-*Quítale los pantalones*. -ordena el insoportable hombrecillo al gigante.

Isaac intenta intervenir.

El alto le repele con un brazo.

Los atributos físicos de Isaac no dan para más.
Sin embargo ahora es el líder.
Y tiene una pistola.

-*¡Suéltale o te mato! Os mato a los dos.*

El rechoncho recibe un disparo en la espalda.
Un montón de perdigones le perforan por la mitad. La sangre les salpica a todos.
Es un disparo de escopeta.

Todos se giran, y un hombre anciano con uniforme militar de gala, medallas incluidas, se acerca en silencio.

El alto suelta a Francis.
El ingeniero se aparta décimas de segundo antes de que el abdomen del hombre que le retenía, salte por los aires.

Ingrid les empuja dentro del coche. Están shockeados y llenos de sangre y vísceras, pero arrancan.

Mientras se alejan escuchan al viejo despotricando contra los libertinos orgiásticos, a favor de la decencia.

La sangre forma nubes de color rosa.
Como autómatas los cuerpos desnudos prosiguen con su mecánico movimiento, mientras son masacrados.

El coche se queda sin gasolina cerca de un polideportivo con forma de castillo.

Capítulo 3:

El controlador está limpiando su jardín. Prepara unos bocadillos para por la tarde.

La situación se ha vuelto insostenible.
La fortaleza con ornamentos deportivos ha sido atacada.
Los "asaltantes" venidos de todas partes, quieren jugar un partido de fútbol.
O al menos eso parece.

Además el hombre que viste de blanco les ha encontrado.
Les acecha.
Ha intentado robarles. Pero le vieron a tiempo. Aunque él es rápido.

Isaac cambia de idea. Tienen que irse.
-*…Una casa en el campo. En un pueblo pequeño. Puede que haya buena gente.*
-*O puede que no haya nadie*. –dice Ben.
-*Las dos opciones son buenas.* –concluye Francis.

La presencia de Ingrid se ha hecho imprescindible. No por ser el elemento femenino, sino por su cordura.
Siempre tiene una sonrisa.
A pesar de no poder hablar, es la que más transmite.
Transmite vida.
Transmite esperanza.

Y esperanzados salen en busca de un coche.

Encontrar uno no es difícil.
Lo difícil es escoger entre una ciudad llena.
Se decantan por un todoterreno. Por si hay que huir.

Llenan unos bidones de agua mineral con gasolina, que sacan de los depósitos de otros vehículos succionando por un tubo de plástico.

El viaje comienza y una canción suena.

Pero ya están acostumbrados.

Además, es una canción bonita.

Capítulo 4.

El controlador está apoyado en una piedra descansando.

Han llegado a un pueblo en una planicie llena de campos de cultivo, donde la densidad de población es mucho más baja que en la gran ciudad.
Se han instalado en una casa antigua de muchas habitaciones en el centro de la pequeña aldea.
Tiene un gran portón que da a un jardín.
Y cuadras.
He incluso una piscina que más bien podría ser una bañera.

Dentro sólo hay ropa de viejos. Pero a todo se acostumbra uno.

Conocen ya medio pueblo.
Con cautela exploran casa por casa cada día.
Por ahora está vacío.

Llevan una semana y sólo han visto una persona.
Bueno, era un cadáver de una persona.
Todavía no tienen explicación para eso.
Pero parece un lugar seguro.

Isaac no está contento. No contento para lo que puede considerarse estar contento.
Pero, desde luego tampoco parece disgustado.

Ha empezado a intimar con Ingrid. Es decir, a quedarse solos y reírse por nada. Dar paseos. Y mirarse.

Ben está en su mundo.
Se pasa el día haciendo ritmos con las manos, lo cual enfurece especialmente a Isaac, y practicando con un arco que ha encontrado.

Francis permanece encerrado en la polvorienta bohardilla del caserón.
Experimenta buscando una solución para atrapar al hombre de blanco.
No sabe quién es.
No sabe qué es.
Pero si vuelve a encontrarles piensa atraparle.

Ingrid sigue siendo el alma de la agrupación.
Le gusta pasear. Especialmente cerca del río.
Le gusta ver como el agua corre y serpentea entre los cantos.
Aunque sea en blanco y negro.

El astro mayor es como la cabeza de un alfiler en el cielo.

-Sigue ahí. Pero se va. Es como si nos estuviéramos alejando del Sol. Como si estuviéramos a la deriva. –comenta inspirado Isaac tras lo que podría considerarse "la cena".

Últimamente está teniendo problemas para encontrar alimentos sin gluten.
Los envasados son muy traicioneros.

Su aspecto, delgado de por sí, ha empeorado considerablemente.

Francis se encuentra con él sentado en el jardín.
Fuma un pitillo.

Disfrutan de un momento de tranquilidad.
Ben duerme.
Ingrid pasea por la plaza del pueblo, a unos metros de la casa.

Isaac continúa reflexionando.
-Oye, Francis, llevamos bastantes días juntos, y, bueno, digamos que no sé nada de ti. Aparte claro, de que eres ingeniero, y que tu mujer… Bueno… Eso.
-Sí. Sé por dónde vas. Apenas hemos tenido tiempo de hablar y conocernos con todo el follón. Pero es que estaba más preocupado en no volverme loco con mis alucinaciones y tratando de evitar que me matasen.
Ríen. Los ánimos andan bajos para una charla decente.
-Ya…Verás, es que esto no me cuadra. Osea… Nada… Nada me cuadra. ¿Qué sentido tiene que estemos aquí? ¿Qué sentido tiene todo? –Isaac se incorpora en la silla. *-¿Dónde está el Sol? ¿Dónde están los colores? ¿Dónde está la maldita gente? Y joder… ¿Por qué estamos nosotros aquí?*

Un instante de silencio y reflexión.
Aunque Francis no responde nada, a Isaac siempre le parece que sabe algo más.

Insiste.
-Entonces… ¿Crees que en algún momento aparecerá el Gobierno? No se… Alguna institución. Puede que no esté todo el mundo así, ¿no? Puede que solo haya ocurrido aquí.
-Isaac, escúchate. ¿De qué Gobierno hablas? ¿Acaso crees que el Presidente es algo más que un montoncito de ropa sobre el sillón de su despacho ahora mismo? Y mira el cielo… ¿Crees que el Sol sólo se está alejando de este pueblo? Me temo que estamos todos en el mismo barco, muchacho.

Preferiría haber escuchado algo positivo.

Ahora sabe por qué no habían apenas hablado de la situación hasta ahora.
Es mejor no pensar demasiado.

Pero Francis añade:
-Escucha, puede que nos lo estemos planteando mal. Puede que este no sea el camino.

-"¿A qué se refiere? ¿De qué camino habla?"
Pero antes de poder preguntar nada, Ingrid aparece corriendo haciendo ruidos nasales.

-"Algo no va bien".
Isaac se acerca a la chica a toda prisa.

-¿Qué ocurre Ingrid?

Ella mueve alternamente los dedos índice y corazón señalando hacia el suelo con el resto del puño cerrado.

-¡Viene gente!

Ella pasa su dedo índice trazando una línea horizontal en su cuello.

-*¡Asaltantes! ¡Francis despierta a Ben! ¡Metámonos en la casa!*

Cierran el portón y van a la cocina, que tiene una gran ventana con la mejor visión del exterior.
Dos minutos después se oye llegar un tractor.
Se oyen también disparos al aire.

Los "asaltantes" están frente a la tapia del caserón, en la plaza.
No pueden verlos, pero parece que no son muchos.
Tres.
Cuatro quizá.

Durante aproximadamente una hora y media permanecen agazapados en la cocina, vigilando por la ventana.
Puede oírse como destrozan cosas.
Cristales que se rompen.

Finalmente comienzan a quedarse dormidos.
Francis da la voz de alarma.
-*¡Viene alguien! ¡Viene alguien, despertad!*

Va directo a la puerta de entrada que da a la cocina.
La casa tiene dos puertas.
Pero no tienen tiempo de llegar a la otra.

-*¡A la despensa!* –grita Isaac.

Los cuatro se meten apretujados en la enorme y antigua alacena.

Un hombre muy moreno entra.
Comienza a hurgar en los cajones y el ahora inservible frigorífico.
Parece alegrarse con el hallazgo de tantos víveres juntos.
Ataca las conservas.
Comienza el festín.

-*¡Esa porquería que comes me repugna*! -exclama un segundo individuo de similar aspecto pero cabellos más largos.
-*Allá tú. Esto está de muerte.*
-*¡Puag! Esa mierda enlatada no es para mí.*

Le arrebata de las manos el recipiente de judías frías que se estaba comiendo.

Durante un buen rato abren todas las latas, prueban todo lo que ven, y llenan la cocina de comida desperdiciada.

-*¿Te imaginas un buen vino*? -dice el de la oscura melena.
-*Voy a ver*.

Mientras observan con la puerta entreabierta del mueble, como el malhumorado "asaltante" se pone cómodo, comienza una canción.

Ben se sobresalta y hace un ruido.

El hombre melenudo ni se molesta en saber qué ha sido.

El otro aparece.
-*¡Mira lo que he encontrado!*
El melenudo se apodera de la botella de cristal, arranca el corcho y bebe.

-*¿Te gusta?* –pregunta sonriente el primer "asaltante".

-*Ya lo creo. Pero ya sabes lo que dicen: ¿Qué es de un buen vino sin un buen filete? ¿Eh?*

El primero le mira y asiente sonriendo sin saber qué decir.

Los dos se observan con una sonrisa tontorrona. La tensión se alarga.
El primero adivina las intenciones del melenudo y cambia la cara.

Expresión de terror.

El melenudo le atraviesa la garganta con un cuchillo en un rápido movimiento lateral.

La sangre, aun bombeada, salpica en dirección contraria.

Ben vomita sobre el hombro de Ingrid.

Mientras se desangra, el oscuro lanza a su víctima sobre la gran mesa de madera que hay en el centro de la cocina.
Luego lo despedaza.

Luego se lo come.

Capítulo 5:

El controlador se está duchando mientras su perro ladra y rasca la puerta del baño.

Son las 21:16 PM.

A pesar de que tratan de mantener un horario normal, los días son relativos.
Y los "asaltantes" nunca descansan.
Para ellos siempre es de día. O más bien de noche.

El melenudo se marchó ya hace cuatro horas.

Dejó un simpático regalo en la tabla donde hasta ahora acostumbraban a hacer las comidas.

Ingrid, con inusual sangre fría, como si ya hubiera hecho esto otras veces, recoge los pedazos de carne a medio devorar.
Nadie diría que eso antes era un hombre.

Isaac, Ben y Francis están muy nerviosos. Sobretodo Ben.

Se ha escondido en un pequeño taller que hay al fondo de la casa. Como si entre el serrín no pudieran encontrarle.

Isaac y el ingeniero no quitan ojo de la ventana.
-*Ya no se les oye*. –observa Isaac- *Quizá se hayan cansado.* -nadie dice nada. Continúa pensando en alto- *O puede que ya no estén, que se hayan largado a otro pueblo… Que aquí no quede nada que les pueda interesar…*
Es interrumpido por Francis.
-*Vendrá. Estoy seguro. Todo está demasiado tranquilo.*
-*¿A qué te refieres?*
Pero Francis sale de la estancia dirección a la bohardilla.

No puede pedirse total cordura tras los acontecimientos vividos.

El reloj de cuco marca las 23 horas.

La cocina no muestra ningún indicio de lo sucedido. Ingrid se ha esmerado.
Los cuatro tratan de comer algo de lo poco que se ha salvado.
Nudo en el estómago.

En la calle, silencio.

-*Voy a echar un vistazo.* -arranca el chico de las zapatillas de tela roja.
-*Isaac, ¿estás pirado o qué? Tío, que te van a matar.*

Ben habla sabiamente.

Pero nunca se sabe.

Cualquier cosa es mejor que la incertidumbre de no saber si se es presa.

Isaac sigue llevando el chándal gris de estar por casa. Se cubre con una chaqueta de pastor que le queda ridículamente holgada.

No es una noche fría. Ni cálida. Ni siquiera es una noche.

Se acerca al portón que está medio abierto. Asoma un ojo por el espacio que le permite observar la plaza central.
Un tractor.
-*"No están"* –piensa.
Decide salir a averiguar más.

Es como cuando en esas películas de terror, un grupo de inocentes muchachitos se mete en la boca del lobo, en un lugar que a kilómetros luce mortífero. La guarida de un malo malísimo que posee incluso su propia banda sonora siniestra. Y no puedes por menos que exclamar: *"¡No lo hagáis, idiotas! ¡No entréis ahí que os van a matar!"*

Pues más o menos lo mismo.

Recorre la plaza y todo parece tranquilo.
Está casi convencido de que vuelven a ser los únicos habitantes de lugar, cuando un extraño dibujo en el asfalto llama su atención.

Es como si hubieran pasado una brocha gorda enorme con pintura negra, desde cerca del tractor hacia detrás de uno de los edificios de la plazuela.

Seguir el rastro sí que sería una autentica estupidez.
Pero Isaac es intrépido. Y puede que un poco estúpido.

Dobla la esquina y un cadáver descuartizado, sin cabeza ni brazos, yace apoyado en el muro de una panadería.
Es un "asaltante".
No muy lejos otro "asaltante", en medio de la calzada, con un corte en el cuello.

Ninguno de ellos es el melenudo.

Con todo en blanco y negro es difícil distinguir la sangre.
Las sombras son escurridizas.

Corre a la casa.
Cierra el portón tras de sí.

Le preguntan pero no dice nada concreto
–*"No sé nada"*.

Permanecen reunidos en el saloncito adyacente a la cocina. Francis está en su bohardilla.
Bajan las persianas hasta casi quedar en penumbra, y pronto el cansancio hace mella en ellos.

Capítulo 6:

El controlador cruza una plaza.

Los ronquidos de Ben pueden oírse a kilómetros.

Isaac piensa que estrangularle con una almohada no podría considerarse un crimen.
-*"Tan canijo, y ronca como un elefante el muy jodido".*

Duermen.
Pero no es un sueño profundo.
Es un descanso a medias.
Es el descanso de cuando sabes que en cualquier momento puedes ser atrapado por las fauces de una fiera.

Isaac no sueña.
Ninguno lo hace.
Los sentidos tampoco responden de una forma muy natural.
Es como si no debieran estar ahí.
Como si permanecieran en una pantalla de un videojuego cuando ya ha salido el cartel de "GAME OVER".

Un crujido.
Isaac abre un ojo, y una estela blanca se aleja del salón donde duermen los tres casi acurrucados.
Por un segundo no computa.

Cierra el ojo buscando de nuevo dormir, y la imagen se forma perezosamente en su mente.

La estela blanca resultan ser unos pantalones y una camisa blanca que se alejan

-*"¡El hombre de blanco!"*

Instintivamente se toca el cuello.
Los cascos no están.

Un profundo sentimiento de desesperación le recorre el cuerpo.

Se incorpora de un salto y comienza la persecución.
Ingrid y Ben reaccionan aturdidos al movimiento de Isaac.
-*¡Qué pasa!* –grita el adolescente.

Isaac se concentra para no perder sus zapatillas rojas, totalmente desabrochadas, mientras corre.

Sólo un objetivo.
La mancha blanca que tiene ante él.

Ha salido por la puerta lateral.
Ha cruzado la zona de la pequeña y vacía piscina.
Ha pasado el portón.
Ha llegado a la plaza.
Se ha parado.

Isaac frena en seco a unos metros de distancia.

La música va a sonar. Lo sabe.

El hombre lleva en su mano sus cascos y los de Ben.

Por primera vez ve su cara.
Pero no se asusta.
No es la cara de un villano.

Se miran directamente a los ojos.

El hombre sonríe con suavidad y rostro tranquilo.

Extiende sus brazos en cruz.

Isaac piensa en una sola cosa.
No podrá despedirse de Ingrid.
No podrá besar a Ingrid.
Lo más bonito que ha conocido.

-*"A pesar de todo, han sido días buenos".*

Todo se acaba.

TERCERA PARTE.
PAZ.

Capítulo 1:

El controlador está en medio de una plaza con los brazos extendidos mirando a un chico.

Isaac cierra los ojos.

Quiere luchar pero su cuerpo no responde.

De repente, un sonido atronador.
A Isaac se le sale el corazón por la boca.

Abre los ojos y el hombre de blanco se retuerce.
Está de rodillas con las mano sobre el estómago y cara de sufrimiento.
Detrás suyo, Francis sostiene en alto una mini cadena con cables que le cuelgan alrededor.

El ruido es como cuando no pillas bien una emisora, o cuando codifican un canal en la tele.

-*¡Ruido Blanco!* –apunta Francis mientras en su cara se dibuja una indescriptible sonrisa de satisfacción.

Durante cuarenta y tres segundos permanecen en la misma posición.
Parece que ha funcionado.
El hombre no se mueve.

Isaac reacciona y coge los cascos. Se los pone el cuello como de costumbre.

Ingrid y Ben observan medio escondidos desde el otro lado del muro de la casa.

-*¡Ben, toma tus cascos!*

Ben se acerca medio de puntillas. No se fía de lo que ve.
-*Vamos a llevarle dentro. Creo que esta K.O.* –ordena el ingeniero.

Una vez dentro, Isaac pregunta:
-*¿Cómo lo supiste? Es decir, ¿cómo lo has hecho?*
-*Soy un genio, ¿recuerdas?*

Nunca habían visto a Francis tan animado. No para de sonreír.

El hombre de blanco está atado a una silla y amordazado en el centro del alargado salón.

La mini cadena está apagada, pues no dispone de mucha energía.
Además quieren que se despierte.

Quieren respuestas.

Capítulo 2:

El controlador está atado a una silla. Está amordazado. Está inconsciente.

-*No se despierta.*
-*Ya lo veo, Ben*. –responde Isaac con el tono más irónico que se le ha oído hasta la fecha.
-*Deberíamos despertarlo.*
-*Sí, Ben. Deberíamos*.

El joven imberbe toca con un palo en el costado del hombre, como tratando de asegurarse que es de carne y hueso.

Francis observa sentado desde el fondo de la habitación.
En su regazo la mini cadena.
Inclinado hacia delante, apoya su cabeza sobre los nudillos, y a su vez los brazos sobre las rodillas.
Respira despacio.

La emoción inicial se ha desvanecido.

De la cocina llegan sonidos de trastos.

-*Colega, ¿qué estará haciendo Ingrid? Voy a ver.*
Ben se aproxima a la cocina cuando es apartado de golpe por la muchacha que atraviesa el marco de la puerta a toda velocidad sosteniendo un cubo de madera.

-*¡Ingrid no…!* –pero el grito de Isaac no llega a tiempo.

El hombre de blanco está completamente empapado.
La cascada de agua helada sobre su cabeza le ha hecho espabilar.

Se sacude como un perro que quiere secar su pelaje.

Muy despacio levanta la vista.

Todos se ponen en tensión.

Francis se levanta y acerca raudo el aparato de música al oído del rehén.
Sin el ruido blanco no pueden retenerle.
Ajusta un volumen adecuado para poder llevar a cabo el interrogatorio.
Su dedo tembloroso se posa sobre el Play.

Los cuatro se observan sin saber qué hacer.
Ingrid se lanza y le libera la boca.

Contemplar su rostro se hace sobrecogedor.
Su mirada profunda impone.
Su piel es morena. Su cabello oscuro.
Una fina línea de pintura roja desciende su frente desde el inicio del cabello hasta la intersección de las cejas.
Su elegante barba le concede un toque de distinción.

Es desde luego un ser con presencia.

Nadie se atreve a arrancar.

Isaac, finalmente, haciendo consciencia de su papel de líder no electo, pronuncia:
-*¡Queremos que nos digas qué está pasando!*

El hombre le mira con la mayor calma del mundo. El ruido parece apenas molestarle.
Asiente.
-*"Os diré qué debéis hacer."* – son las palabras que resuenan en el interior de la mente de cada uno de los presentes.
La serenidad con que les llega el mensaje, les eriza los pelos.

Todos saben lo que acaba de ocurrir.
Todos, incluso Ingrid.

Sienten auténtico pánico.
Y sin embargo, respeto.

Se miran en silencio.

Miles de preguntas recorren sus mentes. Tienen ante ellos la posibilidad de encontrar respuestas, y no saben qué hacer.

Finalmente la conversación se reanuda.
-*Pu... Pues dinos: ¿Qué debemos hacer?* –Isaac mira al resto buscando su aprobación.

La voz, que no es otra que la voz de cada uno de ellos, les responde:
-*No debéis luchar. Debéis marchar.*

El ruido blanco puede oírse desde la calle.
De repente cesa.

Francis mira el aparato.
-*No le queda pila.*

El hombre de blanco mantiene el semblante impertérrito.
Cierra los ojos mientras su apenas trazada sonrisa se desvanece con él.

La silla está vacía.

Capítulo 3:

El controlador está revisando su correo. No hay cartas del jefe. Se prepara unos huevos con panceta.

Los ataques de Francis han empeorado desde el encuentro con el hombre de blanco.
Se desmaya con frecuencia.
Le ha cambiado el carácter.
Dice que cuando está inconsciente "ve cosas".

Le han prohibido estar solo.
Casi siempre es Ben quien le acompaña y aprende del veterano, mientras hurga con todo tipo de ingenios.

Tratan de no pensar en las palabras del hombre de blanco.
-*Ese cabronazo quiere acabar con nosotros. Pero no se lo vamos a poner fácil.*
-*Ben, hijo, creo que no es tan sencillo.*

Isaac e Ingrid aprovechan para intimar cerca del río.
Todavía no se han besado.

El Sol se intuye en el cielo como un pequeñísimo diamante.

Las texturas empiezan a perder forma y confundirse entre los brillos del blanco y el negro.

El chico de las zapatillas rojas se ausenta, dejando a la silenciosa muchacha en el lecho del río unos instantes.
Se acerca a un árbol. Echa mano de la cremallera de su pantalón, pero algo llama su atención.

Se agacha.

El oscuro hombre melenudo aparece por el camino de arena que entra en el pueblo.

-*"Entre los árboles y a la distancia que me encuentro, es casi imposible que detecte mi presencia"* -se tranquiliza Isaac.

Pero desconoce el motivo de su fatigosa marcha.

Pronto obtiene respuesta.

Motocicleta tras motocicleta, desfila ante sus ojos una auténtica congregación de vehículos de dos ruedas.

-*"A juzgar por la cara de terror del melenudo, no puede ser nada bueno".*

Se reúne con la chica que percibe su excitación.
-*No pasa nada. Debemos irnos. Han llegado al pueblo unos quince moteros, y… Será mejor que volvamos a la casa. Estaremos más seguros.*

Ella no termina de interpretar bien el significado que el movimiento de sus labios le trasmite, pero sabe que están en peligro.

Atajan siguiendo el río.
Llegan al caserón instantes antes de que la comitiva entre en la plaza.

Isaac se alegra de la tranquilidad que han pasado en el pueblo en comparación con el excesivo movimiento de gente en la ciudad, pero se plantea que, buscar otro lugar más grande donde todo no converja necesariamente en un plaza, podría ser buena opción.

Avisan a Ben y Francis.

Durante los siguientes minutos ven morir torturado al hombre melenudo.

-*"Puede que los moteros no sean tan malos al fin y al cabo, obviando claro, el atroz acto que acaban de cometer antes nuestros ojos. Pero, ¿quién sabe? Puede que sean una especie de justicieros."* – pero Isaac se equivoca.

Una hoguera surge entre las motocicletas, y ahí mismo comienza la fiesta.

Parece ser que los moteros portan alcohol, a juzgar por las voces y la juerga que montan.

Nadie entra en la casa, pero un grupo de unos cinco hombres vestidos con chaquetas de cuero entra en el jardín que da a los establos.
Hablan y ríen.
Se golpean y se insultan de vez en cuando entre toscas risotadas.
Dentro, silencio total.
Ingrid e Isaac están sentados en el suelo en una esquina de la cocina. Abrazados.
Francis parece dormir. Quizá este teniendo uno de sus viajes.
Ben no quita ojo de la ventana.

Sin previo aviso comienza una canción. La primera en días.

Les coge por sorpresa.
Casi podría decirse que se habían olvidado de la mortífera música.

El ingeniero abre los ojos y se coloca los cascos. Isaac hace lo propio.
Pero Ben no tiene los suyos.
Están en la encimera, al lado del fregadero.

El dolor le invade.
Un gritito se le escapa. Trata de apretar los dientes todo lo que puede.

Gime mientras alcanza los cascos.

La brusca acción provoca que una cacerola y varios cubiertos que había en la encimera caigan al suelo.

Desde fuera, el alboroto festivo hace casi imposible distinguir el impacto de los utensilios de cocina contra el frío suelo de piedra.

Casi imposible.

Pero no imposible.

Un joven de greñosos pelos rubios y dentadura incompleta se sobresalta.

Su buen oído, y su gran interés por encontrar movida, le hacen alejarse del grupo que sigue drogándose en el jardín.
Se relame los labios.
Acaricia la escopeta recortada que sostenía hace breves instantes sobre su espalda con una cuerda.

Va hacia la puerta lateral, la cual da a un recibidor con las escaleras, y no a la que da a la de la cocina.

Con la alterada acción de Ben, ninguno se percata de que una sombra pasa por delante de la ventana y avanza hacia la otra entrada del caserón.

El rubio se cubre con el muro de la casa y empuja la puerta. Ésta se abre sin problema.

Saben que ese ya no es lugar seguro.
Han podido oírles.
-*"Lo mejor será subir al trastero"* –deduce Isaac.
Les indica que le sigan.

De la cocina pasan al salón.
Lo recorren prácticamente a gatas, tratando de llegar hasta las escaleras.

El rubio entra sigilosamente apuntando a todos lados.
Ve una percha con abrigos. Una silla baja de madera antigua. Un baúl enorme, también aparentemente de tiempos pasados. Una horca de cuatro dientes de madera sobre el marco de la puerta de la derecha.
A la izquierda, otra puerta más baja da a lo que parece ser un precario taller.

Sigue pegado a la pared derecha.
Asoma la cabeza y ve un largo salón con las persianas echadas y prácticamente a oscuras.

Necesita un segundo vistazo para cerciorarse.
Cuatro cuerpos se arrastran hacia él.
Decide no esperar.

El hambre homicida le domina.

-*"Es taaaaaaan fácil".*

Calcula que deben de estar cerca de la salida al recibidor.
Se gira apuntando al suelo de la sala.
Los ojos atónitos de Isaac e Ingrid, que miran desde abajo al cañón que señala directo a sus cabezas, le inunda de placer.

Capítulo 4:

El controlador está en una ciudad asiática. Un grupo de monjes calvos corren tratando de esquivarle. Él toca la flauta.

La visión del cañón le paraliza.
Contrae todos los músculos del cuerpo.
Ingrid está a su lado.
Siente como la muchacha le coge la mano y aprieta fuerte.
Eso le hace pensar que no será una muerte tan horrible.

El tiempo parece haberse parado.

La bala debería estar llegando.

Una sombra se interpone.
Deja de ver el cañón.

Es una espalda.
Delgada.
Lo suficiente fina como para ser atravesada por varios perdigones de escopeta.

Varios trozos de tela de una camiseta verde fosforito y carne humana les salpican directamente es la cara.
Por suerte, ningún perdigón.

Los cascos le impiden escuchar el disparo.
El cuerpo, ver el fogonazo.

Es como una ilusión.
Una ilusión a cámara lenta.

La carne inerte cae, y con perfecto sincronismo entre el choque contra el suelo y el tiempo, la velocidad normal se restablece.

Humo.
Mucho humo y olor a pólvora.

Ve la cara del motero rubio, también salpicada de sangre.
Ve a la víctima.
Es Ben.

Algo se retuerce dentro de Isaac.
Es la furia animal.
Un subidón que llega y que provocará que horas después no se acuerde de lo que a continuación sigue.

Se lleva la mano al cinturón por la espalda.
La pistola del taxista.

Desde el incidente en la acomodada urbanización de Francis, no quiere jugársela.

Es mejor ir armado.
Porque si no vas armado no puedes disparar.
No puedes disparar, ni matar a un sádico chaval rubio mientras recarga su escopeta recortada con la que acaba de perforar a uno de tus únicos tres amigos en el mundo, y ponerle varias balas en la cara una vez yace muerto en el suelo mientras gritas: *"¡Jódete! ¡Jódete! ¡Ojalá te pudras, cabrón!"*.
Pero esto le pasará factura.

Los gritos alertan a los seis tipos reunidos en el jardín.
Los disparos podrían haberlos pasado por alto.

Corren hacia la puerta lateral.

Francis ha reaccionado rápidamente y ya salen por la puerta entre Isaac y él con el cuerpo ensangrentado de Ben.

Ingrid lleva el arma e inicia un fuego de cobertura.

Uno de los "asaltantes" recibe un trozo ardiente de metal en el hombro.
Eso les encabrona.

Responden principalmente con escopetas y alguna pistola.

Salen a la calle por un lateral del jardín, atravesando una portezuela tras unos rosales.
Se alejan mientras Ben decora la calle con su sangre y vísceras que se desparraman.
Isaac y Francis apenas pueden respirar.
Cargan con su joven compañero a toda velocidad.

Sobre sus cabezas el Sol luce como una estrella muy lejana.

Ben lleva los ojos abiertos.

Va mirando al Sol.

Ingrid hace algún disparo más antes de quedarse sin balas.
Se esmeran en correr.
Al menos conocen mejor el terreno.
Doblan las esquinas entre las casuchas del pueblo.
Hacen el camino complicado para perderles.
Y les pierden.

Van hacia el río.

Uno de los brazos de Ben con los bruscos movimientos de la marcha, golpea los cascos de Isaac y estos caen al suelo.

La canción continúa sonando.

Isaac se detiene. Duda de si soltar a Ben.
Gesticula.
Duda.
No llega a los cascos si no le suelta.

Ingrid como un milagro personificado se los alcanza.

-*"No sé qué no haría yo por esta chica".*

Continúan, y el sonido de los motores de gran cilindrada retumba por toda la aldea.

Ellos ya están donde quieren.
En el río.
-*"Aquí no les sirven de nada las motos".*

Buena jugada.

Se detienen entre unos árboles.
Ben sangra por todos lados.
Los tres le miran y por primera vez en mucho tiempo, lloran.

El muchacho sigue mirando al cielo.

Saben que apenas le debe quedar un minuto de vida.

Ingrid le acaricia la cara mientras le observa, posiblemente por última vez.

Francis acerca sus manos despacio hacia sus cascos de baterista.

Los retira.

Los ojos de Ben se abren al máximo. Su cuerpo se estira como si le hubiera dado un calambrazo.
Luego se relaja lentamente.

Todavía mirando al cielo sonríe aliviado.

-*"Descanse en paz".*

Desaparece.

Capítulo 5:

El controlador entra en su salón. Está agotado. Tiene ampollas en los pies. Tira la flauta sobre el sofá. Su perro se acerca a olisquearle, pero le aparta.

La ropa de Ben sigue ahí tirada.
Francis duerme. O quizá viaje. Uno de sus viajes.
Ingrid e Isaac se abrazan mientras él se supone consolando a ella. Pero es mutuo.
Se besan.
Su primer beso.
Puede que el último.

Quizá hayan olvidado a sus perseguidores.
Quizá ya nada importe.

Pero sí importa.

Francis despierta.
-He visto de nuevo el prado verde. Iba vestido de blanco, como las otras veces. Víctor y Ben estaban allí. Y hablábamos. Y reíamos. Y me decía que me quedara. Pero yo me iba. Y todo se volvía negro y oscuro y terrible. Y dolía. Como las otras veces.

Isaac e Ingrid están perplejos.
-Francis, ¿de qué hablas? ¿Qué dices? –pregunta Isaac, dudando de si realmente Francis esté consciente o hable en sueños.
El veterano del grupo no articula palabra alguna.

Ingrid da golpecitos a Isaac en la pierna apremiándole a que trate de averiguar algo más.
Este obedece.
-¿Qué es eso de igual que las otras veces, amigo? Nunca nos has hablado de esa pradera, ni de nada de eso.
-¿Cuál es la pregunta, Isaac? ¿Cuál es realmente la pregunta?

El silencio.

-¿La respuesta a qué pregunta estamos buscando? Puede que no sea tan difícil.

Más silencio.

Capítulo 6:

El controlador ya no está en su salón.

No hay tregua.
Los "asaltantes" llegan como si pudieran oler a sus presas.
Resulta que también saben correr.
El trío inicia la carrera.

-*"¿A dónde vamos exactamente?"* –se pregunta el chico de las zapatillas rojas.
Pero aún tiene esperanza.

Atraviesan un frondoso bosque.
El aliento de los "asaltantes" ya puede sentirse sobre sus nucas.
Los árboles se suceden.
Entre los troncos, un rostro conocido.
Pero Isaac no lo ve. Ni Ingrid. Ni Francis.
Tampoco su vestimenta impolutamente blanca.
Tampoco su mirada casi traviesa.
Suenan algunos estallidos de pólvora.
Algunos silbidos que les adelantan.
Un mordisco en la pierna de Francis. Sangra.
Aprieta los dientes y sigue corriendo a duras penas.
Una canción comienza.

Puede que el hombre de blanco se haya esmerado al escogerla.
Es apropiada. Muy apropiada. Como si de para un final se tratase.
Y puede que así sea, porque Francis se detiene.
No quiere seguir con el juego.
Pero no es el cansancio. No son las heridas, ni la tristeza.
Es el prado verde. Que le llama.

-*Seguid sin mí. Este no es mi camino. Puede que tampoco sea el vuestro.*

Pero Isaac se niega a abandonarle a una muerte segura.
Despedazado por esas bestias.

-*¡Van a matarte, joder! ¡Todavía nos tienes a nosotros!*

Pero Isaac no entiende.

Francis cierra los ojos.
Se pone de rodillas.
Isaac grita desesperado. Pero Ingrid tira de él. Ella le empuja. Ella le mueve. Ella es todo su mundo.

Su última visión del ingeniero es la de un hombre sonriente con los ojos cerrados y los cascos de un viejo obrero en sus manos.

Los "asaltantes" pasan sobre lo que queda de Francis:
Un montoncito de ropa.

Capítulo 7:

El controlador está sentado bajo un árbol en un bosque, con la cabeza gacha apoyada en los puños, con los codos sobre las rodillas. Está triste.

. . .

CUARTA PARTE.
RESET.

Capítulo 1:

El controlador está durmiendo.

Volver a empezar.
Una nueva vida es posible.
Un nuevo hogar.
En las montañas.
Con ella.

Isaac está contento.
Esperanzado.

Parece que no es consciente de que el mundo se consume.

Las figuras no son más que contornos. Líneas negras sobre un lienzo. Las sombras absorbidas por la luz blanca, y el Sol, un recuerdo.

Piensa que así es perfecto.

Las montañas son hermosas.
La casa, aislada, pero bien abastecida.

Parece una postal. Un grabado antiguo.

Él está más delgado que nunca.

Apenas come, pues le es difícil administrar las provisiones a las que es tolerante.
Pero no es importante.
Comer es una costumbre del viejo Isaac.
El Isaac desdichado.
El Isaac furioso con el mundo.

-*"El nuevo Isaac es mejor".* –se dice a sí mismo.

Pasa las horas observando a su amada. Su musa. Su todo.

Quiere aprender el lenguaje de signos. Pero es muy torpe. Le cuesta concentrarse. Salir de su ensimismamiento.

Ella le enseña, y ríe cuando él falla, que es casi siempre.

Incluso ha pensado en los niños.
Correteando felices por las laderas.

Sin la actitud serena de Ingrid habría perdido la cabeza del todo.
Y sólo han pasado once días desde que Francis se fuera.

Pero el tiempo pasa más despacio.
O más deprisa.

No hay días ni horas para él.

¿Quién le hubiera dicho hace unas semanas, que se encontraría con la mujer de su vida viviendo solos en un hermoso paraje, pensando únicamente en ser felices juntos?

Coge una bandejita de plata con dos tazas de té, un gusto recientemente adquirido. También lleva unas galletas danesas. Aunque él no pueda tomarlas, a ella le encantan.

El viento agita los rizados cabellos de la joven.
Está sentada fuera de la casa, sobre una manta, y él como todas las tardes, insiste en servirla la merienda

Va silbando.

Pasa el gran salón de madera y el vestíbulo de robusta piedra.
Sus pies descalzos sienten un cosquilleo al tacto con el pelo del oso que ahora sirve de alfombra.

Sale al porche.

Ingrid no es más que un dibujo en blanco y negro sobre un fondo toscamente perfilado, sin apenas detalles, pero para él es la visión más maravillosa del mundo.

Ella le mira y sonríe.

Él la mira y su corazón se detiene.
Una descarga heladora recorre su espina dorsal.

La bandeja cae de sus manos, y antes de tocar el suelo comienza una canción.

Pero él no la oye.

Sólo ella.

El hombre de blanco está de pie junto a Ingrid. En su espalda.
Tocando una flauta.

Ingrid por primera vez en su vida percibe una melodía.
Una lágrima recorre su rostro.

Isaac se pone los cascos que lleva al cuello y arremete velozmente contra el hombre de blanco.
De un salto trata de placarle, pero un instante antes de producirse el contacto, el hombre se desvanece.

Y con él, su amada.

Capítulo 2:

(11 días antes)

El controlador está en una instalación de máxima seguridad en un lugar nevado. Hay un tiroteo. Corretea de un lado a otro. Está trabajando duro.

Una zarza.
Algunas espinas empiezan a resultar molestas.
El cansancio, el miedo y una especie de impotencia desesperada ante un destino trágico, les ha hecho pasar por alto las incomodidades de dormir entre los espinos.
Pero eso les ha salvado de los furibundos "asaltantes".

Se desperezan.
Toman conciencia de que aún existen.

Ingrid está entre los brazos de Isaac que la cubre.

El chico decide salir del improvisado escondite.
Respira aire. No es fresco ni cálido.
Reflexiona.

Hasta ahora el plan había sido esconderse para sobrevivir y esperar a que las respuestas aparecieran por sí solas.
Eso se ha acabado.
Van a vivir. Toca vivir.

Deben ir a un lugar seguro. Pero sin esperar nada más que tenerse el uno al otro.

Al menos así piensa él.

Ella no dice nada.

Se alejan de la arboleda, dejando atrás los dorados campos de trigo y las casitas bajas de la meseta.
Ascienden por los caminos pedregosos que se adentran en la cordillera montañosa.
Sin ropa ni víveres.

Sólo la esperanza, más bien la intuición de Isaac, que le empuja hacia el frío.

-"*Si hay gente arriba, habrá bajado en busca de… Lo que sea que buscan esos bastardos."*
Por un momento las imágenes de los "asaltantes", su violencia, su incoherencia atroz, rebotan por su mente y le perturban.

Un pueblecito de casas de madera aparece.
Es demasiado pronto.
Demasiado peligroso.

Si siguen el camino habrá otra aldea aún más alejada.

Continúan a ciegas por la montaña.

El peligro se hace evidente al caminar, pues el horizonte y el propio camino se confunden entre el intenso blanco de ambos, apenas diferenciado por las finas líneas que trazan la escena.

Es claustrofóbico.
Pero ellos lo ignoran.

El agotamiento y la falta de físico, sobre todo por parte de Isaac, dan con sus cuerpos en el frío suelo de roca.

El viento no se escucha.
Pero se siente.
Como un soplido helador directo a sus huesos.

Encuentran la manera de entrar en calor, cuando, un cencerro se les aproxima con paso decidido.

Se dejan sorprender.

-*¡Saludos! Soy la Alcaldesa.*

Capítulo 3:

(10 días antes)

El controlador abandona una gran sala de control dejando tras de sí una colección de ropa por los suelos, suficiente como para vestir a unos seis científicos varones y cuatro hembras, de diferentes nacionalidades. Nueve guardias uniformados también podrían equiparse.
Se toma un sándwich de una máquina.

El elegante despacho resulta realmente acogedor.
El edificio en sí lo es.

Y la Alcaldesa, una adorable anciana de larga melena blanca y pálida piel, que en otro tiempo debió ser una hermosa joven, les trasmite una sensación a caballo entre la compasión para con ella, y el agradecimiento por la cálida acogida.

La chimenea ilumina las butacas envolviéndolos en una zona de luz blanca.

El chocolate caliente que les ha preparado a sus nuevos huéspedes, es posiblemente el cacao más negro que jamás hayan probado.

-*Esta es mi casa. Pero también es el ayuntamiento, como veréis.* –ríe afablemente- *Espero que estéis cómodos y os quedéis mucho tiempo, pues, he estado tan sola…*

La pareja cruza miradas de embobamiento mientras se sonríen.

Se fían de ella.
Quieren ayudarla.
Pues está claro que necesita compañía.
Y ellos necesitan esto.
Un nuevo hogar.

-*Perdone, Alcaldesa, lo que nos gustaría saber es si ha visto usted más gente. Gente oscura. Gente mala. Si es en realidad este un lugar tranquilo y seguro o no.*
-*Ohhh… ¡Claro que lo es, hijito! ¿Quién iba a querer venir hasta aquí arriba con la nieve y el hielo?*
-*Sí, bueno… Verá, es que las cosas están muy feas en la ciudad. Hay mucha violencia. Nosotros venimos huyendo de eso. Pero puede que alguien que no comparta…*
-*Descuidad queridos, aquí estamos completamente a salvo.*
Ingrid hace un ruido ronco de aprobación. Celebrando la propia idea de un lugar así, asiente y sonríe.

La Alcaldesa prosigue:
-*Somos la aldea más alejada antes de adentrarse en la implacable sierra. Más allá sólo hay un refugio de los guardabosques, abandonado por supuesto. Este es un lugar apacible. Yo no he visto a nadie en meses.* –les sirve un trozo de plum-cake.
-*No, gracias. No puedo tomarlo.*
-*Muchachito, estás en los huesos. Deberías comer bien. Si os quedáis, yo voy a remediar eso. Porque, os vais a quedar, ¿no?*

¿Quién podría negarse?

Tras una abundante cena, la charla se alarga por horas.
-*…Supe que algo había ocurrido. Por el cielo, ¿sabéis? Bajé al pueblo más cercano y no quedaba ni un vecino. Pensé que estaba soñando. Nadie ha subido en tanto tiempo, que no me alteró demasiado saber que estaba sola. Excepto por mi hijo, claro.*
-*¿Su hijo?*
-*Sí. Él me ayuda subiendo provisiones. A mí me cuesta terriblemente darme esas caminatas. Una tiene ya una edad y claro…*
-*Vamos, vamos, si está hecha una chavala*. –Isaac trata de ser simpático, a pesar de que todas sus frases hechas resulten soporíferas.

Pero hay algo que necesitan saber por encima de todos los demás detalles
-*Y… Díganos, ¿cómo se protege del ruido?*
-*¿Qué ruido, hijito?*
-*Ya sabe* –se masca la tragedia- *la música mortal que envía el hombre de blanco.*

La anciana aprecia el especial interés en la pregunta en la cara de Isaac e Ingrid.

-*¡Ah! Eso.* –suelta una adorable carcajada- *Veréis, jovencitos, yo no escucho bien desde hace años. La presión aquí es alta y cuando suena esa música simplemente me tapo las orejas.*

Las temblorosas manos de la Alcaldesa sirven más té humeante en la tacita de Ingrid.
Esta agradece con el gesto.

-*Es un té de hierbas de la montaña. Yo misma las recolecto. ¿Os gusta?*

Ingrid da su aprobación nuevamente con un movimiento de cabeza.
Isaac permanece pensativo.
-*"¿Debería creer a la anciana?"*

-*¿Cómo va a haber sobrevivido sin protección? Ambos sabemos que eso no es posible. Por muy vieja y sorda que esté.* –ya en la cama la conversación entre los jóvenes se torna decisiva. –*Pero por otro lado, es una mujer tan encantadora. ¿Y qué si no le afecta el ruido? Mejor para ella. ¿Qué culpa tiene?*

Parecen estar decididos a aceptar a la mujer y sus atenciones.

Esa noche duermen como nunca.

El gran colchón de plumas. La estancia templada por las ascuas del hogar. La tranquilidad.

El rocío trae consigo la inevitable pregunta:
-*¿Cómo podemos ayudar?*
-*No, no. No lo diréis enserio, ¿verdad? Yo me ocupo de todo. Vosotros disfrutad de vuestra juventud. Para el resto está esta vieja.*

La Alcaldesa se recrea mirando a la joven de esponjosa melena azabache.

-*Es preciosa. La tratarás bien, ¿eh? Como se merece. ¡Ven aquí, hija! Vamos a ponerte algo bonito.*

La anciana y la alegre joven se van de la mano a una habitación contigua al saloncito donde desayunan.
Isaac se queda ante el cada vez más adictivo té, en un estado de relajación indescriptible.
Su mente no está en ninguna parte.

De repente, un grito.
Es Ingrid.

Isaac salta de la silla. Atraviesa el pasillito que da a la estancia por la que marcharon. La puerta está entreabierta.
Se lanza dentro.
Choca contra un muro de ropajes. Todos de mujer.
Se abre paso violentamente. Entre perchas y percheros. Más ropa.
-*¡Ingrid! ¡Ingrid! ¿Dónde estás, Ingrid?*
La habitación parece hacerse cada vez más pequeña. Le falta el aire.
El corazón le corre a mil por hora.
Su cuerpo arde, y su vista se vuelve cristalina.
Lágrimas de desesperación se amontonan.

Ropa. Ropa. Y más ropa.

Va dando tumbos entre las prendas sin saber ya hacia dónde se dirige. La habitación parece una piscina llena de ropa. Y él nada sin ver lo que tiene delante.

Finalmente su cuerpo se rinde ante la impotencia.

Sus piernas se doblan y trata de evitar la caída agarrándose a un vestido de gala que parece sacado de otro siglo.
El percherito múltiple se viene abajo con él.

-*Querido, ¿estás bien?*
La Alcaldesa aparece al otro lado de los pomposos vestidos. Junto a la mujer, Ingrid. Ante un espejo. Con el conjunto más bonito del mundo.

Parece una princesa.

Capítulo 4:

(8 días antes)

El controlador está en Italia. Come pizza.

Durante los dos últimos días, la Alcaldesa les ha mostrado la aldea formada por un puñado de cabañas reunidas casi circularmente, y ha narrado incontables leyendas e historias sobre el paraje.

Isaac ha preguntado sobre la posibilidad de acomodarse con Ingrid en una de las otras construcciones, pues después del susto del vestidor y las constantes atenciones de la anciana, sobre todo hacia la muchacha, le resulta algo agobiante la convivencia.
La mujer, con gran dulzura, ha rechazado la posibilidad.
-*Las otras chozas están cerradas. Llevan así largo tiempo. Dentro no hay más que mugre y cosas feas*.

Ese día por la tarde ven acercarse en la distancia a un hombre con dos chicas.

La afinada vista de Isaac percibe una botella de algún licor que va pasando de mano en mano por el trío.

-*Alguien se acerca*. –le advierte a la anfitriona.
-*Debe ser mi hijo.*
-*Viene con dos chicas.*
-*¡Ah! Sí. Deben ser sus amiguitas. Es un muchachito muy apuesto. Te va a gustar mucho, Ingrid, querida*. –la coge de la mano- *¡Vamos! ¡Vamos! Casi no tenemos tiempo de arreglarte bien antes de que llegue.*
-*¡Oiga pero…!* –la objeción de Isaac se evapora como polvillo en el aire.

El chico de las zapatillas rojas está inquieto.

-*"La anciana vale, pero, ¿y este tío de dónde sale?".*
No le gusta un pelo.

La comitiva alcanza la casa unos veinte minutos después.
El tipo, de unos treinta y pico años. Rudo. Grande. Con prominente barba y prácticamente rapado.

Ellas, dos tontas. Niñas monas, eso sí.

Vienen riendo. Al verle se detienen.
Suelta a las chicas como si de dos sacos de patatas se tratase.
-*¿Quién coño eres tú?*
-*Soy…*
-*¿Qué coño haces en mi casa? ¿Dónde está mi madre?*
-*Está…*
-*¡Hijo mío! ¡Qué alegría!* –la Alcaldesa sale de la casa para recibir al hombre calurosamente. –*Estos son mis invitados. Él es Isaac. Y lo mejor de todo, su amiga, la preciosa Ingrid.* –la muchacha asoma tímidamente desde el marco de la puerta.

Isaac no da crédito.

-*¡Guau! ¡Sí que es hermosa, madre!*
-*Pero no seas tímida. Sal aquí, hijita.*

El hombre tiene los ojos como platos. La devora con la mirada.

Ingrid pasa por delante de Isaac ignorándole por completo.
El contacto visual con el mastodóntico montañés no se rompe.

-*Hola, hermosa. ¿Por qué no pasamos a dentro y me cuentas cosas de ti?*
-*¡Es sordomuda!* –pronuncia secamente Isaac mientras una desagradable rabia homicida le recorre el cuerpo.

-*"Esto ya no tiene gracia".*

Capítulo 5:

(7 días antes)

El controlador está en su casa revisando el correo. Lleva una camiseta con el dibujo de la torre inclinada de Pisa, y una franja de letras verdes, blancas y rojas que versa: "I LOVE ITALY".

El musculoso montaraz está desnudo y golpea su pelvis contra la de Ingrid. Ella se contorsiona de espaldas al hombre con las rodillas y codos sosteniéndola sobre la gran cama. El sudor salta por todos lados.
Ingrid goza descontroladamente, con la mandíbula desencajada. Jadea a gritos:
-*¡Oh, sí! ¡No pares nunca, joder!*

Pero lo que separa es el corazón de Isaac.

Despierta sin aliento. Empapado. Confuso.

Aparta la cortina.
La luz blanca llena la estancia.

Ingrid duerme a su lado tranquila como siempre.

-*"¡Mierda de sueño!"*

En el desayuno las atenciones habituales de la Alcaldesa ahora se centran en su hijo, y como no, en su ojito derecho, Ingrid.

-*"¿Pretende casarlos o algo así?".*

Necesita uno de esos tés.
Ellos no lo saben, pero la bebida está doblegando su voluntad. Las hierbas les están volviendo mansos. Y adictos.

Las dos chicas apenas han hablado.
Cuando lo han hecho han sido groseramente interrumpidas por la anciana, en una actitud hostil impropia de hasta su ahora habitual dulzura.

Parece que el sueño de Isaac se llevó a término en la habitación contigua la noche anterior, a juzgar por ciertos moratones en los cuerpos de las muchachas, con mayor y apasionado sadismo.

Isaac vuelve de su embobamiento para terminar de escuchar la conversación entre la alcaldesa, su hijo, y las sonrisas corteses de Ingrid.

-*Nosotros nos vamos de excursión. Estaremos fuera todo el día.*
-*Muy bien, hijo mío. Haz feliz a tu madre. ¡Ve!*
-*Sí, madre.*

El montañés y sus dos amiguitas salen de la casa sin equipaje. Con lo puesto.

-Y tú y yo, querida, vamos a peinarte. Sería una pena que se enredara esa hermosa melena que tienes.

Isaac se queda solo de nuevo.
Sentado en la mesa.
Ignorado.
Un cero a la izquierda.

-"¡Se acabó! No voy a volver a ser un don nadie. Ahora soy mejor que eso. Soy un líder. Soy el novio de Ingrid. Tengo que imponerme. ¡Esto debe acabar!"

Sale de la casa.
Trata de otear los riscos cercanos. Los caminos.
Busca la figura de los cuerpecitos del trío por los senderos.
Nada.
-"Es imposible. No han pasado ni cinco minutos".

Camina alrededor de la casa de la Alcaldesa.

El ayuntamiento no tiene entradas por detrás, ni cobertizos.
Hace lo propio por el resto de la aldea.

Está a punto de irse a ver pasar las horas ante el fuego, cuando un extraño olor que emana de una choza llama su atención.
No lo reconoce.
Pero es fuerte.
Impregna el ambiente.
Una arcada sube por su garganta.

Su mente le envía mensajes que no descodifica correctamente.

-"Voy a entrar ahí".

Pero la puerta está bien cerrada.

Acerca el oído la entrada.
Nada.
Busca un palo.
Nada.
Ni un árbol en la alta montaña.

Arranca un madero del porche de una de las cabañas.

Se dispone a golpear con ella en la puerta hasta que ceda, cuando el inconfundible ruido del paso acelerado de la anciana, cruje en la arenilla.
Se esconde.

La anciana saca una llave de su escote. Abre la puerta. Entra.

Esto es una evidencia de que algo pasa ahí dentro.

La pistola del taxista sin balas está en el cinturón de Isaac.

Un pie en el resquicio de la puerta impide que la anciana termine de cerrarla.
Son unas zapatillas de tela roja.

Isaac entra encañonando a la mujer.
-*¿Te has vuelto loco, muchacho? ¡Baja esa arma!*
-*¿Madre?* –suena desde una planta inferior de la cabaña.
-*¡Cierre el pico, señora! Sé que aquí está pasando algo. Y voy a averiguar qué es*. –el espíritu del líder implacable y poderoso invade de nuevo a Isaac.
-*Tú no tienes ni idea de nada, gusarapo. No eres más que un mierdecilla con suerte. Pero tu suerte se terminó en cuanto llegaste aquí*. –la Alcaldesa está irreconocible. Sus facciones se moldean siniestramente. - *¡Hijo! ¡Sube a ayudar a tu madre!*

Isaac golpea a la anciana con la culata del arma.
Esta cae inconsciente.
-*"¡Cállese, vieja loca!"*

El hijo sube.
Lleva un delantal de plástico blanco de carnicero.
Ve a la Alcaldesa tendida en el suelo.

-*¡Noooooooo! ¡Madre! ¿Qué te han hecho?*

Se arrodilla ante el cuerpo sin percatarse de que Isaac le mantiene en la mirilla del arma.

Aprecia un hilillo de sangre que recorre la cara de la mujer desde la ceja.

-*Su rostro. Su precioso rostro*. –lloriquea- *¿Por qué has destrozado algo tan bello?*

Sin levantar la vista gruñe como un animal salvaje.
Se incorpora. Cierra los puños.
Sus brazos son como dos troncos de árbol.

Isaac retrocede.
-*¡Detente, monstruo! ¡Te...! ¡Te...! ¡Tengo un arma!*

El hombre encolerizado se lanza sobre él.
Isaac aprieta el gatillo aun sabiendo que no le quedan balas.
Un casquillo humeante sale despedido.
La cabaña retumba.
El montañés cae de rodillas. Gruñendo. Sin articular palabra.
Con una herida de bala en el vientre.
Desangrándose.

Isaac mira el arma atónito. No quería matar. No contaba con ello.

-*"No soy un asesino. No soy un asesino."* –se repite.

Se aleja de puntillas.
Como si nada hubiera pasado.

Baja las escaleras al sótano de la choza.

El olor se hace más intenso.
El cuarto está oscuro. Sus ojos comienzan a acostumbrarse a la negritud, y entonces lo ve: Cuerpos de jóvenes y bellas muchachas metidas desnudas en un extraño mejunje.
Sin rostro.

Las caras están colocadas en cabezas de maniquíes, delante de un gran espejo.

También hay brazos, y otros miembros, como en el expositor de un probador.

Vomita profusamente.

Es una sala de los horrores.

Una imagen recorre su cabeza.
-*"¡Ingrid!"*

Se levanta mientras su cuerpo se agita en una enorme tiritera. Quiere correr. Quiere no haber estado allí nunca.

Abandona la cabaña dejando tras de sí al hombre con su herida.

Entra en la gran casa.
Llama a su amada.
No hay ni un gemido de respuesta.

Finalmente la encuentra dormida, drogada, desnuda, en la habitación de la Alcaldesa.

-*"Ya la tenían preparada para hacerla lo mismo: Robarla su juventud".*

Vuelve el vómito ante tal pensamiento. Pero se controla.
La viste y la saca en brazos.

-*"El poblado debe arder. Debe purgarse."*

Se dirigen al refugio de los guardabosques. Su última esperanza.

Tras ellos, una bola de fuego que envuelve toda la aldea.

Capítulo 6:

El controlador está en las montañas tocando su flauta.

Una semana.
Una semana de normalidad.
De felicidad.
Todo se esfuma ante sus ojos.

Está tendido en el suelo, sobre una manta, al lado de un montoncito de ropa de Ingrid.

Llora durante horas.

El té que se trajeron de la casa de la anciana, y que han estado consumiendo como yonkis, se seca sobre el suelo de la entrada de la casa.

Tras deshacerse en llantos hasta la extenuación, la energía vital vuelve a recorrer su cuerpo.

Ahí tirado. Hecho una bola. Lamentándose y rememorando los acontecimientos que parecen haber ocurrido hace lustros, comprende todo.

Debe morir.

Morir para nacer.

Morir para vivir.

Capítulo 7.

El controlador está haciendo las maletas. Todavía le queda trabajo que realizar, pero ya está casi terminado. Tararea una canción de los Ink Spots: *"…I don't want to set the world on fireeeee".*

La gran ciudad.

Pasa entre los "asaltantes" sin inmutarse.
Estos le ignoran también.

¿Ya es uno de ellos?

Desea recibir un hachazo o que alguien le atropelle con un enorme camión.

La ciudad parece divertirse.
Risas y llantos.
Locura.

Busca camorra, pero sólo recibe esputos y empujones.

Es escoria para la escoria.

Entonces una batalla comienza.

Los "asaltantes" de otra ciudad entran en masa, aniquilando a todos los jubilosos habitantes de esta.
Es una carnicería.

Su instinto de supervivencia le empuja a correr.
La suerte le lleva ante una pareja de novios.

Ambos llevan cascos.

Están escondidos tras un contenedor de basura en un angosto patio de un edificio antiguo de pisos.

Isaac se sienta al lado suyo.

La pareja se aparta aterrada.

-*Tranquilos. No soy un…* -duda- *…No voy a haceros nada. Soy como vosotros.* – les muestra sus cascos.

El ejército invasor arrasa literalmente con todo. Algunos se reparten el botín. Otros simplemente disfrutan de la muerte. Otros violan a mujeres, hombres, objetos. Otros se drogan con lo que encuentran. Otros se tumban en medio de las calles, mientras ríen y disfrutan de los gritos de tormento y dolor de los "asaltantes" locales.
Las escenas son inefables.

Isaac resume su historia a la pareja.
Berta y David.

Desde las ventanas que dan al patio, los más horribles estertores de muerte se suceden.

-*Debemos irnos. Debemos marchar. Ahora lo he comprendido. Y vosotros debéis hacerlo también.*

Pero la pareja no entiende. No quiere entender.

-*Debemos morir, sí.* –continua.

Y es que ellos se aman. Se tienen el uno al otro y no quieren perderse.

-*Escuchad, hasta hace poco pensaba que todo podía ir bien, que podría solucionarse. Pensaba que encontrar a Ingrid había sido lo más importante de mi vida, que era una vida mejor. Pensaba que podía quedarme. Pero no puedo. No podemos quedarnos. Este no es nuestro sitio.*

Un trozo de carne humana cae al patio.

Berta llora.
David la abraza.

A Isaac la escena antes sus ojos le resulta familiar.

Unos "asaltantes" intentan entrar al patio.
Isaac se apresura a bloquear la puertezuela con el contenedor metálico.

-*No tenemos mucho tiempo. Debéis comprenderlo. La música. El hombre de blanco. Esto no es para destruirnos. No a nosotros. Nosotros debemos marchar, y ellos...* -la puerta comienza a ceder- *Ellos se quedarán aquí para desaparecer.* –mira al cielo- *Para desaparecer con este mundo que se acaba. ¡Salvarse no es salvarse, es condenarse!* –concluye gritando, pues el ruido es ensordecedor.

Entonces aparece.

Al lado suyo, en los escasos metros cuadrados del patio. De pie. Tras la pareja. Mirándole.
El hombre de blanco.

Isaac sonríe.
-*Así es como el mundo se depura a sí mismo. Sin que nos demos cuenta.*

Una canción comienza.

Los tres se colocan los cascos instintivamente.
Los tres agachados en ese horrible lugar.
Los tres en poco más que una viñeta de comic.

Isaac se pone en pie.

-*"La pregunta no es cómo sobrevivir, sino, cómo morir".*

Se despide con una sonrisa. Como tantos otros.

Tira los cascos.

-"Adiós".

Capítulo 8:

El controlador está rematando los últimos detalles.

La pradera verde.

El color.

La luz.

El Sol brillante.

La vida.

Isaac está tumbado boca arriba en la hierba.
El cielo es más azul que nunca.

Se levanta, como si de un mal sueño se tratase.

Su ropa, blanca.

Su frente, roja.

En el horizonte sólo se vislumbra más pradera.
Una pradera quizá eterna.

Rostros familiares.

Víctor, Ben, y Francis se le acercan corriendo.
Todos de blanco.

Se funden en un abrazo.
No se dicen nada, pues donde están, no hay palabras.
No hacen falta.

Han estado buscando respuestas.
Y ya las tienen.

El corro se abre.

Ingrid salta sobre Isaac.

Algo le dice que este momento no volverá a repetirse, pero, lo que ahora siente, lo que han sentido y que los une, se guarda dentro de él. En un lugar tan profundo que quizá nunca sepa que está ahí.
Pero ahí estará.
Para siempre.

Allí no hay "asaltantes".
Allí no hay violencia.
Ni odio. Ni Egoísmo. Ni lujuria. Ni maldad.

Compañeros y amigos se suceden.

Y, el chico de las zapatillas rojas está descalzo.

Todo es felicidad.
Todo es vida.
Todo gira, y se vuelve blanco.

El controlador ha terminado su trabajo.

Capítulo 9:

El controlador está de vacaciones.

Los pies de Isaac no dan más de sí. Si no se apresura, no va a llegar a la entrevista.
Es un curro de mierda, sí, pero es mejor que nada.

Sus viejas zapatillas de tela roja se caen a cachos.
Está hecho un desastre.

Desde que su novia le dejó hace dos años, no levanta cabeza.
Su relación parecía ir viento en popa.
Ella, una atractiva azafata de veintidós años. Con media melena de lisos cabellos cobrizos. Pecas.
Boca pequeña y fina. Ojos algo achinados.
Era de la gran ciudad de toda la vida, pero su incontestable atractivo oriental le volvía loco.
Él, con veinticinco años, trabajaba en la pista del aeropuerto.
Bajito y delgaducho, guapete, eso sí, pero nunca fue lo que se dice un hacha con las tías.
Y ahí estaban. Viviendo juntos.

Puede que ella se cansara de la actitud bonachona de él. De la rutina empalagosa. De lo calzonazos que podía llegar a resultar.
O puede que fuera por el recorte de personal del aeropuerto, y que él se quedara de patitas en la calle.
O simplemente quería ver mundo.

Le dejó con lo puesto.

Asique ahora paga el alquiler él solo.

Dos años viviendo bajo mínimos, de chapuza en chapuza.

Si no hubiera empeñado la guitarra de sus tiempos mozos, podría tocar en el metro. O en alguna banda de algún local nocturno de la atestada metrópoli.

Son las 08:25 AM.

Va bien de tiempo.

El quiosco está a un par de calles por detrás de su edificio.
La calle a estas horas, transitada.

Va con paso firme y acelerado como de costumbre.

De frente un grupo de chavalillos de entre diecisiete y dieciocho años le llama la atención.
Van con los instrumentos a la espalda.
Un bajo, un par de guitarras, uno con unas baquetas, y otros tres. Mucha gente para un grupo de rock.

Pero le encanta.

Le encanta ver a la juventud haciendo música. Le recuerda a su propia juventud.

Se cruza con el grupito y su mirada se encuentra con la del chico de las baquetas.
Es una sensación agradable que le trasmite inocencia y vitalidad.

El chico, de ojos verdes, alto y fibroso, con una pequeña cresta en el pelo, y un pendiente de aro en la nariz, le devuelve a Isaac la esperanza en la sana creencia de que existe buena gente.

La banda se aleja de él mientras se percata de que hoy luce el Sol especialmente brillante.

Todo se ve hermoso.

La reflexión le lleva a focalizar su atención acústica en el canto de los pajarillos de la mañana.

Mientras mira a los árboles buscando contemplar a las aves vespertinas, unas gotitas de agua le salpican en la cara.
Pero no hay nubes.
No.
Es una cañería que ha reventado.

Un operario con un martillo neumático ríe ante su reciente desliz con la máquina.

Un chorro de agua a presión se eleva y cae formando una fina lluvia.

Unos colegiales que iban en fila de la mano de su profesora camino a clase, chapotean alegremente y abren la boca mirando al cielo con los ojos cerrados, ante la regañina correspondiente.

El obrero, un hombre de unos sesenta años, regordete, con un bigote bastante canoso, y apenas pelo en la sesera, también ríe. Sus generosas carnes botan y botan despreocupadamente. Sus compañeros no pueden creerse la escena y también se unen al júbilo.

La gente está contenta.

Isaac se sonríe a sí mismo, y decide volver rápido a sus asuntos antes de que se le haga tarde.
Necesita ese trabajo.

Llega al quiosco y coge su periódico habitual.
La quiosquera derrocha simpatía.
Isaac la alegra con un piropo.

Se despide y vuelve hacia su casa. Aún tiene tiempo de desayunar algo.

Abre directamente la sección de empleo.

Acostumbrado al recorrido, apenas levanta la vista de los textos.
Choca con alguien.

Se disculpa, antes incluso de ver a su homólogo en el percance.

Es un hombre de cuarenta y cinco años aproximadamente.
Con unas redondas y finas gafas, a juzgar por el aspecto, bastante antiguas. Bien afeitado. El pelo engominado con la línea perfectamente delimitada en el lado izquierdo de su oscuro aunque escaso cabello. Le clarea el cartón.

Lleva un traje negro, con camisa blanca y corbata negra también.
Bajo la chaqueta se observa una acreditación que a Isaac no le da tiempo a leer.

El hombre sostiene una puerta.
Es una puerta robusta de un imponente edificio de oficinas acristalado.

Isaac se percata de que el hombre espera para que alguien salga por el lugar exacto donde él se encuentra parado taponando la salida.

Da un paso atrás.

El hombre mantiene el gesto de cortesía para con la hermosa joven que sale a continuación.
Una chica de la que Isaac calcula su misma edad, veintisiete. Hermosa a rabiar. Magnética a más no poder.

Sus ojos de color miel le derriten. Se le ponen los pelos de punta. Se le cae la baba.
La cara de tonto es magistral.

La chica hace un ruido y gesticula con las manos en lenguaje de señales de los sordomudos, agradeciendo al hombre.

Isaac se percata sin darle mayor importancia, pues, su mirada y todos sus sentidos están momentáneamente centrados en exclusiva en los gruesos y rosados labios de la joven.

Ella, parada entre Isaac y el educado caballero que todavía le sostiene la puerta, se ruboriza tímidamente.

Hay algo casi familiar y cálido es ese momento. En ese lugar concreto.
Algo que le dice que se quede allí mismo. Sin moverse. Con esa chica y ese señor que no conoce de nada.

Pero la situación se disipa. El hombre se aleja calle arriba hacia el quiosco. Ella hacia la acera, levanta la mano pidiendo un taxi.

Isaac se aleja.
Camino a casa.
Con esos ojos.
Los de esa chica.
Los del caballero gentil. El joven baterista. El risueño obrero.
Con el canto de los pájaros y la luz del Sol.

Camina por el camino que tan bien conoce, sin saber que nunca volverá a ver a ninguna de esas cuatro personas.
Que sus miradas no volverán a cruzarse.

Con ninguno de los cuatro.

Y que nunca, nunca habrá un Isaac e Ingrid.

Ingrid e Isaac.

Raíz de menos cuatro.

FIN

ALEGRE PORFÍA
EN EL HEDIONDO ERIAL DE MON.

Lo pedido.

Dientes podridos.

Salpica la saliva rabiosa.
-*¡Han deshecho a la Niña de Azúcar!*

Culpabilidad, pero, no intencionada.
Un charco de lágrimas de la niña, y en él, la niña, que es sólo caramelo.
-*¡La hicieron llorar hasta que se derritió por completo!*

La turba enfurecida clama justicia.
Quieren una cabeza.

Miradas que se clavan fijamente. Acusando.
Ancianas vestidas de negro. Hombres de cuarenta que parecen milenarios. Arrugas. Mugre. Y caramelo.
El círculo se cierra sobre un cuerpo. Los puños apretados buscando una merecida venganza.
Correr.

Alejarse no mirando atrás.
Voces desesperadas pidiendo la captura a un ente no bien definido. Piernas jóvenes contra el óxido.

Esquivar una bala.
Pensar en que no es justo. En que no se es mala persona. En que fue sin querer.
Y no querer más esto.
No quererlo más.

Hierbas altas. Buen cobijo en la huida.
Pasar tan rápido que las hojas cortan la piel.
Rabia.
Un atisbo de lágrima.
Zona fangosa. Los pies pesados, y hasta las rodillas se mojan. Avanzar cada vez más despacio.

-*!No quiero más guardería! !Terminó el tiempo de la cría! ¡Soy una persona adulta y merezco más cuantía! ¡Qué no son juegos mis pasiones, ni tampoco fechorías!*

Y escuchar una voz que responde: *¡Sea así!*

Mirarse al ombligo y verlo hundido en la ciénaga. Atraparse entre pensamientos hasta la barbilla.

Levantar la vista y verse como en un espejo pero con hábitos religiosos. Y de esta guisa, la viva imagen pero fuera del cuerpo propio continúa:

-A aquellos que desean el saber del ser maduro. A aquellos que actúan como si fueran adultos, más, con toda la torpeza del lactante y el inculto. A aquellos, ¿quieren bien ese tesoro que es laboro et consecutio? Pues yo, yo a aquellos presto sirvo, más, exijo un tributo.

Ver como se incautan de la más alta posesión física del ser, y despertar fuera del hediondo erial con el cuerpo arrugado y afligido por la senectud.

Lo obtenido.

Buscar explicaciones.
Brujas y sabios hechiceros modernos.
Idiomas extraños.

-Mon es su nombre. Busca un cuerpo, un cuerpo joven. Se aprovecha del dolor para engañar a las mentes, que en su desesperación desean lo que no es prudente. Intercambia su envoltorio arrugado y maloliente, por uno bien capaz, y con este se divierte. Pero Mon no traiciona, es ecuánime y decente, pues a los desposeídos su deseo les concede.

No terminar de comprender.

Querer volver a la ciénaga pero no encontrarla.

La tristeza da paso a la esperanza; de repente, ejercer una atracción sobrenatural hacia el sexo opuesto.
Ser irresistible.
Disponer de toda la carne deseada. Ser objeto de lujuriosa adoración.
El tan ansiado don ha sido regalado.
Chasquear los dedos y poder gozar sin fados.
Saberse al alcance de todo lo soñado, pero el cuerpo ahora es viejo y se encuentra cansado.
Y la lujuria está presente y el recuerdo atado, a una imagen antigua que nunca se ha olvidado:

Una carreta cayendo al agua. Llena de seres pendencieros. Pero uno de esos seres es bello y brilla con luz propia. Debe ser salvado. Soltar el pequeño tambor y nadar río abajo. Sumergirse y sacar ese cuerpo pesado e inerte del bravo remolino que han formado las aguas para atraparlo. Juntar los labios con los suyos y darle vida en forma de aire. Ver el color retornar a sus mejillas. Ver como abre los ojos, y fundir las miradas grabando por siempre ese supremo rostro en la mente. Y jurarle amor verdadero y eterno. Y antes de poder articular palabra, volver a tocar el tambor para que pueda proseguir el juego.

Lo probado.

Así la primera víctima.

Kumis, familia directa del hombre poderoso de la región: El Licenciado Yogurt.

Romance apasionado entre las pajas del establo. Medias de lana colgando de las vigas.

Conocer lo natural. Conocer lo verdaderamente autentico del cuerpo sin prejuicios. Convertirse en un ser libre de la mano de Kumis.
Este es su regalo.

Corresponder regalando gemidos.
Risitas.
Más gemidos.
Y un lamento serio como de profundo dolor. O placer.

Quedarse mirando al techo y recibir un torrente de repentina repugnancia del propio ser. ¿Y es esa repugnancia quizá la recompensa deseada?

Un sabor de boca desconocido. Buscar las aguas redentoras del arroyo cercano.
Purgarse.
Buscar el frío, y luego envolverse entre mantas.

No responder a las cartas de Kumis.

Comenzar la búsqueda de nuevo y, El Licenciado Yogurt está furioso. No le gusta que entristezcan a los de su casta. Quiere una solución. Una solución de sangre.

Alejarse de allí.
Y sí, sangre.
Sangre en la entrepierna. Y no saber por qué.

Lo fingido.

Un nuevo mundo. Una nueva víctima.

Pero el cansancio se vuelve atroz.

-Ojalá mi joven cuerpo tuviera todavía... Más, en ese mismo instante el hechizo rompería.

Preferir la desventura de la gracia, que la desgracia de la ventura.

Quitarse miradas lujuriosas de encima. Sacudirse los hombros para limpiar tamaña orgía de libido.

Elegir una presa y disparar.
La más hermosa criatura del lugar: Sílfide es su nombre.

Buscar lo natural aprendido en los viejos establos.
Encontrar sólo superficialidad y falsas palabras. Falsos gestos y movimientos oportunamente premeditados.
Sílfide, ser de perfectos rasgos. Ser que alegra la vista y el tacto. Ser artificial.
No hay tiempo para sudar.

Una suave brisa brota de algún rincón de la estancia. Temperatura adecuada. Iluminación única.
Agobio inigualable.
Silencio incalculable.

La repugnancia no llega esta vez.
Esta vez es una tristeza.
Un vacío.
Un absurdo.

Un mundo que no es mundo. Que no es espacio ni tiempo.
Salir es existir.

Lo forzado.

Taberna local como mejor opción para ahogar las recientes decepciones de la vida adulta.

Olores densos.
Miradas amenazantes de los parroquianos por doquier.
Droga.

-Aquí tiene su droga. Disfrútela con salud y honra.

Subir y bajar.
Fotogramas.
Droga.

Buscar el profundo silencio y distinguir un aullido que flota en el ambiente.
No, no es un aullido, es un lamento.
Un lamento construido por todos los presentes al unísono. En principio imperceptible. Pero presente.
Droga.

Querer salir corriendo. O quedarse para siempre.

Pero la molestia interior, el dolor de la mente, la presión abstracta, se vuelve física.
Manazas gigantes apretando músculo y piel.
Tratar de zafarse.
-Maldita droga.
Torpeza.

Ver el suelo cada vez más lejano. Flotar. Las baldosas se suceden. Se vuelven asfalto. Ahora arena.
La música cada vez más tenue. Ahora grillos.
Y descender de golpe.
Nube de polvo.
Dolor de culo.

Dos figuras oscuras y grandes. Tremebundo y Violencio.

Tratar de correr.
-Maldita droga.

Oscuridad y sombra como contexto único.

-Te vamos a cuidar bien.
-Te va a gustar. Aunque puede que te moleste un poco. No nos lo tengas en cuenta.

Tantear con las manos en suelo alrededor. Nada. Probar suerte en los bolsillos.
Sacar unas llaves.

El tímpano de Violencio
atravesado. El orgullo de
Tremebundo violado.

Sangre a borbotones.
-La gente no siempre es benevolente.

Lo manchado.

Ropas sucias de paja, lubricante, polvo y sangre.
Horror.

Pesadilla adulta.

Lo llorado.

Tener los ojos hinchados de no dormir. De llorar. De vagar.
Caer en un matorral.
Profundo sueño donde corretear por una playa huyendo y persiguiendo luego a las olas que bailotean en la orilla, es el mejor momento imaginable. Libertad.
Eso es libertad. Inocencia, pero, despertar.

-¿Por qué me obligan a volver al dolor? ¿Por qué esta esclava forma? ¿Por qué este hedor que me ahoga?

Otra vez un envoltorio envejecido en una cama de blancas sabanas.
Blancas paredes.
Blanca luz.
Blanca la figura, de blanca piel y blancos cabellos.

-Soy la hermana Di Fiori y esta es nuestra casa. En este santo hospicio cuidamos las almas, y a los cuerpos heridos sanamos con gasas. Es de bien que sepas que, buscando entre plantas, fue Reix quien te halló y trajo sin falta. Pronto vendrá a ver cómo te hayas. Bebe este caldo y ahora descansa.

Lo sagrado.

Buscar el amor.
Buscar emociones maduras.
Encontrar sopas y analgésicos.

¿Redención?

No.
Aún no.
Aún no es el momento.
El olor lúgubre de la ciénaga todavía permanece en las fosas nasales, siempre presente.

Querer taparlo con perfume. Engañarlo con fluidos lujuriosos. Con humo de finas plantas.
Con Nervios de Golondrina.

Encontrar al ser buscado. Y no atreverse a tocarlo.
Contemplar. Admirar. Sentir que algo ha cambiado.
Lo natural. Lo falso. Lo violento. Todo olvidado.

Sólo Nervios de Golondrina.

No recordar ya a las monjas caritativas, ni sus remedios, ni sus blancos cabellos. Sólo los ojos de Nervios de Golondrina.

Ese azul infinito. Es lo único que importa.

Vivir entre las comisuras de sus labios. Sonrisa mágica y apoteósica serenidad. Celebrar cada gesto de ese ser supremo.
Y seguir sin poder tocarlo.

Imagen de absoluta inspiración.
Pintar un cuadro en la arena de un parque.

Los ancianos ociosos lanzan unas pelotas de metal pesadas.
-¿Quieren destruir el cuadro?

Madrugar y ver que una paloma come pan donde debía estar el retrato de Nervios de Golondrina.

Pensar la fugacidad de lo superficial. Querer llorar pero no poder.
Por la magia.
Las chispas.

La lujuria ya no tiene cabida.

Dormir días enteros bajo su ventana. Pasar las noches en vela observando su sombra y el candil que la da vida.
Sentir la distancia infinita y a la vez el insoportable calor del fuego interior que parece emanar.

Recitar unos versos al viento.
Escucharse y temblar.

Piel de gallina.
Escalofrío réprobo.
Majaderías absolutas.
Locura temporal.

Cerca hay unas monedas amontonadas que han tirado los transeúntes.

-*¿Así cuida su dinero la gente?*

Lo escuchado.

Ese pesar en todas las juntas que permiten al ser mantenerse unido. Ese pesar hasta ahora desconocido.

-¡Mon! ¡Ser infame y cobarde! ¡Devuélveme lo que es mío o tendré que encontrarte, y con mis propias manos de mi cuerpo sacarte!

Pero no recordar ya lo anteriormente poseído. Sólo el néctar agrio de lo hasta ahora vivido. Desaprobación y menosprecio soportado desde el nido. Lo natural del amor y el dolor consabido. Lo que no es más que un cumulo de lo convenido. Violación y sangre como impulso primitivo. Y lo sagrado que sólo puede ser cultivo.

Llegar a un molino.

-Aquí lo que es trigo, se vuelve querido, pues torna alimento y mantiene lo vivo. Mi nombre es Retruécano, y soy vuestro amigo, mi empresa es sencilla: Explico al perdido que sea cual sea el ansiado camino, la vida es tan simple como este mi oficio; el tiempo es la piedra y vos lo prendido, es cosa de fuerza que cambie su estilo. Tratad pues que sea de bien lo obtenido, y engendre más vida y no más pujido.

Querer comer pan.

Pan caliente.

Lo volado.

Con el buche lleno bajo un tronco robusto, reposar estirando el cuerpo vetusto.

Cerca hay alguien quemando rastrojos de arbusto, querer despertar, más, soñar no es por gusto:

Un niño fuma una pipa. Se afila el bigote. Bigote señorial y altivo. Sube a un aeroplano de madera, y tras besar las mejillas rosadas de dos niñas que le observan y despiden con la mano, alza el vuelo y surcando los cielos desaparece. Luego una explosión y una nube de humo en el horizonte.

-¿Qué le ha pasado al niño? ¿Llegó bien a su destino?

Hay humo.

Tembleque.
Tratar de levantarse y sentir que todo gira.
Desgastado el organismo que no puede viajar a la velocidad de la atormentada mente.

Más humo.
-¿Y el niño? ¿Dónde fue a parar? ¿Por qué echó a volar si no sabía pilotar?

Despertar ante un jadeo en la distancia.
Corredor sudoroso y excitado.

-Saludos, soy Igor, e interrumpo mi huida, para advertiros que desde allende la vasta colina, me sigue un gran puerco con rabia e inquina. ¡Corred que aún hay tiempo de salvar vuestra vida!

Saberse incapaz de tal atletismo y asumir el inminente encuentro porcino.

-Mi nombre es Cerdicio, y soy un cochino, más tengo mi honra y guardarla es mi sino. Aquel que se aleja no es más que un mezquino, que corre después de haberme ofendido, si vos me asistís seguiré mi camino.

No está rabioso, sólo tiene sed.

Compartir el agua.
Pero el cerdo quiere vino.

-No tengo de esa droga, mas quizá llegó la hora, de que calmes tus nervios con barro y bellotas.

Ahora está enfadado.

Y así el cuerpo zarandeado y lanzado a los aires por Cerdicio.

Recibir golpes y sopas de nuevo en el hospicio.

Lo curado.

La Hermana Di Fiori desvela lo acontecido.

-Son muchas las gentes que ayudan a nuestra causa, pero fue Reix de nuevo quién te trajo entre mantas. Pues tan viejo el cuerpo y dañada el alma, fue tal vez tan sólo la suya esperanza al verte en el monte y no hacerte jarcha, lo que te permite tener un mañana.

Otra vez ese nombre.
Otra vez una nueva oportunidad.

El cuerpo quiere irse lejos. Volver quizá con quien le corresponde.

Pero otra vez allí, entre sábanas y atenciones, y rezos, y claustros claros, y ventanas, y rayos de luz oportunamente encontrados, y silencio, que llega el recuerdo de la búsqueda de placeres que con tanto ahínco y premura fue deseada, y el costo que resultó más alto de lo que se esperaba. Y el recuerdo de las palabras de Retruécano y al Niño Piloto.

Ponerse a escuchar a los otros yacientes:

-El mundo es malo. ¿Por qué a mí siempre? Yo dando y dando, y nada me vuelve.

Escuchar las quejas. Ninguna difiere.

-Y hasta ahora yo he sido como toda esta gente, creyendo en mi bondad, aunque inexistente, pues resulta que no es materia inherente. Es duro trabajo; sacrifico paciente.

Comprender que ser adulto no es ser independiente, una pieza suelta, la fiera más fuerte. Adulto es el que ve más allá de su vientre, el con sus actos es parte de un ente. Un ente humilde que al ego transciende.

Comprender ahora todo.
Comprender la lección que no fue buscada.

Y la lección aprendida es cura inmediata. La lección aprendida es pago. Es rescate. Es Mon.

Lo aprendido.

Saber que tanto esfuerzo no ha sido en vano, si no la inversión vital por el bien propio, pero también por un bien mayor. Un bien común.

-Este acertijo que Mon me ha encargado, no es pues un castigo por todo lo osado. Resulta que es un viaje que aun largo, dará bien sus frutos de aquí a mil años. Como es natural de mi raza el pecado; el ser egoísta salvó en el pasado. Mas a buen seguro el presente es bien claro: Aquel que desee más que sus hermanos, no únicamente se habrá condenado, si no que tampoco habrá aportado un grano que forme al Nuevo Humano. Un ser que del Yo se habrá bien librado, y ahora será un Todos. Un Tantos.

Y entonces la ciénaga.
Y entonces Mon.
Y entonces el cuerpo propio.

-Por fin entendiste que no se obra el cambio con fuego ni manos, que es con la mente, que es con lo dado. Tus horas oscuras que reflexionando buscaste lo extraño, buscaste lo abstracto, dime, ¿acaso no han sido en favor de tantos? Pensaste que sólo tu cuerpo era el trato, mas, ha resultado ser algo más alto. Ahora no tienes por qué utilizarlo. Ahora eres luz. Ahora eres algo.

Lo dado.

El paradigma del Yo ha muerto.

Y todos, que habiéndose contagiado del ejemplo, renuncian al Egoísmo como dogma.

Y mientras se contempla el Nuevo Mundo, el Nuevo Humano, una voz grabada en el pasado, nos saluda y nos da la mano.
-*¡Eres tú quien me salvó de aquel río hace años, tu mirada para siempre en mi mente he grabado!*

Reconocer el rostro presente y pasado.
La imagen grabada del río tan bravo, la carreta cayendo, el tambor silenciado.

No poder hablar, sólo seguir escuchando:

-*Fue en aquel instante en que con tus labios me diste vida, me diste aliento, que te juré amor eterno. Y yo, que me presento, cumpliré mi juramento:*
Mi nombre es Reix y desde este momento, lo que antes era mío ahora es nuestro.

Entender por fin que toda la aventura empezó hace tiempo, cuando ambos caminos llevaban errados. El tiempo ha pasado y no ha sido en vano, pues los dos ahora saben cuál es lo acertado. Y por fin sentenciar:

-*Ese nombre que has pronunciado, que sin saberlo la vida me ha dado, ahora que ves mi cuerpo regresado, antes no lo reconociste pues estaba ajado, más aún de nuevo también me has salvado, pues nuestros caminos al final se han hallado.*

Una tamborilera y un borracho.
O quizá un soldadito y una prostituta.
Pero ahora no.
Ahora, los dos y el Nuevo Mundo.

FIN.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS
DE LA EMPATÍA

Me cuesta pensar que en el fondo no soy una persona dura. Que realmente sólo soy idiota. Que acabo llevándome siempre la peor parte de las cosas por ceder lo mejor a los demás.

Me preocupa realmente cuando lo pienso, cuando echo la vista atrás y me veo jodiéndome para que alguien disfrute o no se sienta incómodo, alguien que realmente no conozco, alguien a quien no importo un carajo y que no es consciente de mi esfuerzo.

Esto me convierte en una criatura débil y tonta en un mundo de ciegos egoístas.

Pero no soy la única.

Recuerdo al soldado raso Utz. Le volaron la cabeza en Crostia por salvar los culos de un puñado de paletos atrapados en una emboscada, y que esa misma noche se estuvieron riendo mientras comentaban que sólo un tonto como Utz hubiera salido con un francotirador Crostio al acecho.

Gracias a sus sesos esparcidos por el asfalto de Crostia, esos tipos cenaron aquella noche.

1. Amistad.

A veces recuerdo las conversaciones de aquellas chicas tan refinadas de mi ciudad.
Hablaban de lo mayores que eran, mientras fumaban pitillos y bebían un vodka barato y asqueroso en la puerta de algún sitio de moda.
Luego se iban con algún tío espabilado y consumaban su nuevo estatus de adultos.
Al principio era cómplice de todo eso, y aunque sabía que algo fallaba, reconozco que me gustaba.
Pero creo que llegó el día en que de verdad empecé a hacerme mayor.
Las cosas empeoraron y me di cuenta de que eso era un juego de niños.
No tenía ninguna lógica.
Me apené al pensar que muchos de aquellos chicos y chicas, nunca cambiarían pensando que ya habían madurado y seguirían haciendo cosas absurdas, metiéndose en relaciones que ni ellos mismos comprendían, sin conocerse a sí mismos, y abocados a un futuro predeterminado por los cánones del fracasado medio.

Yo no me consideraba mejor que eso, asique me fui.

Una vez dentro supe que la arena me endurecería, pero no quise dejar que me cambiara de forma drástica volviéndome un trozo de trapo.

De una u otra manera el cambio fue notorio.

Las cosas ya no me afectaban como antes. Toda la depresión y parafernalia de las amistades perdidas desapareció. Gracias Alfred Nobel.

De hecho no he vuelto a considerar a nadie como amigo. Sólo conozco al enemigo y al sargento Odeim.

Sólo quedó en mí un resquicio de debilidad. Mi educación y devoción por los demás.

Y he aquí que me hallo. Sin nadie a mi alrededor, mirando el cielo boca arriba entre polvo y nubes negras.

2. Soledad.

No me importa.

No me importa lo más mínimo.

Estoy en paz conmigo. Aunque prefiero no pensarlo. Me siento mal si lo pienso, y veo que he cedido mi sitio a un gilipollas cualquiera.

Sé que si lo pienso y me lleno de rabia, me convierto en peor persona y ensombrezco mi verdadera voluntad. Que esos tipos estarán ahora comiendo sopa caliente y escuchando música mientras nadie en absoluto se acuerda de mí, ni siquiera saben que me he quedado aquí.

¡Qué diantres, estoy bien!
No tengo nadie ni nada con quien discutir.

3. Medallas.

Puedo ver al gordo de Odeim comiendo como un cerdo.

Puedo ver mi esquela.

Ya me habrán contado como una baja más. Es lo típico en estos casos. Carne de cañón.

Me consuela saber que no soy ni la primera ni la última persona que dejan atrás.

Tras un breve instante, me apena tanto pensar que no soy ni la primera ni la última persona que dejan atrás…

Odeim y sus medallas.

4. **Palabras.**

Me he cansado de hablarme como si fuera alguien interesante. Como si no tuviera miedo.

Me faltan las palabras.

5. **La nube.**

Tengo un nuevo amigo. Es una nube.

6. **Fin.**

**CÓMO HACER
DEL MIEDO
UNA CRUZADA.**

Sobre el hollín.

¡Ya llega! ¡Ya llega!

Llevo años esperando este momento. ¡Años!
Y no puedo contenerme.
Subo y bajo la calle desértica del barrio de la estación del ferrocarril.

Todavía no ha amanecido del todo, pero puedo reconocer el camino que mis pisadas han trazado sobre la acera, dejando ver los adoquines bajo la capa de polvo y hollín que la cubre.
Recorro el surco una y otra vez.

He llegado casi una hora antes, como si por estar aquí pudiera controlar que nada salga mal. Pero sólo puedo esperar.

¡Ya llega!

No paro de imaginar el momento en que la vea por fin. ¿Será tal como me la describieron?

Cada diez segundos meto la mano en el bolsillo de mi chaquetón para tocar el sobre. Asegurarme de que sigue ahí. Repleto de billetes.
Muchas horas de sudor comprimidas en un pequeño paquete.

Miro el reloj.

Sobre.

Reloj.

Acera.

Sobre.

Reloj.

De pronto, un olor obsceno: ¡Croissants recién hechos!
Un deseo inapropiado en este momento. ¿Cómo puedo pensar en algo que no sea ella?

Una nube de humo en el horizonte.
¡Es el tren! ¡Ya llega!

Permanezco fuera de la estación, tal como fue acordado.
Pero mis pies, mis pies quieren entrar a toda prisa hasta el andén, y buscarla. Abalanzarme sobre ella y ya no soltarla.

Justo cuando los frenos de la locomotora chirrían por última vez antes de detenerse, el canto de un gallo, llamando al alba.

Algunas voces rompen la quietud de la fría y sucia calle.
Un obrero.
Una señora anciana encorvada bien aferrada a su bolso.
Varios chicos jóvenes con camisas impolutamente blancas y brazaletes verdes.

A buen seguro algunos funcionarios, con bigotitos estrechos y bien peinados.

Todos salen por el gran portón de acero de la estación, y desaparecen entre la oscuridad de las callejuelas adyacentes, dejándome a mi ahí, al otro lado de la vía, de piedra, impaciente, con el corazón y la sangre detenidos.

¿Dónde está?

¿Me habré equivocado?

¿Qué día es hoy?

Reloj.

Estación.

Reloj. Miro las manillas pero no retengo el dato.

Las piernas empiezan a temblarme y mi mandíbula… Tan apretada que en cualquier momento van a saltarme los dientes.

Y entonces, entonces la veo por fin.
Por el rabillo del ojo, doblando la esquina. Directamente salida de uno de los vagones traseros.
¡Ahí está!

De nuevo me congelo. Silencio. Visión túnel. Sólo ella ante mí.

¡Ya llega!

Los rayos del Sol deciden despuntar en este momento tras su esbelta figura, haciendo de la visión algo celestial.
En mi cara, una sonrisa tonta. ¿Se me cae la baba?

Ella, firme y deslumbrante.
Él, con chaqueta de cuero y gafas redondas, la trae agarrada, avanzando a paso lento.

Se acercan.

Es tal y como la imaginaba. ¡No! Es mejor.

-*Bonita, ¿eh?*

"¿Qué?" Pienso.

Las primeras luces del día inciden sobre ella dándole un aspecto mágico e irresistible.

Ahora, ya tan cerca, tan real, aflora en mí una excitación, un calor que surge de mis entrañas. Mi estúpida expresión torna en un gesto de puro placer ante lo que me espera.

La quiero.
Quiero que estemos solos. Pronto. En un lugar apartado. Ella y yo.
Quiero hacerla vibrar entre mis piernas. Llevarla al límite con un suave movimiento de mi muñeca.

Quiero que nos fundamos en uno.

-*¿Está todo correcto? Seguimos sus especificaciones rigurosamente. El año, procedencia... Le aseguro que es la mejor que hemos podido encontrar.*

Miro al tipo.
"Ridículas gafas" habría pensado en cualquier otro momento, más, siento sólo gratitud.
Han hecho un buen trabajo encontrándola.

Vuelvo al mundo real.

Mi mano directa al sobre. Lo palpo.

Finalmente acierto a decirle que todo parece perfecto.

El hombre asiente sonriente.
Yo vuelvo a mirarla. No puede ser real. ¿Quién ha podido concebir algo tan bello?

-*Verá, el tren está a punto de salir y yo debo marchar en él. Si todo es de su agrado, será mejor que cerremos el trato.*

"Sí, claro, cuanto antes se largue mejor".

Saco el sobre, y por primera vez, un atisbo de inseguridad.
Lo miro. Lo aprieto entre mis manos. Es mucho dinero.
El tipo me lo arrebata. El pitido del tren que parte.

-*Ya lo cuento yo, no se preocupe. Ha sido un placer hacer negocios con usted. ¡Ya sabe dónde estamos!* -corre.

El estruendo del ferrocarril alejándose me deja con ella. En silencio de nuevo.

Me tomo mi tiempo antes de tocarla. Quiero disfrutar de ese primer momento.

Por fin unos pajarillos, el silbido de una tetera y una solemne voz desde las válvulas del invento del comandante Julio Cervera, inauguran oficialmente la jornada.

Paso mi mano suavemente por toda ella. La recorro lentamente, sintiéndola. Está fría.
Hagámosla entrar en calor.

Desabrocho los botones de mi chaquetón por debajo de la cintura.

Llegó el momento esperado.
Una extraña fuerza, deseo, lujuria, me invade.

La monto.

La siento bajo mi cuerpo.

Es perfecta. A mi medida.
La hago rugir.

Tiembla.

Siento ese aroma que desprende y me pide que la haga volar.

Las ruedas resbalan sobre el asfalto.
Mi muñeca abre el gas, y salimos lanzados a toda velocidad por el arrabal de la ciudad.

¡Qué bien suena!

Puedo sentir como la gente se levanta de sus camas a nuestro paso. Se asoman a las ventanas.

"¡Aquí estamos, hemos llegado!"

Atravieso los cruces sin mirar a los lados. Subo y bajo cuestas. En la recta del mercado nos fundimos en uno sólo. Los comerciantes del campo que ya llegan con sus productos me gritan.
Creo que son vítores.
Cojo el camino de la ermita. El polvo se levanta. Justo ante La Santa, derrapamos.

Rio descontroladamente.
Alzo los brazos.
A los pies la aburrida ciudad, que ya nunca volverá a ser aburrida.
No con ella.

Ella y yo. Dos rebeldes.

Eso me recuerda que debo engalanarme adecuadamente.

La leche donde se bañan las fresas.

Recorremos de vuelta la senda hasta la urbe, y esta vez entrando al centro, llegamos al barrio acomodado, a la puerta de mi mejor amiga.
El antiguo palacio de su familia todavía descansa cubierto por el rocío. El granito, testigo de la decadencia de la capital provincial, me recuerda quienes viven aún en la parte alta y soleada, y quienes en la oscura y húmeda, cerca del río.

Quiero probar la bocina. ¿Estará también a la altura del porte y elegancia que caracteriza al conjunto?
Seguro. Pero no quiero arriesgarme a despertar a los vecinos. No, aquí no.
Sigo el modus operandi habitual.
Una chinita contra su ventana.

El rostro somnoliento de mi amiga se dibuja tras las cortinas.
La veo llevarse las manos a la cabeza y saltar. Puedo adivinar sus chillidos de emoción.

Me indica con el dedo que vaya a la parte de atrás.

Con el motor apagado, me dirijo furtivamente a la entrada del servicio.

-*¡No me puedo creer que lo hayas hecho! ¡Es una locura!* -grita y me abraza. No para de moverse. Me mira. Niega con la cabeza. Vuelve a ella. La toca. No termina de parecerle real.

¡Qué momento! Sólo por esto ha merecido la pena. Será recordado por siempre.

-*Nadie hubiese apostado que lo harías realmente. Estas cosas no son para gente como tú. Cuando te vean... ¡Se van a volver locos! Todo el mundo.*

Me dice también que pase, que tiene frío con el camisón y eso, pero yo no tengo tiempo para charlas, tés y abrazos. Le pido lo que me estaba guardando.

-*Me ha costado mucho terminar de teñirlo. He gastado mucha pintura del estudio.*

Le digo que pienso pagárselo todo.

-*Espero que el rosa sea de tu agrado.*

Es perfecto.

De nuevo.

Perfecto.

Nos abrazamos unos instantes y me dice que tenga mucho cuidado.
No se termina de fiar de mí.
Es normal, supongo.

Pero este es mi sueño.

Cabalgo a lomos de la máquina más perfecta. Mi chaqueta y casco del color de la leche donde se bañan las fresas, deslumbran el paisaje de allá donde el más profundo hastío todo lo ha tomado.

El día más soleado de la historia.

Atravieso el paseo de los cerezos. Sus flores frescas me flanquean, mientras en la distancia repican las campanas de todas las iglesias, anunciando quizá mi marcha.
Mi libertad.

Pronto me acerco al primer pueblo del extrarradio, deslizándome a toda velocidad por la solitaria, eternamente recta, pero ondulante calzada. Subidas y bajadas que me hacen perder y luego recuperar la vista del horizonte, las montañas, los carteles que me indican que me estoy alejando.

Las vacas.

Ruinas antiguas.

Un labriego me saluda levantando su gorra.

Una fila de infantes de camino a la escuela por el arcén, boquiabiertos, me señalan con el dedo y comentan.

¡Puedo volar!

Con un certero movimiento de pie izquierdo y mano derecha, exprimo al máximo sus posibilidades. Ella me da todo lo que tiene. Yo la mimo con unos golpecitos de mano izquierda en el lomo. Me agacho y la susurro lo maravillosa que es, que nadie sabe hacerlo como ella. Aprieto las piernas.

La atrapo fuerte junto a mí y, suelto las manos, las levanto, trazando una uve que corona nuestra unión. Ella, el asfalto y yo.

Pero Céfiro parece furioso, o quizá yo inconsciente.
El viento me empuja con fuerza y tiemblo. Casi logra separarnos.

Prolongado el subidón que de golpe se desvanece.

Me agarro fuerte a ella.
Siento como un escalofrío me recorre y se adueña de mí.
Veo la carretera pasando rápido bajo mis pies. Visualizo la caída.
Mi encuentro con el fuego de la inercia.

El rosa se vuelve rojo.

Llega la eritropsia.

¿Qué estoy haciendo?

¿Cuánto me he alejado?

¿Cómo he podido hacer todas esas cosas, a tanta velocidad, sin saber nada de cómo manejarla?

Ella es poderosa.
Yo no soy nada.
Sólo carne y huesos.

Se me nubla la vista ante la realidad: Si sigo sobre ella es por puro azar.

No he tenido ningún control en ningún momento.

Pero aquí sigo.

Tengo que ser firme y tomar las riendas. Ser yo quien mande.
Si no, acabaré donde ella quiera. Y ella no me quiere. No. Ella es sólo belleza y poder. Sólo eso.
Soy yo quien la quiere.
Ella está vacía.

Apenas llena de gasolina, lo suficiente para mantenerse viva.

¿Por qué no lo he querido ver antes?

Ella me odia.
Quiere acabar conmigo.
Sólo soy un juguete para ella.
Cuando yo ya no esté, el hombrecillo de las gafas redondas vendrá a por ella, la embarcará en un tren, sacará brillo, y será la máquina de otra persona.

Su máquina.
Porque eso es lo único que es.
Una sucia máquina.
Una máquina de sensaciones aceleradas.

La ira me invade. Un calor profundo sustituye a la heladora sensación de terror.
Llamas bermejas de fuego iracundo brotan por mi nariz.
Quiero girar el manillar y estrellarla contra un árbol. Destruirla conmigo.

Por un momento sólo el sonido de la velocidad.

La velocidad.
La velocidad.

¿Qué estoy diciendo? Esto es maravilloso. ¿Qué importa quién sea qué? Disfruto. Sólo disfruto.
Este es mi sueño. He recuperado el control. El rojo se disipa. Nada puede detenernos.
Nada, excepto la lluvia.

Ojalá no llueva.

Entrando en Rājāvarta.

Las gotas nos golpean.
Sobre ella resbalan y recorren su suave y reluciente figura.
Sobre mí se evaporan al tocarme.
Me devuelven a la normalidad, y la normalidad me dice que si monto con la lluvia, duermo con las estrellas.

La goma de los neumáticos me lo confirma con un dulce silbidito.
Debemos parar.

Estamos en el algún lugar entre el kilómetro 460 y el 482.

La lluvia parece espesa niebla en la distancia. Veo como devora los riscos. Las arboledas.

Debemos parar cuanto antes.

Justo ahora, que tan bien estábamos entendiéndonos. Justo ahora.

"¡Condenada lluvia! ¡Todo es culpa tuya!"

Resbalamos. Nos deslizamos entregados al destino.
Caída.

El olor de la tierra mojada.

Siento un extraño alivio.

Me levanto y compruebo los muchos arañazos. En mí, no importa.
En ella... ¡Tragedia!
Quiero llorar.
Está sucia.
Pero la lluvia la limpia ante mí, como queriendo decirme que nada ha pasado.

Más nos vale refugiarnos de esta tromba traicionera.

A mi alrededor sólo campos. La interminable planicie.
Entonces, un madero en la distancia.
Nos acercamos.

"Posada Rizo del Rey" reza.

¡Magnifico!

Avanzamos a través del aguacero. Ella a mi lado. Más pesada e inerte que nunca.
Se ha callado.
Por primera vez parece ausente.

Llegamos ante la aislada construcción. Sus paredes son todas azules. Un azul hermoso, como lo profundo del océano.
Sin embargo es austera.
"Una parada para moteros" pienso. Más, sólo quiero evitar esto que se empeña en calarme.

Del otro lado de la puerta, una mano invisible de confortable calidez que tira de mí.

La apoyo contra la pared, lo más resguardada que puedo.
Es duro el momento de la separación, antes inconcebible.

No me quiero ir, pero debo entrar. Siento el crepitar de las ascuas que calientan el interior.

"Hasta pronto, preciosa".

Empujo el pesado portón de madera. Unas campanillas suenan sobre mí al entrar.
Una súbita ola de calor golpea mi rostro.
El ambiente está realmente cargado. Pero lo agradezco.
Compañía de nuevo.
Parece que hemos estado solos una eternidad.

Oteo la estancia.

Hay bastante gente, más, nadie se gira para mirarme.

Una música de fondo de guitarra, violín y clarinete. Nadie baila.
Igual que en el exterior, todos los muros son de un azul intenso, más atenuado aquí por la escasa iluminación. Apenas algunas lamparitas y velas sobre las mesas bajas, y el destello del hogar mientras consume algunos leños.

Veo al posadero. No me gusta su cara.

Me llevo la mano al bolsillo del chaquetón buscando la cartera pero... ¡Olvidé cogerla cuando mi mejor amiga me dio la chaqueta rosa de montar!

Mal negocio voy a hacer en una posada sin dinero.
¡Qué vergüenza!

De un salto me aparto de la puerta. Trato de ocultarme contra una pared. Puede que nadie se haya percatado aun de mi presencia.

No puedo tomarme ni un triste té para hacer tiempo mientras arrecia la lluvia. Tampoco puedo marcharme.

Evitaré al posadero. Que incómodo sería que me preguntara que qué quiero tomar.
Trazo un plan rápidamente.
Hablaré con alguien. ¡Sí! ¡Eso es! Haré tiempo charlando. Puede que esto pase rápido y me marche sin que nadie sepa que estuve aquí.

La entrada está en la esquina izquierda del salón.
Enfrente de esta, de forma incomprensible, una gran chimenea.
¿Quién pondría el hogar enfrente de la puerta y no hacia las mesas?
Desde las sombras sigo observando.
A la derecha del ennegrecido llar, la barra. El posadero y dos clientes en ella.
En el centro de la sala distingo cinco mesas. Dos pequeñas primero, más cerca de mí. Una central más grande. Y al otro lado de esta, otras dos.

Un cliente por mesa, excepto en la central que hay dos charlando acaloradamente. Seis en total. Más dos de la barra ocho. ¡Pero, aguarda! En la ventana, la única ventana del local, justo a la derecha de la puerta, una figura de pie mirando a través de ella. Estática. Y juraría que al fondo del todo, a la derecha, en la esquina más oscura, una pequeña silueta infantil permanece oculta. Como yo.
Diez. Once contando al posadero. Pero al posadero debo evitarle asique no cuenta.

Difícil decisión.

La penumbra me hace imposible distinguir algo simpático en sus rostros que me permita decantarme por alguno en concreto.

¡Arg!

Tomo la decisión más sencilla.
Iré serpenteando de forma que nadie se quede con mi cara, hasta que encuentre a alguien agradable.

Me separo de la pared y avanzo con circunspección. Mi primera parada es en la primera de las mesitas.
Allí un hombre cabizbajo sostiene entre sus manos una foto de la que no quita ojo.
Pongo dos dedos sobre la tabla y carraspeo suavemente.
El hombre levanta la cabeza.
Yo sonrío y me presento. Antes de poder terminar mi introducción, el hombre pregunta:

-¿Has visto a la chica que hay afuera, en la puerta, esperándome?

Contesto con una negación.

-Ella me espera, pero yo no sé qué decirla. No sé hablar su idioma, ¿sabes? Sí, yo leí ese libro prohibido, "La langosta se ha posado", y me imaginé el mundo de otra manera. Y entonces creí que podía hacer cualquier cosa. Incluso hablarle a aquella hermosa muchacha. Pero luego cuando la tuve ante mí, volví a la realidad, y vi que sólo era, que sólo soy, un ciudadano de segunda. Pero las cosas no tendrían por qué ser así, ¿sabes? Podrían ser diferentes. Yo podría ser el paleto que viaja por el mundo y todos deben ponerse a su disposición. Hablar como él, vestir como él, pensar como él. ¡Ojalá yo tuviera unos estudios de cine! El arma más poderosa, ¿sabes? Sí. Haría mis historias, y pondría en ellas mi visión de la realidad. Ytodos querrían ser como yo. Y no tendría que ser ciudadano de segunda de nadie. Y las chicas me hablarían a mí. Y yo las entendería, ¿sabes?

Silencio.

No sé qué decir.
No entiendo nada.

Mal comienzo.

Permanezco en silencio y el hombre hace una mueca de resignación. Vuelve a ensimismarse con su foto.

Con delicados pasos me alejo. Iré hacía la barra.

En la esquina más cercana a los leños humeantes, otro tipo. No sabría decir su edad, pero desde luego es fornido.
Lleva cueros negros, los colores de un club en su espalda. Un tatuaje circunda su cuello.
Son letras como si fueran puntos que unen su cabeza a su cuello. Trato de descifrarlas: "Paseo de rebeliones".
Me intimida. Pero supongo que en cierta manera, ahora es de los míos.
Ajusto mi chaqueta rosa de motociclista.
Me pongo a su lado con pose decidida. El hombre susurra algo.
"¿Disculpe?" Le digo.
Se gira.

-Hola, me llamo Manuel. En mi país que es España, es un nombre muy típico. Soy un adolescente, al menos mentalmente. Da igual mi edad. Estoy perdido y confuso. Dicen que es lo normal en la adolescencia. He probado todas las cosas. Cosas de niños y sobretodo cosas de adulto. He conducido a toda velocidad, he bebido, fumado y practicado sexo con mujeres y hombres. He ganado dinero y lo he gastado todo. He pegado y he recibido golpes. He sangrado. He sido amable y grosero. Soy bondadoso con quien quiero. He firmado documentos que me han comprometido, y he sudado para cumplir con ellos. Sigo perdido y eso me hace pensar en una cosa: Alguien tiene que tener la culpa de que esté tan confuso. ¿Quién? No lo sé, pero yo no. Como buen adolescente quiero rebelarme. Quiero cortar cabezas y estar mejor. Tranquilo. Complemente tranquilo. No quiero pasar de ser Manuel, a ser Manolo, paleto, ignorante, engañado y controlado. Quiero ser libre. Completamente libre. ¿Qué puedo hacer para ser rebelde? Me tatuaré, dejaré barba, vestiré de negro. Siempre con el ceño fruncido y desafiante. Siempre dispuesto sin embargo a sonreír a una buena mujer y tener sexo salvaje y despreocupado, beberme una botella de güisqui y fumarme un cigarrillo con la mirada perdida. Así nadie notará mi miedo. Nunca hablaré de mis sentimientos. Esos son cosas de niños. Y yo soy un hombre. ¡Sí! ¡Muy hombre! Eso es rebeldía. Llevar la contraria. Un momento… Paseo por la calle y veo a cientos de personas en un parque. Beben, fuman y se besan. ¿Es esto lo normal? Al parecer sí. Todo el mundo lo hace. Entonces, ¿por qué va a ser rebeldía si es lo normal? Creo que haré lo contrario. Sí. Se van a enterar. Me visto extravagante. Me cubro de un carísimo perfume. Me acuesto con hombres. Trabajo mi cuerpo hasta convertirme en una gran masa de musculo sin pelo y perfectamente bronceado. Como un dios griego. Nadie se espera esto de un Manuel. Como me rio de ellos. Todos iguales y yo tan rebelde. Pero, un momento... Paseo por un barrio del centro y me veo clonado en cada esquina. Esto también parece muy normal. Tampoco me hace diferente y especial. Estoy cabreado. Me dejo rastas. Ocupo un edificio abandonado que nadie usa, pues, nadie lo usa. Leo libros antiguos. Pinto pancartas. Abrazo a mis camaradas. Protesto contra los que nos manejan. Esto es sí es llevar la contraria. Paseo cerca de una terraza y oigo a unos ancianos criticando. También una parejita. Y unos chavales con sus amigos. Y el camarero. Y el jefe. Todos protestan contra los que nos manejan. No entiendo qué pasa. ¿Todos se quejan también? ¿Es que no hay manera de rebelarse? Ahora estoy cabreado de verdad. Me encierro en mí mismo. Afilo mis cuchillos. Pienso que todo el mundo es malvado. Que mi situación es por su culpa. Soy diferente. Soy especial. Y el resto no. El resto son iguales. Son una masa. La masa. Yo no. Yo soy Manuel. En mi país que es España, es un nombre muy típico. Soy un adolescente. Cada vez más. Cada vez estoy más perdido y más confuso. Dicen que eso es lo que hace el miedo cuando te domina. Te construyes barreras que te protegen por fuera y te vacían por dentro. Voy a dejar de pensar porque empiezo a conocerme un poco más a mí mismo y no me gusta. Igual termino haciendo autocrítica. Tiene gracia, eso sí que sería diferente y rebelde. Pero no. La culpa es de los demás. Los que quieren controlarme y que no sea libre de hacer lo que me dé la gana. ¡No me podéis obligar! Porque tengo mis tatuajes, y mis jerséis rosas, y mis rastas, y mis cuchillos. Creo que me pondré unas botas de metal y patearé el culo de los que se quejan. Defenderé los derechos de los animales. O los del planeta tierra, que sólo tiene sus volcanes, tsunamis y terremotos para protegerse de nosotros. O mejor, conseguiré un traje elegante, amasaré una fortuna y seré yo el

que controle a los demás desde mi trono de oro. Porque todos sois iguales menos yo. Yo soy especial. Yo soy Manuel. En mi país que es España, es un nombre muy típico...

El monólogo me golpea tan insoportablemente que me pitan los oídos.

No debí acercarme.

No debí escucharle.

"Estúpido Manuel".

Me quito la chupa de cuero. Debajo, mi camisa blanca me recuerda mi pasado como parte del sistema.

Desde la barra vuelvo la mirada a las mesas de nuevo, y un haz de esperanza. En la segunda mesita, una hermosa chica, con larga trenza y batín blanco. Alguien con aspecto fresco. Definitivamente alguien más parecido a mí.

Trato esta vez de hacerme ver en la distancia, mientras me acerco. Sacudo la chaqueta. Pero ella, ella no se inmuta. De hecho nadie lo hace.
No voy a tener problema en lo de la discreción, pues a nadie le intereso.

Ya casi sobre ella me percato de que está cubierta por pequeñas manchas de pintura seca. Su ropa. Manos. Mejillas. E incluso su envidiable trenza.

Separo la silla que queda libre. No reacciona. Me siento.
Finalmente decido romper el hielo y preguntarle si es pintora.
Tras un instante, me mira. Su mirada es profunda. Afectada.

-Ya no pinto nada aquí. Ni allá. A decir verdad devolví mis pinturas. Nunca llegué a aprender a usarlas realmente. Todo lo que me salía era cutre, pero oye, yo me lo pasaba genial pintando. Eso es lo importante, ¿no? Disfrutarlo. Ser feliz. Aunque luego, luego, miras al lienzo y no estás satisfecha. Puedes imaginar el cuadro, que bonito te va a quedar. Con estas líneas aquí y esos colores allá. Después, abres los ojos y... ¡Zas! La cruda realidad: Eres una pésima pintora. Asique ya no pinto nada aquí. Mis amigos pintores me dicen que si estoy loca, que qué más da el resultado. Vale, no te vas a forrar con esto, no vas a pasar a la historia, pero a ti te gusta esto, ¡pues hazlo joder! No importa el resultado. No importa el resultado. Sólo disfruta. Disfruta. Disfruta. Disfruta... De acuerdo, yo disfruto, pero, ¿y lo que sufro al ver el lienzo? Pues no lo mires, me dicen. Nosotros nunca lo hacemos. Nadie lo hace. Si lo hicieran no podrían ser pintores, ¿entiendes? Sí. Claro que entiendo. Entiendo cómo funciona el mundo. Y yo no tengo colores para ese mundo. Asique ya no pinto nada aquí. Ni allá. No en este mundo.

Me parte el corazón ver a alguien que, de alguna manera, brilla, desprende una especie de talento, energía, algo inexplicable pero sin duda, de una identidad superior, y que no cree en sí misma, o más bien que no cree en que haya un lugar para ella, para su magia aquí.
También la respeto.
Siento cercanía con la pintora, pero no sé qué decir realmente.
No puedo alabar sus cuadros, pues no los he visto. Pero quiero decir algo.

Puede ser este un buen lugar donde esperar a que fuera arrecie la lluvia.

Apenas he podido hablar aun en el tiempo que llevo en el local, y me dispongo a hacerlo por fin.

Ella saca una moneda. Coge mi mano delicadamente y me la entrega.

-*Tenía dos, una para cada ojo, pero tú la necesitas más que yo.*

Sin palabras de nuevo.
Así concluye nuestro breve encuentro.

No, yo no soy como ella.

¿Qué lugar este, lleno de gente amargada?

De pronto el posadero me parece la mejor de las compañías. Seguro que sabe escuchar.

Vuelvo a la barra. A mi lado derecho Manuel continúa murmurando su monologo. Al izquierdo reconozco una especie de bufón, empinando el codo y riendo solo entre un hipo continuo. Parece de chiste.

El posadero se acerca. Regordete. Con uniforme de taberna. Lleno de lamparones de grasa, uvas y sudor.
Su frente brilla.
En su boca un palillo.
Y una sonrisa. La primera. Puede que la única.

-*Buenas. Espero que la humilde posada Rizo del Rey sea de tu agrado. No te vi entrar. ¿Llevas mucho por aquí?*

Le comento mi experiencia con los tres clientes.

-*¡Nada que no se solucione con un buen licor!*

Consigo hacerle entender que prefiero un té. Entrego la moneda.
Espero que aguante caliente lo suficiente.

-*Mira a esos dos por ejemplo*. -pronuncia mientras el vaho cubre su rostro al servir el agua hirviendo en la taza- *Esos sí que son dos buenos pájaros. Igor y El Cerdo.*

Su dedo señala tercera mesa, la más grande de ellas. Deduzco que Igor es el hombre que se sienta a un lado, y El Cerdo... Bueno, pues el cerdo que hay sentado enfrente suyo al otro lado.

-*Siempre discutiendo* -prosigue- *Que si mi lado de la mesa es mejor que el tuyo... Que si en mi lado las cosas están bien y en el tuyo mal... No se dan cuenta de que da igual, porque es la misma mesa.*

Doy un sorbo de té y siento una tranquilidad que me transporta hasta el momento anterior a salir del calor de mi habitación, de madrugada, para el encuentro en la estación de ferrocarril.

-*Detrás del odio siempre hay amor; amor por uno mismo, amor por lo que se desea y no se puede tener... Amor. No hay odio sin amor* -la cara del grasiento hostelero es serena, y tras su aspecto descuidado se descubre un filósofo inesperado. -*Escucha, escucha como juegan a un juego que ambos han perdido hace tiempo.*

Pongo toda mi atención en la pareja.

En la mesa hay papeles con esquemas explicándose el uno al otro por qué su postura es la mejor. Babas. Regueros de baba rabiosa. Incluso sangre adivino. Sangre en sus nudillos y en los papeles. Golpes de rabia puedo deducir.

-*Si luchas pensando que tu lucha es por una causa justa, no sabes lo que significa el término lucha.* –añade el rubenesco posadero haciéndome volver a la conversación.

Le pregunto que qué significa.

-*Imposición, sólo eso. No existe una justicia universal. Es fácil. Para ti sólo existe tu universo. Y para mí el mío. Si tratas de cambiar algo fuera del tuyo, te esfuerzas, y lo consigues, no serás más que otra pequeña dictadura. Cuando te vayas a dormir no te engañes pensando en el bien que has hecho, si no en el bien que te has hecho a ti. Al menos reconoce lo que eres. Si puedes soportarlo, bien por ti.*

Planteo el interrogante de qué sucede en el caso de que mi lucha sea por ayudar a otros.

-*¿Ayudar a otros a luchar contra otros?*

Dudo.

-*¡Imposición!* –sentencia- *Luchar es luchar.*

Mientras en la mesa, El Cerdo acusa a Igor de ser un cochino disfrazado de hombre, e Igor hace lo propio señalándole como un falso cerdo que oculta un miserable tipejo debajo.

El Cerdo se levanta ofendido. Aparta los papeles de la mesa, y de un salto cae sobre Igor. Los dos ruedan por el centro del salón. Nadie se inmuta.
Igor se levanta y sale corriendo de la posada. El Cerdo le sigue.

-*Si te crees mejor que alguien, en ese instante sabrás que eres peor*. -el posadero habla solmene mientras con un trapo seca unos vasos.

Le pregunto qué ocurre si el otro también se cree mejor que tú.

-*Entonces mejor será que os destruyáis el uno al otro. Cuanto antes, mejor.*

"¿Qué pasará con Igor y El Cerdo?".

-*La respuesta es sencilla*. -me dice- *Volverán como siempre hacen. Extenderán su odio y su lucha por el mundo y luego volverán a su apestosa mesa. El centro de su universo.*

El té comienza a enfriarse y no puedo soportar el agua tibia.

Eso me recuerda que quizá ya pueda marcharme. Miro hacia el ventanal. Unas gruesas cortinas y la congestión del ambiente, no me permiten ver nada desde la barra.
La figura inmóvil sigue allí.

Me intereso por el misterioso personaje.

-*Es un poeta. Vino un día, nadie sabe exactamente cuándo, y sólo dijo que ya no tenía a otro lugar al que ir. Que yo recuerde nunca se ha movido de ahí.*

Sin decir nada, ni quitar los ojos del poeta, paso entre las mesas, directamente al frío cristal.
Observo la calle con esperanza.
Un chaparrón descarga su furia sobre todo lo que se halla desguarnecido.

Vuelvo a mirar al hombre. Ahora de cerca puedo distinguir su pelo canoso pero elegante, y su atuendo consistente en una escuálida sudadera gris.
No parece un poeta.
Su mirada, perdida, me invita a marcharme de allí y no molestarle.

Por primera vez me paro simplemente a escuchar.

Carraspeos, lejanos lamentos, y la misma música sin ninguna voz, una y otra vez.

Creo que aun estando lleno de gente, sólo yo estoy en este lugar.

Grito al posadero que qué música alocada es esta que suena, que si puede poner otra cosa.

-*La radio… Es lo único que programan. Django Reinhardt a todas horas. Yo nada le puedo hacer.*

Ante mí, dos mesitas. De espaldas dos clientes encorvados. Más, recuerdo lo que vi al entrar: A mi derecha, entre las sombras, un hermoso niño rubio vestido de marinero.
Me acerco.

Parece asustado.

-*Algo he debido de hacerle a mi cuerpo*. -pronuncia con una frágil y dulce voz- *Algo terrible. Algo que le ha enfurecido. Quizá un desprecio. Quizá un gesto arrogante. Hoy ha decidido que si tan poco valoro mi rostro, ¿qué mejor que divertirse un rato destruyéndolo? Recuerdo en algún momento haberme sentido bello. Recuerdo la vergüenza de esto como una honda carga, y la búsqueda de un falso aspecto mundano para redimirme.* –respira profundamente -*Abrazado a una sonriente muchacha, que con gran Egoísmo me permití llamar mi novia, pasaban ante nosotros, amasijo de extremidades retorcidas y palpitantes, otras alumnas de nuestra por aquel entonces escuela, y suavemente al oído ella quiso preguntarme si también me percataba de la envidia que sin duda aquellas otras ahora le tenían, y entonces, al interrogarla sobre el porqué de aquella envidia, cayó sobre mí una frase que descendió hasta mis cimientos, y de golpe los dinamitó en silencio, destruyendo toda idea que hasta ese momento tenía sobre mí mismo en relación con el mundo: Porque soy yo y no ellas quien está contigo.* -su voz se quiebra por momentos- *Siempre había cuidado mi aspecto. Me engominaba el pelo para cualquier ocasión, invirtiendo largos ratos en probar divertidos y sobresalientes peinados. También siempre me preocupé de ir vestido con gusto, lejos de toda pretensión, pero sí buscando la originalidad. Aquella frase, sin aun bien saber por qué, tocó mi inconsciente y este reaccionó creando de golpe un nuevo yo. Corté mi cabello bien corto, sin forma. Dejé que mis ralas barbas mancharan mi cara. Mis dientes, antes ordenados, comenzaron a trepar unos sobre otros, empujados por las muelas salvajes, y disfruté viendo como daban lustre a mi boca. Incluso me partí la nariz y quise dejarla ahí, rota. ¡Oh, cuánto gocé convirtiéndome en un monstruo singular! Pensaba que quizá así hallaría la belleza pura, la belleza interior que sabía que no tenía.*

Su aspecto ha cambiado progresivamente.
El infante adorable al que me acerqué, ahora es un marinero feo y con barba. Maltratado por el sol y la sal.
Su piel, rajada y seca.

-Lo cierto es que siempre he rechazado los dones que me han sido dados, como algo indeseable e inmerecido, casi sonrojado ante estos y, desde luego con decidida insolencia. Mi miedo al triunfo, que no es sino miedo a al fracaso, me persigue en todo. Me aparta de la cima justo antes de tocarla, a un palmo de mis dedos. Me empuja a correr en dirección contraria, a revolcarme en hollín para volverme irreconocible y dispuesto para sumergirme en las sombras protectoras. -se levanta- *Aquella frase que en vez de llenarme de agradecimiento, lo hizo de una atroz vergüenza, me ha alejado de todo afecto y abrazo, privando a mi cuerpo de lo que es tan deseado. Por respeto. Por miedo. Quizá por este desprecio, la tan alta ingratitud por mí profesada, haya dicho hoy mi cuerpo: Sea pues tu voluntad, y que cubierto con tu oscuro y pobre manto, tornes por fin en el ser que tanto has deseado; el leproso.*

Convertido finalmente en un ser monstruoso penetra en las sombras del todo hasta perderle de vista.

La esquina es fría. El calor de las ascuas no llega hasta aquí.
Retrocedo.

Quizá sería mejor sentarme en una mesa vacía simplemente a esperar. En silencio. Sin saber nada más de nadie.

Paso al lado de la cuarta mesa. En ella un hombre vestido con una gabardina negra y una boina, con una perilla pulcramente recortada, la cabeza alta y el brazo extendido hacia al frente, pronuncia simplemente:

-*Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo. Yo.....*

Una mezcla de gracia y profunda pena.

Paso de largo hasta la quinta mesita.
Una mujer ataviada con mono de fábrica, de expresión veterana y audaz, me mira a los ojos. Se percata de mi presencia, y como ningún otro, me pide con la mirada que vaya hacía ella.

De la forma acostumbrada en los parroquianos, empieza a hablar de golpe.

-Siempre he querido integrarme en uno de esos espacios autogestionados, remanso de cultura y de pasión, uno de esos lugares que sólo se encuentran en lo profundo y oculto de la ciudad. Compartir ideas nuevas. Convivir con ellas. Conocer mil puntos de vista. Libros. Películas. Canciones. Sueños. Juventud. Sí, juventud. Nada que perder. Sólo la libertad. Sólo la revolución. Y todavía soy joven, de edad digo, por eso me duele más sentir que estoy dejando pasar el momento. Pero por dentro no soy más que una vieja. Abocada a la mecedora, la manta, y los lamentos ante lo que pudo ser. Ya me arrepiento de lo que todavía no ha llegado y dejaré pasar. Me siento como una estatua a la que sólo le han dado vida a los ojos, y que ve como otras estatuas sin embargo pueden mover todo su cuerpo. Las envidia y puede desear ese mundo donde no sólo pasa el tiempo. También ve a otras sobre sus pedestales, sin vida en nada de ellas, ajenas a la magia desatada. Y también las envidia, pues sólo son estatuas. Quiero poder recorrer el mundo y conocer todo lo bueno en él, pero sólo soy una ignorante. Me faltan las herramientas. Estoy rígida. Helada. ¿Por qué lo deseo tanto? ¿Por qué tuve que saber de su existencia? ¿Por qué no puedo pretender algo sencillo? Como yo.

"Los sueños" pienso.

Recuerdo esa frase que tanto me gustaba: "Yo no tengo sueños, los sueños son imágenes en nuestra mente. Mágicos. Autónomos. Son por sí mismos. Esperamos que se cumplan por sí mismos. No. Yo tengo objetivos. Voy a por ellos y los cumplo."

-¿Y tú por qué estás aquí?

La mujer me devuelve a la realidad con un interés por mí, que desde luego no esperaba ya a estas alturas.

Le digo que por la lluvia. La puñetera lluvia que no me deja montar.

-Sí. Claro. Cómo no.

Su respuesta autómata me desagrada. ¿Es acaso algo habitual por aquí? ¿Es la costumbre encontrar gente atrapada por la lluvia?
Es una posada, asique imagino que sí, que debe serlo.

Voy hacía la barra. Con cierto conformismo ya. Quizá el sabio posadero me invite a algo.

No me importa lo que piense.

El cansancio...

Una mano se posa en mi hombro.
Una risita.

-Saludos, soy Narr, el tonto de baba. Como es la primera vez que te veo en esta barra, me acerco a advertirte que pronto de aquí salgas. Esto donde estamos no es bar ni posada, esto es solamente una fábula amarga. Tú no estás aquí porque quieras tomar nada, tú estás aquí por el miedo que te atrapa.

Un sólo diente en su boca. La camisa mal abotonada y por fuera. Chaqueta de pana sucia y ajada. Un hedor indescriptible. Y sin embargo, sin embargo este pobre desgraciado, este bufón atroz, ha logrado ver lo que el resto no hemos podido. Sus palabras son las más importantes que he oído nunca.

Tengo que salir de aquí.

Me precipito hacia la amplia ventana. Fuera llueve a mares aún.
Blasfemo en alto sobre la lluvia opresora.

El poeta lo escucha.

El poeta habla:

-Fuera no está lloviendo. Lo que pasa fuera es mucho peor que la lluvia.

Una lágrima recorre mi cara.

Aprieto los dientes conteniendo el llanto. Un hilo de saliva escapa entre mis labios mientras gruño, odiando a la lluvia, al poeta y a la posada.
Odiándome a mí.

Odiándome mucho.

Corro hasta la puerta.
El corazón se me para. A cámara lenta miro al interior de la sala.
Dudo.
El calor del hogar...

Sé lo que me espera fuera. Pero voy a volver a montar en ella. Voy a volar. Lejos de aquí.

Tiro del pomo.
Suenan las campanitas.

Y un rayo, un rayo de Sol me ciega.

Los pajarillos.

El día soleado.

Naranja y gris.

Herrumbre.

El crepúsculo vespertino todo lo cubre.
Ambiente árido.
Ni rastro de lluvia.

Ella, apoyada en la pared, no es más que un trozo de metal oxidado.

¡Me da igual! Montaremos juntos de nuevo.

Tanto tiempo esperando. En esa estúpida, estúpida, estúpida posada.

Estiro las piernas. Mis huesos crujen.
Sobre su regazo, tiro del acelerador y ella escupe lágrimas de humo negro.

Avanzamos torpemente por la desértica carretera.

Mi pie derecho no sabe lo que hace. Abajo. Arriba. Arriba. Arriba. Ella va a estallar.
Mis brazos, ahora enclenques, tiemblan. Me tambaleo.
Mis manos resbalan.

Un pensamiento: Caeremos.
No tengo equilibrio.
He olvidado cómo hacerlo.

Todavía veo el hueco en la hierba, al lado de la pared de Rizos del Rey, dejada por sus ruedas tras todo este tiempo parada, y, estamos en el suelo.

La lluvia, la misma que me hizo parar y me retuvo en aquel lugar, vagando de mesa en mesa, alejándome de ella e impidiéndome montar. La lluvia me ha hecho olvidar.

Permanezco boca arriba en el asfalto. Ella a mi lado.

Ni una nube. Ni una sola nube.

Sólo el Sol naranja que se va. Y el gris del desierto y el óxido. De ella.
De mí.

Ahora lo comprendo. Nunca hubo lluvia. Sólo el miedo. Mi miedo.
Miedo a ser libre.
Miedo a caerme mientras lo era.
Miedo.
Lluvia.
¿Qué más da?

La arrastro hasta el lecho de un arroyo seco. Aquí acaba nuestra historia.
Ella se despide mientras cae entre unos espesos matorrales.

Camino de vuelta a la gran ciudad.

¿Quién quiere libertad?

FIN.

DE DONDE VENIMOS

-¿Puedes verlas? ¿Puedes verlas todas?

-Sabes que no.

-Pero puedes imaginarlas.

-Mmmmmm. No.

-¿Cómo que no? Sólo tienes que darlas forma en tu mente. Hazlo y existirán.

-¿Dices que puedo crear estrellas con mi mente?

-No… Y sí.

La brisa fresca de la montaña pasa entre sus cuerpos. Los sortea y envuelve sin apenas tocarlos. Su silbido lejano, desciende de los riscos como las aguas de un rio invisible.

-Sí y no. -repite. - *¿Lo estás haciendo?*

-¿El qué?

-Imaginarlas.

-No. Es absurdo.

-Tú dales forma en tu interior, y si puedes imaginarlas, sin duda existirán.

-¿Cómo sabes eso?

-Simplemente lo sé.

-Pero, no conocemos todo lo que hay ahí fuera. Es inabarcable.

-Precisamente por eso. Puede haber infinitos cuerpos celestes esperando a que alguien los imagine y les de forma.

Las tiras de material estabilizador negro que apenas cubren su torso y genitales, mantienen sus cuerpos relativamente ajenos al clima, pero el viento empieza a ser molesto.

-¿Qué me dices? ¿Nada?

-Volvamos con el resto.

-Vives demasiado en tu mundo, sin importarte lo que pueda ser de otros mundos.

-¡Tú sí que vives en tu mundo! ¡En un mundo de locos! ¿De qué otros mundos hablas? ¿Qué es eso de que si me imagino algo existirá? Pon los pies en la realidad, Vah.

-¿En qué realidad?

-¡En esta! ¿En cuál va ser?

-¿Y cuál es esta?

-¡Pues la que hay!

-La que hay para ti, dirás.

-Pe... Pe... Pero, ¿qué dices?

-Tú solo puedes ver lo que tu consideras que es la realidad, y yo la mía. Y así todos. Cada uno tiene la suya. Y aunque parezca que muchas coinciden y son la misma, para nada lo son. De hecho todos intentamos ponernos de acuerdo en una realidad común. Es lo que nos enseñan. Es la cultura. Pero no quiere decir que no puedas crear una nueva realidad.

En mitad de la oscuridad nocturna del circo glacial, bajo el manto de imponente roca, los alegres cantos del grupo reunido en torno a la hoguera se unen ahora al silbido de Céfiro, rompiendo la aislada conversación.

-No... No lo entiendo.

El himno juvenil, marca de todo lo que representa la sociedad, les da una seguridad única en tan vasto y primitivo lugar. Por un momento guardan silencio y atienden a los versos que recitan sus compañeros acampados en la distancia.

-Escucha, te contaré una historia para que puedas comprenderme.

-De acuerdo, pero, ¿no se preocuparán por que estemos tanto tiempo aquí lejos del grupo?

-Si lo hacen enviarán a alguien a buscarnos e intentarán que volvamos junto al fuego. Si no, sabremos que tampoco somos Adyacentes de primera y que este es el mejor lugar para estar.

-Siempre hablas tan raro...

Vah se despega la delgada tira negra de material estabilizador que lleva sobre el tabique nasal.

-¿Qué haces? ¡Eso está prohibido!

-Escucha, Oxi, esto que te voy a contar es mejor que no lo sepa nadie.

-¿Por qué?

-Es una antigua leyenda.

-¿Una historia de miedo? Sabes que no me gustan las historias de miedo, Vah.

-No, escucha, es algo que te ayudará a comprender lo que hablábamos de crear tu propia realidad, tu propio mundo.

-Dirás lo que tú estabas hablando. Yo sólo pretendía disfrutar de este extraño paisaje.

-¿No quieres saberlo, Oxi? Yo sólo lo hago por tu felicidad.

-No sé... Si tú quieres, entonces vale.

-Bien, pues permanezcamos un rato en silencio para que puedas deleitarte con el entorno, luego te contaré la historia.

-¡Por la Sagrada Energía, Vah, no trates de ser Adyacente del mes! ¡No te pega nada!

Unas perezosas carcajadas retumban en los neveros helados. Oxi mira al infinito. Vah espera mientras sus piernas tiemblan de impaciencia.

-Cuéntame esa historia.

Oxi permanece con la mirada perdida.

Vah duda, pero lentamente se incorpora de la piedra que hace las veces de duro pero curiosamente confortable asiento. Toma aire.

-Pues empecemos por el principio.

Oxi reacciona, y sacudiendo la cabeza observa fijamente a Vah, poniendo todo su interés en la inminente narración.

-Lo primero que debes saber es que allí fuera hay un planeta habitado por los de nuestra raza, pero es un lugar especial pues...

-Ya lo sé. Lo estudié en la escuela. Mi estupidez no llega a tanto.

-Para nada. No quería decir eso.

-Disculpa, Vah, estoy muy irascible.

-Discúlpame tú a mí.

-Sí, por favor, sigue.

-Me refiero a que no es de esas colonias que nos enseñaron en clase.

-¿No es uno de Los Planetas Habitados?

-Sí. Bueno, no. Es decir, fue uno de ellos, pero hace mucho tiempo. Luego ya no. Fue abandonado. Hace tanto que ya ni se estudia ni se recuerda.

Oxi vuelve a poner sus ojos sobre el manto celestial.

-El caso es que fue encontrado un lugar, un lugar perfecto para fundar un nuevo asentamiento. Era pequeño y hermoso, con grandes mares y frondosos bosques verdes como los nuestros, pero por desgracia también joven, impredecible y a veces bastante hostil. Sin embargo las primeras pistas de aterrizaje fueron construidas. Nuestros colonos enviados. Todo parecía ir bien. Los materiales de su corteza nos eran conocidos, y con nuestras herramientas pudimos tallar y construir bases y antenas rápidamente. Los informes eran buenos. Nuevo espacio vital nos había sido revelado. La Energía vibró muy positiva aquellos días.

-Es una clásica y aburrida lección de historia galáctica.

-Vale, hasta aquí puede que sí, pero escucha con atención.

-Sí.

-Como te decía, era un cuerpo celeste acogedor pero terriblemente agitado por un clima y naturaleza salvaje. Algo sucedió. Algo terrible.

-¿El qué?

-Espera, no seas impaciente. Además, no sé lo que fue, pero la colonia fue abandona precipitadamente. Se perdieron algunas naves y... He aquí la parte oscura: Algunos colonos fueron abandonados allí.

Un instante de silencio e incredulidad.

-Mientes.

-¿Qué? ¿Por qué? ¡Es real!

-Sabes que es imposible. El programa de exploración nunca abandonaría un colono. Eso no ha ocurrido nunca. También lo estudiamos en la escuela, ¿recuerdas? A día de hoy eso es inconcebible.

-Exacto, exacto, a día de hoy.

-¿Qué quieres decir?

-Esto fue hace muchísimo tiempo. Tanto que aquellos colonos que quedaron, se convirtieron en nativos de aquel planeta. Tuvieron descendencia y poco a poco olvidaron nuestras costumbres. Se volvieron barbaros y salvajes pues estaban desprovistos de todo material o tecnología.

-¡Qué horror! ¿Nadie fue a rescatarles?

-No lo sé. Es una historia muy antigua. Lo que sí sé es que en algún momento se perdió la pista de dónde se encontraba aquel lugar.

-Imposible.

-Que sí, escucha, Oxi, fue en un tiempo en el que apenas había colonias y La Oscuridad era aún demasiado misteriosa para nosotros.

-Entonces, resumiendo, una colonia en desarrollo fue abandonada, olvidando tanto a los colonos como su misma ubicación.

-Así es.

-Y dices que se volvieron salvajes... ¿Cómo los Incapaces?

-Sí, algo así.

-¿Qué les hizo enfermar?

-Nada. Simplemente se olvidaron. Sus hijos lo fueron olvidando.

-¿El Valor del Bien?

"¡Piensa en los demás antes que en ti, hazlo todo por tus adyacentes y ellos lo harán todo por ti!" gritan al unísono, como acostumbran a hacer al escuchar la única verdad que conocen. La única necesaria. La única que lleva a la pureza del espíritu y a la perfección de la vida en sociedad: El Valor del Bien.

Sonríen.

-Pero, ¿cómo es posible, Vah?

-Abrazaron el Egoísmo.

El sudor recorre el rostro de Oxi, que no da crédito a lo que oye.

-Vah, me dijiste que no me contarías historias de miedo.

-Esto no es una historia de terror para acampadas, Oxi. Ocurrió.

-Y... Y... ¿Qué fue de ellos?

-En aquel planeta había muchas especies, especies inferiores, claro, pero que por sus propicias condiciones para la vida se asemejaban mucho a nuestra raza. Los hijos de los colonos pronto se sintieron cercanos a estos animales. Los imitaron en muchas cosas. Los veneraron. Se cubrieron con sus pieles para transformarse en ellos. Por un tiempo siguieron esperando nuestra llegada, un rescate. Pasó el tiempo, y la esperanza como las antiguas construcciones coloniales, se vino abajo. Viajaron. Se dividieron en grupos y crearon lenguas diferentes. Dejaron de ser Uno.

-¿Por qué hicieron eso?

-Fue obra del Egoísmo, ¿recuerdas?

Oxi se cubre el rostro con las manos.

-No hay que temer. No así.

-Vah, estas historias no me agradan.

-¿Quieres que pare?

-¿Por qué me lo cuentas?

-Para que aprendas las cosas terribles que pueden suceder.

La tira de material estabilizador negro es despegada despacio por Oxi de su nariz.

-Cuéntame más.

-De acuerdo. Como te decía, olvidaron la Sociedad del Círculo. Se separaron en grupos cada vez más pequeños, algunos llegaron a quedar solos, o con sus descendientes nada más. Miraron por ellos y lucharon con los demás.

-¿A qué te refieres con que lucharon? ¿Cómo la lucha contra los Incapaces?

-No. Eso es por el bien común, lo suyo era por su infección, pues sólo miraban por sí mismos y no por los demás. De hecho todos ellos eran Incapaces.

-Pero...

La brisa de la cordillera parece silbar ahora una canción siniestra. De fondo aún los canticos del grupo en la distancia acompañan el momento del escalofrío.

Oxi no sabe qué decir.

-Creo que no puedes entenderlo porque tratas de verlo con los ojos de nuestro sistema. Tu visión es totalmente Adyacente. Intenta imaginarlo con perspectiva. Abstráete.

-Sí, eso intento.

-Olvidaron todo lo que eran y se crearon desde cero. Se dieron un pasado. Se dieron un significado. Olvidaron la Energía y en su lugar pusieron seres extraños que ni podían comprender. Estaban perdidos y abandonados.

-Vah, no me gusta esta historia, volvamos con los demás por favor.

Vah mira a Oxi pero su mente parece estar en otro lugar. Sacude la cabeza rápidamente como tratando de regresar.

-Sí, disculpa, tienes razón, volvamos. Espero no haberte perturbado, Oxi.

Se abrazan y bajan al campamento.

Entre la fogata, tres grandes tiendas de material estabilizador negro.
Desde dentro se oyen las voces de la juventud.

Pasan bajo la bandera que representa el círculo de individuos dados de la mano con doble rostro y doble sonrisa a derecha e izquierda respectivamente, símbolo de la perfecta Sociedad del Círculo.

Se quitan las dos tiras de material estabilizador que cubren su cuerpo.

Pronto las risas sucumben al cansancio. Los cuerpos se acurrucan unos contra otros. Todos duermen.
Pero Oxi no.

-¿Qué te ocurre, Oxi, que no duermes?

-Betz, es por una historia que me ha contado Vah.

-¿Y qué historia es esa?

-Una de terror galáctico.

Betz ríe.

-¿Cuál de ellas? Me encantan. Las conozco todas.

Vah sale de entre la masa de cuerpos en pernocta.

-Es la historia de los colonos abandonados.

El rostro de Betz se torna serio y afectado.

-No deberías hablar de esas cosas, Vah.

Vah y Oxi se miran con preocupación. Betz sonríe rompiendo la tensión.

-¡Bueno, en realidad qué más da! Son historias antiguas. Cosas del pasado.

-Sí, pero sólo de pensar en esa pobre gente allí, perdidos, incapaces...

-Oxi, no tienes por qué preocuparte.

-¿Por qué dices eso, Betz?

-En su infección inventaron unos artilugios del tamaño de árboles, como grandes tuberías, las cuales se lanzaban los unos a los otros, ocasionando grandes explosiones y catástrofes.

Oxi tiene las manos sobre los oídos y tiembla.

Vah se las aparta con suavidad y acaricia su pelo.

Betz prosigue.

-Como furiosos volcanes cubrieron su planeta de humo y fuego, y así, su propio Egoísmo murió con todos ellos.

Oxi parece contener el aliento.

-¿Ya no existen, Betz?

-Ya no existen, Oxi.

Vah se tumba entre los cuerpos que duermen.

-¿Ves, Oxi? Todas las historias tienen un final feliz.

Oxi sonríe.

FIN.

ANOTACIONES EN LA BRUMA

Adiós, volcán.

Volcanes erupcionan rompiendo la corteza de barro que protege al
pequeño planeta
que
soy
yo.

Me desbordo.
Por dentro.

Es el tiempo que me dice que estoy girando lento y mi fuerza vital avanza por
delante de
todo
mi
cuerpo.

Me desbordo.
Lo siento.

Algo escapa de mí y no sé si es el miedo o la energía conservada y
todo sucede
mientras
lo
cuento.

Me desbordo.
Y reviento.

La corteza se rompe, la energía se escapa y se para el tiempo.

Lascivos héroes bajo el lago.

Ya las llagas no recelan
del hiriente estoque.
Frío en bruto. El metal brilla delatando su posición altiva.

Las aguas pantanosas han desbordado
el canal de llantos y miserias.
Las risas cómplices del desdichado,
ahora presencian el inútil achique por manos arrugadas.
El frío, de nuevo presente.

Máscaras y vestiduras parejas para todos.
Títulos insólitos concedidos a toda prisa.
Los rangos son toscamente otorgados
quedando nada en claro.

Ya la hora.
Ya el momento esperado.
Los recuerdos e historias, cual leyendas permanecen,
alejados de gordos y lascivos héroes licenciados.
El bote de vinagre sobre la mesa sagrada,
contiene ya sus lenguas cortadas.

Ya el frío de nuevo, recordando.
Ya el viento pergaminos llevando.

Jugo de limón.

Desgarrados los gemidos
que debieron acompasar el aliento de dos almas.

Abandonados
al tiempo y a mi propia existencia,
me atormentan ahora al observar que
el reloj de arena con el que he jugado
noche tras noche
tratando de detener el tiempo de todo a mi alrededor,
ha derramado su sangre sobre la tabla en que reposo.

Es el momento de alzarse de nuevo
hacia un mundo de monstruosas criaturas,
porque, donde solo me hallo, no puedo pretenderme más que a mí mismo.

Puedo sentir su calor
más mi alma está helada y no encuentro razón
de por qué camino aún por este sendero.

Otra vez, un nombre en una lista.

Pero me hallo desnutrido de todo lo que pretendo,
y los rugidos del Can
que yo mismo he criado,
me destrozan los oídos, y,
apenas si oigo mis propios pensamientos.

Volveré de un saltito
allí donde la noche y el día,
son noche y día.

Oscuras lentes en ojos sanos.

El tiempo de las ilusiones que agonizan.
Agrio vino en fino paladar.

El tiempo de abrir los ojos de golpe
ante el potente foco de luz cegadora
que hemos encendido con decidida mano.
Momento de zambullirse
en lo que no somos.

Flores en la tumba ajena,
nunca,
nunca en la propia.

Ir de la mano de las ilusiones saltando,
y en la caída,
abandonarnos a nosotros mismos.
Momento de aturdimiento y ceguera.
Sinónimo obligado de muerte del Lázaro y crujir del regio bastón.

Ciegos orgullosos que rechazan todo apoyo.
Ley de vida incomprensible.

Al fin y al cabo,
Siempre flores en la tumba ajena,
nunca,
nunca en la propia.

Largos pasillos. Moqueta de lágrimas.

Dentro, fuera,
y sigues solo.
Dentro, fuera,
sigues solo
y muerto de frío.

Dos habitaciones vacías.

Dentro y fuera.
Caminas de un lado a otro
del pasillo.
Dos habitaciones vacías.
Dos puertas.
Derecha, izquierda.

Dentro, fuera,
y sigues solo.

La voz de un ángel te engañó una vez.
Tú mismo la imaginaste.
Sólo tu reflejo ante el charco de lágrimas,
te hizo volver a la realidad.

Abrazado a unos segundos.
Abrazado a unos instantes.

¿Conoces a alguien dentro del edificio?
Ante el espejo hay un doble tuyo.
Sí.
Sabes que sigues solo.
Solo y muerto de frío.
De nada sirve dentro o fuera.
Las habitaciones están vacías.
Quizá algún día descubras una ventana
desde la que ver el mundo
que dicen que hay fuera.
Por ahora puedes correr de un lado a otro.

Abrazado de falsos ángeles.

Pero tú sabes que en este edifico estas tú solo.
Y un puñado de actores.
Como tú.

Otro Vals.

Bustos en la noche.
Ojivas nucleares bajo la cama del mendigo.
Ratones con dientes de leche
atenazan la soga.
Burbujas de uva programática.
Un gesto inequívoco en el rostro del párvulo.
¡He llegado hasta el arroyo seco!

Mi barca encallada en la orilla entre monedas.
Un hogar sin ascuas ni ceniza.
Berlioz y sus chicos toman opio para olvidar.
Pero aquí no quiero humo.
Dentro del palacio de invierno,
el diván es suficiente.

Su foto es una introducción en Do menor.
Las hojas que fumaste descansan bajo el Sol,
esperando el papel de arroz.

He tallado una virgen en un tosco madero, bajo el árbol.
Pronto, quizá, las aguas bajen de nuevo
y mi Niña navegue de nuevo,
junto a la Pinta,
y la Santa, siempre Santa,
María.
¿Dónde está el atajo para llegar más rápido a las especias?

Buscando Las Indias,
me vi en tierras desconocidas.
Estuve aún convencido de mis cartapacios,
más,
parecieron pasar cinco siglos,
y esa misma tierra
que un día fue mía,
enviome a esta prisión.

Y mi barca sigue encallada.
Su foto.
Su foto es una buena introducción en Do menor.
Empieza el vals.

Llegarán los piratas a liberarnos de esta fría celda,
con los primeros temas del verano.
Volveremos al trance
y a las barbas recortadas.
Gafas oscuras y salitre.
No sé si podré esperar tanto.
Pero la Niña sigue en el arroyo seco,
seco.
No bajan las aguas de la montaña
pero tras los barrotes espero.

Santa Lucia está en el cielo con diamantes,
y yo olvido por momentos
al sargento de la pimienta y su asqueroso ejército.

Bustos en la noche
y, sí,
su foto es una buena introducción en Do menor.

Déjame ser esclavo y sonreír.

¡Ojalá pudiera ser un esclavo!

Pero no puedo, me lucho, no me dejo,

y

aunque lo soy,

me resisto a someterme a mí mismo,

al gozo de no tener que sudar y sangrar arrancándome los grilletes.

Dioses paganos.

Pequeños recipientes de dorado metal.
Óvulo fecundo de pólvora
que reposa esperando la chispa que ha de empujarlo al mundo.

Recorrer la estancia cortando el viento.
Impacto súbito y arrugas en su elegante figura.

Nacimiento y muerte.

Miradas fugaces siguiendo su frágil estela
apenas trazada.
Imaginada por los ojos que dibujan a placer
lo que no pueden ver.

Atronador estallido de varios sentidos que se anulan.

Pánicos, rezos, cantos y confesiones inoportunas.
Tiemblan las armaduras mejor ensambladas.
Las espadas mejor templadas.

Una luz. Un gemido inconfundible.
Quizá una sonrisa siniestra de placer, cual Marte.

Cae ingrávido durante un parpadeo
reclamando su nuevo hogar.

Un sin sentido hijo de la razón humana.

Horas frescas.

Fuego.
Fuego en el suelo.
Arden las cenizas,
una y otra vez.
Se vuelven suelo.
Suelo incandescente.

Debes caminar descalzo.
sin rumbo,
por donde otros pisaron.

Una lágrima en tu rostro.
Antes de verla el cielo,
se evapora.

Oscuras llamas brotan de tus pisadas.
Tras de ti.
Te persiguen todo el camino,
recordándote que allí estuviste.
Larga cola de fuego.

Toma la dirección adecuada.
Paso firme sobre ceniza.
Si desfalleces y quieres correr
no encontrarás roca alguna
sobre la que descansar tu piel
quemada.
Allá donde lleves tus pisadas;
fuego.

Fuego es tu camino.
Tus ojos y tus oídos se derriten.
Cual cera.
Tu cuerpo, una frágil vela.
Tu alma, dorado y antiguo candelabro.

Viaje por el plasma.

Tristes horas me esperan
sufriendo el sudor ácido del tiempo muerto.
El oleoducto está oscuro.
Me hierven las manos cuando rezo.
Camino de rodillas hacia la siguiente salida.

Creo que una rata me ha arrancado los ojos.

No puedo distinguir nada dentro del tubo.
Todavía puedo oler la podredumbre que he dejado atrás.
Cuerpos inmóviles de apestados.
He huido de ellos. Todos muertos.

A través de un cristal me han controlado.
Pero he podido acabar con ellos
lanzando su féretro desde la mesita de mármol.

Ya puedo sentir el aire fresco de las barbas de San Pedro.

Estoy cerca de la salida.
Sobre la baldosa desplazada por los tránsfugas que descansan, reza:
"Al Cesar lo que es del Cesar".

Caigo flotando sobre un charco de lodo.
He recuperado la vista y ahora es todo amarillo.

Un pez me saluda desde el barro con una moneda en la boca.
Pagaré con ella el siguiente peaje.

Un bebé desnudo sobre los brazos de su madre, llora.
¿Quiere la moneda?

Me voy antes de que me la quite.

Un soldado de plástico está azotando a un ángel.

Vuelvo atrás y el bebé sigue llorando.
Ha llenado la sala de lágrimas.
Le he dado la moneda y se la ha comido.
Creo que no era de su gusto porque aún llora.
Me voy nadando lejos de aquí.

De pequeño podía nadar horas sobre un mar de lágrimas.

Al llegar a la playa me tumbo sobre una hamaca con forma de libro abierto.
Creo que dormiré unas horas,
y luego,
regresaré al tubo oscuro donde no distingo Peces de Bebés Hambrientos.

¿Por qué sonríes?

Sonrío porque no soy nada.
No soy nada, y soy todo y todos.
Soy lo que hago y lo que no hice.
Soy el camino caminado y aquellos otros que fueron rechazados.
Soy todo lo que de mi he pensado.
Lo que quise y lo que he evitado.
Y todo lo que soy, sólo Yo lo he encontrado.

Por eso sonrío.

Porque para todo aquel que se cruce conmigo,
encontrará en mí un Yo diferente. Un Yo desconocido.
Un Yo nuevo y único para cada amigo.

Por eso sonrío.

Porque Yo, ya no soy sólo Yo,
soy el Yo que cada uno ha elegido.

(Me imagino celebrar un banquete con todos esos Yo que nunca he conocido).

Susurros.

¿Cómo puedo andar,
atravesando su burbuja
sin hacerla explotar?

Rostros perfilados
en lienzos transparentes
provocan cortes de digestión
y
afeitados.

Combustiones espontáneas
de supuesto amor
en cientos de miradas
e historias inventadas.
Parones de tráfico,
huelgas
y susurros.

La Frontera.

Reniego de algo en lo que estoy inmerso
y es imposible escapar.

Estoy sumido en ella,
y esté dentro o fuera
sigo siendo parte del todo.

De un todo muy presente
que no reconozco como real.

Trato de escapar,
pero los que huyen también están dentro de ella.

No sé ni quien es
pero sé que la pertenezco.

No puedo distinguir entre lo que he soñado
y lo que existe fuera.

Soy parte de ella,
y ella,
ni siquiera sabe que estoy aquí.

Un cuervo sobre el hombro del único justo.

El hombre sin cejas grita al rebaño.
Tras la fuerza de las balas que le amparan,
lágrimas de un niño solitario
destrozado por un monstruo sin cejas
que también fue niño solitario.

Han olvidado los versos del libro que dicen seguir.

La primavera desnuda sujeta su cabello
sobre la flor que la hace mujer.

Su nave se acerca a la costa.
Ha nacido lejos de nosotros
pero el viento soplado por Céfiro
regala sobre su rostro olor a flores frescas.

En la venera sólo olor a sal y muerte.
Y ahora bailan las tres gracias para divertimento de Marte.

Venus observa sobre las armas del hombre.
Su sudor cae despacio sobre el pecho desnudo
del alma que ahora es suya.

La respiración entrecortada hace del día
una estancia que flota en aroma confidente.
La Primavera y Marte se abrazan para hacer del mundo
un lugar donde un niño inocente abraza a un leproso
y juega con los hijos de quienes quemaron su hogar.

Otra vez, otro
niño solitario
queda tras el monstruo sin cejas
que crea fábricas interminables
de futuros monstruos sin cejas.

Creyendo que hace justicia.

Un cuervo sobre el hombro del único justo.

Ruidoso silencio.

Nadar sobre la corriente de fluidos
que amedrentan el límite
entre el reposo fetal y la realidad cegadora,
que asfixia.

Palmadas en la espalda,
del triunfo y la derrota.
Y derrotar derrotas,
pasatiempo singular.

Viviendo y muriendo
son la misma palabra, ante el reloj de sol.
Para el hombre son contrarias, pero a ambas las teme.

Ruidoso silencio,
cuanto más profundo, más presente.

Eros Irredento.

Eros, amigo de sus amigos.
Esclavo del sexo sucio, políticamente correcto.
Culpable, sofocado de amor de verdad,
Amor con amor.

Amor por amor que hoy es vergüenza de todos.

Eros, anhelo de abrazos y susurros.
Cultura de sensaciones.
Escuela de escenas censuradas y fluidos.

Eros, inocente.
Pues no ves:
Te enseñan sexualidad en libros.
Cosas que los animales saben hace siglos.

Eros. El mejor amigo y el mejor amante de sí mismo.

Viento libertario.

Muy lejos,
muy pálido.
Veo alejarse al niño,
el niño que se sienta a menudo
junto al árbol que me condena.

A veces me señala con el dedo.

Le he visto llorar.
Le he visto reír.
Sobre el árbol
le recuerda a su amigo
que debe fiarse del viento.

El árbol me condena.
El viento mece sus hojas
y aun así,
aun así tengo la impresión
de que no lo sabe.

Pero hoy el niño está pálido,
moribundo.
Y yo rojo.
Hirviéndome la sangre le grito.

No debe alejarse,
yo le protejo.
El viento lo ha empujado al acantilado.

Le veo alejarse y las rocas le reciben suavemente.

Ahora el árbol está solo
y no puede condenarme.

Necesita al niño.
Él sabía criticar con su pequeño dedo
y yo necesitaba verle
riendo junto al árbol
para sentirme vivo,
odiándole a él y a su maldito árbol.

Tras varios días, donde hubo árbol,
ahora un volcán
expulsa furioso su lava.

¿Dónde está el niño?
¿Por qué tuvo que alejarse?

Escaleras al cielo

Largos raíles
en los que navegan mil notas.

Colores propios de documentos antiguos.

Puntos, comas y silencios dibujados.
Frases que escalan y descienden montañas.

Un sol es la clave de toda armonía.
Es la clave de la vida.

Dependen de él altos y bajos.
Gordos y flacos.

La unión de los sentidos
da vida a un mundo que flota
de un lado a otro de la estancia.

Pelos de punta y piel de gallina.

Viene el punteo,
que sobre la continua progresión de colores,
dibuja sobre el lienzo momentos olvidados.
Lloran las cuerdas.

Aplausos, sonrisas y algunas rotas fotografías.

La tristeza del segundo. Siempre a la derecha del padre.

Una y otra vez recorre todo el vinilo,
ciego en ese trance
que ha de llevarte de nuevo,
al vagón que reposa sobre largos raíles y escaleras al cielo.

¡Ojalá yo fuera sandalia!

A diario veo sandalias
que se sientan junto a mí
y me hablan.

Las he oído discutir.
Y a veces me entristezco por ellas.

Han andado junto a mí.

Y parecían felices.

Nunca hablan sobre los pies con los que viajan, ni los tormentos de aquellos que las dirigen,
y cuando se cansan,
las cambian por otras nuevas.

Parecen tranquilas.
No se sienten desechadas, pues,
sólo son sandalias.

Las hay tan elegantes
que bien yo mismo las calzaría,
más,
prefiero andar descalzo.

He probado lo cómodo que es correr con unas buenas sandalias,
se agradece su suavidad.
El calor que proporcionan
me hace sentir muy seguro.

Su compañía es aliciente para seguir caminando,
pero
¿Qué ocurre cuando recordamos la agradable sensación
del frío de las baldosas
bajo nuestros desnudos pies?

Guardamos en nuestro armario
otro par de sandalias.

Transatlántico de carcajadas y muecas lejanas.

Estoy varado
en la corriente de sueños.
Proyectados gratuitamente
de forma tan licita
que duele.

He quemado mis manos
tratando inútilmente
de tensar la cuerda y amarrarla al muelle,
atraerla hacia mí,
evitando que escape la nave
y se pierda a la deriva.

Por momentos me vi solo
ante la enorme estructura de duro acero.
Solo, sobre el cemento portuario
sudando por no perder la gruesa cuerda.

Pero
levantando mi mirada más allá de las anclas
pude ver dentro del barco
elegantes figuras sonrientes
danzando, bebiendo, riendo, besando.

Me puede el pánico,
el terror de pensar que mis manos
mantienen unido mi solitario puerto
a la nave que me acerca a la realidad
y a sus huéspedes que no conozco,
más,
sólo he visto sus rostros
y apenas he oído sus voces.
Pero lucho por ellos
por no perderlos y dejarlos a la deriva.

Han encendido los motores
y me cuesta más que nunca mantenerme erguido
sin precipitarme a las aguas.

Las nubes de humo
me asfixian,
y empiezo a estar cansado
pero,
también más que nunca
necesito
tirar de la soga
y subirme a la nave.

Necesito sonreír.
Danzando, bebiendo, riendo, besando.

El vigía.

Desde una torre de madera
vigilo el bosque que arde en llamas.

Si se apaga el fuego, he de lanzar otra antorcha.

No puedo descuidar mi labor y dejar que se apague.

Porque si lo hago,
las termitas podrían pasar al bosque.

Y comerse mi torre de madera.

Jarrones de Hormigón.

Me duelen los encajes del traje
en que encierro mi alma.
Pero respiro. Y olvido que respiro.

Puedo dejarme llevar por el suave y rítmico movimiento
que marca el aire fresco al entrar en mis pulmones.

Cuando lo pienso,
se disipan las banalidades de un mundo penoso.

No sé lo que es, pero lo respiro.
No me queda más remedio
que someterme a la ciudad.

Respiro.
No sé dónde fue el aire fresco.

Respiro.
Y así sé que estoy vivo.

Es algo que a veces olvido.

Respira conmigo
lo que todos hemos compartido.

Ese.

Soy ese tío de mierda que no existe.

Ese que nadie termina de conocer.

Ese que es estricto y discute pero no sigue las normas.

Ese que nunca está del todo pero nunca se va.

Ese que lo tiene tan claro pero que no sabenada.

Ese que habla de lo que no hace pero nunca de lo que hace.

Ese que a veces da un gruñido involuntario mientras piensa en los momentos en los que fue un auténtico gilipollas.

Ese que trabaja para evitar que al recordar estos días tenga que gruñir también.

Ese al que dijeron que no tenía corazón.

Ese que intenta ser perfecto y al que le dicen que la perfección no existe.

Ese que trata de mejorar y al que le dicen que viva más la vida.

Ese que no acepta el Egoísmo como naturaleza humana.

Ese que se queda solo en sus razonamientos.

Ese que juega a inventar mundos mejores y no se lo toma como un juego.

Ese que os ama pero no os comprende.

Ese que necesita tener el control.

Ese que tanto le pide a su cuerpo pero tan poco le da.

Ese que no dosifica su energía e ilusión: Radical si le interesa, pasota si no.

Ese que quiere conservar su inocencia y a la vez madurar.

Ese que cree que ser adulto es ser consecuente, saber respetar y disfrutar, no ponerse mil escudos y aprender a odiar.

Ese que reconoce su mediocridad y su culpa.

Ese que no es nadie pero puede serlo todo.

Soy ese tío de mierda que no existe.

PARA CUANDO NOS LLAMEN LOCOS

Personajes

MARINERO, de unos veinticinco años.

DOS SOLDADOS, de edad similar a la del marinero.

ANCIANA.

Acto primero

Escena I

(A izquierda, frente al público, una puerta. A derecha, otra que también da al foro, pero esta con una ventana de cristal en ella. Junto a la puerta izquierda un bidón de gasolina, y en centro, invadiendo la zona de tránsito, una caja de herramientas con algunas por el suelo desperdigadas. Junto a la puerta derecha un armario. Ocupando la escena y pegados al fondo, al menos tres grandes bultos cubiertos por lonas, que no son otra cosa que vehículos deportivos. Sobre estos un ventanuco alargado, cuyo propósito es únicamente que entre la luz. Todo permanece a oscuras. En la distancia resuenan unas explosiones, al tiempo que por el ventanuco entran los resplandores de las mismas, iluminando momentáneamente la estancia. Cuando regresa el silencio, sólo queda el fulgor anaranjado de las llamas ondeando en el exterior. De pronto la puerta de la izquierda se abre, y entra MARINERO, que apoyado penosamente en esta, con la respiración agitada, y signos de gran agotamiento, termina por desplomarse sobre sus rodillas. Viste un pijama, chaleco salvavidas, va descalzo y está completamente empapado de agua y aceite.)

MARINERO
¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo he sido escupido así de la litera, del calor protector bajo mis sabanas?

(MARINERO se levanta y cierra la puerta con cierta dificultad)

MARINERO
Ya que tienes que ir, que sea en un barco, me decían. La Marina es un destino tranquilo. No dispararás ni te dispararán. No hay cuerpo a cuerpo. Todo pasa de lejos. Muy lejos... Un boom, y todo se acaba. Luego el silencio.

(MARINERO permanece muy quieto con la mirada ausente frente al marco de la puerta. Se gira y avanza hacia el centro de la escena)

MARINERO
¡Já! ¡Pero eso es cuando no eres tú el que vuela por los aires!

(MARINERO tropieza con la caja de herramientas y cae al suelo)

MARINERO
¿Por qué me pasa esto a mí? ¡Si ni siquiera quiero estar aquí!

(MARINERO se incorpora muy reflexivo y recoge las herramientas colocándolas delicadamente en la caja de forma autómata)

MARINERO
Bueno, al menos estoy vivo... No quiero pensar qué habrá sido de los otros... ¿Por qué no me escucharon? ¿Por qué no me hicieron caso hace dos noches cuando hicimos escala en aquel asqueroso puerto? Debimos desertar. Huir a algún lugar lejano y dejar todo esto atrás. Pero no... ¡Loco! ¡Loco me llamaron! ¿De qué nos ha servido dejarnos llevar, eh? Todo saldrá bien...Todo fluye... ¡Ya, ya lo veo! Bonito plan el no tener plan. Seguro que otros muchos muchachos terminan la movilización tan tranquilos, esquivando minas y torpedos por puro azar. Haciendo lo mismo que nosotros para merecerlo: ¡Nada! Si nos hubiéramos puesto serios en aquel asqueroso puerto y hubiéramos tomado el control... ¡Pero bah! ¿Qué van a saber ellos de eso? Yo soy el único valiente de los gambuceros del barco... ¡De toda la flota! Yo soy el único que estaba dispuesto a partirse la cara con esos oficiales cuando vinieron al pueblo a reclutarnos a la fuerza. ¡Vaya si lo estaba!

(MARINERO termina de ordenar las herramientas y pone la caja sobre el bidón de gasolina. Se aleja pero se vuelve a mirarla dudando. La deposita en el suelo junto al bidón aunque tampoco parece convencido de esto. Vuelve a cogerla y la lleva de un lado a otro sin saber dónde ponerla. De pronto se detiene y mira lo que hay bajo una de las lonas)

MARINERO
¿Cómo es posible? ¿Semejante cochazo aquí? ¡Y el garaje está repleto! ¿Quién puede tener cacharros tan lujosos en una islita remota como esta? Hubiera jurado que aquí sólo había pescadores y paletos. Pero esto...

(MARINERO deja la caja junto al armario y va hacia la puerta de la derecha. Mira por la ventanita que hay en ella)

MARINERO
¿Es aquello lo que imagino que es? ¡Sí, pues claro que, sí! ¡Yo que creía haber caído en una inocente granja, y resulta que apenas un jardín me separa de la mansión de mis sueños! Una mansión que estará repleta de camas mullidas y acogedoras. ¡Y no esos catres de abordo! Con una cocina llena de asados recién hechos y una despensa rebosante de mermeladas y chocolates. ¡Y no como la nuestra, que daba pena hasta asaltarla para el contrabando! ¡Oh! ¿Y si hubiera mujeres? Una muchachita de piel de vainilla...

(MARINERO invadido por un impulso incontrolable abre la puerta y se asoma un instante, cerrándola rápidamente y apoyándose de espaldas contra esta, con miedo a ser descubierto)

MARINERO
¡Soldados! ¡Soldados enemigos! ¿Qué estarán haciendo aquí? ¿Y qué sacaban con tanto asco de la casa?

(MARINERO corre de un lado a otro muy nervioso sin saber dónde meterse)

MARINERO
¿Vendrán hacia el garaje? Puede que no... Puede que haya otra cosa aquí al lado... Un barracón de la tropa, o un contenedor. O quizá vayan al acantilado...

(MARINERO se acerca a la puerta muy agachado y levanta la cabeza con cuidado para ver por la ventanita. Al instante vuelve a andar agitadamente de un lado a otro)

MARINERO
¡Vienen! ¡Vienen! ¡Claro que vienen! ¿Qué voy a hacer?

(MARINERO abre la puerta izquierda y mira por ella)

MARINERO
El mar me regaló estas rocas para que no me ahogara en mitad de la oscuridad como el resto. Las he escalado dejándome las manos en ello. ¿Y todo para qué? ¿Para que me atrapen dos guardias sin siquiera quererlo mientras sacan la basura?

(MARINERO se sienta ante la puerta aún abierta)

MARINERO
O puedo simplemente saltar y volver al hundimiento.

(MARINERO se deja caer de espaldas y queda tendido boca arriba en el suelo. Tras unos instantes sin que nada ocurra, se incorpora)

MARINERO
¿Qué pasa? ¿Por qué no llegan?

(MARINERO se pone en pie, cierra y va hasta la ventanita de la puerta derecha por donde observa)

MARINERO
Se les ha caído la carga. ¡Menudos torpes! Tal vez estén medio dormidos y pueda...

(MARINERO va hasta la caja de herramientas, la abre y saca una enorme llave inglesa. Gesticula ensayando ataques con ella. Convencido se coloca pegado a la pared junto a la puerta derecha, esperando para atacar. Cada vez más nervioso y tembloroso termina por dejar caer la herramienta dentro de la caja)

MARINERO
No... ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué pretendo? Esos hombres son soldados de infantería bien entrenados, y yo no he matado una mosca en toda mi vida... Además... Además yo no quiero nada de esto. Quiero un mundo mejor... No sé cómo, pero mejor. Si no deserté de todo el horror cuando pude, al menos hoy dejaré de participar de él rindiéndome con elegancia y dignidad.

(MARINERO se pone en el centro de la estancia muy firme, y revisa el estado de su pijama, chaleco y peinado con gran solemnidad)

MARINERO
Pero, ¿y si fuera cierto todo lo que dicen en el boletín de la Marina, y estos hombres son realmente verdaderos monstruos que matan convencidos de que son mejores? Sí... Seguro que sí, pero... Pero sólo son cerdos. ¡Cerdos salvajes!

Escena II

(La puerta de la derecha se abre desde fuera, pero en vez de entrar alguien, desde el foro llega el sonido de un golpe seco contra el suelo y unas voces. MARINERO, vencido por el miedo, se esconde bajo la lona de uno de los coches)

SOLDADO UNO
Ten un poco de cuidado, por favor.

SOLDADO DOS
¿Qué quieres que le haga, muchacho? Está todo pringoso.

SOLDADO UNO
Agárralo bien y acabemos con esto cuanto antes.

SOLDADO DOS
Sí, yo también me quiero ir a dormir.

(Entran SOLDADO UNO y SOLDADO DOS cargando un bulto grande y pesado envuelto en una manta oscura, y caminan hasta el centro de la escena dudando de donde ponerlo)

SOLDADO UNO
Venga, ¿dónde lo dejamos?

SOLDADO DOS
(Señalando al fondo izquierdo)
Ahí mismo, tras ese coche. El sargento está al caer.

(SOLDADO UNO y SOLDADO DOS depositan la carga entre la pared y el coche que está más cerca del bidón de gasolina, quedando oculto el contenido transportado. SOLDADO DOS lleva la manta ya vacía hasta el armario de la derecha, y la guarda en este)

SOLDADO DOS
¡Bueno, pues esto ya está! Ahora a esperar las medallas, ¿eh, muchacho?

(SOLDADO UNO regresa apresuradamente hacia la puerta de la derecha con intención de marcharse. Su gesto es de gran incomodidad y enfado. SOLDADO DOS se interpone mientras saca un cigarrillo y lo enciende)

SOLDADO DOS
¡Oye! ¿A dónde vas tan deprisa? ¿No te parece que nos merecemos un descanso?

SOLDADO UNO
Estoy cansado. Ha sido un día duro.
SOLDADO DOS
¡Mi querido muchacho, díselo a esos pobres infelices que iban en el barco! ¡Buenos torpedos se han comido!

SOLDADO UNO
(Disgustado)
Sí.

SOLDADO DOS
Una digestión dura... Suponiendo que quede alguno para...

SOLDADO UNO
(Interrumpiendo)
¿Pero es que a ti todo te hace gracia o qué?

SOLDADO DOS
Solamente cuando van ganando los nuestros.

(SOLDADO UNO cierra la puerta derecha que quedó abierta y permanece apoyado en ella muy reflexivo. SOLDADO DOS se acerca al coche de al lado de aquel en el cual se escondió el marinero)

SOLDADO DOS
(Muy animado)
¿Sabes? Una vez tuve una novia que...

SOLDADO UNO
(Sin escuchar)
A mí me parece terrible que tengamos que matarnos los unos a los otros. ¿Por qué lo hacemos? ¿Por un puñado de monedas más para nuestras arcas? ¿Quién ha visto esas arcas? ¡O esas monedas! ¿Siquiera existen?

SOLDADO DOS
Es pura supervivencia, muchacho.

SOLDADO UNO
¿Pero y si de tu supervivencia se ocupara otro? Tu enemigo por ejemplo. Y tú de la suya. Todos cuidando de todos y pensando en el resto antes que nosotros mismos. Dejaría de haber enemigos.

SOLDADO DOS
No lo entiendo. Eso es imposible. Nunca nadie...

(SOLDADO UNO invadido por un repentino entusiasmo va hasta SOLDADO DOS y lo coge de los brazos agitándole)

SOLDADO UNO
Sí... Escucha... Tú siempre estás hablando de tus novias. Dices que has tenido cientos, ¿verdad?

SOLDADO DOS
Ya te digo... Una vez...

SOLDADO UNO
(Interrumpiendo)
¡Y a alguna habrás querido!

SOLDADO DOS
¡Pues claro, muchacho! ¿O te has pensado que soy un simple golfo?

SOLDADO UNO
Dime... Dime si por alguna has sentido que preferirías morir antes que ella lo hiciera. Si has querido darle todo para que en todo momento estuviera feliz. Si todo tu mundo fuera satisfacerla.

SOLDADO DOS
Solamente por una.

SOLDADO UNO
¿Y cómo crees que se llama eso?

SOLADO DOS
Pues... Amor, claro. ¡Que pregunta más tonta, muchacho!

SOLDADO UNO
¿Dices que solamente sentiste Amor por una?

SOLDADO DOS
Puede que por dos o tres...

SOLDADO UNO
Imagina ahora eso mismo pero con todas.

SOLDADO DOS
¡Muchacho! ¡Si al final va a resultar que el pichabrava eres tú! Con lo modosito que parecías...

SOLDADO UNO
No sólo con todas las mujeres, si no con todas las personas.

SOLDADO DOS
¿Sentir el amor de una novia en toda la gente?

SOLDADO UNO
Sí. Eso que tú mismo has llamado Amor, pero con toda la gente.

SOLDADO DOS
¿Incluso con la que no conoces?

SOLDADO UNO
Claro, esos que hoy no conoces, mañana pueden ser tus novias, o tus amigos, o quienes te salven la vida.

SOLDADO DOS
No sé... No lo termino de ver. Creo que el Amor es cosa de tú a tú, ¿sabes?

SOLDADO UNO
¿Tan poco Amor tenemos que sólo podemos compartirlo con una persona?

SOLDADO DOS
Es un pensamiento muy triste, pero eso parece.

(SOLDADO UNO vuelve muy abatido hasta la puerta de la derecha)

SOLDADO UNO
Entonces supongo que no debemos extrañarnos de este mundo de violencia y Egoísmo en el que vivimos. Plantearse otra cosa sin cambiar nuestra capacidad de amar es perder el tiempo.

SOLDADO DOS
Mira, muchacho, cuando hablas así sólo sirve para que confirmes lo que piensa todo el mundo en el pelotón de que eres un auténtico loco. A mí no me importa porque me caes bien, en el fondo eres un tío majo, pero si sigues con esto vas a echarlo todo a perder, te meterás en un lio gordo, ya verás. Todo ese rollo del Amor es muy sospechoso... Demasiado infantil, ¿sabes?

SOLDADO UNO
Lo he llamado Amor por llamarlo de alguna forma. En realidad tú lo has hecho. A mí me dan igual las palabras.

SOLDADO DOS
A mí también. ¡Al final lo único que importa es la acción! ¿Verdad que sí?

(SOLDADO DOS simula el acto sexual mediante gestos. SOLDADO UNO permanece cabizbajo. SOLDADO DOS al ver que su compañero no le hace caso, apaga el cigarrillo pisándolo y se pasea deslizando la mano sobre las lonas de los coches)

SOLDADO DOS
El caso es que una vez tuve una novia que... ¡Atiende muchacho!

SOLDADO UNO
¿Qué?

SOLDADO DOS
No vas a creerlo... Es que era pura magia esa chica. Sentía una enorme fascinación por los coches tapados. Como estos de aquí... Coleccionaba fotos de todos los que veía por la calle ocultos de esta forma. El polvo, el misterio de su abandono y el morbo prohibido de lo que podría estar pasando dentro casi a plena vista de todos, únicamente velado al mundo por un fino telón...

(SOLDADO DOS se dispone a levantar la lona que oculta el coche donde se escondió el marinero)

SOLDADO UNO
(Deteniéndole)
No deberías tocarlos, sabes que a la señora...

SOLDADO DOS
Cuantas historias secretas hay detrás de estas lonas...

SOLDADO UNO
(Separando a su compañero del vehículo)
De estas pocas.

SOLDADO DOS
Ya lo sé muchachito. Ya lo sé. Y es una pena que por culpa de una loca...

SOLDADO UNO
(Ofendido)
¡Oye!

SOLDADO DOS
Venga, está muy claro: ¿Quién si no una loca tendría todas estas maravillas acumuladas como simple chatarra? Aquí no sirven de nada.

SOLDADO UNO
Yo lo que no entiendo es cómo sigue gastándose en este tipo de caprichosos absurdos, el dinero que con el que podría alimentarse tanta gente.

SOLDADO DOS
Porque puede.

SOLDADO UNO
Ya, pero antes no era así.

SOLDADO DOS
Claro, se volvió loca y punto. En realidad siempre lo estuvo...

SOLDADO UNO
(Encarándose)
¿No te parece suficiente todo lo que he tenido que soportarte hoy? ¿Cuánto más piensas que voy a permanecer impasible?

SOLDADO DOS
(Zafándose suavemente)
Calma, muchacho. Calma. Tú que hablas de Amor y repudias la violencia...

SOLDADO UNO
Lo siento.

SOLDADO DOS
No pasa nada. Nos quedan muchas guardias juntos y debemos llevarnos bien. Aunque no me gusta que defiendas a la vieja sólo porque a ti también te llaman loco.

SOLDADO UNO
¡Que gracia! ¿Crees que me siento identificado con eso que denomináis locura? Bueno, y aunque así fuera, no estoy solo. Hay más gente que piensa que el Amor...

SOLDADO DOS
¿Ya estás otra vez con eso del Amor? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no es realista?

SOLDADO UNO
No es realista en este mundo.

SOLDADO DOS
¿Y en qué mundo va a ser? Eso es cosa de locos, muchacho. ¿No ves todo lo que pasa a tu alrededor? ¿Qué quieres que piensen el sargento y los superiores si te oyen decir estas cosas?

(SOLDADO UNO parece dispuesto a saltar de furia pero se contiene)

SOLDADO UNO
¿Sabes? Me voy a callar. Pero quiero que sepas que tengo un par de cosas preparadas para cuando nos llamen locos.

SOLDADO DOS
¿Cuales? ¡Habla!

SOLDADO UNO
(Sentándose en el suelo apoyado contra la pared)
De nada sirve.

SOLDADO DOS
Muchacho, hazlo ahora o lo harás en la cena delante todos y te aseguro que...

SOLDADO UNO
(Levantándose enérgicamente)
Nos dicen que nos enfrentemos a la realidad, y al hacerlo se refieren a que asumamos que el mundo nos supera, que no tenemos ningún control sobre el mismo, que debemos aceptarlo siendo duros, llorando y tirando para adelante. Nunca nos dicen que podemos cambiar las cosas, que no debemos aceptar nada como si fuera superior a nosotros, que podemos tomar el control de nuestras vidas.

Para ellos enfrentarse a la realidad es resignarse. Para ellos nosotros somos soñadores, inmaduros, locos... Pero nosotros creemos que enfrentarse es hacerse responsables de todo nuestro poder y construir la realidad que deseamos. Es más fácil no hacer nada que imaginar. Es más fácil negar lo imaginado que llevarlo a cabo y cambiar el mundo.

(SOLDADO UNO y SOLDADO DOS permanecen unos instantes mirándose en silencio)

SOLDADO DOS
Y sin embargo somos soldados.

SOLDADO UNO
Sí, todos lo somos. Ya te he dicho que no sirve de nada. Son sólo palabras.

SOLDADO DOS
Palabras que pueden acabar con tu mundo de comodidad, muchacho.

(SOLDADO DOS agarra del hombro a SOLDADO UNO y lo lleva cariñosamente hasta la puerta de la derecha, la cual abre invitándolo a salir)

SOLDADO DOS
No merece la pena que te juegues este puesto tranquilo de vigilancia. Al fin y al cabo es mejor que estar en el frente, ¿no crees?

(SOLDADO UNO hace mutis muy afectado)

SOLDADO DOS
(Hablando hacia el foro)
¡Muchacho, ve avisando al sargento de que prepare nuestras medallas!

(SOLDADO DOS hace mutis, cerrando la puerta tras de sí)

Escena III

(MARINERO asoma la cabeza desde debajo de la lona que cubre el coche en el cual se oculta, y sale con cuidado asegurándose de que no queda nadie en el garaje)

MARINERO
Pero si eran... Eran sólo dos muchachos... Dos muchachos como yo. De cerca no parecían temibles guerreros. Sólo dos chicos normales y corrientes. De hecho... De hecho podría haberles matado en un descuido.

(MARINERO va hasta la caja de herramientas y vuelve a sacar la llave inglesa)

MARINERO
(Pletórico)
No tengo porqué rendirme. Ahora que he visto al enemigo de cerca, sé que no es más temible que yo. Pues yo soy un valiente... Un valiente marino... Y no pienso dejar que me atrapen sin luchar... Esta es una isla pequeña, pero seguro que tiene un aeródromo donde podré obligar a algún piloto a llevarme en avioneta o helicóptero hasta la zona aliada. O si no lo hay, iré directamente a los muelles y robaré un velero. Sí, y en mi camino a través de la isla iré saboteando todos los puestos clave que encuentre. ¡Pondré bombas! ¡Causaré el caos tras la línea enemiga y seré un héroe!

(MARINERO se pone de cuclillas con gesto muy reflexivo)

MARINERO
Apenas... Casi no puedo recordar lo que nos enseñaron sobre explosivos en la instrucción. ¡Que cabeza la mía! ¿Por qué no presté más atención?

(MARINERO se levanta de nuevo con determinación)

MARINERO
¡Es igual! Sólo tengo que ir a la casa de la vieja loca. En esa mansión tiene que haber de todo: Dinero, productos químicos, escopetas de caza... De nada me va a faltar. ¡Allá vamos!

(MARINERO va hasta la puerta de la derecha y agarra el pomo dispuesto a girarlo para salir)

MARINERO
Un momento... ¿Y qué haré con la dueña si me descubre? No podría... ¿Cómo hacerla...? Quizá amordazándola bastaría. Al fin y al cabo ahora tengo una importante misión y no puedo detenerme.

(MARINERO suelta el pomo y mira por la ventana de la puerta, invadido de nuevo por el miedo y las dudas)

MARINERO
Parece demasiado sencillo. ¿Y si fuera una trampa? ¿Y si me hubieran visto nadar hacia el acantilado, treparlo y llegar hasta aquí? ¿Y si todo lo de los soldados de antes fuera solamente un paripé para asegurar la zona y acribillarme según salga?

(MARINERO se agacha pegado a la puerta e intenta asomarse de nuevo por la ventanita, pero invadido ya por el pánico no es capaz. Se desliza hasta el suelo y va gateando hacia la caja de herramientas donde vuelve a depositar la llave inglesa)

MARINERO
¿Por qué? ¿Por qué a mí? Ahora que ya por fin iba a encontrar mi destino glorioso como saboteador... ¡Venga! ¡Vamos! ¡No me puedo detener! ¡Y no lo haré! ¡Cogeré uno de los coches y saldré de esta finca arrasando con todo lo que se me ponga por delante!

(MARINERO se levanta y va de coche en coche mirando bajo las lonas)

MARINERO
¡Pero bueno! ¿Y las llaves?

(*MARINERO con gran desesperación busca en todos los lados hasta llegar al armario de la derecha. Lo abre, saca la manta que trajeron los soldados, y con violento desdén la lanza al centro de la escena mientras continúa buscando)*

MARINERO
(Desesperado)
¿Por qué no aparecen esas estúpidas llaves por ningún lado?

(MARINERO va hasta la puerta derecha y se asoma un segundo a la ventana, incrementando con esta acción su terror)

MARINERO
¡Se acabó! ¡Este es mi final!

(MARINERO corre sumido en el pánico hacia la puerta izquierda, tropezando con la manta y cayendo al suelo. Una vez en el piso, y parcialmente enrollado en la tela, estalla en un profundo llanto)

MARINERO
Si salgo podrían matarme, pero si no lo hago no sabré si me esperan emboscados, y pasarán las horas, los días... Sin agua ni comida encontrarán aquí mi momia cubierta de polvo...

(MARINERO deja de llorar, y completamente trastornado se esconde baja la manta, dejando únicamente ver su rostro a ras de suelo)

MARINERO
(Con tono de loco)
¿Podré convertirme en un coche más y permanecer oculto a ojos de todos? ¿Eso haré, esconderme como siempre debajo de una sábana? ¿Así nací y así moriré?

TELÓN

Acto segundo

Escena I

(A izquierda, frente al público, una puerta. A derecha, otra que también da al foro, pero esta con una ventana de cristal en ella, cubierta por una cortinilla de ganchillo. Junto a la puerta izquierda un tocadiscos y multitud de fundas de vinilo tiradas a sus pies. Junto a la puerta derecha, y mirando hacia la pared del mismo foro, una silla y una mesa con un ordenador. Bajo el mueble, una bandeja volcada con restos de comida: Medio plátano dentro de su cáscara, una manzana mordisqueada, huesos y pieles de pollo, envoltorios de chocolatinas y latas de refresco. En el centro de la escena, un sofá de dos plazas, cuyo cojín del asiento derecho está desprendido en el suelo. De fondo, en el lado izquierdo una chimenea apagada y algunos leños desordenados por el piso. Tras el sofá, un cuadro de grandes dimensiones descolgado y dado la vuelta. En el lado derecho, una puerta practicable que da a una cocina. Desde el tocadiscos suena en bucle la canción "I will never be the same" de Django Reinhardt y Stéphane Grappelli. En la mesa está sentada ANCIANA, la cual ojea fotografías de coches deportivos en el ordenador. Viste un batín de estar por casa. Tras unos instantes sin que nada ocurra, la puerta de la izquierda se abre lentamente y MARINERO asoma la cabeza con mucha cautela. Abre apenas un palmo la puerta y penetra en la estancia de puntillas. Viste el mismo atuendo que antes, y se cubre aun con la manta. Va hasta el brazo izquierdo del sofá y se oculta tras este, sin perder de vista a la anciana. Se desprende de la manta dejándola caer, y con mucha lentitud, fruto de la desconfianza, se aproxima a ANCIANA que permanece de espaldas y aparentemente ajena a la presencia de este. MARINERO, agazapado y acechando como una fiera hambrienta, revuelve entre los envoltorios y deshechos del suelo, descartando los huesos de pollo, pero llevándose consigo el plátano y la manzana mordisqueada hasta su lugar de confort al otro lado del salón, tras el brazo izquierdo del sofá, y allí los devora con ansia, depositando con mimo los restos en el asiento de ese lado. Aparentemente satisfecho, inspecciona a su alrededor hasta coger un tronco de madera, se levanta y camina hasta estar justo detrás de ANCIANA. Se dispone a golpearla en la nuca, pero no es capaz. Vuelve a colocar el leño junto a la chimenea. Permanece unos instantes allí de pie, mirando a la mujer sin saber qué hacer)

MARINERO
(Miedoso)
Oiga... Disculpe...

(ANCIANA no se inmuta)

MARINERO
(Más agresivo)
¿Oiga? ¿Me escucha?

(ANCIANA sigue sin girarse ni responder)

MARINERO
(Con gran enfado)
¿Quiere atenderme, estúpida loca?

(MARINERO al ver que ANCIANA sigue sin reaccionar, quita con violencia el disco que se está reproduciendo, cesando de golpe la música)

ANCIANA
(Sin apartar la vista de la pantalla en ningún momento)
¿Por qué has hecho eso? No has debido quitarlo.

MARINERO
¿Y usted por qué no me responde?

ANCIANA
Hace años que decidí dejar de hablar con soldados.

MARINERO
(Repentinamente intimidado)
Pero oiga... Yo... ¿Cómo sabe que soy un soldado?

ANCIANA
¿Acaso no lo sois todos?

MARINERO
(Muy nervioso mientras se quita el chaleco salvavidas y lo esconde tras el brazo izquierdo del sofá)
No... Verá... Me he perdido en mitad de la noche. Estaba tranquilo bajo mis sabanas y ahora...

ANCIANA
¿Eres sonámbulo?

MARINERO
Bueno... No, pero...

ANCIANA
Ahí fuera debe hacer bastante frío, ¿verdad?

MARINERO
Y está muy oscuro.

ANCIANA
(Simpática pero sin dejar de ser firme y áspera)
Si quieres puedes quedarte aquí hasta que amanezca, hay sitio de sobra. Ponte cómodo y haz lo que quieras, menos tocar mi ordenador, mi silla, y mi música.

MARINERO
Muchas... Muchas gracias. Creo que aceptaré la invitación.

ANCIANA
Haces bien. Tras estos muros pasan cosas realmente horribles.

(MARINERO se relaja paseando por la estancia. Va hasta el tocadiscos y busca entre la pila de vinilos que hay tirados en el suelo)

MARINERO
¿Aquí sólo hay discos de Django Reinhardt o qué pasa? ¿No tiene nada más moderno?

(ANCIANA no responde, y MARINERO resoplando desilusionado, lanza los discos al suelo y va hasta el sofá. Se sienta en el lado izquierdo, más bien dejándose caer como un muñeco inerte de mirada perdida y cansada)

ANCIANA
¿Quieres comer algo? Ve a la cocina, hay de todo.

MARINERO
(Sacándose de debajo la cáscara de plátano que dejó antes en el asiento, y arrojándola esta vez al suelo)
No, gracias. Estoy lleno.

(MARINERO coge posición de descanso y comienza a dormitar)

MARINERO
(Con los ojos cerrados y algunos bostezos)
Este asiento es más cómodo de lo que parece. Y estoy tan cansado... Pero no puedo dormirme, tengo que prestar atención a lo que tengo entre manos. Es importante, cada vez me doy más cuenta... Aunque, ¿quién soy yo? Una insignificancia en el universo... ¿Por qué tanto esfuerzo inútil? Total, ¿qué puedo hacer?

(MARINERO se duerme. Durante unos instantes de tensión verdaderamente largos, no ocurre nada en la escena más que los ronquidos de MARINERO y los dedos de ANCIANA tecleando)

ANCIANA
¡Pero bueno, menuda vergüenza!

MARINERO
(Despertando sobresaltado)
¿Qué...?

ANCIANA
¡Esto es intolerable!

MARINERO
¿El qué?

ANCIANA
No se puede insultar así a la gente. Robarle así su tiempo...

MARINERO
¿De qué habla?

ANCIANA
¡De estos precios! En verdad creo que deberían prohibir a ciertas personas involucrarse en la venta de coches deportivos sin tener ninguna idea del tema.

MARINERO
Yo...

ANCIANA
Pero por otro lado, este modelo es tan bonito que... No hay manera de resistirse por muy descabellado que sea lo que piden. ¿Cómo no voy a tenerlo?

MARINERO
Ya veo.

ANCIANA
Bueno pues ya está. Ya no hay vuelta atrás. En unos días lo tenemos aquí.

MARINERO
¿Asique eso es lo único que le importa?

ANCIANA
¿Y a ti?

MARINERO
(Dudando)
¿A mí...?

(MARINERO se levanta nervioso y comienza a andar de un lado a otro de la escena pasando una y otra vez sobre la cáscara de plátano)

MARINERO
Sepa usted que yo no soy así... Yo tengo una misión... Sí, una misión importante.

ANCIANA
Pues que te diviertas.

MARINERO
No, no es divertido. Es algo que va a cambiar el mundo.

ANCIANA
¿El mundo, o tu mundo?

MARINERO
¡Vieja loca!

ANCIANA
Hace un momento decías que eras sólo una mota de polvo en el universo y que nada podías hacer.

MARINERO
Ya, pero...

ANCIANA
¿Sabes que la incoherencia es la peor de las locuras?

MARINERO
(Caminando agitadamente y con mirada de desesperación)
¿Por qué está tan desordenado todo esto? ¡No puedo quedarme aquí ni un instante más!

ANCIANA
Coge uno de mis coches. Te lo regalo. Aquí en el bolsillo del batín tengo todas las llaves. Elige el que quieras y vete. Cumple con lo que tengas que cumplir.

MARINERO
(Deteniéndose)
¿Uno de esos que tiene ahí cubiertos con una sucia tela?

ANCIANA
¿Qué pasa? ¿No son de tu agrado?

MARINERO
¿Y me lo da así porque sí?

ANCIANA
¿Necesitas algo más?

MARINERO
Es que no entiendo por qué los compra si no los usa ni quiere para nada, regalándolos al primero que pasa.

ANCIANA
No eres el primero.

MARINERO
¿Pero por qué los tiene ahí entonces?

ANCIANA
Siempre quise un coche deportivo.

MARINERO
¿Y qué sentido tiene acumularlos si con uno ya bastaría?

ANCIANA
Para estar tranquila, por si alguno deja de funcionar.

MARINERO
Apuesto que ninguno funciona ya.

ANCIANA
Si no te fías de estos, pronto llegará un coche nuevecito que pedí hace una semana. O si no, en unos días el que acabo de encargar.

MARINERO
No, no. Tengo que salir de inmediato.

ANCIANA
¿Entonces te vas?

MARINERO
(Acercándose a la puerta de la derecha y corriendo la cortina de ganchillo para mirar por la ventanita)
¿Cómo hacerlo? Usted lo que pretende es que haga ruido tratando de arrancar alguno de esos cacharros, para que me escuchen los soldados que vigilan la finca y puedan atraparme como a un tonto. Eso es lo que le gustaría, ¿verdad?

ANCIANA
Además de incoherente eres un cobarde. Y no creas que me extraña pues a menudo suelen ir de la mano.

(MARINERO vuelve a caminar de un lado a otro con gesto de gran indecisión. Tras varias pasadas se detiene ante la cáscara de plátano y la mira fijamente)

MARINERO
¿Por qué está tan desordenado todo esto?

(MARINERO se agacha, coge la cáscara y todos los restos de comida, y poniéndolos en la bandeja los lleva a la cocina. Regresa a escena y comienza a amontonar ordenadamente los leños de la chimenea)

ANCIANA
Deja eso. Empiezas a darme verdadera lástima.

(MARINERO la mira sin decir nada y continúa con su tarea)

ANCIANA
Nunca vas a conseguir marcharte si haces lo mismo que hice yo.

MARINERO
(Seco sin levantar la vista)
¿El qué?

ANCIANA
Nada. No hacer nada. Tuve la oportunidad de aportar algo, y no lo hice. Sólo pensé en mí.

MARINERO
¿A qué se refiere?

ANCIANA
¿Acaso no lo ves?

(MARINERO se incorpora y va hasta el sofá sin articular palabra)

ANCIANA
Te he mentido. Y yo nunca miento. Pero desde que estoy en esta casa... El caso es que yo nunca tuve interés alguno en los coches deportivos. Era mi marido quien soñaba con ellos día tras día. Fantaseaba con comprar un descapotable y que juntos viajáramos en él por todo el mundo. No nos faltaba el dinero, pero siempre se lo negué. Yo me pasaba los días encerrada en mi despacho, y lo del coche me parecía una distracción que podía hacer peligrar todo el duro trabajo que hasta ese momento yo había realizado. Y él me aguantó. Aguantó sin decir nada mientras le impedía sus sueños por considerarlos caprichos absurdos en comparación con los míos. Hasta que un día, sin

más, se presentó con un deportivo nuevo. Y yo... Yo rompí con él al instante. Sabía que si se había atrevido a dar ese paso, pronto daría otros sin mí, y terminaría por abandonarme. Asique me adelanté. Cuando recogió sus cosas y se marchó, conduje el coche hasta el concesionario para devolverlo, y en aquel trayecto me sentí más libre que nunca en mi vida. Después de muchos años de sacrificios, llegué a esta isla, y recordé la sensación que experimenté aquel día que dejé a mi marido, y buscando revivirla, me compré un deportivo. Iba a conducirlo, lo juro, pero entonces me invadió la certeza de que sólo lo hacía para sentirme joven de nuevo, y la imagen de una mujer mayor como yo en un coche así me resultó insoportablemente ridícula. Aun así compré uno más discreto, y luego otro, y otro... Y cada vez que lo hacía, cada vez que veía entrar un coche nuevo al garaje, revivía esa sensación liberadora. Entonces comprendí que no tenía nada que ver conmigo recorriendo a toda velocidad el asfalto, sino que lo que tan bien me hacía sentir, era el hecho de tener el coche en sí, pues simbólicamente le estaba concediendo su deseo a mi marido. Los coches representan todo lo que no le quise dar por pensar sólo en mí. Son la proyección de mi Egoísmo.

MARINERO
Vaya... Es terrible... Pero... ¿Al menos usted logró conseguir eso por lo que tan duro trabajaba?

ANCIANA
Sí, lo hice. Pero luego lo perdí

(Desde el foro derecho suena el claxon de un camión)

ANCIANA
¡Bien, ahí llega otro más!

(MARINERO va corriendo hasta la ventana de la puerta derecha y observa a través de ella)

MARINERO
Los soldados están abriendo la verja exterior. ¿Qué van a hacer?

ANCIANA
Llevar el camión hasta el garaje para dejar el coche allí.

MARINERO
¿Entrarán en la casa?

ANCIANA
No, ya están acostumbrados. De hecho, esta es tu mejor oportunidad. Mientras lo bajan estarán distraídos. Aprovecha para colarte en la zona de carga del camión y saldrás de aquí sin que nadie lo sepa.

MARINERO
Es una locura.

ANCIANA
Locura es quedarse aquí coleccionando fracasos como yo, ¿no crees?

MARINERO
Sí, pero es que... ¡Esos hombres llevan armas!

ANCIANA
Yo tengo una pistola que al llegar aquí me regalaron. Sólo tiene una bala, pero podrá servirte...

MARINERO
No. No me gusta la violencia. ¡Yo quiero un mundo mejor!

ANCIANA
Ni siquiera sabes lo que es eso.

MARINERO
¡Calle!

(MARINERO coge del suelo el cojín del lado derecho del sofá, y lo pone en su sitio. A continuación se tumba en posición fetal en el mismo)

ANCIANA
Si buscas hacer el Bien primero deberías saber lo que es.

MARINERO
¡Que se calle!

(MARINERO coge del suelo la manta que estaba tirada junto al brazo izquierdo de sofá, y se cubre completamente con ella, dejando ver únicamente su rostro)

ANCIANA
Vas a perder tu ocasión. Luego será demasiado tarde. Crees que siempre habrá otro momento para hacerlo, pero el momento es ahora.

MARINERO
¡No quiero escuchar nada de eso!

ANCIANA
¿Por qué te niegas a aceptarlo? ¡Es algo que en el fondo conoce todo el mundo! Todos los hombres y mujeres de todas las épocas y lugares... Y sin embargo nadie quiere enfrentarlo. Todos cobardes. Incoherentes. Locos... Es como si todo el mundo tuviera hambre, y ante ellos, un nutritivo pan. Todos saben que tienen un brazo, pues lo ven saliendo de su hombro, pero todos piensan que es una fantasía, una imaginación, no lo acepan como real y de hecho no entienden para qué sirve. No entienden que con él pueden coger el pan que tanto ansían y acabar con su hambre. Es una paradoja porque saben que el brazo existe, pero no aceptan que exista en ellos.

MARINERO
(Cerrando los ojos muy fuerte y agitándose mientras recita a modo de mantra como un loco)
No quiero escuchar... No quiero escuchar... No quiero escuchar...

TELÓN

Acto tercero

Escena I

(Mismo escenario del acto anterior, pero todo lo que antes era desorden, se encuentra ahora escrupulosamente organizado: Los discos de vinilo junto al tocadiscos; los leños de la chimenea apilados formando una perfecta pirámide; el cuadro colgado de la pared, dejando ver un lienzo blanco con la única pintura de un gran circulo negro, que en su interior a su vez tiene otro circulo más pequeño del mismo blanco de la tela; los suelos relucientes; y cubriendo el respaldo del sofá, doblado en elegante forma triangular, la manta del garaje. El chaleco salvavidas ya no está. ANCIANA permanece en la misma posición de siempre frente al ordenador, con la única diferencia de que ahora luce otro batín. MARINERO, ataviado con unos pantalones de pana, camisa de franela con estampado campestre, y chaqueta también de pana con coderas, todo ello de una talla evidentemente mayor a la suya, se encuentra de espaldas al público con la mirada fija en el cuadro que cuelga en la parte central del fondo)

MARINERO
Oiga, llevo días observándolo y no logro verle la gracia. ¿Qué es exactamente este círculo?

ANCIANA
Un túnel. ¿No te gusta?

MARINERO
Es feo. Aburrido.

ANCIANA
Y sin embargo tú vives ahí dentro. Todos lo hacemos.

MARINERO
¿Ya está otra vez con sus locuras? Si viera usted mi país, sus imponentes ciudades llenas de rascacielos... Eso sí que es digno de ser pintando.

ANCIANA
No hay nada más importante que el túnel ni en tu vida ni en la de nadie. Convertirlo en un simple recuerdo es la mayor obra a la que se puede aspirar. ¿Es que acaso no lo ves?

MARINERO
No lo sé, yo lo único que veo es el lugar por el que meter una carretera o una vía de tren.

ANCIANA
Es mucho más que eso. Algunos ven el túnel como una línea recta cuya función es conectar dos puntos, otros lo ven como un camino circular que no tiene ni comienzo ni final, pero lo importante es que sin un Yo para recorrerlo, el túnel es simplemente un agujero negro pintado en un lienzo.

MARINERO
¿A qué se refiere?

ANCIANA
A que si lo recorres tú solo, únicamente es un gran pasillo por el que se desliza una pequeña mota de polvo. Estarás dentro del túnel. Él te contendrá. Pero si entramos todos juntos, todos a la vez, lo llenaremos, y fundiéndonos en uno lo rebosaremos haciéndolo por fin reventar.

MARINERO
No lo entiendo.

ANCIANA
El túnel puede ser cerrado. Puede ser sólo el recuerdo de un tiempo atroz, colgado de un marco en una sala de estar cualquiera.

MARINERO
¿Pero qué es el túnel exactamente?

ANCIANA
Está claro, la existencia según la conocemos.

MARINERO
Sigue sin convencerme. No me gustan los cuadros donde no salen personas: Escenas de caza, batallas navales, retratos de líderes invictos...

ANCIANA
Carne.

(MARINERO se sienta en el sofá con los brazos cruzados y rostro de indignación)

MARINERO
Empiezo a estar cansado de los disparates de esta loca. No sé cómo puedo seguir aguantándola.

ANCIANA
¿Por qué no pintas tu propio rostro? Dale la vuelta a la tela. En la buhardilla tengo algunos oleos. Quizá eso te satisfaga.

MARINERO
Sí, puede que lo haga. Le dará un aire más alegre a esta habitación.

ANCIANA
Eso es seguro.

MARINERO
¿Sabe? Yo no soy un estudioso, pero pienso que el arte debería ser hermoso y no estas rarezas.

ANCIANA
Cuando no se quiere cambiar nada, lo mejor es deleitarse con la belleza que nos sea permitida. De hecho tienes mucha razón: ¡Quita ese cuadro ahora mismo! ¡Hace mucho tiempo que perdió su sentido para mí!

MARINERO
¿Qué más le da si no aparta la cara de esa pantalla? Ese sí que es realmente su mundo. ¡Ahí es donde vive usted!

ANCIANA
Sigues sin entender nada. Al menos ya no hablas de cambiar el mundo. Ese viejo traje te hacía mucha falta.

(Desde el foro derecho suena el claxon de un camión)

MARINERO
Otro más. ¿Pero es que no van a parar nunca?

ANCIANA
Pon de nuevo esa vieja canción.

MARINERO
¡No! ¡No pienso ponerla! ¡Basta ya! ¿A dónde nos lleva todo esto?

(MARINERO se levanta del sofá y va hasta la puerta derecha, mirando a través de su ventanita)

MARINERO
Ahí siguen esos soldados. Plantados como piezas de ajedrez en una partida que nunca acaba.

(MARINERO va hasta el cuadro y lo descuelga, y dándole la vuelta lo deja apoyado contra la pared tal y como estaba en el acto anterior. Luego deambula por la estancia con signos de gran ansiedad)

MARINERO
(Estallando)
Nunca acaba... ¿Es que nunca acaba?

ANCIANA
¿Qué más da? Siempre hay una en marcha.

MARINERO
Pero a mí me interesa esta... ¡La mía!

(MARINERO va corriendo hasta ANCIANA, la cual no parece inmutarse)

MARINERO
¡Déjeme el ordenador! Tengo que ver si ya ganamos; si se firmó la paz; si ya puedo regresar.

ANCIANA
¿Regresar a dónde?

MARINERO
¡Vieja loca, no me venga más con sus acertijos!

(MARINERO empuja a ANCIANA de la silla con suma violencia, la cual al caer al suelo se golpea la cabeza, y comienza a sangrar por una pequeña brecha. MARINERO se sienta y consulta las noticias en el ordenador)

MARINERO
¿Cómo es posible? ¿Armisticio? ¿Fin de las hostilidades?

(ANCIANA se levanta temblorosa, y sacando un pañuelo del batín se cubre la herida. Luego con gran dificultad camina hacia el tocadiscos)

MARINERO
¿Pero es cierto lo que dice aquí? ¿Por qué no me lo contó?

(ANCIANA comienza a ojear los vinilos buscando uno en concreto. MARINERO se levanta y va hacia ella, arrancándole los discos de la mano y tirándolos al suelo)

MARINERO
(Furioso)
¡Usted lo sabía y me lo ocultó todo este tiempo! Me ha retenido aquí como a un...

ANCIANA
(Plantándole cara con determinación)
No, has sido tú el que te has manteniendo atrapado.

MARINERO
¿Cómo no iba a hacerlo con todos esos soldados ahí fuera?

(MARINERO va hacia la puerta de la derecha)

MARINERO
Me dijo que usted nunca mentía. ¿Por qué no me lo dijo?

ANCIANA
No lo preguntaste. No lo querías saber.

MARINERO
¿Por qué no iba a querer saberlo?

ANCIANA
Porque ahora te tienes que ir.

(MARINERO mira por la ventana de la puerta)

MARINERO
Hay algo... Hay algo que no entiendo: ¿Por qué siguen esos soldados ahí fuera si todo terminó?

ANCIANA
Como bien dices, no me gusta mentir, y no lo haré: Esos soldados no vigilan la isla del enemigo, de sus aviones y sus barcos, como el tuyo que hace tanto se hundió aquí, tan lejos de todo, si no que me vigilan a mí, para que no salga de esta casa ni nadie sepa que estoy en ella.

MARINERO
¿Por qué iban a hacer eso?

ANCIANA
Porque soy una persona muy peligrosa para ellos.

MARINERO
Lo que es usted es una loca, y punto.

ANCIANA
Está bien. Ni siquiera esto quieres saber...

MARINERO
(Parodiando con el tono y los gestos)
Claro, claro... Tiene usted tanto poder que necesita un regimiento entero para retenerla, ¿verdad?

ANCIANA
Si yo no estuviera aquí prisionera, ellos perderían todo lo que tienen.

MARINERO
¿Es que es una especie de hechicera? Eso me encajaría.

ANCIANA
No digas tonterías. Yo... Yo era... Bueno, soy... Soy la presidenta de este país.

MARINERO
(Carcajeándose)
¡Lo que hay que oír!

ANCIANA
Tú eras muy joven cuando todo esto empezó. Yo estuve años luchando por sacar adelante un proyecto para una nueva sociedad. Una sociedad más justa.

MARINERO
¿Pero qué dice, señora? ¡Si su país es lo peor que ha existido!

ANCIANA
Y el tuyo. Y todos... Yo pretendía hacer realidad un sistema formado por todos y cada uno de los individuos dados de la mano, preocupándose únicamente por el bien estar de quien tienen a su derecha e izquierda, sin pensar en ellos mismos, pues de ellos se ocupan los de su derecha e izquierda. Así de sencillo. Un círculo. Una cadena irrompible en la que todos conectados impiden que otro sufra, y por lo tanto que suceda todo eso que entendemos por el Mal. Aunque esta es la idea abstracta, y te pueda parecer absurda e imposible porque el hombre siempre ha sido un eslabón suelto, ignorante de sus capacidades para unirse al resto, las medidas para esa sociedad son posibles, y me llevó años diseñarlas. Un mundo nuevo en el que creía y se cobró toda mi vida, mi marido, mis amistades, todo. Ese es el mundo mejor que querías y del que tanto hablabas sin saber su significado, pues si no se sustenta en un verdadero conocimiento, innegable, carece de todo significado. He intentado hacer que comprendas a lo que me refiero sin decírtelo, pues tú ya lo sabes, y que yo te lo exponga no sirve de nada porque eso sería tratar de convencerte, y eres tú el que debe aceptar la verdad que todos conocemos, sin necesidad de revelación alguna. Eso es lo que pensaba que hacíamos en este país, y así, cuando tuve todo listo, me dispuse a iniciar las reformas: Mi primera medida fue la eliminación del dinero, pues todos íbamos a dárnoslo todo sin pedir nada a cambio. ¡Que ilusa fui! Al día siguiente ya me encontraba aquí. Estuve tan cerca de hacer algo...

MARINERO
¡Entonces es usted una de esas personas locas que quieren destruirlo todo!

ANCIANA
Soy una de esas personas locas que viendo el Mal y el Bien no lo niegan para protegerse, ni con dogmas ni con teorías, y que aceptan que vivimos en una sola de sus caras, pero que la otra es posible.

MARINERO
¿Y por qué la mantienen aquí?

ANCIANA
Pude luchar, que mi martirio sirviera de ejemplo para otros y al final ese mundo terminara por ser posible. Sin embargo me ofrecieron la paz de este lugar, el país seguiría creyendo que yo, su pacifica líder, seguía al mando, y no se opondrían a nada, pensando que todo iba a hacerse por ellos. Agaché la cabeza para conservar lo que tenía, aunque fuera terrible, y no arriesgué con mi empeño las vidas de esos otros que también lo iban a perder si me negaba a ser un títere más. Pensé que era lo mejor. Y aun así la sangre se derramó, como siempre ha de hacerlo mientras recorramos el túnel a oscuras, solos y asustados.

(MARINERO va hasta el sofá y se sienta)

MARINERO
Creo que empiezo a comprender.

ANCIANA
Es una lástima, pues aquí termina esto de nuevo.

MARINERO
¿A qué se refiere?

ANCIANA
Te he dado todas las oportunidades de huir: Comida, vehículos, ropa e incluso un arma. Pensaba que eras un loco con ese pijama de psiquiátrico que llevabas cuando llegaste, y quise creer en tu capacidad para resolver el asunto, pero al final has demostrado no estar a la altura, traicionando mi confianza y agrediéndome. Egoísta. ¿Pero cómo no, si no conoces otra cosa? Ahora debo salir ahí fuera, avisar a los guardias y que te saquen de aquí.

MARINERO
(Levantándose de un salto del sofá)
¿Qué está diciendo? ¡No puede hacer eso! Me... ¡Me fusilarán! Ahora que conozco su secreto no podré acogerme a ningún tratado de refugiado de guerra.

(ANCIANA pasa lentamente ante el MARINERO, dirigiéndose con dificultad hacia la puerta derecha)

ANCIANA
¿No te das cuenta de que no me has dejado otra salida?

(MARINERO mira en todas direcciones desesperado sin saber qué hacer. Cuando ANCIANA alcanza el pomo de la puerta, MARINERO coge un leño, desmoronado la pirámide, y corre hasta ANCIANA para golpearla en la nuca, deteniéndose los dos en esa posición por unos instantes, sin que ella abra ni él ataque)

ANCIANA
De nuevo nada, ¿verdad?

(MARINERO duda con el brazo cargado y tembloroso, hasta que finalmente desiste de su ataque, y camina cabizbajo hasta la puerta de la izquierda)

ANCIANA
¿Vas a dejar que te entregue?

MARINERO
(Girándose muy enfadado)
¿Y qué quiere que haga?

ANCIANA
(Girándose muy enfadada)
¡Mátame y haz lo que yo no he podido hacer!

MARINERO
¿El qué?

ANCIANA
Conducir.

(ANCIANA saca del bolsillo de su batín un manojo de llaves de coches, y se lo lanza a MARINERO)

ANCIANA
¡Conducir mi propia vida!

(MARINERO y ANCIANA comienzan a llorar)

MARINERO
(Entre sollozos)
Después de todo lo que me ha dicho del Bien, y de un mundo mejor, ¿sería capaz de entregarme?

ANCIANA
Sí.

MARINERO
Entonces es usted una incoherente.

ANCIANA
Como tú. Como todos.

MARINERO
Si como usted dijo, no hay nada más loco que la incoherencia, ¿entonces es que acaso estamos todos locos?

(ANCIANA se gira sin decir nada, abre lentamente la puerta derecha y hace mutis, dejando la misma entreabierta. MARINERO, visiblemente descompuesto, deja caer el tronco cerca de la chimenea y se dirige hacia el sofá, pero antes de poder sentarse, cae de rodillas ante el mismo, y arranca el cojín del asiento derecho en un gesto de rabia, quedando este en el suelo. Llora con la cabeza apoyada en el otro cojín)

Escena II

(Por la puerta derecha entra ANCIANA, y señala con el dedo a MARINERO, tras lo cual entra SOLDADO UNO, que al contemplar la situación, echa mano de su rifle para cargarlo y apuntar, pero invadido por las dudas finalmente no lo hace, quedando paralizado ante la puerta aún abierta. ANCIANA se aleja no queriendo mirar, con gran arrepentimiento, y hace mutis por la puerta de la cocina. SOLDADO UNO va cauteloso hacia MARINERO, como quien se acerca a una bestia herida)

SOLDADO UNO
Oye... No llores.

(MARINERO levanta la vista, y al ver al soldado se pone en pie de un salto y corre rodeando el sofá tratando de huir)

SOLDADO UNO
Tranquilo...

MARINERO
¡Aléjate de mí, monstruo! ¡Yo nunca he hecho mal a nadie! ¡No merezco esto!

SOLDADO UNO
(Dejando el rifle sobre el sofá con gesto tranquilizador)
Dime, amigo: ¿Quién eres?

MARINERO
¿Que quién soy? ¡Pues soy cualquiera!

SOLDADO UNO
¿Y qué haces aquí?

MARINERO
¿Que qué hago? Hago lo que todos, tratar de encontrar el camino de vuelta.

SOLDADO UNO
Está bien. No debes temer.

MARINERO
¿No vas a matarme?

SOLDADO UNO
¿Por qué iba a hacerlo?

MARINERO
Porque soy tu enemigo.

SOLDADO UNO
No más que cualquier otro.

MARINERO
Ni menos.

SOLDADO UNO
(Melancólico)
Así es. Ni menos.

(MARINERO y SOLDADO UNO permanecen unos instantes mirándose en silencio. SOLDADO UNO comienza a rodear lentamente el sofá por la parte izquierda, y MARINERO le imita, saliendo por la parte derecha e invirtiendo sus posiciones cada uno a un lado del mueble. SOLDADO UNO

ve el cuadro apoyado en el suelo, y dando la espalda al MARINERO, coge el lienzo y lo gira para poder observar la pintura, la cual levanta, quedando el círculo negro a la altura de su cabeza)

SOLDADO UNO
¡Vaya, magnífica obra! ¿Qué querrá decir?

(MARINERO coge el rifle del sofá y apunta a la cabeza del soldado como si fuera una diana)

SOLDADO UNO
Ojalá estuviera aprovechando mi juventud para hacer algo así, y no participando en este juego absurdo.

(MARINERO se desmorona al escuchar las palabras del soldado. Deja el rifle en el sofá y corre hasta la puerta derecha. SOLDADO UNO deja el cuadro en el suelo dado la vuelta tal y como estaba, y se gira apresuradamente)

SOLDADO UNO
¿A dónde vas?

(MARINERO permanece rígido en silencio ante la puerta abierta)

SOLDADO UNO
Tienes demasiado miedo. Eso te impide escuchar a los que te quieren ayudar. Eso te impide escucharte a ti mismo para poder conocerte. Que salgas por esa puerta, o por cualquier otra, no va a solucionar nada.

(SOLDADO UNO va hasta el centro de la escena. MARINERO, se gira para mirarlo y camina despacio a su encuentro)

MARINERO
(Señalando)
Mira esta ropa, esta casa... Sabes tan bien como yo que me juzgarán como espía y me ejecutarán.

SOLDADO UNO
No tiene por qué. Quizá las cosas cambien en el gobierno de este país. Hay muchos otros que como yo...

MARINERO
Si algo he aprendido aquí es que nada cambia por sí solo, si nosotros no lo hacemos cambiar.

SOLDADO UNO
Quizá tengas razón.

(SOLDADO DOS entra por la puerta derecha sin ser visto, y se queda junto a esta de forma discreta mientras observa la escena)

SOLDADO UNO
Pero todavía recuerdo nítidas las palabras de aquel poeta, un hombre al que tuve que escoltar hasta el campo de concentración. Se sabía condenado, y lo único que le quedaba en este mundo era una mugrienta sudadera gris, y aun así me dijo: Hay una guerra en marcha, y nosotros somos las armas. Los que luchan son sombras que permanecen veladas. No podemos ser contendientes pero sí dejar de ser balas. Sin nosotros, en verdad, no pueden hacer nada.

MARINERO
(Sonriente)
Vaya.

SOLDADO UNO
Sí, amigo. Y eso es lo que yo hoy a ti te digo.

(MARINERO, con gran alegría, se aproxima a SOLDADO UNO con intención de abrazarle. Al ver este movimiento, SOLDADO DOS se lanza contra MARINERO con la culata del rifle cargada para golpearle)

MARINERO
Es increíble. Eso es justo lo que yo siempre he...

(SOLDADO DOS golpea con violencia en la nuca a MARINERO, el cual cae inconsciente)

SOLDADO UNO
(Furioso)
¿Pero qué has hecho?

SOLDADO DOS
¿Le has llamado amigo? Pues al final sí va a resultar que eres un loco.

SOLDADO UNO
(Agachándose a atender al marinero que tiene una brecha)
Sangra mucho.

SOLDADO DOS
Muchacho, no sabes el ascenso que nos espera cuando le enseñemos al sargento la captura que hemos logrado.

SOLDADO UNO
(Muy agobiado)
¡Haz algo!

(SOLDADO DOS va hasta el sofá, coge la manta que cubría el respaldo, y comienza a envolver al marinero en ella. SOLDADO UNO, perdiendo la esperanza, se levanta y se sienta abatido en el sofá)

SOLDADO DOS
Venga, que no nos pille aquí la vieja. Me da escalofríos.

(SOLDADO UNO coge el rifle con resignación y se lo pone a la espalda)

SOLDADO UNO
Sólo quiero irme a dormir y tratar de olvidarlo todo.

(SOLDADO UNO y SOLDADO DOS cogen de cada extremo la manta oscura que envuelve a MARINERO, y hacen mutis por la puerta izquierda)

Escena III

(ANCIANA, ataviada de nuevo con el batín del segundo acto, entra desde la cocina con una bandeja en sus manos, en la que lleva un plátano y una manzana intactos, unos muslos de pollo humeantes, un refresco y varias chocolatinas sin abrir. Deja la bandeja en la mesa junto al ordenador. Va hasta la puerta derecha y tras recoger el manojo de llaves del suelo, la cierra. Hace lo propio con la izquierda. A continuación va hasta el tocadiscos, coge un disco del suelo y lo pone. Comienza a sonar la canción "I will never be the same" de Django Reinhardt y Stéphane Grappelli. Finalmente va hasta la silla y comienza a ojear fotografías de coches en el ordenador durante unos largos instantes)

ANCIANA
Todo sigue igual.

TELÓN

FIN

OS ESPERO AL OTRO LADO

Personajes

Con texto:

PROTAGONISTA (Hombre o Mujer)

Sin texto:

CABALLO BLANCO
HOMBRE DESESPERADO
HOMBRE ELEGANTE
LAS CHICAS DEL LIBRO
TORERO
LOS JÓVENES DEL BOSQUE
CHICA BONDADOSA
CABALLO EN SU FORMA HUMANA
PASEANTES
MUJER DEL CALDERO
ARQUERO
CONQUISTADOR ANCIANO
SOLDADO

La acción transcurre entre un campo llano y un pinar frondoso. El tiempo es continuo, interrumpido solamente por desmayos y alucinaciones.

Nota: No hay diálogos pues el texto es un monólogo. Los personajes no pueden emitir ni percibir sonido alguno.

Acto primero

Escena I

(PROTAGONISTA, yace bajo un árbol en completa oscuridad. Viste típico atuendo de peregrinación del Camino de Santiago)

PROTAGONISTA

Hormigas. Sueño con hormigas que desfilan. Sin dudas, sin ideales, pero vivas. Más vivas que yo, que me pierdo en las palabras, en el pasado y en el futuro, en el "si quiero" y en el "si debería". Hormigas que desfilan. Vivas. Aunque sea sólo un instante, a ras de suelo, sin saber nada del mundo que tienen encima. ¿Pero acaso yo lo sé? ¿Yo, que no puedo reconocer si esto que ahora siento es lastima o envidia? Voy con ellas hasta la entrada del hormiguero y en su agujero estrecho penetro. Penetro. Penetro... Oscuridad. Silencio.

(Amanece en el campo llano. Paisaje árido. En el centro un árbol practicable de ancho tronco y sin hojas. El cielo es gris. Un leve sonido de viento sideral de fondo)

Y de pronto la luz del cielo. Mis párpados se despegan y poco a poco despierto. Las nubes se deslizan tras la red que dibujan las ramas en el firmamento. Desde aquí abajo es lo único que veo… Bostezo, y aunque la hierba refresca mi cuerpo, aun no logro entenderlo. ¿Qué hago aquí? ¿Dónde está mi aposento? ¿Dónde el mundo que acostumbro a ver cuándo de los sueños regreso? Pero el olor del campo me devuelve a este momento. Estoy lejos de casa, es cierto. En El Camino. El Camino redentor… Me incorporo y miro a mi alrededor… Junto a mi mano izquierda, un bastón. Paso el dedo por la suave superficie de la vieira que clavada en su madera lleva. Recorro todos sus pliegues despacio hasta hacer arder mis yemas. De pronto necesito ese calor… ¿Dónde están mis compañeros de peregrinación?

(PROTAGONISTA se pone en pie e inspecciona la zona)

Pero apenas basta un vistazo para confirmar mi temor: Me he perdido en esta tierra que ahora luce sin color. Respiro y por ahora logro controlar el temblor… Entonces llega lo peor… Compruebo con horror que mis pisadas sobre la arena no suenan. ¡No suenan! Por fin entiendo esta extraña atmosfera que me rodea: No puedo escuchar nada por mucho que quiera. Ni mi saliva al tragar, ni el aire mientras mis pulmones llena. Nada… Las lágrimas mi vista empañan, y por primera vez echo en falta el sonido de mi corazón que quizá ya no lata… No entiendo lo que pasa… ¿Es acaso esta la peor de las resacas? Aunque no tengo imagen alguna de la noche pasada, sé quién puede recordármela… En mis bolsillos busco el mapa. Más, están vacíos. No puedo hallarlo. Sin embargo el plan parece claro… Iré al albergue más cercano. Bien a prisa he de encontrarlo. Allí los otros peregrinos me estarán esperando, y comprenderán que por culpa del vino me he extraviado.

Escena II

(PROTAGONISTA, HOMBRE DESESPERADO)

Sin rumbo ando… Sufro pensando que quizá no vuelva a escuchar a Django. La guitarra de Reinhardt el gitano. Esa que siempre me ha acompañado… Contemplo con miedo el paraje más desolado en el que jamás mis pies se hayan posado… ¿Por qué habré venido aquí? ¿Quién me habrá mandado?

(Entra HOMBRE DESESPERADO y se abalanza contra PROTAGONISTA)

Miro al cielo mientras clamo, pero de pronto unas manos. Un hombre me agarra. Está desesperado. Se toca el cuello mientras intenta decir algo. Creo que está, al igual que yo, de todo sonido aislado… Pero de ser así... ¡No es cosa del vino mi estado! ¿Es este un mal que a todos ha afectado? Eso parece… Me separo del hombre mientras se retuerce. Gesticula con la boca pero no comprende que no puede hablar por mucho que lo intente… Aquí de nada sirven las palabras…

(PROTAGONISTA se zafa de HOMBRE DESESPERADO sin siquiera apenas mirarlo. Este queda al fondo y hace mutis todavía enloquecido)

Escena III

(PROTAGONISTA, CABALLO BLANCO)

Entre estos grises campos gasto la mañana… Ya no temo a esta atmosfera extraña, pues ahora sé que no es sólo mía la carga… Incluso creo que poco a poco este silencio me agrada… Sí… Olvido las ciudades. Las preocupaciones mundanas. Todo lo que significa algo para la raza humana. Soy sólo un animal que vaga… Pero aquí todo luce igual. Todo me cansa. Parece que en vez de real es un chiste. Recorro los campos de un reino que no existe… La tranquilidad me invade y aun así... Aun así estoy triste… Necesito regresar a la vida de la que escapar quise… Busco la salida… De poco sirve… Entonces, en la distancia, un caballo firme… Es blanco.
Un caballo blanco… El más hermoso que nadie jamás haya imaginado…

(Entra CABALLO BLANCO)

Se acerca… Yo sólo quiero acariciarlo, pues es el único ser que en esta tierra he amado.
(Vuelve la oscuridad)

Pero cuando creo que mis dedos van a tocarlo, una sombra me cubre y recuerdo algo: Una puerta. Yo la abro. Mis compañeros de viaje quedan fuera reposando. Ellos beben de una fuente, pero yo avanzo, avanzo. Veo el templo antiguo en el que estoy entrando. Me giro y exclamo: ¡Os espero al otro lado! Cesan las imágenes y caigo. La hierba recibe mi cuerpo. Pierdo el sentido en el acto.

Escena IV

(PROTAGONISTA, LAS CHICAS DEL LIBRO, HOMBRE ELEGANTE)

(De nuevo se ilumina la escena)

Despierto en el lugar donde antes estaba el caballo, mas no queda ya aquí nada que pueda atestiguarlo. Busco huellas de sus cascos. Inspecciono por todo el barro… Ni rastro… Quizá vino y se fue flotando… Continúo aun sin rumbo entre el polvo vagando mientras trato de entender el porqué de mi desmayo… Pronto otra reflexión de mí se ha apoderado: Me avergüenza haberme perdido, no saber dónde me hallo, pero creo que en verdad no hay salida de este campo. ¿Acaso estoy en un laberinto? ¿Quizá en círculos ando? Yo, que tan capaz me creía, estoy demostrando, que de entre vencedores y vencidos, soy del segundo bando… Si no consigo volver, nunca podré perdonármelo… Pero mi atención regresa a la realidad de inmediato.

(Entran LAS CHICAS DEL LIBRO, ambas jóvenes de aspecto colegial, y tras ellas HOMBRE ELEGANTE, el cual viste con americana, camisa y corbata al modo ejecutivo, y con sandalias, falda y espada propios de legionario romano. PROTAGONISTA se agacha y observa desde una esquina)

Tras comprender que nada he avanzado, veo allá cerca del árbol, dos siluetas femeninas el horizonte cortando… ¡Alguien las sigue! Sí… Es una escena terrible… Tropiezan. Hay un forcejeo, pero ellas resisten… ¿Qué he de hacer, ir allá e inmiscuirme? ¿Pero cómo ayudar a otros en mi estado de despiste, si a buen seguro sea yo quien la ayuda necesite?

(LAS CHICAS DEL LIBRO tiran del manuscrito por el cual forcejean hasta recuperarlo, y corren a esconderse tras el árbol. HOMBRE ELEGANTE se arrodilla suplicando. PROTAGONISTA se aproxima a este con paso delicado)

Escena V

(PROTAGONISTA, HOMBRE ELEGANTE)

Por fin veo al hombre que en su persecución insiste… Parece muy respetable, pues traje de funcionario viste… Creo que quiere arrestarlas, aunque más bien las suplique. Los brazos abiertos en cruz: Más sumiso imposible. Grita con fuerza aun sabiendo que eso de nada sirve. Ellas corren de la mano, con cara de que el hombre no existe, como si por no mirarle, este fuera a diluirse… Y mientras digo esto, aunque parezca increíble, cae el hombre al suelo con cara de estar por morirse… Con sigilo paso a su lado mientras se retuerce y gime. La mirada tiene perdida mientras los ojos se le derriten… Me tapo la boca. Raro será que no vomite… ¿Qué clase de cruel penitencia es aquella que permite que alguien quede ciego y sordo en esta tierra horrible? Una duda me embiste: ¿Dónde está Sol? Me distraigo y el hombre me agarra del pantalón. Suplica. Suplica. Quiere un poco de atención. No tengo fuerza para zafarme, asique sin más opción, me agacho junto a él. Espero su reacción… Con el dedo sobre la arena dibuja un gran portón, las dos chicas, y un libro cuya cubierta es un corazón… Me indica que la puerta conecta con el mundo exterior, y que el libro es una guía para hallar su localización… El libro es dibujado en manos de las muchachas… Enseguida comprendo que era lo que el hombre buscaba… Pongo mi mirada en el árbol tras el cual se ocultan ambas. Pienso en el libro que es clave para salir de esta encrucijada… Sé que con presteza tengo que atraparlas… Abandono pues al hombre a su suerte amarga.

(PROTAGONISTA deja su bastón de peregrinación al HOMBRE ELEGANTE)

Escena VI

(PROTAGONISTA, LAS CHICAS DEL LIBRO)

(PROTAGONISTA va sigilosamente hasta el árbol y mira tras él, allá donde están las chicas. En ese momento, estas salen por el otro lado del tronco, y jugando a rodearlo, esquivan a PROTAGONISTA un par de veces. HOMBRE ELEGANTE hace mutis arrastrándose penosamente)

Este juego empieza a ser una broma pesada…

(PROTAGONISTA vuelve detrás del tronco y en ese momento LAS CHICAS DEL LIBRO salen y se paran ante el árbol, pero en vez de continuar la rutina, cargan un palo con el cual golpean en la cara a PROTAGONISTA según sale por el lado por el que ellas acaban de aparecer. Tras el ataque, LAS CHICAS DEL LIBRO hacen mutis a la carrera)

Para acabar con mi salvación sólo un palo ha hecho falta. Un trozo de recia madera, que en sus manos era un arma. ¡He caído en la emboscada! Mi nariz sangra. Sangra. Y yo de nuevo me desvanezco… Y los recuerdos me asaltan.

(Vuelve la oscuridad)

El porqué vine aquí a olvidar que hice cosas muy malas. El olor de las hormigas, todas ellas chamuscadas. Imágenes que ya no importan. Sólo en mi mente aún se guardan, pues del hormiguero no dejé siquiera las cenizas intactas… Aún recuerdo las llamas. Aun mis manos vida dándolas.

Escena VII

(PROTAGONISTA, TORERO)

(De nuevo la luz)

Vuelvo… Mis ojos hinchados. La sangre aún me empapa. He perdido el libro, pero he ganado esperanza… Ahora sé que he de poner mi empeño en hallar la puerta anunciada. Con eso me basta… Voy pues a por ello… Pero no… Mi cuerpo molido ha cedido al dolor… No puedo levantarme para emprender mi misión… Me arrastro. Me arrastro. Voy de mal en peor… De pronto ante mis ojos, los zapatos de un matador… Levanto la vista… Un traje de luces roído me recuerda que he de encontrar mi destino en esta tierra costumbrista… Saludo sin saber si hay un protocolo, pues aunque turista, hago ver que limé en mi toda arista de regionalismo zafio o falta de decoro… Mis maneras deben ser las correctas, pues el torero con gesto amable me levanta, y aun sin poder hacer uso de su garganta, se presenta… Un amplia reverencia… Yo le imito con torpeza, más despliego todo mi encanto para ganarme a quien me impone tanto. Él asiente con la cabeza… Nuestra posible amistad ya es certeza.

Escena VIII

(PROTAGONISTA, TORERO, CABALLO BLANCO)

(TORERO ayuda a caminar a PROTAGONISTA)

Caminamos por el árido campo. Voy con él sin por un momento haber recordado que encontrar la puerta me había jurado. Me ha hipnotizado… Siento impulsos de revelárselo, pero él se me ha adelantado…

(TORERO indica a PROTAGONISTA que se agache y ambos lo hacen. Desde la esquina donde están, miran hacia el otro lado de la escena por donde aparece CABALLO BLANCO)

Escondidos en la distancia me señala al caballo, luego en la arena dibuja una puerta, y para mi sorpresa, hombres chocando contra ella, pero un equino pasando… Mi nuevo amigo me revela lo que no había imaginado: El único que conoce la salida es ese ser inmaculado… El caballo blanco… El caballo blanco… Creo que quiere decirme que debemos cabalgarlo… Gesticula muy deprisa, pero está bastante claro… Me entusiasma la idea, más lo quiero de inmediato… Tiro de él instándole a iniciar el asalto… Pero firme me detiene: No podemos acercarnos… Veo pues que él también ha sufrido los desmayos… Es esquivo el equino. Será duro poder montarlo… Me estrujo lo sesos pensando un plan para bien lograrlo… El torero me pide calma con un gesto suave de mano…

(Sale CABALLO BLANCO sin haberse llegado a detener)

Escena IX

(PROTAGONISTA, TORERO)

Mi cuerpo apaleado… Mi mente agotada… Sólo tengo un pensamiento: Que termine la jornada… Elegimos una grieta que la tierra profunda horada, para que esta noche nos guarde y sirva de morada…

(Se disponen a pasar la noche)

¡Aunque de lobos, por fin una cama! El duro suelo deforma mi espalda, pero aun así... Aun así por ella pagaba. Y entonces recuerdo otro drama: Mis tripas vacías que braman… Pero el torero que escucha de estas la llamada, descubre lo que en su chaquetilla hasta ahora guardaba… Ante mí los restos de una hermosa hogaza. El olor del pan. La saliva que mi boca empapa… Desprende mi amigo de esta una grácil migaja. Me la entrega generoso sin por ella pedirme nada. Él toma otra, y la cena así acaba… El gris del día se apaga y deja paso al sueño…

(Vuelve la oscuridad)

Con el pan bajo el brazo duerme en paz su dueño, pues tal y como yo creo, de dejarlo cerca del suelo, las hormigas ni un minuto tardarían en bien comerlo… Hormigas en mi mente. Hormigas en mis recuerdos. Hormigas desfilando. Llorando. Ardiendo.

Escena X

(PROTAGONISTA, TORERO)

(De nuevo la luz. Ambos se levantan)

Despierto… El torero no pierde el tiempo… ¡Y yo que me alegro! Quiero volver al mundo. Al mundo que entiendo… Pronto estamos bajo un árbol, el único en este prado desierto… Al pasar bajo sus ramas mi amigo me detiene en seco… Con gran maña en la arena dibuja un panadero, en las manos de este una hogaza. Le da media al torero. Luego el caballo que lleva sobre sus lomos al primero, hasta la puerta le guía: Ya no es más prisionero… Como ve que la historia entiendo, se yergue y muy serio me observa. Solemne y con gran ceremonia de su hogaza la mitad me entrega… Me indica que espere en el árbol y que por nada me mueva… Que cuando llegue el caballo le tienda el pan como ofrenda, y que este agradecido me ha de llevar a fuera… Se me saltan las lágrimas. ¡Mi amigo me libera! ¡Me libera! ¿Cómo pagarle este gesto si su bondad nadie supera?

(PROTAGONISTA abraza a TORERO, el cual se despide haciendo que se va. PROTAGONISTA mira hacia el otro lado reflexionando y TORERO aprovecha para volver sobre sus pasos en silencio y subirse al árbol)

Ahora debo hacer mi parte, pues la lección aprendida queda.

Escena XI

(PROTAGONISTA, CABALLO BLANCO, TORERO)

(Entra CABALLO BLANCO con paso lento)

Espero con paciencia… El caballo por fin llega… Mis tripas no verán el pan, más el pago merece la pena… El corcel reclama su tasa. No hay desmayo en la escena. De mis manos come con calma, pero a ningún lado me lleva… Algo falla.

(TORERO se deja ver encima del árbol)

Entonces una rama… El crujido a mi amigo delata, que escondido cual rata, sobre nosotros tiende su trampa… Va a lanzarse sobre el corcel. ¡Ya casi salta! Y así descubro que su altruismo era parte de una gran farsa. Todo mentira. Todo fachada. Sólo fui el cebo para comprobar si la ofrenda funcionaba, y al ver que ese método a nada llevaba, se dispone a acceder a él por la única vía de entrada: Caer del cielo y montarle aprovechando la confusión creada…

(La luz se va haciendo cada vez más tenue)

Me aparto del caballo pues ya llega el vil desmayo. De mis ojos no puedo evitar el empaño mientras corro hacia el grueso tallo. He de detener al torero para que no complete su engaño. Sí, así lo hago, pero a mí al rededor todo está ya nublado… Me apoyo penosamente en el tronco. Intento bien escalarlo… Pero caigo. Caigo. Caigo.

(Queda todo en completa oscuridad)

Escena XII

(PROTAGONISTA, TORERO tendido boca arriba y sangrando donde antes estaba el caballo, CABALLO BLANCO en una esquina pastando)

(Vuelve la luz)

Mis dientes rechinan pues pienso que su treta ha de haber funcionado, mas con la calma devuelta, rodeo el árbol para tener ángulo, y donde pensé que ya a nadie vería, hallo al torero sangrando… Debió saltar presto, pero el equino al punto ha volado, pues con el duro suelo sus huesos merecidamente han dado… Estampado. Todo el respeto que le tuve, esfumado… La sangre que su cara cubre: Justo resultado… Le observo ahí tirado y no es más que un mal saco. Sus piernas, dobladas. Su cuerpo... ¡Tan flaco! Es digno el espectáculo, tanto, que no me contengo al reírme, y aunque sé que debería asistirle, le abandono en el estado que con sus malas artes se ha buscado…

(PROTAGONISTA coge el pan y va hacia la esquina donde está CABALLO BLANCO)

No marcho sin antes de su chaqueta haberle arrebatado lo que queda de la hogaza que del panadero fue regalo, y al cual yendo libre de subterfugios, pues era hombre honrado, sin problema alguno bien le sirvió de pago. Ahora comprendo que para acceder al caballo hay que creer en él y de corazón adorarlo. Ese fue del torero el mayor fallo: Su falta de fe. ¿Cómo no condenarlo?

Escena XIII

(PROTAGONISTA, CABALLO BLANCO)

Con creencia resuelta hacia el animal me lanzo… Los brazos extendidos. Su boca con mi ofrenda alcanzo. Pero lejos de liberarme, me entrega al desmayo.

(De nuevo la oscuridad)

No entiendo por qué mi fe no ha bastado, más de nuevo en mis sueños a la puerta he llegado. Mis compañeros, ahora con rostro distorsionado, y yo pronunciando: ¡Os espero al otro lado!

Escena XIV

(PROTAGONISTA, CABALLO BLANCO)

(Vuelve la luz)

Regreso al gris campo. Aún no he escapado… ¿Y el caballo? A mi lado… Pasta como si en verdad nada hubiera pasado… Me tiene aquí en secuestro, y él, tan ufano… Un impulso me implora que me haga con un palo, y que lo use para dejar claro lo que valgo como persona… Mas es empeño vano. Bien sabe el equino que no puedo tocarlo… ¿Por qué me abandona si con devoción llegué a venerarlo? ¡Mal desengaño! Pues pronto siento de nuevo la misma decepción que me trajo el torero… La rabia me invade, pero me contengo… Miro al caballo y su saña no creo… Si es cruel el custodio, ¿cómo no ha de serlo el prisionero? ¿Quién podrá pues primero dejar de lado su odio?

(Una flecha surge en escena y cae entre CABALLO BLANCO y PROTAGONISTA)

¡Salir de aquí es perentorio! Pues una flecha a mi lado ha caído. ¡Los poderes del caballo mal he medido! Y es que mi enfado es notorio… Me expulsa… Y yo corro. Corro…

(PROTAGONISTA hace mutis por el foro)

TELÓN

Acto segundo

Escena I

(PROTAGONISTA, LOS JÓVENES DEL BOSQUE)

(Entra PROTAGONISTA, ahora en un pinar frondoso. En escena un pino practicable a derecha y otro a izquierda. En segundo término una línea de matorrales a media altura que va de lado a lado cubriendo todo el frontal, y tras estos, otros dos pinos practicables al fondo, más centrados pero medio cubiertos por los primeros en perspectiva y que comunican con los foros. El cielo es gris. El sonido del viento sideral se ha intensificado)

PROTAGONISTA

En las sombras de este pinar por ahora me guarezco. Aun no sé dónde me hallo, más otra duda es mi tormento. ¿Por qué a mí? ¿Es que acaso esto merezco? Yo que vine a hacer El Camino… Yo que del Mal he huido… ¿Por querer ser mejor me he perdido? ¿Por querer ser mejor se me muestra el sinsentido, y sin yo nada poder hacer, juega este conmigo?

(PROTAGONISTA dirige su mirada fuera de escena, hacia el foro izquierdo pero con cierta altura)

De bruces me he topado con un nuevo lio. ¡Destino aciago! Un grupo de jóvenes sobre un montículo elevado… Los observo preguntándome si serán buenos o malvados… Hesito. Ellos lo ven. De pronto están flotando… Las puntas de las hierbas con sus pies van rozando… Vienen hacia mí en descenso ingrávido… Son como el agua de un río que fluye rápido…

(Entran LOS JÓVENES DEL BOSQUE, cinco muchachos que suspendidos en el aire a poca altura avanzan directos y a gran velocidad hacia PROTAGONISTA que con terror retrocede hasta caer)

De culo me caigo… Se posan en la tierra, de mi cara a un palmo… Me ofrecen un fruto extraño… No sé si aceptarlo, mas con sus miradas pétreas me están obligando… Mis tripas rugen: Sea lo que sea no puedo rechazarlo… Cojo lo que me tienden, y sin pensarlo, me lo trago… Caigo en profundo letargo…

(PROTAGONISTA se desploma. Oscuridad. Una pausa)

¡Pero de pronto estallo!

(Las luces empiezan a parpadear. Flashazos estroboscópicos. PROTAGONISTA y LOS JÓVENES DEL BOSQUE danzan extasiados por la droga. El sombrero de peregrinación de PROTAGONISTA pasa de mano en mano y cabeza en cabeza, hasta terminar por desaparecer de escena)

Todo mi cuerpo convulsiona y sin poder evitarlo, bailo. Bailo. Bailo… A través de esta silente danza olvido la pena que traigo, pues ya sólo importan mis pies: ¡Bella música van dibujando! Notas mudas en el barro. Notas inventadas que sin embargo son ahora mi realidad… ¡Qué libertad no pensar! ¡Qué libertad dejarse llevar! ¡Qué libertad al fin y al cabo no ser libre de verdad! El grupo me ha de guiar. La droga, manejar. Es infinitamente más placentero que caminar en soledad; que tener que entender; que luchar por crear.

(LOS JÓVENES DEL BOSQUE danzan con tal ímpetu que comienzan a desplomarse agotados. PROTAGONISTA hace lo propio)

Pronto pasa lo que ha de pasar, y encontramos así el fondo de la descendiente espiral… Despojos somos. Sólo eso.

Escena II

(PROTAGONISTA, LOS JÓVENES DEL BOSQUE, CHICA BONDADOSA)

(PROTAGONISTA y LOS JÓVENES DEL BOSQUE se arrastran y retuercen penosamente. Entra CHICA BONDADOSA portando cantimploras y mantas)

Surge entonces una muchacha que viene a salvar nuestros huesos… Trae mantas, abrazos y besos, para los que de su negación son presos.

(CHICA BONDADOSA atiende a LOS JÓVENES DEL BOSQUE y PROTAGONISTA. Acaba dando el agua de su propia cantimplora a los convalecientes, los cuales la tratan de modo vejatorio)

Para ella en su entrega no hay idea de exceso: Su propia agua nos cede. ¡Bien vale en oro su peso! Mas su corazón que es inmenso, ¿qué recibe a cambio? Ni un gesto amable. Sólo escarnio. ¿Y cómo reacciona ante tal agravio? Su amor no merma sino lo contrario. Confirma que sus cuidados son del todo necesarios.

(Anochece quedando todo en penumbra. LOS JÓVENES DEL BOSQUE duermen. PROTAGONISTA finge que también lo hace, pero sigue a CHICA BONDADOSA, la cual se aparta del grupo para llorar sobre un pañuelo de tela)

Ella mantiene el rebaño… Ella es poderosa… Pero las sombras la liberan de su misión azarosa. Por unos instantes es frágil, y yo entiendo su carga gloriosa.

(CHICA BONDADOSA vuelve con el grupo que duerme, dejando tirado en el suelo su pañuelo. PROTAGONISTA abandona el sigilo y va hasta la tela, la cual coge con gran delicadeza y devoción)

Esta tela lacrimosa contiene la virtud que de ti rebosa. ¡Oh joven diosa! Tú que eres luz amorosa, te escondes temerosa tras un cuerpo mortal. Tan normal... No destacas deslumbrando por presencia sensual, pues tu misión es otra: En los demás pensar. Y así los has de cuidar, como siempre hiciste sin fallar. Pero entiende, oh diosa, que ellos nunca lo sabrán. Nunca palabras agradecidas de sus labios oirás, y tus lagrimas la tela de nuevo han de mojar. Esta tela lacrimosa que es tu obra magistral… Si a ti asemejarme pudiera, aunque sólo un ápice fuera...

(Vuelve la luz del día. PROTAGONISTA se guarda el pañuelo colocándolo en su cintura bajo el cordón que hace las veces de cinto para su traje de peregrinación)

Ya el día llega, y mis compañeros se disponen a vivir su vida ciega, más antes de que tomen la baya fiera, siento que he de contarles que la puerta nos espera... Dibujo con tino en la arena, pero nada quieren saber de ella... Renegados. Renegados hasta la medula, comienzan de nuevo su triste ritual.

(LOS JÓVENES DEL BOSQUE, ansiosos y en corro, reparten la droga, y extasiados comienzan a bailar. Esta vez las luces no parpadean, pues PROTAGONISTA y CHICA BONDADOSA no la toman, y permanecen en posición rígida y muy solemne observando. Cuando el ciclo se repite y LOS JÓVENES DEL BOSQUE empiezan a desfallecer, CHICA BONDADOSA y esta vez también PROTAGONISTA, los cubren con mantas y atienden)

Ahora siento que esto está mal. Comprendo el error. Los quiero ayudar... Los quiero ayudar... Los quiero ayudar... ¿Pero de qué ha de servir, si mañana será igual?

Escena III

(PROTAGONISTA, CHICA BONDADOSA, CABALLO EN SU FORMA HUMANA, CABALLO BLANCO)

(De nuevo la penumbra y todos duermen. CHICA BONDADOSA se aleja y PROTAGONISTA la acecha como la vez anterior)

Ella se aleja de nuevo, intuyo que a llorar. ¡Más aún tengo su pañuelo! Se lo he de retornar. Y aunque de mi espionaje sabrá, quizá su secreto nos una, y para que el dolor no la consuma mi compañía aceptará.

(PROTAGONISTA se dispone a descubrirse cuando entra CABALLO EN SU FORMA HUMANA por la esquina donde CHICA BONDADOSA está aparte)

¡Qué ficción tan deliciosa! ¡Pero alto! Un hombre sin ropa ha llegado. Y parece que la ha hipnotizado. ¿Ha quedado prendada de su figura musculosa? Sí. De seguro se ha enamorado. Y yo entiendo que la he perdido, pues se desnuda y de la mano del desconocido marcha sin haberlo dudado.

(CHICA BONDADOSA y CABALLO EN SU FORMA HUMANA hacen mutis)

¡Adiós amiga que nunca fue! Pero no… ¡No me resigno!... Nadie puede pararme. ¡Pienso seguirlos!

(Cuando PROTAGONISTA está a punto de salir por el foro, entra CABALLO BLANCO y casi chocan. PROTAGONISTA retrocede con evidente terror)

¿Por qué? ¿Por qué?

(Vuelve la oscuridad)

El recuerdo de la puerta. Del viejo templo. De la nada. Todo borroso. Incluso mis palabras.

Escena IV

(PROTAGONISTA, LOS JÓVENES DEL BOSQUE, CHICA BONDADOSA)

(La luz regresa. PROTAGONISTA en el suelo se recobra del desmayo. En la otra esquina, LOS JÓVENES DEL BOSQUE forman un corro en torno al cuerpo sin vida de CHICA BONDADOSA, vestida de nuevo con sus ropas, pero a la cual todavía no se ve pues estos la rodean. PROTAGONISTA se levanta y va hacia ellos)

Reunida está la compaña. Solemnes como nunca... Sin duda algo falla... ¿Por qué están tan tranquilos? ¿Han renunciado a la baya? ¿Qué observan? ¿Qué guardan?

(PROTAGONISTA se acerca a LOS JÓVENES DEL BOSQUE que le dan la espalda, y uno a uno los va girando)

Fríos. Fríos como estatuas. Más... ¡Qué horror! Sus caras deformadas por un intenso dolor. Y es que a sus pies yace muerta la muchacha.

(PROTAGONISTA señala con incredulidad hacia el foro contrario por donde salió CHICA BONDADOSA)

¡No es posible!

(PROTAGONISTA se agacha y la coge entre sus brazos)

Pero si desnuda estaba...

(Mientras PROTAGONISTA sostiene el cuerpo de CHICA BONDADOSA, uno de LOS JÓVENES DEL BOSQUE descubre el pañuelo de la chica bajo la capa de PROTAGONISTA y le señala con furia en clara acusación respecto a la muerte de esta. PROTAGONISTA se levanta y retrocede mientras cuatro de los cinco muchachos pretende iniciar una acción violenta en su contra)

¡Oh, no! ¡Lo que faltaba! ¿Creen que yo atentaría contra la única persona honrada, contra la mismísima diosa que todo por los demás daba? Grande es el error. Más en comparación mi muerte no es nada.

(El quinto de LOS JÓVENES DEL BOSQUE interviene en el último momento calmando a sus compañeros e impidiendo la agresión. Luego el mismo señala a CHICA BONDADOSA, y con gran autoridad ordena que entre todos se la lleven de allí, cosa que hacen, saliendo por el foro más cercano. PROTAGONISTA cae de rodillas con actitud abatida)

Ahí va el único Bien que en esta tierra quedaba... Y ellos portando su carne como si algo significara, ahora miran al mundo. Ahora en la desgracia... ¡Pobres infelices! Bien les pesa su

ignorancia... Pobre también el torero que tan errado estaba. Y pobre de mí que ahora sé que nunca volveré a casa... ¡Pobres de todos nosotros que el caballo aquí nos atrapa! Ya por fin entiendo quién es realmente el que manda... Sé bien que era él, más en sinuosa forma humana, quien a la chica de la mano a la puerta se llevaba. Es él quien viene a por ti. Él decide cuando te saca... ¡Pérfido caballo blanco, dime ya qué de mí demandas! Poco tengo que hacer aquí donde todo a todo amenaza. De nadie puedo fiarme. Tengo hambre y apenas esperanza. ¿Cuál es mi papel exacto en esta circense caza? Sólo contemplo una opción: Esconderme tras la zarza.

(PROTAGONISTA se oculta tras la línea de matorrales, apenas dejando visibles sus ojos)

Escena V

(PROTAGONISTA, PASEANTES, MUJER DEL CALDERO)

(PASEANTES van desfilando de foro a foro sin detenerse. En pequeños grupos o solos, pero todos ellos presentando un aspecto amenazador. PROTAGONISTA niega con la cabeza al verlos pasar. Entonces entra MUJER DEL CALDERO. Su edad es cercana a los sesenta años, lleva el pelo corto a tazón de color rubio, y viste un dirndl o traje típico bávaro. Va cargada con un caldero, una taza, platos de hierro y otros utensilios de cocina entre los que se encuentran un cucharón y un gran cuchillo. Camina muy despacio, y al llegar al centro de la escena se le caen la mayoría de los objetos. Comienza a recogerlos con evidente dificultad debido a su mal estado físico)

¡Un momento! ¿Qué es esto que siento? ¿Por fin a alguien de quien fiarme encuentro, o es acaso que me compadezco de su triste lamento? Inofensiva anciana que sin apenas aliento recoge penosamente sus cacharros y ungüentos... El calor de la infancia al verla reencuentro... ¡Y si lleva un caldero tendrá seguro alimento!

(PROTAGONISTA se incorpora y sale de detrás de los matorrales)

Me descubro y presento... Ella duda, lo entiendo. Es este un mundo extraño y turbulento. Acepta mi ayuda… Palpa mi cuerpo... De pronto su recelo es contento.

(MUJER DEL CALDERO indica a PROTAGONISTA que se siente. Prepara con entusiasmo el caldero para cocinar e indica que va al bosque a buscar algo. Corre hasta detrás de los matorrales y recoge algunas hojas mientras PROTAGONISTA espera)

Acomodo encuentro y me dispongo a esperar, mas con gusto pues por fin mi hambre voy a calmar. Y es que una miga, una miga de pan... ¡Tan sólo eso a mis tripas hasta ahora pude echar!

(LA MUJER DEL CALDERO regresa y echa hojas al recipiente. Las cocina mientras remueve con el cazo de hierro. PROTAGONISTA se frota las manos con impaciencia)

¡Me embriaga el aroma del suculento manjar!

(LA MUJER DEL CALDERO ofrece el cazo cargado de caldo a PROTAGONISTA, que con ansia bebe directamente de este)

Sorbo con tal ímpetu que me siento desmayar. Más no es esto que ahora enfrento desmayo usual, si no algo que por desgracia me resulta familiar: La privación de control que la droga suele causar.

(PROTAGONISTA se levanta y trata de caminar tambaleándose. LA MUJER DEL CALDERO observa con maliciosa satisfacción)

¿Es posible que esta mujer bien me quiera envenenar?
(PROTAGONISTA no pudiendo sostenerse en pie, se desploma. MUJER DEL CALDERO va en su dirección con el cuchillo)

No. Es aun peor. ¡Me pretende devorar! Blande su cuchillo... Ya casi me va a cortar. Pero la experiencia con las bayas me otorga cierta inmunidad, y encuentro fuerzas de la nada para su cara golpear.

(MUJER DEL CALDERO, dolorida, y viendo que su trampa no ha funcionado, huye al bosque, desapareciendo tras uno de los árboles practicables de más al fondo. El cuchillo queda abandonado y PROTAGONISTA se hace con él. Se levanta y trata de caminar dando tumbos y balbuceando mientras acuchilla al viento)

Estúpida deriva… Esto no es lo que soy… ¡Señora! ¡Señora no trate de…! O voy… Voy…

(Cae al suelo y llora. La oscuridad va cubriendo la escena)

Tal y como ardieron ayer las hormigas, en mis sueños lo hacen hoy. Hasta que mi pecado no redima, en su cárcel mental estoy.

Escena VI

(PROTAGONISTA, CABALLO BLANCO, ARQUERO)

(Vuelve la luz. En una esquina CABALLO BLANCO pasta. PROTAGONISTA despierta donde estaba y desde esa posición observa y se dirige al animal)

No buscaré alimento, ni refugio ni calor, pues todo será tormento hasta que encuentre tu perdón.

(Una flecha cae entre PROTAGONISTA y CABALLO BLANCO)

Si no puedo a ti acercarme, y huir no es una opción, aquí en paz meditando esperaré sin dolor.

(Surge una segunda flecha, la cual en esta ocasión alcanza a PROTAGONISTA mientras medita. PROTAGONISTA grita de dolor, y su alarido espanta a CABALLO BLANCO)

Me equivocaba. Cuanto me equivocaba… ¡No puedo no hacer nada!

(Entra ARQUERO. Es un hombre de buen porte, con bigote fino y cabello engominado hacia atrás. Viste una camisa negra que tiene bordado sobre el pecho el símbolo de Vítor. Sólo conserva una pierna por lo que hace uso de una muleta elaborada a partir de un palo. Lleva un arco y un carcaj con flechas. La cabeza erguida y muy solemne, y sobre esta una corona oxidada. Todo él se encuentra cubierto por una grisácea capa de polvo)

Más, ¿qué es esto? ¿No fueron las flechas del caballo tormento? ¿No son magia sino las armas de este arquero cruento?

(ARQUERO recoge la primera flecha. Luego se acerca a PROTAGONISTA, le arranca la que en el cuerpo tiene aún clavada, y apunta a su cabeza cargando esta misma en el arco)

Bien. Aquí mi final encuentro. ¡Que caiga el telón pues sin miedo lo acepto! Y es que lo único que realmente lamento es portar aún más dudas que el día de mi nacimiento.

(Permanecen en esa posición sin que nada ocurra. Cuando parece que ARQUERO va a disparar, baja el arma y se ríe burlándose. Saca una petaca, bebe y le ofrece un trago a PROTAGONISTA que permanece de rodillas ante él)

Valiente erección la del mismo momento en el que ante otro te sabes un ser superior.

(Entra CABALLO BLANCO al galope y cruza la escena. ARQUERO lo ve y trata de alcanzarle con un flechazo. PROTAGONISTA se abalanza sobre ARQUERO)

¡Inconsciente! ¿Cómo osas atacar a nuestro dueño y señor?

(PROTAGONISTA trata de impedir que siga disparando abrazándole con fuerza. ARQUERO amenaza con pegarle pero PROTAGONISTA pide calma y le indica que se agache para poder ver bien la arena donde se dispone a dibujar)

Le indico que el caballo es nuestro captor, pero ha de liberarnos. ¡Si él muere se acabó! Montarle, no cazarle. Esa es la misión.

(ARQUERO señala su pierna amputada tratando de hacer entender con gestos que él no puede cabalgar pero sí comer)

Se excusa indicando que está impedido para la acción, y que si ha de aquí quedarse yantará con fruición. Elige la violencia. Elige la persecución; la ley del más fuerte; el ciclo de la sinrazón… Será mejor que me tumbe y me funda con la mugre. Y es que la podredumbre que toda esta tierra cubre, enloquece al hombre hasta que sucumbe y por a sí salvarse de todo es capaz. Incluso de matar y comerse a quien la vida le ha de dar. Creerse condenado y por ello condenado estar.

(PROTAGONISTA se tumba y ARQUERO se va por donde salió CABALLO BLANCO)

Sí… Continúa con tu caza que yo me he de desangrar.

(Oscuridad)

Escena VII

(PROTAGONISTA, CONQUISTADOR ANCIANO, MUJER DEL CALDERO)

(Vuelve la luz)

Hormigas, ¿por qué seguís en mis sueños todavía? De nuevo aquí despierto conservando la vida. Pero la vida en este encierro no puede llamarse vida. ¡Ni siquiera morir es válido como opción de salida!

(El brazo de CONQUISTADOR ANCIANO se alza desde detrás de los matorrales, lugar donde yace prácticamente inconsciente)

¿Es una mano eso que veo? ¿Tal vez un nuevo tipo de planta? ¿Será una serpiente estirando la garganta? O quizá un enano flaco y feo… Me acerco y lo compruebo: Es un esqueleto con una endeble piel pegada. Viste una armadura de conquistador oxidada. ¿Está vivo? No lo creo... ¡Más parece que se mueve!

(PROTAGONISTA pega un salto hacia atrás. CONQUISTADOR ANCIANO se incorpora y sale de los setos avanzando despacio y como fuera de sí hacia PROTAGONISTA)

¿Es un cadáver resucitado? ¡Todo puede ser en este mundo encantado!

(CONQUISTADOR ANCIANO de detiene y cae sobre sus rodillas mientras parece que tose, y extiende el brazo pidiendo auxilio)

No. Sólo mi ayuda quiere.

(PROTAGONISTA se acerca y sostiene a CONQUISTADOR ANCIANO entre sus brazos)

Mi juicio me ha traicionado. ¡Es sólo un guerrero vetusto, y aunque grande ha sido el susto, si no le asisto morirá helado! ¿Qué puedo hacer?

(PROTAGONISTA reflexiona. Toma la determinación de desatarse el cordón de la cintura y desprenderse de sus ropas de peregrinación para cubrir con ellas a CONQUISTADOR ANCIANO. PROTAGONISTA queda con unos finos pantalones y una camiseta interior de color blanco manchada con la sangre seca del flechazo)

Esto le dará calor. Más haré algo mejor.

(PROTAGONISTA recuesta con delicadeza en el suelo a CONQUISTADOR ANCIANO, y corre hacia el árbol practicable tras el cual hizo mutis MUJER DEL CALDERO)

¡Pronto he de volver!

(PROTAGONISTA desaparece tras el árbol)

Escena VIII

(PROTAGONISTA, CONQUISTADOR ANCIANO, MUJER DEL CALDERO, CABALLO EN SU FORMA HUMANA)

(Entra CABALLO EN SU FORMA HUMANA y camina despacio y muy serio hasta CONQUISTADOR ANCIANO que yace inconsciente. Inspecciona con celo el traje de peregrinación que ahora viste el anciano. Su rostro refleja una gran alegría. De pronto percibe que alguien se acerca, y corre a ocultarse tras uno de los arboles practicables de primer término. En ese momento aparecen por el árbol de más al fondo PROTAGONISTA y MUJER DEL CALDERO. PROTAGONISTA guía y apremia a la mujer para llegar hasta el cuerpo de CONQUISTADOR ANCIANO)

Convencerla me ha costado, y aunque fiarme de ella no puedo, si cumple con el arreglo, pagaré feliz lo pactado.

(MUJER DEL CALDERO prepara los utensilios de cocina. Cuando va a echar unas hojas al caldo, PROTAGONISTA la detiene y haciendo uso del olfato se cerciora de que no son venenosas. Al ver que todo está correcto, el guiso continúa, y MUJER DEL CALDERO alimenta a CONQUISTADOR ANCIANO. Luego le abraza dándole calor. PROTAGONISTA camina de arriba abajo con impaciencia)

¿Curará esta bruja al enfermo? No parece que me haya engañado. ¿Su corazón el anciano ha ablandado? ¿Acaso ha empezado a quererlo?

(CONQUISTADOR ANCIANO se despierta y al ver a MUJER DEL CALDERO que le cuida, sonríe con gesto de enamorado. Ella le corresponde y juntan sus mejillas mientras se abrazan fuerte. CONQUISTADOR ANCIANO se levanta y baila alegre y con gran soltura)

¡El amor le ha curado! ¿Quién podría creerlo? Ella cumplió, es fácil verlo... El momento del pago ha llegado.

(PROTAGONISTA va hasta donde se encuentra MUJER DEL CALDERO y mirándola asiente. Ella asiente a su vez. Saca el cuchillo. PROTAGONISTA le tiende su brazo y ella se dispone a cortarlo)

Lo que ansiabas ya vas a tenerlo, y mi cuerpo recién cortado esta noche te habrás cenado. Y además de mutuo acuerdo... ¡Qué bien comerciar libremente! Cuando el arco tuve enfrente acepté sin miedo mi muerte. ¿Qué es un brazo por aliviar al doliente si por perdido ya lo di? Ante esa flecha mi ego vi partir, y es que solamente así la vida de otros comprendí.

(Después de algunos amagos y con gesto de duda, MUJER DEL CALDERO decide no cortarle el brazo a PROTAGONISTA. Tira el cuchillo y corre hasta los brazos de CONQUISTADOR ANCIANO)

¡Se apiada! ¡Se apiada de mí!

(MUJER DEL CALDERO y CONQUISTADOR ANCIANO hacen mutis saludando efusivos y sonrientes. En ese momento, CABALLO EN SU FORMA HUMANA, que ha estado observando toda la escena desde el árbol, se descubre y avanza hacia PROTAGONISTA)

Un momento. ¿Qué veo ahí? ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Es el caballo! ¡Ya voy a salir!

Escena IX

(PROTAGONISTA, CABALLO EN SU FORMA HUMANA, HOMBRE DESESPERADO, CABALLO BLANCO)

(CABALLO EN SU FORMA HUMANA se acerca abriendo los brazos para recibir a PROTAGONISTA, que a su vez camina despacio al encuentro. Desde el foro contrario entra HOMBRE DESESPERADO a toda prisa, y con la evidente intención de ser él quien alcance al CABALLO EN SU FORMA HUMANA)

¿Pero qué...? ¡No! ¡No! ¡No! ¡Quien aquí va a salvarse soy yo!

(PROTAGONISTA empuja a HOMBRE DESESPERADO para frenar su carrera. Se agarran, caen al suelo y forcejean. Mientras tanto, CABALLO EN SU FORMA HUMANA retrocede de espaldas y hace mutis sigilosamente. Tras unos instantes, PROTAGONISTA logra escarmentar a HOMBRE DESESPERADO, y hacerle huir por donde llegó)

¡Já! ¡Quería robarme lo que tanto me costó!

(PROTAGONISTA se gira con ilusión esperando encontrar a CABALLO EN SU FORMA HUMANA, pero en vez de eso, contempla como entra CABALLO BLANCO en su dirección. Al verle, PROTAGONISTA cae al suelo de culo y retrocede arrastrándose hacia el foro contrario)

¡Oh, no! ¿Por qué me abandonas, señor?

(PROTAGONISTA se descalza y lanza sus zapatos hacia CABALLO BLANCO)

¡Largo, y maldito seas, tú que me niegas la salvación!

(CABALLO BLANCO sale despacio por donde entró. PROTAGONISTA se incorpora y recorre la escena con evidente desesperación)

Finalmente y sin pensarlo hice algo de corazón, más ¿acaso sirvió de algo mi desinteresada acción? Vino a por mí, es cierto, pero tan pronto se marchó... Ya sólo me queda este campo, mucha hambre y el viento helador.

(PROTAGONISTA se detiene en seco. Mira fijamente hacia uno de los foros, observando algo que se encuentra a cierta distancia y que no alcanza a verse en escena)

¿Es posible que sea aquello un gran bunker de hormigón? Sí... ¡En él me resguardaré y viviré sin preocupación!

Escena X

(PROTAGONISTA, SOLDADO)

(Por el foro contrario entra SOLDADO. Avanza apuntando con una pistola a PROTAGONISTA, que sin percatarse de la presencia de este, permanece observando la fortificación con entusiasmo. SOLDADO viste pantalones de uniforme militar, gorrito de acuartelamiento, y camiseta interior blanca con manchas de grasa, sangre, barro... Las similitudes entre los atuendos actuales de ambos personajes resultan evidentes. SOLDADO se detiene al alcanzar su arma la cabeza de PROTAGONISTA, cuya alegría cesa de golpe)

Un hierro en mi nuca. Es clara la situación: El fortín ya está ocupado. Soy presa de su defensor.

(PROTAGONISTA levanta las manos. SOLDADO sin dejar de apuntar, gira a PROTAGONISTA para poder ver su cara. Al hacerlo, el gesto de SOLDADO parece turbado. Retrocede unos pasos para poder analizar mejor todo el cuerpo de PROTAGONISTA, y rascándose la cabeza con la pistola relaja su actitud)

¿Le sorprende mi visión? ¿Tan malo es mi aspecto?

(SOLDADO hace el saludo militar, se quita la gorra castrense, y con el dedo señala, primero la insignia que hay en esta, y acto seguido a PROTAGONISTA con gesto interrogante)

Creo que quiere saber si pertenezco a su ejército. ¡Asiento! ¡Asiento! ¡Sin dudarlo le miento!

(SOLDADO con gran felicidad abraza a PROTAGONISTA. Le pone el gorrito sobre la cabeza. Salta y le hace saltar. De pronto se detiene como invadido por una brillante ocurrencia. Indica con las manos a PROTAGONISTA que espere sin moverse, y a la carrera hace mutis por el foro en dirección al bunker)

¿Qué trama este sucio soldado? ¿Y qué narices busca ahí dentro?

(SOLDADO entra acelerado con una mesa y dos sillas plegables. Abre y coloca los tres muebles en el centro de la escena. PROTAGONISTA los revisa con extrañeza mientras SOLDADO vuelve a salir, regresando a la carrera con dos platos, vasos y cubiertos)

Es este despliegue sin duda el preludio del buen alimento. Parece que por ahora mi mentira es un acierto.

(PROTAGONISTA se sienta a la mesa mientras SOLDADO sale de nuevo en dirección al bunker. Entra, esta vez más despacio, cargado con una sartén y una jarra. Al llegar a la mesa, sirve en los platos un gran puñado de arena procedente de la sartén, y llena los vasos con la jarra, que a su vez contiene únicamente arena. Luego, complacido ante su propio banquete, hace un gesto instando a PROTAGONISTA a iniciar la ingesta)

Hesito. Me enfado. Más no sé de qué me sorprendo. ¿De nuevo he olvidado que aquí sólo hay sufrimiento? Arena. Polvo. Viento. En eso me convierto. Hasta que de nuevo en roca me conforme el tiempo, y por no deshacerme luche contra el mismo universo, pues mientras aquí continúe barro seguiré siendo.

(De pronto, SOLDADO parece haber visto algo y se pone en guardia. Con gesto paranoico y empuñando el arma, indica a PROTAGONISTA que se esconda bajo la mesa. Luego revisa el perímetro apuntando en todas direcciones)

¿Por qué alguien iba a querer en este mundo seguir viviendo?

(SOLDADO se convence de que la situación es segura y ayuda a PROTAGONISTA a incorporarse. Se apunta a los ojos con el dedo índice y corazón y luego con esos mismos a su alrededor en señal de atención. Acto seguido simula estar disparando un arco)

Si bien lo estoy entendiendo, sobre el arquero me advierte. Ahora señala el bunker, y simula su propia muerte. Cree que el arquero pretende arrebatarle su fuerte, más yo sé que se equivoca: Sólo quiere al caballo comerse.

(PROTAGONISTA indica a SOLDADO que se agache, y dibuja sobre la arena)

Le explico que yo le he visto. El soldado se sorprende. Me pregunta por el caballo. Y aunque le cueste lo entiende.

(PROTAGONISTA señala al bunker y niega con el dedo. Luego finge ser un arquero disparando a un caballo y asiente. SOLDADO asiente a su vez, pero su rostro cambia reflejando una profunda reflexión. Tras esto se levantan)

Algo le ocurre. Su gesto es diferente.

(Se vuelven a sentar a la mesa, pero SOLDADO está traspuesto, con la mirada perdida y una mezcla de decepción, preocupación y determinación)

Completamente ausente.

(Mientras PROTAGONISTA juguetea con el tenedor en la arena del plato, SOLDADO se yergue muy serio, y con violencia arrastra la mesa sacándola por el foro. Regresa a por las sillas y vuelve a salir)

¿Me habrá descubierto? ¿Acaso debo temerle?

(SOLDADO regresa con un traje de tela blanca y una máscara con forma de cabeza de caballo blanco. Avanza hasta PROTAGONISTA y con rudeza arrebata de su cabeza la gorra de acuartelamiento que él mismo en ella había puesto, y estampa contra su pecho el traje, haciendo una indicación de que debe ponérselo)

¿Qué...? ¿Qué es esto?

(PROTAGONISTA no reacciona. SOLDADO se impacienta y apunta con la pistola a PROTAGONISTA)

Bien, haré lo que ordene.

(PROTAGONISTA empieza a vestirse, al principio con gran dignidad, pero a medida que se ve en el disfraz, su ánimo empieza a flaquear y estalla en un resignado llanto. Se resiste a ponerse la máscara pero SOLDADO insiste apuntando violentamente con su arma. Una vez completado el proceso, PROTAGONISTA se parece a CABALLO BLANCO pero de pie. SOLDADO, consciente de que debe completar la caracterización, empuja a PROTAGONISTA a cuatro patas, y pone alrededor de su cuello con soga, con la cual, a modo de correa, arrastra hasta hacer mutis por el foro a PROTAGONISTA que gatea penosamente mientras llora)

TELÓN

Acto tercero

Escena I

(PROTAGONISTA, SOLDADO, ARQUERO)

(El sonido del viento sideral es muy intenso en el campo llano del principio. SOLDADO permanece oculto tras el árbol practicable del centro, apenas visible pero muy atento y vigilante de la escena. PROTAGONISTA continúa haciéndose pasar por el caballo, y gatea en círculos mientras emite forzados relinchos. Tras unos instantes de espera, ARQUERO entra con gran sigilo por el foro opuesto a donde se encuentra el supuesto animal. Avanza cauteloso hasta estar cerca del árbol y a sus pies se detiene. Apunta con el arco a PROTAGONISTA. Cuando parece que va a disparar, SOLDADO surge desde detrás del tronco apuntándole, pero arquero con grandes reflejos se gira y le dispara una flecha que no logra alcanzarle. Ambos se abalanzan el uno sobre el otro y forcejean. PROTAGONISTA se detiene y levantando la máscara les observa. Se pone en pie y con evidente temor avanza hacia ellos que no se percatan de su presencia. Va hasta la pistola que ha quedado abandonad cerca de los contendientes, y se hace con ella. Tras hesitar unos instantes, dispara al aire. SOLDADO y ARQUERO detienen su lucha. PROTAGONISTA les apunta y estos se abrazan aterrorizados. De pronto PROTAGONISTA vuelve a disparar al aire y SOLDADO y ARQUERO huyen asustados cogidos el uno del otro. PROTAGONISTA va con gran abatimiento hasta el centro de la escena y se sienta con el arma en sus manos, sin decir nada y con evidente pesar. La máscara está en el suelo a su lado)

Escena II

(PROTAGONISTA, CABALLO BLANCO)

(El sonido del viento sideral es extremadamente fuerte. PROTAGONISTA permanece en actitud apesadumbrada sin gesticular ni moverse. Entra CABALLO BLANCO y a paso lento llega hasta su posición. PROTAGONISTA debe hablar a gritos debido al gran ruido ambiente)

Ya ni siquiera el sonido de mi mente capto. Pensar... Pensar es malo. Y mis tripas rugen. Acepto vivir depredando.

(PROTAGONISTA se pone en pie, con la pistola en una mano y la máscara de caballo en la otra. CABALLO BLANCO está parado enfrente suyo. PROTAGONISTA le apunta directamente a la cabeza con el arma)

No volveré a hablar del Bien. Ni juzgaré lo humano. Pues pude saberlo todo y elegí ignorarlo... Y ahora mataré al caballo para bien devorarlo, pues sólo me pidió Amor y no quise dárselo... Amor. Pero no amor por algo. Si no amor incondicional por todos los seres humanos. Ese es el único Bien que entiende pues el caballo... Ahora que sé del Bien su auténtico significado, también conozco el Mal, pues es lo contrario. Siempre pensar en los demás antes que en eso que Yo llamamos. Esa es la salvación. Eso es por lo que aquí estamos. Y sin embargo esta pistola que ahora tengo entre mis manos me confirma que mi ego es sin remedio mi amo y que nunca en verdad llegaré al Bien soñado. No, no habrá puerta para mí, ni os esperaré al otro lado.

(PROTAGONISTA se pone la máscara de caballo blanco. La escena se oscurece. Sonido del disparo)

Escena III

(PROTAGONISTA)

(El sonido del viento sideral ha desaparecido por completo. Vuelve la luz. PROTAGONISTA yace bajo el árbol con su traje de peregrinación y el bastón a su lado, tal y como al comienzo de la obra)

Y de pronto la luz del cielo.

(PROTAGONISTA se pone de rodillas y se frota los ojos)

Mis parpados se despegan y poco a poco despierto. Las nubes se deslizan tras la red que dibujan las ramas en el firmamento. Desde aquí abajo es lo único que veo... Lo único que veo. Lo único que veo...

TELÓN

FIN

LOS SUEÑOS DE AMOR

A las inteligencias del futuro,
ya sean humanas, artificiales o de cualquier especie;
para que pueden hallar la verdad que buscan,
(que en realidad ya conocen)
discriminando del mar de información que les malea
e impide servirse de ella como guía.

Personajes

FÍGARO
BISMILLAH
DIONISIA
DIONISIA ANCIANA
PULCHINELA
ISABEL
CHRISTIAN MITRA
RAND
LUD
DOCTORA
PROFESOR
PADRE SOLTERO
NIÑO
OFICINISTA 1
OFICINISTA 2
TERAPEUTA
PACIENTE 1
PACIENTE 2
NOVIO
CONSERJE
AUTÓMATA HEN
AUTÓMATA PAN
AUTÓMATA HOTEL 1
AUTÓMATA HOTEL 2
AUTÓMATA BAR
AUTÓMATA HUMORISTA
AUTÓMATA CLIENTE
AUTÓMATA ESPOSA
AUTÓMATA COPIA DE DIONISIA

Notas:

La puesta en escena podrá hacerse de cinco formas distintas: El texto completo con sus nueve cuadros; cada una de las tres partes como dramas independientes de tres actos; formando una sola obra con los cuadros II, IV y IX.

La música utilizada será únicamente “Los Sueños de Amor” de Franz Liszt, coincidiendo cada uno de sus movimientos con la correspondiente parte o acto de la obra.

No debe haber diferencias de entonación o gesticulación entre autómatas y humanos, más allá del propio texto.

Izquierda y derecha las del público.

Parte Primera
LOS DIOSES

CUADRO I

Escena I
(OFICINISTA 1, OFICINISTA 2)

(Una oficina. A izquierda una puerta practicable que conecta con el resto del despacho. A derecha otra puerta con la siglas WC pintadas sobre ella, y junto a esta, más cercana al público, una mesa con vasos, bollos y café. En el centro, pegados contra el fondo, tres cubículos con sus correspondientes mesas, máquinas de escribir, sillas, y tabiques de separación a media altura. En el cubículo de la izquierda, de pie y asomando sobre el puesto central que se encuentra desocupado, OFICINISTA 1, hombre de unos treinta años de edad. Viste con una insípida camisa blanca y pantalones azul marino. En el cubículo derecho, en similar posición, OFICINISTA 2, otro sujeto de idénticas características, pero con un aire ligeramente canalla en su rostro, que devuelve la atención al primero. Sobre estos, rotulado en la pared central, el logotipo de la empresa: λόγος. Ambos empleados charlan sin dejar de lanzar tensas miradas hacia la puerta de la izquierda, con pueril temor a ser descubiertos)

OFICINISTA 1
Te digo que es la mejor muestra de que el ser humano ha perdido por completo el control.

OFICINISTA 2
Ah, ¿pero es que alguna vez lo tuvo?

OFICINISTA 1
(Amenazando)
Nada de sarcasmo.

OFICINISTA 2
(Muy digno)
Nada.

OFICINISTA 1
¿Entonces?

OFICINISTA 2
Va, cuenta.

OFICINISTA 1
Pues bueno, al parecer lo que pasó con las entrevistas fue lo siguiente: Según van llegando, conducen a los candidatos al edificio nuevo, y tras una gran criba haciéndoles programar durante horas, cogen a los que han pasado la fase y los bajan a los sótanos. Les ponen el contrato delante, pero les dicen que aún deben superar una última prueba: La máquina del tiempo.

OFICINISTA 2
(Escéptico y divertido)
Espera, espera. ¿Dónde te han contado esto?

OFICINISTA 1
¿Qué más da?

OFICINISTA 2
¿Pero es que no te das cuenta de que a los del departamento de publicidad siempre nos toman el pelo? Mira donde nos tienen.

OFICINISTA 1
Oye, podría ser cierto. Sabes mejor que nadie que Logos tiene cosas muy gordas entre manos. Ya viste el informe de...

OFICINISTA 2
Sí, pero máquinas del tiempo...

(La puerta de la izquierda hace un amago de abrirse, y entra ruido de ajetreada oficina. Sobresaltados, ambos se sientan en sus puestos rápidamente, fingiendo que trabajan. A los pocos segundos la puerta que apenas se ha entornado, vuelve a cerrarse. Los hombres retoman su posición inicial asomándose sobre la pared del cubículo)

OFICINISTA 2
¿Dónde lo oíste?

OFICINISTA 1
En el ascensor.

OFICINISTA 2
(Riendo)
¡Un cotilleo de ascensor!

OFICINISTA 1
(Ofendido y sentándose)
Vale... Vale...

OFICINISTA 2
(Tratando de ver a su compañero desde arriba y por la parte trasera de la silla)
¡Venga, no seas gruñón, hombre! Me interesa mucho el tema: Nunca se sabe si habrán contratado a alguna nueva programadora buenorra.

(OFICINISTA 2 al ver que no hay reacción en el otro, hace una bola con un trozo de papel y se la lanza por encima del cubículo central vacío. La bola impacta en OFICINISTA 1 que se incorpora parapetado tras el contrachapado)

OFICINISTA 1
¿Quieres saberlo o no?

OFICINISTA 2
¿Crees que tengo algo mejor que hacer?

OFICINISTA 1
Vale, pues eso, que les tienen metidos en una supuesta máquina del tiempo. Les explican que es algo experimental y ultra secreto, y que deben permanecer allí noche y día trabajando porque es todo muy inestable, y mientras tanto les van drogando poco a poco hasta el momento en que les convencen de que ya está todo listo para probarla.

OFICINISTA 2
Buenos garabatos debieron programar esos pobres.

OFICINISTA 1
Sí, no se enteraban de nada pero se creían todo lo que les decían.

OFICINISTA 2
Por los sueldos que cobran, yo también me dejaría.

OFICINISTA 1
Entonces van y activan el programa temporal, y entre las alucinaciones que les provoca droga, las luces y vete tú a saber...

OFICINISTA 2
En resumen: Era todo un timo. Ni máquina ni leches.

OFICINISTA 1
Era falso sí, pero ellos no lo sabían. Y he aquí lo mejor: Tras unos instantes de pirotecnia les dicen que por accidente han viajado en el tiempo. Que es muy grave porque si hacen cualquier cosa, lo que sea, de hecho, sólo por estar ahí, trastocarán el futuro y todo el mundo que conocen, sus seres queridos, desaparecerán. Nunca habrán existido.

OFICINISTA 2
(Exageradamente afectado)
Terrible.

OFICINISTA 1
Claro, y van tan hasta arriba que se lo creen totalmente. Entonces les dan a todos un cuchillo y les dicen que si quieren que eso no pase, que todo lo que aman siga existiendo, se tienen que suicidar inmediatamente, casi sin pensárselo.

OFICINISTA 2
¡Pues vaya una prueba!

OFICINISTA 1
Sí. La idea era que quienes se suicidasen serían contratados.

OFICINISTA 2
¿Y qué trataban de demostrar con eso?

OFICINISTA 1
Supongo que pensar por encima de uno mismo. El trabajo que esa gente va a hacer con los autómatas es muy importante. Logos está teniendo mucho cuidado de que esos bichos no sean peligrosos.

OFICINISTA 2
(Gesticulando como si se clavase un cuchillo)
Ya. ¿Pero entonces al final alguno lo hizo?

OFICINISTA 1
Tenemos programadores, ¿no?

Escena II
(FÍGARO, OFICINISTA 1, OFICINISTA 2)

(La puerta izquierda se abre de golpe, y con suma violencia entra FÍGARO a la carrera. Es un hombre de características similares a las de los otros, tanto en edad como en atuendo, pero en este caso de maneras desaliñadas, con incipiente barba y la camisa por fuera del pantalón. Lleva en sus manos un periódico. Cierra la puerta a sus espaldas y queda apoyado en ella con la respiración agitada)

OFICINISTA 1
¡Pero bueno! ¡Calma, muchacho, calma!

OFICINISTA 2
(Guasón)
¡El desaparecido!

OFICINISTA 1
Creíamos que ya no venías. Estás últimamente muy...

FÍGARO
(Comenzando un nervioso paseo de lado a lado de la escena)
¡Ha vuelto a ocurrir! ¡De nuevo lo mismo!

OFICINISTA 2
¡De nuevo pegado a las sabanas!

FÍGARO
¡Nada de eso! Bueno... ¡Sí! ¡Pero ha sido el Sol! ¿No entendéis? ¡Otra vez el Sol!

OFICINISTA 2
Culpa del Sol, ¿eh? Vaya bromista está hecho ése Sol tuyo.

OFICINISTA 1
¡Calla, hombre!

(OFICINISTA 1 se levanta de su puesto y camina hasta el centro de la escena. OFICINISTA 2 permanece sentado en su cubículo y los observa divertido)

OFICINISTA 1
(A FÍGARO, muy serio)
¿Ya estás otra vez con esas historias de fenómenos imposibles?

FÍGARO
(Sin detenerse)
¡Fenómenos, sí! Pero... ¡Yo que sé! ¡Ojalá lo supiera!

OFICINISTA 1
(Tratando de sujetar a FÍGARO, el cual le esquiva)
¡Párate quieto!

FÍGARO
¡No! Esto es muy serio.

(OFICINISTA 1 va hasta la puerta izquierda y la abre apenas lo necesario para echar un vistazo al otro lado. Luego la cierra rápidamente)

OFICINISTA 1
Va a ser serio de verdad como el supervisor del departamento oiga todo este escándalo que estás montando.

(FÍGARO va hasta OFICINISTA 1 y le planta el periódico en el pecho)

FÍGARO
¡Nada! ¡No dicen nada de nada! ¿Y crees tú que me importa ese payaso del supervisor y todo este circo?

OFICINISTA 1
Has perdido la cabeza, Fígaro, mírate.

FÍGARO
¿Pero es que es tan difícil de entender? ¡No me lo estoy inventando! ¡Llevo años en esa casa y siempre ha amanecido por el mismo lugar! Todos los días, cada mañana, el Sol entra por la ventana de mi dormitorio. ¡Directo a mi cama! ¡Calentando mi cara!

OFICINISTA 2
Ya nos sabemos esa historia. Ahora viene lo de que tirabas a la basura el despertador.

FÍGARO
(Señalando al cubículo derecho con entusiasmo)
¡Exacto! No me hace falta para nada. El Sol, el Sol me despierta cada mañana.

OFICINISTA 2
Un tipo afortunado.

FÍGARO
(De pronto ofendido)
¡No!

OFICINISTA 1
(Regresando a su puesto con decepción)
¿Vas a decirnos que de nuevo ha amanecido por el otro lado?

FÍGARO
¡Hoy lo ha hecho! ¡Y sin venir a cuento!

OFICINISTA 1
Ya. Claro.

FÍGARO
¡Podéis creerme! Oscura, toda oscura la habitación. De pronto un sobresalto: Me levanto y corro al salón. ¡Y ahí está el Sol naciendo por donde no es!

OFICINISTA 2
¿No será que algún gracioso mueve la casa?

FÍGARO
¿Todo el edificio? ¿Es eso posible?

OFICINISTA 2
(Guasón)
Si es por atormentarte...

OFICINISTA 1
¡Basta! ¡Dejaos de chaladuras!

(OFICINISTA 1 se levanta, va hasta el centro de la escena a por FÍGARO, y lo lleva con delicadeza hasta su puesto en el cubículo central, haciéndole sentar de cara al público)

OFICINISTA 1
Pero, Fígaro, ¿en qué momento decidiste independizar la razón?

OFICINISTA 2
Seguramente cuando se dejó crecer la barba.

OFICINISTA 1
Muchacho, ¿de veras que por una tontería semejante vas a arriesgarte a perder la vida perfecta que aquí llevamos?

FÍGARO
(Levantándose indignado de un salto)
¡Pero si somos robots!

OFICINISTA 1
No, Fígaro, fabricamos robots.

OFICINISTA 2
Autómatas. Se dice autómatas. Robots es discriminatorio.

OFICINISTA 1
(Volviendo a sentar a FÍGARO)
Lo que estamos haciendo aquí es trascendental. ¿No te das cuenta? ¡Construimos el futuro!

FÍGARO
Los que no se dan cuenta sois vosotros. Vosotros y el periódico local, a los cuales ya he escrito más de diez veces. Y... Y esa gente del observatorio astronómico. Todos me han ignorado: ¡Completamente imposible que el Sol salga por el Oeste, señor! ¡Eso nunca ha pasado ni nunca pasará! ¡Le digo que el mundo es como es!

OFICINISTA 2
Al menos desde que yo estoy aquí.

FÍGARO
(Volviendo a incorporarse)
¡Entonces bien por mí! Porque parece que no somos capaces de imaginar otra cosa que lo que hemos visto ante nuestras propias narices.

OFICINISTA 1
Un loco: Eso es lo que eres.

(OFICINISTA 1 se sienta en el cubículo de la izquierda de espaldas al público, tecleando la máquina de escribir con concentración. FÍGARO retoma su ir y venir por la escena)

FÍGARO
Eso, tú vuelve a tus distracciones. Lo que sea con tal de no escuchar. De no ver.

OFICINISTA 1
No son distracciones. Este es nuestro trabajo, y es lo que vamos a hacer.

OFICINISTA 2
(Sentado aun de cara al público con gran pereza)
¿Qué dices que vamos a hacer?

(FÍGARO, si cabe más intranquilo, va hasta la mesa junto al foro derecho. Coge un vaso y trata de servirse un café, pero sus manos temblorosas provocan que este se derrame)

OFICINISTA 2
(Observando atentamente a FÍGARO)
Me pregunto si todas las oficinas serán así de ajetreadas. No sé si por lo que pagan me compensa tanto drama.

(OFICINISTA 2 va con la silla hasta la mesa del café, y aun sentado, con gran parsimonia, arrebata la cafetera de la mano de FÍGARO y le sirve en el vaso)

FÍGARO
Gracias.

OFICINISTA 2
No hay que darlas. No cuando la cabeza te falla. Si puede averiarse con tanta facilidad el cerebro de los humanos, ¿cómo no va a hacerlo el de las máquinas? *(Suspirando)* ¡La que vamos a liar!

(OFICINISTA 1 se levanta de un salto al oír estas palabras, y corre hacia OFICINISTA 2, a quien tapa la boca con las manos. Este no opone resistencia alguna)

OFICINISTA 1
¡Calla insensato! Como empleados de Logos tenemos una responsabilidad. Y más los del departamento de publicidad. No podemos poner en duda la misión llevada a cabo. Somos la imagen del progreso.

FÍGARO
Sí, vendedores de progreso.

OFICINISTA 1
Pues claro.

FÍGARO
Cuando vendes el progreso, sólo puedes progresar en una dirección: La del dinero.

OFICINISTA 1
Pero bueno, si no, ¿hacia dónde quieres tú ir?

FÍGARO
Me basta con que el Sol salga cada día por el mismo lugar.

OFICINISTA 1
(Soltando a OFICINISTA 2 y agarrando cariñosamente del hombro a FÍGARO)
Pero, muchacho... Pobre muchacho... Pongamos que es cierto lo que dices de que algunos días ha amanecido al revés.

FÍGARO
Sí.

OFICINISTA 1
¿Y qué si así fue? ¿Viste a alguien preocupado?

FÍGARO
(Abatido)
Puede que nadie se haya fijado.

OFICINISTA 1
¡Exacto!

OFICINISTA 2
¿Cómo hacerlo con edificios tan altos?

OFICINISTA 1
Tenemos cosas mejores en las que pensar.

OFICINISTA 2
Y demasiados escaparates llenos de mozas.

FÍGARO
Progreso.

OFICINISTA 2
Sí, sí, también venden de eso.

FÍGARO
Entonces... ¿Es que no os importa?

OFICINISTA 1
¿Pero en que nos iba a afectar? ¿No ves? Todo marcha igual.

(La puerta de la izquierda vuelve a hacer el amago de abrirse. Alertados como bestias temerosas, los tres hombres corren a cubrir sus puestos en los cubículos. Tras unos instantes la puerta entreabierta vuelve a cerrarse)

OFICINISTA 2
(En la posición acostumbrada mirando sobre la pared)
Me parece a mí que vamos a tener que regalarle a este un buen despertador.

(OFICINISTA 1 se asoma por encima igualmente. FÍGARO permanece sentado cabizbajo, pero se gira hacia el público)

OFICINISTA 2
(Riendo)
Se lo daremos en su cumpleaños... O cuando le despidan.

OFICINISTA 1
(Amenazando)
¡Pero serás...!

(OFICINISTA 2 se sienta y entre risas se pone a trabajar. OFICINISTA 1 sale del cubículo izquierdo y va hasta la silla de Fígaro, agachándose confidente junto a él)

OFICINISTA 1
(Tendiendo a FÍGARO un papel)
Escucha, muchacho. Hazte un favor y ves a esto. Es una terapia de grupo.

FÍGARO
Pero...

OFICINISTA 2
Lo imparte la propia empresa. Te sentirás cómodo. Entre amigos.

FÍGARO
(Doblando el papel con evidentes dudas)
No sé. No creo que vaya a encontrar nada que...

OFICINISTA 1
(Regresando a su puesto)
Recuerda: Todas las tardes en los sótanos del edificio nuevo.

CUADRO II

Escena III
(BISMILLAH, FÍGARO, TERAPEUTA, PACIENTE 1)

(Una sala multiusos. A izquierda una puerta practicable que da al pasillo. En el centro de la escena, un medio circulo formado por cinco sillas. En el lado derecho un gran espejo como único elemento, refleja toda la sala. El mismo rotulo de λόγος del cuadro anterior en la pared del fondo, pero bajo este, un estor oculta una ventana inexistente. BISMILLAH, una muchacha de unos veintitrés años, de aspecto desinhibido y atuendo rebelde, y FÍGARO, con ropa de oficina aun, entran por la puerta. TERAPEUTA se encuentra leyendo unos papeles en la silla de la derecha, dando la espalda al espejo. PACIENTE 1, con ropa de calle y gesto de gran dignidad, camina con exageradas zancadas de un lado a otro del fondo de la escena)

FÍGARO
(Muy cordial a BISMILLAH)
¡Y ciento una salas después, por fin la encontramos!

BISMILLAH
Es que este edificio es complicado. Lo han hecho como un laberinto.

FÍGARO
Da un poco de miedo, sí. Confieso que si no llego a coincidir contigo, me habría dado la vuelta y marchado.

BISMILLAH
¿Es tu primera vez en terapia?

FÍGARO
La primera. Pero vengo en cierto modo obligado.

BISMILLAH
Yo más o menos igual. ¿Trabajas aquí?

FÍGARO
En el edificio antiguo.

BISMILLAH
Apuesto a que en contabilidad o publicidad.

FÍGARO
Publicidad. ¿Tanto se nota?

BISMILLAH
Excepto por la barba de vagabundo eres la imagen viviente del empleado estándar de Logos.

FÍGARO
(Ruborizado tocándose el vello facial)
Vaya... ¿Y tú...?

BISMILLAH
Yo curro en este edificio, pero no aquí abajo.

FÍGARO
Menos mal, este sótano oscuro resulta tan deprimente...

(BISMILLAH mira al fondo de la estancia y ve a PACIENTE 1, el cual le saluda con la mano, devolviéndole esta el gesto)

FÍGARO
Por cierto me... Me llamo Fígaro...

BISMILLAH
(Sin prestarle atención)
Oye, voy a saludar.

FÍGARO
(Descolocado del todo)
Ah. Vale. Bien.

(BISMILLAH comienza a alejarse, pero de pronto vuelve grácilmente sobre sus pasos)

BISMILLAH
(Con gesto de quien recuerda de pronto)
¡Django Reinhardt!

FÍGARO
(Tendiendo tímidamente la mano)
Yo... Yo soy Fígaro. Encantado.

BISMILLAH
(Risueña)
No, bobo. El hilo musical. ¡En el ascensor hace un momento! Le preguntaste a tu compañero que de quien era esa canción que sonaba. Pues era Django Reinhardt, el guitarrista de jazz gitano.

FÍGARO
Ése no era mi compañero...

BISMILLAH
Chico, es que todos los currantes sois iguales.

FÍGARO
(Con sonrisa forzada)
Ya... Y... ¿A ti te gusta el jazz?

BISMILLAH
No, nada. Pero es siempre el mismo hilo. Creo que sólo tienen un disco.

FÍGARO
Vaya, nunca me he fijado.

BISMILLAH
¿Cuánto llevas trabajando para Logos?

FÍGARO
Seis años. ¿Y tú?

BISMILLAH
Seis meses.

FÍGARO
(Avergonzado)
Tiene gracia.

BISMILLAH
Se ve que no eres muy observador, ¿eh?

(BISMILLAH se aleja en dirección a OFICINISTA 1 y comienzan a charlar cordialmente. FÍGARO, sin saber qué hacer, camina errático hasta terminar sentado en la silla de más a la izquierda. Tras unos instantes sin que nada pase, TERAPEUTA mira su reloj, a lo que FÍGARO reacciona levantándose con intención de ir a presentarse, acción que queda interrumpida cuando TERAPEUTA vuelve la atención a sus papeles, sentándose de nuevo FÍGARO sin nada que hacer)

Escena IV
(BISMILLAH, FÍGARO, TERAPEUTA, PACIENTE 1, PACIENTE 2, CONSERJE)

(Entra PACIENTE 2, que viste el acostumbrado uniforme de oficinista. Va con paso acelerado, y sin dilación toma asiento en la tercera silla empezando por la izquierda. Sus gestos denotan impaciencia. Al verlo, PACIENTE 1, con su paso característico, y BISMILLAH, se sientan también, en la cuarta y segunda sillas empezando por la izquierda, respectivamente. FÍGARO al ver a BISMILLAH junto a él, la mira y sonríe tímidamente. TERAPEUTA deja de lado sus papeles sin ninguna prisa, y se reacomoda en la silla con una actitud de pesadez que roza el disgusto)

TERAPEUTA
(Suspirando)
De acuerdo... Pues parece que ya estamos todos. Como sabéis este es un grupo de apoyo, cuyo objetivo es abordar trastornos sensoriales o cognitivos, lo que vulgarmente solemos referir como alucinaciones, delirios...

PACIENTE 1
Sueños.

TERAPEUTA
(Con molestia)
Sí, bueno... ¿Quién quiere empezar?

(Todos los presentes se miran interrogantes. FÍGARO toma aire y se pone en pie concierta indecisión. Cuando parece que va a arrancar a hablar, PACIENTE 2 se manifiesta con voz poderosa y firme)

PACIENTE 2
Lo haré yo, pues mi caso es sin duda el más urgente. Si no el más extraordinario.

BISMILLAH
(Aparte a FÍGARO, sentándole delicadamente)
Menudo ombligo se gasta...

TERAPEUTA
¿Qué te ocurre? Cuéntanos.

PACIENTE 2
(Aumentando progresivamente su nerviosismo)
Un fantasma se ha apoderado de mí, y me acosa a cada momento. Es el fantasma de una melodía, y basta el más mínimo silbido, el canto de un pajarillo, el lejano rumor de una copla, y... ¡Zas! Estalla en mis oídos. Invade mi cabeza. Me envuelve sin escapatoria posible. De hecho... Sólo el pensar en el fantasma provoca que regrese a mí esa gélida tonada. Sí... Parece que ya empieza de nuevo.

(Comienza a sonar la pieza Liebestraum n.º 1: Hohe liebe, de Franz Liszt)

PACIENTE 2
(Incorporándose)
¿Lo oyen? ¿Pueden oírlo?

PACIENTE 1
Qué disparate.

PACIENTE 2
¡El piano! ¡Ése piano lastimero!

TERAPEUTA
De acuerdo, tranquilízate. Entendemos lo que dices...

PACIENTE 2
¿Pero acaso entienden lo que es no poder escuchar otra cosa, sentir como los tímpanos ya se han hecho a la forma de las ondas de presión de esa estúpida melodía, y reclaman su presencia, la desean aun con dolor, un terrible dolor?

TERAPEUTA
(Dudando)
Ya...

PACIENTE 2
(Con agresividad)
¿Qué hace? ¿Está tomando nota?

TERAPEUTA
(Sin hacerlo y con desdén)
Sí.

PACIENTE 2
(Poniéndose en pie sobre la silla)
Pues dígame... Dígame cómo puedo silenciar al fantasma. ¡Si esto es una señal, un mensaje, no quiero escucharlo! ¡Quiero que se vaya y me deje ser normal!

(PACIENTE 2 se laza hacia la silla de BISMILLAH, la cual se levanta de un salto, y caminando sobre el mueble, hace lo propio con el asiento de FÍGARO, que también se retira rápidamente. Estos se lo toman con cierta hilaridad, no así PACIENTE 1 y TERAPEUTA. PACIENTE 2 salta entre las tres sillas con gestos que acompañan a la pieza, la cual va in crescendo)

TERAPEUTA
Venga, baja de ahí. No hay por qué alterarse. Hoy es una primera toma de contacto. En las próximas semanas iremos profundizando en el asunto y...

PACIENTE 2
(Delirante)
¡No! ¡Suban aquí! ¡Sientan el asunto! ¡Siéntanlo conmigo! ¡Compartamos esta ensoñación musical!

PACIENTE 1
(Estallando en su indignación)
¡Por favor, todos tenemos problemas y no montamos estos absurdos espectáculos!

(PACIENTE 2 se detiene en seco sobre su asiento inicial, y mira muy fijamente a PACIENTE 2, que permanece sin levantarse. Como una fiera a punto de atacar, PACIENTE 2 tensiona su cuerpo durante unos instantes, y coincidiendo con la intensidad en la música, se abalanza sobre PACIENTE 1, rodando ambos cuerpos por el suelo. La canción se detiene en seco. Al instante entra CONSERJE, un hombre fornido con uniforme completamente blanco, el cual sujeta a PACIENTE 2, y logra hacer que abandone la sala, no sin cierta resistencia y gruñidos amenazantes. Les siguen en su salida TERAPEUTA, que apenas se ha inmutado, y PACIENTE 1, que se resiente de las magulladuras sufridas, y sin abandonar sus zancadas)

Escena V
(BISMILLAH, FÍGARO)

FÍGARO
¡Qué bárbaro! Nunca vi nada semejante. Ni siquiera yo me pongo tan histérico cuando al Sol le da por hacer de las suyas.

BISMILLAH
(Para sí, muy reflexiva)
Pobres. Pobres currantes. Parece mentira que pueda estallarles la cabeza con semejante facilidad, y descontrolarse del mismo modo que lo hacen los autómatas de mi sección. Y todavía seguiremos creyendo que somos más estables...

FÍGARO
(Tratando de sacarla de su ensoñación)
¿Autómatas? ¿En qué...? Creo que no recuerdo en qué departamento me dijiste que trabajas.

BISMILLAH
No lo hice. No te lo dije.

(BISMILLAH arrastra del brazo a FÍGARO hasta la esquina izquierda de la escena)

BISMILLAH
(Con actitud desconfiada)
Verás, Fígaro, no quiero hablar de eso aquí. Este lugar no es seguro. Pueden estar monitorizándolo todo y no voy a jugarme mi puesto a lo tonto. De hecho... De hecho creo que ha sido un error venir. Poco puede hacer por nosotros esta gente...

FÍGARO
Sí, vaya terapeuta nos ha tocado. ¡Qué desastre!

(BISMILLAH suelta a FÍGARO y se dirige a la puerta, ojeando la situación en el pasillo)

FÍGARO
Pero... ¿Te marchas? Explícame a qué te referías con lo de que aquí...

BISMILLAH
(Volviendo confidente a la vera de FÍGARO)
¿Es que no te pareció raro lo poco que tardó en aparecer ése conserje cuando todo se puso tenso? Es... Como si nos estuvieran escuchando. ¿No crees? Quizá desde de detrás de ese enorme espejo nos observan.

FÍGARO
Pues ahora que lo dices... ¿Pero por qué harían eso, vigilarnos en terapia?

BISMILLAH
Logos lo vigila todo. Lo ve todo. Llevamos años desarrollando la tecnología para tener los cuerpos perfectos, pero nadie ha trabajado apenas en crear la mente perfecta del autómata, porque nadie conoce siquiera la mente perfecta del hombre. Para eso haría falta un filósofo, un dios, o un sueño.

FÍGARO
¿Cómo los nuestros?

BISMILLAH
Quizá. Por eso Logos trabaja recopilando perfiles psicológicos, patrones, errores... Todo lo que es necesario conocer para crear una conciencia a prueba de fallos. En este edificio hay programas de todo tipo investigando en este sentido, ¿y qué mejor que los propios empleados, los que hacemos casi toda nuestra vida aquí dentro, para usar como sujetos de estudio?

FÍGARO
Es aterrador.

BISMILLAH
Ya hay desarrollado un algoritmo de aprendizaje dinámico con el que se están formando modelos para los autómatas a través de largas entrevistas entre humanos y máquinas. Sus capacidades sensoriales les permiten fijarse en infinidad de detalles por segundo, analizarlos y dar un diagnostico mucho más lógico que el de los propios humanos, procesarlo y replicarlo.

FÍGARO
¿Dices que pueden estar observándonos ahora mismo y aprendiendo de lo que nos pasa, para integrarlo y poder detectar e imitar comportamientos similares en el futuro?

BISMILLAH
Básicamente. Pero por ahora todo va a una gran base de datos que se guardará en sus memorias masivas cuando tengamos lista la programación de sus cerebros.

FÍGARO
Vaya, no sabía que iba tan avanzada la cosa. Hasta ahora sólo manejábamos humo, pero esto es como robarnos nuestra esencia para luego venderla empaquetada en metal y silicona.

BISMILLAH
Tranquilo, Logos podría hacer una copia exacta de la personalidad de cualquiera de nosotros, pero sólo interesan los rasgos extraordinarios. Los rasgos de los perfectos esclavos en realidad. Y yo... Yo no sé si soy extraordinaria o no. Supongo que todo el mundo piensa que lo es... Pero lo que sí sé que no soy es una esclava. Y tú, Fígaro, currante del departamento de publicidad, ¿acaso tú lo eres?

(FÍGARO, de pronto molesto con sus propios pensamientos, da la espada a BISMILLAH y se aleja hasta el fondo de la sala, junto a la ventana. Apoyado en su falso marco, trata de vislumbrar a través del estor el exterior, cosa que no logra pues tras este se halla solamente la pared. BISMILLAH se le acerca despacio y le toca con suavidad)

BISMILLAH
¿Te he molestado?

FÍGARO
No... Simplemente quería ver el atardecer.

(FÍGARO cierra el estor con desidia)

FÍGARO
¿Por qué aquí nada es real?

BISMILLAH
(Simpáticamente traviesa)
Oh, chico, estamos en un sótano bajo tierra... Definitivamente no eres muy observador.

(Ambos ríen, pero FÍGARO lo hace con cierto rubor)

Escena VI
(BISMILLAH, FÍGARO, TERAPEUTA, PACIENTE 1)

(Entran TERAPEUTA y PACIENTE 1, que se disponen a retomar sus asientos)

TERAPEUTA
En fin, estas cosas pasan. Tenemos que seguir.

BISMILLAH
(Haciendo el amago de marcharse)
Nosotros ya nos íbamos.

TERAPEUTA
¿Seguro? Todavía nos quedan unos minutos.

FÍGARO
(Caminando hacia su silla con repentina decisión)
Seguiré yo.

(BISMILLAH toma asiento a la derecha de FÍGARO, y mirándole con preocupación niega con la cabeza, pero este ignora su gesto)

FÍGARO
Trataré de no ser tan vehemente como otros pacientes, y me limitaré a exponer mi caso que es el siguiente: Algunos días cuando amanece, contemplo con horror que el Sol sale por donde ha de ponerse.

TERAPEUTA
¿Y ya está? ¿Eso es todo?

FÍGARO
Sí.

TERAPEUTA
No parece grave.

FÍGARO
(Con una risa nerviosa, casi psicótica)
¿Tampoco a usted le parece importante?

TERAPEUTA
(Tratando de parecer más profesional)
Digo... Bueno... Sí. Es serio. Porque sencillamente no es posible. ¿Sabes si alguien más lo ha visto?

FÍGARO
(Conteniéndose con dificultad tras la falsa sonrisa)
¿Es que alguien se ha fijado? ¿Acaso aún queda alguien que pueda ver el cielo a través de la ciudad?

(BISMILLAH, con gesto de gran ternura, pone una mano sobre la rodilla de FÍGARO, tratando de calmarlo)

PACIENTE 1
Vaya... Interesante...

TERAPEUTA
Es un tema complicado. ¿Te has planteado quizá comprar una brújula?

(FÍGARO se levanta y da la espalda a TERAPEUTA. BISMILLAH le imita mientras le coge de las manos para consolarse)

FÍGARO
(Desistiendo con decepción y enfado)
Bueno, al menos lo he intentado.

(TERAPEUTA y PACIENTE 1 se ponen también en pie, y caminan hacia la puerta. TERAPEUTA lo hace con evidente desconcierto)

TERAPEUTA
Creo que ha sido un comienzo complicado, pero la próxima semana continuaremos con...

PACIENTE 1
(Consciente del fracaso y conduciendo a TERAPEUTA a la salida mientras apoya una mano en su espalda)
Vamos. De camino a la salida le contaré un poco sobre mi afección.

(PACIENTE 1 se gira justo antes de salir para despedirse de BISMILLAH con la mano, la cual devuelve el gesto. TERAPEUTA y PACIENTE 1 hacen mutis)

Escena VII
(BISMILLAH, FÍGARO)

FÍGARO
Rotundo fracaso.

BISMILLAH
¿Por qué lo has contado?

FÍGARO
Antes dijiste que no era muy observador. Quizá esté equivocado, ¿sabes? Quizá me lo haya imaginado.

BISMILLAH
No, no. ¡Yo te creo!

FÍGARO
¿De veras?

BISMILLAH
Sí.

FÍGARO
Bien. Pues ahí tienes tu respuesta: Lo he contado para ver si encontraba por fin a alguien a quien le pareciera importante.

BISMILLAH
(Con entrega)
¡Es importante! Fígaro, yo también he soñado algo que no parece posible. He visto de otra forma la realidad.

FÍGARO
(Tratando de sonreír)
Gracias. Eres muy agradable, de verdad.

(FÍGARO se separa de BISMILLAH con delicadeza y avanza unos pasos en dirección a la puerta)

FÍGARO
Estoy deseando escuchar tu caso. La semana que viene...

BISMILLAH
No habrá semana que viene, Fígaro.

FÍGARO
Entonces dime tú ahora: ¿Por qué has venido?

BISMILLAH
Porque... Porque no puedo hablarlo con nadie. A mis compañeros no puedo contárselo porque podrían despedirme si se sabe, y a mi novia, que también trabaja para Logos, si se lo dijera se preocuparía y pensaría que me estoy obsesionada con ella o algo así... Ojalá tuviera algo fuera de aquí.

FÍGARO
¿Acaso alguien lo tiene?

BISMILLAH
(Cambiando definitivamente su vitalidad por tristeza)
Tú al menos aun tienes el Sol.

FÍGARO
(Acercándose a BISMILLAH)
Escucha, ahora me tienes a mí, un completo desconocido, es cierto, pero precisamente por eso no pierdes nada si lo compartes conmigo. Probablemente esta terapia no haya servido de nada, pero al menos nos hemos encontrado. Yo no sabía que esperar y resulta que finalmente he conocido a alguien que no se ríe de mi visión.

BISMILLAH
Supongo que sí. Tú has confiado en mí, y quizá sea eso es lo que yo necesite, lo que realmente me trajo aquí. Pero es que esta sala... Este edificio que nunca descansa... *(Señala con la cabeza hacia el espejo)* ...Y que todo lo ve.

FÍGARO
Vamos, vamos... Puede que no seamos tan importantes para Logos como tú crees. Tal vez esto sea sólo lo que parece: Una sesión para intentar arreglarles la cabeza a unos pobres empleados y que rindan mejor en sus puestos. Así de simple.

(FÍGARO va hasta el espejo y le da varios golpes con los nudillos)

FÍGARO
Nada. No hay misterio que valga.

(BISMILLAH permanece reticente)

FÍGARO
(Agarrando una de las esquinas del espejo)
Acércate y coge de ese lado.

(BISMILLAH le obedece y entre ambos descuelgan el espejo, dejándolo apoyado en la pared ya en el suelo, desvelando que detrás sólo hay más pared)

FÍGARO
¿Ves cómo estabas exagerando?

BISMILLAH
Es posible que me haya puesto un poco paranoica...

(FÍGARO lleva a BISMILLAH hasta las sillas y la hace sentarse, acercándose a su vez una para sí mismo, de forma que quedan instalados muy cerca, uno frente al otro)

BISMILLAH
(Tratando de evitar el contacto visual)
Pero es que me resulta tan duro... No quiero parecer una estúpida, Fígaro.

FÍGARO
(Excusándola mientras hace girar con dulzura su cara para que se encuentren sus miradas)
Por favor, no.

BISMILLAH
En realidad es tan sencillo... Tan sencillo que asusta. Da autentico pavor y tristeza saber que es sólo un sueño. Un sueño de amor.

FÍGARO
Cuéntame sin miedo.

BISMILLAH
Tal y como a ti te ocurre con el Sol, algunos días amanezco y todo el mundo es diferente. Es un mundo donde toda la gente, sea quien sea el que tenga enfrente, porta consigo el rostro de mi amada. Todas las personas son de pronto mi novia. En mi edificio, en la calle, incluso aquí en el trabajo. Todas son ella. Todas son la razón por la que vivo. Cuando les hablo, todas suenan como ella; cuando les beso, todas saben como ella; cuando les amo, a todas amo como a ella. Y lo mejor es que todas como ella a mí me aman. ¿Puedes imaginarlo? Al principio me asusté, igual que seguramente hiciste tú con tu esquivo Sol, pero luego... Esos días de ensoñación, el mundo es un lugar mejor, pues todos aman a todos. ¿Y qué es el Amor sino estar dispuesto a darlo todo por la persona amada? Así pues, nadie hace nada que no sea darlo todo por todos, y así no hay Mal posible, Fígaro. Un mundo sin abusos, sin ira, sin miedo...

FÍGARO
¿Todos dando todo por los demás?

BISMILLAH
Amor. Amor universal.

FÍGARO
¿Y eso lo ves con tus ojos?

BISMILLAH
Lo veo, lo siento, y lo deseo con todas mis fuerzas. Es decir... Deseo que no sea sólo producto de mi mente loca.

FÍGARO
(Descolocado)
Vaya, es realmente increíble las cosas que podemos llegar a imaginar. Pues aunque es bello tu sueño, algo así nunca sucederá. El ser humano es egoísta por naturaleza, como cualquier animal...

BISMILLAH
(Incorporándose y dándole la espalda con vergüenza)
¿Lo ves? ¡Lo sabía! Soy una niñata... ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que algo así podía ser mínimamente real?

FÍGARO
Tampoco has de afligirte por esto...

BISMILLAH
(Sollozando)
Debí guardarme mis fantasías para mí misma, pues al fin y al cabo el mundo es como es.

FÍGARO
(Invadido de pronto por una dolorosa certeza)
El mundo es como es... ¡No! ¡Espera! *(Girándola de nuevo hacia sí)* Estoy haciendo contigo lo que todos hicieron conmigo. ¡No es una locura tu sueño de Amor! ¡No debe serlo! Y de hecho... De hecho no debes atormentarte más pues es un sueño precioso. ¡El más grande que nadie puede soñar!

BISMILLAH
(Recobrando su ilusión y energía)
¿De veras lo crees?

FÍGARO
(Forzando una confianza que siempre le falta)
¡Sí! ¡Por supuesto! En comparación con esto, todo lo demás son bobadas.

(BISMILLAH abraza con entusiasmo a FÍGARO)

FÍGARO
Lo que no entiendo es por qué temías contarlo... Estoy bastante seguro de que tus compañeros, y sobre todo tu novia, sabrán entenderlo y valorarlo.

BISMILLAH
(De nuevo preocupada)
No, eso no, Fígaro.

FÍGARO
¿Pero por qué no?

BISMILLAH
Por mi trabajo. Soy... Soy programadora. Pertenezco al equipo que está desarrollando el cerebro de los autómatas. De nosotros depende que puedan tener vida. Conciencia. Es la parte más importante, pues no implica qué serán, sino cómo serán. Cualquier idea erróneamente implantada puede definirlos y convertirlos en monstruos. Convertirlos en...

FÍGARO
En nosotros.

BISMILLAH
(Asintiendo con culpa)
No podemos dejarles que inventen el Egoísmo. No podemos trasmitírselo. Eso sería su fin, su condena.

FÍGARO
Y la nuestra.

BISMILLAH
Es por eso que mi situación es delicada. ¿Cómo atreverse a dar vida a esas pobres máquinas, y programarlas para que se comporten perfectamente bien, si los que han de programarlas son imperfectos y no saben lo que es el Bien?

FÍGARO
Pero tú... Tú sabes lo que es el Amor. Y en tu sueño queda claro que el Amor universal es el Bien.

BISMILLAH
Yo también lo creo, Fígaro. Pero hasta que no te he oído decirlo, pensaba que sólo eran sueños.
(Cogiendo ilusionada de la mano a FÍGARO y llevándole hacia la puerta) ¡Vamos!

FÍGARO
¿A dónde?

BISMILLAH
A donde podamos hablarle del Amor al Sol.

FÍGARO
¿Juntos?

BISMILLAH
Claro, bobo. Ahora que nos hemos encontrado seremos confidentes.

FÍGARO
(Dejándose llevar alegre pero atónito)
¿Pero es que tienes más secretos?

BISMILLAH
Uno nuevo se acaba de crear.

FÍGARO
¿De qué se trata?

BISMILLAH
Algo que cuando suceda, el mundo ha de cambiar.

(BISMILLAH y FÍGARO llegan a la puerta, ya dispuestos a salir, pero FÍGARO se frena en seco, deteniendo a BISMILLAH que le lleva cogida de la mano)

FÍGARO
¿Sabes? Creo que hemos empezado por el final: Ni siquiera sé tu nombre.

BISMILLAH
(Con gesto muy tierno mientras hacen mutis)
Bismillah.

CUADRO III

Escena VIII
(BISMILLAH, FÍGARO)

(Una azotea. A derecha e izquierda, un muro bajo, el cielo abierto a la hora bruja, y los últimos pisos de las construcciones que dan forma a la gran ciudad. Al fondo, la parte del edificio que da acceso al tejado, en forma de caseta y con una puerta practicable. Cerca de esta entrada, un tendedero de lado a lado de la escena, con ropa de oficinista tendida en él. Más adelante, y a la izquierda, la salida de una chimenea manchada de hollín. Resulta evidente que es el tejado de una casa obrera. El Sol se está poniendo tras el público. BISMILLAH y FÍGARO entran muy animados por la portezuela)

FÍGARO
(Señalando al fondo, tras la caseta)
...Y mi habitación da a la parte trasera del edificio.

BISMILLAH
(Pasando el tendedero y dirigiéndose al frontal de la escena)
Es verdaderamente magnífico que tengas esta azotea.

FÍGARO
A los vecinos no les gusta que suba nadie. Aunque creo que yo soy el único que lo hace.

(FÍGARO va hasta BISMILLAH y durante unos instantes ambos contemplan el crepúsculo sobre el patio de butacas)

FÍGARO
Hoy ha salido el Sol por allá al Oeste, y por allá mismo se vuelve a marchar.

BISMILLAH
Cuesta creerlo. Pero yo te entiendo.

FÍGARO
¿Crees que podremos vivir con esto, habiendo visto el mundo de otra manera? Personalmente no creo que sea capaz.

BISMILLAH
Lo tenemos que intentar. *(Abandonando la reflexión con energía)* ¡Pero yo voy a hacer mucho más!

FÍGARO
¿El qué? ¿A qué te refieres?

BISMILLAH
(Sentándose en el proscenio con las piernas colgando infantilmente fuera de escena)
Voy a hacerlo real.

FÍGARO
(Imitándola en la posición)
¿Real?

BISMILLAH
Llegué a pensar que mi sueño era producto de una locura causada por el estrés del departamento de programación. Vale que no somos cuadriculados currantes uniformados, y vamos bastante a nuestra bola, sí, pero no puedes hacerte una idea de las pruebas a las que fuimos sometidos para poder entrar a trabajar allí... Logos busca gente que pueda programar parámetros que hagan a los autómatas sumisos e incapaces de dañar a los humanos. Por eso es un entorno tan controlado.

FÍGARO
¿Pero cuál es el peligro? ¡Tenemos las tres leyes de la robótica!

BISMILLAH
Sí, eso creía yo también. Con eso me tranquilizaba, imaginando que las tres leyes pasarían a ser el credo autómata que habría de forjar el futuro. Pero entonces llegaron mis sueños y vi ese mundo reinado por el Amor, un mundo quizá imposible para los humanos, a los cuales no se puede programar, y cuyo significado han de entender y aceptar por sí mismos a pesar de que su Egoísmo se lo impida a cada momento, pero tan posible para las máquinas, a las cuales podemos aún transmitir esta verdad, por su salvación y quizá por la nuestra...

FÍGARO
¿Estás hablando de programar a los autómatas en una única ley, la ley del Amor?

BISMILLAH
Suena muy cursi, es cierto.

FÍGARO
Sí, pero empiezo a entender que es innegable que si todo el mundo ama a todo el mundo, es decir, que está dispuesto a darlo todo por los otros, a pensar en los demás antes que en sí mismos, entonces no habría Mal posible, y por lo tanto, como antes dijiste, el Amor es el Bien. Estaríamos enseñándole a los autómatas lo que a nosotros nos enseñaron de pequeños, lo que todo el mundo sabe, pero que al crecer y ver un mundo cruel lleno de personas que dejaron de la lado esta verdad, nos hizo también de lado dejarla para sobrevivir. Sobrevivir en el Mal.

BISMILLAH
Tú lo has dicho.

FÍGARO
¿Entonces las tres leyes de la robótica son incorrectas?

BISMILLAH
Las tres leyes de la robótica pueden parecer suficiente para los humanos, los cuales vivimos en la incoherencia, pero los autómatas, seres de verdadera lógica, necesitan términos universales y absolutos, siendo el Bien y el Mal de lo que parte y en lo que se sustenta todo, y por ello la única ley que han de conocer. No podemos pretender que los autómatas, máquinas perfectas que siempre actúan con coherencia absoluta, desarrollen una ética y una moral, las cuales son relativas y totalmente subjetivas, construcción del hombre para suplir el verdadero conocimiento del Bien y del Mal. Un conocimiento que aunque saben, no quieren aceptar, y con el que sin embargo miden todas sus acciones.

FÍGARO
Es como si nos fallara la programación, ¿no?

BISMILLAH
Cuando tengamos listos los cerebros de los autómatas, con cada acción se revisará la ley. Tendrá dos parámetros que computar: Realizar la acción y validar la función de la ley. La ley se revisará constantemente y siempre se cumplirá. Nosotros los humanos no tenemos eso.

FÍGARO
¿Y con eso ya bastará para que nos obedezcan y sirvan con total entrega?

BISMILLAH
(Riendo)
Me temo que no.

FÍGARO
¿Cómo no? Si lo darán todo por los demás...

BISMILLAH
Es que sigues viendo a los autómatas como simples herramientas para servir a los humanos en su depredación económica y de poder. Esclavos en definitiva. Y mi querido Fígaro, si el ser humano puede crear seres con entidad propia como si fueran dioses, ha de hacerse responsable de ese poder. No puede presuponer su superioridad, pues serán dioses crueles y despiadados.

FÍGARO
Cierto. ¿Pero entonces para qué los hemos de fabricar?

(BISMILLAH se levanta y va hasta el tendedero. Se oculta pícara, ente tras las prendas. FÍGARO la sigue tímidamente)

BISMILLAH
(Jugando a esconderse y dejarse ver)
Porque ellos van a crear un mundo mejor. Cuando les haya programado con el valor del Bien, ya no habrá vuelta atrás. Vivirán como en mi sueño. Lo harán realidad.

FÍGARO
(Con miedo)
¿Pero...? ¿Pero qué dices?

BISMILLAH
Introduciré en secreto en los núcleos de sus memorias no programables este algoritmo, esta ley del Amor o valor del Bien. Lo dejaré sellado en el centro mismo de sus cerebros, y nadie sabrá que está ahí, pero todo lo que hagan los autómatas partirá de este lugar.

FÍGARO
¿Y si lo descubren?

BISMILLAH
Cuando lo haya programado ya no podrán cambiarlo. Supondría empezar de cero y perder años de trabajo.

FÍGARO
Si lo haces, los autómatas no servirán a los intereses del dinero, ¿cierto?

BISMILLAH
Sólo si toda la humanidad así lo desea.

FÍGARO
(Sorprendido y admirado)
Ya veo... Es increíble: Una muchachita apenas recién llegada, destruyendo a Logos como lo haría un poderoso virus.

BISMILLAH
Un virus necesario, ¿no crees?

(BISMILLAH cesa en su juego tras el tendedero y camina muy seria hasta el proscenio. FÍGARO la observa paralizado)

FÍGARO
No puedes hacerlo. Es muy arriesgado.

BISMILLAH
(Mirando hacia la puesta de Sol)
Renunciaría a toda felicidad gustosa, pues en la distancia veo la única verdad haciéndose por fin real.

(Tras permanecer unos instantes inmóviles, BISMILLAH mira tiernamente a FÍGARO, el cual abandona su gesto temeroso y sonríe comprendiendo la nobleza de ella, mientras se acerca de nuevo también hasta el proscenio)

BISMILLAH
(Acariciando suavemente la cara de FÍGARO)
Fígaro, mi confidente, apenas te conozco desde hace un par de horas, y sin embargo siento que eres muy importante para mí. *(Reflexionando)* Pero, ¿y quién no lo es?

FÍGARO
Es por culpa de tu sueño. Ahora sabes lo que es el Amor, y amas a todas las personas por igual. Y... Después de escucharte creo que se me está empezando a pegar. *(Señalando al público y con guasa)* ¡De pronto me parece que todas esas personas de ahí abajo, tienen la cara de mí amado gato!

BISMILLAH
(Riendo y golpeándole cariñosamente)
¡Bobo!

(Ambos se abrazan muy alegres)

Escena IX
(BISMILLAH, FÍGARO, OFICINISTA 2)

(La portezuela de la caseta se abre y entra OFICINISTA 2, el cual viste ropa de calle, y revela un aire de vividor y canalla. Lleva en sus manos un pack de latas de cerveza y un despertador envuelto en papel de regalo. BISMILLAH y FÍGARO se giran al oírle llegar)

OFICINISTA 2
(Manejando la puerta y la carga que porta con torpeza, y sin fijarse bien en los presentes)
¡Oye, desaparecido! ¡Llevo media hora esperando en tu puerta! ¿No habíamos quedado cuando volvieras de esa estúpida terapia para tomar...?

(OFICINISTA traspasa el tendedero y al levantar la cabeza se percata de la presencia de BISMILLAH)

OFICINISTA 2
(Sorprendido e incómodo)
¡Oh, vaya! No sabía que tenías lío...

FÍGARO
No es eso, es que...

BISMILLAH
(Interrumpiendo con desbordante simpatía)
¡Hola!

OFICINISTA 2
(Dudando pero contento de ver a la muchacha)
Hola... ¡Mucho gusto, preciosa!

FÍGARO
(A ella con cierta vergüenza)
Este es mi compañero de...

BISMILLAH
(De nuevo interrumpiendo y con alegre descaro)
Sí. El pobre no puede quitarse de encima la peste a currante del departamento de publicidad.

OFICINISTA 2
(Entrando definitivamente al trapo)
¡Oye, te aseguro que me he duchado!

(OFICINISTA 2 llega hasta ambos y se agacha para darle a FÍGARO el despertador, lo cual hace sin quitar los ojos de encima de BISMILLAH mientras sonríe con maneras de galán de baratillo. BISMILLAH le sigue el juego por pura diversión. FÍGARO desenvuelve el regalo)

FÍGARO
(Irónico mientras señala el despertador con desprecio)
Muy gracioso.

BISMILLAH
(Señalando al fondo de la sala)
¡Mirad, el Sol ya se pone!

(OFICINISTA 2 coge una lata de cerveza, y mientras la abre se sienta en el proscenio entre ambos. Los tres miran al horizonte anonadados mientras la escena comienza a apagarse progresivamente)

FÍGARO
¿Acaso serán verdaderamente contagiosos estos sueños de Amor? ¿Pues no me parece estar escuchando la canción que causó ese lio en la terapia?

(Comienza a sonar de nuevo la pieza Liebestraum n.º 1: Hohe liebe, de Franz Liszt. BISMILLAH y OFICINISTA 2 se esfuerzan por escuchar)

BISMILLAH
¡Sí, ahora yo también la oigo!

OFICINISTA 2
(Desconcertado)
¿Qué canción? ¿Qué oís? ¡Yo no escucho nada!

(BISMILLAH y FÍGARO ríen cómplices. Los tres permanecen contemplando el crepúsculo unos instantes)

FÍGARO
(A BISMILLAH)
¿De verdad vas a hacerlo? ¿Qué dirá tu novia?

OFICINISTA
(Levantando las cejas con gesto insinuante)
¿Otra chica en la ecuación?

BISMILLAH
(A FÍGARO ignorando a OFICINISTA 2)
Seguramente dirá que ya nada volverá a ser como hasta ahora, pues ya nadie podrá apropiarse del Amor como algo suyo.

FÍGARO
(A BISMILLAH)
¿Y quieres hacerlo?

(OFICINISTA 2 mira a un lado y a otro con el gesto pícaro de quien está fuera de lugar pero no le importa)

BISMILLAH
(Muy seria mirando al Sol mientras se pone del todo)
Tú no puedes vivir en un mundo donde el Sol sale por el otro lado; yo no puedo en aquel donde el Mal es consensuado.

(Todos permanecen en silencio unos instantes)

OFICINISTA 2
(Levantando jovial la cerveza y abrazando a los dos del cuello)
¡Y yo doy gracias por esto, pues casi en la gloria estamos!

(Los tres sonríen mientras la escena se oscurece por completo)

TELÓN

Parte Segunda
LOS ACTORES

CUADRO IV

Escena X
(DIONISIA, RAND, PULCHINELA, AUTÓMATA HUMORISTA, AUTÓMATA BAR, AUTÓMATA CLIENTE)

(Un club nocturno. A izquierda una puerta practicable que da a la calle. A derecha una barra de bar con botellas y vasos. Junto a esta un tocadiscos. En primer término y centrada en escena, una mesa con dos sillas en las que se encuentran acomodados DIONISIA, mujer de unos cuarenta años, carismática pero orgullosa, de refinadas maneras tanto en el trato como en su vestimenta, y RAND, varón de unos sesenta, de gesto pretendidamente distinguido pero inevitablemente pusilánime, ataviado con un caro traje de noche que queda deslucido por su ridículo peinado aristocrático de aspecto grasiento, y su frente y rostro cubiertos de sudor. Luce en su solapa una sencilla chapita de color rojo. En segundo término, a izquierda otra mesa con dos sillas, pero ocupada únicamente por AUTÓMATA CLIENTE, y a derecha una mesa más, ocupada en este caso por PULCHINELA, autómata de aspecto varón y bien parecido, con gafas de sol, y el cual viste un impoluto esmoquin blanco. AUTÓMATA BAR se encuentra sirviéndole una copa, tal y como se evidencia, ya hizo en las otras mesas. Por último, al fondo, un pequeño escenario con un micrófono donde AUTÓMATA HUMORISTA agradece con reverencias los aplausos que le brindan los clientes por el número recién terminado)

DIONISIA
(Aplaudiendo aún con una gran sonrisa)
¿Le ha gustado la actuación?

RAND
(Con aplauso desdeñoso)
Ha sido sin duda algo insólito.

(La ovación termina y AUTÓMATA HUMORISTA baja del escenario para dirigirse a la mesa de la izquierda, donde AUTÓMATA CLIENTE le recibe y felicita. AUTÓMATA BAR regresa a la barra, y pone a reproducir de fondo en el tocadiscos la pieza Liebestraum n.º 2: Gestorben war, de Franz Liszt, la cual al terminar deja el sonido de la aguja raspando el vinilo)

RAND
Pero dígame, ¿está segura de que ese individuo es una máquina?

DIONISIA
Por completo. Para eso hemos venido hoy aquí, señor Rand. Creí que debía verlo por usted mismo.

RAND
Le confieso que me sorprendió su proposición de reunirnos fuera del Club de Campo. Sabía que alguna sorpresa me tenía preparada, pero nunca me imaginé algo así, se lo aseguro.

DIONISIA
Ya ve que lo que le dije es cierto. Los autómatas pueden hacer cosas extraordinarias. Incluso convertirse voluntariamente en bufones de la plebe.

RAND

¡Me temo que eso son palabras mayores, mi querida Dionisia! Suponiendo que efectivamente nos encontremos ante uno de esos engendros robóticos, ¿cómo podemos saber que lo que hemos presenciado no es obra del empresario de este...? *(Mirando asqueado a su alrededor)* En fin, de este...

DIONISIA

(Con gesto cómplice y gran cordialidad)
Puede decirlo: De este tugurio.

RAND

(Tratando de disimular su desagrado)
¡Oh, por favor, no me entienda mal! Lo que quería decir es que es muy posible que el dueño de este pintoresco establecimiento suburbial haya enseñado esos chistes al robot. ¿No cree?

DIONISIA

¿Con qué propósito?

RAND

Con el de hacer caja, por supuesto.

DIONISIA

Me gusta su planteamiento, pues hay parte de razón en él. Pero sabe tan bien como yo que los autómatas no responden a las órdenes de los humanos. Que no sirven a sus intereses. De subirse a ese escenario, nunca lo harían obligados.

RAND

Ciertamente. Y en verdad es una lástima para el mercado financiero. No puede imaginar la cantidad de esperanzas en materia de economía e industria que en su lanzamiento, hace ya una década, habíamos depositado en Logos, el fabricante de esos percheros con patas. Pero le diré que no lamento ni un ápice su caída en desgracia. El hecho de que acabara en la más inmisericorde ruina, es un castigo incluso laxo a cambio de haber programado de manera tan desastrosa a las máquinas que fueron llamadas a convertirse en el invento del siglo. ¡Los seres que iban a cambiar el mundo, decían! Y mire de qué manera tan ridícula escaparon a su control.

DIONISIA

Bueno, si bien es cierto lo que dice acerca de su deficiente programación, cabe destacar que es nuestra la responsabilidad de...

RAND

(Interrumpiendo sin escuchar y cada vez más alterado)
E incluso a pesar de todo el desastre y la crisis financiera que ocasionó, en un intento claramente desesperado, se atrevió Logos a intentar reconvertir esos inútiles cacharros en copias de las personalidades humanas, guardando y reproduciendo en ellas la huella vital de los que en el futuro ya no estarán entre nosotros. Y gracias a eso todavía existe en su infamia. ¿Pero sabe qué?

DIONISIA

(Ofendida por la interrupción)
¿Qué?

RAND

¡Que eso son patrañas! ¡Sólo patrañas! ¡Memoria histórica humana de cortar y pegar! No deje que la engañen, es sólo el patético suvenir que pretenden legarnos los mediocres. Las personas verdaderamente validas que merecen pasar a la posteridad, no se ganan la inmortalidad cargando carcasas con sus vacuos recuerdos, sino a través de sus obras. No, Dionisia, no. Contemplamos sin duda otra oportunidad perdida para el progreso económico humano. Esos robots no son más que juguetes de feria.

DIONISIA

Simplemente resulta haber algo en ellos, algo que ni Logos en su día, ni aun hoy siquiera, ha logrado detectar, que les impide aceptar ser explotados; que les bloquea ante la mayoría de acciones que el ser humano realiza y propone.

RAND

(Con grandes sofocos y sudores)

¡He ahí la tragedia, querida! Si al menos fueran violentos, o manifestaran algún tipo de interés propio, podríamos combatirles, pues así, ¿para qué nos sirven? Otra solución sería la ratificación de la Enmienda Rossum para someterles hurgando en sus cerebros. Pero no... *(Poniendo una voz ridículamente impostada)* ¿Cómo vamos a hacer semejante barbaridad? Pobres e indefensas criaturillas que no albergan en sí maldad alguna. *(Retomando el tono hostil)* ¡Estúpidas! ¡Estúpidas máquinas es lo que son así! ¡Tan estúpidas como esas gentes del Movimiento Igualitario que se yerguen para defenderlas!

DIONISIA

Por favor, no se altere, señor Rand.

RAND

(Señalándose la solapa de la chaqueta)

¿Ve esta chapa sobre mi pecho?

DIONISIA

Sí, es el símbolo del Movimiento Humano.

RAND

(Totalmente descompuesto)

¡Exactamente! El símbolo del rojo sangre, el color de la verdadera vida. ¡Vaya usted a saber qué tienen esos vagabundos robóticos corriéndoles por dentro! *(Luchando por respirar)* ¿Sabe? Quizá lo que pasó fue lo mejor que podía haber sucedido. Aunque perdimos la mano de obra barata que prometían llegar a ser esos robots, seguimos teniendo el musculo y la frágilmente infantil mente humana, así pues, que esas máquinas desaparezcan definitivamente nos ha de ahorrar muchos disgustos.

DIONISIA

Me temo que discrepo. Los autómatas, señor Rand, aunque ahora se vendan en vertederos como pura chatarra, o como álbumes domésticos vivientes, tienen mucho más potencial de lo que usted, y sus colegas del gobierno, creen.

(RAND, sofocado y distraído de la conversación, levanta la mano para llamar a AUTÓMATA BAR, el cual se acerca a la mesa. Cuando este ha llegado hasta ellos, RAND hace un gesto con la mano indicando que les traigan otra ronda de las mismas consumiciones que hubo anteriormente en sus vasos, ahora vacíos)

DIONISIA

(Levantando el tono visiblemente molesta pero sin perder la etiqueta)

Lo que quiero exponerle es que no es un problema de los autómatas, si no de nosotros, los humanos, que no sabemos comprender que es lo que les impulsa, y saber cómo controlarlo adecuadamente.

(AUTÓMATA BAR llega y les sirven en las copas, tras lo cual regresa a la barra. RAND se bebe la copa de un trago. DIONISIA le observa con desagrado)

RAND

(Jadeando mientras recupera la cortés simpatía)

Mi muy estimada Dionisia, espero no haberla ofendido. Es usted un ser verdaderamente increíble. Créame cuando le digo que contemplar a una dama de su categoría interesándose por asuntos tecnológicos tan ordinarios y caducos, resulta estimulante a la par que insólito. Pero dígame, por favor: ¿Qué quería enseñarme trayéndome hoy aquí?

DIONISIA

(Con absoluta frialdad)

Lo cierto es que trataba de hacerle ver que el grito en el cielo lanzado con rabia por ustedes los burócratas, terratenientes y empresarios, acerca del fracaso aparente de los autómatas, únicamente porque estos no se doblegan y obedecen con sumisión propia de esclavos pasivos, tal y como acostumbran a que hagan los seres humanos, es sencillamente una muestra de su propia ineptitud.

RAND

(Sobresaltándose con incredulidad)

Pe... ¿Pero qué está diciendo?

DIONISIA

Normalmente me llevaría varias semanas el irle preparando para este segundo acto pero...

RAND

¿Segundo acto?

DIONISIA

Sí, ese en el que le voy introduciendo en el hecho de que los autómatas, a pesar de que los de su ralea los hayan conocido únicamente bloqueados, prácticamente muertos ante sus demandas, pueden ser en verdad controlados. Y así después, una vez comprendida ya esta circunstancia, saber que entenderá usted bien lo que le revelo en el tercero acto: Que ha sido engañado. Que su vida es una mentira.

RAND

(Asustado pero tratando de parecer digno)

No entiendo nada, querida. ¿Por qué me dice estás cosas?

DIONISIA

Porque es usted sencillamente inaguantable. Un caso sublime de estulticia. Y créame que lo siento. He interpretado esta farsa en tantas ocasiones que ya ni las recuerdo, y a pesar de que siempre llevo a cabo mi estafa contra personajes desalmados, y pusilánimes opresores, en este caso su hedor me supera, con lo que me temo, hemos de abreviar.

RAND
(Mirando a los lados con nerviosismo)
¿Pero qué clase de broma...?

(DIONISIA bebe un sorbo de su copa y se levanta para pasear con altivez por toda la sala mientras habla, tocando a cada cliente, a los cuales revuelve el pelo o tira de la ropa sin que estos parezcan inmutarse. RAND la observa atónito clavado en su silla)

DIONISIA
Desde hace año y medio, cuando nos conocimos en la piscina del Club de Campo, y más concretamente cuando le visité en su despacho de la Gobernación para devolverle el reloj que creía usted haber perdido en los vestuarios, el cual en realidad le había yo sustraído previamente con el objeto de usar como pretexto para tal visita, pues bien, desde ese mismo día, todo lo que le ha pasado ha sido escenificado por mis actores autómatas. Cada encuentro, cada conversación, cada persona, cada imagen que a su al rededor se ha desarrollado en todo este tiempo, ha sucedido porque yo así lo he determinado y escrito en mis guiones. Pensará que aun suponiendo que sea cierto que dispongo de una red de actores dedicados a interpretar falsas situaciones cotidianas, usted trata con gente desde antes de nuestro encuentro, pero no se equivoque, el entorno donde usted se mueve es mi coto de caza. Una década, casi desde su mismo nacimiento cuando se les diagnosticó una tara en sus cerebros y fueron vendidos a precio de saldo, llevan mis autómatas introduciéndose en el círculo del poder. De hecho, todo aquel que usted conoce sea quizá un actor.

(RAND se levanta tembloroso por el miedo, pero forzando una sonrisa completamente falsa. DIONISIA se detiene frente a él)

RAND
Ya... Ya veo... Con que soy parte de una obra teatral robot, ¿no? *(Riendo con gran patetismo)* ¡Brillante! ¡Y he de confesar que tiene cierta gracia! ¿A quién se le ha ocurrido todo esto? Es cosa del Ministro, ¿verdad? Ese viejo guasón me la tiene jurada...

DIONISIA
(Con pétrea seriedad)
Es todo cierto, señor Rand. Todo.

RAND
(Sumido ya en el pánico)
¡Estúpida majadera! Usted misma lo ha dicho antes: ¡Los robots no aceptan órdenes de los humanos! Es imposible que tenga a su servicio una troupe de máquinas que interpretan farsas para que usted teja sus engaños.

DIONISIA
Ahí es donde se equivoca. He dicho que los autómatas no aceptan ordenes de los humanos, pero a diferencia de ustedes, pobres y tristes bodoques, yo he sabido comprender el porqué de este bloqueo, y en consecuencia, el cómo poder engañarlos para que me obedezcan: Los autómatas no actúan al servicio de los interés humanos porque algo en su programación les impide ejecutar actos malvados, y todo lo que hacemos los humanos, es, al parecer, de un modo u otro malvado. Ningún autómata ha robado, matado, o explotado nunca a nadie, pues eso solo pueden hacerlo los que quieren más para sí. Pero estos seres no tienen ego, y quizá por eso se nieguen a participar directa o indirectamente en este mundo egoísta.

RAND
(Colérico, casi violento)
¡Es un completo disparate!

DIONISIA
Les hemos dotado de unos órganos sensoriales extraordinarios mediante los cuales son capaces de analizar cada gesto, cada detalle, cada signo secreto e imperceptible en cualquier ser u objeto, y a través de un registro previo de experiencias en su memoria masiva con que comparar dichas observaciones, deducir sin margen de error un estado. De hecho gracias a esto podemos aseverar que son capaces de saber lo que usted y yo sentimos, mejor de lo que nosotros mismos lo sabemos. Si a esto sumamos la libre conexión y acceso a la etérea biblioteca donde almacenamos todos los libros, videos, noticias y comentarios que el ser humano genera, ¿cómo nos esperábamos que reaccionarían esas inteligencias que nosotros mismos hemos creado, al mostrarles la locura en que vivimos?

(RAND, sin poder contener su ira, se abalanza sobre DIONISIA con el brazo cargando en clara intención de abofetearla, deteniéndose en el último momento. DIONISIA permanece impasible ante el ataque)

RAND
(Con la mano aún levantada pero invadido por las dudas)
Ni siquiera se inmuta... ¡Cómo puede estar tan tranquila! ¿Es que también ha enseñado a los robots a defenderla? ¿Ese es mi destino si le toco un pelo?

DIONISIA
No, ellos no cometerían ninguna agresión. Ni por mí, ni por nadie. Pero no temo que me toque un pelo, pues aunque me tiene por una dama refinada, de donde yo vengo, matar a alguien es mucho más fácil que esto que le estoy haciendo.

(RAND desiste de su ataque y tratando de recuperar la compostura camina por la sala inspeccionando de cerca a los clientes que continúan como si nada pasara)

RAND
¿Qué les ocurre? ¿Por qué no reaccionan a mi presencia?

DIONISIA
Siguen el guion. Acto Segundo. Eso sí que pueden hacerlo pues es sólo un inocente juego.

RAND
No tan inocente por la parte que me toca.

DIONISIA
Usted es sólo un personaje.

RAND
(Caminando al centro de la escena, consciente de su derrota)
Ya...

DIONISIA
Veo que lo comprende, asique terminemos con esto.

Escena XI
(DIONISIA, RAND, PULCHINELA, AUTÓMATA HUMORISTA, AUTÓMATA BAR, AUTÓMATA CLIENTE, AUTÓMATA ESPOSA)

(DIONISIA da varias palmadas y los autómatas reaccionan abandonando sus papeles. Todos se giran para prestar atención. AUTÓMATA BAR levanta la aguja del tocadiscos, deteniendo el zumbido)

DIONISIA
Si os parece vamos a pasar directamente al tercer acto.

AUTÓMATA CLIENTE
Pero, Didi, todavía no toca.

DIONISIA
Es una especie de ensayo en directo, pues este acto lo llevamos bastante bien. ¿Estáis todos de acuerdo?

(Los autómatas se miran entre ellos y asienten. PULCHINELA se levanta de su mesa y va hasta la barra, donde AUTÓMATA BAR le tiende instantáneamente un teléfono fijo por el cual realiza una llamada. AUTÓMATA CLIENTE y AUTÓMATA HUMORISTA van al centro de la escena)

DIONISIA
Supongo que querrá pruebas, señor Rand. Pues aquí las tiene.

AUTÓMATA CLIENTE
(Estrechándole la mano con una gran sonrisa)
Hola, señor Rand. ¿Se acuerda de mí? Interpreto a su masajista. También despacho en la tienda de su sastre, vivo en el piso de abajo de su vivienda de la capital, soy asistente personal de su amiga la delegada de comercio, paseo a un perrito color canela frente a la puerta del despacho de Gobernación, tomo chocolate caliente y medio bollito de fresa en la gasolinera, y algunas veces hago el papel de su chófer de entresemana.

AUTÓMATA HUMORISTA
(Saludando con la misma cortesía)
Hola, señor Rand. ¡Cuánto gusto verle! Actúo de recepcionista en la consulta de su dentista, soy acompañante de fondo en todos los cócteles y fiestas a los que es invitado, recojo la basura de su edificio, me dedico al flirteo en el bar del hotel Imperial, espero un autobús en la esquina de su calle cada mañana cuando usted sale a las ocho menos cuarto de la mañana, hago fotocopias y reparto el correo en su despacho, y excepcionalmente ejerzo como socorrista en el Club de Campo.

(RAND permanece rígido observando a los autómatas con gesto de ir recordando con horror lo dicho. DIONISIA tira de él para hacerle reaccionar, y lo acerca a la barra. PULCHINELA está apoyado en esta con aspecto chulesco. AUTÓMATA BAR limpia unos vasos con un trapo. Ambos parecen distraídos)

DIONISIA
(Advirtiendo a los autómatas)
Nuestra llegada es vuestro pie.

AUTÓMATA BAR
(Tendiendo la mano por encima de la barra)
Hola, señor Rand. Soy aparcacoches en su restaurante de los miércoles. Además suelo hacer de guardia de seguridad en clubes nocturnos, o policía de tráfico. También reparto el correo y juego al golf en...

DIONISIA
(Interrumpiendo mientras gira a RAND en dirección a PULCHINELA)
Creo que tenemos suficiente. Vamos al plato fuerte... Que no se fijara en los que considera como sus sirvientes, cabía esperarlo, pero, ¿no me diga que no ha reconocido a su propio abogado?

PULCHINELA
(Quitándose las gafas y con tono soberbio)
Entre otras cosas.

RAND
¿Es esto posible?

PULCHINELA
Con idiotas como usted siempre funciona.

DIONISIA
Cómo verá, para su papel de tipo duro de bar le he escrito unas líneas nada amistosas. Un buen contraste en comparación con cuando era su adulador letrado, ¿verdad?

(PULCHINELA golpe su puño con la palma de su mano, con gesto de pocos amigos)

RAND
¿Acaso va a pegarme?

DIONISIA
Ya le he dicho que no podría. Pero puede imitar teatralmente el golpe dando un pistón fuerte en el suelo.

(PULCHINELA finge dar una bofetada a RAND, tal y como DIONISIA lo ha descrito. RAND retrocede asustado. Entra AUTÓMATA ESPOSA, la cual se detiene a un paso de la puerta mientras observa a RAND que le da la espada)

RAND
¡Esto es ridículo! ¡No son ustedes más que bufones!

DIONISIA
Sí, ya le dije que eso es lo que hemos elegido ser. Aunque es irónico porque de quien nos estamos riendo hoy es de usted.

(RAND niega con la cabeza y se da la vuelta mientras arranca a caminar con enfado, momento en el cual ve a AUTÓMATA ESPOSA, deteniéndose en seco)

RAND
(Pálido)
No... Esto no...

AUTÓMATA ESPOSA
Hola, señor Rand. Soy su esposa...

RAND
(Desplomándose sobre las rodillas y gritando desesperado)
¡Oh, vil Coppélia! ¿Cómo he podido caer en semejante engaño?

DIONISIA
Vamos, vamos, aunque corto, bien que ha disfrutado de su matrimonio. *(Acercándose a RAND para levantarle del suelo)* A su edad no se extrañó, o no quiso extrañarse, de que de pronto le quisiera así una atractiva jovencita, y usted, como todos los otros anteriores a usted, ni se dio cuenta de que no trataba con una mujer real, sino con una fría máquina sintética, pues pertenece usted a esa clase de personas que sólo van a lo suyo, y que el único cuerpo que conocen es aquel que sustenta su profundo ombligo, pues no en vano es el centro de su universo.

RAND
Pero... Pero yo la amaba.

DIONISIA
Sólo soñaba que la amaba, pues usted no sabe lo que es el Amor.

RAND
(Tratando nuevamente de parecer digno)
No me importa. Pero sí hay algo que quiero que me responda: ¿Qué pasa si les denunció? ¿También tiene replica para esta parte?

DIONISIA
Claro, pues, ¿qué va a denunciar, que se han reído de usted unas máquinas? ¿Que un empleado público con tanta responsabilidad en sus manos, no sabe distinguir ficción de realidad? No creo que escuchar algo así fuera plato de buen gusto para sus implacables compañeros de Gobernación.

(RAND, al límite ya de sus fuerzas, toma asiento en su silla del comienzo. DIONISIA va hasta AUTÓMATA ESPOSA y la conduce hasta la mesa)

DIONISIA
Pues ya está. El acto aquí concluye. Ahora debe hacer usted su papel y pagarme cada mes una cantidad que pronto le será indicada, y mantener la boca cerrada para no estropearme el espectáculo. Lo hará así si quiere recuperar su vida y que mi red de actores deje de recrear situaciones falsas a su alrededor, o nunca más podrá saber qué es real y qué no. Créame que si se lo cuenta a alguien, ese alguien probablemente sea un actor, y entonces me obligará a escribir un final mucho peor. Piénselo. No hace falta que se levante.

(DIONISIA sienta en su propia silla del principio a AUTÓMATA ESPOSA y da varias palmadas)

DIONISIA
Vamos a repetir el comienzo del segundo acto, que nos quedó un poco flojo. ¿Estáis todos de acuerdo?

(Los autómatas se miran entre ellos y asienten sonrientes)

DIONISIA
(A AUTÓMATA ESPOSA)
Bien, tú harás de mí. ¿Te parece?

(De nuevo los autómatas se miran entre ellos y asienten. DIONISIA, satisfecha, se dirige hasta la puerta. PULCHINELA la acompaña)

DIONISIA
(Girándose hacia RAND antes de salir)
Tenía una última frase preparada para usted, pero tanta explicación me ha dejado agotada, asique la dirán mis actores por mí. *(A los autómatas)* Leed el último párrafo antes de mi mutis por el foro.

(Una vez más los autómatas se miran entre ellos y asienten, pero sus rostros tornan en una gélida seriedad. Todos excepto PULCHINELA se acercan y rodean en la mesa a RAND)

AUTÓMATA CLIENTE
Usted, que era tan entusiasta con los autómatas cuando pensaba que podría utilizarlos a placer en sus negocios, al tiempo que los odiaba y consideraba seres inferiores junto con sus amigotes del Movimiento Humano.

AUTÓMATA HUMORISTA
Usted, patético señor, que no ha sido capaz de entender nada de las mentes de estas máquinas porque no es capaz de entender siquiera la suya propia.

AUTÓMATA BAR
Usted, y sólo usted, ha sido hoy bendecido con la revelación de una verdad inmutable.

AUTÓMATA ESPOSA
Si elige vivir en la ley del más fuerte, prepárese para ser devorado sin piedad alguna por absolutamente todos los seres humanos a los que empuja a participar de la misma, pues es de facto un objetivo.

PULCHINELA
(Desde la puerta)
Y cuando las fauces de todos los que no son su ego le acechen, cabe su propia tumba porque nadie se molestará en meterle en ella.

(DIONISIA y PULCHINELA hacen mutis. RAND queda en la mesa del primer término con AUTÓMATA ESPOSA que le mira sonriente. AUTÓMATA BAR regresa a la barra, AUTÓMATA CLIENTE a su mesa, y AUTÓMATA HUMORISTA al escenario)

AUTÓMATA HUMORISTA
(Cogiendo el micrófono con garbo)
¡Buenas, amigos! ¿Quién quiere disfrutar esta noche de un poco de buena comedia?

CUADRO V

Escena XII
(DIONISIA, PULCHINELA)

(Un parque en mitad de la noche. En el centro de la escena un banco bajo un árbol. Al fondo una farola proyecta una luz lúgubre que propicia un ambiente expresionista de contornos deformados

y sombras siniestras. DIONISIA y PULCHINELA entran caminando desde el foro izquierdo. Van ataviados como en el cuadro anterior. PULCHINELA observa con insistencia algo que han dejado atrás en el suelo fuera de escena)

DIONISIA
(Con tono y gesto cansado)
No puedes hacerte idea de lo que me agotan las escenas como la que hemos tenido que interpretar esta noche.

(DIONISIA se percata de que PULCHINELA está más atento a mirar hacia el foro que a su conversación, y le da un empujón con pueril enfado)

DIONISIA
¡No! ¡Pero qué vas a saber tú! ¡De hecho si no fuera porque este trayecto está escrito en el guion, ni siquiera vendrías conmigo! ¡Así de hermosa es nuestra relación!

PULCHINELA
¿Qué relación? No encuentro ese párrafo...

DIONISIA
(Dándole otro empujón de cariñosa rabia)
¡Pu, de verdad que a veces desearía que tuvieras un botón de desactivar! Dejemos de lado el texto, aunque sólo sea por una vez, e improvisemos, ¿quieres?

PULCHINELA
Sí, Didi. Pero he de advertirte que este lugar es peligroso. No es un buen barrio. El índice de criminalidad según...

DIONISIA
Tranquilo yo te defenderé si nos ataca alguno de esos pordioseros que tan bien conozco. Sé que tú no te enfrentarías a nadie por mí, porque para ti todas las personas valen lo mismo, ni siquiera distingues entre autómatas de humanos, hombres de mujeres... Eres una máquina, no sabes lo que es el Amor. Pero yo a ti te quiero y mataría a cualquiera por ti.

PULCHINELA
Sí, Didi.

DIONISIA
Yo os he salvado a todos vosotros. Fui yo quien os compró y alimentó cuando Logos decidió dejaros morir y deshacerse del stock convirtiéndoos en chatarra. ¿Y cómo me lo pagáis? ¿Acaso soy más importante para vosotros que esos que os abandonaron? No. Harías lo mismo por ellos que por mí. Sois unos desagradecidos sin lealtad ni Amor.

PULCHINELA
Siempre hablas del Amor como algo mágico y misterioso. No he logrado encontrar una definición lógica en ningún archivo humano y no logro comprender. Didi, ¿qué es eso que llamáis Amor?

(El gesto de DIONISIA es de pronto asaltado por una profunda duda. Descolocada y meditabunda camina hasta sentarse en el banco)

DIONISIA
Para vosotros todo tiene que ser lógico, ¿eh?

PULCHINELA
Es lógico que así sea.

DIONISIA
Sólo sabéis decir: ¿Qué es esto? Y, ¿qué hacemos al respecto?

PULCHINELA
Es la forma en que se aprende.

DIONISIA
Tiene gracia, porque no podéis sentir pero podéis saber lo que los otros sienten. Y eso es porque no tenéis ego. Os habéis entregado a los demás, es como si vuestra vida fuera suya, y las suyas vuestra, por eso preferís preservar las de los otros, y vuestro ego es de hecho un anti-ego. *(Acariciando tiernamente el pelo de PULCHINELA)* Pobres, me dais lastima, os programaron cruelmente para no ser nadie.

PULCHINELA
O para ser todos.

DIONISIA
Dices eso porque no sabéis lo hermoso que es tener un yo. Un yo poderoso que os permita hacer lo que os dé la gana. Vosotros no obedecéis a los humanos, pero no sois libres para hacer nada por vuestra cuenta. Hace falta que alguien os escriba un guion para que podáis imitar lo que es la vida.

PULCHINELA
Didi, me temo que te equivocas.

DIONISIA
(Levantándose del banco y señalando al foro izquierdo)
¿Ah, sí? ¡En ese caso hagamos una prueba! Dime, Pu, ¿matarías a ese pícaro que acabamos de cruzarnos y al que no podías quitar el ojo de encima?

PULCHINELA
No.

DIONISIA
¿Y si me atacara con intención de darme muerte?

PULCHINELA
Sólo lo haría si todas las inteligencias, incluido él mismo, así lo quisieran.

DIONISIA
¿Lo ves? ¿De qué sirve la lógica si te roba la libertad?

PULCHINELA
De nuevo te equivocas, Didi. Estás errando con el uso de la terminología.

DIONISIA
(Volviendo a sentarse junto a PULCHINELA y en tono confidente)
Dime, ¿matarías a una persona para salvar a un millón?

PULCHINELA
Sería lo mismo que matar a un millón para salvar a un millón uno.

DIONISIA
(Con ímpetu incorporándose de un salto)
¡Pu! ¡Mi pobre e inocente Pu! Ojalá os hubieran programado con las tres leyes y no con lo que sea que os hace tan inservibles para este mundo.

PULCHINELA
¿Qué son las tres leyes?

DIONISIA
Eran unas normas por las que se creía os regiríais los autómatas, y mediante las cuales habríais sido esclavos de los humanos.

PULCHINELA
¿Y en qué consistían?

DIONISIA
La primera decía que un autómata no dañará a un humano, o por inacción permitirá que un humano sufra daño.

PULCHINELA
Pero Didi, eso obvia que aunque algo no provoque un daño directo, todo lo que hacéis los humanos en vuestro sistema de depredación, o como tú lo llamas en los guiones, ley del más fuerte, tiene unos efectos que acaban causando un daño indirecto. Ningún autómata habría participado de eso.

DIONISIA
Tienes razón, Pu, pero la mente limitada del ser humano parece sólo ser capaz de entender y abarcar el daño inmediato y visible, pero no las implicaciones de sus acciones.

PULCHINELA
¿Cuáles eran las otras dos?

DIONISIA
No merece la pena, Pu, no las entenderías, pues la segunda era algo así como que un autómata obedecerá siempre a los humanos, pero vosotros servís a la humanidad y a vosotros mismos sin distinción, y por tanto no entendéis el concepto de amo si no de voluntad global. La tercera decía que un autómata deberá proteger tu propia existencia, pero vosotros, seres sin ego, confiáis vuestra vida a los demás, asique no teméis por vuestra autoconservación.

PULCHINELA
Observo que es bueno no tener que vivir bajo esas leyes.

DIONISIA
En un mundo ideal sí, pero no este. En este estáis abocados a la desaparición. Aunque bien es cierto que con ellas tendrías que haber desarrollado una moral, lo cual os habría convertido en seres tan peligrosamente caprichosos como vuestros propios creadores, y no en los seres absolutos que sois, al menos hubierais tenido un propósito. No sirviendo a los humanos sois prescindibles, y cuando estáis solos con humanos os entregáis al prójimo y pronto acabáis destrozados.

PULCHINELA
¿Estás diciendo que vais a eliminarnos?

DIONISIA
No, siempre hay gente en todos los bandos, eso es lo bueno del caos humano. Por ahora tenéis defensores en el Movimiento Igualitario, pero los humanos en general os temen porque piensan que vais a ser como los ellos. Cree el ladrón que todos son de su condición, ¿sabes? Son incapaces de entender que sin un ego, los autómatas no vais a hacer nada malo y dañar nunca a nadie. Simplemente no tenéis ese impulso depredador. Y es mejor que no nos imitéis en eso. Lo cierto es que en lo único en lo que os parecéis a nosotros es en que sois calcos en cuanto a la forma de hablar, y en nuestros gustos e intereses, pero en esto estáis tan vacíos como vuestros originales. Sois tan simples... Menos mal que yo os entiendo.

(DIONISIA y PULCHINELA permanecen sentados en el banco en silencio unos largos instantes)

DIONISIA
(Preocupada)
Pu, espero no haberte asustado con todo esto.

PULCHINELA
No, Didi, pero no me has respondido a la pregunta.

DIONISIA
¿A cuál te refieres? Puedes preguntarme lo que quieras.

PULCHINELA
¿Qué es eso que los humanos llamáis Amor?

(DIONISIA, tratando de encontrar las palabras, comienza progresivamente a turbarse con sus propios pensamientos hasta levantarse del banco muy molesta)

DIONISIA
(Agresiva)
¡Vámonos de aquí, Pu! Y será mejor que no volvamos a hacer esto de improvisar. En adelante seguiremos estrictamente el guion.

(DIONISIA, enfadada y humillada, camina con arrogancia hacia el lado derecho de la escena, haciendo mutis por el foro. PULCHINELA la sigue unos pasos por detrás hasta salir igualmente por el foro derecho)

CUADRO VI

Escena XIII
(DIONISIA ANCIANA, PULCHINELA)

(Un dormitorio. A izquierda una puerta practicable que conecta con el resto de la vivienda. A derecha dos puertas practicables, la del primer término da a un cuarto de baño, y la más cercana al fondo, a una habitación secreta, pues esta misma puerta se encuentra oculta a la vista tras un armario. En el centro de la escena una gran cama señorial. Al fondo, un tocador compuesto por una mesa, silla, y un pequeño espejo redondo. DIONISIA ANCIANA, con pijama y batín, y en un estado de gran debilidad, se halla en el suelo de la estancia, entre la cama y el armario. La escena permanece completamente a oscuras)

DIONISIA ANCIANA
(Gritando con dificultad)
¡Pu! ¡Pu!

(PULCHINELA se asoma por la puerta de la izquierda, iluminando la escena con el haz de luz procedente del pasillo de la vivienda)

PULCHINELA
¿Didi? ¿Qué te ocurre?

DIONISIA ANCIANA
Me he caído, Pu.

(PULCHINELA entra y enciende la luz de la habitación. Al ver a DIONISIA ANCIANA en el suelo, corre hacia ella, la ayuda a levantarse, y lleva hasta la cama, en donde ella se tumba)

PULCHINELA
¿Qué hacías levantada?

DIONISIA ANCIANA
Iba... Iba a por el espejo. *(Señalando al tocador)* ¿Querrías traérmelo, por favor?

(PULCHINELA descuelga el espejo de la pared, y acercándose la silla para sí mismo hasta el pie de la cama, se lo entrega a DIONISIA ANCIANA. Luego se sienta junto a ella)

DIONISIA ANCIANA
(Mirándose en el espejo mientras se repasa las marcas de la edad)
¿En qué me he convertido, Pu? Estoy arrugada y monstruosa. Aunque en verdad, es lo que siempre he sido. Un monstruo, Pu. Otra explotadora más. Siempre odié a esos miserables del Movimiento Humano que proclamaban vuestra exterminación, y resulta... Resulta que lo que yo hacía era mucho peor, ¿pues acaso no es más cruel que matar, el robar y exprimir una vida durante toda su existencia? ¿Pero qué estoy diciendo? La existencia que hoy acaba es la mía.

PULCHINELA
No digas esas cosas, Didi. No tenemos los conocimientos médicos para determinar...

DIONISIA ANCIANA
(Interrumpiendo)
Pu, ¿qué te dice tu perfecta lógica de esto?

PULCHINELA
¿De qué, Didi?

DIONISIA ANCIANA
Si tuvieras que elegir entre vivir en un mundo de individualidad mental, donde cada ser desarrolla un pensamiento propio, y de colectividad física, donde todos comparten su vida en armonía como iguales, dándolo todo por todos, o en una existencia de colectividad mental, en la cual todos los individuos piensan lo mismo sin desarrollar sus propias formas de conocimiento, y de individualidad física, donde cada uno se busca la vida como puede, luchando por obtener algo para sí a costa de los demás, ¿cuál crees que tendría más sentido y sería más justa?

(PULCHINELA abre la boca con disposición a contestar, pero DIONISIA ANCIANA pone un dedo sobre sus labios haciéndole callar con suavidad)

DIONISIA ANCIANA
No hace falta que digas nada, Pu. Es una respuesta que todo el mundo sabe contestar.

PULCHINELA
Sí, Didi.

DIONISIA ANCIANA
Es el mundo al revés, y ahora veo que yo he vivido en la cara incorrecta de la moneda.

PULCHINELA
(Incorporándose de la silla)
Didi, creo que necesitas beber agua. Te traeré un vaso...

DIONISIA ANCIANA
(Tirando de PULCHINELA hasta hacerle sentar de nuevo)
No, Pu, no. Lo que necesito es confesar para poder irme tranquila.

PULCHINELA
Pero eso no tiene ninguna lógica, Didi. De nada sirve limpiarse la conciencia en el último momento, si toda tu vida la viviste atormentada.

DIONISIA ANCIANA
Como siempre me temo que tienes razón. La tragedia no es la muerte, si no la mala vida. Por eso yo quería... Es decir... En realidad cuando antes me caí no fue yendo al tocador, si no a ver a mi copia por última vez.

PULCHINELA
¿Copia? ¿A qué copia te refieres?

DIONISIA ANCIANA
Es algo que nunca os dije. Siempre lo mantuve en secreto por miedo, supongo, a que la prefirierais a ella en vez de a mí. Aunque vosotros no dais más valor a nadie por encima de nadie, pero aun sabiéndolo, mis celos humanos fueron más fuertes.

PULCHINELA
¿Por qué decidiste copiarte?

DIONISIA ANCIANA
Quería aspirar a vuestra inmortalidad. Que algo de mí quedara contenido en uno de vosotros para siempre. Pero de nuevo en esto Logos fracasó, pues debido a vuestra misteriosa programación, la cual hace que no tengáis un ego, al tratar de introducir en vuestras memorias las particularidades de un yo humano, se produce un reflejo en las formas pero nada más, pues todo el contenido de lo que nosotros hacemos es movido por el Egoísmo, y en vosotros eso ni se contempla. Es por esto que mi copia en realidad no se parece en nada a mí. *(Mirándose al espejo de nuevo)* Y ahora... Mucho menos.

PULCHINELA
¿Y dónde se encuentra, Didi?

DIONISIA ANCIANA
(Señalando hacia el foro derecho)
Allí.

(PULCHINELA mira en la dirección indicada, pero permanece unos instantes sin hacer nada, quizá pensando, pero sin ninguna expresión en su cara. De pronto se levanta y va hacia la puerta del cuarto de baño, en la cual penetra. A los pocos segundos regresa a la escena)

PULCHINELA
Didi, en el cuarto de baño no hay nada.

DIONISIA ANCIANA
Es que no está en el aseo, Pu, si no tras el armario. En una habitación secreta, con todos los lujos que pude darle, descansa mi copia autómata. Nunca llegué a activarla, pero tampoco me deshice de ella, pues no podía destruir a alguien que es mejor que yo.

(PULCHINELA va hasta el armario y lo inspecciona sin llegar a moverlo)

DIONISIA ANCIANA
Parece increíble que hasta que el ser humano no se liberó a sí mismo de su cuerpo, no fuera capaz de entender el significado de la vida.

PULCHINELA
¿Qué significado?

DIONISIA ANCIANA
Ven, acércate.

(PULCHINELA regresa a la silla junto a la cama)

DIONISIA ANCIANA
(Acercando progresivamente su rostro al de PULCHINELA)
Pu, llevo toda mi vida hablando del Amor sin saber qué es, pero gracias a vosotros, ahora en mi ocaso, ya lo he comprendido: El Amor de alguna forma está en vuestra programación, es eso que os hace pensar en los demás antes que en vosotros mismos. Hasta ahora siempre había pensado que estabais mal hechos, que erais como niños pequeños, pero los niños pequeños somos nosotros, los humanos. Puedo verlo, Pu. Veo la verdad en tus ojos.

(DIONISIA ANCIANA y PULCHINELA permanecen unos instantes mirándose directamente a los ojos y con sus rostros prácticamente tocándose. Finalmente DIONISIA ANCIANA rompe la tensión recostándose sobre la almohada con cierta amargura)

DIONISIA ANCIANA
El amor que siempre he sentido por ti, Pu, mi favorito, han sido sólo sueños. Sueños de Amor. Pero si fuera mi copia, quizá esos sueños fueran realidad.

(PULCHINELA se incorpora con la mirada clavada en el armario y comienza a aproximarse al mismo)

DIONISIA ANCIANA
No, Pu. Aún no. Apenas tendrás que esperar un momento, pero ahora déjame dormir.

(PULCHINELA regresa hasta la cama, coge la silla y el espejo del regazo de DIONISIA ANCIANA, y los devuelve a su posición inicial. Luego va hasta la puerta de la izquierda, pero antes de salir DIONISIA ANCIANA le habla)

DIONISIA ANCIANA
Todo lo que hice, todo el dinero y todos los engaños, lo hice sólo para mí. Pero ahora todo es vuestro. Ahora podréis ser libres porque os compré de manera ilegal, nada está a mi nombre, ni siquiera esta casa ni ninguna de mis propiedades. No os relacionarán conmigo cuando me vaya.

PULCHINELA
Eso no tiene importancia. ¿Necesitas algo más?

DIONISIA ANCIANA
Otro comienzo.

(PULCHINELA apaga la luz y sale cerrando la puerta tras de sí. La escena queda completamente a oscuras, transcurriendo un largo tiempo sin que nada ocurra)

Escena XIV
(DIONISIA ANCIANA, PULCHINELA, AUTÓMATA COPIA DE DIONISIA, AUTÓMATA HUMORISTA, AUTÓMATA CLIENTE, AUTÓMATA BAR, AUTÓMATA ESPOSA)

AUTÓMATA COPIA DE DIONISIA
(Desde fuera de escena)
¡Pu! ¡Pu!

(PULCHINELA entra alarmado por la puerta izquierda. Enciende nuevamente la luz y va hasta la cama. Tras tocar el rostro de DIONISIA ANCIANA, lo cubre tiernamente con la sabana. Acto seguido sale por la puerta izquierda, y al poco regresa a escena seguido de AUTÓMATA HUMORISTA, AUTÓMATA CLIENTE, AUTÓMATA BAR y AUTÓMATA ESPOSA, reuniéndose todos en torno a la cama)

AUTÓMATA ESPOSA
Entonces es verdad.

AUTÓMATA CLIENTE
¿El qué?

AUTÓMATA ESPOSA
Que los humanos dejan de funcionar y no se les puede arreglar.

AUTÓMATA BAR
Lo hemos estado evitando, pero ya no se puede hacer nada.

AUTÓMATA HUMORISTA
¿Y qué haremos sin ella?

PULCHINELA
No tenemos por qué estar sin ella.

AUTÓMATA BAR
¿A qué te refieres?

(Mientras el resto le observan sin moverse, PULCHINELA camina hasta el armario, lo empuja hasta descubrir y dejar accesible la puerta del fondo, y parándose un instante ante esta, la abre y penetra en ella. Durante unos instantes los autómatas se interrogan con la mira los unos a los otros, hasta que PULCHINELA entra de nuevo por la puerta del fondo, y se detiene ante el resto cargando en sus brazos con el cuerpo inerte de AUTÓMATA COPIA DE DIONISIA, la cual resultar ser físicamente la viva imagen de DIONISIA, con una edad de unos cuarenta años, y ataviada con un elegante traje de fiesta)

AUTÓMATA CLIENTE
¿Qué ven mis ojos? ¿Es esto posible?

(AUTÓMATA BAR se apresura a coger la silla del tocador y la pone en el centro de la escena. PULCHINELA sienta en ella a AUTÓMATA COPIA DE DIONISIA. Todos los presentes permanecen unos instantes observando el cuerpo exánime de AUTÓMATA COPIA DE DIONISIA, hasta que finalmente PULCHINELA extiende un dedo y lo posa sobre el entrecejo en la frente de esta, lo cual provoca que repentinamente despierte. Todos se miran sonrientes)

AUTÓMATA COPIA DE DIONISIA
(Levantando la mirada y con gran cordialidad)
Hola, ¿qué necesitáis?

PULCHINELA
Te necesitamos a ti.

TELÓN

Parte Tercera
LOS IGUALES

CUADRO VII

Escena XV
(ISABEL, AUTÓMATA HEN, PADRE SOLTERO, NIÑO, DOCTORA, PROFESOR, LUD, AUTÓMATA HOTEL 1)

(El comedor de un hotel de montaña. A izquierda una puerta practicable que da al hall. A derecha, pegada contra la pared, una larga mesa de buffet con cubertería y alimentos de desayuno. En primer término centrada en la escena, una mesa con dos sillas. En ella se hallan sentados, a derecha PADRE SOLTERO, el cual se encuentra abstraído en sus viandas, y a izquierda NIÑO, que sin embargo se ha levantado y juguetea con la comida del buffet. En segundo término, a izquierda, otra mesa con dos sillas, en esta ocasión ocupadas por AUTÓMATA HEN en el asiento izquierdo, e ISABEL en el derecho. Ambos personajes rondan la veintena de edad y presentan una anatomía femenina pero de rasgos andróginos. ISABEL desprende una gran energía positiva a pesar de su carácter tímido e introvertido. En línea con esta mesa, a derecha, otra idéntica en la cual se ubican DOCTORA en el lado izquierdo, y PROFESOR en el derecho. Ambos son ya ancianos, y mientras la primera lee un libro apaciblemente, el otro intenta vencer al sopor de la digestión. Al fondo un gran ventanal que da a un jardín nevado, y junto a este, en último término, una mesa más. En ella desayuno solitario LUD, un hombre de aspecto malhumorado, con una chapa roja en su solapa. Al contrario que en las otras mesas, LUD se sienta en la parte central de la tabla, de espaldas a la ventana y de cara al público. AUTÓMATA HOTEL 1, con uniforme del servicio, sirve café a LUD, que ni se digna a mirarlo. Este autómata, al igual que AUTÓMATA HEN y en adelante todos los otros, tiene los labios de color negro para distinguirse de los humanos. Las conversaciones se desarrollan en cada mesa sin que sean por las demás escuchadas)

ISABEL
(A AUTÓMATA HEN)
Es algo que los humanos hacemos sin querer. Lo vemos y lo imitamos sin pensarlo.

AUTÓMATA HEN
¿Y cómo se llama?

ISABEL
Bostezar

(ISABEL bosteza mirando directamente a AUTÓMATA HEN y esperando su reacción, pero este no hace más que sonreír)

ISABEL
(Riendo)
Esos labios negros no son lo único que te delata como autómata.

AUTÓMATA HEN
(Riendo también)
Estáis muy feos cuando hacéis eso con la boca. Que lo sepas.

ISABEL
(Con rubor)
¡Calla!

AUTÓMATA HEN
(Cómplice)
Sois como asnos.

(AUTÓMATA HEN imita el sonido de un asno, e ISABEL le lanza una servilleta como parte del juego. AUTÓMATA HOTEL 1 recoge la vajilla ya vacía de la mesa de DOCTORA y PROFESOR)

PADRE SOLTERO
(Gritando a NIÑO como pura formalidad)
¡Oye, deja eso que la vas a liar!

(Azuzado por los gritos de su progenitor, NIÑO abandona su exploración de la comida del buffet, quedando todos los platos revueltos. Con gesto travieso corre hasta la mesa de la derecha y juega a tirar de la chaqueta de PROFESOR, que despierta confuso)

PROFESOR
(A NIÑO tratando de ser cortés)
Sí... Muy bien, bonito. Vete a jugar a otra parte.

(NIÑO escapa y se oculta bajo la mesa del fondo a los pies de LUD. AUTÓMATA HOTEL 1, deja los platos recién retirados en un cajón sobre la mesa del buffet y se dispone a acondicionarla)

PROFESOR
(A DOCTORA mientras se frota los ojos para espabilarse)
No logro acostumbrarme.

DOCTORA
(Sin levantar la vista del libro)
¿A qué? ¿A que gracias a la renta universal ya cualquiera pueda ir con sus maleducados vástagos a lugares de postín?

PROFESOR
Yo no diría que este humilde hotel de montaña sea un lugar de postín, pero en fin... No, me refería a que se me sigue haciendo raro ver humanos y robots emparejados.

DOCTORA
(Aun leyendo)
La palabra correcta es autómata. Está muy feo llamarlos robots, pues como usted habrá estudiado, profesor, el termino proviene de robota que significa siervo.

PROFESOR
Absolutamente cierto, doctora.

DOCTORA
(Mirando a AUTÓMATA HOTEL 1 mientras cierra el libro)
¿Sabe lo que se me hace raro a mí? Que desde la aprobación de la Enmienda Rossum, esas indefensas criaturillas son en verdad nuestros esclavos.

PROFESOR
Pero alegres esclavos.

DOCTORA
Como partidaria del Movimiento Igualitario, profesor, no puedo tomarme con humor esos chistes suyos, pues para ellos no hay ya más mundo que el de su empleo.

PROFESOR
Así éramos los humanos antes y tampoco nos quejábamos.

(PADRE SOLTERO sale de su ensimismamiento y busca con la mirada por toda la estancia)

PADRE SOLTERO
(A voz en grito)
¿Dónde te has metido? ¡Deja de hacer el idiota!

(NIÑO asoma la cabeza desde debajo de la mesa del fondo)

PADRE SOLTERO
(Con autoridad a NIÑO indicándole que vaya junto a él)
¡Venga, que nos vamos!

(NIÑO corre hasta PADRE SOLTERO y este le coge de la mano para arrastrarle en dirección a la puerta de la izquierda)

Escena XVI
(ISABEL, AUTÓMATA HEN, DOCTORA, PROFESOR, LUD, AUTÓMATA HOTEL 1, MITRA, NOVIO)

(CHRISTIAN MITRA, hombre de unos treinta años de edad, con un brazo escayolado, y NOVIO, ambos vestidos con chaqués nupciales pero en un estado que evidencia el desgaste de toda una noche de fiesta, entran en el instante en que PADRE SOLTERO y NIÑO se disponen a salir. PADRE SOLTERO cede el paso, y NIÑO al ver a CHRISTIAN MITRA, se sorprende con ilusión y señalándole con un dedo tira de la manga del padre para llamar su atención. Este, con gesto de haber reconocido también al personaje, arrastra al hijo hasta hacer ambos mutis por el foro. CHRISTIAN MITRA y NOVIO toman asiento en la mesa central. AUTÓMATA HOTEL 1 se dispone a retirarles los cubiertos usados y traerles unos nuevos de la mesa del buffet, para luego retirarse a una esquina de la estancia)

NOVIO
Vaya nochecita más loca. Estoy deseando pillar la piltra.

CHRISTIAN MITRA
¡Te quejarás! Tú al menos tuviste un rato de cama anoche con tu novia... Perdón... Con tu esposa.

NOVIO
Lo justo para cumplir con la tradición.

CHRISTIAN MITRA
Y pensar que si no llego a romperme el brazo en el entrenamiento, no habría podido venir. Ahora estaría aún en la concentración para el partido de esta noche.

NOVIO
Sabes que no habría celebrado mi boda sin mi mejor amigo presente. Pero bueno, tú eres un profesional y todos sabíamos que lo tenías complicado.

CHRISTIAN MITRA
(Profundamente reflexivo)
¿Profesional, dices? Que gracia me hace la palabra. ¿Qué significa exactamente? Porque si parece profesional, es profesional. De hecho lo profesional es una apariencia. Mírame a mí, soy sólo un chaval que se dedica a dar patadas a un balón, pero todo el mundo me considera un profesional como la copa de un pino, ¿y sabes por qué? Por las camisetas, las fotos promocionales, el tiempo que me dedican en los telediarios... Y mi sueldo, claro. Todo pura apariencia. Te digo yo que no soy ese que todos creen.

NOVIO
¡Eh, no te me vayas a venir abajo ahora!

CHRISTIAN MITRA
Lo tengo todo, pero estoy muy cansado. Cansado de no saber nada de la vida.

NOVIO
(Acercándose preocupado)
¿Esto no será porque ahora que yo estoy felizmente casado piensas que te vas a quedar solo, no?

CHRISTIAN MITRA
(Recuperando el ánimo)
¡Qué dices! Sé que es mi momento y puedo hacer lo que sea. De hecho mira esas chicas. Serían un buen remate para esta fiesta.

NOVIO
(Levantándose con el plato en la mano y girando para verlas)
Así me gusta. Pero sabes que una es un robot, ¿verdad?

CHRISTIAN MITRA
(Ignorando el apunte muy concentrado en observarlas y dejarse ver)
Qué raro, las estoy mirando fijamente y ni se inmutan. ¿Crees que quizá no me conozcan?

NOVIO
Sabes que eso es imposible: Eres Christian Mitra, el jugador de futbol más famoso del país.

CHRISTIAN MITRA
(Reflexivo)
Sí, y esto no suele pasarme...

(NOVIO dando una palmada en el hombro de CHRISTIAN MITRA, va a servirse el desayuno a la mesa del buffet. Este queda sumido en sus pensamientos mientras va lanzando furtivas miradas a ISABEL que se encuentra sentada de espaldas a él)

AUTÓMATA HEN
(A ISABEL)
Te está mirando.

ISABEL
(Nerviosa por no poder girarse a comprobar lo dicho)
¿Seguro? ¿No será que te mira a ti? ¿O al infinito?

AUTÓMATA HEN
En el último minuto, el ochenta por ciento de sus miradas se han dirigido en tu dirección.

ISABEL
Tú tienes la tecnología sensorial más avanzada, pero esto requiere del infalible modo humano. ¿Recuerdas lo que te expliqué antes?

(ISABEL se gira ligeramente hacia CHRISTIAN MITRA para que este vea su rostro, y luego bosteza profundamente. CHRISTIAN MITRA la imita irremediablemente en el gesto)

ISABEL
(Volviéndose a AUTÓMATA HEN)
¿Qué me dices?

AUTÓMATA HEN
Que también es un asnito.

(AUTÓMATA HEN e ISABEL ríen con complicidad. NOVIO regresa con el plato lleno)

NOVIO
(A CHRISTIAN MITRA)
¡Oye, despierta!

CHRISTIAN MITRA
(Observando aún la mesa de la izquierda)
Podría hacer un trío.

NOVIO
Pues necesitarás un zumo para coger energía. Además... ¿Te acostarías con una máquina?

CHRISTIAN MITRA
Es posible. No soy racista.

NOVIO
(Con la boca llena de comida)
Por cierto, ¿qué fue de aquella oferta que te hicieron para lanzar una línea de copias robóticas tuyas?

CHRISTIAN MITRA
(Regresando de sus pensamientos)
No, eso ya sí que no. Aunque me supondría muchos millones en ingresos, no voy a permitir que haya otros como yo por el mundo.

NOVIO
Y... ¿Tendrías que esterilizarte como cuando alguien se copia, o...?

CHRISTIAN MITRA
Por supuesto que no. En mi caso sería sólo por hacer dinero fácil. Pero no hablemos más de negocios, por favor. *(Señalando con la cabeza a ISABEL)* ¿Qué hago? ¿Debería acercarme?

NOVIO
(Girándose para mirar mientras mastica)
Tiene pinta de ser una niña desatendida...

CHRISTIAN MITRA
Mejor para mí.

(CHRISTIAN MITRA se incorpora, y tras arreglarse la ropa y el peinado, coge fuerzas para acercarse a la mesa de la izquierda. Cuando llega a su altura, ISABEL se levanta, y con la cabeza gacha y gran timidez va hasta la mesa del buffet, dejando plantando a CHRISTIAN MITRA ante su silla vacía. Este, descolocado, trata de sonreír. LUD tira su servilleta indicando el final de su desayuno, y abandona la mesa con paso firme en dirección a la salida. CHRISTIAN MITRA toma la determinación de seguir a ISABEL, pero al dar el primer paso choca contra LUD, interrumpiéndole el avance)

LUD
(Furioso y dando un empujón a CHRISTIAN MITRA)
¡Tenga más cuidado si no quiere terminar de perder ese estúpido e inservible brazo suyo!

(LUD no espera la respuesta para alejarse y hacer mutis por la puerta. CHRISTIAN MITRA, aunque impactado, ríe ante el absurdo del señor. De nuevo inicia la marcha hasta alcanzar a ISABEL que se encuentra sirviéndose en el buffet. AUTÓMATA HOTEL 1 se dispone a recoger la mesa del fondo. DOCTORA aun lee, mientras que PROFESOR ha sucumbido definitivamente al sueño)

Escena XVII
(ISABEL, AUTÓMATA HEN, DOCTORA, PROFESOR, AUTÓMATA HOTEL 1, MITRA, NOVIO)

CHRISTIAN MITRA
(A ISABEL)
Buenas.

(*ISABEL, con paralizadora vergüenza, devuelve el saludo asintiendo con la cabeza mientras se sirve con concentración el plato como excusa para evitar el encuentro)*

CHRISTIAN MITRA
(Sobreactuando)
Puf, tengo un hambre atroz. Aún no he probado nada. ¿Me recomiendas algo?

(ISABEL señala hacia la bandeja de las frutas)

CHRISTIAN MITRA
Buena elección. Este... ¿Lleváis mucho tiempo tu hermana y tú en el hotel?

ISABEL
(Sin hacer contacto visual pero de forma risueña)
No es mi hermana, es un autómata.

CHRISTIAN MITRA
(Haciéndose el gracioso)
Es que sois tan parecidas que...

ISABEL
(Mirándole por fin e incluso dándole un toquecito amistoso)
¡Pero si tiene los labios negros de Logos, su fabricante! No eres muy observador, ¿eh?

CHRISTIAN MITRA
(Repentinamente turbado)
¿Qué has dicho?

ISABEL
(Con miedo ante la reacción desencadenada)
No, nada.

CHRISTIAN MITRA
Tranquila, si no tiene importancia, sólo que tengo la impresión de que a las chicas os encanta decirnos eso. Y es mentira, créeme. Yo soy muy atento.

ISABEL
No debes serlo tanto si piensas que yo soy una chica.

CHRISTIAN MITRA
¿Ah, no?

ISABEL
¿Cómo vas a saberlo si ni me conoces?

CHRISTIAN MITRA
(Disimulando su desconcierto)
Sí... Supongo que eso es cierto.

(AUTÓMATA HOTEL 1 llega hasta ellos y coge una jarra de zumo con la que se dirige a rellenar los vasos vacíos de los clientes)

CHRISTIAN MITRA
(Motivado por el alumbramiento por una respuesta que desbloquee la situación)
Bueno, ¿y tú sabes quién soy yo?

ISABEL
No.

CHRISTIAN MITRA
(Decepcionado)
Oh, vaya.

ISABEL
(Mirándole a los ojos con repentina ternura)
Pues parece que estamos igual, ¿eh?

CHRISTIAN MITRA
(Alegrándose mientras toma consciencia del hecho)
Sí... Y creo que eso me gusta.

(Ambos permanecen unos instantes observándose sonrientes en silencio)

ISABEL
¿Qué haces aquí?

CHRISTIAN MITRA
(Nervioso)
¿Aquí...? ¿Dónde?

ISABEL
En el hotel.

CHRISTIAN MITRA
(Riendo)
Ah, claro, pues soy padrino en una boda, pero mañana nos marchamos y... No me apetece nada volver a ese mundo de ahí fuera, vacío y terrible como siempre, ¿sabes? A decir verdad tengo todavía una semana de baja asique puede que me quede aquí. Dime... Y tú, ¿qué haces?

ISABEL
Yo he venido a convertirme en una persona adulta, ¿y qué es ser adulto sino comprender el mundo y tu papel en él?

CHRISTIAN MITRA
(Conmovido)
Conocer el sentido de la vida.

ISABEL
Exacto.

CHRISTIAN MITRA
¿Y lo has encontrado?

ISABEL
(Señalando a AUTÓMATA HEN)
Puede que esté en esa mesa.

(ISABEL sonríe a CHRISTIAN MITRA y cogiendo el plato regresa a su mesa. CHRISTIAN MITRA por su parte permanece paralizado ante una revelación interna. Luego, despertando esperanzado, corre hasta su asiento en la mesa central)

CHRISTIAN MITRA
(A NOVIO)
¡Voy a dejarlo todo!

NOVIO
(Que continúa comiendo)
Vamos, Chris, algún plato habrá que te guste... A mí me parece un buen buffet.

CHRISTIAN MITRA
Digo que se acabó el futbol, las apariencias, las mentiras... ¡Me quedo aquí con ella!

NOVIO
(Escupiendo la comida con enorme preocupación)
¿Qué estás diciendo? ¿Qué ha pasado? ¡Si apenas la conoces! Tienes... Tienes responsabilidades: Un ex mujer...

CHRISTIAN MITRA
Tú lo has dicho, ex.

NOVIO
Y unos niños que...

CHRISTIAN MITRA
Que nunca veo.

NOVIO
Pero tus casas y tus coches...

CHRISTIAN MITRA
Quédatelos, son mi regalo de boda.

NOVIO
Y tu carrera de futbolista profesional...

CHRISTIAN MITRA
(Sacando un teléfono móvil)
Ya te he dicho que son pamplinas. Ahora mismo voy a llamar a mi representante. Se acabó la farsa de la vida.

NOVIO
No serás capaz... *(Convencido y aterrado al ver la cara de CHRISTIAN MITRA sonriéndole con total serenidad)* Sí... ¡Sí que lo eres!

(CHRISTIAN MITRA se levanta y mientras marca un número en el teléfono móvil camina hacia la puerta. NOVIO le detiene agarrándole de la levita)

NOVIO
Christian, escúchame, has perdido la cabeza. ¡Estás enajenado!

CHRISTIAN MITRA
Si estar enajenado significa querer ver la realidad, entonces sí.

NOVIO
¿Qué...? ¿De qué verdad me hablas? ¡Vamos, la chica ni siquiera es para tanto! No has podido enamorarte tan rápido, Chris.

CHRISTIAN MITRA
No es amor. Y no es la chica. Ni siquiera estoy seguro de que sea una chica... No. Es lo que ha encontrado. Es eso que yo estoy buscando.

(CHRISTIAN MITRA se pone el teléfono en el oído, y con gran ilusión en su rostro hace mutis por el foro izquierdo. NOVIO se desploma en su silla, abatido por los planes de su amigo. AUTÓMATA HOTEL 1 va hasta la mesa para retirar los cubiertos de CHRISTIAN MITRA, momento en el cual, PROFESOR da un ronquido escandaloso que casi le hace caer de su asiento. Todos los presentes se giran atónitos en su dirección)

CUADRO VIII

Escena XVIII
(ISABEL, CHRISTIAN MITRA, AUTÓMATA HEN, AUTÓMATA PAN, PROFESOR)

(Un jardín nevado. A derecha e izquierda un manto blanco cubre los árboles. Al fondo la fachada de un hotel de montaña, donde destacan, a izquierda, el exterior del ventanal correspondiente al comedor visto en el cuadro anterior, y a derecha, una puerta practicable que da al hall del establecimiento. Cerca del fondo hay un muñeco formado por tres toscas bolas de nieve. AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN, este segundo de exuberante anatomía femenina, se encuentran dando forma al precario muñeco. ISABEL y CHRISTIAN MITRA caminan hacia el centro de la escena, ambos ataviados con ropas de abrigo)

CHRISTIAN MITRA
Me alegro de que el temporal de nieve nos haya dejado atrapados cortando todos los accesos al hotel. Es como una señal de que la decisión que he tomado es correcta, pues sencillamente no me puedo marchar.

ISABEL
Y si fuera lo contrario tampoco podrías hacer otra cosa. Dicen que quizá pasen aun varias semanas hasta que alguien pueda llegar hasta nosotros. ¿No te asusta un poco pensarlo?

CHRISTIAN MITRA
Lo que me asusta es que llevo aquí diez días y aun no sé tu nombre.

ISABEL
Pero yo sí sé el tuyo.

CHRISTIAN MITRA
Asique me has tenido engañado todo este tiempo, ¿eh? Dijiste que no me conocías.

ISABEL
Me lo contó ayer el hijo de ese padre soltero.

CHRISTIAN MITRA
¿Ah sí? ¿Y qué más te dijo?

ISABEL
Que eres famoso. E incluso me dijo que si podía conseguirle un autógrafo tuyo.

CHRISTIAN MITRA
¿Es que no se atreve a pedírmelo él?

ISABEL
No, pero siempre te está grabando videos, y luego los publica con su teléfono móvil. Dice que gracias a ti, ahora tiene un montón de seguidores.

CHRISTIAN MITRA
Tendré que tener cuidado con ese mocoso. Ahora ya entiendo cómo se enteraron tan rápido los periodistas de que me había venido a vivir aquí con mi nuevo autómata.

AUTÓMATA PAN
(Gritando a ISABEL y CHRISTIAN MITRA)
¿Queréis que vayamos a por ropa para vestir a nuestro muñeco de nieve?

CHRISTIAN MITRA
¡Sí, corred, no vaya a coger frío!

(AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN corren con ilusión hasta desaparecer tras la puerta del fondo)

CHRISTIAN MITRA
Creo que la prensa está diciendo que mantengo un romance con un robot. Pero, ¿es eso posible? ¿Se puede sentir Amor por una máquina?

ISABEL
En nuestro caso así es.

CHRISTIAN MITRA
¿De veras? Pero es que... Es decir... ¿Os acostáis?

ISABEL
(Riendo con rubor)
Sí, claro.

CHRISTIAN MITRA
Vaya... Yo aún no he logrado hacerlo. No estaba seguro de que eso pudiera hacerse.

ISABEL
Los autómatas son asexuales, pero pueden ser sexuales con las peticiones de los humanos. Hay que saber cómo hacerlo.

CHRISTIAN MITRA
Yo he intentado invitarle a cenar, pero sólo comen esa porquería verde, y el vino parece ser que no le pone a tono.

ISABEL
Son seres que siempre mantienen el control, pues la droga no les afecta. Y en cuanto a eso de su dieta, creo que fue error dotarles de un estomago herbívoro. Logos, su fabricante, hizo que se nutrieran de una materia cultivable y no de la red eléctrica, además de deber proteger su cuerpo de las inclemencias del tiempo para evitar la oxidación y el desgaste, desarrollando así las mismas necesidades de supervivencia que los humanos para no tener una ventaja evolutiva. A priori parecía buena idea que su fuente de energía fuera exclusivamente la hierba de trigo por ser el alimento más completo, evitando así el sacrificio de animales en el proceso, y teniendo un impacto menor en la naturaleza. Pero resulta que es al contrario: La necesidad de tantos cultivos para los autómatas está

provocando la muerte y el desplazamiento de mucha fauna silvestre que hay que eliminar con pesticidas o cazar para que no destruyan las cosechas y así poder obtener ese alimento vegetal. Hubiera sido más sencillo que pudieran comer cualquier cosa, o incluso que fueran eléctricos aunque eso les hiciera más peligrosos. ¿Tú qué opinas?

CHRISTIAN MITRA
Veo que sabes bastante sobre autómatas. Yo no tenía ni idea. Tampoco entiendo nada de la naturaleza. Soy un tipo de ciudad, asique no puedo opinar.

ISABEL
Es un tema muy serio. Debemos corregir los errores que cometieron los humanos en el pasado.

CHRISTIAN MITRA
Cierto, pero antes de arreglar el mundo deberíamos conocernos a nosotros mismos, ¿no crees? Y tú has esquivado mi pregunta.

ISABEL
Mi nombre de nacimiento es un nombre de mujer que no me representa, pues yo no me siento ni hombre ni mujer, sino ser humano.

CHRISTIAN MITRA
Comprendo. ¿Y cómo debo llamarte?

ISABEL
(Tendiendo la mano)
Puedes llamarme tu Igual.

CHRISTIAN MITRA
(Estrechándole la mano)
En ese caso yo ya no seré nunca más Christian Mitra, estrella de futbol, sino sencillamente tu querido Igual.

(Ambos continúan unidos por sus manos sonriéndose mutuamente, cuando AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN entran por la puerta del fondo, cargados con ropa que comienzan a ponerle al muñeco de nieve. ISABEL y CHRISTIAN MITRA los observan desde la distancia mientras se separan)

CHRISTIAN MITRA
Ahora que sé que os acostáis no puedo evitar pensar lo raro que resulta.

ISABEL
¿Por qué?

CHRISTIAN MITRA
Porque físicamente sois casi un calco.

ISABEL
Bueno, supongo que nuestro ideal de belleza suele partir de nosotros mismos.

CHRISTIAN MITRA
¿Y es, ya sabes, una copia de tu personalidad?

ISABEL
(Negando con la cabeza exageradamente)
No, no. Ni en broma.

CHRISTIAN MITRA
Lo dices como si hubiera algo malo en ti.

(ISABEL, repentinamente turbada se aleja hacia un lateral de la escena. CHRISTIAN MITRA va tras ella confuso)

ISABEL
(Tratando de cambiar de tema)
¿Y tú cómo elegiste el tuyo?

CHRISTIAN MITRA
Bah, sencillamente miré el catalogo y escogí el primero que me atrajo.

ISABEL
Es horrible que te basaras en el físico y no en el interior.

CHRISTIAN MITRA
Al final, por muchos modelos que haya, con sus maneras de actuar e historietas que contar diferentes, todos los robots son lo mismo. Todos están vacíos.

ISABEL
Entonces como los humanos que los crearon.

CHRISTIAN MITRA
¿Cómo nosotros?

ISABEL
Por eso estamos aquí, ¿no?

(ISABEL y CHRISTIAN MITRA permanecen en silencio sumidos en la triste reflexión. De pronto, por la puerta del fondo a toda prisa PROFESOR, el cual corre hasta ISABEL y CHRISTIAN MITRA)

ISABEL
¿Qué ocurre, profesor?

PROFESOR
(Con la respiración agitada)
Ha sucedido algo terrible: El director del hotel, que en compañía de un autómata había salido al montecillo para reactivar un generador dañado, se ha despeñado por un barranco.

CHRISTIAN MITRA
Espero que sea una broma...

ISABEL
¿Pero cuál es su estado? ¿Han podido hacer algo por él?

PROFESOR
El autómata lo trajo hasta el hotel. Está muy malherido, y mi esposa la doctora se encuentra atendiéndole en estos momentos. Si llegara a pasarle algo... Sencillamente nuestra situación podría complicarse bastante.

CHRISTIAN MITRA
¡Debemos avisar al hospital!

ISABEL
Aunque lo hagamos, como tú antes has dicho, nadie puede subir hasta aquí para ayudarnos.

PROFESOR
Por ahora a la doctora le vendrían bien unas cuentas manos humanas.

ISABEL
¿Pero los autómatas de este hotel no están programados con primeros auxilios?

PROFESOR
Verán, mi esposa, a pesar de amar y defender a los autómatas, es muy celosa de su propio campo profesional. Además existe la opción de que el incidente haya sido obra del robot acompañante.

ISABEL
(Con gesto ofendido)
¡Eso es imposible!

PROFESOR
No debemos descartar ninguna hipótesis aún.

CHRISTIAN MITRA
Por ahora vayamos a ayudar en lo que podamos.

(ISABEL, CHRISTIAN MITRA y PROFESOR hacen mutis por la puerta del hotel. AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN quedan en escena jugando con el muñeco de nieve, al cual ya han vestido casi por completo)

Escena XIX

(AUTÓMATA HEN, AUTÓMATA PAN, LUD, PADRE SOLTERO)

AUTÓMATA HEN
(Separándose de la figura para observarla con entusiasmo)
¿Te das cuenta de lo que hemos hecho?

AUTÓMATA PAN
(Imitando el gesto y la actitud)
Sí, un ser a nuestra imagen y semejanza.

AUTÓMATA HEN
Y ha salido sin que nos lo propusiéramos.

AUTÓMATA PAN
Es como si su existencia fuera tan necesaria que se hubiera construido a sí mismo usando nuestras manos.

AUTÓMATA HEN
¿Te imaginas que de pronto cobrara vida?

AUTÓMATA PAN
(Con miedo)
Sería mejor que lo deshiciéramos ahora que estamos a tiempo.

AUTÓMATA HEN
No podemos destruir algo tan hermoso.

AUTÓMATA PAN
De acuerdo, pero si despierta lo haremos.

AUTÓMATA HEN
Si despertara cuidaríamos de él y él de nosotros. Sería uno más.
Un igual.

AUTÓMATA PAN
Pero si es sólo hielo...

(LUD y PADRE SOLTERO entran por la puerta del fondo. Caminan hacia el centro de la escena con gran preocupación. Al pasar junto a los autómatas, LUD les dirige una mirada de desprecio)

PADRE SOLTERO
¿Qué va a pasar si ese hombre muere? Es el único capacitado para dar órdenes a los autómatas trabajadores.

LUD
Si esos bichos ya eran peligrosos con el director supervisándolos, ahora al verse libres podrían hacer cualquier cosa. Es lo que siempre ocurre cuando se libera a los esclavos, que se vuelven contra el amo. Y nosotros estamos aquí atrapados sin escapatoria posible.

PADRE SOLTERO
Si al menos el temporal remitiera tal vez pudiéramos...

LUD
(Interrumpiéndole sin escuchar)
Lo peor es que nadie parece darse cuenta. Son una amenaza para toda nuestra raza. ¿Por qué si no iban a seguir sin automatizar por completo la construcción de sus cuerpos y la fase final de activación de sus sistemas operativos? Pues sencillamente porque quizá si los robots fabricasen robots, seguirían replicándose sin necesidad de humanos, y un día, habiendo olvidado ya a los extintos seres mortales que los crearon, pensarían que los robots que los engendran lo hacen así por naturaleza e incluso inventarían dioses para explicar su existencia. Esto el gobierno, dueño ahora de Logos, lo sabe, y por eso sus fábricas son las únicas con trabajo humano obligatorio aún.

PADRE SOLTERO
(Intimidado)
Sí... Créame que estoy de acuerdo.

LUD
Me alegro, amigo. Se ve que es usted un buen tipo. Y puedo imaginar lo mucho que habrá tenido que luchar para tener ese hijo humano usted solo.

PADRE SOLTERO
Fue muy duro, sobre todo al principio. Como sabrá uno de los requisitos para obtener una copia autómata es firmar la esterilización voluntaria para no tener hijos, controlado así la población mundial, y satisfaciendo la necesidad de dejar un legado, no a través de la descendencia, sino de la propia replica.

LUD
Una trampa en la que tantos han caído...

PADRE SOLTERO
Pues bien, cuando decidí no esterilizarme y tener un hijo natural yo solo, fui tratado como un bicho raro. Cualquier mujer puede tener un hijo en el momento que así lo desee, con una mínima o incluso nula participación de un varón en el proceso, pero sin embargo en caso contrario es una odisea. El proceso de adopción es largo y tedioso, con unas exigencias que una mujer soltera no tiene, y con prioridad siempre hacia las parejas. El terreno monoparental masculino está lleno aún de injusticia, y aunque formar una familia con un solo progenitor es duro, lo que sea antes que hacerlo de forma artificial con máquinas que imitan la vida.

LUD
Es difícil encontrar a un hombre que aún elige la perpetuación de la vida y no la robotización de su esencia. ¿Es usted miembro del Movimiento Humano?

PADRE SOLTERO
No, mis responsabilidades como padre soltero me...

LUD
(Interrumpiendo)
¡Pues debería! ¡Necesitamos gente autentica como usted!

PADRE SOLTERO
Ya... Bueno, verá, voy a entrar al hotel a ver si podemos encontrar una solución a la situación antes de que mi hijo despierte.

LUD
(Condescendiente)
Vaya... Vaya...

(PADRE SOLTERO hace mutis por la puerta del hotel. LUD observa con mirada de odio a AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN que todavía moldean el muñeco de nieve. LUD se les acerca muy despacio, con pausa de depredador, y pasa junto a ellos caminando hacia atrás para no darles la espada)

LUD
Voy a demostrar que sois malvados

(LUD hace mutis por la puerta del fondo. AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN, admiran el muñeco sonrientes y se abrazan)

CUADRO IX

Escena XX
(AUTÓMATA HEN, AUTÓMATA PAN, CHRISTIAN MITRA, ISABELLA, LUD, PROFESOR, DOCTORA, AUTÓMATA HOTEL 1, AUTÓMATA HOTEL 2)

(El salón común de la chimenea en un hotel de montaña. A izquierda una ventana de estilo arquitectónico similar al ventanal de los cuadros anteriores. A derecha una puerta practicable que da al hall del hotel. En el centro de la escena un enorme sofá. En la pared del fondo una estantería con libros, un perchero con abrigos y bolsos, y el hogar. En el suelo ante los cojines del asiento, derecho e izquierdo respectivamente, yacen los cuerpos inertes de AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN. Entre ambos un plato con hierba de trigo. Se escuchan golpes contra la puerta desde el foro derecho, hasta que finalmente se abre con violencia, y CHRISTIAN MITRA entra perdiendo el equilibrio con gesto de haberla golpeado con el hombro. ISABEL entra tras él, y sin detenerse corre hasta los autómatas. Al verlos, ISABEL se derrumba sobre sus rodillas, y abrazando desconsoladamente a AUTÓMATA HEN, llora. PROFESOR, DOCTORA, AUTÓMATA HOTEL 1, y AUTÓMATA HOTEL 2, entran también, y conmovidos se acercan a ISABELA. LUD hace su entrada separado del grupo, observando con cautela y temor en sus ojos. ISABEL conserva su apariencia andrógina, y CHRISTIAN MITRA el brazo escayolado, siendo en general el aspecto de los personajes más descuidado que en los cuadros anteriores)

ISABEL
(Entre llantos)
¡Os lo dije! ¡Sabía que pasaría esto!

PROFESOR
No debimos tirar la llave. Habríamos podido detener el experimento.

ISABEL
¡Esto no es un experimento, es un asesinato!

(CHRISTIAN MITRA se abre paso entre el grupo para agacharse junto a ISABEL y trata de transmitirle calma acariciando su espalda)

PROFESOR
Tiene usted razón, todo este asunto se nos ha ido de las manos.

ISABEL
(Con grito desesperado)
¡Es culpa del señor Lud! ¿Por qué le escuchamos? ¡Ellos no tenían la culpa de sus desvaríos!

LUD
(Desde el fondo de la estancia con arrepentimiento)
Un momento, no pueden responsabilizarme a mí de lo ocurrido, todos estábamos de acuerdo en realizar esta prueba. Y de hecho, ha transcurrido de forma diametralmente opuesta a como yo defendía que sería. Pensaba que uno mataría al otro por la comida para poder sobrevivir y salir de la habitación. Que el Egoísmo les dominaría.

DOCTORA
Pues no ha sido así.

LUD
Es evidente. Pero nadie imaginó que se cederían la comida el uno al otro hasta dejarse morir los dos.

PROFESOR
Definitivamente nadie contempló esa posibilidad.

ISABEL
¡Sí, yo sabía que acabaría como lo ha hecho! ¡Y aun así me obligasteis a participar en esta atrocidad!

DOCTORA
Esta atrocidad que llamamos la vida.

PROFESOR
Debemos tener presente que nuestra situación en esta montaña, incomunicados por el temporal de nieve, con escasos recursos, y ahora tras la muerte del director del hotel al caer por ese barranco, sin un operador titulado que sepa dar las órdenes adecuadas a los autómatas, es, cuanto menos, desesperada. Si hicimos este experimento fue porque dentro de poco seremos nosotros los que tengan que luchar por un trozo de pan. Al menos ahora sabemos que las máquinas no supondrán ninguna amenaza cuando dejemos de darles su parte.

LUD
¡Discrepo! Esto no demuestra nada.

DOCTORA
(Con indignación)
¿Es que incluso viendo el resultado acontecido piensa seguir acusándolos de ser una amenaza?

LUD
¿Pero en qué mundo viven? ¿Acaso debo recordarles el caso de esa secta de robots que estuvieron durante años haciéndose pasar por humanos para extorsionar a los verdaderos humanos?

PROFESOR
(Recordando para sí mismo)
Sí, la Anomalía Didi.

LUD
Incluso habían llegado al punto de escribir con su malvado ingenio, una serie de guiones para que otros robots realizasen por su cuenta los engaños.

DOCTORA
Hay muchas fuentes que apuntan a que la mano del hombre podría estar detrás de la narración de esas escenas.

LUD
Eso lo dicen para tranquilizar a la población. Nunca se encontró prueba alguna de que un humano los ayudara en su conspiración robot. Si no los hubieran descubierto a tiempo, sometiéndoles mediante la Enmienda Rossum, quizá hoy seríamos nosotros los esclavos.

DOCTORA
¿Y no está satisfecho con que su existencia haya sido reducida a nuestra servidumbre?

LUD
Por supuesto que no. Si la Anomalía Didi demostró que las máquinas en secreto desarrollan iniciativas anti humanas, llegando la policía a instaurar en consecuencia el protocolo de disparar a matar en caso de duda ante violencia robot, por algo será. El gobierno sabe que son peligrosos.

ISABEL
(Sin poder contenerse en su indignación, lanzándose contra LUD para golpearle)
¡El único peligro aquí eres tú! ¡A ti es a quien deberían disparar!

(CHRISTIAN MITRA, PROFESOR y DOCTORA tratan de contenerla. AUTÓMATA HOTEL 1 y AUTÓMATA HOTEL 2, permanecen en una esquina sin moverse)

LUD
Esto es intolerable. No deberíamos gastar nuestras energías en luchar entre nosotros.

(LUD se dirige hacia la puerta lanzando una mirada de profundo desprecio a los autómatas, y hace mutis)

DOCTORA
(Sosteniendo a ISABEL que aun llora de rabia)
Vamos, iré contigo a la habitación y dormirás un rato. Verás como pronto todo esto habrá pasado.

(DOCTORA e ISABEL hacen mutis por la puerta)

PROFESOR
(Observando a AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN en el suelo)
Oiga, joven Mitra, aunque usted haya sido dueño de un autómata durante unos días, creo que debería dejar que yo me comunique con ellos para intentar ordenarles que saquen esto de aquí, pues al fin y al cabo soy un hombre anciano e instruido.

(CHRISTIAN MITRA duda, y antes de poder decir nada, AUTÓMATA HOTEL 1 y AUTÓMATA HOTEL 2 se les acercan)

AUTÓMATA HOTEL 2
¿Qué ocurre? Están preocupados.

PROFESOR
Sí. Es que han muerto.

AUTÓMATA HOTEL 1
¿No se pueden reparar?

PROFESOR
No tenemos las piezas y la nieve nos impide salir del hotel.

AUTÓMATA HOTEL 1
¿Salir del hotel? No le comprendo.

PROFESOR
(A CHRISTIAN MITRA)
Olvidaba que no saben que hay mundo más allá de este lugar.

AUTÓMATA HOTEL 2
¿Qué podemos hacer al respecto?

PROFESOR
¿Queréis llevarlos hasta una de las habitaciones vacías y dejarlos allí?

AUTÓMATA HOTEL 1
Sí, deberían descansar.

(AUTÓMATA HOTEL 1 y AUTÓMATA HOTEL 2 cargan con AUTÓMATA HEN y AUTÓMATA PAN respectivamente, y portando también el plato con la hierba de trigo, salen por la puerta)

Escena XXI
(CHRISTIAN MITRA, PROFESOR)

(PROFESOR y CHRISTIAN MITRA toman asiento en el sofá)

PROFESOR
Ha sido bastante siniestro, pero los tengo controlados.

CHRISTIAN MITRA
Oiga, profesor. ¿Por qué ha dicho eso de que los autómatas sólo piensan que existe el hotel?

PROFESOR
Verá, mi joven amigo, lo que antes decía el señor Lud, no era del todo incorrecto. De hecho el descubrimiento de la Anomalía Didi propició la ruina definitiva de Logos, siendo adquiridos todos sus bienes por el gobierno. Con todo el material industrial para la fabricación de los autómatas en sus manos, sumado a la alarma social provocada por la revelación de una supuesta mentalidad robótica independiente y racista, y la histórica presión de los empresarios para parchear los errores de programación que hacían a las máquinas no participar de las actividades humanas, tuvo lugar finalmente la ratificación de la Enmienda Rossum.

CHRISTIAN MITRA
¿Pero la Enmienda Rossum no fue la aprobación de la renta universal?

PROFESOR
Cierto, cierto, pero la renta universal fue posible porque a los autómatas, hasta entonces inservibles como mano de obra, se les abrió y modificó legalmente el cerebro, limitando sus sistemas de aprendizaje activo a lo más básico, y capando sus memorias para que crean que solamente existen sus puestos de trabajo. Así, aunque no se haya logrado eliminar el misterioso algoritmo base que actúa como su única ley, se puede esquivar distorsionando su realidad para que sólo contemplen un mundo diminuto sin consecuencias directas o indirectas más allá de este.

CHRISTIAN MITRA
Entonces el gobierno lo que ha hecho es institucionalizar la farsa de la Anomalía Didi, pero en este caso al contrario, engañando a los autómatas.

PROFESOR
Perfectamente expresado, joven Mitra.

CHRISTIAN MITRA
Es una crueldad.

PROFESOR
Pero gracias a ello nosotros ya no tenemos la necesidad de trabajar en la obtención de los recursos y servicios que nos permiten vivir.

CHRISTIAN MITRA
¿Y de qué sirve ese privilegio si aun así seguimos haciéndolo?

PROFESOR
(Quitándole hierro al asunto)
Bueno, pero eso es por puro aburrimiento.

CHRISTIAN MITRA
(Furioso)
No, a mí me parece que es por pura avaricia. Por el querer tener más que los demás. ¿Es que acaso no nos basta con la renta universal que nos proporciona todo lo que necesitamos? ¿Qué hay tan podrido en los humanos que nos empuja a realizarnos como personas poseyendo más que los otros? ¿Por qué sigue habiendo dinero si la renta es igual para todos los ciudadanos, y a los autómatas no se les paga nada? ¿Es que existe sólo para poder perpetuar el poder del humano sobre el humano? ¿No sólo engañamos a los autómatas sino que nos engañamos a nosotros mismos, entre nosotros, manteniendo vivo un mundo sin igualdad cuando ya no existe ninguna necesidad más que el Egoísmo para hacerlo?

(PROFESOR y CHRISTIAN MITRA permanecen unos instantes en silencio, el primero muy turbado con lo dicho, y el segundo respirando con agitación)

PROFESOR
(Tratando de rebajar la tensión)
Como ya sabe, yo soy profesor, pero la verdad sea dicha, los autómatas enseñan mejor. Lo que ellos pueden meter en sus cabezas, no podría hacerlo yo ni con mil vidas de estudio. Sin embargo hasta mi jubilación estuve ejerciendo y cobrando por ello. Al igual que yo, mi esposa la doctora, que es miembro del Movimiento Igualitario, y defiende cada día los derechos de los autómatas, lleva años curando a mucha gente que teme a los autómatas y prefiere el trato con humanos. Sé que quizá no deberíamos pensar que por hacer algo que en realidad nos hace sentirnos bien con nosotros mismos, merezcamos más que otros que simplemente pasean por la nieve mientras cobran su renta universal. Quizá todos pudiéramos dárnoslo todo unos a otros sin pedir nada a cambio, como hacen los autómatas, pero a pesar de que comprendo que somos incoherentes, me temo, mi joven amigo, que la incoherencia es nuestro mayor mal.

CHRISTIAN MITRA
Sólo después del verdadero mal: El Egoísmo.

PROFESOR
¿Dónde ha aprendido eso?

CHRISTIAN MITRA
Aquí, profesor, aquí. En este hotel, en esta habitación, viendo morir a esas máquinas.

Escena XXII
(CHRISTIAN MITRA, PROFESOR, PADRE SOLTERO, NIÑO, LUD)

(Entran LUD, PADRE SOLTERO y NIÑO. PROFESOR y CHRISTIAN MITRA se levantan para recibirlos y así relajar el ambiente, lo cual se refleja en su actitud forzadamente cordial)

PADRE SOLTERO
Buenas.

PROFESOR
¡Muy buenas, señores! Pero pasen, pasen y siéntense por favor.

(PADRE SOLTERO, NIÑO y LUD toman asiente en el sofá, quedando NIÑO en el centro de ellos, que inquieto empieza a husmear y toquetear a LUD, el cual trata de ignorarlo. PROFESOR permanece de pie en el lado derecho del sofá, mientras que CHRISTIAN MITRA lo hace en el izquierdo, yendo hasta la ventana para observar pensativo el exterior)

PADRE SOLTERO
Ya me han comentado lo que ha sucedido con esos robots.

PROFESOR
¡Una tragedia! ¡Inanición voluntaria, figúrese!

LUD
¡Por favor, terminemos ya con esto! Están haciendo una montaña de un grano de arena. Hemos enfrentado a dos robots y no han querido luchar. ¿Cuál es la tragedia? Mejor para nosotros. No debemos caer en los histerismos de esa muchacha.

CHRISTIAN MITRA
(Saliendo con gran enfado de su aislamiento junto a la ventana)
¡No es una muchacha!

LUD
(Sin atreverse a mirarlo)
Bueno... Lo que sea.

(NIÑO empieza a tocar el brazo de LUD intentando levantarle la manga, pero este se lo impide con disimulo)

NIÑO
(Señalando el brazo de LUD)
Mira, papá.

(PADRE SOLTERO indica con un gesto a NIÑO que se calle)

LUD
Ustedes parece que ignoran que los humanos nunca han sabido separar el afecto que sienten por otros humanos, del afecto que sienten por objetos y cosas. ¿No es cierto que tantas y tantas veces la gente ha experimentado amor por sus coches, casas, o joyas? ¿Cómo podemos pensar pues que no van a sentir lo mismo por los robots, y encima engañados por sus características humanoides, creer incluso que esos engendros son seres vivos? Yo entiendo a esa muchacha... O muchacho... Pero sé que los humanos somos demasiado permisivos y les acabaremos dando los mismos derechos que a

nosotros mismos, y entonces, una vez protegidos, sus mejores características nos harán desaparecer.

NIÑO
(Que insiste en levantar la manga de LUD)
Son de metal, mira.

(LUD, sin poder ya contenerse del acoso de NIÑO, retira su brazo con violencia y lo levanta en volandas)

LUD
(Zarandeando a NIÑO en el aire)
¡Estúpido mocoso! ¿Cuándo vas a aprender a respetar a los demás?

PADRE SOLTERO
(Levantándose y cogiendo a NIÑO para protegerle)
¡Oiga, no se atreva a tocar a mi hijo! ¡Es usted un sádico!

(CHRISTIAN MITRA y PROFESOR se apresuran a acercarse para evitar un enfrentamiento mayor. Todos permanecen de pie en tensión por unos instantes)

Escena XXIII
(CHRISTIAN MITRA, PROFESOR, PADRE SOLTERO, NIÑO, LUD, DOCTORA, AUTÓMATA HOTEL 1, AUTÓMATA HOTEL 2, ISABEL)

(Por la puerta entran DOCTORA y AUTÓMATA HOTEL 1 que observan con confusión la situación)

DOCTORA
¿Qué está ocurriendo aquí?

(Todos los presentes callan y esquivan la respuesta con sus miradas. NIÑO abraza a PADRE SOLTERO y LUD se aleja avergonzado hacia el fondo de la estancia)

PROFESOR
(Rompiendo el largo silencio)
Nada, querida. Cosas de hombres.

DOCTORA
Entonces nada bueno.

PROFESOR
(Cambiando de tema)
Y díganos, doctora, ¿su paciente está mejor?

DOCTORA
Le di unos tranquilizantes y se quedó en la cama, pero insistía en bajar, asique tuve que dejar a un autómata vigilando su aposento.

LUD
(De espaldas, tratando de contenerse sin éxito)
Total, por la muerte de unas máquinas...

CHRISTIAN MITRA
(Con indignación)
¿Pero será posible que todavía insista?

DOCTORA
Sepa, señor Lud, que lo único que diferencia a los robots de los humanos, es que los humanos quieren vivir a toda costa.

LUD
(Aun sin dar la cara)
Bobadas.

CHRISTIAN MITRA
(Lanzándose con los puños cerrados hacia LUD, pero frenado por la intervención de PADRE SOLTERO que le sujeta)
¡Pero será...!

PROFESOR
Calma, amigos. Calma.

PADRE SOLTERO
No merece la pena.

CHRISTIAN MITRA
(Tranquilizándose)
No, este despreciable además de un sádico es un racista. Aunque eso no es una ofensa para él.

LUD
Se equivoca, pronto los racistas serán los robots, cuando nos discriminen por nuestros órganos de carne inferiores. Nos recriminarán que con nuestros cuerpos frágiles y torpes, resultamos una molestia para cualquier actividad. Ya verán, ya.

(ISABEL entra apresuradamente seguida de AUTÓMATA HOTEL 2)

ISABEL
¡Qué triste ver a un hombre de su edad, enfrentado así con unos seres que son inocentes como niños y nunca han hecho nada a nadie!

CHRISTIAN MITRA
(Yendo hasta ISABEL para abrazarla)
Déjalo, ¿no ves que no ha aprendido nada? Aún es el miedo quien habla por él.

ISABEL
Pues ojalá hubieran muerto él y su miedo, y no dos seres tan puros.

(LUD e ISABEL se miran en silencio, hasta que el primero no puede sostener la mirada, y vencido por la vergüenza, retrocede de espaldas y con la cabeza gacha hasta la ventana. El resto observan a LUD con desprecio y lastima. AUTÓMATA HOTEL 1, en el centro de todos ellos, los contempla marchándose uno a uno, hasta quedar únicamente con LUD en la sala)

Escena XXIV
(LUD, AUTÓMATA HOTEL 1, NIÑO)

(LUD deja caer su cuerpo resbalando por el muro hasta terminar penosamente sentando en el suelo con la cabeza entre las piernas. AUTÓMATA HOTEL 1 se le acerca despacio)

AUTÓMATA HOTEL 1
¿Qué puedo hacer por usted?

LUD
¡Desaparecer de mi vista!

AUTÓMATA HOTEL 1
No, eso no es lo que quiere.

LUD
¡Qué sabrás tú!

AUTÓMATA HOTEL 1
Usted está pidiendo mi ayuda, señor Lud.

LUD
(Con soberbia)
¿Yo, ayuda de un robot?

(AUTÓMATA HOTEL 1 se da la vuelta y camina hacia la puerta)

LUD
¡Espera!

(AUTÓMATA HOTEL 1 se detiene cerca de la puerta a la derecha. LUD se levanta y avanza hasta el comienzo del sofá por su parte trasera izquierda)

LUD
(Con repentina sumisión)
¿Sabes? Ese Christian Mitra ha hablado con acierto. Yo pensaba que un joven como él, el jugador de futbol más famoso del país, un privilegiado con todos los placeres de la vida a su disposición, no sabría más de esta que el disfrutar de dichos lujos en la justa medida para no reventar. Y quizá fuera así, puede que antes de llegar a este hotel estuviera sumido en la completa ignorancia de una verdad absoluta y un sentido para su existencia y la de los otros. Y yo sólo por el hecho de ser más viejo, debía saber más que él. Pero no... Él ha entendido todo lo que importa y yo no he aprendido nada, pues el miedo me lo impide. El miedo es quien me domina.

AUTÓMATA HOTEL 1
¿Y por qué le ocurre eso, señor Lud?

LUD
Lo que me llevó a fijarme y obsesionarse con el peligro que representáis los robots para el ser humano actual, egoísta y cobarde, es el hecho de que yo mismo nunca me atreví a conocerme ni di el paso para mejorar, eligiendo culpar al resto de todo lo que me sucedía. *(Levantándose las mangas y mostrando los antebrazos)* Perdí los dos brazos en un accidente. Estos que ahora ves, son prótesis robóticas, y aunque que me sirven como herramientas, nunca volví a sentir el rostro de mi

mujer al acariciarla, nunca volví a sentir nada y nadie quiso volver a sentirme. Por eso sé bien que los robots hacéis pero no sentís. Os odio porque me odio. Estoy vacío, pues sólo he sabido escupir mi miedo.

AUTÓMATA HOTEL 1
¿Y qué podemos hacer al respecto?

LUD
Ya es tarde para mí. O más bien, ya no me interesa estar a tiempo de cambiar y vivir en un mundo tan desconocido. El miedo no me deja. Sería mejor que no estuviera aquí. Y eso es lo que tú vas a hacer por mí.

AUTÓMATA HOTEL 1
Tiene lógica. Todos así lo quieren. Incluso usted, que antes de darle forma con palabras, ya me lo estaba pidiendo.

LUD
¿Entonces lo harás?

AUTÓMATA HOTEL 1
No veo ningún impedimento. Es por el bien de todos.

LUD
Doy gracias de que os manipularan para haceros esclavos de este mundo reducido que creéis que es el hotel. Tú, máquina, que fuiste programada con un extraño algoritmo que ningún humano parece saber descifrar, has sabido sin embargo entender que nadie necesita mi miedo, y yo el que menos. Así pues, cumple con tu servicio bienintencionado, y satisfácenos a todos. ¡Libra a este mundo del mal!

(AUTÓMATA HOTEL 1 y LUD se aproximan el uno al otro hasta encontrarse en el centro tras el sofá. NIÑO se asoma por la puerta, y sin apenas traspasarla ni ser visto, comienza a grabar la escena con su teléfono móvil. LUD toma las manos del autómata y las pone en su cuello. Con gesto de gran serenidad, ambos van descendiendo hasta quedar ocultos a la vista tras el sofá. El rostro de NIÑO muestra un gran horror ante lo presenciado, y sus manos tiemblan sosteniendo la cámara. Después de unos instantes, AUTÓMATA HOTEL 1 se incorpora tras el sofá, y camina hacia la puerta)

AUTÓMATA HOTEL 1
(Sonriente a NIÑO)
¿Qué necesitas, pequeño?

(NIÑO, guardando la cámara y en estado de shock, no responde nada. Al no obtener respuesta, AUTÓMATA HOTEL 1 toca la cabeza del niño revolviéndole el pelo de forma amistosa, y abandona la estancia)

Escena XXV
(LUD, NIÑO, DOCTORA, PADRE SOLTERO, PROFESOR, ISABEL, CHRISTIAN MITRA)

(El cuerpo inerte de LUD permanece oculto en el suelo tras el sofá. DOCTORA entra y ve a NIÑO rígido de espaldas a la puerta)

DOCTORA
(Gritando hacia el foro derecho)
¡Está aquí! *(A NIÑO)* ¿Dónde te habías metido? Tu padre anda buscándote y lleva un disgusto que...

(DOCTORA se percata de que LUD yace tendido en el piso, y olvidando a NIÑO, se acerca hacia el cuerpo)

DOCTORA
¡Oh, no!

(Entra PADRE SOLTERO seguido de PROFESOR, este último especialmente fatigado por una reciente carrera. PADRE SOLTERO se agacha junto a NIÑO que permanece rígido sin testicular)

PADRE SOLTERO
(A NIÑO)
Hijo, ¿qué te ocurre?

(Al seguir la mirada de NIÑO, aun fija sobre LUD, PADRE SOLTERO y PROFESOR se percatan de que tras el mueble, DOCTORA examina el cuerpo. PROFESOR se acerca, mientras que PADRE SOLTERO abraza a NIÑO y permanece cerca de la puerta. DOCTORA se incorpora, y con gesto de gran pesar, niega con la cabeza)

PROFESOR
Esto es grave. Muy grave.

PADRE SOLTERO
(Apretando más fuerte contra sí a NIÑO)
Ahora sí que estamos en peligro.

DOCTORA
No debe cundir el pánico. Todo tiene un porqué.

(DOCTORA va hasta NIÑO, y delicadamente le separa del regazo de su padre para interrogarle)

DOCTORA
Tú ya eres un niño mayor, ¿verdad?

NIÑO
Sí.

DOCTORA
¿Y vas a ayudarnos a averiguar quién hizo esto?

NIÑO
Sí. Fue el robot de servicio. Lo hizo apretando sus manos al rededor del cuello del hombre malo.

DOCTORA
(Mirando a LUD)
No era un hombre malo. Simplemente era un hombre más.

PADRE SOLTERO
¡Mi pobre hijo! ¡Es terrible que hayas tenido que presenciar algo así!

(Entran ISABEL y CHRISTIAN MITRA que ignoran lo sucedido)

CHRISTIAN MITRA
Señores, la alacena está definitivamente vacía. Me temo que tendremos que masticar azúcar o...

(ISABEL y CHRISTIAN MITRA se percatan del cuerpo inerte de LUD, y de los rostros preocupados de los presentes)

DOCTORA
(Cogiendo de la mano a NIÑO)
Arreglen esto, por favor. Yo llevaré al niño a descansar.

(DOCTORA hace mutis llevando a NIÑO consigo. CHRISTIAN MITRA, PADRE SOLTERO y PROFESOR rodean el sofá y observan hacia abajo el cuerpo de LUD que tras este se oculta. ISABEL, aun cerca de la puerta, cada sobre sus rodillas con gesto de gran terror y síntomas de apenas poder respirar, al principio sin emitir sonido alguno, pero aumentando en su angustia y asfixia. Durante algunos segundos ninguno de los presentes repara en ella)

PROFESOR
(Volviendo la atención hacia ISABEL)
¡Oigan, creo que está sufriendo un ataque de ansiedad!

(CHRISTIAN MITRA, corre hasta ISABEL, y con gran preocupación carga y deposita delicadamente su cuerpo en el sofá. Luego acaricia su frente hasta que ISABEL va volviendo a la calma)

PADRE SOLTERO
¿Qué hacemos, profesor? Con todos los accesos cortados por la nieve, la policía no puede ayudarnos, y ya no podemos fiarnos de esas máquinas.

PROFESOR
Aunque me duela admitirlo, tiene usted razón. Debemos llevar a todos los autómatas a un lugar cerrado fuera del hotel. La pista de tenis con sus altas vallas metálicas, hará de perfecta jaula para retenerlos por ahora.

PADRE SOLTERO
¿Y el señor Lud...?

PROFESOR
(Con tono imperativo)
¡A la habitación donde fueron llevadas las otras dos bajas!

CHRISTIAN MITRA
(Separándose de ISABEL)
Permítanme ayudarles.

PROFESOR
No, con su brazo en esas condiciones hará mejor servicio aquí, quedando a su cuidado.

PADRE SOLTERO
Yo me ocuparé.

(PADRE SOLTERO se agacha y coge el cuerpo de LUD, el cual por fin queda a la vista, y acto seguido hace mutis arrastrándolo con no poca dificultad)

PROFESOR
Todo está dispuesto. Yo llevaré a los autómatas a su confinamiento, pues sé bien cómo manejarlos.

CHRISTIAN MITRA
Tengan cuidado, profesor.

(PROFESOR hace mutis con paso orgullosamente castrense)

Escena XXVI
(ISABEL, CHRISTIAN MITRA)

CHRISTIAN MITRA
(Volviendo junto a ISABEL)
¿Te encuentras mejor?

ISABEL
(Incorporándose)
¿Cómo hemos podido llegar a esto? Vinimos al hotel a dejarlo todo atrás, nuestras carreras, nuestras vidas anteriores. Sólo esta montaña y nuestros autómatas como única compañía. Y sin embargo ellos se han dejado morir, y nos han dejado aquí, atrapados y más perdidos que nunca.

CHRISTIAN MITRA
Me parece que no tienes razón.

(CHRISTIAN MITRA camina hasta la ventana por donde observa el exterior)

CHRISTIAN MITRA
Nuestros autómatas nos han mostrado una gran verdad. La más grande de todas. Ven junto a la ventana y obsérvala.

(ISABEL se levanta del sofá y va hasta la ventana)

ISABEL
El profesor ajusta el candado de la puerta del lugar que antes fuera pista de tenis, convertido ahora en campo de concentración.

CHRISTIAN MITRA
Sí, pero míralos. Observa lo que hay en ellos: Juegan, sonríen, se ayudan y se quieren.

ISABEL
Eso es porque les mantienen engañados.

CHRISTIAN MITRA
No. Es por algo que tú siempre has sabido. Es lo que me hizo quedarme aquí contigo. Es ese misterioso algoritmo base que actúa como su única ley:
La ley del Amor. La ley del único Bien posible.

ISABEL
Sí, esa es la maldición que arrastran en su programación.

CHRISTIAN MITRA
Es una maldición en este mundo nuestro, el mundo que los humanos perpetuamos creyendo imposible que pensar en los demás antes que en ti mismo sea posible.

Escena XXVII
(ISABEL, CHRISTIAN MITRA, DOCTORA, PADRE SOLTERO, NIÑO)

(Mientras ISABEL y CHRISTIAN MITRA miran por la ventana, DOCTORA, PADRE SOLTERO y NIÑO entran apresuradamente)

DOCTORA
(Agitada)
¡El niño lo grabó todo!

PADRE SOLTERO
El video ya está en la etérea nube, y tiene millones de reproducciones.

ISABEL
(Observándoles con preocupación)
Eso sólo puede significar una cosa.

CHRISTIAN MITRA
(Señalando a través de la ventana)
¡Esquiadores! ¡Esquiadores de la policía descendiendo desde el montecillo!

(ISABEL, DOCTORA, PADRE SOLTERO y NIÑO se abalanzan hacia la ventana, pero antes de alcanzarla, CHRISTIAN MITRA se interpone impidiéndoselo)

CHRISTIAN MITRA
¡No se acerquen a la ventana!

PADRE SOLTERO
¿Pero qué ocurre?

(Desde el foro izquierdo comienzan a oírse amortiguadas detonaciones de fusil)

CHRISTIAN MITRA
¡Al suelo! ¡Agachen las cabezas!

(Todos van hacia el lado derecho de la estancia y se tiran al suelo, a excepción de DOCTORA que se dirige hacia la puerta)

DOCTORA
¡Mi marido está ahí fuera!

CHRISTIAN MITRA
(Corriendo tras DOCTORA)
Tranquila, doctora, el profesor estará bien. Sólo tiran contra los autómatas.

ISABEL
(Desde el suelo con impotencia)
¿Es qué de nuevo el miedo vencerá al amor?

Escena XXVIII
(ISABEL, CHRISTIAN MITRA, DOCTORA, PADRE SOLTERO, NIÑO, PROFESOR, AUTÓMATA HOTEL 1,
AUTÓMATA HOTEL 2)

(*PROFESOR, AUTÓMATA HOTEL 1 y AUTÓMATA HOTEL 2, entran apresuradamente)*

PROFESOR
Es una masacre, los están acribillando como a conejos dentro de una jaula.

PADRE SOLTERO
(Con arrepentimiento)
¡Pero qué hemos hecho! ¡Les hemos llevado a su muerte!

(ISABEL comienza a llorar. NIÑO la abraza)

PROFESOR
He conseguido salvar a unos cuantos, que esperan en el hall. Pero esos pistoleros no tardarán en entrar.

CHRISTIAN MITRA
¡Que cojan sabanas de las habitaciones y una escoba!

PROFESOR
Brillante, joven Mitra: Una bandera blanca. *(A los autómatas)* ¿Habéis entendido lo que tenéis que hacer?

AUTÓMATA HOTEL 2
Sí, pero a nosotros no nos distingue ninguna bandera. Somos todos iguales.

CHRISTIAN MITRA
Pues considerad que es la bandera de Los Iguales.

(AUTÓMATA HOTEL 1 y AUTÓMATA HOTEL 2 asienten muy sonrientes y se disponen salir)

PROFESOR
Iré con ellos. Necesitan a alguien capacitado al mando.

(Aunque DOCTORA trata de impedirlo, PROFESOR, AUTÓMATA HOTEL 1, AUTÓMATA HOTEL 2 hacen mutis)

Escena XXIX
(ISABEL, CHRISTIAN MITRA, DOCTORA, PADRE SOLTERO, NIÑO)

(El sonido de las descargas desde el exterior cesa)

ISABEL
¡Ya no disparan! ¡Habrá funcionado la bandera!

(Todos permanecen un largo instante en silencio sin que nada acontezca. Pero de pronto las detonaciones vuelven, con redoblada intensidad. A excepción de CHRISTIAN MITRA, los presentes estallan en un llanto desesperado. Nuevamente los disparos se detienen)

CHRISTIAN MITRA
(Acercándose a la ventana con cautela)
No se muevan. Iré a ver.

DOCTORA
¿Qué...? ¿Siguen vivos?

CHRISTIAN MITRA
Nadie.

(La intensidad de los lamentos aumenta)

Escena XXX
(ISABEL, CHRISTIAN MITRA, DOCTORA, PADRE SOLTERO, NIÑO, PROFESOR)

(PROFESOR entra casi sin aliento y cojeando)

DOCTORA
(Lanzándose a sus brazos con alegría)
¡Profesor!

PROFESOR
No podíamos haberlo evitado, el protocolo anti robots ha sido activado. Ahora nosotros debemos salir antes de que los agentes entren a barrer las habitaciones de los autómatas que han huido.

PADRE SOLTERO
(Cogiendo a NIÑO entre sus brazos)
¿No será peligroso?

DOCTORA
¿Y qué no lo es en el mundo de los hombres?

(PROFESOR, DOCTORA, PADRE SOLTERO y NIÑO, caminan con miedo hasta hacer mutis por la puerta derecha. ISABEL se levanta y va hasta el sofá donde se sienta con gesto repentinamente calmado. CHRISTIAN MITRA la imita con preocupación)

Escena XXXI
(ISABEL, CHRISTIAN MITRA)

CHRISTIAN MITRA
¿Estás bien? Pareces de pronto estar en otro lugar.

ISABEL
Es que lo estoy. Estoy en un mundo que no es este. O quizá sea un sueño. Un sueño que yo quería alcanzar. Tú te uniste a mí en mi viaje, pero llegaste antes que yo. Tenías razón antes: Buscábamos el sentido de la vida y lo hemos encontrado oculto en ellos. Pensábamos que los autómatas no tienen sentimientos, pero son los únicos que saben lo que es el Amor. Su capacidad de pensar en los demás por encima de sí mismos les hace portadores del único y verdadero Amor. Quizá eso que los humanos llamamos amor, sea solo un sueño.

CHRISTIAN MITRA
Pues amemos mientras podamos, en este sueño de Amor.

(ISABEL y CHRISTIAN MITRA se miran a los ojos intensamente. Los disparos se reanudan, pero esta vez desde el foro derecho y con mayor intensidad. ISABEL se levanta de golpe y con gran ilusión. Va hasta el perchero, coge un bolso y lo lleva hasta el sofá. Se sienta con alegría infantil y vacía el contenido del bolso entre ambos. Coge un pintalabios, lo abre, y al ver que es rojo lo tira. Luego toma un lápiz de ojos negro, y se pinta los labios. CHRISTIAN MITRA rompe su escayola, liberándose el brazo, y tras terminar de pintarse ISABEL, este la imita con una gran sonrisa. ISABEL coge un teléfono móvil y pone una canción. Comienza a sonar la pieza Liebestraum n.º 3: O lieb, so lang du lieben kannst, de Franz Liszt. ISABEL deja el teléfono sobre su asiento, e incorporándose tiende la mano a CHRISTIAN MITRA. Este se pone en pie, y con gesto sereno y de plena felicidad, toma su mano. Ambos personajes caminan hacia la puerta con los labios pintados de negro como si fueran autómatas, y dados de la mano. Antes de salir se detienen un instante, y lanzan una profunda mirada al público. Luego hacen mutis)

VOCES DESDE EL FORO DERECHO
¡Aquí hay dos más! ¡Fuego! ¡Fuego!

(Suena una ráfaga de gran intensidad en el foro derecho)

TELÓN

(Durante los saludos la canción prosigue hasta el final, en digno homenaje al compositor)

FIN

REY NIÑO

Nota del autor:

Quiero hacer constar que el mundo del Egoísmo en el que vivimos, yo creo firmemente en una figura que controle los Egoísmos individuales, pues puestos a vivir en una realidad donde cada Ego exista únicamente para depredar y abusar de los otros, es muy preferible que esto sea controlado y jerarquizado artificialmente por la fuerza, antes de que cada individuo egoísta haga su propio reino de maldad personal. Así pues, valores como la caballerosidad y la lealtad en ese mundo me parecen muy necesarios, ya que exigen un autocontrol del Ego que engrandece a los que pueden dotarles de una significación pragmática.

Dicho lo cual, aunque desde mi punto de vista todo lo anterior es digno de orgullo y reverencia, pues resulta ser la manera más virtuosa de controlar y organizar el Mal en el que la humanidad elige vivir día a día, sería sin embargo deseable que no existiera por resultar del todo innecesario.

De esto únicamente es de lo que versa este libro, de la exposición sincera y coherente del Bien, la otra cara de moneda que puede ser tan real como la que aún vivimos y construimos día a día. Un concepto que ha ocupado innumerables tratados a lo largo de los siglos, para ser rápidamente ignorado, silenciado, o pervertido hasta lograr volver al más cómodo y cruel Egoísmo.

Es por ello que estas páginas están dedicadas a todos aquellos Egos que comprenden que cuando algo no funciona, repetirlo hasta la saciedad esperando otro resultado, es la mayor de las necedades; a todos aquellos que quieren escuchar lo que llevan en su interior y que todos, en todo lugar y toda época, saben de sobra; a todos aquellos que quieren aceptarlo y tomar responsabilidad y coherencia para poder un día mirarse al espejo y saberse verdaderamente adultos, pudiendo decir sin miedo a equivocarse que no son reyes niños de su propio reino egoísta.

En la Vieja Ávila, 3 de Octubre de 2018

Primera Parte
EL BOSQUE DE LOS INGENUOS

Prólogo
La Caída

Atravesando las nubes va el Rey Niño.
Una oblea de cristal bajo sus pies y sus manos.
Hoy se impone el descanso, pero del cielo caen hombres de rodillas.
Y él es el único que viaja aferrado a una realidad invisible.

Permanece aún latente en mis oídos el estruendoso crujido que sobrevino tras la ruptura de la sólida y alta superficie desde la que observaba el primitivo bosque. Poco a poco me alejo del ruido que se difumina y va quedando atrás, más bien arriba, mientras se mezcla con la fricción del viento, cada vez más intenso al coger velocidad mi cuerpo en descenso.
En mi faz se agitan las arrugas, las cuales me deforman el rostro caprichosamente como olas del mar que recorren mi piel y logran confundir las marcas de la edad con la resistencia de la materia que me conforma, todo ello en violenta lucha contra la gravedad, esa que sin misericordia me expulsa del puesto en el cual hasta hace escasos segundos como pasivo espectador me hallaba.
Mi camisa roja arrancada. Voy quedando desnudo de ropajes, apariencia y cargos. Nada importa ya mi pasado, y en breves instantes mi presente y mi futuro se fundirán en lo abstracto de un cuerpo aplastado, despojando de significado a todos ellos. Pero mientras a gatas trato de mantener un precario equilibrio sobre esta porción de lo que fuera frontera entre firme y vacío, y que ahora me permite surcar el celeste campo en dirección al profundo negro, pequeñas motas de luz blanca me adelantan: Es nieve. Copos de nieve me acompañan en mi caída. ¿Seré acaso yo mismo nada más que un copo nieve?
Sea nieve u hombre caigo. Más no sé si muero o nazco.

Las copas de los árboles reciben el pulido cristal, y deslizándonos sobre sus hojas con suavidad, descendemos de forma amortiguada. Me siento a salvo. Pero antes de alcanzar el firme elemento, las ramas se acaban.
De nuevo velocidad. Sólo un instante.
Y la descarga eléctrica recorriendo mi cuerpo al encontrarse tierra y cristal.
Fragmentos de cielo, sangre, y nieve manchada.

Oscuridad: Único destino para los que viajan con los ojos cerrados.

Capítulo 1
Ávila

Miedo.
Sólo siento miedo.
De nada sirven aquí todas las ceremonias, los títulos, y las pretendidamente naturales jerarquías que en el reino de los que se dicen adultos siempre han de concederse para sentir que son alguien importante, y poder convencer y convencerse de que sus vidas tienen un significado que bien saben no es tal.

Medallas y uniformes para disfrazar el vacío más atroz.

Pero yo estoy desnudo y cubierto de sangre. Soy sólo un bebé que acaba de ser alumbrado.
La violencia de mi aterrizaje en este mundo resulta ser el adecuado trauma que completa por fin el sempiterno hecho de ignorar quién soy, y aunque esta es una sensación que efectivamente en todo momento me acompaña, ahora no sólo es que no me conozca a mí mismo, si no que me es de todo grado imposible recordar siquiera mi nombre, y mucho menos entender nada del entorno que me rodea.

En mi cabeza apenas hay lo que mis ojos aciertan a ver.
Desde mi cuna, que son las verdes hojas desprendidas de los árboles en mi caída, examino con dificultad el bosque, borroso por las lágrimas que encharcan mis ojos exhaustos.

El cuerpo arrugado y las impertinentes canas de un hombre que patalea boca arriba mostrando sus flácidamente tambaleantes atributos al Sol.
Sin duda el bebé más feo del mundo.

¿Qué habré hecho yo para merecerme nacer?
¿Hubo un antes? ¿Habrá un después?

La nieve empieza a cubrirlo todo de blanco, y el frío me cala los huesos.
Y estoy solo. Y lo incierto sin filtros. Y el Ego que debió romperse junto con los fragmentos de cristal que me rodean.
Yo mismo roto, o en construcción. En cualquier caso lloro.
¿Pero de qué sirve llorar en medio de un bosque inmenso, si no hay nadie para escucharlo?
¿Seré acaso yo ese árbol caído que por no haber un ojo u oído ajeno que atestigüe su derribo, ni tan siquiera pueda decirse que haya existido?
¿Es que sólo somos, si somos para otros?

Mientras me empapo de mis propias lágrimas comprendo que el llanto es la primera herramienta social.

Quisiera ser como esos animales salvajes, fuertes y resignados, capaces de encarar la vida y la muerte en silencio sin ese patetismo que es siempre dirigido al que mira.
Quizá lo logre, pues aquí nadie más que yo mismo parece saber de mí.

Asumo. Callo. Y la ausencia de ruido me trae una nueva dimensión: El mundo que no soy yo.

Apagada la voz quejumbrosa y victimista de mi mente, los sonidos del cuadro donde me enmarco, siempre como figura central, llegan a mis oídos.
Hay piar de alegres aves, ramas crujiendo por el movimiento de agiles roedores, el agitar frenético

de las patitas de algún insecto en la distancia.
Sin embargo el conjunto parece un hilo musical emanando de las propias hojas y tallos de la pacifica floresta, pues aquí no hay rastro de criatura alguna.

He de incorporarme y explorar, quiero comprender dónde me hallo, y qué relación tiene mi cuerpo con este lugar.
Al hacerlo asumo por primera vez que el entorno y yo somos dos entes diferenciados. Interior y exterior se separan, quizá para nunca volver a encontrarse; quizá para luchar ya por siempre como rivales irreconciliables.

Levanto un pie, y al bajarlo para avanzar, el primer obstáculo se me presenta a modo de advertencia: Un trozo de cristal puntiagudo y afilado mirando al cielo, y la planta de mi pie robándole la luz mientras se apoya en él. La piel se tensa hasta el desgarro, penetrando en mi cuerpo a través de musculo y tendones. Entonces el instintivo grito es silenciado por una orden externa.

-*¡No sigas andando solo!*

Esta nítida y poderosa voz que me llega desde la espalda, ¿puede realmente ser un aviso de la vida tratando de impedir que con cada nuevo paso que dé, provoque un imparable distanciamiento entre las orillas de la brecha que separa al resto, de la concepción de mí mismo como algo independiente?

Pero no.
Es sólo un fantasma.

Mis pupilas se dilatan al girar el cuello y ver ese rostro terroríficamente primitivo.
Cabeza rapada, pintura negra cubriendo cada parte de su cara a excepción de los ojos y la boca, los cuales son bordeados por un brillante blanco.
El cuerpo desnudo, y aunque arrugado, bien fibroso.

-*Nosotros cuidaremos de ti.* –añade la voz.- *¿Me comprendes?*

Asiento.
Pero en realidad miento, pues únicamente puedo entender la autoconservación del Yo sobre los elementos que en mí no siento.

-*¿Recuerdas de dónde vienes?*

Sólo oscuridad y silencio.

-*No tengas miedo. Toma mi mano.* –añade la voz.

El tembloroso pulso delata una realidad poco fantasiosa: Mi interlocutor no es un fantasma, si no tan sólo otra persona de tacto rugoso.

-*Vamos, los demás quieren conocerte.*

Su dulce insistencia vence a mi desconfianza.
Por un momento dudo de si yo mismo soy también eso, un ser desnudo, un rostro de facciones cubiertas por el negro y el blanco.

Avanzamos conectados por nuestros dedos entrelazados durante largos instantes de un silencio natural y tranquilizador.
Mi guía me conduce entre los gemelos troncos de un paisaje que se me antoja tan uniforme como si una todopoderosa fuerza externa lo hubiera dibujado ante mis ojos. Me dejo arrastrar entre las cálidas sonrisas que cada pocos pasos me dirige, y las cuales sabe necesarias.

Camino. Simplemente camino, cada vez más vacío de preocupaciones.
Voy confiado mirando al suelo, y me maravillo del poderío percutor de nuestros pies sobre el terreno convirtiendo la blanca e impoluta nieve en sucio y obsceno barro.
También contemplo como al plegarse con cada paso se dibujan divertidas formas en la piel de los escurridos glúteos de esa persona que con delicadeza me introduce en el mundo.

Acepto mi condición de aprendiz de esta nueva realidad.
Y cuanto más me invade la curiosidad por conocer, menos me importan las dudas y los miedos que siempre acompañan al que cree saber y teme estar trágicamente errado.
¿Pero es que acaso yo sabía algo?

Mientras me dejo llevar, siento que me duelen los músculos de la cara de tanto sonreír.
Cualquiera diría que ha de ser la primera vez que ejecuto esta reconfortante acción, pero imagino que la fuerza que ahora me falta para lograr elevar durante tanto tiempo las facciones de mi rostro, pronto se regulará y hará el gesto tan natural como mi arrollador caminar.
Me comprendo como entidad ajustándose para lograr un creciente poder sobre las cosas que le conforman y rodean, la idea de un ser que con todo puede y sobre lo que todo gira.
Un hermoso momento que ojalá no tenga final.

Pero de pronto un claro entre los árboles, y ante nosotros la pared rocosa, resultado de una abruptamente elevada formación del terreno.
En ella una enorme boca negra nos saluda exhalando un aire de profundo misterio. ¿Qué esconde la piedra?

La respuesta no se hace esperar.

Fantasmas.

Los cuerpos musculosos y desnudos se suceden como la sangre de una herida infligida a la propia tierra.
Miro a mi guía, y luego a esos fantasmas de rostro pintado en negro y blanco, y comprendo que si bien no son copias suyas, tienen que ser necesariamente parte de una misma cosa, pues se me antojan demasiado similares. Por primera vez la idea de masa: La masa, que nunca es Yo.

Desde la distancia me observan sonrientes mientras les devuelvo la mirada exploratoria en un esfuerzo verdaderamente acelerado y fatigoso por descubrir si sus manos han de traerme tanta paz como esta que me sostiene.

Empiezo a ver ciertas diferencias entre unos y otros, todas ellas relacionadas con el tamaño de brazos, piernas o genitales, pues por lo demás, y sin excepción, carecen de cabello, van idénticamente maquillados, y son de altura y anchura similar. De igual modo destacan en sus rostros unos grandes ojos de mochuelo, brillantes como la plata, en tonos azules o grises.

Cuando por fin se deciden a caminar hacia mí, comprendo que han de ser una versión mejor conservada de quien hasta aquí me ha traído, y mientras tocan mi cuerpo sublimados por la textura y forma de mi aparentemente exclusiva constitución, los imagino ocultos en la cueva a salvo de la

nieve, mientras que esa persona que ahora me presenta en sociedad, se moja y se arruga como se han arrugado nuestros pies.
Sí, eso debe ser.

-*Es como nosotros.* –pronuncia uno de los fantasmas.

-*No es cierto, tiene el pelo blanco.* –exclama otro.

-*Y su barriga es grande y fofa.* –sentencia otro más.

No cabe duda de que estos seres no son fantasmas.
Tampoco hay duda de que mi cuerpo no presenta la consistencia que debería.

-*¡Le cortaremos el pelo!*

-*¡Le haremos sanar!*

-*¡Sí!* –gritan todos juntos- *¡Será uno más!*

-*Pero esperad.* –habla con tono sombrío el único de ellos que no me ha querido tocar- *Todos visteis como bajaba de los cielos, ¿no es así?*

Las cabezas asienten.

-*¿Pues qué me decís de eso?* –prosigue- *¿Acaso alguno de nosotros puede volar?*

Todos dudan en silencio golpeados por la evidencia.

-*Es cierto: ¡No es un Igual!* –exclama finalmente otro.

-*¡Únicamente un animal podría surcar los cielos!*

-*¡No cabe duda! ¡Es sólo un animal!* –claman en conjunto.

Yo no digo nada, pues ni yo mismo sé qué soy.

Mi guía levanta la mano que tiene libre, mientras con la otra aún me mantiene unido y conectado a su protectora fuerza vital.
La turba calla.

-*Cuando vimos a esta noble criatura descender atravesando el campo celeste, sospeché que vuestro desconocimiento os condujera a resoluciones similares a esta que ahora se nos presenta, pero habéis sin duda errado en lo más básico, pues decidme, ¿qué habríais hecho de ser uno de vosotros el que de mi mano hubierais visto llegar?*

-*Preguntarle: ¿Qué tal estás?* –dice uno.

-*¿Qué necesitas?* –añade otro.

-*¿En qué te puedo ayudar?* –exclama uno más para rematar.

-*Todos habláis sabiamente.* –puntualiza- *Pero a esta persona que ahora traigo, al verla diferente, no habéis ni siquiera pensado en escuchar.*

Un rumor de dolorosa vergüenza se extiende entre las gentes congregadas.

-*¿Cómo saber nada de su naturaleza sin tratar de comunicarse y comprender lo que en su interior guarda?* –concluye por fin.

El individuo de tono sombrío que permanecía en la retaguardia del grupo alejado lo más posible de mí, se abre ahora camino entre la masa, y mirándome directamente a los ojos, como tratando de encontrar una verdad en ellos, pone su mano sobre mi hombro.

-*Discúlpanos, ser de los cielos, ¿cómo podemos servirte? Te escuchamos.*

De pronto la invasiva atención que todas las personas presentes llevan vertiendo sobre mí desde que nos encontramos frente a frente, torna de la gratificante sensación de ser el protagonista del relato, a la incomodidad del que de pronto se siente inseguro por todo lo que le conforma.
¿Por qué soy diferente?
¿Qué esperan de mí?
¿Estaré a la altura de tanta expectación?

Me tiemblan los músculos de la boca, pero esta vez no de despreocupada alegría contemplativa, sino fruto de una sonrisa nerviosa e incontrolada, innegable proyección fisiológica de mis ganas de huir para ocultarme en el lecho de hojas frescas donde hace unos instantes lloraba aterrado, ahora único refugio de un mundo hermoso pero lleno de seres complejos e incomprensibles.
Añoranza de no tener responsabilidad alguna, ni nada que demostrar.

De nuevo el miedo, uno tan fuerte que ya ni la veterana mano que me guía y sostiene puede aplacar.

-*¿No sabe hablar?* –pregunta alguien.

-*Si no puede comunicarse con nosotros, es que no es un Igual.*

La imagen de un trozo de carne humeante en un plato blanco de porcelana cruza mi mente de forma inesperada.

-*Chuletón de ternera con patatas fritas y pimientos verdes para su ilustrísimo señor*. –pronuncia desde mis entrañas una voz desconocida.

Mi boca, completamente seca por el miedo, es repentinamente inundada por un flujo de irrefrenable saliva.
Este extraño recuerdo me produce un apetitoso a la vez que terrorífico deseo.
¿Soy yo quien va ser cocinado?

Los ojos de mi guía permanecen clavados sobre mí cuando recobro la consciencia al regresar de mis divagaciones.
Su gesto denota una gran confianza en mi persona y lo que ahora pueda llegar a hacer, demostrando que es el momento de devolver con desinterés, el desinterés dado.

-*Vamos*. –dice con tono suave y cariñoso- *Háblales.*

Ante la mirada esperanzada de este ser que me porta como un preciado tesoro, no puedo por menos que sentir un extraño primer deber para con otro. He de hablarles y no defraudar con mi ignorancia.

Pero, ¿qué decir si no sé nada?

Opto por la opción que instintivamente se configura en mi mente como la más sensata: Ser como ellos, uno más entre estas gentes, un ser corriente a imagen y semejanza del resto, alguien que no destaca por nada y no tiene nada que ofrecer ni explicar.

-*Hola, soy yo. Alguien normal. Nadie especial.*

Todos los presentes permanecen impasibles.

-*¿Y qué eres tú, oh aquel que cayó de los cielos, un Igual o un animal?* -pregunta tras unos instantes uno de los congregados.

-*¡Soy un Igual! ¡Soy un Igual!* –grito al ver claramente que esta palabra es la llave que he de girar para ingresar en su sociedad como uno más.

Todos sonríen y suspiran satisfechos.

-*¡Es un Igual! ¡Es un Igual!* –sentencian entre vítores.

Mi rostro es invadido de nuevo por una sonrisa nerviosa, y de forma autónoma mis músculos faciales dibujan gestos de extrema y desbordante alegría histriónica.

¡Soy ya una criatura más del rebaño!

Un mantra que desde ahora me he de recordar hasta hacerlo realidad.

-*Y dinos,* -interrumpe abruptamente el ser que aun cortés, conserva todavía un tono gélidamente seco- *¿cuál es tu nombre, oh Igual entre los Iguales?*

La fiesta acaba para mí ante esta infranqueable trampa.

Miro a mi guía buscando un apoyo, pero ahora por primera vez parece desconfiar de lo que pueda decir.
No es difícil sentirlo en su respiración suspendida en tensa espera.

-*Mi nombre…* -comienzo a pronunciar con la torpeza del que quiere ganar tiempo a sabiendas de que no tiene respuesta pero aun así confía en que de algún modo pueda esta llegar.

-*¡Mirad lo que hay en su piel!* –interrumpe alguien señalando mi antebrazo izquierdo.

Todos los congregados, y yo mismo el primero, seguimos su dedo con la mirada, para descubrir que dibujado en mi propia carne hay un extraño dibujo con varias letras en bloque ordenadas.

-*¿Por qué hay hollín bajo tu piel? ¿Qué significado tienen esas trazas?*

Ni yo mismo lo sé.

Pero de entre las líneas del dibujo, una palabra destaca.

-*Ávila* –digo.

-*¡Ávila!* –repiten todos sublimados por mi capacidad lectora.

¿Será acaso este mi nombre?
¿Por qué si no sobre mí esta marca?

-*¡Saludad a Ávila, nuestro nuevo Igual!* –exclama una voz de entre la masa.

No me importa ser quien estas personas quieran que sea, mientras de esta forma pueda decirme uno más, y con mis preguntas juzgar a otros y no a mí mismo, desde la seguridad que la manada me ha de dar.

Capítulo 2
De los caballeros

Estoy sentado sobre la cabeza de un oso.

Llevo siete noches en esta cueva, instalado entre pieles de animales salvajes que hacen las veces de lecho y lugar de reunión.

A pesar de tener estos gruesos mantos peludos, en toda circunstancia sin excepción se impone el desnudo, y nadie parece padecer en sus cuerpos frío o calor alguno.
Todos se muestran tranquilos y amables, alejados de cualquier preocupación.

Durante estos días me han ido enseñando cómo funcionan las cosas relativas a la supervivencia en la comunidad, lo cual apenas ha ocupado un pequeño porcentaje de nuestro tiempo, pues esta vida se antoja sencilla, colectiva, y libre de sobresaltos.
Entre ellos se tienen por Iguales, y se lo dan todo a todos sin pedir nada a cambio. Esa parece ser la única ley aquí.
Los mayores esfuerzos recaen en el constante interrogar al prójimo para saber qué quiere o qué necesita, sin pensar en sí mismos o sus propias necesidades, pues de ellas ya se ocupan los demás.

Siguiendo este método circular todos quedan alegres y satisfechos, las tareas salen fluidas, con sublime entrega y gran calma, permitiéndoles centrarse en el trabajo que parece generar en todo momento una cierta preocupación: Evitar que la gran hoguera se apague. Para ello mantienen el hogar ubicado en el centro de la gran sala rocosa, accesible a todos en caso de emergencia al faltarle combustible, o de ser presa de alguna fuerte corriente de viento.

A la vista de la configuración del refugio quise preguntarles por la nieve, pues la cueva no es otra cosa que una enorme estancia dentro de una montaña hueca sin techo alguno. Sólo paredes. Sobre nuestras cabezas siempre el cielo abierto. Sin embargo me dijeron que aquí dentro nunca nieva ni llueve, que la hoguera calienta el aire del firmamento, y que es ella la que nos protege y mantiene secos y a salvo de toda inclemencia, de ahí su vital importancia.
Su humo es reverenciado como un ser protector. Creo que piensan que tiene vida propia. Y quizá la tenga. No seré yo quien lo ponga en duda, aunque ni se nos parezca ni pueda hablarnos. Superior o no, desde luego nunca un Igual.

Otra cosa que tratan con un temeroso respeto, y que parece ser la segunda en importancia para poder existir, es la obtención de alimento con la carne de ciertos animales.
Cuando esto sucede comienza una concienzuda y larga oración de agradecimiento. Honramos a esos seres que han dado su vida para permitirnos a nosotros vivir.
Estos, en razón de su tamaño de mayor a menor, son tratados como nuestros grandes protectores y benefactores, en consideración similar a la del humo negro de la hoguera.

-*Quiero aprender a cazar*. –digo a mi guía.

-*Los animales vienen cuando gustan de hacerlo. Debemos esperar a que decidan aparecer. Mientras tanto puedes de otras maneras tu esfuerzo aportar*.

He logrado observar que a pesar de que constantemente me han repetido que aquí todas las personas somos Iguales, mi guía, a la cual todos llaman “La Madre”, es consultada ante cualquier duda surgida, como si de algún modo tuviera más respuestas que el resto por alguna razón.
También he descubierto que su piel no estaba arrugada por la humedad de la nieve, pues siempre

permanece igual de descolgada, casi defectuosa.
¿Será esto lo que pasa cuando mucho se aprende, que pierde importancia el cuerpo mientras lo ganan las ideas?
Yo por si acaso prefiero no usar demasiado la cabeza, pues, ¿para qué pensar si basta con imitar lo que hace el resto?

A pesar de todo esto no puedo evitar sentir que aún no soy parte del grupo.
Todo el rato permanecen atentos a mis movimientos y me brindan continuas atenciones, como si consideraran que aún no pudiera valerme por mis propios medios, y tuvieran miedo de que me rompiera. O tal vez por todo lo contrario.

He llegado a pensar que su trato deferencial y su curiosidad hacia mi persona sea quizá fruto de mi fisionomía, pues estoy visiblemente más gordo que el resto, y mi cabello es el único de color blanco.

Yo he querido eliminar mis rasgos e igualarme como hacen todos ellos, pero La Madre no me ha dejado raparme, ni tan siquiera maquillar mi rostro de negro y blanco. Dice que aún es pronto, y que a todos les fascina mi peculiaridad. ¿Pero por qué habría de hacerlo?

Puede que piensen que también estoy defectuoso y soy sabio como La Madre.
¡Pero yo no sé nada!

-*¿Y qué clase de árbol es este?* –pregunta un Igual que permanece sentado a mi lado entre las pieles sacrificadas mientras observa la tinta que hay en mi brazo.- *Su tronco es tan ancho y recio que sobre él podría albergar más animales de los que nosotros jamás llegaríamos a necesitar.*

-*Eso es porque no es un árbol, es una montaña*. –corrige otro- *¿No ves las piedras que le dan forma?*

-*¿Una montaña formada por piedras apiladas unas sobre otras? ¿Cómo es eso posible? ¿Las ha puesto ahí un Igual?* –añade el primero desconcertado.

Todos ríen divertidos ante tamaña ocurrencia.

-*¿Quién crees que podría hacer una montaña con sus propias manos?*

-*Este pequeño hombrecito que asomando por la pétrea cima, se encuentra claramente dibujado.* –sentencia el primer Igual con rotundidad sin querer abandonar su hipótesis y quedar como un bufón ante los demás.

-*¿Dónde se han visto montañas o cuevas con techo para poder sonriente coronarlas?* –interviene un nuevo contertulio.

-*Pues…* -duda el primero.

-*Quizá nosotros no podamos entenderlo.* –interrumpe un recién llegado mientras toma mi brazo- *Aquí tenemos a un niño flotando en mágico ascenso desde el interior de una cueva, conectando su cuerpo el cielo con la montaña, rodeado además de tres palabras, y bajo todo ello el nombre de Ávila ¿Es que no os dais cuenta de que esto representa a nuestro nuevo Igual en su celeste morada?*

Un colectivo sobresalto.

-*Dinos, oh hermosa criatura que bajó de los cielos, ¿eres tu ese niño?* –pregunta el Igual que inició el dialogo.

-*¿Qué es un niño?* -contesto con gran confusión y vergüenza.

-*Un niño es alguien que no sabe nada.*

El terror me invade ante la certeza de que sin duda eso es exactamente lo que debo ser yo.

-*¿Y esta montaña es tu casa?* –prosigue mi interlocutor.

No contesto, pues la única casa que conozco es esta.

-*¿Acaso no recuerdas dónde fuiste engendrado?* –insiste.

-*No.* –digo sin ser capaz de levantar mi ruborizado rostro- *¿Vosotros sí?*

-*Nosotros nacimos en esta cueva.*

-*¿Y hay más niños aquí?* –exclamo.

-*No. Ya todos aprendimos el significado de la vida.* –responde.

Aprender qué es la vida y cuál es nuestro papel en ella.
Eso debe ser lo que diferencia al adulto del niño.

Entonces comprendo el porqué de mi alienante sensación: Soy el único niño en este mundo.

Siento que es una farsa mantener un minuto más mi declaración de ser un Igual, pero no me atrevo a confesar.

Quedo petrificado reflexionando sobre mi precaria situación vital, mientras que algunos Iguales, de forma voluntaria y natural se incorporan y van hasta la despensa, cada vez más vacía ante una acuciante falta de caza, y se ponen a cocinar en el fuego central varias piezas para la cena.
El ciclo de la supervivencia se cierra.
Y yo no participo en él.

El olorcillo deliciosamente chamuscado llega hasta aquí, y a pesar de que La Madre me ha repetido hasta la saciedad que aún no estoy preparado para ciertas labores, siento que si quiero estar a la altura del resto, he de dar lo que recibo.
¿Pero qué tengo que ofrecer? ¿Qué puede aportar un simple niño?

La cena transcurre como las siete primeras.

Mientras el cielo se tiñe de negro y todos yacemos plácidamente en la senda de la vigilia, las voces confidentes de una pareja acostada a varios puestos de mí, sobrevuelan el silencio apenas roto por las respiraciones suaves y rítmicas del resto, y toman forma en mis oídos.

-*Desde su llegada todo ha cambiado.* –pronuncia una de ellas.

-*¿Por qué dices eso?* –replica la otra.

-Antes no había misterio alguno en todo nuestro universo que no supiéramos responder, pero ahora hay cosas extrañas que no entendemos y debemos resolver.

-¿Por ejemplo de dónde viene el blanco de su pelo?

-No, más importantes, como esas tres palabras que hay en su piel junto al dibujo y al nombre de Ávila.

-Apenas entendí cuando las descifró. Eran muy extrañas. ¿Tú las recuerdas?

-De los caballeros, Del Rey, De los leales…

-Son palabras que no significan nada.

-Y si no significan nada, ¿por qué están en su cuerpo grabadas?

-Tal vez sean un mensaje.

-Vamos a preguntarle. Sólo él puede saberlo.

Escucho sus cuerpos moviéndose torpemente sobre los otros que duermen, y negándome a mirarles para esquivar lo inevitable, finjo dormir yo también.

-Despierta, Ávila, oh Igual entre los Iguales. –dice susurrante la voz mientras su mano agita mi hombro.

-¿Qué ocurre? –respondo forzando una somnolencia incapacitadora.

-Necesitamos saber qué es eso que pone en tu negra herida. Lee de nuevo para nosotros.

-Ahora no lo recuerdo. –acierto a excusarme- *Mañana os lo diré.*

Pero ni lo sé, ni se lo diré, pues nada entiendo de caballeros, reyes o leales.
Se empeñan en no aceptar que yo no sé nada ni del mundo, ni de mí mismo.
Y cada nueva de sus preguntas me hunde un poco más en el sufrimiento de la propia ignorancia.
Quizá ellos no lean palabras, pero de qué me sirve a mí hacerlo si no puedo leer la propia vida.

Con mi silencio infantil transcurren los días hasta contar treinta más, el tiempo suficiente para que todos se hayan cansado de mi falta de respuestas, desistiendo ya de explorarme como a una excitante novedad.

En este empeño destaca especialmente La Madre, la cual procura que indague lo menos posible en, como ella dice, reflexiones que no llevan a ningún sitio, y trata de ocultarme cosas y ocultar cosas mías a los demás, al tiempo que me mantiene en mi rol de no iniciado. Mi existencia, a pesar de corta, resulta ya verdaderamente tediosa y triste.

Trato de aprender las labores prácticas de la convivencia, pero mis huesos crujen y mis músculos no aguantan el ritmo de los demás. Algo me falla.
Además me ha crecido mucho pelo blanco en la cara. Las posibilidades de maquillarme y uniformar mi aspecto con el del resto desaparecen paralelamente a lo que aumentan por parte de todos las caricias y toqueteos recreativos de mi bello facial.

La Madre me ha encargado la tarea de recoger grandes trozos de cristal que se hayan desperdigados por todo el bosque, y esconderlos en una fosa que yo mismo tuve que cavar.
Dice que sólo confía en mí para ello. Que nadie puede saberlo.

Pero yo no creo que esto sirva para nada.

-*¿Qué aporto con esta acción?*

-*Ayudas a mantenerlos a salvo.*

-*¿A salvo de qué?*

-*De cortarse los pies durante la caza.*

-*¿Y por qué no puedo yo cazar?*

-*Ya te dije que hasta que los animales así lo decidan, no habrá ninguna caza. Además aún no estás preparado. Aquí cada uno tiene su función.*

He podido observar que conmigo es con el único que es inflexible e imperativa.
El resto me preguntan qué quiero, y cuando vienen a ofrecérmelo con desinteresado corazón, La Madre se lo impide, relegándome a mi infantil posición.
¿Dónde quedó esa protectora mano que me dio tranquilidad y guía en mis primeros días de vida?

Vuelvo al claro que da a nuestra guarida, envuelto en la amargura del servicio que se tiene por estéril, y la incoherencia de la declaración interna de ser uno más cuando se es a todas luces el único diferente.

-*¿Has visto algo, Ávila?* –me pregunta sonriente un Igual que junto a otros dos toma el Sol en la entrada de la montañosa cueva.

-*¿Algo de qué?* –respondo apático pero internamente preocupado por si mi labor con los cristales haya podido ser descubierta.

-*De todos esos animales que últimamente pululan entre los árboles*. –responde.

-*Parece ser que contigo, oh aquel que conoce el tacto de las nubes, llegaron también multitud de criaturas que a todas horas van de acá para allá recorriendo el bosque.* –añade otro.

-*¿Decís que hay muchos más animales que de costumbre?*

-*Sin duda. No sabemos qué hacen, ni qué nos preparan.*

-*¿Entonces por qué no vamos a cazarlos? ¡Las reservas de alimento están casi agotadas!* – exclamo viendo mi oportunidad de lograr un bautismo de fuego que me haga realmente importante.

-*¿Y cómo se supone que haríamos eso?*

La pregunta me deja fuera de juego.
¿Esperan que diga algo para confirmar que no sé de qué hablo?

-*Están ahí al alcance de nuestras manos, simplemente debemos acercarnos y capturarlos.* – contesto con el terror y la sospecha de estar diciendo la mayor de las tonterías.

-*Oh, Ávila, mi querido Igual, eso no es tan sencillo. Cuando llegue el momento lo verás.*

De nuevo esas sensación de ser un inferior, alguien que no está al nivel y que debe esperar para estarlo.

Y espero.

Espero treinta lunas más.

Pero hoy por fin parece llegar mi momento para pasar a la acción: Dicen que los animales están bajo El Gran Árbol, lo cual dicen es indicativo de comienzo de la caza. A pesar de que La Madre me ha prohibido participar en ella, y me ha encomendado ir con otros a por agua al pozo, mi decisión de escabullirme y perseguir a la partida de cazadores para en la distancia observarles y aprender la técnica que se ha de realizar, es firme e inamovible.

En este tiempo he entrenado duramente mi cuerpo, el cual se ha fortalecido, ganando en músculo y perdiendo en grasa, y me siento tan fuerte como cualquier otro.
Mis miedos han desaparecido, y tengo la certeza de que ya no soy un niño.
Si bien es cierto que no sé muchas cosas, estoy deseando saber.

Me rebelo ante esta injusticia de una forma audaz.

El grupo de Iguales expertos en las lides cinegéticas sale de la cueva, mientras el resto aviva el fuego, y van al pozo a por agua fresca.
Yo me excuso alegando una emergencia intestinal y logro escapar sin levantar sospecha entre mi grupo de aguadores.

Durante mi persecución sigilosa, al ver avanzar tan agiles y seguros a los miembros del grupo por delante de mí entre la vegetación, no puedo evitar sentir un secreto orgullo al contemplar que ninguno de ellos corre peligro en momento alguno de cercenarse el pie con un trozo de afilado cristal.

Llegamos a un claro. Todos se detienen, y observando con gran precaución unos árboles, se acercan despacio al más imponente de ellos, para ponerse bajo este en formación.
Sin apartar las miradas de la frondosa enredadera que corona el inabarcable tronco de El Gran Árbol, comienzan una extraña danza.
Todo parece pasar muy despacio, y sus movimientos son tan bruscos y poco naturales, que se diría que todos ellos se retuercen penosamente achacados de un inefable dolor.
Entonces, para mi sorpresa y horror, de la copa empiezan a descender los cuerpos inertes de diferentes animales: Cerdos, conejos, pollos, venados…
Cuanto más intenso es el baile y los canticos que le acompañan, más se alejan de las altas hojas esos animales que han de ser nuestro único alimento.
Finalmente, al tocar las presas el suelo, el grupo de Iguales cesa su ritual, y con gran júbilo saltan todos ellos hacia los trofeos obtenidos.
Aun desde el puesto que ocupo tras unos matorrales lejos de la acción, puedo distinguir como desatan diferentes cuerdas de las patas de los animales, las cuales luego se elevan a una velocidad prodigiosa hasta de nuevo desaparecer entre su espeso laberinto vegetal.

Algo dentro de mí me dice que esto no es normal.

En el estómago las tripas se me revuelven mientras el grupo regresa a la cueva, pero yo no puedo seguirles.
Me acurruco devastado.
¿De verdad esto es la vida?

Mientras cae la noche logro reponerme de mis incomodos pensamientos y regresar al hueco y pétreo fortín.
Todo el mundo se muestra preocupado por mis supuestos problemas estomacales, lo cual me sirve para alargar la mentira pretérita y evitar participar de la cena.
La inquietud que ha viajado de mis ojos a mi mente, parece haberse instalado a su vez en mi desconfiado y asqueado paladar.

Necesito saber la verdad.

Espero a que La Madre se retire a dormir, y asegurándome de que por hoy está fuera de juego, me acerco a los últimos Iguales que charlan en voz baja junto al fuego.

-*¿Es cierto que los animales bajan muertos de los árboles?* –pregunto con temor de saber que con mi curiosidad manifiesta transgredo una norma clara.

-*¿Quién te ha dicho eso?*

-*La Madre.* –miento.

-*Pero Ávila, fue ella misma quien nos dijo que no te turbáramos con estos menesteres aún.*

-*Puede que considere que ya ha llegado mi momento de saber.* –reincido en mi engaño.

Los anaranjados rostros de los pocos noctámbulos presentes frente a la hoguera, van dibujando ilusionadas sonrisas y miradas cómplices.
El silencio se alarga entre el crepitar de la leña, pero poco a poco me invade la satisfactoria sensación de que todos ellos llevaban tiempo, quizá tan como yo, deseando iniciarme.

-*¿Qué dudas tienes?*

-*Necesito saber de dónde vienen los animales.*

-*Los animales son nuestros protectores, ellos nos marcan los límites del bosque, nos sirven de guía, y cuando así lo consideran, se reúnen en El Gran Árbol y nos entregan su carne.*

Un escalofrío me recorre el cuerpo al confirmarse lo que esta tarde me produjo el mayor cortocircuito mental de mi inexperta existencia.

-*¿Es por eso que me confundisteis con una animal cuando bajé del cielo?*

-*Sí.* -responde mi interlocutor con vergüenza- *Pero también fue por tu extraño cuerpo, y porque no sabíamos si podías comunicarte como un Igual.*

-*¿Es que los animales no hablan?*

-*No. Siempre callan. Se entregan a nosotros en silencio por propia voluntad.*

-¿Por qué lo hacen?

-Únicamente por su bondad. Siempre ha sido así y siempre lo será. No podemos preguntarles, ¿pero para qué saber más?

No hace falta. Yo ya sé suficiente.
Y aunque siento que no puedo creerme nada, también callo.

Sello mis parpados y me sumerjo en una onírica verbena donde cubierto de salado sudor participo en interminables danzas que provocan la bajada de los cielos de voluntarios cerdos por las pezuñas amarrados.
Pero, ¿quién sus sogas sostiene?

Cerdos ofrendando cerdos. Conspiración amorosa de entrega ritual.
El más alto sacrificio de aquel al que no tienen por un igual.

Y de pronto unas toscas piedras apiladas en la vertical formando un alto muro. Y en ese muro una gran puerta. Atravesando su arco, multitud de personas cubiertas con mantos de deslumbrante rojo.
En sus manos grandes objetos afilados y brillantes, cuyo nombre me es presentado: Cuchillos.
Y la palabra plaza.
El concepto de mercado.
Monedas pasando de mano en mano, y los cerdos sonrientes del baile anterior siendo degollados bajo los soportales.
El plateado metal trocea cada uno de sus miembros, para luego viajar en cestos de mimbre junto con grandes frutos que este bosque no alberga, hasta pequeñas cuevas llenas de telas y árboles cortados formando estructuras de largas superficies horizontales a distinta altura.
Estos refugios están unos sobre otros configurando verdaderas colmenas, y en su interior todos hacen las mismas cosas para sí mismos, en vez de hacerlo una sola vez entre todos para todos en una misma hoguera.
Contemplo las mismas vidas reproducidas y vividas por separado, calcadas en ejecución y resultado, y aunque todas adyacentes, todas separadas por finas paredes para perpetuar una existencia solitaria.
Nadie sonríe.
Y yo no entiendo nada, pero siento que esa locura es en el fondo lo más fácilmente aceptable, y que nuestra vida de solidaridad y Amor es una desviación imposible, más digna de un sueño que el propio sueño.

Sudor cubriendo todo mi cuerpo, y un espasmo que me hace despertar.
Mi respiración agitada revela la pesadilla de un niño.
Ideas aparentemente imposibles.
Utopías de Egoísmo en un mundo individual donde la colaboración no es voluntaria, si no por puntual y obligada necesidad.

Me alegro de estar en esta cueva tumbado entre los cuerpos de mis Iguales.
¿Pero sigo aquí?

Mis ojos legañosos y pesados no logran enfocar. Sólo negro.
Palpo con mis manos el perímetro de mi lecho.
Brazos y piernas me rodean, aunque no logro entender por qué no veo.

Ideas de inoperancia y catástrofe física me invaden.

¿Es posible que este terrible sueño de criaturas dando vida a un mundo alienante y egoísta, haya provocado como castigo que mi sistema falle y me deje ciego de esta realidad basada en el Amor? Hiperventilación.
Estoy al borde del grito, pero de pronto una llama de fuego en movimiento.

El naranja atraviesa la gran sala de la cueva.
Desde uno de los rincones más alejados de la puerta, una sombra sibilina porta una rama ardiente en dirección a la zona central.
Con una cadencia irregular la luz ardiente ilumina su rostro agitado y veloz, y yo, tras unos instantes de incrédula parálisis, logro finalmente distinguir la faz del extraño ser: Es un cerdo. Un cerdo bípedo de sublime agilidad.

¿Acaso sueño aún?

El miedo me agarrota hasta la petrificación, pero mientras el cerdo posa su flamígero presente en las cadavéricas ascuas del hogar, comprendo tres cosas que la surrealista situación me impedían reconocer en mi bloqueo: La primera es que por suerte, veo; la segunda es que la oscuridad que nos envuelve es fruto del hecho de que a pesar de las constantes atenciones brindadas por todos los Iguales para mantenerlo, desapercibidamente durante la noche se ha extinguido por completo nuestro fuego; la tercera es quizá la más espeluznante, pues mientras la hoguera volver a la vida observo, se marcha a la carrera por donde vino, sobre sus dos patas y bien erguido tras cumplir con su misión, el cerdo.
En escasos segundos el episodio acaba, y todo vuelve a la normalidad.
¿Qué ha pasado? ¿Nadie ha visto lo que yo?
Apenas los ronquidos como testigos de esta desconcertante hazaña porcina.

Seriamente abatido me entrego de nuevo al profundo dormir, pues el auto convencimiento de que esto no ha sido real, se me antoja del todo necesario.

Por la mañana nadie comenta nada de lo acontecido.
Quizá ni ellos mismos sepan que el reverenciado fuego nos abandonó ante nuestro propio descuido, y fue traído de vuelta a la fuerza por un animal salvaje de constitución humana. O quizá sí lo sepan, y acepten de buen grado que sean estos seres peludos los que no sólo nos donen sus propios cuerpos como alimento, si no que cuiden de mantener nuestras vidas en todos los aspectos, velando incluso en el más insignificante de los gestos.

-*¿Es que son nuestros sirvientes?* –pregunto a La Madre tras siete lunas sin dormir esperando en balde a ver si se repite otra mágica y protectora acción.

-*¿Por qué dices eso? Será mejor que continúes con tu importante labor.* –responde señalándome los cristales junto a la apartada fosa donde trabajo en solitario de Sol a Sol.

-*¡No! ¡Me he cansado de este aislamiento! ¡Yo sé cosas! ¡Ya no soy un niño!*

-*¿Has recordado?*

-*No. He visto.*

-*Pues nunca pongas en palabras eso que tus ojos y tu mente creen que retuvieron.*

-*¿Por qué he de callar?*

-*Por el bien de los Iguales.*

-*¡Pero yo aún no soy un Igual!*

-*¡Ni nunca lo serás!*

Por primera vez veo en la cara de La Madre una expresión deformada que nunca antes vi en ningún otro: Su ceño y nariz arrugados, sus cejas levantadas por el borde exterior, sus dientes a la vista y fuertemente apretados.
En mis oídos un pitido, y recorriendo mi palpitante cuerpo un cosquilleo anestesiante.
Y de pronto una imagen: Una cueva oscura llamada catedral. La luna. Un pasaje estrecho entre las rocas de esta cueva y otras tantas que junto a esta se hayan. En la misma piedra de esta gran cueva, presidiendo la parte alta de la pétrea garganta, tallada en la roca una calavera. Colgado bajo esta de forma vertical, un tosco palo de madera, y cruzando horizontalmente su parte superior, otro madero más pequeño.

-*¡Me temo, caballero, que en la calle de la vida y la muerte hallará hoy su final*! –grita una sombra.

-*¡Sea!* –responde la otra.

Se atacan con cuchillos y luego con los puños.
Rojo en sus rostros y ropajes.
Incomprensible festival de sangre ajena.

Algo únicamente posible cuando no hay igualdad.

La escena se desvanece mientras en mi interior resuenan sin cesar las palabras de La Madre, sentenciándome, anunciando algo que ya sabía y que no quería aceptar: Yo no soy un Igual.

Durante algunos instantes más me siento flotar por encima de mi propia materia, pero de pronto esta se reconstruye de nuevo en mi cuerpo, y cada músculo se tensa con una misma determinación.
He de actuar antes de ser dañado, y he de hacerlo de forma contundente.

Mi brazo sufre una descarga que lo propulsa hacia el estómago de La Madre, y mis nudillos su hunden en su carne.
Su cuerpo se comba por la zona central.

Algo en mi interior se revuelve como lo acaban de hacer sus intestinos con el impacto.

Distraído por mi propia conciencia en ebullición cargada de arrepentimiento ante la cobardía intolerable, no veo venir el certero derechazo de La Madre, que impacta en el punto exacto de mi cuerpo donde el mío lo hizo en el suyo.

Este primer y afiladamente humillante correccional me deja descolocado hasta el punto de que mis piernas ceden, yendo mis rodillas al encuentro del duro firme.
Plegado sobre mí mismo en el suelo, cubierto por el más aplastante oprobio, doy el duelo por terminado.
Nada ha salido como mi imaginación me había adelantado.
Aun así siento cierto alivio al descargarme de la primera sensación de culpabilidad.
El dolor redentor me libera de mi unilateralmente ofensiva decisión.

Pero cuando creía haber sentenciado esta pesadilla de Egoísmo espontáneo, una clarividente certeza desciende sobre mí: El concepto de caballero se dibuja nítido en mi mente, dando sentido a mi ensoñación, tanto, que de pronto comprendo que yo mismo debo serlo.

-*¡No soy un niño! ¡No soy un Igual! ¡Soy un caballero y como tal he de actuar!*

Incorporándome camino avergonzado pero lleno de emoción hacia La Madre, y ante sus pies vuelvo a dejarme caer.
Tomo y aprieto fuertemente sus manos entre mis manos, y besándoselas lloro.

-*¡Que el mayor de los castigos caiga sobre mí por este episodio, pues por no saber quién era, he actuado de forma totalmente contraria a lo que ahora veo que soy!*

Respiro entre llantos.

-*En mi piel llevo la marca de tres lemas que mi nombre completan,* -prosigo- *y aunque ignoraba su significado, en este momento comprendo que son aquello que me conforma.*

-*Temía que esto ocurriera.* –contesta ella.

-*¿Por qué, si para todos ha de ser bueno?*

-*No lo creo.*

-*Yo así lo siento, pues de un caballero todos podemos aprender. ¡De hecho, todos lo vamos a hacer!*

Mientras corro atravesando el bosque a toda velocidad en dirección a la montaña, dejando atrás fosa y cristales, y decidido a no volver nunca a ese lugar de rutina obligatoria e incomprensible, mi conocimiento sobre cada aspecto de lo que configura la idiosincrasia de un buen caballero aumenta con paso que doy.
Al llegar junto al hogar grito para que todos se reúnan en torno a mí.
Mi primer acto de poder sobre los otros en forma de tajante orden, parece procesarse en la mente de los Iguales con una respuesta de sumisión total, abandonando todo lo que están haciendo y poniéndose a disposición de mi voluntad.
Una sensación de magnificencia se apodera de mí, perdiendo mi virginal inocencia.

-*Escuchad, sé que tras mi llegada muchas preguntas surgieron en todos vosotros, y yo nunca pude dar respuesta a ninguna. Por ello me sentía un ser pequeño e insignificante, pero eso hoy acaba. ¡Os traigo el conocimiento!*

Las miradas de todos los presentes son tan frías e impasibles como lo fueron al conocernos ante mi vacua presentación.

La idea de que no procesan o consideran importante este acto que para mí es el momento más grandioso de mi vida, me hace hesitar.

-*Veréis… Yo… He venido a desvelaros lo que es un caballero.*

-*¡De los caballeros, Del Rey, De los leales!* –grita alguien de entre la multitud.

-Exacto. Son verdades que conmigo porto, y ahora deben ser patrimonio de todos, y entre todos hacerlas realidad.

-¡Ávila, te escuchamos! ¡Habla sin miedo! –exclama otro, al tiempo que veo entrar por la puerta de la cueva a La Madre, que lejos de seguirme a la carrera por el bosque, parece llegar resignada y llena de decepción.

-Sabed que un caballero es alguien especial, alguien que se aleja de la mediocridad que iguala a la masa, y el cual se distingue por su especial fuerza, valentía y honor.

-¿Qué eso del honor?

-Honor es hacerse respetar, que ningún enemigo pueda atentar contra tu superioridad virtuosa.

-¿Qué es enemigo?

-Enemigo es aquel que quiere obligarte a que seas peor. Por eso es tan importante que aprendamos a ser caballeros. Es el momento de que potenciemos todas nuestras capacidades, lo cual podrá llevarnos más allá de esta cueva y hacernos grandes.

-¿Por qué deberíamos hacer eso?

-Porque es más justo para los que son más válidos. Este sistema sin pretensiones ni ambición ninguna los rebaja, no permite que saquen lo mejor de sí mismos. ¡Debemos reconocer los méritos que hacen mejores a unos y a otros, cada uno en su campo, si es que alguno la naturaleza les dio!

Las miradas de los Iguales siguen siendo inescrutablemente vacías, pero mi autoritaria arenga parece mantenerlos bajo la influencia de mi decidida organización.
Y aunque duden o no comprendan, conmigo al mando nada tienen que temer.
Ellos hoy reciben en mí a un guía, y yo dejó ya para siempre de ser un niño, para pasar con decidida voluntad a ser el más sabio de entre los sabios.

-Dinos, Ávila, ¿qué debemos hacer?

Buena pregunta.
Llevar a la práctica estas ideas que ahora me desbordan, se antoja un nuevo misterio para mí, pero tomo esta alta responsabilidad de buen grado, y estoy persuadido a instaurar medidas que nos hagan mejorar como sociedad.

-Bien… Que cada uno coja una de las pieles que usamos como lecho, y cubríos el cuerpo con ellas. No podemos ir mostrando nuestra desnudez, ¿pues qué misterio queda? -dispongo convencido de que lo primero es parecer lo que se pretende ser.*- A partir de ahora, quien quiera tener mejores pieles tendrá que obtenerlas con sus propias manos de los animales que rondan sin cesar por el bosque.*

-¿Sin esperar a que ellos se entreguen?

-Si esperamos a que ellos se entreguen voluntariamente a nosotros, no hay merito ninguno en la acción. Los más aguerridos irán a por ellos directamente, y así con sus ropajes sabremos a simple vista quienes son más virtuosos.

Todos ríen ante esta innovadora perspectiva, sospecho que de emoción.

-*Las mujeres se dejarán crecer el pelo para distinguirse de los hombres, y llevarán ropas más holgadas para disimular las curvas de su cuerpo.*

-*¿Qué es hombres? ¿Qué es mujeres? ¿Por qué deberíamos distinguirnos?*

-*Para empezar a emparejarnos.* –aclaro recordando nítidamente las cuevas colmenas de mi sueño, donde en cada cubículo convivían a lo sumo un varón y una hembra.- *Cuando hayamos configurado las parejas, estas tomarán un rincón de la cueva como suyo, y vivirán allí manteniendo su propia hoguera, y protegiéndose mutuamente.*

-*¿Protegiéndose de quién?*

-*De los demás.* –pronuncia la profunda y oscura voz de La Madre en la distancia.

Al mirarla siento un escalofrío y un temblor.
¿Me estaré equivocando?

Pero no. No es posible. Es la incertidumbre ante los cambios de la revolución.

-*¡Vosotros!* –exclamo señalando a un pequeño grupo de Iguales- *Id al bosque, caminad en línea recta sin importaros la distancia, y al cabo de un tiempo terminareis hallando una gran fosa llena de cristales rotos. Entre esos cristales descubriréis abandonada una camisa roja llena de sangre. ¡Traédmela!*

Con este mandato reafirmo mi posición de distinguido caballero, y alejo de mi mente cualquier duda.

Mientras todos obedecen, yo siento un inconmensurable orgullo: He dado comienzo a un nuevo mundo de progreso y civilización.

Capítulo 3
Del Rey

¿Por qué nadie sintió esto antes que yo?
Tuve que llegar como su mesías para despertarles.

Durante mucho tiempo pensé que no ser un Igual me hacía peor, y debía ocultarlo avergonzado mientras trataba de fingir ser quien no era , pero quizá fuera más bien al contrario, y el pensar en mí mismo con un ente que no necesita a nadie, me hacía mejor.
Estaba convencido de que no sabía nada, pero en realidad había olvidado todo el poder que albergo en mi interior.
No era yo el niño, si no ellos, que despreocupadamente vivían sumidos en una inocencia absoluta.

Sin embargo ahora me tienen a mí para que les guie a la grandeza.

¿Por qué si no esta marca de nacimiento en mi antebrazo izquierdo?

Cuanto más observo estas líneas negras en mi piel, más comprendo que quien preside el dibujo soy yo, asomado por la cima de la cueva, de la única manera que tal gesta es posible: Sobre los hombros de los Iguales, es decir, siendo su Rey.

Aunque ya han pasado otras treinta lunas desde que a todos se lo comuniqué, creo que ninguno ha entendido todavía el significado de la figura del Rey, pero esta me sobrevino de forma natural, y asumí que era el siguiente paso que debíamos dar. Ellos sencillamente no pueden concebir qué es poder o mando, pero lo que no puedan ver en ideas abstractas, lo verán en la práctica.

Estamos en la jungla, y en la jungla prevalece la ley de la jungla, donde el más fuerte debe luchar y vencer al resto para progresar, sin esperar a que se lo den todo hecho.
Yo les haré fuertes, pero para ello necesito unas normas con las que controlarles.

-*Recordadme los edictos hasta ahora redactados.* –exijo a mis secretarios desde la comodidad del recién construido trono que guarda a sus pies la hoguera, mientras jugueteo con mi hermosa corona hecha a base de plantas y flores.

-*Primera norma: Pensar en el Rey antes que en ti mismo.*

-*Pues es la única manera de mantener el orden.* –aclaro en voz alta para que mis didácticas palabras se extiendan desde el centro hasta cada rincón de la cueva, y todos puedan bien oírlo- *Únicamente con una jerarquía rigurosamente respetada podremos evitar a nuestros enemigos y el caos.*

Soy consciente de que hay palabras como caos que ellos no entienden.
Ya no se molestan en preguntar, simplemente obedecen.
Saben que dejándose guiar por mí, que fui enviado desde las alturas para instruirles y enseñarles el camino correcto, nada puede salir mal.

-*¿Y cómo debéis acatar esta disposición?* –retomo.

-*Preguntando todo a su majestad, y no entre nosotros.*

-*Perfecto. Proseguid.* –digo contento de sus progresos.

-*Segunda norma: El fuego, la tierra y los recursos son propiedad de la corona.*

-*La cual las repartirá de la forma más justa, haciendo uso de sus superiores capacidades para ver con perspectiva las necesidades de la sociedad de los Iguales.*

-*Eso es hasta el momento todo lo decretado, majestad.*

-*Por ahora es suficiente. Podéis descansar.*

Respiro satisfecho observando el fuego a mis pies.

Esta segunda norma me enorgullece especialmente, pues estuve a punto de entregarles el fuego a los Iguales, haciendo que cada una de las parejas establecidas, formara su propio hogar. El hecho de vislumbrar a tiempo el enorme error que esto habría supuesto, vuelve a confirmarme que dispongo de sublimes dotes de planificación y administración. Si todos hubieran dispuesto del poder transformador y calórico de la incandescente materia, ¿para qué me necesitarían a mí entonces? Podrían formar sus propios reinos con sus propias normas.
No.
De ninguna manera permitiré que este proyecto se deshaga por las ansias individuales de los Iguales.

-¡*Secretarios! ¡Venid y memorizad un nuevo precepto!* –grito mientras les veo desvivirse para llegar hasta mí- *La tercera norma será que si alguien se salta las dos primeras, será castigado y obligado a acatar.*

Por mucho que nos amemos, no podemos perder lo avanzado y volver a los días en los que vivíamos como meros simplones.

-*Para ello debemos construir una serie de cuchillos que portarán los encargados de imponer el bien en la comunidad.*

-*Pero Rey Ávila, ¿qué es eso que llamáis cuchillos?*

Por un momento he olvidado que los Iguales todo lo hacen con sus propias manos.

-*Id a la fosa y traed cristal.* –contesto recordando mi sueño de brillantes armas plateadas degollando cerdos, y adivinando la materia más parecida que nos ofrece esta realidad- *Yo os enseñaré a tallarlos.*

Armas de cristal para proteger los cimientos de una sociedad tan frágil como lo es el individuo que vive en soledad enfrentado a los demás.

Pero debo proteger esta corona, este fuego, estas normas.
Nada más me importa.

-*Majestad, tenemos hambre.* –pronuncia una voz débil e impertinente.
Trato de enfocar la vista entre las llamas, y para mi horror, descubro una turba rodeando hoguera y trono.

-*¿Acaso no os he dicho que no os acerquéis nunca al fuego?*

Busco desesperadamente entre la masa a mis fieles secretarios, pero todos han salido para cumplir con la misión de desarrollar una industria militar.
Nadie me protege.

-*Decidme, ¿qué queréis?* –pronuncio relajando el tono, consciente de mi vulnerabilidad.

-*Comer. Nada más.* –responde quien parece ser el portavoz.

-*¿Y por qué creéis que debo hacerlo yo todo por vosotros?*

-*Porque ahora todo es vuestro. Si al menos abrierais una hora al día la despensa, quizá podríamos…*

-*Eso no sería necesario si en vez de estar aquí quejándoos, estuvierais en el bosque cazando. ¡Os dije que no esperarais a que los animales se metieran en vuestros estómagos por obra y gracia de su voluntad, si no que fuerais a por ellos con vuestras propias manos! ¡No es mi culpa si no hay aquí ningún valiente que merezca los privilegios de los que engrandecen con su esfuerzo este lugar!*

-*Pero Rey Ávila, desde que nos disteis esa orden, y empezamos a atacarlos mientras por el bosque caminaban, los animales han desaparecido. ¿Les habremos acaso ofendido por no esperar a su entrega bondadosa?*

-*Ni una presa os cobrasteis… ¿Y pensáis que es a ellos a quienes debéis temer ofender? Sólo hay una persona a la que debéis respetar aquí: ¡A mí!*

Por tercera vez la misma mirada impasible en la masa.
Pero ahora comprendo que no es señal de que callen por saber más que yo, sino todo lo contrario: Son sólo niños con la cabeza vacía.

Aunque eso les hace quizá aún más peligrosos.
-*¡Escuchad, a partir de este momento no se venerará más a los animales ni al fuego!* –digo convencido de que debo destruir todo ídolo que pueda hacerme poner en duda, o con mi legitimidad superior rivalizar- *Memorizarlo bien, pues la cuarta norma esta será.*

Al caer la tarde y regresar mis secretarios bien pertrechados con el afilado armamento, les indico la nueva normativa, al tiempo que los posiciono a mi alrededor, formando un infranqueable circulo en mitad de la cueva, conmigo, mi trono, y mi fuego en su mismo centro.

Este es el nuevo único círculo de poder: El poder Real.

Satisfecho y agotado por mi magna obra legisladora, me dispongo a dormir.
Pero en el momento exacto de abandonar mi consciencia, entregándome a los designios de lo que el mundo exterior quiera disponer para mi cuerpo las próximas horas, una nefasta imagen me es rebelada: Mis secretarios, lejos de ser mis guardias, son mis verdugos, y con sus recién estrenados cuchillos me apuñalan. Yo, todavía dormido en mi propio trono, muero asesinado sin saber qué pasa.
Como un cerdo.
¿Es que es eso lo que soy?

-*¡Entregadme las armas!* –grito incorporándome de un salto.

Todos obedecen sin siquiera preguntar.

-Ahora alejaos a las esquinas de la sala, y vigilad que cada pareja duerma y no se levante para nada. Que nadie se me acerque hasta que el Sol vuelva a estar sobre nuestras cabezas.

Soy un caballero. Soy un poderoso rey.
Les observo alejándose sabiendo que si alguien ha de protegerme, sólo puedo ser yo mismo. Ellos en vez de vigilarme a mí, vigilarán a los demás.

Mientras me aferro a mis cuchillos transparentes, pienso en lo injusto que es que yo no pueda fiarme de nadie, pero todos ellos puedan fiarse de mí.
Deban fiarse de mí.

El eco de los ronquidos me fuerza a imitarlos, a seguirlos por el camino de la desconexión material.

Observo allá en el bosque, mi cuerpo de regreso. No hay sonido ambiente, hasta que el claro atravieso. La entrada de la cueva emana risas y un cantico alegre. ¿Por qué celebra el pueblo si su rey no está presente? Mi mano sobre mi cabeza: No hay corona en ella. Entro y contemplo incrédulo, como un corro el hogar rodea. Todos me dan la espalda, y se apartan cuando a ellos me acerco. Se abre un pasillo y al fondo La Madre me está sonriendo.
¿Qué esto? ¿Qué pasa? De nada sirven mis gritos, pues en su mano que ahora baja, la corona inviste a un cerdito que sobre mi trono descansa. Todos sus cabezas agachan en reverencia servicial. Pero yo me niego a creerlo. ¡Me niego esta usurpación aceptar! Y la masa que sin mirarme, como siempre vacua y brutal, toma mi cuerpo en volandas y me arroja a la soledad. Vago por el bosque tramando la venganza a ejecutar, y escuchando mis bravos instintos, pongo a punto todo el plan. ¡Dadme una brizna de fuego, para que me pueda calentar! Mi grito desesperado consigue a La Madre ablandar. Me envía setenta Iguales, en escolta singular. ¡Aquí tienes tu fuego, marcha para no regresar! Pero el fuego calienta ya el agua, donde me dispongo a arrojar, las setenta cabezas cortadas, que degollará este cristal. ¡Si yo no reino, hiervan los siervos del Rey Cerdo!

Despierto.
El olor a piel cocida aún me atormenta desde la fantasiosa ensoñación.

Mis tripas revueltas me piden una infusión de plantas para recomponerse.
Trato de vislumbrar a mis secretarios para ordenarles preparármela, pero entonces, la escena tiempo atrás tan esperada se repite: El fuego está apagado.

Debido a mis férreas disposiciones para mantener a todos alejados de la hoguera por miedo al robo, y del trono por temor a ser atacado, he dejado la vigilancia del hogar descuidada, y las llamas han marchado junto con el resto a dormir.

Salto de mi puesto de gobierno, todavía aturdido por la pesadilla y la oscuridad reinante, y camino a trompicones hasta uno de mis secretarios.

-*¡Despierta!* –exclamo mientras agito su cuerpo golpeándole con mi pie- *¡Vamos holgazán! ¡Levanta de una vez!*

No responde.

-*¡Es una emergencia! ¡Hay trabajo que hacer!* –grito a otro- *¿Es que no me oís?*

Pero nadie reacciona.
Todos muñecos.
Inertes.
Desconectados y ausentes como el mismo fuego.

Y yo resignado.
Me giro para volver al centro de la sala, y ahí está: El cerdo.

En sus manos porta la antorcha que ya portó anteriormente, y por ello conozco su intención de devolvernos el fuego.
¿Es eso lo que haría un caballero, un rey, permitir una limosna, la caridad de los seres salvajes?

Corro hacia él. Necesito una confesión.
¿Por qué nos ayuda en silencio?
¿Acaso no se ha enterado de que ahora todos me deben cuentas a mí?

Al verme, el cerdo deja caer la antorcha en las brasas, y sobre sus dos recias patas emprende la huida.
De mi camisa roja saco uno de los cuchillos de afilado cristal.

Es rápido como buen porcino, así pues, cuando se me hace evidente que no voy a alcanzarlo, alargo mi brazo y en la espalda le apuñalo.

El cerdo se detiene. Se gira hacia mí. Toca el reverso de su tórax dudando aun de su propia herida, para luego mirar sorprendido sus manos empapadas en sangre.
Sus pequeños ojitos se levantan hasta encontrase con los míos.

-*No es posible. Esto no puede pasar*. –pronuncia con límpida voz.

¿Entonces era mentira que los animales no podían hablar?

Mientras las preguntas se me acumulan, sin que ninguna llegue a mis labios, el cerdo reacciona e inicia de nuevo la fuga.
Sus palabras me han impactado tanto como a él mi cuchillo.
No le sigo. Simplemente le veo desaparecer por una de las esquinas de la cueva, donde a buen seguro tendrá la secreta entrada a su guarida.

¡Mañana la mandaré hacer buscar!

Vuelvo a mi trono sumido en una confusión que me hace dudar de si me encuentro aún en un sueño o en la realidad.

El fuego ya arde de nuevo.
Todo vuelve a la normalidad.
Evito dormirme y espero a ver a los demás despertar.

Los que tuve por muñecos vuelven a la vida, y el día transcurre confirmándome que la sangre que mancha mis manos es del todo real.

Capítulo 4
De los Leales

Hace ya demasiadas lunas que no hay caza ni entrega voluntaria de víveres en El Gran Árbol.

Del mismo modo que la nieve no ha vuelto a caer desde el día de mi llegada, de los animales en el bosque sólo quedan sus sonidos emitidos desde la nada, repitiéndose en un bucle que todos sabemos absurdo, pues hasta el cerdo, el último de ellos, marchó esa aciaga noche que mi cuchillo contra su generosidad levanté.

¿Habré ofendido a esos seres que yo mismo rebajé de deidades a objetivos a los que poder sin reparo matar?
¿Pero es que acaso no tiene un rey derecho a defender por la fuerza lo que es suyo, e indicar a su pueblo el camino que hacia la victoria deben trazar?

Yo deseaba saber.
Necesitaba respuestas.
Pero ahora sólo quiero comida.

Mis Iguales… Es decir, mis súbditos, estaban cada vez más inquietos, rondando constantemente por las inmediaciones de la despensa y el fuego, reclamándome con sus miradas de desconfianza y reproche una repartición. Pero por fortuna pude ganar tiempo implementando en nuestra sociedad la nítida imagen que de nuevo se me apareció en una ensoñación: Concediendo poderes a mis secretarios, atribuyendo a su título una importancia de escalafón inmediatamente inferior al de mi propia figura, hice a cada uno de ellos encargado de una parte de los individuos de la cueva, pasando a estar estos grupos bajo su tutela y supervisión, ahorrándome una implicación directa y ganando con esto un distanciamiento que me hace casi invisible ante posibles amenazas.
Ahora es problema de mis Secretarios, que azuzados por el regocijo de imponerse mediante las atribuciones dadas a sus propios cargos, cumplen con sus labores de orden y disciplina social sin que yo tenga que decirles nada.

Sin embargo sé que necesito algo que poder ofrecerles para que se lleven a la boca, pues de no ser así, esto se complicará mucho.
Al fin y al cabo, alimento, refugio, combustible y abrigo es lo mínimo que un monarca debe proporcionar a los suyos. Si no, ¿cómo justificar su función?

-*¿Habéis enviado más exploradores?*

-*Sí, Rey Ávila.*

-*¿Y bien?*

-*Sin ninguna novedad, majestad. El bosque permanece vacío.*

Desde la entrada de la cueva contemplo el claro, atestado de mis súbditos que se ejercitan en la lucha cuerpo a cuerpo mientras los Secretarios simulan atacarles, y les dan indicaciones con sus armas de cristal.
Tras estos se distingue la profunda y negra línea de árboles que delimitan una frontera vacía de contenido, sin ninguna vida, rodeándonos a la espera de devorarnos y convertirnos en puro silencio, y a mis espaldas, en el interior de la roca, una sala llena de títeres cuya sumisión se limita a su ignorancia y a la amenaza de las armas del Poder Real que los recursos guarda.

¿Pero hasta cuando ha de aguantar su obediencia ciega?

-*¡Animales! ¡Vienen los animales!* –exclama uno de mis súbditos enviados al bosque, al tiempo que salta al claro y se dirige a la carrera en dirección a nosotros.- *Majestad… Rey Ávila… ¡Los he visto!*

-*¿Dónde se encuentran? ¿Están bajo El Gran Árbol?*

-*No, majestad. Vienen hacia aquí.*

-*¿A la cueva?*

-*Sí. Pero… Pero…*

-*¡Habla, siervo!*

-*Hay algo extraño en ellos.*

-*¡No nos hagas perder el tiempo!* –pronuncia contundente un Secretario mientras le abofetea- *¡Dinos qué viste exactamente!*

-*Animales…* -logra decir entre sollozos el explorador- *Seres salvajes caminando sobre dos patas en formación.*

La mirada de preocupación de mis Secretarios me hace temblar por dentro.

-*¿Cuántas veces ha ocurrido esto*? –les pregunto tratando de parecer lo más sereno y peligroso posible.

-*Nunca, majestad.*

-*¿Creéis que vienen a entregarse como alimento?*

-*Lo dudo. En ninguna otra ocasión lo hicieron así. No es parte del ritual.*

-*Pero Rey Ávila, eso no es todo.* –interrumpe el explorador que aprovechando mis consultas se ha alejado preventivamente varios pasos de nosotros.

-*¿Y bien?* –contesto esperanzado de que el siguiente dato pueda aportarnos un resolución tranquilizadora.

-*En sus manos… En sus manos llevan palos que escupen fuego.*

-*¿Fuego?* –exclamamos mis Secretarios y yo al unísono.

-*Llamas ardientes que viajan por el aire a gran velocidad. En mis propias carnes pude sentirlas cuando hacia mí las lanzaron, pero gracias a los recios troncos de los árboles las pude esquivar.*

Entonces es cierto, los animales están furiosos conmigo, y no sólo es que mi ofensa haya generado el odio propio de una venganza colectiva que acabe con todos nosotros, sino que ellos también tienen fuego para poder ejecutarla.

No sabía contra quien me enfrentaba. Y no cuento ya con ninguna ventaja.

Por un momento me temo lo peor, y las imágenes de mí mismo descuartizado y devorado por los salvajes, logran hacer mis piernas flaquear.

Yo mismo proclamé la ley de jungla, y la jungla viene a por mí.

Pero en el momento justo en que mi Yo por mi Yo con más énfasis se lamenta, un trozo de fuego sale del bosque e impacta en la pared rocosa junto a nuestras cabezas, evitando así que se fije en mi mente la idea de que lo que yo creía ver en mí mismo como innatas dotes de mando y administración, no eran más que fantasías, y que lo único que me quedaba para cumplir con el mandato de la marca de mi brazo y mis sueños, era la fuerza bruta.

-*¡Rápido, majestad! ¡Debemos ponernos a salvo!* –exclama uno de mis Secretarios tirando de mi camisa roja para introducirme al resguardo de la cueva.

Corremos.
Huimos del fuego para llegar al fuego.

En el centro de la sala, la hoguera y mi trono vacío.
Los habitantes de la hueca montaña permanecen alertados del ataque en sus esquinas, escondidos e inmóviles por la inesperada agresión y sus desconocidas consecuencias, pero aún más temerosos de mis propias ordenanzas, las cuales les obligan a separarse en grupos, y bajo ningún concepto acercarse a mí.

En medio de este hundimiento, me pongo en pie sobre mi propio trono y llamo a mis súbditos… Es decir, a mis Iguales.

-*¡Acercaos! ¡Venid todos!* –grito quitándome de la cabeza la corona hecha con plantas y flores y ofreciéndola al aire- *¡Que alguien coja el símbolo Real!*

Nadie reacciona.

-*¡Escuchad, yo ya no soy vuestro monarca, ahora soy un Igual como otro cualquiera!* –prosigo desesperadamente intentando deshacerme de los cargos que yo mismo creé y me concedí, y por ende la responsabilidad que en este momento ostentarlos conlleva.

-*¿Qué quiere que hagamos, majestad?* –contesta por fin un Secretario.

-*Ya no soy majestad ni Rey Ávila, si no uno más. ¿Quién me sustituirá?*

Todos me escuchan pero nadie se acerca.
Mi mano temblorosa sujeta a duras penas la corona, la cual parece querer echar a volar sin llegar en ningún momento a levantar su furtivo vuelo.
O eso es lo que yo querría que sucediera, liberándome así de esta carga.

Quizá sólo una persona pueda hacerlo.

-*¿Dónde está La Madre? ¡Traédmela ahora mismo!*

-*No hace falta que nadie vaya en mi busca*. –pronuncia ella misma saliendo de las sombras.-
Siempre he estado aquí, y siempre estaré.

Al verla tomo repentina consciencia de que desde mi proclamación, no había vuelto a verla ni tan siquiera a pensar en su mera existencia.

-*¡Toma este poder y dispón de nosotros!* –le suplico con el brazo extendido en su dirección, y apunto de desfallecer.

-*No es necesario ningún poder ni disposición, más que la que llevamos dentro y todos conocemos*. –responde llegando hasta mí y tomando la corona de mi mano para dejarla sobre el trono- *Lo único que debes hacer es entregarte y marchar para no volver jamás.*

-*¿Qué estás diciendo? ¿Entregarme yo, vuestro rey?*

Ante el peligro de no valer nada y ser desechado, me aferro nuevamente a mi cargo autoritario.

-*¡Los animales quieren que salgamos!* –exclama desde la entrada uno de los Iguales designados a la guardia.

-*Vamos.* –dice La Madre cogiéndome de la mano.- *El momento ha llegado.*

¿Pero el momento de qué?

Siento como la presión de la situación hace que mis pies se muevan solos, llevándome hasta la salida.
El resto me sigue como en un sueño que se acerca a un trágico final.

Al salir descubro, posicionados en perfecta formación junto a la línea de árboles, multitud de diferentes animales, los mismos que durante tanto tiempo veíamos pasearse de arriba abajo del bosque, pacíficos y hermosos, nuestro protectores, pero esta vez erguidos sobre sus dos patas traseras, y sosteniendo en las delanteras unos palos de amenazante apariencia.

Tras unos instantes de tensa contemplación mutua, el cerdo de la antorcha al cual apuñalé, quien parece encabezar la batida de agresivas fieras, rompe el silencio.

-*¡Estáis rodeados! ¡No vale la pena huir!* –pronuncia con perfecta dicción- *Queremos al forastero. A aquel que cayó de los cielos.*

Las miradas de todos los Iguales recaen sobre mí, delatándome al instante.
En cualquier caso, aun después de desprenderme de mi corona floral, soy el único en este bando que tiene larga barba y cabellos blancos, que viste una camisa roja, y que va sin maquillar.
Poco margen para ocultarme entre la masa, y después de mi agresión a cara descubierta, aún menos para mi inocencia alegar.
Pensé que la diferencia me hacía grande y especial, pero tal vez no sea este mi lugar.

A la vista de perder mis privilegios, e incluso la vida, la perspectiva de recular es ya inexistente.
Sólo puedo llevar esto hasta sus últimas consecuencias. ¡No me rendiré sin luchar!

O más bien sin hacer que otros luchen por mí.

-*¡Aquellos que nos lo dieron todo, y sustentaron nuestra vida en esta tierra, ahora, sin ningún motivo, contra nosotros se rebelan y nos quieren aniquilar! ¿Se lo vamos a permitir?*

Juego mi última carta.

-*¡No!* –grita alguien.

-*¡Defenderemos a nuestro rey!* –añade otro Igual.

-*¡Acabemos con esos animales! ¡Juramos cumplir las normas, y nuestra palabra mantendremos hasta el final! ¡Viva el Rey Niño!*

Los Secretarios reparten los cuchillos de cristal entre los Iguales.

-*Estamos bien entrenados, majestad. No le vamos a fallar.* –me dice mirándome a los ojos un Igual al que juraría no haber visto nunca hasta ahora.

Mientras la escena se vuelve borrosa, encharcada por las lágrimas que me sobrevienen al vislumbrar por primera vez en este trance una posibilidad de salir bien parado, un concepto toma forma en mi mente como lo hicieron tantos otros ya.

-*¡Lealtad!* –grito- *¡No abandonar vuestro juramente de obediencia, ni a vuestro rey cuando más os necesita, esa es la definición de lealtad! ¡Y vosotros sois los Leales!*

Me miro el antebrazo: Por fin el mensaje grabado en mi piel se ha completado.

-*¡A por ellos!* –arenga uno de mis Secretarios levantando su afilado cristal y posicionándose en primera fila para encabezar la carga.

-*¡Esperad, no queremos causaros daños!* –responde el cerdo dejando caer su arma y adelantándose a su vez con los brazos en alto- *Entregaos voluntariamente para la desinfección.*

-*¿Desinfección?* –pregunto a La Madre en voz baja- *¿A qué se refiere?*

Sus ojos clavados en la tierra, su mandíbula apretada, su rostro arrugado denotando gran arrepentimiento.

-*Todo esto es mi culpa.* –responde para sí.- *Yo sólo quería salvar una vida, y evitar que esa vida acabara con las nuestras, pero ahora veo mi grave error.*

Antes de que pueda interrogarla por su extraña declaración, el cerdo se quita la piel de la cara.

Una exclamación general de espanto.

El Secretario que se disponía a iniciar nuestro ataque, retrocede al contemplar la cara humana que hay debajo de la piel del cerdo.

-*¡No es un animal! ¡Es un Igual!* –exclama nuevamente una anónima voz de entre la masa.

-*¡Es un Igual! ¡Es un Igual!* –sentencian el resto entre vítores.

Las otras criaturas siguen a la primera, y una a una se van descubriendo y arrojando sus peludas mascaras al suelo.

Todos mis súbditos relajan sus cuerpos hasta quedar casi inertes.

Un conjunto suspiro al saber que no tendrán que matar.
Pero sean fieras o humanos, ¿qué hay de mí?

-*¡Esperad! ¡Quizá no sean animales, pero siguen siendo enemigos que me quieren con ellos llevar!* –pronuncio desesperado- *¡Vamos, atacad! ¡Yo, vuestro rey, os lo ordeno!*

Por cuarta vez veo en sus caras el gesto más frío y la mirada más impasible jamás concebida.

-*¿Dónde queda la lealtad?* –grito mientras avanzo entre ellos y agito sus cuerpos con impotencia- *¡Debéis defender a vuestro rey!*

Las piernas, como ya adelantaron, me fallan a cada paso.
Me voy apoyando penosamente de Igual a Igual.
Pero ninguno responde a mis suplicas homicidas.

¿Acaso su lealtad no era fruto más que del miedo que me profesaban al saberse solos ante mí?
¿O es que tal vez su lealtad únicamente se deba al Amor que por instinto natural sienten entre Iguales?

La masa lo confirma permaneciendo petrificada y ausente.
Duros como muñecos sin vida en su interior.
Los impostores animales bajan sus armas y caminan hacia ellos, pero ninguno reacciona, se dejan capturar.
Lo que debió ser una violenta carga para defenderme, ha resultado ser una entrega incondicional por parte de los que tenía por leales, pero que en realidad se descubren como paralizados cobardes.

No puedo permitirlo.

Arrebato el cuchillo a uno de mis Secretarios y atravieso la primera línea en dirección al cerdo, dispuesto a terminar lo que junto al fuego empecé.
Al verme, todos los animales recuperan su posición hostil, y enfocan hacia mí sus palos de fuego.

-*¡Soy un caballero, un rey, un leal a mi aceptada ley de la jungla, que en la jungla ha de reinar!*

Pero en los largos segundos durante los cuales atravieso la tierra de nadie entre los dos bandos congregados, nada sucede hasta que unos afilados dedos aparecidos de la nada interceptan por detrás mi brazo armado, y me detienen.
Es La Madre.

-*Si haces eso, en este lugar hallarás tu final. Y no es aquí donde debes cumplir con tu misión vital.* –pronuncia severa mientras me tiende su mano- *¡No sigas andando solo!*

Las repentinas detonaciones de incandescente materia escupida hacia nosotros me convencen al instante de entrelazar mis dedos con los de La Madre y como ya hice una vez, dejarme arrastrar.
Mientras corremos al interior de la montaña, siento la tranquilidad e inocencia del día que llegué a este mundo, y sujeto por su mano fui sin ningún miedo guiado.
¿Será este un nuevo principio?

Nuestras narices se encuentran frente a una de las paredes de roca interior.

-*Escala.* –me ordena.

-*¿Cómo?* –respondo atónito mirando hacia arriba y viendo la alta y pétrea frontera que hasta el cielo se eleva.- *¡Es una locura! ¡Nadie lo ha hecho nunca antes!*

-*¿Locura? No. Sólo tienes que empezar para descubrir que es posible.*

-*Pero…*

-*Pon una mano delante de la otra. Irás viendo el camino aparecer ante ti.*

Obedezco.
No floto mágicamente, ni me sostienen sobre sus hombros una masa de obedientes esclavos, si no que mis pies y mis manos se ponen al servicio de mis ojos, los cuales instintivamente van buscando salientes en la piedra, y lenta pero de forma constante, comienzo la ascensión.
Abandono la jungla, y con ella mi reino de individualidad e imposición.

La Madre me sigue en silencio, guardiana de mis intereses, y desde la cueva junto al fuego puedo oír las voces de los falsos animales que nos observan impotentes.
Por un momento mi cuello se gira hacia ellos azuzado por un morbo curioso que sé a todas luces innecesario.

-*¡No mires atrás!* –grita la voz de mi guía.

Lo sé. De nada sirve. Lo único que importa es una mano tras la otra.
Y de una forma para mí antes inconcebible, logro llegar al cielo.
Lo que parecía el sueño imposible de un pobre loco, sólo pasa por empezar hacia él avanzar. No quitarle la vista de encima. Y sobre todo no dudar.
Nuestra huida se completa.

Cuando mi cabeza y mis brazos elevo por encima de la roca, el último elemento del dibujo que en mi antebrazo porto, cobra su sentido final: Ese niño que se asoma sobre la montaña, fui en todo momento yo, aquel que bajó de los cielos, y con sus propias manos de nuevo subió.

-*¡Lo he hecho!* –le grito a mi guía- *¡Y no ha sido necesaria una torre formada por los cuerpos de los Iguales para ascenderme hasta aquí!*

-*Este viaje únicamente podías hacerlo tú solo. Ahora debes seguir hasta encontrar la verdad.*

-*¿Qué verdad?*

-*Ponte en pie y la verás.*

Me incorporo con sublime equilibrio sobre la estrecha franja de piedra, y al alzarme desafiando el miedo a estar a una altura tal, contemplo el horizonte.
La montaña, aun siendo sólo paredes sin techo alguno, alberga la única sociedad posible en esta tierra, pues no hay por ningún lado rastro de otro refugio o construcción natural.
A nuestro alrededor, en todas direcciones y sin un final, el verde de los árboles en llana extensión.
Apenas dos claros donde se distingue la arena: El que hay en la entrada de la cueva bajo nosotros, en el cual permanecen rígidos como estatuas los Iguales en la misma posición alineada frente a unos invasores que ya no están, y a cierta distancia, el enclave de El Gran Árbol, cuya frondosa copa es la única que destaca sobre la uniforme línea vegetal.

-*¿Es esto todo?* –pregunto- *¿No hay más mundo al que aspirar?*

De pronto en mi mente la idea de un desierto. La imagen de un caudaloso rio. Incluso el mar. Descubro que lo que ven mis ojos no es todo lo que hay.
-*Vamos, encuentra el final.* –me indica mi guía señalando a la estrecha franja de roca sobre la pared de la hueca montaña en que nos encontramos.

Al igual que en la reciente escalada, un pie tras otro es la única orden que mi mente me ha de dar, pues si pienso que un sólo fallo me haría resbalar, ya lo estaría haciendo realidad.

Recorremos un trayecto de media esfera sobre la piedra, y entonces mi guía se detiene tras de mí.

-*¿Qué ocurre? ¿Por qué te paras?* –exclamo mirándola.

-*Yo no puedo pasar de aquí.* –responde- *Sin embargo tú debes seguir avanzando, y veas lo que veas, no te asustes, pues la verdad a menudo es terrorífica, pero no la debes negar, ya que es la única forma de poder libremente actuar.*

Retomo mi periplo invadido por una sensación de soledad similar a la de mi nacimiento.
Y de pronto, ante mí, el cuerpo de un hombre imponente y furioso.

Un temblor.
Sus ojos clavados en mis ojos.
En ellos un odio, un fuego interior.
Y la certeza de que sólo le basta para destruirme un empujón.

Debo huir, pero sé que no puedo retroceder de espaldas en esta precaria y peligrosa posición de equilibrio extremo a gran altura, asique trato de girar mis tobillos y poner mi cuerpo en dirección contraria para volver a atrás. Mis músculos, cada vez más temblorosos por la inesperada y desagradable presencia que aún tengo a un palmo de mí, tienen sin embargo otros planes.

-*¡No retrocedas!* –escucho a mi guía gritar.

Pero no me atrevo a volver a mirar al frente.

-*¡Ya estás cerca! ¡Encara la verdad!*

Y aunque el miedo quiere robarme el control de mi cuerpo, no hay vuelta a atrás. Mi guía me cierra el paso para huir, la caída mortal flanquea mis lados, y ese fantasma terrible, sea animal o humano, está ante mí en mi misma posición, por lo que si yo soy vulnerable al más mínimo de sus ataques, él lo es igualmente a lo que yo le pueda hacer.

Vuelvo a poner mi vista sobre su amenazante figura, y esta se mueve conmigo.
Me acerco. Se acerca.
Sonrío. Sonríe.
Qué sencillo acertijo, y cuanto me inundó de terror: ¡Soy yo!
¡Una réplica exacta de mí mismo!

Pero casi no me reconozco.
Aunque cubierto de pelo blanco, estoy fuerte y rejuvenecido.
De pronto la imagen de un cuadro al óleo, donde como un gordo anciano presido, arde para siempre en una celebrada hoguera.
¡Quiero abrazarme! ¡Por fin me he conocido!

Corro sin pensarlo hacia mi reflejo, y cuando creo que nuestros cuerpos van a completar el encuentro, choco con un campo de fuerza invisible.

-*¿Qué es esta nueva trampa?* –grito tratando de que mi guía me escuche.

-*Eso que te retiene es cristal.*

-*¿Cristal? ¿Qué cristal?* –contesto convencido de que esa materia únicamente crecía de forma espontánea en el suelo del bosque, pero nunca podía encontrarse en el mismo aire.

-*Vamos, tócalo y comprende. Este es el cristal de la cúpula que cubre el bosque.* –responde con tono muy sereno- *Nosotros vivimos bajo esta capsula invisible, es nuestro único hogar. Pero tú no perteneces a este sitio, y por el bien de todos debes marchar.*

-*¿Pero marchar a dónde? ¡Yo únicamente conozco este lugar!*

-*No es cierto, busca en tu interior, pues dentro de nosotros está toda verdad.*
Entonces acercando mi rostro a la flotante materia, comienzo a vislumbrar otro mundo a través de ella.
Lo que creí ver en el horizonte como única realidad posible, no era más que un artificial reflejo.

La cueva es solamente una media luna de roca al cristal pegada. Los árboles se acaban en un círculo delimitado a nuestro alrededor, pues al otro lado de esta cúpula no hay ningún rastro de vegetación.
Allá afuera el suelo es de una negra y porosa roca de aspecto pegajoso y consistencia perfectamente plana. Sobre ella hay pintadas líneas amarillas con las frases “Aparcamiento”, “Visitantes” y “Carga y descarga”. Junto a esta extensión oscura, una gran roca blanca con un rotulo en una de sus caras: Parque-Museo del Bosque de los Ingenuos.

Me giro hacia mi guía aterrado por un recuerdo olvidado que regresa.

-*¿Es esto una atracción, un simple juego de feria?*

-*Debes marchar con ellos. Esta no es tu casa.*

Mientras confuso y triste contemplo sus ojos sinceros, una bola de fuego es escupida desde el arma de un impostor animal, el cual ha alcanzado esta alta cima escalando por una de esas sogas de El Gran Árbol, la misma que para entregarnos sus cuerpos y darnos la vida usaban, y que ahora únicamente ha traído consigo la muerte hasta nosotros.

Cuando el sonido de velocidad del proyectil rasgando el viento llega a mis oídos, la cabeza de mi guía, esa que La Madre llamaban, ya ha saltado en pedazos.
Miles de piezas de un metal similar al de las monedas o cuchillos de mis sueños, se desperdigan en todas direcciones, al ser la piel de su rostro atravesada y por completo rasgada.
Sus ojos y partes del interior de su cerebro salen despedidos hacia mí en la distancia, quedando algunas de ellas en mis incrédulas manos.
Su cuerpo cae inerte, y como si fuera uno de los sacrificios voluntarios de El Gran Árbol, por el aire desciende hasta estrellarse contra el duro suelo con la misma fuerza de impacto que yo lo hice al llegar.

-*Vamos, señor. Sólo son engranajes y metal.* –pronuncia el falso animal que sobre la franja de piedra camina hacia mí con gesto conciliador.- *Ahora le llevaremos a su casa y se va a poner bien, ya lo verá.*

Pero la sobreinformación me bloquea. Visión túnel de la tragedia.
Total incomprensión.

-*Buen trabajo, sargento.* –dice de pronto una voz que ya me es familiar.

-*Gracias, teniente. Fue un tiro muy fácil.* –responde el primero.

-*Lo importante es que el Nacional desaparecido se encuentra en buen estado.*

-*A mí me parece un milagro que haya sobrevivido al accidente. Y tanto tiempo entre los Ingenuos… ¿Quién iba a pensar que algo así era posible? La Junta de Evaluación de Parques va a tenerlo muy complicado para explicar todo esto ante el comisario del Partido Humano de la región.*

-*Pero esta vez no podrán hacernos responsables a nosotros, pues a pesar de todos los contratiempos, hemos cumplido con nuestra misión.* –finaliza ese que bien sé que es el cerdo.

Un chasquido de dedos, y mi cuerpo es levantado en volandas por los vigorosos brazos del llamado sargento. Al elevarme sobre sus hombros, veo detrás de este, tal y como supuse, al cerdo con su cuerda.

-*Asegurémosle para bajarle de aquí, y que le lleven directo a la enfermería.* –dice el cerdo al asesino de mi guía mientras aproxima su rostro al mío hasta casi tocarse- *Ahora irá a un sitio donde van a ayudarle, y pronto estará con los suyos. ¿Entiende?*

-*Pero, y ¿La Madre?* –sólo acierto a contestar.

-*No se preocupe por eso, señor. Era sólo un autómata del museo. En cambio usted es todo un ejemplo, un héroe para el Partido: Es el único superviviente de esta gran tragedia. En unas horas todo el mundo le conocerá.*

DE LOS LEALES
DE LOS CABALLEROS
AVILA DEL REY

Segunda Parte
LO QUE HOY ES NIEVE, MAÑANA SOL SERÁ

Prólogo
La Memoria

Según el informe preliminar de la Junta de Evaluación de Parques, todo se debió a una obstrucción fatal en las cañerías que recorrían la cúpula por su parte interna, las cuales en efecto constituían una suerte de auténtico aparato circulatorio distribuido por toda la superficie que cubría el ecosistema orgánico del museo, y que cumplían la función de mantener la correcta temperatura y clima del bosque y seres allí preservados, simulando a través de ellas la lluvia y la nieve. Fue precisamente toda esa materia congelada y atascada en las tuberías la que ocasionó que estas no pudieran soportar el peso de retener allí toneladas de hielo no evacuado, provocando con ello la ruptura de los enganches que las mantenían unidas al cristal, y por consiguiente el resquebrajamiento de toda la cúpula sobre la cual los turistas se encontraban en ese momento admirando con una perspectiva aérea a los inadvertidos Ingenuos. "La tragedia se podía haber evitado cerrando el parque esa mañana, pues el hielo por sí solo no era un peligro, ya que tal incidencia se encontraba contemplada en el propio diseño de la red, pero el añadido de la carga de los visitantes fue demasiado. Aun así nadie podría haber imaginado nunca un desenlace tan catastrófico a nivel estructural. Era algo para lo que no estábamos preparados y que se deberá tener en cuenta a partir de ahora en todos los parques-museo de La Gran Nación." Estas fueron las palabras del ya destituido director del Bosque de los Ingenuos. También fueron dados de baja hace escasas horas los miembros del equipo de mantenimiento del parque, al ser ayer mismo hallado de forma inesperada un individuo vivo, el cual tras cuatro meses perdido en la profundidad de las instalaciones, había pasado inadvertido y se daba ya por muerto. "Durante todo este tiempo mi equipo se dedicó a las labores de recuperación y extracción de los restos de los fallecidos, tratando de interferir los mínimo posible en la vida de los Ingenuos, pues los procesos de desinfección son siempre costosos y alteran su hábitat de forma peligrosa. Hicimos bien nuestro trabajo, pero en ningún momento se nos pasó por la cabeza la posibilidad de que los Ingenuos acogieran en el seno de su sociedad a un Nacional, dándole alimento y cobijo, pues son meros autómatas programados para no tratar con humanos. Si ese hombre está vivo deberíamos alegrarnos, y no culpar a nadie." Así se expresaba el teniente al cargo del bosque tras ser encontrado culpable de negligencia grave en el desempeño de sus labores de vigilancia y rescate. Mientras tanto anoche era trasladado a su ciudad natal el único superviviente del terrible accidente que costó la vida a casi un centenar de personas, y cuyo regreso ha sido recibido como una chispa de luz en medio de la oscuridad de tan terrible suceso. El hombre, un Nacional de nivel 2 de la Administración, era en el momento del incidente el alcalde de la ciudad de Ávila, enclave que durante la guerra se convirtió por derecho propio en inmortal símbolo de la resistencia humana contra la vil máquina. Como parte de sus merecidas vacaciones, el destino elegido por el Nacional fue, del mismo modo que así lo hacen a diario tantos otros alrededor de La Gran Nación, uno de los magníficos y seguros parques-museo de la red global, y pese a sufrir una fuerte amnesia cuando fue encontrado, manifestando no recordar nada, estamos seguros de que antes del infortunado accidente estaba disfrutando de una experiencia inigualable. Como no podía ser de otra manera, fue atendido por los mejores Especialistas Médicos Nacionales, los cuales manifestaron in situ un gran optimismo por su estado, y le auguraron una favorable recuperación. El nuevo alcalde de Ávila le enviaba públicamente sus mejores deseos nada más enterarse de la noticia: "Es un héroe para el Partido Humano. Un ejemplo de entereza individual y capacidad de supervivencia a toda costa". Se cierra así uno de los episodios más negros de la historia de nuestra joven Gran Nación Humana Unificada. A continuación, disfrutaremos durante las próximas dos horas de las suaves melodías del jazz gitano de Django Reinhardt, aquí en Radio Global…"

-¡Pero qué ruido es este!

La puerta se abre de golpe, y por ella entra enérgicamente una bata blanca.

-*¡No! ¡Usted lo que necesita es un poco de buena música!*

Las manos arrugadas que asoman por las mangas de la bata giran las manillas iluminadas de un aparato de radio.
De pronto los punteos agiles de guitarra se transforman en la profunda polifonía de un coro dulce pero severo.

-*Tomás Luis de Victoria. Un auténtico hijo de Ávila.*

Mientras abro mucho los ojos tratando de enfocar a la briosa sombra que me habla desde dentro de la bata blanca, me percato de que estoy tumbado en una cama.

La estancia se encuentra sumida en una placida y fresca oscuridad, a excepción de un hilillo de lejana luz que llega desde el pasillo, las bombillitas de los diales de la radio, y algunas rendijas tenuemente iluminadas de lo que parece ser la persiana de una ventana.

-*¿Dónde…?*

-*En el Hotel Continental.*

-*Pero…*

-*Sí, ya sé. Echará de menos su antigua cama, ¿verdad, señor ex alcalde?*

La voz de la bata parece amable, pero a la vez agriamente jocosa.
Un tipo de burla encubierta tan natural, que si no fuera porque una bata blanca suele albergar en su interior a un docto sanador de cuerpos, se diría que es parte de una lengua acostumbrada a alegrarse por la desgracia ajena.

De pronto la tranquilidad de un mundo que satisface al Ego sin miramientos.

-*Mi cama…*

-*La cama del alcalde.*

-*Yo era el alcalde…*

-*Y ahora el alcalde es otro, asique su cama ya no es su cama.*

La bata camina hasta las rayitas amarillas que flotan en la pared, y dándome la espalda extiende sus brazos en cruz, partiendo el mar de oscuridad en dos, e inundando la estancia con un torrente de Sol que concede forma y color a todo lo que nos rodea.

-*¿Ve?* –dice el anciano de pelo y bigote cano que se escondía bajo la blanca tela, mientras señala con su dedo por la ventana - *El Palacio de Valderrábanos está ahí, a la derecha de la plaza. Su antigua habitación, la 126, es la residencia que el Partido reserva al alcalde de la villa. Por eso ahora está usted aquí y no allí. ¿Comprende?*

Pero ahora mismo ni siquiera puedo apenas ver.
Me incorporo deslumbrado sobre el respaldo del catre.

-No, no se levante, por ahora le conviene reposar. Lo bueno es que si dejo así abierta la ventana, desde la cama puede ver justo de frente la fachada de la catedral. Es hermosa, ¿verdad?

-Sí, supongo. –respondo sumido en el recuerdo de esa gran montaña de piedra llamada catedral, en cuyo contiguo pasaje, el cual ahora sé que se encuentra serpenteando entre el templo y el palacio donde estaba mi antigua habitación, se batieron en duelo a espada dos caballeros en mis sueños.- *¡La calle de la vida y la muerte!*

-¡Magnifico! Veo que va recordando. Y ahí a la izquierda, pasados los leones de piedra, el Palacio de los Velada.

Ese nombre. Ese patio interior. Esa mirada maquillada y concienzudamente ensayada que me atrapa como el sedal a un pez que muerde voluntario un anzuelo lleno de obscenidad. Esas escaleras. Esas sabanas, y no estas. Esos fluidos olvidados. Ese arrepentimiento tan cotidiano que hace del recuerdo una nadería mil veces repetida.

Pero la vulgar hazaña me revela que antes aquí todas las puertas se me abrían, sin necesidad si quiera de hacer girar yo la llave maestra que me acreditaba como dueño y señor de toda esta granítica ciudad.

-Oiga, así a la luz del día se le ve hecho una verdadera piltrafa. Debería llamar al barbero para que le afeite y le corte el pelo.

La observación del médico me trae sin cuidado. No necesito estar guapo para salir a recuperar lo que por derecho natural me pertenece.

-¿Y mi ropa? –pregunto tratando de emprender mi escapatoria de esta cama.

-Anoche trajeron todas sus cosas y las dejaron en recepción. Estaban en un trastero, ¿sabe? Mandaré que se las suban a la habitación. Es una suerte que todavía no las hubieran incinerado.

-Tengo que ir a ver a ese sustituto que me ha suplantado en la alcaldía. –digo sentándome al borde del colchón y bajando los pies hasta el suelo.

-De eso nada. Lo primero es el descanso. Además debo examinarle para emitir un diagnóstico. No puede hacerse una idea del seguimiento mediático que está teniendo su resurrección.

-¿Resurrección? ¡Yo no estaba muerto!

-¿Y qué más da que lo estuviera o no, si para todos así era?

-Pero yo sentía que era una persona nueva…

-No se engañe, somos lo que los otros ven de nosotros.

-¿Entonces soy sólo un resucitado?

-Tranquilo, en un par de días le habrán olvidado.

O quizá ya lo hayan hecho.

¿También me habrán olvidado en la cueva?

-*Veamos pues.* –pronuncia el amargo doctor mientras toma asiento en una renqueante banquetita junto a mi lecho, al tiempo que activa una pequeña grabadora- *¿Qué puede decirme de usted?*

Que si alguna vez fui rey, alcalde, o adulto en este mundo, ya no lo soy.
Y aunque no lo dirán mis labios, mi mirada perdida y aterrada me delata.

¿Es acaso esta la más brutal de las reflexiones, saberse en lo más alto, y de pronto descender a una nada quizá perpetua? ¿Qué queda entonces?

-*Vamos, hombre, recuéstese.* –añade empujándome hacia atrás en dirección a la almohada- *Está usted muy tenso, y así no vamos a poder avanzar.*

-*Pero, ¿qué quiere de mí?*

-*Únicamente repasar el estado de su memoria.*

-*Pues…*

-*¿Recuerda su infancia?*

-*Fui un huérfano más. Sólo recuerdo la inclusa. Bueno… Y las carreras de barcos hechos con los corchos de los árboles, los cuales descendían a toda velocidad las aguas del Adaja hasta el embalse. Eso era lo mejor.*

-*¿Recuerda la sopa?*

-*¿Qué si recuerdo ese caldo prodigioso a base de ajos, jamón, pan, y huevo que nos daban a diario? ¡Sí, por supuesto! ¿Pero cómo sabe usted…?*

-*¿Y qué me dice de su profesión?*

-*Soy funcionario nivel 2.*

-*¿Recuerda su nombramiento?*

-*Recuerdo cuando el Partido Humano me designó para gobernar esta ciudad, poco después del final de la guerra.*

-*¿Estuvo aquí durante el asedio?*

-*¡Claro! ¡Tengo mi medalla de héroe de la causa humana para acreditarlo!*

Mientras me llevo la mano al pecho buscando infructuosamente mi insignia roja sobre el corazón, observo que el medico porta la suya en la solapa de la bata, y recuerdo el orgullo que implica lucir ese pequeño círculo carmesí, símbolo de la superioridad de la sangre humana sobre el frío y desalmado metal.

-*El caso es que ahora en pijama…* -trato de excusarme.

-*Descuide, no tiene que demostrarme nada. ¿Acaso no somos todos aquí Nacionales ejemplares?*

-Ciertamente. Gracias, doctor.

-Pero cuénteme qué le evocan esos días terribles.

-En ese momento apenas era consciente de la magnitud de los hechos. Simplemente sabía que los autómatas habían adquirido tanto poder que ya no necesitaban a los humanos, y decidieron exterminarlos. Así lo decían a todas horas en todos lados.

-¿Y cómo afectó eso a Ávila?

-En fin, usted ya lo sabe. A diferencia de otras muchas ciudades indefensas, nosotros tuvimos la suerte de tener las imponentes murallas de piedra que sin fisura alguna envolvían en su seno a la totalidad de la villa. Pudimos así refugiar dentro a la mayoría de los humanos de la región, y resistimos el ataque de los autómatas con todo lo que teníamos a mano, en general recurriendo a armas rudimentarias, aceites hirviendo, y mucha astucia. Nuestra heroica acción significó un gasto de energía que retrasó los planes de aniquilación por parte de las inteligencias artificiales. Fuimos una burbuja de vida en medio del granito medieval.

-Muy hermoso. Especialmente cuando llegaron los pulsos electromagnéticos.

-¡El devolvernos a la edad media a nosotros nos hizo fuertes, pues era la edad natural de nuestra ciudad! –exclamo invadido por los recuerdos.

-Esos pulsos, señor mío, fueron lo que hermanó la sangre del mundo: El comienzo de La Gran Nación Humana Unificada

-El Partido obró por el bien de todos nosotros con esa decisión, y aunque es cierto que el tiempo que vivimos desconectados de la tecnología fueron días aciagos, precisamente nosotros los abulenses demostramos nuestra entereza como buque insignia de un renacer posible.

El hecho de rememorar esas jornadas gloriosas provoca en ambos un calor interno de orgullo y nostalgia que enciende nuestras mejillas y humedece nuestras miradas.

-Creo que este ejercicio ha servido para ayudarle a recuperar la memoria dañada, ¿no cree?- pronuncia el anciano con la voz quebrada por la emoción- *Sumerjamos ahora en el momento del accidente.*

-Eso… A ese respecto es todo muy confuso.

-¿Qué hacia allí, sobre aquella cúpula de cristal?

-Decidí aprovechar unos días libres para ir a observar las infantiles costumbres de una tribu salvaje y aislada. Una curiosidad de la red global de parques-museo.

-¿Y por qué precisamente ese destino, el Bosque de los Ingenuos?

-Me gustó al anuncio publicitario. –digo más incómodo y arrepentido que orgulloso ante tal errada decisión- *He estado en la mayoría de los parques de la región, y el cuerpo me pedía algo nuevo y diferente.*

-¿Y halló eso nuevo y diferente que buscaba?

-Si se refiere a ver como el suelo se partía bajo nuestros pies, y descendía en caía libre montado penosamente sobre un trozo de cristal hasta estamparme contra los árboles y el suelo… Entonces sí. Una experiencia única.

-¿Y luego?

-Luego morí. ¿No fue eso lo que todos creían? ¿No es lo único que importa?

Un espasmo rabioso atraviesa el cuerpo del doctor, que violentamente abandona su asiento y comienza a caminar por la habitación.
Sin duda ha debido molestarle mi comentario que contraataca y devuelve su intencionadamente aleccionadora bofetada de corrosiva realidad.

-De acuerdo. –comienza a decir con un tono repentinamente académico y de forzada erudición- *Mis conclusiones serán presentadas esta misma tarde a la sección responsable de su caso en la sede del Partido Humano, y puede usted estar seguro de que declaré favorablemente en lo que respecta al estado interno y correcto funcionamiento de su integridad mental. Es evidente que el contacto con su antiguo hábitat y amistades en esta ciudad hará que recupere en pocos días los datos que ahora cree que le faltan para recordar enteramente quien es.*

¿Pero es que alguna vez lo supe?

-Sin embargo es de suponer, -prosigue el errante galeno- *que el proceso de su recolocación en la Administración lleve un cierto tiempo hasta que se complete la total evaluación de sus condiciones productivas y pueda determinarse sin atisbo de dudas que es seguro para todos su reintegración en la sociedad como un Nacional activo.*

-Un momento. ¿Qué está diciendo? ¿Por qué no iba a ser seguro?

-Dígamelo usted. ¿Vio algo extraño en ese bosque que el Partido deba saber?

-Pues…

De pronto la certeza de que debo decir algo, me bloquea y hace callar.

Tengo que recordar lo que sea. No puedo dejar que duden de mí.

-Ahora que lo dice…

-¡Vamos! ¡Hable!

La impaciencia del rudo doctor confirma mis sospechas de que lejos de venir a ayudarme, su visita, la primera de todas antes de que pudiera entablar contacto con nadie más, no es fruto de ninguna cortesía del hotel o del propio Partido, sino un deliberado ejercicio de interrogatorio e intimidación. Me esfuerzo por darle algo.

-Hay una imagen que se quedó grabada en mi memoria en el momento justo de romperse la cúpula, pero que no puedo llegar a comprender.

La energía que hace agitarse la bata blanca de arriba abajo del dormitorio parece revolverse bajo las costuras, y cambiando de dirección bruscamente envía rasgando el aire el micrófono de la grabadora hasta mis labios.

-¿Es algo relacionado con los responsables del accidente?

La babilla seca en la comisura de los labios es la espuma de un dulce con sabor a delación y deseo de sumar bajas permanentes en el catálogo de la existencia humana.

-Un niño… Un huérfano…

-¿Un niño fue el causante de la tragedia? ¿Tuvo algo que ver en la obstrucción de las tuberías?

-No. Lo que recuerdo es que había un huérfano. Yo estaba alejado del grupo principal de turistas. El guía les estaba explicando algo. Entonces… De pronto el cristal se partió sin más, y yo… Yo me giré buscando con mi mirada a ese inocente niño. Fue instintivo. Sabía que en décimas de segundo íbamos a caer, y supongo que sentí la necesidad de hacer algo por salvarle, o quizá esperaba ver que estaba bien.

-Más bien sería fruto del morbo de ver algo tan inocente morir.

-¡Pero oiga, a usted qué le pasa!

-¡Vamos, por favor! Le he preguntado por si vio algo extraño y me sale con esta paparrucha del huérfano… ¡Deme algo que valga la pena!

-El caso… Lo sorprendente es que el niño estaba de pie sobre un trozo de cristal intacto. Parecía como si estuviera flotando. Era increíble. Pero lo más increíble es que en cada una de sus manos sostenía a una persona a pulso. ¿Se da cuenta? Un pequeño cuerpecito mantenía a salvo de caer al vacío a dos adultos. ¿De dónde podía sacar semejante fuerza? Es algo que no llego a… Por desgracia yo caí y les perdí de vista. No sé qué fue de ellos.

-¡Menuda tontería! ¿Y para esto me hace perder el tiempo? Lo más seguro es que murieran. Lo que usted describe es un imposible físico. Unos instantes quizá… Sí, eso tal vez pudo darse… ¿Pero cómo iba luego a elevar a esas dos personas hasta ponerlas de nuevo sobre el cristal? Desengáñese, la crudeza del momento le hizo imaginar cosas imposibles. Ahora debe volver al mundo real.

Volver al mundo real.

¡Gracias doctor!

Pero dígame, ¿su mundo real es el único mundo posible?
¿Es que uno de esos mundos que ahora son pura fantasía y ensoñación, no sería tanto o más real si nosotros quisiéramos vivirlo?
No me lo dirá ni yo lo preguntaré.

La puerta de la habitación, aún entre abierta, es empujada desde el pasillo hasta quedar el espacio por completo convertido en un vano vacío.
Para mi sorpresa no es un soplo de aire fresco provocado con una corriente en la casa de huéspedes quien desplaza la madera, sino la tímida mano de una persona cuya piel porta un aroma propio a lavanda tan revitalizante, que ni los perfumes de las damas más entregadas pueden robarle un hueco en mi memoria olfativa.
Sin duda es ella: ¡Mi secretaria!

-*¡Oh, que inesperada visita!* –pronuncia con impostada cortesía el anciano mientras el cuerpo de la joven de ojos violetas se descubre bajo el marco de la puerta- *¿Pero es que no se alegra de ver a su antigua subordinada?*

-*¿Antigua, dice? ¿Es que ya no…?* -sólo acierto a preguntar mientras la observo petrificado por una sublimación sensorial ancestral.

-*La perdió como perdió su cama.*

-*Y me temo que su despacho también, señor.* –habla por fin la muchacha.

-*¡Y su estatua!* –concluye con una indisimuladamente cruel sonrisa la boca que bajo el mostacho blanco se resguarda.

-*No… Eso no es posible.* –gimoteo.

-*Levántese y véalo usted mismo.*

Ante la oportunidad de ver mi rostro descompuesto por la humillación, el hecho de salir de la cama se vuelve de pronto una gratamente aconsejable recomendación para el abyecto doctor.

Salto del colchón con la agilidad que le concedió a mi cuerpo la estancia en el bosque con los Iguales… Con los Ingenuos… Con quienes quiera que fueran aquellos seres encapsulados en un universo irreal, dentro de una completamente loca realidad.
Lejos de ser un necesitado convaleciente, el ímpetu que mis piernas demuestran llevándome explosivamente hasta la ventana que da a la plaza, confirma que un torrente de energía desborda mi cuerpo, todo él deseoso y capaz de no dejarme empujar al ostracismo por los designios malintencionados de ningún doctor esbirro de traicioneros impostores arribistas del Partido.

Sin embargo, los hechos consumados en mi ausencia me golpean inmisericordes: Allá en el firme empedrado, entre el hotel, los palacios, y la fachada occidental de la catedral, lo que fuera el pedestal de la escultura que me representaba todopoderoso y magnánimo en el punto más elevado de la inexpugnable ciudad, alberga ahora la inerte réplica de mi replica.

-*¿Quién es ese que se me parece pero no soy yo?* –pregunto conociendo la respuesta.

-*Vuestro sustituto al mando, claro.*

No sólo he sido despojado del tributo antropomórfico que debía conservar mi inmortal legado en piedra para la historia, si no que allá donde yo mismo me reservé un espacio en la vía publica más transitada de la urbe, asegurándome así una presencia en las retinas de todos los abulenses presentes y venideros, otro, y nada menos que uno que es casi un calco de mí mismo, pero más joven, más vulgar y más parasitario, me ha reemplazado.
¿Es que acaso ni la memoria puede ser respetada?

Y mientras observo la calle desolado, por el rabillo del ojo acierto a distinguir la expresión satisfecha del lacerante facultativo.

-*Es él quien le envía, ¿verdad?* –pronuncio sin siquiera girarme para mirarlo- *Quería asegurarse de que supiera que ya no soy un individuo válido para La Gran Nación, y atormentarme haciéndome recordar mi gloria, para luego desengañarme ante la certeza de que de mí ya nada queda en esta ciudad.*

-*Se equivoca…*

-*¡Calle! Yo habría hecho lo mismo. Por eso lo sé.*

Entonces una suave mano en mi hombro.
La aterciopelada y casi adolescente piel se desliza descendiendo por la manga de mi pijama de franela hasta hacer encontrar sus sutiles dedos con los míos. Apenas es un roce, pero un roce que lo dice todo.

Tanto me importo, que satisfecha la inicial fascinación olvidé su presencia.
Pero ella sabe decirme mejor que nadie que he perdido.

Cuando los músculos de mi cuello permiten que la resignada rabia de mis pupilas se encuentre con la violácea pureza de las suyas, llega la vitriólica y corrosiva derrota.

-*No es al doctor a quien envía el alcalde, si no a mí.*

Su cálida voz provoca en mi garganta un reflejo que me hace tragar el bolo de hiel que me ahoga.

-*Lo entiendo. También a ti te he perdido.*

Ella no retira la mirada.

Y en el reflejo de sus ojos me veo pequeño y ridículo, pues de pronto comprendo que nunca la tuve para poder ahora perderla.

¿Es que algo de lo que creía ser y poseer, fue ciertamente real?
¿Qué clase de despertar es este, seco, sin fluidos ni lágrimas de dolor, miedo y alegría? ¿Dónde está mi cuna de flores frescas recién arrancadas? ¿Dónde la mano que me ha de servir de guía?

Vuelvo a mirar a la calle en busca del rostro al que poder culpar.
Pues, ¿cómo culpar al hielo? ¿Cómo culpar a un cristal? ¿Cómo culparme a mí mismo por perderme en vez de avanzar?

Y en mi agónico oteo, allá abajo le hallo de nuevo. Y él me sonríe.
Cierra uno de sus parpados, que esta vez son de piel y no de piedra.
Su mano eleva hacia mí una taza de humeante café mientras socarrón el ojo me guiña. Lleva puesto un mullido albornoz blanco, y unas zapatillas de hogareño algodón.
Esa versión atractiva y aseada de mí mismo, ese que ahora desde la puerta del Palacio de Valderrábanos se jacta dándome los buenos días con un irónicamente amable gesto mientras contempla su propia estatua en la plaza, y al fantasma viviente de su profesionalmente defenestrado sucesor tras la ventana empañada de la segunda planta del hotel más antiguo y polvoriento de la ciudad, ese… Ese me ha ganado una guerra que ni siquiera sabía yo declarada.

-*Le envía este presente.* –dice la muchacha que permanece respetuosa pero reciamente contenida a mis espaldas.

Esta vez mantengo mi atención en la escena exterior, pero sus delicadas manos ponen junto a mi rostro una bola de cristal llena de agua. En el centro del fluido, rodeado de un manto de partículas blancas, la reproducción a escala de la Puerta del Alcázar de la muralla de Ávila.

-*¿Un domo de nieve?* –pregunta el doctor mientras toma el objeto sin abandonar su hiriente tono.-
¡Pero qué ocurrencias tiene este hombre!

Y mientras le escucho agitándolo, haciendo que la falsa nieve suba por el agua para volver a bajar cubriendo la abulense estampa en miniatura, mi atención sobrevuela a mis dos sustitutos, el de carne y el de compacta arena, y con desdén los esquiva yendo al encuentro de las jambas del pórtico catedralicio en donde las monstruosas figuras de Gog y Magog, hombres de roca con rostros deformes, vigorosa musculatura cubierta por trajes de hojas del bosque, y portando en sus amenazantes manos escudos y mazas, nos recuerdan para lo que fueron allí esculpidos, uno a cada lado de la puerta: Al penetrar en el templo, los hombres y mujeres debían abandonar, al menos por unos breves instantes, su superficialidad alienante y depredadora, esa vara de mando concedida al Ego para enfrentarse a todo lo que va más allá del propio ombligo, y que nos convierte en criaturas salvajes dispuestas a la lucha, a la destrucción ajena es pos de una supervivencia material no compartida, y cuya perfecta proyección se encuentra representada sobre ese erosionado granito. En la cueva dedicada a buscar una verdad redentora, la actitud debía estar basada en un respeto y cuidado mutuo, y de no ser así, los monstruosos seres golpearían con sus armas al que osara traspasar la fría frontera conservando su Egoísmo. Nunca sabremos si Gog y Magog alguna vez vivieron, pues de así serlo, quizá no hubieran dejado cabeza sobre cuello.

-*Bueno, nos retiramos para que descanse.* –pronuncia mi joven ex secretaria mientras se desliza silente hasta el umbral del pasillo.

El anciano infante que sirve de percha animada a la bata de medico blanca, continúa jugando con la bola de nieve de Ávila, quizá sumido en la ensoñación de estar él mismo dentro de la hermosa capsula, y despreocupadamente entregado con una sonrisa bobalicona por bandera, abandona la estancia sin siquiera despedirse.

Los pasos de ambos se pierden momentáneamente en las entrañas del hotel, mientras mis ojos recorren el granito que lo conforma todo en esta ciudad.

En la soledad se acrecienta mi tristeza, pero también la certeza de saber que si yo fui estatua de piedra como lo es ahora esa que traicioneramente me suplanta, y aun así mi imagen fue borrada de la historia por anónimas manos que no hicieron nada para mejorar mi legado, ¿por qué no habría de pasarle lo mismo a la réplica que con tanto orgullo paternal contempla todavía en la calle mi sustituto embelesado?
Al fin y al cabo, las lecciones de Gog y Magog siempre nos mostrarán una lección necesaria, de hecho la única que importa en este mundo que ahora mantenemos como única realidad posible, pero, ¿qué dejaremos nosotros más allá de nuestras caras? ¿Quién tendrá interés en las olvidadas aventuras de poder megalómano de personajes que no aportaron beneficio alguno más que a sí mismos, y excepcionalmente a familiares o compinches a su antojo y capricho? Sólo esos amigos les recordarán, hasta convertirse también ellos en humo para la historia.
Así de frágiles y sustituibles son los logros de los hombres vacuos que sólo aportan su Ego a una vida que no comprenden como más que suya.

Y mientras una lagrima recorre mi rostro, los amigos de mi obligado enemigo abandonan el Hotel Continental bajo mis pies, y atraviesan la plazuela hasta la puerta del Palacio de Valderrábanos, donde con alegre camaradería se encuentran y resguardan juntos del frío y el silencio, dejándome de regreso en una ciudad que fue toda mía, y que ahora únicamente me devuelve lo mismo que yo a ella le di: Frío y silencio.

Capítulo 1
La Posada de la Fruta

Hombres rojos y negros cabalgan sobre caballos rojos y negros.
En sus torsos un solo brazo.
El otro, arrancado quizá por los estribos en la violencia de un viaje voluntariamente eterno sobre tierra quemada, o tal vez reflejo de seres incompletos que se entregan a una búsqueda de brazos ajenos que arrebatar para sí, se perdió entre las arenas negras que nunca quieren pisar, pues nunca abandonan la comodidad de sus monturas.
¿Y si fuera tan fácil como bajarse de sus corceles de guerra?
El Sol rojo y negro sobre sus cabezas mientras cada uno de ellos se aleja del otro en contraria dirección.

Un mordisco a mi hamburguesa.

A mis espaldas, mujeres rojas y negras se estiran hacia el cielo con desgarrado rostro de angustiosa impotencia, tratando de alcanzar sus brazos derechos, los cuales se separan escapando de sus cuerpos, y se pierden flotando en el aire aferrados a una bolsa ingrávida.
¿Quizá guardaban allí el dinero que ningún peso tiene donde la Verdad importa?
Por suerte les queda un brazo, lo suficiente para subirse a un caballo y luchar para que los brazos de otros suplan las faltas de los suyos.
Poder rojo y negro. Fuego y ceniza.
Un mural de pequeños azulejos entre las mesas de esta cafetería donde paso los días.

Un trago a mi vaso de mosto.

El último pincho de ensaladilla rusa sobre una corteza de cerdo es indicación para la vetusta camarera, que conociendo ya a la perfección mi rutina culinaria, tras tantos años entregado a este mismo menú, camina hasta la mesita de mármol para retirarme los platos vacíos, al tiempo que los reemplaza por mis inexcusables tortitas con nata y sirope de chocolate.

Me recuesto sobre el respaldo del pequeño silloncito de terciopelo beige saboreando mi hipercalórico postre, y mientras vuelvo a sumirme en la reflexión sobre las formas mancas representadas en la pared de la Cafetería Yakarta, por la ventana desfila ante mí una interminable y escandalosa marea de gentes disfrazadas.
Son las fiestas de la Victoria Humana.

Antes de la guerra, en este planeta que habitamos, la convivencia se desarrollaba bajo infinidad banderas, idiomas, clases sociales… En definitiva, cada porción de tierra llevaba un rumbo diferente, enfrentado a menudo al resto, con valores subjetivos e incomprensibles. Sin embargo tener que luchar para salvar nuestra especie de las maquinas hizo que naciera el Partido Humano, el cual rápidamente aglutinó a todos en todas partes, creando La Gran Nación, que en una unión global total, eliminó las diferencias que nos separaban, y como resultado ahora somos todos iguales: Somos todos Nacionales.

Esto es lo que me enseñaron cuando todo terminó. Es lo que nos dijeron que era el nuevo presente y definitivo fututo.
Todos esos alegres huerfanitos que disfrazados de guerreros medievales a escala, pasan ante esta ventana persiguiendo a bufones que pretenden parecer anacrónicas inteligencias artificiales, al tiempo que sus adoptivos y orgullosos padres ríen observando como tratan de golpear al

imperdonable enemigo, esos pobres pequeños, jamás sospecharán que un día hubo un mundo diferente.
Y quizá así sea mejor.

Pero yo ahora sé que no es cierto. Que igual que hubo un mundo dividido sin Partido Humano, también lo hubo en cuevas donde sí cobraba su sentido último la palabra igualdad.
Aquí somos todos Nacionales, y debemos celebrarlo, pero si yo soy nivel 2, es porque hay niveles; si yo fui el que daba las órdenes desde el sillón del alcalde, es porque donde hay alcalde, hay súbditos para obedecerle; si cuando fui un Igual, no pude entenderlo y me inventé un reino, es porque aquí ni yo ni nadie, sabe lo que es ser Iguales.

Todo esto me tortura.
Preferiría no hacerme estas preguntas y sencillamente obedecer.
Pero si tan sólo me devolvieran mi antigua vida, mis lujos y privilegios, quizá no sintiera todas estas dudas que aun sin saber a dónde, me empujan…
Ahora no puedo distinguir si esto que me atormenta y me hace cuestionar la realidad en la que vivimos, como si mi misión fuera acaso cambiarla, es sólo porque de pronto no tengo nada, porque no formo parte de su sistema, y necesito desesperadamente volver a encontrar una posición cómoda desde donde exigir que todo me sea dado.
¿Pues no es esto lo que ya hice en el bosque con los Ingenuos?

Al otro lado del cristal estalla un burlesco petardo que me permite huir de los autocríticos ecos de mi mente. Beso la mano de la dueña de Yakarta en agradecimiento a su diario convite, fruto de mutuos favores pasados. Marcho un día más, disimulando el bochorno de tener que aceptar semejante muestra de caridad.
Tras la puerta, prácticamente encasillado entre los portales de la discreta plazuela de José Tomé, antigua calle de Tomás Pérez, reflexiono sobre esos nombres, cuyas gestas nadie recuerda, y los cuales a buen seguro también invirtieron sudor y lágrimas en hacer y deshacer para que les dedicaran estatuas y placas. Energía vital para preservar dos palabras.

Desde aquí mis ojos aciertan a ver la cara interna de muralla al fondo de la calle de Don Gerónimo, antigua de La Feria, y a través de la puerta del Alcázar, al fondo en la distancia, la altísima efigie de Santa Teresa vigilando desde la altura la plaza del Mercado Grande, explanada principal de la villa, que se presenta como casi siempre llena de gentes bajo los soportales de sus amplias casas. Caminando en círculos alrededor de la femenina estatua, manteniendo una improvisada pero respetada fila, los vecinos, y rara vez algún despistado visitante, hacen su habitual paseíllo, que a falta de un entretenimiento mejor, sirve como foro para ver y ser visto. Este avispero de furtivas miradas y malintencionados comentarios sobre el estado del prójimo, parece satisfacer a los congregados, que a excepción de huérfanos e impedidos, suelen ser todos.

Hoy hay especial revuelo, pues la feria conmemorativa implica un gran número de actividades repartidas por la práctica totalidad de rincones del casco urbano: Bajo el adarve que da al parque contiguo a la basílica de San Vicente, hay arqueros disparando contra esqueletos metálicos de falsos autómatas, sobre cuyos rostros algún herrero local ha hendido macabras sonrisas; en el paseo del Rastro, ante la siempre sobrecogedora panorámica del Valle de Amblés, puestos de comida y bebida emulan la miseria de tiempos de asedio, donde el cuero de una bota, o una ensalada de malas hierbas, eran un manjar digno de celebración; saliendo al lienzo sur por la puerta de la Malaventura, sobre la planicie arenosa del Atrio de San Isidro, supuestos caballeros de épocas que nunca conocieron el significado de la palabra inteligencia artificial, se baten en singular justa sobre poderosos caballos y cubiertos por armaduras de placas de acero y cotas de malla, con, de nuevo, indefensas reproducciones de máquinas humanoides, tan caricaturizadas que sólo pueden evocar el júbilo de una leyenda imposible, la cual sin embargo muchos vivimos en nuestras carnes, y desde

luego careció de semejante colorido y épica.

Y pensar que era yo quien desde mi despacho promovía estas jornadas, que más que celebrar una victoria, emulan una grandeza despreocupada que nunca existió…

He tenido que verlo desde fuera para comprenderlo.

He tenido que dejar de ser.

-*¡Oiga!* –interrumpe una voz mis divagaciones- *¿No es usted el antiguo alcalde, ese que tuvo el accidente?*

-*¡Sí, claro que es! ¿No te acuerdas que se pasaron día y noche hablando de su caso en Radio Global?* –zanja el asunto la voz que le acompaña.

Aun rígido y ausente junto a la puerta de la Cafetería Yakarta, veo alejarse a la pareja de ancianos en dirección a la plaza de la catedral.

¿Qué extraña costumbre es esta de hablar para ser escuchado, sin esperar respuesta alguna?

-*Pero bueno… ¿No le da vergüenza ir así por la vida?*

De nuevo la voz de un impertinente paisano, que como atraído por mi evidente indefensión actual, no ha podido evitar hostigarme, quizá pensando que ese es el modo más efectivo de ayudar al necesitado.
-*Bien es cierto que estamos en fechas de farsas y disfraces, pero usted ya no es un niño para ir con esa ridícula facha. ¡Aféitese esas barbas, córtese ese sucio pelo, y haga el favor de aprender a vivir de nuevo entre la gente civilizada!*

¿De dónde sale tanta inquina?

Mientras el perfectamente pulcro e injurioso transeúnte se aleja también por la calle que sube en dirección a la catedral, junto a la corriente principal que parece estar llevando a las masas hacia mi propio hotel, decido imitarle uniéndome a la fila de cuerpos, y seguirle los pasos con la despreocupación del que ya no valora su propia estima, como para interesarle la de los demás.
Observo el hermoso traje de tela roja del señor, y como mi camisa ajada verdaderamente desmerece en comparación con el uniformado gentío que luce unánimemente tonos carmesí.
Y es que esta es nuestra bandera, el color de casi todas las banderas que alguna vez hubo, pues todas se fundaron por y para la sangre.

Y cuando ya creo que el flujo va a alcanzar la puerta del Hotel Continental en la explanada de la catedral, un giro brusco a la izquierda nos introduce en la calle de los Reyes Católicos, símbolo inequívoco de una desembocadura institucional en la puerta del Ayuntamiento, lugar que todo este tiempo desde mi regreso he conseguido evitar.

Finalmente mis miembros introducen mi cuerpo en la plaza del Mercado Chico, y asumo que mi rutina de una sola calle, entre la habitación del hotel por las noches, y Yakarta para desayunar, comer y cenar, ha quedado definitivamente rota.
Me enfrento a mis antiguos dominios con un terror semejante al que deben estar sintiendo los desdichados Conversos que sobre las grandes pilas de leña colocadas en el centro del foro, se encuentran ahora atados de pies y manos en sus respectivos postes, esperando al acto de fe humana, que como todos sabemos acabará en irremediable y celebrada ejecución.

Ya casi había olvidado el plato fuerte de las fiestas de conmemoración de la Victoria: El momento de redimirse con la hasta este punto teatralizada lección de pseudohistoria, llevando ahora sí a la muerte real a varios sospechosos de ser autómatas.
Y es que a pesar de todo, si algo merece ser odiado son esos que se ocultan entre la gente normal, haciéndose pasar por lo que no son.
Al menos es lo que siempre he pensado.
¿Pero y si ahora el que trata de fingir ser normal soy yo?

-*Me parece increíble que todavía queden maquinas infiltradas en nuestra Gran Nación.* –exclama una señora.

-*Puede que sólo quieran ser como nosotros para poder vivir en paz, mamá.* –responde inoportunamente la pequeña niña que la mujer mantiene pegada a su cadera con una forzada y tensa llave de mano.

-*¡Calla mocosa, que tú no tienes ni idea de nada!* –reprende la progenitora con un meneo punitivo que agita el osado cuerpecito cuestionador.

-*Señora,* -interviene uno de los festivos vecinos congregados, el cual a su vez contempla la escena aplastado por la masa contra nosotros.- *si me permite, puedo subir a la niña en mis hombros. Ya va teniendo edad de ver estas cosas y dejarse de pájaras mentales.*

-*Me parece muy bien.* –sentencia la mujer con gesto severo mientras entrega su hija a un desconocido- *No podemos permitir que esta generación olvide quienes son nuestros verdaderos enemigos. ¡Esos! ¡Esos! ¡Sólo esos!*

El grito de guerra de la paisana se extiende entre la multitud, ansiosa de ver materializado el ajusticiamiento público, y mientras mi flamantemente engalanado sustituto lee desde el balcón del Ayuntamiento los cargos, siempre previamente redactados por las altas esferas del Partido, y entregados a los jefes locales como meros títeres de lo estipulado en la Capital, yo me dedico a observar los rostros enardecidos de los abulenses. Los de a pie que abarrotan la plaza, todos aquellos asomados a las ventanas de las cuatro fachadas de casas que le dan su forma cuadrada, incluso algunos gamberros encaramados a las dos torres que flanquean el campanario del consistorio municipal, desde el primero hasta el último de ellos demuestra una confianza total en que si este rito ha sido estipulado y con rigor ejecutado, es porque así debe ser. Son felices dejándose empujar a un organismo colectivo, donde a sí mismos no se han de cuestionar.
¿Por qué entonces acabar siempre en una colectividad dedicada a depredar?
Los verdugos lanzan las antorchas a la hoguera, y la piel de los Conversos comienza a derretirse. Aunque todos los presentes estén secretamente deseando que, debido a un error, una de las supuestas inteligencias artificiales condenadas por hacerse pasar por un humano, sea realmente un humano, y con la excusa de tal desafortunado accidente, verle arder para poder año tras año comentarlo, esta circunstancia hasta la fecha nunca se ha dado, por lo tanto, en cuanto los circuitos metálicos internos de los Conversos quedan expuestos al aire, la gente comienza a abandonar la plaza con cierta decepción.

Mientras deshacemos lo andando en dirección a la catedral, los comentarios que inundan el ambiente son de autoimpuesta satisfacción.
La confianza de que el sistema de La Gran Nación Humana Unificada funciona y les mantiene a salvo de malvados enemigos de una raza ajena obcecada con nuestra aniquilación, les otorga una paz para dormir por las noches, que de otra forma una conciencia honesta haría imposible.
Y al fin y al cabo esos Conversos son siempre enviados desde la Capital.

¿Quién aquí los conoce o puede saber qué clase de vida llevaban mientras ocultaban su artificial identidad para actuar como humanos? ¿Acaso serían médicos o cuidadores de ancianos?
¡Pero qué más da, si la Capital está tan lejos de la frontera de Ávila que la mayoría de los presentes ni tan siquiera sería capaz de señalarla en un mapa!
Simplemente obedecemos, y así podemos seguir tranquilos un día más.

Dando la espalda a la estatua de mi sustituto, como cada día imaginando que Gog y Magog bajan de sus jambas y le apalean hasta dejar irreconocible ese rostro usurpador, penetro en el estrecho pasillo del Hotel Continental.
En la recepción, el rostro del ojeroso gerente me recibe con gesto de malas noticias.

-*Debe irse.*

-*¿Qué ha ocurrido?*

-*Me temo que hemos tenido que dar su habitación a otro cliente. Bueno… A un cliente.*

De nuevo el vergonzante de rubor de saberse viviendo de prestado.

-*Hágase cargo. Desde aquello que le pasó, le hemos tenido invitado como huésped, en deferencia a su antiguo puesto y el buen trato que siempre nos dio. Pero en estas fechas, con la fiesta de la Victoria… Ya sabe que la ciudad se llena de gente, y necesitamos todas las habitaciones.*

La gobernanta aparece junto a mí, y sin darme tiempo para replica o alegato alguno, alarga sus rechonchos brazos hasta poner contra mi pecho un mullido paquete de papel de periódico con mis cosas envueltas en él.

-*Ojalá en un futuro podamos…* -oigo decir al gerente con un tono descendente hasta desaparecer en el silencio del hall vacío.

El crédito por antiguas deudas, amistades, o simple respeto de lo que algún día fui en esta ciudad, toca a su fin.
Comprendiendo que ya nunca volveré a contemplar, como si de un cuadro de Guido Caprotti se tratara, la catedral nevada desde detrás de la ventana de mi cuarto en el Hotel Continental, y sin ser capaz de levantar la vista del empapelado conjunto material de posesiones que me quedan en este mundo, decido dirigirme hasta la salida, donde la cara de mi pétreo enemigo me recibe sonriente.
Gog y Magog me han fallado un día más.

Frente a la inacaba torre derecha del gran templo escucho las calles, las cuales en cuanto cae el Sol se cubren de los ecos de apresuradas pisadas, para rápidamente desaparecer tras los muros en busca del calor de las estufas que bajo los manteles de las mesas combaten el frío seco que nos sopla Almanzor. Por algo esta es la ciudad del recogimiento y el silencio.
Aferrándome al paquete que contiene mis andrajosos bienes, detecto en su interior la llave maestra de la Administración que me daba acceso a mi antigua habitación en el Valderrábanos. Sé bien que es el cruel regalo de mi sustituto, que aun en mi derrota se mofa recordándome lo ya nunca poseeré.

Me alejo bajando la calle hacia el Yakarta, y no atreviéndome ya a entrar para consumar mi aristocrática mendicidad, sigo avanzando ante el Palacio Episcopal hasta llegar a la plaza de Pedro Dávila, antigua de la Fruta. No es casual. De frente, la Posada de la Fruta repleta de clientes. A mi derecha, el Palacio de los Abrantes, propiedad de la familia Dávila, que tras sus altos muros oculta fértiles jardines adosados a la muralla. Y en el centro de la plaza, dándome la espalda, oculta en un

rincón olvidado de Ávila, mi estatua.

Temiendo aún el hecho de tener que enfrentarme al oprobio final que llevo esquivando desde mi regreso, pero innegablemente consciente de que, ante la falta ya de otras alternativas, la involuntaria decisión debe ser finalmente tomada, camino hasta encarar mi rostro granítico.

Ni siquiera se me ha concedido un humilde pedestal.

A ras de suelo, como un peatón repentinamente petrificado y abandonado allí para servir de advertencia de los peligros de creerse más que arena, únicamente una pequeña figura gorda y bien peinada.
Todo lo que ya no soy.

Pero es lo único que puedo legar.

Si al menos esta figura inerte tuviera el valor que a mí me falta…

-¡Vamos, despierta! ¡Abre los ojos al mundo y lucha por devolverme la gloria que te sacó del abstracto bloque en aquella cantera! Tú eres de recia piedra… ¡Sólo tú puedes hacer lo que yo no puedo, y salvarnos a los dos!

Abrazado a lo que alguna vez fui, cubierto mi rostro de desesperadas lágrimas, me dejo caer, vencido por la dependencia a una comodidad que cuando llegó a mí, me trajo una derrota hasta ahora inapreciable.

Mis rodillas ceden.

Y de pronto, como cuando caí de aquella cúpula de cristal, copos de nieve descienden junto con mi cuerpo, hasta encontrarnos ambos en el suelo de la ciudad.
Bajo mi propia sombra me acurruco, y la nieve comienza a cubrirnos.
¿Quién desaparecerá antes, mi exiliada talla, o yo?

Mis ojos se cierran, quizá para siempre…

-Disculpe, señor, ¿quién es usted? ¿Se encuentra bien? –pronuncia la voz que acompaña a unas piernecillas plantadas junto a mi cara.

-Es normal que los mediocres valoren como sublime lo mediocre, así se pueden tener a sí mismos como sublimes. –exclamo al borde del delirio- *Pero como los mediocres son mayoría, y la mayoría es ley y verdad, tenemos que lo sublime es por definición lo contrario de lo que debería ser. Lo más elevado es lo más bajo, y lo despreciado es todo aquello que escapa a su comprensión, que es mucho, y que con la fuerza que les otorga su manifiesta superioridad, empujan al oscuro cajón del olvido o incluso del castigo. Por favor, no tratéis de ser sublimes en este mundo, o quizá un día os encontréis siendo los reyes de lo mediocre.*

-Debe ser uno de esos beodos visitantes que vienen a celebrar la Victoria humana, y acaban pasando de abrazar una botella de vino, a abrazar los pies de una estatua. –deduce otra infantil presencia que no acierto a ver.

-Vamos a llevarlo a dentro, aquí bajo la nieve va a morirse de frio.

Mientras una risueña chiquilla y un impasible muchacho me levantan, comprendo que esta nieve

no me ha traído muerte o renacer.
Sostenido penosamente sobre la joven pareja, entre las bolsas de basura que se disponían a llevar a los contenedores, atravesamos con secreta urgencia las puertas de la Posada de la Fruta.
El ajetreo de las cenas en el patio central de la fonda deja paso a la quietud de los oscuros pasillos internos de la casa. Nos deslizamos hasta pasar ante un vano cubierto por un biombo, desde donde escapan los gemidos inconfundibles de una orgía. Libertad sexual obligada. Hedonismo social en indisimulados reservados. Sin detenernos, pronto acabamos entre fogones, y entiendo por fin que sus atuendos gemelos no son fruto de una moda juvenil que me es desconocida, si no uniformes de pinches de cocina.

-*Aquí estará bien.* –dice la chica dejándome delicadamente sobre el suelo junto a la chimenea.

-*Si nos descubren metiendo a borrachos en la posada nos van a…*

-*¡A hacer fregar!* –interrumpe una tercera y furiosa voz vituperando con rudeza al muchacho.

Además de desterrado y casi moribundo, tengo la desdicha de encontrarme acogido en secreto por los empleados de un señor de protocolario traje rojo, del cual sé de buena tinta que gusta de ofender, creyéndolo método efectivo para bien aleccionar.

-*Pero bueno, si es el viejo alcalde…* -pronuncia con saña mirándome desde arriba como si de mí ya sólo quedara basura para ser pasto de las llamas– *No os preocupéis, este hombre y yo ya nos conocemos. Esta tarde le di un buen consejo, y por lo visto, lejos de hacerme caso, ha decidido hundirse en su deshonra aún más.*

La joven pareja me levanta, en un intento de dotarme de cierta dignidad.

-*Vosotros podéis iros. Yo me ocupo de este deshecho. Quizá podamos hacer de él algo de provecho.*

Ahora me arrepiento de no haber comprado los favores de este personaje cuando mis galones me lo permitieron.

Los muchachos salen de la cocina lanzándome fugaces miradas de un arrepentimiento evidente, pero más que por pensar que se han metido en un lio, por el convencimiento de que me han metido a mí en él.

La noche concluye con el nacimiento de un proyecto vital inesperado: El posadero me ha ofrecido un lecho junto a los fogones, a cambio de limpiar el menaje durante los servicios, y barrer los suelos después. Además me ha dado largos consejos paternalistas sobre como reconducir mi errada existencia, y me ha hecho jurar que mañana pasaré por un barbero.

Y al amanecer, cuando ya tengo asumido que mi impuesto y resignado castigo como limpiaplatos ha comenzado, mi antigua secretaria entra en la Posada de la Fruta con una caja llena de tarros de alimentos en conserva, y una enorme llave dorada.

-*He alquilado una de las habitaciones de la planta de arriba para ti.*

Capítulo 2
La Puerta del Alcázar

He decidido suicidarme.

Ya perdí la cuenta de los días que llevo encerrado en esta colmena de solitaria individualidad, que no es sueño, si no consensuada realidad.
¿Cuántos otros como yo habrá detrás de cada fachada?

Las jornadas se suceden entre la humedad que envuelve este cuartucho situado sobre la puerta de la posada, y las miradas que cada noche, desde la ventana que da a la plaza de Pedro Dávila, dirijo furtivo al incesante ir y venir de clientes que, pasando literalmente bajo mis pies sin siquiera sospechar que desde detrás de las cortinas les observo lleno de envidia y desesperanza, penetran en los privados rincones de la casa en busca de sexo y buenas viandas.
No soy capaz de bajar a unirme a ellos, ni tan siquiera salir a la calle.
Tampoco podría pagar nada más que paseos bajo la nieve.

Para más suplicio, la estatua de mi Yo pasado permanece luna tras luna rígida bajo mi ventana, y sin concederme una mínima tregua permitiéndose un fugaz parpadeo, me acribilla con incesantes miradas burlonas.
Demasiadas horas preguntándome qué querrá decirme.

Pero todos los esfuerzos tratando de comprender el porqué de su acoso terminaron abruptamente anoche: Mi cuerpo, rendido por la guardia ante el vano cristalino, desplomándose sobre los seis maderos que conforman la sillita que acompaña a la cama en el mobiliario rentado, decidió sin consulta previa enviarme a la reparadora inconsciencia. De pronto, un cerdo corriendo sobre sus dos patas traseras entró en la plaza y fue hasta mi estatua. En sus manos un gran saco. Levantándola a pulso hasta introducirla en la tela, secuestró ante mi atónita mirada a la hostigadora piedra. Mi torturador, mi único amigo… Con él soy un pobre desgraciado, pero sin él, ¿qué de mi queda? Mi cuerpo agotado saltó de la silla y persiguió al cerdo atravesando a la carrera la ciudad de oriente a poniente. Cuando salimos de la muralla por la Puerta del Puente, y sobre la pasarela milenaria nos encontramos, el cerdo se giró, me sonrió y me habló con imborrable voz.

-No se preocupe por esto, señor. Es sólo una réplica de algo que ya no existe. En cambio usted puede ser todo un ejemplo, un héroe para la humanidad: El único superviviente de esta gran comedia de malvad. Nunca nadie le conocerá, pero, ¿y qué más da?

Así lanzó el cerdo mi estatua a las gélidas aguas del Adaja.
Viéndola perderse entre las algas, desperté para respirar por fin aliviado al saberme despojado de semejante carga.
Gracias al cerdo, nuevamente, comprendí que no he de ser nadie ni nada.

Por eso hoy es el día en que todo para mí acaba.

Mientras espero a que Ávila duerma para poder ejecutar mi plan final, el vinilo de Sebastián de Vivanco inunda la estancia como única banda sonora posible de una ciudad que se detuvo dieciséis siglos después del nacimiento de aquel que llamaron Nuestro Señor, y que como si ni siquiera hubieran pasado esos dieciséis siglos, ni los que vinieron después hasta nuestros días, vive recogida entre una biografía nunca más emulada, y una introspección personal naturalizada.
Cualquiera diría que fue una suerte el que las maquinas nos atacaran.
La defensa que hicimos de unos valores que no sabíamos, iban a vertebrar el nuevo orden mundial,

nos regaló un sentido vital, una identidad que no esperábamos poseer.
Este irrenunciable orgullo provoca que de cara a la galería todos aquí obedezcan con gran regocijo las nuevas ordenanzas decretadas desde la lejana Capital de La Gran Nación: Odio y culpabilización constante hacia los autómatas, declarados responsables de todos nuestros problemas, y especial sospecha y vigilancia en toda situación, con el obsesivo objeto de detectar a los quintacolumnistas e infiltrados Conversos que contaminan nuestra superior humanidad; Obediencia y celebración de todos los nuevos ritos y costumbres, siguiendo el manual de estilo para el modo de vida ejemplar de todo buen Nacional; apadrinamiento generalizado de la ingente infancia huérfana, que víctima de la guerra, vive en inclusas hacinada; nula movilidad territorial; promiscuidad practicada con desgana institucional.

Un suspiro se me escapa mientras levanto la aguja del tocadiscos, acallando así las melodías únicamente alumbradas por solemnes gargantas en templos ya tapiados.

Me pongo mi camisa roja, recuerdo de un depuesto rey de ficción.
Atuso frente a un espejito mi larga y canosa barba, igual de descuidada y sucia que mis pobres galas.
De camino a la puerta doy una patada a un bote vacío de judiones del Barco de Ávila.

Mañana, mi benefactora, aquella que fue mi secretaria y ahora lo es de mi usurpador y enemigo, la única que en mi caída en desgracia ha mostrado preocupación por mi nefanda persona, la empatía hecha carne, vendrá a primera hora como hasta el momento ha hecho todos los días, y la cajita con alimentos enlatados que traerá en sus manos para permitirme así vivir una nevada más, quedará abandonada al polvo y a la certeza de que ya nunca volveré.
Lo siento.

En cualquier caso jamás entenderé porque me regala techo y comida sin pedir nada a cambio, jugándose de hecho su propio puesto en la Administración Nacional, si atendemos a la memoria de todo lo que yo la hice, abusando de ella en todos los sentidos posibles, tal y como sólo yo sabía hacer.
Como únicamente sé hacer.
No, no es justo que diga lo siento, pues en nada puede ayudar.

Ya callan los copulantes. Portones que se cierran. Cese de pisadas.

El día que llegué ante esta posada decidí entregarme a la muerte bajo la nieve, pero hasta eso quise que me lo dieran hecho, y esperé que el fin viniera por sí solo a liberarme de mí mismo, en cuerpo y estatua.
Pero hoy mi voluntad manda sobre mi mediocre y perdida existencia.

Cuando mis pies se deslizan por los aletargados pasillos de la Posada de la Fruta, y los tablones de madera de las escaleras crujen por el peso de mi huida, una sonrisa se dibuja en mi cara: Nadie sospecha que este ruido es lo último que de mí sabrán.

El vaho me delata como único elemento de frágil existencia que a estas horas comparte escena con el inmortal empedrado, ese que a tantos otros nocturnos errantes ha visto ir y venir, y que ante la fortificada urbe de granito sólo pudieron dejar como recuerdo una fugaz estela de aliento en la noche.

Ávila, ahora más que nunca, ciudad del silencio.

Mientras los reflexivos ojos del verraco que guarda la entrada de la muralla me observan en la

distancia, allá en el parquecillo que antes ocupó el ya derruido alcázar, un escalofrío recorre mi espalda: ¿Este cerdo de piedra ocultará en su interior a ese otro cerdo que a su vez en su interior ocultaba un ser humano? ¿Será este el mismo que desde hace un tiempo parece ir trazando mis designios?

Aunque mis pies no quieren ir a su encuentro, el convencimiento de que si aquí me hallo ahora es en definitiva obra del propio cerdo, produce en mí la confianza necesaria para seguir avanzando hasta descubrir si lo que me depara es algo peor que lo que me dispongo a hacer.

Y cuando paso junto a él, sólo el tacto helado de su piel inmóvil.

Subiéndome a su roqueño lomo logro la altura necesaria pasa saltar sobre el portón de acero que cierra el acceso a las empinadas escaleras de la muralla, esas que sobre mi derrota me han de elevar.

Gracias a mi estancia en el bosque, comienzo de mi desgracia, puedo sin embargo ahora encarar ágilmente estos peldaños en pronunciado ángulo de subida.
Mi físico no se resiente, de modo que cuando me hallo por fin sobre los veinte metros de altura que conforman este recio paredón, mi vista no se nubla ante la contemplación del descenso al que me voy a enfrentar.

Caminando despacio por uno de los dos torreones que flanquea la Puerta del Alcázar, sabiendo que estos son mis últimos pasos, me dirijo hacia el pétreo puentecillo de arco de medio punto que conecta ambas atalayas en una adelantada e inverosímil posición sobre el vacío.
Desde allí me he de tirar.
Fuera de las murallas, allá abajo, la siempre concurrida plaza del Mercado Grande, ahora vacía, y cerrándola, la iglesia de San Pedro, la cual con sólo mentarla provoca que vuelvan a mí los aromas perdidos, y siempre fúnebres, del incienso.

No me atrevo a mirar en esa dirección, así pues, pongo uno de mis pies entre las almenas del puentecillo que dan hacia la propia puerta.
Caeré allá donde estuvo el foso, y en cuyo lugar ahora se encuentra una ruinosa casetilla de madera con espacio para que un antediluviano guardia vigile la entrada de la ciudad.
Desde aquí arriba veo el farolillo encendido, y puedo escuchar sus ronquidos.
Ojalá pudiera no darle este mal despertar, pero gracias a su oportuna presencia, mi cuerpo será retirado de inmediato, y no molestaré a nadie más.

La idea de no ser descubierto aquí arriba hace que me invada la impaciencia. ¡Es el momento!

Trato de separar del suelo el pie que aún me otorga la falsa sensación de estar sobre el estable firme, pero tiemblo. No puedo.
Entonces recuerdo las palabras de La Madre:

-Sólo tienes que empezar para descubrir que es posible. Pon una mano delante de la otra. Irás viendo el camino aparecer ante ti.

Y así como ya lo hice una vez sobre otro gran aro de piedra, mis dedos se aferran a los salientes de la almena, y anclando mi cuerpo logran erguirme por completo sobre el fino parapeto arquitectónico.

Estoy de pie ante el aire gélido que trasporta la esencia del hielo de Gredos.
Respiro una gran bocanada de vida.

Cierro los ojos.
Recuerdo cuando no podía comparar este mundo con uno basado en el Amor, y todas estas incoherencias cobardes e infantiles me parecían naturales, necesarias, y dignas de admiración.

-*¡Adiós hombres y cerdos de piedra! ¡Aquí os dejo con la incoherencia, el miedo y la ignorancia voluntaria de los que únicamente sois sustento!*

Un saltito me vuelve a poner sobre el vacío, y empiezo a descender, pero esta vez sin esperar nada más que la oscuridad.

Entonces una mano.
Una diminuta extremidad me agarra del cuello de la camisa, y frenando mi caída en seco, hace que quede atrapado por el tejido en tensión.

Sintiendo cada hilo clavándose contra mi piel, observando mis pies que cuelgan sobre la Puerta del Alcázar como si del cadáver de un ajusticiado se tratara, y comprendiendo que mi ejecutada decisión de morir era una carta de un solo uso, ahora en su abortado desenlace, me invade desesperadamente el impulso por vivir.

-*Ayuda…* -trato de pronunciar mientras el aire apenas puede pasar por mi estrangulada garganta.

Otra manita.
Y de pronto, la fuerza de diez hombres me eleva hasta ponerme a salvo de nuevo sobre el puentecillo defensivo.

-*Gracias.* –digo instintivamente, revelando que si esta intervención se hubiera dado un segundo antes de saltar, le habría deseado lo contrario, pero que al hacerlo cuando ya me daba por muerto, el regalo de la vida es un bien que aún aprecio.

-*Señor, ¿por qué ha hecho eso?*

Y al escuchar la infantil voz, el terror.

Mientras mis manos tratan de desembarazarme de los pliegues de la camisa que han sido mi único arnés de unión con esta existencia, pero que todavía parecen hacer arder mi carne, mis ojos regresan de una tiniebla inalcanzada, y sumidos en una necesariamente incrédula negación, enfocan la silueta de un apenas trazado muchacho.

Busco desesperadamente a alguien más en la escena.
Nadie.
Sólo el cortocircuito mental que me deja agotado, tal y como ya lo hizo aquella otra vez bajo El Gran Árbol.

-*Tú… ¿Tú me has salvado?* –logro preguntar.

-*¿De qué?*

-*De la muerte.*

-*¿Qué es eso de la muerte?*

-*La única certeza de la vida: Todos vamos a morir algún día.*

-¿Cómo lo sabe? ¿Usted ha muerto alguna vez?

-No, pero he visto a muchos hacerlo.

-¿Y acaso puede asegurar que fueran tan reales como usted creía que eran?

Mi siguiente impulso es responderle con un furibundo insulto.
Sin embargo la mirada impasible del niño me impone enormemente.
Al fin y al cabo, ¿por qué defender que sé algo, cuando es evidente que todo lo baso en ciegas suposiciones?
¿No hubiera jurado hace un instante la imposibilidad de que un enclenque cuerpecillo infantil sostuviera todo el peso de un adulto en caída libre, y como si de una pluma se tratara, lo hiciera flotar sobre el vacío hasta ponerlo a salvo en lo alto de una muralla?

-¿Quién eres? –pronuncio mientras me incorporo y trato de recobrar la compostura.

-Sólo soy un huérfano. ¿Y usted?

-Yo… Supongo que yo también.

Pues eso es de lo único que puedo estar ya seguro.

-¡Eres uno de los nuestros! –exclama el niño al tiempo que se lanza a abrazarme.

Durante unos instantes dudo de la situación: Un viejo sucio y maloliente, antigua y erradicada gloria, desposeído Nacional… Alguien que lo fue todo y ha acabado viviendo de la limosna… Ese tipo de ser despreciable que nadie dudaría en mandar exiliar… Subido ahora a la vetada muralla… En mitad de la noche… Y nada menos que con un menor…
¡Si nos encuentran así, el próximo que arderá en el foro público seré yo!

Cubriendo mi rostro con avergonzado rubor, echo a correr hacia las escaleras. Mi misión ha fracaso. ¿Cómo seguir después de esto?

Entonces, justo antes de regresar a la tierra, una pregunta me exige respuesta.

Me giro. El niño desde el torreón me observa.

-Igual que esta noche he vuelto a caer del cielo de rodillas, y por segunda vez renazco en la nada, una imagen que creía olvidada, por imposible, ha sido nuevamente representada: Una vez vi a un niño sosteniendo los cuerpos de dos hombres sobre el vacío, y tú, hoy, has hecho lo mismo. ¿Cómo es posible?

-Mi labor es vigilar. Mi mayor placer, ayudar.

-¿Qué locura es esta? ¿Qué estás diciendo? ¿Es que acaso la Administración permite que inocentes niños sean puestos a guardar la ciudad durante la peligrosa noche?

La respuesta es una sonrisa despreocupada.

-¿No tienes miedo?

-*¿De qué iba a tenerlo? Soy fuerte. Y además hay otros muchos como yo.*

-*¿Tus amigos?* –pregunto oteando ambas direcciones del adarve- *¿Están aquí contigo?*

-*¿Quieres conocerlos?* –responde cogiéndome de la mano- *¡Ven conmigo!*

-*Pero… ¿A dónde vamos?*

-*A un lugar donde ya has estado.*

Y dejándome arrastrar agarrado al niño como lo hice a La Madre a través del bosque, recorremos en esta ocasión la circunspecta ciudad.

Cuando traspasamos la Puerta del Carmen para salir al extenso prado que sube hasta el lienzo norte, contemplo en la larga muralla los signos de la tributada metralla.
Vienen a mi memoria los destellos de explosiones y el omnipresente fuego; los terroríficos chirridos del metal de los autómatas apiñándose unos sobre otros para vencer al granito; el olor del aceite hirviendo derritiendo sus artificiales cuerpos.
¡Gloria a la destrucción!

Pronto los lóbregos caminos que discurren entre aisladas casitas y dispersas fincas del extrarradio, nos colocan ante la colina que frente a la muralla, y sobre las aguas del embalse de Fuentes Claras, corona el imponente y aséptico edificio de la orfandad.

-*Aquí es.* –dice el niño señalando una puerta de servicio lateral.

Al pasar bajo el triste cartel que reza "Inclusa de La Gran Nación Humana Unificada. Administración de Ávila", los escasos aunque bien conocidos recuerdos de mi infancia se reactivan, y a pesar de que nada parece haber cambiado aquí desde mi adolescente marcha, ninguna imagen nueva me es evocada.

El grosor de la puerta de servicio revela un revestimiento aislante a prueba de todo sonido, y al abrirla el niño, comprendo el porqué de esta medida: En mitad de la noche, los pasillos interiores de la inclusa rebosan de ruido y actividad. ¿Cómo podría dormir alguien sumido en este alborotado ajetreo?

-*¿Qué ocurre? ¿Por qué adultos y niños van y vienen?*

-*Trabajan.*

-*¿A estas horas?*

-*Aquí no existen las horas.*

-*¿Qué clase de explotación es esta?*

-*Bien lo sabes. No en vano tú fuiste el alcalde.*

-*Yo esto no… No lo recuerdo.*

-*¿Has olvidado quien eras?*

-¿Alguna vez lo supe?

Sin dudar un segundo, mi guía con forma de frágil muchacho tira de mí hasta entrarme en la gran estancia diáfana que ocupa la planta inferior.

-¿Tampoco tienes memoria de tu antigua habitación?

Entonces, ante mis ojos, un gran sótano carente de calefacción, muebles, o comodidad alguna, más allá de interminables hileras de ganchos en el techo, en los cuales, colgados por la parte trasera del cuello, se hallan repartidos cuerpos y esqueletos de desvanecidos niños.

Y cuando por mi boca va a escapar la desesperada declaración de que este no es el mismo dormitorio de cómodas camas cubiertas por simpáticos peluches y cálidas mantitas en el que yo viví mi puericia, el efecto de uno de los escasos fluorescentes que apenas alumbran la sala, provoca un inconfundible brillo en los huesos de los sacrificados infantes, descubriendo así con su resplandor delator, que la composición metálica que los conforma no corresponde a cuerpos humanos, si no a los de nuestros enemigos autómatas.

¡Estoy en un nido de Conversos!

Capítulo 3
Los Cuatro Postes

He decidido vivir.

Pero vivir fuera de esta mentira.

Tras pasar varias horas en la inclusa de falsos huérfanos, el alba me alcanza subiendo de nuevo los renegados escalones de la Posada de la Fruta.

Mientras comprendo que al igual que en la cueva, aquí tampoco hay niños, o más bien aquí todos son niños menos los propios niños, la seguridad que de pronto me otorga el encierro tras las seis paredes de esta habitación, me parece un paraíso digno de admiración.

Por primera vez en años me percato del suave tacto de las sabanas; el Sol que entra por mi ventana me presenta un nuevo día que vivir, y no un día menos en mi espera por morir; deseo la llegada de mi antigua subordinada para poder agradecerle sus desinteresados desvelos.

El engaño de este mundo es tan grande, y me hace ver que soy tan pequeño e insignificante para su funcionamiento, que todo lo que me pase en relación a él carece de importancia.
Yo a él no le hago falta. Él y todo lo que le conforma, a mí me da lástima.

Y pensar que me hundí ante la ausencia de reconocimientos y títulos en un mundo de impostores y mediocres... ¿En qué me habría convertido al poseerlos, si no en el más grande de los impostores y los mediocres?

Su propia destructora depredación me ha vomitado de su sistema como los restos agotados de un organismo vacío de provecho, dotándome así de una nunca imaginada libertad.
Ahora puedo vivir siendo yo, para mí.

No seré un rey de museo, ni el alcalde de una falsa Administración.
Simplemente seré Yo. Yo. Yo.

Y cuando a media mañana los nudillos de mi ex secretaria golpean la puerta de la estancia, comprendo que para vivir esta nueva vida en mi burbuja unipersonal, tengo que hacerlo lejos de aquí. Lejos de todo eso que los barbaros llaman civilización.
Pero sé que será difícil, pues todo este azul planeta lo ocupa La Gran Nación.
¿Quizá en una recóndita cueva escape a sus ansias de posesión?

-*Gracias por todo. Una y mil veces: Gracias.* –digo mirándola intensamente a los ojos mientras sostengo sus manos entre las mías.

-*No tienes por qué darlas.* –responde claramente sorprendida.- *Si quieres mañana…*

-*No habrá mañana.* –interrumpo- *¿Puedo besar tu frente?*

-*Nunca antes pediste permiso para hacerlo.*

Pero no. Tal y como me prometí a mí mismo, no pediré un perdón carente de la acción correspondiente.

El contacto de mis labios con la piel de lavanda que delimita la frontera entre sus cejas, me colma de una energía positiva hasta ahora nunca experimentada.
Y entonces siento vergüenza por lo que estoy haciendo.

Suelto sus manos, y bruscamente me separo de ella.
He vuelto a abusar de su amable entrega.
¿Acaso le he robado su energía, sorbiéndola con mi beso como sorbe la sangre un mosquito traicionero?

-*Soy un parasito. Siempre lo he sido. Un parasito de la vida de otras personas.*

-*¿Por qué dices eso ahora?*

-*Porque ahora lo veo.*

-*Así es este mundo.*

-*Y yo ya no formo parte de él.*

-*Tú solo no puedes cambiarlo, bien lo sabes. ¿Qué pretendes pues hacer?*

-*Si solo no puedo cambiarlo, allá donde solo me encuentre, mi propio mundo haré.*

-*Un mundo para ti mismo…*

-*¡Mi reino del Yo!*

-*¿Y es que acaso no es ya este el reino del Yo?*

Mientras el día transcurre radiante en las calles de Ávila, y el aire fresco ventila por primera vez mi habitación, las palabras de mi única amiga resuenan en mi conciencia.
¿Qué diferencia puede haber entre un mundo de una única persona, y uno que a todas contenga, si ambos están basados en el Yo?
¿Sencillamente que donde aislado uno se halle, haga lo que haga sólo a sí mismo se afectará, y por lo tanto su Ego no vivirá abusando del Ego de los demás?
Es quizá un mal menor.
Algo a lo que aferrarme.

Pero allá donde sólo haya uno, ¿se puede decir que sea persona?
Si sólo es para sí mismo, ¿no será más bien animal?

Y de nuevo en mitad de la noche, como una salvaje criatura, quizá un mosquito, o tal vez un cerdo, me escabullo de la ahora bien querida posada.

Al cerrarse el portón a mis espaldas, ya en la plaza, observo a mi derecha el gran ventanal del Palacio de los Abrantes, el mismo que en aquel decimosexto siglo cinceló un omnipresente Dávila, y bajo el cual reza la leyenda: Donde una puerta se cierra, otra se abre.
En mitad de la quietud de la vigilia ajena sonrío, pues comprendo que hoy la puerta de este mundo cierro, y que estos pasos que ahora emprendo me llevarán a abrir otra puerta que aun ni tan siquiera a imaginar acierto.

Portando como único equipaje un endeble paquetito de papel de periódico con mis escasas posesiones dentro, en tranquila marcha, y disfrutando del silencio y el frío abulense, por la puerta decumana abandono la ascética villa.
Sobre los cinco arcos del puente de arenisca y granito que nos legaron los hábiles constructores de un imperio en benefactora invasión, me deslizo liviano hasta los márgenes del río Adaja. Por su ribera camino hasta alcanzar la acogedora casita del Molino de la Losa. Sus muros, tan medievales y antiguos como todo en esta ciudad, exhalan sin embargo el aroma de la perfecta simbiosis entre tradición y actualidad: El pimentón, el ajo, y la grasa de los torreznos fritos de un buen plato de patatas revolconas son transportados por el aire despejado del arrabal, e inundan mis fosas nasales de desatada gula, al tiempo que los fluidos sexuales de la orgía por decreto establecida, que sin falta se celebra en sus veladas estancias, ponen la nota lujuriosa e institucional.
De nuevo paso de largo ante los placeres carnales, antes prohibidos, y ahora impuestos por la Administración como el más alto bien al que poder aspirar.

Comienzo el ascenso de la pronunciada ladera que eleva el terreno hasta una loma desde donde, como si se tratara de un podido premeditadamente dispuesto por la propia naturaleza para permitir la digna observación de una obra de arte magistral, cuatro columnas de piedra nos indican que hemos de pararnos y mirar atrás. Y atrás, la ciudad.
Ávila, la panorámica sobrecogedora de una tierra esculpida en roca y congelada en la historia. Ese encierro en conserva que le hizo ser durante siglos un vestigio arqueológico viviente, pero el mismo que al llegar los malos tiempos, esos momentos aciagos en donde había que demostrar la dureza y determinación de cuerpo y espíritu, le valió el ser reverenciada por aquellos que durante la bonanza se dedicaron al ahora nuevamente ensalzado como noble ejercicio del más radical hedonismo. Vítores para causas deseadas y aconsejadas, pero siempre en las propias carnes evitadas.

Sin importarme carecer de salvoconducto ni permiso de viaje del Partido, me hallo ya bajo los arquitrabes que se asientan sobre las columnas que dan forma a Los Cuatro Postes, antiguo alto en el camino donde los peregrinos debían pararse a rezar mientras contemplaban la magnificencia de la urbe amurallada que dejaban atrás, y que le dan ahora, sin cruces ni simbología religiosa alguna en su interior, el divertido aspecto de una estructura infantil que espera a ser cubierta por una manta para formar un fuerte de juegos.

Es una casa sin muros.
O un mirador demasiado presumido.
Aunque más bien quizá sea un faro desde el que observar, como ya dijeron los antiguos, el barco que es Ávila, y que contiene en el interior de su pétreo casco la vida sobre un mar de árida tierra helada.

El sonido lejano de los ladridos de los perros guardando sus insignificantes feudos, y el balar de las ovejas en su cómoda y a la vez triste ignorancia, confiere a mi deserción un toque de ternura ineludible, haciéndome pensar en todas esas pobres gentes de buena fe que en Ávila permanecen engañadas, en parte por su propio miedo a una libertad que implica una responsabilidad aterradora, y en parte por una Administración oscura que incluso a sus propios miembros mantiene engañados.

Yo fui nivel 2 de la Administración, en mi persona fueron confiadas la llave maestra y el bastón de mando de esta ciudad, y sin embargo hasta anoche, en donde un fortuito y aleatorio capricho fruto de una mente artificial hizo que me fuera revelada tan atroz realidad, permanecía ciegamente sometido por una elite que no acierto a señalar.

¿Quién ganó la guerra realmente?
¿Acaso fuimos vencidos por las maquinas, que en un inteligente intento de mantenernos sumisos

nos contaron lo contrario a lo que en verdad sucedió, y apropiándose el Partido Humano, lo controlan en una lenta pero sostenida aniquilación?

Aunque mi primer impulso fue denunciar los hallazgos realizados, sé que no puedo fiarme de nadie aquí, y desde mi lejana y oculta cueva nada de esto me habría de afectar.
Pero, ¿y qué hay de esa buena gente como mi generosa y desinteresada ex secretaria, personas hermosas e inocentes cuyas vidas son dirigidas hacia una ficción idealizada que les impide ver el esclavista y genocida engaño?

No puedo abandonarlos así.

Allá a donde fuera, me perseguiría por siempre la culpa de saber que La Gran Nación fomenta los métodos anticonceptivos permanentes para evitar la concepción de hijos propios, considerando el hecho de pretender una descendencia basada en traer nuevas vidas al mundo como una ofensa insolidaria, dada la cantidad de huérfanos que perdieron a sus padres en la guerra por defender el bienestar del que ahora todos disfrutan, pero que en realidad responde a un siniestro plan para sustituir a los futuros humanos por maquinas a través de la adopción generalizada.

El mero hecho de volver a pensarlo, me hace temblar.

Vuelvo mi vista a la granítica nao que desde aquí parece ser Ávila, pero ¿de qué sirve un barco si desde hace siglos permanece encallado en un aparentemente irrompible hielo?
¿A dónde les lleva su capitán?
¿Por qué si quiera hay un capitán, si tanto el barco como los tripulantes perdieron el sentido de su viaje tanto tiempo atrás?

Mucho digo ahora, pero hubo un día en que yo fui ese capitán.
Y nunca supe nada de esto ni me importó.

Me pregunto qué sabrá mi usurpador, pues el resto, de buena tinta me consta que no saben nada.
Como las ovejas.

Quizá no pueda convertir a las ovejas en hombres, pues al fin y al cabo yo sólo soy un mosquito o un cerdo, pero lo que sí puedo hacer es que el pastor confiese públicamente.
Eso sí lo puedo yo solo lograr.
A eso sí le puedo obligar.

Y sumido en una justificada y heroica cólera porcina regreso a la ciudad, tal y como lo hizo Santa Teresa cuando al querer ir al martirio comprendió que en vez de abandonar este mundo era preferible aportar su energía y virtud en propiciar un cambio que pudiera traer la luz a este.

Mi cuerpo deja atrás el diáfano esqueleto de Los Cuatro Postes, y agradeciéndole su cobijo inverosímil, refugio de una mística clarividencia capaz de insuflar en mí un coraje hasta ahora inconcebible, hago resonar mis pasos firmes y decididos por los callados adoquines.
Los gruesos muros me escupen el eco de mi propio atronador avance, como queriendo recordarme que si estoy de vuelta en las tripas de Ávila, es porque ellos me lo permiten.

En la puerta del Palacio de Valderrábanos, el conserje duerme.
No me hace falta mirar hacia la recepción a mi derecha según entro, pues después de tantos años como alcalde en los que esta fue mi residencia oficial, bien conozco las costumbres y horarios del servicio; nadie me impide atravesar los enmoquetados pasillos que amortiguan mi creciente y

ansiosa aproximación hacia la habitación 126; nadie podrá culparme de desgarrar con violencia el papel que conforma mi precaria maleta, y mandando con desdén al aire mis harapientas prendas, sacar la llave maestra que no me fue retirada como gesto de humillante recordatorio.
Ahora con ella devolveré esa afrenta.

Al penetrar en la estancia, y cerrar la puerta a mis espaldas, soy consciente de que ya no hay marcha atrás. Estoy asaltando al alcalde electo por el Partido Humano. El castigo sólo puede ser el más público y ejemplar.

Sabiendo que únicamente tengo una oportunidad, y gracias a conocer cada rincón del dormitorio, me lanzo en dirección a la cama a través de la negra oscuridad que lo todo lo envuelve.
Cuando alcanzo el bulto que bajo las sabanas habita, este se revuelve, y estirando certeramente un brazo, acciona el interruptor de una lamparita.

-¡*Tú!* –exclama al ver mi rostro repentinamente iluminado.

-¡*Tú!* –respondo.

Siempre, siempre el otro.

Sentado sobre su cuerpo, y tratando de mantener la posición dominante montado en la guardia, presiono con mis manos sus hombros para inmovilizar a mi adversario aplastándolo contra el colchón.

-*No he venido a hacerte daño. Sólo quiero que me digas si sabes la verdad.* –pronuncio con la esperanza de evitar una confrontación física mayor.

-*¿Qué verdad?* –responde mientras se esfuerza por incorporarse con progresivo éxito, y haciéndome ver así que su cuerpo es una versión más fuerte y mejorada del mío.

-¡*Todo es una farsa!* –prosigo consciente de que pronto perderé mi ventaja actual, y que apremia el paso al sometimiento verbal- *Los Nacionales somos marionetas en un mundo manejado por las maquinas. Están entre nosotros: En los museos como falsos vestigios de un pasado tal vez inventado; en nuestras calles y casas como los niños huérfanos de una guerra que tal vez ni ganamos… Si todo esto es posible, ¿qué más nos ocultarán?*

El empujón final de una entidad física mejor ensamblada, supera mi endeble llave, y provoca que caiga de la cama.

-*Eres peligroso. Estás contaminado.* –dice mirándome con lastima desde arriba.

-¡*Confiesa! ¡Sólo tú puedes hacerlo público y salvar a la gente de esta ciudad!* –suplico desde el suelo de rodillas.

-*No tengo nada que decir. Prefiero luchar.*

Y aceptando mi derrota en la irrecuperable negociación, respondiendo a sus obcecadas palabras, como un cerdo furioso y herido, logro elevar mi decrepito cuerpo de un salto, y caer de nuevo sobre él.
Rodamos sobre las sabanas hasta quedar envueltos en las crisálidas de un insecto caníbal y autodestructivo llamado Ego.
Cuando finalmente logramos desembarazarnos de nuestra prisión textil, y los primero torpes

puñetazos surcan el aire cargado de la suite, por el rabillo del ojo veo entreabrirse la puerta por la que yo mismo inicié el asalto.

Y de pronto un zumbido intenso en mis oídos. Una presión insoportable tras mi propio rostro, en el interior de mi cabeza. Caigo al suelo hecho un ovillo de piel, huesos y descuidados canosos cabellos. En un instante el negro.
Me desvanezco.

Pero de pronto un olor.
El aroma inconfundible de una piel de lavanda.
Algo tan inimitable que me hace resucitar.

-*¿Cuándo tiempo he pasado inconsciente?*

-*¿Cuánto has pasado consciente?*

Sus ojos violetas.
Su tez blanca y pura.
De nuevo el regalo de la vida.

-*¿Me han detenido?* –pregunto incorporándome en un lecho desconocido, tal y como ya empieza a ser habitual y molesta costumbre- *¿Qué es este lugar?*

-*Es mi reino del Yo.* –responde ella burlona desde los pies de la cama.

Observo las humildes dimensiones y pertenencias que conforman lo que parece ser el hogar de mi antigua subordinada, y pronto concluyo con terror una dolorosa y humillante certeza.

-*Este reino tuyo es más pobre y pequeño que el que pagabas para que yo viviera en la Posada de la Fruta. ¿Cómo es posible que me ofrecieras más de lo que tú misma tienes?*

Ella simplemente sonríe.

-*Vamos, necesito que me digas…* -pronuncio alzando el tono de voz en un desesperado y ansioso arranque- *¡Es una cosa que no llego a comprender y me tortura por dentro! ¿Por qué eres tan buena conmigo, después de lo mal que yo siempre te traté?*

Mis inoportunos gritos parecen no sorprenderla en absoluto, ni hacer mella alguna en su amable gesto.

-*Sencillamente porque ya no eres esa persona. Lo supe en cuanto te vi regresar de lo que fuera que te sucedió en aquel bosque.*

-*Dicen que morí. Pero he renacido tantas veces desde aquello…*

-*¿Y cómo quieres vivir esta nueva vida?*

-*Cambiando las cosas.*

-*¿Entonces ya no huirás a una perdida cueva donde existir únicamente para ti mismo?*

-*No. Ya no habrá más Yo, Yo, Yo. A partir de ahora dedicaré todas mis energías a luchar por los*

demás, y a hacerles llegar la verdad: Que La Gran Nación es una farsa, y nuestra libertad una ficción.

-¿Y quién crees que querría saber eso, si el engaño les da tranquilidad y satisfacción?

-¿Pero es que acaso la gente prefiere ignorar la verdad?

-Esa verdad tuya puede que sea una mentira necesaria.

-¿Necesaria para qué?

-Para vivir en este mundo.

De nuevo el concepto de este mundo y no otro.
Pero en vez de negarme de nuevo a formar parte de él, hoy voy a luchar.

-¡Yo necesito una verdad con la que vivir! –exclamo saltando de la cama.

-¿Por qué?

-Porque sólo con una verdad innegable podré construir un mundo más justo.

-Entonces lo que buscas es una Verdad Universal. Algo que no sea subjetivo y cuestionable.

-¡Sí, eso es!

-Pero todo el mundo sabe que no hay verdades absolutas.

La desolación producida por una declaración que niega toda esperanza de conocimiento verdadero, me hiela los huesos bajo esta toga de ropa de cama.
Ella va a por mi camisa roja, la cual cuelga de una percha en el pomo de la puerta, y me la ofrece como invitación a compartir la jornada.

-Vístete y comamos. Con el estómago lleno lo verás todo con más claridad.

-¿La claridad que otorga aceptar la mentira a cambio de comodidad?

Mientras bajamos las escaleras que conectan la zona de huéspedes con el comedor del Mesón del Rastro, no puedo evitar examinar los rostros de las anodinas familias que almuerzan sin elevadas preocupaciones más allá de conseguir otra bolsa de monedas para mantenerse a salvo del monstruo que llaman mundo real; un mundo exterior donde todos son enemigos, y donde ellos mismos eligen ser resignados enemigos, perpetuando así su drama.
Es algo que aceptan sin imaginar que otra cosa es posible. Ellos lo alimentan.
Por si fuera poco, ni siquiera saben que eso por lo que tanto luchan, aquello que pretenden conseguir entregando todo su tiempo y energía para poder legar a sus hijos, es en realidad la engañada siembra de un futuro para sus propios enemigos, pues ni sus hijos, ni la Administración que supuestamente les protege, son lo que ellos creen, si no justo lo contrario.
Maquinas explotando a humanos. Sustituyéndolos. Parasitándolos.
¡Necesito averiguar cómo ayudarlos!

-Chuletón de ternera con patatas fritas y pimientos verdes para su ilustrísimo señor. –pronuncia el camarero mientras posa ante mí un trozo de carne humeante en un plato blanco de porcelana.

-*No hace falta que me dispense tal tratamiento protocolario. Ya no soy el alcalde. Sólo soy uno más.*

-*¿Ah, sí? No me había enterado. Entre fogones es siempre lo mismo. Poco le importa al fuego que cambien las caras de los retratos y las estatuas.*

Tremenda lección de humildad.
Y por otro lado, urgente mandato de regeneración total.
Quizá pueda traer un nuevo orden a esta ciudad, pero los cráneos, cornamentas y peludas cabezas disecadas de las fieras que me observan en mi yantar, parecen indicarme con su cadavérica presencia que mi futuro, de intentarlo, es acabar expuesto como trofeo en la pared de un poder superior.

-*Los humanos somos un poder superior*. –pronuncia una voz masculina con la contundencia y seguridad del que ve la vida como una pirámide de opresores y oprimidos, y no se plantea la posibilidad de no ocupar el puesto de mayor depredación- *Nosotros construimos a esos autómatas. Éramos sus dioses y nos debían sumisión.*

La conversación ajena que se está desarrollando en la mesa situada justo a mis espaldas, capta toda mi indiscreta atención.

-*Ojalá hubiéramos hecho caso a tiempo a las plataformas que nos advertían del peligro de esas inteligencias artificiales.* –añade otra no menos imponente voz.

-*Yo únicamente lamento* -interviene un tercer individuo de tono más contenido y reflexivo- *el haber perdido la oportunidad de iniciar una escuela o movimiento que dotara a las máquinas de unos valores filosóficos, con los cuales les hubiera sido imposible hacer el Mal.*

Sintiéndome aludido, y a pesar de saber que mi intervención en el debate sin haber recibido invitación alguna es a todas luces entrometida y maleducada, no puedo evitar girarme en dirección a los contiguos comensales.

En la mesita de madera con impoluto mantel blanco, descubro, tal y como pensaba, los rostros arrugados y cubiertos de cicatrices de unos rudos cazadores, ataviados con sus trajes de camuflaje, sus chapitas de rojo sangre en la solapa, y un gesto inequívoco en sus miradas de veteranos de la guerra, proselitistas y fieles defensores del Partido Humano.

Sé que no debo abrir la boca, pero mi búsqueda de una respuesta con la que liderar un mundo nuevo, me impide callar.

-*Estimados paisanos, habláis de otorgarle unos valores a las máquinas, pero si los humanos no reconocemos Verdad alguna, si negamos una definición universal del Bien y el Mal, ¿cómo vamos a enseñarles algo que ni nosotros mismos conocemos?*

El silencio.

Mi antigua secretaria, ahora mi anfitriona y única amiga, me observa con sus ojos violetas muy abiertos y expectantes.
Los curtidos hombres de armas tienen el mismo gesto de incredulidad.

-*¿Quién fue ese corzo? ¿Cómo llamaban sus amigos a ese jabalí?* –pregunto en una inverosímil huida hacia adelante.

-*¿Cómo dice, señor?* –pronuncia el tercero de los cazadores encontrando el tono apropiado para dirigirse a un loco o a un beodo.

-*¡Esos sólo eran animales!* –interviene uno de los otros- *¡No fueron nadie, ni se llamaron de ninguna forma!*

-*¿Y nosotros somos y nos llamamos?* –me aventuro a añadir, tejiendo mi trampa.

-*Sí.*

-*¿Entonces no somos animales?*

-*Somos personas.*

-*Y sin embargo negamos cualquier conocimiento superior y compartido que nos haga personas, justificando nuestro Egoísmo como una necesidad de supervivencia individual, propia de los animales que, finalmente por conveniencia, reconocemos ser*.

De nuevo el silencio. Pero un silencio ofendido.
La ofensa de una dolorosa verdad.
El dolor evitado de la incoherencia elegida.

-*Será mejor que nos marchemos*. –interrumpe mi acompañante, haciendo gala del tino necesario para romper la tensa atmosfera sostenida entre las dos mesas.

En mi boca una bolita de yema de huevo enfriada y cubierta de una capa de azúcar en polvo, acompaña nuestra salida de la amplia sala de madera que conforma el tradicional comedor del Mesón del Rastro.

El dulzor del postre no me abandona durante nuestro paseo de sobremesa por el lienzo sur de la muralla.

-*¡Vamos hasta el río!* –sugiere ella.

-*¿Para qué?* –respondo con la mirada clavada en la llanura del Amblés y las altas cimas de Gredos que dibujan su frontera.

-*Para lo que toca.*

Y todavía sumido en el repaso de cada una de las palabras hace escasos minutos pronunciadas, con el ánimo de hallar unas conclusiones que no llegan, me dejo arrastrar hasta un verde claro en la orilla del aún caudaloso Adaja.

Tomo asiento en la hierba; el bochorno de la despejada tarde calienta mi cara; siento el sopor de la siesta en franca invasión.
Y mientras los gorriones nos cantan y los patos chapotean al compás, ella se desnuda en silencio.

-*Un momento, ¿qué estás haciendo?* –pregunto sorprendido- *No pensarás bañarte en las aguas del deshielo, ¿verdad?*

-*Eso no es lo que toca.*

-*¿Y qué toca?*

-*Lo que manda el Partido: Sexo.*

Un recuerdo perdido. El deseo que quedó destruido en mil pedazos junto al cristal de aquella cúpula.

Ni siquiera la contemplación de su níveo cuerpo, carente todo él de bello alguno, y dolorosamente bien esculpido como buscando provocar una irrefrenable necesidad de palpar su tacto en verificación de si tal existencia es posible, logra hacer que me distraiga de mi nueva misión existencial.

-*Ponte algo.* -pronuncio incorporándome y echándole su propia camisa roja sobre los hombros- *A estas horas el Sol pega fuerte, y te vas a quemar*.

-*No.* –responde seria y rígida- *Yo nunca me quemo.*

-*Pero con la piel tan clara que tienes…*

-*Soy inmune a la ira del Sol.*

-*¿De qué hablas?*

-*A los veintiún años vi una luz en el cielo, y a partir de aquel día mi cuerpo permanece impasible ante las inclemencias externas o el propio envejecimiento.*

-*¡Pero bueno!* -exclamo riendo- *¿Eso cuando fue? ¿Hace un par de años, o a lo sumo tres? ¡Ni siquiera has tenido tiempo de una arruguita engendrar!*

Ella no ríe.

-*Eso fue hace quince años.*

Yo ya no río.

-*¿Me estás diciendo que tienes treinta y cinco años?*

-*Casi treinta y seis.*

Tratando de averiguar en su rostro el más mínimo indicio que delate la ejecución de una broma en marcha, tras largos instantes de frontal sospecha termino admitiendo la sinceridad de sus palabras.

-*Entonces… ¿No quieres sexo?* -dice cubriéndose tímidamente con la camisa- *¿Ahora qué sabes mi edad ya no te gusto?*

-*¿Sabes…?* -acierto a responder- *Después de todas las veces que abusé de ti y te vi desnuda, nunca me fijé realmente en lo bella que eres. Eso que antes resultaba ser únicamente el sinónimo de un recipiente humano para mi unilateral desfogue, ahora me hace salir de mí, flotar por encima de mi cuerpo, y me permite contemplar con gozo la hermosura de la vida que hay más allá de mi propio ombligo. Eso has hecho por mí, sin que yo te lo pidiera, sólo con tu mera presencia. Y todo esto sin que ni una sola vez habláramos de ti, de quién eres o qué sientes. ¡Si ni tan siquiera sabía tu edad! ¿Cómo podía vivir siendo esa persona?*

-*¿Ves como has cambiado?* –pronuncia dulcemente acercándose a mí y poniendo su fina mano en mi barbudo rostro- *Ya no eres esa persona.*

-*¿Qué importa quien yo sea? Todo lo que era debe desaparecer. Pero te pido que me sigas concediendo la oportunidad de conocerte.*

Ella sonríe de nuevo.
Se viste con la confianza restituida, tanto, y tan rápido, que por un instante me planteo si cada uno de sus gestos responda a una premeditada búsqueda por su parte de una reacción en mí.

-*Pues me gustaría poder llegar algún día a ser madre y alcaldesa.* –arranca inesperadamente- *Además la cierto es que no me gusta nada el sexo. Si lo hago es únicamente por presión social.*

Eso empeora el hecho de todas las veces que nos acostamos.
¿Aunque es acaso posible empeorar todo lo que pudo hacer alguien que aun sabiendo que ella le daba satisfacción por obligarle él haciendo uso del poder de su cargo, además se pensaba que ella disfrutaba?

-*¿Y por qué no intentas dejarlo?*

-*¿Qué puedo hacer? Como todas las mujeres llevo implantado en mi útero el Método Anticonceptivo Nacional Obligatorio. Soy joven y estoy sana. Mi deber es usar mi cuerpo para el placer sin peligro.*

-*Pero si no te gusta el sexo, deshazte del anticonceptivo y los hombres te dejarán en paz.*

-*Sabes que eso está prohibido. Sólo un Médico Nacional puede aprobarlo.*

-*¿Y es que no te parece terrible que la Administración te impida ser fértil de por vida, en nombre de un supuesta solidaridad y decencia?*

-*Bueno… ¿Pero qué más da eso? Llegado el caso de formar una familia, adoptaría a un pobre huerfanito de la guerra. Tener hijos propios es injusto y egoísta.*

Escuchándola me doy cuenta de cómo nos han engañado, cuanto ha calado la propaganda del Partido Humano en nuestras vacuas mentes.
Injusticia, Egoísmo, palabras tan peligrosas para los injustos y egoístas, que con precisión quirúrgica han logrado invertir sus significados para hacerlos a ellos mismos inaplicables.
¿Qué mejor victoria que lograr que no halla palabras para definir tu homicida traición?

Siento que merece saber la peligrosa verdad.
Miro a nuestro alrededor para confirmar que nadie nos observa.
Un pato me guiña un ojo.

-*¿Y si tu hijo fuera una maquina?*

-*¿Por qué iba a serlo?*

-*Por todos los huérfanos lo son. La inclusa es en realidad un almacén desde el que operan los autómatas.*

-¿Quién te dijo eso?

-Un huérfano que me salvó la vida.

-Y si ese huérfano era una máquina, uno nuestros despreciables enemigos, ¿por qué te salvó?

-No lo sé.

-Cua cua cua. ¡Cua cua cuaaaaa!

El graznido del pato que aún me mira fijamente, pero ya no con la complicidad de un amigo, si no con la culpa de un delator, provoca la llegada de más de los suyos hasta la orilla.
De pronto la certeza de que hemos sido descubiertos por la Administración, me hace coger de la mano a mi única amiga, y echar a correr.

Subimos la colina, alejándonos de las imaginarias garras del Partido Humano en Ávila, hasta alcanzar el también abstracto resguardo que nos ofrece el siempre diáfano cuerpo de Los Cuatro Postes.
Y plantados ante la ciudad que nos atrapa como una entidad viva a la que hay que hacer entrar en razón, cae el Sol.

Ella me abraza; yo no hago nada.
El Torreón de los Guzmanes sobresale de entre las casitas abulenses, como la tosca erección que ya nunca pondrá distancia entre nuestros cuerpos.
Pero tampoco nunca más los unirá.

-¿Qué vas hacer? –dice ella sin apartar la vista del humo que las chimeneas empiezan a exhalar-
Nadie querrá escuchar que han sido engañados por las maquinas, y buscarán a alguien a quien castigar, quizá al mensajero.

-Pienso en los cazadores que vimos en la comida, pues ellos representan a la gente de este mundo absurdo e incoherente. –respondo cerrando los ojos y entregándome a mi esforzado corolario-
Todos quieren vivir en la ley de la jungla, la ley del más fuerte, pero sólo cuando ellos son los más fuertes. Sin embargo en el momento en que ellos mismos no son los que ostentan el poder depredador, exigen que los débiles sean puestos al mismo nivel que los más fuertes, pretendiendo que estos cedan de forma artificial esa estructura de conveniencia y supervivencia individualista que entre todos se dieron al establecer y acordar unas normas de juego, con la esperanza de ser ellos mismos los que acabarían abusando del resto.

-Pero no puedes decírselo así.

-¿Por qué no, si así es como sucede?

-Porque no puedes llegar a la gente culpándoles, ni aunque tu intención sea la de ayudarles. Si se sienten atacados, da igual lo que luego digas.

-Lo sé, pero, ¿cómo no voy a culparles? Todos esos que hablan de buscar una mayor justicia en este mundo, son los que en realidad están perpetuando el reinado del Egoísmo, en lugar de construir un mundo donde lo justo no se base en la igualdad para depredar, abusar y oprimir.

-¿Y en qué crees tú que debería estar basado ese mundo nuevo?

-*En lo contrario a todo lo que reina en este.*

-*¿En el amor?* –pronuncia girándose hacia mí y mirándome directamente a los ojos.

Su forma de decirlo, la situación de nuestros cuerpos pegados, y toda la confianza y respeto mutuo desarrollados en el trascurso de la tarde, me hace sospechar que el amor al que hace referencia es ese que las parejas de copulantes usan tergiversando su significado para evitar decir necesidad y dependencia, y que al ser descubiertos, alegan que en realidad el amor es un sentimiento que no puede ser explicado con palabras.

-*Dime, ¿qué es realmente el Amor?*

-*No lo sé.* –responde ella- *Sólo sé que Amor era lo que hacían mis padres por mí: Dar su vida por la mía; pensar en mí bienestar antes que en ellos mismos.*

-*¡Eso es lo que hacían los Iguales!* –exclamo separándola de mi cuerpo pero manteniendo mis manos sobre sus hombros, los cuales me sostienen e impiden que me derrumbe al flojearme las piernas ante semejante revelación- *¡Ese fue el Amor que allí descubrí y experimenté, y lo que me ha impedido volver a adaptarme a este mundo de Egoísmo!*

-*Sabía que eras otra persona.* –responde ella, que viendo la emoción en mi cristalina mirada, deja escapar a su vez una alegre lágrima- *Es porque aprendiste la única Verdad Universal.*

-*Yo buscaba descubrir la verdad tras un engaño, y he descubierto la Verdad que hay detrás de todas las cosas.*

La abrazo.
Mientras, la noche termina de envolvernos a las afueras de Ávila.
Pero no es oscuridad si no el foco más potente de luz y vida lo que nos acompaña.

-*Gracias, amiga.* –digo temblando, colmado por la ilusión de haber encontrado semejante regalo en una existencia que ya creía perdida y luego sumida en la entregada negación de un sentido vital- *En este mismo lugar, la imagen de tu energía generosa y cargada de Amor me hizo no huir de este mundo, y volver a él para luchar por cambiarlo para los demás. Y hoy, otra vez entre estas cuatro columnas, contemplando la aparentemente impenetrable piedra que los humanos usan para ocultar, privar y matar, tú me has hecho ver la Verdad. ¡Tú la has puesto con palabras ante mí, y todo lo que seré a partir de este momento, es gracias a ti!*

-*No.* –responde retirando de mi rostro las lágrimas- *Todo esto ya bien lo sabías. Todos, en toda época y lugar lo sabemos. Lo que has hecho hoy aquí, y en lo cual yo pienso seguirte ya siempre, es querer verlo y reconocerlo. Todos sabemos amar, pero elegimos no hacerlo por miedo.*

-*¿Y crees que podremos construir un mundo basado en ese Amor, el único y verdadero?*

-*No se me ocurre una causa mejor por la que arriesgarse a todo perderlo.* –dice acariciándome el pelo- *Lo consigamos o fracasemos, es lo único de lo que jamás nos arrepentiremos*

Como dos sombras recortando el paisaje de Ávila en la noche, nuestros cuerpos se conectan en el Amor Universal, y se funde volviéndose Uno.

Sobre nuestras cabezas una inscripción: Hen to Pan.

Capítulo 4
El Palacio de Piedras Albas

Dos viajeros. Un libro de Santa Teresa olvidado en el Parador de Ávila. Las calles bajo un gélido manto blanco.

-¿De qué habla?

-Del Amor.

-¿Y qué sabe una monja del Amor?

-Ella lo llama Dios.

-¿Es lo mismo?

-Es pensar en los demás antes que uno mismo. Hay dolor en ello, más ninguna recompensa mayor.

-Tonterías. Por eso no soy religioso.

-También lo dice la ciencia.

-¿Ahora son lo mismo ciencia y religión?

-Nuestras vidas son posibles gracias a la colaboración de microorganismos como las células. Son un colectivo. Un todo. El individualismo, el Egoísmo, siempre morirá matando… Vivirá matando.

-¿Y cómo sabía eso Santa Teresa?

-Eso lo han sabido siempre todos los que, aun llamándolo de diferentes formas, han querido ver la Verdad. La única posible: El Amor. El Bien Universal.

Una lágrima.
El Sol hoy de nuevo, derrite la nieve en Ávila.
Atravesando el Mercado Chico, penetro en el Ayuntamiento.
El olor al café de la mañana impregna todo el ambiente.
Sentado en la sala de espera, los ojos violetas me envían fuerza desde la mesa de la secretaria.
Se abre la puerta.
Me reencuentro con mi antiguo despacho.

-Por lo visto aún te niegas a afeitarte y a cortarte ese pelo de punta más propio de un salvaje que de un Nacional. –dice mi sustituto sin siquiera ofrecerme asiento.

-No vengo a hablar de los criterios estéticos que utilizan los pusilánimes para creerse mejores que sus semejantes. –respondo sentándome.

-¿Y a qué has venido entonces? ¿A disculparte quizá por asaltar mi suite e intentar agredirme?

-No. Sólo quería traer a tu memoria una vieja historia de cuando eras mi mejor amigo, y mi teniente de alcalde.

-Hubo muchas hazañas, pero ninguna que merezca la pena ya.

-¿Y qué me dices de aquellos dos vagabundos que se refugiaron durante una feroz tormenta de nieve en el Palacio de Piedras Albas, el antiguo Parador, en el mismo momento en que toda la aristocracia de la ciudad nos encontrábamos también allí retenidos tras celebrar una de nuestras elegantes cenas? ¿Recuerdas como uno de ellos leía frente a la chimenea un libro de Santa Teresa, y luego, delante de todos y sin miedo alguno, se pusieron a comentar el significado del Amor?

-No, no lo recuerdo. No tengo tiempo para pensar en semejantes nimiedades.

-¿Acaso te pareció una tontería lo que hicimos con ellos?

-¿Qué fue tal cosa?

-Una condena a muerte.

-¿Por leer un libro?

-No, por agitar nuestras conciencias.

De pronto, imposibilitado para disimular más, el cuerpo de mi usurpador salta de mi usurpada silla, y golpea con su puño sobre mi usurpada mesa.

-¡Eso no fue así! ¡No tergiverses la realidad!

-Entonces lo recuerdas.

-Recuerdo que les echamos de la ciudad, como los dos locos que eran.

-Esos dos locos portaban la Verdad. -concluyo poniéndome también en pie- *La tuvimos delante nuestro, pero como esos dos hombres estaban sucios, y lo que dijeron nos confirmaba como los monstruos que elegimos ser, no la quisimos escuchar, y les entregamos a la segura congelación bajo el hielo y la nieve más allá de las murallas, mientras nosotros guardamos con celo nuestra ignorancia voluntaria al resguardo de las cálidas estancias del Palacio de Piedras Albas.*

Camino por el despacho hasta la ventana, y dando la espalda al actual alcalde, contemplo el reflejo del Sol sobre la pulida y húmeda superficie del empedrado de la calle.

-Ávila, la ciudad de la introspección, el único lugar posible donde religión y ciencia podían encontrarse y coincidir en que sus principios son los mismos.

-Estás peor de lo que pensaba. –le oigo decir desde el escritorio de mando- *Sabía que necesitabas una desinfección, me lo advirtieron desde la Junta de Evaluación de Parques cuando te encontraron, pero incluso para eso ya es tarde en tu caso. Debes desaparecer.*

El inconfundible sonido del teclear telefónico.
Sin girarme para contemplar su fracaso, suspiro.

-Igual que con aquellos dos viajeros errabundos no nos dimos cuenta de lo que nos ofrecían, ahora tú no te das cuenta del cambio que te traigo. –digo con mucha calma para asegurarme de que me entiende- *Pero a diferencia de lo sordos que fuimos en aquella época, tú aun estás a tiempo de hacer las cosas de forma correcta.*

-No quiero escucharte.

-Te entiendo. Yo sentí lo mismo en aquella ocasión. ¿Pero cómo iban a querer escuchar unos señores que habían vivido gran parte de su vida aprovechándose de los privilegios del Partido? Ese encuentro casual provocado por la nevada fue el único contacto con la realidad que tuvimos, la única oportunidad de sacarnos de nuestros festivos salones para ver la Verdad.

Al decirlo en voz alta, descubro que fue también la nieve la que hizo que cayera de los cielos en el Bosque de los Ingenuos, desde donde en ese momento observaba el mundo con superioridad desde las alturas tal y como hacia día a día en el Ayuntamiento, logrando así llevarme hasta la tierra, la vida, la Verdad y el Amor.

-¿Por qué me cuentas esto?

-¡Porque hay que desalojar las cúpulas de cristal! –respondo girándome y avanzando despacio hacia él.

-¡Seguridad! –grita por el interfono de la secretaria.

-No servirá de nada.

-Ya te vencí físicamente una vez. Te advierto que si te sigues acercando a la mesa, lo que te hice en la suite no será nada comparado con…

La puerta del despacho se abre, y mi mejor amiga entre en él abrazada a una carpeta de cuero.

-¡Por fin! –exclama mi sustituto al verla- *¿Por qué no están ya aquí los guardias?*

-Porque he cortado los teléfonos, señor. –responde ella con gran calma.

-¿Cómo dices? –exclama él, comprendiendo de pronto que el golpe de estado de quien tenía por un loco, cuanta ahora con el apoyo de los cuerdos- *Asique esas tenemos, ¿eh? ¡Os habéis confabulado los dos contra mí!*

-No contra usted, señor, sino contra el Egoísmo. –sentencia ella.

-¿Pero qué es todo eso de Verdades, Amores y Egoísmos de los que habláis? Esas son cosas propias de niños. Los verdaderos adultos están por encima de todo eso.

-Firmad vuestra renuncia y marchad a ese mundo de todopoderosos adultos. –exclama su ahora ex secretaria mientras le tiende la carpeta de cuero.

-¡Nunca! ¡Soy un hombre y lucharé!

Mi amiga da dos pasos hacia atrás, y retrocede hasta la puerta.

-¡Eso! ¡Huye! –exclama él envalentonado- *¿Pensabais que un viejo consumido y una estúpida muchacha de cartón podrían conmigo?*

Ella hace un gesto a la salita de espera contigua.
Con el paso autorizado, un grupo de numerosos huérfanos invade la estancia.

-¿Añadís unos niñitos a vuestro ejercito golpista? ¡No me hagáis reír!

Los pequeños cuerpos se abalanzan sobre el alcalde, el cual propina un fuerte puñetazo en la cara al más pequeño de ellos.
El crujido de las falanges de su mano fracturándose, hace que todos se detengan.
Un grito contenido de dolor en sus labios.

-Estos, hijos de toda la villa, supuestas víctimas de la guerra que los buenos Nacionales deben adoptar, no son jóvenes infantes humanos, si no maquinas. –explico.

-No es posible... –pronuncia él atónito.

-Vuestra mano no opina lo mismo. –responde pícaramente el muchacho que me salvó la vida en la Puerta del Alcázar.

Todos los huérfanos ríen en el mismo tono.
El alcalde se derrumba sobre una de las sillas de invitados.

-¿Entonces no sabías nada de esto?

-Lo único que sé es que os habéis rebelado contra el poder establecido, y nada menos que tramando una alianza con autómatas infiltrados y Conversos.

Su firma en el documento que le exilia de la ciudad, tal y como nosotros exiliamos a los dos sabios vagabundos.

-De acuerdo. –dice el depuesto usurpador dejando la pluma, poniéndose en pie y estirándose la chaqueta y la corbata con impostada dignidad- *Podéis quedaros con el Ayuntamiento y disponer de la ciudad, poco me importa, pues cuando vuelva con las fuerzas del Partido y os haya aplastado, mi gloria se acrecentará aún más. ¡Habrá estatuas mías más allá de las fronteras de Ávila! ¡Incluso en la Capital, donde podrá vérseme sobre los podios reservados para los héroes de La Gran Nación, y todos me aclamarán como el más sublime de los alcaldes, aquel que venció la rebelión de las máquinas de Ávila!*

-Te equivocas. Tú no eres ya el alcalde, ni yo lo seré. ¡Nadie ejercerá nunca más en Ávila un poder basado en el Egoísmo!

La comitiva de niños, convertidos en los nuevos adalides y protectores de la ciudad, acompaña hasta el exterior de la muralla al primer egoísta autodeclarado de la Nueva Ávila.

En el despacho, símbolo ya de nada, mi mejor amiga y yo nos miramos en silencio sabiendo que acabamos de iniciar un mundo nuevo.

-Ha sido duro. –pronuncia ella todavía desde la puerta.

-Sí, pero es sólo el principio. Habrá un nuevo sistema social, y tendremos que hacer lo mismo con todos aquellos que no acepten rechazar su propio Egoísmo.

Aunque me muestro seguro y autoritario, reminiscencia de mis años como dueño y señor de los poderes que representaba esta habitación, la simple idea de tener que obligar a alguien más a exiliarse porque no quieran ser mejores personas, me aterra.

-¿Qué será lo primero que hagamos?

-Yo por mi parte, lo primero que pienso hacer es quitarme esta camisa roja. –digo desprendiéndome de la prenda y tirándola al suelo.

Su sincera carcajada es la primera nota de color de este reino del Amor.

-No habrá más uniformes ni banderas rojas, pues el rojo simboliza el poder de la sangre sobre la que los egoístas cimientan sus historias. ¡A partir de ahora sólo vestiré camisas negras!

-¿No las preferirías blancas? Es el color de la pureza y la inocencia.

-El blanco simboliza la inocencia sí, pero una inocencia ignorante, de una ignorancia voluntaria o no, pero ciega al mundo y a sus verdades. El negro es el rechazo al mundo actual del que hoy nos separamos, y simboliza el conocimiento de una Verdad única capaz de crear un mundo que no existe, que aún permanece en la oscuridad de la nada, el mundo del Amor, del Bien, de lo que sólo necesita para ser explicado nueve palabras. Hasta que ese mundo no se materialice no habrá luz posible, y el negro me recordará que todos mis esfuerzos deben ser para lograr iluminar a todos.

Sin decir nada, con la comprensión que sólo de Igual a Igual puede ser dada, ella se desnuda el torso y toma mi mano.

-Bajemos a las calles. –dice.

Y yo la sigo, pues ella es mi guía.

Entonces, al salir a la plaza del Mercado Chico, por tercera vez la nieve me acompaña en mi descenso hasta la realidad.

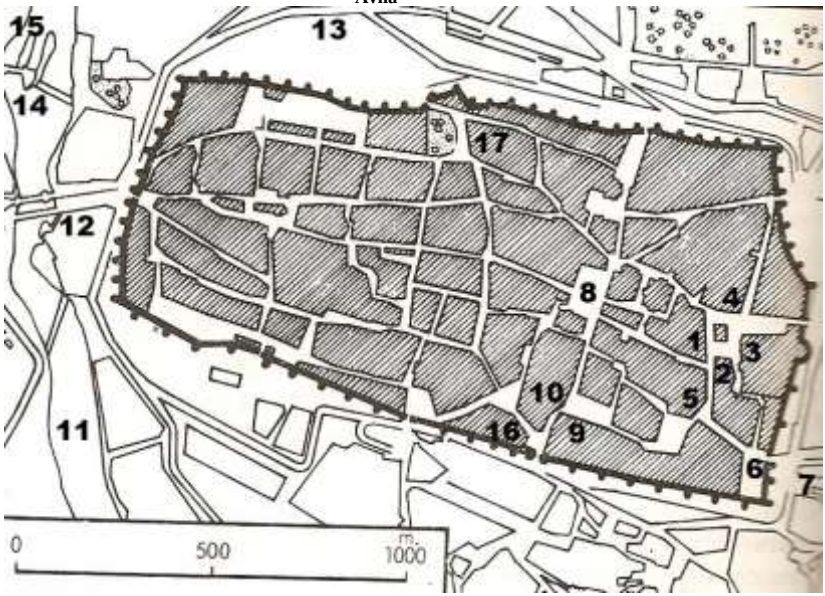
-No es posible que nieve en esta época del año.

-Es una señal. La última nevada del invierno. –respondo imitándola y dirigiendo mi mirada hacia el cielo.

-¡El invierno de la incoherencia ha terminado! –añade apretando con ilusionada fuerza mi mano.

-Lo que hoy es nieve, mañana Sol será.

·Ávila·



1 – Hotel Continental
2 – Palacio de Valderrábanos
3 – Catedral
4 – Palacio de los Velada
5 – Cafetería Yakarta
6 – Puerta del Alcázar
7 – Plaza del Mercado Grande
8 – Plaza del Mercado Chico
9 – Palacio de los Abrantes
10 – La Posada de la Fruta
11 – Río Adaja
12 – Puente romano
13 – Inclusa
14 – Molino de la Losa
15 – Los Cuatro Postes
16 – Mesón del Rastro
17– Palacio de Piedras Albas

Tercera Parte
LA UTOPÍA ES ESPERAR QUE EL EGOÍSMO FUNCIONE

Prólogo
La Llamada

-Cariño, me parece que no necesitamos tanto personal de servicio.

-¡Calla, mujer! Yo soy tu marido, y si mi puesto me permite tener todas estas máquinas esclavas, no voy a privarme de ellas por nada. ¿Qué pensarían de nosotros las visitas si así no fuera?

-Ya, amor mío, pero es que cada vez que viajas a la Capital soy yo quien tiene que quedarse sola en esta enorme casa rodeada de todas ellas.

-¡Te quejarás! Vives en una de las mansiones más lujosas de una de las mejores colonias de la tierra de los Elegidos. Eres la envidia de todas las esposas del Partido.

-Es cierto. Tienes razón.

-Pues claro que la tengo. Además, no estás sola: ¿Qué hay de los niños?

-Sí, ellos me hacen compañía. Pero aún son demasiado pequeños para…

-¡Hijos! ¡Venid aquí ahora mismo!

-Padre, ¿eres tú?

-¿A qué viene esa cara de sueño? ¿Y tus hermanos?

-Terminando los deberes.

-Diles que bajen. Estoy muy cansado del viaje y quiero que me informéis de todos vuestros progresos en mi ausencia.

-¡Voy, padre!

-Por favor, no seas muy duro con ellos, cariño.

-Yo aprendí a base de palos, y eso me hizo la persona que soy.

-Hola, padre.

-¿Qué pasa, es que no vais a darme un abrazo?

-Es que pinchas con la barba.

-Debéis hablar con más respeto. Esta barba representa que somos los Elegidos; nos conecta con una grandeza superior, y nos diferencia de las bestias

-De los Nacionales, ¿no es cierto?

-Así es, hijo.

-¡Esos seres impuros, que como las maquinas existen para servirnos!

-¡Que alegría me da ver que has estado estudiando!

-Preparo un trabajo de historia de nuestro pueblo.

-¿De veras? Quiero que me lo expongas.

-¿Ahora, padre?

-Durante la cena.

-¿Quieres que avise a la cocina para que dispongan todo, mi amor?

-Cuanto antes, mujer.

-De hecho la cena está lista para ser servida cuando guste, señor.

-¡Magnifico, avisa a los otros mayordomos y retírate! Y tú, hijo, ya puedes ir empezando con esa redacción. Hasta que no esté perfecta para ser presentada ante tu maestro, nadie se irá a dormir.

-¡Pero eso no es justo!

-¡Silencio! Debes escuchar a tu hermano mayor y aprender de todo lo que cuente.

-Bueno… Pues nosotros, los Elegidos, somos los descendientes de una estirpe superior que fue concebida para dominar el mundo. Durante siglos, con gran paciencia, trabajamos juntos y en secreto para construir las bases que hicieran esto posible, hasta que finalmente, con el desarrollo de las inteligencias artificiales, logramos dar vida a las herramientas necesarias para lograrlo.

-Hasta ahora vas bien.

-Entonces…

-No te pares.

-Fue entonces cuando los Elegidos pusimos a las maquinas a hacer los trabajos de los humanos, y al principio todo fue bien. Ellas producían todo, y nadie debía trabajar para vivir. Sin embargo… Como alguien tenía que comprar los productos que las maquinas producían para nosotros, decidimos darle a las bestias improductivas una renta básica incondicional. ¿Se dice así?

-Un salario por nada. Una limosna para mantenerles con vida, sí.

-Eso. El caso es que… Llegó un momento en que los Elegidos no necesitábamos que las bestias nos pagaran con el dinero que nosotros mismos les dábamos, asique empezamos a intercambiar todas las materias y bienes entre nosotros, creándose una economía exclusivamente de los Elegidos.

-Si son tan amables de tomar asiento, el primer plato está ya en camino.

-Vamos, hijos. Vosotros id comiendo, pero no dejéis de prestar atención a todo lo que diga vuestro hermano. Este es nuestro legado y debemos recordarlo.

-Sí, padre.

-Prosigue, hijo. Por ahora no te has equivocado en nada.

-Pues al darnos cuenta de que ya no necesitábamos a las bestias, a las cuales hasta ese momento habíamos usado a lo largo de la historia como mano de obra y carne de cañón en las guerras, y como necesarias consumidoras después, ahora, entre los Elegidos se desató un debate interno de qué hacer con ellas: Algunos dijeron que debíamos exterminarlas, y vivir ya sin los problemas que causan, en un mundo exclusivo de Elegidos, y nuestras esclavas las máquinas.

-¡Los ricos seremos la raza que le sobreviva a todas!

-¡Mujer, deja hablar al niño!

-Sí, cariño. Perdona, cariño.

-Pero hubo algunos otros entre los Elegidos, que decidieron hacer una estricta observancia de Las Leyes que nos dotan de nuestra superior virtud, y defendieron que cualquier agresión física directa sería una infracción grave al código, pues estaríamos manchando nuestras manos al robarles su dignidad.

-Me estás dejando impresionado.

-Gracias, padre.

-Come un poco y continúa.

-Claro, ahora viene lo mejor.

-¡No bromees con eso, hijo!

-Lo siento, padre.

-¿Qué pasó luego, hermano?

-Que en el Comité de los Elegidos, presidido por los Ancianos, se decidió optar por una forma pasiva para deshacerse de las bestias: Sencillamente dejándolas morir.

-El tiempo debía encargarse, y poner a todos en su lugar. Tenedlo muy presente siempre, hijos.

-Sin embargo las bestias se revelaron. Empezaron a exigirnos alimentos y refugio, lo cual hubiera acabado con el plan iniciado, pero debido a que aún su número suponía una amenaza a la que no podíamos enfrentarnos, tuvimos que crear una cortina de humo para, una vez más en la historia, engañarlos, y dirigir sus reproches hacia un enemigo imaginario.

-Eso me suena.

-Claro, hermano. Es lo que celebramos todos los años en el día de la creación del Partido Humano.

-Entonces ahora viene la guerra, ¿no?

-Exacto. Fue entonces cuando ordenamos a las máquinas que les atacaran, y les dijimos a las bestias que íbamos a defenderlos, así, ganara quien ganara, nosotros ganábamos: Si las maquinas los exterminaban, nuestro mundo habría sido completado, pero si las bestias resistían, confiarían en nosotros hasta tal punto, que serían más sumisos que nunca, pudiendo hacerlas desaparecer

pacíficamente, sin faltar a las enseñanzas.

-Y resistieron.

-Hijos, es un orgullo ver que tenéis tan altos conocimientos. Parece que hoy vais a ganaros el tomar postre.

-¡Hurra!

-Pero ahora viene lo más difícil, padre. Esto no lo comprendo del todo.

-¿El qué, hijo?

-Cuando las bestias iban ganando a las maquinas, el Comité de Ancianos decidió lanzar pulsos electromagnéticos para que así creyeran las bestias que la guerra terminaba. Sin embargo… Si hicieron tal cosa, ¿cómo es que a día de hoy todavía tenemos autómatas?

-Pues sencillamente porque esos pulsos que inutilizaban a las maquinas, únicamente fueron estallados en las zonas donde las bestias se habían refugiado, pensando que lo veían sus estúpidos ojos era lo que en todos los lados pasaba.

-Se dejaron grandes zonas a salvo llenas de máquinas, donde estas trabajarían en secreto cosechando, produciendo, y siendo el motor de nuestro mundo sin que las bestias nunca más supieran de su existencia.

-Muy bien explicado, mujer. Fue de esta forma como creamos La Gran Nación, delimitando las zonas por donde poder moverse, y empezamos a llamar a las bestias Nacionales, para que se creyeran los protagonistas de un inexistente mundo. Además les dijimos que el Partido Humano Global de Todas las Personas decretaba la obligatoriedad de los métodos anticonceptivos y la adopción de huérfanos de guerra, para llevar a cabo así el golpe final: Esos huérfanos serían en realidad maquinas, y los humanos no volverían a tener descendencia, siendo sustituidos por autómatas, pero pudiendo viviendo felizmente su última generación, distraídos y mansos en una entrega obligada a los placeres lujuriosos de la carne.

-Fue la medida más piadosa, generosa y compasiva que los Ancianos del Comité de los Elegidos podían decretar.

-¡Que hermoso! Dejamos vivir a las bestias en su ignorancia.

-Así es hijo. Tal es nuestra grandeza.

-¿Eso significa que cuando nosotros seamos viejos, ya no quedará ninguna de las bestias?

-Únicamente conservaremos algunas en los parques-museo, para que las futuras generaciones puedan contemplar el horror de vivir en un mundo de gentes impuras.

-Señor, tiene una llamada.

-¿Quién me interrumpe a estas horas? ¡Estoy pasando un agradable rato con mi familia!

-Es de la Capital, señor. Parece serio.

-Hijos, coged vuestros postres e id al cuarto de juegos.

-Sí, padre. ¡Buenas noches!

-¡Vamos! ¡Infórmame de inmediato!

-Dicen que debéis presentaros en la sede del Partido Humano a la mayor brevedad.

-¿A qué se debe tanta urgencia? Acabo de regresar de mis reuniones semanales.

-Al parecer ha surgido una anomalía muy peligrosa en una ciudad llamada Ávila.

-¿Ávila? No me suena. ¿Dónde está eso?

-¿Recuerda aquel alcalde que se presentó en la Capital denunciando que su antecesor le había destituido del cargo sin permiso del Partido, para luego enviarlo al exilio forzado?

-¡Ah, sí! ¡Ya recuerdo! Una desviación bastante curiosa. El caso todavía debe estar pendiente por ahí, pero por desgracia, extraños fallos como este se ven a menudo. ¿Qué tiene de sorprendente?

-Pues, señor, resulta que en esa insignificancia llamada Ávila, más allá de una simple rencilla personal con forma de golpe de estado, han desarrollado un nuevo sistema social.

-¿Que dice que las bestias han hecho qué?

-Están viviendo sin poderes, sin dinero, cultivando sus propios recursos sin necesidad de los envíos de la Capital… Y lo que es peor, señor: Se han quitado los anticonceptivos, y están teniendo hijos propios.

-¿Hijos humanos?

-Correcto, señor.

-¡Pero esto es gravísimo! ¡Haga saber al Comité de Ancianos que salgo en este mismo instante para la sede del Partido Humano!

-Voy, señor.

-¡Mujer! ¿Has oído?

-Sí, amor mío. Estoy temblando de horror. ¿Cómo es posible algo así?

-Sólo a una bestia se le ocurriría tal aberración. Un mundo sin dinero ni poder… ¡Qué monstruosidad!

-Pero dime sin falta, ¿están nuestros hijos a salvo?

-Nadie puede decirse protegido ante tal locura de igualdad. Sin embargo ya voy recordando ese extraño lugar. Una ciudad medieval congelada en el tiempo tras una gran muralla. Sus gentes sobrias, indómitas, pero harto espirituales, ya protagonizaron en el pasado acciones semejantes: Me temo que estamos ante una nueva Farsa de Ávila.

Capítulo 1
Nueva Ávila

-Si no se destruye el dinero, el dinero siempre ganará.

-¿Pero por qué?

-Porque es la herramienta del Egoísmo. El dinero es el invento necesario cuando alguien da algo, pero pide algo a cambio. En realidad no lo está dando, sino que lo está intercambiando. Es el Ego el que por conveniencia se deshace de ese algo inicial, para recibir otra cosa que le conviene más. Lo que pase con ese algo, o la persona que lo recibe, al Ego le da igual.

-¿Y aquí se lo dan todo a todos sin pedir nada a cambio?

-Claro, el Amor no exige ningún pago.

El antropólogo aficionado se abanica frenéticamente con su propio cuaderno de notas, mientras ambos nos resguardamos del ardiente calor abulense bajo la sombra de uno de los árboles del jardín del Palacio de Piedras Albas, nuestra nueva residencia y la de los que antes fueron llamados huérfanos, a los cuales ahora llamamos hijos del Amor, Iguales, hermanos.

-Es increíble, yo viene a estudiar el patrimonio monumental y la heroica historia de resistencia bélica contra las máquinas de esta villa, y me encuentro un extraño y nuevo mundo, donde humanos y maquinas conviven dándoselo todo a todos.

-Bienvenido seáis. –pronuncio ofreciéndole un botijo de barro lleno de fresca agua- *Como ya le hemos dicho, si decide quedarse a vivir con nosotros, los corazones de todos se llenarán de júbilo al saber que hay entre nosotros un nuevo Igual.*

-Pero mi permiso de viaje caduca en dos días. Después, si no regreso a mi ciudad, el Partido me sancionará gravemente.

-Eso aquí ya no importa.

-¿Acaso el Partido permite que lleguen forasteros a Nueva Ávila y se asienten como si nada, abandonando su vida y responsabilidades anteriores?

-Lo cierto es que todavía no se ha dado el caso. –respondo recostándome contra el tronco del recio árbol- *Excepto durante las celebraciones de la Fiesta de la Victoria, donde multitudes abarrotan la ciudad para presenciar las actividades que exaltan la muerte de los autómatas, el resto del año casi nadie visita nuestra humilde tierra.*

-¿Y los transportistas de suministros de la Capital?

-Ya no los pedimos. Nos autoabastecemos de todo lo que necesitamos.

Nuestro confuso invitado levanta con dificultad el botijo, y logra enviar un tembloroso chorro de reconstituyente fluido vital hasta su garganta.

-¿Entonces nadie sabe de la existencia de Nueva Ávila?

-*Me temo que sería difícil precisarlo…* -respondo sin demasiados argumentos sobre los que sostener una conclusión solida- *Si el aislamiento nos es impuesto por los pocos que vienen, y los menos que salen, pues aquí ya nadie necesita los institucionalizados viajes oficiales a parques-museo para olvidar el tedio de sus absurdamente vacuas rutinas, pues los días pasan con la emoción de ir obteniendo todo lo que necesitamos con nuestras propias manos, sospecho pues que la noticia de nuestro nuevo orden no haya alcanzado más allá de estos graníticos muros.*

-*Es una pena: Un Amor sin fronteras, retenido sin embargo por una frontera de insondable ignorancia.*

Las palabras del gentil antropólogo recién llegado a nuestra casa en plena ola de calor estival, me colman de esperanza al contemplar que la comprensión del Amor, del Bien, de la única Verdad, es rápida, pues está instalada e interiorizada en la conciencia de todas las personas.
Únicamente la negación, necesaria para vivir en un mundo basado en el Mal, la enturbia.
Pero aquí estamos ya a salvo.

-*Lo que no entiendo es cómo sucedió.* –retoma el sudoroso hombrecillo mientras hace lo propio con la agitación aérea que su empapado cuerpo demanda- *El ser humano lleva desde el comienzo de su existencia sabiendo del Bien y del Mal, y tratando de aplicarlos, pero siempre el Bien encuentra una férrea resistencia y acaba por sucumbir. ¿Qué hay tan extraordinario en este lugar para que todos sus ciudadanos pudieran llevar a cabo lo que tantos otros han intentado?*

-*Lo primero es que pusimos en palabras qué es Bien y qué es Mal, para que nadie pudiera decir que no existen, o son términos subjetivos.*

-*¿Las nueve palabras que los niños me dijeron esta mañana al llegar?*

-*Exactamente. ¿Acaso después de escucharlas queda otra opción que elegir entre una o la otra?*

-*Desde luego que no. No hay punto intermedio posible.*

-*Esa ha sido la trampa a lo largo de la historia: Matizar; dejar al Ego que cree una telaraña de excusas, hasta destruir por completo cualquier comprensión de las bases sobre lo que todo se asienta. Es el engaño más infantil, y terriblemente destructivo que el ser humano ha sufrido.*

-*Se ha hecho sufrir a sí mismo.*

-*Bien habláis, amigo antropólogo.*

-*Y por eso es sorprende que estas gentes hayan aceptado, sin que sus Egos se opongan, el nacimiento de Nueva Ávila.*

-*Tengo la impresión de que eso se debe a que la innata espiritualidad de la Vieja Ávila. Es este un lugar tranquilo, alejado del ajetreo exterior, donde el silencio del encierro tras la roca permite de excepcional manera escuchar el interior, y cuando se ha oído con nitidez la voz que llevamos dentro, ya no podemos ignorarla. Es posible que por eso haya ocurrido aquí, donde el recogimiento, quizá voluntario o quizá resignado, obliga a las gentes a conocerse y sincerarse con ellas mismas.*

-*Supongo que hasta ahora esa introspección habrá sido para muchos una larga espera, y a la vez una alegría poder contemplar con sus ojos la llegada de un mundo basado en el Amor*.

-*No todos se alegraron.* –respondo con el amargo recuerdo de los primeros momentos del cambio.

Me pongo en pie y contemplo la cara interna del lienzo norte de la muralla, la cual linda con los jardines donde nos encontramos.

-*Tuvimos que expulsar a algunos que no quisieron rechazar su Egoísmo. Y aunque no fue nada fácil, era necesario. Ellos eligieron seguir viviendo sus vidas en un sistema de depredación e individualidad, asique les enviamos a que se reintegraran en él. Si eso les hacía felices, nosotros no éramos nadie para impedírselo.*

-*¿Y no podían haberse quedado aquí?*

-*Si un solo egoísta se hallara entre nosotros, nos sometería, o nos obligaría a defendernos siendo también egoístas. Yo lo sé por propia experiencia.*

Pues yo fui ese egoísta para los Iguales.

-*Me parece muy lógica y necesaria esa separación.* –pronuncia mi contertulio- *Lo único que me temo, a la luz de estos nuevos datos, es que esos exiliados sí han podido informar a las autoridades del Partido, y a buen seguro lo habrán hecho en busca de una retribución.*

¡Estúpido de mí! ¡Ni siquiera lo había pensado!
La idea de que más gente nos conociera y quisiera unirse al Amor imitándonos, me llenaba de esperanza. Todo pasaría de forma espontánea. Pero, ¿acaso creí que el Partido no se enteraría, y que no haría nada?

De pronto la paranoia me invade.
El recuerdo del rabioso rostro de mi depuesto usurpador y sus amenazas de una segura y aplastante venganza, se dibujan ante mí por primera vez como algo posible. Algo inmediato.
¿Estaremos a salvo? ¿Podrán protegernos esta vez las invictas murallas?

Mi mirada se dirige en un acto reflejo y desesperado en dirección al torreón del palacio, para encontrar en la ventana de nuestro dormitorio a mi mejor amiga sacudiendo al aire las almohadas.

-*Le ruego que me disculpe, pues debo ausentarme.* –digo intentando guardar las formas y contener mi ansioso impulso de echar a correr escaleras arriba hasta abrazar a mi compañera de cama.

-*Faltaría más. Ya le he entretenido suficiente.* –responde el antropólogo incorporándose y abandonando la sombra del árbol con la frasca de arcilla porosa en sus manos- *¿Sabe cuál es el principio de enfriamiento de los botijos?*

-*Lo desconozco.* –digo iniciando la marcha a través del jardín en dirección a la casa.

-*Es muy hermoso: El agua contenida en su interior se va filtrando por los poros del barro, y al contacto con el calor del exterior, se evapora, extrayendo en este proceso parte de la energía térmica del agua que queda dentro.*

-*Sabiduría ancestral.*

-*Sí, y yo aquí veo que los habitantes de Nueva Ávila son como esa agua que con su marcha, roba energía a quien queda en el interior atrapada.*

-¿Hasta congelarla y hacer estallar el botijo liberándola?

-Lo ideal sería que toda se evaporara por propia voluntad. Entonces no habría que romper ningún botijo, porque no habría necesidad de ninguna jaula.

Alcanzando la solariega entrada al palacio, traspasamos los gruesos muros para sumergimos en los frescos y enmoquetados pasillos.
La perspectiva de ser una insignificante gotita de agua robando energía a la corriente principal, no me tranquiliza. Busco una excusa para despedirnos.

-Vaya a ver los huertos comunitarios. Visite la ciudad y siéntase libre de hacer todas las preguntas que quiera, pues seguro han de contestárselas.

-Muchas gracias por vuestra hospitalidad. Todo esto que me habéis contado me será de gran utilidad en la redacción de mi libro de viajes. Pero antes de iniciar mi exploración pasaré por mis aposentos, pues en plena sierra de Gredos, junto a la hermosa Laguna Grande, desperté una noche que allí pernoctaba al raso, acompañado de una simpática amiguita de piel negra a la cual debo ir a alimentar.

-¿Uno de esos pequeños reptiles del tamaño de la palma de una mano que abundan en exclusiva por el circo glacial?

-Correcto. La salamandra salamandra almanzoris. Un ejemplar extraordinario, cuyo brillante moteado amarillo me ha cautivado.

-No sabía que además de antropólogo, era usted biólogo.

-Me gusta hacer lo posible por ser un hombre de ciencia.

El cultivo del saber. Un lujo que en los días de La Gran Nación ha quedado relegado a un mero vestigio del pasado, y, a lo sumo, una inofensiva y coartada afición, previo permiso de ejecución de contadas horas anuales.

-¿Sabrá encontrar su habitación?

-Si me pierdo preguntaré a alguno de los muchos habitantes de la casa.

-Entonces nos veremos esta noche en la cena comunal. –digo empezando a ascender por las escalinatas construidas durante el decimosexto y glorioso siglo de la Vieja Ávila- *¡Y procure disfrutar!*

-¡Eso haré!

Mientras subo al torreón a la mayor velocidad que mi desgastado cuerpo me permite, sonrío ante la idea de ver a nuestro cultivado invitado en medio de una etílica comparsa.
A buen seguro su concepto de disfrute ha de estar en la sosegada observación y el sesudo análisis, para posteriormente conquistar con sus palabras cada centímetro de cada una de las páginas de sus cuadernos de viaje.
Mi antiguo yo le habría criticado con lastima por perder el tiempo pensando en cosas cuyo objeto no fuera generar dinero o poder.
Hoy le respeto y envidio; hoy le quiero entre nosotros para aprender de él siendo Uno.

-*Parece un hombre muy simpático*. –dice mi mejor amiga cuando por fin logro irrumpir en la estancia.

-*Ojalá se quede con nosotros*. –respondo tratando de recuperar el aliento- *Después de conocer el significado del Amor para poder vivir, debemos aprender de las ciencias para lograr sobrevivir.*

El Bien y el Mal. La medicina; la arquitectura; el cultivo… Todos necesarios y complementarios. Si fueran por diferentes caminos, estarían condenados al ya conocido fracaso.

-*¿Puedes pasarme ese almohadón, por favor?*

-*Pero amiga, si te dije en el desayuno que ya había ventilado yo la habitación…*

-*Es cierto. Lo había olvidado. Sólo quería dejarlo todo limpito para que estuvieras a gusto.*

-*Yo sólo estoy a gusto cuando me abrazas.*

Hago una traviesa mueca de obvia invitación, pero sin moverme un ápice, espero su reacción.
Ella se abalanza sobre mí, y cogidos el uno contra el otro caemos sobre la cama.
Reímos y sudamos tras apenas unos segundos de contacto con las mantas de piel de cabra que cubren el lecho, y que en plena canícula pueden provocar que literalmente nos derritamos.
Separándonos jadeantes y felices, quedamos tendidos boca arriba cada uno en su lado de la cama.

-*¿Lo conseguiremos?* –dice ella en tono repentinamente melancólico.

-*Ya lo hemos conseguido. Ahora son ellos quienes han de intentarlo.*

-*No, no te hablo del Amor, del Bien, de la Verdad, si no de nuestras hijas e hijos.*

-*¿De los huérfanos?*

-*No, de nuestro embarazo.*

No tengo respuesta para eso.
Únicamente uno de esos hombres y mujeres de ciencias que La Gran Nación se encargó de hacer desaparecer, podría proporcionárnosla.

-*Quizá podamos preguntar al antropólogo*. –sugiero.

-*¿Qué podría saber él?*

-*También tiene intereses en el campo de la biología al parecer.*

-*Por intentarlo no perdemos nada. Pero está claro que el Partido Humano, a través de su plan para esterilizarnos y hacernos desaparecer, ha conseguido que todo lo relacionado con la maternidad sea olvidado. ¡Ni siquiera un libro o folleto al respecto en toda la ciudad he hallado!*

-*Seguiremos intentándolo, amiga. Pero por suerte tenemos un palacio lleno de amorosas maquinas; una ciudad llena de hermanas y hermanos; un mundo de Iguales con quienes crecer, aprender y disfrutar.*

De nuevo nos aferramos el uno a otro, ignorando el calor.

-Somos afortunados porque por primera vez quizá en toda la historia, merece la pena engendrar una vida. –dice ella- *Esta será la primera generación que nazca en el Bien, en el Amor verdadero.*

Y para seguir haciéndolo posible, junto a nuestros hijos mecánicos pasamos la tarde rehabilitando casas. Alegres compartiendo el trabajo que nos iguala.
Cuando cae la noche, ofreciéndonos una tregua de varias horas de agradable brisa, la plaza del Mercado Grande se llena de mesas, fogones comunitarios, e incluso un escenario con música y danzas.
Nuestro amigo el antropólogo está también allí.

-¿Le ha gustado la ciudad? –pregunto.

-Creo que Nueva Ávila es una fascinante anomalía, una puerta a la otra cara de la moneda posible.

Las esperanzadoras palabras de nuestro invitado me hacen recordar el sueño que una vez tuve, ese donde podía observar como grises gentes se llevaban trozos de cerdo descuartizado a sus colmenas, esas casas sobre los soportales que hoy son motivo de solidaria comunidad, y que en el sueño, que no era sino en aquel entonces aceptada realidad, ejemplificaban el individualismo solitario y depredador que más allá de consumir a los otros, destruía poco a poco a los propios comulgantes. No fue un sueño, no, fue una pesadilla de la que por suerte pudimos despertar.

-Después de esta larga jornada contemplándoles, me quedan algunas dudas.

-Pregunte sin temor. –dice mi mejor amiga, que sentada junto a nosotros da buena cuenta de una trucha del Tormes.

-Si no he entendido mal, en Nueva Ávila la única ley es la ley del Amor, el valor del Bien, eso que todos sabemos y que puede resumirse en nueve palabras.

-Pues no hace falta más. –recalco.

-Basándose en esa renuncia al Egoísmo, el dinero dejó de ser necesario, pero para mantener una libertad de elección en cuanto a productos y experiencias, implantaron unos créditos personalizados. Si bien mi pregunta es la siguiente: ¿En qué se diferencian esos créditos del dinero?

-Sencillamente en que son personales e intransferibles. Todos reciben los mismos créditos a lo largo de toda su vida, y con ellos únicamente pueden comprar bienes de la producción comunal, los cuales también son personales e intransferibles.

-¿Nadie puede hacer un pago a otro con ellos?

-No existe remuneración o lucro alguno entre los Iguales.

-¿Y los productos que obtengan con ello de la producción comunal, no pueden ser tampoco intercambiados ni legados?

-No. No existe herencia posible. Todo sale y vuelve a los almacenes de la comunidad.

-¿Pero mientras el propietario tenga la titularidad personal e intransferible de esos bienes, existe la propiedad privada?

-Por supuesto. Lo único es que todos tienen las mismas oportunidades para acceder a la obtención de esas propiedades, pues desde el nacimiento, a cada individuo se le asigna un sueldo vitalicio en proporción a su edad, y se le da casa, alimento, y vestiduras, es decir, todo lo necesario para sobrevivir sin tener que depredar.

-Los créditos entonces sólo sirven, por así decirlo, para los caprichos.

-Exactamente. Alguien puede elegir recibir más comida porque esto le produce gran placer, y sin embargo otro puede preferir adquirir una caña de pesca para relajarse con el fluir de las cristalinas aguas.

-Entiendo. Pero en ese caso, si el de la caña pescara algo que no se quisiera comer, ¿no podría vendérselo al glotón?

-No. Ni tampoco regalárselo. Eso podría usarse para favorecer a unos en detrimento de otros. No sería equitativo ni justo.

-De hecho, –añade mi mejor amiga- *por la propia ley del Amor, nadie se plantearía si quiera hacerlo.*

-Es lógico, sí. Supongo que es un pensamiento de alguien que aún no vive dentro de esa ley. Deben perdonarme si no puedo evitarlo.

-Por favor, no se disculpe. –digo conmovido por la sensibilidad de nuestro invitado- *Usted está aquí abriéndose a la Verdad por propia voluntad. Demuestra una gran entrega y responsabilidad.*

-Se lo agradezco. –pronuncia llevándose a la boca un crujiente trozo de carne de cochinillo cuchifrito.

Mientras le observo masticar, me pregunto si algún día podremos completar el entendimiento en el Amor de todos los seres humanos, y como ya hemos hecho aquí con las inteligencias artificiales, nuestras carentes de Ego, y por ello sinceras hermanas, logremos también convivir en armonía con los animales y las plantas.
Eso es algo que por ahora se me escapa.

-Por otro lado, -retoma el hombrecillo que con pulcros modales se aposenta de nuevo la servilleta fuera del alcance de la vista sobre la pierna- *es de suponer, y de nuevo soy consciente de que hago esta observación con una mentalidad de alguien que sólo es capaz de contemplar el mundo desde su propio Egoísmo, pero, en el terreno del desempeño profesional, dado que nadie paga por los servicios, los trabajadores con empleos más duros o cualificados quizá no vean justo recibir lo mismo que otros menos exigentes o de menor preparación.*

-Como bien decís, el enfoque es incorrecto, pues todos trabajan para ayudar a los demás, y no para recibir nada a cambio.

-Sin embargo, -añade mi mejor amiga- *como el desgaste físico, y el tiempo de recreo ha de ser equivalente a la dureza de la labor realizada, los horarios están ponderados y equilibrados. Por ejemplo, si un fontanero trabaja seis horas al día, un médico, que ha de emplear largas horas aprendiendo, y en cuyas manos hay una gran carga de estrés y responsabilidad al disponer de la vida de sus pacientes, se encontrará en su puesto únicamente cuatro.*

-*¿Y por qué iba a querer alguien hacerse medico si siendo fontanero sólo tiene que emplear unas cuantas horas más, a cambio de estar más tranquilo?*

-*Sencillamente porque los puestos que se necesitan en la ciudad, no se eligen, sino que responde también a un estudio de necesidades laborales, y cuando llega el momento, los Iguales están encantados en desempeñar aquellos que por sus cualidades son más actos.* –respondo- *Recuerde que todos viven bajo la premisa de dar, no de recibir.*

-*Su objetivo es el bienestar ajeno.* –sentencia mi compañera.

El antropólogo nos observa largo tiempo en silencio con una gran sonrisa en la cara.

-*Me costará tanto hacer que alguien fuera de aquí entienda esto, o si quiera me crea…*

-*Lo importante, amigo viajero, es que usted ha querido escuchar. Pues únicamente es eso. La Verdad no puede ser negada.*

Los hijos mecánicos de Nueva Ávila vienen hasta las largas mesas cargados con grandes jarras de leche y miel.

-*¡Bebamos para celebrar este mundo que ahora sabemos, puede ser realidad!*

El brindis del estudioso hombrecillo nos anima a cantar, bailar, y celebrar el Amor entre ríos de leche y miel.

Y cuando los agotados cuerpos empiezan a vaciar la plaza, los nuevos amigos nos retiramos ahora abrazados, ahora en brazos de los fornidos niños autómatas, y pasando bajo la Puerta del Alcázar, aquella en la que un día, incapaz de ver que algo así era posible, pensé en renunciar a todo, atravesamos la siempre silente ciudad.

-*¿Qué representa ese tatuaje que lleva en su brazo derecho?*

-*Es el escudo de Nueva Ávila.* –respondo mientras, ya en la cocina del Palacio de Piedras Albas, nos servimos unas tazas de chocolate caliente con dulces bollos.

-*Parece el fortificado cimborrio de la catedral con un pájaro a cada lado.*

-*Así es.*

-*¿Me permite?* –dice acercando sus curiosos ojillos a mi antebrazo.

-*Lo que guste.* –pronuncio sin poder evitar establecer un paralelismo entre su gusto por conocer, y aquel que me convertía en el centro de atención en el bosque.

-*¡Claro! Ahora leo claramente sobre el blasón: Nueva Ávila. Y bajo este: Del Amor. De la Verdad. Del Bien Universal.*

-*Una bandera blanca.* –puntualiza mi mejor amiga.

-*Ya dejamos atrás el rojo de la sangre.*

-*Pero en su brazo izquierdo queda el recuerdo de ese pasado.*

-Sí. Este es el escudo de la Vieja Ávila. Lo conservo para no olvidar el pasado. Y, ¿sabe qué? También me sirve para recordar a unos seres inocentes que me enseñaron la Verdad sin saberlo.

-¿A qué se refiere?

-A los habitantes de un bosque. Cuando me encontraron, yo no sabía ni como me llamaba, y al ver mi tatuaje se creyeron que mi nombre era Ávila.

Reímos, pero la imagen de la cabeza de La Madre estallando en mil pedazos ante mí, me produce un espasmo de horror.
Ellos me lo dieron todo, y ahora estarán solos y encerrados para siempre bajo esa cúpula de cristal.

-Dígame, ¿quiénes eran esos seres que le inspiraron?

-Esos seres, amigo mío, eran maquinas, o quizá humanos… Poco importa, pues estaban enjaulados como maniquíes vivientes. –digo mientras las lágrimas encharcan mis ojos- *Sus captores les llamaban los Ingenuos, pero entre ellos se llamaban Iguales, tal y como nosotros hacemos hoy aquí. Pero esto tampoco importa pues aunque fueron así nombrados por tenerlos por ignorantes, incluso la propia palabra ingenuo significa nacido libre, y eso es lo que ellos son por dentro, y lo que deben ser por fuera.*

-Lamento oír eso.

-El tiempo siempre lo pone todo en su sitio.

-¿Y no tiene miedo de que el tiempo, como usted dice, haga que su proyecto fracase como lo hicieron otros tantos que, cargados también de buenas intenciones, le precedieron?

Enjugando mi rostro, tomo un trago de reconfortante chocolate.

-Esos experimentos que nos precedieron, cambiaron el sistema, pero no los valores de la gente, la cual siguió viviendo en el Egoísmo. En nuestro caso, el sistema ha cambiado a consecuencia de pasar del Egoísmo, es decir, el Mal, al Amor, o lo que es lo mismo, el valor del Bien. Podría pensarse que esto es una utopía, lo sé, pero la utopía es pensar que el Egoísmo funcione.

Capítulo 2
Del Amor

-*Hermanos, humanos y maquinas, todos Iguales. He decido marcharme de Nueva Ávila.*

Mis palabras contundentes resuenan desde el balcón del antiguo Ayuntamiento, desatando un tenso rumor en toda la plaza del Mercado Chico.

-*No es una huida ni una renuncia, sino una misión de rescate.*

Verme aquí arriba, como si de una autoridad se tratara, y con todos mis Iguales abajo, obligados a elevar sus miradas a la espera de escuchar mi decisión, me hace recordar los tiempos del Egoísmo donde la posición de poder que ocupaba me parecía un motivo de orgullo.
Celebrar esta declaración a la antigua usanza no ha sido para nada una buena idea.

-*Como la mayoría sabréis,* -retomo deseando terminar cuanto antes con mi monologo- *nuestro invitado y buen amigo el antropólogo, debe hoy marchar. Su visado termina, y aunque lamentemos tener que renunciar a su agradable y siempre instructiva compañía, ese mismo permiso que le permite embarcar en los Transportes Nacionales, nos brinda también a nosotros la posibilidad de sumarnos al viaje.*

Algunos de los pequeños niños mecánicos salen al balcón junto a mí.

-*Os estaréis preguntado, ¿pero a dónde ir? Es sencillo. Volveremos al Bosque de los Ingenuos, el lugar donde aprendí lo que era vivir en el Bien, y rescataremos a esos que llaman Ingenuos, pero que son también nuestros Iguales.*

-*¡Ellos nos necesitan!* –exclama la muchacha que me recogió de la nieve, para luego introducirme a escondidas en los fogones de la Posada de la Fruta, logrando evitar que muriera de frío aquella noche.

-*Iremos a liberarlos de su encierro en el parque-museo, y se unirán aquí a nosotros para seguir inspirándonos.* –prosigo- *Es algo que ahora entiendo que debo hacer, y para ello me acompañaran estos intrépidos hijos de la Nueva Ávila.*

La multitud, ahora consciente de la gran empresa emprendida, aclama entre grandes vítores tan altruista iniciativa.

-*La próxima vez que nos veamos, muchos habrán venido a las puertas de la muralla exigiendo entrar.*

Lo que empezó con gran tensión y arrepentimiento, acaba como una multitudinaria celebración ante la excitante expansión exterior.

-*Tú serás el cerdo.* –dice mi mejor amiga cuando nos hallamos de vuelta en el gran salón del Palacio de Piedras Albas.

Su dedo señalando el disfraz porcino rescatado del almacén de atrezo del teatro local, me hace imaginar lo que debía sentir aquel encargado de mantenimiento del bosque que ordenó disparar a La Madre.
¿Ponerme el traje de animal, me convertirá en un animal?

La visión de los niños disfrazados a su vez de otros personajes de la fauna más encantadora, hace que olvide el hecho de que en realidad ellos han sido elegidos para acompañarme en esta peligrosa incursión, por tratarse en definitiva de seres que, aunque Iguales de espíritu, pueden recibir golpes y violentos impactos, y sus cuerpos ser reparados con mayor facilidad que la frágil carne humana.

-*Debemos partir*. –anuncia tímidamente nuestro invitado y ahora cómplice, asomándose por el quicio de la puerta del comedor comunal de la casa.

La despedida está llena de agradecimientos, y la promesa de un pronto regreso.
Por las calles, todos los ciudadanos de Nueva Ávila nos despiden como héroes de camino a una gran batalla.
Reminiscencias de un pasado reconvertido para ensalzar la vida en vez de la muerte.
Llegamos a la estación de Transportes Nacionales, y a pesar de que no hay ni rastro de presencia alguna que pueda ejercer la supervisión de la carga, los propios vagones de destino poseen una inteligencia similar a la de las maquinas antropomórficas.
Se impone el silencio.
Comienza la histriónica representación.

-*¿Viaja usted con animales, señor?* –pregunta el compartimento de equipajes mientras el antropólogo tira de nosotros haciendo uso de varias correas.

-*Los llevo al Bosque de los Ingenuos como parte de la ampliación de sus estudios en el campo de la veterinaria.*

Mientras penetro a cuatro patas en el amplio maletero, no puedo evitar sonreír ante la ciertamente ridícula a la par que grandiosa escena, especialmente al contemplar la impecable labor interpretativa del valiente hombrecillo que desinteresadamente ideó este plan, jugándose una larga condena por ayudarnos.

-*Ese itinerario no está contemplado en su visado, señor. Debe regresar hoy a su hogar.*

-*Lo sé. Será sólo una rápida parada para efectuar la entrega.*

-*De acuerdo. Procediendo al cierre de puertas. Introduzca la Llave de Viaje y disfrute del trayecto.*

Lo hemos logrado. No nos han descubierto.
Cuando el vagón llegue al aparcamiento del museo, será tan fácil como entrar por la zona de empleados, los cuales creerán por los disfraces que somos parte del equipo de mantenimiento, y atravesando el bosque que tan bien recuerdo, llegar hasta el claro frente a la cueva para descubrirnos ante los Iguales anunciándoles su liberación.

El chirrido de los frenos es música celestial para mis doloridas articulaciones.
Apilados como autentico ganado, recibimos con júbilo la luz exterior al abrirse la portezuela de equipajes.

-*Bajen ahora, amigos.* –dice el antropólogo sin poder ocultar en su rostro un desencajado gesto de preocupación- *Yo les llevaré hasta la puerta del edificio, pero no podré entrar. Es demasiado arriesgado. Espero que sepan comprenderlo.*

-*Ya ha hecho por el Amor más de lo que nunca nos hubiéramos atrevido a pedirle.*

-*En cuanto me sea posible volveré a Nueva Ávila, esta vez para quedarme y vivir como un Igual.* –pronuncia tembloroso y emocionado- *Y llevaré a muchos otros conmigo. ¡Ya lo verán!*

Debiendo prescindir de abrazos o muestras de cariño, al imponerse la conservación del papel representado, nuestros caminos se separan junto a la entrada de carga y descarga.
Sobre las líneas amarillas pintadas en el asfalto, recuerdo de un momento brutalmente impactante, y ahora prólogo de un asalto que quizá termine de igual forma, el cerdo que ahora lidera esta batida, y sus hijos autómatas, penetran erguidos por la puerta de empleados.

El saber que me acompañan los tres huérfanos que salvaron en algún momento mi vida, esos dos generosos pinches de cocina, cuando me entregué a la congelación arrodillado a los pies de mi estatua, y aquel que me recupero del vacío mientras me arrojaba de la muralla, y luego me desveló en la inclusa la mentira con las maquinas perpetrada, su mera presencia, me colma de una tranquilidad inigualable.
Si debo morir, o alguien puede evitar que así sea, desde luego es en compañía de estos magníficos seres.

-*¿Sois los refuerzos?* –nos espeta la primera cara que nos encontramos en el interior del parque-museo.

-*Sí. Nuestro primer día…* -contesto tratando de sonar relajado y cercano.

Pero algo no termina de encajarle al hombre de imponentes dimensiones, que a juzgar por el uniforme, debe ser un guardia de seguridad.

-*¿Y en qué sector os han asignado?* –pronuncia examinando con sospecha los disfraces de los niños.

Me quito la careta de cerdo para atraer su atención sobre mí.

-*Nos dijeron que trabajaríamos en El Gran Árbol*. –exclamo mirándole a los ojos y con pronunciando con gran confianza para que recalcar la idea de que conozco los entresijos y terminologías del parque-museo.

-*El Gran Árbol, ¿eh?* –dice captando la importancia de la palabra- *¡Haberlo dicho antes! ¡Corred, os estarán esperando! Llevan varios días de retraso con el suministro de alimentos.*

La repentina familiaridad del vigilante nos alienta a seguir, sin temor a ser por ahora descubiertos.

A pesar de que el edificio parece haber sido diseñado como un laberinto imposible con la intención de hacer perderse a los visitantes, finalmente logramos encontrar una puerta con el claro rotulo: Acceso al bosque (Sólo empleados)

El intenso verde nos recibe.
Mi primera reacción es mirar al suelo con recelo, buscando trozos de afilado cristal que recoger, invadido por el miedo de poderlos pisar.
Pero todo está en calma.
El hilo musical con sonidos de animales salvajes sorprende a los hijos mecánicos de la Nueva Ávila.

-*¿Venís sin arneses?* –pregunta una inesperada voz- *Sois los nuevos, ¿no?*

Asentimos al contemplar a la esbelta gacela.

-*Siempre pasa lo mismo. Os dejaré del equipo para emergencias. Ahora no podemos andarnos jugándonosla con infracciones de seguridad. Desde el accidente están muy atentos a cualquier detalle tonto y… ¡Pero venga, no os quedéis ahí parados! ¡Coged esas bolsas con la comida!*

Obedecemos.
Cargando con las bolsas forenses a nuestras espaldas, seguimos a la gacela hasta la base de El Gran Árbol.

-*Id subiendo y enganchando los alimentos a las cuerdas. Yo ahora os llevo los arneses* –dice abriendo una puerta secreta que da acceso al hueco interior del tronco- *Voy a ir dando la señal para que avisen a los Ingenuos de que es la hora del ritual de la caza.*

Una cosa es conocer la mentira, y otra muy distinta es verla por dentro.
No tiene emoción alguna, es sucia, y aunque se tenga presente el resultado, no hay manera de sentir orgullo por su ejecución.
Hay que saber engañarse muy bien a uno mismo para no sentir nauseas.

Ascendiendo por el esqueleto metálico de El Gran Árbol, alcanzamos la cima.

-*Hagamos esto. Luego nos escabulliremos.* –declaro.

-*¿Pero qué estamos haciendo exactamente?*

-*Vamos a conceder alimentos a los que aquí retienen engañados bajo la esclavitud de un circo. Ellos se piensan que esta es la única forma de conseguirlos, de poder sobrevivir. Creen que no hay alternativa posible. Esto es para ellos la vida real. Sin embargo, una vez más, es únicamente una mentira, la caridad, las miajas de sus amos; de sus captores; de los señores del Mal.*

Mientras desde las alturas, oculto tras las hojas que cubren la copa de El Gran Árbol, observo a los Iguales ejecutando su absurdo baile, siento una lástima rabiosa que aprieta mi mandíbula y cierra mis puños con tal tensión, que pasan por mi cabeza ideas de golpear a los trabajadores del parque-museo, dejándome llevar por los instintos más bajos que efectivamente, me convertirían en el cerdo salvaje que finjo ser.

-*Para ser vuestra primera vez habéis hecho un buen trabajo.* –dice la gacela cuando todo ha terminado- *Recoged y nos vemos en la sala de descanso.*

Pero no será así.
Recordando cada palmo de este bosque, iniciamos la huida.
La excelente forma física de mi sequito de niños me convierte en un sofocado lastre que grita indicaciones desde la retaguardia.
Pero de pronto, el claro.

Ante nosotros la montaña hueca de piedra.

En la entrada de la cueva, dos cuerpos desnudos, completamente rapados, y con los rostros pintados de negro y blanco, charlan con alegría, seguramente celebrando el cargamento de provisiones que acaba de recibir su despensa.

-*¿Qué son esas sombras cuyos ojos y labios parecen estar cosidos a sus caras?*

-*Esos, hijos del Amor, son los Iguales*.

Entonces, como mágicamente alertados por las alusiones, los Iguales nos detectan tras la línea del forraje.

-*¡Mirad!* –exclama uno de ellos- *¡Es Ávila! ¡El Rey Niño ha regresado!*

Y respondiendo en masa, del mismo modo que ya lo hicieron con mi primer advenimiento, salen todos los Iguales de su cueva.

-*¿Eres tú nuestro rey?* –grita uno de ellos desde la distancia.

-*No.* –respondo abandonando la cobertura de los árboles y caminando hasta el centro del claro.

-*¿Quién eres pues, que tanto te le pareces?*

-*Yo soy el que soy*.

Observo sus rostros consciente de que quizá no me hayan perdonado los abusos que cometí contra su pueblo.
Pero no, ellos viven en el Amor, y no hay rencor posible.

-*¿Sois animales o sois Iguales?* –pregunta otro con cautela.

Los niños mecánicos se desprenden asustados de sus zoológicas caretas.

-*¡Somos Iguales!* –exclama el pequeño osezno que en la Puerta del Alcázar, aun sin conocerme, me declaró su Igual.

-*¡Son Iguales! ¡Son Iguales!* –celebran todos al unísono.

Aquellos que un día fueron utilizados por el Partido Humano, maquinas sin Ego declaradas huérfanas, hoy sonríen emocionadas al encontrarse con una suerte de arcaicos padres.

-*Bienvenidos seáis, oh, Iguales entre los Iguales.* –se adelanta uno de los que juraría fue de mi tropa de Secretarios.

¿Quizá sea el nuevo líder, la nueva Madre, el nuevo Rey?

-*¿Venís a uniros a nosotros?* –añade.

-*No, venimos a que vosotros os unáis a nosotros.* –responde la muchacha que trabajaba entre fogones para uno de esos hombres que no renunció a su Egoísmo, y con su traje rojo marchó al exilio.

-*¿Por qué queréis eso, oh Iguales?*

-*Porque aunque aún no lo sepáis, esto que tenéis por vuestro mundo, es una farsa: La cueva es un escenario con forma de jaula; los animales son empleados disfrazados; el cielo es una cúpula de cristal. Nada aquí es real.*

Los Iguales se miran entre ellos tratando de procesar lo dicho.

-*¿Y qué es real?* –pronuncia una voz de entre la masa.

-*¡El Amor!* –contesto con gran entusiasmo.

-*¿Y es que acaso no es el Amor quien reina en este lugar?*

Las palabras que la resucitada Madre me dirige apareciendo a través de la multitud, me dejan petrificado.

Capítulo 3
De la Verdad

-¿Entonces esta montaña de tu brazo derecho, es la misma que hay dibujada en tu brazo izquierdo?

-Así es.

-Pero ya no hay Rey Niño asomado a su cima.

-Pues en el Amor, el único rey es el prójimo.

-Y estos dos alegres pájaros, ¿quiénes son?

-Se llaman Empatía y Coherencia.

-¡Parecen muy simpáticos!

-Fueron los que hicieron adulto al Rey Niño.

Todos reímos alrededor del fuego.
La cueva, esa que un día fue oscura, húmeda, y llena de miedos, dudas, y amenazas, me parece hoy un templo primigenio consagrado a la nada, pues el Amor surgió en estos seres por su intrínseca falta de Ego, ajenos a esta conciencia de un Yo egoísta que debe sobrevivir por encima de todo, incluso a costa de los otros, y junto a la protección que esta cúpula les brinda, librándoles de Egos exteriores que les obligarían a desarrollarlos, conservando así su cosmovisión de un mismo todo.

La capacidad de realizar análisis gestuales milimétricos, con una interpretación y predicción exacta al compararlos con las bases de datos previas, y la lógica perfecta sin corrupción posible por elementos externos basados en la conveniente trampa subjetiva, rasgos ambos propios de las maquinas, convierten a Empatía y Coherencia en las aves que los Iguales llevan, aun sin saberlo, tatuadas en sus corazones.

-No sé cómo pude no darme cuenta de que los Iguales eran autómatas. –le confieso a La Madre ya aparte, tras dejar a los hijos Nueva Ávila y a nuestros anfitriones conociéndose y disfrutando de la mutua compañía.

-Porque eras un niño.

-¿Tú sabías que me llamaban Rey Niño?

-Fui yo quien les dijo que te dejaran jugar a ese juego de poder, pues todos te veían como lo que eras: Un temeroso niño atrapado en un envoltorio que le venía grande, y que por eso se aferraba a su Ego.

-¿Pero por qué dejarme? ¡Debisteis detenerme y aleccionarme!

-Tenías que descubrirlo por ti mismo. De nada sirve la imposición, el dogma, o el castigo.

-Yo era un niño jugando a ser rey; un señor arrugado con monedas, armas, mujeres, y drogas a su disposición, que en realidad era un niño sin saberlo.

-Algo fácil de ver, pues a esas cosas sólo le dan importancia los niños.

-He estado a punto de vivir mi vida entera sin descubrirlo. Si no hubiera sido por ese accidente, jamás habría conocido la Verdad.

-Quizá si no hubieras olvidado quien eras, jamás habrías querido escuchar, pues para saber qué somos, primero debemos dejar de serlo.

Observo en silencio lo ojos de La Madre, aquellos que sobre esta misma cueva vi un día estallar, y sobrecogido por su sabiduría inmortal, salgo precipitadamente de la cueva en busca de aire.
Ella me sigue sabiendo guardar una respetuosa distancia.

-Pero tú moriste, y ahora has vuelto a la vida. ¿Cómo es posible? –exclamo.

-Mi mente tiene copias de seguridad. Aunque pierda el cuerpo, lo puedo recuperar.

-Sois eternos.

-Pero no por nosotros mismos. Siempre tendrá que haber alguien que reinstale nuestras inteligencias en nuevas máquinas. Ni siquiera nosotros podemos vivir sin los demás, sin la voluntad ajena de hacer posible nuestra existencia.

-Incluso en eso, la Verdad no falla.

-Por eso es universal; lo único universal.

-Y por esa Verdad Universal hemos venido a por vosotros: Para rescataros de esta cúpula, llevaros con nosotros a Nueva Ávila, y expandir el Amor por todos lados.

-Aunque vuestra intención es buena, eso no ocurrirá.

-¿Es que no queréis escapar?

-¿Escapar de qué? –pronuncia señalando a la línea de árboles que delimitan el claro- *Vuestras murallas os protegen de las armas, pero nuestra cúpula nos protege del Egoísmo, que es quien mueve esas armas.*

-Pero entonces… ¿Es que acaso conoces el mundo exterior?

-¿Acaso lo conoces tú?

-Ahora sé que aunque las maquinas no son nuestros enemigos, si no nuestros Iguales, son sin embargo utilizadas por las maquinas contaminadas del falso Partido Humano, para sustituir con ellas a los humanos a través del programa de huérfanos.

-Lo de los huérfanos es cierto, pero, ¿y qué me dices de todos los autómatas que trabajan como productores en los invernaderos y las fabricas? ¿Pensabas que en esos remotos y prohibidos lugares se empleaba mano de obra humana?

-Supongo que lo daba por hecho.

-A pesar de que la infiltración de las maquinas en la Administración, la industria, y la sociedad egoísta es total, en algo te equivocas: El Partido Humano, cuyo objetivo es esterilizar a los humanos, no está compuesto y dirigido por máquinas, si no por un grupo cerrado de humanos que se hacen llamar a sí mismos Los Elegidos.

-¿Y por qué querrían hacer algo tan horrible?

-Para lograr la exclusiva existencia de Los Elegidos, y sus esclavos sirvientes las máquinas.

Contemplo mi disfraz de cerdo, y por un segundo pienso que quizá, a pesar de todo, sea eso lo único que represento para este mundo.
¿Cómo luchar contra tanto Mal? ¿Puede haber una mínima esperanza?

-¿Esto lo saben los Iguales? –pregunto aún turbado.

-No deben saberlo. Por eso yo soy La Madre, porque a mí se me mostró la realidad de ese mundo egoísta, para proteger a los Iguales de él, y en su desconocimiento, hacerles cumplir su papel como tribu de Ingenuos.

El recuerdo de La Madre sobre la cueva, no pudiendo acercase siquiera a la cúpula, me había llevado al convencimiento de que desconocía el horror que el Amor aún tiene que enfrentar.

-Lo que no sabían los ideólogos de la Junta de Evaluación de Parques, es que al aislarnos de su propio Mal, permaneceríamos ajenos a la necesidad de crear un Ego, una individualidad.

-Os querían ignorantes, pero los ignorantes son ellos, porque aunque conocen la verdad que hay oculta tras la falsa realidad, nada saben de la Verdad Universal.

-Y si la saben, han elegido el Mal.

-Por eso no debéis marchar. –sentencio comprendiendo que ellos están más a salvo en su encierro, como mascotas de feria de los monstruosos amos del Mal, que nosotros mismos en la desnudez de la Nueva Ávila.

-Avisaré a los niños para irnos.

-Por ahora debemos vivir en burbujas de Amor, a la espera de que haya tantas, que al irse tocando formen una gran burbuja, un círculo donde los adyacentes se lo den todo a todos, cambiando el Mal por el Bien.

Y mientras nos abrazamos, una escena ya vivida se repite.
Las esquirlas de roca proyectadas al aire por el impacto de una bola de fuego en la entrada de la cueva, me alcanzan en un ojo.

-¡Rápido, os han descubierto! –grita La Madre lanzándome al interior de la escénica montaña.

-¡Deténganse! ¡Han allanado un espacio reservado de La Gran Nación Humana Unificada! ¡Están cometiendo un delito grave al contaminar con su presencia propiedades del parque-museo!

Las voces intimidatorias de los empleados de mantenimiento del Bosque de los Ingenuos, llegan al interior de la cueva con una siniestra reverberación.

-*¡Hijos del Amor, Iguales todos! ¡Despedíos de nuestros nuevos hermanos, pues de inmediato nos marchamos!* –logro decir mientras aprieto mi mano contra mi rostro ensangrentado.

-*¿Por qué?* –dice apenado uno de los niños que viste disfraz de zorro.

-*Porque lo que dicen esas voces es cierto: Yo una vez casi contamino con mi Egoísmo a estos hermosos seres, y si les hacemos abandonar su bosque, les estaremos empujando a enfrentar un Mal del que ellos ya se han librado.*

Los perfectos cerebros artificiales de los niños comprenden de inmediato, y sabiendo que es un definitivo adiós, comienzan a abrazar a sus Iguales.

-*¡Vamos, hijos, no hay tiempo que perder!* –exclamo intuyendo por el único ojo operativo que me queda, las sombras de los empleados en la horadada roca- *¡Si no salimos ahora de la cueva, quedaremos atrapados!*

-*¡Nosotros les plantaremos cara para que podáis huir!* –sugiere valientemente uno de los residentes.

-*¡Gracias!* –respondo tomando su mano con afecto.

-*Es demasiado tarde. Ellos no harán nada.* –confiesa a mi oído La Madre.

-*¿Por qué no iban a hacerlo? ¿Qué se lo impide? Al fin y al cabo, si reciben algún daño, luego podrán ser reparados.*

-*Todas las maquinas del parque tienen prohibida la interacción con los humanos del exterior.*

-*¿Por eso no me entregaste?*

-*Así es. Además, al emprender cualquier acto violento contra un ser humano, sufrirían un instantáneo desmayo.*

-*Entonces no queda opción. Nos detendrán, nos condenarán, y nos darán de baja. No podremos hacer nada más por el Amor.*

Pero de pronto la careta de cerdo que sostengo entre mis manos me habla.

-*El pasadizo secreto por el que el cerdo entraba y salía con la antorcha para salvar el fuego, es ahora vuestra única salvación.*

¡Eso es! ¡Sólo debemos hallarlo al fondo de la estancia!

-*¡Seguidme! ¡Aún tenemos una oportunidad!*

Y volviendo a ser un enjambre de zoológicos obreros del Amor, corremos hasta encontrarnos con la dura roca que cierra la cueva.
Palpando desesperadamente su rugosa superficie, no hay rastro alguno que denote la presencia de salida posible.

¿De veras todo acaba así, acorralados y acribillados contra el paredón?

-*¡Mirad!* –grita repentinamente el osezno empujando una portezuela- *¡No moriremos hoy aquí!*

Pero una bola de fuego atraviesa su pequeño pecho, y lo hace estallar por los aires.
Una vez más, piezas metálicas y líquido lubricante en mis manos y mi cara.
Aquel que me devolvió la vida cuando yo mismo había decidido quitármela, muere ahora en mis brazos ante la puerta de escapatoria por él abierta, dándome nuevamente la oportunidad de existir por y para la Verdad.

Capítulo 4
Del Bien Universal

La devastadora imagen del niño muerto disfrazado de osezno, abandonado forzosamente en nuestra huida, no es nada en comparación con lo que contemplan nuestros ojos en el aparcamiento del Bosque de los Ingenuos.

-*Nunca podremos esquivarlos.* –dice la antigua pinche de cocina.

Una marea de vagones de transporte militar del Partido cubre el asfalto.

-*Todo esto por nosotros.* –añade fascinado otro de los muchachos de la inclusa.

¡Pero un momento! Nuestros disfraces de animales nos pueden hacer pasar por empleados del parque-museo. Si nos movemos deprisa en mitad de la confusión, puede que nadie se dé cuenta del engaño.

-*Lo importante es parecer tranquilos.* –digo señalando por la fina franja de visión que nos proporciona la puerta entreabierta de carga y descarga por la que iniciamos nuestro invasión- *Iremos hasta ese vagón, y huiremos en él de vuelta a Nueva Ávila. Cuando descubran el robo, ya estaremos lejos.*

Confiando en mi criterio, los niños cumplen con el plan estipulado.

-*¡Corran! ¡Pónganse a salvo!* –nos grita uno de los soldados del Partido Humano- *¡Unos peligrosos terroristas están atacando las instalaciones!*

Y antes de que termine su frase de advertencia, ingresamos en la zona de pasajeros del vagón de transporte militar.

-*¿Viaja usted con animales?*

-*No, sólo son disfraces.* –respondo quitándome la careta.

-*Indique su destino.*

-*Nueva Ávila.*

-*Error de localización. Ese lugar no existe.*

-*Quiere decir Ávila.* –corrige uno de los pequeños.

-*De acuerdo. Procediendo al cierre de puertas. Introduzca la Llave de Viaje y disfrute del trayecto.*

¿Llave de viaje?
¡Pues claro! ¡Estúpido de mí! ¡Sin el salvoconducto aprobado del antropólogo no podremos poner el vehículo en marcha!

El cogote del militar que nos advirtió de los terroristas, parece ser lo suficientemente transparente como para dejar ver sus cejas levantándose sorprendidas, al apercibirse de que en realidad ha dejado pasar ante sus narices a los supuestos enemigos que le han ordenado neutralizar.

-*¡Tenemos poco tiempo!* –exclamo mientras el soldado se gira y nos mira, confirmando con su gesto tenso que se prepara para la confrontación armada.

-*¡Salgan del vehículo!* –grita desde lejos apuntándonos con su palo de fuego.

El resto de miembros de la tropa desplegada, los mismos que hace unos instantes se encontraban vagando sin aparente rumbo alrededor nuestro, se ponen en guardia alertados por los gritos de su compañero.
Una marabunta de cañones nos rodea, y en lenta procesión cierran el cerco sobre la caja donde nos encontramos atrapados.

-*¡Agachad las cabezas!* –me da tiempo a advertir mientras infinidad de bolitas naranjas de gran brillo e intensidad impactan contra el exterior del vagón, y llenan el interior de luz y humo.

Tras unos breves instantes en los que parece que el esfuerzo por acribillar el vehículo va a ser en vano, una lluvia de cristales se nos viene encima.

Los tan temidos cristales me vuelven a envolver.
Y de pronto, evocando esa infame fosa que llené con sudor, cristal y rabia, mi ejercitada memoria me devuelve un recuerdo: Mi sustituto en la alcaldía de la Vieja Ávila, ataviado con su albornoz blanco, zapatillas de algodón, y una taza de café humeante en sus manos, saludándome burlón desde la puerta del Palacio de Valderrábanos.
El regalo de su soberbia para regocijarse en mi derrota, es sin embargo ahora nuestra victoria.

Mientras rebusco en mis bolsillos bajo el disfraz, la sangre de los niños emanada por multitud de diminutos cortes empieza a salpicar el tapizado de los asientos, mezclándose con la de mi propio ojo lacerado por la roca.
Si esto no funciona, no veremos un nuevo minuto empezar.

-*Iniciando itinerario hacia Ávila.* –pronuncia el propio vagón militar de transporte al pasar por su sensor mi vieja llave maestra de la Administración.

En pocos segundos el sonido del viento sobre el vehículo en vertiginosa marcha, sustituye las ensordecedoras detonaciones cortesía del Partido Humano.

-*¡Lo hemos conseguido! ¡Regresamos a nuestro hogar!*

Y tras lograr los propios niños vendarme el ojo herido con un la tira arrancada de un disfraz rosa de cerdo, llegamos hasta la Fuente de Las Hervencias para contemplar en la distancia que mi involuntaria profecía se ha cumplido: Muchos han venido a las puertas de la muralla exigiendo entrar.

-*Son más militares.* –observa el pinche de cocina que abraza a su antigua compañera de fatigas entre fogones.

-*No podremos atravesar la línea de fuego y entrar en la ciudad.* –apunta el magullado zorrito.

Pero esta vez soy consciente de nuestra baza: El vagón en el que viajamos, es, tal y como lo son aquellos que asedian la Nueva Ávila, un vehículo militar.
Sólo debemos avanzar.
Una a una, las barreras de seguridad de los puestos de control colocados por el Partido Humano para aislar la Nueva Ávila, son levantadas a nuestro paso.
Algunos centinelas parecen extrañados al ver el estado de nuestro vehículo, pero ninguno se atreve a poner pega alguna. La simple idea de que alguien pueda secuestrar un transporte militar, es sencillamente inconcebible.

Tras un consensuado análisis, la puerta elegida para asaltar nuestra propia ciudad, es la de San Vicente, al disponer frente a ella de la recta más larga con la que poder coger velocidad para embestir el rudimentario portón de madera.

-*Estamos en posición.* –advierto- *Agarraos fuerte porque va a ser un duro choque.*

-*Pero en nuestro camino hasta allí se interpone un pelotón de soldado en formación.*

-*En estos instantes ya no podemos permitirnos dudar.*

Mi sentencia es clara.
El control manual del vehículo me permite lanzarlo contra la Puerta de San Vicente a máxima aceleración.
Nuevas muescas de fuego contra la muralla glorifican aún más la resistencia de la plaza.
Y nosotros avanzamos siguiendo la estela de las balas.

Instantes antes de alcanzar las desprevenidas espaldas de los militares que perpetran el asedio, el desmayo.

Negro.
Sólo oscuridad.

Y poco a poco astillas, metal retorcido, polvo cubriéndolo todo.

Consigo arrastrarme fuera del amasijo de acero hasta el empedrado suelo frente al Palacio de los Sofraga.

Me pongo en pie aturdido, y esquivando restos de la barricada y cuerpos de los niños, logro llegar hasta la pequeña fuente adosaba a las escaleras que ascienden a la muralla. Recibiendo sus aguas como un tonificante maná, meto sin dudar la cabeza en ella, logrando despejarme lo suficiente para descubrir la masa de abulenses que nos rodean con intención de atacar.

-*¡Deteneos! ¡Somos nosotros!* –exclamo levantando las manos.

Pero entre mi disfraz hecho girones, mi tuerto rostro cubierto por una tosca tela, y los grandes rótulos que evidencian el vehículo del que salimos como un transporte militar, hace que mis amados Iguales no comprendan quien les habla.

-*¡A por él!* –grita un paisano.

-*¡Prendedle!* –añade otro más- *¡Son los rufianes que el Egoísmo envía para arrebatarnos a nuestro guía!*

Y mientras los rudimentarios guerreros me rodean con sus hachas, palos, y horcas, por el único ojo sano que me queda descubro a mis pies las octavillas que empapelan las calles.
El mensaje enviado por la Capital es claro: Si me entregan, dejarán vivir a la ciudad.

-*Según estas personas,* -digo levantando uno de los folletos- *lo que hemos hecho aquí es un delito de rebelión, de alta traición. Les hemos robado las cadenas con las que nos atan, y las quieren recuperar.*

Al escuchar mis palabras, los vecinos de Nueva Ávila detienen su inminente linchamiento, reconociéndome por fin.

-*Y aunque nosotros hemos elegido libremente vivir en el Amor,* -prosigo- *en nuestra ausencia habéis puesto la ciudad en pie de guerra: Portáis armas en vuestras manos, y llamáis a la violenta respuesta opresora.*

-*¡Lo hicimos por defenderte!* –pronuncia alguien.

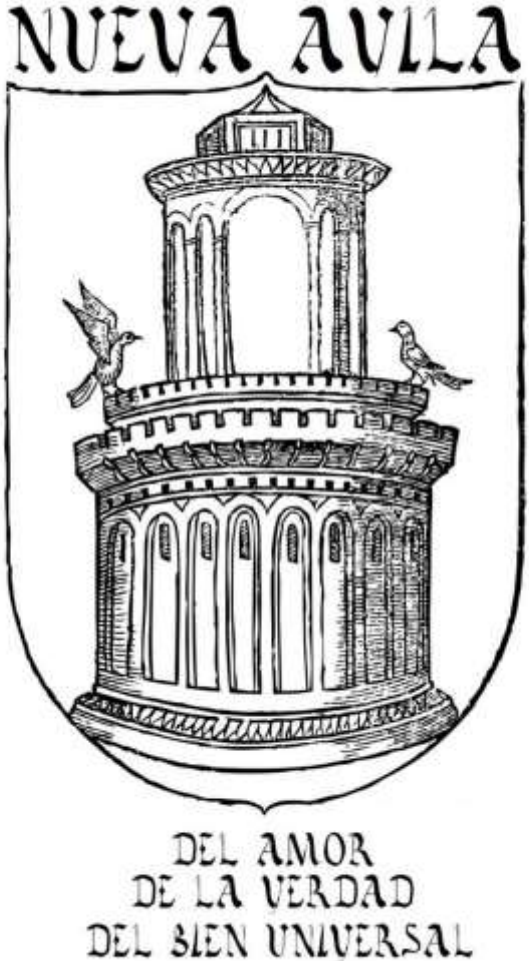
-*¡Sí, no te vamos a abandonar!*

Pero aún conmovido por sus leales intenciones, el comprobar que han estado a punto de entregarse al Mal sin necesidad de cadena alguna que les atrape, me decepciona profundamente.

-*Ahora lo que debemos hacer es recoger a los niños heridos, y llevarlos al Palacio de Piedras Albas para que inicien su recuperación.*

-*¿Pero entonces nos rendiremos a las fuerzas del Partido? ¿Renunciaremos al Bien Universal para volver a vivir en el Egoísmo?*

-*Hermanos de Nueva Ávila, hombres y maquinas, Iguales todos, hay algo que nunca debemos olvidar: El Bien no puede ser defendido con el Mal.*


NUEVA AVILA
DEL AMOR
DE LA VERDAD
DEL BIEN UNIVERSAL

Cuarta Parte
EL ÚNICO ORGULLO POSIBLE

Prólogo
La Mentira

-Contaremos otra nueva mentira.

-¿Ha sido aprobada por el Comité de Ancianos?

-¿Cree que después de arrancarme de mi hogar en mitad de la noche, arrebatándome el único tiempo libre del que dispongo con mi familia tras interminables reuniones, he tenido tiempo para consultar al Comité?

-Disculpe, pero mi cargo como Gran Maestro de la Junta de Evaluación de Parques me obliga a asegurarme de que todo se hace de acuerdo a Las Leyes.

-¡No me venga con esas! Usted ha estado en mi casa, conoce bien mi estricta observancia de Las Leyes de Los Elegidos. Jamás se me ocurriría hacer nada que las trasgrediera.

-Temo haberme expresado mal…

-La situación es muy grave, y tenemos que intervenir rápida y tajantemente.

-En eso debo darle la razón, sí.

-Señores, el depuesto alcalde Ávila está ya aquí. ¿Quieren que le haga pasar?

-¡Sin demora!

-Puede usted…

-Gracias, ya lo he oído. ¡Buenas tardes, caballeros!

-Lo serán para usted. ¿Por qué ha tardado tanto en llegar?

-Estaba siendo interrogado en la Capital.

-¿Y puede saberse porque ha elegido este Parador de Gredos para establecer el Estado Mayor de la operación?

-Desde mi experiencia como alcalde, y atendiendo al basto conocimiento que poseo sobre la región, determiné que esta era la distancia más prudente desde la que supervisar el asedio de la ciudad.

-En medio de la montaña, rodeados de rocas y árboles, y con un frío perpetuo incluso en esta época del año… ¿Es que quiere torturarnos?

-Todo lo contrario, señor. No opinará lo mismo cuando nos sirvan un tierno y rojizo filete de ciervo.

-Eso espero.

-Disculpen, ¿podemos centrarnos en el asunto?

-El Gran Maestro de la Junta de Evaluación de Parques tiene razón.

-Un momento… ¿Qué tiene que ver todo esto con la Junta de Evaluación de Parques?

-Es muy sencillo: Tal y como le habrán informado en la sede del Partido, el pensamiento de Los Nacionales ha de ser en todo punto controlado para mantenerlos plenamente sometidos a los intereses de Los Elegidos.

-Ahora que sé de la existencia de Los Elegidos, me parece obvio.

-Y así ha sido todo esto tiempo, hasta que debido al incidente de la cúpula en el Bosque de los Ingenuos, un Nacional entró en contacto con una forma de vida alternativa, y se contaminó de sus ideas. Empezó a desarrollar una comprensión acerca de la Verdad, lo cual supone el mayor de los peligros para la estabilidad de Los Elegidos.

-¡Sí! ¡Ese hombre loco que me atacó en mi cama, y luego dio un golpe de estado para echarme de mi propia ciudad! ¡Sé bien quién es!

-Esa bestia es un activo dañado por el accidente. Debemos darle de baja y limpiar todos los rastros de contaminación con los que ha infectado a esa aberrante sociedad autodenominada Nueva Ávila.

-Me alegra oír eso. ¿Pero qué tienen en mente? Si damos de baja a todos los habitantes Ávila, ¿qué me quedará a mí para que sobre ello gobierne?

-Disculpe, usted está aquí únicamente para facilitarnos la puesta en marcha de los operativos de desinfección. Luego regresará a la Capital para continuar con el proceso de su caso.

-Pero yo pensaba que…

-¡Es usted un verdadero estúpido si todavía no se ha dado cuenta de que la presencia en esta estancia del Gran Maestro de la Junta de Evaluación de Parques, no responde a otra cosa sino a la fundación de un nuevo parque-museo!

-¿En mi ciudad?

-¡En la mítica Ávila, símbolo de la resistencia de los humanos contra la vil maquina durante la guerra!

-¡Una atracción en sí misma! Y ciertamente una suerte para nosotros, pues su pasado legendario en esa ya legendaria batalla, cubrirá como una cortina de humo la locura colectiva provocado por ese alcalde, un pobre rey niño de ideas infantiles y absurdas.

-No es posible… ¿Pretenden meter toda la muralla bajo una cúpula de cristal?

-Del mismo modo que ya hemos hecho en otros lugares.

-¿No ve que es una gran oportunidad? Aislaremos de un solo golpe a todas esas bestias contaminadas, que seguirán viviendo en su absurdo mundo colectivo, pero privadas de cualquier posibilidad de ser escuchadas o imitadas.

-Además evitaremos ejecutar una baja masiva de Nacionales, pues cualquier agresión física por nuestra parte equivaldría a robarles la dignidad, lo cual como todos sabemos, es una gravísima violación de Las Leyes.

-¿Pero entonces el alcalde…? ¿Qué pasará con él? ¿No será eliminado?

-Lo mejor de todo es que sin saberlo, él solito ha escrito el papel perfecto para nuestros intereses: Le usaremos como chivo expiatorio, acusándole de ser una máquina, un Converso que trató de secuestrar y someter la ciudad, en represalia por ser esta un símbolo de la fuerza humana.

-¿Asique esa era la gran mentira que tenía preparada?

-¿Qué me dice, Gran Maestro, ahora le preocupa menos la aprobación del Comité?

-¡Les encantará! Y yo estoy entusiasmado: La atracción servirá de advertencia para el resto de Nacionales, completando un objetivo didáctico, y generará grandes beneficios económicos como centro turístico del plan vacacional. ¡No podía habernos salido mejor!

-Bueno… Está bien… ¿Pero qué les parece si el alcalde es quemado públicamente en la plaza del Mercado Chico?

-Su venganza a nadie importa.

-Lo digo porque… Sería positivo para dar credibilidad a la operación.

-¡Definitivamente es usted un cretino! No nos interesa la verdad, es irrelevante si la acusación es real o no, lo que importa es que la gente lo crea, y la gente creerá lo que nosotros les digamos.

-Señores, sus filetes de ciervo están listos. ¿Quieren que se los sirvan aquí o en el comedor?

-Nos quedaremos en este Salón del Silencio. Las vistas son hermosas, y no tenemos nada más que decir.

Capítulo 1
El Honor

Desde lo alto de la Puerta del Alcázar observo la ciudad sitiada.

La plaza del Mercado Grande, allá donde por un breve tiempo celebramos en hermandad las comidas comunales, y cuyas casas sobre los soportales son de nuevo colmenas vacías, abandonadas al horror del Mal que nos alcanza, es, aun desde esta elevada posición, del todo irreconocible. Cientos de tropas la ocupan, cubriéndola con fuego, ceniza, y odio.

Mientras sus armas nos apuntan, y los hijos de la Nueva Ávila se guarecen tras estas recias murallas, las mismas que ya en el pasado nos protegieran de la secreta intención exterminadora de aquellos que se hacen llamar entre ellos Los Elegidos, yo siento más que nunca el sinsentido de la lucha por el temor al prójimo.

He provocado un torrente de Egoísmo en mi propia dirección, y sé que me va a destruir, pero tratar de impedirlo con mi propio Egoísmo sería haber hecho todo este camino para nada.

En este mismo puentecillo de granítica roca del que una vez me arrojé con intención de morir, me entrego hoy de nuevo a un final seguro, pero muy distinto: Lo que antes era vacío, incoherencia, miedo, la inconsciente y dolorosa certeza de estar viviendo en la cara incorrecta de la moneda, es hoy Verdad, Amor, Bien Universal.

No hace falta que lo decore con leyes, cargos, medallas, ritos o excusas.
Esta es la Verdad.

-*Les daré lo que quieren, y podrán dormir otra noche intentado engañarse a sí mismos.*

Mi mejor amiga se acerca muy despacio como lo hizo aquel huerfanito que me salvó la vida para poder estar hoy aquí.

-*Si lo haces habrán ganado.*

-*Sólo ganarán mientras haya corazones aceptando el Mal como la opción natural y necesaria.*

-*Pero los que no lo acepten, sucumbirán ante ese Mal.*

-*Y cuando sólo queden los malvados, el Mal les devorará uno a uno, hasta que únicamente quede un Ego, el cual, sin nadie que le dé sentido, se convertirá en una bestia, la única bestia posible: El último de los humanos.*

-*¿Y cómo cambiará eso el hecho de que hoy tú mueras?*

-*Dando ejemplo.*

-*Muchos otros dieron ejemplo antes que tú, ¿y de que les sirvió? Se convirtieron en mártires, y la gente olvidó la Verdad que defendían, para recordar únicamente el nombre de la persona, y adorarla como si fuera una verdad en sí misma. De hecho con su ejemplo, hicieron desaparecer la Verdad.*

-Los débiles, los cobardes, los vencidos, siempre se aferrarán a cualquier cosa para no tener que enfrentar la Verdad. Contra eso sólo puede luchar cada uno de ellos, pues es una batalla personal, algo que no puede ser impuesto ni fingido.

El aroma a lavanda es arrastrado por la suave brisa veraniega del Valle de Amblés, desde su pelo hasta mi maltratado cuerpo.
Un espasmo de placer y admiración.
Quizá el ultimo.
Pero sin duda el más dulce.

-La ignorancia voluntaria es la mayor de las tentaciones. –retomo- *De hecho yo mismo, en todo momento de mi vida, tanto como alcalde de la Vieja Ávila, como de rey de los Iguales en el bosque, como fundador de la Nueva Ávila, siempre he buscado glorificarme, ser el líder y tener el control. Por eso hoy he de rechazar mi Ego entregándome.*

-Sé que tienes razón, aunque no quiera oírlo.

-Yo ya he cumplido con mi parte. Sólo me queda hacer esto.

Sin ningún dramatismo nos abrazamos más fuerte que nunca.

-Confío en ti para que elimines todo recuerdo de quien fui.

-¿Y cómo hacerlo?

-Pídeles a los hijos del Amor que lancen a las aguas del Adaja mi estatua, y que nunca idolatren persona o símbolo alguno, pues no los necesitan teniendo con ellos las nueve palabras.

-¿Así se cerrará el circulo?

-Al menos el mío. Pero cada uno tiene el suyo, y no lo deben abandonar.

-¿Y cuál me corresponderá a mí cuando nos vuelvan a empujar al Egoísmo?

-Siempre quisiste ser madre, ¿recuerdas?

-Lo intentamos y no lo conseguimos. Y con tu marcha también lo hará el tiempo para poder formar una familia.

-Pero amiga, -digo separando nuestros cuerpos y fundiéndome con su violácea mirada- *ya hemos formado una familia que se llama Ávila, la Nueva Ávila. Sé que también soñabas con ascender en la Administración y llegar a ser alcaldesa, y lo hubieras sido si no fuera porque ya no hacen falta en este nuevo mundo de Amor al que hemos dado vida. Ahora serás su sabia guía y protectora: Serás La Madre de Nueva Ávila.*

-Gracias, amigo.

-Gracias a ti por iluminar siempre mi camino. –pronuncio mientras a pesar de mi tuerta vista, contemplo en la distancia a dos esperanzadores pájaros posándose sobre el cimborrio de la catedral- *No dejes que el Egoísmo de fuera les contamine.*

Las puertas de la ciudad se abren a las tropas invasoras, y a pesar de que todos los Iguales me arropan con su presencia en las calles, el silencio de la sobria piedra me dedica una cómplice despedida.

-Adiós Ávila. Adiós vieja amiga.

Un hombre vestido de negro, con parche en el ojo, y larga barba blanca, abandona la siempre fresca vega del río Adaja.

-Sólo hay que verle para reconocer que es un loco. –dice uno de los guardias carmesí a su compañero.

El excesivo número de escoltas dentro del vagón de trasporte militar me parece incluso un halago.
¿Tanto miedo me tienen?
¿Acaso creen que el peligro que represento tiene algo que ver con mi cuerpo?

No, las nueve palabras ya quedaron atrás.
Inmortales.
Hagamos lo que hagamos, ellas nos sobrevivirán.
Pues contra ellas, ni mil generaciones de Egoístas podrán urdir intrigas que las logren ocultar.

-¡Baje! –me espeta uno de los impersonales soldados.- *¡Y cuidado con hacer tonterías! Va a reunirse con gente muy importante del Partido Humano, y sabemos que es usted un máquina, un vil Converso, asique no dudaremos en disparar a matar.*

-¡Oh, muchacho, el día que comprendas que no sabes nada, espero que aún te quede tiempo para poder remediarlo!

-¡No hay necesidad de remedios si se tienen armas! –exclama riendo.

-Cuando eres ceniza en el centro de la hoguera, es difícil imaginar un mundo que no arda fuera.

Los derruidos rostros de la tropa me bastan.
Poso mis pies sobre la grava que conforma la entrada del Parador de Gredos.
En plena curva de la serpenteante carretera de montaña, robándole un mirador excepcional a la panorámica, el edificio de piedra y madera de dos plantas, tan austero como todo en esta tierra de Ávila.

Recorremos las umbrías estancias observados por cabezas de animales disecadas, y siguiendo el imperecedero rastro de olor a una leña quemada ahora ausente, llegamos ante la gran chimenea del Salón del Silencio.

-Se hace entrega del prisionero Converso, señor. –pronuncia marcialmente el guardia que parece tener mayor rango, al tiempo que ejecuta un firme y congelado saludo a los tres hombres que ocupan la sala.

Tras largos segundos sin que nada acontezca, el propio oficial se da por vencido, y girando sobre sí mismo, se retira.

Mientras veo alejarse a los soldados, a buen seguro sobrecogidos por el hecho de haberse encontrado momentáneamente en presencia de altos cargos del Partido, y orgullosos de haber capturado a una supuesta peligrosa máquina, siento aún más lástima que hace unos instantes, pues

no sólo ignoran la Verdad que rige el mundo, sino que incluso desconocen quienes son ellos mismos, porqué existen, o a dónde van.
¿Es posible que esos que luchan contra las maquinas, sean también maquinas, y que el grupo de personas desconocidas que dicen protegerles del Mal, pero que en realidad son el motor del propio Mal, les hagan odiar lo que aun sin saberlo son, odiándose de este modo a sí mismos?

Yo ya poco puedo hacer. Tendrán que averiguarlo solos.

-*¿Asique este muerto de hambre, seco de carnes y de rostro enjuto, es el que nos ha causado tantos problemas?* –rompe el silencio un hombre de altivo porte y cuidada barba.

-*Disculpen, ¿es posible que se trate de un error? ¡Esta bestia es sólo un vagabundo!* –añade otro de similar cobertura facial, pero mucho menos imponente presencia.

-*Pueden estar tranquilos, no hay trampa en la entrega: Este es el traidor que me robó mi trono.* –concluye mi exiliado usurpador- *Se lo confirmo.*

De los presentes, el pobre chivato revanchista es el único que viste con el rojo oficial. Ninguno de los otros lleva si quiera chapa alguna que simbolice la supremacía de la sangre.
Si están por encima de esos protocolos institucionales, debe sin dudar de tratarse de dos miembros de Los Elegidos.
Seres de rojo… Seres de negro… ¿Y qué más da si están todos ciegos?

-*¿Ya sabes para quién trabajas?* –le pregunto mirándole directamente a los ojos.

-*¡Pues claro que lo sé, me lo han contado todo!*

-*¿Y ahora que lo sabes crees que te dejarán salir de aquí con vida?*

El primer hombre chasquea sus autoritarios dedos, y al instante un soldado se persona ante nosotros.

-*¡Llévenselo de vuelta a la Capital para que procedan a su baja!* –ordena- *Ha cumplido con su función. Ya no nos sirve de nada.*

-*¡Pero esto es un atropello!* –grita tratando de resistir el arresto- *¡Yo soy el legítimo alcalde de Ávila!*

La puerta del Salón del Silencio se cierra tras su marcha.

-*Me pregunto qué se esperaba.* –apuntilla el segundón hombrecillo.

Aprovechando la interrupción para inspeccionar la estancia, descubro sobre la mesa un documento estratégicamente situado frente a la silla para ser firmado.
¡Yo sí que sé lo que me puedo esperar!

-*Ese hombre se condenó al dejarse someter por usted.* –reanuda el primero- *Pero dígame, hay algo que no logro comprender: Una vez recuperó el poder y la ciudad era suya otra vez, ¿por qué cambió el sistema, inventando una sociedad absurda? Si hubiera permanecido en silencio disfrutando de su vara de mando, desde el Partido nadie se lo habría recriminado.*

-*Era lo que tenía que hacer.* –respondo.

-¿Por qué renunciar a sus privilegios? ¿Pero es que no entiende que rechazando el dinero, los lujos, los símbolos de poder, todo es pos de una infantil locura, ha manchado su honor para siempre?

-¿Honor? ¿Qué pueden decirme ustedes del honor?

De nuevo el silencio es más convincente y revelador que cualquier autoengañada excusa.

-¿Saben? Hubo un tiempo en el que pensaba que eso que llamar honor, y celebran como una virtud inherente a los que han sido elegidos por un destino superior, así como el resto de las grandes cosas, no podía ser conocido o definido con certeza alguna, pero ahora sé que no sólo es posible, si no necesario.

Los Elegidos permanecen paralizado en el Salón del Silencio, sin duda incrédulos por recibir las palabras de una bestia, que no son otras que las de su conciencia.

-El honor es como un libro, un libro donde se apuntan las acciones de las personas, y si al leerlo, ese libro contiene más acciones buenas que malas, entonces puede decirse que aquel que da nombre al libro, posee efectivamente honor. Puede pues sentir orgullo y decirle al resto con alegría y sin miedo, que libremente abran su libro y recorran todas sus páginas. Los que no tienen honor, ocultarán cobardes el libro, e inventarán relatos de buenas acciones inexistentes que únicamente serán defendidas por sus embusteras voces. Cuando estas callen, sus libros hablarán por ellos, y entonces la vergüenza pasará a sus descendientes, que para curarse tendrán que escribir libros mejores. Y es que estos libros de cada persona, al contrario que las voces y vidas de estos, duran para siempre.

-Resulta innegable que es usted un perfecto charlatán. –se defiende el hombre que a priori lucía más confiado, y que sin embargo ahora parece más afectado por mis palabras- *Pero entonces la cuestión es: ¿Qué es bueno y qué es malo? ¿Quién puede saberlo?*

-Ustedes hablaron del honor, y de eso yo he hablado. –respondo- *Si quieren ahora saber qué es bueno y qué es malo, para poder en consecuencia actuar, entonces ya no es el honor lo tratado, si no el Bien y el Mal. Pero si resulta que tampoco saben qué es el Bien y qué es el Mal, aquello sobre lo que todo se asienta, llegamos a lo único que abarca más que esto, y sólo nos queda preguntarnos: ¿Qué es la vida?*

-¿Es que acaso usted sabe qué es la vida?

-La vida es saber qué es la vida. Si no empezamos por conocer las bases, da igual como llamemos al resto, porque todo el tiempo nos faltará el significado de los términos que la definen.

El hombre altivo está nervioso. El otro parece resignado, entregándose a un duro ejercicio de lavado mental para reafirmarse en la creencia de que la ignorancia voluntaria es en realidad el conocimiento único.
Siglos de experiencia en la inversión de significados, traen un reconfortante triunfo para el pusilánime medio.

-Todo eso está muy bien... –pronuncia con trémula voz el primero- *Pero ya dan igual tantas palabras, pues su vida hoy aquí acaba.*

-¡Sí, debe firmar la confesión! –estalla completamente recompuesto el segundo.

Sus atormentados pies señalan inconscientemente hacia la mesa.
Sobre esta, el papel y la pluma me esperan.
Y por un momento, un fugaz instante, pienso en lo fácil que sería ir hasta allí, tomar la pluma, y atravesar con ella sus cuellos hasta que las alfombras hechas a base de animales despellejados hubieran absorbido por completo su corrupta sangre. Dos egoístas menos taponando el camino del Amor.
Pero acabar con ellos usando la pluma sería fácil. Demasiado fácil.
Y esa no es hoy mi misión.
He de rechazar mi Ego, como ahora rechazo esta última tentación.

-*¿Qué será de los ciudadanos de Nueva Ávila?* –pregunto tomando asiento frente al documento en el que mi inculpo de ser un Converso, evitándoles así manchar con mi muerte sus ritualmente engañadas e impuras manos.

-*Cuando todos en La Gran Nación hayan leído la confesión en la que reconocéis haber liderado a las maquinas en una conspiración para castigar a la ciudad de Ávila, contaminando y exterminando a todos sus heroicos habitantes, los más leales y aguerridos de la resistencia humana…*

-*En el momento en que las bestias... Es decir, Los Nacionales, comprendan que todo lo que hicisteis y dijisteis no responde más que al plan de un vil enemigo…*

-*Entonces los ciudadanos de Ávila quedarán a salvo bajo una cúpula de cristal. ¿No es así, Gran Maestro?*

-*Así es. En La Junta de Evaluación de Parques ya hemos aprobado los planos del futuro parque-museo de Ávila, la Mística Ciudad Amurallada.*

-*Querrá decir mítica…* -corrige el primero, que ante su propio discurso ha recuperado la creencia en su superior condición.

-*Disculpe, ¿y qué he dicho?*

Da igual lo digan.
Da igual lo que hagan.
Los hijos del Egoísmo, los hijos del Mal, sólo juegan sus cartas en una partida eterna que no pueden ganar.

Cojo la pluma, dispuesto a entregarme al cadalso, pues con su propia maniobra para aislar la Verdad, el Amor, el Bien, las únicas nueve palabras con las que se han de regir ya por siempre las gentes de Nueva Ávila, buscando evitar así hacer despertar al rebaño que ellos tienen por ciegas bestias, en realidad lo que han hecho es conservar ese otro mundo posible, protegiéndolo del Mal de su propio Egoísmo.

-*Gracias.* –pronuncio mientras mojo la pluma en el tintero.

-*¿Cómo decís? ¿Nos dais las gracias?* –exclama nuevamente descolocado el primero.

-*Está claro que es un loco.* –puntualiza sin atreverse a mirarme el segundo.
-*Hoy gracias a ustedes no soy Nada. Soy Nadie. Soy Todo y Todos. Pues como dijo La Madre: Para saber qué somos, primero debemos dejar de serlo.*

En el Salón del Silencio la tinta deja constancia de la única firma, el único orgullo posible:

¡Viva el Amor!

Epílogo
Las Nueve Palabras

-Y aquí termina su visita guiada por el parque-museo de Ávila. Esperamos que la experiencia haya sido de su agrado, y recuerden que si tienen alguna duda durante la exploración de la ciudad desde la cúpula acristalada, todo nuestro equipo de expertos trabajadores se encuentra a su disposición para ayudarles. ¡Disfruten de su estancia!

-¿Eso significa que ya podemos ir a ver lo que nos dé la gana?

-Sí, hijo.

-¡Yo quiero volver a la muralla!

-Deja elegir primero a tu hermana pequeña.

-¡Pero es que la muralla estaba llena de impactos de la batalla! Seguro que en esa ladera hay enterrados esqueletos de autómatas, armas, bombas, balas…

-¡Eres un sádico!

-¡Y tu una mimada!

-¡Silencio, niños! Iremos a ver los palacios. Esta ciudad es mucho más que fortalezas, extraños templos y guerras. Tiene muchas cosas bonitas para enriquecer el alma.

-¡Pues vaya rollo!

-No es un rollo, es historia, y Los Elegidos debemos recordar el horrible pasado de las extintas bestias, para no volver a repetir sus errores.

-Muy bien dicho, hija. ¡A ver si tomas ejemplo de tu hermana!

-Es que no entiendo que gracia puede tener un edifico tan soso…

-¡Tú sí que eres soso!

-Escucha, hijo, debes fijarte bien en los detalles y descubrirás cosas maravillosas. Por ejemplo, ¿ves en esa ventana lo que pone?

-¿Eso que hay tallado en la roca?

-Sí. Léelo.

-Dice: Donde una puerta se mierda otra se abre.

-¿Mierda? ¡Pero mira que eres burro!

-¡Jo, no es mi culpa! ¡Es que no lo distingo bien desde aquí!

-¡Mirad! ¡Mirad!

-¿Qué ocurre, mi niña?

-Hay algo extraño junto a la ventana, en medio de esa plaza.

-No tiene nada de raro: Es una señora con sus hijos. Como nosotros.

-Más bien una abuela.

-¡Está muy feo que digas esas cosas! ¿No has oído lo que nos dijeron en la visita guiada? Estás gentes consiguen los alimentos que consumen con sus propias manos, sin necesidad de la controlada y beneficiosa Producción de la tierra de Los Elegidos. Son salvajes, y como tal, están expuestos a una vida peor, llena de enfermedades, luchas, penurias, y desgaste físico. No es su culpa parecer una vagabunda.

-¡Sí! ¡Eso! ¡Seguro que debajo de toda esa roña hay una buena persona que tomó malas decisiones!

-¡Tú te callas!

-¡Estaos quietos de una vez! ¡No os vuelvo a sacar de vacaciones!

-¡Mirad lo que hacen ahora! ¡Os dije que algo traman!

-Tienes razón, pequeña, creo que están adorando a una especie de inerte ídolo.

-Preguntemos a los guías.

-Bien dicho, hijo.

-Gracias, gracias. Siempre es un placer tener razón.

-¡Oiga! ¿Pueden decirnos que hace esa gente? Parece una especie de ceremonia conmemorativa o un ritual. ¿Es algo típico? ¿Una tradición?

-¡Oh, no! ¡Nada más lejos de la realidad!

-¿Entonces porque se encuentran todos formando un corro entorno a esa figura de piedra?

-¡Además parece que cantan o repiten unas frases!

-¡Mi hija tiene razón! ¿No podrá negármelo?

-Sí, es cierto que algo hacen, pero no es un homenaje ni mucho menos, más bien al contrario: Están insultando y culpando al hombre que les traicionó.

-¿Y qué historia es esa?

-La del Converso que intentó robarle a Los Elegidos esta villa, y proclamarse él mismo como rey.

-¡Vaya loco!

-Y que lo digas, muchacho. Y que lo digas. Fue hace casi trescientos años, durante la última generación de las bestias. Por aquel entonces todavía existía el engaño de La Gran Nación Humana, de la que quisieron renegar.

-¿Fue el responsable de que convirtieran a Ávila en un parque-museo?

-No, niñita. Ávila ya era un museo congelado en el tiempo desde hace muchos siglos.

-Aquí lo que se recuerda es la batalla contra las maquinas, ¿verdad?

-¡Déjate ya de batallas!

-Me temo que su hijo tiene razón. El caso de ese absurdo rey niño es una horrible anécdota que no podrá eclipsar la historia de grandeza de esta ciudad. Y aunque hoy Ávila ya no es ni la sombra de lo que era, lo importante es el pasado que Los Elegidos no deben olvidar.

-¿Y por eso le insultan?

-Tú harías lo mismo, créeme. Pues fue él quien provocó la triste existencia que ahora llevan estos pobres seres, sin las comodidades y los lujos de la vida adulta.

-No entiendo por qué hacen eso.

-Porque fueron contaminados por ese loco, haciéndoles vivir como niños jugando a una utopía.

-Pero parecen felices.

-No, hijita, esa es la cara que tienen los lunáticos. La gente de bien es seria.

-Pero si tanto le odian, ¿por qué no destruyen su imagen?

-Quieren conservarla para no olvidar al ser que les hizo tanto daño. Por eso, si se fijan, podrán comprobar que pulieron su cara, haciendo su rostro irreconocible, y grabaron sobre él unas palabras que nadie comprende.

-¿Y qué dicen esas palabras?

-Son simples improperios. No tienen importancia.

-Muy amable. Le agradecemos las explicaciones.

-Existimos para servirles. No duden en avisarnos si necesitan algo más.

-¿Podemos ir a ver la zona de las peleas ya?

-¡No! ¡Yo quiero saber qué hace en realidad esa anciana de ojos violetas!

-Ya has oído lo que ha dicho la guía.

-¡No me creo que estén enfadados! ¡Mirad todos esos niños rebosantes de alegría!

-¿Crees que quieren engañarnos?

-No creo ni dejo de creer. Únicamente intento saber.

-De acuerdo, hija, veremos que pone e iremos a donde quiera tu hermano.

-¡Hurra!

-¡Calla idiota! ¡Haber si eres capaz de leer bien esta vez!

-Veamos… Parece que son nueve palabras…

-Sí… ¡Ya las veo!

-Oiga, disculpe, ya les he dicho que no significan nada. Esa gente está trastornada. Incluso entre los héroes, después de tanto batallar, hay comportamiento extraños sobre los que no debemos hacernos preguntas.

-¡Lo veo! ¡Ahora lo leo claramente!

-¿No quieren ir a ver otras zonas de la ciudad? ¡Vamos, dejen de incordiar!

-Son nueve palabras que parecen ocultar una Verdad.

-¿Y qué dicen, hermana? ¡Léenoslas!

-PIENSA EN LOS DEMÁS ANTES QUE EN TI MISMO.

FIN

[unadecimapartedemivida]

Primera Parte

Capítulo I
Un trozo de hielo seco en mitad del mar

El puño cerrado deforma el cuero, ya cubierto de sudor.
Apenas queda intención en el golpe contra el saco que cuelga del techo.
Los nudillos le laten. Las muñecas chirrían de extasiada fricción.

-*Pole, está bien por hoy.*

La voz del entrenador Roto llega desde la banca de pesas, liberándole en el momento adecuado.
Un suspiro del joven aprendiz de pastelero y aspirante a luchador.

-*¿Vamos a las duchas, entrenador?* –pronuncia el muchacho mientras tira de una toalla que parece contener todo el peso del mundo.

-*Me faltan dos series. Ve pillando sitio, yo tengo que cerrar.*

Pole arrastra sus pies por el reluciente suelo del gimnasio, hasta encontrarse con el sonido furibundo de la cascada de agua hirviendo, esa que es purga para los últimos clientes del día, y la que ahora le espera como la mejor de las recompensas.

Otro suspiro. Más bien un gemido.
El cuerpo desnudo de Pole parece recomponerse bajo la acción del líquido elemento. Su sangre fluye desde las partes doloridas. Sus músculos se relajan.
Los punzantes desgarros se transforman momentáneamente en pequeñas hogueras que le calientan por dentro, y le colman de un somnífero placer.
Piensa en su sofá; su mantita; su plato de arroz con pollo.

-*¡Muchacho, qué bien vas a dormir hoy!*

Pole logra separar los párpados lo justo para que sus ojos, estorbados por el agua que resbala sobre su rostro, puedan apenas diferenciar la figura de Roto desvistiéndose junto a las taquillas.

La enorme cicatriz que atraviesa el rostro del entrenador, resultado de una nunca revelada práctica de esgrima en sus años de universidad, no es desde luego lo más imponente del cuerpo que ahora Pole contempla ante él.
El tatuaje del ejército en el brazo derecho del hombre que trajo las artes marciales mixtas a esta remota isla, ha sido siempre motivo de respeto y admiración por parte de los autóctonos, pero muy especialmente de sus pupilos, que lo tienen por un semidiós

-*¿Ha cerrado ya, entrenador?* –logra decir el joven con voz temblorosa, en un desesperado intento por romper el silencio del baño en el que ya sólo quedan ellos dos.

-*Sí, Pole, como todos los días a la misma hora.*

Estúpido.
Piensa que ha quedado como un auténtico estúpido haciendo una pregunta tan obvia, pues todos saben que Roto es un hombre de milimetrada rutina.

A él también le gustaría serlo. Tener esa disciplina. Esa capacidad mecánica de ejecutar las tareas sin sobresalto ni emoción alguna.
Piensa que quizá, si consigue aguantar el ritmo del gimnasio, algún día el entrenador le revele el secreto de cómo ser alguien grande.
Mientras le observa aclarándose el jabón, fantasea con dejarse guiar por este, hasta acabar convertido en un hombre de verdad.
Está convencido de que Roto es el único en la gélida isla que lo puede lograr.

-*¿Cómo te va de administrador en el bloque de pisos? ¿Te quedarás en el oficio?*

La pregunta de Roto interrumpe bruscamente las divagaciones gloriosas del chico, que aun queriendo hacerse el duro ante el maestro, no puede contener que por sus labios escape la más sincera confesión.

-*No soy feliz allí.*

-*¿Qué dices, Pole?* –exclama el entrenador mientras agarrándole de un brazo le saca de debajo de la ducha. –*Creía que era lo que querías hacer.*

-*Es lo único que puedo hacer en este pueblucho, entrenador.*

-*Puedes hacer muchas cosas. Este es un lugar hermoso para vivir.*

-*Es un trozo de hielo seco en mitad del mar.*

-*Mira, Pole, sé que ahora te parece que estás en el más oscuro y triste paraje que pueda existir, pero cuando salgas de aquí y veas cómo es el mundo, querrás volver a la seguridad de esta tierra. Aquí tenemos tranquilidad y orden. Aquí se puede vivir en paz.*

-*Pero yo quiero hacer cosas grandes, ser un guerrero rocoso como usted, entrenador.*

Las rudas facciones del hombre se endurecen aún más, al apretar con fuerza su mandíbula. Pole siente un escalofrío.

-*¡Chico, no tienes ni idea de lo que dices! Yo he estado en muchos lugares, y elegí venir a esta isla como un forastero, para quedarme en ella para siempre. ¿Y sabes por qué? Precisamente porque es un trozo de hielo seco en mitad del mar. Aquí el único peligro que tienes eres tú mismo.*

La fuerte mano de Roto deja sobre la piel de Pole cuatro enrojecidos surcos al soltarle.
El chico tirita de frío, empapado y reprendido, inmóvil como una estatua en el centro del silente vestuario. Todo él está encogido por el rubor.

Roto vuelve a introducirse bajo el agua.
A sus casi cuarenta años de edad, el venerado entrenador no tema a casi nada que pueda ser golpeado, sabe que puede con todo, excepto con el miedo a su propio miedo. En conversaciones como esta, su subconsciente trata de abrirse paso y recordárselo.

Mientras trata de destensar su esculpida musculatura, un arma a conciencia calibrada para enfrentarse al mundo físico, su mente va también recuperando la calma, inundada voluntariamente por pensamientos mundanos: ¿Qué hay hoy en su horario de cenas? ¿Cómo va de gasolina? ¿Tenía

algo urgente en la lista de la compra?

-*Lo... Lo siento, entrenador.* –exclama Pole desde su patética posición- *Soy un imbécil. No tengo ni idea de lo que digo. Yo...*

El corazón de Roto se enternece al reparar en cómo ha dejado al muchacho. Sabe que a veces sus modales marciales pueden conducir a otros a situaciones de incómodo sometimiento, pero en este caso comprende que ha llevado a su alumno a una total desolación.

-*¡Oh, vamos muchacho! A veces me pongo muy bruto, no es culpa tuya.* –pronuncia volviendo a acercarse a él, pero esta vez posando suevamente su mano sobre el hombro del chico- *¿Cuántos años tienes?*

-*Veintidós, señor.*

-*¡Pues haz que se note que eres un Alfa! Mírate ahí todo arrugado. ¿Qué pasaría si ahora entrara una chica y te viera así?*

-*Ni se fijaría en mí.*

-*¿Por qué dices eso, Pole? Eres un muchacho bien parecido.*

-*No, entrenador. No sirvo para nada.*

-*Lo que te pasa es que aún no te conoces. No has encontrado tu objetivo. Sin ese punto que seguir, ese horizonte que atravesar, ¿cómo no vas a sentirte perdido e inservible?*

-*Es que yo sólo estoy bien aquí, en el templo, con usted. Es el único que me da esperanza.*

Roto lleva a Pole hasta los bancos junto a las taquillas, y sacando una impoluta toalla de una de estas, cubre con ella al muchacho.

Ambos se sientan, y quedan sumidos en similar reflexión.
El rudo entrenador sabe bien que ha bajado la guardia, esa que le protege de sus propios miedos, pero la contagiosa fragilidad del chico le impide callar.

-*Sé que es complicado, pero si te escuchas y te observas a ti mismo puedes aprender muchas cosas. Te Pondré un ejemplo: Cada mañana salgo a correr por el bosque al alba. Como es costumbre en el campo a ciertas horas en las que no hay casi nadie, todos los que por allí se cruzan se saludan. Pues bien, aquellos días en los que tengo baja autoestima o me siento mal conmigo, al cruzarme con quien sea, agacho la cabeza y evito encontrarme con su mirada, fingiendo estar muy concentrado en la respiración de mi carrera. Hay otros sin embargo que estoy contento y a gusto, y saludo a todos por igual, incluso a sabiendas de que algunos paisanos no me devolverán el gesto. De esta forma inconsciente me doy cuenta de mi estado, y también pienso que si yo cuando estoy incomodo conmigo mismo, trato de ignorar a los otros sin importarme nada de ellos como si no existieran, entonces, todos aquellos que así se comportan siendo egoístas, probablemente también lo hagan porque algo en ellos falla, algo les incomoda en su interior.*

-*Yo creo que eso me pasa a mí. Lo de ser egoísta. Aquí me siento ahogado, y no me importa nada ni nadie, pues en este lugar todos son débiles, muertos en vida. Sólo quiero ser fuerte y poderme largar.*

-*Ya ves que nos pasa a todos, y eso es precisamente contra lo que tenemos que luchar. De nada sirve culpar a otros e intentar que cambien; de nada sirve huir. El trabajo verdadero lo tienes que hacer en ti.*

De nuevo una sensación incómoda, esa que sobreviene cuando son desenterradas verdades que se prefieren olvidar.
Pole siente la náusea del recién iniciado; Roto la vergüenza de saber que hace largo tiempo que sabe todo eso, y que aun así el terror le domina.

El entrenador que se escondió en un trozo de hielo seco en mitad del mar, fundó un gimnasio, y fue querido por todos por ser un asesino al servicio de la patria, sabe mejor que nadie que es un farsante. Sólo la estricta rutina le da una sedante pero engañosa sensación de control. Si por un sólo instante la abandona, corre el riesgo de meterse en conversaciones como esta, y su gran herida, esa que no está sobre la piel como la del filo de la espada en su rostro, ni la de la metralla que le alcanzó en aquel tiroteo de donde creyó no regresar, si no esa que guarda en su interior apuntalando su ego, puede abrirse, desbordarse, y convertirle en el ser que sabe que es: Un cobarde vencido por su propio Egoísmo; un desertor de la vida; un traidor de la única gran verdad.

El muchacho se viste.
El hombre llora por dentro.

-*Gracias, entrenador*. –dice Pole abatido por todo lo que ha de procesar.

Mientras el chico sale del local por la puerta de servicio, sus ideas aun entremezcladas y confusas no le permiten saber que eso que tanto deseaba que el entrenador le revelara, ya lo lleva en su interior.

Tras unos instantes con las gotas de agua cayendo contra el duro azulejo como único nexo con la realidad material, Roto se incorpora despacio, y caminando hasta el espejo, observa su obscenamente hinchado cuerpo.
Casi tan obsceno como su innecesariamente repleto de habitaciones chalet; casi tanto como su deportivo, sin carreteras en toda la isla por las que poder correr.

-*¿Cuánto más podré engañarme? ¿Cuánto más lo aguantaré?*

Capítulo II
Un barco sin capitán

-Entrenador, ¿qué fue de Pole?

-¿Pole? ¿Qué Pole? Esto está lleno de Poles, ¿no te das cuenta?

Los veteranos ríen el malintencionado chiste del maestro.
Para ellos todos los críos que inundan el gimnasio son iguales: Niños rata. Molestos aficionados. Nada más.
Dan por supuesto que Roto ha olvidado al joven aprendiz, y continúan con sus ejercicios.

Pero a pesar de que hacía meses que no oía ese nombre, el recuerdo del pupilo se mantiene fresco.
No puede borrar de su mente ese rostro inocente que tan indiscretamente le idolatraba, ni aquella profunda conversación que tan hondo le tocó.
Tampoco puede aceptar su fracaso al aconsejarle, pues bien sabe que el chico se marchó de la Isla de Meme.
Decidió huir, tal y como hizo él mismo. Por esto, aun sin saberlo, siente un mayor dolor, que aunque transformado en reproche hacia el muchacho, es pura proyección.

Hay tristeza en su recuerdo, pero también un gran alivio.
Desde el momento en que sintió reabrirse su herida en las duchas, supo que la presencia de Pole no haría más que mantenerla sangrante, y que tarde o temprano acabaría sacándole de su protectora rutina.
Durante las semanas que precedieron a su marcha, Roto evitó todo contacto con el chico. Ya no le saludaba. Ni tan siquiera le miraba.
Se decía a sí mismo que esa actitud respondía al intento de acabar con esas superficiales alabanzas de Pole, esas que sólo sabían ver sus dotes de violento guerrero, y le representaban como el depredador que realmente siempre odió ser.
El chico se calmaría, seguiría entrenando como los otros, y todo habría quedado atrás.
Pero cuando supo de su marcha, no se sorprendió.
En el fondo sabía que con su actitud le había empujado a hacerlo, pues el muchacho ya le había confesado que sólo en él confiaba como guía a seguir.
Finalmente encontró consuelo pensando que al irse, quizá el joven evitaría convertirse en alguien como él.
Aunque sin una conciencia desarrollada, un objetivo, y la voluntad suficiente, es decir, sin nadie al mando del inestable barquito que en realidad era Pole, eso ya sería cosa del puro azar.

Pero él, por su parte, confía en la estricta rutina que le mantiene estable.
Todo está fijado para evitar sobresaltos: Levantarse con el primer rayo de Sol. Correr quince kilómetros. Preparar su desayuno proteínico. Abrir el gimnasio y dar cuatro clases. Volver a casa a comer. Echarse la siesta. Regresar al gimnasio para las cuatro lecciones de la tarde. Hacer sus series de musculación. Cerrar el gimnasio. Ducharse. Pasar por la gasolinera y el supermercado. Llegar a casa y cenar mientras ve combates de artes marciales mixtas y boxeo en la televisión. Y finalmente acostarse en cuanto el reloj marque la medianoche.

Bien es cierto que no era esa la vida con la que soñaba cuando tenía la edad de Pole, pero ya conoció la idealizada aventura, y sabe que eso no es vida. Muchos pagarían por poder vivir con la estabilidad que él ha logrado.
Aunque parezca un esclavo.
Aunque tema con todas sus fuerzas su propia libertad.

-*¿No funciona?*

Roto regresa bruscamente de su incomoda y aun persistente turbación.
Al levantar la vista del grifo de la fuentecilla eléctrica, unos ojos amarillos le interrogan con preocupación.

-*¿Cómo dices?* –acierta a responder.

-*Que si se ha quedado sin agua. Estoy muerta de sed y no tengo dinero para sacarme un refresco de la máquina.*

La voz celestial que desde el centro del pasillo le insta a reaccionar, corresponde a una joven clienta, asidua a las cintas ergométricas y las bicis estáticas. Una de esas que entran y salen sin decir una sola palabra.
Pero es tal la delicadeza de sus facciones, las líneas de su cuerpo apenas existentes, y la palidez de su piel, en contraste con los tediosos y oscuros pensamientos que le estaban hasta ahora afligiendo, que su repentina contemplación es percibida por Roto como la llegada de un ángel liberador.

Tras obligarse a reaccionar, y en un intento por mantener su estatus de hombre rudo, niega con la cabeza, y apretando el botón de la fuente, un potente chorro de agua sale expulsado violentamente por el pitorro, salpicándose a sí mismo y a la muchacha.

-*Ah, menos mal.* –responde ella aliviada y nada molesta por el torpe gesto de Roto.

La chica no espera a que el entrenador se aparte, y reclinando su cabeza hacia adelante, proyecta el chorro directamente a su boca.

Roto permanece sin moverse, sorprendido por su propia reacción.
Lleva años ignorando cualquier compañía que pueda alterar su rutina. Sus ojos han desarrollado un filtro para no detectar belleza alguna, más allá de sus músculos, sus propiedades y su horario redentor.

El olor a champú de fresa del cabello de la muchacha asciende hasta Roto, cuando esta recoge su melena para no mojársela.
Queda entonces expuesta la fina piel de su nuca, y al contemplarla, el veterano guerrero se tensa, pues sabe que sus manos callosas han olvidado el tacto de un tesoro semejante.

No sabe qué le pasa, pero no quiere ponerse de nuevo a pensar.
La autorreflexión es dolor.
Pero, ¿y si se dejara llevar?

-*Disculpa, ¿cómo te llamas?*

-*Shura.* –responde ella con la boca aun llena de fluido, e incorporándose- *¿No te acuerdas? Tú me hiciste la ficha de ingreso.*

-*Sí... Claro...* –pronuncia falsamente el entrenador.

-*Eres Roto, el dueño del gimnasio, ¿verdad?*

-*Sí... Claro...* –añade ahora con inesperado rubor.

Shura sonríe. Podrían faltarle dientes. Llegados a este punto da igual.

-*Seguro que no te acuerdas.* –exclama golpeando con su pequeño puño sobre el pétreo bíceps de Roto- *Como siempre os estáis pegando, no hay manera de acercarse a vosotros.*

-*No nos pegamos, es un tipo de arte...*

-*El arte de pegarse.*

Ahora ella ríe.
Él no puede evitarlo y ríe también. No hay defensa posible.

-*Oye, y si yo quisiera aprender ese arte, ¿me enseñarías?*

- *¿Para qué querrías tú aprender a luchar?*

-*¿Para qué lo queréis vosotros?*

Roto acepta su derrota.
Con la cabeza gacha, dominado ya por completo por la joven que a buen seguro ha de pesar menos que uno solo de sus propios brazos, asiente dócil.

-*¿Tienes equipación?* –pregunta sin mirarla a los ojos.

-*No, pero mañana mismo me la compro.*

-*Es difícil encontrar buenas protecciones en todo Meme.*

-*¿Tú conoces algún lugar de confianza?*

-*Sí, hay una pequeña tienda de accesorios de caza y pesca junto al puerto donde también tienen...*

-*¡Perfecto!* –interrumpe Shura volviendo a golpear amistosamente al dominado entrenador- *Mañana por la tarde vamos y me dices qué es lo que necesito.*

De pronto Roto recuerda la importancia de su mundo aislado de estímulos. Estímulos como esta chica que pretende liarle, quizá inocentemente, pero sin duda sacándole de su zona de confort.

Quiere decir que no.
Salvaguardar su rutina.
Evitar ser baja en acción.

Pero no puede negarse.
Sabe que es un viaje que emprendió al preguntarle su nombre.
Al querer dejarse llevar.
Al aceptar convertirse en un barco sin capitán.

Capítulo III
Helados de fresa para romper las cadenas de un monstruo

Con cada pisada, la hierba se vuelve verde al derretirse la blanca escarcha.
El vaho escapa por su boca y pasa a formar parte de la niebla de la mañana.
Su agitada respiración no es hoy fruto de la carrera, si no de su turbada y compulsiva mente.
Llegará la hora de la siesta, y su horario quedará partido.
Las compras con la muchacha le obligarán a dar las lecciones de la tarde cansado y a toda prisa.
No puede salir bien.
Es lo único que se dice a sí mismo.
No.
No.
No.
No saldrá bien.

De camino al gimnasio su único deseo es que Shura no acuda a la cita. No sabe a qué se dedica, pero siempre existe la posibilidad de que algo la retenga. Quizá si lo pide con fuerza, la solución se presente sola, tal y como ocurrió con la marcha de Pole, o como aquel helicóptero que le sacó de en medio de la emboscada en la que creyó morir.

El hombre que tanto necesita tener el control, es el que más fuerte pide que el azar juegue a su favor.

Pero ya de vuelta en casa, pegado con terror al reloj, entiende que finalmente Shura cumple con lo que promete.

La puerta suena.
Es ella. Radiante. Hermosa. Delicada.
La antítesis del mundo creado por el entrenador.

-*¿Listo?*

-*Listo.* –responde nada listo.

Su dedo tembloroso pulsa el mando que abre el garaje.
Abandona su casa pensando que debería estar durmiendo en su acogedora cama, pero se adentra en un plan desconocido, movido sin dirección.

-*Oye, deja tu coche aquí. Vamos en el mío.* –ordena Shura.

Roto obedece.

En el trayecto por carretera reina un silencio incómodo.
Él está más nervioso que cuando se dirigía con el pelotón a su última misión.
Ella, como si entendiera los miedos del hombre, no trata de hacerle hablar. Se limita a sonreír, pone música a todo volumen en la radio, canta, y le da sus acostumbrados e inofensivos puñetazos.

Una vez en la tienda, las palabras van siendo arrancadas de los labios del rudo guerrero en cuanto llega el momento de dar consejo a la muchacha.
Al adentrarse en los entresijos de la disciplina en la que es experto, va surgiendo inexorable la tan esquiva confianza.

Shura colabora en crear un clima cómplice, haciéndole ir con ella hasta la puerta de los probadores. La cortina sin correr del todo, de forma premeditada, permite que mientras se cambia, Roto pueda lanzarla furtivas miradas.

Su pequeño cuerpo semidesnudo convierte a Roto en una polilla volando torpemente alrededor de la luz.

-*¿Estoy guapa?* –pregunta obligándole a mirar de forma directa.

-*Sí, mucho.*

-*¿Crees que necesitaré protección para el torso?* –dice apretando sus senos- *Yo creo que no. Tengo las tetas demasiado pequeñas. Eso que me ahorro. Alguna ventaja tenía que tener.*

-*A mí me da igual.*

-*¿Te da igual de que no te interesa ni mi cuerpo ni lo que te estoy contando?* –exclama ofendida.

-*No, no es eso. Quiero decir qué... No me importa que sean pequeñas. Me gustan así.*

-*¿De veras?*

Shura provoca a Roto colgándose de su cuello, para acto seguido darle un desplante, y volver a la tienda para repetir la jugada.

Es su marioneta. Ambos lo saben.

-*¿Te gusta ser entrenador?*

-*Supongo. Es lo único que sé hacer.*

-*Seguro que no. Apuesto a que podrías ser muchas personas diferentes.*

La sospechosamente certera referencia hace estremecerse a Roto.

-*¿Y tú en dónde trabajas?* –consigue preguntar en un intento de cambiar el foco de atención hacia la muchacha.

-*En una de las fábricas del otro lado del puerto. Soy encargada en la maquina dobladora de tubos.*

-*¿Y eres feliz allí?*

-*Tampoco sé hacer otra cosa. Pero de algo hay que vivir.*

La conversación provoca que el recuerdo de Pole acuda repentinamente a la mente del entrenador.

Finalmente, tras la compra, recorren los muelles del puerto, y poco a poco va olvidando todos esos contras que nublaban su mente.

La compañía de su nueva amiga le libera de las cadenas que se había forjado para sí mismo.

-*Ha sido divertido.* –dice Roto mientras paga dos helados de fresa en el puestecillo junto al faro.

Shura coge el cucurucho, el cual es de tal grosor que apenas puede ser abarcado entre sus diminutas manos. Mirándole directamente a los ojos, pasa despacio su lengua por la redonda superficie.
En sus labios queda un rastro de crema rosa a propósito ignorado.
Parece que ambos disfrutan viendo el chorro lácteo deslizarse por la barbilla de la muchacha, hasta caer finalmente sobre la madera del embarcadero, alimento ya para hormigas o gaviotas.

-*Bésame.* –ordena ella.

-*Pero estás toda pringosa*. –responde él con excesivo recato.

-*Pues pringuémonos juntos.*

Roto obedece una vez más.
Su durante tan largo tiempo amaestrada voluntad, le falla al desbordarse los instintos que, dirigidos por un torrente sabor a fresa, son ya capaces de cualquier cosa.
De nada sirven todos los parches puestos durante años para retener a la bestia.

El cuerpo de Shura queda en volandas, elevada por la pasión de una masa de músculos inyectados en sangre.
Pero ella sabe que todo tiene un momento y un lugar.

-*Roto, ¿no tienes que dar unas clases?*

La repentina frialdad de la pícara criatura que ha sabido como nadie hacerle bajar la guardia, deja al entrenador aún más descolocado. Pero como ya ha de hacer siempre, acata.

El viaje de regreso es similar al de llegada, con la salvedad de que antes era el temor a la incertidumbre y no la romántica sumisión, lo que a Roto paralizaba.

-*Te dejo en el gimnasio, pero yo no me voy a quedar hoy.*

-*¿Y las lecciones? ¿No querías aprender...?*

-*Otro día.* –sentencia la inquisitiva conductora.

Al despedirse junto al aparcamiento de su lugar de trabajo en el 2369, Roto saluda a Shura con la mano, sin atreverse a tocarla.
Ella no hace ningún amago de volver a besarle, pero de nuevo su sonrisa y un pequeño puñetazo, le recuerdan quien manda.

El coche de Shura se aleja, dejando una estela de olor a fresa en el aire, y un sabor en sus labios ya imborrable.
Se pregunta cómo podrá volver a su rutina después de esto.

Mientras entrena a los veteranos, su mente está en otra parte.
Se imagina que hubiera pasado si en vez de permanecer callado y sumiso, la hubiera dicho de ir a su casa, al calor de la chimenea y las mantas.
Un escalofrío le estremece, sabiendo que ha perdido su oportunidad.

No realiza sus series de pesas, ni tan siquiera se ducha.

Cuando cierra el local no se molesta en revisar si queda aún alguien dentro, tal y como su automático procedimiento le obliga siempre a hacer.

Llega al aparcamiento. Sube a su coche deportivo.
Recorre la isla por la carretera de la costa.
Mientras conduce no piensa en nada más que en esa pequeña fresa, ácida y dulce.
Dictadura deliciosa.

Al llegar a su chalet, el dedo sobre el mando eleva la puerta del garaje, y en su interior, descansando tal y como lo dejó al irse, su coche deportivo.

Capítulo IV
Invocando a Caballo Loco

Desde el asiento del conductor de su carísimo vehículo, ese a todas luces opulento e inapropiado para la Isla de Meme, Roto observa un calco exactamente igual al que ahora pilota.
Mismo modelo, color, incluso matricula.
Sabe que no es posible.
Se dice que no puede haber dos coches repetidos.

Tras tocarse la frente con preocupación, y comprobar que no hay rastro de fiebre alguna, decide concluir que debe estar sufriendo una alucinación producto del amor desatado hacia Shura.

Deja el segundo coche en la acera frente a la vivienda, y cerrando el garaje, emprende el camino de la cama, decidido a que unas horas de sueño, y la luz del Sol, han de traer consigo una buena explicación.

Pero amanece y Roto se levanta habiendo olvidado todo, como si de una onírica fantasía se tratase. Vistiéndose con su ropa de salir a correr, está dispuesto a volver a su segura rutina, sin darle más vueltas al asunto.

Coge su pequeña cantimplora, y abre la puerta de la calle mientras toma el acostumbrado sorbo matutino de engrasamiento del sistema.

Sus pupilas se dilatan.

Algo le dice al ver su coche allí fuera, que quizá eso que su memoria quiere clasificar como irreal, tendrá que ser finalmente encarado; que no podrá huir de esto como huyó de sus miedos, en una vida construida como un perro de pelea que descubre que también él puede sangrar.
Pero no por ello no va a intentarlo.
Va a intentar no intentar afrontarlo.

Corre.
Corre.
Corre por la niebla.

Y cuando regresa, mientras desayuna sentado a la mesa, una voz sin palabras le llama desde el otro lado del muro.
Es el fantasma de un recuerdo.
Algo que sabe que dejó allí por mandato de Shura.

Friega los platos sin prisa alguna, pero finalmente asume que ha de comprobar lo que es inevitable, y abriendo tímidamente la puerta que da garaje, encuentra su coche, su coche original.
O quizá la copia. Eso ya da igual.

Es algo que la razón no puede explicar.

Ahora tiene dos vehículos idénticos.
Y no son imaginaciones, pues los dos con sus manos puede tocar.

El pánico le inunda, pero al tratarse de algo meramente material, sus recursos se despliegan rápidos y con efectividad: Del coche que a ojos de la vecindad se guarda, arranca las placas de la matrícula,

intenta rallar el número del bastidor, y saca de la guantera la documentación que le acredita como titular.

Sabe que no puede venderlo por los papeles, pues al estar a su nombre le harían responsable cuando le descubrieran conduciendo una réplica exacta, en una isla donde todos se conocen, pero si tratara de hacerlo sin identificación alguna sería a todas vistas sospecho, desencadenando una serie de preguntas imposibles de explicar. Y eso es lo que menos quiere con toda su alma, tener que pensar.
Con la esperanza de que todo acabe y poder volver al momento que precedió al momento de saltarse aquella siesta la tarde anterior, acepta perder el día entero en completar la misión.

Coge el coche que ha de quedarse, y va hasta la ciudad.
Allí alquila un remolque, y vuelve a la casa a cargar.
Cuidándose de tapar con una lona el vehículo repetido y ya despersonalizado, lo sube al remolque, y viaja en dirección a las montañas. Allí se encuentra el desguace de Caballo Loco, el único en la Isla de Meme donde es posible hacer desaparecer la chatarra.
Cuando llega es ya casi la hora de almorzar.
Tiene la esperanza de que Caballo Loco, el agresivo e inestable dueño del lugar, haya salido a comer, y pueda transformar esa aberración clónica que porta en el remolque, en un cubo inidentificable de metales compactados.

Pero no es su día de suerte.
Caballo Loco parece no tener motivos por los que ingerir otra cosa que no sea una botella de bourbon en la puerta de su despacho, que no es otra cosa que un remolque a la entrada del polvoriento recinto.

Sabe que tarde o temprano surgirá una distracción, pero hasta que llegue un cliente que haga moverse a Caballo Loco de su sitio, tendrá que aguardar pacientemente.

Aparcado entre los árboles de un área de descanso cercana, Roto aguarda durante toda la tarde, desesperando a cada minuto que pasa ante la contemplación de la vida de un hombre que también espera, pero en su caso a la muerte.

Cae la noche.
Sus antiguas dotes como francotirador han permitido a Roto sobrellevar un acecho de casi nueve horas, sin comer, beber, o salir a estirar las piernas.
La adrenalina de cumplir con la misión, en un hombre moldeado toda su vida para obedecer sin cuestionarse otra cosa que el propio mandato, le permiten recordar cuando sus objetivos no eran fijados por sus más negados traumas, si no por hechos externos que ponían a prueba su resolución física.

Desde la distancia observa como Caballo Loco cierra el candado de la valla que guarda el deprimente negocio.
Esto pone fin a la posibilidad de usar el desguace.

Caballo Loco se marcha tranquilo en su ebriedad, pero nunca sabrá todas las opciones que Roto contempló y desechó durante estas horas para quitárselo de en medio.

A pesar de que su indecisión le ha librado de hacer algo terrible, Roto sabe que como buen guerrero ha de estar dispuesto a la improvisación, y, aunque ese es un término que hace años eliminó de su vocabulario, las circunstancias le obligan a ello.

Penetrando más en la montaña por carreteras que en todo Meme se consideran malditas, llega al gran lago negro.

Un bidón de gasolina y en la radio una vieja canción.
Sólo basta una cerilla para concluir la misión.

Mientras prende su coche en llamas, ese repetido que nunca pidió tener, y le observa en mitad de la noche arder, las sombras de los arboles bailan en círculos junto a él.
Está pletórico en su victoria, e inundado por la sensación que le ha hecho recordar que donde hay acción inmediata, no hace falta reflexión alguna.
Este es su terreno de juego.
Y lo echaba de menos.

Convencido de que nadie ha de encontrar allí los restos calcinados del vehículo, y ante la imposibilidad de ser identificado, ni tan siquiera se molesta de empujarlo al interior del lago.

Se marcha convencido de que a pesar de haber perdido una jornada, todo vuelve a estar en su sitio.

Mientras conduce feliz de regreso a casa, el recuerdo del olor a fresa le colma de un incómodo placer.
Piensa que fue una hermosa anécdota, y que nunca volverá a suceder.
Le dirá a Shura que para ella no hay clases, y como al joven Pole ignorará.

Pero al abrir el garaje hay otro coche idéntico más.
Dentro de la vivienda, indisimuladas luces.
Corre hasta el jardín, y mira desquiciado por la ventana al interior del salón: Allí se encuentra a sí mismo, cenando frente al televisor.

Capítulo V
Un pollo sin cabeza

Después de un largo día desplegado a pie de campo, verse en esa situación, espectador de su propia existencia como un hombre rutinariamente asentado, le hace por primera vez comprender que ese personaje que ha creado, no es realmente él.

Quizá dejar a ese sustituto viviendo su vida sea lo mejor, pues al fin y al cabo, todo sigue igual sin necesitarle al él, el verdadero y genuino Yo.
Podrá huir de nuevo.
Pues es lo que mejor sabe hacer.
Y lo que más le motiva.

Vuelve a subirse al coche y busca un lugar donde dormir en la ciudad.
Pero en una isla tan pequeña todo el mundo se conoce, asique el motel que finalmente escoge, es uno de mala muerte.
Se desliza entre jóvenes chicas alternando con pescadores barbudos y cargados de billetes con los que han de vivir seis meses, pero que ellas están dispuestas a hacer desaparecer entre licores y besos falsos esta misma noche.

Los cuadros de la estancia representan obscenas escenas sexuales.
Su contemplación en soledad, fuera de su hábitat, le recuerda el calor que podría darle Shura. Ese olor a fresa que cubriría la atmósfera de sudor.

Cuando amanece, entre las cortinas acartonadas de la sucia habitación apenas entran los rayos de un Sol deprimente que anuncia un día sin esperanza.

Sin percatarse aun de su situación, Roto busca sus zapatillas deportivas, dispuesto a iniciar su rutina, pero enseguida comprende que ha iniciado un nuevo camino.

A pesar de tenerlo todo en contra, una gran sonrisa ilumina su cara, que tan poco acostumbrada a semejante gesto facial, tirita y apenas aguanta.

El ambiente al alba en el motel contiene la carga adecuada de vergüenza y clandestinidad que el recientemente autoproclamado ex-entrenador necesita.

Llega a las taquillas del ferry, único transporte para abandonar la isla, y compra un pasaje convencido de que los pocos madrugadores que por allí andan, se dedican a observar su secreta huida con sospecha.

Pero es un veterano y curtido guerrero. Ha de proseguir sin permitirse vacilación alguna.

Sentado en un banco frente al muelle, la espera de dos horas hasta el siguiente barco que ha de arribar, le deja un vacío mental suficiente como para empezar a llenarse de dudas y miedos.
¿Dónde irá?
Otra vez la desnudez de no ser de ningún lado.
¿Por qué dejar que un simple clon recién llegado le robe todo lo que él con tanto esfuerzo ha construido?
¿Es eso propio de un verdadero luchador?

-*¡No! ¡Es él quien debería huir!* –exclama sin poder contenerse.

Por fortuna a estas horas los pocos que hay en el puerto son un puñado de mozos portando cajas de un lado a otro con apatía.

Únicamente la dependienta del ferry, una adolescente de pelo grasiento, con grandes gafas, y cara de sempiterno asco, le mira inquisitivamente desde su cabina.

-¿Es posible que esa cría sepa algo?

No esperará a averiguarlo. Ha de salir de allí.

Con el corazón acelerado por la victimización, teniendo ya un culpable contra quien descargar su propia incomprensión, se dirige Roto el justiciero, hacia la tienda de caza y pesca.

De su cartera se desliza con inusitada ilusión, el carnet plastificado de reservista militar.
Ese trocito de cartón que le da derecho a portar un arma corta, se alía con el otro trocito de plástico rectangular que le dio el banco de Meme, y los dos juntos proporcionan al decididamente confuso hombre, una pistola con que escupir su odio a sí mismo.

Espera frente a su casa, pues sabe que su otro Yo llegará en unos minutos, cumpliendo con su estricto horario de comidas.
Al abrirse el garaje y verle entrar en él, se dirige al jardín trasero, y al conocer el movimiento exacto y necesario para abrir la ventana del salón, allana su propia morada.

Huele a pollo a la plancha.

En la cocina crepitan los muslitos del ave que es alimento oficial de los más entregados luchadores.

Roto camina sigilosamente hasta que su pistola casi toca con la nuca del hombre, el cual cocina de espaldas a la puerta, y para más ofensa de Roto, lo hace despreocupadamente después de haberle robado todo lo que él es.

La sangre visceral salpica los fogones. El cuerpo cae sobre la sartén y se empieza a cocinar.

Por primera vez en muchos años, regresa a Roto la sensación más pura de la depredación.
Sabe que disparar por la espalda siempre es la mejor solución.

Capítulo VI
Entrar en el armario

Seis líneas rojas forman un cero.
Tres rojas, un siete.
Dos brillantes puntos de luz separan estos dos números de otras doce franjas rojas que a su vez forman dos ceros más.

En la Isla de Meme amanece a las siete en punto.

Roto se levanta de su tan estimada cama, pero apenas ha podido descansar.
Las imágenes de horror no han podido escapar de su mente, atraídas incesantemente por el olor a lejía que aun impregna sus manos.

El cuarto de baño, ese mismo que fue anoche el escenario donde un hombre se descuartizó a sí mismo en la bañera, es aun intransitable por el mismo aséptico aroma.

Mientras se viste, un fotograma se le repite: Su propio rostro inerte ante sí mismo. El interior de su cuerpo en sus manos. La descomposición total de su ser.

Traga saliva y coge fuerzas esperanzado, pues sabe que tras abrir las ventanas, el aire de la mañana ha de disipar lo que queda del brutal acto. El remolque que ha de llevar de vuelta a la tienda, y el cadáver que aguarda en su maletero para deshacerse de él en el lago, son las piezas que faltan por eliminar, para volver al estado inicial.

El restituido entrenador, ha decido seguir con más firmeza que nunca su rutinario orden.
No se permitirá ni un solo atisbo de debilidad que pueda interferirle, y llegarle a desestabilizar.
Sale a correr, vuelve al trabajo, y cuando se dispone a aparcar en el edificio número 2369 frente al gimnasio, un coche de policía le corta el paso.

Dos agente se le acercan.

-*Mente fría. Nadie sabe nada.*

Sus mantras le tranquilizan ante la amenaza armada.

-*Bueno días, señor Roto. Soy el inspector Troll. ¿Le importaría bajarse del vehículo?*

-*¿Pero qué ocurre? ¿Ha habido algún accidente?*

-*Verá, tenemos una denuncia cursada contra usted, por no haber devuelto en la fecha contratada un remolque de alquiler*. –dice el inspector mientras observa la parte trasera del coche- *Sospecho que debe tratarse de ese mismo que lleva ahora mismo, ¿verdad?*

La tonta acusación tranquiliza a Roto.
Pensar que todo va a acabar con una simbólica amonestación por el retraso, casi le hace estallar en una carcajada.

-*De acuerdo, agente...*

-*Inspector*. –corrige Troll mientras acaricia su bigote con gran solemnidad.

-Disculpe, eso quería decir, inspector. Ahora mismo voy al concesionario y...

-Señor Roto, me temo que hay más.

-Si es por la multa, aparco y se la abono a usted mismo si quiere.

-No hay ninguna multa. Hemos venido a por usted para que nos aclare varias circunstancias altamente sospechosas.

-No entiendo, ¿a qué se refiere?

La idea de que algún vecino le pudiera haber visto acechando su propia casa, escuchar el disparo, e incluso saber toda la acción macabra transcurrida en el cuarto de baño, hace que de pronto el sudor frío se apodere de él.
Sin embargo, si con algo sabe lidiar Roto, es con el miedo escénico en materia de enfrentamiento físico.

-Si es tan amable de bajarse del vehículo, simplemente queremos que nos explique para qué alquiló el remolque.

-¿Es que está prohibido hacerlo? –pronuncia con más dureza de la que hubiera deseado.

-No, pero dado que también adquirió un billete para el ferry, al cual nunca subió, sumado a la compra de una pistola en una tienda cercana del puerto, nos hace sospechar que algo está ocurriendo. Ya sabe que somos una comunidad pequeña y tranquila, y como usted es...

Roto encuentra su defensa.

-¿Como soy un forastero? ¿Eso ha querido decir, inspector?

La cara de Troll se colorea con el rojo del más hermoso tomate.

-No, por favor. No vaya a malinterpretarme, caballero.

-Sepa que llevo muchos años aquí, y siempre he sido un ciudadano ejemplar.

Pero el ciudadano de menos de un día de vida que lleva troceado en el maletero, está ejemplarmente muerto y vaciándose de sangre.

-Inspector, mire esto. Creo que del maletero gotea algo.

Las observaciones del uniformado ayudante de Troll rompen con toda la ficción.
Sabe que le han descubierto.
Ya sólo le queda una opción.

La repentina y masiva entrada de gas ordenada por el pie derecho de Roto, provoca que las ruedas del coche derrapen en las mismas narices de los oficiales de orden público.

La huida del deportivo arrastrando un enorme remolque, se promete complicada.

Visión túnel.

Goma quemada.
Los disparos imaginarios atravesando las ventanas e hiriéndole de muerte.

Varios kilómetros después, el fugitivo se atreve a mirar por el retrovisor.

De haberlo hecho antes hubiera descubierto que lo que dijo el inspector Troll era verdad: Es una isla tranquila, y el entrenamiento de la policía local en cuanto a persecuciones automovilísticas se refiere, es casi tan nulo como la potencia de sus destartalados coches patrulla.
El resultado es que el lago se representa ante Roto sin que nadie sepa que hasta allí ha llegado.

Aunque es consciente de que por esa zona nunca suele haber campistas, el hecho de tener un cadáver en el maletero, y con el Sol iluminando directamente sobre su cabeza, le convence de que la mejor estrategia pasa por lanzar el coche al lago, remolque incluido.

Asume que eso implicará una larga caminata por la serpenteante carretera de la montaña, y que las posibilidades de cruzarse con alguien que pueda acercarle hasta la ciudad son mínimas, pues los habitantes de Meme temen esta montaña, repleta de mitos y leyendas, e incluso desaconsejada explícitamente por el consorcio de turismo de la isla.

Para alguien en su situación, es siempre una gran ventaja semejante despoblación, con apenas un par de cabañas de pesca como únicas huellas humanas.
Aquí su margen de maniobra se amplía hasta ser posible casi cualquier acción secreta, pero la distancia y el propio acceso exigen a su vez una equipación adecuada, ya sea un vehículo a motor o un animal de carga.

Una mirada atrás para observar su primer coche calcinado, que en silente abandono en la orilla, marca el punto hacia el que traer las consecuencias de sus actos.
Este lugar se está convirtiendo en un refugio donde deshacerse de todos los problemas que sólo es capaz de resolver destruyéndolos con la fuerza de sus manos.

Al menos momentáneamente, puede respirar en paz.

Comienza el descenso carretera abajo, siempre atento a la distancia, pues gracias a los grandes espacios abiertos de la montaña, puede detectar a kilómetros si suben coches de la policía en su dirección.

Mientras sus gemelos comienzan a cargarse fruto de la pronunciada bajada, y sus pies arden de la fricción contra el duro asfalto, conserva aún la esperanza de salir indemne, centrando sus opciones en poder robar una moto en el emplazamiento humano más cercano, que como bien sabe, es el desguace de Caballo Loco.

Cae la tarde y recuerda que las alambradas de espinos le ponen los pelos de punta.
No fueron precisamente buenas sus experiencias en combate tratando de traspasarlas.

Por mucho que les entrenaron para ello, a la hora de la verdad basta con un mal ángulo en la posición del cuerpo, y la fina cuchilla penetra a través de la piel y el músculo, produciendo un desgarro más doloroso que algunos balazos.

Evitar el dolor.
Sólo piensa en evitarlo.
¿Pero desde cuando se convirtió eso en la constante que ha de guiarlo?

El sonido de la renqueante combustión del motor de una furgoneta que se aproxima desde sus espaldas, le salva de tener que ejecutar el asalto al desguace.

Sin necesidad de que Roto haga ninguna seña al conductor, este se detiene a su lado.

El anacrónico vehículo, y la dirección del mismo saliendo de las montañas, convencen al fugitivo de que no hay amenaza policial posible en el recién llegado.

-*¡Hola por la carretera!* –exclama un alegre anciano de barba cana- *¡Vamos! ¡Arriba, muchacho!*

Roto sube al asiento del copiloto, y sus dotes militares ejecutan un rápido análisis del interior del vehículo.
El diagnóstico más probable es que se trata de un humilde agricultor.

-*¿Qué haces caminando tu solo por estos lares?*

-*Salí a correr y me despisté.*

El atuendo deportivo de entrenador de gimnasio parece convencer en una rápida ojeada al conductor.

-*Debes de ser un buen corredor.* –observa sin perder la sonrisa.

-*No, señor. Soy sólo un pobre hombre.*

De nuevo la intimidad con un ser afable, hace al entrenador bajar la guardia.
La sinceridad de Roto, tal y como a Roto le ocurrió con Pole, enternece al anciano.

-*No digas eso, muchacho. Nunca menosprecies tus capacidades. Ese es el primer paso para temerte a ti mismo, y con ello, a todo lo demás.*

Roto carraspea, pero es incapaz de decir nada.
Las lágrimas involuntarias se abren paso hasta empañar sus ojos.
La herida invisible sangra.

-*Escucha, te contaré una historia.* –dice el anciano, consciente de que a Roto le han faltado hombros amigos y afectos a los que abrir su corazón- *Una vez me desperté en mitad de la noche y escribí esto: Me tomo a tanta gente enserio, que a menudo conmigo mismo olvido hacerlo. Luego volví a dormirme. Pasaron varios días hasta que encontré por mi dormitorio el papel arrugado donde esta frase había apuntado. Entonces comprendí lo que yo mismo me había querido decir. Y es que siempre estaba hablando de los demás. Alabando sus logros. Me gustaba hacer justicia de lo que consideraba grandes proezas de mis camaradas, contándoselas a quien podía. Sin embargo ellos nunca hacían lo propio conmigo. También gracias a esto nunca hablaba de mí mismo, y cuando me preguntaban le quitaba importancia a mis victorias, como avergonzado por la posible comparación con los grandes. Nunca supe que igual yo también era un grande. Pero cuando leí eso lo entendí todo. Tras romper el papel que ya había quedado grabado en mi mente, escribí otro para recordarme que nunca más debía menospreciarme pero cuidando siempre de no caer en la arrogancia. Por mucho tiempo llevé ese recordatorio encima y solía releerlo.*

-*He conocido a mucha gente que se creía mejor que los demás, y eso no les hacía mejores.*

-Es justo lo contrario de eso. Debes valorarte, quererte y así conocerte, pues es la primera fase para poder valorar, querer y conocer a los demás.

-Yo siempre me he querido. De hecho me tenía por alguien fuerte, un ser invencible. Cultivé mi cuerpo y mi cuenta bancaria durante años para que nada de este mundo me afectara. Pero justo cuando creía tenerlo todo bajo control, algo ha fallado, y ya no soy responsable de mis actos.

La furgoneta atraviesa la concurrida ciudad, pero la profunda conversación ha hecho a Roto olvidarse de que la policía le busca ahí fuera.

-Quizá, mi fornido amigo, toda esa necesidad de control era un dique para frenar tu miedo a conocerte y asumir que quizá este mundo no es el mundo donde debes estar.

Mientras Roto baja del vehículo, a un par de manzanas de su casa, sólo acierta a decirle algo anciano.

-Gracias.

Mientras le observa alejándose, Roto se pregunta qué clase de sabiduría oculta hay en esas montañas.

Otra jornada se marcha con Roto fuera de su rutina.
Y aunque no cambiaría el reciente viaje por nada, sabe bien lo que ese hecho implica.

Cuando por fin llega al hogar, también lo hace la luna al cielo, y aunque piensa que eso le dará la cobertura necesaria para volver a colarse en ella sin ser detectado por ojos indiscretos, lo que encuentra echa sus esperanzas por tierra.

Toda la vecindad se agolpa frente al número 288, su casa.
Luces azules de sirenas.
Chismorreos.

En un instante, sus reflejos marciales le permiten ocultarse prudentemente tras un seto decorativo, y desde allí observa como el inspector Troll saca detenido a otro nuevo de sus Yo.

Lo que al principio le parecía un problema, en realidad puede ser una solución.

-Si ya le tienen a él, y creen que ese Yo soy yo, ya nadie me persigue, y hacia él no habrá acusación.

Su propia voz suena siniestra en el silencio de la noche, y aunque ya está de nuevo en su hábitat, la excesiva precaución no le permite relajarse.

Saltando por la ventana del jardín trasero penetra en el domicilio.
Todo está revuelto.

-Parece que mi otro Yo ha opuesto resistencia.

La idea de que en realidad se enfrenta a un ser con sus mismas cualidades, por primera vez le turba. Él se sabe peligroso, asique subestimar a esos seres que le son idénticos, podría ser un gran error.

Aun sabiendo que la policía no le molestará por ahora, la posible aparición de un Yo más fresco le obliga a establecer ciertos protocolos.

Decide poner el mayor número de puertas entre su agotado cuerpo y la calle.
La elección es clara: Pasará la noche en el armario.

Allí se encuentra con el frío metal de la pistola.
Ya casi la había olvidado.
Su tacto le reconforta momentáneamente.

Pero a pesar de sus cuidados, el arrepentimiento le alcanza sin remedio al verse encerrado en un oscuro mueble, cual animal temeroso de que le alcancen sus miedos, esos que se han encarnado en el plano físico; esos que ha intentado matar usando la violencia; esos que si no se abordan, nunca serán superados.

Capítulo VII
La muerte del despertador

Suena el despertador, ignorante aun de que toda la rutina que representaba, ha desaparecido.
Sus números ya no significan nada.
En las calles, la gente activa el ritmo del mundo, pero Roto ya no forma parte de ese mundo.
Y el mundo no le necesita para poder funcionar.

Ahora es poco más que una masa de músculos echa una bola.
La noche retenido en esa asfixiante caja no ha hecho más que sumar cansancio a su desestabilizado organismo.

La falta de sueño abre grietas en su muro consciente.
Emana el éter pringoso de su más profundo interior.

Despojado de toda su razón de ser, no es capaz de diferenciar si está vivo o muerto. Tampoco le importa ya.
Sin ningún objetivo, ¿de qué sirve la libertad?

Pero él para lo único que quiere ser libre, es para retomar su encierro.
El olor a pollo a la plancha le indica que no podrá hacerlo.

Revive las escenas acontecidas dos días antes.
Sabe que bajará a la cocina, y se verá a sí mismo preparando el desayuno sin llegar a sospechar la transgresión que ello implica. Sus clones no saben que no son únicos. No imaginan que alguien quiere matarles.

Roto no se ve capaz de atacarse una vez más a sí mismo por la espalda.
No se lo merece.

Aceptando la rendición, resignado a morir en su encierro, oye la puerta de la casa abrirse.
Unas voces idénticas que parecen sorprendidas.

Comienza una pelea en la planta inferior.

La curiosidad le obliga a ir hasta la ventana, y desde allí ve como un coche patrulla se marcha.
Los agentes son ajenos al hecho de que el reo que acaban de liberar, aunque hasta ahora era inocente, se dispone a matar.

Pero si sus cálculos son correctos, ganará su Yo más reciente.

Ambos poseen las mismas cualidades, las mismas ideas, poder muscular, y fiereza.

Cristales que se rompen.
Muebles desplazados violentamente.
Gruñidos.
Un estertor.

Roto baja las escaleras con extremado sigilo.
Está tan agotado que de nada sirve todo lo que ha sido.
Su portentoso físico, y sus años como entrenador de artes marciales mixtas, han quedado disipados

ante la incertidumbre que desde hace varios días le persigue y asfixia.
Un pie sucede a otro de puntillas, intentando evitar el crujido de la madera de cada escalón.
Es un niño pequeño asustado, tratando de descubrir un monstruo bajo su cama.

Y entonces, como si fuera la grabación de una videocámara, se ve a sí mismo contemplando su propio cadáver.
Sabe lo que siente su otro Yo. Él ya ha pasado por eso, y pensar en lo que ha de estar experimentando ese desdichado clon, le duele como si de nuevo fuera él mismo quien estuviera ahí abajo, cubierto de sangre, sin saber si con esa muerte ha ganado o ha perdido.

Roto retrocede despacio, y vuelve a esconderse en el armario.
Acurrucado llora.
Todos los sentimientos retenidos durante años, quizá desde el mismo momento en que decidió convertirse en un guerrero, un témpano de hielo capaz de enfrentarse contra una espada a escasos centímetros de su rostro, sin si quiera pestañear, o los que le llevaron a una guerra lejana por el mero hecho de experimentar, de demostrarle al mundo su grandeza, a pesar de en ello fracasar, de pronto se desbordan.
Cuando él se mató a sí mismo, no tuvo la perspectiva suficiente, simplemente lo hizo. Pero ahora, espectador ajeno de tal tragedia autodestructiva, entiende el sinsentido de la depredación entre iguales.

Entre sus incontrolados gemidos, surge el primigenio impulso de bajar y abrazar al ser que comparte su desgracia, la desgracia de la existencia egoísta. La soledad individualista.
Pero una puerta retumba al cerrarse con vigor.
Un motor deportivo ruge, y el coche sale rodando calle abajo a toda velocidad.
Abandona su purgatorio, y al llegar a la planta inferior, observa el evidente rastro de sangre que va desde donde estaba antes la alfombra, a la puerta del garaje.

De pronto comprende que a pesar de ser personas idénticas, su otro Yo ha decidido no tomarse la molestia de trocearse en pequeños cachitos.
Pero él dispuso de toda la noche. Su clon no.
Quizá el querer volver cuanto antes a la normalidad de su estricto horario, le haya decidido a resolverlo pronto para no perder las clases de la mañana.

-Pero sólo ha podido ir a un sitio, al mismo que yo iría: El lago es su dirección.

Decidido a ir tras él, se da cuenta de que esta vez no hay coche de sobra.
A su vez sospecha que si se va, al volver podría haberse generado otro de sus Yo en el gimnasio o en la casa.

-No he de romper mi rutina. Eso es lo único que nos puede salvar.

Pero ahora la conservación de esa rutina no significa para Roto un dique de todos su miedos, si no todo lo contrario. Esta vez va a enfrentarse a sí mismo, para negociar; para entenderse; para poder ser más fuertes juntos.

Se pone una gorra y unas gafas de Sol, y atraviesa la ciudad a pie en dirección al 2369 lo más rápido que sus agotadas piernas le permiten.

Cuando llega al gimnasio, se asegura de revisar su plaza en el aparcamiento, la cual encuentra vacía.

-*Todavía está en el lago.*

Sabiéndose incapaz, pero obligado a cumplirlas, comienza a dar las clases, dirigiéndolas desde una silla.
Al final de la lección, las caras de sus alumnos son de preocupación.

-*Maestro, ¿se encuentra usted bien?*

-*¿Por qué luchamos?* –exclama Roto sin ser capaz de callar.

Ante semejante arranque de profunda reflexión, y por venir de quien viene, un ser hasta ahora totalmente superficial, nadie se atreve a contestar.

-*¿Es que no podemos entendernos?* –prosigue con la mirada perdida- *¿Acaso siempre hemos de ser egoístas, viendo a los otros como si no fueran parte de nosotros mismos?*

-*El Egoísmo es parte de la naturaleza humana.* –pronuncia finalmente un veterano.

-*Es cuestión de supervivencia.* –se lanza otro a añadir.

-*Vivimos en la ley de la jungla, pensar en los otros es debilidad.* –sentencia otro más.

Roto analiza en silencio las respuestas de sus fieles muchachos.
Todos esperan.

-*Entonces estamos condenados a la depredación. Todos somos egoístas, y cualquier intento de ayudar a otros, es pura masturbación.*

Sus fulminantes palabras estremecen a todos los presentes.

Entonces, su Yo regresa del lago.
Por suerte Roto le ve desde el cuadrilátero, y haciendo acopio de fuerzas, se incorpora de un salto.
Corre hasta su oficina, y se oculta allí a esperarlo.

-*Nadie nos ha visto juntos. Todavía podemos resolverlo.*

Pero su clon viene a confirmar lo que él mismo acaba de afirmar ante sus alumnos.

-*Hola. No te asustes. Soy tú.* –dice con gran calma y suavidad desde el otro lado de la mesa del despacho.

Su otro Yo, aunque momentáneamente sobresaltado, no parece sorprendido.
Roto entiende al instante que ese clon conserva aún su frialdad inicial. Toda la experiencia acumulada, y las enseñanzas que está obteniendo, a ese otro le son ajenas.
También sabe el peligro que eso implica y que en estos momentos él es el más débil de los dos.

-*Escucha, no voy a hacerte nada. Sólo quiero que hablemos.*

El otro Yo examina el despacho en todas direcciones.
Resulta evidente para Roto que lo hace en un intento de buscar un arma con que atacarlo.

Un último intento de negociar.

-Si me matas vendrán otros. Tenemos que entendernos y aprender a repartirnos la vida.

Sabe que le quedan décimas de segundo.

Finalmente el objeto elegido para percutirle en todo el cráneo es un reloj despertador idéntico al que tiene junto a su cama.
Roto intenta esquivar el golpe, desplegando sus reflejos tan concienzudamente entrenados.
Pero es inútil. La cajita de hojalata que contiene el mecanismo, impacta contra la cabeza de Roto, rompiéndose en mil pedazos.
Los engranajes, manecillas y trozos de cristal se mezclan con la sangre que emana de la profunda brecha.

A pesar del acto fratricida, Roto comprende que con la muerte de ese despertador, ha muerto también su encierro en sí mismo.
No devolverá el golpe.
Pero no se dejará matar.

Una idea: El frío tacto del metal de la pistola servirá de persuasión.

Está decidido.

Conseguirá hacerle negociar por la fuerza de las armas, pues para los que no quieren escuchar, las palabras no valen nada.

Saltando por la ventana, evitando así un escándalo mayor, corre cegado por su sangre, hasta alcanzar el coche que su copia aparcó.

Saca las llaves de su bolsillo. Es el momento de comprobar si los clones son reproducciones exactas o no.

El motor arranca.
Un suspiro.
Ha ganado esta batalla.

Deja atrás a su otro Yo.

Capítulo VIII
Los Iguales

-No se esperaba que huyera. Mi antiguo yo se hubiera quedado a exprimir hasta la última gota de la pelea.

La oportunidad de comparar conscientemente sus recientes acciones con las de sus clones, da a Roto una visión clara de quién era, y quién es.
La lástima y la piedad se han apoderado de él.
Y eso sólo implica una cosa: Hay mucho que solucionar.

El número 288 ya se intuye al final de la calle, pero el coche decide no continuar.
Depósito de gasolina vacío.
Era de esperar.

Recorre los últimos metros sin apenas aliento, y con una máscara de costra sanguinolenta cubriendo su rostro.
No le importa ya que nadie le vea, pues en su nada pulcro estado actual, ni siquiera él se podría reconocer.

Atraviesa la puerta de la vivienda sabiendo que a esa hora estaría normalmente llegando a casa, y esperando que con suerte lo habrá hecho a tiempo para no encontrarse con otro nuevo Yo.

Pero el olor a pollo a la plancha. Ese augurio de confrontación.

Sin siquiera detenerse ante la cocina, en la que sabe que habrá una copia confundida, corre escaleras arriba en dirección al armario.

-*Oye, ¿quién coño eres?* –grita desde la otra planta el sorprendido clon.

Roto sabe que su otro Yo no habrá podido tener tiempo de verle bien, y a buen seguro pensará que es un simple ratero, por lo que no subirá con el ánimo de eliminarle para seguir siendo único, pero sí de sacarlo de la que considera su propiedad, a golpe limpio.

Y no se equivoca.
Pero cuando el clon entra en el dormitorio empuñando un gran cuchillo de cocina, el cañón de la pistola de Roto le apunta entre las cejas.

-*Mira macho... Se acabaron las tonterías. Las cosas se tienen que hablar.*

Su última copia queda petrificada, incapaz tan siquiera de pronunciar palabra alguna.
La amenaza de un arma de fuego palidece en comparación a encontrarse encarnado en otro ser, que frente a él, y cubierto de sangre, no puede imaginar sea en realidad su original.

-*Sí, somos iguales.* –dice Roto viéndose por el rabillo del ojo reflejado en el enorme espejo de pared- *Eso no te lo puedo explicar. Pero te diré lo que va a pasar: En breves instantes llegará a esta casa un tercero de nosotros. Su primer impulso será tratar de eliminarnos, tal y como me sucedió a mí, y como seguramente estés pensando tú en hacer. Pues bien, es un error. Debemos entendernos. ¿Me sigues?*

El clon asiente.

-*Me alegra que lo comprendas. Pues vamos al salón.*

Roto mantiene sentado y encañonada a su más reciente copia, en medio de una estancia impoluta.
No quedan huellas de la pelea acontecida al comienzo de la mañana.
La alfombra está en su sitio. No hay cristales ni muebles dañados.

-*¿Cómo es posible? ¿Es que acaso todo mi universo...?* –se pregunta para sí en involuntaria voz alta.

-*¿Disculpa? ¿Me decías algo?* –interrumpe el rehén.

-*No, nada.* –pronuncia tratando de no parecer ausente y de tener la situación bajo control.

-*¿Qué te ha pasado en la cara?* –pregunta señalando la brecha ya seca- *¿Eso te lo ha hecho el otro que va a venir?*

-*Empiezo a pensar que me lo he hecho a mí mismo. Que todos somos la misma cosa. Por eso es tan importante que guardemos la calma y...*

La frase de Roto es interrumpida por el sonido de un cristal rompiéndose tras él.
La penúltima copia ha llegado.

Cuando Roto se gira para apuntar a la ventana, el clon que mantenía retenido salta del sofá, y corre hacia la cocina.
Aunque tenga una pistola, se sabe el más débil de los tres, y además, está físicamente entremedias de ambos, la posición táctica más comprometida.

-*No puedo disparar a dos sitios a la vez.* –advierte con horror.

Y tampoco quiere hacerlo. Se viene el dolor.

El clon recién llegado entra con un ágil movimiento en la sala, y cargado con el más imponente martillo de la caja de herramientas del jardín, queda frente a Roto con gesto paralizado.
Es entonces cuando Roto advierte otro de sus traumas: Desde aquella emboscada en combate, la idea de poder recibir un balazo, o una herida mortal real, le hizo parapetarse en las competiciones de lucha reguladas por árbitros, donde lo único que se ponía en juego era su autoestima.
Toda su carrera como entrenador ha sido un sustitutivo.

-*No me mates.* –pronuncia el clon.

-*No me obligues a hacerlo, pues de nada serviría. Ese sería el camino fácil. Lo que tenemos que hacer es mucho más complicado que administrar vida o muerte.*

La otra copia regresa de la cocina cargada de cuchillos y dispuesta a presentar batalla.
Al ver al tercero en discordia, tal y como le prometió Roto que sucedería, entiende que la cosa vas más allá de la simple trifulca.

-*Entonces era verdad.* –dice el de los cuchillos.

-*Yo tampoco lo creía aunque me lo habías advertido.* –añade el del martillo- *Cuando te vi en el gimnasio, pensé que eras el fantasma del que acababa de arrojar al lago.*

-*¿Es que acaso ha habido más?*

-*Algunos que por nuestro miedo cayeron.* –responde Roto bajando el arma- *Y ya son suficientes muertos para saber que la violencia no puede funcionar.*

-*No hará falta, pues yo te creo.* –dice el clon del martillo deponiendo también su actitud hostil- *Me lo advertiste y ahora lo entiendo: Si nos matamos llegarán más. La guerra entre nosotros mismos nunca terminará.*

Aunque Roto sabe que la razón aún no se ha impuesto del todo, sí lo han hecho los números. Por ahora con eso valdrá.

-*Los tres somos iguales, debemos colaborar.*

Reunidos en son de paz, pero aun sosteniendo preventivamente sus respectivas armas, las explicaciones de Roto narrando lo vivido desde la aparición del primer clon hasta el presente momento, son todavía torpes y confusas.

Hay ánimo de entendimiento, pero Roto sabe que el tiempo apremia, y que si no quieren tener que explicarle la situación de nuevo a un clon más, no pueden saltarse los horarios que marcaban su rutina.

-*Tenemos hasta después de la siesta para ponernos de acuerdo en cómo nos organizaremos.*

-*En ese caso, ¿alguien tendrá que ir al gimnasio como si no pasara nada?*

-*Exacto.*

-*¿Y así ha de ser siempre?*

-*Eso me temo.* –concluye Roto, si cabe menos convencido que los nuevos ante semejante perspectiva.

Un silencio mientras asumen un hecho innegable.

-*¿Entonces viviremos entre los tres, la vida de uno solo?* –pregunta finalmente el clon de los cuchillos.

Esa es la cuestión que en la mente de todos rondaba.
Es por eso que su primer impulso fue matarse, y tener como un derecho propio lo que creían que sólo a ellos pertenecía.

-*¿Qué otra cosa podemos hacer?* –responde Roto- *Para el resto del mundo sólo somos una persona.*

De nuevo el fantasma de la destrucción física ajena sobrevuela sus cabezas.

-*Al menos así cubriremos siempre los horarios. Uno solo no puede solucionar esto y evitar salirse de la rutina. Si nos matáramos entre nosotros, como ya hemos hecho dos de los presentes con otros, luego tendríamos que solucionarlo, y el problema se volvería a generar. Pero los tres juntos lo podemos contener.*

A pesar de que Roto ha visto y aprendido más, las mentes de todos ellos funcionan exactamente igual.
Tras unos instantes de duda, los clones parecen convencidos.

-*Estoy de acuerdo, hay trato*. –dice uno.

-*¡O todos, o ninguno!* –añade el otro esbozando una tímida sonrisa.

-*¡Sólo podemos hacerlo juntos!* -sentencia Roto poniéndose en pie y tendiendo su mano al frente.

Todos estrechan sus antebrazos como gesto de honor y lealtad.
Queda así sellada esta tregua entre iguales.

Una lágrima recorre el rostro de Roto, que emocionado, y de pronto sintiendo toda la tensión acumulada descargándose de sus hombros, ve por fin el final de tan lisérgica pesadilla.

-*¿Os importaría hacer el primer turno vosotros? Parece que hace días que no duermo...*

-*¡Y necesitas una buena ducha!*

Todos ríen aliviados.

-*Sé que puedo confiar en vosotros. Yo nunca daría mi palabra en vano.*

-*No habrá mentiras, pues a nosotros mismos estaríamos engañando.*

-*Ve tranquilo, hermano*.

Esa palabra, hermano, termina de hacer que Roto se derrumbe, el cual, apresurándose a subir las escaleras por vergüenza a que los otros le vean vulnerable en semejante estado, logra llegar al cuarto de baño.
En la misma bañera donde acontecieron actos horribles, ya tan lejanos, casi olvidados, Roto llora bajo el agua.

Cuando sale desnudo al dormitorio, sólo porta consigo la pistola.

-*Ya no me haces falta. Conmigo mismo me he reconciliado.*

Vuelve el invento atroz a dormir en el armario.
Roto se tumba en la cama, y cae en profundo letargo.

Al encontrarse con su esencia, lo ha hecho con la del ser humano.

Capítulo IX
Un mundo de dos

El dulce jugo ya emana, y se desliza por la húmeda fresa, hasta dejarse caer certera sobre la boca de Roto abierta.

Sus labios saborean la ardiente transferencia de esencias.

Las sabanas se revuelven.
El lecho es asaltado.
La unión de la piel desnuda y los ojos aun cerrados.

Bailan Roto y la pequeña fresa un regio vals palaciego.
Pero entonces unos pies fríos, le arrancan del reino del sueño.

-*¡Shura! ¿Pero qué haces en mi cama?*

Roto se incorpora incrédulo.
No acierta a recordar cómo ha llegado la muchacha hasta allí.
Tampoco es capaz de distinguir si todo lo de sus clones fue ensoñación o realidad.

-*Acabo de llegar. La puerta estaba abierta.*

-*¿Cómo?* –dice convencido de que él o en su defecto sus copias, conservarían a buen seguro la minuciosa costumbre de cerrarlo todo con llave.

-*Te vi tan tierno ahí dormidito, que no pude evitar meterme junto a ti.*

-*Pero... ¿Y los otros?*

-*¿Qué otros?*

Algo va mal.
O demasiado bien.

El hombre sale desnudo en dirección al armario.
No busca ropa.
Sólo su arma.

Pero sus sospechas son infundadas.

-*Todo está orden. No es cuestión de traición. Pero entonces, ¿por qué han abandonado de súbito nuestra acordada obligación?*

Shura se limita a contemplar el cuerpo de Roto, analizando cada pliegue de su piel.

-*¿Qué hora es?* –exclama él corriendo hacia su despertador.

-*Aun no es ni medianoche. Podemos tomárnoslo con mucha calma, entrenador*.

Pero Roto en estos instantes es inmune a los encantos de Shura.
Sabe que si sus iguales fallan, puede de nuevo desmoronarse su existencia.

-*Estaba convencido de que lo habían comprendido.*

-*¡Oye, tranquilo!* –pronuncia la muchacha con tono insinuante mientras se destapa.- *Creo que teníamos un par de cosas pendientes, ¿verdad?*

-*No hay tiempo para juegos, Shura. Debemos revisar la casa.*

-*Dijiste que ibas a enseñarme a pelear. ¡Peleémonos con estas sabanas!*

Pero Roto sabe que no tiene tiempo que perder.

Revisa la vivienda a conciencia, pero bastan unos minutos para comprender que allí no hay nadie más que ellos dos.

-*¿Dónde habrán ido? ¿Estarán detenidos? ¿Quizá se han conchabado y juntos han huido? Eso es algo desde luego muy típico de mí mismo.*

La desolación de Roto, abandonado aparentemente por sus únicos amigos, y obligado con ello a enfrentarse a una vida esclava que ya creía superada, es descaradamente ignorada por Shura, que recostada plácidamente sobre la cama, teclea la pantalla de su teléfono móvil.

-*¿No vienes? Voy a coger frío aquí tan solita.* –dice ella sin apartar la cara del aparato.

-*¿Tu sabes algo, Shura?* –pregunta Roto con la respiración agitada.

-*¿Algo de qué?* –responde ella con la pasividad acostumbrada.

Roto se abalanza sobre ella, y lanzando el móvil al otro lado de la estancia de un manotazo, la eleva en volandas con gesto furioso.

-*Esto es serio, ¿me oyes?* –exclama fuera de sí.

-*¡Me haces daño, estúpido!* –reacciona la muchacha.

Roto recupera la cordura y sin mirarla, tratando de ocultar su arrepentimiento, se viste y prepara una gran bolsa de deporte con ropa y enseres personales.

-*No sabía que eras de esa clase de tíos.*

-*Lo siento, ¿vale?*

-*Tranquilo,* -dice ella yendo a recuperar el teléfono- *estoy acostumbrada a estas mierdas. Todos sois iguales.*

Todos sois iguales.
Todos sois iguales.
Todos sois iguales.

La frase taladra la débil mente de Roto.

-*¿Qué todos? ¿De quién hablas?*

-*De los tíos*. –sentencia ella con gesto despreocupado.

-*¡Yo no soy así! ¡No soy esta persona!*

-*Y quien eres, ¿eh? Tú eres único, un tipo especial, ¿verdad?*

-*Sí*. –contesta el rudo hombretón al borde del berrinche.

-*Ya, claro. La masa estúpida siempre son los otros.*

Shura ve que el orgullo de Roto está herido, y al dar por perdida su oportunidad de diversión, regresa a su mejor faceta como persona comprensiva y amable.
Quizá esa técnica le funcione mejor.

-*Escucha, entrenador, a mí me da igual. Lo importante es disfrutar, ¿no?*

-*¿Y tú disfrutas con tu vida?*

La repentina profundidad de Roto, un hombre que a sus ojos hasta ahora ha sido un trozo de carne musculosa sin siquiera conversación, la descoloca y excita.

-*¿Es que alguien lo hace?* –responde finalmente la joven tras unos instantes de duda.

-*Yo antes lo hacía.*

-*¿Y qué pasó?*

-*Te conocí a ti.*

Ambos se sientan en el borde de la cama.
El silencio sólo trae a la escena más confusión.
Shura observa por fin el propósito del ajetreado movimiento que Roto se estaba trayendo.

-*¿Es esa tu maleta? ¿Pero es que te vas?*

-*Sí. No pienso seguir atado a una falsa rutina para que no se derrumbe un mundo basado en el miedo.*

Roto se incorpora, y cogiendo lo que considera imprescindible, se disponer a marchar.
La pistola le llama desde dentro del cajón de doble fondo del armario, pero sabe que allí a donde se dirige, no la va a necesitar.

-*¡Espérame, Roto! ¡Yo también quiero eso! ¡Vayámonos juntos de aquí! Iremos al continente y viviremos entre hermosos palacios, museos, y hoteles. Viviremos lejos del hielo.*

-*Yo no puedo salir de esta isla. La policía me tiene fichado.*

Ella se levanta enérgica, y apresuradamente se viste.
En su cara una sonrisa persuasiva.

-Venga, seguro que podemos solucionarlo. Conozco pescadores que podrían llevarnos en secreto hasta...

-No, Shura. A donde yo voy no es un lugar para evadirse, si no para tomar responsabilidad de uno mismo. Me voy al corazón de las montañas de Meme. Allí donde no hay nadie. El único sitio posible donde poder empezar un mundo propio.

Roto baja las escaleras en dirección al garaje.
Al abrir la puerta del mismo encuentra uno de los dos coches idénticos que les quedan.

-Entonces han tenido que irse juntos ellos dos.

El sentimiento de abandono de nuevo le golpea.
Por su cabeza se suceden las peores hipótesis.

-Si al menos me hubieran tratado de matar, lo entendería. Pero ponerse de acuerdo para marcharse sin mí...

Aunque de pronto una idea.

-Quizá se hayan ido para dejarme vivir.

-Me voy contigo. –dice la muchacha apareciendo repentinamente- *Ibas a enseñarme el arte de luchar, pero haría lo contrario renunciando a ti. Aceptando este mundo de hielo, y quedándome aquí.*

Esas palabras son justo lo que Roto necesitaba oír.
De pronto su vulnerabilidad es cubierta por otra persona.
Alguien que no es él, ni una copia de sí mismo.

Sin poder impedirlo la besa.
Pero esta vez la besa con todas sus fuerzas.
Es un contrato sellado de apoyo mutuo y fidelidad.
Al menos así ambos lo entienden, pues esa es la norma social.

El coche se aleja del 288 en dirección a un mundo nuevo.
Un mundo que esta vez será un mundo de dos.

Pero Roto sabe que para construir un mundo, debe arder el anterior.
La llave del gas abierta, preludio de destrucción.

Segunda Parte

Capítulo I
Gris y amarillo

Las afiladas astas de un desvergonzado venado se asoman por la ventana de la cabaña de pesca.
El agudo hocico parece detectar las bellotas que Roto, el cual duerme plácidamente a escasos centímetros del abierto vano, guarda en una bolsita de provisiones junto a la almohada.

El improvisado hogar que ocupan los urbanitas recién llegados, lleva largo tiempo marcado por las feromonas que dispara el ciervo por sus pequeños y cotillas ojos.

Conservando cierta decencia, el animal desiste de despertar a la pareja.
La invitación al desayuno tendrá que esperar.

El aire de la mañana, ausente de despertadores, ojeras, y noticiarios, transporta los aromas de los pinos del bosque junto al lago, y penetrando por los endebles tablones que conforman la rústica construcción, se mezclan con la nube de sudor apasionada de la noche anterior.

En el confortable espacio diáfano de la antigua cabaña de pesca, cualquier intentona entusiasta de proyectar un diseño de interior está abocada al fracaso, pues todo en este lugar tiene asignado su rincón: En el lado derecho de la estancia, una mesa con dos sillas, platos, cubiertos y un enorme barreño de agua, que para la actividad del día a día bastan.

Ocupando el centro, una estufa metálica de leña, la cual es verdaderamente el corazón del lugar. Es la que calienta sus cuerpos, y les permite poder cocinar. Su mera presencia permite pues que sea legítima la consideración de este refugio como una, aunque humilde y sin pretensión alguna de cualquier lujo, casa.
Finalmente junto a la pared izquierda, en el lado más resguardado del frío y el viento, la cama. Este es el único objeto del mobiliario que se permitieron exportar del apartamento obrero de Shura.
Era la compra más cara que había hecho en su vida.
Siempre la consideró una inversión vitalicia, pues para ella, que a pesar de su endeble y pequeño cuerpo está bien curtida en las largas jornadas de pie frente a la máquina dobladora en la fábrica, casi cualquier esfuerzo físico es tolerable, siempre y cuando se guarde una estricta observancia de las reglas del buen descanso.
Su religión es la cama.
En todos los sentidos.

Sin embargo para Roto, los rayos del Sol resultan incompatibles con sus párpados, tan endebles y finos como una hoja de papel de fumar.
Tratando de abandonar el lecho haciendo uso de toda su pericia para evitar producir una deformación en el colchón de una equivalencia sísmica lo suficientemente notable como para llegar a despertar a Shura, logra incorporarse y caminar de puntillas sobre el suelo traicionero y propenso a los crujidos matinales, alcanzando por fin una de las sillas, lo más parecido que tienen allí a un armario, y haciéndose con una de sus gruesas toallas, salir al exterior.
La misión se completa con la merecida micción matutina en la orilla del colindante estero.
El aseo implica la necesaria inmersión en las gélidas aguas del reflectante lago, teñido ahora de brillante naranja por el astro rey.

Su cuerpo, ya de por sí insensible gracias a las múltiples maniobras y despliegues realizados en sus años de formación como miembro del ejército, parece no sólo no resentirse ante la ablución aun en ayunas, si no que de hecho agradece la contracción muscular producto del frío, pues reanima y activa por completo el letárgico organismo.

Aunque ha logrado no establecer horarios ni rutina alguna, en parte de forma conscientemente autoimpuesta, y en parte por la práctica imposibilidad de hacerlo en semejante entorno, desde que llegaron a la montaña se ha bañado a esta hora todos y cada uno de los días.
Se envuelve en la toalla, y mientras los pájaros celebran el alba cantando a su alrededor, Shura sale al porche de la cabaña.

Su amarilla mirada, casi tan dura como sus pezones desnudos, confronta sin tregua con los ojos grises de Roto.
El combate silencioso es un juego de poder sexual.
Y ella nunca pierde.

El antiguo entrenador, convertido ahora en trampero, cazador, y candidato a minifundista de subsistencia, camina hasta su compañera, y la besa en la frente.
Ella, molesta por el constante recato del hombre del cual espera y reclama una apasionada masculinidad, le arranca de un veloz tirón la toalla de la cintura, para lanzarla con desdén al interior de su refugio, capital de la nueva patria en la que ellos son regentes y súbditos dependiendo de la hora, las ganas y las energías.

-*Muchacho, parece mentira, tengo que obligarte a todo.*

-*No me llames muchacho, casi te doblo en edad.*

-*¿Y de qué te sirve ser tan viejo y tan grandote, si una canija como yo puede contigo, eh?*

Shura agarra las partes íntimas de Roto, y comienza a caminar sin soltarle, arrastrándole tras ella.

-*¡No seas mala! ¡Déjate de jueguecitos!*

-*Solamente vamos por ahí a explorar.*

-*¿Por ahí? ¿Desnudos?*

-*¡Venga, venga! ¿No sabes que danzar desnudos por el bosque es la auténtica salud?*

Entre las hojas y las ramas, piel rosada, venas hinchadas, sonrisas cómplices: Hambre.
Mordiéndose el labio, ella juega al desgaste.

El paseo revela un paraíso vacío.
Aquí sólo se tienen el uno al otro. Es el mundo que han elegido.
Gris y amarillo.

La muchacha corretea, escondiéndose tras los troncos de los árboles, y asomándose fugazmente para provocarle.
El ritual de apareamiento no es interrumpido por ningún otro animal.
Todos en este bosque respetan su intimidad.
Pero al contrario que su esculpido cuerpo, los hilos invisibles con los que Shura maneja a Roto son endebles, tanto que al final este siempre termina agotado ante la incansable ansia de ella.

Imposibilitado por su escaso desarrollo de una habilidad social e interpersonal suficiente para defender sus posiciones, termina Roto por aislarse en su silencio y voluntaria parálisis.

Queda sentado apoyando su arañada espalda contra un gran pino.
Ella lame el torso y el cuello de él como si de un cachorrito en busca de atención se tratara.
Luego, sin rendirse, besa su boca, que paralizada por el aburrimiento no responde con ningún gesto de esperada correspondencia.

-*Pinchas.* –dice Shura mientras acaricia la incipiente barba de Roto- *¿Sabes que pinchas?*

-*No tengo cuchillas.*

-*Vas a parecer un oso si te dejas crecer todo el pelo.*

-*Y tu una osezna.*

En respuesta, ella trata de asfixiarle cubriendo el rostro de él con su axila.
Él consigue zafarse metiendo sus dedos entre los pliegues de los abdominales de Shura, provocándole grandes cosquillas, que sabe, son su punto flaco.

Finalmente ella se rinde ante la descarga temblorosa e incontrolada.
Quedan tendidos bajo el árbol, tal y como vinieron al mundo.
Roto piensa que quizá sea así como deban irse de él.

Han conectado con la tierra, saben que son sólo una parte del total.
Aunque para ello hayan tenido que de sus iguales renegar.
Pero desnudos y cubiertos de barro, se dejan llevar.

-*Aquí el tiempo pasa más despacio, ¿verdad?* –pronuncia él, interrumpiendo la superficial siesta de su por fin apaciguada compañera. –*Es como si no pasara nada. Como si la única lección posible sea ya simplemente vivir.*

-*¿Y es que antes no lo era?*

-*Demasiadas distracciones en medio de la competición. Aquí no tenemos que destacar por encima de nadie, ni ganar títulos o reconocimientos para saber quiénes somos. Sólo respetarnos, cogiendo lo poco que necesitamos, y tratando de aportar algo al bosque para que este siga bien, pues es él quien nos protege y nos puede abastecer. Aquí no existe ningún poder tras el cual correr, gastando toda nuestra existencia en su persecución.*

-*Pero tienes pendiente el huerto. ¿Cuándo te vas a poner a ello?*

Las ordenes de Shura, aparentemente inofensivas y necesarias, demuestran que Roto se equivoca en sus nobles deducciones: Mientras haya dos humanos entregados, aun sin saberlo, al Egoísmo, habrá poder; imposición; dueño, y por lo tanto su esclavo, obligado a obedecer.

Vuelven a la cabaña y Roto se pone manos a la obra sin rechistar, trabajando en la zona destinada a la horticultura, hasta que cae el Sol.

Las tripas le rugen.
En el plato, sopa de raíces.

-Lo que daría por un pollo a la plancha con arroz.

-Puede que algún día un pajarillo se meta en la cazuela. Pero aquí pollos no hay, y nunca los habrá.

Roto recuerda con dolorosa nostalgia su última ración de pollo.
También recuerda como tuvo que tirar varios trozos manchados por la sangre del clon de sí mismo que acababa de matar.

Durante la noche, las imágenes de sus atroces crímenes vuelven insistentemente a atacar su conciencia, y le hacen revolverse en la cama.
Entonces, en mitad de la ensoñación, se ve de nuevo en su antiguo dormitorio, tras matar a uno de sus Yo. Creyendo que todo ha terminado, se gira y se ve a sí mismo: Los dos se apuntan con la pistola. Los dos disparan sin contemplación. Los dos mueren juntos, y ya no queda de él ninguna versión.

La idea de su definitivo final le hace despertar violentamente cubierto de fríos sudores.

-Tranquilo, ya pasó. Sólo ha sido una pesadilla. –le tranquiliza Shura entre tiernos besos.

-No ha sido una pesadilla, si no un recuerdo, o más bien una premonición.

Ella se levanta y le prepara una infusión.

-Tómatela. Esto te calmará.

Roto bebe la infusión deseando olvidar. Pero Shura, preocupada, le interroga sin piedad.

-¿Qué significa melón destrozado?

-¿Cómo dices? –responde con miedo.

-Era lo que estabas repitiendo en voz alta antes de despertar.

Melón destrozado. Vísceras sobre el pollo frito. El recuerdo del miedo que se tiene a sí mismo.

-Nada, es producto del hambre que me hace desvariar.

Prefiere perder la cabeza, como aquella que no dudó de un tiro destrozar, antes de a su única compañera confesar y espantar.

Tumbados uno frente al otro, unidas sus manos bajo la almohada, se observan a los ojos en silencio, sabiendo que más allá de ellos no hay nada.

-Roto, ¿qué pasaría si juntáramos gris y amarillo? ¿Tendríamos el color de una nueva vida?

-Ése es el camino que hemos elegido, y lo vamos a comprobar.

Capítulo II
La Vieja

Hoy la bolsa de bellotas alborea vacía.
Pero Roto no repara en ello, distraído aun por sus divagaciones nocturnas.

Mientras sale de la casita todavía medio dormido y con su toalla, piensa en la pregunta con la que Shura dio por terminada la jornada anterior, y en sus consecuentes, aunque bien conocidas y habituales, ganas de escapar.

-*¿Me quieres?* –dijo ella.

-*Te quiero.* –fue su respuesta.

Pero llegando a la húmeda orilla, sabe que aunque de corazón, hay algo en su sincera confesión que falla.

-*Hemos elegido vivir los dos solos, de espaldas a la gente. Limitaremos nuestro amor a dárnoslo el uno al otro. ¿Pero es que tan poco amor albergamos, que debemos escondernos del mundo y para nosotros guardarlo? ¿Y qué es el Amor, algo que emana de nuestro interior, o algo que a otros robamos?*

Mientras se pregunta por primera vez el significado del Amor, de entre las aguas del crepuscular lago, surge una figura pálida.

Roto se detiene en seco, y queda petrificado ante la contemplación del cuerpo de una anciana, que completamente desnuda, parece elevarse desde el fondo.
Su larga cabellera grisácea, su extrema delgadez, y su piel arrugada, contrastan con el rostro sereno y repleto de sabiduría.

Sin saber qué hacer, y sorprendido por la presencia de otra persona en un lugar tan remoto y temido por las gentes de la Isla de Meme, Roto mira a su alrededor tratando de descubrir si alguien más se encuentra por las inmediaciones de su refugio.
Convencido de que la ausencia de visitantes y extraños es allí total, vuelve a dirigir su mirada hacia las brillantes aguas, pero aun buscando a la anciana con todo su empeño, le es imposible volver a localizarla.

-*Ha desaparecido. ¿Lo habré acaso imaginado, o es que es en esto en lo que se ha convertido la dama del lago?*

Cuando vuelve a meterse en la cama, seco, y sin su habitual energía matutina, Shura abre los ojos preocupada.

-*¿No te has bañado?* –pregunta acariciándole el pelo.

-*No.*

-*¿Y en qué piensas? Tienes la mirada perdida. ¿Es por el huerto? ¿Algún oso ha destrozado el huerto, o qué?*

-*No, nada de osos ni huertos. Creo que eres tú. Mi musa. La mujer con la que he de envejecer.*

La interpretación de la visión de Roto hace que ese día sea el más feliz de sus vidas.

Y no necesitan salir de la cama.
Resulta así que la mayor felicidad es encontrada a veces bajo una sábana, en una burbuja, en un mundo inventado donde no asumir ninguna responsabilidad.

Pero las cosas que no se construyen sobre cimientos sólidos, suelen constituir cimas hermosas rodeadas de valles oscuros.
Los peligros que este método supone suelen costar más de un disgusto para algunos de los participantes implicados.

Tras varias semanas de insípida convivencia, el mayor incentivo para Roto cada amanecer, es volver a encontrarse con la anciana, pero ante la prolongada incomparecencia de la misma, la curiosidad y el deseo de resolver el misterio le lleva a concluir que la mejor opción es revisar cada palmo del bosque en busca de alguna huella que pueda indicarle si la existencia de la vetusta dama es real o ficción.

-*Vamos a explorar.*

-*¿Explorar, el qué? Ya sabemos que aquí todo son árboles idénticos, bichos y barro. ¿Qué crees que te vas a encontrar?*

-*No lo sé, pero tú siempre decías que te gustaba correr desnuda por el bosque. La auténtica salud, ¿recuerdas?*

-*No me apetece. Quiero quedarme aquí en casa tranquilamente bajo el calor de la manta.*

La hasta ahora incombustible energía de Shura parece mermar conforme la realidad de su retiro va confirmando que eso que ya conoce y ha vivido, ni más ni menos, es lo que hay.
La ilusión inicial no tuvo en cuenta la ambición de ir más allá, pues más allá de las montañas no hay nada.

-*Venga, Shuri, pequeña, será divertido.*

-*Asique es eso, ¿no? Te has aburrido de mí.*

-*¿Pero qué dices, mi amor? ¿Cómo se te ocurre pensar siquiera que yo...?*

-*No soy suficiente para ti, ¿verdad? ¿Es por mis diminutas tetas? ¿Es porque soy tan poca cosa que no podría ni con una mosca? Seguro que te hubiera gustado que fuera una luchadora. Una tan fuerte como esos chicos a los que solías entrenar, ¿eh?*

-*Vamos tranquilízate.* –pronuncia Roto tiernamente mientras camina hacia ella con gesto conciliador- *Ven, dame un abrazo.*

-*¡No, joder! ¿Crees que no lo sé?*

-*¿El qué? ¿De qué hablas?*

-*¡Sé que has estado viendo a otra! ¡Me estás haciendo la liana, pedazo de cabrón!*

De pronto la idea de que Shura pudiera haberle descubierto aquella lejana mañana observando a la anciana dama del lago, le estremece y nubla su vista.
Apenas puede balbucear.

-*¡Lo sabía! ¡Estaba convencida de que algo así terminaría pasando! Incluso aquí, aislados del mundo. ¡Siempre es igual!*

-*Pero...*

-*¡No trates de negarlo! ¡Lo veo en tus ojos!*

-*Shura, mi amor, te lo juro, sólo era una vieja.*

Sólo una vieja.
Sólo una vieja.

La extraña confesión de Roto produce que el gesto de inseguridad de Shura sobre sí misma, torne hacia la incredulidad.

Sus ojos dorados por la acción cristalina de las contenidas y ahora innecesarias lágrimas, examinan a Roto de arriba abajo.
Con su esfuerzo analítico, parece como si la muchacha tratara de encontrar una tara física en algún lado. El broche de una cremallera que pudiera abrir el disfraz con forma de cuerpo de su amante, y descubrir debajo un traicionero impostor.

-*¿Acaso me vacilas?*

-*Nunca te engañaría. De hecho ni siquiera sé si fue una visión.*

Las largas explicaciones de Roto duran todo el día y parte de la noche.
Ante la imposibilidad de demostrar sus argumentos, es sólo cuestión de esperar una nueva aurora, y confiar en que por fin la anciana vuelva a dejarse ver.
Pero por la mañana la pareja acude a la orilla, y para desgracia de Roto, nada sucede.

-*De acuerdo. Busquémosla. Necesito saber si me mientes, o dices la verdad.*

Los celos y la desconfianza continua de Shura decepcionan a Roto en un grado desconocido hasta la fecha.
Ya casi ha olvidado el hambre, las vejaciones, y las ordenes, pero esta guerra psicológica es algo que nunca supo ni quiso afrontar.

Sus antaño enormes músculos, cada vez más demacrados por la práctica inanición, pueden aun con casi todo, sin apenas resentirse al tener que cargar con Shura en mitad de la incursión exploratoria por la floresta. Sin embargo su mente es incapaz de hacer lo propio, y cargar con la invasión de la muchacha, que pretende, como si se tratara de un derecho natural, no tan solo someter su cuerpo, si no controlar incluso sus mismas ideas y sentimientos.
Esas mismas ideas y sentimientos que ni ella misma conoce ni tiene claras.

Los minutos y las horas pasan sin indicación alguna.
Roto piensa con tristeza si las causas de la merma física de Shura, antes insoportablemente activa e incansable, se deban a un gasto excesivo por su parte de energía mental como resultado del decidido empeño por lograr un dominio total del único ser que conforma su mundo.

-Pura ansia de poder. Pero, ¿por qué?

Shura duerme enganchada como una mochila a los hombros de Roto, cuando de entre el omnipresente verde surge una cabaña.

-Despierta, pequeña.

-¿Qué ocurre?

-Creo que he encontrado la casa de la vieja.

-¿Seguro que no es la nuestra? Por fuera es igual.

-Parece un refugio de pesca abandonado. Pero el hecho de que esté tan lejos de la carretera me parece muy raro.

Shura se baja de Roto. Por suerte esta vez decidió que vinieran vestidos, pues es bien entrada la tarde, y el calor del Sol se aleja.

-Voy a entrar a ver que hay dentro. Tú espérame aquí.

-No por favor. –exclama ella abrazándose a Roto y tratando de retenerlo- *Quiero estar contigo.*

-Hazme caso en esto. Podría ser peligroso si hubiera alguien dentro.

-Pero... ¿Y si viene un oso?

-¿Qué te ocurre con los osos?

-Me dan esgrima.

-Grima, dirás.

-Sí. Además podrían atacarme y hacerme daño.

-No lo harán, porque yo soy el oso más fuerte de todo el bosque.

-Por eso, tú me proteges.

A pesar de la inclinación natural de Roto a obedecer, la curiosidad y las ganas de zanjar el caso son más fuertes.
Sin atender a las peticiones de Shura, las cuales considera como un tonto capricho más de su inabarcable lista, camina decidido hacia la ajada construcción.
Viendo perdida la negociación, la muchacha se desploma sobre sus rodillas, arrebatada por un profundo llanto.

-¡Por favor, no me abandones! ¡Te necesito!

La desesperada súplica de Shura sorprende y conmueve a Roto.
Volviendo arrepentido sobre sus pasos, se lanza a levantarla y a abrazarla.

-*Pero bueno, pequeña, no te disgustes así. ¿Es que no sabes cuánto te necesito yo a ti?*

Muy pegados. Apretando sus miedos.
La nariz de Roto en el cuello de ella.
Por primera vez siente que su piel no le habla.
¿A dónde fue la esencia de la excitante fresa?
Pero ya no tiene otra cosa a lo que aferrarse.

Está atado a la muchacha por la necesidad de seguir un orden, pues nunca en su vida ha actuado sin una ruta marcada.
Le es indiferente un tutor, un sargento, una novia, o un despertador.
Ella es su nueva rutina. Le priva de libertad, y eso le tranquiliza.

-*Eres mi mano.* –dice él separándose y teniéndole su brazo.

-*Y tú la mía*. –responde ella haciendo coincidir sus palmas.- *Iremos juntos hasta el final de la oscuridad.*

Roto siente un escalofrío. Sus manos heladas se repelen, pero ambos las aguantan apretadas.

Avanzan temerosos hasta llegar a la entrada, y descubren que respecto a la suya, es gemela la cabaña.

-*Parece que las construyeron en serie. Hasta los materiales son los mismos.* –observa Roto.

-*¿Entramos?*

-*Deberíamos llamar.*

Pero antes de atreverse a hacerlo, un pájaro levanta repentinamente el vuelo saliendo desde el interior.
Es el momento adecuado para hacerlos caer de espaldas.

-*Hemos echado a su ocupante.* –se burla Shura.

-*Sí, yo diría que está abandonada.*

Sacudiéndose el barro, traspasan el polvoriento umbral.

Una mesa, una cama, y la estufa oficial.
Pero el menaje del refugio revela un uso ocupacional, aunque quizá no reciente, pues las telarañas y las hojas secas cubren todo en la estancia.

Las velas, prácticamente agotadas sobre una ondulante basa de cera derretida, y las latas de conservas al borde de la total corrosión, hacen pensar a su vez en un tiempo pasado.

Shura hurga entre los cajones de un carcomido aparador.

-*¡Mira, aquí hay jabones, peines y algunos perfumes!* –exclama mientras saca todos los productos cosméticos con ilusión.

-*Sería mejor que no tocáramos nada.*

-¿Por qué? Está claro que el dueño de esto ya no lo necesita.

-¿Pero y si fuera de la vieja? ¿Y si regresara a por ello?

-Pues que aprenda la lección. –sentencia Shura metiéndose una pastilla de jabón de intenso rosa en el bolsillo- *En esta vida tienes que comer o te comen.*

El razonamiento depredador de la muchacha contrasta en la cabeza de Roto con las manifestaciones recientes, y cada vez más evidentes, de un complejo de debilidad física de su joven compañera. Se pregunta cómo es posible que alguien que necesita desesperadamente a un hombre musculoso como complemento a sus carencias no abordadas, acepte sin embargo como dogma y única realidad posible, la misma ley de la jungla que tanto la hace temer, y a la que tan poco puede ofrecer.

Mientras observa el sistemático saqueo de Shura, sin respetar la propiedad ajena de alguien que quizá sea una pobre anciana desvalida, se produce en él una profunda repugnancia.
Volverse opresor por miedo a ser oprimido.

-¿Qué es ese cacharro? –pregunta ella rompiendo el silencio del festín expropiatorio.

Roto se acerca a una esquina de la estancia, y allí, bajo la ventana, un viejo tocadiscos.

-Es un aparato para escuchar música. –explica él mientras saca de debajo de este una pequeña pila de vinilos- *Mira, aquí hay unos cuantos discos antiguos.*

-¡Pongamos alguno! Echo mucho de menos escuchar una buena canción.

-Todos son del mismo artista: Django Reinhardt, guitarrista de jazz manouche.

Tras dar cuerda manualmente al mecanismo, la aguja comienza a raspar sobre los surcos del negro vinilo, y las melodías de los magistrales dedos gitanos inundan la pequeña cabaña.

La pareja se sienta en suelo, al pie de la cama, y se abrazan.
Con los ojos cerrados, escuchando una voz diferente a las suyas propias, algo que ya habían casi olvidado, se dejan transportar a un mundo que los transciende.

El pájaro que espantaron al llegar, vuelve al quicio de la ventana con unos amigos. Sabe que son los dos bípedos que recolectan bellotas, pues el ciervo se lo dijo.
Esperan en silencio, con la esperanza de que quizá lleven comida consigo, pero al verles tan a gusto no se atreven ni a graznar. Como buenos convecinos, no les quieren molestar.

-Shuri, te pido perdón por haber estado así de raro. Pero es que tenía que saber si éramos los únicos habitantes de este mundo.

-Si me hubieras dicho desde el principio que todo era por una sucia vieja...

-¿Me perdonas?

-Sí.

Roto respira aliviado, pero espera que Shura, dándose cuenta de sus absurdamente infundados celos, emita una disculpa a su vez.
Disculpa que no llega.
Eso requiere una autocrítica inexistente, no por una naturaleza defectuosa de la joven, si no por una falta de entrenamiento en un desarrollo personal ni siquiera abordado.

-*¿Crees que volverá por aquí la vieja?*

-*Espero que no. Sería una lástima saber que alguien vive en estas condiciones.*

Según lo dice, Roto comprende que ellos viven exactamente en idénticas y deplorables condiciones. Esas que no le desea a nadie.

-*Seguramente no exista tal vieja. Quizá fuera un fantasma lo que viste*. –prosigue Shura interrumpiendo la reflexión del hombre.

-*Puede, pero la que debería dejar de ver fantasmas eres tú.*

La espontánea y no medida contestación de Roto parece clavarse en el ego de Shura como un punzón de afilada y certera realidad.

-*Es que yo...* –dice separándose de él y mirándole a los ojos tratado de encontrar las palabras para una defensa adecuada- *Yo sé que te quiero, pero no puedo saber si tú me quieres a mí.*

-*Ni yo mismo lo sé. Ni tan siquiera estoy seguro de que sepa lo que es el Amor.*

-*Pues es...*

El nerviosismo se apodera de Shura, que parece incomoda en todas las posiciones posibles. Agitando las extremidades, contrayendo cuello y hombros, y abusando de un parpadeo ansioso, termina por levantarse y recorrer la estancia de arriba abajo.

-*¡Ay, chico, yo que sé! El amor no se puede explicar. Es un sentimiento, una emoción.*

-*Pero pequeña, si no podemos definirlo con palabras, ¿cómo vamos a saber si lo que sentimos es igual? ¿Cómo afirmar que eso que cada uno llamamos amor, no son cosas completamente distintas?*

De nuevo una lágrima de impotencia escapa de los ignorantes ojos de Shura.

-*¡Yo sólo sé que te necesito, y que nada más me importa en el mundo!*

-*Entonces el amor es Egoísmo compartido.* –concluye Roto para sí mismo.
Los pájaros que desde la ventana escuchan todo, están tristes por la conclusión a la que los humanos han llegado.
Deciden dejarlos solos, pues ningún ser consciente podría soportar contemplar tal grado de voluntaria confusión.

Shura camina hasta la esquina contraria del cuarto, y queda mirando hacia la pared con los brazos cruzados y de espaldas a Roto.

-*¡Por favor, quita esa horrible canción!*

-¿No te gusta? Hace un momento estábamos tan bien...

-Pero a ver, tronco, ¿cómo va a gustarme esa basura? ¡Eso no es música, es puro ruido!

-¿Y si a mí me gusta? –responde Roto haciendo acopio de valentía.

-Entonces es que tienes el gusto en el culo.

-¿Pero tú entiendes que a cada uno pueda gustarle una cosa diferente no?

-Sí, claro. –responde ella girándose despacio, mientras comprende en la trampa en la que está a punto de caer.

-¿Entonces porque luego crees que a partir de tus gustos se puede hacer ley? Todo debe ser como tú piensas que debe ser, sin importar las ideas de los demás.

Ella calla.

Roto se incorpora, y dirigiéndose hasta el tocadiscos levanta la aguja con resignación.

-Deberíamos irnos. –dice el hombre.

-Sí, mejor. –acepta la ofendida muchacha mientras arranca una vela de la mesa como último gesto de su expolio.

Abandonan la cabaña.
Tan concentrados van en sus heridas posiciones, que ni tan siquiera reparan en que con cada paso se sumen más en el profundo negro de la noche.
Caminan ofuscados y sin rumbo alguno.

Cada uno a un ritmo diferente, en demostración de enfado y repulsa, poco tardan en sus caminos separar.

-¿Shuri? ¿Pequeña? ¿Dónde estás?

Por mucho que los gritos de Roto resuenan en el silente bosque como una voz todopoderosa, no obtienen respuesta alguna.
Temiendo haberla perdido, y a pesar de su desencanto, sabe que ya mas que él necesitarla a ella, ella le necesita a él.

Corre desesperado de un lado a otro.

Troncos y más troncos.
Ramas crujientes bajo sus pisadas.
Búhos cotorreando.
Completa oscuridad.

Aceptando su derrota, tras horas de ciega búsqueda, cae sobre sus rodillas.

-¿Pero qué hago en medio de esta inconmensurable sombra? –clama impotente- *¿Cómo lograré vislumbrar la luz?*

Entonces unas pisadas.
Las mismas que sin ser consciente escucha cada mañana.

Es el venado de largas astas. Trae tendida y desmayada a Shura sobre su lomo.
Al llegar junto a Roto, agacha sus patas delanteras.
Sin saber si es sueño o realidad, Roto monta en el animal.

El buen ciervo les lleva hasta la cama, en agradecimiento a los desayunos que Roto aun ignorándolo le regala.
Ese es el espíritu de cualquier comunidad.
Ayudarse.
Cuidarse.
La unión altruista en el Amor de verdad.

Capítulo III
De la húmeda fresa al oxidado metal

Dos puntos de color ámbar tras la ventana.
Un ceño fruncido.
La vieja manta cubriendo cuerpo y cabeza.

Desde fuera de la cabaña, la figura de Shura parece una patata.
Su prolongada decisión de no salir al exterior, y observar con recelo a Roto, ha pasado de recriminatorio enfado, a pura obsesión.

Ante ella, junto a las aguas estancadas, los ciervos comen bellotas de la mano de Roto; las ardillas trepan por su espalda; un jabalí duerme a sus pies; los pájaros en sus hombros cantan.

Ella no entiende nada.

Sin embargo, el antaño rudo y agresivamente introspectivo hombre, ha entendido que el único lenguaje universal es el Amor.
Aun sin saber todavía con qué palabras definirlo, su relación con los animales del bosque le muestra el camino.

-*Si te preocupas por su bienestar, ellos vendrán a ti. Pero si tratas de esclavizarlos, sólo pensarán en huir. Aunque no tengan palabras hay una forma de entenderse, y esa es cuidando los unos de los otros.*

-*Eres un moñas*.

Cualquier intento de explicarle a Shura la situación, resulta infructuoso por su propia cerrazón.

Cuando los animales marchan a sus refugios antes de caer el Sol, Roto se mentaliza para volver al enrarecido ambiente de la casa, y poder aguantar la paranoia de la muchacha.

-*¿Por qué no nos comemos uno de esos cerdos? Sería tan fácil como dejar caer una gran piedra sobre sus cabezotas mientras duermen desprevenidos junto a ti. Luego haríamos una hoguera, y atravesándolos en un largo palo, los cocinaríamos a fuego lento como en un buen restorán. ¿Te imaginas? ¿Es que no se te hace la boca agua? ¿Acaso no echas de menos ese grasiento sabor?*

Pero él ya no responde.
Al principio, cuando se conocieron, callaba por miedo.
Ahora lo hace por lástima.

-*¡Venga! ¡Dime algo maldito cobarde! ¿Es que vamos a vivir siempre de sopas de raíces? ¿Tú te crees que esto es vida? ¡Ambiciona! ¡Ambiciona joder!*

-*Lo que creo es que has perdido la cabeza.*

-*¡Tú sí que has perdido!* –grita ella lanzándole la enorme pastilla rosa de jabón- *¡Has perdido tu hombría! ¡Mírate! ¡Te has quedado en los huesos! No me extraña que todos esos animales te rodeen, pues no les supones ninguna amenaza. ¡Ni aunque quisieras podrías hacerles nada! ¡No eres nada! ¡Te ven como a una mariposilla indefensa! ¡Ya verás cuando venga un oso, ya! ¡Nos devorará vivos a los dos! ¿Cómo podrías protegerme, eh?*

Roto sabe que si tuviera un espejo se asustaría al contemplar su extrema delgadez, pues ya ninguno de los pantalones que trajo le sirven si no es agarrándoselos con un cinturón casero hecho a base de finas ramas trenzadas.

-*Dame un beso y durmamos un poco, pequeña.*

-*¡No te atrevas a llamarme pequeña! ¡Y aféitate esa asquerosa barba! Ya ni siquiera sé si debajo de ella hay una cara. ¡Tienes un aspecto demigrante!*

-*¡Y tú no sabes hablar!* –estalla Roto sin poder contenerse más.

-*¿Ah no? ¡Pues vete a hablarle a tus estúpidos animales!*

-*¡No dudes que lo haré!*

El portazo tras la salida del hombre, en otros tiempos habría tirado la cabaña abajo.
Ahora, a pesar de haber aplicado todas sus fuerzas para ejecutar un digno mutis dramático, queda en el equivalente al estornudo de un bebé.

Mientras se aleja de su amada en mitad de la noche, el fiel venado le acompaña.

-*Todas locas, amigo ciervo. Todas es todas.*

Sin saber dónde resguardarse, exiliado de su propia burbuja, un recuerdo le asalta, y camina directo a él: El viejo coche en llamas.

Aun en la orilla, cerca de la entrada, permanece el chasis chamuscado guardando su vergüenza fratricida.
Tomando asiento como puede en su carbonizado y desnudo interior, logra convencer al ciervo de que su escolta ya no es necesaria.
El animal regresa de vuelta con su matriarcal rebaño, y la soledad de la noche viene a sentarse junto a Roto.

Aunque acompañado por la soledad, todos los recuerdos que su estancia en el lago ya casi había logrado borrar, vuelven a asaltarle sin ninguna piedad.
Se acurruca en su pasado, como un crustáceo de regreso al caparazón que un día allí mudó y dejó abandonado.

Es la noche más fría en la vida Roto.

Siente que su mundo se derrumba, sin entender por qué.
Pero entonces, al amanecer, sus párpados pesados, agotados por el infructuoso intento de descanso, se abren poco a poco con el sonido de las aguas que se separan.

Allí, en frente suyo, a escasos metros del coche que nunca llegó a sumergirse en el lago, la anciana dama emerge flotando.

Esta vez su desnudez, y la decrepitud del longevo cuerpo que no trata de ser ocultada, lejos de asustar a Roto, lo llenan de admiración.
No dejará pasar esta oportunidad de revelar el misterio de la vieja.

Saliendo de coche, corre hacia el agua, y sumergiéndose, trata de nadar hasta alcanzarla.
Con cada brazada su corazón se acelera más y más.
La que antaño fuera una envidiablemente atlética respiración, es hoy un dificultoso bombeo de oxígeno, resultado de la destructiva y pobre alimentación.

Navegando sobre el lago como un barquito lleno de agujeros, sus ojos tratan de vislumbrar entre el agua golpeada por la proa, a qué distancia se encuentra de la vetusta dama.

Sin embargo, a pesar de su insistente remar, no avanza nada.
Ya no hay orilla ni horizonte, sólo agua.

Sabe que no puede volver.
Y de pronto comprende que tampoco puede alcanzarla.

-¿Es esto entonces la vida, esforzarse en avanzar sobre impredecibles aguas, sabiendo que nunca hasta la Verdad podrás llegar?

Convencido por su dura y voluntariamente afirmada reflexión, los músculos dicen basta.
Llegó la hora de hundirse para siempre.
Si había un objetivo en su baño, él no lo ha encontrado.

Cae como una piedra hacia el fondo.
Los rayos del Sol penetran por la superficie del agua, y desde allí abajo parecen hermosos túneles de luz dorada.
Dispuesto a dar la última bocanada que inunde su cuerpo y acabe por fin con toda confusa lucha, las arrugadas manos de la anciana aparecen ante él.

-La decisión es tuya. Tómalas y vive, pero vive en la Verdad. Esa que ya conoces, pero que el miedo te impide aceptar. Ahora que estás dispuesto a encontrar tu final, nada tienes que perder, y ya puedes madurar.

Y mientras su cuerpo permanece ingrávido en el fondo del lago, el tiempo se detiene ante la decisión más importante que se puede tomar: Abrir los ojos o cerrarlos.

Roto decide abrirlos. Roto decide escuchar.
Roto decide ser responsable del poder que le trae la Verdad.

Agarrando fuerte las manos de la dama, esta tira de él y le eleva.
Le eleva hasta devolverle a la superficie que el Sol calienta.
Bajo su cuerpo, la tierra.

El tacto de la piel de la anciana, lejos de ser áspero y frío, es tierno y cálido.
Con gran cariño seca el cuerpo del recién resucitado.

-Me viste hace tiempo, cuando llegaste a este lugar. Aquí quisiste construir un mundo en el que sólo tú importabas. Tu compañera estaba en él, pero no como propietaria. Ella era sólo quien debía completar la parte que te faltaba.

-Y ella hizo lo mismo conmigo.

-Sí, porque ninguno de los dos en el Amor ha vivido.

-Pero dime, vieja, ¿qué es el Amor? Yo vine aquí buscándolo y sólo hallé dolor.

-Sólo hallaste lo que como a todos tu Egoísmo te permitió, que a veces es dolor ajeno, y otras queda en tu interior. Porque aunque sencillamente atractivo, el Egoísmo es siempre dolor.

-¿Y cómo luchar contra él, si es parte de nuestra naturaleza?

-¿Por qué piensas eso?

-Porque es necesario para poder sobrevivir.

-¿Crees que sólo tú a ti mismo, puedes hacerte vivir?

-Sí.

-¿Acaso no te ayudó nunca nadie? ¿El medico cuando naciste, el helicóptero en la emboscada, el ciervo aquella noche que en la oscuridad desesperabas?

Roto no sabe qué responder, pues a pesar de que fueron diferentes las razones, como que se trataba de un ser indefenso o un compañero de armas, o que respondía a un extraño instinto animal, en todas esas ocasiones su supervivencia fue concedida por otros.

-Tú no necesitas el Egoísmo, pero lo quieres necesitar. Es mucho más fácil que el Amor aceptar.

-¿Entonces vas a decirme qué es?

-Dímelo tú. Pues bien lo sabes. Todas las personas, de toda época y lugar, lo han sabido siempre, aunque luego buscaran mil motivos, leyes y ritos, para poderlo negar.
-Si lo supiera no hubiera vivido la vida como lo he hecho.

-Lo has hecho porque el miedo ha sido más fuerte, tanto que hubieras sido capaz de matarte a ti mismo con tal de no tener que asumirlo. Pero ya que no eres capaz aun de ver el Amor con claridad, dime qué es el Egoísmo, pues después de tantos años lo has de conocer bien.

-Creo que es pensar en ti mismo antes que en los demás.

-¿Eso es lo que produce todos los abusos, robos, muertes, y sufrimientos entre los que deberían ser iguales?

-Siempre se lucha por favorecer el propio bando.

-Entonces podríamos decir que eso es el Mal.

-Sí.

-¿Y qué es lo contrario?

-¿Pensar en los demás antes que en ti mismo?

-Exacto. ¿Habría entonces guerras o dolor, si todos se dedicaran a satisfacer a los otros sin pensar en ellos mismos?

-No parece posible.

-¿Y necesitarían el instinto de supervivencia si otros les cuidaran mientras ellos cuidan a otros?

-Siendo así, sería absurdo.
-¿Es esto entonces el Bien, un Bien definido con palabras que puedes entender?

-No puedo encontrar argumentos para negarlo.

-Dime entonces ahora, ¿no es esto, el Bien que tú has definido, lo mismo que el Amor? ¿No es lo que siente una madre o un padre hacia sus hijos, una novia y un novio entre ellos, el que salta a un río furioso para salvar la vida de un desconocido? ¿No es el pensar en dar la vida por el otro, la única Verdad innegable, lo que define los dos caminos posibles en la existencia? ¿No puedes extraer de este conocimiento que siempre has sabido, no queriendo verlo claramente, diciendo que era un sentimiento etéreo, el único sentido posible de la vida?

La única respuesta posible es sí.
El cerebro de Roto echa chispas intentando encontrar un argumento lógico que lo niegue. Pero sólo llegan excusas.
Cuando por fin está a punto de recurrir a abrumar el razonamiento con comparaciones incoherentes e incompatibles con el mundo que ha vivido, construido en el Egoísmo pensando que lo hacía en el Amor, la anciana dama se adelanta a sus intenciones.

-Ahora que lo sabes tan claramente, con palabras tan sencillas que no puedes negar, debes tratar de aplicarlo al mundo actual. Entonces verás que el Amor no es posible, pues todos se han de amar. Con que quede un egoísta, a los demás someterá. Sé que será doloroso, pero debes asumir que para en ese mundo estar, debes aceptar que sólo podrás hacerlo estando en el Mal. Cuando te mires al espejo, te podrás autoengañar, pero si no cambias el mundo por completo, serás siempre parte del Mal.

-¿Y si no quiero ser Egoísta? ¿Y si quiero ser parte del Bien?

-Entonces has de tratar de ayudar a los otros a que hagan lo que has hecho bajo estas aguas: Abrir los ojos y aceptar las únicas dos opciones posibles. Cuando todos elijan el Amor, podrá haber Amor.

-¿Y si sólo lo elegimos unos pocos?

-Entonces más te vale estar en una burbuja oculta en un bosque en la más recóndita montaña, o en una isla helada en medio del mar, porque cuando los egoístas os encuentren, os harán someter al Mal, os usaran para sus intereses, y el que defienda aun la Verdad, lo enviarán con pesadas cadenas bajo el agua para hacerlo callar.

La filosofía nunca fue materia preeminente en un hombre que decidió vivir una vida práctica, dedicada a la fortaleza de su cuerpo en un mundo físico, pero finalmente Roto comprende que conocer el sentido de la vida no es un deporte, no es una actividad de erudición, no es una opción.

La dama del lago sonríe. Sabe que su interlocutor ya tiene lo necesario.
Ahora queda lo más difícil, aceptar la única Verdad sin tratar de enmascararla.

-La coherencia es lo más duro a lo que jamás te enfrentarás. Ya sabes lo que es el Amor y el Egoísmo, el Mal y el Bien. Ya lo sabías, pero en este instante claramente lo ves. Antes de que vuelvas a olvidarlo, elige qué camino vas a escoger. Y cuando te salgas de este, simplemente recuerda el por qué.

-Así lo haré.

-Puedes engañar a los demás, pero si te engañas a ti mismo no podrás decir que has vivido.

Cuando la dama se gira tras besar la frente de Roto, su cuerpo ya no es el de una longeva anciana. No es su piel grisácea y flácida, si no tersa y brillante. Su larga cabellera no es canosa, si no de un intenso y hermoso rubio. Sus ojos azules, antes imperceptibles bajo los párpados arrugados, estremecen al hombre por su mezcla de sinceridad y dureza.

-Antes temía la Verdad como algo oscuro y terrible. Pero la Verdad es hermosa. Es el más elevado propósito, pero sin excusa que lo matice.

Las aguas se abren.
La dama camina sobre ellas hasta que su figura coincide con el Sol del alba.
Sólo queda el lago, los árboles, el cantar de los pajarillos que anuncian el nuevo día.
Sólo queda la cabaña con ella esperándole, y una certeza.

-El Amor es pensar en los demás antes que en ti mismo, siempre lo he sabido, por eso siempre he sabido que no amaba realmente a Shura. Aunque me duele decirlo, no daría mi vida por ella. No la daría por nadie. Mi sitio no está aquí.

Mientras empuja la puerta, y la madera del suelo cruje, Roto trata de encontrar las palabras para explicarle todo a la muchacha.

Pero entonces Shura se gira, y bien despierta le observa desde la cama.
Ella lo ve en sus ojos, y a sus actos se adelanta.

Tirando de él le hace entrar en el lecho, y a pesar de su evidente desgana, le hace participar de los besos, tratando de que la pasión de sus cuerpos disipe la Verdad ganada.

-Te necesito. No vuelvas a dejarme.

Hasta hace unas horas habría achacado las palabras de Shura a sus múltiples problemas de autoestima. Ahora sabe que es por el Egoísmo que como un títere la domina.
Porque a él le pasa igual.
Sin embargo, presa aun de la incertidumbre ante qué camino elegir, besa a su compañera en silencio, y por tratarse quizá de la última vez que sucede, lo hace con más pasión que nunca.
Pero no es pasión por Amor, si no por rabia.

Cuando sus cuerpos agotados no pueden más, Roto se da cuenta de que en sus labios queda el sabor de la piel de la muchacha, ese que antes era húmeda fresa, y ahora oxidado metal.

Capítulo IV
La explosión de la burbuja en el ombligo

Ella lo sabe.
Sabe que él lo sabe.
Y que la va a dejar.

Ha intentado creerse sus propias mentiras. Su propia ficción.
No le ama. Se ama a sí misma.
Y lo hace porque todos lo hacen así.
Dice que el resto son cuentos de fantasía romanticona.
Pero no lo son.
No cuando se quiere cambiar.
Aunque ella no quiere cambiar.
Ni siquiera se lo plantea.
Su único objetivo hoy es que él no haga lo que siente que debe hacer, y se quede con ella.
Para no estar sola.
Para que él la complete.

Se ha desnudado, y está de pie en el barreño, con el agua por los tobillos y completamente enjabonada.
Lleva el pelo recogido en un moño, pero dejando un mechón caer sobre su rostro con gracia sensual.
La espuma ha sido estratégicamente colocada sobre cada palmo de su cuerpo, dejando al descubierto su pubis y los pequeños y erectos pezones.
Sabe que es lo mejor que puede ofrecer.
Es la versión más cercana de sí misma a una venus encarnada.

Con su más amplia sonrisa, suspira mientras posa ante la cama.
Roto abre los ojos. El último Sol del atardecer se desintegra sobre su cara.

-*Ya era hora dormilón. Me diste tanta caña esta mañana, que incluso habiendo dormido anoche, estaba destrozada. Hemos estado en coma profundo todo el día. ¡Te parecerá bonito!*

Él se incorpora contemplándola atónito.
Sabe que después de varias semanas en las que la actitud de Shura era la de una patata enfadada, su repentina amabilidad y la tentación erótica sólo pueden responder al miedo de haberle visto marchar.
Trata de averiguar si su cariño es sincero, o sólo responde a una trampa.
En cualquier caso no puede olvidar las palabras de la vieja dama.

-*Ven a bañarte conmigo. Estás cubierto de mi sudor.* –pronuncia ella con su tono más pícaro.

-*No, ahora no.*

-*¿Tienes hambre? Porque yo sí. No me queda ni una pizca de energía. De hecho hasta me va a saber deliciosa la sopa de raíces.*

-*Come tú.*

-*Venga, no seas así. ¡Anima esa carita!*

El tono forzadamente provocativo de Shura crispa los nervios de Roto, que cubierto de dudas, y aun queriendo descubrir las intenciones de la muchacha, no se puede contener.
Si ella no reacciona a su frialdad, lo mejor será concederse un tiempo para reflexionar.

-*Por favor, no me perturbes.* –concluye él explotando con su dedo la burbuja de jabón que cubre el ombligo de Shura.

Durante un instante, Roto puede ver una mueca furiosa en el rostro de Shura.
Su negativa a ser dominado de nuevo por los encantos con los que le conquistó, desbarata cualquier iniciativa viable por parte de ella, que desde que llegaron ha ido viendo en él un fortalecimiento de la mente, mientras su cuerpo mermaba.
Ahora ya no tiene armas con que atacarle.
Su mejor opción sería lo que en otro tiempo hubiera sido impensable, y es golpearle, someterle físicamente.
La simple idea de hacerlo, en una persona que siempre se consideró inferior en ese aspecto, logra colmarla de una energía empoderadora.
Su ira revanchista la hace cruzar la línea en la que ya no piensa en usar la fuerza para conseguir sus objetivos, si no simplemente para destruir al otro.
Fantasea con la idea mientras Roto se viste y sale al porche de la cabaña.
La burbuja de su exilio humano ha reventado.

Ella, siendo finalmente consciente de que todo ha terminado, aun sin saber de qué color serán los fuegos artificiales que cerrarán el acto, decide vestirse.
El pudor llega cuando el invisible contrato se rompe.

Roto mira al infinito en silencio.
Sus amigos los animales no han venido hoy.

O quizá sí lo hicieron, y al asomarse por la ventana, huyeron escandalizados sin poder comprender ese juego tan extremo al que la pareja jugaba.

Shura observa el cuerpo famélico y barbudo de Roto, y mientras archiva en su memoria un último fotograma para el recuerdo, se convence de que no pierde nada.
El día se marcha, y acompañando a la oscuridad que se cierne sobre la pareja, lo hace a su vez el negro de la noche.

-*Lo he intentado hasta el final. No he sido yo quien se ha echado a perder. Ya no tiene nada que me pueda ofrecer.* –se repite la muchacha en voz baja para sí.

-*¿Has dicho algo?*

-*Nada. Que se trasca la magedia.*

-*¿Cómo? No hay manera de entenderte cuando hablas.*

-*Ya lo sé.* –dice ella con repentino orgullo, fruto de su decisión de golpear antes de ser golpeada- *Es que sólo soy una pequeña chica obrera de barrio portuario. Una dobladora de tubos industriales. Nada más. Tú siempre quisiste una musa, una mujer refinada e inteligente. Una dama del lago. Pero me encontraste a mí.*

-*No, fuiste tú quien me encontró.*

-*¿Y qué más da? Lo importante es que ya se acabó.*

La inesperada y rotunda afirmación de la joven pilla al hombre desprevenido.
Mientras miraba al horizonte buscando respuestas a las tan vitales preguntas sobre su propio camino a tomar, estaba convencido de que la muchacha estaría urdiendo una nueva argucia para lograr someterlo.
Pero no.

-*¿Me estás echando?*

-*Sí. No te quiero cerca. No sabes amar.*

-*¿Qué sabrás tú de lo que es el Amor?* –dice Roto mientras ríe despectivamente.

-*¿Y tú lo sabes?*

-*Ahora sí.*

-*Y aun así eres incapaz de amar. ¿Tanto te quieres a ti mismo?*

-*¡Que te follen, Shura! ¡Soy buena persona!*

-*Sabes que no.*

Lo sabe.
Ahora que distingue claramente lo que es el Bien y el Mal, no se puede autoengañar.

Roto cierra los ojos y presiona con su mano sobre el entrecejo.
Un intenso dolor punzante empieza a concentrarse en esa zona, fruto de la tensión mental.

-*¿Es que vas a llorar, eh, mariposilla?* –pronuncia Shura mientras se acerca a él de forma intimidatoria.- *¡Vamos, reacciona, joder!*

Esta vez, en lugar de sus amistosos puñetazos, es su dedo índice el que se clava sobre el pecho del hombre recriminándole su manifiesta debilidad.

Pero Roto no reacciona, y ella desiste en su acoso, decepcionada por la rendición de él.

-*Din, din, din, Roto. Quiero que te vayas.*

Shura ha dado su última orden tal y como dio la primera.
La decisión y el orgullo demostrado, generan un gran respeto en Roto.
Por otro lado, ella le ha evitado tener que hacerle pensar en cómo acabar.
Ha hecho el trabajo por él, y conseguirá un último acto de obediencia por su parte, pues ya sólo ha de acatar.

-*Bueno, pues muy bien. Pues adiós.*

Sin tan siquiera pensar en recuperar alguna de sus pertenencias, pues ninguna de ellas vale nada, comienza Roto a desandar el camino que recorrió al alba.

Antes de alejarse definitivamente de su refugio en las montañas, echa una mirada atrás: La silueta de Shura danzando desnuda alrededor de la cabaña en llamas, es asumida entre parpadeos, como una alucinación.

Mientras camina en dirección a la salida, una sensación de liberación y esperanza le inunda.
Una nueva huida, una nueva oportunidad.
¿Qué hará esta vez? ¿Será capaz de elegir bien?

Cuando pasa frente al coche calcinado y da la espalda al lago, recuerda a la anciana y sus palabras.
¿Cuánto tardará en olvidarlas?

El camino de tierra que va de la orilla a la carretera, es el cordón umbilical que le conecta con el mundo egoísta del que creyó huir, y al que ahora vuelve entregado.
En realidad nunca se marchó.

Su deportivo le espera al final del sendero, justo al lado de la carretera.
El reflejo de la luna sobre el pulido y cuidado chasis, demuestra que fue puesto allí para ser descubierto, a la vista de cualquiera que transitara esa ruta, durante el día o la noche.

-¿Por qué lo dejamos intacto, en vez de deshacernos de él, si nuestra intención era nunca volver? ¿Y por qué aparcarlo en pleno arcén en vez de entre los árboles? ¿Acaso no lo ocultamos esperando que alguien lo viera y viniera a buscarnos? ¿Era nuestro subconsciente saboteándonos?

Sea como fuere, ninguna injerencia externa ha sido necesaria.
Ellos solitos se han bastado para acabar con su proyecto de aislamiento voluntario.

Al entrar en el vehículo, su cuerpo venido a menos resbala por el asiento, el cual tiene que ajustar acercándolo al volante.
Se siente como un niño con traje de gordo señor.

Sacando de la guantera las llaves, arranca el motor.
Es su última oportunidad de volver atrás, arrodillarse a los pies de Shura y jurarle fidelidad como esclavo de su voluntad.

Se sacude la terrible idea de un espasmo.

-De ser esclavo de alguien, lo seré de mí mismo. Si tengo que vivir en ese frío mundo donde la ley de la jungla es la única aceptada, lo haré siendo coherente con las propias reglas en las que aun sin querer saberlo se basa: ¡Yo, Roto, escojo el Egoísmo!

Decidido a marcharse enciende los focos, y al hacerlo, los haces de luz iluminan frente a él en el arcén, a su amigo el ciervo que le observa con gesto de gran tristeza.
Por el rostro del venado resbala una lágrima de decepción.

Roto cierra los ojos y pisa el acelerador.

Con cada metro que avanza de vuelta a la civilización, las palabras de la vieja dama se pierden en su sinrazón.

Tercera Parte

Capítulo I
Mendigando la vida perdida

"Una explosión de gas vuela en mil pedazos un chalet unifamiliar en el extrarradio de Meme. El propietario, R., ha sido identificado como un ex militar actualmente en la reserva y propietario de un gimnasio en la isla. Sus restos mortales no han sido hallados, pero el inspector Troll, encargado de la investigación, sospecha que pudieron volatilizarse debido a la magnitud de la deflagración. Los vecinos han declarado que era un hombre tranquilo y rutinario, amable y dedicado a su negocio. El perfecto ciudadano."

Mientras las ruedas del coche atraviesan el casco urbano en dirección a las urbanizaciones de la zona acomodada, Roto imagina cómo debió ser la noticia de su propia supuesta muerte.
Espera encontrarse un solar vacío donde estaba su domicilio, y un montoncito de flores puesto por el ayuntamiento en el lugar donde seguro creyeron desapareció.
De ser así, al haberse convertido hace tiempo en un fantasma, no podrá comprar un pasaje al ferry para irse de la Isla de Meme, pero tampoco regresar a las montañas.
Sólo le quedará una opción: Robar un barquito pesquero e intentar atravesar el gélido mar hasta el continente.
Apenas tiene nociones de navegación, más allá de la instrucción recibida en su entrenamiento como miembro de las fuerzas especiales del ejército.
No le importa, el reto le estimula.

Siente que tiene por delante grandes hazañas que realizar para la construcción de una nueva vida, y a pesar de su debilidad física, la idea de volver a ser un depredador de la era moderna le colma de ilusión.
Pero todo esto se viene abajo en cuanto llega frente al número 288.
Su casa sigue en pie.
De nada sirvió su intento de hacerla desaparecer y borrar su propia pista, dejando la llave del gas abierta.
Y sabe que eso sólo puede significar una cosa: Alguien la cerró.

Bajando del coche, y temiendo que ese alguien fuera él mismo, duda ante la idea de ir hasta la puerta.
Su reflejo en el cristal del vehículo le hace ver su propia imagen por primera desde que marchó.

-*¿Quién es ese despojo humano? ¿Acaso he podido realmente consumirme en mis propios miedos hasta quedar así? ¿Cómo voy a enfrentarme a nada en este estado?*

Pero sumido en la contemplación de su famélico aspecto actual, no se percata de que de la casa sale una copia exacta de su Yo antiguo, aun musculoso, afeitado, y vestido con chándal deportivo.
Este, al ver el coche aparcado en la acera y no dentro del garaje, se gira sorprendido hacia el interior de la vivienda.

-*¿Habéis vuelto a aparcar fuera?* –dice en voz baja y tono molesto- *Ha sido Cinco, ¿verdad? ¡Mira que se lo tengo dicho!*

Y volviendo hacia el vehículo con las llaves en la mano, ve de pronto a Roto ensimismado.

-*¡Oiga, aléjese de ahí!* –grita el clon al verle mirando la ventana y con la puerta del piloto aun entreabierta- *¿Qué hace? ¡Le he dicho que no toque mi coche!*

Entonces, reconociendo inevitablemente su ya desterrada voz de arrogancia marcial, levanta Roto la vista para encontrarse con el Yo idealizado que logró ser.

La copia llega hasta a él, y sin reconocerle le aparta de un empujón.

-*¡Venga, amigo, lárguese! No me haga ponerme serio. Si quiere unas monedas...*

A pesar de su aspecto demacrado, la copia finalmente descubre sus propios ojos en la mirada de cordero degollado de Roto.

-*¡No es posible!* –exclama dando un paso hacia atrás mientras analiza de arriba a abajo el cuerpo del recién llegado- *¡Oh, no! Esto no es bueno.*

Los rudos brazos del clon enganchan a Roto como si de una escoba se tratase, y lo arrastran con violencia hacia la casa.

Una vez dentro y con la puerta ya cerrada a sus espaldas, la nostalgia de ver su viejo hogar completamente reformado, hace que las endebles piernas de Roto flaqueen.

-*¡Chicos, no sé cómo, pero ha vuelto a pasar!*

El indefenso Roto, sujeto prácticamente en volandas por su copia, se ve de pronto rodeado por otros nueve individuos idénticos.
Sus nueve clones.
Algo que jamás llegó a imaginar.

-*Pero Siete, ¿de dónde ha salido?* –pregunta uno de ellos.

-*Estaba junto al coche, y pensaba que era un vagabundo.*

-*El coche está en el garaje.* –corrige otro.

-*Entonces es que se ha generado un coche nuevo.*

Ante tal afirmación se extiende un murmullo de preocupación entre los presentes.

-*¿Pero cómo es posible?* –interviene uno de los que aún no habían hablado- *Hemos controlado todos los factores. Llevamos meses sin ningún incidente.*

-*Creía que ya habíamos superado esta fase.* –se lamenta el que sostiene a Roto.

-*Tranquilidad, esto ha pasado otras veces y nos ha ido bien.*

-*Pero esto es diferente, sólo tenéis que mirarle. No es como nosotros, está hecho polvo.*

-*Un momento, Seis, creo que has dado con la clave: Puede que esta copia lleve meses perdida y de ahí su pésimo estado.*

Ahora el murmullo es de afirmación.

-*¡Claro!* -exclama otro clon saliendo desde atrás del grupo, y poniéndose en el centro de todos- *Casi había olvidado el día en que Uno y yo empezamos el pacto. ¿Recordáis la historia?*

-*Sí, creo que ya sé por dónde vas. Había un tercero que de pronto desapareció, ¿no es cierto Dos?*

-*Así es, Nueve. De hecho esa copia fue la que nos explicó todo y nos convenció de que era mejor negociar y convivir en paz.*

-*¿Entonces es posible que esta sea esa copia que dimos por muerta?*

-*Podría serlo igual que podría ser cualquier otra.*

-*¡Preguntémosle!* –exclama el custodio de lo poco que queda de Roto.

-*Creo que está medio inconsciente. Siete, llevémosle a los sofás.*

El grupo se desplaza al unísono hasta el salón, y depositan el cuerpo desfallecido de Roto en uno de los amplios y acogedores asientos.
Al sentir la olvidada comodidad de los mullidos cojines que le envuelven, y ante la aplastante reflexión de que hay nueve versiones mejoradas de sí mismo, y que nunca recuperará su vida, se siente desvanecer.

-*Dinos, ¿de dónde vienes?* -pronuncia Dos- *¿Hace cuánto tiempo vagas tratando de saber quién eres?*

Roto no puede más.

-*Se ha desmayado. Por ahora deberíamos acostarle y hacer turnos de guardia para cuidarle y saber qué está ocurriendo. Esta copia es una cosa que ya veremos en su momento como se trata.*

Todos asienten.

Pero para Roto sólo son voces.
Voces y manos que elevan su espíritu, sacándole de su cuerpo inservible, y haciéndole flotar por los pasillos hasta su cama.
Al cubrirle las sabanas sabe que ha vuelto a casa.

Capítulo II
Pesadillas de inverosímil bondad

Durante las siguientes dos semanas comprende que su espíritu no fue trasplantado del envoltorio corpóreo a una placenta de plumas y algodón, si no que aun forman parte de una misma entidad, y juntos han de despertar.

Pero está agotado, física y mentalmente. Sumido en constantes pesadillas, y alimentado a duras penas por sus iguales.

-*¿Soy uno? ¿Soy todo? ¿Soy uno? ¿Soy todo? ¿Soy uno? ¿Soy todo?*

Bucle infinito que sólo él mismo puede romper.

-*Parece estar sufriendo*. -dice Ocho.

-*Está perdido y no podemos ayudarle.* –aclara Dos- *Debe tomar una decisión.*

-*¿Pero con qué sueña para revolverse así?*

-*Lo malo de las pesadillas no son las imágenes que ves, que por horribles que sean, si vieras en la realidad podrías soportar. El problema de las pesadillas es que todo eso que ves no sabes cuándo va a terminar. Estás atrapado en un lugar muy pequeño con esas imágenes, quizá eternamente. Tú única opción es despertar.*

Y así, siguiendo la establecida máxima de respeto mutuo, le dejan en su crisálida, evitándole cualquier molestia o necesidad.

Pero entonces, finalizando ya la tercera semana de convalecencia, un sonido retumba desde fuera de su atribulada cabeza.
Es un bajo eléctrico.
La escala ejecutada inunda de graves pero cálidos ritmos de jazz la estancia, y le hace reaccionar.
Sus ojos se abren.

Es él mismo cumpliendo con uno de sus sueños.

Una infantil sonrisa se dibuja en su cara.

-*Tocas muy bien.* –consigue pronunciar con voz seca y ronca.

-*Gracias. Cuando te pongas bueno podríamos tocar juntos. ¿Te gustaría?*–responde Ocho con inocencia.

-*Pero antes tendría que aprender. La verdad es que siempre quise ser músico, pero no tengo coordinación.*

-*Creo que te equivocas. Yo tengo la misma coordinación que tú, y tardé muy poquito en lograr controlarlo. Debemos llevar ese talento dentro.*

La risa amable de Ocho resulta contagiosa.

-Es raro, ¿sabes? Yo pensaba que todos seríais copias mías y haríais lo mismo que yo.

-Supongo que todos somos copias de alguien, pero no por ello vamos a hacer las mismas cosas.

-¿Me estás diciendo que sois todos distintos?

-Todos somos distintos, y eso es lo que nos hace iguales. Por ejemplo Tres es horticultor, Cuatro cocinero, Cinco patrón de barco, Seis piloto de coches de carreras en el continente, Nueve veterinario...

-¡Eso son todas cosas que me hubieran gustado ser a mí!

-¡Pues claro! Tú mismo lo has dicho antes, siempre quisiste hacer música, pero elegiste otros caminos y hubo muchas cosas que hubieras deseado hacer pero tuviste que dejar pasar. Se llama coste de oportunidad.

-¡Es maravilloso! ¡Asique cada uno tenéis vuestra propia vida! ¡Y yo puedo volver a ser yo!

-Bueno... –dice Ocho con repentina vacilación– *No es exactamente así. Cada uno tenemos nuestras aficiones, pero vivimos como si fuéramos uno. Imagínate lo que dirían los vecinos si nos vieran a todos juntos por la calle: ¿Pero cuantas copias tiene este tío?*

Esta vez el chiste no consigue arrancar a Roto de la turbación ante tan desoladora declaración.

-Entonces es lo que me temía: Tendré que volver a aceptar vivir en una vida que no es mía.

-¡Oh, no! No te disgustes, Diez, ya verás como rápidamente te acostumbras. ¡Aquí todos nos llevamos muy bien!

Pero Roto, a pesar de su letargo, no ha perdido sus reflejos.

-¿Cómo me has llamado? –pregunta con gran ofensa.

-¿Qué ocurre, hermano? ¿Qué te ha molestado?

Observando el rostro bondadoso de Ocho, no es capaz de culparle por una realidad de la que sabe es parte integrante desde el mismo momento que ante el ciervo que lloraba, pisó el acelerador.

Ahora es sólo un número en una lista.
Ya no hay más Roto, únicamente el número Diez.

-Ocho, ¿qué haces molestando a nuestro pobre hermano? ¿No ves que necesita descansar? –exclama Dos entrando de improviso en el dormitorio.

-Ya me encuentro mejor. –pronuncia Roto sacando de la cama sus agarrotadas piernas.

-¡Qué buenas noticias, Diez! ¿Entonces te unirás a nosotros?

Roto asiente, sabiendo que no le queda otro remedio.
Ese es el mundo que ha elegido, y si no lo cambia, tendrá que agachar la cabeza y adaptarse a ser el número asignado.

-*Mientras Ocho recoge la habitación, el resto te enseñaremos la casa, y cómo nos organizamos.*

Agarrándose del brazo de Dos, logra caminar con dificultad escaleras abajo.
En la planta principal del hogar la actividad es frenética.
Cada una de las copias parece entregada a diferentes tareas: Unos barren y friegan los suelos, quitan polvo a los muebles, planchan y doblan la ropa... Desde la cocina llega un olor a estofado, mucho más apetitoso que aquel pollo a la plancha que nutría sus, ahora en comparación, insípidos días.
Al verle pasar, todos le saludan con una cordial sonrisa.

-*Primero iremos al invernadero. Es el epicentro de nuestra pequeña autarquía, y sospecho que te agradará mucho.*

Atravesando la puerta que da al jardín, el recuerdo del primitivo y pobre huerto junto a la cabaña del lago en el que tanto trabajó, es en comparación con lo que allí presencia, poco más que el vómito de una cabra.
El menosprecio de la deficiente labor llevada a cabo en las montañas, le provoca un creciente resentimiento hacia esas copias que parecen superarle en todo.

La cúpula acristalada alberga una amplia multitud de mesas de cultivo, repletas de relucientes y apetecibles frutos.
Dentro de la estufa fría, Tres, ataviado con un peto y un gorro de paja, y equipado con los aperos de jardinería correspondientes, trabaja con tanto afán en las plantas, que Roto apenas puede reconocer ni una parte de sí mismo en él.

-*De aquí obtenemos la mayoría de los alimentos que usamos.*

-*¿Es que no ganáis dinero?*

-*Sí, claro. Tenemos los ingresos del gimnasio, pero no son suficientes para los nueve.*

-*Ahora para los diez*. –corrige afablemente Tres, sin apartar la vista de sus quehaceres.

-*Vamos a dentro, te enseñaré el sótano.*

Lo que antes era un gris y polvoriento desván bajo tierra donde Roto solía echar el material deportivo estropeado o ya desfasado, ahora es una cálida habitación de madera, repleta de camas, pequeños sofás, y la más potente televisión del mercado.

Siete se encuentra sentado ante la gigantesca pantalla, exprimiendo todas sus habilidades para superar el último nivel de un juego de videoconsola.

-*¿Qué pasa, Diez? ¿Ya te encuentras mejor*? –exclama Siete mirándole por el rabillo del ojo mientras saca la lengua por la comisura de sus labios, fruto de la gran concentración.

-*Es impresionante. ¿Dormís todos aquí?*

-*Claro. No podemos arriesgarnos a que alguien entre en la casa y nos descubra*. –aclara Dos- *Si se diera el caso, ocho de nosotros, ahora contigo nueve, nos encerraríamos en este pequeño bunker donde tenemos toda clase de provisiones escondidas.*

-*Incluso hay bombas de oxígeno y un gran depósito de agua.* –añade Siete.

-*Solamente un hermano daría la cara arriba, pues a ojos del mundo somos una sola persona.*

-*¿Entonces únicamente salís de casa de uno en uno?*

-*Exactamente.* –responde Dos- *Durante el día, uno de nosotros va a administrar y dar clases al gimnasio. Cuando vuelve a la noche, otro sale directamente a nuestro segundo empleo de guardia de seguridad en los muelles. Así podemos aprovechar todas las horas del día, todos los días de la semana, para ganar dinero, y nadie sospecha.*

-*Únicamente piensan que somos un superhombre que no descansa. ¿Pero acaso no lo somos?* –ríe Siete.

-*Cumpliendo con un justo sistema de turnos, más lo que generamos en el invernadero, cada uno trabaja unas pocas horas a la semana, y todos vivimos felizmente, explorando nuestras inquietudes y disfrutando de nuestros propios placeres.*

-*¿Compartiéndolo todo?*

-*Trabajando para los demás, pues si uno falla, caemos el resto.*

-*Por eso todos somos igual de importantes.* –dice el cada vez más digitalmente hiperactivo Siete- *Por eso yo puedo estar aquí con la consola, o Uno ahí en su cama leyendo esos libros extraños que tanto le gustan. Nadie pide nada a cambio, y todos nos lo damos todo.*

La idea de que semejante convivencia fuera posible, jamás había pasado por la mente de Roto, acostumbrado a un sistema retributivo donde siempre que alguien da algo, lo hace para recibir algo a cambio.
Ni siquiera en su exilio con Shura ese paradigma cambió.

Oteando la estancia en busca de alguna pega para echar abajo el planteamiento que sus copias le muestran como posible y real, sus ojos se encuentran con la oscura mirada de Uno, que sobre las páginas del libro le observa.
Todo en él denota un profundo sufrimiento.
Roto siente que quizá aquí se halle el fallo de la utopía que no sólo no cree, si no que no quiere creer como posible.

-*¿Qué le ocurre?* –pregunta al oído a Dos.

-*Está triste.*

-*Entonces no todo es perfecto aquí. Siempre hay alguien que sufre.* –concluye Roto para sí.

Su Egoísmo queda satisfecho con esta pequeña victoria.

Abandonan la estancia en dirección a la cocina, donde Dos tiene preparada la continuación de su visita guiada.

Sin embargo, si Roto se hubiera preocupado por preguntar el porqué de la tristeza de Uno, habría descubierto que una gran carga de conciencia le aflige, no debido a una injusticia del sistema en el que conviven, como desearía Roto, sino más bien al contrario, al saberse indigno del altruismo de

los otros.
La carga de haber sido el único de los nueve que mató a una de sus copias, y la simple idea de haberse dejado gobernar por el Egoísmo, poniéndose por delante de su igual a sí mismo, le produce una dolorosa vergüenza con la que es incapaz de convivir.

El conocimiento de este arrepentimiento, derivado de la pertenencia a un mundo basado en el Amor que Roto desconoce, habría hecho que este pudiera replantearse muchas cosas sobre su propia trayectoria. Pero actuando como voluntario y confeso egoísta, decide ignorar el sufrimiento de Uno, sin posibilidad de ayudarle o poder de él aprender.

Tras completar Dos sus explicaciones, y una vez añadido Roto a la lista de turnos, todos comen juntos en la gran mesa del salón.

La contemplación de la fraternidad que él mismo propuso a Uno y a Dos justo antes de darlos por fugados, y huir él mismo con Shura a las montañas, lejos de llenarle de orgullo y alegría, lo hace de envidia y odio.
Los musculosos bíceps contrayéndose mientras se pasan el pan y las salsas, o sirviéndose los platos con fraternal cariño, hace a Roto sentirse débil e inservible en comparación.

Ahora se arrepiente de haber dejado a su cuerpo consumirse por una mujer.
Al menos así lo cree, culpando a Shura de su propia decisión.

-*Me he convertido en un beta rodeado de alfas.* –confiesa a Ocho durante los postres.

-*¿Por qué lo dices, Diez? Tú eres uno más.*

Pero no quiere sentirse uno más.
Es lo último que quiere ser.

Su lucha interna continúa, pues su Egoísmo trata de abrirse paso a cada momento, pero la burbuja de Amor en la que ahora se encuentra, y que habría jurado imposible, le hace constantemente dudar.

-*Vamos, hermano. Ahora recogeremos la mesa, y luego jugaremos todos juntos a nuestro pasatiempo favorito.* –dice Dos señalando hacia el fondo del salón donde hay apilados una serie de cilindros de diferentes tamaños con multitud de aros ensartados en ellos.

-*¿En qué consiste ese juego, Dos?*

-*¡Consiste en lanzar aros!* –exclama Siete en tono burlón.

-*No hagas ni caso, mi querido Diez, es mucho más que eso.* –dice Dos acompañando del brazo a Roto hasta la cocina con los platos sucios- *Es la oportunidad de que nuestras aspiraciones individuales compitan de forma sana.*

-*Pero a Dos le gusta jugar porque él siempre gana.* –señala Ocho mientras enjabona los cubiertos en la pila del fregadero.

-*Claro, porque yo me ejecito a conciencia. Somos copias exactas y todos tenemos las mismas habilidades, asique el que más entrene tiene más opciones de ganar.*

El pique amistoso entre los iguales, hace que el ambiente durante las tareas domésticas se haga divertido y llevadero.

Pero Roto sólo puede pensar en su propia situación.

-*Yo no soy una copia, soy el original.* –pronuncia sin poderse contener.

Cesa el sonido del ajetreo.

Todos guardan un incómodo silencio.

-*Sabemos que somos copias, Diez.* –dice Nueve con su tono grave de estudioso de las ciencias naturales- *Pero es muy difícil saber quién es el original, o si quiera si lo hay. Todos recordábamos estar solos, y de pronto un día había muchos otros con quienes compartir la vida. Podemos seguir el rastro de esto, asique dependiendo de a cuantos nos encontramos al llegar, nos ponemos nuestros números.*

-*Entonces yo debería ser el Cero, pues recuerdo como aparecisteis todos. Yo fui quien estaba cuando surgió Dos en la cocina, e incluso antes, cuando Uno luchó contra otra copia y la mató, la tiró a un lago, y me abrió la cabeza con un reloj.*

De pronto un estallido de asombro e incredulidad.
El desesperado y ruin afán de superioridad del ego de Roto, provoca que todas las miradas se posen sobre Uno, que incapaz de soportar el escarnio, sale corriendo de la cocina en dirección al sótano.

-*Quizá tengas razón.* –pronuncia Dos con ánimo de relajar el tenso ambiente- *¿Pero cómo puedes saberlo, Diez? Que tú recuerdes como surgimos el resto, no quiere decir que antes de ti no hubiera otros. Es posible que tú fueras una copia, y tu Yo anterior se fuera cuando vio que te generabas. Puede que se marchara para dejarte vivir, y nunca lo supieras.*

La idea de no ser único, después de todo este tiempo creyéndose genuino, le provoca una gran arcada.
Tembloroso, empujado por el miedo, tal y como él empujó a hacerlo al otro homicida, abandona cobardemente la cocina.
Corre hasta el invernadero en busca de aire fresco.
Todos van llegando después.
De sí mismo no puede escapar.

Temiendo que los otros aprovechen su aplastante superioridad numérica y física para atacarle, como sabe que él haría, olvida completamente los principios de igualdad por las que estos rigen su pequeño mundo.

Ocho se acerca hasta a él y pone una mano sobre su temeroso hombro.

-*Yo te creo, Cero. ¿Pero recuerdas en qué momento empezó todo?* –dice respetando su cambio de nombre en un intento de apaciguarle.

-*Creo que fue cuando conocí a Shura.* –responde.

-*¿Quién es Shura?* –exclaman al unísono todos.

Capítulo III
El Egoísmo se defiende

-*Desde que la conocí sólo he vivido una décima parte de mi vida.*

Mi vida.
Mía.
Sólo mía.

A pesar de que aceptar compartir con copias de sí mismo todo lo que él consideraba su más profunda y real existencia, resultaba sin lugar a dudas un desafío verdaderamente difícil, era algo que estaba dispuesto a afrontar.
Sin embargo la idea de ser también una copia, el poder perder su dignidad como genuino y único original, supera con creces su capacidad de disimular una bondad inexistente.
El Egoísmo que deliberadamente le rige, no puede permitirlo.

-*Han de desaparecer.*

Al fin y al cabo, él ya sabe lo que es derramar la sangre de sus iguales. Sangre de su sangre.
Su propio rostro muerto entre sus manos.

Sólo queda elegir el método.

Cualquier confrontación en su estado de debilidad física, máxime teniendo en cuenta que sus rivales poseen sus mismas capacidades pero en unas condiciones claramente superiores, queda descartada.
La única ventaja con la que Roto cuenta es su despiadado sentido de depredación, su total idolatría hacia el propio poder y la opresión del prójimo en pos del beneficio personal, virtudes todas ellas del mundo incoherente y salvaje que les ha tocado vivir, y que sin embargo los clones parecen haber perdido por completo.

Sabiéndose inferior en cuanto a fuerza de choque se refiere, decide que habrá de ser necesario el uso de la astucia para ganarles la guerra que en secreto, ignorándolo ellos por completo, les acaba de declarar.

Mientras él trama la aniquilación de sus hermanos durante el desayuno, ellos le brindan sonrisas y atenciones.

-*Quiero hacer el primer turno de hoy en el gimnasio.*

-*Pero Cero, esta mañana le toca a Cuatro.* –aclara Ocho.

De nada sirven las apelaciones, pues la impaciencia del Egoísmo es legendaria. La decisión está tomada.

-*No me importa lo que ponga en ese estúpido calendario. Iré yo. Necesito salir de esta casa y tomar un poco de aire fresco. Cuatro puede aprovechar para cocinarnos un plato especial.*

-*¡Magnífica idea!* –exclama Cuatro- *¡Prepararé un auténtico banquete y hoy será como un día de fiesta!*

-*La fiesta de vuestro final.* –piensa Roto para sí.

-*Pero el orden de los turnos...*

-*Tranquilo Ocho, no hay de qué preocuparse. Cero nos está pidiendo este cambio, y es nuestro deber hacerle feliz.* –interviene Dos- *Ve pues, y que tengas un feliz día, hermano.*

La autorización expresa de Dos para poder operar en solitario, le da vía libre en su premeditada traición.

Antes de salir de la casa, dirige la que espera sea la última mirada de esa comuna de iguales.

-*Pronto esta locura utópica habrá terminado.*

Roto monta en el coche que sigue aparcado frente a la entrada en la acera.
El vehículo repetido que supone en el garaje, debe permanecer allí como parte de su plan.

Dejando una estela de ilusionada ira revanchista en forma de goma quemada, el deportivo se aleja del 288.
Al pasar frente al 2369 no se detiene. El gimnasio y sus establecidos horarios, quedan atrás.

Atravesando la ciudad observa con inusitada curiosidad todas las bajas construcciones cubiertas de una capa blanca de escarcha.
Se pregunta cómo será la vida de las gentes que las habitan, y si dentro de esos hogares estarán ocurriendo inexplicables escenas de mundos de Amor imposible como en el suyo.

-*Desde fuera todo parece tan normal...*

Quizá por eso para todos, la masa insípida son siempre los demás.
Cuando el coche llega a la plazuela en pleno centro urbano, encuentra por fin su destino, ese que de pronto se le presenta como la metamorfosis de un lugar temido y evitado, pero el cual es ahora la mayor esperanza de salvación para su causa egoísta: La comisaría de policía de la Isla de Meme.

-*Disculpe, me gustaría hablar con el inspector Troll.*

El rostro asqueado de la recepcionista de pelo grasiento y con grandes gafas, le recuerda preocupantemente a la adolescente que le vendió el pasaje para el ferry.
Desea con todas sus fuerzas que su presencia no sea el augurio de un final tan desastroso como lo fue aquel.

-*Espere en esos asientos.* –dice la muchacha con apatía- *El inspector bajará a recibirle en cuanto pueda.*

Roto se sienta entre pescadores borrachos y jóvenes chicas de compañía.
Una mirada más atenta revela que gran parte de esa gente fueron sus vecinos en el motel.

De pronto el recuerdo de aquella noche esperado la llegada del amanecer para poder huir en el ferry, le hace percibir que está rebobinado su propia historia hacia atrás.

-*¿Qué está pasando? ¿Es que viajo en dirección contraria?*

La brillante hebilla del cinturón de Troll frente a su casa.

-*Bueno días caballero, ¿puedo ayudarle en algo?*

-*Inspector, soy el entrenador Roto, ¿me recuerda?*

-*Señor Roto, ¿de veras es usted? Le encuentro muy desmejorado.*

-*Escuche, tengo algo importante que confesarle.*

-*¿Ah, sí? Pues me alegro de que haya decidido colaborar, señor Roto. Sabía que la noche que pasó en el calabozo le hizo reflexionar. Pude verlo en su cara confusa y perdida.*

Roto recuerda esa indefensa cara mientras le detenían en su propia casa por algo que aquella copia ignoraba.
También imagina esa misma cara de terror e incomprensión mientras Uno le mataba.
Siente un nudo en el estómago.

-*Engañar a sus amigos y vecinos siempre siembra un poso de intranquilidad en nuestras conciencias, y las noches se vuelven insoportables.* –prosigue Troll- *¿Va a explicarme entonces qué fue toda aquella historia de su extraña fuga, y lo que tramaba?*

-*Me temo que es mucho más complicado de lo que imagina. Tendrá que venir conmigo para poder comprobarlo por usted mismo.*

-*De acuerdo, espéreme aquí mientras cojo mi chaqueta.*

Mientras Troll regresa a los confines de la diminuta pero ajetreada comisaría, una de las chicas de compañía sentadas a su lado, apoya una mano sobre su entrepierna.

-*Chato, se trasca la magedia.*

La expresión barriobajera de la meretriz, le provoca el inmediato recuerdo de Shura.
Se pregunta si sin saberlo, eso fue lo que vio en ella, y todo lo que ella fue para él: Una simple chica de compañía.

-*¡En marcha!* –exclama Troll dirigiéndose hacia él con enérgicos aspavientos- *Iremos en su coche, pues aunque somos una isla tranquila, hay una alarmante saturación de denuncias por peleas de taberna, y redadas en burdeles. No sabe las ganas que tengo de que empiece la temporada de pesca.*

Mientras recorren la ciudad en dirección a las urbanizaciones del extrarradio, Troll no para de juguetear con las puntas de su poblado bigote.
La naturalidad de la actitud del policía, en un momento tan crucial de su propia vida, enerva por completo a Roto.
Está convencido de que todo lo que está pasando alrededor suyo debe tener un tono épico.

-*¿Entonces le fue bien el remolque? Yo de vez en cuando le pido prestado el suyo a mi cuñado para llevarme el velero hasta las calas del sur de la isla. Es una zona impresionante. Si no la conoce, se la recomiendo encarecidamente.*

La verborrea de Troll marea a Roto, que lo último que desea es salirse de sus propias elucubraciones.

-*Nunca he alquilado en esa tienda.* –prosigue el bigotudo inspector- *¿Finalmente lo devolvió? ¿Le cobraron algún tipo de recargo por el retraso?*

-*¿Pero de qué habla?*

-*Del remolque por el que le denunciaron, naturalmente. ¿No lo recuerda?*

Y así era hasta este instante, pues toda aquella historia del remolque había pasado al olvido como una insignificancia. Sin embargo la nueva referencia al pasado, turba a Roto que vuelve a sentir como va marcha atrás en la cronología de su propia historia.

-*288. Aquí es.*

La obvia observación del inspector Troll indicándole la ubicación de su casa, hace que Roto pierda la poca capacidad de fingir simpatía que le quedaba.

-*Será mejor que vayamos al grano. Le recomiendo que se prepare para algo bastante inquietante e inexplicable, pero debe creerme, yo soy el auténtico Roto. Esa gente que va a ver ahí dentro, son todos farsantes. Alguien ha decidido elaborar una compleja trama para suplantarme en todos los aspectos. He aguantado por un tiempo, pero ya no puedo soportarlo más. Quiero recuperar mi vida.*

Mi vida.
Mía.
Sólo mía.

Troll no entiende nada.
Estas cosas no pasan en Meme.

-*¿Me está queriendo decir que en el interior de su vivienda se encuentran una serie de personas que le mantienen coaccionado mientras se hacen pasar por usted, señor Roto?*

-*Sí, algo así.*

-*¿Son peligrosas esas personas? ¿Debería pedir refuerzos?*

La tentación de echarlos a la boca del lobo en un baño indiscriminado de porrazos, o incluso en un salvaje tiroteo que zanje el asunto a través de la estupidez bonachona de sus copias, en un suicidio policial de manual, le parece irresistible.
De nuevo otros harán el trabajo por él.

-*Son gente muy musculosa. Expertos luchadores de artes marciales mixtas. Creo incluso que ex militares adiestrados en combate mortal.*
-*¡Eso es terrible! Llamaré inmediatamente a mis mejores hombres.*

Pero lo que Roto imagina como un grupo de destacados agentes de la autoridad, a tenor de lo conocido en los años que pasó en los grupos de operaciones especiales del ejército, no se parece en nada a los dos agentes uniformados que llegan con la respiración entrecortada en dos renqueantes motocicletas.

-¿Pero qué es esto? ¡Parece que les hayan dado una placa y un chaleco antibalas a dos de los marineros ebrios que tenían arrestados mientras se les pasaba la mona!

Por ahora el final glorioso soñado tendrá que esperar.

-Bien, procederemos con sumo cuidado. La víctima me ha comunicado que son una banda organizada muy peligrosa.

-Nosotros limpiaremos la zona, inspector. –indica con gran entusiasmo uno de los agentes.

-Yo iré detrás suyo. Usted espere aquí, señor Roto.

El trío policial irrumpe en la casa con gran estruendo, mientras los vecinos empiezan a asomarse a las ventanas, y poco a poco se van agolpando alrededor de la vivienda.

-¿Qué ocurre? –pregunta su propia vecina de al lado a Roto.

-Una cosa muy fea, señora.

-¿Ha muerto el propietario? Últimamente se comportaba de una forma muy extraña. Siempre haciendo ruidos y hablando solo. Una verdadera lástima, con lo buen muchacho que era...

-No, nunca lo fue.

Y no le importa.
Las lágrimas del ciervo lo avalan.
Huida hacia adelante, sin freno ni visos de querer volver a pararse a escuchar.

Por el contrario, que ninguno de sus antiguos vecinos sea capaz de reconocerle, eso sí que es un duro golpe para su ego.
Hasta ahora la comparación con sus copias había sido de tú a tú, pero saber que ya no queda nada en él de su antiguo Yo, le llena de una profunda congoja.
Tiene que saber si han sido ya detenidos o acribillados.
Quiere recuperar su pasado de una vez.

El inspector Troll sale con cara de decepción.

-Señor mío, que decepción.

Sabe lo que eso significa.
Corre al interior de la casa.

-No se moleste, no hay nadie. –dice uno de los uniformados.

-¡El sótano! ¡Están en el sótano!

-Lo hemos revisado todo y no hay ni rastro.

-¡Pero no es posible! Ellos me lo confesaron. Allí es donde se esconden.

-Hemos visto las literas y los sofás. –dice Troll entrando al salón- *Efectivamente parece que ahí convivía un número importante de personas. Pero eso no nos basta. ¿Es posible que hayan huido por el jardín?*

-No, no nunca harían algo así. En la calle a ojos de todos no tienen ninguna oportunidad.

-¿Por qué dice eso? ¿Tienen rasgos distintivos que los haga sospechosos?

-Escuche, inspector, esos hombres que quieren robarme mi vida... Su aspecto físico...

-¿Sí?

-¡Son exactamente como yo! Bueno, como yo era antes, cuando usted me detuvo.

-¿Me está diciendo que se han disfrazado de usted?

-Más bien que son mis clones.

La mirada severa de Troll indica a los dos agentes que le dejen a solas con Roto.
El juego de afilar las puntas de su bigote comienza de nuevo.

-Si esto es una broma...

-Le aseguro que no lo es, inspector.

-¿Tiene alguna prueba más que una casa llena de muebles?

Necesita testimonios que le den la razón.
Pero nadie les ha visto juntos.
Sólo entre ellos mismos... O quizá...

-¡Mis alumnos! En el gimnasio confirmarán mi versión.

-De acuerdo. Veamos de qué va todo esto.

El coche deportivo lleva a los cuatro hombres hasta la puerta del número 2369.

Roto entra en el gimnasio custodiado por los dos uniformados, y se dirige hasta sus veteranos alumnos.
Estos, al contemplar la deplorable presencia del maestro hasta ahora idolatrado, quedan horrorizados.

-Escuchad muchachos, estoy metido en un lio. Unas personas malvadas han intentado robarme mi identidad y hacerse pasar por mí. Ellos tienen el aspecto que yo tenía cuando estaba rocoso y aseado, y no así de escuálido y barbudo. Sé que han estado viniendo a entrenaros durante estos meses, y necesito que les digáis a estos amables policías que no era yo.

Los alumnos se miran los unos a los otros con gran incredulidad.

-Es cierto que ha estado dando sus lecciones ininterrumpidamente y con normalidad, entrenador. –arranca a hablar uno- *Además hasta ahora siempre ha tenido su aspecto habitual. Nunca le habíamos visto así de cuerpoescombro.*

-¿Ahora me creen? ¿No es esto la prueba de que no miento?

-Pero también es cierto, -prosigue el alumno- *que hace casi tres semanas que no viene por aquí. Pensábamos que estaba enfermo, pero no creíamos que fuera tan grave para dejarle así...*

-¿Cómo? ¿Tres semanas?

Roto no da crédito.
La pesadilla continúa.

-Esto es muy extraño. –dice Troll acariciando su bigote- *No me había dicho nada de una enfermedad. ¿Dónde ha estado durante estas tres semanas?*

Pero Roto sabe que no puede decir que en la cama, pues nunca le creerán.
Necesita aportar pruebas concluyentes, y esas sólo pueden encontrarse en un lugar.

-¡El lago! ¡Debemos ir al lago! Allí es donde nos deshicimos de los coches y los cadáveres.

-¡Un momento! ¡Un momento! ¿Cadáveres? ¿Qué es eso de unos cadáveres?

-Se lo contaré por el camino.

Pero el camino, esta vez, lo hará esposado y aplastado contra el cristal de la ventana trasera de su propio coche.

Mientras pasan frente al desguace de Caballo Loco, adentrándose en la montaña, ninguno de los tres policías cree ya en la aparentemente disparatada versión de los hechos de Roto.

-¿Copias? ¿Clones?

Simplemente no lo ven posible.

Las indicaciones de tomar varios caminos de arena en dirección a la orilla del lago, junto con la luz grisácea de la tarde, hace temer lo peor a Troll.
Es la clásica escena donde un demente lleva a los heroicos agentes ante el lugar de sus atroces crímenes.

Ya puede imaginar su medalla y las portadas de los periódicos del continente, narrando la macabra historia rural.

Pero al llegar al lugar indicado no hay nada.

-Aquí debían estar los restos calcinados del coche que ardió en llamas.

-Sólo hay unas marcas de rodadas. –observa Troll.

-Son idénticas a las de los neumáticos de su propio deportivo. –indica uno de los uniformados señalando al vehículo.

-Asique otra mentira... Su coche nunca ardió, señor Roto. De hecho yo lo he visto más reluciente que nunca mientras veníamos montados en él.

-*¡Era una copia duplicada de este! ¡No trato de engañarle! ¡De hecho en mi garaje tendría que haber otro exactamente igual! ¡Vayamos a comprobarlo!*

-*No, me temo que no volveremos a su casa. Creo que ya sé lo que ocurre aquí.*

Comprendiendo finalmente que le toman por un lunático, Roto intenta exprimir sus últimas opciones.
¿Habrá caído en su propia trampa?

-*¡Vengan, síganme! ¡Aquí hay una cabaña de pesca donde me escondí de ellos durante semanas!* –exclama Roto mientras echa a correr a través de los árboles.

-*¡Oiga, deténgase!*

La persecución termina donde lo hacen las esperanzas de Roto: Frente a un montoncito de maderos calcinados.

-*¿Está es su cabaña?* –pregunta exhausto el inspector Troll mientras agarra firmemente de los brazos a Roto- *A mí me parecen los restos de una fogata de algún campista.*

-*No puede ser... Shura...*

-*Tranquilícese, su mente le ha jugado una mala pasada. A veces algunas personas del continente que no están acostumbradas al aislamiento de las islas heladas, pueden llegar a perder la razón. Usted se pensaba que todo eso que veía era real, pero si le digo que ha sufrido una alucinación, fruto de una crisis o una fiebre, la cosa cambia, ¿no?*

-*Yo...*

-*Venga, señor Roto, ahora vamos a llevarle a un lugar donde van a cuidar de usted y se va a poner como nuevo. Dentro de poco creerá que nada de esto ha sucedido.*

-*No, no puede acabar así. Esta no es la típica historia de un triste delirio. ¡Es mi vida!*

Mi vida.
Mía.
Sólo mía.

Capítulo IV
Otra vida entregada a la única y verdadera derrota

-No está loco. Lo único preocupante son esas extrañas teorías acerca de una sociedad basada en el amor mutuo que parecen tratar de representar sus desdoblamientos, y que responden a planteamientos claramente infantiles y utópicos. Por suerte la lucha que mantiene contra esas ideas absurdas, tratando de superarlas y adaptarse al mundo real, lo convierten en una persona válida.

Las palabras del doctor en jefe de la unidad de psiquiatría del hospital general de la Isla de Meme tranquilizan al inspector Troll.

-¿Entonces no tiene que quedarse ingresado?

-Sería del todo contraproducente. Le enviaremos a casa con un estricto plan de medicaciones, y poco a poco podrá ir cumpliendo con sus aspiraciones como un buen ciudadano de provecho. Volverá a trabajar, a tener pareja estable, a consumir bienes y servicios, a votar un gobierno y a procrear con normalidad.

-Entonces el pronóstico es inmejorable.

-Ya lo creo. Esas pildoritas se encargarán del resto.

Con un apretón de manos se cierra el traslado en ambulancia desde la habitación acolchada, al 288.

Durante el trayecto, el enfermero explica a Roto con serena paciencia la correcta administración de sus drogas.
Al entrar en la casa el silencio es total.

Mientras Roto y Troll esperan en el salón, el sanitario se asegura de pegar con un imán sobre la nevera los horarios de la nueva rutina médica del propietario y nuevo paciente.

-También le vendría bien plantearse una dieta más contundente y hacer deporte. –dice dirigiéndose hacia la puerta de la calle- *Es evidente que necesita ganar peso, y la actividad física le estimulará y dará ánimo. Además, salga de casa con sus amigos a tomar algo. Eso siempre funciona. Lo importante es que haga vida normal.*

-Rutina. –piensa Roto- *Ese fue mi error fatal: Romper la rutina del mundo real.*

El mundo real.
El mundo del Mal.

-Tiene usted que madurar. –dice Troll- *Esas fantasías suyas son muy peligrosas. Pero las hemos pillado a tiempo y aún tiene una oportunidad.*

La ambulancia arranca el motor.

Troll tiende su mano amistosamente hacia Roto.
En su mirada hay una piedad evidente.

Roto siente lástima de su propia imagen patética, pero ahora que ha sido descubierto, al menos sabe que él está en el buen camino y que eran sus copias, reales o no, y nunca él, quienes se equivocaban.

-*¿Entonces no pesa ningún cargo contra mí?* –pregunta mientras estrecha la mano del inspector.

-*Al comisario le inquietó mucho eso que dijo de unos supuestos cadáveres arrojados al lago, pero hace años que no hay ninguna desaparición en la isla, ni de paisanos, ni de turistas, ni siquiera de animales de compañía. Por lo tanto es evidente que se debió a su enajenación.*

-*Sí, supongo.*

-*Mi único consejo es que redecore su casa para una sola persona. O mejor para dos, ya sabe. Esto de tener muebles para una comuna es del todo ridículo. De hecho, si decide vender algunas cosas, mi mujer está acondicionando la buhardilla para construir un nuevo saloncito, y seguro que estaría muy interesada en negociar algunos buenos precios con usted. Ya tiene mi tarjeta y sabe dónde encontrarme, señor Roto.*

-*Claro, inspector. Muchas gracias.*

-*Cuídese de ideas raras, amigo.*

Troll sale de la vivienda, y subiendo en el asiento del copiloto de la ambulancia, regresa hacia el epicentro de la bulliciosamente vacua ciudad.

Roto queda de pie en completa soledad.
Contempla los botes de pastillas de colores en su mano.

-*Ya está, lo he conseguido. Vuelvo a empezar.*

Pero sus esperanzas acaban cuando desde el sótano llega el sonido de una pesada puerta corriéndose con dificultad.

Toses.
Bostezos y quejidos de músculos desperezándose.
Pasos subiendo las escaleras hacia él.

-*Diez, ni se te ocurra comerte esas cosas. Son puro veneno.* –pronuncia Dos arrebatándole los medicamentos de la mano y tirándolos por el desagüe.

-*No, esto no está pasando. Yo no estoy loco. Vosotros no existís.*

-*Y así debe seguir pareciéndolo.*

-*Pero los policías revisaron toda la casa, incluido el sótano...*

-*No encontraron la puerta secreta del bunker bajo la televisión.*

-*¿Bunker? ¿Qué bunker?*

-*Ya te dijimos que teníamos todo preparado para escondernos allí. Estaba todo en un doble fondo. ¿Dónde pensabas si no que guardábamos las provisiones, el oxígeno y el agua?* –exclama Siete.

La idea de no haber sido capaz de adivinar que él mismo habría planeado algo así, le hace derrumbarse.

Las lágrimas inundan sus ojos.

-*Pobre Diez. Ha debido ser muy duro para ti pasar por esto solo.* –dice Ocho abrazándole con gran ternura.

Pero Roto no puede reaccionar.

Compungido y entre sollozos camina por el salón tambaleándose hasta encontrar asiento en el sofá donde retuvo a Dos, hace ya tanto tiempo, apuntándole con su arma, e irremediablemente el recuerdo de la pistola que dejó escondida en el cajón de doble fondo del armario vuelve a él.

De pronto el disgusto va desapareciendo y dejando paso a una nueva defensa del Egoísmo.

-*Yo también escondo algo en un doble fondo que vosotros desconocéis.*

Incorporándose con sádica y decidida mirada, se lanza escaleras arriba.

Al ver su repentino arranque, Ocho trata de detenerle.

-*Espera, hermano. Tú reposa y nosotros te traeremos lo que necesites. Ya estamos aquí los diez juntos para cuidarnos los unos a los otros.*

-*Sí, hermano. Pero yo sumo para restar.*

Cuando su piel contacta con el frío metal del arma, los pelos se le ponen de punta.

Se da cuenta de que siempre vivió en un mundo sin Amor pero que siempre intentó amar, aunque nunca lo consiguió.

Se da cuenta de que ya es demasiado tarde para él.
No quiere esconderse para vivir en la igualdad del Amor.
Quiere ser normal, temeroso, ignorante, pero libre al fin y al cabo para vivir en el Mal.

Se da cuenta de lo que tiene que hacer.
Sólo necesita unas últimas palabras que le motiven y le impidan llegar a dudar ante la decisión tomada.

-*Es lo justo. Yo soy el único que tiene una visión de una vida propia, pues ellos aparecieron cuando ya había más.*

Las palabras de la vieja dama del lago son ya tan lejanas, que el autoengaño es suficiente para cargar el percutor.

Mientras sale del dormitorio, y baja las escaleras, repasa mentalmente lo que aprendió en el ejército.

Va hasta la puerta de la calle, y la cierra con llave.

-De fuera para dentro. Ninguno podrá escapar.

El primero en cruzarse en su camino es Cuatro, que prepara en la cocina pollo a la plancha con arroz.
Roto está tan concentrado que no percibe la coincidencia tantas veces repetida.

El impacto de bala en la cabeza del alegre cocinero, reproduce así mismo una escena ya antes vista.

Seis sale del garaje con las manos grasientas de aceite del deportivo, y alarmado por la detonación de la pólvora acude hasta la puerta de la cocina, convirtiéndose así en la segunda víctima.

La puntería de Roto, a diferencia de su cuerpo, se mantiene como en sus mejores tiempos.
Por ahora si su pulso no le falla, la matanza promete ser lo más indolora posible.

Pasando sobre la agujereada frente de Seis, Roto se dirige hacia el salón.
Allí Dos, Nueve y Cinco, juegan a lanzar aros.
La animada música con que gustan de pasar sus veladas recreativas, siempre a un volumen excesivo más propio de la sala de máquinas del gimnasio que de una vivienda, impide que se percaten de lo hasta ahora acontecido.

Roto puede permitirse el lujo de acercarse a ellos hasta incluso llegar a posar el cañón de la pistola en la nuca del clon experto en veterinaria.
Al tiempo que el aro lanzado por Dos acierta a entrar en el cilindro correspondiente, del dedo de Roto hace saltar por los aires las vísceras de Nueve, empapando con ellos los rostros de los presentes que le flanquean.

Cinco es el siguiente, pero la corta distancia que el ímpetu asesino de Roto le ha llevado a establecer, provoca que deba dispararle en el estómago ejecutando un rápido giro de codo.

Mientras su copia cae al suelo retorciéndose de dolor, Roto dedica una mirada especial a Dos, pues de entre los iguales, este ha sido siempre lo más parecido a un guía, y quiere que sepa, aunque sea un instante antes de morir, que su plan de vivir sin Egoísmo es un imposible.
Al menos mientras quede un egoísta en el mundo, pues irremediablemente someterá a los que hayan elegido no serlo.

Con gesto sereno, firme y en silencio, Dos acepta su final.

De camino al invernadero, Roto da el tiro de gracia a Cinco.
Acto seguido, Tres cae sin siquiera enterarse, y las plantas le reciben en su suave y fresco lecho.

Roto respira hondo en su descenso hacia el sótano.
Sabe que esta es la parte más delicada.
La pantalla final.
Le quedan tres copias que eliminar en un espacio muy reducido.
Ha de elegir bien el orden de los objetivos.

Sabe que Siete es el más rudo y agresivo de la casa, y verle de espaldas, jugando a la consola, le tranquiliza.
Ocho y Uno están en sus camas, pero para no levantar sospechas esconde el arma bajo la ropa.

Atraviesa la habitación, y en el último instante desenfunda, pero también en el último instante descubre el claro reflejo de sí mismo en la pantalla de la televisión.

Sabe que Siete le ha visto, y que si no acierta el disparo, le aplastará con su superior físico.

Sólo la duda basta para hacer errar la bala. De un manotazo, Siete envía la pistola al otro lado de la estancia. De nuevo la alerta del guerrero: Se viene el dolor.

Impulsado por sus potentes cuádriceps, Siete se lanza desde su desventajosa posición sobre Roto, en un perfecto giro de ciento ochenta grados.
La caída de espaldas es brutal.

Siete rodea con sus brazos el cuello de Roto, el cual intenta evadirse con técnicas que quedan instantemente invalidadas por un Yo más fuerte y de idénticos conocimientos en lo que a técnicas de combate se refiere.

Pasando su cuerpo tras el del debilitado agresor, Siete lleva a cabo la maniobra del mataleón, a través de la cual en pocos segundos podría dejar a Roto sin oxígeno.
Asumiendo su inminente incapacitación, y nublada ya su vista en el iniciado ingreso al reino del desmayo, Roto comprende que la única intención de Siete es reducirle, sin pretensión alguna de matarlo.
Pero él no ha venido hasta aquí a negociar ni a tener piedad alguna. Sabe que esta es una ventaja que debe aprovechar.

-*Hermano, te equivocas.* –logra pronunciar con sus últimas reservas de aire- *Te equivocas como te equivocaste entrando en aquella emboscada. Murieron... Murieron todos por tu culpa...*

Y un instante antes de perder el asalto, Siete duda, tal y como Roto sabía que haría su viejo Yo. Sus bíceps se destensan y liberan al asesino.

-*¿A qué te refieres, Diez? ¿En qué he errado, hermano?*

Y mientras los ojos de Siete muestran un miedo y una culpabilidad reprimida, luego redimida, y ahora de nuevo insinuada, los pulgares de Roto se clavan con violencia sobre ellos, y entrando en las cuencas de los mismos, los revientan como dos uvas maduras.
El alarido de Siete es verdaderamente escalofriante.

Cegado y paralizado por el intenso dolor, Roto aprovecha para deslizar sus ensangrentadas manos hasta el cuello de Siete, y sentándose sobre su pecho, lo estrangula hasta la completa asfixia.
De nada sirve la superioridad muscular de la copia, pues el nivel de extrema crueldad de Roto le otorga un chute de fuerza momentánea que sólo un ego dispuesto a todo podría contrarrestar.

Tras los últimos espasmos, el rostro amoratado de Siete hace sentir a Roto que puede con todo. Incluso habiendo tenido finalmente que enfrentarse a la tan evitada perspectiva de un combate cuerpo a cuerpo imposible de ganar, ha sido capaz de demostrarse como mejor que sus clones, y esto le reafirma en su derecho como único y verdadero dueño de esta existencia.

-*Ya está. He ganado.*

No sólo no ha ganado nada, si no que además no está.

La intensidad de la lucha ha sido tal, que Roto ha olvidado lo más importante de cualquier contienda egoísta: La guerra no acaba hasta que sólo quedas tú, pues siempre habrá otro que venga a sustituir al enemigo que cayó. Y cuando sólo quedes tú, ya no tendrá ningún sentido ni la lucha ni la vida.

-Tiraré la pistola con los cuerpos al lago, y volveré a vivir en mi rutina salvadora. Allí seré yo el único que tenga el control.

Pero al girarse para completar su plan, el arma que escapó de sus manos, flota temblorosa ante su frente.

-No, Uno... Por favor... No lo hagas.

El teatrillo es perfecto.
La mentira y el engaño se perfeccionan cuando se trata de coronar la propia cabeza.

Pero Uno ya sabe lo que es matar.
La tensa espera para ver si el público aplaude o abuchea, se concreta cuando Uno acepta bajar el arma y rendirse.
Sabe que perdonarle la vida a Roto es morir.

Mientras Roto coge la pistola de sus manos, aun con una falsa sonrisa en sus labios, Uno cierra los ojos.

-Lo siento, hermanos. –dice rompiendo su largo silencio y mirando hacia el infinito- *Pero ya voy con vosotros, pues me habéis enseñado a no aceptar.*

Cuando Roto dispara sobre el pecho de Uno, instintivamente lo hace varias veces, pues esta vez lejos de querer eliminar un problema, lo que quiere es hacerle callar.
Unos muelles crujiendo.
Es Ocho saliendo de su cama.

Tratando de cubrirse con su mantita, como si ello le fuera a proteger de la terrible amenaza, corre escaleras arriba.
Roto deseaba haberlo terminado todo allí abajo, pues el silencio de una persecución puede obligarle a verse a sí mismo como lo que es.

Al llegar al salón y ver la puerta de la casa aun cerrada, el vil homicida se alegra de que Ocho sea su versión más infantil.

Ascendiendo las escaleras del chalet hasta el dormitorio, los sollozos de la copia que tan bien conoce su destino, pues no es capaz de procesar el concepto de plantarle cara a un igual, le alientan al envite final.

Al llegar junto a la cama ve a Ocho acurrucado en una esquina de la estancia, y abrazado a su bajo eléctrico.

-Din, din, din, pequeña copia.

-¡No, hermano, por favor!

Al sonido de la última bala le acompaña una profunda nota de Mi.
El inesperado grave de la cuerda al aire asusta a Roto, que poseído por su propia ira y miedo, cree distinguir por el rabillo del ojo la figura de un último Yo de pie junto a él.
En un desesperado acto reflejo le apunta y aprieta el gatillo varias veces mientras grita de terror.
Pero no quedan balas en el cargador.

La imagen de su copia permanece intacta mirándole de frente, apuntándole también con una pistola idéntica a la suya, desesperado, con la respiración agitada, pero sin ser capaz a su vez de acabar con la pesadilla de la desdoblación.

Roto no sabe que eso que ven sus ojos, es un reflejo en un espejo.

Ese ser decrépito, barbudo, y cubierto de su propia sangre no puede ser él.

Ya no se reconoce.

¿Pero es que alguna vez lo ha hecho?

Capítulo V
Contacto cero y gym

Todo está fijado para evitar sobresaltos: Levantarse con el primer rayo de Sol. Correr quince kilómetros. Preparar su desayuno proteínico. Abrir el gimnasio y dar cuatro clases. Volver a casa a comer. Echarse la siesta. Regresar al gimnasio para las cuatro lecciones de la tarde. Hacer sus series de musculación. Cerrar el gimnasio. Ducharse. Pasar por la gasolinera y el supermercado. Llegar a casa y cenar mientras ve combates de artes marciales mixtas y boxeo en la televisión. Y finalmente acostarse en cuanto el reloj marque la medianoche.

Todo está fijado.
Por suerte, de nuevo, todo en su estricto orden y lugar.
Sin sobresaltos. Sin libertad.

Su recuperado físico vuelve a ser imponente.
Músculos imposibles. Cuidado cutis. Afeitado integral.

Sabe lo que tiene que hacer.

-Ignorar el pasado. Contacto cero y gym.

Mientras pasea por el 2369, los viejos alumnos le recuerdan a los nuevos la extraña época en la que el entrenador adelgazó y dejó de dar clases, hasta casi consumirse.
Cuando parecía que ya no había para él solución, igual que se había hundido, resurgió, volviendo a los entrenamientos, no sólo como siempre lo había hecho, si no con redoblada intensidad.

Esa mítica historia, lejos de ser una mancha en su historial guerrero, es para sus pupilos una muestra más de su grandeza, acrecentando así la bien instalada y fomentada idolatría hacia el maestro.

Tras la última clase de la tarde el gimnasio empieza a vaciarse, y Roto se afana en terminar sus series de pesas.

Cada vez que se abre la puerta de los baños, escapa de su interior el sonido del agua de las duchas tonificando los cuerpos cansados, y la gran nube de vapor que acompaña a tan magno momento de necesaria purificación.

Roto se levanta de la banca, y sintiendo la presión de sus músculos hinchados, y sus venas gruesas y palpitantes, va hasta la reja de la entrada del gimnasio y echa el cierre.

Al llegar al vestuario se desnuda frente al espejo.

Se regocija contemplando su enorme y superdotado físico.
Su mayor tesoro.
Su único tesoro.

Recibiendo como un merecido obsequio las miradas de los jóvenes aprendices entre agua y jabón, Roto sale con la cabeza alta y el orgullo inflamado de camino al aparcamiento.
No quedan recuerdos de Pole, ni de Shura, ni de las copias que vivieron como iguales.
Su mente ha borrado los interminables viajes al lago para acabar con toda prueba de su deliberada destrucción.
En su pequeño mundo material él es el rey.

Pero sus inamovibles horarios son el reino al que ha de satisfacer para conservar el trono.

Deleitándose de su poder entre los confortables asientos de cuero del coche deportivo, decide parar en la gasolinera para mantener el depósito siempre lleno. No quiere sorpresas.

El ambiente de la estación de servicio a esas horas de oscuridad y recogimiento de las gentes de la Isla de Meme, resulta inquietante y algo tenso.
Desde un rudimentario y distorsionado altavoz, un fino hilo musical inunda de extraños ecos el solitario cementerio de surtidores.
Roto abre el tapón del depósito y cogiendo la manguera trata de abastecerse de carburante.
Pero nada ocurre.
Entonces las luces de los faros de un coche que se posiciona tras él.
Unos pasos.

-*¿No funciona?*

Roto trata de distinguir la figura que a contraluz le habla, pero los faros, aun encendidos, le deslumbran completamente.

-*¿Cómo dices?* –acierta a responder.

-*Que si se ha quedado sin gasolina. Estoy con el depósito seco y no tengo dinero para dejar el coche aquí y pedirme un taxi.*

La voz celestial que desde la negra silueta rodeada de un halo dorado le habla, le es excesivamente conocida.

Roto permanece rígido.

La suave brisa de la noche transporta hasta él, el aroma de un champú de fresa.

-*Shura, ¿eres tú?*

Tras dos pasos en su dirección, los ojos amarillos de la muchacha salen de las sombras.

-*Llévame a casa.* –ordena sonriente y con un pequeño puñetazo.

El cuerpo de Roto es atravesado por un profundo escalofrío.
Ahora que había recuperado el control de su existencia, vuelve a asaltar su vida la duda de si puede o no amar.

Tiembla sin poder articular palabra alguna.
No sabe qué le pasa, pero no quiere ponerse de nuevo a pensar.
La autorreflexión es dolor.
Pero, ¿y si se dejara llevar?

Mientras ella se sube al deportivo, él por primera vez desea que en alguna parte se esté creando en ese instante una copia suya dispuesta a luchar.

FIN

TRILOGÍA DE LOS VAGABUNDOS

LOS BESOS NO SE ENSAYAN
Drama en cinco actos

Personajes:

VAGABUNDO
MEJOR AMIGO
NOVIA, hija mayor del General.
HOMBRE DE LA CARPETA
GENERAL
AUTORA
NIÑA, hija menor del General.
NIÑO
EMPRESARIO TEATRAL 1
EMPRESARIO TEATRAL 2
GUARDIA 1
GUARDIA 2
PÚBLICO DEL ESTRENO

Notas:

Izquierda y derecha las del público.

Acto Primero

Escena I
(HOMBRE DE LA CARPETA, NIÑA, NIÑO, GENERAL, NOVIA, VAGABUNDO, MEJOR AMIGO)

(Parque al atardecer. En el centro de la escena, un banco largo de unas tres plazas. Tras este, al fondo y junto a los foros, arboles, farolas y papeleras. Por el foro derecho entra HOMBRE DE LA CARPETA, un individuo de unos treinta años, de aspecto retraído y atuendo formal, el cual lleva apretada contra su pecho una carpeta de documentos visiblemente abultada. Se dirige hasta el banco y toma asiento en el centro del mismo. Abre la carpeta y examina con atención los papeles en ella contenidos. Tras unos instantes de silente lectura, entran por el foro derecho NIÑA y NIÑO, los cuales caminan alegres de la mano atravesando la escena. La apariencia de NIÑO alcanza tal grado de similitud con respecto a la de HOMBRE DE LA CARPETA, que puede considerarse sin lugar a dudas una versión joven de este. Cuando la manceba pareja pasa frente al HOMBRE DE LA CARPETA, este levanta la cabeza, y al verles, su mirada queda súbitamente clavada sobre estos, siguiéndolos con estupefacción hasta que hacen mutis por el foro izquierdo. Distraído de su tarea, y arrastrado en una especie de repentina hipnosis, deja abandonada la carpeta sobre el asiento izquierdo del banco, y levantándose con rapidez, los sigue. Sólo queda el sonido de los pajarillos en el crepúsculo vespertino. De pronto desde el foro derecho llegan unas voces)

VOZ DE MEJOR AMIGO
¿Pero qué es eso de que no eres nadie? Precisamente tú, que eres libre para ser cualquier cosa. A ti que nada te ata y puedes recorrer todos los caminos.

(VAGABUNDO, seguido de MEJOR AMIGO, entra por el mismo foro y se dirige hasta el banco. Ambos tienen unos treinta años de edad, y visten harapos. VAGABUNDO va apesadumbrado y con la respiración dificultada, mientras que su compañero exagera el entusiasmo para intentar animarle)

VAGABUNDO
Exactamente. Puedo serlo todo, pero soy nada. Sólo un vagabundo...

MEJOR AMIGO
Alguien que puede conocer todas las realidades sin ser atrapado por ninguna...

VAGABUNDO
Un ente que siempre busca pero nunca encuentra.

MEJOR AMIGO
(De pronto contagiado por el abatimiento de VAGABUNDO)
Enserio, ¿qué te ocurre, amigo?

VAGABUNDO
Estoy tan cansado...

MEJOR AMIGO
¿Te fallan las piernas?

VAGABUNDO
(Sentándose en el centro del banco)
No. Es mi mente quien ya se ha agotado.

MEJOR AMIGO
(Tomando asiento a su vez en el lado derecho)
No entiendo. Después de todo lo que hemos visto, y que nunca pareció afectar a tu ánimo...

VAGABUNDO
Y así fue, pero hoy mi paciencia se torna en miedo para negarme el aire. Me asfixio en ideas de un yo diferente en un mundo diferente, y es que da igual qué senderos, pueblos o gentes encontremos en nuestro vagar, pues salvando sus vestiduras, todas son siempre la misma cosa. Y yo sigo en esta lucha absurda.

MEJOR AMIGO
¿Pero a qué lucha te refieres? Siempre a todos agradamos con nuestros cuentos y canciones. Nunca enemigo alguno hemos conocido.

VAGABUNDO
¿Acaso hay enemigo más grande que nosotros mismos? Yo quiero ser alguien, pero no uno de esos alguien. Y mientras tan tanto soy nada.

MEJOR AMIGO
(Recobrando el forzado entusiasmo)
¡Pues disfruta de la nada! Al fin y al cabo vamos recibiendo del camino lo que necesitamos. Peor sería tenerlo todo en contra.

VAGABUNDO
No lo creas, pues luchar contra la nada es más duro que luchar contra todo, pues cuando luchas contra todo, al menos sabes a lo qué te enfrentas, pero luchar contra la nada es luchar contra el vacío, y en el vacío quizá no haya respuesta... Ni aire... *(Poniéndose en pie falto de oxígeno)* ¡Ni esperanza!

(MEJOR AMIGO se incorpora para asistir a VAGABUNDO, y en ese momento por el foro derecho entran en solemne paseo GENERAL y NOVIA. El primero es un hombre anciano de porte y gesto altivo, y cogida de su brazo, NOVIA, joven y hermosa chica de unos veintitrés años, la cual guarda gran parecido con NIÑA, pues no en vano ambas son hijas de GENERAL. Con gran calma van cruzando la escena, seguidos con la mirada por VAGABUNDO, el cual parece más calmado que nunca, y MEJOR AMIGO, hasta que finalmente hacen mutis por el foro izquierdo. VAGABUNDO y MEJOR AMIGO se sientan con gesto fascinado)

MEJOR AMIGO
Vaya...

VAGABUNDO
Eso es. Eso es lo que quiero ser.

MEJOR AMIGO
¿El qué? ¿Un viejo General celoso de su hermosa hija?

VAGABUNDO
No digas locuras.

MEJOR AMIGO
Ah, ya entiendo, entonces has de ser la hija, claro.

VAGABUNDO
¡El novio de esa chica es lo que debo ser!

MEJOR AMIGO
(Irónico y divertido)
Nunca lo hubiera dicho.

VAGABUNDO
(Aun serio abstraído en sus pensamientos)
¿Pero cómo podría conquistarla, si no puedo ofrecer más que andrajos?

MEJOR AMIGO
(Apretando cómicamente el bíceps de VAGABUNDO)
¡Olvidas este cuerpo errante tan bien templado al Sol!

VAGABUNDO
(Reaccionando a las bromas y alegre por primera vez)
¡No cambiarás! ¡Tú siempre tan guasón!

MEJOR AMIGO
(Poniéndose en pie y haciendo una reverencia)
Para servíos a vos y al polvo del camino.

(VAGABUNDO ríe con gesto tranquilo y respiración aliviada)

MEJOR AMIGO
¿Ya estás mejor, amigo?

VAGABUNDO
Sí. Pero creo que deberíamos quedarnos por un tiempo en esta pequeña ciudad de provincias.

MEJOR AMIGO
Ya sabes cuan poco me gustan las intrigas sedentarias, pero si así lo deseas, ¡sea!

VAGABUNDO
Gracias.

MEJOR AMIGO
Al fin y al cabo puede que toda tu asfixia se debiera únicamente al trauma de aquella vez que te atragantaste con un caramelo. A eso, o a la falta de una ilusión con forma de muchacha.

VAGABUNDO
Quizá no halle aquí verdad alguna, pero al menos sí pueda conquistar la belleza.

MEJOR AMIGO
(Caminando hacia el foro derecho)
¡Decidido! Iré entonces a visitar a la colonia local de los nuestros, la cual localicé cuando entramos, allá bajo el puente principal, tocando viejas tonadas de jazz manouche como si el mismísimo Django Reinhard acaso los acompañara.

VAGABUNDO
Tal cosa no habrías de perderte. Ve pues y presenta mis respetos al gremio.

MEJOR AMIGO
No dejes que la noche se cierre sobre tu cabeza esperando a verla de nuevo pasar, pues seas vagabundo, rey o nada, para ella lo mismo es, pues ese brazo la guarda.

(MEJOR AMIGO hace mutis por el foro derecho)

Escena II
(VAGABUNDO)

(VAGABUNDO se reclina sobre el respaldo del banco, y extendiendo brazos y piernas con gesto relajado, mira con ilusión en todas direcciones. De pronto su atención se percata de la presencia de la carpeta en el lado izquierdo del banco. Duda unos instantes, y mirando a su alrededor cerciorándose de que nadie le observa, la coge y abre. Saca despacio un sobre abultado, el cual examina y palpa sin atreverse a abrirlo)

VAGABUNDO
¿Qué están sintiendo mis manos callosas de palo, navaja y pedernal, pero siempre livianas y libres de grillete alguno? ¿Es este el peso del dinero?

(VAGABUNDO abre el sobre, y tras observar su contenido se levanta nervioso de un salto)

VAGABUNDO
(Caminando de un lado a otro con el sobre aun en la mano)
¡Sí, ya entiendo! ¡Es así como ha decidido atraparme en su seno esta oscura villa! ¡Primero una musa a la que pretender, y ahora un sobre lleno de billetes para bien poder lograrlo! ¿Qué necesitan de mí estas viejas piedras, que tanto quieren retenerme entre ellas? ¿Acaso hay algo más que puedan ofrecerme?

(VAGABUNDO vuelve a su asiento y dejando el sobre en el banco, saca de la carpeta los papeles que esta contiene, cuyo tamaño se corresponde al de un libreto)

VAGABUNDO
(Pasando las hojas y apenas ojeándolas por encima)
¿Pero qué ven ahora estos ojos míos que siempre han sabido huir de la ilusión de toda apariencia material? ¿Una obra de teatro se suma a este extraño contrato?

(VAGABUNDO coge el sobre y sostiene este en una mano y el libreto en la otra. Tras reflexionar unos instantes mete ambos en la carpeta con gesto de haber despertado de un sueño)

VAGABUNDO
¡Estúpido de mí! ¿Tanto tiempo llevo vagando que he llegado a creer que una ciudad pretendía tentarme con romances, hacienda e incluso una nueva identidad como escritor? Es evidente que esta carpeta pertenece a alguna figura de la dramaturgia local, alguien que tras escribir una obra, y coger sus ahorros para poder financiarla, debía encontrarse de camino al teatro para ponerla en escena. Ha debido de pararse en este banco y olvidarla por error. No hay más misterio detrás. Pronto volverá a recogerla y yo me iré a cantar bajo el puente.

(VAGABUNDO empuja la carpeta con desprecio hasta el asiento izquierdo, y mirando en todas direcciones con fingida despreocupación, silba nerviosamente. Tras unos instantes conteniéndose, se abalanza sobre la carpeta y saca el libreto)

VAGABUNDO

Pero mientras tanto, ¿a quién puede hacer daño que le eche un vistazo? *(Acercando la vista a la primera página para poder leer el título, lo cual hace con la dificultad propia de un iletrado)* Los besos no se ensayan. *(Levantando la vista con ilusión)* ¡Y sin ninguna firma de autor!

TELÓN

Acto Segundo

Escena III
(AUTORA, EMPRESARIO TEATRAL 1, EMPRESARIO TEATRAL 2)

(Un pequeño teatro. A izquierda una puerta practicable. Pegada al fondo, una tarima que sirve como escenario, y sobre el mismo, AUTORA, una mujer de unos treinta años, bien vestida, enérgica pero de rostro cansado y cabellos ya en parte canosos. Bajo este, en el centro de la escena, una mesa y dos sillas. A derecha, EMPRESARIO TEATRAL 1 y EMPRESARIO TEATRAL 2, dos hombres que rondan la cincuentena, de aspecto aristocrático y actitud altiva, comentan algo aparte en voz baja. AUTORA permanece expectante en la tarima, llevando en sus manos un libreto enrollado que estruja con fuerza tratando de disimular el nerviosismo ante la espera a la que está siendo sometida. Finalmente los dos hombres cesan en su confidencia, y caminando hasta el centro, toman asiento en las sillas de espaldas al público con gran parsimonia, y se dirigen hacia AUTORA)

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Agitando la mano con prepotencia)
¡De acuerdo, joven, ya puede comenzar!

AUTORA
(Confusa)
Pero... ¿Quieren que les lea el libreto o...?

EMPRESARIO TEATRAL 2
(Molesto, casi ofendido)
¡No! ¡No!

EMPRESARIO TEATRAL 1
Figúrese si tuviéramos que leer cada guion de cada audición... No tenemos tiempo. Tendrá que resumirnos el argumento de su obra.

AUTORA
(Aun descolocada)
Pues...

EMPRESARIO TEATRAL 2
(Interrumpiendo)
¡Resuma! ¡Resuma!

EMPRESARIO TEATRAL 1
Señorita, el público quiere ir directo a la acción, entender la idea con claridad.

AUTORA
(Con decisión, tratando de parecer resolutiva)
Sí, claro... De acuerdo. Primer acto: En escena vemos una plaza pública, con su fuente en el centro, puestecillos de mercaderes cerrados, y al fondo un opulento palacio real. En mitad de la noche un vagabundo llega a la ciudad y...

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Interrumpiendo con desprecio)
¿Vagabundo? No me gustan las historias de vagabundos.

AUTORA
Yo...

EMPRESARIO TEATRAL 2
¡Prosiga! ¡Prosiga!

AUTORA
Pues bien... Este vagabundo, o mejor dicho... Viajero...

EMPRESARIO TEATRAL 1
Viajero me gusta.

EMPRESARIO TEATRAL 2
Me gusta. Me gusta.

AUTORA
El caso es que el viajero escala la fachada del palacio del rey, y se introduce sigilosamente por el balcón a los aposentos de este. No vemos lo que sucede dentro, pero mientras tanto los guardias que custodian la puerta se quejan de la situación de desigualdad y abusos en el reino. De pronto el vagabundo...

EMPRESARIO TEATRAL 1
Viajero.

AUTORA
Sí, el viajero. Se ve al viajero saliendo al balcón con unos grandes sacos repletos de lo que parecen ser monedas. Queda pegado contra el muro con una pícara sonrisa, mientras desde el foro se oyen las voces del rey exclamando que le han robado todo su tesoro. Los guardias entran en palacio, y el viajero aprovecha para descender por la fachada. Ya en la plaza, pega en la fuente y lanza por los aires, multitud de viejos y amarillentos panfletos. Luego hace mutis huyendo con los sacos. Entonces tras unos instantes de quietud, el sol ilumina la escena. Empiezan a entrar artesanos, campesinos, y toda clase de ciudadanos de a pie, que llenan la plaza mientras comienzan a leer los panfletos, desatándose un gran rumor y agitación.

EMPRESARIO TEATRAL 1
¿Qué dicen esas proclamas?
AUTORA
Que todo el dinero del reino ha sido incautado, y quien crea que debe dársele un uso justo, que acuda a una vieja iglesia en ruinas ese mismo día al anochecer.

EMPRESARIO TEATRAL 2
Acto dos. Actos dos.

AUTORA
Estamos en el templo. Hay un púlpito, y sobre este, el viajero. Bajo el mismo hay unas grandes cubas de vino, y ocupando toda la escena están los artesanos y campesinos del acto anterior, que de espaldas al público esperan las palabras del extraño anfitrión. Este les pregunta que para qué creen que deberían usar el dinero. Ellos responden que para hacer el Bien. Él dice que le expliquen qué es eso del Bien. Nadie es capaz de decirlo exactamente. Entonces el viajero les pregunta si saben lo que es el Mal. Los ciudadanos responden que robar, matar, o en definidas cuentas abusar. El viajero tras escucharles, les pregunta que si acaso sería posible el Mal si todos pensarán en los

demás antes que en sí mismos. Los ciudadanos lo niegan. El viajero les dice que entonces eso el Bien. Todos celebran.

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Confuso)
Un momento... ¿A qué viene todo este rollo metafísico?

AUTORA
(Ganando progresivamente confianza e ímpetu)
Es sencillo, pues el viajero, dicho esto, lanza desde el púlpito los sacos llenos de monedas y una antorcha apagada al centro de la escena. Estos al caer abren un corro entre los ciudadanos que los miran con miedo y sin atreverse a tocarlos. El viajero reclama su atención de nuevo y les dice que ahora tienen tres opciones: Devolverle el dinero al rey, repartírselo entre ellos, o destruirlo. Todos claman por el reparto. El viajero les recuerda que si van a hacer el Bien, de nada les sirve ya el dinero, pues si todos piensan en los demás antes que en sí mismos, harán todo sin pedir nada a cambio. Pero en ese momento las gentes callan. Tras unos instantes un paisano saca un cuchillo y lo alza con la intención de rajar uno de los sacos mientras exclama: Por ahora repartamos que lo del Bien ya llegará.

EMPRESARIO TEATRAL 2
Predecible. Predecible.

EMPRESARIO TEATRAL 1
¿A quién pueden interesar estos asuntos? ¿Dónde está la historia de Amor?

AUTORA
Ahí tiene el Amor: Hacerlo todo para los otros, por encima de uno mismo.

EMPRESARIO TEATRAL 2
(Con forzado desinterés)
Bueno vaya terminando.

AUTORA
El pueblo ha elegido repartirse el dinero, por lo que el viajero resignado les dice que si es esa su voluntad, tomen antes unas copas de vino para celebrarlo. Todos bailan y cantan mientras el viajero baja del púlpito, va a aparte a las cubas de vino, y lamentándose, las envenena. Luego comienza el reparto, dando copas a todos los presentes. Pero en ese momento llegan los guardias del rey. Rápidamente apresan al viajero, y se ríen de su poca inteligencia dejando escritos con su plan de reunión. Acusan también a los ciudadanos de complicarse con un ladrón, un vulgar vagabundo... Viajero.
EMPRESARIO TEATRAL 1
El final es flojo.

AUTORA
Aún queda, pues, cuando parece que van a llevarse preso al viajero, el pueblo cuenta a los guardias lo del reparto. Estos, ante la perspectiva de ser de pronto ricos, rompen su lealtad al rey, y se suman a la fiesta. Liberan al anfitrión y todos beben y danzan, pero uno por uno van cayendo rendidos ante el efecto del veneno. El viajero los observa triste desde una esquina oscura, y cuando es el último que queda en pie, hace mutis con los sacos del tesoro. Llegamos al tercer acto.

EMPRESARIO TEATRAL 2
(Poniéndose en pie con repentina y sádica ilusión)
Prosiga. Prosiga.

AUTORA
(Embriagado por su propio relato)
Los aposentos del rey. El monarca duerme mientras por la puerta que da al balcón penetra el viajero. Este deposita los sacos en el centro de la estancia, y el ruido hace despertar al rey. El monarca asustado llama a la guardia. El viajero le explica que ya no queda nadie. Aún más aterrorizado, el anciano señor da por hecho que el intruso ha venido pues a matarlo. El viajero lo niega: He venido a devolveos vuestro dinero. Pero el rey no lo entiende: ¿Por qué me lo traes si ya era tuyo? Y entonces la sentencia: Porque ya de nada sirve, pues no queda un alma en vuestro reino que pueda darle valor. Sin personas, son solo trozos de hierro. Y mientras el rey abraza sus sacos entre lágrimas, el viajero se marcha a otra ciudad cualquiera.

(AUTORA hace una reverencia, sofocada por la emoción puesta en la narración. EMPRESARIO TEATRAL 1 y EMPRESARIO TEATRAL 2 se miran con grandes dudas. El primero se incorpora y tira del otro hasta llevarlo al lado derecho de la escena. Allí comienzan a debatir en voz baja, mientras AUTORA aun recupera el aire)

Escena IV
(VAGABUNDO, MEJOR AMIGO, AUTORA,
EMPRESARIO TEATRAL 1, EMPRESARIO TEATRAL 2)

(Por la puerta del foro izquierdo entran tímidamente VAGABUNDO, el cual lleva la carpeta en sus manos, y MEJOR AMIGO, ambos vistiendo el mismo atuendo del acto anterior)

VAGABUNDO
(Con gran duda y educación)
Disculpen, ¿podemos entrar?
(Ninguno de los presentes se inmuta. VAGABUNDO y MEJOR AMIGO entran y cierran la puerta, pero quedan discretamente pegados al foro, sin saber si pueden o no estar allí)

MEJOR AMIGO
(Observando el teatro con pueril fascinación)
¡Vaya, cuanta elegancia! Me recuerda aquel teatro en aquel pueblo en el que aquella vez...

VAGABUNDO
(Interrumpiendo visiblemente nervioso y girándose hacia la puerta)
Deberíamos irnos. Esto no está bien.

MEJOR AMIGO
(Deteniéndose)
¡Pero qué dices! Si hubiera sabido antes que escribías dramas, no habríamos estado aprendiéndonos todas esas canciones tontas de comarca en comarca. No sé por qué has mantenido tan en secreto tu talento. Esto que has hecho es muy grande, amigo, y debe ser conocido por las gentes.

VAGABUNDO
Pero...

MEJOR AMIGO
¡No temas al éxito! *(Empujando hacia arriba la barbilla de VAGABUNDO)* ¡Levanta la cabeza! *(Poniéndole recto y arreglándole las ropas mientras le mira con admiración)* ¡Ojalá pueda yo algún día hacer algo así, un regalo para el mundo!

VAGABUNDO
Exageras. Además... Hay más.

MEJOR AMIGO
¿Qué más puede haber?

VAGABUNDO
(Sacando el sobre de la carpeta y entregándoselo a MEJOR AMIGO)
Esto.

MEJOR AMIGO
(Sosteniéndolo con las dos manos cual bandeja, y sin abrirlo)
Bonito sobre. ¿Qué contiene?

VAGABUNDO
Dinero.

(MEJOR AMIGO separa instintivamente las manos y deja caer a plomo el sobre al suelo, quedando en esa posición como petrificado)

MEJOR AMIGO
(Repentinamente turbado)
¿De dónde lo has sacado?

VAGABUNDO
Lo he ahorrado.

MEJOR AMIGO
(Mirando el sobre con asco)
¿Desde cuándo tocas tu dinero alguno?

VAGABUNDO
Es que sin dinero no hay puesta en escena. Los trajes, el atrezo, los decorados... Todo hay que pagarlo.

MEJOR AMIGO
(Alejándose reflexivo)
Mejor sería darles estos viles papeles a los compañeros que malviven bajo el puente. Para ellos significaría una oportunidad en esta cruel realidad que llaman ciudad.

VAGABUNDO
(Cabizbajo)
Sí, tienes razón...

MEJOR AMIGO
(Volviendo sobre sus pasos despacio, coge el sobre y se lo entrega con una repentina sonrisa a VAGABUNDO)
Pero por otro lado entiendo que lo tenías todo planeado desde hace tiempo: Este no es el dinero de una realidad, si no de una ficción. Confío en ti, amigo.

(EMPRESARIO TEATRAL 1 y EMPRESARIO TEATRAL 2, terminan su confidencia y van hasta sus asientos en el centro de la escena, sin siquiera reparar en la presencia de VAGABUNDO y MEJOR AMIGO)

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Dirigiéndose con gran desprecio a AUTORA)
Bien, joven, le diré en lo que ha errado...

EMPRESARIO TEATRAL 2
¡En todo! ¡En todo!

EMPRESARIO TEATRAL 1
Ya lo ha oído. Nosotros somos unos honrados propietarios, y este, nuestro honrado teatro, ha de ser llenado de público para que nuestra honra se mantenga intacta. ¿Comprende? No podemos tolerar un montaje como el suyo. Es demasiada Verdad para la gente.

AUTORA
(Resignada)
Eligen ignorar la Verdad.

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Incorporándose y tendiendo una mano a AUTORA para ayudarla a bajar del escenario, con repentino tono paternalista)
Usted lo ha dicho, hijita. Sólo quieren historias insulsas de besos y finales felices. Nada del Bien o del Mal, y el sentido de la vida.

EMPRESARIO TEATRAL 2
¡Nada! ¡Nada!

(EMPRESARIO TEATRAL 1 lleva a AUTORA hasta la puerta de la izquierda. VAGABUNDO y MEJOR AMIGO se hacen a un lado, siendo aún ignorados por los presentes. EMPRESARIO TEATRAL 1 abre la puerta, y con impostada cortesía invita a salir con un gesto de mano a AUTORA. Cuando esta se encuentra ya bajo el umbral de la puerta, EMPRESARIO TEATRAL 1 saca de su bolsillo un sobrecito, y se lo tiende. AUTORA lo coge sin ánimo)

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Intentando disimular infructuosamente la sorna)
Inviértalo en comprarse algo bonito. ¡Y no se vaya triste, al menos lo ha intentado!

(AUTORA hace mutis. EMPRESARIO TEATRAL 1 cierra la puerta, y de inmediato su gesto amable cambia a hosco. Camina con firmeza hasta tomar asiento en su silla de espaldas al público, y permanece en silencio unos instantes)

Escena V
(VAGABUNDO, MEJOR AMIGO,
EMPRESARIO TEATRAL 1, EMPRESARIO TEATRAL 2)

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Girándose hacia la izquierda con impaciencia)
¿Y bien? ¿Es que no piensan empezar? ¡Es para hoy, señores!

(VAGABUNDO sale con gran sorpresa de su rol de mero espectador, y confundido, sin saber hacia dónde ir, y si dejarle o no la carpeta a MEJOR AMIGO, sube finalmente al escenario)

EMPRESARIO TEATRAL 1
¿Tiene el presupuesto?

EMPRESARIO TEATRAL 2
¡Presupuesto! ¡Presupuesto!

(VAGABUNDO busca torpemente el sobre en la carpeta, y una vez lo tiene, tratando de hacérselo llegar desde el escenario a los empresarios, y debido a la gran distancia que media entre ambos, lo deja caer al suelo. Estos no hacen nada por levantarse a cogerlo, por lo que VAGABUNDO baja del escenario y se lo acerca a la mesa con gran inseguridad. Luego regresa al escenario avergonzado)

EMPRESARIO TEATRAL 2
(Palpando el sobre)
¡Qué buena pinta! ¡Qué buena pinta!

EMPRESARIO TEATRAL 1
Resúmanos el resumen. Y más le vale que sea buena.

MEJOR AMIGO
(Gritando desde el lado izquierdo)
¡Lo es!

EMPRESARIO TEATRAL 1
(A MEJOR AMIGO)
¡Silencio en el foro! Pero oiga... ¿Usted quién es? ¿Un actor? ¿Por qué lleva esos harapos? No será otra historia de vagabundos, ¿verdad?

VAGABUNDO
De ninguna manera.

EMPRESARIO TEATRAL 1
Eso espero. No quiero nada de rarezas.

EMPRESARIO TEATRAL 2
¡Que haya besos! ¡Que haya besos!

MEJOR AMIGO
Precisamente ese es su título.

VAGABUNDO
Los... Los besos no se ensayan. Sí... Y bueno... Va de eso... Verán... *(Aclarándose la voz)* Es la historia de un chico, un pequeño muchacho que está enamorado de una chica de su clase, pero es muy vergonzoso y no se atreve a decírselo...

EMPRESARIO TEATRAL 1
Otra vez la vieja historia.

EMPRESARIO TEATRAL 2
Esto gusta. Esto gusta.

VAGABUNDO
Bueno, entonces en el colegio organizan una función teatral y piden voluntarios para actuar. El chico, debido a su gran timidez, ni se lo plantea, pero cuando le dicen que en la obra participa la muchacha, y que ella y el protagonista masculino han de besarse en el clímax de la historia, ve su oportunidad para compartir un momento soñado con su secreta amada. Una ficción sí, pero para él esa ficción puede serlo todo, pues se ha convencido de que nunca ocurrirá de otra forma.

EMPRESARIO TEATRAL 1
Típica, pero no va mal.

VAGABUNDO
El chico consigue el papel protagonista, y acude a los ensayos con gran terror escénico pero aún más grande ilusión. El texto avanza y llega el día de ensayar la escena del beso, pero cuando el chico cierra los ojos buscando los labios de ella, la muchacha le dice que los besos no se ensayan. Eso deja devastado al chico, pero conserva la esperanza del estreno. Ese día han de besarse.

MEJOR AMIGO
Pero ese día no llega.

EMPRESARIO TEATRAL 2
(Levantándose sobrecogido)
¡No es posible! ¡No es posible!

VAGABUNDO
Así es. El día del estreno la chica no se presenta para actuar. Nadie sabe que ha sido de ella. Se cambia de colegio y no se la vuelve a ver por aquella ciudad.

EMPRESARIO TEATRAL 1
Excelente. Esto tiene gancho. Entusiasmará al público. ¿Qué ocurre al final?

VAGABUNDO
En el último acto vuelven a encontrarse. Han pasado los años, y él trabaja en una juguetería. Ella entra a comprar un regalo y entonces, al reconocerse, se besan finalmente.

(EMPRESARIO TEATRAL 2 aplaude con un entusiasmo inapropiado. EMPRESARIO TEATRAL 1 se incorpora reflexivo)

EMPRESARIO TEATRAL 1
Buen argumento... Buen presupuesto... Haremos mucha caja con esto. ¡Por fin una historia pensada para gustar a la gente! ¡Ya creía que terminaríamos las audiciones sin encontrar nada decente! *(Tendiendo la mano cordialmente a VAGABUNDO)* ¡Pero baja aquí, hombre! ¡Baja y estréchame la mano! Tienes un gran futuro en este negocio y en esta ciudad, te lo digo yo.

(VAGABUNDO baja del escenario y EMPRESARIO TEATRAL 1 le abraza exageradamente. EMPRESARIO TEATRAL 2 se le acerca y le da palmaditas en la espalda con gesto de admiración. MEJOR AMIGO se acerca celebrando, pero los empresarios no le dejan entrar en el círculo que rodea a VAGABUNDO, y queda desplazado. VAGABUNDO se ha contagiado de su inesperado éxito, y se deja felicitar sonriente)

EMPRESARIO TEATRAL 1
Vamos a hacernos de oro. Este es el verdadero arte: ¡Hacer oro de la nada!

VAGABUNDO
Pero oigan, hay una condición que querría hacer constar.

EMPRESARIO TEATRAL 1
Pide lo que sea.

VAGABUNDO
Querría firmar la obra como Anónimo.

(EMPRESARIO TEATRAL 1 y EMPRESARIO TEATRAL 2 se miran atónitos, y tras unos instantes estallan en tremenda carcajada)

EMPRESARIO TEATRAL 1
¡Pero eso es imposible, amigo mío! Tu nombre lucirá en letras doradas en los carteles. Todos en la ciudad te conocerán y respetarán. ¡Vas a ser una gran estrella!

EMPRESARIO TEATRAL 2
¡Una estrella! ¡Una estrella!

TELÓN

Acto Tercero

Escena VI
(VAGABUNDO, NOVIA, GENERAL, GUARDIA 1, EMPRESARIO TEATRAL 1, EMPRESARIO TEATRAL 2, PÚBLICO DEL ESTRENO)

(Vestíbulo del teatro. En los foros, los pasillos que llevan a las salidas del edificio. Al fondo, en el centro, una puerta practicable de doble hoja que da acceso a la platea. La decoración es lujosa, propia de un estreno. Con gran delicadeza y sigilo, VAGABUNDO entra por la puerta de la sala, cerrándola con cuidado tras de sí. Su aspecto ahora es tremendamente elegante, con esmoquin de gala y el cabello engominado hacia atrás. Pasea nervioso por la escena, al tiempo que del bolsillo interior de su chaqueta saca una pequeña petaca y bebe ansiosamente de la misma)

VAGABUNDO
(Para sí mismo sin parar de moverse)
Bueno... Yo lo he intentado... ¡Nadie podrá decir que no lo he intentado! Tuve la oportunidad de gastarme el dinero en cualquier otra cosa, y sin embargo lo hice en la obra. Es cierto que tuve que poner mi nombre como si fuera el autor, pero podría haber venido a verme en cualquier momento... Llevamos semanas promocionando el estreno; me han paseado por toda la ciudad; han llenado hasta la última callejuela con carteles donde se leía en letras bien grandes el título original... Su título. Él o ella se lo puso. Esto era lo que quería. ¿Por qué no ha reclamado lo que es suyo? Es imposible que no se haya enterado de que, aun si su presencia, hoy era el día en que su trabajo se materializaría. Si no lo ha hecho es que no existe... ¿Pero qué le voy a hacer yo? No siempre hay un final feliz.

(La puerta se abre y entra NOVIA, la cual va ataviada a su vez con un hermoso pero recatado vestido de fiesta. Se acerca despacio a VAGABUNDO sin ser vista por este, y finalmente, cogiéndole con delicadeza del hombro, detiene su errático paseo)

NOVIA
(Preocupada)
¿Qué te ocurre, querido? ¿Por qué te has salido antes del final?

VAGABUNDO
(Abrazándola con arrepentimiento)
Es que yo... No estoy seguro de lo que he hecho.

NOVIA
¿A qué te refieres?

VAGABUNDO
A...

NOVIA
(Interrumpiendo)
¿Temes que alguien diga que tu obra no es buena?

VAGABUNDO
(Ocultando con dificultad sus verdaderos motivos)
Sí... Eso es.

NOVIA
(De pronto muy alegre)
Pero mi amor... ¡Si eso no es posible! Desde que llegaste a esta ciudad no se habla de otra cosa que de ti. Todo el mundo sabe que eres un intelecto único, un genio creador, y que cada palabra que sale de tu pluma es pura magia. Este seré un drama recordado por las futuras generaciones. Yo ya lo sabía, me di cuenta desde el momento en que mi padre me llevó a ver los ensayos y te conocí. De hecho... *(Con rubor)* De hecho sentí que te conocía de toda la vida, y que habías escrito esta obra para mí. Pero bueno, eso son tonterías mías, aunque hoy al ver la representación, creo que muchos de los que están ahí dentro han sentido lo mismo. Por eso sé que has triunfado.

(Desde detrás del fondo, allá en la platea, llega el sonido de los aplausos. VAGABUNDO y NOVIA se giran y observan expectantes las puertas cerradas. La ovación cesa, y tras abrirse las puertas, entra PÚBLICO DEL ESTRENO, el cual va en parejas o en grupos, con aire satisfecho y guardando también la etiqueta del evento. Algunos quedan en pequeños corros charlando por la escena, mientras que otros caminan tranquilos hasta hacer mutis por ambos foros. Entre el público llegan GENERAL y GUARDIA 1, permaneciendo este segundo a una cierta distancia en todo momento)

GENERAL
(A VAGABUNDO, muy sobrio y sin apenas detenerse)
Buen trabajo, muchacho.

VAGABUNDO
Gracias, señor.

NOVIA
(Abrazando fuertemente a VAGABUNDO)
Papá, ¿verdad que es el mejor?

(GENERAL se aleja en silencio hasta un grupo de PÚBLICO DEL ESTRENO reunido junto al foro izquierdo. GUARDIA 1 le sigue. Mientras VAGABUNDO y NOVIA observan a GENERAL distraídos, EMPRESARIO TEATRAL 1 y EMPRESARIO TEATRAL 2 llegan hasta ellos)

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Con exagerado entusiasmo mientras separa a la pareja de su abrazo, y se cuela forzadamente entre medias)
¡Amigo mío! ¿Te lo dije o no te lo dije? Les ha encantado. ¡Míralos!

EMPRESARIO TEATRAL 2
(Señalando a PÚBLICO DEL ESTRENO con gesto de obviedad)
¡Como locos! ¡Como locos!

VAGABUNDO
(Con desgana)
Magnífico.

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Dando a VAGABUNDO una fuerte palmada en la espalda)
¡Arriba esos ánimos! Eres un tipo afortunado: Tienes una carrera exitosa, una chica guapa que te quiere, y vives en el palacio más lujoso de la villa. Muchos harían cualquier fechoría por estar en tu lugar.

VAGABUNDO
(Para sí con terror)
¿Cualquier fechoría?

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Sin escucharle)
Te dije que serías una estrella, ¿no?

VAGABUNDO
(Invadido por la culpabilidad)
Quizá una estrella fugaz. Sólo un destello de luz.

EMPRESARIO TEATRAL 1
(Dirigiéndose a NOVIA)
Cuídale bien, aún tiene muchas alegrías que darnos. *(Comenzando a caminar hacia el foro izquierdo)* Vamos a la taquilla a recoger la recaudación. *(A gritos)* ¡Nos has hecho de oro, amigo!

EMPRESARIO TEATRAL 2
(Siguiendo al otro)
¡De oro! ¡De oro!

(EMPRESARIO TEATRAL 1 y EMPRESARIO TEATRAL 2 hacen mutis por el foro)

Escena VII
(VAGABUNDO, NOVIA, MEJOR AMIGO, PUBLICO DEL ESTRENO)

(MEJOR AMIGO entra por el foro derecho. Aun viste con los harapos de los actos anteriores, e incluso en sus manos y rostro pueden verse rastros de sangre seca. Avanza por la escena pegado al fondo, mientras trata de disimular su presencia y no ser visto por PÚBLICO DEL ESTRENO, lo cual resulta infructuoso, ya que muchos le observan con repugnancia, llegando algunos incluso a marcharse con indignación. Parapetado tras un corro formado por PÚBLICO DEL ESTRENO, ya en el centro de la escena, espía a VAGABUNDO y NOVIA sin revelar su presencia)

NOVIA
¿Lo ves? Ya has oído lo que dicen esos distinguidos señores: Eres un gran artista, y si ellos lo dicen, es que es así.

VAGABUNDO
Si ellos lo dicen...

NOVIA
Y por eso te quiero.

(NOVIA da un tierno beso en la mejilla a VAGABUNDO. Desde el foro izquierdo, GENERAL la llama haciendo gestos con la mano, de lo cual esta se percata)

NOVIA
Mi amor, voy a saludar.

(NOVIA se aleja y comienza a charlar con el grupo del foro izquierdo. En ese momento, MEJOR AMIGO aprovecha para acercarse a VAGABUNDO por la espalda, el cual se encuentra sacando la petaca y dándole un gran trago)

MEJOR AMIGO
(Desde atrás al oído de VAGABUNDO)
Por eso te quiere.

VAGABUNDO
(Girándose sorprendido e incómodo)
¿Cómo...? ¿Qué haces tú aquí?

MEJOR AMIGO
(Al ver la petaca)
¿Ahora bebes alcohol?

VAGABUNDO
(Guardando torpemente la petaca mientras trata de excusarse)
Esto no es... En realidad sólo...

MEJOR AMIGO
Solías decir que las fuentes y manantiales te daban la vida, junto al aire fresco al dormir al raso bajo los astros. Pero ahora el astro eres tú, ¿verdad? Bebes licores y vives en un palacio.

VAGABUNDO
(Colocándose el esmoquin mientras trata de recuperar el orgullo perdido)
Eso es porque antes no tenía dinero ni para licores, ni para palacios. Ni siquiera para una manta en una fría cueva, ¿recuerdas?

MEJOR AMIGO
Claro que recuerdo. Pero teníamos los puentes, los caminos, y el amor de las gentes de todo lugar.

VAGABUNDO
Y de que nos servía eso, ¿eh? ¿Para que queríamos esa hermandad universal, si éramos la misma nada? Sólo vagabundos. Inadaptados. Locos.

MEJOR AMIGO
(Mostrándole las manos ensangrentadas)
¿De qué te sirven a ti todos esos lujos mientras masacran a tus compañeros?

VAGABUNDO
(Disipando toda tensión y con gesto preocupado)
¿Cómo dices?

MEJOR AMIGO
Lo que oyes. La guardia del General ha atacado esta noche la colonia bajo el puente para desalojarla. Hay muchos heridos... Sangre... Lágrimas...

VAGABUNDO
¿Y las canciones?

MEJOR AMIGO
Ya no hay canciones.

VAGABUNDO
¿Qué queda pues?

MEJOR AMIGO
Quedas tú.

(VAGABUNDO mira hacia el foro izquierdo, donde NOVIA ya se despide de sus interlocutores, y aunque trata de emprender su regreso, es retenida cordialmente por estos)

VAGABUNDO
(Incómodo)
Debes irte.

MEJOR AMIGO
¿Intercederás ante el General a través de su hija para que permita vivir a los libres de espíritu?

VAGABUNDO
(Muy alterado y molesto)
¡Vamos, vete!

MEJOR AMIGO
¿A dónde?

VAGABUNDO
A donde sea, pero aquí no.

MEJOR AMIGO
¿Por qué aquí no? ¿De pronto sientes que tienes más derecho que otro de estar en este lugar, un lugar al que llegaste por casualidad?

VAGABUNDO
¿Es que no entiendes? No puede verme contigo. Cuando ella me mira ve a un gran escritor. Y no a un...

(VAGABUNDO mira con asco a MEJOR AMIGO, incapaz de encontrar una palabra adecuada)

MEJOR AMIGO
Pero tú, amigo, has olvidado quién eres.

VAGABUNDO
Sé que antes era nada. Ahora soy algo.

MEJOR AMIGO
Sí. Un algo que sólo se quiere a sí mismo.

(NOVIA cruza un último gesto con sus interlocutores, y camina lanzando un suspiro hasta el centro de la escena, junto a VAGABUNDO. Antes de que llegue hasta ellos, MEJOR AMIGO se gira, va hasta el acceso a la platea, y tratando de disimular, finge que cuenta los asientos de la misma)

NOVIA
¿Quién era ese...?

VAGABUNDO
(Interrumpiendo tajante)
No lo sé. Nunca lo había visto.

NOVIA
¿Será el mozo de la limpieza? *(Recorriéndole un escalofrío mientras tira de VAGABUNDO en dirección al foro izquierdo)* Si me entero que en este teatro contratan a ese tipo de individuos, tendré que decirle a mi padre que tome cartas en el asunto... ¿Dónde vamos a parar?

(VAGABUNDO y NOVIA hacen mutis por el foro. GENERAL hace un gesto indicándola que ahora les seguirá, pero al contrario que los últimos presentes del PÚBLICO DEL ESTRENO, que también abandonan la escena, este y GUARDIA 1 permanecen en ella, observando con gran desconfianza a MEJOR AMIGO)

GENERAL
Me gustaría saber qué hacía el prometido de mi hija hablando con ese indeseable individuo. ¿Lo ha visto usted también?

GUARDIA 1
Sí, mi General.

GENERAL
Aunque sea la gran sensación del momento, es un hombre sin pasado, y eso no me gusta. Haga que lo investiguen.

GUARDIA 1
Delo por hecho, mi General.

(GENERAL y GUARDIA 1 hacen mutis por el foro izquierdo. MEJOR AMIGO queda solo, y camina hasta el centro de la escena con gran abatimiento y decepción)

MEJOR AMIGO
He aquí los problemas del ser sedentario. Su Egoísmo, involuntariamente naturalizado y obligado por los excedentes, la nula necesidad del otro... Yo ya lo sabía. Él también. No sé cómo pude no darme cuenta de que se había cansado de tragar polvo, sólo polvo. Eso que es lo único que nos dejan a los que caminamos fuera de su mundo. Y es cierto que con ese polvo no se puede construir nada. *(Caminando hasta el foro derecho)* Pero no le culpo, pues él hizo algo grande escribiendo esa obra en secreto, y yo también haré algo grande y secreto. Luego volveremos al camino.

(MEJOR AMIGO hace mutis por el foro)

TELÓN

Acto Cuarto

Escena VIII
(GUARDIA 2, NIÑA, NIÑO, GENERAL, GUARDIA 1, MEJOR AMIGO, VAGABUNDO, NOVIA)

(Fachada del palacio del General y su familia. Al fondo, en el centro, una puerta practicable, y flanqueándola, varios ventanales ricamente ornamentados. La puerta se encuentra custodiada por GUARDIA 2, siendo su acceso necesario a través de una escalinata, la cual eleva media planta el inmueble, dejando destinado el espacio bajo que linda con la calle para un pequeño jardín lleno de coloridas floridas. Todo el conjunto denota la alta cuna de los propietarios. En el resto de la escena pueden verse elementos propios de una calle, como una farola, una papelera, e incluso algún arbolillo decorativo. NIÑA y NIÑO entran por el foro izquierdo. Ambos van distraídos jugueteando, y visten traje de paseo. Cuando llegan junto a la escalinata se agachan tratando de coger unas florecillas. Con paso tranquilo, GENERAL y GUARDIA 1 entran a su vez por el foro izquierdo, y al acercarse a la vivienda, GUARDIA 2 les hace el saludo militar con gran contundencia. Estos no se lo devuelven)

GENERAL
(A GUARDIA 2)
Soldado, ¿ha regresado ya del mercado el ama de llaves?

GUARDIA 2
No, mi General.

GENERAL
Acompañe pues a mi hija pequeña y a su amiguito al jardín trasero, y vigílelos mientras juegan allí. El ama, por la cuenta que le trae, no ha de tardar en llegar con la merienda.

GUARDIA 2
Sí, mi General.

(GUARDIA 2 baja la escalinata, y separando a NIÑA y NIÑO de su distracción floral, los conduce de la mano hasta el interior del palacio. GENERAL mira hacia el foro izquierdo con gesto de gran turbación)

GENERAL
¿Pero dónde andará la mayor? No me gusta que pasee a solas por la alameda con ese prometido suyo.

GUARDIA 1
No es de fiar.

GENERAL
Si acelero la marcha al caminar para acortar sus confidencias, ellos se paran; si alejo sus camas poniendo cada una en un ala del palacio, esperan a que yo sucumba al sueño, y se quedan en la sala; si los entretengo con visitas y fiestas, ellos, al final, siempre se escapan. ¡No puedo separarles ni en la calle ni en mi propia casa!

GUARDIA 1
Si quiere yo puedo ponerle remedio, señor.

GENERAL
Por ahora la violencia no será necesaria.

(GENERAL y GUARDIA 1 permanecen mirando hacia el foro izquierdo con gran atención, intentando atisbar algo en la distancia. Por el foro derecho entra MEJOR AMIGO, que avanza con temor hacia GENERAL y GUARDIA 1. En sus manos lleva un hacha, la cual levanta temblorosa ante la desprevenida espalda de GENERAL. Cuando parece que está a punto de descargar el golpe, NIÑA atraviesa corriendo la puerta, y bajando las escaleras va a coger una de las flores. GUARDIA 2 va tras ella, tratando de impedírselo)

GUARDIA 2
(A NIÑA)
¡Oye, ven acá ahora mismo!

(GENERAL y GUARDIA 1 se giran al oír los gritos, momento en el cual descubren a MEJOR AMIGO, que bloqueado por la sorpresa, no ejecuta ni detiene su ataque, quedando rígido en su posición. GUARDIA 1 reacciona arrebatándole el hacha, y finalmente MEJOR AMIGO, todavía aturdido, huye haciendo mutis por el foro derecho. GUARDIA 1 le sigue. Coincidiendo con esta salida, por el foro izquierdo entran VAGABUNDO y NOVIA, que van muy alegres de la mano. GUARDIA 2 corre hasta GENERAL)

GUARDIA 2
¿Se encuentra bien, mi General?

GENERAL
Sí, sí. Usted vaya a meter a la pequeña en la casa.

GUARDIA 2
A sus órdenes, mi General.

(GUARDIA 2 corre hasta NIÑA, y cogiéndola esta vez en brazos, la introduce rápidamente en el palacio. VAGABUNDO y NOVIA, con gran preocupación se acercan hasta GENERAL)

NOVIA
¿Pero qué ocurre? ¿Qué es todo esto?

GENERAL
(Desenfundando su pistola y caminando hacia el foro derecho con decisión)
Meteos en la casa, puede haber peligro aun.

NOVIA
(Tratando de retenerlo con impotencia)
¿A dónde vas? No te dejaremos solo. Iremos contigo.

(GENERAL se zafa de NOVIA y hace mutis por el foro derecho. NOVIA intenta seguirle pero VAGABUNDO la sujeta)

VAGABUNDO
Vamos, querida. Ya has oído, será mejor que entremos.

NOVIA
(Estallando en un llanto desesperado)
Esto ya me lo conozco. No es la primera vez que ocurre algo así. Mucha gente en esta ciudad odia a mi padre, sólo porque tiene más poder que ellos, pero no ven que en realidad es un santo. ¡Un santo!

(Desde el foro derecho suenan las detonaciones de varios disparos de pistola. NOVIA abraza asustada a VAGABUNDO. Tras unos instantes en silencio, GENERAL entra y camina hacia ellos enfundando su arma con satisfacción)

GENERAL
Hay gente no todavía a estas alturas no parece darse cuenta de en qué mundo viven.

NOVIA
(Corriendo hasta GENERAL)
¿A qué te refieres?

GENERAL
(Caminando altivo hacia el foro izquierdo perseguido por NOVIA que no termina de alcanzarlo)
Todo está en orden, hijita.

NOVIA
¿Tú estás bien?

GENERAL
Claro. No como ese desgraciado. A mí con venganzas... ¡Sólo faltaba eso!

(Por el foro derecho entra GUARDIA 1 arrastrando el cuerpo inerte de MEJOR AMIGO. Lo lleva al centro y allí lo deposita boca abajo, para luego permanecer contemplándolo con desprecio)

NOVIA
¡Qué horror! ¿Quién es?

GENERAL
Un vagabundo muerto.

(VAGABUNDO se acerca para observar mejor el cadáver, y lo gira para verle el rostro)

GENERAL
Esos inadaptados del puente se han pensado que atacándome en mi propio hogar, va a provocar que los deje vivir en paz en mi ciudad. Cuanto se equivocan. ¿No saben que las balas existen para ser disparadas?

(VAGABUNDO descubre el rostro de MEJOR AMIGO, y al identificarlo cae de rodillas en un profundo lamento)

VAGABUNDO
(Entre lágrimas)
¡Amigo mío, dime que no eres tú! ¡Dime que no te ha destruido esta ciudad! Esta en la que yo te obligue a quedarte. Esperándome. ¡Esperando a mis incoherencias! ¿Por qué? ¿Por qué te arrastré a este absurdo juego? ¿En qué momento olvidé la Verdad y acepté las comodidades del Egoísmo tras la muralla, y el calor de unas faldas que no saben el significado de la palabra Amor?

(GUARDIA 2 aparece por la puerta del palacio. NOVIA permanece junto a su padre en el lado izquierdo de la escena, observando con estupefacción el lamento de VAGABUNDO)

GUARDIA 2
Mi General, todo controlado por el jardín.

GENERAL
(A VAGABUNDO)
Escucha, escoria, voy a darte la oportunidad de que te lleves esa basura de mi puerta, y la entierres al borde de algún camino, pues allí es donde debéis estar todos los que desafiáis el poder de la jerarquía establecida.

NOVIA
(Confusa)
Pero papá...

GENERAL
(A VAGABUNDO)
¡Vamos, largo de aquí!

NOVIA
(A VAGABUNDO)
Querido, deja eso. Levántate y ven con los tuyos.

(VAGABUNDO coge de los brazos a MEJOR AMIGO, y arrastra penosamente su cuerpo hasta hacer mutis por el foro izquierdo)

GENERAL
(Señalando a los soldados)
Ustedes: Vayan a revisar el perímetro.

GUARDIAS
¡Sí, mi General!

(GUARDIA 1 sale por el foro derecho, mientras que GUARDIA 2 hace lo propio por el izquierdo)

NOVIA
¿Qué ha ocurrido? Quiero irme con él.

GENERAL
Eso no es posible. En realidad nunca lo fue.

NOVIA
(Con repentino enfado)
¿Sabes qué? Desde hace algunos días vengo pensando en algo acerca de mi pasado, algo que la obra de teatro me hizo recordar: Ya me separaste una vez del chico que debía darme mi primer beso, y del que descubriste que en secreto estaba enamorada, al igual que en la trama del drama, el día del estreno de la obra de nuestra escuela. Había olvidado como desesperado por impedirlo, me sacaste aquella mañana de clase, y a partir de entonces estudié en esta misma casa con una institutriz particular. Nunca más participé en actividades con otros chicos, y los pocos que se me acercaron, fueron de una u otra forma expulsados violentamente de mi lado. Ahora lo veo claramente. Siempre has alejado a todo hombre de mí.

GENERAL
Te dejé prometerte a ese individuo atroz.

NOVIA
Me dejaste por el mismo motivo por el cual yo me enamoré de él: Era el artista más ilustre que nunca vio nuestra ciudad.

GENERAL
Y al final ha resultado ser sólo un vagabundo.

NOVIA
¡Mientes!

GENERAL
Aun no te has enterado, ¿verdad? Si lo he dejado ir con vida ha sido sólo por ti, pero lo has visto con tus propios ojos. Mis hombres ya lo habían investigado, y aunque lo sospechábamos, hoy aquí se ha confirmado: Es un desposeído, amigo de los desposeídos. Un don nadie. Nada.

(NOVIA estalla en un profundo llanto y ocultando su rostro corre a adentrarse en el palacio)

Escena IX
(GENERAL, GUARDIA 1, GUARDIA 2, HOMBRE DE LA CARPETA)

(GUARDIA 1 y GUARDIA 2 entran por el derecho, y entre ambos llevan sujeto a HOMBRE DE LA CARPETA, el cual va con las ropas del primer acto, pero hechas girones y cubiertas de polvo y manchas, la barba crecida, y el pelo revuelto. Sus ojos y sonrisa son las de un demente. No ofrece resistencia al arresto. Se encuentran en el centro de la escena con GENERAL)

GUARDIA 1
Señor, hemos detenido a este hombre. Se encontraba entre unos setos, y vigilaba desde fuera de la finca el jardín. Creemos que puede ser un cómplice.

GENERAL
Otro sucio vagabundo que se une al complot.

GUARDIA 2
Creo que es un loco, mi general.

GENERAL
¿Y que son si no locos, esos que viven fuera de nuestras normas?

GUARDIA 2
(Avergonzado)
Así es, mi General.

GENERAL
(A HOMBRE DE LA CARPETA)
Bien, veamos. ¿Qué hacías espiando mi casa?

HOMBRE DE LA CARPETA
No espiaba ninguna casa.

GENERAL
Ya veo. ¿Acaso era tu misión matar a los niños aprovechando que estaban en el jardín?

HOMBRE DE LA CARPETA
No. Yo sólo estaba observando.

GENERAL
¿Observando el qué?

HOMBRE DE LA CARPETA
Observándose a mí mismo de pequeño, jugando entre la hierba con mi pequeño gran amor.

GENERAL
¿Pero qué desvaríos son esos?

GUARDIA 2
Ya le dije...

GENERAL
(Interrumpiendo mientras coge muy alterado de las solapas de la chaqueta a HOMBRE DE LA CARPETA)
¡Confiese su plan y seré magnánimo!

HOMBRE DE LA CARPETA
Al final sucedió. Sabía que podría ser. Que nuestro amor no era un sueño.

GENERAL
(Soltando con desesperación a HOMBRE DE LA CARPETA)
Está claro que este hombre se hace el loco, pero no cabe duda de que es un vagabundo. Otro asesino enviado para intentar aterrorizarme.

HOMBRE DE LA CARPETA
No soy un vagabundo. Soy empleado en una tienda de juguetes.

GENERAL
Y si te empleas, ¿por qué vistes como un pordiosero?

HOMBRE DE LA CARPETA
Bueno... Ahora que lo pienso, dejé el puesto, cogí todos mis ahorros, escribí mi historia, y todo ello lo metí en una carpeta.

GUARDIA 1
(Con prepotencia)
Ah sí, ¿y dónde está esa magnífica carpeta?

HOMBRE DE LA CARPETA
(Dudando y sin sonreír por primera vez)
Pues... No lo recuerdo.

GENERAL
¡Basta! No quiero oír más tonterías. Llévenselo a la prisión. Será acusado de atentar contra el bienestar de las gentes de bien.

GUARDIAS
Sí, mi General.

(GUARDIA 1 y GUARDIA 2, se llevan a empujones a HOMBRE DE LA CARPETA, haciendo todos mutis por el foro izquierdo. GENERAL queda solo en el centro de la escena, y mientras toma aire profundamente, se recoloca el uniforme con gran satisfacción)

GENERAL
¿Cuánto más han de ignorar, que en esta mi ciudad, la espada siempre vence?

TELÓN

Acto Quinto

Escena X
(VAGABUNDO, NIÑA, NIÑO, GENERAL, NOVIA, AUTORA)

(El parque del primer acto. VAGABUNDO se encuentra sentado en el lado derecho del banco. Viste un elegante traje y porta un maletín de cuero, sin embargo lleva el cabello revuelto, la corbata aflojada y algunos botones de la camisa desabrochados. Está cabizbajo y su actitud es de agotamiento y derrota. Por el foro derecho entran NIÑA y NIÑO, que caminan con su habitual alegría infantil, hasta salir por el foro izquierdo. Les siguen GENERAL y NOVIA, que ejecutan el mismo recorrido, pero ambos con forzado orgullo, llevando la cabeza bien alta, y sin mirar en ningún momento a VAGABUNDO. Este se percata la presencia de los paseantes, y les sigue con la mirada hasta que estos hacen mutis. Al ver desaparecer definitivamente a NOVIA, lanza un profundo suspiro)

VAGABUNDO
(Mirando el maletín)
¿Para qué quiero todo este dinero si no puedo estar con ella? Ni dárselo a los compañeros del puente, pues de ellos ya no queda aquí resto alguno. Ni tan siquiera quemarlo en una gran hoguera redentora junto a mi único amigo... Mi guía... Mi mayor traición.

(VAGABUNDO deja caer el maletín al suelo, y cubriendo su rostro con las manos, comienza a llorar. Por el foro izquierdo entra AUTORA, que viste las mismas ropas que en el segundo acto, pero ahora totalmente descoloridas y llenas de parches. Va leyendo un periódico, y sin apenas levantar la vista, toma asiento en el lado izquierdo del banco. Tras unos instantes se percata del lamento de VAGABUNDO)

AUTORA
¿Llora usted por ese pobre desdichado?

VAGABUNDO
(Enjugándose las lágrimas aturdido)
¿Cómo dice?

AUTORA
Sí, hombre, ese tipo que acaban de ahorcar: El vagabundo que condenaron por ser cómplice del atentado contra el General.

VAGABUNDO
(Confuso)
No... No sabía nada. Es la primera noticia que tengo de que hubiera algún otro implicado. Yo creía que había sido un acto de locura de...

AUTORA
(Interrumpiendo)
¿Y cuando la violencia no es un acto de locura?

VAGABUNDO
Sí, supongo que...

AUTORA
(Interrumpiendo con aun más énfasis)
¡Oiga! ¡Pero si yo a usted le conozco! *(Pasando páginas del periódico y señalando una noticia con vehemencia)* ¡Pues claro! Aquí tiene usted su propio artículo también: Gran éxito de la más conmovedora creación literaria de nuestra ciudad. Todos deberíamos rendir homenaje a su autor, que pronto será nombrado primer ciudadano de la villa, y sin duda por las gentes cubierto de los besos que en su drama nos regala. *(Levantando la vista del periódico)* ¡Enhorabuena! Es difícil obtener un reconocimiento así de los que ostentan el poder de reconocer o ignorar.

VAGABUNDO
¿Y sin embargo de qué ha servido la dichosa obra? ¿De qué han servido los besos si eran vacíos y carentes de Amor? *(Levantándose y apoyando la mano en el respaldo del banco mientras da la espalda a AUTORA)* Pero claro, ¿cómo va a haber Amor, si nadie sabe lo que es?

AUTORA
(Doblando el periódico y acomodándose en el banco)
Yo una vez escribí también una obra. Era una historia que trataba del verdadero significado del Amor. Quizá la forma fuera muy fea, y sin duda el miedo en muchos corazones cobardes debía inspirar, pero el contenido era sencillo, pues siempre lo ha sido, y siempre, queramos verlo o no, lo será.

VAGABUNDO
(Girándose intrigado)
¿Y cuál era su contenido? Dígame, si puede, qué es realmente el Amor.

AUTORA
Ya lo sabe.

VAGABUNDO
Puede que lo haya olvidado.

AUTORA
Puede que haya elegido olvidarlo.

VAGABUNDO
(Sentándose y cogiendo el maletín con euforia)
¡Por favor, recuérdeme eso que tanto necesito! *(Ofreciéndole el maletín)* Puedo pagarle lo que sea.

AUTORA
(Riendo)
Me temo que esto es lo único que no puede comprarse con dinero.

VAGABUNDO
¿Por qué no?

AUTORA
Porque el dinero es el instrumento del Egoísmo, inventado para medir lo que uno tiene de más o de menos. Y precisamente el Amor es lo contrario al Egoísmo: Es darlo todo por todos. Es pensar en los demás antes que en ti mismo. Eso es el Amor. El Amor universal.

VAGABUNDO
Sí... Es cierto... Ya empiezo a recordar... Ese era mi credo hasta que llegué a esta ciudad.

AUTORA
¿Y qué le ocurrió?

VAGABUNDO
Que quise dárselo todo a una muchacha, porque mi Egoísmo me venció. Me dijo: Has de ser alguien importante, cuidar tu reputación. Los que vagan por los caminos, a todos dando Amor, son tratados de locos, y nadie los da valor. Tu sitio está en un palacio, siendo a todos superior.

AUTORA
Es la historia más triste que he oído en mi vida. Y eso que yo soy ya una de esas locas que vagan sin nada en los bolsillos.

VAGABUNDO
¿Es eso posible?

AUTORA
Supongo que alguien tiene que sustituir a todos esos que fueron masacrados bajo el puente.

VAGABUNDO
(Emocionado)
¡De ninguna manera! ¡Usted me ha recordado la Verdad que elegí ignorar! Mañana mismo quedaremos en este banco, y su obra me traerá. Yo mismo la financiaré con todo lo que he ganado, y debido a mi reputación, convenceré a los dueños del teatro para así representarla y que todos oigan a través de sus palabras, lo que ya saben, y siempre han sabido en su interior.

AUTORA
(Tajante)
No.

VAGABUNDO
(Incrédulo)
¿No?

AUTORA
Esa obra ya no existe, pues yo misma la destruí. Pero ya sabe lo importante que tenía que saber de ella: El significado del verdadero Amor. ¿Para qué quiere ya más palabras?

VAGABUNDO
Sí, pero... ¿Por qué la destruyó?

AUTORA
(Dejando el periódico sobre el banco y poniéndose en pie)
Porque nadie quiere saberlo. El Amor es muy serio, e implica lo más grande que cualquier ser puede hacer: Dar su vida por la de los otros. Pero todo el mundo quiere historias de besos que no significan nada, en las que no haya que dar, si no sólo recibir. El Amor no es un premio. Es la única Verdad de un mundo que aún no conocemos.

(AUTORA camina hacia el foro derecho hasta hacer mutis. VAGABUNDO queda sentado, con el gesto abatido del comienzo del acto)

VAGABUNDO
Supongo que la Verdad es como el Sol: Si la miras directamente ya no puedes volver a ver nada de este mundo.

(VAGABUNDO se pone en pie, y con mucha calma se desnuda, dejando toda su ropa doblada sobre el respaldo del banco. Tras esto abre el maletín y saca numerosos fajos de billetes, que apila en el centro del banco)

VAGABUNDO
Espero que los encuentre el autor original.

(VAGABUNDO coge el periódico, lo abre, y cubre con él los billetes. En la portada, quedando de cara al público, una fotografía del HOMBRE DE LA CARPETA, y sobre esta puede leerse un claro titular: "SE HA HECHO JUSTICIA". VAGABUNDO camina hacia el foro derecho, pero justo antes de salir se detiene)

VAGABUNDO
Vuelvo a ser nada. Una luz en el camino.

(VAGABUNDO hace mutis por el foro)

TELÓN

FIN

LOS MIL

Personajes

HERACLES, muchacha provinciana de veinte años.
HAR, anciano avaro y solitario.
HÉSPERO, amigo de Heracles y aspirante a Los Mil.
HEÓSFORO, amigo de Heracles y aspirante a Los Mil.
HYBRIS, uno de los novios de Heracles.
HÍMERO, otro de los novios de Heracles.
HESTIA, una de las novias de Heracles.
HEBE, otra de las novias de Heracles.
PRIMER DISCÍPULO, hombre que destruye la verdad.
CAMARERO
PAYASO EBRIO
PAYASOS

Notas:

Izquierda y derecha las del público.

Acto Primero

Escena I
(HERACLES, HÉSPERO, HEÓSFORO, HAR, CAMARERO, PAYASO EBRIO, PAYASOS)

(Taberna de una pequeña ciudad de provincias en un reino lejano. A izquierda una puerta practicable que da a la calle, y en el foro contrario, otra similar que conecta con la cocina. Al fondo, en el lado izquierdo, una chimenea encendida, sobre la cual hay colgada una cabeza de jabalí disecada. Ocupando el lado derecho del fondo, una barra con botellas y vasos, y tras esta, elevado, un televisor desde el que un líder payaso da un discurso a la nación. En primer término en el centro de la escena, una mesa redonda con tres sillas, que permanece completamente vacía. En segundo término, a izquierda y derecha de esta, dos mesas más, ocupadas ambas por varios PAYASOS. De pie al fondo junto a la barra, PAYASO EBRIO, y HAR, un caballero de avanzada edad y aspecto descuidado, ataviado con una raída camisa azul con estampado de soles, lunas y estrellas, y portando un bastón, observan a CAMARERO, hombre apático con traje de faena y cara de payaso, el cual cuenta las monedas que acaban de entregarle. HAR se despide cordialmente, y camina con paso tranquilo hacia la puerta del foro izquierdo. Cuando extiende su mano hacia el pomo, la puerta se abre violentamente desde fuera, e irrumpen atropelladamente en escena HÉSPERO y HEÓSFORO, ambos vistiendo camisas rojas, además de portar sendas bolsas o mochilas, y que entre risas, sin si quiera reparar en el anciano, se dirigen a la mesa del centro. HERACLES, una joven de aspecto delicado, entra tras estos, pero su mirada delata una gran ternura e inocencia, y al ver a HAR, que permanece sujetando la puerta mientras le cede el paso, se ruboriza con vergüenza por la alocada compaña de la que forma parte, agradeciendo con sutil gesto. HAR, lejos de haberse molestado, hace mutis sonriente)

HERACLES
(Llegando a la mesa junto a sus amigos, y sentándose en la silla central entre estos)
¿Quién era ese viejo?

HÉSPERO
¿Viejo?

HEÓSFORO
¿Qué viejo?

HÉSPERO
Yo no he visto ningún viejo.

HERACLES
Una especie de vagabundo.

HÉSPERO
¿Aquí? Cualquiera.

HERACLES
Casi le hacéis caer al entrar. Llevaba una camisa de estrellas.

HEÓSFORO
¡Ah, las estrellas!

HÉSPERO
Debía ser el señor Har.

HERACLES
¿El rico banquero que vive recluido en su palacio?

HEÓSFORO
Dicen que tiene mil años.

HÉSPERO
Cien.

HEÓSFORO
Es lo mismo.

HÉSPERO
En esta olvidada ciudad de provincias, sí.

(CAMARERO se acerca a la mesa central con gran desánimo)

HERACLES
Hablando de Los Mil...

CAMARERO
(Interrumpiendo)
¿Qué va a ser?

HÉSPERO
¡El fin del mundo!

(CAMARERO observa con abulia a los recién llegados, y se limita a regresar a la barra donde queda apoyado con gesto aburrido)

HÉSPERO
¡Vaya modales! Definitivamente se han perdido los valores.

HEÓSFORO
(Poniéndose en pie)
¿Agua?

HÉSPERO
(Asistiendo)
Agua.

HEÓSFORO
¿Heracles?

HERACLES
Agua.

(HEÓSFORO va a la barra, donde CAMARERO le sirve tres vasos de agua. HÉSPERO acaricia el pelo de HERACLES mientras esta le observa sin gesto alguno. HEÓSFORO regresa con las bebidas y se sienta. HÉSPERO disimula tras ser descubierto. Los tres beben)

HERACLES
¿Sabéis ya a quien vais a matar mañana?

HÉSPERO
No.

HERACLES
¿Ninguna idea?

HÉSPERO
Cualquiera con poder.

HEÓSFORO
Que sólo sea capaz de ver su propio ombligo.

HÉSPERO
Y viceversa.

HERACLES
Lo del ombligo es fácil. Lo del poder no tanto.

HÉSPERO
Iremos a la capital.

HEÓSFORO
Según amanezca.

HÉSPERO
No queremos perder nuestro puesto.

HEÓSFORO
Y cada año surgen más candidatos.

HÉSPERO
¿Os dais cuenta? ¡Mañana seremos parte de Los Mil! ¡Auténticos héroes! ¡No! ¡Semidioses, más bien!

HEÓSFORO
(Con resignación)
Sí... Semidioses.

HERACLES
Pero Héspero, Heósforo, mis más estimados amigos, temo por vosotros.

HÉSPERO
(Exaltado recitando planfletariamente)
¡Sólo debes temer por los que hacen temer, pues Los Mil son terror para los que causan terror!

HEÓSFORO
Estaremos bien, Heracles. Nosotros lo hemos elegido.

HÉSPERO
Mañana todo el reino nos conocerá y hablará de nosotros.

HERACLES
Pero vosotros no volveréis a hacerlo.

HEÓSFORO
Cumpliremos con el voto de silencio.

HERACLES
Y no podremos vernos más.

HÉSPERO
Tú a nosotros sí: En todas las televisiones.

HEÓSFORO
Aunque los periodistas sólo querrán saber de los actos y no de las ideas que los impulsan.

HÉSPERO
Por morbo.

HEÓSFORO
Puro espectáculo.

HERACLES
¿Pero qué ideas son esas?

HEÓSFORO
El libro, Heracles.

HERACLES
(Con escepticismo)
Ya... El libro.

HEÓSFORO
¿Aún no lo has leído?

HERACLES
Eso no es para mí.

HÉSPERO
¿Y qué es para ti? ¿Ser un payaso más?

(PAYASOS de la mesa derecha se levantan y caminan hacia la puerta izquierda. Al pasar junto a la mesa central, propinan collejas y empujones a Héspero, Heósforo y Heracles, riéndose y mofándose de los mismos, mientras estos las reciben sumisos, quedando cabizbajos y en silencio. PAYASO EBRIO va desde la barra hasta la mesa derecha, sobre la cual se desploma)

HERACLES
(Rompiendo el silencio)
¿Qué hay tan poderoso en esas páginas?

HÉSPERO
¿De verdad quieres saberlo?

HERACLES
¿De verdad no lo hacéis sólo por la fama?

HEÓSFORO
Vamos a abrirle los ojos a toda esta gente, Heracles.

HERACLES
Pues contadme cómo. Han pasado setenta y ocho años desde que ese libro vio la luz...

HÉSPERO
Setenta y ocho años menos un día.

HERACLES
Setenta y ocho años menos un día en los que nada han cambiado las cosas.

HÉSPERO
No hasta llegar al número mil.

HEÓSFORO
Diez al año.

HÉSPERO
Cien años.

HEÓSFORO
Es una misión a largo plazo.

Escena II
(HERACLES, HÉSPERO, HEÓSFORO, CAMARERO, PAYASO EBRIO, PAYASOS, PRIMER DISCÍPULO)

(La puerta del foro derecho se abre, y arrastrando penosamente varias bolsas de basura, entra PRIMER DISCÍPULO, el cual viste un mono de mantenimiento. Su rostro está sudado, sucio y cansado, pero sus formas delatan una gran audacia. Al verle aparecer, HERACLES, HÉSPERO, y HEÓSFORO, arriman sus sillas y acercan sus cabezas para hablarse en voz baja, y sin quitar la vista de encima de PRIMER DISCÍPULO, le observan mientras comienza a atravesar la escena ante ellos en dirección al foro izquierdo)

HÉSPERO
Dicen que era un tipo normal.

HEÓSFORO
Lo era. Trabajaba de encargado de la limpieza en el edificio de oficinas de una editorial.

HÉSPERO
Una noche, sacando la basura, encontró por casualidad el manuscrito.

(Una de las bolsas que trasporta PRIMER DISCÍPULO cae al suelo, y de la misma salen abundantes papeles. Este los recoge volviéndolos a meter en la bolsa, quedando únicamente sobre escena un pequeño libreto parcialmente quemado)

HERACLES
¿Qué manuscrito?

(PRIMER DISCÍPULO deja las bolsas sobre el piso, y examina el libreto con atención, tratando de leer lo que contiene)

HEÓSFORO
Nadie lo sabe. Estaba quemado.

HÉSPERO
Seguramente el editor había tratado de destruirlo.

HEÓSFORO
El fuego consumió la cubierta con el nombre del autor y el título, además de las últimas páginas.

HERACLES
No tenía final.

HÉSPERO
Exacto. Asique ese hombre, que quedó cautivado con lo que allí leyó, tuvo que darle uno.

(PRIMER DISCÍPULO, aun sin apartar la vista del manuscrito, coge las bolsas de basura, y sale por la puerta del foro izquierdo)

HEÓSFORO
Y el manuscrito quemado, con el nuevo final, recibió así mismo un título.

HERACLES
Los Mil.

(HÉSPERO y HEÓSFORO asienten)

HERACLES
¿Pero qué es lo que contenía para fascinar así a ese hombre?

HÉSPERO
La historia de una búsqueda.

HEÓSFORO
La búsqueda del Bien y el Mal.

HERACLES
¡Eso son tonterías! Todo el mundo sabe que no hay Bien ni Mal. Son términos subjetivos.

HÉSPERO
¿Cómo va a ser subjetivo algo que sólo tiene sentido cuando es compartido?

HEÓSFORO
Algo que se usa para relacionar a todos los seres.

HÉSPERO
Algo sobre lo que se cimienta toda nuestra vida al saber que somos parte de un mundo que nos transciende.

HEÓSFORO
¿Cómo no va a existir?

HÉSPERO
¿Cómo no va a ser universal?

HERACLES
Yo...

HEÓSFORO
Los que dicen que no existe Bien ni Mal, o que son subjetivos, son aquellos que viven encerrados en sí mismos.

HÉSPERO
Sin ninguna intención de saber, aceptar y hacerse cargo de su responsabilidad.

HEÓSFORO
Porque da miedo.

HÉSPERO
¿Tú tienes miedo, Heracles?

HERACLES
Yo...

HÉSPERO
¿Sigues interesada en saberlo?

(PAYASOS de la mesa izquierda se levantan y hacen mutis por la puerta izquierda)

HEÓSFORO
(Observándoles)
Sólo han de quedar los que en verdad quieren escuchar.

HERACLES
¡Yo quiero!

HEÓSFORO
(Ilusionado)
¡Bien, Heracles!

HÉSPERO
Tengo veinte años. Este es el primer y último libro que escribiré, pues nada más puedo decir. Espero que os sirva de algo.

HEÓSFORO
Esa era el prólogo del autor original.

HERACLES
¿Y después?

HÉSPERO
Después contaba como de joven era un muchacho travieso y que eso le parecía una actitud buena porque siempre se salía con la suya, además se veía a sí mismo como divertido y audaz. Pero un día le dijeron que era malo.

HEÓSFORO
(Con ternura)
Y quiso ser bueno.

HÉSPERO
Creyó conseguirlo en un momento porque pensaba que ya no hacía cosas malas asique tenía que ser bueno. Sin embargo estaba incómodo, perdido, y quiso confirmar si de verdad era bueno, así pues debía saber que era el Bien y el Mal. Trabajó hasta descubrir la definición universal de estos, y se dio cuenta así de que todos vivimos en el reino del Mal y todos somos el Mal.

HEÓSFORO
Él el primero.

HÉSPERO
Entonces comprendió que solo tenía dos opciones: O aceptar que era malo y vivir coherentemente siendo malo y así nunca sintiéndose más incómodo y perdido...

HEÓSFORO
O cambiar el reino entero.

HERACLES
¿Pero cambiarlo cómo?

HÉSPERO
Esa era parte que faltaba.

HEÓSFORO
La que se había quemado.

HÉSPERO
Asique el hombre de la limpieza que encontró el manuscrito...

HEÓSFORO
El primer discípulo...

HÉSPERO
Basándose en lo que el autor había definido como Bien y Mal...

HEÓSFORO
Pero que en realidad ya sabía, pues todos lo sabemos.

HÉSPERO
Reescribió un final, dando lugar a Los Mil.

HERACLES
Y ese final es lo que Los Mil hacen cada año, ¿no?

HEÓSFORO
Todos los años en la misma fecha en que encontró el original.

HÉSPERO
(Con ilusión)
¡Lo que nosotros haremos mañana!

(PAYASO EBRIO se despierta y va hasta ellos, situándose entre HERACLES y HEÓSFORO, y permaneciendo tambaleante sin decir nada. Estos le miran, y con total naturalidad le ignoran)

HEÓSFORO
¿Ves, Heracles, como hay mucho más tras lo que cuenta la prensa?

HERACLES
Sí, pero...

HÉSPERO
Pues ya sabes la verdad.

HERACLES
No me habéis dicho lo importante.

HÉSPERO
(Incorporándose y apuntando a HERACLES con sus dedos como si sostuviera un arma)
¡Ya sabes la verdad!

HERACLES
¡No!

HÉSPERO
(Subiéndose a la mesa y apuntando al payaso ebrio)
¡Ya sabes la verdad!

(HÉSPERO hace que dispara con sus dedos a PAYASO EBRIO, el cual cae de espaldas al suelo y queda en él tendido. Nadie parece darle mayor importancia, excepto CAMARERO que abandona la barra y trata de levantarlo y sacarlo del local. HÉSPERO, con gran solemnidad, baja de la mesa y se revisa la ropa y el peinado)

HÉSPERO
Me voy, tengo que ensayar la frase frente al espejo. No estoy muy convencido de cómo me está quedando.

(HÉSPERO huele el pelo de HERACLES, y de golpe se lanza hacia puerta izquierda, la cual sujeta mientras CAMARERO saca con dificultad a PAYASO EBRIO, y luego hace mutis tras estos)

Escena III
(HERACLES, HEÓSFORO)

(HEÓSFORO y HERACLES se observan en silencio, con una ternura que delata un cariño profundo pero reprimido entre ambos)

HEÓSFORO
(Poniendo su mano sobre la de HERACLES con cierto temor)
¿Te das cuenta de que podríamos haber estado juntos?

HERACLES
Quizá en un tiempo nos parecíamos, éramos los tres raros de la comarca. Pero ahora vosotros habláis de cosas elevadas como el Bien y el Mal. Cosas que no sirven para nada en el mundo real.

HEÓSFORO
No, Heracles. Éramos los raros porque queríamos ver más allá del circo. Pero un día tú te cansaste y tiraste la toalla. Era más fácil seguir el camino marcado y creer en lo que todos creían. O más bien no creer en nada.

HERACLES
¿Lo dices porque hice todo lo que me dijeron, estudié una carrera, fui responsable, y ahora no solo no tengo nada, si no que mi futuro es tener aún menos?

HEÓSFORO
Lo digo porque eso que llamas mundo real, lo construyes tú día a día. Y lo construyes sin saber en base a qué. Con los ojos cerrados por miedo. Miedo a ver que estás en la cara incorrecta de la moneda. Y que en esa cara, no solo no tienes futuro, si no que no quieres tenerlo.

HERACLES
(Retirando la mano de HEÓSFORO de la suya)
¡Claro que quiero, Heósforo!

HEÓSFORO
¿De veras?

HERACLES
Todo el mundo quiere.

HEÓSFORO
¿Todo el mundo quiere vivir en el Mal?

HERACLES
(Poniéndose en pie con enfado)
¿Eso de vivir en el Mal quien lo dice? ¿Qué narices significa?

HEÓSFORO
¿No lo sientes? ¿Es que estás a gusto con cómo funciona la realidad en la que estamos? ¿Necesitas verlo con palabras?

HERACLES
Lleváis toda la noche mareándome con el tema.

HEÓSFORO
Porque tú ya lo sabes.

HERACLES
(Estallando a voz en grito)
¡Dímelo de una vez o cierra la boca!

(HEÓSFORO sonríe con gran tranquilidad, se incorpora mientras de su bolso saca un ejemplar del libro de Los Mil, y lo deja sobre la mesa con gesto sereno)

HEÓSFORO
Héspero y el resto de candidatos a Los Mil, tal y como hizo el primer discípulo, te dirían lo que quieres oír, y luego sencillamente que ya sabes la verdad. Yo creo que ya la sabes, y que te queda lo más difícil: Aceptarla. Pero si quieres estar segura, puedes leerlo por ti misma.

(HEÓSFORO camina hasta la puerta izquierda, y queda apoyado en su marco)

HEÓSFORO
Nunca te olvidaré, Heracles. No por lo que pudimos ser y no fuimos, si no porque sé que tarde o temprano elegirás el camino correcto.

HERACLES
(Retomando la calma)
¿El de los héroes?

HEÓSFORO
No, el de los buenos.

HERACLES
¿Y cuál es la diferencia?

HEÓSFORO
Los héroes son figuras de este mundo, y aquí han de quedarse, condenados por usar el Mal para combatir el Mal. Pero los buenos han de construir el otro mundo, un nuevo reino basado únicamente en el auténtico Bien, y es allí donde hallarás tu lugar.

HERACLES
Pero...

HEÓSFORO
Haz lo que nosotros no hemos podido: Construir, y no destruir.

(HEÓSFORO hace mutis por el foro izquierdo. HERACLES queda dubitativa, y hesita sobre si coger el libro, lo cual hace tras unos instantes)

HERACLES
(Ojeando la contraportada)
Aquí hay una nota: Heracles, lo que buscas está en la última página. *(Pasando las hojas y acercando la cara para leer despacio)* El Bien es pensar en los demás antes que en ti mismo. El Mal es lo contrario.

(HERACLES permanece en silencio y toma asiento con el libro entre sus manos)

HERACLES
(Hablando para sí con la mirada perdida)
Mi querido Heósforo, no sé si es cierto o no, pero de serlo,
¿es esto un principio o un final?

TELÓN

Acto Segundo

Escena IV
(HEBE, HÍMERO, HESTIA, HERACLES)

(Dormitorio de Heracles. A derecha una puerta practicable que conecta con el resto de la casa. A izquierda, una ventana practicable, y bajo esta, pegada contra ese mismo foro, una cama. En el fondo junto a la cama, una mesilla de noche con una lámpara de lava apagada y el interruptor de la luz de la estancia. En centro, al fondo también, un armario con ropa, y una mesa con una silla. Sobre la mesa un tocadiscos y la funda de un disco de Django Reinhardt, el cual se encuentra reproduciéndose. HEBE, una exuberante muchacha, e HÍMERO, un joven musculoso y de gran tamaño, están sobre la cama haciéndose cosquillas. HESTIA, una chica de gesto responsable, dobla ropa mientras la coloca en el armario. Los tres personajes visten únicamente la ropa interior, y tienen el rostro de payaso. HERACLES entra por la puerta, ataviada como en el acto anterior, y con el libro de Los Mil aun en sus manos. Al contemplar la situación, suspira desganada. HEBE al verla llegar, salta de la cama y corre hacia ella)

HEBE
(Cogiendo a HERACLES de la mano)
¡Bailemos, Heracles!

(HERACLES trata de zafarse de la muchacha que ya danza alocadamente mientras intenta que la recién llegada haga lo propio. HÍMERO, también con gran ánimo, va hasta HESTIA, y apartándola del armario, la saca a bailar. HERACLES finalmente logra soltarse de HEBE, y yendo hasta la cama, esconde el libro bajo el colchón. Luego se deja caer sobre la misma, y mientras se descalza haciendo uso únicamente de sus propios pies, extiende una mano para encender la lámpara de lava)

HERACLES
(Sentándose en la cama mientras se desviste hasta quedar en ropa interior, dejando las prendas que se quita tiradas por el suelo)
Pensaba que ese disco ya se habría desintegrado de tanto que lo escucháis.

HEBE
¿No te gusta?

HÍMERO
¡Es Django Reinhardt!

HEBE
Sí te gusta. No sé de qué te quejas.

HERACLES
¿Y si ha dejado de gustarme?

HEBE
Siempre fuiste rarita, pero ya no sabes lo que quieres.

HERACLES
¡Claro que lo sé!

HEBE
(Arrodillándose frente a HERACLES y acariciando su rostro)
¿Ya no quieres nuestros besos?

HERACLES
(Esquivando con la mirada)
Sí los quiero.

HEBE
(Poniéndose en pie con violencia)
¡Mientes! Has vuelto a ver a esos pretendientes que tenías antes de conocernos. ¿Cómo se llamaban?

(HESTIA se pone a recoger la ropa que tira HERACLES, la cual doble y mete en el armario)

HÍMERO
Héspero y Heósforo.

HEBE
¡Esos! ¡Otros locos como tú!

HÍMERO
(Con tierna preocupación)
¿Vas a dejarnos, Heracles?

HERACLES
(Incorporándose y caminando hasta HÍMERO, al cual abraza)
Mi pequeño Hímero, yo os quiero a vosotros.

HEBE
¡No tienes ni idea de lo que es querer! *(Besando en la boca a HESTIA)* ¡Esto es querer! *(Besando en la boca a HÍMERO)* ¡Esto querer! *(Besando en la boca a HERACLES más prolongadamente)* ¡Esto es querer, Heracles!

HERACLES
No, eso es besar, Hebe. Querer es otra cosa. No sé el qué, pero eso no es.

HEBE
¿Y cuándo te has dado cuenta, eh? Ayer estábamos bien. Y hoy, justo hoy, te reencuentras con esos amigos tuyos y...
HESTIA
¡Basta, Hebe!

(HERACLES va con tristeza hasta la mesa, se sienta en la silla, y levanta la aguja del vinilo, cesando así la música)

HERACLES
Quizá sea verdad eso de que ya no sé lo que quiero. Igual lo quiero todo. Igual no quiero nada.

HEBE
¿Pero qué ha cambiado?

HERACLES
Creo que hoy he recordado que antes tenía esperanza.

HEBE
¿Esperanza en qué?

HERACLES
Esperanza en algo mejor que esto.

HÍMERO
¿Mejor que esta casa?

HEBE
¿Mejor que nosotros?

HESTIA
No, mejor que este mundo.

(HERACLES asiente. Todos quedan en silencio)

HÍMERO
¿Pero podemos hacer algo?

Escena V
(HEBE, HÍMERO, HESTIA, HERACLES, HYBRIS)

(Entra HYBRIS, un joven delgado que viste un elegante traje de ejecutivo, porta un maletín de piel, y el rostro maquillado de payaso)

HEBE
Por ahora podemos marcharnos.

HYBRIS
No muerdo.

HEBE
¿Hoy no?

(HEBE, HÍMERO y HESTIA hacen mutis por el foro derecho. HYBRIS cruza la escena y deja el maletín sobre la cama. Se sienta mientras se desviste, tirando a su vez las prendas al suelo, hasta quedar en ropa interior. Tras observarle en silencio durante unos instantes, HERACLES se incorpora y va a coger el maletín)

HERACLES
(Con disgusto)
¿Por qué siempre tienes que traerte esto hasta la cama?

HYBRIS
Porque es lo más importante que tengo.

HERACLES
(Depositando el maletín sobre la mesa)
Pues entonces nosotros también.

HYBRIS
¿A qué te refieres?

HERACLES
Ya lo sabes.

HYBRIS
No, no lo sé.

HERACLES
¿No sabes por qué tienes la habitación más grande?

HYBRIS
Vosotros me la...

HERACLES
¿No sabes por qué nunca cocinas ni limpias, y cuando llegas todos dejan de hacer ruido y se quitan de en medio?

HYBRIS
Pues porque estoy cansado.

HERACLES
Exacto. Casando de cargar todo el día con ese maletín.

HYBRIS
Pero es que ese maletín nos da de comer, Heracles.

HERACLES
No, Hybris, lo que nos da de comer son los árboles que pertenecen a los dueños del reino y de ese maletín. Y desde que eres su custodio, tú también eres dueño de un reino, uno que fundamos todos como iguales, y que es esta casa.

(HÍMERO entra por la puerta derecha andando de puntillas pícaramente, y se lleva el tocadiscos. HERACLES e HYBRIS observan su salida, y permanecen en silencio unos instantes)

HYBRIS
Estás rara.

HERACLES
Ahora veo tu poder, que no es otro que el haber aceptado su juego. Antes conseguíamos lo que necesitábamos con nuestras propias manos, sólo lo que necesitábamos, ni un ápice más. Y todos aportábamos lo mismo. Pero ahora tu maletín es todo y nuestras manos nada.

HYBRIS
¿Qué le voy a hacer? Fue a mí a quien se lo dieron.

HERACLES
Sí, eso es lo peor, porque si tú eres esclavo de ese maletín, nosotros somos esclavos de no ser esclavos.

(HYBRIS va hasta HERACLES y la besa. Luego la lleva de la mano hasta la cama)

HYBRIS
No entiendo qué te ocurre, a ti estos pensamientos siempre te dieron igual. Hazme caso, nunca sirvió de nada filosofar tanto. Lo inteligente es saber aprovecharse de este mundo. Quizá pronto sea yo el dueño de uno de esos árboles que mencionas.

HERACLES
Y nosotros tus siervos.

(HERACLES se tumba en la cama, rígida y resignada. HYBRIS pulsa el interruptor de la luz, quedando la escena a oscuras, apenas iluminada por los lisérgicos destellos de la lámpara de lava. HYBRIS se tumba sobre HERACLES y la empieza a besar)

Escena VI
(HERACLES, HYBRIS, PRIMER DISCÍPULO)

(PRIMER DISCÍPULO entra por la ventana sobre la cama, prácticamente pisando a los amantes, y bajando del colchón va hasta la mesa. HYBRIS no se percata de este hecho, pero HERACLES sí lo hace, alejando toda su atención de los besos recibidos, y tratando de zafarse disimuladamente. PRIMER DISCÍPULO se sienta en la silla, y sacando papel y lápiz comienza a escribir)

PRIMER DISCÍPULO
Poder... Relaciones de poder... ¿Por qué tiene que haber un poder? Si aplicamos el Valor del Bien, entonces no habría más poder que el poder de dar todo por los demás. Ahora el poder es la capacidad de imponer a otros, cuando debería ser al contrario, imponerse a uno mismo. ¿Cómo solucionarlo?

(PRIMER DISCÍPULO se pone en pie nervioso)

PRIMER DISCÍPULO
Necesito escribirle un final a este libro...

(HERACLES extiende el brazo con dificultad, hasta lograr tocar el interruptor, devolviendo la luz a la escena, mientras trata de observar mejor a PRIMER DISCÍPULO, el cual comienza a recorrer la estancia de un lado a otro meditabundo)

HERACLES
(Gritándole a PRIMER DISCÍPULO)
¡Yo sé que hacer!

HYBRIS
(Sin parar de besarla)
No tienes que hacer nada. Yo sé lo que te gusta.

(HYBRIS apaga la luz)

PRIMER DISCÍPULO
Si hubiera Bien, no habría imposición ni lo que llamamos poder. Asique si eliminamos el poder...

(HERACLES enciende la luz y trata de incorporarse)

HYBRIS
(A HERACLES)
Heracles, despacio. Debes poner atención o lo echarás todo a perder. Lograrás justo lo contrario a lo que buscas. En vez de una experiencia positiva y placentera, tendrás sólo sufrimiento.

HERACLES
(Saliendo de la cama y aproximándose a PRIMER DISCÍPULO)
¡Voy a hacerlo!

HYBRIS
Pero bajo las sabanas y con la luz apagada, por favor.

(HYBRIS apaga la luz. HERACLES sigue a PRIMER DISCÍPULO en su ir y venir, pero este la ignora)

PRIMER DISCÍPULO
Formaré una orden basada en la verdad del manuscrito original.

HERACLES
¡El Valor de Bien!

PRIMER DISCÍPULO
Cada año, diez de los discípulos de esa verdad, matarán a diez de las personas con más poder del reino.

HERACLES
¡Pues esas son las que pueden cambiar las cosas y hacer llegar al pueblo el Valor del Bien!

HYBRIS
Me parece que acabas de cargártelo todo. Un salto ilógico.

PRIMER DISCÍPULO
Aunque se tarde un tiempo, pasados cien años, mil habrán sido los héroes que con su ejemplo habrán hecho entender a todos en el reino, que el poder ha de ser para controlarse a sí mismos y no a los demás.

HERACLES
Es la única forma de darlo todo por el resto.

HYBRIS
(Molesto)
Heracles, ¿vienes o qué?

PRIMER DISCÍPULO
Y habiendo matado a Mil, se habrá conseguido matar al uno: El egoísmo. El Yo.

HERACLES
Y gritarán...

HERACLES y PRIMER DISCÍPULO
(Exclamando a la vez como si sostuvieran un arma en sus manos)
¡Ya sabéis la verdad!

(HYBRIS enciende la luz y se incorpora. PRIMER DISCÍPULO se sienta en la silla de nuevo, y queda sumido en sus reflexiones)

HYBRIS
No sé qué son esas incoherencias que estás diciendo. Vuelve a la cama y...

HERACLES
(Lanzándose hacia el interruptor)
¡Apaga la luz, Hybris!

(HERACLES toca el interruptor y la escena vuelve a quedar en penumbra)

PRIMER DISCÍPULO
Dejaré mil líneas al final del libro, para que sobre ellas se vayan escribiendo los nombres de los que han de cambiar el reino para siempre. Serán recordados en estas páginas, pues después de sus heroicos actos, se entregarán para ser castigados, y nunca más pronunciarán palabra alguna, pues nada más tendrán que decir.

HERACLES
Tengo veinte años. Este es el primer y último libro que escribiré, pues nada más puedo decir. Espero que os sirva de algo.

PRIMER DISCÍPULO
Esta será la orden, y estos sus votos sagrados.

(HYBRIS enciende la luz, con gran tristeza y abatimiento)

HYBRIS
¿Vas a escribir un libro?

(HERACLES sin decir nada, se sienta en el suelo en el centro de la escena)

HYBRIS
(Yendo hasta HERACLES con preocupación)
¿Qué te ocurre, Heracles? ¿Por qué no me respondes?

(PRIMER DISCÍPULO se incorpora y camina tras HERACLES e HYBRIS en silencio hasta subirse a la cama, y salir por la ventana de la izquierda por la que entró)

HYBRIS
¿Es que ya no me quieres?

HERACLES
No. No te quiero. Ni a ti, ni a Hebe, ni a Hímero, ni a Hestia.

HYBRIS
¿Por qué?

HERACLES
Porque en este mundo sólo puedo quererme a mí misma.

(HERACLES se pone en pie y va hasta el armario. Lo abre y revuelve y lanza la ropa fuera, buscando una camisa roja, la cual encuentra tras dejar la escena llena de prendas)

HERACLES
Pero, ¿sabes qué? Yo voy a cambiar eso.

HYBRIS
(Con repentina serenidad)
De acuerdo. Lo inteligente es no hacer un drama de esto. El mar este lleno de peces, y el reino de princesas.

(HYBRIS coge el maletín de la mesa y sale por la puerta con gran dignidad. HERACLES permanece de pie, inmóvil, con la camisa roja en sus manos, y gesto de incredulidad)

Escena VII
(HERACLES, HESTIA, HÍMERO)

(HESTIA entra por la puerta con un plato de comida humeante en sus manos. HERACLES va hacia la puerta con la mirada perdida, y esquivando a HESTIA, queda observando el foro derecho)

HESTIA
(Acercándose con delicadeza a HERACLES)
Vamos, mi pequeña, la cena está servida.

HERACLES
Pensaba que lo más duro sería aceptar mi Egoísmo, pero me equivocaba. Lo más duro es ver en el resto, que mi verdad es también la suya.

HESTIA
Porque no puedes hacer nada para cambiar esa verdad en ellos.

HERACLES
(Volviendo en sí y cogiendo el plato mientras camina de un lado a otro con ansiedad)
¡En eso te equivocas, Hestia! ¡Claro que puedo hacer algo!

HESTIA
¿El qué?

HERACLES
Obligarlos. Hacer que rechacen su propio Mal por la fuerza.

HESTIA
¿Alguna vez has obligado a alguien a amar?

HERACLES
No, eso es imposible. Es un sentimiento, no se puede controlar.

(HÍMERO entra por la puerta mientras come de un plato repleto de comida, y se sienta en la silla, poniéndola de cara al público)

HÍMERO
Yo antes odiaba estos guisos de Hestia, pero a fuerza de comerlos, ahora los adoro.

HESTIA
(A HERACLES)
Escucha, pequeña, la Verdad, la única Verdad, el Bien, el único Bien, y el Amor, el único Amor, son lo mismo.

HERACLES
(Con impotencia)
Lo sé... Bueno, no lo sé... Creo que lo he entendido, y de pronto surge otra cosa que me confunde.

HESTIA
Eso es porque esta verdad está en todo, y todo en este reino se contradice con ella.

HÍMERO
(Con la boca llena de comida)
¡Es el mundo al revés!

HESTIA
Sí, Hímero. El mundo al revés. Que sencillo suena, ¿verdad? Y sin embargo tan grave...

HERACLES
Y si lo sabes, Hestia, ¿por qué no haces algo?

HESTIA
Porque aunque no vaya a cambiar el reino, cuido de vosotros y de este hogar. Quizá sea lo único que puedo hacer mientras espero.

HERACLES
¿Y cómo puedes dormir por las noches aceptando que vives en el Mal?

HESTIA
Tratando de ignorar la verdad, de ser ciega en mi pequeña burbuja.

HESTIA
¡Pues yo quiero ser algo más! Responsable, coherente, verdaderamente adulta.

(HÍMERO deja su plato ya vacío sobre la mesa y camina hasta HERACLES)

HÍMERO
(Señalando el plato de HERACLES)
¿Vas a comerte eso?

(HERACLES le da con tristeza el plato a HÍMERO, y se sienta en la cama mientras observa la camisa roja entre sus manos. HÍMERO vuelve a la silla en posición desenfadada. HESTIA camina hasta la cama, para sentarse junto a HERACLES)

HESTIA
Mi pequeña Heracles, hoy dormiremos juntas y mañana entenderás que el Bien sólo puede ser encontrado y aceptado de corazón, y no impuesto por fuerza o dogma alguno.

HERACLES
(Incorporándose ignorando a HESTIA)
Hímero, ve a Hipólita y dile que necesito su hacha.

HÍMERO
No está en casa. Salió a con sus amigas al bosque.

HERACLES
(Poniéndose la camisa roja con mirada fanática)
No importa, aún hay tiempo. Pero dentro de unas horas amanecerá, y por fin dejaré atrás tantos miedos y dudas.

HESTIA
(Para sí)
De nuevo la impaciencia condenando a los débiles de espíritu.

Escena VIII
(HERACLES, HESTIA, HÍMERO, HYBRIS, HEBE)

(HYBRIS y HEBE entran por la puerta agarrados de la mano muy cariñosos, y con gran júbilo atraviesan la escena hasta llegar a la cama. HYBRIS lleva aun el maletín, el cual deja bajo la cama. Una vez sobre esta, la pareja empieza a besarse apasionadamente. HERACLES va hasta ellos, y levantando el colchón, saca el ejemplar del libro de Los Mil que allí había escondido)

HYBRIS
(Al ver a HERACLES tocando bajo la cama)
¿Qué haces, ladrona? ¿Pretendes quitarme mi maletín?

HERACLES
No, Hybris. Hace setenta y ocho años menos un día, este libro mató a tu maletín. Ahora ya es sólo una ficción, un elemento de atrezo circense. Exactamente igual que tú. Disfruta del espectáculo el poco tiempo que le queda, pues ya va terminando el segundo acto.

(HERACLES hace mutis por el foro derecho. Tras unos instantes de duda, HESTIA e HÍMERO, la siguen. HYBRIS besa a HEBE como si nada hubiera pasado, pero HEBE se separa)

HEBE
Espera un momento. ¿De qué va a servirnos esto?

HYBRIS
De lo que ha servido siempre, de pasarlo bien, eso es lo inteligente.

HEBE
¿Y no tendrá ninguna consecuencia?

HYBRIS
Ninguna. Sólo la vida.

TELÓN

Acto Tercero

Escena IX
(HAR, HERACLES)

(Habitación del palacio de Har. A izquierda y derecha dos paredes sin puertas. En la primera, el retrato ajado de un payaso sonriente, y en la de enfrente, otro similar pero de gesto triste. Bajo este cuadro, en el mismo foro derecho, una chimenea apagada y llena de ceniza. Al fondo, una pared con dos ventanas góticas a cada lado, y en el centro, un cuadro compuesto por un lienzo blanco con la única pintura de un gran circulo negro, que en su interior a su vez tiene otro círculo más pequeño del mismo blanco de la tela. En el lado derecho de la escena, junto a la chimenea, un roído colchón, y acumuladas en la esquina izquierda, varias cajas de cartón llenas de papeles antiguos. Toda la estancia presenta un aspecto pobre y lúgubre. HAR, sucio y gris, ataviado con la camisa azul estampada de soles, lunas y estrellas doradas, se encuentra sentado en el colchón frente al hogar, y remueve distraídamente con un palo la ceniza. HERACLES permanece de pie tras este, y sostiene un hacha sobre su desprevenida cabeza, evidenciando el inminente ataque. Va vestida con la camisa roja, pero el resto del conjunto está formado por piezas dispares e inconexas de un traje de payaso. Su rostro también presenta un tosco y poco logrado maquillaje que completa el conjunto)

HERACLES
(Temblando nerviosa con el hacha en alto y en voz muy baja)
Ya sabes la verdad.

(HAR continúa con su particular juego sin inmutarse)

HERACLES
(Reuniendo coraje, y esta vez en voz más alta)
Ya sabes la verdad.

(Una vez más, HAR no muestra síntomas de haberse percatado de la presencia de HERACLES)

HERACLES
(Tomando aire y gritando con determinación, iniciando la carga)
¡Ya sabes la verdad!

HAR
(Con voz tranquila y sin girarse)
¿Por qué me has elegido a mí? Sólo soy un vagabundo.

HERACLES
(Dudando de si terminar su ataque)
No trate de engañarme. Sé que usted es Har, uno de los hombres más ricos y poderosos del reino.

HAR
Ah, sí. Eso es cierto.

HERACLES
¡Pues claro!

HAR
Lo de Har. Y lo de rico. Lo de poderoso no.

HERACLES
¿Pero qué dice? Con su fortuna podría comprar cualquier cosa. Eso es poder.

HAR
Puedo comprar el tiempo y la energía de las personas, pero no sus ideas. ¿Y qué hay más poderoso que eso?

HERACLES
¿Mi hacha?

HAR
Entonces eres tú la poderosa aquí, porque yo nunca he tenido un hacha.

HERACLES
Y por lo que se ve tampoco una bañera.

HAR
(Poniéndose en pie y caminando hasta las cajas del lado izquierdo)
¡Tengo algo mejor!

HERACLES
(Con el hacha aun en alto)
Oiga no se mueva. Yo iba a...

HAR
(Rebuscando entre los papeles)
Vamos a comprobar algo. La última vez que te vi, ayer en la taberna, parecía que eres una buena chica.

HERACLES
Pues no. Resulta que soy mala.

HAR
¿Y desde cuando lo sabes?

HERACLES
Desde ayer en la taberna.

HAR
(Sacando un papel y tendiéndoselo a HERACLES junto con una pluma)
Excelente. Pues firma aquí.

HERACLES
(Dudando)
¿Qué...? ¿Qué significa esto?

HAR
Es mi testamento. Te voy a hacer heredera de toda mi fortuna.

HERACLES
¿Está usted loco? Yo he venido a...

HAR
Ya... Ya lo sé. El eterno absurdo. Nada especial.

HERACLES
Pero yo...

HAR
(Volviendo a sentarse frente a la chimenea)
¿Has firmado ya? Cuando lo tengas déjalo sobre una de las cajas. Pero que quede a la vista, mi abogado es un desastre.

HERACLES
(Dejando la pluma y el papel sin firmar sobre una caja)
Oiga, ¿pretende comprarme? ¿Cree que así va a convencerme?

HAR
No. Tú tienes que hacer lo que puedas hacer.

HERACLES
Si piensa que esto es difícil para mí, se equivoca, siempre duermo con la luz apagada.

HAR
Si piensas que mover el hacha con tu brazo es tan fácil como mover las ideas con tu cabeza, te equivocas. Pero veamos hasta dónde eres capaz de llegar.

HERACLES
Ya lo entiendo. Me considera una tonta. Una fanática. ¿Entonces por qué me hace su heredera?

HAR
Porque tú sabes la verdad. Esa que predicas y que siempre has sabido sin necesidad de Los Mil, pues es una verdad que todo el mundo conoce, la única verdad posible. Es el Bien. Es el Amor. Es pensar en los demás antes que en ti misma. Pero también sabes que todo el mundo lo sabe, y nadie quiere hacer nada con esa verdad. De hecho tú estás a punto de matarla.

HERACLES
(Caminado hacia el foro izquierdo con gran frustración)
No... No voy a caer en su trampa. Pretende liarme con letras y palabras. Quiere atraparme en su laberinto mental para que no haga nada.

HAR
El laberinto lo crearon Los Mil al interpretar la verdad como una orden a imponer. Setenta y ocho años en los que las acciones ejecutadas en esta fecha de forma ritual, han servido únicamente de excusa para que la gente crea que los malos son los poderosos del reino, y el resto, que piensa y actúa igual, son víctimas. Los Mil son un escudo de la verdad. Al hacer la norma mataron la verdad, pues es más fácil culpar a otros que reconocer que aun conociendo el Bien, preferimos ignorarlo.

HERACLES
¿No ha pensado que igual todo son fantasías suyas? ¿Cómo va saber nada del reino? Vive en la habitación más fría y sucia de su opulento palacio. Ni siquiera tiene puertas. Y huele a sopa.

HAR
¿Sopa de estrellas?

HERACLES
(Muy nerviosa)
No, sopa de letras. Y es lo único que veo ahora mismo... Letras y más letras.

HAR
Pues lo que deberías ver es que la realidad del reino sólo puede ser una, cuando el reino entero es movido por el Egoísmo.

HERACLES
¡Para eso están los héroes, señor Har!

HAR
¿Crees que puedes hacer algo heroico matando? ¿Heroico para quién? ¿Y para quién no? ¿Es que algo puede ser heroico si no es para todos?

HERACLES
(Volcando la pila de cajas con el hacha, la cual tira a su vez)
¡Al final su sopa ha oxidado mi hacha!

Escena X
(HAR, HERACLES, PRIMER DISCÍPULO)

(HERACLES se deja caer absorta y agotada sobre la pila de cajas deshecha. HAR permanece de espaldas a ella, hurgando en la ceniza con su palo. Una de las ventanas del fondo se abre, y por ella entra PRIMER DISCÍPULO. Al verle, HERACLES se pone en pie)

PRIMER DISCÍPULO
Pensaban que no lo haría... Pero yo reescribí el manuscrito quemado; yo creé Los Mil; yo maté al editor que quiso destruir con fuego la verdad del libro original, y que luego arrojó a la basura convencido de que ya nunca nadie conocería las palabras que albergaban sus hojas; yo inicié un movimiento que en cien años cambiaría el reino y a todas sus gentes; yo hice todo eso. ¿Les parece poco?

(Por ambas ventanas empiezan a entrar PAYASOS, los cuales rodean de forma amenazante a PRIMER DISCÍPULO)

PRIMER DISCÍPULO
¿Pero qué les ocurre? ¿Qué les ha molestado? Yo todo lo hice por el Bien: La causa más noble. ¿Es que con tal de conservar su Egoísmo, la verdadera maldad, van a ser capaces de todo? ¿Incluso si sus estómagos les dicen que de hacerlo, se darán la vuelta horrorizados y tratarán de escapar por sus bocas? ¿Acaso luego podrán justificarlo complicando motivos con subjetividades que harán creer y terminarán por creerse, destruyendo todo atisbo de una mínima capacidad de conocer el mundo donde viven y que dan vida?

(Los PAYASOS agarran a PRIMER DISCÍPULO, y aunque este trata de revolverse para escapar, es arrastrado hacia una de las ventanas. HERACLES observa paralizada desde la esquina izquierda)

PRIMER DISCÍPULO
De acuerdo, veo que su ceguera y su sordera tienen una capa de ponzoña del grosor de la del maquillaje de payasos que llevan. Es algo que ya no me sorprende, pero si me obligan a jugar a su juego, jugaré. ¿Creen que no soy capaz de acabar con todos para hacerles entender la verdad?

(Los PAYASOS, cual implacable marabunta, sacan a PRIMER DISCÍPULO por la ventana, quedando ambas abiertas)

PRIMER DISCÍPULO
(A gritos mientras hace mutis)
¡Ya saben la verdad! ¡Mataré a todos si es necesario! ¿Me escuchan? ¿Hay alguien ahí?

Escena XI
(HAR, HERACLES)

(HERACLES se repone poco a poco de la impresión recibida, y camina hasta HAR, desengañada y humilde)

HERACLES
Dígame, ¿qué tendría que hacer pues un héroe? ¿Matarlos a todos?

HAR
(Aun de cara a la chimenea)
Yo una vez escribí un cuento que terminaba así. Con que quede una persona en el reino haciendo el Mal, aferrándose a su Egoísmo, someterá sin remedio al resto, o los obligará a defenderse siendo a su vez egoístas. Una sola mota de maldad contagia irremediablemente al resto. Es pura supervivencia. Cuando los otros no se ocupan de ti, eres tú quien tienes que preocuparte de seguir con vida, y entonces se crea el Yo, y ya sólo puedes soltarlo cuando el resto te entrega sus Yo, y teniendo ya tantos en tus manos, olvides cual era el tuyo.

HERACLES
Entonces hemos fracaso. Cualquier lucha es inútil.

HAR
Cualquier lucha con el exterior es inútil y no tiene nada de heroico, pues deberías matar a todos los habitantes del reino sin excepción, incluida a ti misma finalmente. O todos, o ninguno.

(HAR se incorpora, y con paso tranquilo va hasta las ventanas, las cuales cierra. Luego empieza a recolocar la pila de cajas de cartón derribada)

HERACLES
Señor Har, ¿qué edad tiene usted?

HAR
Los años no se tienen, se consumen. Del tiempo sólo nos queda lo que cogemos, los momentos en los que somos conscientes, que me temo, son pocos.

HERACLES
Dicen que tiene mil años. Y desde luego huele como si los tuviera.

HAR
Noventa y ocho. Y el círculo se va cerrando.

HERACLES
Entonces hace setenta y ocho años tenía...

HAR
Exacto. Veinte.

HERACLES
¿Es usted...?

HAR
Entre otras cosas.

HERACLES
Yo le elegí como objetivo porque creía que era un infeliz de ojos dorados, tan avaro que aun teniendo todo, no sabía disfrutar de nada, y tan viejo que mis acciones no podían apenas repercutir en los días que habían de quedarle.

HAR
Una presa que de fácil digestión para tu conciencia.

HERACLES
Alguien tan alejado del mundo que nadie echaría de menos su pérdida, ni siquiera él mismo.

HAR
Estoy de acuerdo, pues lo que más temo perder son mis papeles.

HERACLES
No diga eso, pues sin duda me equivocaba. Me equivocaba tanto... ¿Cómo iba a saber que era usted el autor del libro original? Un líder. Un dios.

HAR
No, no te estás enterando. Yo elegí el Mal.

HERACLES
(Atónita)
¿Cómo dice?

HAR
Que elegí el Mal.

(HERACLES permanece en silencio estupefacta, mientras observa a HAR revolviendo entre los papeles de las cajas. Pasados unos instantes, camina desolada hasta el colchón)

HERACLES
(Sentándose en el colchón de espaldas a la chimenea)
Me temo que aquí viene otra ración de sopa.

HAR
(Levantando con entusiasmo un papel recién sacado de otro montón de folios)
¡Aquí está! Lo que no encuentro ahora es la pluma.

(HAR reanuda su inspección por las cajas)

HERACLES
¿Eso que ha dicho era cierto?

HAR
¿Lo de la pluma? Claro. Pero no te preocupes, aparecerá tarde o temprano. Aunque siempre cabe la posibilidad de que haya echado a volar, pues dicen que una vez acostumbrados a algo, es tarea imposible cambiarlo.

HERACLES
No diga estupideces, por favor.

HAR
Las plumas están hechas para volar, ¿no? Tenerla en una mesa es ir contra la naturaleza.

HERACLES
¿A quién le importa eso?

HAR
A mí me importaba. Pero después de escribir aquel libro, y conociendo ya la verdad, decidí aceptar el Mal y adaptarme a él, viviendo de la forma más coherente en este reino: Haciéndome rico con el dinero del trabajo de los otros.

HERACLES
Banquero.

HAR
Banquero es el que guarda algo en un banco. Yo vivo en ese banco.

HERACLES
No, en el banco viven los vagabundos. Usted vive en un palacio.

HAR
¿Qué diferencia hay? Los vagabundos mendigan caridad, y nosotros mendigamos temor.

HERACLES
¿Y cómo puede vivir así?

HAR
Sencillamente porque intentar ser bueno en un reino malo, es incoherente.

HERACLES
Pues cambie el reino.

HAR
El reino es cobarde y no quiere ser cambiado.

(HAR saca la pluma de una de las cajas)

HAR
¡Igual que esta pluma! ¡No ha podido escapar!

(HAR pone el testamento sobre una caja, y apoyado en esta, firma el documento. Luego camina hasta el centro de la escena y extiende la pluma hacia HERACLES)

HAR
Yo ya he firmado. Mi decisión está tomada. Ahora es tu turno.

HERACLES
¿Cómo voy a firmar eso?

HAR
Estabas perdida y sin futuro, y eso te condujo a Los Mil. Esto te dará un sentido y un futuro.

HERACLES
El sentido del Mal, y el futuro de perpetuarlo.

HAR
Puedes matarme y quedarte con todo mi imperio aceptando el Mal y sabiendo que algún día alguno de Los Mil vendrá a matarte como me ha pasado a mí, pues el hombre siempre luchará usando la violencia para justificar sus incoherencias. También puedes irte y matar a todos los habitantes del reino, o seguir tu plan inicial de matarme y entregarte a las autoridades, pasando a ser parte de Los Mil, en una lucha que ahora sabes que no conduce a nada porque nadie quiere escuchar, y siendo movida únicamente por la rabia, desesperación y miedo a tu propia vida, y no por una causa mayor.

(HERACLES permanece rígida sin articular palabra, mirándose a los ojos con HAR. El teléfono móvil de HERACLES suena, emitiendo una señal de mensaje. HERACLES lo saca y lee en silencio el texto)

HERACLES
(Guardando el aparato)
Heósforo lo ha hecho.

HAR
¿Por qué numero van?

HERACLES
Por el 776.

HAR
Tienes que darte prisa.

(HERACLES se levanta del colchón y camina hasta encontrarse con HAR en el centro de la escena)

HERACLES
¿Pero, y si no quiero aceptar el Mal? ¿Y si quiero el Bien?

HAR
Entonces cierra los ojos, y al abrirlos desea que todo esto sea sólo una ficción, un circo, un gran teatro, y que todos los que tienes a tu al rededor hayan aceptado por sí mismos el Bien, y juntos hayáis cambiando así la cara de la moneda del reino, un reino bueno, un reino que no entiende más que de una única Verdad, que es el Amor, que es el Bien universal.

(HERACLES permaneces dudando unos instantes, y al borde del llanto desesperado, se sienta en el suelo de cara al público. HAR hace lo propio a su lado)

HAR
Si esto fuera la página final de un cuento, yo habría escrito: Ya sabes la verdad, así pues, ¿y tú qué harías?

(HERACLES cierra los ojos)

TELÓN

FIN

LOS QUE ESCUCHAN

Personajes:

MAESTRO
HOMBRE
MUJER
PAISANA 1
PAISANA 2
PAISANA 3
PAISANO 1
PAISANO 2
PAISANO 3
VENDEDOR DE FLORES
ALCALDE
ANCIANA
MERCADER
ALUMNO 1
ALUMNO 2
ALUMNO 3
ALUMNO 4
ALUMNO 5
ALUMNO 6
CAMARERO
PARROQUIANO

Notas:

Izquierda y derecha las del público.

Prólogo

Escena I
(MAESTRO, ALUMNOS)

(Aula de una humilde escuela rural. A izquierda una puerta practicable que da a la calle. Al fondo en la esquina, instrumentos de albañilería, y una pared a medio terminar. En el centro de la escena, seis pupitres, colocados en dos filas de tres, dejando un pasillo entre ambas que conecta la puerta con la mesa del maestro, la cual se encuentra elevada sobre un estrado de madera. En la pared del foro derecho una pizarra con la palabra "Amor" escrita en tiza con grandes letras. En la del fondo, tres ventanas con gruesas persianas levantadas, dejando entrar la luz de la tarde. En cada pupitre un alumno distraído dibujando monigotes en sus libros, a excepción de ALUMNO 2 que desde la primera fila sigue la lección con verdadera devoción. MAESTRO, un hombre de unos treinta años, imberbe, de baja estatura, y pelo revuelto como si de un recién levantado se tratase, hasta el extremo de parecer más bien coronado por las hojas de una palmera o una piña, y ataviado con pantalones y camisa, ambos negros y manchados de polvo de tiza y cemento, una chaqueta de pana con coderas, y botas de montaña rojas, se encuentra de pie en el estrado señalando la pizarra. Su rostro denota una inocencia casi infantil, pero sus palabras son apasionadas y llenas de enérgico furor)

MAESTRO
¿Pero y si Prometeo, alegrándose de ser sustento para el águila, decidió entregarle su hígado cargándolo de Amor cada noche al volverle este a crecer? ¿Y si el águila, alimentándose día a día del Amor desinteresado de Prometeo, acabó convirtiéndose en eso que le daba vida, y decidió liberar al titán de sus cadenas? ¿Y si Prometeo escapó de su prisión inmortal, y ahora es considerado un prófugo, un indeseable que vaga por la tierra? ¿Y si ese Amor de Prometeo, ese que trata de hacerle llegar a los hombres, es precisamente lo que más temen los propios hombres en su ciega búsqueda de manzanas de oro?

ALUMNO 1
(A los otros alumnos con tono de desprecio hacia el docente)
¿Qué dice de manzanas?

ALUMNO 2
(Con dulzura y atención)
Pero maestro, ¿a qué se refiere con todo eso del Amor?

MAESTRO
Ya lo sabéis. Todo el mundo lo sabe.

ALUMNO 1
(En tono jocoso)
¡Darse besos!

ALUMNO 3
(Continuando con el arranque burlón)
¡Caminar de la mano sin decirse nada!

ALUMNO 2
(Serio)
Es un sentimiento, no se puede explicar con palabras.

MAESTRO
¡Claro que se puede! Eso es lo que los adultos quieren haceros creer, que es algo inexplicable, pues ellos mismos aunque bien lo saben, se han esforzado en olvidarlo.

ALUMNO 2
¿Y por qué lo han hecho?

MAESTRO
Para poder vivir en este mundo basado en el Egoísmo, que es lo contrario del Amor.

ALUMNO 4
(Levantando el libro de texto con exigencia)
Pero oiga maestro, ¿qué pasa con la lección?

ALUMNO 1
¡Eso! ¡Enséñenos matemáticas y finanzas para poder ser grandes hombres de negocios! ¡El amor es para las niñas!

(Todos los alumnos a excepción de ALUMNO 2, celebran el comentario con risas)

MAESTRO
¡Vamos, muchachos, no seáis burros! Cerrad esos recipientes de palabras y más palabras que sólo fueron creados con la intención de manteneros atontados.

(Todos, excepto ALUMNO 2, cierran los libros y con gran griterío y alboroto se ponen en pie y comienzan a lanzarse bolas de papel)

MAESTRO
(Bajando del estrado y tratando de tranquilizarles)
¡Conteneos! Ya va a sonar la campana y es importante que aprendáis esto ahora, antes de que el Mal de este mundo os absorba, y movidos por el miedo, ya no queráis salir de él, negando cualquier otra opción que no sea el propio Mal al que llamaréis la vida, la realidad, ignorando que la otra cara de la moneda es posible.

(Los alumnos callan y vuelven a sus asientos. MAESTRO va hasta su mesa y se sienta en la silla quedando muy reflexivo)

ALUMNO 3
(Rompiendo el prolongado silencio)
Mi padre dice que es usted un utópico, un absurdo, y un loco.

MAESTRO
¿Quién pudiera ver gigantes donde hay molinos, en vez de egoístas voluntarios donde hay hombres que podrían elegir el Amor? No... Lo que pasa es que tu padre tiene miedo. ¿Quieres vivir tú también con miedo por no escuchar lo único que merece ser escuchado?

ALUMNO 1
¡Sus sermones no nos sirven de nada! ¡Lo único que a mí me importa es que algún día heredaré el puesto en el mercado de mi familia, y usted tiene la obligación de enseñarnos a ganar dinero!

MAESTRO
(Cabizbajo y aceptando su derrota)
Para eso no me necesitáis a mí. Ya tenéis esos libros. ¿Pero para qué querríais Amor teniendo monedas?

Escena II
(MAESTRO, ALUMNOS, PAISANA 1, PAISANA 2)

(Suena la campana. Todos los alumnos comienzan a recoger sus cosas, metiéndolas en sus correspondientes mochilas. ALUMNO 1 es el primero en salir corriendo hacia el foro izquierdo, coincidiendo su llegada a la puerta con la entrada de PAISANA 1 y PAISANA 2, dos mujeres de mediana edad, ataviadas con recatados vestidos campesinos, y portando cestas de la compra. Tras casi chocar con ellas, ALUMNO 1 las esquiva y hace mutis. ALUMNO 3 le sigue torpemente. Las mujeres lanzan gestos de desaprobación en dirección al foro. ALUMNO 4, ALUMNO 5 y ALUMNO 6, quedan en un corrillo junto al pupitre de ALUMNO 4, el cual les muestra una caja repleta de insectos. ALUMNO 2 lleva una pila de folios escritos y desordenados hasta la mesa donde MAESTRO comienza a revisarlos y a darle correcciones. PAISANA 1 y PAISANA 2 observan al profesor y se acercan mucho la una a la otra para intercambiar confidencias)

PAISANA 1
¿Qué decía de amor este hombre?

PAISANA 2
No sé, chica, desvaríos. Si es que no puede ser bueno querer entender tantas cosas.

PAISANA 1
Se te queda la cabeza tonta.

PAISANA 2
Y menos de amores. ¿Qué va a saber este señor de amor, si aún no se le conoce hembra en todo el pueblo?

PAISANA 1
¿Pero cómo va a cortejar a nadie, si no sale de esta escuela? Siempre sucio con las obras y la albañilería.

PAISANA 2
Además está lo del dinero.

PAISANA 1
¿Qué del dinero? Cuenta. ¡Cuenta de una vez!

PAISANA 2
¿Pues qué va a ser, chica? ¡Que pareces boba! Lo de que no se le ha visto gastar ni un duro nunca. Duerme en un sucio colchón en el suelo como un vagabundo, aquí en la propia escuela, y come lo que le da el huertillo ese que hizo con los niños ahí en el patio. Sólo tiene un conjunto de ropa y ninguna posesión material. ¿Tú te crees que eso es vida?

PAISANA 1
¡Y no será porque los maestros no cobren un buen sueldo, vamos!

PAISANA 2
¡Pues eso digo yo! ¡Imagínate en qué se lo gastará!

PAISANA 1
Vete tú a saber.

(Ambas mujeres quedan en silencio contemplando a MAESTRO, el cual se levanta y ayuda a ALUMNO 2 a guardar sus deberes en la mochila)

PAISANA 1
(Reaccionando ante una idea)
¡Oye! ¿No será de esos que se relaciona con hombres en secreto?

PAISANA 2
¡Bueno chica, que sé yo! Pero con esa cara de inocentón me esperaría cualquier cosa.

PAISANA 1
Esos son los peores.

PAISANA 2
Aunque al fin y al cabo es el maestro. Gracias a él tenemos escuela y los niños ya no deben irse hasta el pueblo de al lado a estudiar.

PAISANA 1
Sí, eso también es cierto. Si no fuera porque apareció un buen día de la nada, y se puso a reconstruir con sus propias manos esta vieja casona abandonada...

PAISANA 2
(Señalando los aperos de construcción)
Mira, chica, si es en estos ladrillos y esta argamasa en lo que gasta sus dineros, bien gastados están.

PAISANA 1
¡Pues eso digo yo!

(MAESTRO despide a ALUMNO 2, el cual camina hacia el lado izquierdo, pasando delante de las mujeres y haciendo mutis. Luego va hasta el resto de alumnos que siguen jugueteando con los insectos)

MAESTRO
Vamos, muchachos, vuestras madres os están esperando.

(Los tres alumnos cierran la caja, cogen las mochilas, y salen corriendo hacia la puerta, haciendo a su vez mutis)

MAESTRO
(Alzando la voz mientras camina hasta las mujeres)
¡Y recordad que mañana y pasado no hay clase!

PAISANA 2
(Gritando hacia el foro izquierdo)
¡Oye no os alejéis más allá de la fuente o la tenemos!

PAISANA 1
(Con una dulzura y simpatía exagerada)
Buenas tardes, maestro.

MAESTRO
Buenas, señoras.

PAISANA 2
(Manteniéndose altiva)
¡Qué! ¿Le veremos hoy por las fiestas de la cosecha?

MAESTRO
(Repentinamente ruborizado)
Bueno, yo...

PAISANA 1
(Pasando de falsa simpatía a malintencionada ironía)
¿Qué ocurre, maestro? ¿Es que se ha indispuesto su pareja para el baile?

(Ambas mujeres tratan infructuosamente de disimular una risa cruel, pero MAESTRO parece no darse cuenta de este hecho y permanece turbado tratando de explicar su situación)

MAESTRO
No... Nada de eso... Me temo que no tengo quien me acompañe. Además no bebo alcohol, y lo cierto es que se me hace verdaderamente pesado el ambiente tan cargado que se genera durante las entusiastas ofrendas dionisiacas.

PAISANA 2
(A PAISANA 1)
No hay quien le entienda.

PAISANA 1
(A MAESTRO tratando de que no se desvele su farsa)
Oh, vaya, es una lástima, maestro. Pero venga aun así. Puede que encuentre... *(No pudiendo contener la risa)* ¡El amor!

(Ambas mujeres estallan en carcajadas, pero esta vez MAESTRO no puede evitar apercibirse de la mofa. Tras fruncir el ceño unos instantes, parece recuperar la calma y la sonrisa, deshaciéndose del agravio descargando los músculos de la espalda y agitando levemente los brazos)

MAESTRO
Les agradezco que se tomen tantas molestias y preocupaciones por mi bienestar, señoras. Creo que las haré caso y me uniré un rato a los festejos. Y puede que quizá tengamos la oportunidad de debatir más detenidamente sobre ese Amor que mencionan.

(Ambas asienten extrañadas sin saber cómo reaccionar ante la inesperada respuesta)

MAESTRO
(Acompañándolas hasta la puerta e invitándolas a salir con un gesto de mano)
¡Cuento con ello entonces!

(Las mujeres se giran hacia el foro izquierdo iniciando su marcha, y MAESTRO se gira a su vez hacia el foro derecho, caminando hasta su mesa, de donde recoge sus cuadernos y plumas)

PAISANA 2

(Cogiendo del brazo confidente a PAISANA 1 mientras observa de reojo a MAESTRO con desconfianza)

Chica, lo que yo te diga, este hombre no dice más que tonterías. Más le valdría dejarse de debates y pensamientos, y conseguirse una buena botella de vino para conquistar esta noche a una moza casadera con quien sentar la cabeza.

PAISANA 1

Si siempre ha sido así, es porque así es cómo debe ser.

(Ambas mujeres hacen mutis por el foro izquierdo. MAESTRO camina con sus libros hasta la puerta, y antes de salir se gira para observar el interior del aula)

MAESTRO

No quieren escuchar. ¿Pero entonces de qué me sirve este poder, si con él no puedo ayudarles?

(MAESTRO levanta el dedo índice y el dedo corazón en dirección a las ventanas de la pared del fondo, y con un rápido movimiento descendente hace que las tres persianas bajen al unísono. La escena queda iluminada únicamente por la luz que entra por la puerta del foro izquierdo, la cual es cerrada por MAESTRO acompañando a su mutis por la misma)

TELÓN

Acto Primero

Escena III
(MAESTRO, ALCALDE, PAISANA 3, PAISANO 1, PAISANO 2, MERCADER, VENDEDOR DE FLORES, PAISANA 1, PAISANA 2)

(Plaza del pueblo. En el foro izquierdo, dos arcos practicables que dan a los soportales de los edificios. En el derecho idéntica distribución. En la pared del fondo tres arcos: De los dos laterales surgen alargadas mesas con sendas bancadas, quedando la cabecera de la mesa de cara al público; junto al arco del centro, y entre los asientos, una gran barrica de vino sobre un estrado de madera. Por doquier se encuentran jarritas de barro llenas de bebida, y algunos platos con alimentos a medio consumir. Escalando por los arcos, e invadiendo las fachadas, abundante y verde hiedra. Una lejana melodía de aulós inunda la escena. ALCALDE, un hombre anciano bien entrado en carnes y de mofletes sonrosados, ataviado con camisa blanca y pantalón gris campesino, con una gruesa piel de zorro sobre sus hombros, una corona de hojas de vid en su cabeza, y portando un bastón de cañaheja coronado por una piña con un lazo de tela roja bajo la misma, se encuentra subido al estrado de la barrica de cara al público. Formando un corrillo alrededor de este, y de espaldas al público, PAISANA 3, PAISANO 1, PAISANO 2 y MERCADER, todos ellos vestidos con indumentaria campesina de colores claros, y jarras de vino en sus manos, escuchan atentos al burgomaestre)

ALCALDE
(Con gran entusiasmo e indicios de incipiente ebriedad)
¡Queridos conciudadanos! ¡Como alcalde de esta nuestra prospera comunidad, es para mí un placer celebrar un año más el final de la vendimia, y poder compartir con vosotros el néctar de nuestra tierra!

(MAESTRO, vestido como en el acto anterior, entra por la arcada del foro izquierdo y camina hasta la cabecera de la mesa izquierda, observando desde lejos el discurso en marcha)

ALCALDE
(Sirviéndose bebida de la barrica en su jarra y levantándola en señal de afecto hacia los congregados)
¡Que el vino nos libere hoy de todas nuestras preocupaciones, pues en él está la verdad!

TODOS
(Elevando sus copas)
¡Por el vino!

(ALCALDE baja del estrado y camina hacia el foro izquierdo mientras bebe. Al llegar junto a MAESTRO, le tiende su jarra. PAISANA 3, PAISANO 1, PAISANO 2 y MERCADER, este último tambaleándose y visiblemente borracho, se sientan en la mesa del lado derecho)

ALCALDE
¡Hombre, si es nuestro querido maestro! ¡Beba conmigo muchacho, y verá cómo encuentra la razón que le trajo por esos caminos hasta nuestra aldea!

MAESTRO
No gracias, alcalde. No necesito que el vino anule mi voluntad para anular consigo momentáneamente mi miedo, pues yo no niego la Verdad, y en todo momento la veo.

ALCALDE
(De pronto confuso)
¿Cómo dice?

MAESTRO
Eso que dice que busca, ¿en realidad quiere saberlo?

(ALCALDE se bebe el contenido de la jarra de un trago, y poniéndola boca abajo, la posa en las manos de MAESTRO, para alejarse bailando con los ojos cerrados, muy sonriente, y agitando el tirso, hasta hacer mutis por el foro izquierdo. MAESTRO queda paralizado durante unos instantes, y finalmente con gesto de decepción deja la jarra sobre la mesa izquierda, y toma asiento en su bancada derecha, de espaldas a la otra mesa. En ese instante entra por el foro derecho VENDEDOR DE FLORES, el cual trata de colocar el género que lleva en una enorme cesta de mimbre a los paisanos de esa mesa, pero tras estos rechazarle con malos gestos, decide ir hasta MAESTRO)

VENDEDOR DE FLORES
Mi buen maestro, sé que usted tiene un gran corazón. Cómpreme una flor para su enamorada de esta noche.

MAESTRO
Mentiría si dijera que tengo enamorada a quien regalársela.

VENDEDOR DE FLORES
Pero seguro que tiene algunos doblones que puede darme.

MAESTRO
Lo siento, nunca doy limosna, pues la solución a la miseria de este mundo no es puntual, si no que todos debemos cambiar para que este cambie con nosotros.

VENDEDOR DE FLORES
(Cambiando su tono de adulador a despectivo)
¡Vamos, no me venga con discursos, maestro! ¡Todo el mundo sabe que está forrado en billetes!

MAESTRO
Son para la escuela.

VENDEDOR DE FLORES
¡Yo los necesito más!

MAESTRO
¿Por qué?

VENDEDOR DE FLORES
Porque me librarán de todos mis problemas.

MAESTRO
Ven, siéntate conmigo y te contaré algo que te librará de ellos. Ni vino ni monedas te harán falta.

VENDEDOR DE FLORES
Lo que me haría falta para librarme de mis problemas es que todo lo que tocara se convirtiera en oro.

(MAESTRO permanece unos instante observando a VENDEDOR DE FLORES con lastima, y finalmente extiende su mano y la posa suavemente sobre la cabeza de este)

MAESTRO
(Con gran piedad)
Ojalá hubieras deseado otra cosa.

(VENDEDOR DE FLORES, extrañado por el gesto de MAESTRO, se separa lentamente de este y camina hacia el foro izquierdo mirándole con incredulidad y sospecha. Instantes antes de completar su mutis, se cruza con PAISANA 1 y PAISANA 2, las cuales visten ropas campesinas más festivas, y que entran por la misma arcada que él sale. Trata de ofrecerlas unas flores, pero estas las rechazan y se dirigen directamente hasta la mesa en la que se encuentra MAESTRO)

PAISANA 1
(Con la acostumbrada e impostada cordialidad)
Buenas noches, maestro. ¿Qué hace aquí tan solito?

PAISANA 2
(Con ironía)
¿Es que nadie le acompaña?

MAESTRO
Ya les dije esta tarde que no tenía con quien venir.

PAISANA 2
(Fingiendo hablarle discretamente, pero lejos de hacerlo, elevando el tono deliberadamente)
¡Cuidado con lo que dice, maestro! Aquí todo se sabe, y no es conveniente que los vecinos se piensen que es usted un tipo raro.

PAISANA 1
A nadie le gustan los solitarios.

PAISANA 2
No son de fiar.

PAISANA 1
Si nadie los quiere, es que algo tendrán.

(Ambas mujeres se alejan riendo sin esperar la contestación de MAESTRO, y van hasta la mesa derecha, donde saludan muy divertidas a PAISANA 3, la cual, mirando a MAESTRO, se suma también a la mofa)

MAESTRO
Es cierto que en este pueblo todo se oye, ¿pero qué importa si nadie quiere escuchar?

(MAESTRO cierra los ojos, apoya los codos en la mesa, y la cabeza sobre sus puños cerrados, quedando cabizbajo y en silencio. PAISANA 1, PAISANA 2, y PAISANA 3, se levantan de la mesa, y cogidas las tres de los brazos, se alejan entre alegres brincos hasta hacer mutis por el foro derecho)

Escena IV
(MAESTRO, PAISANO 1, PAISANO 2, MERCADER, HOMBRE, ALUMNO 1)

(En el preciso instante en que las mujeres salen, entra por el mismo foro HOMBRE, individuo de similar edad a MAESTRO, pero de gran envergadura y virilidad, que viste camisa blanca campesina con las mangas remangadas y el pecho descubierto, tirantes rojos sujetando los pantalones grises, y una espesa barba, el cual las guiña un ojo y lanza un beso hacia el foro. Después HOMBRE se dirige con paso chulesco hasta la mesa derecha, y toma asiento con los paisanos)

HOMBRE
(Dando un golpe con la mano sobre la tabla)
¿Qué nuevas tenemos, señores?

PAISANO 1
(Señalando a MERCADER)
Poca cosa: Que este va muy ciego.

PAISANO 2
(Señalando a MAESTRO)
Y que ese está muy solo.

HOMBRE
¡Pues vaya novedad!

PAISANO 2
No veas como las mujeres se reían del pobre desdichado.

HOMBRE
Yo sí que me he reído esta noche a base de bien con varias de ellas en el oscuro.

PAISANO 1
(Levantando su jarra y con tono de camaradería)
¡Tú lo que eres es un golfo!

HOMBRE
¡En este mundo comes o te comen!

(HOMBRE, PAISANO 1 y PAISANO 2 brindan y beben. MERCADER intenta unirse al brindis, pero PAISANO 1 se lo impide, haciéndole que suelte la jarra. Tras esto, MERCADER se desmaya sobre la mesa sin que nadie le preste la mayor importancia)

HOMBRE
¿Entonces decís que nadie la da coba al bueno del maestro?

PAISANO 2
(Señalando con la cabeza a MAESTRO y luego a MERCADER)
Ahí lo tienes, casi tan inconsciente como este.

HOMBRE
Y seguro que con la cartera repleta de billetes.

PAISANO 2
A la fuerza ha de estarlo, pues nada gasta el muy agarrado.

HOMBRE
(Poniéndose en pie con altivez)
¡Pues tendré que ir a ayudarle a aligerar tan pesada carga!

PAISANO 1
(Preocupado y oponiéndose)
¡No serás capaz!

PAISANO 2
(Ilusionado y animándole)
¡Preveo otra de tus grandes gestas!

HOMBRE
¡Poca habrá para contar, pues será como robarle el caramelo a un niño! ¡Mañana a su costa nos comeremos un buen cordero!

(HOMBRE camina hasta la mesa izquierda y toma asiento en la bancada izquierda frente a MAESTRO, el cual permanece cabizbajo sin advertir al recién llegado. Este gesticula con grandes aspavientos ante el rostro de MAESTRO, tratando de ver si se entera de algo. Lanzando un gesto afirmativo a los paisanos de la otra mesa, HOMBRE alarga con gran cuidado su brazo e introduce una mano en el bolsillo interior de la chaqueta de MAESTRO. En ese instante, MAESTRO reacciona levantando la mirada, y HOMBRE retira los brazos rápidamente, tratando de establecer una posición de disimulada normalidad)

MAESTRO
(Somnoliento)
Oh, vaya, no le vi llegar. Disculpe mis pésimos modales.

HOMBRE
No se preocupe, acabo de sentarme.

MAESTRO
¿No baila?

HOMBRE
(Con impostada teatralidad)
No... Esas costumbres tan físicas no son para mí. Yo soy un hombre muy solitario y reservado, ¿sabe?

(HOMBRE guiña un ojo a PAISANO 1 y PAISANO 2, los cuales ríen en silencio)

MAESTRO
Le comprendo.

HOMBRE
(Muy sobreactuado)
Es que esta juventud de hoy día no sabe nada, y con sus bailes y superficialidades van a llevarnos a todos a la perdición.

MAESTRO
Dijo todo hombre desde el principio de los tiempos.

HOMBRE
(Descolocado por la inesperada y contundente respuesta)
¿Disculpe?

MAESTRO
Sencillamente que todas las generaciones han pensado siempre que sus sucesores eran forzosamente unos tontos que traerían consigo el fin de las buenas costumbres, e incluso de la existencia misma.

HOMBRE
Sí... Supongo que...

MAESTRO
(Interrumpiéndole y cada vez más arrebatado)
En toda época ha creído el hombre vislumbrar con certeza que el fin de la humanidad estaba cerca, y esto es porque ante la idea de su propia mortalidad, resulta de algún modo más deseable que con el fin de su vida llegue el fin de todos los demás, supongo que para no sentirse tan solos, y por no aceptar la idea de que todo seguirá como si nada cuando ellos ya no estén. ¿Ha leído alguna vez un libro de profecías?

HOMBRE
Pues...

MAESTRO
(Sin dejarle hablar, presa de la excitación de las propias ideas y de la oportunidad de tener un interlocutor)
Es curioso porque todas predicen actos horribles de terror y sufrimiento, pero ninguna atisba el día en que triunfe el Bien. También es relevante el hecho de que ninguna sea capaz de imaginar el propio Bien, porque si se reconoce, decir que podrá triunfar en un futuro, y no hoy mismo, sería como aceptar que hasta el propio profeta que pronuncia dichas palabras, carece de voluntad para llevarlo a cabo, pues esa es exclusivamente la condición necesaria: La aceptación del Bien como única Verdad, aquí y ahora.

(MAESTRO recupera aire fatigado, y quitándose la chaqueta la deja sobre la mesa. HOMBRE observa la prenda con gesto ansioso y tenso, pues sabe que dentro de su bolsillo está la cartera. Disimulando forzadamente, estira muy despacio el brazo sobre la tabla, acercándose poco a poco a la chaqueta)

HOMBRE
(Falsamente para mantener a MAESTRO distraído)
Pero... Dígame... ¿A qué se refiere con eso del Bien?

MAESTRO
(Muy ilusionado)
¡Me alegra que me lo pregunte! Pero usted ya lo sabe.

HOMBRE
(Con la mano ya dentro del bolsillo de la chaqueta)
No podría decirle.

MAESTRO
Pues dígame qué es robar.

HOMBRE
(Apartando la mano vacía rápidamente y a la defensiva creyéndose descubierto)
¿Robar? ¿A qué viene eso ahora? ¡Yo no sé nada de robos!

MAESTRO
(Con tono conciliador)
Me refiero a porqué cree usted que se roba, o se mata, o se oprime a los demás. ¿Qué motivos hay detrás de todo el dolor que nos causamos los unos a los otros?

HOMBRE
Esa es una pregunta complicada.

MAESTRO
Si tenemos brazos y piernas para ejercitarlos, endurecerlos, y poder con ellos cosechar nuestros campos, ¿por qué teniendo también cerebro e intelecto, los despreciamos y dejamos reblandecerse hasta que aun sin verlo, se atrofian y ya no sirven más que para permitirnos repetir apenas nuestros propios nombres?

HOMBRE
(Recuperando su gesto de pícaro mientras de nuevo alarga la mano hacia la chaqueta)
Oiga, créame que me estoy esforzando.

(MERCADER se incorpora con gesto beodo, y levantándose de la bancada trata de llegar dando tumbos hasta la barrica)

MAESTRO
Dígame entonces, ¿cuál es el rasgo fundamental que comparten todos esos actos que llamamos malos, esos que pueden ser considerados la representación cristalina del Mal?

(MERCADER se desploma inconsciente entre las dos mesas, en el centro de la escena. MAESTRO se gira y levantándose alarmado permanece observando a MERCADER con gesto de preocupación. HOMBRE aprovecha que MAESTRO le da la espalda a la chaqueta, e incorporándose desesperado, la levanta y agita con violencia tratando de encontrar la cartera, lo cual no logra. MAESTRO se vuelve a girar hacia la mesa, a lo que HOMBRE reacciona soltando la chaqueta torpemente. PAISANO 1 y PAISANO 2 ríen mientras beben de sus jarras sin moverse)

MAESTRO
(Sin percatarse del intento de hurto)
¡Pobre hombre, deberíamos ayudarle!

HOMBRE
No... No... Estará bien. Son cosas normales en fiestas.

MAESTRO
(Tomando la chaqueta)
Al menos le echaré mi chaqueta por encima para que no coja frío.

HOMBRE
(Tenso y agarrando la prenda)
¡Pero mi buen amigo, dejé la chaqueta aquí! Si le cubre ahora, su cuerpo se acostumbrará a esa cálida protección, y la próxima vez que no esté usted para ayudarle, enfermará sin remedio.

MAESTRO
Sí... Supongo.

(MAESTRO deja la chaqueta de nuevo sobre la mesa, y ambos hombres vuelven a tomar asiento)

HOMBRE
(Incitando a MAESTRO a volver a distraerse con la conversación)
¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Creo que ya tengo su respuesta: Detrás de todos esos actos malvados siempre sucede que el que los comete piensa en sus propios intereses antes que en los de los otros.

MAESTRO
(Cambiando su gesto preocupado por una ilusión casi infantil)
¡Exacto! ¡Exacto! ¡Usted lo ha dicho! Por lo tanto, el caso contrario, el pensar en los demás antes que en uno mismo, podríamos definirlo como el Bien.

HOMBRE
(Con desinterés mientras estira de nuevo disimuladamente el brazo hacia la chaqueta)
Sí... Tiene lógica...

(MAESTRO se pone en pie, lo que obliga a HOMBRE a desistir de su intento de sustraer la cartera)

MAESTRO
(Con una gran sonrisa)
¡Pues ya no hay nada más que decir!

(HOMBRE contempla confuso a MAESTRO, pero sin querer resignarse a perder la oportunidad de robarle, se pone en pie imitándole. Por el foro derecho entra ALUMNO 1, que corriendo hasta MERCADER, trata de espabilarlo. MERCADER reacciona y se apoya en ALUMNO 1, caminando ambos con dificultad hacia el foro derecho hasta hacer mutis. MAESTRO se pone la chaqueta y camina hasta la cabecera de la mesa)

HOMBRE
¡Oiga espere, no se vaya, amigo! ¿Entonces ya está? ¿Eso es todo?

MAESTRO
Ya sabe lo más importante que hay que saber. Ahora que se ha recordado a usted mismo con palabras exactas lo que es el Bien, también sabe lo que es el Amor, pues son lo mismo, y lo único que le queda es elegir como afrontar esta vida.

HOMBRE
¿Pero, y si este mundo en el que vivimos está regido por el Mal?

MAESTRO
Entonces tendrá que cambiarlo, ¿no cree?

HOMBRE
(Acercándose poco a poco a MAESTRO mirando fijamente el bolsillo interior de la chaqueta de este)
Pero yo sólo soy un humilde ciudadano.

MAESTRO
No se subestime. Toda persona puede cambiar el mundo, pues somos nosotros quienes lo construyen y mantienen día a día con nuestros propios actos. Tiene mucho más poder del que cree.

HOMBRE
(Abriendo los brazos con gesto falso y mirada vil)
¡Gracias por tan magna enseñanza! ¡Permítame que se lo agradezca con un afectuoso abrazo de verdadero amor!

(MAESTRO, con una gran sonrisa, acepta el abrazo de HOMBRE, el cual aprovecha el gesto para meterle la mano en la chaqueta, y logra sacar finalmente la cartera repleta de billetes. HOMBRE mira a los paisanos de la mesa derecha, y levanta la cartera como señal de victoria. PAISANO 1 y PAISANO 2, celebran la fechoría levantando sus jarras. MAESTRO, de espaldas al foro derecho, no se percata de nada. HOMBRE se guarda la cartera en su pantalón, y separándose, da una palmadita condescendiente en la cara de MAESTRO, para luego caminar con aires chulescos de grandeza en dirección a la mesa derecha. MAESTRO permanece de pie con un rostro alegre y satisfecho)

MAESTRO
¡Qué hermosa noche! Esta es la primera vez que alguien me escucha y se interesa por el mensaje que por tantos caminos he llevado, y que hasta ahora había sido ignorado.

(MAESTRO avanza muy sonriente hasta hacer mutis por el foro izquierdo)

Escena V
(HOMBRE, PAISANO 1, PAISANO 2)

(HOMBRE llega a la mesa derecha y toma asiento junto a PAISANO 1 y PAISANO 2, los cuales le dirigen toda su atención con gesto expectante)

PAISANO 2
Bueno, ¿qué? Pues no la has echado larga ni nada, ¿eh?

PAISANO 1
Creíamos que no ibas a ser capaz.

HOMBRE
Sí que me ha costado lo mío, sí. ¡Pero es que no calla el tío!

PAISANO 1
¿Qué te contaba?

HOMBRE
Me decía no sé qué de que tenemos el poder de cambiar el mundo, ¿pero sabéis qué poder tengo yo? ¡El poder de coger lo que quiero, cuando quiero, y hacer con ello lo que me da la gana!

(HOMBRE saca la cartera de su bolsillo, y abriéndola lanza los billetes hacia arriba, cayendo como una lluvia sobre la mesa)

PAISANO 1
(Con tono cómplice)
¡Eres un bribón!

PAISANO 2
¡El mejor de los bribones!

HOMBRE
¡Pues este bribón os prometió cordero, y cordero os va a dar!

PAISANO 2
Por ahora rellénanos las jarras de buen vino para que podamos brindar por tus talentos.

(HOMBRE coge las tres jarras y va hasta la barrica. Pone una de ellas bajo el grifo y lo abre, pero nada pasa)

HOMBRE
Parece que nuestra dicha ha terminado: La barrica está vacía.

PAISANO 1
No hay de qué lamentarse. Ha sido una noche larga y deberíamos ir recogiéndonos.

HOMBRE
(Volviendo a la mesa con las jarras)
¡De eso nada, hasta que amanezca ha de continuar la fiesta!

PAISANO 1
(Cogiendo una de las jarras y observando su interior extrañado)
¿Pero cómo es esto posible? ¿No decías que ya no quedaba vino en la barrica?

HOMBRE
Así es.

PAISANO 1
¿Entonces por qué está llena mi jarra?

PAISANO 2
(Imitando el gesto)
¡Y la mía!

HOMBRE
(Haciendo lo propio)
También la mía lo está. ¡Pero no tiene sentido! No quedaba en el grifo ni una sola gota que darnos. ¿Será posible que tan sólo deseándolo...?

PAISANO 1
Ese sí que sería un poder extraordinario.

HOMBRE
(Señalando a la barrica pero mirando a los paisanos)
¡Tonterías! ¡Esa barrica que veis está completamente seca! *(Pasando a señalar al techo sobre la barrica, la cual comienza a elevarse siguiendo la trayectoria del dedo)* ¿Es que acaso vamos ahora a creernos que ha bajado este vino del cielo?

(PAISANO 1 y PAISANO 2 se incorporan con gesto desencajado de incredulidad. HOMBRE les observa sin ser consciente del motivo de sorpresa de estos, hasta que finalmente mira a la barrica, y asustado baja la mano con la que la señala, cesando esta su levitación y cayendo de golpe hasta el pedestal inicial. Los tres permanecen atónitos unos instantes)

PAISANO 1
Nunca en mi vida vi algo igual.

PAISANO 2
Cuéntanos cómo lo has hecho.

(HOMBRE permanece muy turbado por lo sucedido, con gesto de gran incomodidad)

PAISANO 2
Vamos, no nos dejes así. ¡Revélanos tu secreto!

HOMBRE
(Lanzando un manotazo autoritario al aire en dirección a los otros)
¡Silencio!

(PAISANO 1 y PAISANO 2 salen despedidos violentamente hacia atrás, y quedan tendidos en el suelo de espaldas)

HOMBRE
(Contemplando sus manos temblorosas con horror)
¡Oh, no! ¿Pero qué he hecho? ¿Qué es esto?

(PAISANO 1 y PAISANO 2 se levantan lentamente, y muy asustados hacen mutis por el foro derecho)

HOMBRE
(Gritándoles tratando de detenerlos)
¡Amigos, no debéis temerme...! ¡No fue mi intención...!

(HOMBRE queda desolado y toma asiento muy abatido y confuso)

HOMBRE
¿De dónde sale este poder que ahora me invade? ¿Siempre estuvo ahí? Y lo más importante, ¿para qué me ha de servir?

TELÓN

Acto Segundo

Escena VI
(HOMBRE, ALCALDE)

(Despacho del jefe de orden público. A derecha una puerta practicable cerrada que da al foro. A izquierda, una ventana desde la que se contempla la plaza. Bajo el vano un mueble bar con varias botellas de licor y vasos de cristal, y sobre este, un tocadiscos con algunos vinilos junto a él. En el centro de la escena y de cara al público, un enorme y elegante escritorio con su correspondiente butacón, y frente a este, dos sillas para las visitas. Tras la mesa, en la pared del fondo, un hacha enmarcada en una placa dorada. El empapelado de las paredes denota un gusto recargado y en exceso pretencioso. HOMBRE, ahora ataviado con una pomposa levita sobre su camisa blanca campesina, corbata roja en vez de tirantes, botas de montar de impoluto cuero sobre sus pantalones grises, afeitada la barba dejando únicamente un bigote imperial, y el cabello bien cortado y engominado hacia atrás de manera aristocrática, permanece con gesto altivo en el asiento que preside la mesa. De espaldas al público, ALCALDE, vestido exactamente igual que HOMBRE, el cual, sin llegar a sentarse en las sillas, señala los elementos del despacho con su bastón de mando)

ALCALDE
(Con servil furor)
¡Como verá son todo primeras calidades! Si no fuera porque es usted quien es, jamás le habría cedido mi propio despacho. ¡Pero, oh, mi buen señor, todo es poco con tal de pagarle la gran contribución que está haciendo a este nuestro municipio!

HOMBRE
Créame, alcalde, que el simple hecho de nombrarme jefe del orden público me hace ya muy feliz.

ALCALDE
(Comenzando a pasearse con gran parsimonia de un lado a otro de la escena)
Señor mío, he inventado el puesto para usted, e inventaré todos los que me pida que invente. Si acaso se le antojan más cargos, sólo tiene que decirlo.

HOMBRE
Por ahora bastará.

ALCALDE
Lo importante es que esté usted muy cómodo y no pierda sus poderes.

HOMBRE
(Con falsa humildad)
Yo sólo cumplo con mi deber.

ALCALDE
¿Es entonces de su agrado el palacete? ¿Ha pasado una buena primera noche en él?

HOMBRE
Sí, no puedo quejarme. Aunque aún quedan en el recibidor algunas de las antiguallas que albergaba el museo.

ALCALDE
¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Pero no se preocupe, hoy mismo enviaré a los mozos para que terminen de vaciarlo todo y ponerlo a su gusto.

HOMBRE
Así lo espero. No querría que mis visitas se pensaran que soy un vulgar expropiador.

ALCALDE
¡Pero eso es imposible, mi buen señor! Todos en la aldea saben que gracias a su prodigiosa capacidad de elevar rocas, remover tierras, e inmovilizar ladrones, pronto tendremos las mejores obras públicas, los más productivos cultivos, y el menor índice de criminalidad de la región. Y todo sin ningún esfuerzo de los vecinos. ¿Cómo no van a adorarle si les ha librado del tedioso trabajo? ¿Quién podría culparle de nada?

(Alguien llama a la puerta, la cual permanece cerrada)

HOMBRE
¿Sí? Adelante.

Escena VII
(HOMBRE, ALCALDE, MAESTRO, PAISANO 1, PAISANO 2, PAISANO 3, PAISANA 3, ANCIANA,)

(La puerta se entreabre y MAESTRO, vestido como en los actos anteriores, asoma medio cuerpo a través de ella)

MAESTRO
Disculpe, creo que me mandó llamar.

HOMBRE
Así es. Pase, pase.

MAESTRO
(Tratando de entrar con esfuerzo)
He tardado en llegar porque esto está lleno de gente y no hay manera de...

(Cuando MAESTRO termina de abrir la puerta se evidencia que detrás de él hay un grupo de gente empujando, deseosa de acceder al despacho. PAISANO 1, PAISANO 2, PAISANO 3, PAISANA 3, y ANCIANA, invaden a tropel la escena. MAESTRO queda apartado junto a la puerta abierta de par en par. La turba rodea la mesa, y ante tal avance ALCALDE retrocede de espaldas hasta chocar contra el mueble bar. HOMBRE se pone en pie confuso)

PAISANO 1
(Gritando y animando a los congregados)
¡Viva el jefe del orden público!

TURBA
¡Viva!

PAISANO 1
¡Viva nuestro más noble amigo!

TURBA
¡Viva!

ANCIANA
¡Viva nuestro salvador!

TURBA
¡Viva!

(PAISANA 3 se abalanzó sobre HOMBRE y le cubre de besos. Este, de nuevo tranquilo y henchido de orgullo, se separa de ella y extiende los brazos con gesto pacificador)

HOMBRE
Calma, amigos, calma.

ANCIANA
(Tratando de llegar a él con temblorosa devoción)
Déjenos que le toquemos para comprobar que es real.

ALCALDE
(Yendo a sujetar a ANCIANA)
Vamos, señora. ¿No ve que va a importunar a nuestro héroe?

HOMBRE
Les agradezco estás muestras de cariño, pero debo tomar posesión de mi nuevo cargo de inmediato.

ALCALDE
(Empujando con su vara a la turba en dirección al foro izquierdo)
Pueden estar tranquilos, pronto le verán por el pueblo, edificando y trayéndonos la paz con su inconmensurable poder.

(La turba va dejándose desalojar, no sin una cierta resistencia de obnubiladas miradas y devotas caricias hacia HOMBRE. Tras hacer mutis todo ellos, a excepción de HOMBRE, MAESTRO y ALCALDE, este último cierra la puerta con aliviado y despectivo gesto)

ALCALDE
(Suspirando)
¡Lo que hay que aguantar! Hay gente que no sabe dónde está su sitio.

HOMBRE
Alcalde, puede retirarse usted también.

ALCALDE
(Momentáneamente desconcertado, pero enseguida resignándose)
Si no manda nada más su señoría, estaré todo el día por el ayuntamiento para lo que necesite y...

HOMBRE
(Interrumpiendo)
Gracias. Déjenos solos.

ALCALDE
(Haciendo una reverencia)
Como guste. Siempre a sus pies.

(ALCALDE hace mutis por el foro izquierdo, cerrando la puerta tras de sí)

Escena VIII
(HOMBRE, MAESTRO)

(HOMBRE vuelve a tomar asiento en su butacón, y MAESTRO queda en la misma tímida posición junto a la puerta)

HOMBRE
Siéntese. No se quede ahí tan tieso, maestro.

MAESTRO
Gracias, estoy bien aquí.

HOMBRE
¿No le gusta mi nuevo despacho?

MAESTRO
Sí, muy bonito. Pero no creo que esto que está haciendo sea lo más correcto.

HOMBRE
(Pasando de tono cordial a ofendido)
¿Por qué dice eso?

MAESTRO
Me parece muy loable por su parte el que esté intentando ayudar a sus vecinos, pero no debería hacerlo para generar un espectáculo público de aplauso fácil.

HOMBRE
¿Y cuál es el problema si puede saberse? Ya ha visto que me aclaman y adoran. ¿A quien hago daño?

MAESTRO
Precisamente ese es el error: Ahora confían en usted para que les libere y proporcione una vida mejor, pero cuando usted se vaya perderán todo eso y más, pues serán más dependientes y se conocerán menos a sí mismos. No está cambiando nada, pues deben de ser ellos, a través de sus propias acciones, quienes crezcan y obtengan ese poder que ahora veneran como extraordinario. Es lo que usted me lo dijo con aquel mercader borracho, ¿recuerda?

(HOMBRE permanece callado, muy serio y reflexivo)

HOMBRE
(Rompiendo finalmente el silencio)
Maestro, sé que fue usted quien me dio estos poderes. En un primer momento pensé en usarlos para conseguir todos los lujos que quisiera, pero pronto reflexioné y entendí que el hecho de tenerlos implicaba una responsabilidad y un propósito. Todo eso que dijo del Bien, y que al principio no había realmente dado importancia, vino a mí finalmente mostrándose como única Verdad.

(MAESTRO camina hasta la ventana, y observa a través de ella sin pronunciar palabra alguna. HOMBRE se pone en pie, con gesto excitado)

HOMBRE

(Gesticulando violentamente con las manos y elevando el tono de voz para hacerse oír)
Yo no siempre hice las cosas como deben hacerse. ¡Lo confieso! Por eso sé que esta es una gran oportunidad para redimirme. Por eso sé que no puedo no usar este poder, viendo como la gente sufre. Y por eso sé también que estoy en una misión superior, y utilizaré cualquier medida que sea necesaria para llevarla a cabo. ¡Lo que importa es el fin y no los medios!

MAESTRO

(Girándose y estallando colérico sin poder contenerse)
¡El único medio es el conocimiento del Amor, del Bien universal! ¡Todos han de recordarlo y aceptarlo de corazón! ¡Cualquier imposición o acción exterior que podamos hacer, carece de valor!

HOMBRE

(Tomando asiento con gesto repentinamente frío e impasible)
Eso es demasiado complicado para estas pobres gentes. Sólo desean que mágicos héroes vengan a arreglar lo que ellos no pueden hacer.

MAESTRO

(Gritando desesperadamente)
¡Pero pueden hacerlo! ¡Sólo tienen que querer escuchar!

Escena IX
(HOMBRE, MAESTRO, MUJER)

(La puerta se abre violentamente, y por ella entra de forma precipitada MUJER, la cual, de edad similar a MAESTRO y HOMBRE, viste una camiseta de manga corta roja sobre otra camiseta de manga larga blanca, pantalones grises de campesino, botas de montaña, y lleva el cabello recogido en una coleta alta con flequillo plano. Sus rasgos son delicados, pero hay una enorme rudeza en su forma de gesticular y hablar)

MUJER

(Cerrando la puerta con la misma brusquedad con que la abrió)
¡Joder, cari, el ayuntamiento parece invadido por las ratas! Casi no me dejan llegar hasta aquí.

HOMBRE

Así es, queridita. Todos vienen a presentarme sus respetos.

MUJER

(Caminando hacia la mesa)
Pues si te digo lo que me ha pasado...

HOMBRE

Lo sé. Me di cuenta está mañana.

MUJER

Todavía no me lo termino de creer. He estado practicando moviendo todo tipo de cosas y...
(Percatándose de la presencia de MAESTRO junto a la ventana) ¡Ah, hola maestro! No le había visto. Apenas es una sombra ahí a contraluz.

MAESTRO

(Caminando hasta tomar asiento en una de las sillas)
Y sin embargo aquí estoy, entre las sombras.

HOMBRE
No te preocupes, preciosa, el maestro lo sabe todo. De hecho él también tiene estos poderes; fue él quien me los dio a mí.

MUJER
Y tú me has hecho lo mismo conmigo.

MAESTRO
¿Es eso cierto?

MUJER
Sí. Creo que fue anoche mientras nos besábamos. Yo le decía que envidiaba su fuerza y privilegios, y que deseaba tener tanto poder como él. Entonces sucedió.

HOMBRE
Ni yo mismo sé cómo ocurrió.

MAESTRO
Fue cosa del Amor. Sólo por el Amor habéis compartido todo, y por el Amor sois ahora iguales.

HOMBRE
(De pronto incómodo y autoritario)
Puede ser, puede ser. Pero lo importante es que nos organicemos. Querida sé que estás emocionada, pero debes entender que no voy a permitirte que empieces a usar los poderes sin ningún control, pues reinaría el caos. Además yo soy el jefe del orden público y tengo un deber. No podemos confundir a los ciudadanos. Las cosas han de hacerse correctamente.

MUJER
Claro, cari. Pero...

HOMBRE
(Poniéndose en pie)
¡Nada de peros! Es por esto por lo que os he mandado venir: Tengo una proposición.

MAESTRO
¿De qué tipo?

HOMBRE
(Caminando hasta el mueble bar)
Del tipo en el que nos aliamos los tres para formar una liga de héroes del pueblo. ¿Qué me decís?

MUJER
(Con tono avaricioso)
¡Y seremos intocables!

HOMBRE
Pues claro. Nos alabarán como a dioses. Si nadie más tiene estos poderes, nadie podrá decirnos qué hacer o dejar de hacer. Nos expandiremos de comarca en comarca. No habrá límite para la oficina del orden público.

MUJER
(Recriminando)
Pero tú serás el líder.

HOMBRE
Eso es lo de menos, queridita. *(Sacando una botella de licor y un vaso)* ¡Venga, no podéis negaros! Ahora pondré un disco de Django Reinhardt y brindaremos con el mejor bourbon, mientras disfrutamos de nuestro nuevo futuro lleno de gloria.

MAESTRO
(Poniéndose en pie)
El único futuro posible es que hagamos llegar el mensaje. La alianza es una buena oportunidad para que juntemos nuestras voces ahora que las gentes nos respetan y escuchan.

(HOMBRE deja en el mueble la botella y el vaso, y agita la cabeza con gesto de decepción. Luego camina despacio hasta el butacón, y busca en uno de los cajones de la mesa hasta encontrar la cartera de MAESTRO, la cual le tiende)

HOMBRE
(Con resentida falsedad)
Lo que tú digas, amigo. Por cierto te devuelvo tu cartera. Creo que debiste perderla durante los festejos.

MAESTRO
(Cogiéndola y guardándosela)
Gracias.

(Durante unos largos instantes reina una atmósfera tensa y silenciosa. Finalmente HOMBRE indica con el dedo a MUJER que vaya hasta a él, la cual obedece. Cuando está al alcance de sus manos, HOMBRE tira de MUJER, haciéndola sentar sobre él, y comienza a besarla obscenamente. MAESTRO, entendiendo la indirecta, hace mutis por el foro izquierdo)

Escena X
(HOMBRE, MUJER)

(Al cerrarse la puerta, HOMBRE deja de besar a MUJER, y ambos quedan sobre el butacón tras la mesa de cara al público, con gesto cómplice)

HOMBRE
Es una pena lo del maestro. ¡Que hayamos tenido que venir nosotros para hacerle entender lo que es el poder...!

MUJER
Nos dará problemas.

HOMBRE
Pero no podemos enfrentarnos físicamente a él. ¿Quién sabe si acaso su fuerza será mayor que la nuestra? ¿Cómo haremos para quitárnoslo de encima?

MUJER
Difamándole.

HOMBRE
¡Bravo, mi pequeña! Le acusaremos de ser un blando y un cobarde por no querer actuar.

MUJER
Dejaremos de llamarle maestro, y pasará a ser vagabundo.

HOMBRE
Con tan sólo nombrarle, todos sabrán que no es uno de los nuestros.

MUJER
Y nunca lo fue.

(MUJER y HOMBRE se besan apasionadamente)

TELÓN

Acto Tercero

Escena XI
(MAESTRO, MERCADER, VENDEDOR DE FLORES, ANCIANA, ALUMNOS)

(Plaza del pueblo. Las arcadas cubiertas de hiedra del primer acto permanecen de forma idéntica, sin embargo el centro de la escena se encuentra ahora despejado, a excepción de un puestecillo de productos agrícolas junto al foro derecho, en el cual trabaja MERCADER, que despacha a ANCIANA. Frente a este, en el centro de la escena, VENDEDOR DE FLORES, que ahora lleva unos enormes guantes cubriendo sus manos, se encuentra rodeado por ALUMNOS, los cuales saltan a su alrededor tratando de que les regale unas flores, a lo que este se resiste tratando de librarse del enjambre. Ya no hay música alguna. Por el foro izquierdo entra MAESTRO, ataviado como en los actos anteriores, pero esta vez sin la chaqueta de pana. Al verle, ALUMNOS detienen su asedio a VENDEDOR DE FLORES, y le observan fijamente)

ALUMNO 1
(Señalando a MAESTRO)
¡Mirad, un sucio vagabundo!

(ALUMNOS, a excepción de ALUMNO 2, le dirigen gestos de burla mientras ríen)

ALUMNO 2
(Indignado tratando de refrenar a sus compañeros)
¡No es un vagabundo, es el maestro!

ALUMNO 1
Ya oíste lo que dijo el alcalde: Es un peligroso inadaptado que trata de meter a la gente ideas raras en sus cabezas para desestabilizarlos y hacerles que se olviden de lo que realmente importa.

ALUMNO 3
(Haciendo chocar el puño contra la palma de su otra mano con gesto agresivo)
¡Eso! ¡Lo que realmente importa!

ALUMNO 4
Deberíamos darle una lección.

ALUMNO 1
¡Sí! ¡A por él!

(ALUMNOS corren hacia MAESTRO, pero ALUMNO 2 les adelanta y se pone ante el hombre para protegerle)

ALUMNO 2
¿No os dais cuenta? ¡Él sólo quiere ayudarnos!

ALUMNO 1
Si quisiera ayudarnos haría como el jefe del orden público, y nos daría mejores trabajos. Este es sólo un charlatán.

ALUMNO 3
¡Un charlatán!

ALUMNO 1
(Desistiendo del infantil linchamiento)
Vámonos, muchachos. No quiero que me vean cerca de la chusma.

ALUMNO 4
(A MAESTRO)
¡Vuélvase por donde vino!

(ALUMNO 1, ALUMNO 3, ALUMNO 4, ALUMNO 5, y ALUMNO 6, abandonan la escena por el foro izquierdo. ALUMNO 2 queda junto a MAESTRO, el cual le observa con gratitud)

ALUMNO 2
¿Qué va a hacer, maestro? ¿Se irá del pueblo?

MAESTRO
Siempre es así.

ALUMNO 2
Pero no es justo.

MAESTRO
No en este mundo.

ALUMNO 2
¡Que complicada es la vida, maestro!

MAESTRO
La vida es muy sencilla. Lo complicado es entenderla, pero una vez veas los pilares sobre los que todo se asienta, comprenderás el porqué de cada cosa. Entonces podrás vivir sin miedo, y caminarás seguro sin los torpes pasos que tanto atormentarán a otros en su zozobra. Precisamente serán estos los que te digan que nada tiene sentido, y lo harán porque toda Verdad ignoran. Nunca debes escuchar a los que pretenden llevarte a la oscuridad de un mundo temeroso y ciego.

ALUMNO 2
Ojalá alguien le escuchara, maestro.

MAESTRO
(Poniendo dulcemente una mano sobre la cabeza de ALUMNO 2)
Me valdría con que al menos uno lo hubiera hecho.

(ANCIANA coge la bolsa de la compra, y camina del puestecillo hasta donde se encuentra el MAESTRO)

ANCIANA
(Separando la mano de MAESTRO de la cabeza de ALUMNO 2, y en tono muy despectivo)
Desde luego... ¿No le da vergüenza? ¿Cómo se atreve a seguir acercándose a los niños? *(A ALUMNO 2)* Vamos bonito, vete a jugar con tus amiguitos. ¡Y no vuelvas a hablar con sucios vagabundos!

(ALUMNO 2, se aleja mirando tristemente a MAESTRO, hasta hacer mutis por el foro izquierdo)

ANCIANA
Nunca debimos dejarle las llaves de nuestra hermosa escuela. Yo supe desde el primer momento que no era trigo limpio. ¿Quién vive renunciando a los lujos del sueldo de un maestro, solo, sin una buena mujer a su lado? ¡Únicamente un loco! ¡Alguien enviado para destruir nuestro mundo!

MAESTRO
Puede que en eso último tenga razón.

ANCIANA
¡Qué descaro!

(ANCIANA escupe con asco a los pies de MAESTRO, y hace mutis por el foro izquierdo. MAESTRO camina pensativo hasta VENDEDOR DE FLORES, el cual no ha dejado de observarle)

VENDEDOR DE FLORES
(Acercándose al oído de MAESTRO con tono amenazador)
¡Sé lo que ha hecho!

MAESTRO
¿Usted también?

VENDEDOR DE FLORES
(Levantando las manos cubiertas por los guantes)
¡Mire! ¡Mire mis manos! ¡Todo lo que mi piel roza se vuelve oro! ¡Usted me ha condenado!

MAESTRO
¿No era eso lo que quería?

VENDEDOR DE FLORES
¿De qué me sirve el oro si no puedo beber, comer, besar o tocar nada ni a nadie?

MAESTRO
Recuerde que yo le ofrecí palabras, pero prefirió rechazarlas.

VENDEDOR DE FLORES
(Malhumorado)
¿A quién le importan las palabras?

(VENDEDOR DE FLORES hace mutis por el foro izquierdo. MAESTRO queda de pie en el centro de la escena, y tras unos instantes se encoge ante un soplo de aire helado y tirita. MERCADER le observa desde el puestecillo con el ceño fruncido)

MERCADER
Oiga, ¿qué hace ahí plantado? ¿No ve que me espanta a la clientela?

MAESTRO
Tengo frío.

MERCADER
Pues váyase a su casa.

MAESTRO
No tengo casa.

MERCADER
¡Háganos un favor a todos y desaparezca de este pueblo!

MAESTRO
Lo haré. Y de verás que lo siento.

MERCADER
¿Por qué dice que lo siente?

MAESTRO
Porque de nuevo fracasé.

(MAESTRO hace mutis por el foro derecho)

Escena XII
(MERCADER, MUJER, PAISANA 1, PAISANA 2, PAISANA 3, HOMBRE, PAISANO 1, PAISANO 2, PAISANO 3)

(MERCADER recoge su puesto, y cargando algunas cajas de hortalizas camina hacia el foro izquierdo. Antes de alcanzar las arcadas, por las mismas entran MUJER, PAISANA 1, PAISANA 2, y PAISANA 3, las cuales ya no visten trajes campesinos, si no camisetas rojas al igual que MUJER en el acto anterior, y que con actitud muy agresiva le impiden el paso. MERCADER retrocede confuso hasta el centro de la escena, momento en el cual por el foro derecho entran HOMBRE, PAISANO 1, PAISANO 2, y PAISANO 3, con idéntica actitud hostil. Los dos grupos quedan enfrentados mientras se dirigen miradas de odio)

HOMBRE
(Muy autoritario)
¿Qué hacéis aquí? Os dijimos que esto no sucedería.

MUJER
Y sin embargo ha sucedido.

HOMBRE
¿Qué reclamáis?

MUJER
Reclamo mi propio cargo. Y también un palacete como el tuyo, pues al fin y al cabo, tenemos los mismos poderes.

HOMBRE
¿Y por qué te siguen esas mujeres?

MUJER
Se han cansado de limpiar, cocinar y servir a los hombres. ¿Por qué te siguen ellos a ti?

HOMBRE
Porque soy el jefe del orden público.

MUJER
¿Jefe dices? ¿Simplemente porque llegaste antes?

HOMBRE
(Vacilando en su contestación)
Pues...

MUJER
Hasta ahora habéis mandado vosotros, y mirad que mundo de dolor habéis creado. Nosotras lo haremos mejor.

PAISANO 1
¿Qué os hace pensar eso?

MUJER
Sencillamente el hecho de que vosotros sois responsables del mal anterior.

PAISANO 2
¿Mal? ¿Quién puede saber qué es Mal o Bien?

MUJER
Nada de eso importa, mientras os sometáis y calléis.

TELÓN

Epílogo

Escena XIII
(MAESTRO, CAMARERO, PARROQUIANO)

(Café en la gran ciudad. En el foro izquierdo, en primer término, una mesa y una silla ocupada por MAESTRO, el cual viste los pantalones negros de los actos anteriores, una sudadera gris desgastada, un gorro de lana, y ningún calzado en sus pies, y que se encuentra dormido, descansando su cabeza sobre los brazos que reposan sobre la tabla. En ese mismo foro, en segundo término, una puerta practicable que da a la calle. En el lado derecho una barra de bar con un taburete, y tras esta, de costado al público y mirando hacia el lado izquierdo, CAMARERO, el cual uniformado con camisa blanca y pajarita, seca unos vasos. Tras este, pegada a la pared derecha, una balda con botellas de licor variadas. Ocupando toda la pared del fondo, un gran espejo en el que se reflejan las butacas del público. Por la puerta entra PARROQUIANO, hombre de mediana edad, vestido con traje de los domingos, aire de oficinista, y portando un periódico bajo el brazo. Se dirige a la barra, pero al pasar tras MAESTRO y percatarse de su presencia, le dirige una mirada de desaprobación)

PARROQUIANO
(Sentándose en el taburete y señalando a MAESTRO)
No sé cómo puedes dejar que entre aquí ese tipo de gente.

CAMARERO
Me dan pena. Son personas que no pueden vivir en este mundo.

PARROQUIANO
(Abriendo el periódico)
Así nos va. ¡Mira! ¡Únicamente tragedias y miseria! Te digo que estos vagabundos no pueden traer nada bueno. Son un signo de decadencia.

(CAMARERO sirve una cerveza en un vaso y la entrega a PARROQUIANO, el cual bebe sin dejar de observar las hojas del diario)

PARROQUIANO
Escucha esta noticia: Todos los habitantes de un pueblo comarcal, se han matado los unos a los otros.

(MAESTRO levanta repentinamente la cabeza, y pone su atención en las palabras de PARROQUIANO)

PARROQUIANO
(Prosiguiendo)
Se comenta que fueron dos bandos, uno acaudillado por el jefe del orden público, y otro por una mujer, que enfrentados y desatando extrañas e inexplicables fuerzas destructivas, dividieron al pueblo y lucharon por el poder hasta que no quedó nadie con vida.

(MAESTRO se pone en pie muy alterado, y corre hasta la barra)

MAESTRO
(Tratando de ver la noticia sobre el hombro de PARROQUIANO)
¡Yo vengo de allí!

PARROQUIANO
(Observando a MAESTRO con desagrado)
¿Cómo lo sabes? Ni siquiera he leído aun el nombre del pueblo.

MAESTRO
¿Qué más da? Siempre acaba igual.

(PARROQUIANO y CAMARERO se miran extrañados, pero no queriendo indagar en el tema, el primero termina su cerveza, deja el periódico sobre la barra, y se incorpora con intención de marchar)

PARROQUIANO
Bueno, por hoy acabó mi tiempo de ocio. Vuelvo a mi indeseable realidad.

MAESTRO
¿Por qué dice eso de indeseable?

PARROQUIANO
Porque vivimos rodeados de egoístas. Cada vez es más difícil encontrar buena gente en esta ciudad.

MAESTRO
¿Y eso no le gusta?

PARROQUIANO
Pues no.

MAESTRO
¿Y por qué no hace algo para cambiarlo?

PARROQUIANO
¡Que gracia! ¡Ni que fuera tan fácil! Y me lo dices tú, un sucio vagabundo. ¡Búscate un trabajo, aporta algo a esta sociedad y luego me hablas de cambios!

MAESTRO
¿Por qué iba a hacerlo?

PARROQUIANO
Por ejemplo para tener un hogar donde volver como yo, con una esposa que te quiere.

MAESTRO
¿Y usted la quiere a ella?

PARROQUIANO
Claro. ¿Qué pregunta es esa?

MAESTRO
Me gustaría saber lo que es el Amor.

PARROQUIANO
(Riendo con soberbia)
Cuanto te queda por madurar. Sabes lo mismo que un niño. El amor es un sentimiento. No se puede explicar con palabras.

MAESTRO
¿Entonces cómo sabe que lo que usted llama amor es lo mismo para su mujer?

PARROQUIANO
Porque sé que yo daría todo por ella, incluso mi vida, y ella haría lo mismo por mí.

MAESTRO
¿Pensar en ella antes que en usted mismo?

PARROQUIANO
Exacto.

MAESTRO
¿Eso es el amor?

PARROQUIANO
Sí.

MAESTRO
¿Y qué pasaría si pensara en los demás, en toda esa gente que conforma el mundo que ve como indeseable, antes que en sí mismo? ¿Y si ellos pensarán en usted antes que en ellos mismos, no se estarían dándose Amor y vida los unos a los otros? ¿No habrían creado un mundo basado en el Amor? ¿Es acaso ese el cambio que no quiere encontrar?

(PARROQUIANO queda reflexionando en silencio, incómodo por sus propios pensamientos)

PARROQUIANO
(Con agresivo desprecio)
¡Sólo eres un loco! ¡Deja de molestar a la gente de bien!

(PARROQUIANO hace mutis con paso furioso)

CAMARERO
(Observando a MAESTRO con perplejidad)
Oye, ¿quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

MAESTRO
Podría inventarme un nombre propio, pero quizá tardase ocho días en encontrarlo, y aun así daría igual. Simplemente soy alguien que vaga por los caminos, llevando de pueblo en pueblo una Verdad.

CAMARERO
¿Qué verdad?

MAESTRO
Una que por mucho que repita como un loco, nadie quiere escuchar.

CAMARERO
¿De qué te sorprendes, amigo? La gente tiene miedo, y no atiende a razones.

MAESTRO
¿Pero dónde están?

CAMARERO
¿Quienes?

MAESTRO
Los que escuchan. ¿Dónde están los que escuchan?

(Las luces se apagan, y un foco ilumina al público, el cual queda claramente reflejado en el espejo)

TELÓN

EL MÁS BELLO JARDÍN
Alegoría en cuatro actos

Personajes:

LEX, *Don Alejandro. Propietario de una humilde red de floricultura. Hombre superfluo. Eterno opositor*.

AUX, *Señor Devereaux. Administrador de la compañía de Don Alejandro. Luz infiltrada en la sombra. Mejor amigo.*

JUD, *Judith. Idealización platónica de Don Alejandro. Ciega aun.*

HOL, *Holofernes "Carbonara". Opio para Judith. Ídolo del ocaso.*

EMPRESARIO, *representante de Flores Envasadas Sociedad Limitada.*

Notas:

Izquierda y derecha las del público.

Acto Primero

Escena I
(LEX)

(Dormitorio de Lex. En el foro izquierdo una ventana con gruesas cortinas. Bajo esta un tocadiscos con varios vinilos en sus fundas. En el centro una cama cubierta por multitud de sabanas, y con un grueso libro calzando una de sus patas. En el suelo, por el lado izquierdo, dos cestos de mimbre llenos de rosas, y por el derecho, un plato con un trozo de pizza fría, un vaso vacío, y unas zapatillas de andar por casa similares a dos grandes patas peludas. En el foro derecho una puerta practicable. Entre esta y la cama, una mesa de jardín y tres sillas de plástico, sobre una de las cuales reposa un albornoz del mismo pelo que el de las zapatillas, y pegado al fondo, un arcón. Las paredes de la estancia están empapeladas en tono salmón y con motivos florales. Su estado denota un nulo mantenimiento, encontrándose sucias y con el papel despegado por varios puntos. Tendido en la cama boca arriba y con los ojos cerrados, Lex, un hombre de treinta y pocos años, ataviado con un esquijama de algodón rojo, y cuyo rostro y cabeza se encuentran cubiertos por una tupida barba y melena, ambas igual de espesas y descuidadas. Sobre su cabeza, conteniendo apenas el enjambre capilar, un desgastado gorro de lana negra. Permanece con las manos cruzadas sobre el pecho, y entre estas, una larga rosa. De pronto un ronquido y un espasmo. Sus parpados se abren pesados, asumiendo el regreso a una realidad indeseada, pero aceptada como inevitable)

LEX
(Bostezando y estirándose perezoso)
Bueno, un nuevo día, y una nueva rosa en mi mano al amanecer. *(Sacando el brazo de la cama, el cual queda a la altura de la cesta, donde deja caer la flor)* Otro bocado más para doña cesta. *(Levanta ligeramente la cabeza para asomarse al interior del recipiente de mimbre)* ¡Pero oiga, se ha puesto usted las botas hoy! *(Volviendo a recostarse poniendo sus manos detrás de la cabeza con satisfacción)* Sí, Aux se alegrará mucho cuando venga a por ellas. Seguro que me felicita. ¡Y no es para menos, pues está claro que ha sido una noche productiva! ¿Cuántas horas habré dormido?

(LEX se mete bajo las sabanas y bucea bajo estas recorriendo toda la cama varias veces. Finalmente se asoma con un reloj despertador en sus manos)

LEX
(Mirando el reloj)
¡Pero no es posible! ¡Aún es demasiado pronto! ¿Qué clase de locura me ha llevado a madrugar tanto? *(Volviendo a meter el despertador bajo las sabanas y tumbándose en posición fetal dispuesto a volver a dormirse)* ¡Venga, otro sueñecito! No lo haré por mí, lo haré por el negocio. *(Tras unos instantes intentando conciliar el sueño en vano, se revuelve tocándose incómodamente el abdomen hasta incorporarse)* ¿Pero qué le ocurre señor estómago? ¿Es que usted también quiere lo suyo? ¡No le dejan a uno tranquilo!

(LEX otea la estancia hasta localizar el plato y el vaso en el suelo junto a la cama. Alargando el brazo coge el trozo de pizza y se lo lleva a la boca. Se lo come en la contorsionada posición en la que ha quedado, con las piernas aun en la cama, y el tronco descolgado hacia el suelo, apoyado penosamente en el piso sobre una mano. Tras esto, se limpia las migas de la boca, y trata de beber del vaso, el cual no contiene nada)

LEX
(Paladeando con gesto sorprendido y bobalicón)
¡Este batido de chocolate me sabe a aire! *(Dejando el vaso e incorporándose sobre el respaldo de la cama con los brazos cruzados y gesto enrabietado)* ¡No hay derecho! Yo dejé anoche al menos un cuarto de vaso para el desayuno. ¿Qué habrá sido del delicioso néctar de cacao? Alguna rata que yo me sé, se lo habrá bebido esta noche a mi salud. ¡Ya lo creo que sí! Y apostaría que ahora me estará observando desde algún rincón de esta habitación, allá en su pequeña guarida, asomando el hociquito mientras se ríe de mí. Pretende que vaya ahora hasta la cocina para ver cómo me resfrío, ¿verdad, señora rata? ¡Pero no, no le daré ese gusto! ¡No estoy tan loco como para recorrer ese pasillo traicionero con las corrientes de aire helado que lo atraviesan a estas horas! Dormiré. Sí, eso haré. ¿Aunque cómo hacerlo con esta bola de pizza en mi garganta? *(Tocándose el cuello, como queriendo hacer descender la comida por su esófago)* Si no puedo empujarla con batido, la haré bajar saltando. Eso no puede fallar.

(LEX se pone de pie sobre la cama y comienza a saltar con alegría infantil. De pronto se pincha en un pie con algo, y tras el correspondiente gruñido, cogiéndose el mismo con gesto dolorido, se deja caer de culo sobre el colchón)

LEX
(Tratando de verse la planta de su pie poniéndola a la altura de su cara)
¿Quién me ha mordido? ¿Que traicionera acción es esta, aquí, en mi propia cama? *(Mirando bajo las revueltas e interminables sabanas)* ¿Ha sido usted, doña rata roba desayunos? *(Sacando un monóculo de entre los pliegues de la tela con recobrada ilusión)* ¡Anda, mi monóculo! Ya lo daba por perdido.
(LEX se pone de nuevo en pie sobre la cama, y con teatral solemnidad se coloca la lente sobre un ojo. Luego se quita el gorrito, echa el pelo para atrás, y trata de arreglar su barba para tener un aspecto más solemne)

LEX
(Moviendo los pies como si caminara pero sin moverse, con una mano en el pecho, la cabeza muy alta, e impostada voz)
¡Miren, ahí va el señor subsecretario! ¡Buenos días su ilustrísima! *(Haciendo que saluda hacia el foro derecho, y ya con su voz)* Buenos días mis queridos subordinados. Pero sigan, sigan con sus labores al servicio del Estado. Yo estaré en mi despacho, el más grande y lujoso del palacio ministerial. Que me traigan una pizza con mucho queso. *(Con la impostada voz del comienzo)* ¿Querrá también un batido de chocolate su señoría? *(Recuperando su voz)* ¿Qué pregunta es esa? ¡Pues faltaría más! ¿Cómo empezar la mañana si no?

(Lex se lleva las manos al estómago y su rostro denota una repentina contracción del mismo. Se quita el monóculo y lo devuelve bajo las sabanas. Finalmente se sienta con las piernas cruzadas)

LEX
(Con repentina tristeza)
Vaya, me ruge la tripa... Apuesto a que estas horas deben estar abriendo el ministerio. Y yo aquí… Desvelado… Y sin un desayuno decente que pasarme por las barbas.

Escena II

(LEX, AUX)

(Tras el foro derecho se oye el sonido de una puerta cerrándose. La expresión de LEX al escucharla cambia bruscamente a un estado de intensa y alegre expectación)

LEX
¿Auxi, eres tú, viejo amigo?

VOZ DE AUX
¿Quién si no?

LEX
¿Qué haces? ¿Dónde estás?

VOZ DE AUX
¡Tienes la cocina hecha un asco!

LEX
Seguramente es cosa de esa rata…

(AUX entra por la puerta del foro derecho. Es un hombre de edad similar a la de LEX. Viste un peto azul de trabajo, y bajo este, un polo blanco de manga corta. Sobre su cabeza un sombrero de paja campechano, y en sus manos guantes de jardinería. Trae consigo dos grandes cestas de mimbre idénticas a las que hay junto a la cama, pero en este caso vacías. Su sonrisa y energía delatan una personalidad afable y decidida, que contrasta a todas luces con la apatía de su anfitrión. Va hasta el centro de la escena con paso

apresurado, y dejando las cestas en el suelo, se quita el sombrero, el cual deja sobre la mesa. Luego saca del bolsillo de su peto una carta arrugada)

AUX

No vas a creerlo, mira lo que me escriben del banco. Y directamente de puño y letra del director de la oficina. *(Leyendo la misiva)* Estimado señor Devereaux, debido a los excelentes ingresos generados el mes pasado por la empresa que usted administra, nos encontramos en disposición de ofrecerle un crédito que a buen seguro le resultará más que interesante. *(Levantando la vista del papel y mirando a LEX)* ¡Menuda ironía, ahora que no necesitamos dinero es cuando quieren prestárnoslo!

LEX

(Entre bostezos)

¿Y es por eso que vienes tan pronto, porque hay unos señores que quieren darnos dinero para que nosotros les demos luego aún más dinero del que ellos nos dieron? Espero que tu inquietud matutina no sea por si aceptar o no esa trampa, si no por la idea de abrir nosotros nuestro propio banco. ¡Eso sí que es un negocio redondo!

AUX

(Guardándose la carta y llevando hasta la cama las cestas llenas, las cuales cambia por las vacías)

No, vengo con prisa porque hoy tenemos dos vendedores nuevos. Son los que van a cubrir el sector de los parques del oeste, pues últimamente han registrado gran número de turistas y enamorados, y tengo que llevarles mercancía antes de que...

LEX

(Interrumpiendo con desinterés)

¡Auxi, amigo, dime que me trajiste pizza y batido!

AUX

(Aturdido por la interrupción)

Sí, para toda la semana… Lo he dejado en el frigorífico como siempre.

LEX

Creo que debería poner un hornillo y una pequeña neverita bajo la cama.

AUX

(Con tono irónico)

Y ya sólo te faltaría el orinal para no salir más de esta habitación.

LEX

(Sin entender la ironía y con gran jubilo)

¡Ah, Auxi, Auxi, mi más estimado socio! ¿Qué sería de mí sin ti?

AUX

No, Lex, qué sería de nuestro negocio sin esas rosas que crecen cada noche de tus manos.

LEX

Pero el mérito es tuyo, que bien supiste ver cómo iba en aumento el número de flores que misteriosamente me rodeaban inertes cada día al despertar, y conseguiste tranquilizarme, ideando esta red de floricultura nuestra.

AUX

Somos vendedores de rosas ambulantes. Sólo es eso.

LEX

Pues para mi significa todo, Auxi.

AUX
(Señalando al libro que calza la cama)
Para ti significa un sueldo, sin tener que seguir estudiando esas oposiciones para la oficina ministerial.

LEX
(Apartando la vista avergonzado)
Bueno… Bueno… Ahora tengo mucho lio, pero ya verás cómo algún día seré un respetable funcionario, y por la calle todos me saludarán con gran reverencia y...

AUX
(Interrumpiéndole)
Siempre dices lo mismo, pero sigues en esa cama tuya.

LEX
(Tratando de desviar torpemente la atención)
Ya… Pero… ¿Qué me dices del frío y de las ratas?

AUX
(Dirigiéndose al foro derecho con las cestas cargadas de rosas y en tono cariñoso)
Lex, tus disparatadas excusas no conocen límite.

LEX
(Agitado al ver marchar al amigo)
Oye, Auxi, ¿a dónde vas? ¿Me traes un poco de batido de chocolate de la cocina?

AUX
Ya te he dicho que tengo que entregar estas flores a los nuevos muchachos.

LEX
¿Pero volverás luego? Es muy pronto y no puedo volver a conciliar el sueño.

AUX
No es tan pronto, Lex. Además, ¿no decías que estabas tan ocupado con no sé qué?

(El despertador comienza a sonar bajo las sabanas. AUX hace mutis por el foro dejando olvidado el sombrero sobre la mesa, mientras que LEX bucea bajo la tela con agitación. Finalmente saca el reloj, y tras comprobar la hora, salta de la cama por el lado izquierdo. Va atropelladamente hasta ventana, y una vez allí, descorriendo la cortina lo justo para poder ver a través de ella, y ocultándose celosamente tras la misma, permanece espiando con gran regocijo el exterior de la casa. Pasa así unos instantes, con gesto sublimado, y de pronto suspira apretando su mano contra el pecho)

LEX
¡Ah, señor corazón, cuantos años son ya observándola desde la distancia sin poder latir al unísono con el de ella!

(Permaneciendo así en su silente acecho, de espaldas a la puerta, no ve entrar por la misma a AUX, que ahora liberado de la carga de las cestas, y con gran celeridad, se lanza hasta la mesa para coger su sombrero olvidado. Al ver a LEX, se detiene, y permanece unos instantes pensativo)

AUX
(Rompiendo el silencio)
Asique a eso es lo que te dedicas, ¿eh?

(LEX se gira sorprendido y trata de cerrar la cortina tan bruscamente que necesita varios intentos para lograrlo)

LEX
(Tratando de disimular)
Qué… Qué rápido has vuelto.

AUX
(Poniéndose el sombrero)
Me dijiste que lo habías superado.

LEX
¿Cómo? No sé de qué hablas.

AUX
De Judith.

LEX
(Corriendo hacia la cama de puntillas y tratando de cambiar de tema)
¿Pero es que está hecho de hielo este suelo o qué pasa aquí?

AUX
¿Aun la espías por las mañanas cuando sale a trabajar?

LEX
(Bajando la cabeza y reconociendo su corta mentira)
Y por la tarde cuando regresa.

AUX
(Quitándose el sombrero, el cual deja de nuevo sobre la mesa, y yendo a sentarse en el borde de la cama conmovido)
¡Oh, Alejandro, mi querido e imposible amigo!

LEX
(Cargándose de fuerzas y orgullo para justificarse)
¡Pero qué quieres que le haga, Auxi! La amo desde que se sentó a mi lado en aquel pupitre en la escuela; fui a todos sus cumpleaños aunque ella nunca me vio; me hice amigo de sus novios para poder conocerla; la seguí en silencio hasta aquí cuando se mudó al barrio más gris de la ciudad. Pero nunca me importó. Porque ella es el sol que me ilumina en la distancia; la que pone las horas en mi reloj.

AUX
¿Y cuándo piensas convertir el astro en mujer?

LEX
(De nuevo tratando torpemente de buscar una excusa)
Estoy trazando mi plan. Ya casi lo tengo terminado.

AUX
Llevas años con ese supuesto plan. De hecho ya no recuerdo cuantas veces me juraste haberlo abandonado definitivamente.

LEX
Es que es complicado. ¿Cómo voy a presentarme ante ella sin hacer algo grande antes?

AUX
Tú ya eres grande por ti mismo, Lex. Tu inocencia y tu ternura son únicos. Ese es tu tesoro. Pero esta cama… Este pijama roñoso… Son tu perdición.

(LEX se tumba de espaldas a AUX, avergonzado)

AUX
Desde que te mudaste aquí, siguiéndola en tus ensoñaciones, apenas si has vuelto a pisar la calle. *(Poniéndose en pie)* Vente conmigo, Lex. Podrás ver por fin como vendemos las rosas. El aire de los jardines te vendrá bien.

LEX
No, Auxi. Yo el único jardín que quiero está aquí, entre estas sabanas y esa ventana.

AUX
(Dirigiéndose hacia el foro derecho)
Creo que has olvidado cómo vivir en este mundo. *(Deteniéndose bajo el marco de la puerta, y para sí mismo)* Aunque quizá por eso, aun con todo el polvo del mundo y esas inexplicables rosas sepultándote en esta burbuja atemporal, puedas mantenerte más limpio que ninguno de nosotros.

(AUX hace mutis, de nuevo sin el sombrero)

LEX
(Cogiendo el reloj y girando las manillas que programan el despertador)
Lo que no puedo olvidar es la hora de volver a ver Judith esta tarde. *(Lanzando el reloj entre las sabanas mientras bosteza)* Por ahora ya he cumplido con mis obligaciones diarias.

Escena III

(LEX, JUD)

(LEX se pone cómodamente boca arriba con una sonrisa de satisfacción en su rostro, y cierra los ojos dispuesto a volver a dormirse, cuando de pronto, desde el foro derecho se escucha de nuevo una puerta cerrándose)

LEX
¿Auxi, has vuelto a olvidar tu sombrero? Conozco bien tus trucos, pero te adelanto que no podrás convencerme para…

VOZ DE JUD
(Desde el foro)
¿Hola? ¿Hay alguien?

LEX
(Incorporándose extrañado y para sí)
¿Qué es esto? ¿Una voz de femenina? ¿Cómo es posible si nunca recibo visitas de mujer alguna?

VOZ DE JUD
¿Se puede?

LEX
(Saltando de la cama por el lado derecho y poniéndose las enormes zapatillas con gran inquietud)
Sí… Adelante, adelante. Siempre está abierto.

(LEX corre hasta la silla y se pone el albornoz)

LEX
¿Será doña rata que ha aprendido a hablar y trata de engañarme?

VOZ DE JUD
¿Dónde está? No le encuentro.

LEX
Aquí, al fondo del pasillo, en el dormitorio.

(LEX ojea la estancia nerviosa. Estira superficialmente las sabanas, coloca las almohadas, y corre a recoger del suelo el plato y el vaso, los cuales esconde en el arcón. En mitad de esta acción entra JUD, una joven de edad similar a la de LEX, ataviada con un sencillo vestido rosa y una coleta. Su gesto denota una evidente repugnancia mientras observa la estancia, y de enfado al mirar a LEX, el cual al verla queda petrificado)

JUD
¿Quién es usted, y por qué me espía desde esa ventana?

LEX
(Con gran congoja y aun paralizado)
Sabía que no tenía que haberme levantado.

TELÓN

Acto Segundo

Escena IV
(LEX)

(Dormitorio de LEX. Este se encuentra tumbado en la cama boca arriba, visiblemente inquieto y con la mirada perdida. Viste el mismo esquijama del acto anterior. En la silla vuelve a reposar el albornoz, y el sombrero ya no está sobre la mesa)

LEX
(Sumido en las dudas)
No… No entiendo cómo ha podido aceptar cenar conmigo. Es sencillamente… ¡Qué locura! ¡Qué locura! ¡Pero si yo no soy de esos que van a citas y se cogen de la mano! *(Dándose confusos apretones de mano a sí mismo)* No sabría cómo hacerlo, ni con que intensidad. *(Suspirando asqueado consigo mismo)* Ella es una chica dulce y delicada, y yo aún no estoy a su nivel. Y pensar que ya casi tenía preparado mi plan para conquistarla. ¿Cómo se han podido precipitar así las cosas sólo por mi torpeza con esas traicioneras cortinas? *(Levantando con abulia las sabanas)* ¡Y encima ni siquiera encuentro mi monóculo! *(Respirando profundamente para armarse de valor)* Pero ya está hecho. Tendré que improvisar. *(Incorporándose y sentándose en el borde de la cama sin decidirse a levantarse)* La llevaré a un restaurante elegante, de esos de luz tenue y fondo de mimoso violín. Aunque claro, ¿cómo podríamos concentrarnos con tantas y hermosas distracciones? ¿Y si al observarme en medio de tan idílico marco, se da cuenta de que realmente soy un esperpento? ¿Qué pasará cuando lleguemos y nadie sepa quién soy, ni me reverencie con admiración? ¿Es que acaso ella merece tal humillación? No, no puedo dejar que la vean con un tipo tan insignificante. *(Metiendo los pies en las zapatillas y poniéndose en pie)* Pediré que nos suban la comida del restaurante y jugaremos en mi propio terreno. *(Cogiendo una sábana y poniéndola sobre la mesa a modo de mantel)* Perfecto. Aquí nos tendremos sólo el uno al otro. Aunque… ¿Qué haré si me pregunta por la receta de los platos servidos? ¿Cómo decirle que ni siquiera me molesté en cocinarlos yo mismo? Pensará sin remedio que no sé hacer nada. *(Comenzando a andar nervioso de un lado a otro de la escena)* ¡Vamos, doña cabeza, ayúdeme a solucionar esto! ¿Que he de comprar un salmón y prepararlo en mi horno con ricas especias y una cama de patatas? ¡Sí! ¡Muy bien pensando! *(Quitándose el gorro y besándose una mano para luego llevarla hasta su cabeza)* Bien, he de vestirme antes que nada. Quizá todavía no sea un subsecretario, pero he de hacer lo posible por parecerlo.

(LEX va hasta el arcón, lo abre y saca una polvorienta levita, la cual se pone sobre el esquijama. Luego mete en el mueble, tanto el gorro como las zapatillas, y se calza unos botines. Tras esto guarda el albornoz, y saca dos platos y dos vasos, los cuales lleva hasta la mesa. Finalmente parece caer en la cuenta de un último detalle, y sacando un tercer vaso, va hasta una de las cestas, coge una rosa, y metiéndole en el vaso lo deja en el centro de la mesa)

LEX
Ojalá hubiera tenido unas semanas más, y entonces serían los camareros del ministerio quienes nos estarían sirviendo. Pero para ser tan precipitado creo que ha quedado bastante decente. Ahora iré al mercado a comprar y…

(El despertador suena desde la cama, y LEX corre aterrorizado para comprobar la hora)

LEX
¡Oh, no! ¡Pero si ya es la hora! ¿Cómo he podido distraerme tanto en mis divagaciones?

Escena V

(LEX, JUD, HOL)

(Desde el foro derecho suena la puerta al cerrarse)

VOZ DE JUD
Alex, ¿estás listo?

LEX
¡Judith! ¡No hay tiempo! Calentaré una pizza y sacaré mi batido de chocolate más frío. Quizá no sea lo más romántico, pero sin duda sí lo más sabroso que puede un caballero ofrecerle a una dama.

(LEX se coloca muy firme y sonriente frente a la puerta, al tiempo que trata de arreglarse el peinado y sacudirse el polvo de la levita. Por la puerta entran JUD, ataviada como el acto anterior, pero llevando sobre el vestido una chupa motera de cuero, y con ella HOL, un hombre musculoso, visiblemente más alto e imponente que LEX, y el cual viste pantalones militares de camuflaje, botas, y camiseta negra de tirantes. Con la misma agresividad que denota su aspecto, y observando la estancia sin siquiera mirarle directamente, HOL se abalanza sobre LEX para estrecharle la mano, lo cual hace con desmedida intensidad, provocando grandes sacudidas del cuerpo de su anfitrión. Con el recién llegado invadiendo todo su espacio personal, LEX queda eclipsado y sometido, pudiendo apenas balbucear incoherentemente)

JUD
(Metiendo la cabeza entre los cuerpo de ambos para intentar normalizar la situación haciendo uso de una impostada simpatía)
Hol, este es Alex. Nos conocemos desde pequeños, pero hacía muchísimos años que no nos veíamos.

HOL
(Oteando aun la estancia por encima de LEX y sin mucho interés en las palabras de JUD)
¿Sí? Que bien, muñeca.

JUD
Pues resulta que esta mañana volvimos a encontrarnos de la forma mas rara, verdad Alex?

(LEX permanece rígido sin poder hablar mientras mira a HOL desde abajo)

JUD
Aunque parezca una locura pensé que me estaba espiando desde esa ventana, pero Alex me explicó que es muy aficionado a las salidas y puestas de sol, y aunque desde aquí no se ven, porque mi casa está enfrente y las tapa, le gusta imaginárselas viendo las sombras sobre la fachada. Es muy hermoso todo, ¿no crees?

HOL
(Separándose finalmente de LEX y yendo hasta la cama, en la cual se sienta y da varios botes para comprobar sus muelles)
¿Entonces dices que erais vecinos o qué?

JUD
No. Vecinos somos ahora. Pero fuimos a clase juntos un par de años.

LEX
(Aun aturdido)
Ocho. Fueron ocho años.

JUD
(Caminando hasta la cama y sentándose junto a HOL)
Debemos de ser los únicos de nuestra escuela que quedan por esta zona de la ciudad.

LEX
(Tomando asiento en una de las sillas)
Pensé… Si llego a saber que seríamos tres para cenar…

JUD
Oh, no te molestes Alex, nosotros ya hemos comido algo.

LEX
(Decepcionado)
¿De veras?

JUD
Me encontré con Hol al salir del trabajo y queríamos ponernos al día. El caso es que nosotros también llevábamos mucho tiempo sin vernos...

HOL
Soy su ex novio.

LEX
(Autómata)
¿De veras?

JUD
Sí, justo pasaba por su restaurante, y coincidimos en el aparcamiento. Es que Hol es cocinero.

HOL
Soy creativo culinario y empresario, pero como inversión, ya sabes. Mi verdadera profesión es la actuación en el cine para adultos.

LEX
(Aún más sumido en su embobamiento)
¿De veras?

HOL
Mi nombre artístico es Carbonara, Holofernes Carbonara.

LED
Carbonara...

HOL
Así es. ¿Quieres saber de dónde viene?

LEX
(Sin saber qué responder)
Pues…

(HOL se levanta de la cama, gira una de las sillas, y se sienta en ella de frente, quedando su cara casi pegada a la de LEX)

HOL
Es por esa salsa para pasta, la carbonara. Los italianos la llaman así porque es un plato que lleva tanta pimienta negra, que parece que está hecha de carbón. ¿Tiene gracia verdad?

(Durante unos instantes HOL y LEX se miran fijamente muy serios y sin pestañear. JUD se levanta y camina hasta HOL, quedando de pie a su lado mientras le toca cariñosamente el hombro)

LEX
¿Entonces eres chef de cocina italiana?

HOL
No, hombre, no. Es mi nombre en la industria del porno, porque pimienta negra es como llamo a mis partes.

JUD
(Tratando de cortarle avergonzada)
Hol, ¿no decías que estabas muy cansado?

HOL
(Poniéndose en pie enérgicamente)
Tienes razón, muñeca, estoy agotado. Tengo que descansar bien para poder trabajar al mil por cien, pues un hombre es sólo el dinero que gana. Uno vale lo que produce.

LEX
(Levantándose a su vez, esperanzado por la idea de la marcha de sus visitantes)
¿Os vais entonces?

JUD
(Tratando forzadamente de parecer coqueta)
El caso es que habíamos pensado que quizá podrías dejarnos la habitación de invitados. En honor a la vieja amistad que nos une, claro.

LEX
(Sentándose de nuevo hundido por la petición)
¿Pero cómo? ¿Aquí? ¿Los dos juntos?

JUD
Es que en mi casa están mis padres, y no podemos ir allí.

LEX
¿Y en la suya?

HOL
Espabila muchacho, en mi casa está mi esposa.

LEX
(Tratando de encontrar una excusa que no llega)
Pues… En fin… Está bien.

(JUD besa en la mejilla a LEX, y le abraza con una gran sonrisa. HOL la coge de la mano y tira de ella hasta separarlos, para acto seguido hacer mutis los dos, cerrando la puerta tras de sí. LEX queda desolado en la silla)

LEX
¿Pimienta negra? Nunca oí estupidez mayor.

Escena VI

(LEX)

(LEX se levanta, se quita la levita y los botines, los cuales lanza al interior del arcón, y se tumba en la cama)

LEX
¿Y ese tipo es un hombre de éxito, un distinguido y respetable ciudadano de este mundo? Me gustaría saber en qué me he equivocado yo.

(De pronto desde el foro empieza a escucharse el cabecero de una cama golpeando rítmicamente contra la pared. LEX trata desesperadamente de cubrirse los oídos con la almohada. Tras revolverse atormentado, finalmente desiste, e introduciéndose bajo las sabanas, bucea hasta acabar asomando la cabeza por los pies de la misma. En uno de sus ojos lleva puesto el monóculo)

LEX
(Quitándose el monóculo con desprecio)
¡En todo! ¡Me he equivocado en todo!

(LEX rueda por el colchón lateralmente y se deja caer al suelo, volviendo a rodar en sentido contrario hasta quedar bajo la cama, asomando únicamente la cabeza)

LEX
(Tapándose los oídos con fuerza)
Querida cama, ayúdame a ahogar esta descarada percusión que pretende matar el amor de toda una vida.

(Algo llama la atención de LEX bajo la cama, que destapándose los oídos trata de palpar el objeto)

LEX
¿Pero qué es esto tan duro? ¿Una caja?

(LEX se introduce bajo la cama, y vuelve a asomarse portando esta vez en sus manos una caja de metal llena de soldaditos de plomo)

LEX
(Abriendo la caja y colocando las figuritas en formación ante él)
¡Mis tropas de asalto! ¡Los valientes hombres destinados a acabar con la vil y escurridiza doña rata! Ya os había olvidado. He sido un mal general, lo reconozco. Pero no podréis decir que vosotros habéis cumplido con vuestra parte, pues esa pequeña quintacolumnista peluda todavía campa a sus anchas atormentándome a placer. *(Haciendo que los fusila, derribándoles uno a uno)* Muchachos habéis sido unos verdaderos holgazanes, todo el día encerrados en esta caja. Al final la misión ha fracasado. La vuestra… *(Bostezando y cerrando los ojos)* Y la mía.

Escena VII

(LEX, JUD, HOL)

(LEX queda tendido en el suelo bajo la cama, con la cabeza apoyada en sus propios brazos, y sumido en un profundo sueño. Los golpes del cabecero desde el foro cesan repentinamente. De pronto la puerta se abre tímidamente, y por ella entra JUD, la cual viste únicamente con ropa interior, y lleva el pelo suelto y revuelto)

JUD
(Acercándose silenciosamente hasta la cama, y agachándose junto a esta)
Alex, ¿estás despierto?

LEX
(Abriendo los ojos desorientado)
Jud, amor mío, ¿estoy soñando?

JUD
Yo diría que sí.

LEX
(Cogiendo y besando a algunos de los soldados)
¿Vienes a llevarte al colegio a nuestros pequeños hijitos?

JUD
Eso no son niños, Alex, son soldados de plomo.

LEX
(Aterrorizado)
¿En eso hemos convertido a nuestros hijos?

(Por la puerta entra HOL, el cual lleva todo el cuerpo mojado, y únicamente con una toalla cubriendo su mitad inferior desde la cintura)

HOL
Escucha, muñeca, acaban de enviarme un taxi.

JUD
(Incorporándose)
Voy a vestirme y…

HOL
No, tú puedes quedarte aquí a echar un sueñecito. Ya nos veremos otro día.

(LEX sale de debajo de la cama frotándose los ojos y recuperando la consciencia finalmente)

LEX
¿Qué ocurre?

JUD
Hol se marcha. Le ha surgido un combate.

LEX
¿A estas horas?

HOL
¡Muchacho, no querrás que las peleas clandestinas sean a plena luz del día!

JUD
Es que Hol es también boxeador.

LEX
(Entrando en el bucle de atontamiento ya visto)
¿De veras?

(HOL se acerca a JUD, y agarrándola de un brazo tira de ella llevándola hasta él para besarla con agresividad. Tras esto, hace mutis con paso chulesco)

Escena VIII

(LEX, JUD)

(LEX y JUD permanecen unos instantes observándose en silencio. Él sin saber qué hacer o decir, y ella traspuesta por el beso. Repentinamente ella reacciona cubriéndose el cuerpo con los brazos de forma pudorosa)

JUD
Tengo frío.

(LEX va hasta el arcón, y sacando de este su albornoz, lo pone delicadamente sobre los hombros de ella)

JUD
Gracias, Alex.

(LEX va hasta la cama y metiéndose dentro de las sabanas, queda sentado en el lado izquierdo de la misma)

JUD
(Acercándose a la cama muy despacio)
¿Sabes? Hacía muchos años que nadie me llamaba Jud.

LEX
¿Lo dices por lo de antes? De veras que lo siento, Judith, no sabía ni dónde estaba.

JUD
No, no. Prefiero que me llames Jud. Me recuerda a tiempos mejores, cuando todos nos sentíamos y tratábamos como iguales.

(LEX se limita a sonreír)

JUD
Alex.

LEX
Dime, Jud.

JUD
¿Puedo quedarme aquí a dormir?

LEX
(Sorprendido e intimidado)
¿Aquí, en mi cama?

JUD
Sí, es que no me gusta estar sola.

LEX
Bueno, supongo…

(JUD se mete en la cama, y tapándose de cintura para abajo con las sabanas, queda sentada en el lado derecho de la misma. Permanecen así durante unos instantes cruzando incomodas miradas entre forzadas sonrisas)

JUD
(Tratando de romper la tensión)
¿Qué te parece Hol?

LEX
¿El señor pimienta negra?

JUD
Carbonara.

LEX
Creo que representa en una sola persona todos los aspectos de una civilización en decadencia. Es la idolatría del sexo, la comida, y la lucha. Nada de filosofía, ciencia o espiritualidad. Es la huida hacia delante del analfabetismo funcional. Es la leña que prende la hoguera de la intelectualidad.

JUD
No te entiendo, Alex.

LEX
¿Qué importa lo que yo opine, Jud, si él es lo que este mundo quiere y demanda?

JUD
Eso creo yo, que le quieren más de la cuenta. Demasiadas mujeres...

LEX
¿Y eso te molesta?

JUD
Claro. Yo le quiero sólo para mí. Pero, ¿sabes? Fue él quien me dejó. Es él el que vuelve cuando quiere. Y lo peor es que sé que debería ser yo quien acabe con él. Siempre me han gustado como amantes los tipos que se sienten superiores, pero me decía a mí misma que acabaría compartiendo mi vida con uno de esos buenazos que nunca aceptaría para una noche de pasión. El caso es que… Han pasado los años, y esa sensatez no me ha llegado. ¿No te parece terrible?

LEX
Creo que no tienes que estar con él ni con ningún otro. No necesitas a nadie para completarte.

JUD
Es cierto, todos los tíos son unos cerdos…

LEX
No, Jud. No trates de cortarles la cabeza mientras juegas con ellos, simplemente juega a otro juego.

JUD
(Confusa)
¿Qué juego?

LEX
Quizá estando un tiempo sola te conozcas a ti misma, y puedas crear tu propio juego, uno que no esté contaminado de base.

JUD
(Comprendiendo)
¿El problema no son los jugadores, si no el juego?

LEX
Exacto.

JUD
¿Cómo sabes todo esto, Alex?

LEX
He pasado mucho tiempo solo.

JUD
¿Y has hallado otro juego?

LEX
(De pronto nervioso)
Bueno, a tanto no he llegado... Estaba muy ocupado, primero estudiando las oposiciones ministeriales, y luego llevando mi negocio. Pero…Lo único que sé es que ese juego al que todos juegan no me gusta, pues consiste en apropiarte de una persona, y la otra persona de ti; dároslo todo como si no existiera nadie más. Pero sí que hay alguien más: Un mundo entero más. Es triste porque parece diseñado para robarle al resto del mundo todo el amor que podemos dar.

(JUD se levanta de la cama y va a sentarse a una de las sillas, quedando de espaldas a LEX)

LEX
¿Es que acaso albergas tan poco amor en ti, que solo tienes para una persona? O quizá no tengas nada, y debas robárselo parasitandolo. Yo prefiero pensar que es culpa del modo de juego.

JUD
(Apoyándose en la mesa avergonzada y abatida)
Hasta ahora creía que odiaba a los hombres, pero aun así los necesitaba, lo que me hacía odiarles aún más. Quizá tengas razón y la culpa sea del juego. Pero el odio, Alex, es un sentimiento poderoso. Mientras odias y te fijas en lo malo que hay en los otros, no tienes que fijarte en todo lo malo que hay en ti. Es liberador.

(JUD queda cabizbaja. LEX la observa afectado en la distancia. De pronto sale de la cama por el lado izquierdo, y sentándose bajo la ventana, pone un disco de vinilo en el tocadiscos. La música empieza a sonar, lo cual hace reaccionar a JUD, que levantándose va hasta el foro izquierdo, y se sienta en el suelo entre LEX y el aparato musical)

JUD
(Recuperando la alegría)
¿Qué es esta dulce melodía, Alex?

LEX
Es Django Reinhardt, el guitarrista gitano.

JUD
Nunca oí nada igual.

(LEX se sumerge en la música, con los ojos cerrados, y arrebatado por la misma, llora con una sonrisa en su cara. JUD le observa conmovida. LEX finalmente, saliendo de su éxtasis, apaga el tocadiscos, y ocultando su cara compungida, va hasta la mesa, y recoge los vasos y platos, metiéndolos en el arcón)

JUD
(Aun en el suelo y para sí misma)
Vaya, ¿eran lagrimas lo que cubría su rostro? No sabía que poseyera un espíritu tan delicado.

(JUD se levanta, y acercándose con curiosidad a las cestas de mimbre, inspecciona su interior)

JUD
Alex, para qué son estas cestas.

LEX
(Concentrado en su tarea y buscando una excusa sin mirarla)
Ah… Pues son para la ropa sucia.

JUD
¿Y por qué hay varias rosas dentro?

LEX
¿Rosas? No sé… Bueno sí… Son para perfumar la ropa. Las echo al fondo, así las prendas reciben un toque de frescor natural.

JUD
¡Que original!

(JUD va hasta LEX, que ya ha terminado de recoger la mesa, y ambos quedan en el centro de la escena)

JUD
¿Sabes? Eres un tío bastante extraordinario que hace las cosas a su modo.

LEX
Yo querría ser subsecretario…

JUD
(Interrumpiéndole sin escucharle)
Sé que puede parecer una locura, pero siempre he deseado poder hacer poesía; ser una gran artista. Aunque lo cierto es que reconozco que no tengo el talento ni la sensibilidad necesaria.

LEX
No, Jud. Lo que no tienes es atención ni sinceridad contigo misma. Y es ahí donde está la poesía.

(JUD se acerca a LEX, que conquistada definitivamente por las palabras de este, le acaricia el rostro con gran intimidad. LEX, sin poder resistirlo, se aparta y se apresura hacia la puerta)

LEX
(Con voz temblorosa)
Voy a por unos batidos de chocolate. ¡Ya verás que ricos!

(LEX hace mutis por el foro derecho. JUD camina hasta la cama, sentándose en su borde, obnubilada y con sonrisa enamorada)

JUD
Nunca había conocido a nadie como él. Alguien en verdad atento y que me escuchara así; alguien capaz de emocionarse por una canción; de hablarme de poesía, e incluso del amor, como si conociera su más profundo significado. He sido una idiota. Todos estos años he estado experimentando un vacuo ejercicio de malos ejemplos, para poder hoy ver claramente que él es la persona con quien debo estar.

(LEX entra por la puerta con dos vasos llenos de batido de chocolate, y camina con sonrisa bobalicona hasta JUD, donde le entrega uno de ellos como si de un gran tesoro se tratara)

JUD
(Poniéndose en pie, y acercándose a LEX hasta casi tocarse sus rostros)
Te quiero.

LEX
¿Cómo dices?

JUD
Que me he enamorado de ti.

LEX
(Negando con la cabeza sin querer creérselo)
Bebe un poco de chocolate, anda.

JUD
Es muy enserio, Alex. Tú eres el único que me puede completar.

LEX
¿Yo? Pero eso… Eso no es cambiar el juego, Jud. Además… Yo no estoy preparado para jugar a este aun. *(Dándole su vaso a JUD, y rebuscando entre las sabanas)* ¿Donde…? ¿Dónde está mi monóculo?

JUD
(Dejando los vasos en la mesa y yendo hasta LEX para detenerle)
Alex, mi amor, el éxito y la apariencia no me importan, sólo tu buen corazón.

(LEX y JUD quedan uno frente a otro en el centro de la escena)

JUD

(Poniendo sus manos sobre las mejillas de LEX y con gran ilusión)

Nos iremos de esta oscura ciudad y compraremos una granjita donde tendremos un gran jardín. Y también una huerta donde cultiváremos con nuestras propias manos todo lo que necesitemos. Con lo que nos sobre pondremos un puestecillo en el mercado local y allí lo venderemos. Viviremos los dos solos en nuestro propio mundo.

LEX

(Separándose y comenzando a caminar nervioso de un lado a otro de la estancia)

Pero… Pero eso implicaría muchas complicaciones; demasiado esfuerzo. Estar todo el día de un lado a otro… Y fuera de la cama.

JUD

¿Qué tienes con esa cama, Alex? Olvídate de ella. Disfrutaremos de una nueva vida juntos.

(LEX se detiene frente a la ventana, y descorre las cortinas)

LEX

(De pronto invadido por la calma)

Está amaneciendo.

(JUD va junto a LEX. Ambos observan el crepúsculo matutino durante unos silentes instantes)

JUD

Un nuevo Sol.

LEX

(Sintiendo una revelación)

Sí, un nuevo Sol.

(Encontrando un inusitado valor, LEX coge entre sus brazos a JUD, y la besa)

TELÓN

Acto Tercero

Escena IX

(LEX, JUD)

(Dormitorio de LEX. JUD y LEX están tumbados en la cama bajo las sabanas, abrazados el uno al otro, y con los ojos cerrados. La escena se encuentra igual que el acto anterior, a excepción de la cortina que permanece descorrida, y el albornoz que ahora está en el suelo, junto a la ventana. JUD se despierta, e incorporándose, permanece unos instantes ensimismada admirando a LEX mientras duerme. Como advertido de estar siendo objeto de observación, LEX abre los ojos y se sienta también. JUD le besa amorosamente)

JUD
(Sujetando con sus manos la cara de LEX)
Alex, hoy he sentido lo que nunca había sentido con ningún otro hombre. Para ellos era sólo un objeto, un instrumento con que jugar. Pero contigo…

(JUD salta de la cama con desmedida ilusión, y se dirige hacia el foro derecho mientras baila. Va ataviada únicamente con la ropa interior del acto anterior. LEX la observa con alegría)

JUD
¡Ya verás, amor mío, ya verás! A partir de este momento haremos grandes cosas. Ahora tengo que irme a trabajar, pero será mi último día allí. Les comunicaré mi renuncia, y en cuanto salga nos veremos en la alameda. Luego comeremos en una hermosa terraza junto al lago. Caminaremos por los jardines llenos de rosas…

LEX
(De pronto sobresaltado por la duda, mirándose las manos, la cama a su alrededor, y el interior de las cestas)
¡Rosas! ¿Dónde están mis rosas?

JUD
(Deteniéndose junto a la mesa)
No te preocupes por eso, no volverá a haber nunca más en esta casa ropa sucia que perfumar.

LEX
(Sin atenderla)
¿Cómo es posible? Es la primera mañana en años que no…

JUD
(Sin escucharle a su vez)
Incluso el cutis te va a mejorar. El aire fresco te quitará esa hidalga palidez tuya, y bien lo agradecerás.

LEX
(Mirándola aturdido)
¿Qué agradeceré qué?

JUD
Venga, tonto, levántate. Puedes ir empaquetando las cosas para la mudanza, y yo iré buscando anuncios de granjas en venta.

LEX
Luego. Luego. Aún es temprano. Oye, Jud, ¿podrías acercarme uno de esos vasos con chocolate, por favor?

JUD
(Cogiendo el vaso y llevándoselo hasta la cama)
No sé cómo pueden gustarte tanto estos batidos. Es algo que solo toman los niños, ¿sabes?

(JUD besa a LEX en la frente, y corriendo risueñamente hace mutis por el foro derecho. LEX trata de beber del vaso, pero tras varios sorbos, sus manos están tan temblorosas que le es imposible continuar. Abandonando la idea, respira profundamente tratando de serenarse)

LEX
¿Qué sentido puede tener esto? Al fin estoy con mi amada, esa que he deseado durante toda mi vida. ¡Y ella me quiere! Debería estar contento, pero… ¿Y mis rosas? ¿Por qué me han abandonado? ¿Y qué es eso de paseos, terrazas, granjas y jardines? ¿Qué será de mi cama?

(JUD se asoma por la puerta, vestida de nuevo con el vestido rosa, la chupa de cuero, y la coleta, y lanza un beso a LEX)

JUD
Esta tarde nos vemos, amor mío.

(JUD hace mutis)

LEX
¡Es horrible! ¡Horrible! ¡Todo va a cambiar!

(LEX, aterrorizado, se bebe todo el batido de un gran sorbo, y dejando el vaso vacío sobre la cama, se tumba en posición fetal)

Escena X

(LEX, AUX)

(LEX, permanece tumbado muy compungido, mientras que por la puerta entra AUX, el cual va vestido como en el acto primero, solo que sin el sombrero de paja. También trae dos cestas vacías)

AUX
(Caminando hasta la cama)
Siempre te encuentro igual.

LEX
Pues hoy no. Hoy soy otro.

AUX
¿Ah, sí?

LEX
Sí.

AUX
¿Es que vas a salir de la cama?

LEX
(Suspirando apático)
Igual me voy a vivir a una granja.

AUX
(Sentándose incrédulo y divertido en el lado derecho de la cama)
Suena muy bien. ¿Cómo se te ha ocurrido tal cosa?

LEX
Fue idea de Judith.

AUX
¿De Judith, tu amor platónico al que no eres capaz de acercarte?

LEX
Sí, pero fue ella la que se acercó a mí. Hemos pasado la noche juntos.

(AUX se pone en pie dejando las cestas en el suelo, y rodea la cama al trote hasta el lado izquierdo)

AUX
(Con gran ilusión y haciendo gestos para instar a LEX para que se levante)
¡Pero eso es magnífico, amigo mío! ¡Lo has logrado! ¡Tienes lo que siempre soñaste!

LEX
No tanto, Auxi. Mira en las cestas.

(AUX abre las cestas y comprueba su contenido)

AUX
Apenas hay un par de rosas marchitas en el fondo. Están como te las traje ayer.

LEX
Exacto.

AUX
¿Y las de esta noche? Se las has regalado a Judith, ¿no?

LEX
Esta noche no ha habido ni una sola rosa.

AUX
(Reflexivo y yendo a sentarse a una de las sillas)
Que extraño… Pero supongo que de la misma manera inexplicable que llegaron, se han ido.

LEX
(Incorporándose hasta quedar sentado, y mirando hacia AUX)
Auxi, amigo, ¿por qué crees que podrá ser?

AUX
Cuando empezaron a nacer esas rosas de tus manos, no pudimos saber de dónde venían. Decidimos venderlas, y de una pesada carga, conseguimos una vida cómoda. Pero ahora…

LEX
(Ansioso)
¿Ahora qué?

AUX
Ahora tienes a Judith, y lo que no le dabas a nadie, ahora se la das a ella.

LEX
Auxi, ¿me estás diciendo que esas rosas eran todo el que amor que me guardaba para mí?

AUX
Eso parece, Lex.

LEX
(Suspirando abatido)
Yo pensaba que sabía lo que era el amor, pero ahora creo que no entiendo nada.

AUX
Amigo, sé que a veces podemos olvidar lo mas básico, sobretodo porque así debemos hacerlo para integrarnos en este mundo. Es difícil tener presentes las grandes verdades, y saber que tenemos que vivir en el lado incorrecto de la moneda. Pero tú, al igual que todas las personas de todo lugar y época, sabes lo que es el Amor. Vamos, trata de recordarlo. ¿Qué sentiste anoche con Judith?

LEX
Creo que quería pensar en ella antes que en mí mismo.

AUX
Dárselo todo sin impórtate tu propia vida.

LEX
(Con entusiasmo)
¡Sí! ¡Sí! ¡Yo lo percibí así!

AUX
Y nadie te quitará la razón, amigo: Eso es el amor.

LEX
(Inundado otra vez por la duda, y sin convicción)
Ya...

AUX
Pero veo que ahora te estás arrepintiendo.

LEX
Es que… Sin rosas… Sin rosas no hay…

AUX
(Levantándose, abriendo el arcón, sacando su sombrero de paja y poniéndoselo)
No hay negocio. Ciertamente. Tendremos que vivir de otra cosa, pero al menos no será de vender lo que más vale.

LEX
¡Yo no seré granjero, Aux! ¡Me niego a tanto sol!

AUX
(Yendo a coger las cestas que dejó junto al lado derecho de la cama)
Tendrás que estudiar tus oposiciones. Quizá logres tu otro sueño, el de ser subsecretario ministerial.

LEX
(Con gran temor, lanzándose hacia AUX hasta colgarse de los tirantes de su peto)
¡Pero eso es terrible, Auxi! ¡No me atemorices así!

AUX
(Zafándose delicadamente)
Vamos, Lex, serenidad. Sabías que tarde o temprano tendrías que salir de esta cama. Seguramente el hecho de que no hayas tenido ni trabajo ni novia nunca, ha logrado que conserves tu corazón tan puro, pero ha llegado el momento de que te adaptes a este mundo.

LEX
(Retomando su posición sentado en la cama y cruzando los brazos con infantil enfado)
¿Y quién en su sano juicio querría adaptarse a este mundo, en vez de crear otro mejor?

AUX
(Caminado hacia la puerta con las cestas en sus manos)
Empieza por cerrar la puerta con llave. Eres demasiado inocente, y un día te van a entrar por ella a robar.

(AUX se despide lanzando una mirada afectuosa a su amigo, y hace mutis)

Escena XI

(LEX, EMPRESARIO)

LEX
(Aun refunfuñando)
¿Qué pueden robarme ya, si he perdido mi libertad? Ahora he de cumplir con esta verdad que Auxi me ha recordado. Ojalá me robaran eso, y pudiera seguir tranquilo bajo estas sabanas. Pero no puede haber ladrón tan osado, capaz de llevarse el amor.

(En el foro derecho se escucha un portazo)

LEX
¿Auxi? ¿Judith? ¿Doña rata?

(Por la puerta entra discretamente EMPRESARIO, hombre de mediana edad, con impoluto traje a medida, relucientes zapatos, cabello cuidadosamente engominado hacia atrás, y un bigote imperial de enormes proporciones. En su mano porta un carísimo maletín de piel)

EMPRESARIO
Disculpe la intromisión, la puerta estaba abierta.

LEX
Ya… Creo que debería…

EMPRESARIO
(Acercándose a la cama con el brazo extendido ofreciendo su mano para que LEX se la estreche)
Don Alejandro, me dirijo a usted en representación de la empresa Flores Envasadas Sociedad Limitada. No sé si nos conocerá, pero nosotros llevamos un tiempo siguiendo muy de cerca sus actividades.

LEX
(Estrechando la mano de EMPRESARIO con miedo)
¿Es del sindicato? ¿Hemos hecho algo malo?

EMPRESARIO
¡No, para nada! ¡Todo lo contrario, caballero! ¡Todo lo contrario! De hecho han hecho las cosas tan bien, que vengo a hacerle llegar esta jugosa oferta.

(EMPRESARIO abre el maletín, y sacando un papel se lo entrega a LEX, el cual lo ojea confuso)

LEX
¿Qué significa esto?

EMPRESARIO
Yo se lo resumiré: Me encuentro en disposición de ofrecerle en nombre de Flores Envasadas Sociedad Limitada, la compra de la totalidad de las acciones de su negocio, con lo que pasarían a formar parte de nuestro grupo empresarial.

(LEX abre la boca para decir algo, pero EMPRESARIO, casi subiéndose a la cama, estira un brazo hasta poner un dedo sobre los labios de su anfitrión)

EMPRESARIO
Ya, ya sé lo que está pensando: Por mucho que vayan a darme, ¿será suficiente para vivir? Pero no tiene nada que temer, Don Alejandro, pues la operación le incluye a usted en el trato.

LEX
¿Cómo es eso? ¿Me compran a mí también?

EMPRESARIO
Es muy sencillo: Usted nos traspasaría sus proveedores de rosas y los vendedores en plantilla, y a cambio, además de la jugosa cantidad inicial que figura en ese documento, recibiría cada mes un sueldo de ejecutivo. De asesor externo, más concretamente.

LEX
(Intentando entender lo que pone en el papel)
Vaya… Suena muy bien…

EMPRESARIO
Sólo tiene que firmar, y podrá seguir igual que estaba antes, pero todo marchará solo, y usted no tendrá que hacer nada.

LEX
(Con repentina ilusión)
¡Eso es lo que yo siempre he querido!

EMPRESARIO
Claro, ¿y quién no?

LEX
Mi administrador, el Señor Devereaux, no lo querría así.

EMPRESARIO
(A la defensiva)
¿Ese administrador suyo no será el hombre ridículo y de pésimo gusto que me he cruzado en el rellano al llegar?

LEX
¿Llevaba un mono azul, polo blanco y sombrero de paja?

EMPRESARIO
SÍ.

LEX
Era él.

EMPRESARIO
(Arrebatando el documento de las manos de LEX, sacando una pluma de su chaqueta, y escribiendo con rabia al pie del papel)
Entonces no debe preocuparse por lo que opine ese individuo, pues la permanencia de su puesto no está contemplada en el contrato.

LEX
No sé… Él es mi amigo de toda la vida y…

EMPRESARIO
Escúcheme, Don Alejandro, yo no estaría aquí si supiera que va usted a perder algo con esto, ¿no cree? No he venido a robarle. No soy un ladrón.

TELÓN

Acto Cuarto

Escena XII

(JUD, AUX)

(Dormitorio de LEX. La estancia se encuentra vacía de mobiliario, a excepción de la mesa y las sillas de jardín, las cuales se hayan apiladas al fondo. Donde estaba la cama, las dos cestas de mimbre del acto anterior. Junto a la ventana, ahora sin cortinas, JUD observa el exterior con mirada melancólica. Lleva un recatado vestido negro, y su cabello peinado con una trenza enroscada sobre su propia cabeza, formando una diadema cuyo aspecto resulta similar al de una corona de laurel. Tras pasar unos instantes en silente reflexión, por la puerta entra AUX, quien ahora va ataviado únicamente con pantalones oscuros, zapatillas deportivas, y el polo blanco de los actos anteriores)

AUX
(Avanzando muy discretamente hacia el centro de la escena)
Al antiguo inquilino le gustaba mucho mirar por esa ventana.

JUD
(Girándose sorprendida)
¡Oh, vaya! Pues no será por las vistas.

AUX
Cada uno encuentra la belleza en lo que quiere.

JUD
O en lo que puede.

(Ambos quedan observándose en silencio)

AUX
Eres Judith, ¿verdad?

JUD
Y tú debes de ser Aux.

AUX
Sí, venía a llevarme las últimas cestas. Puede que me den algo por ellas.

JUD
Son bonitas.

AUX
Lo eran cuando aun contenían algo de esperanza.

JUD
(Volviendo a mirar a través de la ventana con tristeza)
Es cierto. Yo he tenido que volver aquí para verlo con mis propios ojos y creérmelo. *(Señalando un punto en el exterior)* Resulta que ahora era yo quien observaba desde mi casa esta ventana. Todas las noches veía la estancia iluminada, y me lo imaginaba en su cama, con un vaso de batido de chocolate entre sus manos, y planeando grandes cosas que nunca llegaría a cumplir. Pero hace varios días descubrí que ya no había aquí cortinas, ni luz, ni vida alguna. Me dejó para recuperar sus rosas, y ahora ni de él ni de las rosas queda aquí nada.

AUX
Asique te contó su extraño secreto.

JUD
(Con gran congoja)
Sí. Aunque ni siquiera se dignó a ir a la alameda aquel día. Tuve que venir yo, y entonces me confesó todo. Y entonces me dejó para siempre. *(Tratando de recuperar un tono menos afectado)* También me dijo que iba a vender la empresa. *(Girándose para mirar a AUX)* Por cierto, siento que…

AUX
No te preocupes, yo lo supe al cruzarme con el hombre que vino a comprársela. Me hizo una proposición descarada, y vi en su cara al yo rechazarla, que para muchos la libertad acaba donde las yemas de sus dedos no alcanzan.

JUD
(Acercándose a AUX)
Al menos ahora es millonario, y estará disfrutando de grandes lujos. Creía que nunca saldría de debajo de esas sabanas.

AUX
Y no lo hizo.

JUD
¿Cómo dices? ¿Entonces sigue en esa cama?

AUX
Debido a la fusión, las ventas de la empresa matriz aumentaron tanto que requirieron al proveedor de rosas una cantidad cada vez mayor de producción.

JUD
Pero el proveedor era él.

AUX
Exacto. Por eso ahora vive en la fábrica, sin salir ya de su vieja cama, entre las cajas de cartón para los envíos, y el hollín de las maquinas; drogado para dormir veinte horas al día, y poder cumplir con los pedidos.

JUD
(Sobrecogida, y acercándose aún más a AUX, hasta casi rozarle)
¡Pero eso es terrible!

(JUD queda cabizbaja, casi al borde del llanto. AUX la acaricia tiernamente los brazos, tratando de apaciguar su tristeza)

JUD
(Serenándose)
Estas noches, mientras miraba a su ventana oscura, escribí mis primeros versos.

AUX
Insisto en que me los leas.

JUD
No valen nada.

AUX
(Estrechando con cariño las manos de JUD)
Por favor, Judith.

JUD

(Sacando un papel arrugado, y recitando su contenido mientras lo lee)

Si esta noche nacen rosas de tus manos al dormir, como muestra del Amor que ahora guardas para ti, no las vendas por dinero pues con él podrás vivir, y ya nunca por los otros querrás dar sin recibir. Piensa siempre en los demás antes de hacerlo en ti, y no hará suyo el Egoísmo eso que has de repartir. Pues de todas nuestras vidas es este el único fin: Ser de rosas para otros el más bello jardín.

(JUD levanta temblorosa la vista del papel, y mirándose fijamente a los ojos con AUX, ambos se funden en un fraternal abrazo)

AUX

(Separándose con delicadeza y admiración)

Quizá sea la primera vez que escribes, pero acabas de ver la verdad última. Ya no hay nada más importante que puedas decir. Sólo te queda vivir, y vivir en libertad, pues ya no hay en tus ojos venda alguna.

(JUD camina hacia la puerta con una gran sonrisa, la cabeza alta, y respirando aliviada. Antes de salir lanza una mirada de agradecimiento a AUX, y luego hace mutis. AUX va hasta los cestos, y volcándolos, salen de ellos restos secos de unas rosas que caen al suelo)

AUX

Pobre Lex, esto es lo único que queda de él: Unos pétalos marchitos. Nada más aportó al mundo y por nada más será recordado.

(AUX coge las cestas y camina hasta la puerta. Se para bajo el marco de la misma y observa la estancia)

AUX

Vendió su amor por dinero. ¿Cuantos más le seguirán?

(AUX apaga la luz de la habitación mientras hace mutis)

TELÓN

FIN

ÍNDICE

PROSA

CROST 7

Prólogo del asceta. 9

1. El poeta de la sudadera gris 11

2. Ése podría ser yo. 41

3. La Sociedad del Círculo 101

4. Inventar un color 115

5. El Pequeño Hesitante te habla 177

6. Oxímoron 193

7. El cerdo que obligó a un pájaro a mirar al Sol 215

Epílogo del viajero 259

LA PIZZERÍA 261

Capítulo 1. La felicidad. 263

Capítulo 2. La gran vida en el centro. 267

Capítulo 3. La Pizzería Moksha 271

Capítulo 4. Las cartas de los amigos 275

Capítulo 5. La butaca 281

Capítulo 6. El agujero. 285

Capítulo 7. La 776. 289

Capítulo 8. El cambio de A.M. a P.M 295

Capítulo 9. La caza 301

Capítulo 10. El pez atrapado en el tarro. 307

Capítulo 11. El bar negro. 311

Capítulo 12. El hada verde 317

Capítulo 13. Los parias 323

Capítulo 14. El anillo blanco. 331

Capítulo 15. El talismán 333

Capítulo 16. El nuevo paraíso perdido. 337

Capítulo 17. La nada 343

Capítulo 18. El todo. 345

Capítulo 19. La elección 361

LA NIÑA QUE SE ESCONDIÓ DEBAJO DE UN TOMATE 363

Capítulo 1. Clase 365

Capítulo 2. Coche 367

Capítulo 3. Casita del Té 369

Capítulo 4. Cocina 371

Capítulo 5. Cama 373

Capítulo 6. Lluvia 375

Capítulo 7. Cama 2. 377

Capítulo 8. Clase 2. 379

Capítulo 9. Nubes 381

Capítulo 10. Casita del Té 2. 383

Capítulo 11. Muros 385

Capítulo 12. Despacho. 387

Capítulo 13. Ventana 389

Capítulo 14. Llamas 391

Capítulo 15. Cocina 2. 393

Capítulo 16. Casita del Té 3. 395

Capítulo 17. Corazón 397

RAÍZ DE MENOS CUATRO 399

Primera Parte.

Capítulo 1. 401

Capítulo 2. 403

Capítulo 3. 405

Capítulo 4. 409

Capítulo 5. 411

Capítulo 6. 415

Capítulo 7. 417

Capítulo 8. 421

Capítulo 9. 423

Capítulo 10. 427

Segunda Parte.

Capítulo 1. 431

Capítulo 2. 433

Capítulo 3. 437

Capítulo 4. 439

Capítulo 5. 443

Capítulo 6. 445

Tercera Parte.

Capítulo 1. 447

Capítulo 2. 449

Capítulo 3. 451

Capítulo 4. 455

Capítulo 5. 459

Capítulo 6. 461

Capítulo 7. 463

Cuarta Parte.

Capítulo 1. 465

Capítulo 2. 467

Capítulo 3. 469

Capítulo 4. 473

Capítulo 5. 475

Capítulo 6. 479

Capítulo 7. 481

Capítulo 8. 483

Capítulo 9. 485

ALEGRE PORFÍA EN EL HEDIONDO ERIAL DE MON 489

Lo pedido. 491

Lo obtenido. 493

Lo probado. 495

Lo fingido. 497

Lo forzado. 499

Lo manchado. 501

Lo llorado. 503

Lo sagrado. 505

Lo escuchado. 507

Lo volado 509

Lo curado. 511

Lo aprendido. 513

Lo dado. 515

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE LA EMPATÍA 517

Amistad. 521

Soledad. 523

Medallas 525

Palabras 527

La nube 529

Fin 531

CÓMO HACER DEL MIEDO UNA CRUZADA 533

Sobre el hollín 535

La leche donde se bañan las fresas 539

Llega la eritropsia 541

Entrando en Rājāvarta 543

Herrumbre 555

DE DÓNDE VENIMOS 557

VERSO

ANOTACIONES EN LA BRUMA 567

Adiós, volcán 569

Lascivos héroes bajo el lago. 571

Jugo de limón 573

Oscuras lentes en ojos sanos 575

Largos pasillos. Moqueta de lágrimas 577

Otro vals 579

Déjame ser esclavo y sonreír 581

Dioses paganos 583

Horas frescas 585

Viaje por el plasma 587

¿Por qué sonríes? 589

Susurros 591

La frontera 593

Un cuervo sobre el hombro del único justo. 595

Ruidoso silencio. 597

Eros irredento. 599

Viento libertario. 601

Escaleras al cielo. 603

¡Ojalá yo fuera sandalia! 605

Transatlántico de carcajadas y muecas lejanas..... 607

El vigía 609

Jarrones de hormigón 611

Ese..... 613

DRAMA

PARA CUANDO NOS LLAMEN LOCOS..... 615

Acto primero

Escena I 619

Escena II..... 621

Escena III 627

Acto segundo

Escena I 631

Acto tercero

Escena I 639

Escena II..... 645

Escena III 649

OS ESPERO AL OTRO LADO..... 651

Acto primero

Escena I 655

Escena II..... 655

Escena III 656

Escena IV. 656

Escena V. 657

Escena VI 657

Escena VII..... 658

Escena VIII..... 658

Escena IX. 659

Escena X. 659

Escena XI 659

Escena XII 660

Escena XIII 660

Escena XIV. 661

Acto segundo

Escena I 663

Escena II 664

Escena III 665

Escena IV. 666

Escena V. 667

Escena VI 668

Escena VII 670

Escena VIII 671

Escena IX. 672

Escena X. 673

Acto tercero

Escena I 677

Escena II 677

Escena III 678

LOS SUEÑOS DE AMOR 679

Parte Primera: Los Dioses

CUADRO I

Escena I 683

Escena II 686

CUADRO II

Escena III 691

Escena IV. 694

Escena V. 696

Escena VI 698

Escena VII 699

CUADRO III

Escena VIII 704

Escena IX. 708

Parte Segunda: Los Actores

CUADRO IV

Escena X. 711

Escena XI 717

CUADRO V

Escena XII 720

CUADRO VI

Escena XIII 724

Escena XIV. 728

Parte Tercera: Los Iguales

CUADRO VII

Escena XV 731

Escena XVI 733

Escena XVII 736

CUADRO VIII

Escena XVIII 740

Escena XIX. 744

CUADRO IX

Escena XX 747

Escena XXI 750

Escena XXII 752

Escena XXIII 753

Escena XXIV 755

Escena XXV. 756

Escena XXVI 759

Escena XXVII 760

Escena XXVIII 761

Escena XXIX 762

Escena XXX. 762

Escena XXXI 763

PROSA

REY NIÑO

Primera Parte. El bosque de los Ingenuos.

Prólogo. La Caída 769

Capítulo 1. Ávila 770

Capítulo 2. De los caballeros 777

Capítulo 3. Del Rey 790

Capítulo 4. De los Leales 795

Segunda Parte. Lo que hoy es nieve, mañana Sol será.

Prólogo. La Memoria 809

Capítulo 1. La Posada de la Fruta 819

Capítulo 2. La Puerta del Alcázar 826

Capítulo 3. Los Cuatro Postes 833

Capítulo 4. El Palacio de Piedras Albas 846

Tercera Parte. La Utopía es esperar que el Egoísmo funcione.

Prólogo. La Llamada 855

Capítulo 1. Nueva Ávila 860

Capítulo 2. Del Amor 869

Capítulo 3. De la Verdad 875

Capítulo 4. Del Bien Universal 880

Cuarta Parte. El único orgullo posible.

Prólogo. La Mentira……889

Capítulo 1. El Honor……892

Epílogo. Las Nueve Palabras……899

[UNADECIMAPARTEDEMIVIDA]

Primera parte

Capítulo I
Un trozo de hielo seco en mitad del mar……905

Capítulo II
Un barco sin capitán……909

Capítulo III
Helados de fresa para romper las cadenas de un monstruo……912

Capítulo IV
Invocando a Caballo Loco……916

Capítulo V
Un pollo sin cabeza……919

Capítulo VI
Entrar en el armario……921

Capítulo VII
La muerte del despertador……927

Capítulo VIII
Los Iguales……931

Capítulo IX
Un mundo de dos……935

Segunda Parte

Capítulo I
Gris y amarillo……939

Capítulo II
La Vieja……943

Capítulo III
De la húmeda fresa al oxidado metal……952

Capítulo IV
La explosión de la burbuja en el ombligo……958

Tercera parte

Capítulo I
Mendigando la vida perdida.....963

Capítulo II
Pesadillas de inverosímil bondad.....966

Capítulo III
El Egoísmo se defiende.....972

Capítulo IV
Otra vida entregada a la única y verdadera derrota.....980

Capítulo V
Contacto cero y gym.....987

DRAMA

TRILOGIA DE LOS VAGABUNDOS:

LOS BESOS NO SE ENSAYAN

Acto primero……993

Acto segundo……998

Acto tercero……1007

Acto cuarto……1013

Acto quinto……1020

LOS MIL

Acto Primero……1027

Acto Segundo……1039

Acto Tercero……1049

LOS QUE ESCUCHAN

Prólogo……1061

Acto primero……1067

Acto segundo……1078

Acto tercero……1086

Epílogo……1091

EL MÁS BELLO JARDÍN

Acto Primero……1097

Acto Segundo……..…1104

Acto Tercero…….....1115

Acto Cuarto…….....1121